

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

MARTIN GILBERT

La primera guerra mundial

Martin Gilbert

Traducción de
Alejandra Devoto

la esfera de los libros

Primera edición: noviembre de 2004

Título original: *First World War*

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
Pág. web: www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: Compañía
Ilustración de cubierta: Hulton/Getty
ISBN: 84-9734-243-7
Depósito legal: M. 43.272-2004
Fotocomposición: Versal AG, S. L.
Fotomecánica: Star-Color
Impresión: Cofás
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Mapas

REGIONES

CAMPAÑAS

LAS SECUELAS

«... Ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes [...], sino que tiempo y ocasión acontecen a todos.»

Eclesiastés 9: 11

Introducción

En la primera guerra mundial murieron más de nueve millones de militares, marinos y aviadores. Se calcula que, además, perecieron cinco millones de civiles como consecuencia de la ocupación, los bombardeos, el hambre y las enfermedades. El asesinato en masa de armenios, en 1915, y la epidemia de gripe que comenzó mientras aún se combatía fueron dos de sus destructivos subproductos. La huida de serbios de Serbia, a finales de 1915, fue otro cruel episodio que provocó la muerte de gran cantidad de civiles, al igual que el bloqueo naval aliado de Alemania, como consecuencia del cual murieron más de setecientos cincuenta mil civiles alemanes.

Entre 1914 y 1918, se libraron dos guerras muy distintas. La primera fue una guerra de militares, marinos y aviadores, de marinos mercantes y de la población civil en territorio ocupado, en la cual el sufrimiento y las penurias individuales alcanzaron una escala masiva, sobre todo en las trincheras de la línea del frente. La otra fue de gabinetes de guerra y de soberanos, de propagandistas e idealistas, repleta de ambiciones e ideales políticos y territoriales, que determinaron, tanto como el campo de batalla, el futuro de imperios, naciones y pueblos. Hubo ocasiones, sobre todo en 1917 y 1918, en que se combinaron la guerra de los ejércitos y la de las ideologías, lo que trajo como consecuencia una revolución y una capitulación y la aparición de nuevas fuerzas nacionales y políticas. La guerra modificó el mapa y el destino de Europa tanto como quemó su piel y marcó su alma.

Como escolar en el período que siguió a la segunda guerra mundial, fui muy consciente de la primera guerra, a pesar de que había acabado veintisiete años antes. El bedel de la escuela, el «señor Johnson», que había sido infante de la Marina británica, era un veterano del ataque naval a Zeebrugge en 1918 y decían que allí lo habían recomendado para una medalla al valor. El director, Geoffrey Bell, había obtenido la Cruz Militar en el frente occidental, a pesar de los ins-

tintos pacifistas que mostraba con los niños. Uno de mis primeros profesores de historia, A. P. White, también había combatido en las trincheras: solía marchar por la clase, de arriba abajo, con una escoba al hombro, entonando canciones militares. Cuando comencé a trabajar en este libro, se publicaron las cartas que escribió en las trincheras, que revelaban mucho sufrimiento y su gran sensibilidad. El hermano mayor de mi padre, mi tío Irving, había luchado en el Somme; sus experiencias lo habían marcado y a los chicos de la familia se nos advertía que no le hiciéramos preguntas. Murió mientras yo escribía este libro, a la edad de noventa y tres años.

Mientras hacía el servicio militar, en 1954 y 1955, la primera guerra mundial era un recuerdo siempre presente. El regimiento de infantería con el cual había realizado mi adiestramiento, los Wiltshires, había perdido un batallón en Reutel, en octubre de 1914, en el saliente de Ypres, donde fueron exterminados casi mil hombres y los escasos supervivientes fueron hechos prisioneros. Otro batallón había sido prácticamente exterminado en pocos minutos en las laderas de Chunuk Bair, en la península de Gallípoli, en 1915. Un tercer batallón había quedado atrapado por el cañoneo naval alemán en el frente de Salónica, en 1917. Durante mis investigaciones académicas, fuera cual fuere el tema en el que trabajara, tanto si se trataba del imperio británico en India a comienzos del siglo XX como del establecimiento del dominio soviético en Ucrania en la década de 1920, la primera guerra mundial aparecía una y otra vez. Mi supervisor de historia india, C. C. Davies, había sido herido en el frente occidental y la herida seguía molestándole. Mi trabajo de geografía histórica, a comienzos de la década de 1960, me condujo al piso de Arnold Toynbee en Londres, en cuya repisa de la chimenea había fotografías de media docena de jóvenes uniformados. Le pregunté quiénes eran y me respondió que habían sido sus mejores amigos en la universidad, antes de 1914, y que todos habían muerto en las trincheras.

A lo largo de varias décadas, mis viajes me condujeron a muchas de las zonas bélicas y a lugares relacionados con la guerra. En 1953, animado por uno de mis profesores de historia, Alan Palmer, recorrí varias regiones cuyos monumentos en recuerdo de la guerra me la presentaron desde distintas perspectivas y también fui a Viena, donde el Hofburg y la Ballhausplatz recordaban tanto al envejecido emperador como a sus ministros de Asuntos Exteriores, a Liubliana, que, con el nombre de Laibach, había sido una de las ciudades cuya población eslava trató de independizarse de Austria y cuyos soldados se irritaron por tener que mantener el imperio de los Habsburgo, y a Venecia, amenazada en 1917 por la inminente llegada del ejército austríaco.

En junio de 1957, en Sarajevo, me coloqué en el lugar exacto desde el cual

Gavrilo Princip realizó el disparo fatal, en junio de 1914. Incluso bajo el régimen comunista yugoslavo, se acogió a Princip como a uno de los precursores de la independencia nacional. Se grabaron dos pasos en una losa de hormigón para conmemorar el hecho que sumergió a Europa en un conflicto que duró cuatro años. Ese mismo año, en Belgrado, miré desde la orilla opuesta del río el lugar donde los austríacos habían bombardeado la capital de Serbia el primer día de la guerra. Una década después fui con mi padre al frente occidental; estuvimos en Arras, al este del cual los cementerios militares son los últimos vestigios de las batallas de 1917 y 1918, y en Ypres, donde escuchamos, todos los días a las ocho de la tarde, el toque de silencio que tocaban en la puerta de Menin dos miembros del cuerpo de bomberos de la ciudad.

Mientras sonaban las trompetas bajo el inmenso arco de la puerta de Menin, se interrumpía el tráfico. Esa labor se costeaba, en parte, gracias a un legado de Rudyard Kipling, cuyo único hijo murió en Ypres. En los muros y las columnas de la puerta monumental están grabados los nombres de 54.896 soldados británicos que murieron en el saliente entre octubre de 1914 y mediados de agosto de 1917, que no tienen sepultura conocida. Se conservan en la piedra las marcas de metralla de los combates que se libraron allí en la segunda guerra mundial. Los últimos picapedreros no habían acabado todavía de grabar los nombres de 1914 a 1918 cuando llegaron los ejércitos alemanes, como conquistadores, en mayo de 1940. Los picapedreros fueron repatriados a Gran Bretaña.

Desde la puerta de Menin, mi padre y yo recorrimos el saliente, con los mapas de las trincheras en la mano, leyendo en el lugar de cada batalla la versión que aparece en la historia oficial de múltiples volúmenes del general Edmond, las cartas y los recuerdos de los soldados, y la poesía. Permanecimos en silencio, como hacen todos los que lo visitan, ante el monumento de Tyne Cot de Passchendaele, donde están grabados los nombres de otros 34.888 soldados que murieron en el saliente entre mediados de agosto de 1917 y el final de la guerra, en noviembre de 1918, de los cuales no se encontraron rastros suficientes que permitieran identificarlos para enterrarlos. En el cementerio que hay enfrente del monumento, hay más de once mil tumbas con nombres. Ni la hierba bien cortada, ni los arriates de flores tan bien cuidados, ni los árboles cincuentenarios, pudieron amortiguar la impresión de ver tantos nombres y tantas tumbas. A corta distancia, en Menin, que estuvo en poder de los alemanes durante toda la guerra menos un mes, visitamos el cementerio militar donde están enterrados 48.049 soldados alemanes.

Quince años después de mi visita al lugar del asesinato del archiduque Fran-

cisco Fernando en Sarajevo, donde se podría decir que comenzó la primera guerra mundial, me dirigí al claro en el bosque, cerca de Rethondes, en Francia, para ver una réplica del vagón de ferrocarril en el que los alemanes firmaron el armisticio, en noviembre de 1918. Precisamente en ese vagón, Hitler se empeñó en recibir la rendición de Francia en junio de 1940. Muchos vínculos entre las dos guerras nos recuerdan que apenas transcurrieron veintiún años entre ellas. Muchos de los que combatieron en las trincheras en la primera guerra mundial fueron líderes en la segunda, como Hitler, Churchill y De Gaulle o, como Rommel, Zhukov, Montgomery y Gamelin, fueron comandantes en la segunda. Otros, como Ho Chi Minh, que colaboró de forma voluntaria con los franceses, trabajando de ordenanza vietnamita en la primera guerra mundial, y Harold Macmillan, que combatió y cayó herido en el frente occidental, adquirieron importancia después de la segunda guerra.

En 1957, recorrí las zonas de batalla situadas en la frontera entre Rusia y Turquía y las poblaciones en las que fueron masacrados centenares de miles de armenios durante el primer año de la contienda. Diez años después, estuve en el cementerio militar de Gaza, donde las lápidas, especialmente bajas por los posibles terremotos, dejan constancia de la muerte de los miles de soldados que perecieron en uno de los más feroces enfrentamientos anglo-turcos. Estuve en el lugar exacto, en las afueras de Jerusalén, donde dos soldados británicos, que habían salido muy temprano una mañana en busca de huevos, vieron acercarse a un grupo de dignatarios, compuesto por sacerdotes, imanes y rabinos, que les ofreció, en lugar de alimentos, la rendición de la Ciudad Santa. A partir de 1969 y por tres años consecutivos, viajé a la península de Gallípoli, donde leí en voz alta la historia oficial de la guerra en dos volúmenes de Aspinall-Oglander y también otras obras en muchas de las playas de desembarco, los barrancos y las cimas de la península. El contraste entre la belleza y la tranquilidad actuales y el conocimiento de los combates y los sufrimientos que se produjeron allí en 1915 no ha dejado de perseguirme jamás.

Cuando hacía el trabajo sobre Winston Churchill, también leía en voz alta, en el patio de las granjas donde él las escribió, las cartas que enviaba todos los días a su esposa desde las trincheras del frente occidental, en las cuales reconocía la entereza de aquellos que no pudieron regresar, como él, al cabo de seis meses, a la comodidad de la vida civil en Londres. Ocho años antes de que estallara la guerra en 1914, en una carta privada a su mujer, escrita durante las maniobras del ejército alemán en Würzburg, a las cuales lo había invitado el káiser, escribió Churchill: «Por más que la guerra me atraiga y mi mente se fascine con sus situaciones tremendas, a medida que pasan los años cada vez estoy más con-

vencido (y puedo medir ese sentimiento aquí, donde estoy rodeado de armas) de la asquerosa y malvada locura y barbarie que es todo esto.»

En 1991, pocos meses después de la caída del telón de acero, estuve en Ucrania, que acababa de lograr su independencia, y me paseé por los antiguos cuarteles austríacos de lo que fue la población fronteriza de Brody, a través de la cual marchó el ejército ruso con tanta confianza en 1914, durante el triunfo inicial, y de la cual fue expulsado menos de un año después. A pesar de la decisión de Lenin y los bolcheviques de retirarse de la guerra en marzo de 1918, los combates en el frente oriental continuaron, sobre todo en forma de guerra civil, y después como guerra ruso-polaca, que duró dos años más que en el oeste. En la carretera de Brody a Lvov, pasé junto a la inmensa estatua ecuestre de bronce de un soldado de caballería, que señala (o señalaba entonces, antes de que destruyeran todo lo comunista) hacia Varsovia con aspecto triunfal. Tan notable pareja conmemoraba el intento de los bolcheviques de invadir Polonia en 1920. Al igual que sus compatriotas rusos, que seis años antes se habían esforzado por retener Polonia, ellos habían combatido y muerto en vano. En Varsovia estuve varias veces, a lo largo de los años, en el monumento al soldado desconocido, que no conmemora a un soldado desconocido de la guerra de 1914 a 1918, como en la Abadía de Westminster o bajo el Arco de Triunfo, sino a una víctima desconocida de la guerra ruso-polaca de 1920.

Durante cuatro décadas, muchos militares me han hablado de sus experiencias en todos los frentes. Cuando yo mismo era un joven soldado, en 1954 y 1955, visité residencias de ancianos en las cuales vivían y morían los supervivientes de las trincheras. Durante mis investigaciones históricas, que comenzaron en 1960, conocí a muchos militares, marinos y aviadores veteranos de todos los ejércitos beligerantes. Sus recuerdos y las cartas y los documentos que habían conservado fueron una ventana abierta al pasado, al igual que el estímulo personal de uno de los historiadores de la primera guerra mundial, sir John Wheeler-Bennett, y de tres superiores míos de cuando estuve en el Merton College de Oxford haciendo mis pinitos en la investigación, en 1962: Alistair Hardy, Hugo Dyson y Michael Polanyi, cada uno de los cuales había conocido el aspecto más noble y el más desagradable de esa guerra lejana; Hardy y Dyson, como soldados en el frente occidental; Polanyi, como oficial médico en el ejército austrohúngaro.

Durante mi trabajo sobre Churchill, conocí al general Savory, de ochenta años, que había prestado servicio en Gallípoli y me invitó a pasar el dedo por el hueco que le había dejado en el cráneo una bala turca. Después había servido en

Mesopotamia y en Siberia. Un aviador, Richard Bell Davies, que también había combatido en Gallípoli, donde obtuvo la Cruz de la Victoria, extrajo de su billetero un trozo de papel higiénico de tiempos de la guerra, que llevaba impresa la cara del káiser alemán y las palabras: «Límpiate conmigo.»

Otros dos soldados que habían servido en el frente occidental desde las primeras semanas me influyeron con su amistad y sus escritos. Uno fue el pintor francés Paul Maze, Medalla por Conducta Distinguida, Medalla al Mérito en dos ocasiones y *Croix de Guerre*, que se trasladó a Inglaterra después de la primera guerra mundial y huyó de Francia cuando el ejército alemán entró en París, en junio de 1940. Había estado cuatro años en el frente occidental como experto en reconocimiento y fue testigo de las principales ofensivas británicas. El otro fue un político británico, el general de división sir Edward Louis Spears, Cruz Militar, que obtuvo un escaño en el Parlamento después de la primera guerra mundial y, en junio de 1940, llevó a Inglaterra al general De Gaulle. Tanto Maze como Spears consiguieron, con sus libros y sus charlas sobre la primera guerra mundial, retratar con palabras los actos y el ambiente que reinaban en Flandes, las esperanzas de los soldados y los peligros de ese viaje de cuatro años, desde la declaración de guerra, en 1914, hasta el armisticio, en 1918.

El 3 de septiembre de 1976, una fecha que todavía conservo viva en el recuerdo, comí con Anthony Eden (entonces conde de Avon) en su casa de Wiltshire. Comentó episodios de la segunda guerra mundial, que había comenzado exactamente treinta y siete años antes y en la cual murió en combate su hijo Simon, de veintiún años, oficial piloto de la Fuerza Aérea británica en Birmania, en junio de 1945. Hablamos de la decisión británica de acudir en ayuda de Grecia en 1941 y de los peligros de la caída de Rusia, o incluso de una paz nazi-soviética aparte, en 1942.

Resonó mucho en nuestra conversación la primera guerra mundial, incluida la decisión británica, en 1915, de ayudar a Serbia (a través de la misma ciudad puerto de Salónica por la que se ayudó en parte a Grecia en 1941) y la influencia de la retirada rusa de la guerra en 1917. Uno de los recuerdos más vivos de Eden era el de cuando le dijeron, estando en las trincheras del frente occidental, que su hermano Nicholas había muerto en combate en la batalla de Jutlandia, en 1916. Nicholas Eden, que estaba a cargo de una torreta del *Indefatigable*, tenía apenas dieciséis años cuando murió.

Harold Macmillan también me ayudó en mi trabajo sobre Churchill, mediante la correspondencia y con conversaciones en su casa y en la mía, pero hasta que no me puse a escribir este libro no supe que su letra de trazos delgados e inseguros, su apretón de manos tan flojo y su desgarbada manera de an-

dar arrastrando los pies eran, cada uno de ellos, consecuencia de las heridas recibidas en combate en 1916.

En mis viajes aprendí que no hay ningún lugar de Europa donde no haya recuerdos y monumentos de la primera guerra mundial. Ciudades como Varsovia y Lille, Bruselas y Belgrado, conocieron todos los rigores de la ocupación en dos guerras mundiales. Desde Praga y Budapest, Berlín y Viena, Constantinopla y Atenas, París y Roma, Londres y Nueva York, Ciudad del Cabo y Bombay, han salido tropas hacia las zonas de guerra y las que regresaron, después de la impresión y la prolongación de la batalla, encontraron ciudades, al menos en Europa, en las que las privaciones y el dolor habían sustituido al efímero entusiasmo anterior. En cada ciudad hay monumentos que recuerdan lo que se ha perdido.

Mientras viajaba, analicé los textos y la iconografía de los monumentos en recuerdo de la guerra en cada sitio, que daban testimonio de todas las formas de destrucción, desde las tumbas individuales de soldados y civiles hasta los monumentos que recordaban la muerte de más de medio millón de caballos en las zonas de guerra y de otros quince mil que murieron ahogados, camino de la guerra. Todos esos monumentos constituyen un recuerdo crudo, a menudo hermoso, en ocasiones grotesco, de la destrucción. Su inauguración, como en 1936 la del monumento a los canadienses de las colinas de Vimy, prolongó el impacto de la retrospección. Incluso después de la segunda guerra mundial, contemplar a los veteranos condecorados de la primera guerra era lo más impactante de los desfiles del día del armisticio. En Boulogne, en 1974, presencié un desfile de viejos soldados de las dos guerras mundiales, encabezados por un encorvado superviviente de la batalla del Marne, que había tenido lugar sesenta años antes, al que se concedió el puesto de honor, a la cabeza de la procesión.

Las batallas constituyeron el marco y la información diaria de la guerra, pero los motines, las huelgas y la revolución repetían los pasos de los combatientes, al igual que el trabajo de millones de personas en fábricas y batallones de trabajo. El gas mostaza fue un peligro más para los combatientes. Los submarinos enviaron a miles de marinos mercantes, militares y civiles a tumbas sin nombre. Los bombardeos aéreos añadieron una dimensión civil del terror. A millones de ciudadanos, detrás de las líneas, les tocó sufrir hambre y privaciones.

Mis propias investigaciones acabaron en varios libros en los cuales la primera guerra mundial ocupaba un lugar destacado, entre los que figuran *Sir Horace Rumbold, Portrait of a Diplomat*, que trata el estallido de la guerra desde la perspectiva de un diplomático británico en Berlín; los volúmenes tercero y cuarto de la biografía de Churchill, en los cuales tuvieron cabida los Dardanelos, el frente

occidental y la guerra de municiones, y *The Atlas of the First World War*, que abarca todos los frentes y los aspectos de la contienda. La influencia de la guerra sobre las aspiraciones judías y árabes en Oriente Medio es el tema de tres capítulos de *Exile and Return, The Struggle for a Jewish Homeland*. La influencia de la guerra sobre los tratados de paz y los años de entreguerras fue uno de los temas más destacados de las cartas y los documentos que publiqué en 1964 en *Britain and Germany Between the Wars*.

También en 1964, poco después de que entregara a una agencia de mecanografía de Oxford el manuscrito de mi libro *The European Powers 1900-1945*, quiso verme la directora de la agencia, la señora Wawerka. En el libro yo había atribuido a Austria parte de la responsabilidad por el comienzo de la guerra en 1914, lo cual la había desconcertado y afligido. Ella había nacido y se había educado en Viena; como judía, se había visto obligada a abandonar su país en 1938, pero le constaba que Austria no tenía ninguna responsabilidad por los acontecimientos de 1914. Había que echarle la culpa (y así debería de haberlo hecho yo) a los serbios y a los rusos.

Ese episodio me afectó mucho, al igual que la descripción que me hizo la señora Wawerka del hambre desesperada que había en Viena después de la guerra y lo injusto, en su opinión, del acuerdo de posguerra que desmontó el imperio de los Habsburgo.

Para algunos fue una guerra punitiva; para otros se convirtió en una guerra para acabar la guerra. Su nombre, la «Gran Guerra», indicaba su escala sin precedentes, a pesar de lo cual le siguieron otra, más destructiva todavía, y otras guerras «menores» en todo el mundo. En enero de 1994 se calculaba que se estaban librando treinta y dos guerras en distintos lugares de la Tierra. La primera guerra mundial sigue ocupando su lugar en el análisis de esos conflictos modernos. El 26 de diciembre de 1993, mientras yo escribía este libro, un periodista de la televisión británica, comentando la falta de una tregua navideña en Bosnia, informó, con una profunda trinchera al fondo: «Alrededor de Vitez, el sistema de trincheras recuerda al de la primera guerra mundial, con barro y todo.» La trinchera que se veía no estaba demasiado cubierta de barro, ni llena de agua, ni estaba sometida al fuego de la artillería, pero las imágenes de la primera guerra mundial persistieron durante ochenta años y a lo largo de varias generaciones. Un período relativamente breve, una guerra que duró cuatro años y tres meses, ha inspirado, desconcertado y trastornado a todo el siglo.

Algunos de los cambios políticos que produjo la primera guerra mundial fueron tan destructivos como la guerra en sí, tanto por lo que se refiere a la vida como a la libertad, y perpetuarían la tiranía durante más de medio siglo. Algu-

nos de los cambios de fronteras de la primera guerra mundial, que supuestamente solucionarían males que venían de lejos, siguen siendo causa de conflictos hoy día.

En 1923, en la introducción a su libro *The Irish Guards in the Great War*, escribió Rudyard Kipling: «Lo que más sorprende al compilador de esta información es que se pueda rescatar algún dato cierto de la vorágine de la guerra.» Desde los primeros disparos, hace ochenta años, varios escritores han emprendido una investigación sobre los episodios principales y los más oscuros de la guerra y también sobre sus enigmas. Con este libro pretendo transmitir mis propias investigaciones, lecturas, sentimientos y perspectivas sobre un acontecimiento que, como el holocausto más adelante, dejó un estigma en el mundo occidental. También intento narrar, dentro del marco de los comandantes, las estrategias y las grandes cifras, la historia de los individuos.

Si a cada uno de los nueve millones de militares que murieron en la primera guerra mundial tuviéramos que dedicarle una página, el recuerdo de sus actos heroicos y sus sufrimientos, sus esperanzas en tiempos de guerra, su vida anterior y sus amores llenaría veinte mil libros como éste. No es fácil transmitir el sufrimiento individual en una historia general, aunque todos los historiadores tratan de hacerlo. El 3 de diciembre de 1993, me llamaron la atención tres frases breves en una reseña de Meir Ronnen de dos libros sobre la primera guerra mundial. La reseña se publicó en el *Jerusalem Post* y Ronnen escribió: «Millones de hombres murieron o sufrieron en el barro de Flandes entre 1914 y 1918. ¿Quién los recuerda? Hasta aquellos que tienen un nombre en su tumba ahora se han convertido en soldados desconocidos.»

Ningún libro puede, por sí solo, restablecer ese equilibrio, aunque varios libros buenos lo han intentado, entre ellos, hace muy poco, en Gran Bretaña, el de Lyn Macdonald y, en Francia, el de Stephanie Audouin-Rouzeau (uno de los libros que aparecía en la reseña de Meir Ronnen; el otro era una biografía del poeta Isaac Rosenberg, que murió en combate el 1 de abril de 1918). En este libro he tratado de incorporar el sufrimiento de los individuos en la narración de la guerra en general.

Martin Gilbert
Merton College
Oxford

Agradecimientos

Muchas personas me han animado a lo largo de los años para que investigara distintos aspectos de la primera guerra mundial o me han conducido hacia estanterías y rincones poco conocidos de la vasta bibliografía sobre el tema. Charles Mahjoubian, superviviente de la masacre de los armenios, me alentó para que incorporara a la narración la historia de las masacres de su pueblo. Dos alumnos míos de doctorado, Martin Ceadel y John Turner, escogieron la primera guerra mundial como su «época». Desde entonces, ambos han publicado libros por los cuales todos los estudiosos de la guerra les están agradecidos y ninguno más que su antiguo supervisor. La tesis doctoral de Larry Arnn, «Winston S. Churchill como ministro de Municiones», también ha sido de utilidad para su ex jefe y amigo desde hace mucho tiempo.

Mis conocimientos bibliográficos y objetivos se han visto incrementados con la colaboración de varios amigos, entre los cuales cabe mencionar a Clinton Bailey, David Harman, Zena Harman, Jeffrey Siegel, Sarah Meron y Simon Broadbent. Como siempre, Erich Segal ha sido mi guía para todas las alusiones clásicas. También me han enviado información J. W. Bakewell, el doctor Vojtech Blodig (del Theresienstadt Museum), I. L. Buxton, Andrew Baker, Robert Craig, sir Brian Fall, Martin Greenwood (Conservador Auxiliar de Kenwood House), Bruce Gaynor, J. P. Gee (de la Comisión de Tumbas de la Guerra de la Comunidad Británica de Naciones), Julie Kessler, Michael Levine, Len Mader (Asuntos Exteriores y Comercio Internacional de Canadá), T. P. Penfold (de la Comisión de Tumbas de la Guerra de la Comunidad Británica de Naciones), J. P. Rudman (Archivero de la Uppingham School), el coronel William E. Ryan, hijo (Comisión Estadounidense de Monumentos de Batalla, Washington, D. C.), Jean Saunders, el doctor Harry Shukman, Chris Thomas (de la Biblioteca de Referencia del Banco de Inglaterra), sir David Williams, Georgina Wilson y el Claremont Institute de Claremont, en California. También estoy agradecido por

la colaboración bibliográfica que me prestaron el profesor Oleg Rzheshevski de Moscú y Pauline Underwood (de Macmillan Press, Ltd). Como todos los que hemos utilizado los archivos del gobierno británico, tengo una deuda de gratitud con el jefe y el personal del Registro Público de Kew.

Los pasajes seleccionados del *Testament of Youth*, de Vera Brittain, se incluyen con la autorización de Paul Berry, su albacea literario, Victor Gollancz Ltd. (para la edición británica) y la Virago Press de Londres (para la edición estadounidense). Por su autorización para reproducir las poesías, doy las gracias a: George Sassoon, por los poemas de Siegfried Sassoon (de los *Collected Poems 1908-1956*, Faber & Faber); A. P. Watt en nombre de Crystal Hale y Jocelyn Herbert, por una poesía de A. P. Herbert; Macmillan Publishers Ltd. por una poesía de E. Hilton Young (de *A Muse at Sea*, Sidgwick & Jackson) y David Higham Associates, por una poesía de Herbert Read (de su *Selected Poetry*, Faber & Faber).

Trazó los mapas Tim Aspden, a partir de mis borradores, a los que aportó los beneficios de sus aptitudes cartográficas. El texto mecanografiado fue leído por mi antiguo profesor, Alan Palmer, y se enriqueció considerablemente (al igual que mis trabajos estudiantiles, cuarenta años antes) gracias a sus ideas y sus consejos. La mirada experta del doctor A. J. Peacock, corrector de *Gun Fire, A Journal of First World War History*, también ha sido muy valiosa. Ben Helfgott también ha hecho numerosas observaciones útiles sobre el estilo y el contenido. Corrigieron las pruebas Chris Bessant, en Gran Bretaña, y Arthur Neuhauser, en Estados Unidos; agradezco a ambos la atención que pusieron. Benjamin Buchan, de Weidenfeld and Nicolson, hizo aportaciones sobre distintos elementos del contenido, al igual que Ion Trewin. Rachelle Gryn ayudó a localizar muchos datos difíciles, al igual que Kay Thomson, que también colaboró en la correspondencia y la revisión. Como ha hecho en todas mis obras, Susie Gilbert ha analizado el texto minuciosamente y me ha brindado sus consejos.

Capítulo I

EL PRELUDIO DE LA GUERRA

Durante la primera década del siglo XX, políticos, escritores, novelistas y filósofos hablaban mucho de una guerra entre las grandes potencias, a pesar de lo cual apenas se comprendía la naturaleza de una guerra europea, en oposición a una empresa colonial. Se conocían, eso sí, las numerosas incursiones rápidas en las que unas fuerzas superiores se enfrentaban a enemigos lejanos y débiles, la victoria de las ametralladoras frente a las lanzas, de la poderosa artillería naval frente a los antiguos cañones. Por temibles que pudieran ser esos conflictos para quienes tomaban parte en ellos, el público en general, desde su casa, apenas tenía la sensación de algo terrible.

¿Por qué se habría de temer una guerra en Europa? Poco antes de que estallara la guerra, en 1914, un coronel francés que era adolescente cuando Alemania invadió Francia en 1870, escuchaba a un grupo de oficiales jóvenes que bebían por la perspectiva de la guerra y se reían de la posibilidad de un conflicto. Puso brusco fin a sus carcajadas con una pregunta: «¿Creen ustedes que la guerra siempre es divertida, *toujours drôle*?» Su nombre era Henri-Philippe Pétain. Dos años después, en Verdún, sería testigo de una de las peores matanzas militares del siglo XX.

Los militares franceses cuyas risas interrumpió Pétain bruscamente eran herederos de una tradición de enemistad entre franceses y alemanes que había culminado más de cuarenta años antes, el 11 de mayo de 1871, cuando, en el Swan Hotel de Frankfurt del Main, el canciller alemán, Otto von Bismarck, firmó el acuerdo por el cual se cedía a Alemania la totalidad de Alsacia y buena parte de Lorena. Ese día, en la ciudad de Metz, ocupada por los alemanes, se celebró el triunfo con salvas de artillería. En las aulas del colegio jesuita francés de Saint-Clement, escribió en 1931 el historiador británico Basil Liddell Hart: «El mensaje de las armas no necesitó intérprete. Los niños se pusieron en pie de un salto. El director, alzándose con mayor gravedad, exclamó: *"Mes enfants!"*, y a

continuación, incapaz de añadir nada más, bajó la cabeza y unió las manos, como para orar. El recuerdo de ese terrible momento no desapareció de la mente de los alumnos.»

A uno de esos alumnos, Ferdinand Foch, de diecinueve años, le molestó que la derrota se hubiese producido antes de que él pudiera ser enviado a combatir.

Pero en la Alemania recién unificada no todos estaban conformes con la victoria sobre Francia. A medida que el imperio fue adquiriendo fuerza industrial, se removieron otras ambiciones alemanas. Las aspiraciones de lograr la expansión colonial, de convertirse en una potencia naval como mínimo tan poderosa como Gran Bretaña, de lograr influencia sobre los musulmanes asiáticos, de ocupar un puesto preponderante en los consejos de Europa, intensificaron el sentido de inferioridad alemán. Parecía como si Alemania, que no se había unificado hasta 1870, hubiera llegado demasiado tarde a la carrera por el poder y la influencia, por el imperio y el respeto. La necesidad de otra guerra y de la abrumadora fuerza militar necesaria para ganarla fue la conclusión del libro *Alemania y la próxima guerra*, publicado en 1912 por un oficial jubilado de la caballería alemana, Friedrich von Bernhardi. Bernhardi había recorrido París como conquistador en 1870. En su libro destacaba la necesidad de que Alemania combatiera en una guerra o que perdiera la lucha por el poder mundial. El «derecho natural, sobre el cual descansan todas las leyes de la naturaleza», escribió, era «el derecho a la lucha por la existencia». La guerra era «una necesidad biológica». Soldados alemanes cuarenta años más jóvenes que él estaban a punto de poner a prueba en el campo de batalla esa teoría confiada y de morir en el intento.

La guerra de 1870 había sido la última del siglo XIX entre las potencias europeas. En la batalla de Sedan habían muerto tres mil soldados de cada bando. En las luchas civiles que siguieron en Francia, los propios franceses ejecutaron en París a más de veinticinco mil comuneros. Con ese ejemplo, quedaba claro que las guerras y sus secuelas tenían un alto precio en vidas humanas y unos resultados imprevisibles, incluso atroces. Después de 1870, el imperio alemán, el francés, el belga y el británico tuvieron su saga de guerras, derrotas y matanzas en el exterior. El hijo de Napoleón III, el príncipe imperial, fue uno de los centenares de soldados británicos asesinados en 1879 por los zulúes durante y después de la batalla de Isandlwana. En 1894, el teniente coronel Joffre encabezó una columna francesa que atravesó el Sahara para conquistar Tombouctou. Con el cambio de siglo, un coronel alemán, Erich von Falkenhayn, adquirió la reputación de despiadado durante la expedición internacional para aplastar la re-

belión de los bóxers en China, ocasión durante la cual el káiser Guillermo II comparó las tropas alemanas con los hunos, acuñando de ese modo una frase que acabaría usándose en su contra: «Así como los hunos de hace mil años, al mando de Atila, gozaban de una reputación en virtud de la cual viven en la tradición histórica —dijo—, que el nombre de Alemania se conozca en China de la misma manera, de modo que ningún chino se atreva a volver a mirar con recelo a un alemán.»[1]

Esas guerras, a menudo lejanas y siempre sangrientas, sirvieron de advertencia para aquellos que quisieron escuchar. En 1896, el poeta y clasicista británico A. E. Housman puso de manifiesto la crueldad de la guerra en su poema «A Shropshire Lad» («Un chaval de Shropshire»):

On the idle hill of summer,
Sleepy with the flow of streams,
Far I hear the steady drummer
Drumming like a noise in dreams.

Far and near and low and louder
On the roads of earth go by,
Dear to friends and food for powder,
Soldiers marching, all to die.

East and west on fields forgotten
Bleach the bones of comrades slain,
Lovely lads and dead and rotten;
None that go return again.

Far the calling bugles hollo,
High the screaming fife replies,
Gay the files of scarlet follow:
Woman bore me, I will rise.[2]

Cinco años después, se hizo eco de los sentimientos de advertencia de Housman, en la Cámara de los Comunes británica, Winston Churchill, entonces un joven parlamentario conservador de veintiséis años que, después de pasar por la experiencia del combate en India, en Sudán y en la guerra de los bóers, se encontró, de regreso en Londres, escuchando llamamientos para formar un ejército capaz de luchar contra un enemigo europeo. «Con frecuencia me he que-

dado atónito al ver con qué compostura y con cuánta labia hablan de una guerra europea los parlamentarios y hasta los ministros», declaró el 13 de mayo de 1901, tres meses después de incorporarse al Parlamento, y destacó a continuación que, mientras que las guerras del pasado las habían librado «pequeños ejércitos regulares de soldados profesionales», una guerra europea sólo podía acabar «con la ruina de los vencidos y el trastorno comercial y el agotamiento de los vencedores, que resulta casi igual de fatal».

La democracia, advertía Churchill, sería «más vengativa» que las cortes y los gabinetes de antaño: «Las guerras de los pueblos serán más terribles que las de los reyes.» Diez años después, el 9 de agosto de 1911, cuando se fustigaba la fiebre bélica alemana contra Gran Bretaña y Francia, al reclamar Alemania un puerto en la costa atlántica de Marruecos, el dirigente socialdemócrata alemán August Bebel advirtió al Reichstag que una guerra europea podía acabar en una revolución. Se rieron de él, llamándolo alarmista, y un parlamentario exclamó: «Después de todas las guerras, ¡todo va mejor!»

Las rivalidades de las cuales surgieron las guerras no se podían calmar con la lógica del sentimiento antibelicista. En la primera década del siglo XX, se vieron muchas de esas rivalidades y resentimientos entre aquellas naciones para las cuales la paz, el comercio, la industria y la difusión de la prosperidad nacional parecían las auténticas necesidades, dificultades y oportunidades. En Francia, la pérdida de los territorios anexionados por Alemania en 1871 siguió provocando resentimientos durante cuatro décadas. Resonaba en los oídos franceses el consejo del patriota francés Léon Gambetta: «No dejéis de pensar en ello, pero no habléis de ello jamás.» La tela negra que cubría la estatua de Estrasburgo en la plaza de la Concordia constituía un recuerdo visual permanente de la pérdida de las dos provincias orientales. La guía de París de Karl Baedeker, publicada en Leipzig en 1900, hacía el siguiente comentario acerca de la estatua tapada: «La de Estrasburgo suele estar cubierta de crespones y guirnaldas de luto que hacen referencia a la pérdida de Alsacia.» Por su parte, Alemania tenía muchas ambiciones territoriales, sobre todo más allá de su frontera oriental. Como despreciaban a Rusia, los alemanes tenían la esperanza de anexionarse las provincias polacas occidentales del imperio ruso, así como también de extender la influencia germana sobre el centro de Polonia, en Lituania y a lo largo de la costa báltica; como si el imperio de Guillermo II quisiera restablecer el equilibrio de poder desbaratado por primera vez por Pedro el Grande doscientos años antes y, cuarenta años después de su muerte, por Catalina la Grande.

La Rusia de Nicolás II no carecía de ambiciones propias, sobre todo en los Balcanes, como defensora eslava de un estado eslavo, Serbia, en permanente

lucha por ampliar sus fronteras y llegar al mar. Rusia también se consideraba defensora de las razas eslavas bajo el dominio austríaco. Al otro lado de la frontera rusa con Austria-Hungría, vivían tres minorías eslavas para las cuales Rusia se presentaba como un paladín: los ucranianos, los rutenos y los polacos.

Gobernada por Francisco José desde 1848, Austria-Hungría trataba de mantener su propia extensa estructura imperial mediante el equilibrio de sus numerosas minorías. En 1897, en un intento por compensar las reclamaciones contrapuestas de alemanes y magiares, nombraron a Francisco José emperador de Austria y rey de Hungría. En la mitad austríaca de esa monarquía dual, se había establecido un complejo sistema parlamentario que tenía por objeto conceder a cada una de las minorías algún lugar en la legislatura.[3] Sin embargo, hasta el deseo de los Habsburgo de no cambiar nada para no molestar a nadie chocaba con el deseo de poner freno precisamente a lo que fastidiaba el dominio austríaco en el sur, el cada vez mayor (al menos así lo parecía) estado serbio.

En Gran Bretaña, novelistas y periodistas, así como también almirantes y parlamentarios, reflejaban los temores británicos a la supremacía naval alemana, incrementados, a comienzos del verano de 1914, por la noticia de la inminente ampliación del canal de Kiel, que permitiría un desplazamiento rápido y seguro de las embarcaciones alemanas desde el Báltico hasta el mar del Norte. En la prensa se publicaban habitualmente artículos antialemanes. También se solicitó al gobierno liberal en varias ocasiones que implantara el servicio militar obligatorio, para no depender, en caso de guerra, del reducido ejército profesional; pero el gobierno liberal se resistía a esos llamamientos.

Los sistemas de alianzas europeos reflejaban los temores de todos los estados. Las dos potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría, estaban unidas por lazos formales, así como también sentimentales; lo mismo ocurría, desde 1892, con Francia y Rusia, con quienes Gran Bretaña había llegado a acuerdos para reducir los conflictos. Gran Bretaña y Francia, a pesar de no estar ligadas por ningún tratado, habían firmado una Entente Cordial en 1904 para resolver sus controversias coloniales en Egipto y Marruecos y desde 1906 se consultaban las cuestiones militares. Esos acuerdos y la costumbre de consultarse dieron lugar a lo que se llamó la Triple Entente, compuesta por Gran Bretaña, Francia y Rusia, que inspiraba a las potencias centrales el temor a quedar rodeadas, al cual era particularmente sensible el káiser alemán, Guillermo II, que soñaba con hacer de Alemania una nación respetada, temida y admirada. Nieto de la reina Victoria, guardaba resentimiento por el aparente predominio que tenían en el mundo el hijo de aquella, Eduardo VII, y su nieto Jorge V, los reyes-empera-

dores, que dominaban el subcontinente indio con sus centenares de millones de súbditos.

En su palacio de Potsdam, Guillermo estaba rodeado por el recuerdo y el ceremonial de su antecesor, Federico Guillermo I, fundador del ejército prusiano. «Hasta el día de hoy —comentaba Karl Baedeker en 1912—, numerosos soldados, sobre todo los hombres escogidos de los regimientos de guardias, constituyen los elementos más característicos de las calles de la ciudad.» También había en Potsdam una estatua ecuestre en bronce de Guillermo I, descubierta por Guillermo II en 1900, con la diosa de la victoria sentada delante del pedestal. La diosa, que en tiempos de los romanos había sido la divinidad principal de los césares, estaba adornada con relieves del príncipe cuando era un joven oficial de turno en Bar-sur-Aube, en 1814, durante la guerra contra Napoleón y de la entrada triunfal de los alemanes en París, en 1871.

Resultaba irónico que Potsdam, símbolo del poderío militar alemán y de su despliegue imperial, mencionado por primera vez en el siglo X, fuera, según palabras de Baedeker, «de antiguo origen eslavo». Ningún eslavo se hubiera atrevido entonces a reclamar Potsdam, aunque en 1945 los rusos se reunirían allí con los aliados occidentales en calidad de vencedores, ocupantes y conciliadores; pero el mapa de la Europa posterior a 1900, con sus fronteras definidas con toda claridad, muchas de las cuales no habían cambiado desde 1815, otras desde 1871, ocultaba grandes insatisfacciones, en muchos casos de origen étnico.

Serbia, que no tenía salida al mar desde que había obtenido por primera vez la independencia, varias décadas antes, como primer estado eslavo de la era moderna, quería una salida al Adriático, pero se lo impedía Austria que, en 1908, se había anexionado la antigua provincia turca de Bosnia-Herzegovina. Esa anexión no sólo constituyó un desafío al tratado de Berlín de 1878, del cual Gran Bretaña había sido firmante, sino que brindó a Austria el control sobre unos 500 kilómetros de la costa adriática. Además, Bosnia podía servir como base militar, en caso de necesidad o de surgir la oportunidad, para un ataque austríaco a Serbia.

Cada una de las minorías de Austria-Hungría quería o bien conectarse con un estado vecino, como Serbia, Italia y Rumania, o bien, en el caso de los checos y los eslovacos, los eslovenos y los croatas, labrarse algún tipo de autonomía y hasta llegar a convertirse en un estado independiente. Bajo el dominio alemán, austrohúngaro y ruso, los polacos no habían renunciado nunca a su esperanza de independencia, que Napoleón había estimulado, pero que los sucesivos káiseres, zares y emperadores habían reprimido durante un siglo.

El peligro que suponían para Austria-Hungría las ambiciones de los eslavos

se explicaba el 14 de diciembre de 1912 en una carta del jefe del Estado Mayor austríaco, el barón Conrad von Hötzendorf, al heredero forzoso del imperio de los Habsburgo, el sobrino del emperador, el archiduque Francisco Fernando. «La unificación de la raza eslava en el sur —decía Conrad a Francisco Fernando— es uno de los poderosos movimientos nacionalistas que no se pueden pasar por alto ni contener. La única cuestión posible es si la unificación tendrá lugar dentro de los límites de la monarquía (es decir, a expensas de la independencia de Serbia) o con el liderazgo de Serbia, a expensas de la monarquía.» En caso de que Serbia liderara la unificación eslava, advertía Conrad, Austria perdería todas sus provincias eslavas del sur y, por tanto, casi toda su costa. La pérdida de territorio y de prestigio que supondría la supremacía de Serbia «relegaría a la monarquía a la condición de un pequeño poder».

Los temores y los deseos encontrados de numerosos estados y pueblos no originaron una guerra europea, pero sirvieron como una serie de múltiples mechas que esperaban ser encendidas, en caso de comenzar una guerra entre dos estados. La guerra, si llegaba, sería una oportunidad irresistible para cumplir deseos abrigados durante mucho tiempo o para vengar odios que venían de lejos. A Alemania, tan fuerte industrialmente, tan confiada militarmente, le molestaba la estrecha alianza entre su vecino occidental y su vecino oriental, Francia y Rusia. Como contrapeso, se aferraba a su vecino meridional, Austria-Hungría, que no dejaba de ser un socio en la adversidad, por torpe que fuese o dividido que estuviese. Alemania también había atraído a Italia hacia su órbita, en 1882, creando una Triple Alianza.

La visita del káiser al sultán Abdul Hamid en Constantinopla, en 1898, y su extravagante peregrinación a Jerusalén, donde los dignatarios de las tres religiones monoteístas erigieron arcos festivos para que él pasara a caballo por debajo, indicaron al imperio turco otomano y a todo el mundo musulmán que podían considerar a Alemania su amiga. En 1914, se alzaban en lo alto del monte de los Olivos, con vistas al mar Muerto, tres construcciones de piedra impresionantes: la iglesia rusa de la Ascensión, símbolo del interés de San Petersburgo por Oriente desde 1888; la residencia particular de un inglés, sir John Gray Hill, adquirida esa primavera por los sionistas para albergar una universidad judía, símbolo de unas incipientes aspiraciones nacionales, y el sanatorio Augusta-Victoria, construido en 1909, que llevaba el nombre de la esposa del káiser, monumento a la confiada reafirmación de los intereses y las ambiciones alemanes.

En 1907, Gran Bretaña había firmado un acuerdo con Rusia. Aunque el objetivo fundamental del acuerdo era la resolución de antiguas disputas en la le-

jana Persia y en Afganistán, a Alemania le pareció una prueba más de que estaba rodeada. Como muestra de sus propias ambiciones en Oriente, Alemania había impulsado, desde 1899, la idea de un ferrocarril de Berlín a Bagdad y más allá, utilizando Constantinopla para cruzar de Europa a Asia. El transbordador que transportaba pasajeros, mercancías y vagones de ferrocarril desde la estación de Sirkeci, en la costa europea del Bósforo, hasta la estación de Haydar Pasha, sobre la costa asiática, era un símbolo del empuje alemán.

Los alemanes estaban haciendo planes para ampliar la línea férrea a través de la parte asiática de Turquía, llegando por el sur hasta los puertos de Gaza, en el Mediterráneo oriental, Al Aqaba, sobre el mar Rojo, y Basora, en el golfo Pérsico. Con un ramal desde Bagdad en dirección al este se pretendía llegar hasta los pozos petrolíferos persas, lo cual constituía un desafío directo a la influencia establecida por Gran Bretaña y Rusia en esa misma región apenas siete años antes. En 1906, para tratar de contrarrestar una posible terminal ferroviaria alemana en Al Aqaba, sobre el mar Rojo, Gran Bretaña, la potencia que entonces ocupaba Egipto, anexionó a sus territorios egipcios la zona oriental del desierto del Sinaí, que pertenecía a Turquía, lo cual permitiría trasladar rápidamente las piezas de artillería británicas desde Egipto hasta la minúscula bahía de Taba, desde la cual podrían bombardear la terminal ferroviaria y las instalaciones del puerto de Al Aqaba, en caso de que los alemanes las utilizaran en contra de los intereses británicos.

Los temores alemanes a quedar rodeados se basaban en el gradual acercamiento, mediante acuerdos y conversaciones, de Francia, Rusia y Gran Bretaña. En enero de 1909, un antiguo jefe del Estado Mayor General alemán, Alfred von Schlieffen, jubilado cuatro años antes, publicó un artículo sobre la guerra del futuro, en el cual advertía acerca de Gran Bretaña, Francia, Rusia e incluso Italia: «Se están haciendo esfuerzos para reunir a todas esas potencias para lanzar un ataque conjunto contra las potencias centrales. En el momento indicado, se bajarán los puentes levadizos, se abrirán las puertas y se soltarán ejércitos de millones de hombres, que arrasarán y destruirán, atravesando los Vosgos, el Mosa, el Nieman, el Bug y hasta el Isonzo y los Alpes tiroleses. El peligro parece inmenso.»

Tras leer ese artículo en voz alta a sus generales, comentó el káiser: «Bravo.»

En 1911, cinco años después de que los británicos aseguraran su capacidad para destruir por lo menos una de las terminales del ferrocarril Berlín-Bagdad, dominado por los alemanes, Gran Bretaña y Francia intervinieron de forma conjunta para impedir que Alemania estableciera un puerto en Agadir, sobre la costa atlántica de Marruecos. Cuando llegó al puerto una cañonera alemana,

los británicos amenazaron con hostilidades si no se retiraba. La amenaza resultó eficaz, pero el rencor que produjo resultó igual de intenso.

Las impresiones del público no se ajustaban necesariamente a los hechos. Los comerciantes británicos podían utilizar la línea férrea Berlín-Bagdad tanto como los alemanes y había ocho directores franceses en la junta de la compañía ferroviaria, además de los once alemanes, pero la idea de que unos 3.200 kilómetros de una empresa alemana recorrieran a grandes zancadas Europa, Anatolia y las provincias árabes del imperio otomano resultaba mortificante, incluso amenazadora, para Gran Bretaña, que tenía sus propios intereses imperiales en el golfo Pérsico y el océano Índico.

A lo largo de la ruta del ferrocarril, el único país que no pertenecía a la esfera de influencias y alianzas alemanas era Serbia, a través de la cual apenas pasaban 280. A Alemania, el imperio británico y el francés le producían una indignación celosa, a pesar de que el propio imperio alemán de ultramar incluía grandes regiones de África y amplias extensiones del océano Pacífico, en ninguna de las cuales la colonización ni la explotación eran demasiado activas. Para Alemania, las posesiones imperiales eran símbolos de poder y no representaban un desarrollo significativo de la iniciativa y la prosperidad nacionales.

Otro motivo de fricción anglo-germana, exacerbado por los nacionalistas decididos desde ambas orillas del mar del Norte, era el deseo del káiser de equiparar a Gran Bretaña en poderío naval, a pesar de que las posesiones coloniales de Alemania no requerían una armada de la escala de la británica. En 1912, una ley naval alemana, la cuarta en doce años, incorporó quince mil oficiales y soldados a una fuerza naval que ya era bastante considerable. El Primer Lord del Almirantazgo británico, Winston Churchill, propuso que ambos interrumpieran su expansión naval, pero Alemania rechazó la propuesta. El argumento de Churchill, que una flota poderosa era una necesidad para Gran Bretaña pero un «lujo» para Alemania, si bien era cierto en esencia, teniendo en cuenta las extensas responsabilidades imperiales de Gran Bretaña en India y otros lugares, ofendió a los alemanes, que se consideraban al mismo nivel que los británicos, a pesar de lo cual se esperaba que adoptaran una posición de inferioridad. Por su parte, los británicos, temiendo una amenaza naval alemana cada vez mayor en el mar del Norte, vieron con buenos ojos la expansión naval rusa: el 12 de mayo de 1914, el gabinete británico destacó con aprobación que «el importante incremento previsto en la flota rusa del Báltico facilitará necesariamente nuestra posición con respecto a Alemania en aguas territoriales».

La victoria de Serbia en la primera guerra de los Balcanes contra Turquía, en 1912, fue un revés para Alemania. El éxito militar y territorial de ese pequeño

estado eslavo amenazaba no sólo el predominio de Austria en los Balcanes, sino también el deseo de Alemania de ser la potencia europea predominante en Turquía. Que Turquía perdiera territorio en Europa en provecho de Serbia constituyó una victoria para el sentimiento ruso. Los rusos, como paladines de los eslavos y como gobernantes de las provincias polacas y bálticas adyacentes a Alemania, estimulaban la animadversión alemana. El concepto racial de teutones contra eslavos era una fuerza que inducía a conflictos, aunque tampoco parecía que el conflicto viniese mal. El 8 de diciembre de 1912, en una conversación con el jefe del Estado Mayor, el conde Von Moltke, el jefe del Estado Mayor de la Marina, el almirante Von Müller y el Secretario de Estado de la Marina, el almirante Von Tirpitz, el káiser les dijo, según apuntó Müller en su diario: «Austria tuvo que actuar con energía contra los eslavos extranjeros (los serbios), porque de lo contrario habría perdido su poder sobre los serbios en la monarquía austrohúngara. Si Rusia apoyara a los serbios, la guerra sería inevitable para nosotros.» La armada alemana, añadió el káiser, «tendría que enfrentarse a una guerra contra Gran Bretaña.»

Durante esa reunión, Moltke sugirió que «convenía preparar mejor la aceptación de una guerra contra Rusia, según la idea general del káiser». El káiser estuvo de acuerdo en que los periódicos tenían que empezar a «explicar al pueblo alemán» los «grandes intereses nacionales» de Alemania, por si estallaba una guerra como consecuencia de un conflicto austro-serbio. Según las instrucciones transmitidas por el almirante Müller al canciller, Theobald von Bethmann-Hollweg, que no había asistido a la reunión: «El pueblo no debe estar en la posición de no preguntarse, hasta que no estalle una gran guerra europea, acerca de los intereses por los que Alemania lucharía, sino que debería acostumbrarse de antemano a la idea de una guerra semejante.»[4]

La cuestión de la disposición del público para aceptar la guerra era algo que Moltke comprendía y que le preocupaba. A principios de 1913, llegó hasta el extremo, al igual que Bethmann-Hollweg, de advertir a sus homólogos austríacos que no entraran en guerra con Serbia, a pesar de que Serbia quería ocupar Albania. Moltke estaba convencido, y así lo dijo al general Conrad von Hötzendorf, el jefe del Estado Mayor austríaco, el 10 de febrero de 1913, de que «habría una guerra europea, más tarde o más temprano, en la cual la cuestión sería la lucha entre germanos y eslavos» y de que «prepararse para esa contingencia era la obligación de todos los estados que fueran paladines de las ideas y la cultura germánicas». Dicha guerra, sin embargo, advirtió Moltke, «requiere la disponibilidad del pueblo para hacer sacrificios y el entusiasmo popular». Pero todavía no había llegado ese momento.

En junio de 1913, Churchill repitió, en una conversación privada con el agregado naval alemán en Londres, el capitán E. von Müller, la sugerencia de interrumpir la expansión naval por ambas partes. Müller, a quien disgustaban los británicos y que no quería que el Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín ni el káiser aceptaran la sugerencia de conciliación de Churchill, preguntó al almirante Tirpitz lo que debía hacer. Tirpitz le aconsejó que informara sobre la conversación con Churchill lo más brevemente posible y de una manera que diera la impresión de que lo único que pretendía Churchill era retrasar la expansión naval alemana, por temor a que Gran Bretaña no fuera capaz de mantener la suya. De modo que la iniciativa de Churchill se tergiversó de tal manera que predispuso al káiser contra ella. Casi un año después, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Gottlieb von Jagow, se quejaba al embajador alemán en Londres: «Resultan sumamente desagradables los tendenciosos informes de su agregado naval. ¿No puede usted mantenerlo un poco más a raya? Los constantes acosos y calumnias sobre la política inglesa resultan sumamente perturbadores, sobre todo porque siempre se usan en las altas esferas, en argumentos en mí contra [...]», es decir, por parte del káiser.

La fuerza cada vez mayor de Alemania se notaba en todas partes. En la primavera de 1913, su ejército permanente, que un año antes se había incrementado hasta alcanzar los 544.000 hombres, se volvió a incrementar hasta los 661.000. Ese octubre, el canciller alemán presentó los aumentos en el ejército con las palabras: «Una cosa queda fuera de toda duda: que si alguna vez llegáramos a una conflagración europea que enfrentara a *Slaventum* contra *Germanentum* sería para nosotros una desventaja que la posición en el equilibrio de fuerzas, que hasta ahora había ocupado la Turquía europea, la ocuparan en parte los estados eslavos.»

En el período inmediatamente posterior a las guerras de los Balcanes, no fue Alemania sino su vecina y aliada, Austria, la que defendió las necesidades de *Germanentum* contra *Slaventum*. Como consecuencia de la presión austríaca, Turquía aceptó la creación de una Albania independiente, que efectivamente impidiera a Serbia tener acceso al mar Adriático. Al mismo tiempo, Grecia, cuyo rey estaba casado con la hermana del káiser, negó a Serbia el acceso al mar Egeo, quitándole a Turquía la región costera de Tracia y anexionándosela.

Las naciones se sentían ofendidas, insatisfechas, en peligro o confiadas. Los periódicos estimulaban la sensación de peligro y privación. Los gobiernos hacían sonar los tambores del racismo, el patriotismo y las hazañas militares. Mientras los desiertos y las ciénagas de los continentes lejanos parecían ofrecer perspectivas de expansión, la competencia entre potencias rivales hacía que

hasta una línea férrea a través de un desierto pareciera una provocación. No fue una sola rivalidad ni la disputa por un solo lugar o región lo que provocó la guerra, sino que todas las rivalidades y las disputas se combinaron para crear y fomentar los estados de ánimo y las oportunidades que hicieron la guerra primero concebible, después posible y, finalmente, deseable. «Estoy harto de la guerra, del clamor bélico y de los eternos armamentos —dijo Bethmann-Hollweg a un amigo en un momento de irritada sinceridad, en junio de 1913—. Ya es hora de que las grandes naciones se vuelvan a calmar y se ocupen de objetivos pacíficos, o se producirá una explosión que nadie desea y que irá en detrimento de todos.»

Las ambiciones territoriales y las conquistas conseguidas desempeñaron un papel en el concepto constante de una guerra deseable. Tras su victoria sobre Turquía en 1912, Italia se había anexionado la extensa provincia turca de Libia, en el norte de África. Un año después, Bulgaria, que también había derrotado a los turcos, consiguió una salida al mar Egeo, con acceso al Mediterráneo. Serbia, sin salida al mar y convencida de que el dominio austríaco de Bosnia y la costa dálmata era un intento deliberado para negarle el acceso al mar Adriático, ocupó Albania en la segunda guerra en los Balcanes en menos de dos años. De ese modo, Serbia adquirió, momentáneamente, una costa considerable en el Adriático.

En octubre de 1913 se celebró el centenario de una de las mayores victorias militares alemanas: la derrota de Napoleón en Leipzig, frente a Prusia, Austria, Rusia y Suecia, en la batalla de las Naciones.[5] Para conmemorar el triunfo, el káiser descubrió un monumento a la victoria en una ceremonia que pretendía destacar las hazañas militares tradicionales e históricas de Alemania. Entre los asistentes a la ceremonia estaba el jefe del Estado Mayor austríaco, el general Conrad, a quien el káiser expresó su apoyo en todo lo que hicieran los austríacos para expulsar a Serbia de Albania. «Estoy de su parte en eso», le confió el káiser. Las demás potencias no estaban preparadas. «En un plazo de pocos días, tienen que estar ustedes en Belgrado. Siempre he estado a favor de la paz, pero todo llega a su límite. He leído mucho acerca de la guerra y sé lo que significa, pero al final surge una situación en la cual una gran potencia no puede limitarse a mirar, sino que tiene que desenvainar la espada.»

La ocupación de Albania por parte de Serbia fue un triunfo efímero. El 18 de octubre de 1913, el gobierno austríaco envió un ultimátum a Belgrado, exigiendo que las fuerzas serbias evacuaran Albania en un plazo de ocho días. Los serbios obedecieron. Ese día, un diplomático británico, Eyre Crowe, destacó con veracidad y con cierto conocimiento del futuro: «Austria se ha desprendido del

conjunto de potencias para buscar por su cuenta una solución a una cuestión que hasta ese momento se consideraba que incumbía a todas.» Al día siguiente, el ministro de Asuntos Exteriores provisional alemán, el doctor Alfred Zimmermann, dijo al embajador británico en Berlín, sir Edward Goschen: «Se había sorprendido de que el emperador de Austria aprobara una política que, en determinadas circunstancias, podía tener graves consecuencias, pero lo había hecho, y eso dejaba más claro todavía que aconsejar moderación a Viena, por parte de Alemania, quedaba fuera de la cuestión.»

Esas últimas trece palabras contenían las semillas de una guerra europea. Después de que Austria enviara su ultimátum, el káiser envió un telegrama de felicitación tanto al emperador Francisco José como a su heredero forzoso, el archiduque Francisco Fernando. Esa aprobación alemana, comentó Eyre Crowe a finales de octubre de 1913, «confirma la impresión de que Alemania, mientras pretendía ante nosotros que desaprobaba y lamentaba totalmente la actitud austríaca, ha estado todo el tiempo alentando a su aliada». En Austria tomaron nota de que ningún periódico ruso sugirió que Rusia tuviera que emprender acción alguna en nombre de Serbia que pudiera provocar un conflicto entre Rusia y Austria.

Austria-Hungría presentaba todos los indicios externos de permanencia y confianza. «Cuesta no pensar en Austria —había dicho Bismarck en 1888—. Un Estado como Austria no desaparece.» El 2 de diciembre de 1913, se celebró en Viena una misa mayor para festejar el sexagésimo quinto aniversario de la llegada al trono del emperador Francisco José. Antes que él, ningún soberano europeo había reinado durante tanto tiempo. Pero él no podía frenar las aspiraciones nacionalistas de su pueblo ni impedir que otros las alentaran desde fuera. De todas las grandes potencias, Rusia era la que más agitaba los ánimos. El 19 de enero de 1914, el gobernador austríaco de Galitzia informó al Ministerio del Interior en Viena: «En los últimos tiempos la agitación del partido rusófilo [...] está adquiriendo mayor brío. [...] La continua rusificación de Galitzia, con la colaboración de la ortodoxia, requiere mayor atención por parte de los funcionarios administrativos, si es que van a ser capaces de combatirla.»

En los primeros meses de 1914, en la búsqueda constante de fuentes de fuel-oil, imprescindible para mantener en acción a los buques de guerra más modernos, Gran Bretaña ganó por la mano a Alemania, al negociar una participación predominante en los pozos petrolíferos persas, hacia los cuales habían puesto rumbo y habían dirigido las obras los constructores del ferrocarril alemán. Sin embargo, al mismo tiempo, como jefe de la Marina británica, Winston Churchill,

que en dos ocasiones había propuesto que se interrumpieran las construcciones navales anglo-germanas, propuso a los colegas más veteranos de su gabinete iniciar negociaciones secretas con su homólogo alemán, el almirante Tirpitz. Su objetivo, explicó Churchill, era poner fin a «la perniciosa concentración de flotas en aguas nacionales». El ministro de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, rechazó la propuesta, con el argumento de que, en caso de que se filtrara la noticia de las conversaciones, «circularían los informes más disparatados y en el Ministerio de Asuntos Exteriores tendríamos que dar constantes explicaciones a los embajadores y negar en la prensa todo lo que nos atribuyan». Se impuso la antigüedad de Grey.

A pesar de ese rechazo a las conversaciones anglo-germanas, la guerra parecía poco probable en la primavera y el verano de 1914. Las divergencias entre estados soberanos se podían presentar para su resolución ante el Tribunal Internacional de La Haya, establecido en 1900, símbolo de la determinación del mundo civilizado de no verse envuelto en conflictos de destrucción mutua. En toda Europa, los socialistas denunciaban el concepto mismo de guerra e instaban a las clases trabajadoras de todo el mundo a que se negaran a participar en los entusiasmos bélicos capitalistas. Los banqueros y los financieros, al igual que la aristocracia terrateniente con la que competían, sentían que formaban parte de un grupo internacional más amplio que, ya fuera por el comercio, en un caso, o por los matrimonios mixtos, en el otro, no tenían nada que ganar con una guerra, y sí mucho que perder. Se habían alcanzado acuerdos que transformaron la rivalidad en cooperación: el 13 de agosto de 1913, Gran Bretaña y Alemania habían negociado en secreto la creación de esferas potenciales de influencia en las posesiones portuguesas en África. El acuerdo para el posterior control anglogermano de Angola y Mozambique se aprobó de forma preliminar el 20 de octubre de 1913, dos días después del ultimátum «albanés» de Austria a Serbia. No había ningún motivo aparente por el cual una crisis en los Balcanes, ni siquiera si la iniciaba una potencia europea cercana a Alemania, fuera a inhibir las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania.

En lo que respecta al pensamiento político, un escritor británico, Norman Angell, en su libro *The Great Illusion*, sostenía que incluso una potencia bélica victoriosa sufriría extraordinarias pérdidas económicas y financieras como consecuencia de una guerra. Su advertencia, que se publicó por primera vez en 1909, fue traducida al francés, el alemán, el italiano y el ruso, y en 1913 se habían hecho más de diez ediciones en inglés. Angell destacaba que las grandes naciones industriales, Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y Francia, estaban «perdiendo el impulso psicológico hacia la guerra, del mismo modo que hemos perdido el impulso psicológico de matar a nuestros vecinos por diferencias re-

ligiosas». ¿Cómo podría ser de otra manera?, se preguntaba. «¿Cómo es posible que la vida moderna, con su apabullante proporción de actividades industriales y su mínima proporción de militares, mantenga vivos los instintos relacionados con la guerra en contra de los que se desarrollan con la paz?» Hasta el aristócrata prusiano «se vuelve menos energúmeno a medida que se vuelve más científico».

Angell no estaba solo, ni mucho menos, cuando señalaba que las potencias cuyas rivalidades hacían que sus opiniones públicas parecieran tan belicosas al mismo tiempo estaban estrechamente vinculadas por los lazos del comercio libre y la interdependencia industrial. En junio de 1914, una empresa que pertenecía de forma conjunta a inversores británicos y alemanes ganó los derechos exclusivos para la explotación petrolífera en Mesopotamia. Las embarcaciones de todas las naciones europeas transportaban en sus bodegas los productos de los campos y las fábricas de las demás. Los automóviles y los camiones alemanes, franceses, británicos y rusos, que, en caso de guerra, tendrían que transportar tropas y suministros, funcionaban gracias al magneto de Bosch, que se fabricaba exclusivamente en Alemania y, en cada país europeo, era importado por los fabricantes de vehículos. Si comenzaba la guerra y se interrumpía el abastecimiento del magneto, habría que volver a inventar ese componente, pequeño pero crucial, y ponerse a fabricarlo desde cero.

La acetona, el disolvente que se utilizaba para fabricar la cordita, el elemento explosivo de los proyectiles, era otro ejemplo de la interdependencia de los países europeos. Se producía casi exclusivamente por destilación de la madera. Alemania y Austria eran dos de los principales países exportadores de madera; los otros dos eran Canadá y Estados Unidos. Para fabricar una tonelada de acetona hacían falta por lo menos ochenta toneladas de madera de abedul, haya o arce. Todos los bosques británicos no bastarían para suministrar el mínimo de cien toneladas que serían necesarias todos los años en caso de guerra. La madera importada era un elemento esencial de la capacidad bélica. Seis meses después del comienzo de la guerra, la necesidad británica de una acetona sintética se había vuelto perentoria, con lo cual la ciencia tuvo que desempeñar un papel fundamental, aunque hubo que esperar hasta febrero de 1916 para que el proceso sintético estuviera en marcha. Un ámbito de monopolio alemán absoluto era la fabricación de binoculares. En agosto de 1915, Gran Bretaña se vio obligada a utilizar a un intermediario suizo a fin de adquirir treinta y dos mil pares de binoculares alemanes para el frente occidental.

No sólo la interdependencia del comercio y el desarrollo de los viajes y el turismo desde comienzos del siglo XX, sino también el hecho de que casi todos los

jefes de Estado europeos fueran parientes políticos, creaban unos lazos que parecían indestructibles. El káiser alemán y su primo político, el zar ruso, mantenían una correspondencia regular y amistosa, en la que se llamaban respectivamente, en inglés, «Willie» y «Nicky». Las cartas que intercambiaban no tenían nada de apocalíptico. Sin embargo, el aumento constante de ejércitos y armadas, la evolución de la nueva ciencia de la guerra en el aire y las rivalidades nacionales de las potencias europeas contenían trasfondos ominosos que no se podían ocultar bajo una correspondencia amistosa, el comercio libre ni el sentido común.

En los primeros meses de 1914, los rusos se enfurecieron cuando el káiser envió a Turquía a un alto oficial alemán, el general Liman von Sanders, como asesor militar del ejército otomano. El 12 de mayo de 1914, en Carlsbad, el jefe del Estado Mayor alemán, el conde Moltke, comunicó a su homólogo austríaco, el barón Conrad, que retrasar la guerra contra Rusia «suponía una disminución de nuestras posibilidades; no podríamos competir con Rusia en masas». Ocho días después, en un trayecto en coche de Potsdam a Berlín, dijo Moltke al Secretario de Estado alemán, Gottlieb von Jagow, que temía que en dos o tres años Rusia habría acumulado el máximo de armamento bélico y que a Alemania no le quedaba otra salida más que «librar una guerra preventiva con el fin de derrotar al enemigo mientras todavía tenemos alguna posibilidad de ganar». El consejo que Moltke dio a Jagow durante ese trayecto fue que el Secretario de Estado debía «orientar nuestra política ante la menor provocación bélica».

El 29 de mayo, el coronel House, emisario del presidente Wilson, escribió a éste desde Berlín: «La situación es extraordinaria. Es un militarismo que se ha vuelto totalmente loco. A menos que alguien que intervenga en su nombre pueda conseguir un acuerdo diferente, algún día se va a producir un espantoso cataclismo.» Pero no había nadie en Europa que fuera capaz de conseguir ese acuerdo, advirtió House: «Hay demasiado odio, demasiados celos. En cuanto Inglaterra dé su conformidad, Francia y Rusia se echarán sobre Alemania y Austria. Inglaterra no quiere que Alemania quede totalmente aplastada, porque entonces tendría que vérselas sola con su antigua enemiga, Rusia; pero si Alemania insiste en una armada cada vez más grande, a Inglaterra no le quedará otra alternativa.»

Al llegar a Londres, House informó al ministro de Asuntos Exteriores británico que en Berlín «el aire parecía llenarse del sonido del choque de armas, de la disponibilidad a atacar».

Incluso mientras el coronel House escribía y pronunciaba esas palabras premonitorias, Gran Bretaña y Alemania estaban negociando el acuerdo del ferrocarril de Bagdad para compartir oportunidades económicas y evitar conflictos

territoriales en Asia Menor. Pero los beneficios económicos de la paz no eran los únicos sobre los cuales se discutía ese verano. A principios de junio, el canciller alemán, Bethmann-Hollweg, dijo al ministro bávaro en Berlín, el conde Hugo von Lerchenfeld, que había círculos en Alemania que esperaban que la guerra produjera un empobrecimiento de la situación interna de Alemania «en una dirección conservadora». En cambio, Bethmann-Hollweg pensaba que, «por el contrario, una guerra mundial, con sus consecuencias incalculables, fortalecería el tremendo poder de la socialdemocracia, porque predicaba la paz, y que derrocaría más de un trono».

El 11 de junio, en la Caen Wood House, situada en uno de los suburbios residenciales del norte de Londres, una orquesta traída especialmente de Viena tocó para los invitados a una espectacular cena y baile. El anfitrión era el gran duque Miguel, tataranieto de Catalina la Grande y primo segundo del zar. Sus invitados eran la aristocracia y la nobleza europea, encabezados por el rey Jorge V y la reina María. Los invitados y los músicos que los entretuvieron no tenían motivos para experimentar más que una sensación de comodidad y bienestar. Sin embargo, en cualquier momento de tranquilidad y satisfacción, acechaban terribles tumultos.

Tanto para los eslavos de Austria-Hungría como para los serbios, en su reino independiente, la Rusia zarista, gobernada por el primo del gran duque, era un amo siempre tentador. En mayo de 1914, un destacado miembro checo del parlamento austríaco, el doctor Karel Kramar, había enviado a un amigo ruso sus opiniones sobre «una confederación eslava gobernada desde San Petersburgo» que naciera después de una guerra entre Rusia y Austria, cuando el sistema de los Habsburgo se hubiera desmoronado en una guerra.

Flotaba una sensación de inestabilidad sobre toda la vasta estructura austrohúngara. El jefe de la monarquía dual, emperador de Austria y rey de Hungría, Francisco José, tenía ochenta y tres años. Dicen que a su sobrino y heredero, el archiduque Francisco Fernando, le disgustaba profundamente el predominio húngaro en su reino, tanto es así que tenía planes para subdividir todo el imperio de tal manera que la mitad húngara dejara de ser una reserva húngara, dando mucha más autonomía a serbios y croatas. Durante la primavera de 1914, el archiduque estuvo considerando, al menos en teoría, un futuro «parlamento popular» para Hungría, que habría frenado considerablemente la influencia húngara, al incrementar el poder de las diversas minorías no húngaras dentro de Hungría, incluidos dos grupos eslavos: los eslovacos y los croatas.

El 12 de junio de 1914, el káiser fue a pasar el fin de semana a Konopischt, cerca de Praga, como huésped de Francisco Fernando. Era una época de rela-

jación y caza. El principal tema para una conversación seria fue que el káiser acababa de descubrir su afición al primer ministro húngaro, el conde Tisza, cuya influencia desagradaba a Francisco Fernando. El káiser y el heredero forzoso también hablaron de la visita, ese mismo fin de semana, del zar ruso a la familia real rumana en Constanza, a orillas del mar Negro. Parece que el archiduque también preguntó al káiser, aunque muy de pasada, si Alemania seguiría estando dispuesta, como había dado a entender el káiser durante la crisis albanesa, ocho meses antes, a prestar su apoyo a Austria-Hungría para destruir el «avispero» serbio desde el cual, Austria estaba convencida, se removían sentimientos antiaustríacos en Bosnia-Herzegovina. El káiser respondió que Austria debía hacer algo antes de que la situación empeorase. Dudaba de que Austria tuviera que temer la intervención rusa en apoyo de Serbia, ya que el ejército ruso todavía no estaba listo para la guerra. La intervención de Austria contra Serbia, aparentemente, contaría con todo el apoyo de Alemania.

El káiser partió de Konopischt hacia su palacio de Potsdam. Nueve días después estaba en Kiel para la regata anual en Elba, la Semana de Kiel, una época de regatas, bailes y diversión. A pesar de que el recién inaugurado canal de Kiel representaba una amenaza naval alemana para Gran Bretaña, entre los invitados de honor estaba presente una escuadra de buques de guerra británicos, con sus cuatro acorazados y tres cruceros fondeados junto a la Flota Imperial de Alta Mar de Alemania. Los oficiales y los hombres de las dos armadas intercambiaron cumplidos entusiastas al subir a bordo de las otras embarcaciones para disfrutar de los faustos. Juntos permanecieron con la cabeza descubierta en el funeral de un piloto británico que murió en un accidente aéreo durante las festividades.

A bordo de su velero de competición, el *Meteor V*, el káiser se encontraba en el centro del esplendor de la regata. El 26 de junio, con su uniforme de almirante de la flota británica, subió a bordo del acorazado *King George V*. Técnicamente, era el oficial de mayor graduación presente de la marina británica. Durante su visita se produjo un incidente absurdo: el asesor de la embajada británica en Berlín, sir Horace Rumbold, se había vestido especialmente de chaqué y chistera. El «almirante de la flota» decidió que el diplomático no estaba vestido como correspondía. Señalando la chistera, declaró: «Si vuelvo a verla, la aplastaré. A quién se le ocurre ponerse una chistera para subir a un barco.»

La noche del 27 de junio, el comandante de la escuadra británica ofreció una recepción a bordo del *King George V* para los oficiales alemanes. Rumbold recordó unas semanas después que entonces, como durante toda la regata, «no pude evitar sentirme impresionado por la gran cordialidad entre los alemanes y

nuestros marinos». Al día siguiente, 28 de junio, había una regata de veleros, que presenciaban con interés tanto los espectadores alemanes como los británicos. El propio káiser participaba, con su velero *Meteor*. Cuando estaba en la bahía de Kiel, le llevaron en lancha un telegrama metido en una pitillera, que arrojaron a bordo del velero. El káiser lo leyó: el archiduque Francisco Fernando, su anfitrión en Konopischt hacía dos semanas y heredero de los Habsburgo, había sido asesinado en la capital de Bosnia, Sarajevo, junto con su esposa. Se canceló la regata, se puso fin a la semana de Kiel y el káiser se apresuró a regresar a su palacio de Potsdam.

Capítulo II

«LOCO DE ALEGRÍA»
Del 28 de junio al 4 de agosto de 1914

El asesinato del heredero de los Habsburgo se produjo en el aniversario de la derrota de los serbios por los turcos en la batalla de Kosovo en 1389, un recuerdo colectivo humillante para todos los serbios. Denotaba bastante poco tacto realizar una visita de Estado a Sarajevo el 28 de junio de 1914, una fecha de recuerdos solemnes, que además coincidía con el día nacional de Serbia. Entre los que se congregaron para ver pasar en coche por la ciudad al archiduque y a su esposa, hasta la residencia del gobernador, había un serbio bosnio de diecinueve años, Gavrilo Princip, que llevaba una pistola. Era uno de los seis jóvenes conspiradores presentes en las calles ese día que soñaban con el momento en que Bosnia se liberaría del yugo austríaco y se incorporaría a Serbia.

Esa mañana, uno de los cómplices de Princip había arrojado una bomba contra el coche del archiduque. La bomba rebotó sobre el lateral y estalló contra el coche que lo seguía, hiriendo a dos oficiales que estaban al servicio del archiduque. Después de asegurarse de que se trasladara al hospital a los heridos y de que se había capturado al asesino frustrado, el archiduque insistió en continuar su visita hasta el ayuntamiento. Una vez allí, comentó con cierta ira: «¿De modo que aquí recibís a vuestros invitados con bombas?» A continuación, el alcalde le dio la bienvenida oficial a la ciudad. Después de la ceremonia, pidió que lo llevaran al hospital, para ver a los dos oficiales heridos. Durante esa parte no prevista del trayecto, el conductor, Franz Urban, cometió el error de girar por una calle estrecha, en la cual el vehículo no pudo dar la vuelta, de modo que tuvo que aminorar la velocidad para salir marcha atrás.

Gavrilo Princip, desilusionado porque sus colegas hubieran echado a perder la oportunidad que tenían de asesinar al archiduque (o incluso más desilusionado porque no le hubiera tocado a él), se encontraba por casualidad en la acera, a tan sólo nueve metros del lugar donde el coche aminoró la marcha. De pronto vio venir hacia él al blanco «perdido». Dio un paso al frente y disparó dos

veces. Al principio pareció que nadie había resultado herido y Urban condujo rápidamente hacia la calle correcta, pero los disparos habían alcanzado a los dos pasajeros. El archiduque, que esa mañana se había librado de la muerte y se había enfadado por la poca seguridad que le brindaban, falleció desangrado por el camino y su esposa murió con él.

Princip y dos de sus cómplices habían sido entrenados en Serbia por miembros del grupo terrorista Mano Negra, una organización nacionalista violenta que hasta el propio gobierno serbio estaba intentando suprimir por ese entonces. El jefe de la Mano Negra, el coronel Dimitrievic (también conocido como Apis), acérrimo enemigo de Austria, había alentado a los conspiradores en su misión. Después de que les entregaran las armas en Belgrado, los conspiradores volvieron a entrar clandestinamente en Bosnia por la frontera de Austria en mayo. Su objetivo era asestar un duro golpe al dominio austríaco. En 1878, los turcos habían sido expulsados de Bosnia después de gobernar allí durante muchos siglos, pero la posterior anexión de la provincia por parte de Austria fue un golpe para las aspiraciones nacionales serbias. Que Francisco Fernando hubiese ido a Bosnia para dirigir las maniobras de dos cuerpos del ejército austríaco emplazados en la provincia, unas tropas que algún día podían ser la punta de lanza de un ataque austríaco a Serbia, resultaba para ellos una provocación. Las maniobras habían tenido lugar los dos días anteriores a la visita a Sarajevo.

Lo que los conspiradores no sabían era que la víctima de sus balas no estaba en desacuerdo con las aspiraciones nacionalistas de las nacionalidades del imperio, incluidos los serbios. En la corte y en círculos políticos tenía fama de querer cambiar el dualismo de Austria-Hungría por el trialismo de Austria, Hungría y los eslavos del sur, concediendo a los eslavos del imperio las mismas facultades y autonomías que habían disfrutado los húngaros desde 1867. Esa simpatía por las aspiraciones nacionales eslavas y el matrimonio del archiduque fuera del círculo de la realeza y la alta aristocracia ya lo habían distanciado de su tío, el emperador, cuyo primer comentario acerca del asesinato de su sobrino dicen que fue: «Un poder superior ha restablecido el orden que yo, ¡ay!, no pude mantener.» Para él, aparentemente, no fue el asesino, sino Dios, quien había evitado las posibles repercusiones del matrimonio de su sobrino fuera del círculo real.

El comentario de Francisco José sobre el «poder superior» lo transmitió el hombre que lo escuchó, el conde Parr, a su ayudante, el coronel Margutti, que lo puso por escrito diez años después. Escribe el biógrafo más reciente de Francisco José: «El cruel comentario, que refleja las viejas preocupaciones por la intrusión de un matrimonio morganático en lo que el emperador consideraba una

línea de descendencia dinástica establecida por Dios, parece tan poco natural que podría ser apócrifo. Por otra parte, la noticia llegó un domingo, en un momento en que los insondables caminos de la Providencia podían estar cerca de la superficie de su mente horrorizada.»[1]

Hacía exactamente catorce años que su tío había obligado a Francisco Fernando a hacer un juramento que excluía del trono a los hijos que pudiera tener. El emperador siempre había temido que se dejara de lado ese juramento cuando Francisco Fernando lo sucediera, pero ya no existía ese peligro. El nuevo heredero al trono, el quinto de su reinado, era su sobrino nieto, el archiduque Carlos. «Ahora me he liberado de muchas preocupaciones», comentó.

En el período posterior al asesinato, la sensación de alivio del emperador no se hizo pública y no pudo afectar a sus repercusiones. La indignación ante el hecho y el temor a una conspiración serbia más amplia provocaron disturbios antiserbios en Viena y en Brünn. Desde Budapest informó el cónsul general británico: «Arrasa el país una ola de odio ciego hacia Serbia y hacia todo lo serbio.» Tanto para el ministro de Asuntos Exteriores austríaco, el conde Berchtold, como para el jefe del Estado Mayor General austríaco, el barón Conrad von Hötzendorf, el asesinato fue una oportunidad para reducir el poder de Serbia. No tenían muy claro ellos mismos si les convenía anexionar alguna parte o la totalidad de Serbia o derrotarla en una guerra a fin de exigir no un territorio, sino una importante indemnización financiera. A Francisco José no le entusiasmaba mucho la acción, por temor a que un ataque austríaco a Serbia hiciera intervenir a otras potencias, sobre todo Rusia, que se vería obligada, por un sentimiento paneslavo, a auxiliar a Serbia. Igual de indeciso se encontraba el primer ministro húngaro, el conde Tisza. El 1 de julio, destacaba Conrad: «Tisza se oponía a una guerra con Serbia; estaba preocupado, porque temía que Rusia nos atacara y que Alemania nos dejara en la estacada.»

Después de regresar de Kiel a Berlín, el káiser se sentía belicoso. «Hay que despachar a los serbios, ¡lo antes posible!», apuntó en el margen de un telegrama de su embajador en Viena, el 30 de junio. En oposición al comentario de su embajador de que sólo se podía imponer a Serbia «un leve castigo», escribió el káiser: «Espero que no.» Sin embargo, esos comentarios no concebían más que una rápida victoria austríaca sobre Serbia, sin mayores repercusiones. Ese día, cuando la escuadra naval británica zarpó de Kiel, el almirante británico comunicó a la flota alemana: «Amigos en el pasado y amigos para siempre.» También el 30 de junio, sir Arthur Nicolson, el funcionario civil de mayor categoría del

Ministerio de Asuntos Exteriores británico, escribió al embajador británico en San Petersburgo: «Confío en que la tragedia que acaba de ocurrir en Sarajevo no dé lugar a mayores complicaciones.»

El 3 de julio, se anunció, desde Berlín, que el ferrocarril Berlín-Bagdad se continuaría hacia el sur hasta Basora, para proporcionar a Alemania una salida al golfo Pérsico y acceso por tierra al océano Índico. Ese verano, sin embargo, a Gran Bretaña le faltaban pocos meses para firmar un acuerdo con Alemania, para que el ferrocarril no provocara un conflicto entre ellas.

La actitud alemana con respecto a Austria fue crucial. El 4 de julio, el embajador alemán en Londres, el príncipe Lichnowsky, que acababa de regresar de Berlín, dijo al ex secretario de Estado de Guerra británico, lord Haldane, que estaba «muy preocupado» por el estado de la opinión pública en Alemania. «La sensación general en Berlín», informó Lichnowsky, era «que no se podía permitir que Serbia siguiera intrigando y haciendo campaña contra Austria y que Alemania debía apoyar a Austria en cualquier acción que esta se propusiera emprender». Ese mismo día, el embajador alemán en Viena, el conde Tschirschky, dijo a un alto funcionario austríaco que Alemania apoyaría a Austria-Hungría «tanto en las duras como en las maduras». Y añadió: «Cuanto antes ataque Austria, mejor. Habría sido mejor si hubiese atacado ayer que hoy, y mejor hoy que mañana.»

A ese consejo el káiser añadió, el 5 de julio, una dimensión fundamental del apoyo activo alemán, al decir al embajador austríaco en Alemania, el conde Szogyeny, que Rusia «no estaba preparada para la guerra de ninguna manera» y que los austríacos lo lamentarían si, después de reconocer la necesidad de una guerra contra Serbia, «no aprovechamos el momento presente, que está totalmente a nuestro favor». Añadió el káiser: «Si fuera inevitable una guerra entre Austria-Hungría y Rusia», Alemania apoyaría a Austria.

Más tarde, ese mismo día, todavía en Potsdam, el káiser dijo al canciller alemán, Bethmann-Hollweg, y al ministro de Guerra prusiano, el general Falkenhayn, que él «no creía que hubiera ninguna perspectiva de grandes sucesos bélicos. El zar no se pondría de parte de los asesinos del archiduque y Rusia y Francia no estaban preparadas para la guerra». Por ese motivo, explicó el káiser, «no había necesidad de tomar medidas especiales». Entonces regresó a Kiel y, el 6 de julio, por la mañana, zarpó en el velero imperial, *Hohenzollern*, para emprender su crucero anual de tres semanas por aguas noruegas.

Había transcurrido más de una semana desde el asesinato del archiduque.

La ira en Viena, el temor en Belgrado y la relajación en Berlín estaban a la orden del día. Al partir el káiser de crucero, el impacto producido por el último acontecimiento europeo comenzó a amainar. En Viena, sin embargo, prosiguieron los debates secretos sobre la manera de tratar a Serbia. El 7 de julio, se reunieron los ocho miembros del gabinete austrohúngaro para analizar el ofrecimiento de ayuda alemana del káiser. Berchtold, que lo presidía, propuso que se atacara a Serbia de inmediato, sin declarar la guerra siquiera.

En la reunión predominaba el ambiente bélico, a favor de reducir el tamaño de Serbia y de hacerla depender de Austria. El único que protestó al emperador fue el conde Tisza, que le escribió al día siguiente que un ataque austríaco a Serbia «podía provocar, cabía la posibilidad humana, la guerra mundial»: una guerra que, en opinión de Tisza, no sólo pondría a Rusia sino también a Rumania contra Austria-Hungría y que expondría el imperio a una perspectiva «muy desfavorable».

Los alemanes hicieron caso omiso de las preocupaciones de Tisza. Cuando el embajador alemán en Viena, el conde Tschirschky, fue a ver a Berchtold, destacó que los alemanes deseaban intervenir contra Serbia. «Me dijo —informó Berchtold a Tisza— que había recibido un telegrama de Berlín según el cual el amo del imperio le daba instrucciones para que declarara allí, con todo énfasis, que en Berlín esperaban que se tomaran medidas contra Serbia y que en Alemania no comprenderían que se dejara pasar la oportunidad sin asestar el golpe.» El miedo a Rusia siguió influyendo a los alemanes. El 7 de julio había comentado Bethmann-Hollweg: «El futuro depende de Rusia, que sigue creciendo más y más, y se echa sobre nosotros como una pesadilla.» Al día siguiente informó al príncipe Lichnowsky de que «no sólo los extremistas» de Berlín «sino hasta los políticos sensatos están preocupados por el incremento de la fuerza rusa y la inminencia de su ataque».

El 8 de julio, diez días después del asesinato del archiduque Francisco Fernando, un importante general británico, sir Horace Smith-Dorrien, dijo durante una cena con los compañeros de su vieja escuela que todos debían prepararse «para la próxima lucha». Recordaba posteriormente que «mis amigos me tomaban el pelo, riendo, y me preguntaban por qué me había puesto tan sombrío esa noche». Tres días después, en el discurso pronunciado en la Uppingham School, una de las asistentes como invitada, Vera Brittain, cuyo hermano, Edward, y cuyo amigo Roland Leighton, eran alumnos de la escuela, recordaba más adelante «el silencio absoluto que sobrevino al énfasis lento y religioso que

puso el director en las palabras: "Si un hombre no puede ser útil a su país, más le vale estar muerto".»

El 9 de julio, once días después del asesinato, Edward Grey pidió al embajador alemán en Londres, el príncipe Lichnowsky, que fuera a verlo al Ministerio de Asuntos Exteriores. Entonces le dijo que Gran Bretaña había estado «intentando convencer al gobierno ruso, incluso en la actual coyuntura, para que adoptara una postura serena y una actitud conciliatoria con respecto a Austria, en caso de que el gabinete de Viena se viera obligado, como consecuencia del asesinato ocurrido en Sarajevo, a adoptar una actitud dura con Serbia». Sin embargo, había medidas, advirtió Grey, que Austria podría adoptar, «como despertar el sentimiento eslavo», que podían hacer que resultara imposible para los rusos «mantener la pasividad». Grey no indicó a qué medidas se refería. Ese mismo día su principal asesor diplomático, sir Arthur Nicolson, escribió con cierta confianza al embajador británico en Viena: «Tengo mis dudas acerca de si Austria va a emprender alguna acción seria y espero que la tormenta pase.»

Esa opinión optimista se podría haber confirmado el 13 de julio, de haber conocido Nicolson un informe secreto austríaco que llegó ese día a Viena, procedente de Sarajevo, que indicaba que no había pruebas para implicar al gobierno serbio en el asesinato. Sin embargo, seguía siendo fuerte el deseo austríaco de castigar a Serbia, respaldado por la sensación de que Alemania apoyaría una acción punitiva. Cuando por fin Berchtold logró convencer a Francisco José de que Austria podía castigar a Serbia sin que ninguna otra potencia se pusiera de su lado, el anciano aceptó a regañadientes un ultimátum austríaco. La eficaz persuasión de Berchtold fue el primer paso hacia la guerra. La actitud confiada de Nicolson era equivocada.

En Viena continuaron el debate secreto y el público: ¿había que tomar medidas contra Serbia? El comentario optimista de Nicolson se había escrito en respuesta a la advertencia de uno de sus subordinados de que «en Austria no se dan cuenta del todo de lo insensata que resulta una política antiserbia irreflexiva, lo cual es grave, dado que la situación es bastante amenazadora». El joven funcionario tenía razón. Su nombre era Robert Vansittart. Veinte años después llegaría a estar al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores y a oponerse con denuedo al apaciguamiento de Alemania.

Austria no había enviado a Serbia ningún ultimátum y la sensación de crisis había comenzado a disminuir. El 16 de julio, en una charla en Londres sobre la situación internacional y los peligros de una «gran hoguera militar», Norman Angell dijo ante un público en su mayoría socialista: «La nueva generación está, en mi opinión, cada vez más decidida a no ser víctima de esa inutilidad suprema.»

Pero mientras Norman Angell depositaba su fe en la «nueva generación», en Viena se estaban disipando las dudas de la vieja. El 14 de julio, el Consejo de Ministros austríaco había decidido presentar un ultimátum al cabo de una semana. En Londres, dos días después, el embajador alemán, el príncipe Lichnowsky, comentó con cierta mordacidad en una carta dirigida al canciller alemán que las autoridades austríacas eran las únicas culpables del asesinato de Francisco Fernando, por haberlo enviado a un «callejón de tirabombas» en Sarajevo. Hasta el ministro de Asuntos Exteriores de Serbia había enviado un mensaje al ministro de Finanzas austríaco en Viena, con responsabilidades en Bosnia-Herzegovina, diciéndole que la visita era imprudente. Pero ahora todo eso pertenecía al pasado: en secreto se informó a las máximas autoridades de Berlín de la fecha en la cual se enviaría a Serbia el ultimátum de Austria y nadie protestó. La jerarquía del ejército alemán estaba lista para la guerra. El 17 de julio, el subjefe del Estado Mayor General, el general Waldersee, escribió desde Berlín al ministro de Asuntos Exteriores, Von Jagow: «Aquí estoy, listo para saltar; en el Estado Mayor General estamos todos preparados.»

Jagow, al igual que el káiser, confiaba en que Rusia no interviniese. El 18 de julio, informó a Lichnowsky en Londres: «Cuanto más decidida se muestra Austria y cuanta más energía pongamos en apoyarla, antes acallará Rusia sus protestas. Seguro que armarán un buen follón en San Petersburgo, pero, al fin y al cabo, ahora Rusia no está lista para una guerra.»

Los términos del ultimátum austríaco se concluyeron en Viena el 19 de julio. Vinculaba al gobierno de Belgrado con el asesinato y consistía en un total de quince demandas, entre ellas que el gobierno serbio condenara la propaganda antiaustríaca, que se creara una comisión conjunta austroserbia para investigar el asesinato, que una orden del ejército serbio condenara la relación de los militares serbios con los asesinatos y que se hiciera la firme promesa de que no habría más intrigas serbias en Bosnia. Además, Serbia tendría que comprometerse a castigar a todo aquel que difundiera propaganda antiaustríaca, ya fuera en las escuelas o en las diversas sociedades nacionalistas. Asimismo intervendrían funcionarios austríacos en el proceso judicial y en el proceso de castigo de todos los que estaban relacionados con el complot.

Resultaba evidente para todos los asistentes a la reunión del Consejo de Ministros austríaco, el 19 de julio, incluido el general Conrad von Hotzendorf, que Serbia rechazaría esos términos y que a continuación tendría que haber algún tipo de acción militar punitiva, por parte de Austria. Conrad era el partidario más entusiasta de la guerra y estaba decidido a que, como

consecuencia de ella, Austria obtuviera nuevos territorios en la frontera con Bosnia.

El 21 de julio, Francisco José aceptó los términos del ultimátum, influido por el hecho de que algunos grupos dentro de Serbia habían participado en el complot y por el temor a la amenaza de expansión serbia. Al día siguiente, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergius Sazonoff, advirtió a Austria de que no emprendiera ninguna acción drástica. La advertencia rusa llegó demasiado tarde y no incluía ninguna amenaza de una acción militar rusa.

Todavía no se había entregado, siquiera, el ultimátum austríaco. El 23 de julio, el ministro de Economía británico, David Lloyd George, dijo en la Cámara de los Comunes que la «civilización» no tendría ninguna dificultad para regular las controversias que surgieran entre las naciones mediante «algún arbitraje sensato y bien organizado». Las relaciones con Alemania eran mejores de lo que lo habían sido durante algunos años, dijo. En el siguiente presupuesto se deberían hacer economías en los armamentos. Esa misma noche del 23 de julio, se entregó en Belgrado el ultimátum austríaco y se exigió una respuesta en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Tras leer el ultimátum austríaco a Serbia, Grey lo llamó, el 24 de julio, «el documento más formidable enviado jamás por un estado a otro». Ese día, el Consejo de Ministros ruso acordó, en el mayor secreto, movilizar trece cuerpos de ejército, destinados «con el tiempo» a entrar en acción contra Austria, y al mismo tiempo anunció que Rusia «no puede permanecer indiferente». Al día siguiente tuvo lugar un acontecimiento que se vio ensombrecido por la crisis austro-serbia, pero que resultaba peligroso para Gran Bretaña: el primer buque de guerra alemán atravesó el recién ampliado canal de Kiel, de modo que ése fue el primer día en que Alemania pudo enviar sus barcos, de forma segura y rápida, desde el mar Báltico hasta el mar del Norte.

Era evidente que las repercusiones del ultimátum austríaco para la Europa continental podían ser graves. Había personas en Gran Bretaña, no obstante, que se veían separadas de Europa. El primer ministro, H. H. Asquith, dijo al rey Jorge V que Europa se encontraba «a una distancia apreciable de un auténtico apocalipsis», pero que, por lo que respectaba a Gran Bretaña, «afortunadamente no parece haber motivos para que seamos nada más que meros espectadores». El Primer Lord del Almirantazgo británico, Winston Churchill, escribió a su esposa que Europa «temblaba al borde de una guerra general» y que el ultimátum austríaco era el «documento más insolente de su especie que se hubiese concebido jamás». Desde Berlín, el encargado de negocios británico, sir Horace Rumbold, escribió a su esposa: «Dentro de dos horas acaba el plazo y es pro-

bable que los austríacos estén en Belgrado antes del lunes. Sólo Dios sabe lo que ocurrirá entonces y te diré, entre tú y yo, que tendremos suerte si podemos salir de ésta sin caer en la tan temida guerra europea, que de hecho será una pelea general.»

Serbia se mostraba reacia a aceptar las amplias exigencias de Austria, pero más reacia todavía a provocar un ataque de su poderoso enemigo. Costaba conciliar las exigencias de la defensa con las de la supervivencia. El emperador Francisco José había ordenado una movilización parcial de Austria ese día, aunque el proceso comenzaría tres días después y se hizo con tanta torpeza que tardaron dieciséis en acabarlo.

Serbia se movilizó a las tres de la tarde del 25 de julio. Tres horas después respondió al ultimátum, aceptando, según las exigencias de Austria, castigar a los propagandistas antiaustríacos y reprimir los movimientos subversivos. También según las exigencias, todas las personas que estuvieran relacionadas con el asesinato del archiduque serían juzgadas. En cuanto a la insistencia, por parte de Austria, en participar en el proceso judicial dentro de Serbia, el punto más radical de los diez, lo único que pidió Serbia fue que se sometiera esa propuesta al Tribunal Internacional de La Haya.

Media hora después de la respuesta serbia a Austria, que todos los observadores externos consideraron conciliatoria, incluso humillante, el embajador austríaco, el barón Giesl, se marchó de Belgrado. Entonces, como una medida de autoconservación, el gobierno serbio, temiendo un ataque inmediato a la capital, separada de Austria por el Danubio, se retiró hacia el sur, a la ciudad provinciana de Nis. Un problema inesperado para Serbia, que atrajo la atención internacional y tuvo cierta gracia, fue que el jefe del Estado Mayor del ejército serbio, el general Putnik, cuando regresaba en tren de una estación balnearia de Bohemia, adonde había ido a tomar las aguas, fue detenido por la policía en Budapest. Francisco José, indignado porque el general hubiese sido arrestado por los húngaros, ordenó que le pusieran un tren especial para regresar a Serbia, con una disculpa.

Austria y Serbia no estaban en guerra todavía. La falta de preparación era un problema: el 26 de julio, Conrad había explicado a Berchtold que Austria tardaría varias semanas en poder emprender una invasión de Serbia a gran escala. En Rusia, cuya preparación estaba, en todo caso, más atrasada que la de Austria, el zar, mientras destacaba que Rusia no podía permanecer indiferente al destino de Serbia, propuso el 27 de julio que se iniciasen negociaciones con Viena, partiendo de la base de la respuesta serbia al ultimátum. Los austríacos lo rechazaron. La propuesta formulada por Gran Bretaña, ese mismo día, de con-

vocar una conferencia de las cuatro potencias (Gran Bretaña, Alemania, Francia e Italia) «con el fin de encontrar una salida que evite complicaciones», fue rechazada por Alemania, aduciendo que una conferencia así «no era practicable». Ese día, el Ministerio de Guerra británico dio órdenes al general Smith-Dorrien de proteger «todos los puntos vulnerables» en el sur de Gran Bretaña.

La perspectiva de una guerra europea generalizada obligó a aquellos que hasta ese momento habían mantenido un punto de vista ideológico incuestionable a decidir cuál era su posición en la evolución real de la crisis. El 27 de julio, el único miembro del gobierno liberal británico que pertenecía a la clase trabajadora, John Burns, escribió en su diario: «Por qué cuatro grandes potencias se tienen que pelear por Serbia es algo que nadie puede comprender.» Hay que evitar la guerra «por todos los medios posibles». Sostuvo que «tengo en especial la obligación de desvincularme, tanto a mí como a los principios que defiendo y al puesto que ocupo en representación de la clase trabajadora, de un crimen universal como será la guerra prevista».

Burns expuso sus impresiones en una reunión de gabinete que se celebró ese día. Una vez acabada la reunión, Lloyd George informó a un destacado periodista liberal que «está totalmente fuera de la cuestión que participemos en una guerra, en primer lugar. No conocía a ningún ministro que estuviera a su favor». En la reunión se acordó, sin embargo, que la Primera Flota y la Segunda, que por casualidad estaban concentradas en Portland, en el canal de la Mancha, al final de una movilización de práctica que se había concertado seis meses antes, no se dispersaran a sus respectivos puertos. Al darse cuenta de que Gran Bretaña podía verse obligada a entrar en una guerra como consecuencia de los sistemas de alianzas, Churchill consiguió que Asquith aprobara esa tarde el establecimiento de guardias armados especiales en los arsenales y los depósitos de combustible e informó a todos los comandantes navales: «Dada la situación política europea, no es del todo imposible una guerra entre las potencias de la Triple Alianza y la Triple Entente. Éste no es el telegrama de advertencia, pero han de estar preparados para seguir de cerca a los posibles buques de guerra hostiles.»

El Alto Mando alemán presionaba a Austria para que emprendiera una acción militar contra Serbia, y debía ser cuanto antes para evitar el peligro de las presiones en contrario: el peligro de que la crisis se resolviera antes de que las fuerzas austríacas pudieran ocupar Belgrado. En Berlín existía todavía la

sensación de que se podía evitar un conflicto mayor. «Todavía no estamos en guerra —decía el káiser a un amigo el 27 de julio— y, si puedo, la evitaré.» En un telegrama que llegó de Berlín al día siguiente, el embajador austríaco informaba al conde Berchtold: «Nos aconsejan con urgencia que actuemos de inmediato y presentemos al mundo un hecho consumado.» Se castigaría a Serbia antes de que la guerra pudiera extenderse. Tanto interés tenía el Alto Mando alemán en ver que Austria atacara antes de que el mundo tuviera tiempo de reaccionar que la animaban a no esperar siquiera hasta completar la movilización, para lo cual todavía faltaban casi dos semanas.

En los cinco días posteriores al ultimátum austríaco, Gran Bretaña tomó la iniciativa entre los países europeos y presionó a Austria para que no atacara Serbia. También ideó una fórmula que pretendía unir a Austria y Rusia. Pero el embajador austríaco en Berlín, al trasmitir a Viena las propuestas británicas de mediación, destacó que el gobierno alemán «no las comparte en absoluto, sino que, por el contrario, se opone decididamente a tenerlas en cuenta y se limita a transmitirlas para contentar a los ingleses». El 28 de julio, el embajador británico en Viena advirtió a Londres de que «postergar o impedir la guerra con Serbia sería, sin duda, una gran desilusión para ese país, que se ha vuelto loco de alegría ante la perspectiva de la guerra».

Entonces ocurrió algo extraño, que se mantuvo en secreto hasta después de la guerra. El káiser, después de leer esa mañana, por primera vez, el texto completo del ultimátum austríaco y la respuesta serbia, no encontró ningún motivo para que Austria declarara la guerra y escribió en el margen de la respuesta serbia: «Una gran victoria moral para Viena, pero con ella desaparecen todos los motivos para la guerra y Giesl debería quedarse en Belgrado, tranquilamente. En virtud de esto, yo jamás habría ordenado una movilización.» A continuación sugirió que «como una *satisfaction d'honneur* visible para Austria, el ejército austríaco debería ocupar Belgrado temporalmente, como garantía». Entonces podrían comenzar las negociaciones para concluir el breve conflicto militar. El káiser escribió a Jagow: «Estoy convencido de que en general se ha accedido a los deseos de la monarquía del Danubio. En mi opinión, las pocas reservas que pone Serbia con respecto a algunos puntos se pueden aclarar perfectamente mediante la negociación, pero contiene el anuncio *orbi et urbi* de una capitulación de lo más humillante y, con ella, desaparece todo motivo de guerra.»

Era demasiado tarde para un consejo conciliatorio como aquel: ese mediodía, apenas una hora después de que el káiser escribiese esas palabras tan poco belicosas, Austria declaró la guerra a Serbia, confiando en el apoyo alemán, si la

guerra se generalizaba. Había comenzado el primer conflicto militar de la primera guerra mundial. Por el momento sólo combatían dos naciones: Austria y Serbia. Rusia y Alemania, a pesar de todos sus preparativos, no estaban obligadas inexorablemente a llegar a las manos. ¿Se extendería la guerra? Winston Churchill, sobre el cual recaería la responsabilidad de una guerra naval británica, escribió a su esposa, al enterarse de la declaración de guerra austríaca: «Me preguntaba si esos estúpidos reyes y emperadores no podían reunirse para revivificar la realeza, salvando a las naciones del infierno, pero en cambio todos nos movemos a la deriva en una especie de espantoso trance cataléptico. Como si no tuviese nada que ver con nosotros.»

No se trataba de meras cavilaciones a altas horas de la noche, sin un aspecto práctico: la mañana del 29 de julio, Churchill propuso al gabinete británico que los soberanos europeos se «unieran por la paz». Pero, a pesar de la tardía satisfacción del káiser ante la respuesta serbia, los soberanos europeos carecían de la voluntad de interrumpir la marcha hacia la guerra, ya que cada Ministerio de Defensa y almirantazgo trabajaba para garantizar que sus preparativos estuvieran lo más adelantados posible. Ese día, cuando comenzó a movilizarse la armada alemana, la británica fue enviada a sus puestos de guerra en el mar del Norte, colocando en su sitio los medios con los cuales Gran Bretaña podía evitar un ataque naval alemán a su territorio o, en caso de guerra, podía proteger a sus tropas, si las enviaba al otro lado del canal, a Francia.

En Berlín quedaba un rayo de esperanza en la neutralidad británica, el 29 de julio, cuando el hermano del káiser, el príncipe Enrique, que había participado en Gran Bretaña en la regata Cowes y había ido a ver a su primo, el rey Jorge V, al palacio de Buckingham, hacía unos días, contó que el rey le había dicho: «Haremos todo lo posible para quedarnos al margen y mantener la neutralidad.» Según el comentario de uno de los biógrafos del káiser, «aunque Enrique ya había demostrado que no siempre daba una versión exacta de los comentarios de sus parientes ingleses (probablemente porque no comprendía las sutilezas lingüísticas), el káiser prestó más atención a ese mensaje que a ningún otro informe procedente de Londres o a las valoraciones de su departamento de inteligencia naval».[2] Cuando el almirante Tirpitz expresó sus dudas de que Gran Bretaña se mantuviera neutral, el káiser respondió: «Tengo la palabra de un rey y eso me basta.»

Con los fuertes fronterizos de Serbia a la sombra y ante el bombardeo inminente de los cañones austríacos, el 29 de julio, por la mañana, Rusia llamó públicamente a las armas a una proporción de su inmensa población. Ese día, Rusia no le declaró la guerra a Austria, pero realizó una movilización parcial de una

fuerza total de casi seis millones de hombres. Los soldados y la artillería rusos se pusieron en marcha en dirección a los campamentos y las fortificaciones militares situados a lo largo de la frontera con Austria. El ministro de Guerra ruso, el general Sukhomlinov, quería la plena movilización, pero el zar la había rechazado. Por lo menos un soberano esperaba todavía que la guerra pudiera evitarse, pero, a medida que todo se fue centrando cada vez más en ejércitos y flotas, en todas partes la autoridad se trasladó a los ministros de Guerra y los Estados Mayores Generales.

En Berlín, el 29 de julio, Horace Rumbold se encontraba en el exterior del palacio del príncipe heredero justo cuando éste llegaba en su coche. «La multitud lo ovacionó con muchísimo entusiasmo. Había en el aire una sensación indescriptible de excitación. Era evidente que estaba a punto de ocurrir algo grande. Los vehículos de color gris oliváceo del gran Estado Mayor General salían disparados en todas direcciones.»

Tanto Rusia como Francia presionaban a Gran Bretaña para que entrara en la alianza francorrusa con objeto de manifestar públicamente que, si Alemania atacaba a Francia, Gran Bretaña intervendría como aliada y defensora suya, pero Grey se negó a asumir ese compromiso, a pesar de que el argumento planteado por Sazonoff, su homólogo ruso, no se refería a acciones militares sino a una disuasión. Según Sazonoff, si Gran Bretaña adoptaba una posición firme a favor de Francia y Rusia, no habría guerra. Si no adoptaba esa posición, correrían ríos de sangre y Gran Bretaña también se vería arrastrada hacia el conflicto. El gobierno italiano hizo oír su voz en el mismo sentido, pero el gobierno británico no tenía ninguna intención de comprometerse: el 29 de julio, Grey dijo al embajador francés en Londres: «Si Alemania se viera envuelta y Francia se viera envuelta, no teníamos decidido lo que deberíamos hacer; era una posibilidad que debíamos plantearnos.»

Entonces Alemania trató de mantener a Gran Bretaña al margen del conflicto, sugiriendo, en un mensaje secreto fechado el 29 de julio, que si Gran Bretaña permanecía neutral, Alemania no le quitaría ningún territorio a Francia, salvo sus colonias. Grey rechazó la oferta; cuando la reveló, más adelante, en Gran Bretaña se indignaron ante lo que se consideró una muestra del cinismo alemán.

En la capital rusa, San Petersburgo, circulaban rumores de que los designios de Austria tal vez llegaran «mucho más allá» de una ocupación punitiva del territorio serbio. Podía peligrar hasta la misma independencia serbia. La movilización parcial rusa del 29 de julio coincidió con el primer bombardeo de Belgrado por parte de los monitores austríacos. La opinión rusa se indignó contra

Austria. Presa del pánico ante la perspectiva de una guerra contra Alemania, el zar apeló directamente al káiser, con el que llevaba más de veinte años de amistosa correspondencia. «Para tratar de evitar la calamidad de una guerra europea —telegrafió el zar, en inglés—, te suplico, en nombre de nuestra vieja amistad, que hagas todo lo posible para impedir que tus aliados lleguen demasiado lejos.» Este telegrama, firmado «Nicky», se cruzó con otro (también en inglés) del káiser al zar, firmado «Willie»: «Estoy ejerciendo toda mi influencia para inducir a los austríacos a que se comporten con justicia para llegar a un acuerdo satisfactorio con vosotros.»

A últimas horas de la tarde del 29 de julio, alentado por el telegrama del káiser, el zar envió a sus jefes militares un telegrama en el que cancelaba la movilización general y autorizaba sólo una movilización parcial. A continuación, propuso al káiser que el «problema austro-serbio» se planteara al Tribunal Internacional de La Haya. Esa noche, el káiser propuso al zar que Rusia «permaneciera como espectadora del conflicto austro-serbio, sin involucrar a Europa en la guerra más horrible que haya visto jamás». Después el káiser se ofreció a ayudar a promover un entendimiento entre Rusia y Austria. Entusiasmado, el zar trató de contramandar la movilización parcial que acababa de ordenar, pero su ministro de Asuntos Exteriores, Sazonoff, y el jefe del Estado Mayor General ruso, Yanushkevich, lo convencieron de que era imposible: las ruedas ya se habían puesto en movimiento en todo el imperio. Después de medianoche el zar envió otro telegrama al káiser: «Necesitamos que presiones a Austria para que llegue a un acuerdo con nosotros.»

Austria no tenía la menor intención de someter a La Haya su disputa con Serbia. Además, el káiser tampoco logró disuadir a su propio Estado Mayor General de responder a la movilización parcial rusa con medidas similares. Cuando llegó a San Petersburgo la noticia de la movilización parcial alemana, Sazonoff y Yanushkevich convencieron al zar de que firmara la orden de una plena movilización, sin la cual las provincias polacas de Rusia que quedaban expuestas podían correr riesgos.

A las cuatro de la tarde del 30 de julio, el zar firmó la orden de plena movilización rusa. El sentir popular ruso aplaudió la mayor solidaridad posible con los atribulados hermanos eslavos de Serbia. La esperanza rusa de no utilizar la movilización para entablar una guerra con Austria sino para impedirla, amenazando con ella, resultó vana. Si Austria se movilizaba en su frente ruso, podía hacer frente a los seis millones de reclutas rusos con tres millones propios. Desde Berlín, el canciller alemán, Bethmann-Hollweg, telegrafió a Berchtold a Viena, la mañana del 31 de julio, exhortando a los austríacos a no movilizarse contra Rusia.

Pero también desde Berlín, esa misma mañana, el jefe del Estado Mayor General alemán, el general Moltke, aconsejaba a su homólogo en Viena, el general Conrad, que se movilizara de inmediato. Comentó Berchtold: «¿Quién manda en Berlín? ¿Moltke o Bethmann?» Confiando en que el apoyo alemán no tardaría en llegar si Rusia declaraba la guerra, Austria se movilizó. Esa tarde, Alemania envió a Rusia un ultimátum para que «cesara toda medida de guerra contra nosotros y contra Austria-Hungría» en un plazo de doce horas. Rusia rechazó la demanda.

Confiando en una rápida victoria contra la maquinaria bélica rusa, torpe y pesada, Alemania se dispuso a declarar la guerra a Rusia. Antes, sin embargo, pidió a Francia que manifestara categóricamente que mantendría la neutralidad en caso de guerra entre Alemania y Rusia, pero Francia se negó a hacerlo. Desde 1894, Francia había sido aliada de Rusia. De inmediato llamó a filas a sus propios hombres: casi tres millones de soldados franceses se pusieron en camino hacia las estaciones de ferrocarril y se apiñaron en los cuarteles: en total se asignaron 4.278 trenes para esa maniobra preparatoria masiva. Sin embargo, a pesar de la orden de movilización, Francia dudaba si declarar la guerra a Alemania. «Todavía quedan esperanzas, aunque las nubes son cada vez más negras», escribió Churchill a su esposa el 31 de julio y a continuación le presentó una visión general de los acontecimientos más recientes que conocía el gabinete británico. «Alemania se está dando cuenta, me parece, de la inmensidad de las fuerzas que tiene en contra y con retraso trata de contener a su estúpido aliado. Nosotros estamos tratando de aplacar a Rusia.»

La diplomacia y las dudas de los individuos no pudieron hacer nada para evitar que se desencadenara la catástrofe. Durante el 31 de julio, el embajador francés en Berlín, Jules Cambon, y el ministro belga, el barón Beyens, apelaron a su colega estadounidense, James W. Gerard, a fin de que hiciera algo para evitar la guerra. Gerard no tenía instrucciones de Washington, pero escribió de inmediato a Bethmann-Hollweg: «Su Excelencia, ¿no hay nada que pueda hacer mi país, nada que yo pueda hacer para detener esta guerra espantosa? Estoy seguro de que el presidente aprobaría cualquier cosa que yo hiciera a favor de la paz.» No obtuvo respuesta.

En Francia, la respuesta a la llamada a la movilización fue de un entusiasmo abrumador. El Partido Socialista francés llevaba diez años predicando la solidaridad de los trabajadores más allá de las fronteras nacionales. Su periódico, *L'Humanité*, y su dirigente, Jean Jaurès, habían luchado para crear una política socialista francogermana conjunta contra la guerra. En vano apeló entonces Jaurès

a la unidad de los intereses de la clase trabajadora europea, a que la clase trabajadora presentara una demanda conjunta para detener todas las medidas y las movilizaciones bélicas. El 31 de julio, mientras el fervor patriótico crecía en todas las clases, fue asesinado por un nacionalista fanático.

Jaurès no fue el único que vio los peligros de la fiebre bélica. En Berlín, el 31 de julio, un destacado industrial alemán, Walther Rathenau, publicó un artículo en el *Berliner Tageblatt*, protestando por la ciega lealtad de Alemania hacia Austria. «Sin la protección de esa lealtad, Austria no se habría atrevido a dar el paso que dio.» Una cuestión como la participación de funcionarios austríacos en la investigación del complot serbio «no es motivo para una guerra internacional». Rathenau no sería asesinado hasta siete años después, pero el artículo que publicó ese día sembró la semilla de la acusación de traición que le lanzaron cuando acabó la guerra, una guerra a la cual, una vez comenzada, aportó toda su experiencia industrial y sus energías personales.

Algunos alemanes que veían las oportunidades que se les presentarían como consecuencia de una victoria sobre Rusia en la guerra se encontraban en un dilema. Si Francia hacía acopio de toda su fuerza militar y le declaraba la guerra mientras los ejércitos alemanes avanzaban contra Rusia en el este, era posible que Alemania sufriera terribles destrozos en el oeste, incluso una invasión. Para evitarlo, se había ideado un plan mucho antes, que todos los generales alemanes conocían al dedillo: derrotar primero a Francia, y hacerlo rápidamente, antes de dirigir toda la fuerza militar alemana contra Rusia. Ese plan lo había concebido Alfred von Schlieffen, jefe del Estado Mayor General alemán de 1891 a 1905, que había dedicado doce años a perfeccionarlo, para que no pudiera fallar.

Concluido en 1905, el Plan Schlieffen preveía un ataque alemán a través de Bélgica y Holanda al norte de Francia, evitando la larga frontera fortificada de Francia y descendiendo sobre París en una gran curva desde el norte. Incluso después de su retiro, Schlieffen había seguido mejorando su plan, cuya última revisión data de diciembre de 1912, poco antes de su muerte. Su sucesor como jefe del Estado Mayor General, el general Moltke, acortó la curva eliminando a Holanda (que Hitler volvió a colocar en 1940), pero, a medida que se hizo inminente la posibilidad de una guerra con Rusia, el Plan Schlieffen modificado surgió como el medio fundamental para evitar una guerra en dos frentes y para obtener una victoria por duplicado.

Se ocuparía París y se alcanzaría la victoria sobre Francia en un plazo de seis semanas. A continuación, Alemania marcharía contra Rusia. Era un cálculo meticuloso, preciso y tranquilizador. El 31 de julio, Gran Bretaña preguntó tanto a Francia como a Alemania si respetarían la neutralidad de Bélgica, a cuyo man-

tenimiento estaba obligada Gran Bretaña por un tratado. Francia se comprometió a hacerlo. Alemania no respondió.

Ninguna capital europea estaba a salvo de la angustia y la actividad. «Todo el personal austríaco susceptible de ser movilizado se marchó de inmediato», recordaba Betty Cunliffe-Owen el 1 de agosto, en Constantinopla, donde su esposo era el agregado militar británico. «Me daba muchísima pena la marquesa Pallavacini (la embajadora) que, siendo inglesa, debía de tener el corazón dividido, porque sus dos hijos varones estaban en el ejército austríaco. Partió de inmediato hacia Viena, ansiosa, naturalmente, por verlos antes de que partieran hacia el frente.»

Ese día, el primer secretario de la embajada alemana, el conde Kanitz, comentó al esposo de Betty Cunliffe-Owen: «*Mon cher*, durante años, lo único que ha interesado a Inglaterra ha sido la cuestión irlandesa y el sufragio femenino; ¿para qué se va a preocupar, entonces, por las peleas de los demás? Lo primero que uno tiene que hacer es poner orden en su propia casa.»

En Munich, en una reunión pública en la Odeonsplatz que tuvo lugar el 1 de agosto, una gran multitud acogió con entusiasmo la noticia de la llegada de la guerra. Entre los que fueron fotografiados en ese momento de entusiasmo público se encontraba el austríaco Adolf Hitler, que por entonces se ganaba precariamente la vida vendiendo sus propias acuarelas. Un pintor francés, Paul Maze, que estaba en París el 1 de agosto, escuchaba ese día por todas partes el clamor: «*À Berlin.*» En la plaza de la Concordia vio un regimiento francés de caballería que marchaba «muy elegante» a través de la plaza, los oficiales con sus guantes blancos, «el ruido de los caballos se mezclaba con los gritos de la multitud que arrojaba flores a los hombres». Durante todo el día, los soldados atravesaron París para dirigirse a las estaciones de ferrocarril. «Cuando pasó la artillería, adornaron con flores los cañones y las mujeres saltaban sobre las cureñas para besar a los hombres.» Ese día, el jefe de la misión militar rusa en París, el conde Ignatiev, telegrafió a San Petersburgo que el ministro de Guerra francés «sugería seriamente que Rusia invadiera Alemania y avanzara sobre Berlín». Dicha petición, comentó el general Golovin, «equivalía a pedirle a Rusia que se suicidara, en toda la extensión de la palabra».

Ese día, el zar volvió a pedir al káiser que tratara de impedir una guerra ruso-germana. «Una amistad tan prolongada como la nuestra tiene que servir, con la ayuda de Dios, para evitar el derramamiento de sangre», telegrafió. Sin embargo, el káiser, cuyo anterior estímulo a Austria había favorecido la crisis, decidió entonces cumplir su promesa de ayudar a Austria, en caso de que Rusia la atacara. A las cinco en punto de la tarde, ordenó la movilización de todas las

fuerzas alemanas, pero al cabo de unos minutos se aferró desesperadamente a la esperanza de poder evitar una guerra más generalizada: recibió de Londres un telegrama de Lichnowsky que sugería que Gran Bretaña podía estar dispuesta a mantenerse neutral y a garantizar la neutralidad de Francia en una guerra ruso-germana, siempre que Alemania no atacara a Francia por el oeste. «De modo que ahora sólo tenemos que hacerle la guerra a Rusia, basta con avanzar con todo el ejército en el este», fue el comentario entusiasta e ilusionado del káiser a Helmut von Moltke, el jefe del Estado Mayor de los ejércitos alemanes.

Moltke indicó en seguida que no se podía introducir ningún cambio al plan de atacar Francia, que ya estaba en marcha. Una división alemana, que se desplazaba hacia el oeste desde Trier, estaba a punto de apoderarse de los ferrocarriles de Luxemburgo, como parte del Plan Schlieffen y prolegómeno fundamental a la guerra en el este, para no tener que combatir en dos frentes. El káiser, escéptico, ordenó que se enviara un telegrama a Trier, para detener todas las operaciones militares. A las once de la noche cambió de opinión y dijo a Moltke que las ansiadas garantías de neutralidad británica y francesa eran una ilusión y que la guerra en el oeste seguiría adelante. Las tropas que estaban en Trier recibieron órdenes de marchar.

«Trescientos millones de personas viven hoy con miedo y libradas a su suerte», declaraba un periódico vespertino londinense el 1 de agosto, y preguntaba a continuación: «¿Nadie puede acabar con ese miedo, no hay ni un rayo de luz en este panorama frío y oscuro?» Aunque el periódico no lo supiera, el rey británico, Jorge V, primo tanto del zar como del káiser, había telegrafiado al zar ese mismo día: «No puedo menos que pensar que algún malentendido ha provocado este punto muerto. Me interesa muchísimo no perder ninguna oportunidad de evitar la terrible calamidad que amenaza actualmente al mundo entero.»

Jorge V quería que el zar «siguiera dejando abierta la posibilidad de la negociación y de la paz». Sir Edward Grey esperaba que esa iniciativa real sirviera para algo. «Si al menos pudiéramos ganar algo de tiempo, antes de que ninguna gran potencia comience la guerra —telegrafió al embajador británico en Berlín—, se podría asegurar la paz.» El telegrama de Grey a Berlín y el de Jorge V a San Petersburgo llegaron a sus destinatarios la noche del 1 de agosto, demasiado tarde, como el telegrama del zar al káiser. Esa noche, el embajador alemán en Rusia, el conde Pourtalès, acudió al Ministerio de Asuntos Exteriores ruso en San Petersburgo, donde entregó a Sazonoff la declaración de guerra alemana.

«Éste es un acto criminal por su parte», dijo Sazonoff al embajador. «Caerá sobre usted la maldición de las naciones.» «Estamos defendiendo nuestro

honor», respondió el embajador. «Su honor no estaba en juego», respondió Sazonoff. «Podría haber evitado la guerra con una sola palabra, pero no quiso hacerlo.» El embajador se echó a llorar y el ministro de Asuntos Exteriores tuvo que ayudarlo a salir de la habitación.

Alemania había declarado la guerra a Rusia. El coronel Knox, agregado militar británico en San Petersburgo, recordaba después: «Esposas y madres con hijos acompañaban a los reservistas de un lado para otro, retrasando la hora de la despedida, y se veían escenas crueles, pero las mujeres lloraban en silencio y no había histeria. Los hombres por lo general estaban serios y callados, aunque los grupos se animaban los unos a los otros al encontrarse por las calles.»

Como desafío a Alemania y a todo lo alemán, el nombre de San Petersburgo, en honor de la fundación de la ciudad por parte de Pedro el Grande, en 1702, se cambió por el ruso «Petrogrado» (la ciudad de Pedro).[3]

La noche del 1 de agosto, el ministro de Asuntos Exteriores ruso cenó con el embajador británico, sir George Buchanan, cuya hija, Meriel, recordó más adelante: «Esa noche, *monsieur* Sazonoff tuvo que salir cuatro veces; el teléfono no paraba de sonar, en la plaza había una densa multitud que cantaba el himno nacional. Hasta altas horas de la noche, la muchedumbre se congregó a las puertas de la embajada, aclamando a la armada británica y repitiendo siempre la misma pregunta: ¿Ayudaría Inglaterra? ¿Se pondría Inglaterra de su parte?»

Esa noche, como primer paso en los avances estratégicos, preparados durante tanto tiempo contra Francia, las tropas alemanas entraron en Luxemburgo. Una operación a pequeña escala, apenas una escaramuza, cuyo objetivo era ocupar un empalme ferroviario y telegráfico.

Comenzó la escalada para obtener suministros bélicos. En Francia, las autoridades confiscaron cincuenta monoplanos que se estaban construyendo para el gobierno turco. En Gran Bretaña, también fueron confiscados dos acorazados para Turquía: uno de ellos tenía órdenes turcas de incorporarse a la flota alemana de alta mar en cuanto estuviese listo para zarpar. En Danzig, las autoridades alemanas se disponían a requisar dos cruceros ligeros que se estaban construyendo para Rusia. «Ha sido y sigue siendo emocionante al máximo —escribió Horace Rumbold, desde la embajada británica en Berlín, la mañana del 2 de agosto—, pero resulta demasiado espantoso pensar en lo que nos depararán los próximos meses.»

El 2 de agosto, las patrullas militares alemanas cruzaron la frontera francesa

por primera vez desde 1871 y hubo varias escaramuzas. En Joncherey, cerca de la frontera germanosuiza, murió un soldado francés, el cabo André Peugeot, la primera víctima francesa de una guerra que se cobraría más de un millón de vidas francesas. Ese día se puso en práctica la plena movilización naval británica y se dieron órdenes para seguir de cerca dos buques de guerra alemanes que atravesaban el Mediterráneo hacia Turquía. Además, los británicos se comprometieron en secreto con Francia a que, si la armada alemana entraba en el mar del Norte o en el canal de la Mancha para atacar embarcaciones francesas, la armada británica prestaría a los buques franceses «toda la asistencia que tuviera a su alcance».

No obstante, los planes de guerra alemanes no dependían de una victoria naval sobre Francia en el mar del Norte ni en el canal de la Mancha, sino de una rápida marcha por tierra a través de Bélgica. Con el fin de lograr ese objetivo, a las siete de la tarde del 2 de agosto, Alemania entregó a Bélgica un ultimátum que expiraba en doce horas: Bélgica tenía que otorgar a las tropas alemanas derecho libre de tránsito, pero se negó. Por el tratado de Londres de 1839, Gran Bretaña, Austria, Prusia, Francia y Rusia habían acordado que Bélgica constituiría un estado independiente y siempre neutral y ese tratado seguía vigente todavía. «Si el gobierno belga aceptaba lo que le proponían —informó Bruselas a Berlín—, estaría sacrificando el honor de la nación y traicionando sus compromisos con Europa.»

El 3 de agosto, Alemania declaró la guerra a Francia. Como primer paso para obtener la victoria, sus tropas invadieron Bélgica. Ese día, Bethmann-Hollweg dijo en el Reichstag: «El mal, y hablo francamente, que estamos cometiendo, intentaremos repararlo en cuanto alcancemos nuestro objetivo militar.» Cuando conquistaran Francia, Bélgica quedaría libre. En Francia, las manifestaciones de fervor patriótico afectaban a todas las clases: se recuperarían Alsacia y Lorena y se invertirían las humillaciones de 1870 y 1871. Ese día, en Munich, el ciudadano austríaco Adolf Hitler solicitó autorización al rey de Baviera para alistarse en un regimiento bávaro; su petición fue aprobada al día siguiente.

Hasta ese momento, Gran Bretaña se había mantenido al margen. Entre los ministros de su gabinete no había una clara mayoría favorable a una guerra contra Alemania, aunque Alemania atacara Francia. Gran Bretaña no tenía ningún tratado de alianza con Francia, más que la Entente Cordial, firmada en 1904, para resolver viejas discrepancias en Egipto y Marruecos. La cuestión de Bélgica planteaba una complicación. La neutralidad belga estaba garantizada por Gran Bretaña en virtud de un tratado firmado en 1839. Londres envió a Berlín un ultimátum: no tenían que atacar Bélgica.

Había pocas probabilidades de que Alemania estuviera dispuesta a hacerle ese favor, puesto que todo su plan para la guerra en dos frentes ya se había puesto en marcha. En una reunión del gabinete prusiano celebrada en Berlín el 3 de agosto, Bethmann-Hollweg dijo a sus colegas que entonces la participación de Gran Bretaña era inevitable. Para alarma de los presentes, exclamó el almirante Tirpitz: «¡Entonces todo está perdido!»

También en Gran Bretaña había personas que tenían premoniciones de los terrores que habían de producirse. En la aldea de Rudston, una estudiante de dieciséis años, Winifred Holtby, no olvidó jamás un episodio que tuvo lugar a medida que se acercaba la perspectiva de la guerra. «Sobre el mostrador de la pequeña tienda de periódicos, abarrotada, grandes mariposas nocturnas giraban con torpeza alrededor de la inquieta lámpara de queroseno. Una anciana borracha, con un gorro de hombre, se plantó debajo, en una silla. "La guerra es un infierno asqueroso —comentó con tono familiar—. Ésa es una verdad como un templo. Dos de mis chavales fueron a Sudáfrica. Un infierno asqueroso, eso es lo que es."»

El Alto Mando alemán tenía tanta confianza en su propia habilidad militar que el 3 de agosto, incluso antes de comenzar la invasión de Bélgica, las tropas alemanas en el este atravesaron la frontera con Rusia y ocuparon tres poblaciones de la Polonia rusa: Bendzin, Kalish y Chenstokhov.[4]

El gobierno británico había exigido que el ejército alemán no entrara en Bélgica. No era ningún farol. El ultimátum enviado de Londres a Berlín expiraba a las once de la noche del 4 de agosto. Se estaban sembrando minas en el canal de la Mancha para evitar una repentina incursión de buques de guerra alemanes: entre los buques de vapor que sufrieron retrasos como consecuencia de la colocación de minas había uno procedente de Sudáfrica, entre cuyos pasajeros figuraba un abogado indio de cuarenta y cuatro años, M. K. Gandhi, que, a pesar de la opinión de muchos nacionalistas indios de que los indios no debían meterse en el conflicto de sus amos, recomendaría que los indios que vivían en Gran Bretaña «participasen en la guerra».

Siete horas antes de cumplirse el plazo del ultimátum británico a Alemania, las tropas alemanas invadieron Bélgica. A las once de esa noche, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. En Berlín se congregó rápidamente una multitud en el exterior de la embajada británica, que destrozó las ventanas y arrojó tanto piedras como insultos. A la mañana siguiente, al disculparse por el ataque, un emisario del káiser comentó que, de todos modos, demostraría al embajador británico «lo mucho que el pueblo lamentaba que Inglaterra se alinease contra

Alemania, olvidando que hemos luchado codo con codo en Waterloo». El emisario añadió que el káiser se había sentido orgulloso de ser mariscal de campo y almirante de la Marina británica, pero que entonces se «despojaría a sí mismo de esos honores». El embajador y su equipo se dispusieron a abandonar Berlín: Horace Rumbold recordó después que, en un último gesto de desprecio, los tres criados alemanes de la embajada, después de haber cobrado el sueldo de un mes por adelantado, «se quitaron las libreas, las escupieron y las pisotearon y se negaron a ayudar a transportar los baúles hasta los taxis». Era el final de un siglo de cortesía, deferencia y corrección diplomáticas.

Gran Bretaña y Alemania dedicarían a la guerra mucha más energía de la que hasta entonces habían destinado al comercio y la industria, la expansión imperial, la cultura y la evolución de una sociedad más justa. Sir Edward Grey, que se había esforzado por evitar que Austria atacara a Serbia y cuyo gobierno se había negado a establecer ningún compromiso formal con Francia, defendía entonces la guerra contra Alemania en un plano mucho más amplio que la violación de la neutralidad de Bélgica, diciendo al embajador estadounidense en Londres: «La cuestión para nosotros es que, si Alemania vence, dominará Francia; la independencia de Bélgica, Holanda, Dinamarca y, tal vez, de Noruega y Suecia, no será más que una sombra; su autonomía como naciones, una mera ficción; todos sus puertos quedarán a disposición de Alemania, que dominará toda la Europa occidental, con lo cual nuestra posición resultará casi imposible. No podríamos sobrevivir como un estado de primera clase, en esas circunstancias.»

Ese agosto, Italia, Portugal, Grecia, Bulgaria, Rumania y Turquía permanecieron neutrales, sin intervenir, pero sin perder de vista su participación futura, si podían obtener alguna ventaja. En el resto de Europa, otras naciones se mantuvieron firme y permanentemente fuera del círculo del conflicto. Holanda, Suiza, España, Dinamarca, Noruega y Suecia no participaron al comienzo de la guerra ni en su transcurso; tampoco se vieron involucradas en ella como beligerantes, aunque para algunos resultaría una fuente de ingresos y de comercio muy lucrativa. Los primeros disparos de los fusiles, las ametralladoras y la artillería supusieron una nueva era para el tráfico de armas, así como también para la camaradería, la valentía, el sufrimiento y el tormento.

Cinco imperios estaban en guerra antes de la medianoche del 4 de agosto de 1914: el imperio austrohúngaro contra Serbia; el imperio alemán contra Francia, Gran Bretaña y Rusia; el imperio ruso contra Alemania y Austria-Hungría, y el imperio británico y el francés contra Alemania. Si la guerra iba a acabar antes de navidad, como suponían muchos o, como máximo, antes de la pascua

de 1915, era posible que murieran o resultaran heridos decenas de miles de soldados antes de que la artillería callara. Todos los ejércitos creían que podrían aplastar al enemigo en pocos meses. Las tropas alemanas tenían tanta confianza en que pronto estarían marchando triunfales por los Campos Elíseos de París, como la tenían las tropas francesas en desfilar por Unter den Linden, en Berlín. De la mañana del 5 de agosto en Constantinopla, recordaba Betty Cunliffe-Owen: «Los alemanes se marcharon llevando ya en los ojos la luz de la victoria; uno de los más agresivos era el propio conde Kanitz, que prometió enviar una postal desde París pocas semanas después, ¡pero al cabo de esas pocas semanas estaba prisionero en Malta!»

Mientras los diplomáticos alemanes salían de Constantinopla con la esperanza de la victoria, los pacifistas alemanes se reunían con los europeos en la serenidad de la población de Constanza, en el sur de Alemania, para la reunión inaugural de la Alianza Mundial para Promover la Amistad entre las Iglesias. El 4 de agosto, los delegados, entre los cuales figuraban eclesiásticos británicos, franceses y alemanes para los cuales la guerra era algo abominable, se vieron obligados, a las pocas horas de llegar al punto de reunión junto al lago, a interrumpir los debates y marchar rápidamente a sus casas.

Capítulo III

LOS PRIMEROS COMBATES
De agosto a septiembre de 1914

Varios millones de soldados, que constituían la vanguardia de muchos ejércitos, se estaban reuniendo en sus cuarteles o estaban en marcha la mañana del 4 de agosto de 1914. En el este, las tropas rusas que habían sido enviadas a la frontera de Prusia Oriental estaban decididas a marchar hacia Berlín. En la frontera de Alsacia y Lorena, las tropas francesas entraron en Alemania, totalmente convencidas de que recuperarían las provincias perdidas y, para vengarse de las derrotas y humillaciones pasadas, llegarían hasta el Rin. Más al norte, en la frontera belgogermana, el que cobraba velocidad era un avance alemán que amenazaba con arrasar Bélgica y entrar en el norte de Francia. En 1870, fue un ejército prusiano, con el apoyo de regimientos bávaros, sajones y de Württemberg, el que combatió hasta llegar a París. En 1914, por primera vez desde la unificación alemana, fue un ejército alemán el que intentó emular a su predecesor, encabezado por Prusia.

Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania el 4 de agosto, pero no tenía tropas en el continente europeo. Faltaba reunir todavía una Fuerza Expedicionaria Británica, al mando de sir John French, armarla y enviarla al otro lado del canal para ocupar su puesto en la línea del frente, pero todavía no se había tomado la decisión de despacharla. Consciente de la renuencia de los británicos a verse envueltos en Europa, sir Edward Grey aseguró al Parlamento, ese día, que Gran Bretaña no tenía ningún «compromiso» para el envío de tropas. El Almirantazgo alemán confiaba en que podría evitar que las tropas británicas llegaran a los puertos franceses del canal de la Mancha o a los puertos belgas del mar del Norte. Pero cuando los almirantes alemanes informaron al jefe del Estado Mayor General alemán, el general Moltke, de que podrían entrar en combate en cuanto las tropas británicas estuvieran cruzando las aguas, Moltke rechazó la medida con las palabras: «No es necesario y hasta será una ventaja que los ejércitos del oeste salden cuentas con los ciento sesenta mil ingleses al mismo tiempo que con los franceses y los belgas.»

Hubo otra muestra de la confianza de la maquinaria bélica alemana cuando en Aquisgrán, el 4 de agosto, en una orden del día, el káiser pidió a su Primer Ejército que «exterminara a la traidora Inglaterra y que pisoteara al pequeño y deleznable ejército del general French».[1]

Desde la primera noche del avance alemán en Bélgica, los francotiradores (o *franctireurs*) belgas disparaban lo mejor que podían, desde zanjas y edificios, a los soldados alemanes que ocupaban con tanta confianza y aparente facilidad las aldeas del este de Bélgica. La persistencia de esos disparos despertó la furia de las tropas de ocupación, que consideraban que, después de haber derrotado a un ejército en combate abierto, ya no deberían hostigarlos más. El Intendente General del Segundo Ejército alemán, el general Erich Ludendorff, recordaba posteriormente que la primera noche de la guerra lo despertaron «unos disparos rápidos y enérgicos, algunos de los cuales iban dirigidos a nuestra vivienda». Eso ocurría en la pequeña población belga de Hervé. El historiador británico John Terraine comenta que «Hervé, intacta el 4 de agosto, no duró así mucho tiempo». Un periodista alemán que recorrió la población unos cuantos días después la encontró «totalmente arrasada». De las alrededor de quinientas casas que había en el pueblo, informó, «sólo quedan diecinueve. Hay cadáveres por todas partes y en todos lados huele a quemado. La iglesia es un montón de ruinas destrozadas».

En conjunto, habían hecho pagar a Hervé por los disparos nocturnos de los francotiradores. Los alemanes insistían en que los belgas estaban utilizando civiles para esa tarea, para causar estragos detrás de la línea del frente. Los belgas respondieron que los responsables eran destacamentos del ejército bien constituidos, o soldados rezagados, o guardias civiles, y que se trataba de un acto de guerra legítimo contra un invasor. El derecho internacional estaba de parte de los francotiradores. La Quinta Convención de La Haya de 1907 no sólo prohibía a los beligerantes el traslado de tropas a través de territorio neutral, como estaban haciendo los alemanes en Bélgica, sino que además afirmaba que la resistencia a ese tipo de desplazamientos no se podía considerar un acto hostil.

Tras las primeras represalias salvajes de los alemanes, el gobierno belga prohibió toda resistencia local. Incapaz de proteger a sus ciudadanos apelando al derecho internacional, trató de hacerlo manteniéndolos al margen. Los alemanes, frustrados por la intensidad de la oposición militar belga, pronto comenzaron a considerar las represalias contra los civiles belgas por lo menos como una forma de impedir cualquier trastorno detrás de las líneas. Que consideraban la resistencia militar belga irritante, aunque inútil, resultó evidente a raíz de un arranque del primer secretario de la delegación alemana en Bruselas, el barón Von

Stumm, que el 5 de agosto dijo a su homólogo estadounidense: «¡Pobres tontos! ¿Por qué no se mantienen fuera del alcance de la apisonadora? No queremos hacerles daño, pero si nos estorban, los haremos papilla.»

Ese día, el ataque alemán al primer obstáculo militar importante, la fortaleza belga de Lieja, con una guarnición de treinta y cinco mil hombres, no consiguió apoderarse de ninguno de los doce fuertes de la ciudad. Hasta se produjo un momento de pánico entre los atacantes, aunque acabó al día siguiente, con el liderazgo enérgico de Ludendorff, que, haciéndose cargo de mil quinientos hombres, penetró entre los fuertes y entró en la ciudad. Un día después, el 7 de agosto, se rindió la ciudadela principal, pero los fuertes no, de modo que las tropas alemanas tuvieron que apoderarse de ellos uno por uno, o dejarse vencer por ese obstáculo a su avance y a sus planes.

Hasta ese momento, en medio de los grandes ejércitos de reclutas, llenos gracias al sistema nacional del servicio militar obligatorio, los británicos eran los únicos que contaban con un ejército totalmente profesional, reducido, muy bien entrenado, pero que carecía de la capacidad numérica de los ejércitos europeos. El 6 de agosto, el gabinete británico debatió si ese ejército, que en total sólo comprendía seis divisiones, se debía enviar a Francia. Tanto el primer ministro, Asquith, como el ministro de Asuntos Exteriores, Grey, manifestaron su preocupación ante la vulnerabilidad de la propia Gran Bretaña si las tropas se enviaban a Europa. Sobre todo Grey opinaba que la Fuerza Expedicionaria debía permanecer en Gran Bretaña. Esa noche, en una reunión del Consejo de Guerra, lord Kitchener, que sorprendió a sus colegas sugiriendo la posibilidad de que la guerra se prolongara, insistió en conservar en Gran Bretaña dos de las seis divisiones, para la defensa nacional, y se acordó que las otras cuatro fueran a Francia. La aportación británica a la lucha europea, incluso en su máxima extensión, sólo podía ser reducida: cincuenta mil hombres en las fuerzas armadas al comienzo de la guerra, en comparación con más de tres millones de austrohúngaros, cuatro millones de franceses, cuatro millones y medio de alemanes y casi seis millones de rusos.

El gobierno británico rechazó un ofrecimiento de tropas. Al comenzar la guerra, el dirigente nacionalista irlandés, John Redmond, se ofreció a formar un ejército irlandés para combatir como una fuerza totalmente irlandesa junto a las tropas inglesas, galesas y escocesas. Como no quería perturbar el buen funcionamiento de sus planes anteriores, Kitchener dijo que no, haciendo caso omiso a la fuerza del sentimiento nacionalista irlandés que se podría haber canalizado hacia una fuerza semejante, alejándola, como opinaban algunos irlandeses, de la

rebelión y el terrorismo. Al final se presentaron como voluntarios ciento sesenta mil irlandeses y cuarenta y nueve mil murieron en las filas del ejército británico. Pero el rechazo de la oferta de Redmond indignó a algunos patriotas irlandeses, uno de los cuales, Hubert Gough, general veterano de la Fuerza Expedicionaria Británica, escribió cuarenta años después: «La negativa de Kitchener añadió una página sangrienta a la historia irlandesa.»

El 7 de agosto, en un intento por aumentar el número de soldados británicos en las fuerzas armadas, Kitchener pidió públicamente cien mil voluntarios. «La multitud de aspirantes fue tan numerosa y tan persistente —publicó *The Times*, refiriéndose a una oficina de reclutamiento de Londres, ese día—, que fue necesaria la Policía Montada para contenerlos y las puertas sólo se abrían para dejarlos entrar de seis en seis.» Según el periódico, no había vítores ni demasiada excitación, «pero había un trasfondo de entusiasmo y resultaba evidente la desilusión de aquellos que no pasaban alguna de las pruebas». En tiempos de paz, la media de reclutamiento para el ejército regular había sido de menos de un centenar por día. En ese momento se presentaban más de mil quinientos voluntarios por día. En Londres, a cuatro días del comienzo de la campaña, prestaban juramento una media de cien hombres por hora y se instaló un toldo especial en el lugar donde desfilaba la Guardia Montada para cubrir a tanta gente.

El sentimiento antibelicista, que hasta el estallido mismo de la guerra había sido intenso en círculos del Partido Liberal y del Laborista y en el movimiento sindical, también estaba desapareciendo. El 6 de agosto, el día antes del llamamiento de Kitchener, el periódico del Partido Laborista Independiente, el *Labour Leader*, en un esfuerzo por estimular el sentimiento antibelicista, exhortaba a sus lectores: «Trabajadores de Gran Bretaña, ¡abajo la guerra! No tenéis nada en contra de los trabajadores de Europa y ellos no tienen nada contra vosotros. Las que se pelean son las clases gobernantes de Europa. No hagáis vuestras sus riñas.»

Sin embargo, el 7 de agosto, el hasta entonces antibelicista editor del *Manchester Guardian,* C. P. Scott, liberal destacado e influyente, al explicar por qué no asistiría a un mitin para protestar contra la participación británica en la guerra, escribió a los organizadores: «Estoy totalmente convencido de que la guerra no debería haberse producido y de que no deberíamos habernos metido en ella, pero, ahora que lo hemos hecho, está en juego todo el futuro de nuestra nación y la única opción que tenemos es hacer todo lo posible para asegurar el éxito.»

Todos los beligerantes manifestaban una actitud similar de hacer todo lo posible. El 7 de agosto, en Viena, el filósofo austríaco de veinticinco años Ludwig

Wittgenstein, que acababa de regresar de dar clases en Cambridge, se presentó voluntariamente como soldado de artillería en el ejército austríaco, a pesar de una doble hernia que le daba derecho a la exención. «Al principio sólo consiguió llegar hasta Galitzia con un taller de reparaciones militares —recordaba después su hermana Hermione—, pero nunca dejó de tratar de colarse hasta la línea del frente.» Hubo, dijo, muchos malentendidos cómicos, «derivados del hecho de que las autoridades militares, con las que siempre tenía algo que ver, siempre suponían que estaba buscando un puesto más fácil, cuando él, por el contrario, buscaba algo más peligroso».

En todos los países beligerantes, las autoridades detenían y encarcelaban a los que consideraban peligrosos enemigos extranjeros. El 8 de agosto, en una población del oeste de Galitzia llamada Neumarkt[2], a poco más de sesenta kilómetros de la frontera rusa, la policía austríaca arrestó a un exiliado ruso que vivía allí hacía algunos años, Vladimir Lenin, por temor a que fuera un espía. El dirigente de los socialdemócratas austríacos, Victor Adler, que gozaba del favor de las autoridades, porque su partido había manifestado su apoyo a la guerra, se apresuró a asegurar a Viena que, si ponían en libertad a Lenin, seguro que dirigía una intensa campaña de propaganda contra el zar y contra los aliados. Lenin fue puesto en libertad y se le autorizó a viajar a un país neutral como Suiza.

En Alemania, Walther Rathenau, el industrial que se había mostrado tan abatido la semana anterior a la declaración de la guerra, el 8 de agosto fue a ver al jefe del Ministerio General de la Guerra en Berlín, el coronel Scheüch, para ofrecerle su apoyo solidario durante la guerra. Tras indicar que Alemania sólo disponía del material bélico indispensable para una «cantidad limitada» de meses, Rathenau propuso «salvar a Alemania del estrangulamiento» y, al cabo de pocos días, lo pusieron al frente de un Departamento de Materias Primas para la guerra, creado especialmente. Metales, sustancias químicas, yute, lana, caucho y algodón eran algunas de las materias primas que el departamento podía requisar dentro de Alemania o en territorio ocupado, adquirir en el extranjero o fabricar por sí mismo, utilizando métodos nuevos y, si era necesario, sintéticos. La misión de Rathenau consistió en colaborar para mantener a Alemania en la guerra, a pesar de que, como civil y como judío, tuvo que hacer frente a la permanente hostilidad de los comandantes del ejército cuya capacidad de combate se dedicaba a facilitar.

Rathenau se dio cuenta de que las necesidades de materias primas del ejército alemán tal vez no se pudieran satisfacer sin cesar durante una guerra larga. La perspectiva de una guerra prolongada resultaba alarmante hasta para el kái-

ser que, el 10 de agosto, llamó al embajador estadounidense, Gerard, que recordaba después: «El káiser hablaba de la guerra con bastante desaliento. Traté de animarlo, diciéndole que las tropas alemanas no tardarían en entrar en París, pero él respondió: "Los británicos cambian toda la situación; son una nación obstinada. Ellos harán que la guerra se prolongue. No puede acabar pronto."»

El sentimiento pacifista no desapareció cuando empezaron a sonar los cañonazos. Los socialistas que se oponían a la guerra en julio siguieron oponiéndose en agosto. Sobre todo en Rusia, las facciones mencheviques y bolcheviques del Partido Socialdemócrata ruso estaban en contra de la guerra y en el Parlamento ruso, la Duma, votaron en contra de los créditos de guerra. A pesar de que el 10 de agosto el embajador francés en Petrogrado, Maurice Paléologue, garantizó que «el alma colectiva de la Santa Rusia no se ha manifestado nunca con tanta fuerza desde 1812», las potencias de la Entente estaban preocupadas por la difusión del sentimiento antibelicista en Rusia. El 11 de agosto, el gobierno belga convenció a su recién nombrado ministro de Estado, el socialista Emile Vandervelde, para que enviara un telegrama a los diputados socialdemócratas rusos de la Duma, instándolos a apoyar la guerra. Como presidente de la Oficina Socialista Internacional, Vandervelde era muy respetado en Rusia: ese mes de junio, había estado en San Petersburgo, tratando de conciliar las diferentes facciones socialistas rusas. Su telegrama a favor de la guerra se publicó en la prensa rusa y se hicieron circular en las fábricas copias escritas a máquina.

En lugar de estimular el fervor patriótico, el telegrama de Vandervelde sólo sirvió para dividir aún más las filas socialistas, estimulando a Lenin, después de su llegada a Suiza, a publicar e introducir clandestinamente en Rusia sus *Tesis sobre la guerra,* en las que instaba a los trabajadores rusos a oponerse a ella. Tan impresionado quedó Lenin después de leer en los periódicos suizos que los diputados socialistas alemanes en el Reichstag habían apoyado la guerra, que al principio no creyó lo que ponían los informes, convencido de que eran mentiras inventadas por el Estado Mayor General alemán para engañar a la clase trabajadora alemana para que aceptara la guerra. Resignado ante la fuerza inevitable del patriotismo en Alemania, puso entonces la mirada en el lejano proletariado ruso.

Cuando comenzó la guerra, Austria apeló a las aspiraciones nacionalistas de su minoría polaca para que contribuyera a la campaña bélica imperial. El 6 de agosto, una pequeña fuerza de fusileros polacos, procedente de la provincia austríaca de Galitzia, atravesó la frontera rusa y avanzó hacia la ciudad de Kielce. Los soldados de caballería que la componían llevaban la silla de montar en

la cabeza, con la esperanza de capturar caballos rusos. A medida que tal «ejército de liberación» se iba acercando a Kielce, le daban la bienvenida mujeres polacas con flores, pero la gente del lugar, temiendo las represalias rusas, se quedó en su casa. Tras un breve enfrentamiento con una patrulla rusa, regresaron, escarmentados, a Galitzia.

El sentimiento antibelicista dentro de Rusia, que Lenin esperaba estimular desde lejos para la causa de la revolución, fue igualmente bien acogido y estimulado por los austríacos y los alemanes. La intranquilidad interna, del tipo que fuera, les ayudaría a combatir contra las inmensas fuerzas rusas. El mismo 6 de agosto, el gobierno austríaco decidió entregar fondos a la Unión para la Liberación de Ucrania, a fin de alentar la agitación antirrusa y separatista. También se incitó a los socialistas armenios y georgianos para que vieran la derrota del zar como el camino hacia la independencia.

En las primeras semanas de la guerra, surgió rápidamente un elemento tanto racial como político. El 11 de agosto, en un mitin masivo en el ayuntamiento de Berlín, el profesor Von Harnack, jefe de la Biblioteca Real, habló del peligro que suponía para la civilización occidental «la civilización de la horda que reúnen y mantienen unida los déspotas, la civilización moscovita mongola. Esa civilización no pudo soportar la luz del siglo XVIII ni, mucho menos, la del XIX, conque ahora, en el siglo XX, se suelta y nos amenaza. Esa masa asiática desorganizada, como las arenas del desierto, quiere recoger nuestras cosechas de cereales».

Entre los habitantes de Berlín figuraba el recién nombrado director del Instituto de Física, Albert Einstein. El 19 de agosto escribió a un amigo: «Europa, en su locura, ha comenzado algo casi increíble. En tiempos así, uno se da cuenta de lo triste que es la especie animal a la que pertenece. Prosigo calladamente mis pacíficos estudios y contemplaciones y sólo siento pena y repugnancia.»

Lejos del conflicto europeo, aunque muy vinculado con él, un oficial alemán, el teniente coronel Kress, trató de entrevistarse, el 10 de agosto, con el ministro de Guerra turco, Enver Pasha. Kress informó a Enver de que dos buques de guerra alemanes, el crucero de combate *Goeben* y el crucero ligero *Breslau*, que habían eludido todos los intentos navales británicos por capturarlos, se encontraban a la entrada de los Dardanelos y solicitaban permiso para entrar. A sabiendas de que eso constituiría una acción hostil para Gran Bretaña y que colocaría a Turquía dentro de la órbita bélica de Alemania, Enver concedió su autorización. A continuación, Kress preguntó si, en el caso de que algún

buque de guerra británico intentara seguir a los alemanes, abrirían fuego contra él. Una vez más, la respuesta de Enver fue afirmativa. Otro oficial alemán que se encontraba en la habitación, Hans Kannengiesser, recordó después: «Escuchamos el ruido metálico del rastrillo al descender delante de los Dardanelos. [...] Ninguno de nosotros había movido ni un músculo. Kress se despidió y yo continué con mi informe, como si nada hubiera ocurrido.»

Para mantener la neutralidad turca, nominalmente se vendieron los barcos a Turquía, se cambiaron sus nombres por los de *Javus Sultan Selim* y *Midilli* y su comandante alemán, el almirante Souchon, izó la bandera turca. Todos los pedidos británicos de que se retirara la misión alemana en Turquía fueron rechazados tanto por los turcos como por los alemanes. Pero no se produjo ningún acto de guerra, aparte de la provocación de los dos buques de guerra alemanes fondeados frente a las costas de Constantinopla.

En el mar del Norte, los alemanes sufrieron un contratiempo naval en la segunda semana de agosto, cuando un buque de guerra británico embistió al submarino *U-15* y lo hundió; fue el primer submarino alemán que se perdió en la guerra, el primero de más de ciento ochenta que se hundirían antes del fin de la contienda. Esa misma semana, en el lejano lago Nyasa, en el África central, un oficial naval británico, el comandante E. L. Rhoades, atravesó el lago con su cañonera, la *Gwendolen*, provista de un solo cañón de tres libras, desde el puerto británico de Nkata Bay hasta el diminuto puerto alemán de Sphinxhaven, situado a casi cincuenta kilómetros; desde allí abrió fuego sobre la cañonera alemana *Wissman* y la capturó; su comandante, el capitán Berndt, todavía no se había enterado de que había estallado una guerra entre Gran Bretaña y Alemania. «Victoria naval en el lago Nyasa», rezaba el titular de *The Times*.

En los campos de batalla de Europa, los combates se habían vuelto continuos y feroces a la vez. El 13 de agosto, las tropas francesas fueron atacadas por un intenso fuego de la artillería alemana cerca de Dinant, cuando un avión vigía alemán detectó sus movimientos. Tras recibir la orden de negar un puente al avance de la infantería alemana, el comandante de un pelotón francés hizo avanzar a sus hombres, a pesar de los disparos. Al llegar al puente, recibió un disparo en la rodilla y cayó. Poco después, el sargento de su pelotón le cayó encima, muerto. El teniente recordaba después «el ruido sordo de las balas que penetraban en el cuerpo de los muertos y los heridos que había alrededor». Con dificultad consiguió alejarse a rastras. Fue el bautismo de fuego para Charles de Gaulle. Lo llevaron a un hospital de París y estuvo de baja, aunque ansioso por regresar al frente.

El 12 de agosto, el ejército austríaco invadió Serbia. En la población de Sabac, en la orilla serbia del Sava, se produjeron escenas espantosas: rodearon a muchos civiles y los fusilaron, masacraron a niños y violaron mujeres. El avance alemán a través de Bélgica también estuvo acompañado por incidentes violentos, que horrorizarían y endurecerían a la opinión pública británica y la francesa. El 10 de agosto, habían reunido a diez aldeanos en Linsmeau y los habían fusilado. Diez días después, le tocó sufrir a la aldea de Andenne, cerca de Namur. Se podía leer en los comunicados impresos del general Von Bülow, fechados el 22 de agosto y pegados en los muros de Lieja: «La población de Andenne, tras manifestar intenciones pacíficas hacia nuestras tropas, las atacó de la manera más traicionera. Con mi autorización, el general que comandaba esas tropas ha reducido la población a cenizas y ha ejecutado a ciento diez personas.»

En Seilles mataron a tiros a cincuenta aldeanos y en la pequeña población minera de Tamines, donde enfureció a las tropas alemanas la energía de los soldados franceses de la zona, el 22 de agosto reunieron a 384 hombres cerca de la iglesia, los pusieron en fila y los mataron, a algunos con fusiles y a otros con ametralladoras. La víctima más joven tenía trece años y la más anciana, ochenta y cuatro. Una ejecución todavía más numerosa tuvo lugar al día siguiente en la población de Dinant. Con la excusa de que unos civiles belgas habían disparado contra los soldados alemanes que reparaban el puente, en represalia los alemanes fusilaron a 612 hombres, mujeres y niños, entre ellos un bebé de tres semanas, en brazos de su madre.

Dos días después, en las primeras horas del 25 de agosto, un zepelín alemán arrojó varias bombas sobre Amberes. En una vivienda murieron seis civiles que estaban durmiendo. Esos aparatos inmensos, de desplazamiento lento y más ligeros que el aire, habían sido vistos sobrevolando Europa antes de la guerra, cuando fueron motivo de asombro para los ciudadanos confinados en tierra, tanto como el aeroplano, tal vez incluso más. Al comenzar la guerra se temió que el zepelín llevara la muerte y la destrucción a las ciudades que atacara. Era, como escribió uno de sus historiadores, «la bomba de hidrógeno de su época, una impresionante espada de Damocles que pendía sobre las temerosas cabezas de los enemigos de Alemania».[3] En los primeros meses de la guerra, un caricaturista francés, R. Delville, dibujó al káiser volando por el aire montado en un zepelín, acompañado por el ángel de la muerte, llevando un casco alemán y, en un cojín, la Cruz de Hierro, como recompensa por la macabra cosecha aérea.

E. Alexander Powell, corresponsal de un periódico estadounidense, que se encontraba en Amberes en el momento de producirse el primer ataque de un ze-

pelín a la ciudad, escribió en su crónica, que se publicó en Gran Bretaña tres meses después, que había sentido «debilidad y náuseas» al entrar en una casa para ver la habitación en la que había estado una mujer durmiendo, «que había volado literalmente en trocitos. El suelo, las paredes, el techo estaban salpicados de... en fin, baste con decir que sus restos sólo se podrían haber recogido con una pala». En una plaza cercana, «un policía de servicio en el extremo opuesto de la plaza murió al instante y a otro le habían volado las dos piernas». A una mujer que se despertó con la primera explosión «y se asomó por la ventana para ver qué ocurría le voló la cabeza». En total hubo diez muertos; dos personas más murieron poco después, como consecuencia de las heridas recibidas.

Más tarde, ese día, después de que el ejército belga lanzara un eficaz contraataque desde Amberes en dirección a Lovaina, cundió el pánico entre las fuerzas alemanas que ocupaban esa ciudad, provocado por un caballo desbocado. Los centinelas alemanes, sin conocer el motivo de la conmoción, abrieron fuego. Se oyeron gritos de: «¡Están aquí los franceses!», «¡Están aquí los ingleses!» y, lo que no presagiaba nada bueno para la ciudad y sus habitantes: «¡Están aquí los francotiradores!» Entonces, no durante un día sino durante cinco, las tropas alemanas destinadas en Lovaina incendiaron edificios y ejecutaron a civiles. Cuando el diplomático estadounidense Hugh Gibson visitó la ciudad el 28 de agosto, un oficial alemán le dijo: «Acabaremos con ella; no dejaremos piedra sobre piedra. ¡Ni una, le aseguro! Para que aprendan a respetar a Alemania. Durante generaciones, vendrá gente aquí para ver lo que hemos hecho.»

El interior de alrededor de una quinta parte de las viviendas de Lovaina fue destruido y la iglesia de San Pedro sufrió graves daños como consecuencia del fuego. Esos episodios no sólo horrorizaron al público británico y al francés, sino que también proporcionaron un rápido triunfo a los propagandistas de la Entente. En seguida se exageró el relato de las atrocidades, añadiéndoles detalles morbosos y comentarios del tipo «mutilaciones tan horribles que no se pueden describir», «ríos de sangre» y «montañas de muertos inocentes», seguidos de exhortaciones como «la humanidad clama venganza». Por el daño deliberado causado a las iglesias belgas, se endilgó a los líderes alemanes otra dimensión de culpa. Una de las primeras postales francesas mostraba al propio Jesús desdeñando al káiser y alejándose de él. El káiser, de rodillas, busca en vano la mano del Salvador. En el fondo, una catedral en ruinas.

El 12 de agosto, mientras las tropas alemanas luchaban por superar la última resistencia belga en las fortalezas de Lieja, las primeras tropas de la Fuerza Expedicionaria Británica atravesaron el canal de la Mancha tras un escudo pro-

tector de diecinueve acorazados. En diez días transportaron a ciento veinte mil hombres, sin perder ni un solo hombre ni un solo barco. El secreto de la operación estuvo tan bien guardado que, incluso al cabo de diez días de movimientos constantes, el Alto Mando alemán todavía dudaba de si había llegado a Francia una cantidad significativa de tropas británicas y la armada alemana no ocasionó ninguna molestia a los barcos de transporte. Así se cumplió el deseo de Moltke de enfrentarse con el ejército británico en el campo de batalla.

El día que llegaron a Francia las primeras tropas británicas, una veterana enfermera británica que estaba en Bélgica, Edith Cavell, escribió a *The Times* pidiendo que «el público británico enviara donativos» a su instituto médico, puesto que «los heridos del ejército se tendrán que tratar en el continente y, por lo que se puede ver hasta el momento, sobre todo en Bruselas. Nuestra institución, cuyo personal incluye a numerosas enfermeras inglesas, está preparada para atender a varios centenares y la cifra se incrementa día a día». Solicitaba donativos «del público británico». Su carta se publicó el 15 de agosto, con el título de «Enfermeras inglesas en Bruselas».

Ni Francia ni Gran Bretaña tenían nada en contra de Austria-Hungría. El hijo de uno de los hombres más ricos de Austria era parlamentario en Gran Bretaña. El inspector general de las fuerzas británicas en Sudán, sir Rudolph Slatin, era austríaco. El embajador austríaco en Londres, el conde Mensdorff, era a la vez primo y amigo íntimo del rey Jorge V. Sin embargo, el 12 de agosto, ocho días después de que Gran Bretaña declarara la guerra a Alemania y el mismo día que la Fuerza Expedicionaria Británica comenzó a cruzar el canal de la Mancha, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Austria-Hungría, aduciendo que los pequeños contingentes de tropas austríacas que estaban estacionados entonces en la frontera franco-germana constituían «una amenaza directa para Francia».

El embajador británico en Viena, consternado porque dos países que no tenían ningún motivo para luchar estuvieran en guerra, pidió al conde Berchtold que presentara sus «excusas» al emperador y que le manifestara también su esperanza de que el emperador «superara esos tiempos tristes sin ningún perjuicio para su salud y sus fuerzas». El embajador austríaco en Londres estaba desolado y, en presencia de su homólogo estadounidense, censuró a Alemania y al káiser y «desfiló de un lado a otro de la habitación, retorciéndose las manos». En Bruselas, Hugh Gibson anotó en su diario el 15 de agosto: «Los periódicos de ayer anunciaron que Francia había declarado la guerra a Alemania. Esta mañana se publica la noticia de que Montenegro también ha declarado su intención

de borrar a Austria del mapa. Cada día, la pregunta es "¿quién habrá declarado la guerra hoy?"»

No costó nada enviar esas nuevas declaraciones de guerra, que ampliaban la escala geográfica y humana del conflicto, aunque costaría mucho recuperarse de ellas, más de lo que nadie imaginaba. Después de las cortesías de rigor, los embajadores de todos los estados combatientes hicieron las maletas, cerraron sus residencias y regresaron a sus capitales. Los círculos políticos y diplomáticos británicos vieron con tristeza la partida del embajador austríaco, que había sido una figura muy apreciada, pero la población se enfureció cuando la Marina británica no sólo puso a su disposición un destructor para transportarlo al otro lado del canal de la Mancha, sino que permitió que doscientos súbditos austríacos, que de lo contrario podrían haber sido recluidos, se marcharan con él en el mismo barco. Las cortesías, que no tardarían en parecer anticuadas, no se habían dejado de lado todavía.

Poco a poco, pero cada vez con mayor énfasis, Gran Bretaña comenzó a presentarse como defensora de las minorías eslavas en Austria-Hungría y, sobre todo, adoptó la causa de los checos. El 19 de agosto, desde Petrogrado, los rusos habían publicado dos manifiestos: uno que prometía el renacimiento de una Polonia «libre en cuanto a religión, idioma y autogobierno» después de la guerra y el otro que invitaba a los pueblos sometidos de Austria-Hungría a alzarse y declarar la independencia nacional. El zar llegó incluso a decir al líder checo Karel Kramar, a quien recibió en audiencia el 20 de agosto, que Rusia miraría con buenos ojos que la «corona libre e independiente de San Wenceslao» brillara, tras la derrota de Austria, «con el resplandor de la corona de los Romanov».

En Londres, el 20 de agosto, apartándose totalmente de la verdad, *The Times* anunció que había estallado en Praga una revolución checa y que el río Moldava «fluía rojo de sangre checa». También se informó, asimismo erróneamente, que algunos políticos checos, entre ellos el líder nacionalista Thomas Masaryk, habían sido ejecutados en el castillo de Hradcany, cuando en realidad no sólo era un hombre libre sino que, al cabo de cinco meses, había llegado a Suiza. Dos meses después del estallido de la guerra, un destacado periódico conservador británico predijo «que el mosaico racial de la monarquía dual quedará hecho añicos para formar combinaciones nuevas, y esperemos que más estables y afortunadas, en el mapa de Europa». En Viena, sin embargo, la perspectiva de una victoria austríaca sobre Rusia despertaba reflexiones expansionistas. El 12 de agosto, el día que Gran Bretaña declaró la guerra a Austria, los diplomáticos austríacos comenzaron un debate sobre la anexión de las

provincias rusas de Polonia, incluida Varsovia, a los dominios de los Habsburgo.

Se trataba de un conflicto entre sistemas imperiales y no sólo entre ejércitos. Con una semana de diferencia, el imperio zarista se comprometió a aceptar, después de la guerra, alguna forma de autonomía polaca y el imperio de los Habsburgo, alguna forma de dominio político sobre Polonia. Para garantizar este último objetivo, el 16 de agosto las autoridades austríacas permitieron al dirigente polaco Josef Pilsudski establecer un Comité Supremo Nacional en Cracovia, en suelo austríaco, para trabajar para el día en que los polacos y los austríacos entraran juntos en Varsovia. La primera contribución de Pilsudski a sus amos austríacos, así como también a los demás patriotas polacos, fue formar una Legión Polaca. Él mismo encabezó la primera brigada, compuesta por diez mil hombres, que se enfrentó a los ejércitos rusos.

En Rusia seguían teniendo confianza (al menos la tenía el gran duque Nicolás, jefe del Estado Mayor General) en que ganarían el conflicto y en seguida, además. El 21 de agosto, desde Petrogrado, Maurice Paléologue informó a París: «El gran duque está decidido a avanzar a toda velocidad sobre Berlín y Viena, en particular sobre Berlín, pasando entre las fortalezas de Thorn, Pösen y Breslau.»

Las tropas austríacas combatieron el 23 de agosto a lo largo de un frente de 280 kilómetros, ya que el general Conrad ordenó a sus hombres que atravesaran la frontera con Austria y entraran en la Polonia rusa. El filósofo Wittgenstein era uno de ellos y estaba encargado de un reflector, a bordo de una cañonera fluvial capturada a los rusos. Lo despertaron a la una de la madrugada y le dijeron que se encargara del reflector, de modo que escribió en su diario: «Corrí al puente casi desnudo, convencido de que moriría en el acto.» Pero fue una falsa alarma. «Estaba terriblemente nervioso y gemía. Sentí los terrores de la guerra.»

Esa mañana, en Moscú, el zar asistió en la catedral de Uspensky a un oficio solemne para rezar por la victoria. En el campo de batalla, a más de 1.100 kilómetros al sudoeste, cerca de la población rusopolaca de Krasnik, el rápido avance de la caballería austríaca se vio interrumpido de golpe por la infantería y las ametralladoras rusas. Un soldado austríaco que recordaba el ataque fue Friedrich Feuchtinger, cuyo regimiento de reserva, avanzando tres días después del comienzo de la ofensiva, estaba siendo bombardeado por la artillería rusa cuando llegó la orden de atacar. «A la derecha, el joven tambor, con los ojos febriles, inyectados de sangre, la boca temblando, como si estuviera a punto de llorar, y los labios pálidos, ya no es el chaval cuyos enérgicos redobles nos sostenían sobre nuestros cansados pies. Lo miro una vez más, veo que se le agrandan los ojos, se

le abre la boca y mana de ella la sangre, exclama un ronco "madre" y cae muerto. Seguimos corriendo, con la respiración entrecortada; a nuestro alrededor yacen los muertos y los heridos y los miramos con indiferencia.»

Cuando el regimiento de Feuchtinger llegó a las trincheras rusas, los rusos se dieron la vuelta y huyeron. Uno de ellos, que aparentemente no tenía fusil, al ver que estaba a punto de alcanzarlo, se detuvo de pronto, se dio la vuelta, extendió la mano derecha y metió la izquierda en el bolsillo de la guerrera. Entonces Feuchtinger le clavó la bayoneta. «Veo la sangre que le enrojece el uniforme, lo oigo quejarse y gemir mientras se retuerce, con la bayoneta clavada en su cuerpo joven. Se apodera de mí el terror. Me echo al suelo y me arrastro hacia él para ayudarlo, pero está muerto. Extraigo de su cuerpo mi bayoneta ensangrentada. Al querer juntarle las manos, veo en su mano izquierda una fotografía arrugada de su esposa y su hijo.»

Las tropas austríacas también estaban en acción cerca de Lemberg, porque los rusos las obligaron a retroceder hasta la fortaleza. Entre los austríacos que se habían retirado estaba el violinista Fritz Kreisler. «Durante veintiún días —recordaba después—, no me quité la ropa, dormí sobre la hierba húmeda o en el barro, o en las ciénagas.» En una ocasión, hubo una tregua de veinte minutos durante la cual, después de intercambiar gritos a través de la tierra de nadie, un ruso desarmado y un austríaco desarmado se encontraron en medio e intercambiaron un paquete de tabaco por un cigarro.

La perspectiva de servir en el frente provocaba angustia a algunos de los llamados a filas. El 30 de agosto, el pintor Oskar Kokoschka escribió a un amigo desde Viena: «A esos chavales u hombres sencillos, hambrientos, desconcertados, que no han tenido más que sufrimientos durante toda la vida, los conducen a la muerte o los dejan lisiados y a nadie le importa un bledo después. Las calles se llenan de mujeres lastimeras, que ya están pálidas y enfermas, pero todavía conservan la fortaleza de espíritu para que sus maridos no vean cuánto les afecta. Hoy había en mi calle una mujer que se echó al cuello de su marido como una demente, porque él tenía que marcharse, llevándose sus escasas posesiones materiales en un trozo de arpillera. Sin embargo, los reclutas son dóciles y agradecen una mirada amistosa.»

El conflicto militar se volvió a ampliar el 23 de agosto, cuando Japón declaró la guerra a Alemania. En Berlín, los restaurantes se negaban a atender a los clientes japoneses y, pocos días después, muchos civiles japoneses habían sido recluidos en el campo de Ruhleben, un hipódromo cercano a Berlín, cuyas instalaciones se habían reconvertido en campo de internamiento, mientras que otros

consiguieron llegar a Suiza sanos y salvos. Con la declaración de guerra de Japón, los grupos de islas del Pacífico, que Alemania había conseguido durante el cuarto de siglo anterior, a pesar de lo alejadas que estaban de Alemania y de su poderío militar, quedaron a merced de Japón. Cuando sir Edward Grey trató de restringir la zona en la que Japón podía intervenir, Churchill le escribió: «Es fácil que ofenda mucho a alguien y eso no se olvida; todavía no estamos seguros, ni mucho menos. Todavía no ha estallado la tormenta.»

En el mar, la guerra había estado llena de incidentes desde los primeros días. El 6 de agosto, un crucero ligero británico, el *Amphion*, había chocado contra una mina alemana y se había hundido en seguida. Se fueron a pique con la nave tanto la tripulación británica como los prisioneros alemanes que había capturado entre los minadores que habían instalado la mina fatal. En total se ahogaron ciento cincuenta hombres. El 12 de agosto se establecieron dos bloqueos navales: uno británico, para evitar que los cargueros llegaran hasta los puertos alemanes del mar del Norte, y uno francés, para interrumpir el comercio con los puertos austríacos del Adriático.

También había comenzado la guerra en el aire, en la cual cada beligerante hacía uso de su diminuta aviación para el reconocimiento y el bombardeo aéreo. Los primeros aviadores británicos, franceses y alemanes que murieron cayeron, todos, el 12 de agosto, aunque ninguno de ellos en combate. El alemán, el veterano teniente Jahnow, había combatido como piloto para los turcos en la primera guerra de los Balcanes de 1912; murió en un accidente de aviación en el norte de Francia. El francés, el sargento Bridou, se estrelló cuando regresaba a su base. Dos aviadores ingleses, el subteniente Skene y el mecánico Barlow, murieron al estrellarse su biplaza cerca de Dover, camino de Francia.

En el frente oriental, el 14 de agosto, las fuerzas alemanas se encontraban a 80 kilómetros de Varsovia, empujando a los rusos delante de ellos. Al día siguiente, en el oeste, Lieja cayó finalmente ante el ataque de Ludendorff. «¡Cae Lieja!» fue el triunfal titular de los periódicos en Alemania y el titular escueto y temeroso en Gran Bretaña y en Francia. Tampoco hubo demasiada compensación para Francia cuando, al día siguiente, las tropas francesas, cumpliendo meticulosamente el plan prebélico número 17, concebido por si entraban en guerra con Alemania, invadieron Alsacia. Lograron capturar las poblaciones fronterizas de Thann y Altkirch, pero, pocos días después, su intento de avanzar hacia Mulhouse fue repelido.[4] Los alemanes, mediante una hábil retirada, atrajeron a los franceses hacia una línea en la cual quedaron expuestos al fuego concentrado de la artillería y las ametralladoras. «Unos cambios increíbles en la

práctica de la guerra», comentó el general Foch, cuando la ferocidad de la potencia de fuego alemana hizo estragos en los atacantes franceses que, «muy impresionados y apabullados por las enormes pérdidas, retrocedieron en una retirada que tardaron casi diez días en frenar».

Todos los ejércitos regulares estaban en acción. En todos los estados beligerantes se hizo un llamamiento a los voluntarios. «¡Tu rey y tu patria te necesitan!», el llamamiento británico, publicado por primera vez el 7 de agosto, se reiteraba y se adornaba en miles de plataformas públicas. En Alemania, Adolf Hitler, oriundo de Austria, que un año antes había sido rechazado por el ejército austríaco por motivos médicos, se presentó como voluntario para prestar servicio en un regimiento de infantería bávaro el 16 de agosto y fue aceptado. En el frente occidental, un oficial alemán de la reserva, Walter Bloem, escribió entusiasmado, después de la primera acción: «Fue fabuloso, sin duda un sueño. ¿Será toda la guerra un simple juego, una especie de deporte? ¿Será el ejército belga un hatajo de atolondrados?»

En el cuartel general francés, se reían de la orden del día de Kitchener a las tropas británicas que pasaban por Francia. Kitchener recomendaba a los hombres que atravesaban el territorio de su aliado: «Sed siempre corteses, considerados y atentos. No hagáis nunca nada que pueda herir ni destruir bienes y tened siempre el pillaje por un acto vergonzoso.» Los soldados debían estar constantemente en guardia contra «las tentaciones, tanto del vino como de las mujeres. Debéis resistir por completo ambas tentaciones y, mientras tratáis a las mujeres con perfecta cortesía, debéis evitar todo contacto íntimo». Todos los soldados recibían ese consejo, que debían conservar en su cartilla militar. Fue el «chiste del momento», como dijeron el 17 de agosto al oficial de enlace británico en el cuartel general francés, el capitán Edward Louis Spears: «Estábamos transportando una escuela de señoritas, más que un ejército.»

Las tropas alemanas escalaban posiciones en todas partes. El 17 de agosto, dos ejércitos rusos, uno encabezado por el general Rennenkampf (cuyo apellido suena alemán) y el otro por el general Samsonov, comenzaron a entrar en Prusia Oriental. En un frente de cincuenta y seis kilómetros, desafió a Samsonov el comandante del I Cuerpo alemán (cuyo nombre, general François, se prestaba a confusión) y lo obligó a presentar batalla, a pesar de las órdenes de sus superiores. Durante la batalla, en Stalluponen, François tomó tres mil prisioneros rusos antes de retirarse a una posición más fuerte.

A pesar de esa victoria alemana en suelo alemán, al Estado Mayor General le resultaba evidente que amenazaba un gran peligro en Prusia Oriental, que en realidad había sido despojada de sus tropas para poder derrotar a Francia an-

tes de comenzar la invasión de Rusia. Antes del 19 de agosto, Rennenkampf había avanzado hasta Gumbinnen. Al comandante en jefe alemán en Prusia Oriental, el general Prittwitz, le dio pánico. «Debo retirarme hasta el Vístula», dijo por teléfono al general François. Semejante retirada supondría abandonar toda Prusia Oriental. En una llamada telefónica histérica al cuartel general del káiser, Prittwitz incluso dudó de ser capaz de defender la línea del Vístula, «debido a lo bajo que está el río» en esa época del año.

Fue un alto oficial del Estado Mayor, el coronel Max Hoffmann, quien señaló que sólo una ofensiva inicial y exitosa contra las fuerzas rusas permitiría la retirada de las fuerzas alemanas sin que las hostigaran permanentemente unas fuerzas superiores. Para evitar combates intensos en todos los puntos de la retirada, Hoffmann quería que Prittwitz trasladara sus fuerzas hasta un punto en el cual pudieran atacar igual de bien a cualquiera de los dos ejércitos rusos. Sin embargo, a Prittwitz ya no le quedaban ganas de luchar y el 22 de agosto, junto con su jefe de Estado Mayor, lo retiraron. Entonces se produjo un cambio decisivo en el mando. Para dirigir a los ejércitos del este, Moltke sacó de su retiro a un general de sesenta y siete años, Hindenburg, y además nombró jefe de su Estado Mayor al vencedor de Lieja, el general Ludendorff, en quien el Alto Mando alemán tenía puestas, en particular, sus esperanzas. Pero tener que enviarlo al este indicó un error de cálculo por parte de los alemanes: que había que combatir con la máxima seriedad en el este, antes de que hubiera una victoria alemana decisiva en el oeste.

Al llegar a Prusia Oriental, Ludendorff vio que las aptitudes del coronel Hoffmann ya habían sentado las bases para la victoria. Pero los dos ejércitos rusos habían penetrado bastante en la provincia, amenazando la capital, Königsberg. Al igual que en el frente occidental, la guerra era mucho más que la caballería lanzándose hacia delante o la infantería avanzando lentamente detrás. «No ha habido y sin duda no volverá a haber jamás una guerra como ésta, en la que se combata con una furia tan bestial —escribió Hoffmann en su diario el 23 de agosto—. Los rusos están incendiándolo todo.» Entre las poblaciones en las que entraron las fuerzas rusas el 23 de agosto figura Rastenburg, en el centro mismo de Prusia Oriental.[5]

La batalla comenzó en los lagos Masurianos, cerca de las aldeas de Frogenau y Tannenberg, el 27 de agosto. En un momento decisivo, a Ludendorff se le crisparon los nervios, tanto es así que propuso llamar al general François[6] y levantar el cerco a las fuerzas de Samsonov, que Hoffmann había ideado. Hindenburg, imperturbable ante la intensidad y el riesgo de la batalla, apoyó el plan de Hoffmann. Los combates continuaron. El 28 de agosto, por la mañana,

Ludendorff instó al general François a que desviara a sus tropas que avanzaban para apoyar un sector más débil del frente, pero François no le obedeció y los rusos aprovecharon para avanzar. «Ni siquiera hizo el menor esfuerzo por informar a Ludendorff de que había contravenido una orden en firme —ha escrito un historiador británico de la batalla, el general Ironside—. A la desobediencia de Von François, sin duda, Ludendorff debe la magnitud de su victoria de los días siguientes.»

El 30 de agosto, el ejército de Samsonov había sido derrotado. «El emperador confiaba en mí —dijo a su jefe de Estado Mayor, mientras trataban de ponerse a cubierto en un bosque que, aunque ellos no lo sabían, ya estaba en poder de las tropas alemanas—. ¿Cómo puedo volver a presentarme ante él después de un desastre semejante?» Decenas de miles de rusos estaban en retirada. Los hombres arrojaban sus armas para correr más de prisa, pero la mayoría de ellos cayeron en seguida en poder de su enemigo omnipresente. Al cabo de veintiocho días de agitación, Prusia Oriental fue devuelta en su totalidad a Alemania. Los alemanes anunciaron triunfalmente que habían tomado treinta mil prisioneros heridos y noventa y cinco mil ilesos, además de quinientas piezas de artillería. Los caballos capturados también se contaban por miles. Hicieron falta sesenta trenes para transportar el botín desde el campo de batalla a Alemania.

Ludendorff, una vez recuperados los nervios, redactó el borrador del parte triunfal para el káiser y lo dató desde Frogenau. Fue Hoffmann quien le propuso que cambiara el lugar a Tannenberg, el escenario de una batalla que había tenido lugar cinco siglos antes, en la cual los caballeros teutones, entre ellos un Hindenburg, habían sido masacrados por un numeroso ejército de eslavos y lituanos. La batalla de Tannenberg, nombre con el cual pasó a la historia, fue descrita por el general Ironside como «la mayor derrota sufrida por ninguno de los combatientes durante la guerra». Habían muerto más de treinta mil soldados rusos. En un montón de cadáveres, una partida de reconocimiento alemana encontró el cuerpo de un general canoso, con una herida de bala en la cabeza y un revólver en la mano. Era el comandante del Primer Ejército ruso, el general Alexander Samsonov.

En el resto del frente oriental, los austríacos tuvieron menos suerte que los alemanes ante el ataque ruso; no era para menos, dadas las abrumadoras fuerzas alineadas contra ellos. Cuando el general ruso Aleksei Brusilov entró en la Galitzia austríaca, el 18 de agosto, tenía bajo su mando treinta y cinco divisiones de infantería rusas. Los austríacos también tuvieron problemas en Serbia donde, tras la captura inicial de la población de Sabac, en la orilla serbia del Sava, y tras avanzar por el valle de Jadar, les hicieron frente los tenaces lucha-

dores serbios, decididos a expulsarlos totalmente de su país. Furiosas y frustradas, las tropas austríacas reunieron a ciento cincuenta campesinos serbios en el pueblo de Lesnica y los fusilaron. Las atrocidades de la guerra iban en aumento.

El cerebro del contraataque serbio fue el general Putnik, que tres semanas antes había sido detenido por los austríacos en Budapest. La batalla del Jadar, que duró tres días y culminó con la retirada austríaca del 19 de agosto, fue la primera victoria para las potencias de la Entente. «La guerra era penosa para nosotros —comentó un oficial serbio—, pero me retorcía de risa al ver correr a esos tíos.» Al cabo de una semana, los austríacos habían evacuado Sabac y se habían retirado al otro lado del Sava, otra vez a Austria. Para encontrar una explicación convincente para su derrota, la Oficina de Prensa de Viena anunció que todas las fuerzas austríacas se tuvieron que concentrar para la batalla contra Rusia, que la invasión de Serbia se debía considerar sólo una «expedición punitiva» y que la verdadera ofensiva tendría lugar en «una ocasión más favorable».

Para no ser más que una expedición punitiva, había costado mucho: por lo menos habían muerto seis mil soldados austríacos, treinta mil habían resultado heridos y cuatro mil habían sido tomados prisioneros. Pero las pérdidas serbias no eran pocas: habían muerto tres mil soldados serbios y quince mil habían resultado heridos. Las cifras de muertos, nueve mil en total, no son más que una estadística, como ocurre con cualquier batalla de la guerra; no revelan nada sobre los nueve mil puntos separados de dolor individual y de terror en la acción en vísperas de la muerte, ni sobre el sufrimiento de muchos miles más de madres y padres, hermanos, viudas y huérfanos. El corresponsal de *The Times* que escribió el informe de la batalla comentó: «Calcular las pérdidas austríacas resulta algo difícil, ya que muchos de los caídos no fueron descubiertos hasta que el penetrante olor a humanidad descompuesta reveló la presencia de cuerpos en los bosques o en los campos sin cosechar.»

El contratiempo de Austria en Serbia contrastó con el éxito de Alemania en Bélgica. Después de capturar Lieja, el ejército alemán había atravesado el país rápidamente, obligando al gobierno belga a retirarse de Bruselas a Amberes. El 17 de agosto, en un intento infructuoso por detener a los alemanes en Tirlemont, las tropas belgas sufrieron grandes pérdidas: mil seiscientos treinta hombres murieron o fueron heridos. Dos días después, fue sitiada la fortaleza de Namur, sólo inferior a la de Lieja por su tamaño. Una guarnición de veintisiete mil hombres hizo frente a cinco divisiones alemanas. «El ataque provocó cierta angustia en el cuartel general del Quinto Ejército —recordaba después el

oficial de enlace británico allí, el capitán Spears—, pero a nadie se le ocurrió que la ciudad, rodeada por sus nueve fuertes, no pudiera resistir por lo menos unos cuantos días, los suficientes para que el general Lanrezac pudiera cruzar el Sambre y entonces, apoyando su diestra en la fortaleza, asestara un golpe decisivo a los atacantes.»

Las esperanzas estratégicas y la realidad militar estaban en desacuerdo. En Bruselas, el diplomático estadounidense Hugh Gibson escribió en su diario el 19 de agosto: «Llegan multitudes en tropel desde el este, en distintas fases de pánico, y algunas pequeñas fuerzas de caballería también se han retirado a la ciudad, con aspecto cansado y abatido. Era evidente que habían huido en desbandada.»

El mismo día, en el extremo meridional del frente occidental, en el punto en que las tropas francesas habían entrado en Alsacia y se aproximaban a la ciudad de Mulhouse, murieron seiscientos soldados franceses en las aldeas de Zillisheim y Flaxanden. Habían llegado a dieciséis kilómetros del Rin, pero no conseguirían acercarse más. Uno de los muertos fue el general Plessier, el primer general francés que murió en el campo de batalla en 1914.

Al día siguiente, 20 de agosto, mientras los fuertes de Namur sufrían las consecuencias de la superior potencia de fuego de los alemanes, las tropas alemanas entraron en Bruselas, que fue la primera capital europea en ser ocupada por un ejército conquistador desde la caída de París en 1870. La propia Bruselas no había sido ocupada desde tiempos de Napoleón. Ese día, un desfile militar celebró la victoria alemana. Entre los elementos destacados, cabe mencionar un centenar de vehículos con motor, en cada uno de los cuales iba montada una ametralladora; regimientos de caballería y baterías de artillería, cada uno encabezado por su propia banda, y columnas de soldados de infantería, precedidos por pífanos y tambores. «Algunos de los regimientos tenían muy buen aspecto —informó un periódico británico—, las tropas estaban en plena forma y dejaron muy impresionados a los ciudadanos.»

En el esplendor de la conquista o durante el descanso, las tropas podían tratar de olvidar las realidades del campo de batalla, pero, para los que estaban en el frente o incluso cerca de él, a medida que éste iba avanzando rápidamente, un mundo nuevo y violento comenzaba a vulnerar las convenciones aceptadas de los ejércitos en guerra. Para el capitán Spears, que llevaba dos semanas con el Quinto Ejército francés, ese momento llegó al anochecer del 20 de agosto, cuando estaba sentado en una colina con un oficial francés, contemplando los campos, los pueblos y las aldeas del valle del Sambre, al sur de Charleroi. «Un perro ladraba a unas ovejas. Una muchacha cantaba mientras descendía por el

sendero, a nuestras espaldas. De una pequeña granja lejana llegaban las voces y las risas de unos soldados que se preparaban la cena. La oscuridad crecía a lo lejos, a medida que la luz comenzaba a declinar. Entonces, sin previo aviso, de forma tan imprevista que nos sobresaltamos y tuvimos que forzar la vista para ver lo que nuestras mentes no llegaban a comprender, vimos que todo el horizonte estallaba en llamas.»

Era el comienzo de un bombardeo de la artillería alemana en un amplio frente. Recortándose contra el cielo septentrional, innumerables fuegos ardían simultáneamente.

«Nos dio un escalofrío de horror. De pronto, parecía como si la guerra hubiese adoptado un aspecto despiadado, implacable, del cual no nos hubiésemos dado cuenta hasta ese momento. Hasta entonces, había sido la guerra tal como la habíamos concebido nosotros, golpes fuertes, un trato directo, pero entonces, por primera vez, tuvimos la sensación de que algo horrible, totalmente despiadado, avanzaba para apoderarse de nosotros.»

Mientras los dos oficiales, uno británico y el otro francés, observaban cómo continuaba el bombardeo y se extendía el fuego, les resultó evidente «que para sobrevivir sería necesario seguir adelante a pesar del agotamiento, marchar cuando el cuerpo implorara que lo dejaran caer muerto, disparar cuando los ojos estuvieran demasiado fatigados para ver, mantenerse despiertos cuando un hombre habría dado su oportunidad de salvación a cambio de poder dormir. Y también nos dimos cuenta de que, para exigir al cuerpo más allá de sus capacidades físicas, para forzar a la mente a seguir trabajando mucho después de que hubiera perdido su capacidad de razonamiento, sólo la desesperación y la fortaleza que daba la desesperación podían proporcionar la fuerza motivadora».

Eso se cumpliría para todos los ejércitos, en todos los frentes, en condiciones que empeorarían incluso más de lo que Spears podía imaginar en ese aterrador momento revelador. Una de las principales características de la tercera semana de agosto, con los ejércitos en rápido movimiento, fue la huida de civiles. A medida que el ejército de Von Bülow se desplazaba contra Charleroi, varios miles de belgas huyeron de la ciudad y de las aldeas de los alrededores. Spears, que lo presenció en Chimay, adonde se había retirado el cuartel general del Quinto Ejército francés, recordaba después: «Por primera vez estuvimos en contacto con el gran pánico. Eran la vanguardia de una población desarraigada y aterrorizada, que corría ante algo espantoso que mataba, destruía e incendiaba todo lo que encontraba.»

En esa fecha, 20 de agosto, las tropas francesas, cuyos colegas habían entrado con tanta confianza en Lorena seis días antes, fueron derrotadas en Morhange,

después de una de las primeras carnicerías de la guerra. El Segundo Ejército francés estaba en retirada y, según los informes, muchas de sus tropas estaban casi al límite de su resistencia. Uno de sus cuerpos, el vigésimo, estaba al mando del general Foch, que recordó posteriormente: «Las carreteras estaban bloqueadas por columnas de suministro y por espléndidos automóviles procedentes de Niza. El día veintiuno, tuvimos que continuar la retirada. [...] Fui a Nancy. Querían evacuar la ciudad. Dije: "El enemigo se encuentra a dos días de marcha de Nancy y el Vigésimo Cuerpo está allí. ¡No van a pisotear al Vigésimo sin que nadie proteste!"»

Foch tenía razón: su cuerpo tomó la ofensiva tres días después de que hubiera comenzado la retirada. Después de que las fuerzas alemanas llegaran casi hasta Dombasle, trece kilómetros al sudeste de la ciudad, al avanzar encontraron una tremenda descarga de artillería de cañones de setenta y cinco milímetros, cuarenta y ocho en total, y tuvieron que retroceder en desorden hasta Le Léomont, una granja que había cinco kilómetros más al este.[7] También se vieron obligados a salir de Lunéville, donde en 1801 se había firmado el tratado de Lunéville, que extendía la frontera oriental de Francia hasta la margen izquierda del Rin.

Durante la breve ocupación alemana de Lunéville, y en Gerbéviller, dieciséis kilómetros más al sur, se habían cometido atrocidades contra los civiles. Las tropas alemanas también habían cruzado la carretera de Lunéville a Dombasle y habían entrado en la aldea de Vitrimont. Aunque se vieron obligados a evacuarla al cabo de cuarenta y ocho horas, prendieron fuego a todas las viviendas que no habían quedado destruidas ni estropeadas por su bombardeo anterior. Dos años después, todavía se estaban restaurando las casas en ruinas, con la ayuda de dos mujeres estadounidenses y con subsidios del gobierno francés para la reconstrucción de las propiedades dañadas. El 18 de enero de 1917 informaba *The Times*: «Es probable que la dama estadounidense que dirige las obras y que se ha instalado en un rincón apartado del montón de ruinas que en otros tiempos fue la aldea de Vitrimont pueda darnos una respuesta tan convincente como cualquier otra sobre los motivos por los cuales Francia, de cualquier modo, seguirá combatiendo hasta conseguir una paz indestructible.»

En Sarrebourg, al noreste de Lunéville, en lo que había sido el frente del Segundo Ejército francés, mataron a siete soldados franceses el 21 de agosto, después de que se rindieran. El episodio fue uno de los pocos que acabó en un juicio por crímenes de guerra, al finalizar ésta. El juicio lo celebró un tribunal alemán; los acusados eran oficiales alemanes. Uno de ellos, el comandante Cru-

sius, reconoció su responsabilidad. «En el suelo había un francés que parecía estar muerto —informó al tribunal un soldado alemán—. El comandante Crusius le dio varias veces con el pie. La tercera vez, el hombre se movió y abrió los ojos.» Entonces Crusius ordenó que lo mataran de un tiro. Varios soldados se negaron a cumplir la orden, hasta que uno de ellos «apuntó a la cabeza del francés y disparó».[8]

El 21 de agosto fue el primer día completo de ocupación para los ciudadanos de Bruselas. Ese día, Edith Cavell escribió a la revista *Nursing Mirror:* «Algunos belgas hablaron con los invasores en alemán y comprobaron que no tenían una idea demasiado clara de su paradero e imaginaban que ya habían llegado a París; se sorprendieron al saber que hablaban con belgas y no entendían que tuvieran nada contra ellos.»[9]

Los alemanes ofrecieron a Edith Cavell y a las demás enfermeras británicas que estaban en Bruselas un salvoconducto para Holanda, pero la mayoría de ellas lo rechazó. Esa noche, cerca de la aldea belga de Saint-Symphorien, un soldado raso británico llamado J. Parr salió con su bicicleta a vigilar la zona y nunca regresó. Está enterrado en el cementerio de la guerra en el cual los alemanes sepultaron después tanto a sus muertos como a los británicos. Casi con seguridad, Parr fue el primer soldado británico que murió en la primera guerra mundial.

En las primeras horas del 22 de agosto, dos ejércitos alemanes, uno al mando de Von Kluck y el otro al mando de Von Bülow, estaban situados en una ancha franja en el centro de Bélgica. Su máxima penetración estaba a más de ciento sesenta kilómetros de la frontera alemana y a más de la mitad de camino hacia los puertos de Ostende y Dunkerque, en el mar del Norte. Trataban de frenar su avance las tropas de tres naciones: los belgas que defendían la fortaleza de Namur, un ejército francés que combatía al sur de Charleroi y la Fuerza Expedicionaria Británica, que llegó a la ciudad de Mons precisamente cuando el Primer Ejército alemán, a las órdenes de Von Kluck, atravesaba Mons en dirección al sur, en una ofensiva hacia la frontera francesa. Los ejércitos alemanes sumaban un total de 580.000 hombres; los franceses y británicos, menos de 336.000, de los cuales casi 36.000 eran británicos. El servicio secreto francés no había estimado bien la cantidad de fuerzas alemanas; se pensaba que avanzaban quince cuerpos alemanes, cuando la cifra real era de veintiocho: cinco ejércitos enteros, cada uno de los cuales estaba pasando por Bélgica.

Reflexionando sobre la naturaleza de las tropas británicas que en ese preciso momento avanzaban hacia las tropas alemanas a lo largo de un frente de

treinta y dos kilómetros, escribió el teniente Walter Bloem: «¿Los soldados ingleses? Sabíamos el aspecto que tenían por los periódicos cómicos: una guerrera corta de color escarlata con una gorra pequeña, de lado, sobre la cabeza, o un gorro alto de piel de oso, con el barboquejo bajo el labio, en lugar de llevarlo bajo la barbilla. Se hacían muchas bromas al respecto y también sobre el comentario de Bismarck acerca de enviar a la policía para arrestar al ejército inglés.»

Pero muy pronto dejaron de hacer bromas cuando los soldados británicos, con su uniforme color caqui, ocuparon sus puestos a lo largo del canal Mons-Condé.

Capítulo IV

DE MONS AL MARNE
De agosto a septiembre de 1914

El 22 de agosto de 1914, a las siete de la mañana, justo a las puertas de la aldea de Casteau, a cinco kilómetros al noreste de Mons, un escuadrón de tropas británicas de la 4.ª Guardia de Dragones vio a un grupo de soldados alemanes, inconfundibles con su uniforme gris de campaña. Hubo disparos, los primeros que disparaban en una batalla unos soldados británicos en el continente europeo, aparte de Crimea, en más de cien años. El comienzo de la batalla está registrado en la historia oficial británica. Después de que el cabo E. Thomas disparara su fusil, el oficial al mando, el capitán Hornby, desenvainó la espada y atacó. Los alemanes se retiraron. Tres horas después, dos aviadores británicos, el teniente Vincent Waterfall y el subteniente George Bailey despegaron de su base aérea en Maubeuge para realizar un vuelo de reconocimiento sobre Mons y Soignies. Cuando sobrevolaban Enghien, los abatió el fuego de la artillería alemana y ambos murieron.

Una hora después, a las 11.15, los hombres de una batería de artillería del Quinto Ejército británico vieron avanzar a las tropas alemanas a través de unas colinas para atacar una línea de avanzada de las tropas británicas. La batería abrió fuego. El general Gough, comandante del Quinto Ejército, recordaría después: «Nuestros proyectiles no llegaban hasta la batería alemana que acababa de entrar en acción. Me volví hacia el comandante de la batería y le espeté: “Por el amor de Dios, ¡dales!” Se trataba de Foreman, un oficial magnífico, pero su respuesta acabó con mi entusiasmo: “No puedo sacarles ni un metro más a estos cañones.”»

Los cañones británicos eran de trece libras. Ni por su alcance ni por el peso de sus proyectiles se podían comparar con el cañón de campaña alemán de 77 milímetros con el cual se enfrentaban. «Al cabo de unos minutos —añadió Gough—, los proyectiles alemanes caían entre nosotros, en respuesta a nuestro fuego.»

Durante todo el 22 de agosto, los alemanes avanzaron contra las tropas francesas al este de la línea británica. En Rossignol, se conserva hasta hoy una muestra de la intensidad de los combates: las 874 sepulturas en el cementerio militar francés y, en otro cementerio próximo, los restos de 1.108 soldados cuyos cuerpos no se pudieron identificar. Para tratar de expulsar a los alemanes de Neufchâteau, habían avanzado cinco batallones franceses, con las bayonetas caladas, contra nueve batallones alemanes. Al comenzar el ataque, una sola ráfaga de ametralladora alemana abatió a los comandantes de tres batallones franceses que se consultaban al borde de la carretera. Al cabo de cuarenta y ocho horas de la carga con bayonetas en Rossignol, Joffre dio la orden de «preparar el ataque con artillería; hay que retener la infantería y no lanzarla al ataque hasta que la distancia a cubrir sea tan reducida que estén seguros de alcanzar los objetivos».

Mientras acribillaban a los franceses en Rossignol, a cinco kilómetros de distancia, en Jamoigne, una división colonial francesa ni era atacada ni entraba en acción. Su comandante, el general Leblois, no hizo ningún esfuerzo por acudir en ayuda de sus vecinos. Después Joffre lo retiró del mando por «incapacidad». Leblois defendió su inactividad diciendo que nadie le había dado la orden de desplazarse. También el 22 de agosto, cerca de Virton, cundió el pánico entre los hombres del Quinto Cuerpo francés, que retrocedieron hasta Tellancourt, a pesar de que sus oficiales los exhortaban para que se dieran la vuelta y enfrentaran a los alemanes. Esa retirada precipitada expuso a los dos cuerpos franceses contiguos a intensos ataques por los flancos.

Entre los soldados franceses que murieron en acción el 22 de agosto estaban el único hijo de Foch, Germain, un soldado de infantería de veinticinco años, y el yerno de Foch, el capitán Bécourt. Ambos fueron enterrados en una fosa común en Yprecourt, en la frontera belga, junto con otros que murieron en la misma acción.

Tras ser expulsado de Charleroi, el Quinto Ejército francés pidió ayuda a la Fuerza Expedicionaria Británica. El 22 de agosto, a últimas horas de la noche, el general Lanrezac envió un mensaje a sir John French, pidiéndole que al día siguiente atacara el flanco occidental de las tropas alemanas que hacían retroceder al ejército francés hacia el sur, alejándolo del Sambre. El comandante en jefe británico señaló que no podía hacerlo. El peso de las tropas alemanas que se estaban acercando a sus propias fuerzas era considerable. No obstante, para tratar de impedir que rodearan a Lanrezac, intentaría retener a las tropas británicas en el canal de Mons-Condé durante veinticuatro horas.

El 23 de agosto por la mañana, en Obourg, al noreste de Mons, en la orilla septentrional del canal, las tropas británicas del Regimiento de Middlesex vieron salir de un bosque a un grupo de soldados vestidos de gris. Entre los que los vieron se encontraba un corneta que había pertenecido a la guardia de la Legación británica en Shanghai, muy cerca de la cual estaba la Legación alemana, custodiada por tropas alemanas. El corneta reconoció como alemanes a los soldados que se aproximaban, por su uniforme gris de campaña y su gorra plana. Las tropas británicas abrieron fuego. El oficial al mando, el comandante Abell, murió de un disparo en la cabeza; fue el primer oficial británico que murió. Como los fusiles siguieron disparando, también murió el segundo oficial al mando, el capitán Knowles, seguido del subteniente Hancock. Tras un prolongado intercambio de disparos, que causaron numerosas bajas en ambos bandos, las tropas británicas se retiraron.

El clima en el cuartel general británico era bueno. «Ahora estoy bastante adelantado con respecto a la línea del Quinto Ejército —informó esa tarde sir John French a Lanrezac, para justificar su decisión de permanecer en el canal de Mons— y me da la impresión de que mi posición es lo más adelantada que me permiten las circunstancias, sobre todo teniendo en cuenta que no estoy bien preparado para emprender una acción ofensiva hasta mañana por la mañana.» La esperanza de una ofensiva «mañana por la mañana» era una quimera. Durante las seis horas previas al mensaje de French a Lanrezac, las fuerzas británicas habían sufrido el ataque de una fuerza alemana muy superior y era probable que al día siguiente tuvieran que retroceder, en lugar de avanzar.

Había comenzado la batalla de Mons, que fue el primer enfrentamiento armado grave en el frente occidental para los británicos, cuya participación había sido menospreciada por Von Moltke y ridiculizada por el káiser, a pesar de que ese monarca, a menudo contradictorio, también había dicho que los soldados británicos tenían capacidad de resistencia. Durante todo el 23 de agosto, bajo la neblina y la lluvia, los dos ejércitos se enfrentaron con violencia.

La guerra descendió sobre la región de forma tan inesperada, que los habitantes de las aldeas próximas a Mons, donde tuvieron lugar los combates más intensos, comenzaron el día dirigiéndose a la iglesia, vestidos de domingo. En muchos casos, quedaron atrapados entre dos líneas hostiles. Los alemanes, con una fuerza muy superior numéricamente, se sorprendieron de la intensidad de los disparos de los fusiles británicos, tan rápidos que los alemanes a menudo los confundían con disparos de ametralladoras. «Sufrieron muchísimas bajas —recordaría después el general Smith-Dorrien—, porque venían en apretadas for-

maciones, ofreciendo los blancos más perfectos, y sólo después de haber sido acribillados a millares adoptaron formaciones más abiertas.»[1]

El pintor francés Paul Maze, que se había incorporado a las fuerzas británicas como intérprete, recordó posteriormente la primera vez que vio a las tropas alemanas, el 23 de agosto, en una pequeña aldea, cerca de Binche: «Enfoqué con el telescopio un terraplén del ferrocarril, a unos mil ochocientos metros de distancia, y vi, en un círculo de una luz muy clara, una cantidad de figuritas grises que bajaban a duras penas hasta el llano. Siguiendo la línea del ferrocarril, cada vez aparecían más; más allá, detrás de una pequeña elevación del terreno, otros subían.»

Maze recordó también que ver a los alemanes produjo un efecto inmediato en los aldeanos. «Las mujeres se pusieron a gemir y salieron corriendo hacia sus casas, seguidas de los hombres, mientras los niños, atraídos por la curiosidad, se rezagaban, volviéndose para mirar.» Entonces los alemanes se acercaron y comenzaron los disparos. «De inmediato cambió el ambiente; en cuestión de segundos, todos esos civiles huían por las carreteras mientras la invasión, que iba subiendo lentamente, como la marea, iba ganando terreno, poco a poco. Vestidas de domingo, con sus sombreros con plumas en la mano, porque no habían llegado a ponérselos, empujaban cochecitos de niño, carretillas, bicicletas y cualquier cosa con ruedas, y huían con sus criaturas y sus aterrorizados hombres.»

El 23 de agosto, los británicos combatieron durante todo el día para defender la línea. Era motivo de orgullo para ellos contar con algo menos de treinta y seis mil hombres, apenas cuatro mil más que los soldados que había mandado Wellington en Waterloo, en 1815, la última vez que el ejército británico había combatido en el continente europeo. Los alemanes quedaron impresionados por la tenacidad de su adversario, incluso bajo un intenso fuego de artillería. «Si suponíamos que los ingleses habían sufrido suficientes ataques como para estar hartos —recordó un capitán alemán—, estábamos totalmente equivocados. Nos recibieron con disparos certeros.» Para Walter Bloem, las risas de unos días antes habían desaparecido: «Dondequiera que mirara, a derecha o izquierda, había muertos y heridos, sacudidos por convulsiones, dando terribles quejidos, mientras la sangre manaba de sus heridas recién abiertas. Aparentemente, los malditos ingleses sabían algo sobre la guerra.»

Dos semanas después de la batalla, comenzó a circular una leyenda según la cual se había aparecido un ángel «montado en el tradicional caballo blanco y vestido de blanco, con una espada envuelta en llamas» y, enfrentándose a los alemanes que avanzaban, «les prohibió seguir adelante». El ángel de Mons no fue

la única alucinación en esos días de batalla, marchas y agotamiento. «Si se vieron ángeles durante el repliegue, como cuenta el periódico, los vieron esa noche —recordaría tres días después el soldado raso Frank Richards, refiriéndose a la retirada de Le Câteau—. Marchar y marchar, durante horas y horas, sin parar; estábamos entrando en el quinto día de marchas continuas, prácticamente sin dormir entremedias. [...] Stevens dijo: "Hay un hermoso castillo por allí, ¿lo veis?", señalando a un lado de la carretera, pero allí no había nada. Casi todos veíamos visiones, de lo molidos que estábamos.»

El cementerio comunal de Mons contiene las tumbas de trescientos treinta soldados británicos que murieron en la batalla, el 23 de agosto.[2] Los británicos sufrieron muchas bajas ese día, mil seiscientos muertos o heridos, y habían perdido terreno. También las fuerzas francesas y las belgas se habían visto obligadas a retroceder después de feroces combates. Fracasó un intento francés de avanzar a través del bosque de las Ardenas. Un cuerpo del ejército francés, el XVII, después de perder toda su artillería ante los alemanes, sin haber disparado ni un tiro, se replegó presa del pánico y no se detuvo hasta situarse detrás de las posiciones desde las cuales había partido el día anterior. En la localidad bávara de Landshut, un estudiante de trece años anotó en su diario: «Toda la ciudad está engalanada con banderas. A los franceses y los belgas ni se les ocurrió que los molerían tan rápido.» El estudiante se llamaba Heinrich Himmler.

Pero no todas las unidades francesas fueron «molidas» el 23 de agosto. En Onhaye, donde el ejército alemán había logrado cruzar el río Mosa y se encontraba apenas a dos kilómetros y medio al oeste de Dinant, el general Mangin, al mando de una brigada que estaba en la reserva, avanzó rápidamente con dos batallones de infantería y un regimiento de caballería y, en una serie de cargas de bayoneta, expulsó a los alemanes de la aldea.

Cuando sir John French se enteró, el 23 de agosto, de que el Quinto Ejército del general Lanrezac se estaba replegando, ante la inminente caída de Namur, su primer instinto fue mantener su posición. «Resistiré el ataque en el terreno que ahora ocupan las tropas —informó a uno de sus comandantes a primeras horas de esa noche—. Por consiguiente, refuerce su posición por todos los medios posibles durante la noche.» Pero era demasiado tarde y demasiado precipitado para oponer resistencia. Al caer en la cuenta de que, con la retirada de Lanrezac, sus tropas corrían el riesgo de quedar aisladas, a medianoche sir John French ordenó a la Fuerza Expedicionaria Británica que se retirara.

Durante todo el 24 y el 25 de agosto, la Fuerza Expedicionaria Británica se retiró hacia el sur, desde Mons hacia la frontera francesa; «los hombres iban

dando traspiés y más parecían fantasmas que soldados vivos —escribió un testigo ocular—, inconscientes de todo lo que los rodeaba, aunque seguían moviéndose bajo el impulso mágico de la disciplina y el orgullo del regimiento». Una escaramuza al sur de Mons, el día 24, fue un temprano ejemplo de lo que ahora se conoce (con un eufemismo perverso) como «fuego amigo», cuando una unidad alemana se introdujo en una trinchera británica y de inmediato fue bombardeada por su propia artillería.

Cuando la Fuerza Expedicionaria Británica comenzó su retirada hacia el sur, sir John French se enteró de que la última fortaleza que defendían los belgas, la de Namur, había caído en poder de los alemanes. Impresionado por la noticia y consciente de la malhadada retirada de sir John Moore a La Coruña en 1808, ordenó la inmediata defensa del puerto de El Havre, situado a más de trescientos kilómetros al suroeste. Cuando se debatió su orden en Londres, se temió que hasta El Havre resultara indefendible y se decidió que convenía fortificar Saint-Nazaire, en la costa atlántica, a casi seiscientos cincuenta kilómetros del campo de batalla. Parecía no sólo que la guerra podía acabar mucho antes de navidad sino, además, que podría acabar con una victoria alemana. Churchill, que se entrevistó con lord Kitchener poco después de que se enterara de la caída de Namur, escribió: «Aunque tenía una actitud bastante serena, su rostro era diferente. En el fondo, me dio la sensación de que estaba distorsionado y descolorido, como si le hubieran dado un puñetazo.»

El 25 de agosto, los periódicos británicos contaron la historia del combate. «Se traba combate y, hasta ahora, ha ido mal para los aliados», fue el comentario de *The Times* de ese día. Había también una advertencia seria: «Ayer fue un día de malas noticias y tememos que no van a ser las últimas.» El 26 de agosto por la mañana, en el campo de batalla, el general Allenby, al frente de la caballería, temía que toda la Fuerza Expedicionaria quedara encerrada y que fuese capturada, como había ocurrido con el ejército francés en Sedan en 1870, si no seguían avanzando hacia el sur. Sin embargo, Smith-Dorrien advirtió que sus hombres estaban prácticamente agotados de fatiga. «En ese caso, no creo que consiga usted escapar», dijo Allenby, a lo cual respondió Smith-Dorrien: «Yo lo resolveré.» Cuando el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Expedicionaria Británica supo que los hombres iban a resistir y combatir a pesar de las pocas probabilidades que tenían, se desmayó.[3]

La batalla que siguió, en Le Câteau, fue tremenda. Hubo un momento en que la superioridad alemana en ametralladoras resultó decisiva, pero los británicos hicieron un esfuerzo tan grande que los alemanes sobreestimaron el tamaño de las fuerzas que tenían delante. Después de la batalla, en la que la línea

se mantuvo el tiempo suficiente para permitir la retirada en relativo orden de miles de hombres, continuó la retirada británica. El cansancio extremo de los oficiales y los hombres era evidente incluso para los altos mandos. El propio Allenby, vencido por la fatiga, fue hallado por un miembro de su Estado Mayor, agotado y desalentado, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos.

Uno de los batallones británicos, agotado por los esfuerzos que había realizado en Le Câteau e incapaz de reagruparse para volver a entrar en acción, retrocedió hasta Saint-Quentin, donde el oficial al mando, el teniente coronel John Elkington, aceptó la solicitud del alcalde de firmar un documento por el cual se comprometía a rendir a sus hombres en caso de que los alemanes entraran en la población mientras ellos estaban recuperando las fuerzas. El alcalde insistió mucho al respecto, porque no quería que Saint-Quentin se convirtiera en un campo de batalla. Los alemanes no invadieron la población ese día y Elkington y sus hombres se reincorporaron a la principal fuerza británica, pero el documento de rendición se hizo público. A Elkington se le formó consejo de guerra y lo expulsaron del ejército. Desesperado por demostrar su deseo de combatir, se incorporó a la Legión Extranjera francesa.

Uno de los soldados británicos que murió el 27 de agosto fue el subteniente Carol Awdry, cuyo hermano recordaba setenta y nueve años después: «Mi padre había visto cumplirse su propia ambición cuando Carol se incorporó al ejército. Estaba dispuesto a aceptar los riesgos de la guerra, que se acababa de declarar, hacía apenas tres semanas, pero que su hijo muriera el 27 de agosto fue totalmente demoledor. Él y Carol lo habían hecho todo juntos.»[4]

Todos los días, durante los cuatro años siguientes y un poco más, hombres y mujeres de toda Europa sentirían pavor ante la llegada de un telegrama que les anunciaba la pérdida de un hijo, un hermano o un esposo. Todos los días, los que examinaban la lista de bajas sabían que podían encontrar a un familiar, un amigo o un ser querido.

El agotamiento que tenían los hombres el 27 de agosto es algo que recuerdan todos los que combatieron ese día. Un testigo ocular recordaba: «Los oficiales despertaron a los sargentos y a los hombres los buscaron, los obligaron a ponerse en pie, apenas conscientes de lo que hacían y, por un medio u otro, los hicieron formar en una columna. Entonces la columna se puso en marcha, los conductores y los soldados de caballería dormidos en sus monturas, la infantería tambaleándose medio dormida mientras marchaba, todos los hombres tiesos de frío y debilitados por el hambre, aunque, bajo el milagroso poder de la disciplina, seguían caminando lenta y pesadamente.»

Caminando y también combatiendo: el teniente alemán Walter Bloem re-

cuerda la resistencia de dos oficiales y veinticinco soldados de infantería británicos que, separados del resto de su batallón, combatieron hasta que murieron todos menos cuatro, que fueron tomados prisioneros. Bloem fue testigo ocular de lo que ocurrió tras la lucha, y escribió: «En el camino tropezamos con un soldado inglés muerto entre la maleza, con el cráneo abierto, y después con otro, con una bayoneta doblada en el pecho.» Del otro lado de la retirada del 27 de agosto, Paul Maze fue testigo de la última fase de una acción británica contra una unidad de caballería alemana. «Como había unos cuantos alemanes escondidos entre las fajinas de maíz, tiraban estocadas en medio del heno con lanzas y espadas y oí unos chillidos espantosos. Los caballos estaban muy nerviosos, igual que los hombres, que se enseñaban los unos a los otros la sangre que chorreaba de las hojas de sus espadas. Otros se entretenían recogiendo recuerdos. Mientras tanto, yo había ayudado a incorporarse a un dragón alemán herido que vomitaba cantidades de grosellas verdes sin digerir. Tenía en el pecho una fea estocada de espada. En mal inglés, me dijo que hacía veinte días que había dejado el Ritz de Londres, donde trabajaba como camarero.»

Además del ángel de Mons, otra aparición más duradera se presentó por primera vez en el campo de batalla, a modo de prueba, la última semana de agosto. Según consta en los registros de la historia médica oficial británica de la guerra: «Durante 1914, varios hombres fueron evacuados de Francia a Inglaterra por haber quedado "deshechos" a raíz de sus experiencias en la retirada de Mons.» En un mes, en los hospitales de base de Francia, el teniente coronel Gordon Holmes, experto en trastornos nerviosos, «vio ejemplos frecuentes de graves estados histéricos, asociados con heridas superficiales de bala y otros proyectiles, o incluso con ligeras contusiones en la espalda, los brazos y las piernas». A finales de año, más de un centenar de oficiales británicos y ochocientos hombres habían sido tratados por enfermedades nerviosas, en su mayoría lo que la historia oficial denominaba «una severa incapacidad mental que inhabilitaba al individuo afectado temporalmente, en todo caso, para el servicio». A finales de la guerra, ochenta mil oficiales y soldados habían sido incapaces de seguir en las trincheras y muchos habían sido dados de baja del ejército por algún problema nervioso, incluido lo que se dio en llamar la «neurosis de guerra».

Durante un contraataque francés en Richaumont, el 27 de agosto, el comandante de un regimiento de la guardia alemana, el príncipe Eitel Friedrich, vio que sus hombres comenzaban a retroceder. De inmediato cogió un tambor y comenzó a golpearlo. Al ver al segundo hijo del káiser totalmente decidido en medio de tanta confusión, acabó el pánico y las tropas alemanas volvieron a ha-

cer frente a los atacantes. No obstante, ése no fue más que un triunfo local, porque ese mismo día un contraataque a gran escala del general Lanrezac contra el Segundo Ejército alemán fue tan fuerte que obligó al Primer Ejército alemán, que estaba lejos, a abandonar su ataque en torno a París, en el norte, para acudir rápidamente en apoyo de sus colegas en peligro. Ese día, Joffre creó un mando especial para el general Foch, extrayendo de los elementos de otros ejércitos un Noveno Ejército con el cual intentar frenar el avance alemán. Uno de los oficiales del Estado Mayor de Foch era el coronel Weygand.[5] La fuerza improvisada se llenó con celo para recuperar la ventaja para Francia.

La guerra cobraba un nuevo impulso: el abandono de planes fijos, fallidos, y la innovación de la improvisación. También provocaba oposición. El 27 de agosto, en un artículo publicado en el periódico del Partido Laborista Independiente británico, el *Daily Citizen*, un periodista socialista, Clifford Allen, hizo un llamamiento a una amplia protesta laborista contra la guerra. Allen declaró: «Si mediante una gran campaña nacional denunciamos sin cesar la participación británica en esta guerra (no sólo la guerra en general), constará para siempre que la voz del socialismo no fue acallada jamás con los argumentos engañosos de los diplomáticos para justificar una guerra perversa.»

Los nombres de los diplomáticos de todas las naciones beligerantes se dieron a conocer durante agosto, cuando cada gobierno publicó los telegramas e informes diplomáticos que condujeron a la guerra, cuidadosamente seleccionados para demostrar que la responsabilidad del conflicto no tenía nada que ver con ellos. Cuando publicó su artículo antibelicista en forma de panfleto, Clifford Allen escribió: «No justificaremos el sufrimiento humano con las horas y las fechas de los despachos diplomáticos.»

Mientras el sentimiento antibelicista luchaba contra las olas preponderantes de sentimiento patriótico, la Legión Extranjera francesa, compuesta por diez mil hombres y con su base en el norte de África, recibió infinidad de solicitudes de incorporación para combatir en Europa. En los siete meses que siguieron al 21 de agosto, cuando comenzó el reclutamiento, se alistaron treinta y dos mil no franceses, de los cuales casi cinco mil eran italianos, más de tres mil rusos, 1.467 suizos, 1.369 checos, mil alemanes (todos los cuales combatirían contra Alemania) y más de un centenar de estadounidenses. Entre estos últimos estaba William Thaw, de Pittsburgh, que escribió a su familia el 30 de agosto, desde su campamento base: «Voy a tomar parte, aunque sea pequeña, en la mayor y probablemente la última guerra de la historia, que aparentemente se ha convertido en una lucha de la civilización contra la barbarie. Es posible que ese úl-

timo motivo parezca demasiado solemne e impresionante, pero estaríais de acuerdo si pudierais escuchar lo que cuentan los soldados franceses, belgas e ingleses que han regresado del frente.»

En una carta a su familia, Thaw presentó una visión de la variedad de legionarios que se entrenaban con él, que incluían a «un catedrático de Columbia (llamado «Shorty»), un viejo tutor con varios doctorados y maestrías, un predicador de Georgia, un defensor del juego de Missouri, un ex boxeador profesional de peso ligero, dos caballeros de tez morena, uno de Louisiana y otro de Ceilán, un par de tíos duros de la pandilla de Minnesota del sur de Nueva York, un sueco, un noruego, unos cuantos polacos, brasileños, belgas, etcétera». Era como el instituto, añadió Thaw, sólo que, en lugar de bajarte la nota «por portarte mal, te reducían la ración y te enviaban a la cárcel».

A finales de agosto, durante sus tenaces combates en retirada, las tropas británicas contaron con la considerable ayuda de un contraataque francés en Guise. También hubo un cambio de perspectiva cuando se envió a los tres mil hombres de la Brigada de Infantería de Marina británica a través del mar del Norte hasta Ostende y lo atravesaron sin incidentes, a pesar de la presencia de submarinos alemanes. Inquietaron al Alto Mando alemán los informes según los cuales esa fuerza de Infantería de Marina era mucho más numerosa de lo que realmente era. Hasta corría el rumor de que en realidad ni siquiera eran tropas británicas sino soldados rusos, que habían sido transportados por mar desde el norte de Rusia hasta Escocia y después se habían enviado a toda prisa hacia el sur, en tren, hasta los puertos del canal de la Mancha. Se barajaba la cifra de ochenta mil hombres, que después se incrementó a «algo menos de un millón».

Se decía que viajeros ingleses habían descubierto a esos rusos «con nieve en las botas» en distintas estaciones de ferrocarril, cuando se dirigían al sur. Según la versión del rumor que daba *The Times*, los rusos desembarcaron en el puerto escocés de Leith «y fueron transportados de noche en centenares de trenes directamente hasta los puertos de la costa meridional», desde los cuales los enviaron a Bélgica, atravesando el mar del Norte. «Se dice para confirmarlo que los que pasaban a altas horas de la noche por las estaciones de ferrocarril de todo el país vieron pasar un largo tren tras otro, con las cortinillas bajadas, a pesar de lo cual pudieron ver fugazmente los vagones repletos de individuos barbudos, de aspecto feroz, con sombreros de piel.»

Durante siete días, en las cercanías de Ostende, no fueron los rusos ficticios sino la Brigada de Infantería de Marina británica la que dio a los alemanes la impresión de que ser una fuerza mucho más numerosa de lo que eran. Después re-

gresaron a Gran Bretaña. La última división de soldados profesionales que quedaba en Gran Bretaña ya había sido enviada a Francia, de modo que las islas Británicas se quedaron sin su ejército profesional, si se producía una invasión alemana. Era una época precaria para Gran Bretaña. Alemania disponía de tropas suficientes en las fuerzas armadas para desembarcar una fuerza considerable en la costa oriental. Con ayuda de la niebla o de la suerte, una flota así podía eludir cualquier intento de la Marina Real británica por interceptarla. Sin embargo, el 28 de agosto, en una acción naval en el golfo de Helgoland, tres cruceros alemanes fueron destruidos y otros tres sufrieron daños. Murieron setecientos alemanes y treinta y cinco británicos. No se hundió ningún barco británico. El peligro de invasión se atenuó. «Todos locos de contento por el éxito de nuestra primera operación naval», escribió triunfalmente a su esposa el almirante británico que había dirigido la acción. En un incidente que parecía una buena señal de la supervivencia de la caballerosidad, doscientos marinos alemanes de uno de los cruceros destruidos fueron rescatados por los británicos.

En Alemania, la llegada de prisioneros de guerra se estaba convirtiendo en algo habitual. El 30 de agosto, en Landshut, el estudiante Himmler escribió en su diario: «Toda la estación estaba llena de curiosos ciudadanos de Landshut que se mostraron groseros y casi violentos cuando repartieron pan y agua entre los franceses, *gravemente* heridos (que, sin duda, se encuentran peor que nuestros heridos, puesto que son prisioneros).»

El mismo 30 de agosto, en una edición dominical de guerra, *The Times* publicó un despacho de uno de sus corresponsales más experimentados, Arthur Moore, que había visto a las tropas británicas mientras se retiraban de Mons. Desde Amiens, Moore habló de la «terrible derrota» sufrida en Mons una semana antes y a continuación describió «los fragmentos rotos de muchos regimientos» y los soldados británicos «destrozados por las marchas». El público británico quedó conmocionado. El despacho de Amiens, ha escrito un historiador, «cayó como un trueno sobre una nación totalmente confiada, que había esperado noticias de famosas victorias, y produjo consternación en un gabinete que ya estaba preocupado por la falta de noticias concretas del frente».[6]

Ese día, el gobierno británico, que doce días antes había hecho un pedido de 162.000 cartuchos de metralla, duplicó la cifra.

El comandante en jefe, sir John French, dudaba de que las fuerzas francesas en el campo de batalla, mucho más numerosas que las suyas, pudieran detener el avance del ejército alemán, que, antes del 30 de agosto, había empujado hacia el sur a las fuerzas anglofrancesas, a la otra orilla del Aisne. El 31 de agosto, las tropas coloniales francesas que atacaron al este de Gerbéviller se en-

contraron con las ametralladoras alemanas, que las aniquilaron. Muy cerca, un regimiento de la Reserva francesa invadió las defensas alemanas en media hora, pero, como el plan de batalla francés contaba con que el ataque durara tres horas, la artillería siguió bombardeando las posiciones alemanas, que las tropas ya habían ocupado, de modo que las tropas vencedoras se vieron obligadas a retroceder hasta el punto de partida. En unos cuantos días, una división formada por catorce mil quinientos hombres quedó reducida a ocho mil combatientes.

El 31 de agosto, sir John French informó a Londres de que tenía intención de retirar a la Fuerza Expedicionaria Británica más allá de París, abandonando a su suerte a los ejércitos franceses. Muchas de las tropas británicas estaban «destrozadas», escribió a un amigo. Todas necesitaban «descansar y recuperarse». Si Londres multiplicara por seis la cantidad de soldados de infantería y por cuatro la cantidad de soldados de caballería, añadió en tono cáustico, «en seis semanas estaría en Berlín, sin ninguna ayuda de los franceses». Sin refuerzos a una escala imposible, tenía intención de separar su fuerza de la de los franceses y retirarse de la línea por completo.

La noticia de la actitud de French sorprendió a aquellos con cuyas fuerzas se suponía que colaboraba. El 31 de agosto, Joffre recurrió directamente al primer ministro francés, René Viviani, pidiéndole su intervención para «garantizar que el mariscal de campo French no lleve a cabo su retirada con excesiva rapidez y que se decida a contener al enemigo que se encontraba en el frente británico». Tan preocupado estaba el Consejo de Guerra británico, recién establecido, por la actitud de su comandante en jefe, que envió a lord Kitchener a Francia para explicar en persona que Gran Bretaña debía seguir prestando su apoyo permanente a los ejércitos franceses. Los dos hombres se reunieron en París el 1 de septiembre. Al acabar la reunión, Kitchener pudo telegrafiar a Londres para dar la noticia de que su misión había tenido éxito: «Ahora las tropas de French se encuentran en la línea de combate, donde él permanecerá, adaptándose a los movimientos del ejército francés.»

Después de seis días de marchas continuas hacia el sur, el Quinto Ejército del general Lanrezac había llegado a Craonne. El capitán Spears fue testigo ocular del sufrimiento de los soldados franceses. «Cabizbajos, era imposible distinguir bajo el polvo los pantalones rojos de las guerreras azules, tropezaban con el transporte, con los carros abandonados, los unos con los otros, avanzaban arrastrando los pies por caminos interminables, con los ojos llenos de polvo que empañaba el paisaje, de modo que sólo veían con claridad el primer plano de mochilas tiradas, hombres postrados y, de vez en cuando, algún cañón abandonado. Caballos muertos y moribundos, que habían caído en su camino por cansancio,

yacían en grandes cantidades al lado del camino. Lo peor era que los caballos moribundos, que no habían muerto todavía, a veces resistían un poco y, con una extraña súplica en la mirada, contemplaban las columnas que pasaban, cuyo polvo los cubría, endureciendo sus labios y sus ollares sedientos.»

El calor durante el día era intenso. Muchos hombres, «totalmente agotados, vencidos por la fatiga o la insolación, caían y quedaban donde habían caído, aunque la chispa del deber, el espíritu de autosacrificio, sobrevivían e impulsaban al ejército».

Un general francés, creyendo que todo estaba perdido, pensó en el suicidio, pero superó su desesperación. El comandante Duruy, que había estado en retirada desde la caída de Namur, dijo al capitán Spears que, cuando se encontró con varios centenares de hombres que huían literalmente hacia el sur, se plantó en la calzada y se puso a gritarles que se detuvieran, pero no le hicieron ningún caso. «Viendo el miedo sobre las espaldas de esos hombres y el pánico en su corazón, Duruy extrajo su revólver y disparó, pero los hombres se limitaron a tropezar con los caídos y a seguir adelante, casi sin intentar siquiera esquivar el arma que los apuntaba.»

En la aldea de Néry, en el extremo derecho de la línea alemana, la Cuarta División de Caballería alemana, que avanzó el 1 de septiembre a través de la niebla matinal, llegó a la parte de la línea que defendían los tres regimientos de la Primera Brigada de Caballería británica. El inesperado y rápido avance alemán sorprendió a una de las unidades de artillería británicas, la batería «L», cuyos caballos todavía estaban atados cuando comenzó el ataque. En pocos minutos dominaron a dos cañones y su dotación de artilleros. La dotación del tercer cañón siguió luchando. A pesar de encontrarse herido de muerte, el oficial al mando, el capitán E. K. Bradbury, insistió en dirigir el fuego hasta que murió. A él y a dos de los otros cuatro que siguieron disparando el cañón les concedieron la Cruz de la Victoria: tres Cruces de la Victoria en casi la misma cantidad de minutos. «Para los soldados de caballería de la primera guerra —ha escrito el general Spears—, el relato de la batería "L" en Néry era como un santuario que llevaban en lo más profundo del corazón, en el cual podían rendir orgulloso pero secreto homenaje de afecto y respeto a su querida artillería montada, a sus propios artilleros que nunca los decepcionaron.»

Como consecuencia de las acciones del capitán Bradbury en Néry, la Cuarta División de Caballería alemana se dispersó y no pudo desempeñar un papel importante en la batalla decisiva que les aguardaba.

Mientras continuaba la retirada anglofrancesa hacia el Marne, apareció so-

bre París un avión alemán que arrojó varias bombas y folletos que anunciaban la derrota del ejército francés y el ruso. En el preciso momento en que entraban en la ciudad por el norte miles de refugiados belgas, decenas de miles de parisienses comenzaron a salir en dirección al sur y al oeste, por carretera, ferrocarril y por el río. Se talaron árboles, se construyeron barricadas y se cavaron trincheras en los principales bulevares que conducían a la ciudad. El propio gobierno, que nunca tardaba en seguir a la opinión pública, partió hacia Burdeos el 2 de septiembre, partida que precipitó un éxodo popular más numeroso todavía. De la población que, en tiempos de paz, ascendía a poco menos de tres millones, más de un millón de parisienses había huido. La dura realidad de la ocupación militar quedó clara ese día en Bruselas, cuando el recién nombrado gobernador alemán, el mariscal de campo barón Von der Goltz, emitió una proclama en la que afirmaba: «Por la dura necesidad de la guerra, el castigo de los actos hostiles no sólo cae sobre los culpables, sino también sobre los inocentes.»

Esa «dura necesidad» también se hizo evidente ese día en Francia, donde, a cuarenta y tres kilómetros de París, las tropas alemanas que atravesaban la antigua población de Senlis tomaron como rehenes al alcalde, Eugene Odent y a seis ciudadanos más, los llevaron a un campo situado fuera de la ciudad y los fusilaron. Aparte del alcalde, las víctimas de esa represalia fueron un curtidor, un carretero, un camarero, un chófer, un ayudante de panadero y un picapedrero. En el ayuntamiento hay una pintura del siglo XIX que muestra la ejecución de cuatro rehenes por los Armagnac, casi quinientos años antes, en 1418, cuando la población fue sitiada por los borgoñones. «Han pasado seis siglos —comentaba en 1917 la guía Michelin de los campos de batalla del Marne—, pero se verá que, con respecto a los rehenes, los alemanes conservan todavía la misma actitud mental que en la Edad Media.»

El 1 de septiembre, una hora antes de medianoche, el Alto Mando francés consiguió una información secreta militar preciosa que le permitió conocer, con todo detalle, la dirección que estaba a punto de tomar el Primer Ejército alemán. Un oficial alemán que se dirigía en coche desde el cuartel general de Von Kluck hacia el de su división había tomado por error una carretera que lo condujo directamente hasta una patrulla francesa que acabó con su vida. Llevaron su mochila, que contenía alimentos, ropa y diversos papeles endurecidos por la sangre, a un oficial del servicio secreto francés, el coronel Fagalde, que encontró entre los papeles un mapa que no sólo marcaba la disposición exacta de las fuerzas de Von Kluck, que, por sí misma, constituía una información de gran valor, sino también presentaba, a lápiz, las líneas de su futuro avance, al día si-

guiente, que no se dirigían hacia el sur, en dirección al Sexto Ejército francés de Maunoury y a París, sino hacia el sureste, hacia la Fuerza Expedicionaria Británica y el río Marne.

La línea más al sureste del avance alemán, esa noche, llegaba hasta la aldea de Longpont, situada en un punto indefenso entre la Fuerza Expedicionaria Británica y el Quinto Ejército francés, a las órdenes de Lanrezac. Esos puntos donde se encuentran los ejércitos siempre son puntos débiles. Como consecuencia de un accidente, los comandantes anglofranceses tenían en su poder una llave de oro, porque entonces los franceses sabían exactamente hacia dónde dirigir su Cuarto Ejército, que, después de todo, no tendría que defender París de un ataque directo.

La Fuerza Expedicionaria Británica llegó al Marne el 2 de septiembre. El general Smith-Dorrien escribió en su diario: «Las tropas han recuperado bastante la moral, cada día están en mejores condiciones y lo único que quieren es la orden de avanzar y atacar al enemigo, aunque eso no es posible por el actual movimiento hacia atrás del ejército francés.»

Dada la rapidez del avance alemán y su dirección inesperada, no es extraño que el 2 de septiembre una patrulla de caballería alemana capturara a Arthur Moore, el corresponsal de *The Times*, cuyo despacho sobre la retirada de Mons había preocupado tanto a los británicos.[7]

Al día siguiente, la Fuerza Expedicionaria Británica cruzó el Marne, haciendo volar los puentes a sus espaldas. En trece días, habían retrocedido casi doscientos cincuenta kilómetros, como para justificar la burla del káiser sobre un ejército «pequeño y deleznable». Sin embargo, las tropas en retirada habían combatido todo el tiempo, en docenas de acciones de retaguardia. Sólo dormían cuatro horas por la noche, a veces incluso menos, y estaban tan agotadas que un oficial dijo de ellas: «Jamás habría creído que unos hombres pudieran estar tan cansados y tener tanta hambre y sin embargo seguir vivos.» Otro oficial, el teniente George Roupell, que después ganaría la Cruz de la Victoria por su valor, escribió en su diario acerca de los hombres «débiles físicamente por las largas marchas y débiles mentalmente por el esfuerzo constante de no estar nunca fuera del alcance de las armas del enemigo». Roupell añadió: «No es extraño que, en esas condiciones, se produjeran indicios de pánico y que se perdiera el control.»

El 3 de septiembre, en el mar del Norte, un submarino alemán, el *U-21*, hundió un crucero británico, el *Pathfinder*, el primer barco de guerra que sucumbió al disparo de un torpedo: murieron 259 marinos. El submarino era un arma nueva de la guerra, que presentaba la ventaja, con respecto a los barcos de

superficie, de que podía atacar y retirarse sin ser visto. Los alemanes tenían la intención de utilizar su flota de submarinos para destruir las embarcaciones navales y mercantes de los aliados, obstaculizando la campaña y desmoralizando a los países cuyos barcos hundían. Había varias maneras de contrarrestarlos, como embestirlos, el ataque de superficie de otra embarcación, las cargas de profundidad, los campos de minas y hasta el ataque aéreo, para lo cual contaban con la lectura de los mensajes de radio de los alemanes y su desciframiento, ciencia en la cual los británicos llegaron a destacar. Pero los submarinos alemanes siguieron causando estragos hasta los últimos días de la guerra, sembrando el caos en los suministros aliados que se transportaban por vía marítima.

El mismo día que los alemanes obtuvieron el primer éxito con un submarino, un piloto británico, el teniente Dalrymple-Clark, llevó a cabo el primer bombardeo aéreo de la guerra, sobre tierra, cerca de la frontera francobelga. Según el informe oficial, «gastaba una bomba para alrededor de cuarenta alemanes, algunos de los cuales resultaban heridos de forma evidente». Otros pilotos, que trabajaban en estrecha colaboración con escuadrones de vehículos blindados, hostigaban a las patrullas motorizadas alemanas cuando iban por la carretera. El cónsul británico en Dunkerque informó a Londres de que esos ataques combinados habían tenido un «éxito extraordinario», porque desconcertaban a los alemanes cuando avanzaban.

Los belgas también utilizaron con eficacia los escuadrones de vehículos blindados: cuando se enfrentaban a un vehículo alemán igual de blindado la similitud no residía sólo en el blindaje, ya que tanto alemanes como belgas habían incorporado la misma arma, la ametralladora Lewis, inventada por un estadounidense, el comandante Isaac Newton Lewis (cuyo padre había previsto desde el nacimiento la capacidad inventiva de su hijo), que la vendió a Bélgica y a Alemania después de que fuera rechazada varias veces por el Ministerio de Guerra de Estados Unidos. Podía disparar entre cien y quinientas balas por minuto. En los combates en Bélgica, recordaba E. Alexander Powell: «He visto árboles del grosor del muslo de un hombre talados literalmente por el chorro de plomo que disparan esas armas.»

El 3 de septiembre, el ejército alemán se encontraba a apenas cuarenta kilómetros de París. Ese día, en la aldea de Baron, un compositor de cuarenta y nueve años, Albéric Magnard, se atrincheró en su casa, abrió fuego contra los soldados alemanes que habían ido a decirle que saliera y mató a uno de ellos. Entonces prendieron fuego a la casa con paja y granadas y él murió dentro. A continuación saquearon la aldea. El saqueo caracterizó también la captura, ese mis-

mo día, de la vecina aldea de Ermenonville, donde había muerto, en 1778, el filósofo Rousseau.

El 3 de septiembre, varias patrullas de caballería alemanas llegaron hasta Ecouen, a apenas trece kilómetros de París, cuyos ciudadanos aguardaban un ataque alemán. Por el noroeste, se supo ese día, las unidades alemanas habían llegado hasta el Sena y habían volado un puente sobre el río, en Pontoise. Temiendo que la ciudad fuera a quedar a su merced, como había ocurrido con Bruselas dos semanas antes, los parisienses estaban desolados, pero el 3 de septiembre se animaron, inesperadamente, con la enérgica proclama del gobernador militar de la ciudad, el general Gallieni: «He recibido la orden de defender París contra el invasor y estoy dispuesto a cumplirla hasta el final.»

Para defender París, Gallieni contaba con la protección de un ejército recién formado, al mando del general Maunoury, que también esperaba un ataque masivo, de modo que se atrincheró en torno al perímetro. Pero los alemanes habían caído en una trampa, creada por la retirada francesa, que los condujo al este de París y al sur del Marne y alargó muchísimo sus líneas de suministro y comunicaciones. Al perseguir a las fuerzas anglofrancesas en retirada, no hasta París sino más allá del río Marne, los alemanes perdieron la oportunidad de tomar la capital, porque era al sur del Marne, el 4 de septiembre, donde las fuerzas anglofrancesas se disponían a presentar batalla. Smith-Dorrien escribió en su diario: «Estaba dispuesto que esta noche hemos de retroceder unos veinte kilómetros en dirección al Sena, a fin de aprovechar la oscuridad para ocultar nuestros movimientos y también para evitar el impresionante calor del sol, tan duro para los hombres y los caballos.»

Había otros peligros: una retirada, añadía Smith-Dorrien, «siempre es una operación peligrosa en cuanto a disciplina y han tenido lugar unos cuantos casos de desórdenes y saqueos. Esta noche se someterán a un consejo de guerra cinco hombres. Debido a la pérdida de oficiales y suboficiales en algunas unidades, cuesta mantener el nivel adecuado de disciplina, sobre todo porque la tentación es muy grande, debido a la hospitalidad de los campesinos y a que tantas casas han sido abandonadas con objetos de valor dentro».

Más de quince mil soldados británicos habían muerto, habían resultado heridos o habían caído prisioneros en poco más de dos semanas. En el Guildhall de Londres, el 4 de septiembre, un mes después de la declaración de guerra británica, Asquith declaró que Gran Bretaña «no envainaría la espada hasta que no se repararan los daños sufridos por Bélgica». De esos daños se había hablado mucho. Dos semanas después del discurso de Asquith, *The Times* pu-

blicó una carta en la cual se citaba a un soldado británico de primera clase que había dicho, después de la batalla de Le Câteau: «A los alemanes no les gusta el acero frío. Caían de rodillas y se ponían a suplicar, pero nuestra sangre hervía al ver cómo trataban a los civiles, de modo que no tuvimos piedad.»

El despacho de Amiens sobre la retirada británica de Mons había seguido teniendo repercusiones en toda Gran Bretaña durante la semana siguiente. «Creo que debería darse cuenta del daño que ha hecho con su publicación en el dominical de *The Times* —escribió Winston Churchill, que había sido corresponsal de guerra, al propietario del periódico, el 5 de septiembre—. Nunca había visto que ningún corresponsal de guerra escribiera nada en lo que hubiera tanto pánico como esto, lo cual, sumado a la autoridad que tiene *The Times*, puede servir y ha servido como un arma contra nosotros en todos los estados dubitativos.» A petición del primer ministro, el propio Churchill redactó un comunicado especial que se hizo público ese día, dando más detalles sobre la retirada y tratando de asegurar al público británico que todo iba bien. «No cabe duda de que nuestros hombres han establecido un ascendiente personal sobre los alemanes —escribió Churchill— y son conscientes de que, en caso de igualdad de cifras, no habría dudas respecto al resultado.» Que dicha «igualdad de cifras» fuese, dado el sistema británico de voluntarios, prácticamente imposible, no lo decía el comunicado anónimo. Sin embargo, tres años antes de que estallara la guerra, Churchill había escrito un informe para el Comité de Defensa Imperial en el cual explicaba en detalle la sucesión de acontecimientos que se iban a desarrollar: la gradual y después acelerada falta de ímpetu del avance alemán, a medida que se fuese acercando el cuadragésimo día.

Durante treinta y tres días, las tropas alemanas habían mantenido un avance permanente. Habían recorrido el camino a pie, llevando pesadas mochilas, armas y municiones. Con el tiempo y la distancia, el ímpetu de su ataque se había comenzado a desvanecer. También la logística poco a poco se les ponía en contra. En la reparación de las líneas férreas que habían sido destruidas a propósito en Bélgica y el norte de Francia estaban trabajando veintiséis mil obreros ferroviarios alemanes, cuyo trabajo se fue haciendo poco a poco casi imposible de manejar. De los cuatro mil kilómetros que constituían la red ferroviaria belga, la primera semana de septiembre sólo se habían restablecido de quinientos a seiscientos kilómetros. Lo que entrañaba un peligro más inmediato para las batallas de ese mes, a medida que el Primero y el Segundo Ejército seguían avanzando, era que las cabezas de línea a las que llegaban las municiones por tren cada vez quedaban más lejos de las unidades del frente. El 25 de agosto, la distancia desde la cabeza de línea del Segundo Ejército hasta la línea del frente era de treinta

y dos kilómetros, que había que recorrer por carretera y con enorme congestión y dificultad, porque había que pasar la carga de largos trenes a camiones, furgonetas y medios de transporte tirados por caballos. El 2 de septiembre, la distancia se había incrementado a ciento cincuenta kilómetros y el 4 de septiembre, a más de ciento sesenta. Una parte de la ruta ferroviaria resultaba particularmente difícil: entre Lieja y Ans, la vía que utilizaba el Primer Ejército era tan empinada que hacían falta cuatro locomotoras para impulsar y tirar de cada tren. La propia Lieja, por la cual tenían que pasar todos los trenes del Primero y el Segundo Ejército, solía estar congestionada. Al sur de Charleroi, las únicas dos líneas por las cuales podían pasar los suministros del Segundo Ejército eran de vía única.

Mientras los problemas de suministro iban empeorando cada vez más, el fervor militar alemán también se había ido apagando por la resistencia diaria con la que habían tenido que enfrentarse las tropas, batallas sin tregua incluso por parte de hombres que estaban en retirada. Sin embargo, no tenían la menor idea de la inminencia de una contraofensiva. «La continuación de la retirada francesa se aceptaba como algo cierto —escribió después un oficial alemán—. Ni una señal, ni una palabra de los prisioneros, ni un párrafo en un periódico nos advirtieron de lo contrario.»

La batalla del Marne comenzó el 5 de septiembre. «En el momento en que está a punto de comenzar la batalla de la cual depende el destino de Francia —declaró Joffre a sus hombres—, todos debemos recordar que ha pasado la hora de mirar hacia atrás; hay que concentrar todos nuestros esfuerzos en atacar y hacer retroceder al enemigo.» Las tropas que ya no podían seguir avanzando «deben, a cualquier precio, conservar el terreno que han ganado y deben morir donde estén, antes que ceder». La proclama finalizaba: «En las condiciones actuales no se puede tolerar ninguna debilidad.» En el frente británico había una sensación similar de la importancia crucial del momento. «Visité las divisiones y encontré a los hombres muy eufóricos con la idea de avanzar, en lugar de retroceder», apuntó Smith-Dorrien en su diario ese día.

La Fuerza Expedicionaria Británica estaba cerquísima de París, entre el Marne y el Sena. Las órdenes alemanas eran sucintas: «Si se encuentran con algún británico, tienen que hacerlo retroceder.» Pero fueron los británicos los que hicieron retroceder a los alemanes ese día y los ocho siguientes, con la caballería avanzando rápidamente hacia el norte, asistidos en su reconocimiento por patrullas de motociclistas y aviones. La infantería que siguió a la caballería también se sorprendió ante la falta de oposición. «Era una prueba alentadora de

la desmoralización del enemigo —recordaba el general Edmonds—. Por el campo, cerca de las carreteras, había desparramadas botellas vacías y los habitantes hablaban de mucho alcoholismo entre los alemanes. De hecho, algunos conductores de artillería británicos, segando heno, descubrieron a soldados alemanes, borrachos perdidos, escondidos bajo la capa superior del almiar.»

Ese 5 de septiembre, al comenzar la batalla del Marne, la revista *London Opinion* publicó un dibujo de lord Kitchener, con el dedo enguantado saliendo de la página y debajo la leyenda: «Tu país te necesita». El cartel, dibujado por Alfred Leete, había sido preparado durante la retirada de Mons y después se reproduciría diez mil veces más, aunque, ante la insistencia de Kitchener, en seguida se le añadieron las palabras «Dios salve al rey». Peter Simkins, el historiador de la campaña de reclutamiento que simbolizaba ese cartel, ha escrito: «Teniendo en cuenta que podría decirse que llegó a ser el mejor cartel conocido de la historia, sería una grosería destacar que su amplia difusión en diversas formas no impidió que disminuyera el reclutamiento.»

Mientras se publicaba por primera vez el llamamiento a los hombres por parte de Kitchener, basado en la impresión de la retirada y la gran cantidad de bajas, el público británico iba siguiendo los nuevos éxitos militares británicos en Francia con una confianza, un orgullo y una superioridad moral que habían aumentado rápidamente. Expresó en verso ese sentimiento, el 5 de septiembre, el respetado novelista y poeta Thomas Hardy:

In our heart of hearts believing
Victory crowns the just,
And that braggarts must
Surely bite the dust.

Press we to the field ungrieving
In our heart of hearts believing
Victory crowns the just.[8]

Entre las tropas que se enfrentaron a los alemanes el 5 de septiembre había cinco mil marroquíes, al frente de los cuales había ciento tres oficiales franceses. Para tratar de reducir la presión sobre los marroquíes, que en un momento dado estaban retrocediendo, se ordenó a un batallón próximo de soldados franceses que atacara a los alemanes. El capitán al mando murió al instante mientras conducía a sus hombres a paso ligero sobre un terreno abierto, bajo los disparos incesantes de las ametralladoras alemanas. Ocupó su lugar el teniente Char-

les de la Cornillière, que condujo a sus hombres hacia delante, hasta un lugar donde pudieron echarse al suelo y responder a los disparos. Mientras sus hombres se ponían a cubierto como podían, él permaneció de pie. Cuando les ordenó: «A quinientos metros, ¡fuego a discreción!», le dieron y cayó. Un sargento que acudió en su ayuda murió al instante. Entonces se oyeron gritos: «¡Han matado al teniente! ¡Han matado al teniente!» y hubo alguna señal de pánico, de modo que el teniente consiguió ponerse de rodillas y gritar: «¡Sí, han matado al teniente, pero seguid adelante con firmeza!» Los hombres avanzaron y entonces De la Cornillière murió. Su hazaña en seguida se convirtió en una fuente de inspiración para el patriotismo francés.

Durante doce días, los marroquíes en cuya ayuda había acudido el teniente De la Cornillière combatieron junto con las demás tropas francesas para hacer retroceder a las fuerzas alemanas. Al igual que las demás tropas que participaron en la batalla, tuvieron éxito, pero a un coste excepcionalmente elevado: la muerte en combate de cuarenta y seis oficiales y más de cuatro mil soldados; murieron el 85 por 100 de los que participaron en la acción. No fue la pérdida de vidas, sin embargo, sino la rapidez de movimiento lo que determinó el resultado de la batalla. El 6 de septiembre, el almirante Tirpitz observó con preocupación: «No hemos conseguido atrapar ni tomar prisioneros a grandes masas de tropas; en consecuencia, el ejército francés, mediante su red ferroviaria, constantemente está ocupando posiciones nuevas.» Ese día, el general Maunoury, que tenía previsto enfrentarse al ejército alemán en las afueras de París, avanzó hacia el este desde los campamentos donde estaba atrincherado para atacar el flanco derecho alemán sobre el río Ourcq. Tan rápido fue su desplazamiento y tan feroz su ataque que hubo que destacar una cantidad considerable de fuerzas alemanas de la batalla principal del Marne para hacerle frente.

Para responder a ese ataque adicional, Maunoury pidió más hombres a Gallieni. Acababan de llegar a París, procedentes de Túnez, dos regimientos de infantería de zuavos. Requisando más de dos mil taxis parisienses, Gallieni envió a los recién llegados, por carretera, al campo de batalla. El comandante del Primer Ejército alemán, el general Von Kluck, comentó: «Había un solo general que, contraviniendo todas las normas, se atreviese a llevar la batalla tan lejos de su base; lamentablemente para mí, ese hombre era Gallieni.»

La batalla del Marne duró cuatro días y supuso la destrucción del Plan Schlieffen y el fin de toda posibilidad de una rápida victoria alemana en el oeste. La cantidad de tropas que intervinieron en la batalla fue enorme: un millón doscientos setenta y cinco mil alemanes en acción contra un millón de france-

ses y ciento veinticinco mil soldados británicos. La ferocidad de las acciones reflejó la determinación de las fuerzas anglofrancesas de cambiar el sentido de la retirada. En un combate que tuvo lugar en la granja Guebarré, las tropas francesas lograron situar una ametralladora de manera que pudiera, desde una distancia de algo menos de quinientos metros, disparar a lo largo de una trinchera alemana que habían excavado durante la noche. No hicieron caso de varios intentos alemanes de rendición. Cuando finalmente los franceses dejaron de disparar, salieron de la trinchera para rendirse seis oficiales alemanes y ochenta y siete hombres; más de cuatrocientos cincuenta quedaron dentro, entre muertos y heridos.

El 7 de septiembre, al avanzar el ejército británico, los hombres que habían esperado contar con un pequeño descanso dirigieron la mirada hacia el norte «con alegre determinación», escribió un oficial del Estado Mayor durante la guerra, sir Frank Fox, y añadió: «Era un pensamiento inspirador que hubiera llegado el momento de perseguir a los alemanes.» Pero a medida que prosiguió el avance, la muerte siguió imponiendo la regla del azar. Ese día murió en una escaramuza un oficial que había llegado de Gran Bretaña unas horas antes, el subteniente H. A. Boyd. «En esos primeros días de la guerra —destacó Fox— la caída de un joven oficial justo cuando acababa de llegar para cumplir la máxima ambición de la vida militar (entrar en combate en defensa de su patria) impresionó a sus camaradas con una profunda sensación de tragedia. Después cada uno tuvo que fortalecer su propia determinación a pesar de esa pérdida y de todas las demás...»

Tanto durante la retirada como durante el avance, las pérdidas británicas fueron numerosas. En el monumento que hay en La Ferté-sous-Jouarre, figuran los nombres de 3.888 soldados británicos que murieron en Mons, Le Câteau, el Aisne y el Marne y que no tienen una tumba conocida. La violencia de los combates había destruido sus cuerpos hasta volverlos irreconocibles. Entre los nombres que aparecen en el monumento de La Ferté-sous-Jouarre, figura el del soldado Thomas Highgate, a pesar de que no murió en el campo de batalla, sino que fue ejecutado después de un consejo de guerra. Lo encontraron escondido en un granero en Tournam, en la finca del barón Edouard de Rothschild, justo al sur del Marne. Cuando lo hallaron, Highgate iba vestido de civil y tenía el uniforme al lado. A las preguntas del guardabosques que lo encontró, dijo: «Quiero salir de aquí y así trato de conseguirlo.» Por una notable y, para Highgate, muy desafortunada coincidencia, el guardabosques era inglés y ex militar.

El soldado Highgate fue entregado a las autoridades militares británicas y juzgado por deserción por un consejo de guerra compuesto por un coronel, un

capitán y un teniente. Lo condenaron a muerte y lo fusilaron. En virtud del testamento que escribió en el reverso de su cartilla, dejaba todo lo que tenía a su novia, en Dublín. En el acta militar que se hizo pública, consta que «murió a causa de sus heridas». El día de su ejecución, el soldado Highgate no fue el único soldado británico que murió lejos del campo de batalla. «Lamento decir —escribió Smith-Dorrien en su diario, el día 7 de septiembre— que hoy tuvimos que fusilar a dos de nuestros hombres, uno por robo y el otro por deserción.»

Fueran la neurosis de guerra, el agotamiento o el miedo lo que hizo que Highgate tratara de esconderse para no combatir, no le sirvió en su defensa. Sin embargo, la incapacidad de algunos soldados para seguir combatiendo fue una característica de todas las batallas. A medida que la retirada alemana del Marne iba cobrando impulso, algunos soldados alemanes también perdieron las ganas de combatir y un oficial alemán informó a sus superiores de que había «casos de pánico detrás de la línea».

El 7 de septiembre, llevaron al káiser hacia la zona de la batalla, pero el coronel que lo escoltaba, cuando estuvieron al alcance del fragor del fuego de la artillería, temió que una patrulla de la caballería francesa pudiera atravesar la línea, que ya estaba en retirada, y capturar al supremo señor de la guerra, de modo que el káiser se marchó de la zona bélica. Ese mismo día, un contraataque alemán, llevado a cabo por la Guardia Prusiana, fue rechazado por la artillería del Noveno Ejército de Foch. «La artillería francesa produjo un efecto inesperado —registraba la historia oficial alemana—. El ataque previsto se cortó en todas partes de raíz. [...] El 7 de septiembre fue el peor día de la guerra, hasta ahora, para las tropas.» Ese día, el general Moltke, pensando en la sangre derramada en un mes de guerra, escribió a su esposa: «A menudo me lleno de terror cuando pienso en esto y la sensación que tengo es que debo responder por tanto horror.» También había preocupación en Alemania por una cuestión práctica. «Ahora es seguro que Inglaterra está trayendo gran cantidad de tropas desde Asia», escribió a su familia el 7 de septiembre el almirante Tirpitz, cuyos barcos no tenían medio alguno para impedirlo.

La confianza anglofrancesa iba en aumento. En una carta privada a su familia, escrita el 8 de septiembre, un miembro del Estado Mayor de sir John French, escribió a Londres: «La marea de la invasión parece haber bajado y sin ningún conflicto serio. Uno tiende a pensar que han echado el resto y que se han quedado sin fuerzas a la vista de su objetivo.» La fragilidad de la guerra también se puso de manifiesto ese día, sin embargo, cuando un ataque inesperado de la infantería alemana, no anunciado por el fuego preliminar de la artillería, sor-

prendió a tres divisiones francesas del Noveno Ejército de Foch, además de a una de sus divisiones de reserva, todas las cuales huyeron hacia la retaguardia. En su huida abandonaron la aldea de Fère-Champenoise y dejaron el cuartel general avanzado de Foch en Pleurs casi en la línea del frente. Sólo después de que los soldados franceses hubieran retrocedido diez kilómetros con respecto a sus posiciones de la noche anterior, pudieron convencerlos para que se detuvieran y se reagruparan.

Los alemanes, sin saber hasta dónde habían retrocedido los soldados franceses que tenían delante, se conformaron con entrar en las posiciones de la línea del frente francés, que habían quedado vacías, y atrincherarse. Unas cuantas unidades recorrieron las calles vacías de Fère-Champenoise, aunque no hicieron nada para aprovechar el éxito matinal. Comentaba Liddell Hart en su biografía de Foch: «Los alemanes "victoriosos" de hecho se limitaron a avanzar tambaleándose, como si estuvieran borrachos, y no fueron capaces de enviar al Alto Mando ningún informe sobre la situación, aparte de decirle que estaban "totalmente agotados".»

Foch tomó medidas de inmediato para tapar la brecha creada por el inesperado avance alemán. El contraataque francés que ordenó sembró el pánico entre los alemanes, que retrocedieron a su vez. Su avance previo había sido parte de una estrategia pensada para facilitar una mayor retirada alemana. Al darse cuenta, Foch concluyó su informe a Joffre en la noche del 8 de septiembre: «La situación es, por tanto, excelente; el ataque dirigido al Noveno Ejército parece un medio para garantizar la retirada del ala derecha alemana.» Ese mensaje tan confiado fue «mejorado» posteriormente por la leyenda, hasta llegar a la impresionante declaración: «Mi derecha se retrae, mi centro cede, la situación es excelente, ataco.»

Esa noche, el general Von Kluck estuvo a punto de ser capturado por un escuadrón de soldados de caballería franceses que se introdujeron detrás de la línea y, después de atacar una base aérea alemana al sur de La Ferté-Milon, se trasladaron hacia su cuartel general. Cuatro años después, recordaba: «Todos los miembros del Estado Mayor cogieron fusiles, carabinas y revólveres para rechazar un posible avance de los soldados de caballería franceses y se desplegaron y se echaron al suelo, formando una larga línea de fuego. El cielo crepuscular, rojizo oscuro y nublado, arrojaba una extraña luz sobre esa pequeña y curiosa fuerza de combate.»

Al enterarse de que el escuadrón francés había sido rechazado, Von Kluck reflexionaba después: «¡Lo que se perdieron esos osados jinetes franceses!»

El 8 de septiembre, mediante un ataque nocturno, el Quinto Ejército fran-

cés, que Lanrezac había comandado durante su larga retirada de Bélgica, capturó la aldea de Marchais-en-Brie. El nuevo comandante del ejército, el general Franchet d'Esperey, estaba decidido a imponer una decisión contra Von Bülow. Para hacer frente a D'Esperey, Von Bülow abandonó Montmirail y volvió a una línea de cara a París. Esa nueva línea, que se extendía de norte a sur entre Margny y Le Thoult, despejaba el camino para que los franceses se desplazaran hacia el Marne. Aislado de Von Kluck y del Primer Ejército, Von Bülow dio la orden de retirarse detrás del Marne.

En medio de esas dificultades alemanas, el afán ofensivo de Foch, aunque en realidad a menudo atemperado por la precaución y la reducción de gastos, adquirió vida propia. El 9 de septiembre, mientras algunas de sus tropas retrocedían otra vez ante un nuevo ataque alemán, lanzó una proclama realmente solemne: «Pido a cada uno de ustedes que recurra a la última chispa de energía que, en sus momentos de mayor sufrimiento, nunca ha sido negada a nuestra raza –declaró—. El desorden en las filas del enemigo es el precursor de la victoria. Si continuamos con la máxima energía el esfuerzo ya comenzado, estamos seguros de detener la marcha del enemigo y después expulsarlo del suelo de nuestro país. Pero todos debemos estar convencidos de que el triunfo será de quien más resista. El honor y la seguridad de Francia están en juego. Haciendo un esfuerzo más, seguro que ganan ustedes.»

La retirada francesa se prolongó varias horas. Como dijo a Foch uno de sus comandantes: «En todos los grados, no había otra cuestión más que la retirada.» Era un momento crítico, tanto que el general Eydoux, comandante de las reservas del Noveno Ejército, dijo a Foch que incluso era demasiado tarde para esperar una retirada disciplinada, a lo que Foch respondió: «Dice usted que no puede resistir y que no puede retirarse, de modo que lo único que queda es atacar.» El ataque comenzaría al cabo de dos horas y media y se llevaría a cabo «sean cuales fueren las circunstancias». De hecho, las agotadas tropas francesas no fueron puestas a prueba en esa ocasión. Cuatro horas antes, se había puesto fin al avance alemán, al recibirse la orden de retirada del general Von Bülow, cuando cuatro divisiones británicas todavía estaban atravesando la brecha abierta entre su ejército y el de Von Kluck.

Durante la retirada alemana se produjeron varios casos de crueldad para con los civiles que se vieron atrapados en ella. Ese día, 9 de septiembre, cuando las tropas alemanas salieron de la aldea de Varreddes, en la margen septentrional del Marne, en lugar de veinte de sus heridos, que quedaron en el ayuntamiento, se llevaron, en calidad de rehenes, a veinte ancianos del pueblo, de los que tres huyeron y siete fueron asesinados durante la marcha. Al señor Jourdain, de setenta

y siete años y al señor Milliardet, de setenta y ocho, que cayeron exhaustos, les dispararon a quemarropa. Cuando cayó al suelo el señor Mesnil, de sesenta y siete años, le destrozaron el cráneo con la culata de un fusil. Durante la reconquista de Sompuis, donde mantenían prisionero en su propia casa a un francés de setenta años, el señor Jacquemin, al cual golpeó en varias ocasiones un oficial francés, cayó un obús sobre la casa y mató al oficial. Como consecuencia de los malos tratos recibidos, Jacquemin murió dos días después de la liberación del pueblo. Ésos son casos fortuitos de crueldades y de víctimas individuales de una guerra que se cobraría millones de víctimas antes de haber seguido su curso. Durante la reconquista de Sompuis, justo al sur del Marne, un solo proyectil alemán acabó con la vida de los comandantes de dos brigadas francesas, el general Barbade y el coronel Hamon.

El 9 de septiembre, los alemanes se vieron obligados a volver a cruzar el Marne y el día trece, el Aisne, de modo que en total retrocedieron cien kilómetros desde el comienzo de la batalla. No volvieron a estar tan cerca de la capital de Francia hasta que, en el verano de 1940, la venganza y los bombardeos aéreos consiguieron lo que no pudieron conseguir los cálculos y la estrategia y otro gobierno francés, que también huyó a Burdeos, pidió un armisticio. En 1914, no se produciría un desmoronamiento semejante. Cuando el gobierno francés se disponía a regresar a la capital, el gran movimiento de flanqueo alemán fue quedando flanqueado a su vez. Las fuerzas francesas y las británicas, que se dirigían a toda prisa hacia el norte, en dirección a la costa del canal de la Mancha, lucharon para impedir que los alemanes continuaran su ofensiva hacia el oeste o que cortaran la comunicación de los británicos con sus líneas de suministro, al otro lado del canal.

La carrera hacia el mar fue la segunda fase decisiva de la guerra en el oeste. Sir John French advirtió a Londres que no subestimara la capacidad militar alemana. El 7 de septiembre, durante la retirada alemana, escribió a Kitchener: «No servirá de nada oponerse a ellos si no es con tropas muy bien entrenadas, al mando de los mejores oficiales. Todos sus movimientos se caracterizan por una extraordinaria unidad de propósito y por el apoyo mutuo y, para soportar las fatigas que han sufrido, tienen que tener una disciplina absolutamente férrea.»

Los alemanes, por su parte, reconocían las cualidades de su adversario, hasta hacía poco desdeñable. «De los arbustos que bordeaban el río —escribió un oficial alemán durante la retirada—, una segunda línea de escaramuzadores salía de un salto y se ponía a avanzar, dejando como mínimo una distancia de diez pasos de un hombre a otro. Nuestra artillería disparaba y alcanzaba, natural-

mente, como máximo, a un solo hombre. Y la segunda línea resistía y se acercaba cada vez más. Ciento ochenta metros más atrás venía una tercera oleada y después una cuarta. Nuestra artillería disparaba como loca, pero era inútil. Seguían una quinta línea y una sexta, todos a buena distancia y con intervalos claros entre los hombres. Espléndidos, nos quedamos todos admirados. Toda la ancha llanura se llenó entonces de esas graciosas figuras de color caqui, acercándose cada vez más.»

«Durante cinco días seguidos, hemos estado persiguiendo en lugar de ser perseguidos —escribió sir John French a un amigo el 10 de septiembre— y les hemos hecho la vida imposible a los alemanes. Hoy mismo, hemos tomado varios centenares de prisioneros, hemos aislado un montón de transportes y hemos conseguido entre diez y doce piezas de artillería, y por todas partes hay alemanes muertos y heridos. Algo similar ocurrió ayer y también el día anterior, pero eso no es nada en comparación con lo que han perdido ante el Quinto y el Sexto Ejército francés, que han sufrido mucha más resistencia. No cabe duda de que están huyendo y nosotros los seguimos con entusiasmo.»

Cuando, durante la retirada alemana, Foch entró en Fère-Champenoise, observó que habían pillado por sorpresa a las tropas alemanas después de una noche de borrachera, «de tal juerga que cientos de ellos seguían durmiendo la mona en las bodegas. Vi a algunos de ellos en lo alto de las casas, corriendo como gatos; los hacían bajar con disparos al aire». Paul Maze, que cabalgó hasta la línea del frente montado en un caballo de la caballería alemana que había sido abandonado en la retirada, vio dos jinetes que se dirigían inesperadamente hacia él. «Esperé, bastante asustado, con la carabina amartillada, al ver que eran soldados alemanes, montados en caballos negros. Alzaron las manos al verme. Estaban perdidos y habían estado buscando a alguien para rendirse.»

Poco después de ese encuentro, Paul Maze llegó a una fortaleza en la cual ondeaba una bandera de la Cruz Roja. «Había cirujanos franceses, con las batas ensangrentadas, fumando cigarrillos y contemplando con aire de satisfacción a los prisioneros que había abajo. Los hombres de la Cruz Roja alemana transportaban a los heridos que yacían en camillas en cada escalón de una escalinata de mármol hasta los carros que los esperaban. No había ambulancias y la atención médica parecía muy inadecuada. Un convoy de automóviles particulares que transportaba a los heridos ingleses circulaba por las carreteras en dirección al castillo de Rothschild en Chantilly, que había sido convertido en hospital.»

En el frente del Mosa, el 8 de septiembre fue sitiado el fuerte de Troyon-sur-Meuse, dieciséis kilómetros al sur de Verdún. Durante cinco días, los alemanes lo sometieron a un intenso bombardeo de artillería. Los emisarios alemanes in-

vitaron al fuerte a rendirse en dos ocasiones, «en nombre del emperador». Cuando los defensores respondieron que «nunca», los alemanes dispararon 236 obuses en media hora; en total dispararon diez mil proyectiles. Veintidós hombres murieron aplastados cuando un proyectil hizo volar el techo del estrecho pasillo subterráneo por el cual intentaban llegar hasta los defensores principales. El oficial francés al mando, el comandante Toussaint, y un solo destacamento de infantería, compuesto por 472 hombres, junto con una docena de piezas de artillería y dos ametralladoras, resistieron durante cinco días, pero al final los aplastaron. El Alto Mando francés decidió retirarse por completo de Verdún, pero el comandante local, el general Sarrail, no hizo caso de la orden y permaneció al frente de la ciudad y sus fortalezas.

Habiéndosele negado la entrada triunfal en París, el ejército alemán seguiría combatiendo en el frente occidental durante cuatro años más, con tanta esperanza en la victoria en agosto de 1918 como en agosto de 1914, pero las esperanzas de un mes antes, de ser capaces de derrotar a Francia con un golpe fulminante y dirigir después toda su potencia militar contra Rusia, se habían truncado. La guerra de victorias rápidas se había convertido en una estrategia del pasado y un sueño para el futuro. Alemania tendría que combatir de forma simultánea y con peligro constante, tanto en el este como en el oeste. Francia tendría que luchar en suelo francés. Rusia tendría que recuperar terreno en el oeste y Austria tendría que recuperar terreno en el este. Todavía faltaban tres meses y medio para la navidad, pero cada uno de los estados beligerantes tendría que buscar nuevas estrategias y hasta nuevos aliados.

Capítulo V

EL COMIENZO DE LA GUERRA DE TRINCHERAS
De septiembre a octubre de 1914

Mientras los alemanes se veían obligados a retroceder desde el Marne, una vez echado por tierra su plan de obtener una victoria rápida, los austríacos luchaban por evitar que los rusos los obligaran a retroceder más allá de su frontera de Galitzia. El 10 de septiembre de 1914, el día en que Joffre ordenó perseguir a los alemanes al norte del Marne, con las palabras «La victoria depende ahora de las piernas de la infantería», en Krasnik, justo dentro del límite de la Polonia rusa, los rusos derrotaron a un numeroso ejército austríaco que había avanzado y entrado en su territorio. Más al sur, dentro de la Galitzia austríaca, una victoria rusa hizo que Conrad ordenara la retirada austríaca. «Hoy, muy temprano, abandonamos el barco con todo lo que tenía —escribió Ludwig Wittgenstein en su diario el 13 de septiembre—. Los rusos nos vienen pisando los talones. He vivido escenas espantosas. Llevo treinta horas sin dormir, me siento muy débil y no veo ninguna ayuda exterior.»

Una vez desvanecida la guerra de rápidas victorias, cada uno de los estados beligerantes trataba de obtener la ayuda de los pueblos no comprometidos. Con la esperanza de crear dificultades para Gran Bretaña, el agregado militar alemán en Washington, Franz von Papen (que en 1932 fue nombrado canciller alemán y en 1933 fue el primer vicecanciller de Hitler), habló el 13 de septiembre con un ex diplomático británico, sir Roger Casement, que quería conseguir la ayuda de Alemania para lograr la independencia de Irlanda. Casement sugirió a los alemanes la creación de una brigada irlandesa que combatiera junto a Alemania. «Están entusiasmados con la idea —escribió a un amigo al día siguiente—, más que nunca porque se dan cuenta del valor moral que tiene para su causa.» Alemania estaría librando la batalla por la pequeña nación de Irlanda, del mismo modo que Gran Bretaña luchaba por Bélgica.

Para promover ese objetivo y para conseguir el apoyo alemán para un alzamiento nacional en la propia Irlanda, Casement embarcó con nombre falso de

Nueva York a Alemania. Tres semanas después de llegar, convenció al gobierno alemán para que expresara en una declaración formal que «en caso de que los azares de esta gran guerra, que no había buscado Alemania, alguna vez condujeran a las tropas alemanas hasta las costas de Irlanda, desembarcarían allí, pero no como un ejército invasor, para saquear y destruir, sino como las fuerzas de un gobierno inspirado por la buena voluntad hacia un país y un pueblo para el cual Alemania sólo desea la prosperidad y la libertad nacional».

Los soldados irlandeses jamás lucharían junto a los alemanes como patriotas ni como liberadores, pero desde el comienzo mismo de la guerra los soldados polacos estaban combatiendo junto a los austríacos, con la esperanza de que una victoria austríaca sobre Rusia condujera al restablecimiento de la nación polaca. Los austríacos alentaron a la Legión Polaca, al mando de Pilsudski, para que se considerase precursora de un ejército nacional polaco. Para contrarrestar la atracción de esa fuerza para todos los polacos, los rusos recurrieron a los que tenían bajo su mando para que consideraran que una victoria rusa favorecería las aspiraciones nacionales polacas. Se creó una Legión Pulawy, compuesta por voluntarios polacos que lucharían como una unidad polaca dentro del ejército ruso. Después se formaría una brigada de fusileros polacos. Del mismo modo que había judíos luchando contra otros judíos (como en el caso de Wittgenstein en el ejército austríaco y los soldados judíos entre las tropas rusas que lo hacían retroceder), también había polacos que estaban en contra de otros polacos.

Más adelante en la guerra, los alemanes formaron una fuerza militar polaca para guarnecer el territorio polaco conquistado a Rusia. Del otro lado del conflicto, los soldados polacos que combatían en las filas del ejército alemán y que fueron capturados en el frente occidental constituyeron la base de un ejército polaco que combatía junto a los aliados. Canadá también alentó el reclutamiento en las formaciones polacas de su ejército, creadas especialmente. Después hicieron lo mismo los estadounidenses. Casi dos millones de polacos sirvieron en las líneas de combate, de los cuales murieron 450.000. La tragedia que eso supuso para Polonia la expresó, en septiembre de 1914, el poeta Edward Slonski:

We're kept far apart, my brother,
By a fate that we can't deny.
From our two opposing dug-outs
We're staring death in the eye.

In the trenches filled with groaning,

Alert to the shellfire's whine,
We stand and confront each other.
I'm your enemy: and you are mine.[1]

Slonski confiaba, sin embargo, en que a largo plazo no todo estuviese perdido para Polonia con esa tragedia fraticida:

Now I see the vision clearly,
Caring not that we'll both be dead;
For that which has not perished
Shall rise from the blood we shed.[2]

Las esperanzas de las minorías se podían alimentar de formas insólitas. En el frente oriental, el primero que recibió la Cruz de San Jorge, equivalente a la Cruz de la Victoria en Gran Bretaña, concedida por el zar a quien demostraba un valor excepcional en el campo de batalla, fue un soldado judío, Leo Osnas. Según un periódico británico, el *Yorkshire Herald*, por su valor en la acción, Osnas «ha obtenido la libertad para los judíos en Rusia; ha conseguido para su raza el derecho a llegar a ser oficiales en el ejército y la armada rusos, que hasta ahora se les había negado, y el gobierno ruso ha quedado tan encantado que ha proclamado que a partir de este momento los judíos del imperio gozarán de todos los derechos de los ciudadanos». Comentaba el periódico: «Sin duda, ¡nadie que hubiese obtenido la Cruz de la Victoria consiguió resultados tan magníficos para unos súbditos!» En realidad, los judíos de Rusia no recibieron la plena ciudadanía durante la guerra, ni se salvaron de los violentos y reiterados ataques que les infligían los vecinos y los aldeanos rusos, que buscaban cabezas de turco para los reveses militares rusos.[3]

Según los informes que llegaron a Gran Bretaña, Osnas era voluntario. Como consecuencia de la petición de Kitchener, de pronto la condición de voluntario había adquirido gran prestigio. El 12 de septiembre, se anunció en Gran Bretaña que, desde el estallido de la guerra, seis semanas antes, se habían alistado como voluntarios la increíble cantidad de 478.893 hombres. Sin seguir el sistema continental del servicio obligatorio, Gran Bretaña había conseguido un ejército considerable.[4]

Muchos de esos voluntarios prestaron servicio en «batallones de amigos» especiales, compuestos en su totalidad por hombres procedentes de una localidad determinada, o de una profesión, o de un círculo laboral. El primero se formó en Londres; era un Batallón de Agentes de Bolsa, de los cuales se alistaron mil

seiscientos en una sola semana. En seguida siguieron muchas otras ciudades; fueron de los primeros el Batallón de Ciudadanos de Bristol y los Amigos de Liverpool. En Glasgow decidieron organizar dos, pero en seguida se alistaron suficientes hombres para formar tres, uno de ellos compuesto exclusivamente por conductores, cobradores, mecánicos y trabajadores del departamento de tranvías de la ciudad. Conocidos como el Batallón de Tranvías, formaron el decimoquinto batallón de Infantería Ligera de los Highlands. El decimosexto estaba compuesto casi en su totalidad por miembros presentes y pasados de la Brigada Municipal de Jóvenes. Lo mismo ocurrió en toda Gran Bretaña. Hasta los laboristas que estaban en contra de la guerra apoyaron la campaña para conseguir voluntarios: Ramsay MacDonald, atacado por expresar en público sus sentimientos antibelicistas, apoyó el llamamiento al reclutamiento en su circunscripción: Leicester. En un mes se formaron cincuenta batallones de amigos. El «ejército de Kitchener» estaba en marcha y lentamente se preparaba para la guerra. Cómo sería era algo que sólo se podía suponer. A un militar profesional, el general Henry Wilson, no le cabía ninguna duda. Los voluntarios eran un «ejército ridículo y descabellado», escribió en su diario; serían «el hazmerreír de todos los militares europeos». A los alemanes les había costado cuarenta años «de trabajo incesante» formar su ejército, con la ayuda del servicio militar obligatorio. «A nosotros nos costará una eternidad lograr lo mismo mediante el esfuerzo voluntario.»

En Francia hubo otra represalia el 12 de septiembre, después de que unos soldados franceses mataran a dos soldados de caballería alemanes al suroeste de Reims, cerca de la aldea de Bouilly. Tras declarar que las muertes habían sido provocadas por los aldeanos, los alemanes destruyeron la aldea. En Bélgica, a medida que la retirada alemana del Marne iba cobrando ímpetu, el ejército de operaciones belga lanzó un contraataque considerable, con la esperanza de obligar a los alemanes a llamar a las tropas que estaban luchando contra los británicos y los franceses en el campo de batalla decisivo en el sur. El 13 de septiembre, cuatro divisiones belgas habían llegado a los suburbios de la aldea de Weerde, treinta kilómetros al sur de Amberes y apenas veinte kilómetros al norte de la ciudad de Bruselas, ocupada por los alemanes.

El periodista estadounidense E. Alexander Powell, después de observar el avance de las tropas belgas hacia Weerde, fue testigo de sus consecuencias. «La infantería belga retrocedía a través de los setos, cruzando las cunetas y por encima de la carretera, en cuclillas, agachados, corriendo para salvar la vida. De vez en cuando, algún soldado tropezaba, como si se hubiera dado en el dedo del pie,

estiraba los brazos y caía de cabeza. Lo había alcanzado una bala. La carretera estaba salpicada de formas silenciosas, azules y verdes; los campos, también. A un hombre le dieron cuando trataba de atravesar un seto y murió de pie, sostenido por las ramas espinosas.» Un joven oficial belga «que se había puesto en descubierto, imprudentemente, mientras trataba de frenar la retirada de sus hombres, giró de pronto sobre sus talones, como uno de esos juguetes de madera que se venden en las aceras, y después se arrugó todo, como si se hubiera quedado sin huesos ni músculos». Muy cerca, un soldado «se hundió en una zanja llena hasta la mitad y allí se quedó, con la cabeza sumergida. Vi cómo el agua se iba enrojeciendo poco a poco».

Weerde siguió en poder de los alemanes. Malines, tres kilómetros más al norte, fue ocupada poco después y Lovaina fue recuperada. Las tropas alemanas y su artillería de plaza austríaca quedaron libres para concentrar su atención en la última ciudad importante que todavía conservaban los belgas en su poder: la ciudad portuaria de Amberes, donde las tropas belgas que hacía poco habían recorrido más de la mitad de la distancia hacia Bruselas reforzaban entonces a los que defendían los fuertes en torno al perímetro.

A pesar de las violentas sorpresas del campo de batalla, perduraba el optimismo de los comandantes aliados. El 13 de septiembre, día de la derrota belga en Weerde, se celebró una conferencia de generales franceses y británicos en el cuartel general de Joffre. El factor dominante del conflicto era la permanente retirada alemana desde el Marne. Se debatió cuántos días tardarían los ejércitos alemanes en verse obligados a volver a cruzar la frontera alemana. Un general británico, Henry Wilson, dijo que cuatro semanas. Algunos de los generales franceses dijeron que podían ser tres. Todavía era posible alcanzar la victoria antes de navidad.

«Derrota» y «victoria» se estaban convirtiendo en términos familiares, lo mismo que «bajas», una palabra que, con las estadísticas que la acompañaban, se fundía con «muerto», «desaparecido» y «herido». La expresión «numerosas bajas», relacionada con casi todas las victorias o retiradas, podía significar centenares, incluso miles de muertos. Los periódicos de todos los estados beligerantes publicaban noticias necrológicas de oficiales y listas de bajas todos los días. Eran pocos los lectores que no tenían algún conocido en el frente. El 13 de septiembre, el general Foch se enteró de la muerte de su yerno y de su único hijo, que habían muerto en combate en la frontera belga, tres semanas antes. Cuando le dieron la noticia, Foch pidió a su Estado Mayor que lo dejara solo un rato. Al cabo de media hora, los volvió a llamar, diciendo: «Ahora sigamos con nuestro trabajo.» Después escribió a su amigo de toda la vida, el general Millet:

«Le he dado la noticia discretamente a mi esposa, que sigue en Plougean. Uno no debería tener nada en cuenta y sin embargo tiemblo al pensar en el trastorno que se va a producir aquí, en el dolor de mis pobres mujeres. Por mi parte, me armo de valor con respecto a este tema, para no incumplir mi deber.» En esa carta, Foch también se compadecía de la «desolación» del propio Millet, porque su yerno también había muerto y su hija había muerto de pena al conocer la noticia. El propio Millet murió un mes después de esas tragedias.

El 14 de septiembre, destituyeron al general Moltke de su cargo de jefe del Estado Mayor General alemán. La batalla del Marne había sido su perdición, apenas seis semanas después del comienzo de la guerra. Un historiador lo describió como «un militar culto, sensible, que, en su tiempo libre, disfrutaba tocando el violonchelo, leyendo a Goethe y a Maeterlinck, y que se interesaba por las enseñanzas de la sanación a través de la fe de la ciencia cristiana.[5] El fracaso se había cobrado la primera cabeza de turco entre los poderosos. Para Moltke, las listas de bajas habían resultado insoportables.

El 14 de septiembre, se produjo la muerte del primer maestro de una escuela privada británica que murió en combate: Alexander Williamson, que entonces prestaba servicio como teniente en los Seaforth Highlanders.[6] Ese día murió también Percy Wyndham, nieto de uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña, el primer duque de Westminster. Tres días antes, Wyndham había escrito a su madre: «Proporcióname calcetines y chocolates, que son dos cosas imprescindibles en la vida.» Murió mientras iba al frente de sus hombres en Soupir, de un disparo en la cabeza, de cerca.

En todos los ejércitos beligerantes había individuos que no podían hacer frente a la intensidad de la batalla. El 16 de septiembre, apenas su tercer día de servicio activo, un soldado raso británico de veinte años, George Ward, abandonó el campo de batalla después de que hirieran a dos compañeros suyos, diciendo a su sargento mayor que a él también le habían dado. Seis días después, Ward regresó a su batallón, donde se comprobó que estaba ileso y fue sometido a un consejo de guerra. El comandante de su cuerpo, el general sir Douglas Haig, escribió en el expediente del consejo de guerra: «En mi opinión, es necesario dar ejemplo para evitar la cobardía ante el enemigo, en la medida de lo posible.» Ward fue fusilado y enterrado a orillas del Aisne. Al igual que al soldado Highgate, ejecutado tres semanas antes, se lo recuerda en el monumento que hay en La Ferté-sous-Jouarre, dedicado a los que han muerto en combate pero no tienen una tumba conocida.[7]

No siempre se castigó a los desertores con la ejecución. El mismo día que

Ward fue condenado a muerte, en el mismo lugar y por la misma causa, al cabo N. Prior lo degradaron a soldado y lo condenaron a dos años de trabajos forzados.

A la severa moralidad del campo de batalla correspondían, en Gran Bretaña, un creciente sentido del sacrificio y una actitud adusta, expresada el 19 de septiembre por el ministro de Economía británico, David Lloyd George, cuando informó a un numeroso público, en el Queen's Hall de Londres: «La gran marea de lujo y pereza que cubría el país se está desvaneciendo y comienza a aparecer una nueva Gran Bretaña. Podemos ver por primera vez las cosas fundamentales que importan en la vida y que han quedado ocultas a nuestra vista por el fervoroso aumento de la prosperidad.» En Rusia, ese sentimiento ya había sido expresado, aunque tal vez de una forma más prosaicamente política, en una declaración del Partido Socialdemócrata en la Duma, después del estallido de la guerra, que decía que «mediante la agonía del campo de batalla se reforzará la hermandad del pueblo ruso y se creará un deseo común de liberar la tierra de sus terribles problemas internos».

Ese elevado tono moral, ya sea referido a las «cosas fundamentales» o a una «hermandad», tenía que estar respaldado por la capacidad de triunfar en el campo de batalla. Sin embargo, a siete semanas del comienzo de la guerra, sonó la primera señal de advertencia: en el ejército francés, la escasez de municiones había comenzado a mermar la capacidad de los soldados de artillería para aprovechar la retirada alemana. El 19 de septiembre, Joffre escribió directamente al ministro de Guerra, Alexandre Millerand, solicitando que le enviaran por lo menos cincuenta mil balas por día, si tenía que seguir avanzando. Millerand respondió, dos días después, que era imposible alcanzar esa cifra aunque «no perdía las esperanzas» de alcanzar la cifra de treinta mil balas por día al cabo de tres semanas. A continuación, dijo a Joffre que, «por su parte», hiciera todo lo posible por evitar el derroche. «Le ruego que haga que los equipos de trabajo recojan las cajas de cartuchos que queden en los campos de batalla u ofrezca un precio a los ciudadanos por todas las que le lleven.»

Buscando nuevas fuentes de municiones, Joffre registró las baterías de cañones que estaban detrás de las líneas, incluso las de París y Dunkerque. Eran medidas improvisadas, incluso desesperadas, lejos del clamor triunfante del «*À Berlin!*» de siete semanas antes. Pero, a pesar de las dificultades para hacer la guerra, no había dudas acerca de su resultado. «A ese respecto, todo el mundo tiene el mismo sentimiento y están dispuestos a llevar adelante una lucha prolongada y sin tregua. No creo que haya ninguna dificultad para poner en el

campo a un millón de hombres en la primavera de 1915 —escribió Churchill desde Londres el 20 de septiembre a un amigo que estaba en el campo y añadió—: Ha caído la fatalidad sobre la arrogancia militar prusiana. Lo único que hace falta es tiempo y determinación.» Al día siguiente, la sensación de pérdida por los muchos miles que ya habían perdido la vida se expresó en *The Times*, cuando el periódico publicó un poema, titulado «For the Fallen» («Para los caídos»), escrito por Laurence Binyon, un historiador del arte de cuarenta y cinco años. Dicen que Binyon, que se había presentado voluntario como ordenanza de enfermería para la Cruz Roja en Francia, escribió esas palabras sentado sobre un acantilado en Polzeath, en Cornwall. Después de la guerra, cuatro de sus versos llegaron a ser el poema más recitado en Gran Bretaña durante la conmemoración de los muertos en la guerra:

They shall grow not old, as we that are left grow old,
Age shall not weary them, nor the years condemn.
At the going down of the sun and in the morning
We will remember them.[8]

El 22 de septiembre, los británicos realizaron su primera incursión aérea sobre Alemania, que consistió en atacar los hangares de los zepelines en Colonia y en Düsseldorf. «La sorpresa fue absoluta —informó el jefe de los pilotos británicos— y los numerosos alemanes que había en las cercanías salieron corriendo en todas direcciones.» Sin embargo, ese día un submarino alemán, el *U-9*, torpedeó tres cruceros británicos, el *Aboukir*, el *Cressy* y el *Hogue*, en el lapso de una hora; aunque se rescataron 837 hombres, 1.459 murieron ahogados. Sería el peor desastre naval británico de toda la guerra. Una semana después, Asquith dio instrucciones al Almirantazgo para que minara el mar del Norte «sin restricciones y, si fuese necesario, a escala napoleónica».

En el océano Índico, el 22 de septiembre, una lancha de asalto alemana, el crucero ligero *Emden*, que ya había hundido o capturado una docena de buques mercantes británicos, bombardeó en Madrás el depósito de la Burma Oil Company, prendiendo fuego a cincuenta mil toneladas de fuel-oil naval. Comentaba un pariente del káiser, el príncipe José de Hohenzollern, que estaba de servicio a bordo: «Fue una gran suerte para Madrás que soplara viento del oeste, porque las llamas de los depósitos de combustible ardieron en dirección al mar. De lo contrario, es muy posible que parte de la ciudad hubiese sido devorada por las llamas.»

Proliferaban en todo el globo los episodios bélicos. Todos los días se presentaban a los lectores de todos los periódicos del mundo una plétora de episodios, algunos importantes para una región o un pueblo determinado, otros para algún otro. No pasaba día sin que el alcance y la escala de la guerra fueran evidentes. Por ejemplo, durante breves momentos, el 23 de septiembre, las tropas serbias amenazaron con invadir Sarajevo, pero las ahuyentaron las tropas austríacas. Ese mismo día, en el Lejano Oriente, las tropas británicas, australianas y japonesas se desplazaban contra los diversos puertos e islas alemanes, adquiridos por Alemania durante las tres décadas anteriores. También fueron tomados los puertos alemanes en África.

En la búsqueda de aliados contra los turcos, por si Turquía entraba en la guerra, Gran Bretaña estaba tratando de conseguir la colaboración del hijo del *sharif* de La Meca, Abdullah, y ofrecía a los árabes el control de extensas regiones del imperio otomano a cambio de su participación. Desde Washington, que permanecía neutral, el presidente Wilson protestaba ante el gobierno británico porque el bloqueo naval británico a Alemania tendría «consecuencias funestas» en la opinión pública estadounidense. También en América del Norte, las tropas canadienses se preparaban para embarcarse en el cruce del Atlántico, con la intención de participar en la guerra antes de que acabara.

Se cuestionaba si la guerra acabaría antes de navidad, como tantos habían imaginado antes. Un soldado alemán que participaba en la carrera hacia el mar escribió a su familia: «Tengo la impresión de que la guerra durará mucho tiempo. Bueno, aguantaré, aunque dure un año más.» Lo mataron poco después de escribir esa carta.

El 26 de septiembre, en Saint-Mihiel, entre Verdún y Toul, los alemanes sitiaron la fortaleza francesa de Camp des Romains. A pesar de haber quedado aislados y sometidos a intensos ataques con obuses y granadas, la plaza se negó a aceptar las reiteradas demandas de rendición hasta que, finalmente, un ataque con humo los obligó a salir. Según un informe publicado un mes después en el *New York Times*, «cuando los supervivientes de la valerosa plaza pudieron salir, vieron que sus antiguos contrincantes presentaban armas ante ellos, en reconocimiento por su valiente resistencia. Les concedieron los términos de rendición más dignos, permitieron a sus oficiales conservar las espadas y, en la marcha hacia un honroso cautiverio, fueron saludados en todas partes con expresiones de respeto y admiración». Cayeron prisioneros cinco oficiales y trescientos soldados.

Los alemanes estaban decididos a llegar hasta la costa belga y la francesa. El

día que cayó Camps des Romains, la artillería alemana comenzó a bombardear los fuertes que defendían Amberes. Después de la caída de Lieja y Namur, en Amberes quedaba la última serie de grandes fortalezas de Bélgica. En Londres, Kitchener y Grey reconocieron la importancia de que Amberes resistiera todo lo posible. Temían que, cuando las tropas alemanas que atacaban la ciudad la conquistasen, se dirigieran rápidamente hacia los puertos del canal de la Mancha, obligando así al ejército británico a retirarse al oeste de Francia y, posiblemente, planteando una amenaza para la propia Gran Bretaña. Hasta una semana de resistencia permitiría al ejército británico formar una línea defensiva en Flandes, desde la cual se podía lanzar entonces un ataque para liberar Bélgica y después hacer retroceder a los alemanes hasta su propio país.

Decidido a aumentar la capacidad de Amberes para resistir unos cuantos días más, Kitchener envió en seguida a la ciudad personal y artillería pesada británicos y pidió al ejército francés que hiciera lo mismo. El 30 de septiembre, Asquith escribió a su amiga Venetia Stanley: «Los belgas tienen la "moral" bastante baja y están preocupados por el bombardeo de Amberes, que acaba de comenzar. Nos están enviando sus archivos y sus tesoros y hablan de trasladar la sede del gobierno a Ostende. Kitchener les ha dado un buen consejo: que no se preocupen por el bombardeo de sus fortalezas sino por atrincherarse con alambre de espinos, etcétera, en los espacios intermedios y que desafíen a los alemanes a seguir adelante.»

El 1 de octubre, el gabinete británico decidió enviar a Amberes a toda una división que entonces iba de camino hacia sir John French, en el norte de Francia. A la mañana siguiente, los alemanes entraron en dos de los fuertes de la ciudad. Kitchener y Grey convocaron a Churchill esa noche y destacaron la importancia que tenía para la batalla en Francia que los belgas siguieran resistiendo en Amberes. Churchill se ofreció a viajar a Amberes en persona y a presentar un informe sobre la situación. Partió de Londres esa misma noche y pasó los tres días siguientes en las trincheras y fortificaciones de la ciudad y en conversaciones con el gobierno belga, que se había trasladado a Amberes tras la caída de Bruselas, con la esperanza de fortalecer su determinación. Pero, telegrafió a Kitchener el 4 de octubre, las tropas belgas estaban «cansadas y desalentadas», sobre todo porque el terreno entre los fuertes y la ciudad estaba tan anegado, en parte como consecuencia de una inundación provocada, que no podían cavar trincheras para protegerse.

Con objeto de prolongar la defensa de la ciudad el tiempo suficiente para que la Fuerza Expedicionaria Británica llegara hasta la región costera antes que los alemanes, el gobierno belga pidió tropas a los británicos. Se enviaron de in-

mediato las tropas disponibles: dos mil hombres de la División de la Marina Real británica el 4 de octubre y otros seis mil al día siguiente. Entre ellos figuraba el poeta Rupert Brooke que, junto con centenares más, se había presentado como voluntario hacía poco para prestar servicio en la división, que había sido creada por Churchill al estallar la guerra. Los trasladaron directamente desde los cuarteles en Gran Bretaña, donde dos terceras partes de ellos acababan de comenzar su formación; algunos no habían disparado jamás un fusil ni utilizado ninguna herramienta para cavar trincheras. Llegaron desde Ostende en autobuses londinenses, en cuyos lados se podían ver las rutas y los destinos que tenían en tiempos de paz: Banco, Holborn, Piccadilly, Shepherd's Bush y Strand.

No estaba previsto que los hombres de la División de la Marina Real británica, que incluía una brigada bien adiestrada de Infantería de Marina, siguieran por su cuenta durante mucho tiempo. Veintidós mil soldados profesionales británicos, toda una división, estaban en ese momento en camino desde Gran Bretaña, cruzando por mar hacia Ostende. «Es muy necesario —telegrafió Kitchener a Churchill el 5 de octubre— que los belgas no se rindan antes de que lleguen en su apoyo las fuerzas que ahora están en el mar.» Para los ciudadanos de Amberes, con ocho mil soldados británicos ya en la ciudad, parecía que ya había llegado la liberación. Resonaban por las calles los gritos de *«Vive les Anglais!»* y *«Vive Tommy Atkins!»*.[9]

Louise Mack, una australiana que se encontraba en Amberes el 5 de octubre, apuntó ese día en su diario: «Demacrados, ojerosos, agotados, ansiando el descanso que tal vez nunca alcancen, esos héroes gloriosos reviven, como por arte de magia, al saber que otros soldados vienen en su ayuda, en la descomunal batalla por Amberes. Los pantalones caqui parece que pasan junto a los uniformes azules como el sol.» La presencia de tropas británicas hasta parecía dar una perspectiva diferente al fragor lejano de la artillería. «El estruendo de los cañones se va reduciendo —escribió Louise Mack el 5 de octubre— a medida que los alemanes parecen retroceder cada vez más.» Era una ilusión. Aunque al día siguiente llegó a Ostende una fuerza británica muy superior, de veintidós mil hombres, la decisión del gobierno francés de no enviar tropas, como había prometido, hizo que los británicos dudaran y frenaran su avance.

El 7 de octubre, a últimas horas de la noche, utilizando sus obuses austríacos de 430 milímetros, los alemanes, que hasta entonces se habían concentrado en los fuertes, comenzaron a bombardear la propia ciudad de Amberes. El primer proyectil cayó cerca de la catedral. «Cuando estalló —escribió Louise Mack—, cerré los ojos, apreté las manos y me eché al suelo, al lado de la cama, diciéndome a mí misma: "¡Dios mío, estoy muerta!" Y realmente lo pensaba. La

sensación sonora era tan enorme que parecía pertenecer a una transición entre este mundo y el siguiente. Casi parecía imposible atravesar ese ruido y seguir viva.» La primera persona que murió dentro de la ciudad fue un chaval de catorce años. La segunda, un barrendero que fue decapitado cuando corría a buscar refugio.

El bombardeo fue tan intenso que los defensores no tuvieron medios para contraatacar. Contra los obuses austríacos de 305 milímetros, los cañones navales de 152 milímetros y los obuses de 119 milímetros de los británicos no tenían nada que hacer. Aparte de que la división británica que todavía se encontraba en Ostende no estaba dispuesta a avanzar sin los franceses que, después de haberse detenido en Gante, se negaron a continuar. «Después de que nos fallaran los franceses —escribió Asquith a Venetia el 8 de octubre— y como el ejército de operaciones belga no es de fiar, lo lamento, pero no hay nada que hacer, más que ordenar a nuestros marinos que evacuen las trincheras esta noche.» Asquith, uno de cuyos hijos había estado presente en el sitio, amplió más adelante ese comentario sobre los belgas, diciendo a Venetia: «Los belgas salieron corriendo y hubo que obligarlos a regresar a los fuertes a punta de bayoneta, mientras los alemanes, a una distancia segura de ocho o nueve kilómetros, atronaban con sus impresionantes obuses.» La artillería de sitio siguió bombardeando la ciudad durante todo el 9 de octubre. A la mañana siguiente, después de dos días y dos noches de destrucción, Amberes no pudo resistir más. Dicen que el rey de los belgas (que estaba casado con una hija de un duque de Baviera) disparó el último tiro antes de la rendición.[10]

La prolongada resistencia de Amberes dio tiempo a que la Fuerza Expedicionaria Británica completara el desplazamiento desde su posición al noreste de París, después de la batalla del Marne, hasta Flandes y los puertos del canal de la Mancha. Desde el interior de Amberes, E. Alexander Powell vio pasar marchando a los vencedores en un desfile que duró cinco horas, en el cual participaron sesenta mil soldados alemanes, a los que pasaron revista el gobernador militar, el almirante Von Schroeder, y su comandante, el general Von Beseler. Detrás de las apretadas filas de los soldados de caballería, cabalgando con las lanzas en alto, pasaron los marinos de la división naval alemana, «a continuación los bávaros de azul oscuro, los sajones de azul claro y los austríacos (los mismos que habían manejado con tanta eficacia las grandes piezas de artillería), con su hermoso uniforme gris plata».

Durante el sitio de Amberes murieron cincuenta y siete soldados británicos; a novecientos treinta y seis los hicieron prisioneros de guerra y los enviaron a

campos en Alemania y mil seiscientos se retiraron hacia Holanda, que era neutral, donde quedaron recluidos el resto de la guerra. Uno de los que consiguieron regresar a Gran Bretaña fue Rupert Brooke, que había celebrado el comienzo de la guerra con las siguientes palabras:

Now, God be thanked Who has matched us with His hour,
And caught our youth, and wakened us from sleeping.[11]

«Realmente esta guerra es la mayor locura en la cual han participado nunca las razas blancas —escribió el almirante Tirpitz a su esposa el 4 de octubre—. Nos estamos exterminando los unos a los otros en el continente, para que Inglaterra se beneficie. Además, la pérfida Albión consigue presentarnos ante el mundo como los culpables.» Para los ciudadanos de la Bélgica ocupada, era el dominio alemán lo que resultaba oneroso ese otoño. El 5 de octubre, el gobernador militar, el mariscal de campo barón Von der Goltz, lanzó una proclama anunciando: «En el futuro, los pueblos que estén cerca de los lugares en los que haya líneas férreas y telegráficas destruidas serán castigados sin piedad (sean o no culpables de los actos en cuestión). Teniéndolo en cuenta, se han tomado rehenes en todos los pueblos cercanos a las líneas férreas que corren riesgo de sufrir ese tipo de ataques. Al primer intento de destruir las líneas del ferrocarril, las telegráficas o las telefónicas, serán fusilados de inmediato.»

Era una muestra de la crueldad alemana, que en Gran Bretaña conocían como «pavor». En cambio, cinco días después, Walter Rathenau dirigió una carta a la cancillería, a título personal, en la cual, en medio de toda la locura producida en dos meses de guerra, el encargado de buscar las materias primas esenciales para hacer la guerra proponía una «paz auténtica», que debería basarse, según creía Rathenau, en la evacuación de Bélgica por parte de los alemanes, la reconciliación con Francia y la creación de un sistema económico europeo que reuniera a Alemania, Austria, Francia y Bélgica. Un sistema semejante representaría «una victoria interna que superaría con creces cualquier logro externo». Rathenau señalaba también que «la alianza económica con un país vecino incluía, además, una futura alianza política». Ocho años después, Rathenau convertiría esas ideas en la base de su política como ministro de Asuntos Exteriores y, a consecuencia de ellas, fue asesinado por ultranacionalistas antisemitas.

En Galitzia, el ejército ruso siguió penetrando en Austria y algunos soldados de caballería rusos llegaron incluso a invadir Hungría. «Las perspectivas son ma-

las para los austríacos —comentó el general Max Hoffmann, el 26 de septiembre—. Han ahorrado con su ejército durante veinte años y ahora están pagando las consecuencias.» Pero las provincias rusas de Polonia, que habían sido anexionadas por Rusia en el siglo XVIII, iban siendo invadidas poco a poco, con la colaboración estratégica del propio Hoffmann, por la combinación Hindenburg-Ludendorff y unas batallas de gran intensidad abrían para Polonia la perspectiva de poner fin a casi ciento cincuenta años de dominio ruso. Todavía no estaba resuelta la cuestión de si los nuevos gobernantes, los alemanes, otorgarían a Polonia autonomía o independencia. Los ultranacionalistas alemanes exigían la creación de una zona permanente entre Alemania y Polonia, extraída de territorio ruso, de la cual se deportarían a Rusia dieciséis millones de polacos, a fin de dejar sitio para los colonos alemanes.

Los países neutrales, que observaban el avance diario de la guerra sin perder de vista sus propios intereses y ambiciones nacionales, no imaginaban cuál podría ser el resultado y permanecían como espectadores. Las potencias de la Entente, en su búsqueda de nuevos aliados y nuevos ejércitos, encontraban en los países neutrales una gran resistencia a participar. La Entente tenía mucho interés en Italia, que tenía una frontera en común con Austria y aspiraciones territoriales en el Adriático. Sin embargo, el gobierno italiano se aferraba tenazmente a su neutralidad, que peligró el 10 de octubre, cuando el futuro líder fascista italiano, Benito Mussolini, por entonces un socialista destacado, publicó un artículo en un periódico socialista en el que solicitaba que su partido dejara de lado la postura antibelicista y exhortaba la participación italiana del lado de la Entente. Tenía la esperanza de que la guerra condujera a la revolución y la caída de la monarquía. Para el gobierno francés, deseoso de contar con Italia como aliada, el objetivo último carecía de importancia; lo importante era que una voz influyente pidiera la guerra. Para que las opiniones probélicas de Mussolini alcanzaran la máxima difusión posible, el gobierno francés financió su primer periódico independiente, el *Popolo d'Italia*, proporcionándole fondos todos los meses. Le entregó el primer pago un político socialista francés.[12]

No fue el dinero, sino el patriotismo, lo que impulsó a un teniente de la marina alemana, Karl Lody, a emprender una misión de espionaje en Gran Bretaña, poco después de que estallara la guerra. Viajó desde Berlín con un pasaporte estadounidense falso y estuvo primero en Edimburgo, después en Rosyth y a continuación en Liverpool, desde donde enviaba telegramas a Suecia, un país neutral, sobre los preparativos y las disposiciones navales británicos. Lody informó también sobre las defensas antiaéreas en Londres. El censor británico leyó sus telegramas, le parecieron sospechosos y no los envió. Lo único que

dejó pasar fue su informe sobre el rumor de que en Gran Bretaña había soldados rusos que se dirigían hacia Francia.

Lody fue arrestado el 2 de octubre, cuando se dirigía a la base naval británica de Queenstown. Lo juzgó un consejo de guerra en el ayuntamiento de Westminster y lo condenaron a morir fusilado en la Torre de Londres. La mañana de su ejecución, dijo al oficial que lo custodiaba: «Supongo que no querrá estrechar la mano de un espía», a lo cual el oficial respondió: «No, pero estoy dispuesto a estrechar la mano de un valiente.» Después de la ejecución de Lody, un jefe del servicio secreto británico escribió: «Nunca rechistó ni adoptó una actitud servil, sino que murió como uno quisiera que murieran todos los ingleses: callado y sin dramatismo, armado de valor por la orgullosa conciencia de haber cumplido con su deber.» En Berlín recibió menos elogios. «Hay que reconocer —escribió el maestro de espionaje de Lody— que sus capacidades para desempeñar una labor tan importante eran prácticamente nulas.»

El 3 de octubre, en la carrera hacia el mar, las fuerzas alemanas entraron en la ciudad belga de Ypres. Dos días después tuvo lugar el primer combate aéreo sobre Francia, cuando dos aviadores franceses abatieron un avión alemán, provocando la muerte de los dos tripulantes. El 8 de octubre, el primero de los dieciséis zepelines que fueron destruidos por la aviación británica fue bombardeado en su hangar de Düsseldorf por un piloto británico, el capitán de la Fuerza Aérea Reginald Marix.[13]

El 10 de octubre, al intensificarse la ofensiva hacia el norte, el Cuarto Ejército alemán recibió órdenes de «aislar las fortalezas de Dunkerque y Calais». Ese día, un destacamento de la caballería alemana entró en la ciudad de Lille, en el norte de Francia. Mientras discutían con el alcalde, llegaron soldados de caballería franceses. Se produjo una breve escaramuza y los alemanes se marcharon. Pocas horas después cayó sobre la ciudad la artillería alemana y un avión alemán lanzó una bomba, que provocó la muerte de un niño y un caballo.

El 11 de octubre, comenzó con ahínco el bombardeo de Lille. En dos días, se arrojaron sobre la ciudad más de cinco mil proyectiles y fueron destruidos ochocientos edificios. El 13 de octubre, Lille se rindió. Las tropas alemanas que la ocuparon entonces estaban tan exhaustas por sus esfuerzos previos que muchos se echaron a dormir en el suelo.

Poco a poco, los británicos y los franceses fueron ganando la carrera hacia el mar. El 14 de octubre, las tropas británicas expulsaron a los alemanes de Bailleul. Descubrieron que, en las pocas semanas que había permanecido bajo la ocupación alemana, habían obligado a los campesinos a pagar un impuesto bé-

lico y habían reunido y fusilado a catorce franceses en edad militar. Antes de marcharse, los alemanes habían abierto las puertas del manicomio de la ciudad, con lo cual centenares de pacientes quedaron vagando por el campo sin ninguna ayuda. Muchos fueron hallados muertos junto a las carreteras o en los bosques.

La muerte violenta se había convertido en algo habitual, lo cual provocaba diferentes emociones. Después de que uno de sus mejores amigos muriera al ser alcanzado por casualidad por un proyectil, el 14 de octubre, el general Smith-Dorrien escribió en una carta personal: «Los que entran en la eternidad antes de haber completado su misión son héroes; como tales han de ser considerados y no hay que llorarlos.» Entre aquellos para los cuales se había cavado una fosa el día anterior figuraba un teniente de veintiséis años, Bernard Montgomery, que había quedado tan gravemente herido que se suponía que iba a morir. Cuando avanzaba al frente de su pelotón de treinta hombres contra la aldea de Méteren, le había atravesado el pecho la bala de un fusil alemán. Un soldado que intentó vendarle la herida fue alcanzado y cayó sobre él. Mientras los dos hombres yacían allí, sin poder moverse ninguno de los dos, los alemanes siguieron disparando. Montgomery recibió otro tiro en la rodilla. El soldado murió. Pasaron cuatro horas más hasta que los camilleros pudieron sacar a Montgomery de allí. Estaba inconsciente y lo creyeron moribundo. Comenta uno de sus biógrafos: «Con su característica falta de cooperación, se negó a morir y, cuando la unidad se tuvo que desplazar, tuvieron que llevarlo con ellos.»[14]

El 15 de octubre, los alemanes consiguieron entrar en el puerto belga de Ostende. «Resulta verdaderamente extraordinaria la antipatía que nos tienen», escribió ese día a su esposa el almirante Tirpitz, tras visitar Amberes. Casi toda Bélgica estaba ocupada y habían llegado a Inglaterra decenas de miles de refugiados belgas, lo cual estimulaba el sentimiento antialemán. El 17 de octubre, el *Evening Standard* de Londres publicó el siguiente titular: «Echan al enemigo de los hoteles de Londres» y daba una lista de los hoteles que «hoy han sido declarados oficialmente libres de alemanes y austríacos». Al día siguiente, Thomas Hardy escribió acerca de su sueño bucólico de que los refugiados belgas llegarían a Gran Bretaña con sus campanas y su música:

Then I awoke; and lo, before me stood
The visioned ones, but pale and full of fear;
From Bruges they came, and Antwerp, and Ostend,

No carillons in their train. Foes of mad mood

Had shattered these to shards amid the gear
Of ravaged roof, and smouldering gable-end.[15]

Gracias al esfuerzo supremo de las tropas británicas, francesas y belgas, el avance alemán había llegado al límite. En varios puntos, las unidades alemanas que habían llegado más hacia el oeste eran obligadas a retroceder hacia el este, atravesando otra vez la frontera francobelga. Los británicos recuperaron la población francesa de Armentières. Uno de los que murieron en Armentières el 18 de octubre fue el primo de Churchill, Norman Leslie. «La cada vez mayor conflagración de esta guerra devora todo lo valioso y el fin está lejos —escribió Churchill en un mensaje de condolencia a la madre de su primo, Leonie Leslie—. En pocas semanas de guerra, el ejército británico ha revivido ante el mundo entero las glorias de Agincourt, Blenheim y Waterloo, y allí Norman ha desempeñado un papel.»

También el 18 de octubre, se reconquistó Ypres a los alemanes. Desde allí los británicos planeaban hacerlos retroceder a través de Bélgica, por lo menos hasta llegar a Menin y Roulers. Sin embargo, a pocos kilómetros de distancia por la carretera de Menin y siguiendo la línea férrea a Roulers, los alemanes frenaron el avance británico. Durante el 19 de octubre, el general Rawlinson, que había recibido instrucciones de «avanzar sobre Menin», dudó: según los informes de los pilotos británicos y los refugiados belgas, los alemanes estaban enviando refuerzos a toda velocidad. A apenas veinte kilómetros de Ypres, Menin siguió en poder de los alemanes.

Los soldados alemanes, sobre todo los que seguían detrás de las líneas, confiaban mucho en obtener más victorias. Un soldado alemán al que acababan de enviar al frente escribió el 20 de octubre a su casero de antes de la guerra: «Cuando lleguemos a nuestro destino, le escribiré en seguida y le enviaré mi dirección. Espero que lleguemos hasta Inglaterra.» El soldado era Adolf Hitler. Nueve días después estaría combatiendo.

Decidido a impedir que los soldados alemanes llegaran a Inglaterra y temeroso de que los marinos británicos se resistieran a abrir fuego sobre los transportes de tropas, el 22 de octubre Churchill informó a los funcionarios del Almirantazgo: «Habría que dar órdenes precisas de que todo transporte que se suponga que traslada tropas alemanas a Inglaterra sea hundido con torpedos o cañonazos. No es posible negociar con un transporte en alta mar ni hacer que se rinda.»

Los transportes de tropas alemanas que, al llegar a la costa británica, se rin-

dieran «sin condiciones y de inmediato» podían recibir un trato «tan misericordioso como las circunstancias lo permitan», pero los oficiales británicos serían «responsables de que el enemigo no consiga ninguna ventaja por una cuestión de humanidad». Hasta que los combates no hubieran cesado por completo, no podía tomarse como prisioneros de guerra a los alemanes que nadaran en el agua «de la manera habitual, siempre que eso no afecte la capacidad combativa de las embarcaciones». La posibilidad de una invasión dio lugar a que se tomaran medidas crueles; al final resultó que esas medidas jamás se pusieron en práctica en ninguna de las dos guerras mundiales.

La mañana del 21 de octubre, en la aldea belga de Passchendaele, situada en una colina a mitad de camino entre Ypres y Roulers, los soldados de caballería británicos y franceses salieron de la aldea y se replegaron hacia Ypres. No habían sido atacados, pero buscaban la mayor seguridad que les brindaba la proximidad de una ciudad más grande. Ambos bandos comenzaron a cavar trincheras, uniéndolas en una línea continua, con emplazamientos de ametralladoras, refugios subterráneos, trincheras de comunicación que conducían a la retaguardia y zapas que llegaban lo más cerca posible de la línea del frente enemigo. Los puestos de observación de la artillería, los globos y las patrullas aéreas mantenían la vigilancia, por si se producía algún movimiento a lo lejos. Las líneas de trincheras establecidas entre Ypres, del lado británico, y Menin y Roulers, del lado alemán, el saliente de Ypres, se convirtió en escenario, durante cuatro años, de algunos de los combates más duros de todas las guerras de la historia, si bien en ese momento parecía que las escaramuzas que tenían lugar al este de Ypres no eran más que un momento pasajero en la lucha. «En mi opinión —telegrafió sir John French a lord Kitchener la noche del 21 de octubre—, el enemigo está jugando con energía su última carta y confío en que fracase.»

Esa «última carta» resultó ser bastante más que una serie de escaramuzas de la caballería. Lo que se conoció como la primera batalla de Ypres fue un decidido intento alemán de expulsar por completo a los británicos del saliente, como parte de una estrategia más amplia que pretendía abrirse camino hacia el mar del Norte y la costa del canal de la Mancha.

No sólo en Ypres, sino también más al sur, en Messines y Neuve Chapelle, las unidades alemanas trataron de hacer retroceder a los británicos, entonando canciones patrióticas mientras avanzaban. Pero el magnífico plan de los alemanes no parecía tener visos de éxito. La guerra de movimientos rápidos había llegado a su fin. Se había empezado a combatir por aldeas, colinas, bosquecillos

y carreteras. El 21 de octubre, un artillero alemán, Herbert Sulzbach, que entraba en acción por primera vez, escribió en su diario: «Avanzamos, alcanzamos a ver por primera vez este campo de batalla y tenemos que habituarnos a escenas e impresiones terribles: cadáveres y más cadáveres, escombros y aldeas en ruinas.»

Los soldados de infantería alemanes acababan de apoderarse de la aldea de Prémesques. «Se amontonaban juntos los cuerpos de amigos y enemigos —escribió Sulzbach—. El intenso fuego de la Infantería nos obliga a salir de la posición que hemos tomado y a esto hay que añadir el fuego, cada vez más intenso, de la artillería británica. Nos encontramos en una zona de praderas, llena de reses muertas, donde sobreviven algunas vacas sin dueño. Las ruinas de la aldea asaltada humean todavía. Las trincheras cavadas a toda prisa por los británicos están llenas de cuerpos. También nos echan de esta posición el fuego de la infantería y el de la artillería.»

Esa noche, Sulzbach reflexionaba sobre su primer día de combate. «Cae sobre nosotros una noche espantosa. Hemos visto de golpe demasiadas cosas horribles y el olor de las ruinas humeantes, el mugido del ganado abandonado y el repiqueteo de los disparos de las ametralladoras nos causan una profunda impresión, porque apenas tenemos veinte años, aunque también nos endurecen para lo que está por venir. ¡Es evidente que no queremos esta guerra! Sólo nos estamos defendiendo a nosotros y a nuestra Alemania contra un mundo de enemigos que han hecho causa común contra nosotros.»

El 23 de octubre, después de dos días de combates cuerpo a cuerpo cerca de Langemarck, en el saliente de Ypres, se contaron mil quinientos alemanes muertos en el campo de batalla. En el poblado de Kortekeer cayeron prisioneros más de setecientos alemanes. Con ellos fueron liberados cincuenta soldados británicos que habían sido capturados por los alemanes al comenzar la batalla.

La línea de trincheras comenzaba a adquirir su propia lógica fatal y estática. Si bien se informó al cuartel general del éxito británico obtenido en Kortekeer como un «gran avance», no se hizo ningún intento por continuarlo. Al mismo tiempo, estallaban en las trincheras unos proyectiles rompedores alemanes de alto poder explosivo, que los franceses llamaban *«marmites»* y los británicos, *«coal-boxes»* y *«Jack Johnsons»*, provocando constantemente víctimas aliadas.[16] Las esperanzas alemanas de llegar al mar eran tan vanas como lo eran las británicas de penetrar en Bélgica. La batalla en el saliente de Ypres se había convertido en una lucha por el propio saliente, por una zona que no tenía más

de trece kilómetros de ancho, en su punto más ancho. En Reutel, justo al norte de la carretera de Menin, un batallón del Regimiento de Wiltshire estuvo a punto de ser exterminado el 25 de octubre y sus escasos supervivientes cayeron prisioneros.

Al sur de Ypres, las tropas indias entraron en acción por primera vez en el frente occidental cuando, la noche del 25 de octubre, entre Wytschaete y Messines, repelieron un ataque alemán. Según consta en la historia oficial del Cuerpo Indio en Francia, uno de sus miembros, Sepoy Usman Khan, después de recibir dos disparos de fusil, se negó a abandonar su posición. Sólo se lo llevaron cuando «la astilla de un proyectil le arrancó un buen trozo de carne de las dos piernas». Por su «espléndido ejemplo», le fue concedida la Medalla India al Mérito Distinguido. Los indios habían salido del subcontinente casi exactamente dos meses antes.

El 26 de octubre, el Cuerpo Indio llevó a cabo el primer ataque en el frente occidental. El primero en morir de sus oficiales británicos, el capitán P. C. Hampe-Vincent, se perdió ese mismo día, al igual que nueve de sus hombres. En cuatro días murieron otros cuatro oficiales británicos y cuatro oficiales indios, junto con más de doscientos soldados indios. Ese día, en el saliente de Ypres murieron o fueron enterradas vivas muchas tropas británicas que defendían la aldea de Kruiseecke, justo al sur de la carretera de Menin, cuando la artillería británica disparó desde lejos sobre la aldea, sin saber que estaba en poder de sus propios hombres. El fuego de la artillería alemana había sido casi ininterrumpido durante cincuenta y seis horas. Un historiador militar, Anthony Farrar-Hockley, que estuvo en la guerra de Corea en 1950, ha escrito: «Poco a poco comenzaron a replegarse los hombres de cada uno de los cuatro batallones: los aptos que habían tenido que huir de sus trincheras destruidas y buscaban los restos de sus unidades; los heridos que se dirigían doloridos hacia la retaguardia; los que se recuperaban de la atroz experiencia de quedar sepultados vivos, los afortunados cuyos camaradas los habían buscado y rescatado; los destrozados por el agotamiento y el espanto constante de ver morir y caer heridos a sus amigos y por la creciente convicción de que ellos mismos estaban a punto de morir.»[17]

Alarmado por los informes sobre las «unidades en desorden», sir Douglas Haig, comandante del I Cuerpo, escribió en su diario que «salí a caballo a eso de las tres de la tarde para ver lo que ocurría y me quedé atónito ante los hombres aterrorizados que regresaban». De todos modos, añadió, «algunas unidades de la división permanecían en sus trincheras». Sir John French fue incluso más optimista y esa noche telegrafió a Kitchener que los alemanes eran «bastante incapaces de emprender un ataque intenso y sostenido».

En el cuartel general alemán, el sucesor de Moltke como jefe del Estado Mayor General, el general Falkenhayn, estaba muy decepcionado de que no se hubiera abierto una brecha en la línea británica. Harían falta considerables refuerzos, dijo a sus comandantes el 27 de octubre, antes de que pudiera llevarse a cabo cualquier acción ofensiva decisiva, pero lo estaban intentando. ¿Serían suficientes los refuerzos? Con amargura, Moltke, después de su destitución, escribiría al káiser diciendo que Falkenhayn «no posee las fuerzas interiores de espíritu y alma para organizar y llevar a cabo operaciones de gran alcance».

No obstante, Falkenhayn todavía tenía esperanzas de atravesar las líneas británicas. Ese día, los alemanes intentaron sin éxito, en Neuve Chapelle, disparar proyectiles que contenían una sustancia irritante[18], pero después de matar al oficial al mando y al asistente del batallón británico que defendía la línea, justo al sur de Neuve Chapelle, las tropas alemanas abrieron una brecha en la línea británica.

Fueron combatientes procedentes de lejos, de uno de los batallones indios recién llegados del océano Índico, a través del mar Rojo y el Mediterráneo, los que respondieron al urgente pedido de ayuda para cerrar la brecha. Había oscurecido. Los soldados indios, que no estaban acostumbrados a los terrenos pantanosos ni a su intersección con defensas de alambre de espinos, tuvieron dificultades para llegar hasta la brecha y, cuando lo consiguieron, fueron sometidos al fuego de las ametralladoras alemanas, dirigido por brillantes reflectores.

Con las primeras luces del 28 de octubre, los indios atacaron, entraron en la aldea de Neuve Chapelle, combatiendo casa por casa y cuerpo a cuerpo. A un alemán, temeroso de que, si se rendía, lo matarían de todos modos con la bayoneta, lo consoló un sij, palmeándole la espalda y exhortándolo: «¡No tengas miedo!» No obstante, pocas horas después de ese éxito, un contraataque alemán sostenido expulsó a los indios de la aldea. Mientras retrocedían, fueron atacados con fiereza por los alemanes, con fuego de artillería y con ametralladoras. De los 289 hombres que consiguieron salir de Neuve Chapelle, apenas sesenta y ocho llegaron hasta la carretera desde la cual había comenzado el ataque. Por su valor durante la retirada, Subadar Malla Singh recibió la Cruz Militar; fue el primer oficial indio que la recibió durante la guerra. En los siguientes seis días de combates murieron más de veinticinco oficiales británicos y quinientos oficiales y soldados indios y hubo 1.455 heridos.

Ese día, cuando se reunió en Londres el gabinete, decidió mantener en secreto el hecho de que uno de los acorazados británicos más modernos, el *Audacious*, hubiese sido hundido por una mina alemana frente a la costa septentrional de Irlanda. El argumento principal a favor de mantener el secreto, como

después escribió en su diario la esposa de Asquith, fue que las tropas británicas estaban «muy agotadas» en el frente occidental «y que la noticia del hundimiento, de haber llegado a oídos de los alemanes, los habría animado peligrosamente».[19]

Rápidamente se enviaron entonces refuerzos alemanes a todo el sector británico del frente. La ofensiva alemana comenzó el 29 de octubre, a las 5.30. Dos días antes, habían interceptado un mensaje de radio alemán que indicaba la hora exacta del ataque, pero la artillería británica, limitada por la escasez de proyectiles a nueve disparos por cañón por día, no pudo aprovechar esa información secreta. Durante la batalla, Herbert Sulzbach, cuya batería de artillería estaba camuflada para evitar que la vieran desde el aire, apuntó en su diario: «Los aviones británicos arrojan panfletos que dicen que deberíamos rendirnos. ¡Tendría más sentido si hicieran lo contrario!» En el frente añadió: «Una compañía sajona emprende exclusivamente por su cuenta un ataque muy temerario, que cuesta la vida de casi todos sus hombres.»

Entre las unidades alemanes que entraron en acción por primera vez esa mañana figuraba el Regimiento List, que, durante los combates diurnos a las afueras de Gheluvelt, perdió 349 hombres. «Puedo afirmar con orgullo que los hombres de nuestro regimiento combatieron como héroes —escribió Adolf Hitler a su casero—. Me ascendieron a soldado de primera clase y me salvé casi de milagro.»

Para el general Falkenhayn, la batalla por Gheluvelt fue el preludio fundamental y, según esperaba él, breve a la captura de Ypres y la marcha hacia el mar. Esa noche, el general Von Fabeck emitió una nueva orden del día para las tropas alemanas que tenían que luchar cuando se renovara la batalla, el 30 de octubre, por la mañana: «El gran avance tendrá una importancia decisiva. Debemos conquistar y, por tanto, conquistaremos, resolveremos para siempre el conflicto centenario, pondremos fin a la guerra y asestaremos el golpe definitivo al enemigo que más detestamos. Acabaremos con británicos, indios, canadienses, marroquíes y demás escoria, adversarios flojos que se rinden en masa si se los ataca con firmeza.»

Con tal exhortación, el general Von Fabeck pretendía inspirar a las tropas que habían sido puestas bajo su mando para el ataque crucial. Durante cuatro días participaron (y Hitler entre ellos) en la batalla por Gheluvelt. Los combates fueron muy violentos: un batallón británico, que fue bombardeado de cerca durante veinte minutos, perdió al oficial que estaba al mando y a 275 hombres; los cincuenta y cuatro supervivientes cayeron prisioneros. Todos estaban heridos. Gheluvelt permaneció en poder de los británicos.

Durante la tarde del 30 de octubre, las tropas alemanas atravesaron la línea británica en dirección a Klein Zillebeke. Se enviaron guardias irlandeses para defender la nueva línea. De camino hacia el frente, durante una breve parada, el oficial de una compañía apuntó en su diario: «En el centro de la carretera yacía muerto un soldado de caballería de algún regimiento británico, con su caballo encima, medio muerto también. Pasó una mujer con todos sus enseres más preciados sujetos a sus espaldas y llevando de la mano a dos niños muy pequeños. Ella no se fijaba en nadie, pero vi que los dos pequeños rehuían al muerto.»

Esa noche, los miembros de la Guardia Real Irlandesa que patrullaban la zona vieron la silueta de sus adversarios alemanes «con sus cascos en punta», recortada sobre el resplandor de una granja que ardía, cuando ocupaban sus posiciones para el ataque de la mañana siguiente. «Dos años después —ha escrito su cronista—, nuestros cañones habrían esperado a que se les comunicara por teléfono que el enemigo había completado su formación para borrar a esos batallones de la faz de la tierra. Pero no contábamos con esos cañones.»[20] Esa noche, Foch aceptó enviar tropas francesas para reforzar la línea británica y recomendó a sir John French: «Machaque y siga machacando y conseguirá llegar hasta allí.»

El 31 de octubre, por la mañana, el renovado ataque alemán expulsó a los británicos de Gheluvelt. «Como si fuera poco con los horrores de ese día», ha escrito Farrar-Hockley, un batallón británico se enteró de que sus contrarios alemanes «habían matado a algunos de los heridos a garrotazos y golpes de bayoneta y que habían despojado a todos los prisioneros de su vestimenta, relojes, billeteros y otros objetos». Hubo alguna «violenta represalia eventual», pero en general no era habitual un comportamiento tan brutal. Poco después de mediodía, un proyectil alcanzó el cuartel general británico en el saliente, causando la muerte de un general y de varios oficiales del Estado Mayor. A media tarde, Gheluvelt volvía a estar en poder de los británicos. Pero el comandante en jefe casi había perdido el valor, después de ver el repliegue de centenares de soldados británicos heridos. «Lo único que me queda por hacer es salir y dejar que me maten con el I Cuerpo», dijo esa tarde sir John French a Foch, pero el indómito francés respondió sin titubear: «No debe hablar de morir, sino de ganar.»

Después de prometer que enviaría seis batallones de soldados franceses a la línea británica, Foch puso por escrito sus propios conceptos estratégicos para el comandante en jefe británico: «Es absolutamente imprescindible no retirarse; por consiguiente, los hombres deben atrincherarse en el lugar donde se encuentren y conservar el terreno que ocupan en este momento.» Cualquier mo-

vimiento hacia la retaguardia por parte de «una cantidad de tropas considerable daría lugar a un ataque del enemigo y produciría cierta confusión entre las tropas. Una idea semejante debía rechazarse por completo».

De los ochenta y cuatro batallones de infantería británicos a las órdenes de sir John French, compuestos, tres meses antes, por treinta oficiales y entre 966 y 977 hombres, sólo nueve contaban entonces con entre trescientos cincuenta y cuatrocientos cincuenta hombres. Veintiséis de ellos habían sido tan vapuleados que sólo les quedaban entre doscientos y trescientos hombres, y treinta y uno se reducían a entre doscientos y cien hombres. Dieciocho de los batallones británicos tenían menos de un centenar de soldados. A pesar de tan radical disminución de su capacidad ofensiva, la Fuerza Expedicionaria Británica, con apoyo canadiense, indio y francés, defendió el saliente de Ypres. Entre los oficiales británicos que murieron en el saliente el último día de octubre figura el príncipe Mauricio de Battenberg, que iba al frente de su batallón, atravesando un espacio abierto, cuando le estalló cerca un proyectil. Se despidió de sus hombres y fue trasladado en camilla hacia un hospital de campaña, pero murió antes de llegar. Igual que el káiser, el príncipe Mauricio era nieto de la reina Victoria.

El 1 de noviembre, por la noche, en el flanco derecho de la fuerza británica, donde ésta se conectaba con la francesa, un intenso bombardeo y el fuego de las ametralladoras hicieron retroceder hasta el borde del bosque de Zillebeke a los soldados de la Guardia Real Irlandesa que defendían la línea. Oficiales, camilleros, ordenanzas, hasta los cocineros, cogieron un fusil y se incorporaron a las tropas de la línea del frente. «Era como una línea cerrada de los delanteros en el rugby —recordaba después uno de ellos—. Cada uno era alguien, ya sabes. Si alguien caía, no había nadie que ocupara su puesto.» De los cuatrocientos hombres de ese batallón murieron más de ciento treinta, ochenta y ocho de ellos cuando su trinchera quedó completamente destrozada por el fuego de la artillería alemana.

El 2 de noviembre, las tropas francesas ocuparon el flanco derecho de la línea británica. La ciudad de Ypres, a pesar de encontrarse bajo el fuego de la artillería alemana, continuó en poder de los aliados. Tres días después, los alemanes hicieron un nuevo intento de avanzar hacia la costa, con un ataque al sur de Ypres, a lo largo de las colinas de Wytschaete. Pero la escasez de proyectiles de artillería obligó a reducir la escala del bombardeo preliminar que Falkenhayn pretendía. Entre los soldados alemanes que combatieron cerca de Wytschaete el 5 de noviembre figuraba Hitler. Por su participación en los combates, más adelante le concedieron la Cruz de Hierro de Segunda Clase. «Fue el día más feliz de mi vida —escribió a su casero—. Claro que la mayoría de mis camaradas

que también la habrían ganado estaban muertos.» Más de setecientos de los tres mil seiscientos hombres del Regimiento List habían muerto durante sus primeros diez días de combate.

El 6 de noviembre, una semana después de la muerte de su primo, el príncipe Mauricio de Battenberg, combatiendo contra los alemanes, el propio káiser fue a Warneton, al sur de Ypres, para alentar a sus fuerzas. Fue el primer soberano de la guerra que pensó que su presencia podía dar ánimos a sus hombres. Durante su visita, sin embargo, produjo mala impresión a una división alemana, que lo vio conversar amistosamente, en inglés, con unos prisioneros de guerra británicos a los que escoltaban de regreso del campo de batalla.

Ese campo de batalla se estaba convirtiendo en la sepultura de miles de jóvenes alemanes y británicos. Un oficial británico de diecinueve años, Eric Dorman-Smith, que había sido herido en Mons en agosto, regresó a su batallón la primera semana de noviembre y se quedó atónito ante lo que vio. «Casi resultaba imposible asimilar semejante catálogo de bajas», ha escrito su biógrafa, Lavinia Greacen. El comandante de la primera compañía de Dorman-Smith había muerto en el Aisne el 15 de septiembre. A un íntimo amigo suyo, un excelente atleta de Cambridge, lo había matado un francotirador, cinco días después. También había muerto otro amigo, «el 27 de octubre, en Neuve Chapelle, tras catorce días de combates constantes; también lo había liquidado un francotirador bien situado». En los combates en Neuve Chapelle, el fuego de la artillería había matado a nueve soldados de su compañía. «La pesadilla más reciente era la desaparición del capitán Fletcher, especialista en boxeo, del cual se sabe que murió con otros el 1 de noviembre, aunque nunca se encontró su cadáver.»

El 11 de noviembre, se ordenó a la Guardia Prusiana que tomara el propio Ypres. Precedió su ataque el bombardeo de artillería más intenso que se había producido hasta entonces en la guerra y que se logró gracias a la deliberada reserva de proyectiles durante la semana anterior. Durante un corto período, las tropas alemanas atravesaron la línea del frente británico, pero fueron derrotadas y las obligaron a retroceder. En un momento de la batalla, un batallón británico vio lo que parecía una oleada de tropas alemanas que se acercaba a ellos entre la niebla y el humo. Durante algunos minutos, pareció que las figuras grises no se movían. Después, cuando empezó a desvanecerse la niebla, se dieron cuenta de que no era una línea de enemigos que avanzaban, sino un montón de muertos alemanes, tendidos a través de su frente.

En Dixmunde, al norte de Ypres, un batallón del Tercer Regimiento de

Guardias de Artillería de Campaña, compuesto casi en su totalidad por estudiantes alemanes, penetró en los puestos de ametralladoras franceses que tenían delante, pero fue prácticamente aniquilado. Uno de los estudiantes que sobrevivieron a la dura prueba fue Richard Sorge, de diecinueve años, que después fue periodista alemán en Japón y uno de los mejores espías de Stalin.[21]

La primera batalla de Ypres estaba llegando a su fin. En sus últimas horas, un veterano oficial británico, el brigadier general FitzClarence, que había obtenido la Cruz de la Victoria durante la guerra de los bóers, desilusionado porque parecía imposible reanudar el ataque en el bosque de Polygon, en el que tanto se había combatido, se adelantó para comprobar por sí mismo si se podía hacer algo. Entonces lo mataron de un tiro y se convirtió en una de las últimas bajas de la batalla.

Más de cinco mil soldados británicos y cinco mil soldados alemanes habían muerto en una zona que abarcaba menos de dieciséis kilómetros de norte a sur y ocho kilómetros de este a oeste. La penetración alemana hasta Calais había fracasado. Los británicos permanecieron en Ypres y los alemanes en Menin, presionando sobre Ypres desde tres lados, bombardeándola y esperando, en vano, volverla insostenible. Los dos ejércitos se pusieron a trabajar, construyendo trincheras en la línea del frente, trincheras de comunicación, refugios subterráneos y puntos de resistencia. Entre los dos ejércitos, desde el mar hasta los Alpes, se extendía la tierra de nadie, horadada de proyectiles y escenario de constantes escaramuzas. Ambos ejércitos contaban con el apoyo de una creciente fuerza de artillería, cuyas depredaciones respectivas sólo quedaban inhibidas por la escasez de proyectiles.

Capítulo VI

HACIA LA PRIMERA NAVIDAD: «BARRO, FANGO Y BICHOS»
De noviembre a diciembre de 1914

A medida que los ejércitos del frente occidental se pusieron a ahondar sus trincheras y a extender sus fortificaciones, mientras se dedicaban a dispararse, atacarse y someterse los unos a los otros a un fuego de artillería espasmódico, fue aumentando la distancia entre los peligros y las cargas de la línea del frente y la manera de percibirlos desde las capitales. Refiriéndose a una breve estancia en Londres, en noviembre de 1914, el general Smith-Dorrien recordaba posteriormente: «Me impresionó el hecho de que en Inglaterra la gente no se diera cuenta en absoluto de lo agotadora que era la lucha en el frente, ni de que éramos una línea larga y delgada, sin reservas, que podía atravesarse en cualquier momento. Parecía que sólo tenían la mente puesta en el temor, que a mí me resultaba ridículo, a que invadieran Inglaterra.»

En Gran Bretaña, el reclutamiento para el ejército de Kitchener, los muy publicitados Nuevos Ejércitos, que tenían que incorporarse a la batalla en la primavera de 1915, prosiguió durante todo el invierno de 1914. El 21 de octubre, una caricatura del *Punch*, que después se convirtió en cartel, mostraba al señor Punch diciéndole a un futbolista profesional: «Sin duda, este campo puede darte dinero, amigo mío, pero sólo hay un campo que te puede dar honor.» El 7 de noviembre, un parlamentario laborista, J. H. Thomas (que quince años después fue Secretario de Estado para las Colonias), dijo a un público londinense que, si a miles de jóvenes aptos para incorporarse al ejército les resultaba posible ir a ver partidos de fútbol, «o bien esos jóvenes no comprendían la situación o bien eran cobardes y traidores». Un mes después, un parlamentario conservador, William Joynson-Hicks, formó el primero de dos Batallones de Fútbol, que combatió como el 17.° Batallón en el Regimiento de Middlesex.

En Alemania, ese octubre, el gobierno imperial decidió contrarrestar la hostilidad que había despertado entre los neutrales y los beligerantes la invasión de Bélgica. La forma elegida fue un «Manifiesto al mundo civilizado», firmado por

noventa y tres artistas, poetas, historiadores, filósofos, científicos, músicos y clérigos alemanes. «Libraremos esta guerra hasta el final como una nación civilizada —declaraba el manifiesto—, una nación que ostenta el legado de Goethe, Beethoven y Kant, que no es menos sagrado que la casa y el hogar.» Entre los firmantes figuraban Wilhelm Roentgen, el descubridor de los rayos X, y Max Reinhardt, pionero del teatro moderno. En el título del manifiesto, la palabra alemana utilizada para «mundo civilizado» era *Kulturwelt.* Los enemigos de Alemania lo aprovecharon con entusiasmo para burlarse de la realidad de la *Kultur* alemana, aplicándola a cualquier acto de violencia y atrocidad, a cualquier bombardeo de una población o a la destrucción de una iglesia y a cada acto violento.[1]

Un destacado pacifista alemán, Georg Friedrich Nicolai, catedrático de Fisiología en la Universidad de Berlín y reconocido cardiólogo, elaboró en seguida un contramanifiesto, titulado «Manifiesto a los europeos», un llamamiento a que los intelectuales europeos dieran una respuesta unificada que condujera, una vez terminada la guerra, a una Europa unida: «El primer paso en esa dirección sería que todos los que realmente aprecian la cultura europea se unieran, todos aquellos a los que alguna vez Goethe llamó, proféticamente, "buenos europeos". No debemos perder la esperanza de que su voz, hablando al unísono, se alce, incluso hoy, por encima del choque de las armas, sobre todo si a ellos se suman los que ya gozan de renombre y autoridad.»

Nicolai buscó firmantes entre buena parte de los profesores universitarios de Berlín, pero sólo tres aceptaron. Uno de ellos, Wilhelm Forster, de ochenta años, director del Observatorio de Berlín, también había firmado el manifiesto oficial. Los otros dos, científicos ambos, habían llegado a Berlín hacía poco: Otto Buek, de Heidelberg, y Albert Einstein, de Suiza. Fue la primera incursión conocida de Einstein en el mundo de la política. «Lamentablemente —recordó más tarde Buek—, habíamos sobreestimado el valor y la integridad de los profesores alemanes.»

El propio káiser se había sumado a la campaña para la reafirmación de los valores culturales alemanes y el 25 de noviembre escribió a Houston Stewart Chamberlain, un filósofo racista nacido en Gran Bretaña que se había hecho ciudadano alemán: «En el fondo, estoy convencido de que el país al cual Dios concedió a Lutero, Goethe, Bach, Wagner, Moltke, Bismarck y mi abuelo todavía está llamado a cumplir grandes misiones para beneficio de la humanidad.»

Mientras la guerra terrestre en el norte de Francia se convertía en una confrontación de trincheras y alambre de espinos, en el mar se imponía la tiranía del torpedo en todas las aguas. El 15 de octubre, un submarino alemán, el *U-9*, que

había hundido tres cruceros británicos en septiembre, torpedeó al crucero británico *Hawke* en el mar del Norte: se ahogaron 525 marinos británicos y sólo se salvaron veintiuno. Dos días después, en el mar de la China meridional, un torpedo alemán hundió un crucero japonés, el *Takachiho*, y se ahogaron 271 marinos japoneses. El 26 de octubre, en el canal de la Mancha, un barco de vapor francés, el *Amiral Ganteaume*, fue torpedeado por el submarino alemán *U-24*, que lo confundió con un barco para transportar tropas, y perdieron la vida cuarenta refugiados belgas.

El poder de los submarinos alemanes, sobre todo contra los buques mercantes y los transatlánticos, era considerable, pero en la creciente batalla de ingenio entre los comandantes de los submarinos alemanes y sus adversarios de la Marina Real británica, ese octubre los británicos obtuvieron una preciosa ventaja. El día 13, la Marina Imperial rusa envió a Londres un libro de señales de la armada alemana, procedente del crucero alemán *Magdeburg*, que había encallado en el golfo de Finlandia y había quedado expuesto al cañoneo naval ruso. El alemán encargado de las señales, que estaba a punto de destruir el libro, murió al estallar un proyectil. Cuando los rusos acudieron a recoger su cadáver para enterrarlo, encontraron el libro. Gracias a ese hallazgo, los criptógrafos británicos fueron capaces de comenzar a descifrar laboriosamente los mensajes que enviaba por radio la armada alemana y de localizar a sus adversarios.

En el océano Pacífico, el Escuadrón Alemán del Lejano Oriente, comandado por el almirante Maximilian von Spee, causaba estragos entre los buques mercantes británicos. El 1 de noviembre, frente a las costas de Coronel, se enfrentaron a Von Spee unos buques de guerra británicos, encabezados por los cruceros *Good Hope* y *Monmouth*. Los hundió a los dos y se ahogaron mil quinientos marinos británicos, incluido su almirante, sir Christopher Cradock. Fue la primera gran derrota naval que sufrieron los británicos en cien años, desde que la incipiente armada estadounidense derrotó a una flota británica en el lago Champlain, en 1814. Entre los muertos figuraba un vecino de la familia Callaghan, de Portsmouth. «La noticia tardó unos cuantos días en llegar a Portsmouth —recordó James, que por entonces tenía dos años y nueve meses— y, cuando llegó, tengo un recuerdo muy vívido de ir bien agarrado de la mano de mi madre, cuando fue a ver y consolar a la viuda. Yo era consciente del dolor que se respiraba en esa habitación. Lo que se me quedó grabado para siempre en la memoria fue la imagen de la joven viuda amamantando a su bebé recién nacido.»[2]

Desde el segundo día de la guerra, la Armada Imperial alemana había sembrado minas en el mar del Norte. Colocar minas fuera del límite de cinco kiló-

metros del enemigo era ilegal, según la Segunda Convención de La Haya de 1907, como consecuencia de lo cual, el 3 de noviembre se declaró, con recomendación británica, que todo el mar del Norte debía considerarse «zona militar» británica y que parte de él sería minado. Los barcos neutrales entrarían en el mar del Norte «por su cuenta y riesgo». Si hacían escala en puertos británicos, donde pudieran ser registrados por si llevaban provisiones con destino a Alemania, los escoltarían para que pudieran evitar las minas, después de haberles quitado cualquier cargamento «ilegal».

Los países neutrales más afectados por el bloqueo, Noruega y Suecia, protestaron ante esa violación del derecho internacional por parte de los británicos, pero éstos estaban convencidos de que era «necesario adoptar medidas excepcionales adecuadas a las nuevas condiciones en las que se está librando la güerra» y se mantuvo el bloqueo, con lo cual se negaba permanentemente a Alemania el suministro de productos bélicos y alimentos esenciales. Estados Unidos se negó a sumarse a la protesta contra Gran Bretaña, a pesar de que el gobierno noruego se lo pidió.

Había una diferencia fundamental entre lo que hacían Gran Bretaña y Alemania en el mar del Norte. Mientras que, como consecuencia de la política de minado alemana, volaron por los aires muchos cientos de buques neutrales, el bloqueo británico sólo resultaba peligroso para aquellos barcos que se negaban a hacer escala en puertos británicos. En dos años sólo se hundieron cinco embarcaciones estadounidenses y sólo murieron cuatro ciudadanos de ese país, porque los buques mercantes de matrícula estadounidense se negaban a cumplir el bloqueo británico.

En el frente oriental, las tropas alemanas avanzaban dentro de la Polonia rusa y las tropas rusas penetraban más en la Galitzia austríaca. A medida que los alemanes entraban en las provincias polacas de Rusia, la población local se volvió violentamente contra los judíos que habían vivido entre ellos durante varios siglos y saquearon tiendas, casas y sinagogas. En la zona de los ejércitos rusos, según el embajador francés en Rusia, Paléologue, todos los días ahorcaban judíos, acusándolos de que, en secreto, eran favorables a los alemanes y querían que ganaran. El hecho de que hubiera un cuarto de millón de judíos en el ejército ruso no contribuía a vencer los prejuicios. Centenares de miles de judíos se vieron obligados a huir de sus hogares, en Lodz, Piotrków, Bialystok y Grodno, y de decenas de otras ciudades y pueblos y se echaron a los caminos, llevando consigo los bienes que podían amontonar en carros o en fardos, en dirección al este, hasta encontrar refugio en el interior de Rusia, lejos de la histeria de las zonas de guerra.

En los campos de batalla del frente oriental había todavía más bajas que en los del occidental. El 12 de octubre, Stanley Washburn, corresponsal especial de guerra de *The Times* que acompañaba a los ejércitos rusos, escribió desde la base del hospital de Rovno: «Al pasear por esas salas interminables, llenas de heridos, uno cada vez se impresiona más con lo que es capaz de soportar el ser humano y, además, con los tratamientos médicos modernos, de lo que se puede recuperar. El cuerpo humano es tan delicado que parece increíble que pueda soportar que se le dé un uso tan espantoso y, sin embargo, se recupere y, al final, llegue a estar como nuevo. A un hombre que vimos, un disparo le había atravesado la cabeza. La herida era limpia y, al cabo de dos semanas, casi estaba bien.» Otros soldados que habían recibido disparos en el estómago, la vejiga y los pulmones «se recuperaban con la misma facilidad como si recibir un disparo formara parte de una jornada habitual de trabajo».

Diez días después, desde el campo de batalla de Galitzia, Washburn envió a *The Times* una descripción del campo de batalla. «Por todas partes, desde cada uno de los embudos que se forman después de la explosión de un proyectil, se desparraman los fragmentos de la tela azul del uniforme austríaco, hecha jirones por la fuerza del explosivo; por todo el campo sigue habiendo trozos de brazos, una pierna dentro de una bota o algún otro recuerdo espantoso de un soldado que, fiel a la disciplina, defendía una posición que era un hervidero de proyectiles y metralla que volaban por todas partes.»

En lo que poco antes había sido el campo de batalla, Washburn encontró una cruz y un crucifijo de madera. Un brazo de la figura de Cristo había sido «arrancado por un fragmento de metralla». Clavado a la cruz había un basto cartel de madera con las palabras: «Aquí yacen los cuerpos de 121 guerreros austríacos y cuatro guerreros rusos.»

El 17 de octubre, las fuerzas alemanas en el sur de Polonia, confrontadas por una fuerza muy superior, se vieron obligadas a retirarse. Hubo unidades que llegaron a retroceder hasta cien kilómetros en un solo día, con lo cual los rusos quedaron en una posición que les permitía amenazar el corazón industrial de Alemania: la Silesia. Por un esfuerzo supremo de habilidad logística, Ludendorff y Hoffmann trasladaron el Noveno Ejército alemán, que por entonces miraba hacia el noreste desde Poznan hacia Cracovia, a una nueva posición, mirando hacia el sureste, desde Poznan hacia Thorn, a fin de amenazar la ciudad rusa de Lodz, obligando a las tropas rusas, que entonces estaban situadas para entrar en Silesia, a defender la ciudad amenazada. Fue en ese momento, el 21 de octubre, cuando las tropas polacas, que luchaban a las órdenes de los austríacos, participaron por primera vez en una batalla contra los rusos.

Esa semana, circuló entre las fuerzas austrogermanas del frente oriental el rumor de que París había caído en poder de los alemanes. Cuando se dispersó el rumor, el filósofo Wittgenstein se dejó llevar por pensamientos de desesperación con respecto al resultado de la guerra y al futuro de todos los alemanes. Desde su cañonera fluvial en el frente ruso, escribió el 25 de octubre: «Me hace sentir hoy más que nunca la posición terriblemente triste de nuestra raza: la raza germana. Porque me parece, como si fuera cierto, que no podemos imponernos a Inglaterra. Los ingleses, la mejor raza del mundo, no pueden perder; en cambio, nosotros podemos perder y perderemos, si no es este año, tal vez el próximo. La idea de que nuestra raza vaya a ser derrotada me deprime muchísimo, porque soy totalmente germano.»

No parecieron confirmar unos pensamientos tan pesimistas los siguientes acontecimientos de la guerra, porque a primeras horas del 29 de octubre, lejos del frente oriental, Alemania obtuvo un éxito considerable, que constituyó una nueva carga para Rusia, cuando los dos buques de guerra alemanes, el *Goeben* y el *Breslau*, fondeados frente a las costas de Constantinopla desde mediados de agosto, bombardearon dos de los puertos rusos en el mar Negro, Nikoláiev y Odessa, y arrojaron minas en las rutas de navegación rusas. También hundieron un minador ruso. A continuación, los dos buques de guerra procedieron a bombardear Sebastopol, Feodosia y Novorossiysk e incendiaron alrededor de cincuenta depósitos de combustible y de cereales. Como en los dos buques alemanes ondeaba la bandera turca, con ese breve bombardeo Alemania y Austria consiguieron un aliado contra la Entente. El almirante alemán que comandó la operación, el almirante Souchon, escribió a su mujer: «He metido a los turcos en el barril de la pólvora.»

El bombardeo de los puertos del mar Negro trajo como consecuencia la ampliación inmediata de la guerra, que el Alto Mando alemán estaba convencido que redundaría en su provecho. Las represalias posibles parecían poca cosa, incluso nimias: el 1 de noviembre, los británicos atacaron un minador turco en el puerto de Izmir.[3] Al día siguiente, un crucero ligero británico bombardeó el puerto turco de Al Aqaba, en el mar Rojo. Después de la huida de la guarnición turca, un destacamento de la Marina Real británica desembarcó y voló la oficina de correos. El 3 de noviembre, buques de guerra británicos y franceses bombardearon los fuertes turcos de los Dardanelos. Le dieron a la fortaleza de Sedd-ul-Bahr, situada en la costa septentrional, e hicieron estallar su polvorín. Ese mismo día, las tropas rusas atravesaron la frontera oriental de Turquía.

En respuesta, Turquía declaró la guerra a las potencias de la Entente. No la

pilló desprevenida. En los Dardanelos, hacía más de un mes que un oficial alemán, el coronel Erich Weber, estaba a cargo de las fortificaciones turcas, cerrando la vía fluvial y organizando el minado. Después del breve bombardeo naval británico, los alemanes enviaron a otros cuatro oficiales y a ciento sesenta soldados para acelerar el reforzamiento de las defensas turcas. Se colocaron minas, entre ellas las minas rusas que los turcos habían recuperado del mar Negro, minas francesas recuperadas de Izmir y hasta minas búlgaras que quedaban de la segunda guerra de los Balcanes. La colocación de minas la realizó un oficial de la marina alemana, el capitán Gehl. Soldados de artillería alemanes guarnecían los fuertes de Chanak y Kilidülbahir, el estrecho por el cual tenía que pasar cualquier flota invasora. En Chanak, un oficial de artillería alemán, el teniente coronel Wehrle, instaló ocho baterías de obuses mirando a los Dardanelos.

Con la declaración de guerra de Turquía, un imperio más se había convertido en rehén de las fortunas y las desgracias de la guerra. Por mucho que los alemanes consideraran a Turquía una ganancia para las potencias centrales, los británicos trataron la ampliación de la guerra contra ellos con algo de desprecio. «Es el gobierno otomano, no nosotros —declaró Asquith en el Guildhall el 5 de noviembre—, el que ha dado el toque de difuntos del dominio otomano, no sólo en Europa sino también en Asia.» Dos días después, cuatro mil quinientos soldados británicos e indios, que habían zarpado de Bombay tres semanas antes, desembarcaron en Fao, en el extremo septentrional del golfo Pérsico, en la lejana provincia turca de Mesopotamia. «Aborrezco al turco —apuntó esa semana en su diario la esposa de Asquith— y realmente espero que lo eliminen de Europa. Alemania chantajeó a Turquía hasta que se puso de su lado, pero, salvo por la amenaza a Egipto, dudo que nos moleste demasiado.» Churchill quería trasladar por mar cincuenta mil soldados rusos desde Archangelsk o Vladivostok para atacar a los turcos en la península de Gallípoli. «No hacen falta más operaciones militares —escribió a sir Edward Grey—. No cabe duda de que habría que pagar un alto precio para tomar Gallípoli, pero así se acabaría la guerra con Turquía. Un buen ejército de cincuenta mil hombres y el poderío naval acabarían con la amenaza turca.»

No se emprendió ninguna acción militar en Gallípoli ese invierno. Cuando se interrogó a los rusos, se obtuvieron informes inquietantes acerca de que ochocientos mil reclutas estaban dispuestos a ir al frente, pero que no había fusiles para equiparlos y que los oficiales rusos se quejaban de que sus hombres «podían vivir de lo que recogían en cada lugar (patatas y nabos congelados); podían soportar la escarcha, pero las municiones no crecían en el campo». Churchill

sugirió que Grecia podía «emprender un ataque a Gallípoli en nombre de los aliados», pero los griegos, a pesar de los designios sobre Constantinopla que albergaban desde hacía tanto tiempo, no estaban dispuestos a enviar tropas contra Turquía, divididos entre la tendencia a favor de la Entente de su primer ministro, Venizelos, y la aparente inclinación progermana del rey Constantino, cuya esposa, Sofía, era hermana del káiser. Sólo en Mesopotamia, los turcos hicieron frente a un ataque militar ese mes: las tropas británicas e indias que habían desembarcado en Fao el 7 de noviembre ocuparon Basora y, dos semanas después, llegaron a Kurna, en la confluencia del Tigris y el Éufrates. Habían muerto cinco militares británicos, sesenta indios y trescientos turcos. Habían sido tomados prisioneros más de mil turcos, que los británicos conocían como «cogedlos vivos». Una de las partes más remotas del imperio otomano se encontraba bajo control británico y se había evitado cualquier amenaza turca a los pozos petrolíferos británicos de Abadán.

En Constantinopla, donde la embajada británica constituía y sigue constituyendo hoy día un monumento impresionante al poder y la influencia victorianos, Betty Cunliffe-Owen, esposa del agregado militar, presenció una escena sin precedentes: «En el jardín de la embajada ardía una enorme hoguera en la que se fueron quemando lentamente, a la vista del embajador y sus secretarios, los documentos y registros de los logros británicos en Turquía durante más de un siglo. Fue la pira funeraria de la desaparición del poder inglés en el imperio otomano.»

En un país neutral como Suiza, el líder bolchevique ruso exiliado Vladimir Lenin observaba cómo se extendía el conflicto. «Ha comenzado la era de las bayonetas», escribió, a partir de la cual, predijo, surgiría una guerra civil entre clases, preludio de una revolución y del triunfo de la clase obrera. Una huelga de un día en Petrogrado, el 12 de noviembre, no fue más que una pequeña previsión de los objetivos bolcheviques. Pero fue más siniestro para la estabilidad de Rusia el descubrimiento, por parte de la policía zarista, de células bolcheviques en varias unidades del ejército, sobre todo entre los batallones de ferroviarios de los cuales dependía la protección de las comunicaciones del ejército ruso.

En Alemania, el pequeño grupo de intelectuales encabezados por Georg Nicolai lanzó, el 16 de noviembre, una Nueva Liga Patria, una campaña a favor de «alcanzar en seguida una paz justa, sin anexiones» y de establecer, después de la guerra, una organización internacional que tuviera por objeto prevenir guerras futuras. Einstein fue uno de los fundadores de la Liga y uno de sus par-

tidarios activos. Cincuenta años después, recordaba una de las asistentes a las reuniones de la Liga, la doctora Franziska Baumgartner-Tramer, que cuando Einstein hablaba «lo hacía siempre con gran pesimismo acerca del futuro de las relaciones humanas». Comentó que «en una ocasión, logré acercarme a él, cuando estaba deprimida por las noticias que llegaban de una victoria alemana tras otra, con la consiguiente arrogancia y alegría de los berlineses. "¿Qué va a ocurrir, *Herr* Profesor?", le pregunté, inquieta. Einstein me miró, levantó el puño derecho y respondió: "¡Esto va a gobernar!"»

El 18 de noviembre, las fuerzas alemanas reasignadas al frente oriental llegaron hasta la ciudad de Lodz y casi la rodearon: los ciento cincuenta mil soldados rusos que defendían la fortaleza tuvieron que enfrentarse a doscientos cincuenta mil alemanes. Cuando el veterano general ruso ordenó la retirada para evitar que los rodearan por completo, el tío del zar, el gran duque Nicolás, comandante en jefe de las fuerzas rusas, dio contraorden.

La batalla por Lodz alcanzó proporciones gigantescas. Hubo un momento en que tres divisiones alemanas que estaban en peligro de verse rodeadas huyeron de la trampa rusa, llevándose consigo a dieciséis mil soldados rusos a los que habían tomado prisioneros y sesenta y cuatro cañones pesados que habían capturado. Durante la fuga murieron mil quinientos soldados alemanes. Los refuerzos alemanes, pedidos de urgencia al frente occidental, llegaron con demasiada lentitud para poder aprovechar la turbación de los rusos. Alemania, entusiasmada ante la perspectiva de una victoria mayor incluso que la de Tannenberg, fue incapaz de conseguirla. «La masa colosal que [los alemanes] habían intentado hacer retroceder apenas se retiró un corto trecho y después permaneció inmóvil —escribió un historiador—. Flaquearon las energías de ambos ejércitos, desgastados por las derrotas, los combates y el espantoso terreno pantanoso; las heladas se volvían más intensas, con vientos glaciales, y por la noche la temperatura descendía a unos doce grados bajo cero. La proximidad del invierno extendió su mano paralizadora sobre la actividad tanto de los alemanes como de los rusos.»[4]

Por la victoria en Lodz nombraron a Hindenburg mariscal de campo. Más al sur, el agregado militar británico ante los ejércitos rusos, el coronel Knox, desanimado, escribió en su diario el 25 de noviembre: «Me temo que hemos perdido de vista, en Rusia, la necesidad de reponer rápidamente las bajas como consecuencia de las impresionantes pérdidas que se producen en la guerra moderna y, si tenemos que avanzar en invierno, tendremos el triple de bajas.»

El invierno aportaba sus propios terrores a todos los ejércitos contendientes. «Hemos perdido varios hombres que murieron congelados en las trinche-

ras por la noche», apuntó Knox. El diario de un oficial austríaco capturado «revelaba que un oficial y seis hombres de su compañía habían muerto congelados la misma noche». En las líneas rusas se habían dado órdenes de proporcionar a los hombres té caliente, pero un comandante ruso le dijo: «Esas órdenes son fáciles de escribir, pero difíciles de cumplir, cuando no pasa un día sin que caiga herido uno de los ordenanzas que llevan la comida de los oficiales a las trincheras.»

En el frente austríaco, las tropas rusas pasaron brevemente por la Silesia austríaca y por segunda vez entraron en Hungría. El 26 de noviembre, el general Conrad, sabiendo que las minorías nacionales del imperio querían aprovechar la debilidad de Austria, propuso que se estableciera un gobierno militar en Bohemia, Moravia y Silesia; la propuesta fue rechazada, sin embargo, por Francisco José, que confiaba en que la agitación de la guerra no debilitaría su imperio multinacional. Pero Conrad, al trazar sus planes militares, no podía dejar de tener en cuenta que no siempre se podía contar con que las unidades eslavas, ya fueran polacas, checas, eslovacas, eslovenas o croatas, dieran lo mejor de sí mismas cuando se enfrentaban a las tropas rusas.[5]

Se produjo un momento de pánico en Viena, el 28 de noviembre, cuando llegó la noticia de que las tropas rusas estaban a menos de trece kilómetros de Cracovia, la capital de la Polonia austríaca. Pero en una batalla que duró diecisiete días, cerca de Limanowa, el Cuarto Ejército austríaco derrotó a los rusos y los empujó hacia el este. Al comenzar la batalla de Limanowa, el Tercer Ejército austríaco expulsó a las tropas rusas de la población de Bartfeld, en el norte de Hungría, los echó de los Cárpatos y, en dos semanas, había recuperado el estratégico paso de Dukla. Era el fin de la amenaza militar a Austria-Hungría.

Rusia comenzó a buscar más tropas y a pedir ayuda a los británicos, para que le enviaran piezas de artillería y municiones, pero dicha ayuda sólo fue comercial: a lo largo de dos años, Gran Bretaña vendería a Rusia mil aeroplanos y motores para aeroplanos, doscientos cincuenta cañones pesados, veintisiete mil ametralladoras, un millón de fusiles, ocho millones de granadas, sesenta y cuatro mil toneladas de hierro y acero, doscientas mil toneladas de explosivos y dos mil quinientos millones de balas.

La movilización de estudiantes rusos, ordenada el 1 de diciembre, al tiempo que aumentaba la cantidad de hombres en las fuerzas armadas, también brindó acceso al ejército a los organizadores de los estudiantes bolcheviques. Más adelante, ese mismo mes, la policía de Siberia oriental informó a Petrogrado que los soldados que viajaban en el ferrocarril transiberiano eran sometidos a propaganda antibelicista. En la propia Petrogrado, informó el jefe del Es-

tado Mayor del Sexto Ejército ruso, unos civiles no identificados se acercaban a los soldados heridos que eran trasladados a la capital desde el frente y, «con el pretexto de la simpatía, entablaban conversación con ellos, al final de la cual trataban de entregarles panfletos que, al ser examinados, resultaban ser proclamas que pedían el final de la guerra». El 21 de diciembre, el comandante del Primer Ejército ruso informó de que, con la llegada de los reservistas, «se han observado indicios de propaganda socialista»; estaba tomando medidas para aplastar dicha propaganda.

En busca de aliados contra los turcos, el 30 de diciembre, el zar visitó el frente del Cáucaso y dijo al jefe de la iglesia armenia que «a los armenios les espera un futuro brillantísimo». Con esas palabras puso en peligro el destino de cientos de miles de armenios, ya que Turquía vio en su propia numerosa minoría armenia la fuente de una actividad quintacolumnista, de traiciones y deslealtades, y no hizo nada para apagar los sentimientos antiarmenios. Otra minoría que corría peligro en dos zonas bélicas eran los judíos. En octubre, el pueblo ruso, buscando cabezas de turco para los éxitos de los alemanes en la Polonia rusa, se había vuelto despiadadamente contra los judíos en Vilna, Grodno y Bialystok, y se aseguraba a los soldados rusos que, «de no ser por los judíos (traidores), el ejército prusiano habría quedado totalmente aniquilado». En diciembre, el recién nombrado comandante militar turco de Palestina, Jemal Pasha, reunió a quinientos inmigrantes rusos de origen judío y ordenó su deportación por mar de Jaffa a Egipto. Arthur Ruppin, un sionista nacido en Alemania, trató de interceder en su favor, pero fue inútil, y escribió en su diario: «En el puerto, esa noche, tuve que ver cómo metían en el barco, en medio de un desorden infinito, a familias enteras, con las pertenencias que habían recogido a toda prisa... ancianos, madres y criaturas.»

El patriotismo turco de Jemal Pasha lo llevó a descuidar a sus aliados potenciales. De vuelta de Constantinopla, había pasado por Beirut, donde hizo ahorcar a unos cuantos dirigentes del movimiento nacionalista árabe. En Jerusalén encontró a un montón de sionistas que, después de incorporarse al comité local de otomanización, habían obtenido autorización para reclutar una milicia judía para ayudar a defender Palestina contra la Entente. Pasando por alto ese gesto, Jemal disolvió la milicia, anunció que quienes tuvieran en su poder documentos sionistas serían condenados a muerte y expulsó de Palestina a dos de los principales partidarios sionistas del comité de otomanización: David Ben Gurión e Isaac Ben Zvi. Los dos fueron esposados y puestos a bordo del barco en Jaffa con una nota del gobernador del puerto: «Desterrados para siempre del imperio turco.» Al cabo de pocas semanas iban camino de América, para reu-

nir a los sionistas a favor de la Entente y para contribuir a reclutar tropas para una legión específicamente judía, dentro de las fuerzas de la Entente.[6]

Estados Unidos mantenía una neutralidad estricta en el conflicto europeo, pero esa neutralidad no era obstáculo para los aspectos comerciales y lucrativos de la guerra, sino que, de hecho, los estimulaba. En Londres, el 3 de noviembre, Churchill acordó con Charles Schwab, jefe de la Siderurgia Bethlehem, que Gran Bretaña compraría ocho cañones de 355 milímetros necesarios para los monitores que acababa de encargar. La Siderurgia Bethlehem estaba fabricando esos cañones para un crucero de batalla griego que se estaba construyendo en Alemania. Cuatro días después, dos empresas estadounidenses aceptaron un pedido de doce hidroaviones para el Almirantazgo británico, cuatro de los cuales se construirían en Buffalo y ocho en Long Island. Los primeros de una creciente ola de materiales de guerra habían comenzado a emprender el viaje a través del Atlántico, hacia Gran Bretaña y Francia. A continuación vendrían los submarinos, encargados por Gran Bretaña y transportados por barco a través del Atlántico, en el mayor secreto.

La guerra en el mar no ofrecía tregua. El 9 de noviembre, en el océano Índico, en la primera acción bélica en la que participó jamás un barco de guerra australiano, el crucero *Sydney* hundió la lancha de asalto alemana *Emden*. En las siete semanas que llevaba de viaje, la *Emden* había capturado ocho buques mercantes aliados desarmados y había hundido quince, enviando al fondo del mar cargamentos de carbón, té, caucho, ganado y hasta caballos de carrera. En el puerto de Penang había hundido un crucero ruso y un destructor francés. Al llegar a la isla de Diego García, en octubre, le había dado la bienvenida un residente francés, que les regaló huevos y hortalizas frescos; no tenía idea de que había estallado la guerra dos meses antes y se quedó satisfecho con la explicación de que el aspecto bélico del barco se debía a que formaba parte de unas «maniobras navales mundiales» en las que participaban Alemania, Francia y Gran Bretaña.

En el combate en el cual fue destruida la *Emden* murieron 134 miembros de su tripulación. Su capitán, Karl von Müller, fue elogiado en los periódicos británicos por haber manifestado «caballerosidad al tratar a las tripulaciones y los pasajeros de las embarcaciones capturadas». «Si todos los alemanes hubiesen combatido tan bien como el capitán de la *Emden* —escribió *The Times*—, el pueblo alemán no sería ahora tan vilipendiado en todo el mundo.»

El 26 de noviembre, mientras cargaba municiones en Sheerness, el acorazado británico *Bulwark* quedó destruido por una explosión interna y murieron 793

marinos. Sólo hubo doce supervivientes. El 8 de diciembre, en el Atlántico sur, el almirante Von Spee se preparaba para atacar las islas Malvinas. Las fuerzas navales británicas, con el almirante Sturdee al mando, lo rechazaron; en la batalla naval se hundieron cuatro buques de guerra alemanes y murieron dos mil cien marinos alemanes. Sólo hubo diez muertos británicos. Ocho días después, cuatro cruceros de batalla alemanes bombardearon las poblaciones de Scarborough, Whitby y Hartlepool, en la costa oriental de Gran Bretaña, mataron a cuarenta civiles e hirieron a varios centenares.

El bombardeo alemán de las tres poblaciones costeras británicas proporcionó a Gran Bretaña una victoria propagandística. A partir de entonces se describió a los alemanes como los «asesinos de los bebés de Scarborough». También supuso un choque para Gran Bretaña, ya que era la primera vez que morían civiles en Gran Bretaña como consecuencia de una acción del enemigo desde 1690. Una estudiante de dieciséis años, Winifred Holtby, que estaba en la escuela cuando cayeron los primeros proyectiles, escribió su versión del ataque: «Justo cuando atravesábamos la verja, estalló otra bomba bastante cerca —escribió a una amiga— y nos dieron la orden: "¡Corred!" y echamos a correr. Y corrimos bajo el cielo de las primeras horas de la mañana, por la carretera embarrada y desigual, con ese ruido ensordecedor en los oídos, cuyo eco resonaba incluso cuando dejaban de disparar por un instante... el silencio nunca duraba más; corrimos, aunque nuestros pies, calzados a toda prisa, resbalaban sobre la carretera embarrada. Flotaba sobre la ciudad un manto de humo denso, amarillo, irreal, que daba al lugar el aspecto de una ciudad de ensueño, lejana, muy lejana. Lo único real eran la carretera y el dolor que nos oprimía el pecho... no era miedo, sino algo inexplicable que hacía daño y, sin embargo, de alguna extraña manera, no resultaba del todo desagradable.»

Al mirar hacia atrás, poco después, Winifred Holtby oyó «el rugido de un cañón y en seguida hubo un estrépito y una espesa nube de humo negro envolvió una de las casas de Seamer Road; brotó una breve llamarada roja». Según los rumores que llegaban del pueblo, los alemanes habían aterrizado. A su regreso, dos horas después, Winifred Holtby añadió su «ferviente esperanza de que Inglaterra no vuelva a sufrir nunca más como ese espantoso 16 de diciembre de 1914, pero, si volviera a ocurrir, que yo esté presente para verlo».

En la incipiente guerra en el aire, aunque a pequeña escala, se produjeron varios cambios importantes a medida que 1914 se acercaba a su fin. El 21 de noviembre, tres aviones británicos realizaron el primer bombardeo aéreo a larga distancia de la guerra, cuando volaron desde la población francesa de Belfort

hasta los hangares de los zepelines alemanes en Friedrichshafen, a orillas del lago Constanza, con cuatro bombas cada uno. Estropearon un zepelín y destruyeron un depósito de hidrógeno. Un aviador británico que tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia fue atacado por civiles alemanes y sufrió graves heridas; tuvieron que rescatarlo unos soldados alemanes. Dos días después del ataque en Friedrichshafen, se formó el primer grupo de bombardeo francés. El 1 de diciembre, se instalaron por primera vez equipos de radio en los aviones alemanes, para que pudieran sobrevolar la línea del frente e informar sobre la localización de las unidades de artillería del enemigo y los movimientos de sus tropas. Ese tipo de tareas de reconocimiento se convirtieron en una característica importante de la guerra en el aire. También faltaba poner a prueba nuevos artilugios: el 6 de diciembre, una flecha de metal arrojada desde un avión francés hirió mortalmente a un general alemán montado a caballo.

En los Balcanes, el 1 de diciembre, Austria cumplió su propósito de ocupar Belgrado. Se cumplió así lo que cinco meses antes podría haber sido el único objetivo para hacer la guerra en Europa. Sin embargo, los serbios siguieron combatiendo con tesón y dos semanas después recuperaron Belgrado. Cayeron prisioneros más de cuarenta mil soldados austríacos y se capturaron 133 cañones pesados. Al entrar en Belgrado, los serbios encontraron diez mil prisioneros de guerra serbios y un millar de caballos, que los austríacos habían abandonado al retirarse.

Ese invierno, recorrió Serbia un corresponsal de guerra estadounidense, John Reed. Comenzó su viaje en la ciudad septentrional de Nis, donde vio «soldados con sucios harapos, los pies envueltos en trapos; soldados cojeando, tambaleándose sobre muletas, sin brazos, sin piernas, que habían sido dados de alta de los hospitales abarrotados, todavía amoratados y temblando por el tifus. Porque el tifus había arrasado la ciudad, donde vivían entre seis y diez personas en una habitación, hasta que por todas partes ondeaban las banderas negras, en largas vistas siniestras, y las ventanas de las cafeterías estaban cubiertas de papeles negros con avisos fúnebres».

Viajó a Belgrado y visitó la universidad, que era una «masa de enormes ruinas», y explicó: «Los austríacos la habían convertido en un blanco especial, porque había sido el caldo de cultivo de la propaganda panserbia y allí estaban los estudiantes que formaron la sociedad secreta cuyos miembros asesinaron al archiduque Francisco Fernando.»

Reed emprendió el viaje a Sabac, donde a él y a un artista que lo acompañaba les hablaron de las atrocidades cometidas por los austríacos durante su breve ocupación. «Los soldados se lanzaron sobre la ciudad como bestias salvajes e in-

Foto de un restaurante alemán en 1912, la *Belle Époque* anterior a la primera guerra mundial. (Archivo Arlanza.)



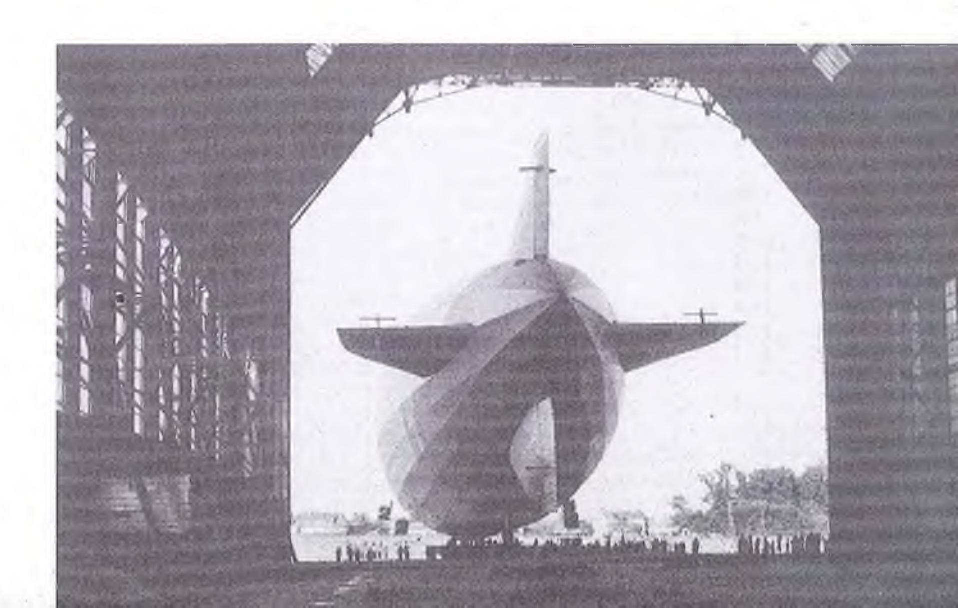


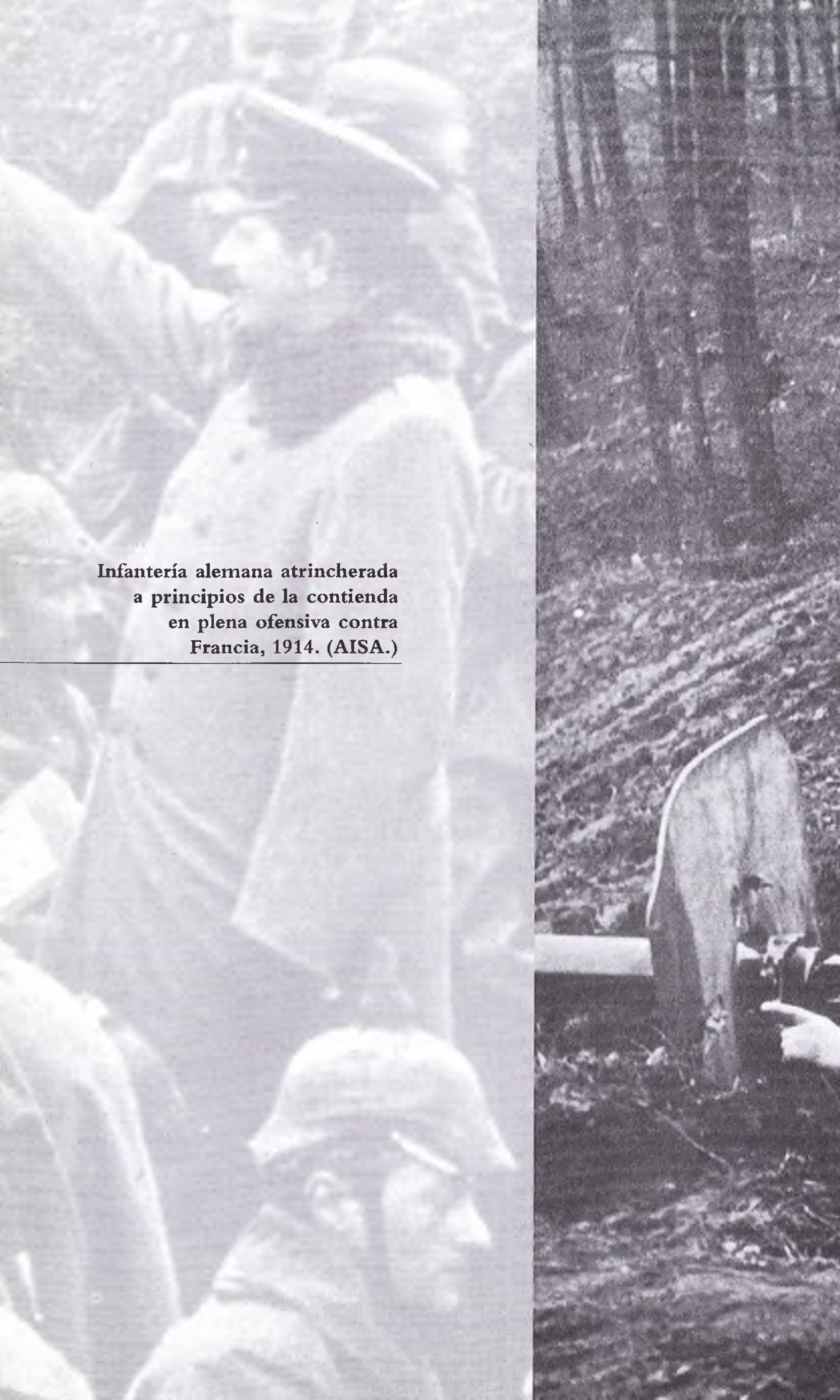
Retrato del káiser Guillermo II de Alemania. (AISA.)

Detención de Gavrilo Princip el 28 de junio de 1914 tras asesinar al archiduque Francisco Fernando, heredero al trono imperial de Austria-Hungría, y a su esposa, la duquesa de Hohemberg, en Sarajevo. Este magnicidio precipitó la guerra. (AISA.)



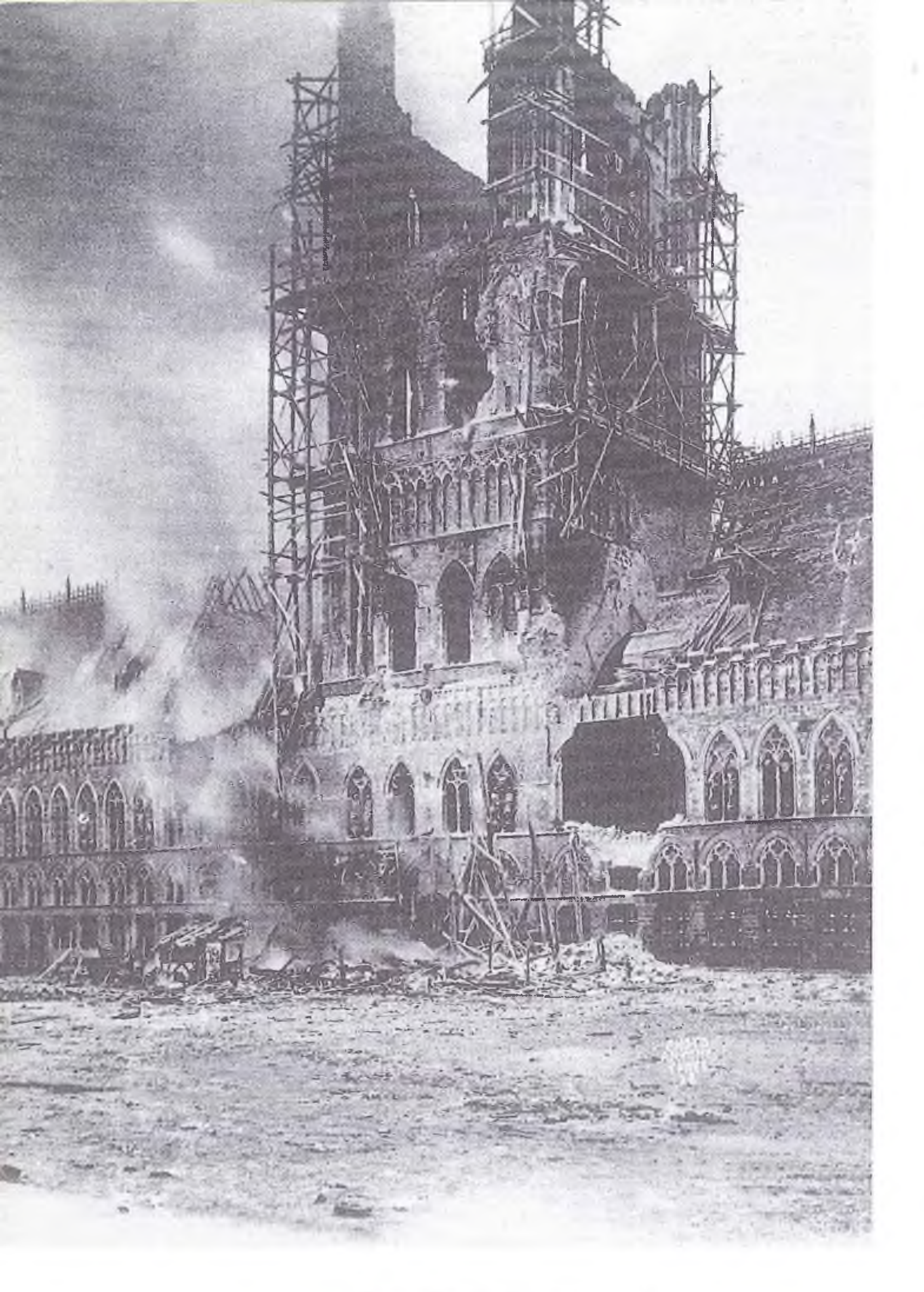
Un dirigible alemán saliendo de su hangar. Estas enormes máquinas voladoras fueron utilizadas como bombarderos por los alemanes durante toda la guerra, aunque pronto se mostraron frágiles ante los modernos cazas. (Archivo Arlanza.)



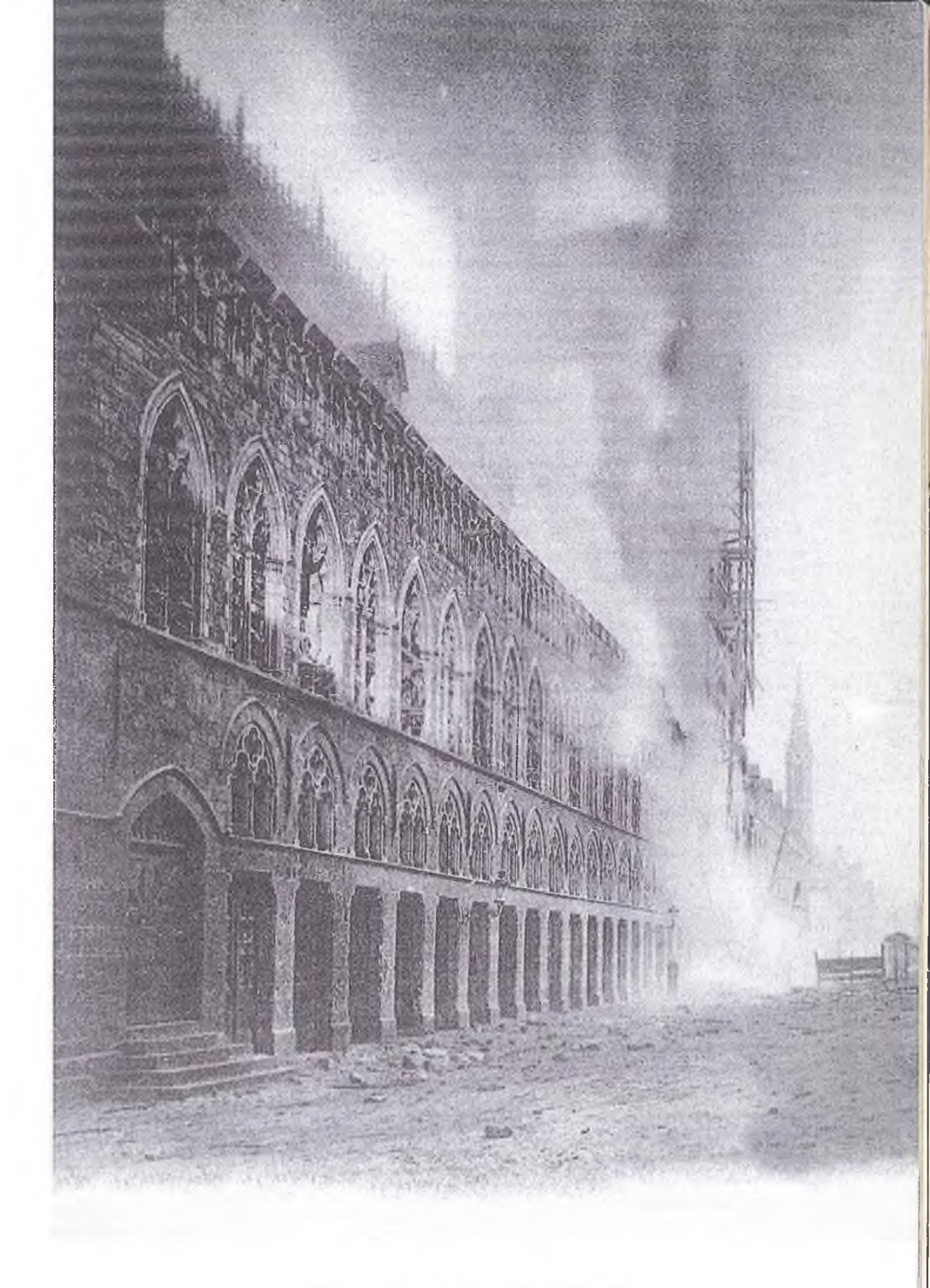


Infantería alemana atrincherada a principios de la contienda en plena ofensiva contra Francia, 1914. (AISA.)





Incendio de la lonja de Ypres, edificio gótico que sobrevivió durante siglos pero que fue completamente destruido durante la primera batalla de Ypres entre británicos y alemanes, el 22 de noviembre de 1914. (Archivo Arlanza.)



Otra perspectiva de la lonja de Ypres destruida el 22 de noviembre de 1914. También cayó en esa batalla la mayor parte de la Fuerza Expedicionaria Británica que tuvo que ser recompuesta, por primera vez en el ejército británico, por conscripción. (Archivo Arlanza.)



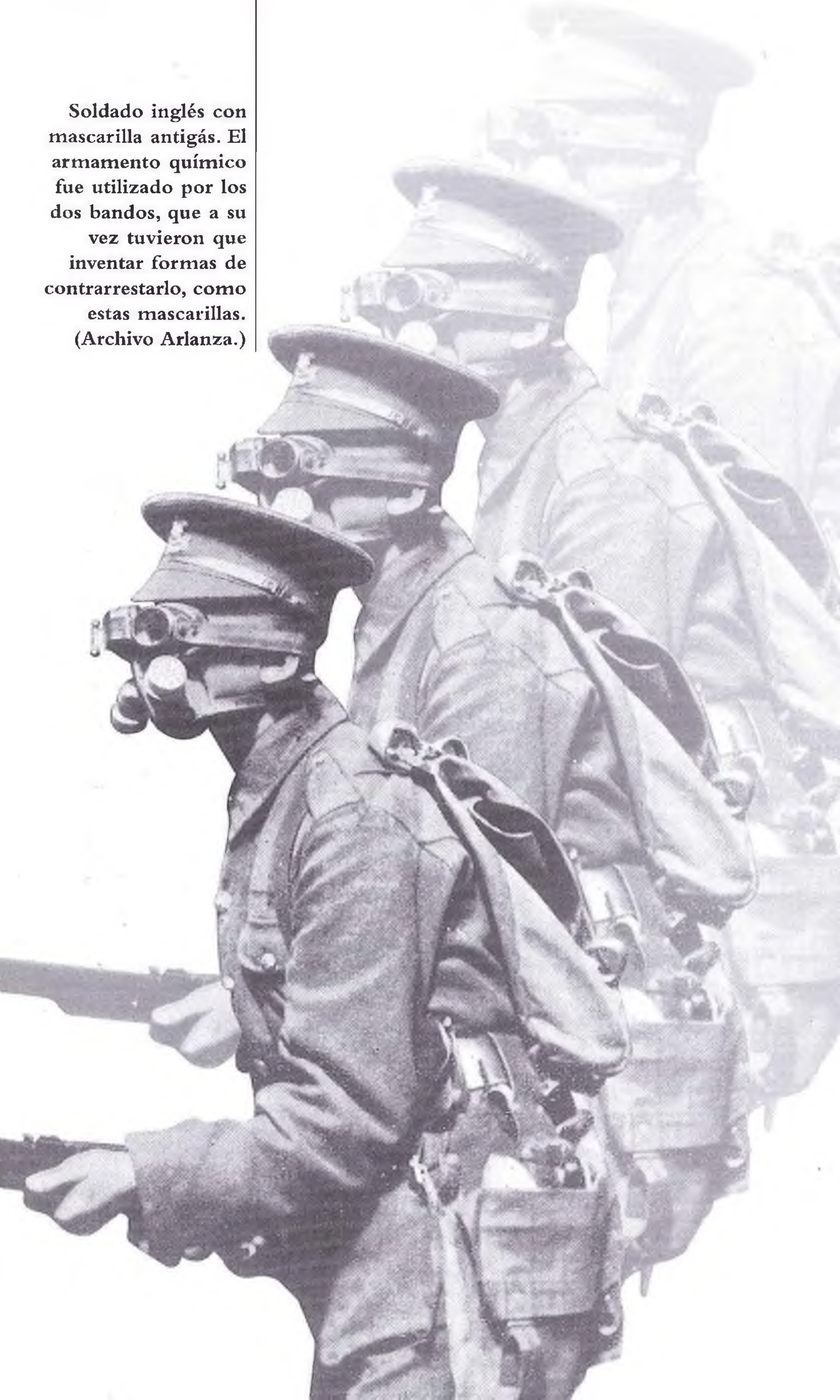
Soldados del ANZAC conducen a prisioneros turcos durante la batalla de Gallípolí (1915). La invasión de la península de Gallípoli en la Turquía europea, primer desembarco de la historia, se saldó con un rotundo fracaso aliado y con la dimisión del primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, promotor de la ofensiva. (AISA)



Soldados escoceses heridos en Saint-Quentin, 1914. (Archivo Arlanza.)



Soldados indios del ejército británico defendiendo unas trincheras en el frente occidental. En noviembre de 1915 la mayor parte de las tropas indias fueron trasladadas a Mesopotamia, aunque algunas unidades permanecieron en Francia. (AISA.)



Soldado inglés con mascarilla antigás. El armamento químico fue utilizado por los dos bandos, que a su vez tuvieron que inventar formas de contrarrestarlo, como estas mascarillas. (Archivo Arlanza.)

Unidad de artillería de campaña alemana en 1915. (Archivo Arlanza.)





Una columna francesa de artillería pesada se dirige al frente. Los bombardeos de artillería de forma masiva fueron una constante en los combates de trincheras, aunque su efectividad era relativa. (AISA.)



Soldados británicos con una Vickers Machine llevan aparatosos cascos PH utilizados para defenderse de ataques con gas fosgeno. (AISA.)

cendiaron, saquearon y violaron. Vimos el Hotel d'Europe, destruido por dentro, y la iglesia ennegrecida y mutilada en la que encerraron a tres mil hombres, mujeres y niños, sin alimentos ni agua, durante cuatro días, al cabo de los cuales los dividieron en dos grupos: enviaron a uno a Austria, como prisioneros de guerra, y al otro lo obligaron a marchar delante del ejército, camino al sur, a enfrentarse con los serbios.»

Enseñaron a Reed una fotografía tomada en la aldea de Leknica, «en la que aparecían más de un centenar de mujeres y niños encadenados, asomando la cabeza». Su libro, publicado en 1915, confirmó a sus lectores aliados la barbarie de las potencias centrales.[7]

Hacia finales de noviembre, estando en Londres, Winston Churchill se enteró de la muerte en combate de su gran amigo Hugh Dawnay. También recibió una carta de otro gran amigo, parlamentario como él, Valentine Fleming, que prestaba servicio en el frente occidental y pretendía describir lo que veía. «Lo primero y lo más impresionante —escribió Fleming— eran los estragos totalmente indescriptibles que causaba el fuego de la artillería moderna no sólo en todos los hombres, animales y edificios que estaban a su alcance, sino en el rostro mismo de la propia naturaleza. Imagina una franja, de unos dieciséis kilómetros de ancho, más o menos, que se extiende desde el canal de la Mancha hasta la frontera alemana, cerca de Basilea, totalmente cubierta de cadáveres y escarificada por sus toscas tumbas; en ella, las granjas, las aldeas y las cabañas son pilas informes de mampostería ennegrecida; en ella, los campos, las carreteras y los árboles están marcados, rotos y retorcidos por los proyectiles y desfigurados por caballos, vacas, ovejas y cabras muertos, dispersos en todas las actitudes de asquerosa distorsión y descuartizamiento.» En esa zona, tanto el día como la noche resultaban «espantosos por el choque, el silbido y el rugido incesantes de proyectiles de todo tipo, por las siniestras columnas de humo y llamas, por los gritos de los heridos, por el lamento lastimero de todo tipo de animales, abandonados, muertos de hambre, heridos tal vez».

A lo largo de ese «terreno de muerte», se extendían dos líneas más o menos paralelas de trincheras, a una distancia de entre ciento ochenta y novecientos metros, en las cuales, explicaba Fleming, «se agazapan hileras de hombres vestidos de marrón, gris o azul, cubiertos de barro, sin afeitar, con los ojos hundidos por la tensión permanente, incapaces de responder a la incesante serie de proyectiles que les arrojaban desde seis, siete, ocho o más kilómetros de distancia, que preferirían sin duda un ataque de infantería que les llegara por un flanco u otro, porque les brindaría la oportunidad de enfrentarse y responder a unos

atacantes humanos, en lugar de a máquinas invisibles e irresistibles, cuyo resultado es de una ingenuidad que hasta tú y yo coincidiríamos en considerar improductiva desde todo punto de vista». Fleming finalizaba su carta: «Va a ser una guerra larga, a pesar de que, de hecho, de los dos lados, todos y cada uno de los hombres que participan en ella quisieran que acabara ahora mismo.»[8]

El 23 de noviembre, Churchill envió la siguiente carta a su esposa Clementine: «¡Me gustaría saber qué ocurriría si los ejércitos de pronto y de forma simultánea se declararan en huelga y dijeran que había que encontrar otro método para resolver la disputa! Mientras tanto, sin embargo, nuevas masas de hombres se preparan para intervenir en el conflicto, que aumenta por horas.»

Esa noche, en el saliente de Ypres, las tropas alemanas se introdujeron en las trincheras que defendían las tropas indias en Festubert. Hubo muchos combates cuerpo a cuerpo y se perdieron varias trincheras. Lo que la historia oficial del Cuerpo Indio en Francia llama «órdenes intransigentes» se recibieron entonces del comandante del cuerpo, el teniente general sir James Willcocks: «Hay que recuperar la línea original antes del amanecer y defenderla a toda costa.»

Esas órdenes se cumplieron, aunque una nevada que cayó por la noche convirtió a los indios en presa fácil de los disparos de los fusiles y las ametralladoras alemanes. En un punto, según consta en la historia oficial, cuando el intensísimo fuego de las ametralladoras hacía dudar a los hombres sobre el avance, dos soldados indios, gurjas los dos, «ganaron la Medalla India al Mérito Distinguido al adelantarse y hacer avanzar a la compañía».

El 24 de noviembre, los indios recuperaron las trincheras que habían perdido y tomaron un centenar de prisioneros alemanes. Cuando acabó la batalla, se descubrió que un cabo indio, Darwan Singh Nedi, había seguido combatiendo a pesar de haber recibido dos heridas en la cabeza. Sólo cuando su compañía formó después del combate, el oficial al mando se dio cuenta de que «le chorreaba sangre de la cabeza hasta los pies». Le concedieron la Cruz de la Victoria. Ese día, en un sector próximo al frente, un oficial británico, el teniente F. A. De Pass, condujo a dos de sus soldados indios a la zapa de una trinchera alemana que se había desplazado hasta menos de nueve metros de la línea india. La zapa fue destruida. De Pass realizó una incursión más peligrosa todavía el 25 de noviembre, cuando él y un soldado indio se enfrentaron durante ciento ochenta metros al fuego de una ametralladora alemana para rescatar a un indio malherido que yacía en tierra de nadie.

Al día siguiente, De Pass volvió a adelantarse hasta una cabeza de zapa en la línea del frente para reparar un parapeto que se había estropeado. Al ver a un francotirador alemán en acción, trató de dispararle, pero recibió un tiro en la ca-

beza y murió. La historia oficial del Cuerpo Indio en Francia escribió acerca de él: «Era el tipo perfecto de oficial británico. Sumaba a su belleza personal un encanto de modales y un grado de valor que lo convertían en el ídolo de sus hombres. A su muerte le concedieron la Cruz de la Victoria. Nadie se la merecía más.»

Aunque la historia no lo dice, el teniente De Pass, londinense, también era judío.

El 25 de noviembre, la artillería francesa bombardeó la aldea de Arnaville, en la margen oriental del Mosela, apenas dieciséis kilómetros al sur de Metz. La acción marcó lo que un portavoz militar francés describió como «el comienzo de una nueva invasión del territorio alemán», aunque no se conquistaron nuevos territorios. Más al oeste, evacuaron a civiles franceses de la aldea de Sampigny, por temor a que los alemanes intentaran destruir la casa que allí tenía el presidente Poincaré, o incluso que quisieran capturarlo, si se le ocurría visitar la aldea. Sí que lograron destruir la casa, Le Clos, y buena parte del pueblo, utilizando los pesados cañones de plaza austríacos, de larga distancia, que tan eficaces habían resultado en agosto contra los fuertes belgas.

En otro lugar del sector francés del frente occidental, entre los voluntarios de la Legión Extranjera francesa que combatían ese mes estaba el estadounidense William Thaw. «Ojalá estuviera otra vez esquivando los tranvías en Broadway para divertirme —escribió a su familia el 27 de noviembre—. ¡Estoy tan harto de que me disparen!» Ya lo habían alcanzado «en la gorra y en la bayoneta» y hacía «veinte días» que no se lavaba.

Las tropas británicas en el saliente de Ypres recibieron entonces instrucciones de Joffre de emprender un ataque limitado a las trincheras alemanas. Las órdenes no obedecían a ningún objetivo estratégico ni a la esperanza de atravesar las líneas de trincheras, sino simplemente al deseo, conjuntamente con una serie de ataques franceses más al sur, de ayudar a los ejércitos rusos. El gobierno francés y el británico esperaban que disminuyera la presión que sufrían los rusos en el este si conseguían inmovilizar en el oeste la mayor cantidad posible de soldados alemanes. Uno de esos soldados era Hitler, que recibió su Cruz de Hierro el 2 de diciembre. En una carta a su casero, escrita dos días después, ponía: «Es por puro milagro que estoy fuerte como un roble, a pesar de los tremendos esfuerzos y la falta de sueño.»

Después de su declaración del 20 de noviembre de 1914 a favor de «la prosperidad nacional y la libertad nacional» para Irlanda, los alemanes alentaron a

los soldados irlandeses que habían sido tomados prisioneros de guerra para que formaran una Brigada Irlandesa que luchara junto al ejército alemán. Se estableció un campamento especial en Limburg para reunir a todos esos irlandeses. El 3 de diciembre, y otra vez el 4 y el 6, sir Roger Casement visitó el campamento para alentar a los dos mil soldados que había allí para que se incorporaran a la fuerza irlandesa. Lo acompañaba un príncipe alemán, Emich von Leiningen, que había sido educado (igual que Churchill) en Harrow School y que había recibido la Gran Cruz de la Orden de la Reina Victoria en 1898. Los soldados irlandeses no quedaron impresionados. «No regresaré a Limburg para que me insulten un puñado de irlandeses cobardes», escribió Casement a un amigo, irritado, tras una cuarta visita, a principios de enero.

Casement consiguió reclutar a cincuenta y cinco hombres, de los cuales apenas diez se consideraban lo bastante fiables para un posible desembarco en suelo irlandés. A pesar de su apasionado llamamiento a los nacionalistas irlandeses en Estados Unidos, sólo un voluntario estadounidense de origen irlandés cruzó el Atlántico para sumarse a la fuerza. Sin embargo, Casement consiguió un éxito diplomático cuando en Berlín, el 27 de diciembre, firmó un pacto secreto con el Secretario de Estado alemán, Von Jagow, por el cual, en caso de que Alemania obtuviera la victoria naval frente a Gran Bretaña, las tropas de su minúscula brigada desembarcarían en la costa irlandesa con el apoyo de una unidad de oficiales y soldados alemanes.

Tras visitar ese invierno la línea del frente, el general Pétain informó de que una gruesa capa de barro estaba retrasando el avance francés. En el sector británico, veinte mil hombres quedaron inoperantes durante el invierno por una afección en los pies, producida por pasar largos períodos en el agua: el «pie de trinchera». Para el comandante en jefe británico, sir John French, el terreno «no era más que un lodazal» cuando lo visitó, el 10 diciembre. «En esa parte del mundo —recordaba después el general Smith-Dorrien—, parecía que no había ni piedras ni grava y la lluvia convertía el suelo en una especie de barro líquido con la consistencia de unas gachas espesas, pero sin el valioso valor nutritivo de esa excelente comida escocesa. Salirse de la carretera suponía hundirse de inmediato.» A medida que se iban levantando parapetos protectores, «se hundían poco a poco y las trincheras se llenaban de agua, de modo que, para conservar algún tipo de protección, había que trabajar constantemente».

La lucha continuó, pero sin que hubiera ventaja para ninguna de las dos partes. «Anoche nos apoderamos de cinco trincheras —escribió ese diciembre el general Wilson—, pero nos han echado de cuatro de ellas, sobre todo con

bombas, y hemos perdido alrededor de mil quinientos, me temo. El movimiento fue bueno, pero muy costoso.» El 16 de diciembre, hicieron avanzar al Cuerpo Indio, del cual ya habían muerto dos mil hombres, cerca de Givenchy, para capturar la trinchera de la línea del frente alemán: murieron cincuenta y cuatro hombres en un intento fallido. Dos días después, los indios recibieron la orden de volver a atacar, pero «sólo con unos objetivos que resulten razonablemente favorables». Fue durante ese ataque, que al principio tuvo éxito, que, según cuenta la historia oficial del Cuerpo Indio en Francia (escrita en 1917), «el enemigo, al no conseguir echar a nuestros hombres por medios honestos, probó una de las numerosas estratagemas que caracterizan a los hijos de la *Kultur*. Un grupo de alemanes avanzó por una trinchera de comunicación con las manos en alto, como si se rindieran. Al acercarse, descubrimos que tras ellos había ametralladoras dispuestas a disparar sobre cualquiera de nuestros hombres que se asomara. Dimos a ese grupo tan emprendedor la recepción que se merecía».

En el frente occidental, las condiciones empeoraban a medida que se acercaba el invierno. Durante el ataque a Givenchy del 18 de diciembre, un grupo de Highlanders que estaban al lado del Cuerpo Indio no pudieron disparar, porque la mayoría de sus fusiles habían quedado obstruidos por el barro, de modo que los alemanes los capturaron. Ese día, en la parte de la línea que defendía un batallón de Guardias Escoceses, como consecuencia de un ataque a las trincheras alemanas en lo que su historiador oficial, C. T. Atkinson, llamó «una empresa no demasiado afortunada», la mitad del batallón murió o resultó herido. Las órdenes para el ataque, comentó Atkinson, mostraban «un optimismo que no indicaba el menor conocimiento ni del estado del terreno ni de las condiciones generales de la línea del frente, ni una apreciación demasiado precisa de las dificultades que entrañaba atacar posiciones atrincheradas defendidas por fusiles y ametralladoras modernos y protegidas por franjas de alambre de espinos». Lo que había dado lugar a la orden de ataque era la información de que varias divisiones alemanas se habían desplazado del frente occidental al oriental. ¡Pero no se habían llevado consigo el alambre de espinos!

En Givenchy, un contraataque alemán que tuvo lugar el 20 de diciembre les permitió recuperar las pocas zapas que habían sido tomadas dos días antes. En esas zapas, estrechas trincheras que se extendían hacia delante desde la línea de la trinchera principal, a menudo hasta llegar a pocos metros de la trinchera enemiga, con frecuencia se disputaron feroces combates cuerpo a cuerpo. Lo que planteaba otros peligros era el clima. Como comentaba la historia oficial del Cuerpo Indio en Francia: «Los elementos luchaban a favor del enemigo, porque

una lluvia torrencial durante la noche había hecho que las trincheras resultaran casi indefendibles. En muchos lugares, el agua había hecho desaparecer el escalón al que se subían para disparar y, por tanto, los hombres no podían elevarse lo suficiente para disparar por encima del parapeto.» Además, en las trincheras llegaban hasta la altura de las rodillas, «y en algunos lugares hasta la cintura, el barro y el agua helada que obstruían gran cantidad de fusiles y los inutilizaban». Debido al «barro espeso y pegajoso», las trincheras se habían convertido en «auténticas trampas mortales». Sólo eran posibles los movimientos más lentos: «El barro arrancaba a los hombres sus botas e incluso la ropa.»

Se ordenó la retirada. Mientras se estaba llevando a cabo, los alemanes hicieron estallar una mina debajo de una de las trincheras indias. Fue uno de los primeros ejemplos de lo que llegarían a ser intentos frecuentes de hacer volar desde abajo una parte de las trincheras enemigas, después de excavar debajo, a gran profundidad, desde las líneas propias. Comentaba la historia del Cuerpo Indio en Francia sobre el efecto de la mina: «De la Compañía E, a las órdenes del capitán Yates, no se halló nunca el menor rastro.»

La violencia del conflicto despertaría gran indignación cuando se dieron a conocer en las capitales aliadas los detalles sobre el trato que los alemanes daban a los heridos, después de capturarlos. Se pasó a los británicos el diario de un soldado alemán, hallado por los franceses, que se reprodujo en el boletín diario del Primer Ejército. «La visión de las trincheras y la rabia, por no hablar de la bestialidad de nuestros hombres —escribía ese soldado alemán el 19 de diciembre—, que mataban a golpes a los ingleses heridos, me afectaron tanto que, durante el resto del día, fui incapaz de hacer nada.» Al cabo de pocos días del fracaso del ataque del 18 de diciembre a Givenchy, por parte de la Guardia Escocesa, hubo indignación en las líneas británicas cuando se difundió la noticia de que a un soldado británico herido, que regresaba arrastrándose penosamente, los alemanes le dispararon dos veces en los muslos y después lo mataron deliberadamente cuando llegó al parapeto británico.

Los incidentes cotidianos de la guerra de trincheras podían ser sumamente crueles. El 22 de diciembre, llegaron a su propia línea del frente dos heridos que habían estado tendidos durante dos días contra el parapeto alemán, desde el contraataque alemán. Los dos tenían gangrena y uno de ellos se había vuelto loco. Al día siguiente, tras un ataque del Regimiento Escocés de Liverpool, el sargento Color, R. A. Scott Macfie, escribió a su padre acerca de los mensajes que le enviaban desde una trinchera que la Compañía F acababa de capturar a los alemanes: «Vance, un cabo al que acababan de ascender, muerto; un gaitero de

la Compañía F, malherido; Beach, uno de mis hombres, recibió un disparo en la rodilla, etcétera.»

Llegaron unos camilleros que se dirigían al frente y Macfie les dio el alto:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Camilleros de los Escoceses de Liverpool.

—¿Está ahí Faulkner?

—No.

—¿Y Citrine?

—Sí.

—¿Qué tal te va, Citrine?

—Bien, Colores.

Citrine era el único que tocaba el bombardino en la banda del regimiento. «Había querido salir como soldado raso, pero, como era inteligente, el médico lo había convencido para que fuera camillero.» Al cabo de quince minutos regresaron los camilleros:

—Bien, ¿a quién traéis?

—A Citrine, le han disparado.

Macfie se interesó por el gaitero herido. «Mandaron a buscar a los camilleros y llegaron poco antes del amanecer. El oficial se negó a dejarlos seguir adelante, porque era demasiado tarde. El pobre gaitero murió de la hemorragia y de congelación durante la mañana, en una trinchera anegada y sin nada que comer ni beber, y hubo que acostar a otro herido encima de su cadáver.»

En medio de esos terrores de la guerra, las tropas en combate estaban expuestas a un peligro adicional. El 22 de diciembre, Churchill informó a sus oficiales del Almirantazgo de que sir John French había ordenado que se abriera «fuego de inmediato» sobre cualquier bandera blanca alemana en el frente occidental, «porque la experiencia ha demostrado que los alemanes abusan habitual y sistemáticamente de ese emblema». En consecuencia, «por una cuestión de principio, hay que disparar a toda bandera blanca que despliegue un buque alemán». A una embarcación que se encontrara «evidentemente indefensa» podrían permitirle que se rindiese, pero, en caso de duda, convenía hundirla. En toda batalla naval «había que disparar en seguida contra las banderas blancas».

Esa navidad se produjo un arrebato espontáneo de pacifismo en las zonas de guerra cuando las tropas de cada ejército europeo celebraban el nacimiento de su redentor. Durante casi cinco meses, se había librado la guerra cada vez con mayor violencia. De pronto, al hacerse de noche, en la vigilia de navidad, en algunas partes de la línea del frente se produjo un momento de comportamiento

pacífico. Un teniente de veinticinco años, sir Edward Hulse, que prestaba servicio con los Guardias Escoceses, escribió en el diario de guerra de su batallón: «Nos pusimos a conversar con los alemanes, que estaban ansiosos por celebrar un armisticio durante la navidad. Un miembro de una patrulla de reconocimiento, llamado F. Murker, salió y se encontró con una patrulla alemana; le dieron un vaso de whisky y unos cigarros y lo enviaron de vuelta con un mensaje: si no les disparábamos, ellos no nos dispararían a nosotros.»

Esa noche, en un frente en el cual, cinco días antes, se habían librado violentos combates, la artillería guardó silencio.

A la mañana siguiente, los soldados alemanes llegaron hasta la alambrada británica y los soldados británicos salieron a recibirlos. «Parecían muy amistosos e intercambiamos recuerdos, estrellas para la gorra, insignias, etcétera», apuntó Hulse. Los británicos dieron a los soldados alemanes pastel de ciruelas, «que ellos agradecieron mucho». A continuación se llegó a un acuerdo entre las dos partes para enterrar a los británicos que habían muerto durante el desastroso ataque de la noche del 18 de diciembre, cuyos cuerpos seguían tirados entre las dos líneas, en su mayoría al borde de la alambrada de la línea del frente alemán, donde los habían alcanzado. Escribió Hulse en el diario del batallón: «Los alemanes acercaron los cuerpos hasta una línea intermedia y nosotros los enterramos. Los destacamentos de británicos y alemanes formaron en fila y un capellán alemán y uno inglés leyeron algunas oraciones, alternativamente. Todo se hizo en un clima de gran solemnidad y reverencia.»

Esa navidad, los alemanes y sus enemigos confraternizaron casi en todas partes de la tierra de nadie británica y en algunos lugares de la línea francesa y la belga. Casi siempre, las que daban el primer paso eran las tropas alemanas, ya fuera mediante mensajes o una canción. Cerca de Ploegsteert, un oficial británico que hablaba alemán, el capitán R. J. Armes, después de escuchar con sus hombres una serenata de los soldados alemanes, pidió más y les ofrecieron «Los dos granaderos», de Schumann. Entonces, los hombres de ambos bandos salieron de sus trincheras y se reunieron en la tierra de nadie, con «cierta cordialidad», como dijo el capitán Armes, hasta acabar con dos canciones: *Die Wacht am Rhein*, por parte de los alemanes, y *Christians Wake!*, por parte de los británicos.

«Fue la navidad más curiosa hasta entonces y, probablemente, de toda mi vida —escribió en su diario el soldado J. Davey, del cuerpo de ingenieros—. Casi no se podía creer lo que ocurría.» Davey, que también se encontraba en el frente occidental, intercambió recuerdos con los alemanes que estaban en las trincheras frente a las suyas. Otros soldados británicos se sumaron a sus colegas

de infantería alemanes para perseguir liebres. Algunos se dedicaron a patear un balón de fútbol en la tierra de nadie. A un oficial británico, el subteniente R. D. Gillespie, lo llevaron a las líneas alemanas y le enseñaron un cartel que habían puesto en honor de un oficial británico que, en un ataque anterior, había llegado hasta esa trinchera antes de que lo mataran.

Bruce Bairnsfather, cuyo libro de relatos sobre las trincheras, *Bullets & Billets*, figuraba entre los volúmenes británicos más populares sobre la guerra, recordaba que había entrado en la tierra de nadie el día de navidad para sumarse a «la muchedumbre que había más o menos a mitad de camino hasta las trincheras alemanas. Todo era muy curioso: ahí estaban esos pobres comesalchichas, que habían decidido poner en marcha ese infernal altercado europeo y así nos habían metido a todos en el mismo berenjenal». Era la primera vez que veía a los soldados alemanes de cerca. «No había ni un átomo de odio en ninguno de los dos bandos ese día y, sin embargo, por nuestra parte, ni por un momento cejó la voluntad de luchar contra ellos y derrotarlos.» En un momento dado, Bairnsfather utilizó sus tenazas para cortar alambre de espinos para intercambiar dos botones de la guerrera con un oficial alemán. Bairnsfather recordaba dos años después: «Lo último que vi de ese pequeño incidente fue a uno de mis ametralladores, que en la vida civil había sido algo así como peluquero aficionado, cortándole el pelo larguísimo a un dócil *boche*, arrodillado pacientemente en el suelo mientras la maquinilla automática le subía por la nuca.»

El subteniente Dougan Chater escribió a su madre, desde su trinchera, cerca de Armentières: «Creo que hoy he visto una de las cosas más extraordinarias que se hayan visto jamás. A eso de las diez de la mañana, yo estaba asomado sobre el parapeto cuando vi a un alemán que agitaba los brazos y a continuación dos de ellos salieron de sus trincheras y algunos se acercaron a las nuestras. Estábamos a punto de dispararles cuando vimos que no llevaban fusiles, de modo que uno de nuestros hombres salió para reunirse con ellos y en cosa de dos minutos el terreno entre las dos líneas de trincheras era un hormiguero de soldados y oficiales de los dos bandos, que se estrechaban la mano y se deseaban feliz navidad.»

Chater dijo a su madre que la confraternización se prolongó alrededor de media hora, hasta que se ordenó a la mayoría de los hombres que regresaran a las trincheras. Pero después continuó: «Durante el resto del día, nadie ha disparado un tiro y los hombres han estado paseando con toda libertad encima del parapeto y transportando paja y leña abiertamente. También hemos enterrado de forma conjunta a algunos muertos (algunos alemanes y otros nuestros) que estaban tendidos entre las dos líneas.»[9]

La Legión Extranjera francesa también se encontraba en una parte de la línea en la que cesaron los combates, se celebraron funerales y se intercambiaron tabaco y chocolate. Entre los legionarios figuraba Victor Chapman, un estadounidense que se había graduado en Harvard en 1913. El 26 de diciembre, escribió a sus padres: «No se intercambiaron disparos en todo el día y, anoche, calma absoluta, aunque nos advirtieron que nos mantuviéramos en guardia. Esta mañana, Nedim, un turco infantil y pintoresco, volvió a salir de las trincheras y a gritar a los del lado contrario. Vesconsoledose, un portugués precavido, le advirtió que no se expusiese tanto y, como hablaba alemán, hizo unos cuantos comentarios asomando la cabeza. Se volvió para bajar y... ¡cayó! Una bala le había atravesado la parte posterior del cráneo: gemidos, un charco de sangre.»

Sir John French recordó después que, cuando le hablaron de la confraternización, «de inmediato di órdenes para evitar que se volviera a repetir una conducta semejante y pedí a los comandantes locales un informe minucioso, lo cual trajo no pocos problemas». Uno de los que han hecho un estudio de la tregua de la navidad de 1914, A. J. Peacock, ha destacado que, el día de San Esteban, el Estado Mayor General de la 7.ª División británica «ordenó el cese de una actividad tan poco belicosa».[10]

En el aire, la guerra continuó incluso el día de navidad, cuando nueve hidroaviones británicos atacaron los hangares de los zepelines alemanes en Cuxhaven. Debido a la espesa niebla helada, los pilotos no pudieron localizar los hangares, pero al volar los hidroaviones por encima de dos cruceros alemanes, uno de ellos se alarmó tanto que trató de soltar amarras y chocó con el otro, de modo que los dos quedaron averiados. Ese mismo día, un hidroavión alemán arrojó dos bombas sobre la aldea de Cliffe, cerca de Gravesend, pero sin que hubiera ningún herido.

No hubo tregua de navidad entre los legionarios de la Legión Extranjera francesa en Alsacia. El día de navidad, ellos, a diferencia de sus compañeros legionarios en el resto de la línea, recibieron órdenes de seguir combatiendo. Al mando del teniente coronel Giuseppe Garibaldi, nieto del patriota italiano, lanzaron un ataque contra las posiciones alemanas. Entre los fallecidos figura el primo del coronel, el capitán Bruno Garibaldi. Al oeste de Mulhouse, en el extremo meridional del frente occidental, las tropas francesas intervinieron el día de San Esteban contra la aldea de Steinbach. Los combates por la población que, en la fase final se libraron calle por calle, duraron cinco días; murieron setecientos soldados alemanes y seiscientos franceses antes de que, finalmente, los franceses se vieran obligados a retroceder.

Lejos de la línea del frente, en la navidad de 1914, se produjeron las primeras muertes entre los prisioneros de guerra rusos del campo de Wittenberg, cincuenta kilómetros al suroeste de Berlín. Se trataba de hombres que habían sido capturados en la batalla de Tannenberg, cuatro meses antes. Su ración diaria en Wittenberg consistía en un pan negro de un kilo, para compartir entre diez, y una sopa poco espesa, hecha con harina de patatas y alubias. Había poco combustible para calentar los cuarteles, en los cuales un solo colchón estrecho tenía que servir para tres hombres, que se turnaban para usarlo. A diferencia de los prisioneros de guerra británicos y los franceses, los rusos no recibían paquetes de alimentos de su casa. Un oficial británico que trató de ayudarlos los describía como «demacrados, con una palidez grisácea peculiar y llenos de pulgas».

El hambre, el frío y la debilidad física se cobraron muchas víctimas, mezcladas con un brote de tifus. Un médico alemán que llegó al campo durante la epidemia tomó algunas muestras bacteriológicas para su trabajo de investigación en Magdeburg y se marchó. Seis oficiales médicos británicos capturados hicieron lo que pudieron para ayudar. Tres de ellos contrajeron la enfermedad y murieron.

En Inglaterra, la semana después de navidad, más de un centenar de cristianos antibelicistas se reunieron en el Trinity Hall de Cambridge durante cuatro días para hablar sobre el desafío doctrinario de la guerra. Entre los participantes en el debate estaba el reverendo Richard Roberts, un presbiteriano que poco después se vio obligado a marcharse de su iglesia, en el norte de Londres, por su punto de vista pacifista. El dilema al que se enfrentaban los asistentes a la conferencia era el conflicto entre la lealtad a la moralidad internacional, como en el caso de defender a Francia contra una invasión, y la moralidad cristiana. Al cabo de cuatro días de debate, los participantes llegaron a la siguiente conclusión: «En primer lugar, que Gran Bretaña estaba obligada por su honor a ayudar a Francia; en segundo lugar, que la guerra iba contra el espíritu cristiano.»

Que la guerra fuera contra el espíritu cristiano no tuvo gran aceptación. En respuesta a los pacifistas cristianos de Cambridge, uno de los principales estudiosos de los clásicos de Oxford, Alfred Zimmern, escribió en tono mordaz en la introducción de un libro de ensayos que relacionaban el esfuerzo de los aliados durante la guerra con la lucha en defensa de la democracia: «Los que defienden que el cristianismo y la guerra son incompatibles parecerían estar comprometidos con una perspectiva de la vida monástica y pasivamente anarquista, contradictoria con pertenecer a una sociedad política.»

El clero europeo apoyaba la guerra y bendecía a los soldados que marchaban a ella. El 26 de diciembre, una poetisa irlandesa, Katharine Tynan, publicó un poema en el *Spectator*, que posteriormente mencionó muchas veces el obispo de Londres, A. Winnington-Ingram, en el cual la muerte en el campo de batalla tenía un motivador divino:

Lest heaven be thronged with grey-beards hoary,
God, who made boys for His delight,
Stoops in a day of grief and glory
And calls them in, in from the night.[11]

Dios «los hace entrar»: en el frente caucásico se enfrentaban dos rostros de Dios distintos, ya que las tropas cristianas rusas y las musulmanas turcas combatían con violencia en los pasos montañosos del este de Turquía. Lentamente, los rusos fueron expulsados de suelo turco y tuvieron que volver a atravesar la frontera que Rusia había establecido, a expensas de los turcos, en 1878. Durante la lucha en el frente del Cáucaso, en Sarikamis, los dos ejércitos se enzarzaron en una batalla tremenda. Desesperado porque las tropas rusas no fueran expulsadas más lejos, el gran duque Nicolás apeló a Gran Bretaña para que los británicos emprendieran alguna acción contra Turquía que alejara del este a las tropas de ese país. La respuesta británica, iniciada por Kitchener y apoyada por Churchill, consistió en un ataque naval a los fuertes turcos de los Dardanelos.

Los argumentos a favor de una intervención en los Dardanelos eran convincentes. Los buques de guerra británicos podían reunirse en el Egeo, sin que nadie los molestara. En caso de necesidad, podrían contar con las tropas australianas que ya se dirigían hacia Egipto, destinadas al frente occidental, suponiendo que hubiera que desembarcar tropas en algún momento, para luchar contra lo que Kitchener consideraba un enemigo turco inferior. En Sarikamis, los rusos estaban obligando a los turcos a regresar, pero su necesidad de un divertimiento estratégico, aunque ya no era aguda, seguía siendo urgente. Las tropas rusas procedentes de Siberia, que podían haber inclinado la balanza en el Cáucaso, eran necesarias para la defensa de Varsovia. La ayuda británica a los rusos se podía proporcionar sin retirar un solo soldado del frente occidental.

En el seno del Consejo de Guerra británico, la paralización en el frente occidental fue lo que ofreció otro motivo para atacar Turquía, suponiendo que un ataque semejante pudiera producir una victoria rápida. «¿No quedan más alternativas que enviar a nuestros ejércitos a masticar alambre de espinos en Flandes?», preguntó Churchill a Asquith el 29 de diciembre. Tres días después,

Lloyd George manifestó la misma opinión al instar a «derribar a Alemania, echando por tierra los puntales que la sostienen». Lloyd George sugirió que se podía emprender alguna acción contra Austria-Hungría, tal vez un desembarco en algún punto de la costa dálmata. Pocas semanas después, tras considerables debates, el Consejo de Guerra británico, con Asquith a la cabeza, decidió que Turquía sería el puntal que se echaría por tierra. «Se tomarán medidas para hacer una demostración contra los turcos», informó Kitchener al gobierno ruso el segundo día de 1915.

Estaba a punto de crearse otra zona de guerra. Se iba extendiendo la capacidad para matar y destruir. Centenares de pueblos y aldeas que habían conocido muchas décadas de tranquilidad, algunos incluso siglos de calma, se habían convertido en punto de reunión de ejércitos y en escenario de devastación y dolor. «Un mecanismo inconmensurable había echado sobre el emprendimiento humano la plaga de la parálisis —ha escrito uno de los historiadores de la guerra, John Buchan—. La inmensidad de los frentes los había condenado al estancamiento. Un hombre podía andar de un puesto de avanzada a otro desde Suiza hasta los Vosgos y, en una cuneta, desde los Vosgos hasta el mar del Norte.»[12]

Ese diciembre, la historia de cada cuerpo, regimiento y región hablaba de los mismos peligros y fracasos. El historiador de la participación que tuvo en la guerra la corporación de gobierno del condado de Londres, Vincent Weeks, que llegó a ser un veterano con quince meses en el frente occidental, describió la guerra de trincheras en esa época «con su barro, su fango y sus bichos, con sus patrullas en la tierra de nadie, con el reparto de raciones de todas las noches. Grupos de trabajo y grupos de entierro, con víctimas permanentes provocadas por proyectiles, bombas, minas y francotiradores, con repentinos bombardeos, incursiones y pequeños ataques, con sus horas de frío y humedad, de aburrimiento e incomodidad, compuestas por minutos de peligro mortal».

Tan sólo de la corporación de gobierno del condado de Londres, en dos semanas de enfrentamiento estático en las trincheras, en diciembre de 1914, murieron seis miembros que, como civiles, habían prestado servicio en los departamentos de tranvías, parques y jardines, enseñanza y psiquiátricos. Arthur James Webb había trabajado como camillero en el Hospital Mental de Bexley; fue soldado raso en la Guardia de Granaderos desde agosto y murió en combate el 29 de diciembre de 1914, cerca de La Bassée, no lejos de un manicomio francés. Fue una de las últimas fatalidades de 1914. Ese día, Churchill escribió a Asquith: «Cuando Kitchener declaró que no teníamos delante más que "mucha-

chos y ancianos", se equivocaba y cuando usted y yo coincidimos en que teníamos en el frente un ejército excelente y terrible, teníamos razón. Hicieron falta más de cinco mil hombres, entre muertos y heridos, para demostrar algo tan sencillo.»

Sin embargo, más muertes marcarían el final del año: en un consejo de guerra celebrado el 30 de diciembre, dos soldados británicos que habían sido hallados escondidos en un granero fueron condenados a muerte y ejecutados dos semanas después, de pie uno al lado del otro.

En las trincheras y en las capitales, los ripios reflejaban la creciente convicción de que la guerra sería larga y de que la vida en las trincheras sería una de sus características. Ese invierno, circulaba en Londres un popular trabalenguas que decía:

Sister Susie's sewing shirts for soldiers
Such skill at sewing shirts our shy young sister Susie shows
Some soldiers send epistles,
Say they'd rather sleep on thistles
Than the saucy, soft, short shirts for soldiers sister Susie sews.[13]

En Flandes, los soldados británicos cantaban (con la melodía de «My Little Grey Home in the West»):

I've a little wet home in a trench,
Where the rainstorms continually drench,
There's a dead cow close by
With her feet towards the sky
And she gives off a terrible stench.

Underneath, in the place of a floor,
There's a mass of wet mud and some straw,
But with shells dropping there,
There's no place to compare
With my little wet home in the trench.[14]

Se publicaron muchos relatos sobre los soldados en el frente a medida que la guerra fue avanzando, algunos románticos, otros ingeniosos, otros tristes. El lector que se encontraba lejos de la zona bélica sólo podía entrever la realidad,

llevarse determinada impresión, quedarse con un estado de ánimo o una imagen. Entre aquellos cuyas notas desde el frente se publicaron durante la guerra, figuraba un intérprete francés que colaboraba con las fuerzas británicas, el capitán Philippe Millet, que había sido herido en Charleroi en agosto de 1914. En su libro recordaba una conversación con un soldado británico que tuvo lugar ese diciembre. «Veintidós días en las trincheras, señor. Sí, nada menos que veintidós. El regimiento ha perdido quinientos hombres. Por lo que a mí respecta, sólo recibí un rasguño en la nariz, pero la bala que me hirió mató a mi amigo en el acto.»

El dolor y las víctimas de la guerra de trincheras y el análisis sereno de las aspiraciones territoriales formaban parte de mundos diferentes, a pesar de ir unidos. El 3 de diciembre, el gobierno japonés, que combatía con los alemanes en las islas y los puertos remotos del océano Pacífico, obtuvo la promesa de Gran Bretaña de que Japón podría ocupar todos los territorios alemanes situados al norte del Ecuador. Ese acuerdo provocó gran indignación en el gobierno australiano, que tenía la esperanza de conseguir esas posesiones coloniales para su país. En la neutral Italia se alzaron voces que instaban a participar en la guerra para no quedar excluidos cuando llegara el momento de repartir el botín de la victoria. En las columnas de su periódico, subvencionado por los franceses, y en sus alocuciones públicas, Benito Mussolini sostenía que el gobierno italiano tenía que intervenir en la guerra. «Los que permanecen neutrales nunca dominan los acontecimientos —declaró en un discurso que pronunció en Parma—, sino que siempre se hunden. Sólo la sangre mueve las ruedas de la historia.»

No era tan fácil ponerse líricos con respecto a la «sangre» y la «historia», cuando la guerra afectaba la vida personal de uno. Cuando Betty Cunliffe-Owen, que había salido de Constantinopla en agosto con otros diplomáticos y esposas de diplomáticos de la Entente, llegó por fin a Atenas, recordaba que «vimos los informes de nuestro país, recibimos las cartas de allí, ¡nos enteramos de las noticias de allí! Malas noticias, ¡ay!, para algunos de nosotros. Así se enteró lord Gerald Wellesley de que su valiente hermano había muerto en Francia y allí, en la lista de honor, vimos los nombres de amigos que conocíamos desde hacía mucho tiempo, en los felices días de la paz. Para mí, sus nombres parecían destacar como si estuvieran impresos en letras doradas. Sí, "más fuerte que la muerte y por encima de la vida", para no pasar jamás inadvertidos, pero... ¡qué daño hacía! Qué daño más horrible, la idea dolorosa de que no volveríamos a estrecharnos las manos, no volveríamos a saludarnos unos a otros con una sonrisa. Una sombra cubrió mi alma y, de algún modo, el mundo se había vuelto más sombrío».

La oscuridad se reflejaba con mayor crudeza en las cifras de las bajas francesas desde el comienzo de la guerra, hacía cinco meses: trescientos mil muertos y seiscientos mil heridos, prisioneros o desaparecidos. Como ha destacado un historiador, el número de víctimas francesas en esos cinco meses superaba el total de británicos que murieron en toda la segunda guerra mundial.[15]

Capítulo VII

EL PUNTO MUERTO Y LA BÚSQUEDA DE MANERAS DE AVANZAR
De enero a marzo de 1915

El año 1915 comenzó con la sangre manando sin parar. En el frente serbio, a comienzos de 1915, el tifus afectó a los soldados tanto del ejército austríaco como del serbio. Como un gesto de apoyo, las voluntarias británicas llevaron a Serbia más de cien toneladas de material hospitalario y medicamentos. Para Gran Bretaña, el año 1915 comenzó con un desastre naval: el hundimiento del acorazado *Formidable* por un submarino alemán, en el cual se ahogaron 547 marinos. En el frente occidental, la guerra de trincheras hacía que grandes ejércitos fueran incapaces de desplazarse más que unos pocos centenares de metros sin sufrir grandes pérdidas. Cerca de Perthes-en-Gâtinai, en Champaña, al cabo de doce ataques y veinte contraataques, las tropas francesas avanzaron menos de un kilómetro y medio. En Xon, al sur de Metz, donde perdieron el terreno alto, aunque después lo recuperaron, el comunicado oficial francés anunciaba: «Encontramos cadáveres pertenecientes a cinco regimientos distintos.»

La lucha por las trincheras, las laderas, los bosques y los bosquecillos parecía ofrecer una perspectiva interminable de pechos contra balas. Sin embargo, en Londres, Asquith recibió una carta de un colega que sostenía que «sería bastante sencillo equipar en poco tiempo una cantidad de tractores de vapor con pequeños refugios blindados, en los que se pudieran montar hombres y ametralladoras y que resultaran a prueba de balas. Se podían utilizar por la noche y el fuego de artillería no los afectaría en absoluto. El sistema de oruga les permitiría atravesar fácilmente las trincheras y el peso del aparato destruiría todas las alambradas de espinos».

La carta, cuyo autor era Winston Churchill, constituyó el primer paso en la evolución práctica del carro de combate.

Todos los estados beligerantes buscaban nuevos aliados y nuevas zonas de guerra. El 5 de enero, lord Kitchener dijo al Consejo de Guerra británico que, según constaba en el acta oficial de la reunión, «los Dardanelos parecían el ob-

jetivo más adecuado, ya que allí se podía llevar a cabo un ataque conjunto con la flota» que, de salir bien, restablecería la comunicación con Rusia, resolvería la cuestión en Oriente Próximo, involucraría a Grecia y, tal vez, a Bulgaria y Rumania y dejaría salir el trigo y los envíos que estaban atrapados en el mar Negro. El secretario del Consejo de Guerra, el coronel Hankey, fue más allá. El triunfo en los Dardanelos, dijo, «nos proporcionaría el Danubio como vía de comunicación para un ejército que entraría hasta el corazón de Austria y nos permitiría ejercer nuestra potencia marítima en medio de Europa».

Las potencias de la Entente esperaban incorporar a su órbita no sólo a Grecia, Bulgaria y Rumania, sino también a Italia. Alemania y Austria también buscaban aliados, sobre todo contra Rusia. Un grupo reducido pero activo, que esperaba que lo cortejaran, eran los bolcheviques rusos, muchos de cuyos líderes estaban exiliados en Suiza. Los bolcheviques no contaban con que el gobierno austríaco ni el alemán mostraran afinidad con su causa revolucionaria, pero los políticos, tanto en Berlín como en Viena, estaban dispuestos a apoyar la difusión del bolchevismo con la esperanza, no del todo descabellada, de que ese sistema político minara el gobierno estable que había en Rusia y acabara con la capacidad combativa del zar.

El 7 de enero, en Petrogrado, un grupo bolchevique distribuyó octavillas entre los militares, los obreros y los campesinos, animándolos a no pagar su renta mensual. Ese mismo día, en Constantinopla, un rico bolchevique, Alexander Helphand, acercó a Turquía al embajador alemán, con las siguientes palabras: «Los intereses del gobierno alemán son idénticos a los de los revolucionarios rusos.» El objetivo de los bolcheviques, según Helphand, era la total destrucción del zarismo y la división de Rusia en estados más pequeños. Alemania no sería capaz de derrotar a Rusia en combate si no se podía encender en Rusia una gran revolución. A partir de la conversación con Helphand, Alemania comenzó a manifestar un creciente interés por estimular la revolución en Rusia, interés que aumentaría como consecuencia del punto muerto en el campo de batalla y que culminaría con la facilitación del regreso de Lenin a Rusia, pasando por suelo alemán. Antes de tres meses, el gobierno alemán entregó dinero a un intermediario estonio para que se lo diera a Lenin, para animarlo a continuar con sus actividades antibelicistas, aunque en realidad él no necesitaba ningún estímulo.[1]

El 15 de enero, Stanley Washburn, corresponsal de *The Times* con los ejércitos rusos, destacó el poder de la propia Alemania para continuar la guerra, cuando escribió, después de hablar con varios prisioneros de guerra alemanes cerca de Varsovia: «Cuantos más alemanes ve uno (y eso que éstos están muy por

debajo de la media), más comienza uno a tener la impresión de que los aliados tienen un larguísimo camino por delante, antes de acabar con un pueblo tan decidido como ellos.»

El 19 de enero por la noche, los alemanes lanzaron su primer bombardeo sobre Gran Bretaña, cuando dos zepelines cruzaron el mar del Norte hasta la costa de Norfolk. Murieron cuatro civiles, dos en Yarmouth y dos en King's Lynn. En el frente occidental, los alemanes capturaron cinco mil prisioneros franceses durante la batalla de Soissons. En el saliente de Ypres, las tropas alemanas mantuvieron la presión sobre las líneas británicas, con lo cual Ypres resultaba prácticamente inhabitable. A pesar de los reiterados ataques, Messines, al sur de Ypres, siguió en poder de los alemanes. «Nos mantenemos en nuestras antiguas posiciones y seguimos molestando a los ingleses y a los franceses —escribió Hitler a su casero el 20 de enero—. Hace un tiempo espantoso y a menudo pasamos días enteros con el agua hasta las rodillas y, para peor, bajo un fuego intenso. Qué ganas tenemos de que nos den una breve tregua. Esperemos que poco después todo el frente comience a avanzar. La situación no puede seguir así para siempre.»

Al aumentar Alemania su influencia militar en Turquía, algunos estaban cada vez más convencidos de que Oriente Próximo era la región en la cual más convenía atacar a Gran Bretaña y en la que más se la podía perjudicar. El 21 de enero, Ernst Jackh, un entusiasta profesor pro turco, dijo al káiser que los oficiales prusianos que se encontraban en Turquía pronto estarían mirando desde el otro lado del canal de Suez, que era el contacto de Gran Bretaña con India. El káiser se enfureció: «Debe de estar loco. Mis tropas no están allí para eso.» Según un almirante alemán que estaba presente, el káiser parecía «evidentemente aterrado ante la idea de que la guerra se prolongara».

En los cielos por encima de la costa del mar del Norte, ocupada por Alemania, los aviadores británicos aprendían el nuevo arte del bombardeo aéreo. El 23 de enero, dos jóvenes pilotos, Richard Bell Davies y Richard Peirse, arrojaron ocho bombas cada uno, desde poca altura, sobre los submarinos alemanes que se encontraban junto al malecón, en Zeebrugge. Davies, que resultó gravemente herido al comienzo de su ataque por una bala en el muslo, continuó a pesar de la pérdida de sangre y el inmenso dolor. Por su valentía, le fue concedida la Orden al Mérito Distinguido.[2]

En el frente occidental, las escaramuzas diarias y los bombardeos de la artillería provocaban una cantidad constante de bajas, pero los soldados alemanes

confiaban en obtener una victoria rápida a su debido tiempo. «Aguantaremos aquí hasta que Hindenburg haya ablandado a Rusia —escribió Hitler a su casero el 26 de enero—. ¡Entonces llegará el momento del castigo!» Sin embargo, la victoria sobre Rusia no llegaría ni ese año ni el siguiente.

Cada acción en el frente occidental tenía su propia historia. En una carta a sus padres, el subteniente Preston White les recordaba que el 27 de enero era «el cumpleaños de Bill II». En «honor» al káiser, la artillería británica del sector de White «disparó veintiuna veces contra las trincheras alemanas, poco después del amanecer. Parece que algunos comandantes de artillería de nuestro bando tienen algo de sentido del humor, pero los alemanes también; empezaron a hacer señales con una bandera, desde sus trincheras, cada vez que errábamos un disparo, hasta que finalmente cayó un proyectil justo encima de la bandera, que remató al que hacía las señales».

El 29 de enero, en la Argonne, donde estaban enfrentadas las tropas francesas y las alemanas, un teniente alemán, Erwin Rommel, se puso al frente de su pelotón para capturar cuatro blocaos franceses. Después de atravesar a gatas la alambrada francesa, gritó a su pelotón que lo siguiera, pero nadie le hizo caso. Después de más gritos, Rommel tuvo que volver a pasar a gatas y advirtió al comandante que encabezaba el pelotón: «Obedezca mis órdenes al instante o lo mato.» Entonces toda la compañía cruzó la alambrada a gatas. Después de capturar los blocaos, rechazaron un contraataque francés, pero, en inferioridad de condiciones y bajo un fuego intenso, se vieron obligados a retroceder. Por su valor en la acción, concedieron a Rommel la Cruz de Hierro de Primera Clase y fue el primer oficial de su regimiento que recibió semejante honor. Poco después se convirtió en un dicho del regimiento la frase: «Donde esté Rommel, ahí está el frente.»

El 30 de enero, en otro ataque alemán en la Argonne, cayeron prisioneros setecientos soldados franceses.

En el mar, la cifra de bajas no dependía tanto de la intensidad de los combates como del tamaño del barco y de lo que tardara en hundirse. El 13 de enero, murieron ahogados todos los tripulantes, menos uno, que iban a bordo del submarino alemán *U-7*, al mando del capitán Koenig, cuando su submarino fue torpedeado por error por el *U-22*, a las órdenes del capitán Hoppe. Koenig era el mejor amigo de Hoppe. Desapareció un tercer submarino que zarpó ese día de Wilhelmshaven, el *U-31*, y se supuso que había chocado contra una mina.[3]

El 24 de enero, frente a las costas del Dogger Bank, los británicos aprovecharon el libro alemán de claves que los rusos les habían enviado para in-

terceptar la escuadra alemana de cruceros de batalla. Fue una victoria británica que levantó mucho la moral nacional. Murieron quince marinos británicos, pero, a bordo del buque insignia alemán, el *Seydlitz*, la cifra de muertos fue de 192. En el *Blucher* se ahogaron 782 soldados alemanes y el episodio fue captado en una película, uno de cuyos fotogramas, que muestra a cientos de soldados que caen al mar, resbalando del casco del buque que se hunde, se grabó en el costado de unas pitilleras de plata, como recuerdo británico.

En el canal de la Mancha, el primer buque mercante británico que fue torpedeado sin aviso fue hundido por un submarino alemán el 30 de enero. En seguida se hicieron comentarios sobre ese hundimiento. El 10 de febrero, un diplomático estadounidense en París, John Coolidge, anotó en su diario: «Los alemanes acaban de hundir otro pequeño buque mercante, justo en la desembocadura del Mersey, y eso nos produce una sensación espantosa. Los alemanes están tan furiosos por no poder tomar la delantera que no dejan ningún cabo suelto.»

Ese día, el canciller alemán accedió a la solicitud de la Armada Imperial de emprender una guerra de submarinos contra todas las embarcaciones, incluidas las neutrales, que llevaran provisiones o pertrechos a las potencias de la Entente. La decisión se hizo pública el 4 de febrero, en forma de una declaración, por parte de Alemania, de una «zona de guerra» en las aguas que rodeaban a Gran Bretaña e Irlanda. Según la declaración, «si bien las fuerzas navales alemanas tienen órdenes de evitar la violencia hacia los barcos neutrales, en la medida en que sean reconocibles», teniendo en cuenta las contingencias de la guerra en el mar, el torpedeamiento de barcos neutrales «no siempre se puede evitar».

El motivo que aducían los alemanes para embarcarse en esa generalización de la guerra de submarinos era la «represalia» contra el «bloqueo de hambre» impuesto por los británicos a Alemania: las minas sembradas por los británicos en el mar del Norte, el mes de noviembre anterior. Alemania censuró incluso a Estados Unidos por haber «aceptado en general» las medidas británicas. Cinco días después de la declaración alemana, Estados Unidos advirtió al gobierno alemán que la guerra de submarinos propuesta constituía «una violación insostenible del derecho a la neutralidad» y que se haría «estrictamente responsable» a Alemania si una embarcación estadounidense o las vidas de ciudadanos estadounidenses se perdían como consecuencia de la nueva política. Estados Unidos tomaría «las medidas que hubiera que tomar» para salvaguardar la vida y los

bienes de los estadounidenses. No se especificaba en qué consistirían esas medidas.

En el Mediterráneo oriental, una marcha turca de doscientos kilómetros a través del desierto del Sinaí, utilizando pozos excavados en secreto con anterioridad por ingenieros alemanes, alcanzó su objetivo, el canal de Suez, la noche del 3 de febrero. A la mañana siguiente cinco mil soldados turcos, a las órdenes de un oficial alemán, el teniente coronel Kress, intentaron atravesar el canal. Lograron establecer tres pontones y alrededor de sesenta hombres consiguieron alcanzar la orilla occidental del canal, pero los echaron las tropas indias, con el apoyo de buques de guerra británicos que bombardeaban desde el mar y los cañones de un tren blindado. Así se truncaron las esperanzas turcas de que atravesaran el canal veinte mil soldados más, al igual que las esperanzas alemanas de provocar un alzamiento antibritánico en Egipto, una vez capturada Ismailía. Murieron doscientos turcos y más de setecientos cayeron prisioneros.

Debido al creciente número de prisioneros de guerra, todos los gobiernos beligerantes crearon departamentos especiales para buscar información acerca de ellos, tratar de organizar el intercambio de los gravemente heridos y protestar por los malos tratos. Un holandés que visitó tres campos en Alemania, en Ruhleben, Doberitz y Burg, informó el 4 de febrero que el campo de Burg era «sencillamente espantoso; el odio que sienten en Alemania hacia Inglaterra es simplemente increíble y me temo que los que lo sufren son los pobres prisioneros». Sin embargo, el diplomático estadounidense que vigilaba los intereses británicos no estaba impresionado. «Un ángel bajado del cielo no podría complacer a los prisioneros de Ruhleben —escribió a su homólogo británico tras una nueva protesta—, a menos que abriera la puerta y los dejara salir.» Sin embargo, las protestas continuaron: en el campo de Gutersloh, los prisioneros estaban furiosos porque sólo les dejaban escribir una carta y tres postales por mes. El críquet y las representaciones teatrales los ayudaban a entretenerse, pero no atenuaban la carga, la frustración y la monotonía del cautiverio. En Zossen, una sección del campo de prisioneros de guerra estaba reservada para musulmanes, indios y prisioneros negros. En el centro del campo, «por orden del káiser», se levantó una mezquita.

Los súbditos británicos que vivían en Alemania cuando estalló la guerra procedían de casi todos los rincones del imperio. También había muchos marinos mercantes, cuyos barcos habían sido confiscados en puertos alemanes al comenzar la guerra, o que habían sido capturados en alta mar por corsarios alemanes. Entre ellos figuraban sijs, africanos negros y malayos. En Ruhleben, don-

de estaban confinados la mayoría de ellos, los mantenían separados. Por una pequeña suma, se desempeñaban como sirvientes de los otros internos, uno de los cuales, Percy Brown, un fotógrafo británico que trabajaba por libre y que, cuando estaba cumpliendo una misión en Holanda, había cruzado la frontera alemana sin darse cuenta, describió más adelante los barracones en los que vivían los que no eran blancos como «los más alegres y los más limpios del campo. La mayoría de los hombres de color jugaban, cantaban y bailaban. Su vida era un concierto permanente. [...] Los afroantillanos y los malayos tocaban nanas en voz baja, una música suave y relajante, sin golpes ni acordes disonantes. En el centro de los barracones, había una risueña lavandería de cinco africanos que, mientras planchaban la ropa lavada, tarareaban cadenciosos *spirituals* a golpe de plancha. En la puerta de atrás, nuestro zapatero remendón bailaba un extraño baile rítmico, siguiendo las notas cantarinas del ukelele, mientras media docena de clientes esperaban con paciencia sus zuecos».

Los prisioneros de guerra rusos en Alemania tenían menos suerte. En el campo de Parnewinkel estaba presente un soldado raso canadiense, Mervyn Simmons, cuando se negaron a ir a trabajar algunos de los rusos «cadavéricos y agotados» a los que obligaban a hacer diecisiete horas diarias de trabajos forzados. El día después de la revuelta, llegaron los soldados alemanes. Se solicitó la formación de nuevos grupos de trabajo y a todos los rusos que se negaron a integrarlos los obligaron a correr en círculos. «Al cabo de una hora estaban suplicando piedad, lloriqueando lastimosamente, mientras jadeaban la única palabra en alemán que sabían: *"Kamerad, O Kamerad"*, al suboficial que los obligaba a continuar. Imploraban y rogaban en su propia lengua, pero la única respuesta que recibían era un bayonetazo. La cabeza les daba vueltas, iban con la lengua fuera, echaban espuma por la boca, tenían los ojos enrojecidos; uno de ellos se echó a los pies del suboficial, que se agachó junto a él, le dio vuelta el párpado para averiguar si realmente estaba inconsciente o si lo simulaba. Su examen demostró que estaba fingiendo, de modo que vi cómo el comandante levantaba al ruso a patadas. Se puso de pie sin rechistar y continuó la agotadora carrera.»

El 10 de febrero, cayeron prisioneros quinientos soldados franceses durante un contraataque alemán en Champaña. El mismo día, fueron rodeados y capturados diez mil rusos cerca de Kaunas, en el frente oriental, donde la escala de las batallas y de las bajas era impresionante. Cuatro días después, en Lyck, cayeron prisioneros cinco mil rusos más, a los que siguió la cifra sin precedentes de setenta mil en Augustów, la semana siguiente, que coincidió con un éxito

militar francés en Champaña: la captura de algo menos de tres metros de trincheras alemanas y cuatro soldados alemanes.

Los heridos de todos los ejércitos eran atendidos en los dispensarios y si sus heridas, aunque fueran graves, se podían tratar, los enviaban a los hospitales militares de su país. Los trenes hospitales se habían convertido en algo habitual detrás de las líneas. En uno de ellos, que se dirigía desde el frente occidental a El Havre, pasando por Boulogne-sur-Mer, la hermana K. Luard, del Servicio de Enfermería Imperial Reina Alejandra, apuntó en su diario, el sábado 13 de febrero: «¡Todavía en camino hacia El Havre! Y nos montamos el jueves. Este viaje es otra revelación de lo que es capaz de soportar el soldado británico sin protestar. Hay ocho personas sentadas en un vagón; a algunos les duelen los pies, otros tienen heridas en los brazos y algunos, toses y reumatismo, etcétera, pero no se oye ni una queja. Qué suerte que pudimos despachar los casos más graves en Boulogne-sur-Mer: neumonía, fiebre tifoidea y algunos malheridos que sólo pudimos entablillar con fusiles, incluido un oficial con vendajes de la cabeza a los pies. Un muchacho tan agradable. Cuando le pusieron un pijama limpio y le dieron un pañuelo limpio con agua de colonia dijo: "Diantre, vale la pena estar herido para esto, después del olor a caballos muertos, a hombres muertos y a todo muerto."»

En el aire, las esperanzas de que los bombardeos fueran eficaces superaban la realidad. El permanente bombardeo ruso de las estaciones de ferrocarril controladas por los alemanes en Polonia no pudo frenar el avance alemán. El 12 de febrero, el káiser manifestó su esperanza de que la guerra en el aire contra Inglaterra «se lleve a cabo con la máxima energía». Se confeccionó una lista de objetivos: bases y depósitos militares, cuarteles, las reservas de petróleo y de combustible y los muelles de Londres. Por orden expresa del káiser, se prohibieron los ataques a los palacios y las zonas residenciales de la familia real. Tres zepelines despegaron antes de cumplirse una semana de las órdenes del káiser, pero los pilló una tormenta frente a la costa de Jutlandia y los derribó. A principios de marzo, en un nuevo intento por atacar Gran Bretaña, el zepelín en cuestión encontró una tormenta que lo hizo retroceder al otro lado del mar del Norte, donde lo derribó una batería antiaérea en Nieuport, sobre la costa belga.

El día que el káiser defendía las incursiones aéreas sobre Gran Bretaña, un agente británico entrevistaba a una refugiada francesa en Gran Bretaña, *Mademoiselle* de Bressignies, que estaba dispuesta a regresar a Lille, su ciudad natal, y transmitir información a Gran Bretaña. Así lo hizo y vivió en un convento, dis-

frazada de monja. Le hicieron llegar clandestinamente, por piezas, el equipo de radio que necesitaba, mediante el transbordador comercial regular entre Folkestone y el puerto holandés de Flushing. Como el generador que hacía falta para hacer funcionar el equipo metía tanto ruido, se decidió que, si bien tendría que recibir sus tareas por radio, habría de enviar las respuestas por paloma mensajera; así lo hizo y trabajó sin parar durante dos meses, pero entonces fue arrestada. Consiguió tragarse el informe que llevaba encima cuando la pillaron. La condenaron a prisión perpetua y murió en la cárcel dos meses antes del armisticio.

El 15 de febrero, se amotinaron los soldados indios acuartelados en Singapur y murieron treinta y nueve europeos. Fue el primer amotinamiento a gran escala de la guerra. Sus organizadores pretendían que formara parte de un alzamiento general de los militantes sijs contra los británicos en India. El alzamiento había sido promovido por los alemanes, que esperaban que India estuviera madura para la revolución, del mismo modo que dos semanas antes esperaban que los egipcios estuvieran dispuestos a derrocar a los británicos, cuando los turcos cruzaran el canal de Suez. Se comprobó que un barco alemán, el *Bayern*, del que se habían incautado los italianos, transportaba medio millón de revólveres, cien mil fusiles y doscientas mil cajas de municiones, posiblemente para el alzamiento en India. Era, sin duda, el tipo de ayuda que los militantes sijs esperaban de los alemanes.

En Singapur, recurrieron a los soldados británicos para ejecutar a los cabecillas, de los cuales fusilaron a treinta y siete. En India delató el alzamiento un espía de la policía y los cabecillas fueron arrestados antes de que pudieran dar la señal para la revuelta. Ahorcaron a dieciocho. Del otro lado del subcontinente, siguieron llegando voluntarios indios para combatir en Francia, donde a finales de enero se había concedido la primera Cruz de la Victoria india al valor. Posteriormente escribió Gandhi, apoyando la participación india en la guerra: «Si la ayuda y la cooperación de los británicos nos servían para mejorar nuestra posición, teníamos la obligación de ganarnos esa ayuda poniéndonos de su parte cuando ellos lo necesitaban.»[4]

En ese momento de necesidad, se estaba poniendo a prueba una táctica que introduciría un elemento permanente en la guerra de trincheras: los túneles subterráneos, cavados por debajo de las trincheras del enemigo, en los que se hacían estallar cargas explosivas en vísperas de un ataque, que mataban, conmocionaban y confundían a los defensores. El 17 de febrero, un ingeniero de minas y parlamentario conservador británico, John Norton Griffiths, después de

convencer al Ministerio de Guerra para que estableciera compañías de túneles especiales para llevar la guerra más allá de las trincheras, alistó a los primeros voluntarios. Todos habían sido mineros en tiempos de paz y estaban dispuestos a exponerse al peligro de excavar en la zona de guerra. En menos de una semana, se encontraban en Francia los primeros voluntarios. Cuando un guía los conducía hacia las trincheras, tuvieron su primera experiencia de la guerra al sonar el disparo de un francotirador, que mató al guía. Sus propios esfuerzos serían un rasgo destacado de las ofensivas futuras: en 1917, después de que un refugio subterráneo alemán quedara semisepultado por una de sus explosiones, hallaron en su interior a cuatro oficiales alemanes, cómodamente sentados y aparentemente ilesos, que no se movieron al entrar los soldados británicos: habían muerto como consecuencia de la conmoción.

En los Dardanelos, el 19 de febrero, los británicos reanudaron el bombardeo naval que había durado un solo día de noviembre. Los dos fuertes exteriores, el de Sedd-ul-Bahr y el de Kum Kale, fueron destrozados por cañones de 380 milímetros, contra los cuales no había defensa posible. Murió un oficial naval alemán, el teniente Woermann. Envuelto en una bandera turca y con el rostro hacia La Meca, lo enterraron esa noche en la península. Seis días después hubo otro bombardeo y Sedd-ul-Bahr y Kum Kale dejaron de existir, salvo como ruinas, en las cuales, no obstante, se podían encontrar (y de hecho se encontraron) piezas de artillería y ametralladoras.

En el frente oriental, las batallas se siguieron librando a una escala formidable. Cuando los alemanes capturaron Przasnysz, el 22 de febrero, tomaron diez mil prisioneros rusos. Cuando fueron expulsados de la ciudad, tres días después, cayeron prisioneros cinco mil cuatrocientos alemanes. Aunque no se produjeron cambios de fortuna tan drásticos, la lucha en el frente occidental no se aplacó: el 26 de febrero, los alemanes atacaron por primera vez con lanzallamas las trincheras francesas cercanas a Verdún; fue el primero de aproximadamente 653 ataques de ese tipo. Pero el sistema de trincheras, con su profunda protección, apenas proporcionaba a los lanzallamas algo más que el factor sorpresa. Al día siguiente de ese primer ataque, triunfó un contraataque francés convencional y dos días después, el 1 de marzo, por primera vez se distribuyeron granadas entre las tropas francesas. Ese día, un destacamento alemán de infantería, compuesto por setenta hombres, que avanzó por primera vez detrás de escudos acorazados, perdió la mitad de sus hombres, que murieron o resultaron heridos, pero no logró atravesar las trincheras francesas. Entre los franceses que

participaron en la acción, figuraba el recién promovido capitán De Gaulle. El 10 de marzo, sufrió una herida de metralla en la mano que, aunque superficial, según los parámetros de la guerra de trincheras, se le infectó y le obligó a pasar dos meses en el hospital.

El 10 de marzo, los británicos trataron de atravesar las trincheras alemanas en Neuve Chapelle y de capturar la aldea de Aubers, situada a menos de un kilómetro y medio hacia el este. Al comenzar la batalla, 342 cañones lanzaron una descarga de treinta y cinco minutos sobre las trincheras alemanas; el fuego de la artillería fue dirigido en parte por ochenta y cinco aviones de reconocimiento. Se dispararon más proyectiles durante esa breve descarga inicial que en toda la guerra de los bóers, lo cual indica la terrible transformación que había experimentado la guerra en un período de quince años.

Después de esa descarga, las divisiones británicas e indias atacaron a lo largo de un frente de algo más de tres kilómetros y medio. En el centro del ataque, al cabo de cuatro horas de combates, a menudo cuerpo a cuerpo, se capturó la aldea de Neuve Chapelle y se invadieron cuatro líneas de trincheras alemanas. Pero en el sector septentrional, el más próximo a Aubers, no se bombardeó un trecho de 365 metros de la línea del frente alemán. Las piezas de artillería correspondientes a ese sector no habían llegado al frente. Los hombres que avanzaron sobre ese sector, en tres oleadas sucesivas, atravesaron la tierra de nadie en dirección a una alambrada alemana intacta. «Al principio se pensó que el ataque había conseguido llegar hasta las trincheras alemanas —según consta en la historia oficial—, ya que nadie podía ver lo que sucedía detrás y no regresó ningún hombre.» Todos los atacantes, que eran más de mil, habían muerto.

La cadena de mando durante la batalla de Neuve Chapelle era tal que se tardaba bastante en establecer lo que había que hacer en cada etapa de la lucha. Como las líneas telefónicas habían sido cortadas por el fuego de la artillería alemana, los mensajes, a menudo interminables y en ocasiones poco claros, se tenían que enviar de un lado a otro en persona. A veces los mensajes cruciales se cruzaban a mitad de camino, con lo que hacían falta nuevos mensajes y aumentaba la confusión. El servicio secreto cometió errores: se sobreestimó la fuerza inicial alemana y se exageró la posición alemana en algunos sitios. Los británicos atacaron poco después del mediodía del 11 de marzo, cinco minutos después de que hubiera cesado el fuego de la artillería de apoyo, de modo que se produjeron muchas bajas. Un oficial preguntó a su coronel: «¿Tenemos que avanzar, dará usted la orden?» y el coronel respondió: «No, no es más que una pérdida de tiempo, es imposible llegar a dieciocho metros, mucho menos a ciento ochenta. Las trincheras no han sido alcanzadas por la artillería. Si la ar-

tillería no las ha tocado, lo único que podemos hacer es avanzar desde el flanco derecho. Con un ataque frontal no llegaremos hasta ellas.»

Sin embargo, Haig ordenó un ataque frontal, en el cual murieron casi todos sus participantes. Esa noche, dio órdenes de reanudar el avance al día siguiente.

El tercer día de la batalla, los británicos repelieron un ataque alemán por la mañana y a continuación lanzaron su propio ataque poco después de mediodía, pero se vieron obligados a interrumpirlo al cabo de dos horas, porque muchas unidades habían sido exterminadas. Sin embargo, Haig recurrió a tropas que todavía no habían participado en ninguna acción. «Según la información que tenemos, en nuestro frente el enemigo está muy desmoralizado —les informó—. El Cuerpo Indio y el 4.º Cuerpo atravesarán la barrera de fuego, sin tener en cuenta las bajas, utilizando las reservas, si hace falta.» Cuando la orden llegó a los que tenían que ponerla en práctica esa noche, éstos quedaron consternados. Uno de los comandantes del Cuerpo Indio, el brigadier general Egerton, informó a su superior, el general Willcocks, «que el ataque ordenado no tenía probabilidades de éxito». Willcocks canceló el ataque y dijo a Haig, que acababa de llegar al cuartel general del Cuerpo Indio, que «no le parecía posible emprender un ataque con tal cantidad de tropas por la noche, en terreno sin reconocer».

Haig aceptó la decisión de Willcocks, pero ya era demasiado tarde para impedir que las unidades del 4.º Cuerpo se desplazaran más al norte. La historia oficial escribió, acerca de esos ataques del 4.º Cuerpo, los últimos de la batalla, que aumentó la confusión como consecuencia del agotamiento de los hombres que, después de ser atacados durante tres días y tres noches, se habían quedado dormidos y «no los pudieron despertar usando la fuerza, y que el proceso se prolongó porque el campo de batalla estaba cubierto de británicos y alemanes muertos que, en la oscuridad, no se podían distinguir de los que dormían».

La batalla había acabado. Se había tomado un pequeño saliente de mil ochocientos metros de largo y algo más de mil de ancho y se habían capturado mil doscientos soldados alemanes. Pero hubo que pagar un alto precio por esas ganancias: siete mil bajas británicas y cuatro mil doscientas indias. Escribió un miembro veterano del Estado Mayor de Haig, el general Charteris: «Me temo que Inglaterra tendrá que acostumbrarse a sufrir muchas más pérdidas que las de Neuve Chapelle antes de que finalmente logremos aniquilar al ejército alemán.» Desde el saliente de Ypres, el capitán Colwyn Philipps escribió a su madre el 12 de marzo: «Allí la gente parece creer que la guerra va a ser bastante

breve, por qué, no lo sé; por mi parte, no veo nada que impida que vaya a continuar para siempre.»[5]

Pero no dejó de haber bajas al acabar la batalla. El teniente Preston White escribió a sus padres acerca del viaje a la línea del frente, poco después de Neuve Chapelle: «Desde luego, no había ningún tipo de trincheras de comunicación y los alemanes nos acribillaron de lo lindo cuando salimos. Una bala atravesó la cabeza de un hombre de la compañía que estábamos relevando y fue a alojarse en la mandíbula de uno de los nuestros.»

También hubo una «experiencia bastante truculenta» cuando sus hombres excavaban tierra para llenar sacos de arena: «Salieron a la luz el brazo y la mano agarrotados de un hombre vestido de caqui, apenas unos cuantos centímetros por debajo de la superficie. Levantamos un montículo y pusimos encima una cruz, para evitar que nadie más lo desenterrara.» El sargento mayor de la compañía hizo «el último esfuerzo de salir por delante del parapeto para llegar hasta los indios que estuvieran muertos y quitarles todo lo que tuvieran de valor».

White, al igual que muchos de los que escribían a sus familias, daban detalles sobre las aldeas y los caseríos en los que se libraban los combates. En el caso de White, también mencionaba sus nombres. «Te imagino —escribió— en el comedor de Henley, inclinado sobre una mesa, con un mapa a gran escala y la lupa», y a su madre, tumbada en el sofá, diciendo de vez en cuando a su padre: «¡Ay, Dios mío! ¡Qué disgusto, Harry! ¿Crees que vale la pena?» White no daba respuesta a la pregunta imaginaria de su madre. Al día siguiente, volvió a escribir a su casa: «Cuántas noticias para nosotros, buenas y malas. Wood-Martin, tres camaradas míos y cuatro hombres que conocía, muertos, la pérdida de dos acorazados ingleses, el forzamiento de los Dardanelos y la intervención de Italia, todo en un mismo día.»[6]

El intento de forzar os Dardanelos tuvo lugar el 18 de marzo, menos de una semana después del final de la batalla de Neuve Chapelle. Los aliados pretendían que fuera un momento decisivo en la guerra, que pusiera fin, si salía bien, al punto muerto en el frente occidental, del cual Neuve Chapelle, que pretendía ser un gran adelanto, había resultado un ejemplo tan costoso. Se esperaba que el 18 de marzo una fuerza naval anglofrancesa presionara para atravesar el estrecho y entrara en el mar de Mármara y que después atravesara éste hasta Constantinopla.

En el Consejo de Guerra británico había habido debates largos y pormenorizados sobre lo que había que hacer después del ataque a los Dardanelos. No sólo Churchill, cuyos barcos de la Marina Real constituían el principal componente del ataque, sino también sus colegas del Consejo de Guerra británico, es-

peraban una rápida ofensiva en los Dardanelos, seguida por el pánico en la capital turca, al ver aparecer tantos buques de guerra frente a sus costas. Lord Kitchener confiaba en que, cuando la flota se hubiera abierto paso a través del estrecho, la guarnición turca de la península de Gallípoli evacuara su posición sin que las tropas británicas tuvieran que desembarcar y que, sin tener que seguir combatiendo, «la guarnición de Constantinopla, el sultán y, tal vez, incluso el ejército turco en Tracia también levantaran campamento hacia la costa asiática».

Ese triunfo se conseguiría tan sólo con barcos. Kitchener creía también que, con paciencia y una buena negociación, «era probable que se rindieran» las fuerzas turcas que quedaban en Europa. Edward Grey dijo al Consejo de Guerra que, una vez obtenida la victoria naval en los Dardanelos, «podríamos provocar un golpe de estado en Constantinopla» y hacer que Turquía abandonara a las potencias centrales y volviera a ser neutral, como al principio. Churchill incluso se preguntaba si los soldados turcos no estarían de acuerdo en servir como mercenarios en los ejércitos aliados. Para otros ministros, la victoria naval podía ser un medio de persuadir a Grecia, Bulgaria y Rumania para que intervinieran en la guerra del lado de la Entente. Se pensaba que, cuando la marina británica controlara el mar de Mármara, podría ponerse en contacto con la armada rusa en el mar Negro y emprender un ataque conjunto, Danubio arriba, en pleno corazón de Austria-Hungría.

Para cada uno de los miembros del Consejo de Guerra británico, el ataque a los Dardanelos había aparecido como la estrategia más evidente y prometedora para superar el punto muerto en el frente occidental, abrir un nuevo frente en el Danubio y ayudar a Rusia. Lloyd George resumió los beneficios en un memorándum que difundió en el Consejo de Guerra. «Incorporar a Bulgaria, Rumania y Grecia al lado de Serbia supone enviar al frente austríaco un ejército compuesto en total por un millón y medio de hombres, lo cual no sólo aliviará la presión sobre Rusia, sino, indirectamente, sobre Francia. Tenderá a igualar la situación y así nos dará tiempo a reequipar al ejército ruso.»

Desde India llegó el entusiasmo del virrey, lord Hardinge, que creía que la victoria en los Dardanelos tendría «importantes consecuencias» en los sentimientos, hasta entonces progermanos, de los musulmanes de Persia y Afganistán. También liberaría el cereal ruso, señaló, de modo que la capacidad de India para obtener alimentos quedaría «muy aliviada». Por último, quedaban las conquistas territoriales que conjuraban la victoria en la mente de aquellos para los cuales el triunfo naval era inminente. Lord Kitchener quería que Gran Bretaña se anexionara las ciudades sirias otomanas de Alepo y Alexandretta. El Al-

mirantazgo estaba decidido a anexionar todo el valle del Éufrates, desde Urfa hasta Bagdad, llegando hasta Basora, para evitar que Rusia alcanzara las cálidas aguas del golfo Pérsico. Lewis Harcourt, el secretario colonial, quería que Gran Bretaña se anexionara el puerto de Marmaris, en el sur de Anatolia. Herbert Samuel quería que Gran Bretaña estableciera un Hogar Nacional Judío en la Palestina turca.

Las ventajas territoriales que se obtendrían como consecuencia de una victoria en los Dardanelos resultaban atractivas para muchas naciones, animándolas a mirar con buenos ojos el plan anglofrancés. Con la derrota de Turquía, Rusia recibiría la provincia oriental de Armenia y también la capital, Constantinopla, que Gran Bretaña ya le había prometido en conversaciones secretas, allá por 1908. Grecia, al denegársele Constantinopla debido a la previa promesa británica a Rusia, recibiría la provincia de Esmirna, en el oeste de Anatolia, donde había mucha población griega. Italia, si se incorporaba a la Entente, recibiría la provincia de Adana, en el sur de Anatolia. Francia, cuyos buques de guerra estaban listos para entrar en acción junto a los británicos, recibiría la provincia turca de Siria, incluido el Líbano. Bulgaria, a cambio de incorporarse a la Entente, conservaría el puerto de Alexandrópolis, en el mar Egeo, que le había quitado a Turquía un año antes.[7] Grecia y Rumania, al igual que Bulgaria, podían recibir puertos en el mar de Mármara.

Muchas aspiraciones nacionales y muchos cambios territoriales dependían del éxito del ataque naval a los Dardanelos que comenzó el 18 de marzo por la mañana y casi salió bien. Participaron seis acorazados británicos y cuatro franceses. Los fuertes turcos a la entrada del estrecho habían quedado fuera de combate como consecuencia de los bombardeos navales de los días anteriores. Al cabo de tres horas, los fuertes que cubrían los campos de minas que había dentro del estrecho habían quedado inhabilitados. Las líneas de minas extendidas a través de la entrada a los Dardanelos se fueron limpiando a medida que avanzaban los buques de guerra.

Sólo quedaban otras nueve líneas de minas, todas identificadas por los británicos y listas para su dragado, entre los buques que avanzaban y el fuerte de Chanak, en el estrecho; pero una línea inesperada de veinte minas, que había sido dispuesta paralela a la costa, diez días antes, por un pequeño vapor turco, el *Nousret*, sembró el caos. Se hundieron tres de los diez acorazados aliados; los británicos perdieron el *Irresistible* y el *Ocean* y los franceses, el *Bouvet*. Otro acorazado francés, el *Gaulois*, sufrió graves averías y hubo que encallarlo. El acorazado británico *Inflexible* también chocó contra una mina y quedó fuera de

combate. En el *Bouvet* se ahogaron seiscientos veinte hombres; en los buques de guerra británicos, sólo cuarenta y siete. Tanto los almirantes británicos como los franceses lo asumieron como un riesgo aceptable de la guerra.

Para los oficiales alemanes que habían supervisado la artillería turca, el ataque aliado del 18 de marzo había estado a punto de ser un éxito, ya que ellos mismos habían ido escasos de municiones. «Hemos tenido mucha suerte», fue el comentario del teniente coronel Wehrle, cuyas baterías habían disparado mil seiscientos proyectiles y habían conseguido 139 impactos directos en los buques de guerra aliados. Sólo habían perdido tres hombres. Se utilizaron baterías falsas, con tubos de metal que apuntaban hacia el cielo, para engañar a los artilleros aliados.

El almirante británico estaba dispuesto a reanudar el ataque al día siguiente y así lo animó a hacerlo Churchill. Ambos confiaban en que, si los buques de guerra podían abrirse camino por la fuerza a través del estrecho y entrar en el mar de Mármara, aventajarían a las baterías de artillería de la península y el impacto de una flota anglofrancesa en el mar de Mármara desmoralizaría a los turcos y los haría abandonar la lucha. Pero una ola repentina de mal tiempo y a continuación el creciente deseo, sobre todo de los británicos más veteranos, de desembarcar el ejército para atacar los demás fuertes desde la retaguardia, dieron lugar a postergaciones.

El 19 de marzo por la mañana, inmediatamente después del contratiempo naval, el Consejo de Guerra británico siguió discutiendo los frutos de la victoria sobre Turquía. Grey sugirió que, para causar una buena impresión en los súbditos musulmanes británicos, especialmente los sesenta millones de musulmanes del imperio indio, se estableciera un estado musulmán, patrocinado por los británicos, en Arabia, Siria y Mesopotamia. Teniendo en cuenta las futuras relaciones de Gran Bretaña con el mundo musulmán, Kitchener propuso transferir a los británicos el control de La Meca, el centro del mundo islámico. La Oficina de India insistía en que la provincia turca de Basora «debe formar parte del imperio británico». Lloyd George llegó incluso a sugerir la posibilidad de entregar a la propia Alemania «un hueso de algún tipo» en el imperio turco, que sirviera como contrapeso al futuro creciente predominio de Rusia. El contratiempo de un solo día no había hecho perder a los aspirantes a vencedores sus esperanzas territoriales.

La elección de lord Kitchener como comandante de las fuerzas aliadas para el desembarco en la península de Gallípoli o para atravesar los Dardanelos en barco hasta la propia Constantinopla, en caso de que tuviera éxito el ataque

inicial, exclusivamente naval, del 18 de marzo, recayó en el general sir Ian Hamilton. Después de llegar a los Dardanelos a tiempo para presenciar el ataque naval a bordo del barco, Hamilton oyó decir al almirante, una vez suspendido el ataque, que estaba dispuesto a volver a intentarlo. Entonces Hamilton concibió el plan de desembarcar sus tropas al mismo tiempo que se producía el siguiente ataque naval. Como escribió a Kitchener esa noche: «Sin duda, parece como si la flota no fuera capaz de seguir adelante a este ritmo y, si así fuese, tendrán que hacerlo funcionar los soldados —y añadió—: Debe ser una operación militar deliberada y gradual.»

Entonces Kitchener planificó desembarcar un gran ejército. Aunque Churchill seguía creyendo que un segundo ataque naval podía tener éxito, no logró convencer a sus asesores navales y se vio obligado, a partir de ese momento, a quedar relegado a un segundo plano, ya que Kitchener se encargaba de la planificación militar y era muy reservado. Ya no quedaba ninguna posibilidad de lograr un triunfo naval rápido y espectacular en los Dardanelos, a pesar de que diez días después la flota rusa del mar Negro había atacado los fuertes del Bósforo. Cinco acorazados rusos, dos cruceros y diez destructores participaron en ese ataque. El segundo día, la niebla impidió toda actividad rusa. A continuación, dos destructores rusos fueron hundidos por el *Goeben*, tripulado por oficiales alemanes, y la flota rusa se retiró. En los Dardanelos, los temporales impedían hasta las operaciones dragaminas más sencillas. Tanto los Dardanelos como el Bósforo permanecieron decididamente en poder de los turcos.

Atrás quedaba la perspectiva de una repentina desintegración del imperio otomano. El gobierno griego, el búlgaro y el italiano, cada uno de los cuales se había entusiasmado tanto como el Consejo de Guerra británico ante la posibilidad de que Constantinopla se rindiera de repente, mantuvieron su cautelosa neutralidad. El gobierno rumano permitió el paso de ciento cincuenta minas navales alemanas a través de Rumania, de camino hacia Turquía. Mientras en Egipto y en las islas del Egeo se reunían tropas británicas, australianas, neozelandesas y francesas, sólo los rusos aprovecharon lo que todavía podía ser una victoria terrestre británica sobre los turcos. El 20 de marzo, el gobierno británico firmó un acuerdo secreto por el cual, a cambio de la benevolencia rusa con respecto a los deseos británicos en el resto del imperio otomano y en la zona neutral del centro de Persia, Rusia se anexionaría Constantinopla y el Bósforo, más de la mitad de la Turquía europea y las costas europeas y asiáticas de los Dardanelos, incluida la propia península de Gallípoli. Gran Bretaña capturaría Gallípoli; Rusia la dominaría.

Precisamente para evitar que Rusia dominara Constantinopla y el estrecho,

Gran Bretaña le había declarado la guerra en 1854 y había enviado un ejército para combatir en Crimea. En 1878, Disraeli había enviado una flota británica a través de los Dardanelos para advertir a los rusos que se alejaran de la capital turca. En 1915, Gran Bretaña acordaba que, si las tropas que se reunían para atacar la península de Gallípoli obtenían una victoria militar, Rusia sería la vencedora territorial.

Uno de los soldados que se preparaban para la batalla terrestre era el poeta Rupert Brooke. Sin embargo, antes de acabar su entrenamiento, enfermó de disentería y, después de participar en unas maniobras en la isla de Skíros, en el Egeo, murió al infectársele una picadura de mosquito en el labio. Fue enterrado en la isla, en un olivar. Cuatro horas después, sus colegas zarpaban rumbo a Gallípoli.

En el frente oriental, los rusos, a las órdenes de Brusilov, siguieron haciendo retroceder a los austríacos hasta los Cárpatos: el 20 de marzo, el día en que secretamente prometieron a Rusia Constantinopla y el estrecho, Brusilov tomó dos mil cuatrocientos prisioneros austríacos cerca de Smolnik. En Okna, el día de pascua, 22 de marzo, en un ataque ruso por sorpresa, los soldados de la caballería circasiana ocuparon una posición austríaca. A un sargento croata, Josip Broz (que después, como Tito, fue el gobernante comunista de Yugoslavia), le clavaron una lanza en la espalda. «Me desmayé», recordó posteriormente. Entonces «los circasianos comenzaron a matar a los heridos, incluso acuchillándolos. Por fortuna, los soldados de infantería rusos llegaron a las posiciones y pusieron fin a la orgía». Broz cayó prisionero. Ese mismo día se rindió la fortaleza austríaca de Przemysl. En medio de espantosas tormentas de nieve, centenares de heridos murieron congelados en los campos antes de poder recibir tratamiento; el máximo comandante austríaco huyó en aeroplano. El botín de la victoria fue impresionante: se capturaron setecientos cañones pesados y cayeron prisioneros ciento veinte mil militares austríacos, incluidos nueve generales.

«Algunos de nosotros somos un poco escépticos con respecto a la cantidad de prisioneros que cayeron en P... —escribió a su familia el teniente Preston White desde el frente occidental, al enterarse de la captura de Przemysl, y añadió—: ¡Maldición! No voy a tratar de escribir esa maldita palabra.»[8] En el sector de las trincheras donde estaba White, pasaban por un período de relativa calma. «Sólo mataron a uno de nuestros hombres —escribió—. Le dieron en la cabeza mientras trataba de averiguar cuántos cadáveres había entre las dos líneas de parapetos. Murió justo cuando lo estábamos vendando.»

En el cuartel general del káiser en Charleville, la caída de Przemysl fue un

duro golpe, contrarrestado sólo por el contratiempo naval británico en los Dardanelos. «Uno reducirá las consecuencias del otro —escribió el almirante Tirpitz desde Charleville—, pero en todas partes los rusos atacan sin piedad y los austríacos siempre son derrotados, y nosotros también nos estamos poniendo nerviosos. Hindenburg está llegando al final de sus recursos.» Brusilov no tardó en continuar el éxito obtenido en Przemysl: el 25 de marzo recuperó el paso de Lupkow, capturando otros ocho mil doscientos soldados austríacos.

En Petrogrado y Viena, en París, Londres y Berlín, los tambores del patriotismo sonaban más fuerte a medida que se intensificaban el punto muerto y el derramamiento de sangre en el campo de batalla. Ese día, Albert Einstein escribió desde Berlín al escritor y pacifista francés Romain Rolland: «Cuando la posteridad cuente los logros que ha conseguido Europa, ¿dejaremos que se diga que tres siglos de minucioso esfuerzo cultural no nos han llevado más que del fanatismo religioso a la insensatez del nacionalismo? En ambos campos, hoy día, hasta los sabios se comportan como si hace ocho meses de pronto hubieran perdido la cabeza.»

En el frente oriental, el avance alemán creaba en Lituania un sentimiento antijudío similar al que había creado seis meses antes en Polonia. Otra vez se acusaba a los judíos de apoyar en secreto a Alemania y de esperar a las tropas alemanas para darles un cortés recibimiento. Una vez más se generalizó el pillaje de las viviendas y las tiendas de los judíos. Los cosacos rusos, enemigos tradicionales de los judíos desde el siglo XVII, los obligaron a salir de sus casas y a marcharse en medio de la nieve. Hasta medio millón de judíos se vieron obligados a abandonar Lituania y Kurland, más refugiados en busca de un rincón seguro, perdidos sus medios de vida y su seguridad.

Más al sur, el Alto Mando austríaco recurrió a Alemania en busca de ayuda contra la constante ofensiva rusa. Sin embargo, antes de que pudiera llegar a destino un cuerpo alemán especial de montaña, once mil austríacos más cayeron prisioneros de Brusilov. En el cuartel general austríaco decían que la moral de las tropas que tenían en el frente estaba «bajo cero».

También Turquía había recurrido a Alemania en busca de ayuda. El 26 de marzo, llegó a la península de Gallípoli el general Liman von Sanders para hacerse cargo del Quinto Ejército turco, mientras se formaba un ejército anglofrancés en las islas del Egeo más cercanas, preparándose para atacar la península. Como consecuencia de la presión de Alemania, Bulgaria, al igual que Rumania, autorizaba el paso de armas alemanas por su territorio, de camino hacia

Turquía; la protesta diplomática británica fue inútil. A Chanak llegaron aviones alemanes para proporcionar a los turcos el reconocimiento aéreo.

Para los responsables de la política británica, seguía reinando en los Dardanelos la sensación de una victoria inminente. El 25 de marzo, el secretario colonial, Lewis Harcourt, envió a los miembros del Consejo de Guerra un memorándum titulado «El botín», en el que sugería que, una vez derrotada Turquía, Gran Bretaña debería anexionarse Mesopotamia «como una salida para la inmigración india» y debería ofrecer Tierra Santa[9] como un mandato a Estados Unidos. En los propios Dardanelos, el general Hamilton también era optimista y el 30 de marzo informó al almirante De Robeck que «lo más sensato» sería reanudar el ataque naval. «Siempre es posible que la oposición se desmorone de golpe —escribió Hamilton—. Si tuviera éxito, asegúrese de dejar suficientes cruceros ligeros para poder llevar a cabo mi ataque militar, en caso de que sea necesario, después de todo.»

Sólo faltaban tres semanas y media para que se produjera ese ataque militar, a pesar de lo cual Hamilton todavía imaginaba una posible victoria naval, con lo cual ya no sería necesario un desembarco militar. Mientras tanto, los dos lados preparaban sus tropas, armas y municiones para la batalla terrestre en lo que Asquith describía como el «glorioso Oriente». El coronel Hankey lanzó un toque de advertencia al escribir a Asquith, el 12 de abril, que los desembarcos militares en Gallípoli eran «un riesgo que partía de la supuesta escasez de proyectiles y la inferioridad combativa de los ejércitos turcos». No obstante, la opinión británica sobre la incompetencia militar turca pareció confirmarse ese mismo día, cuando, en Mesopotamia, repelieron un ataque turco a las tropas británicas e indias que defendían Kurna y Basora. En Shaiba, al suroeste de Basora, una fuerza británica e india de seis mil hombres derrotó a más de diez mil turcos, estimulando su sentido de superioridad. Seis días después, un avión británico arrojó seis bombas de cuarenta y cinco kilos sobre el hangar alemán de Chanak, que destruyó los aviones que había dentro.

No sólo se podía derrotar y perjudicar a los turcos con relativa facilidad, aparentemente, sino que, además, al llegar a Inglaterra la noticia de la batalla de Shaiba, también fue posible sentir superioridad moral. En un momento dado de la acción, un oficial de la caballería británica, el comandante Wheeler, y un alto oficial indio, Jemadar Sudhan Singh, se dirigieron al galope hacia la principal fuerza árabe que apoyaba a los turcos. Cuando llegaron al estandarte árabe, se dieron cuenta de que se habían separado del resto de sus colegas. A Wheeler lo mataron de un tiro antes de que se apeara del caballo. A Sudhan Singh lo tiraron al suelo, lo rociaron con queroseno y le prendieron fuego; su cadáver, hu-

meante todavía, fue rescatado por los británicos más tarde, ese mismo día. Los dos hombres recibieron honores póstumos: a Wheeler le dieron la Cruz de la Victoria; a Sudhan Singh, la Orden al Mérito india.

Durante marzo y abril, se reunieron fuerzas y suministros británicos en el Mediterráneo oriental para emprender un desembarco militar en la península de Gallípoli. Los turcos también estaban atareados. Los batallones de trabajo de la población de Chanak, compuestos por griegos, armenios y judíos, pusieron manos a la obra para reforzar las defensas de la península. Desde el cabo Helles, en su extremo, hasta Bulair, en su punto más estrecho, comenzaron a trabajar y fueron avanzando.

Quinientos oficiales y soldados alemanes colaboraban con los turcos en esos preparativos. Dos de las seis divisiones turcas de la península estaban al mando de oficiales alemanes. Como los ataques aéreos británicos tenían lugar durante el día, había que preparar la mayoría de las defensas por la noche. «La península de Gallípoli se está fortificando a una velocidad desesperada —informó el almirante De Robeck al general Hamilton—. Miles de turcos trabajan toda la noche como castores, construyendo trincheras, reductos y alambradas de espinos. Es cierto que no hemos visto jamás a ninguno de ellos, pero al alba encontramos pruebas recientes de sus actividades nocturnas.» Esas actividades nocturnas incluían, en el cabo Helles, tender alambres de espinos en las playas donde podían desembarcar los aliados y excavar emplazamientos para ametralladoras en los acantilados que daban a esas playas.

Al haber tantos frentes de batalla y tantos preparativos, cada país beligerante se concentraba en las noticias de sus propios soldados y ciudadanos. Las historias individuales eran las que solían producir mayor impacto. El 28 de marzo murió el primer ciudadano estadounidense en esa guerra europea que ya llevaba ocho meses: Leon Thrasher, un ingeniero de minas que se ahogó cuando un submarino alemán, el *U-28*, torpedeó un buque de carga y de pasajeros, el *Falaba*, que se dirigía de Liverpool al África Occidental y se hundió en ocho minutos. De sus 242 pasajeros y tripulantes, se ahogaron ciento cuatro. Ese día, también se obtuvo un triunfo contra el submarino alemán, cuando Charles Fryatt, capitán de un vapor británico, el *Brussels*, perteneciente a la compañía Great Eastern Railway, lo salvó al volverse hacia un submarino que lo atacaba e intentó embestirlo. El submarino huyó y a Fryatt el Almirantazgo lo premió con un reloj de oro.

Corriendo el riesgo de enemistarse con Estados Unidos, que se mantenía

neutral, la armada alemana intensificó su campaña submarina contra los buques mercantes. El 31 de marzo, se hundieron más embarcaciones en un solo día (veintinueve) que en toda la guerra hasta ese momento y murieron 161 británicos.

El sentimiento antibelicista se puso en evidencia ese mes de marzo, en el frente y detrás de las líneas, con una provocación británica y la agitación comunista que pretendían lograr los mismos objetivos. En la Suiza neutral, un agente británico, George Pollitt, que en la vida civil había sido químico industrial, estableció una red de agentes en Alemania para aprovechar el sentimiento antibelicista alemán y sacó buen provecho de ella. Uno de sus informantes era un «judío rusogermano socialista e idealista» que pensaba que una victoria alemana «retrasaría el reloj socialista», de modo que estaba dispuesto a ayudar a los británicos. Se había puesto en contacto con el editor de un periódico socialista que trabajaba en secreto para lanzar un golpe antibelicista y mantenía «correspondencia con socialistas de toda Alemania, que le envían información militar, esperando que eso le permita establecer el momento adecuado para dar el golpe. No tienen idea de que colaboran con el enemigo ni de que hacen nada semejante a espiar».

En Berlín se llevó a cabo una protesta anbibelicista el 1 de abril, encabezada por Rosa Luxemburg, que fue encarcelada. Otras antimilitaristas alemanas se dispusieron a viajar a la neutral Holanda para la inauguración, el 18 de abril, en La Haya, del Congreso Internacional de Mujeres por la Paz. Se reunieron más de mil delegadas, procedentes de doce países, pero el gobierno impidió la asistencia de veinticinco británicas mediante un recurso tan sencillo como suspender el servicio de transbordadores entre Gran Bretaña y Holanda, la misma ruta mediante la cual se había enviado de forma clandestina, a través del mar del Norte, el equipo de espionaje británico a *Mademoiselle* de Bressignies, en Lille.

Francia conoció también el pulular del sentimiento antibelicista. El 8 de abril, en el frente occidental, un escritor francés antimilitarista, Louis Pergaud, murió accidentalmente como consecuencia de los disparos de su propia artillería, después de que su unidad avanzara hasta entrar en las líneas alemanas. Un regimiento de la Legión Extranjera francesa se disolvió al perderse la disciplina. No dejaban permanecer en Francia a los voluntarios insatisfechos, rusos, belgas e italianos, sino que los enviaban a sus propios ejércitos, en los cuales combatían (y muchos de ellos morían) sometidos a la disciplina más estricta y con esa camaradería especial de los ejércitos nacionales. Esa pascua, un poeta británico, Edward Thomas, que acababa de alistarse, pero seguía recibiendo entrena-

miento en Gran Bretaña, escribió acerca del aumento del número de muertos en la guerra en su poema «In Memoriam»:

The flowers left thick at nightfall in the wood
This Eastertide call into mind the men,
Now far from home, who, with their sweethearts, should
Have gathered them and will do never again.[10]

Sin perder su neutralidad, Italia buscaba el mejor incentivo territorial para intervenir en la guerra. El 8 de abril, se ofreció a unirse a las potencias centrales si Austria le cedía Trentino, las islas de Dalmacia y las poblaciones de Gorizia y Gradisca, a orillas del Isonzo, y reconocía la «primacía» italiana en Albania. Una semana después, Austria rechazó esas condiciones. Entonces los italianos pidieron a la Entente mayores ganancias todavía a cambio de intervenir en la guerra. La Entente estuvo de acuerdo en negociar, lo que hizo comentar a un diplomático francés: «Los italianos se apresuran a ayudar a los vencedores.»

Los constantes triunfos rusos, tanto en el frente de los Cárpatos como en el armenio, contribuían a dar una sensación de bienestar entre las potencias de la Entente. Para alentar la campaña solidaria de la población civil rusa durante la guerra, un parlamentario británico y viajero por Oriente Medio, sir Mark Sykes, propuso que se estableciera, una vez derrotada Turquía, una «administración rusa especial» en Palestina, en la región de Jerusalén, Belén y Jaffa. Tras un mes de combate en los Cárpatos, el general Brusilov controlaba ciento doce kilómetros de la cima de los Cárpatos, desde el paso de Dukla hasta el de Uszok, y amenazaba la planicie húngara.

En el frente del Cáucaso, los constantes avances rusos desataron la tragedia. Los turcos, resentidos por su pérdida de hombres y tierras, acusaron a la población local armenia de cooperar con los invasores rusos. A partir del 8 de abril, decenas de miles de hombres armenios fueron rodeados y fusilados. Centenares de miles de mujeres, ancianos y niños fueron deportados hacia el sur, al otro lado de las montañas, a Cilicia y Siria. El 15 de abril, los armenios recurrieron al embajador alemán en Constantinopla, pidiéndole la protección oficial de Alemania, solicitud que fue rechazada por Berlín, aduciendo que ofendería al gobierno turco. Antes del 19 de abril, más de cincuenta mil armenios habían sido asesinados en la provincia de Van. El 20 de abril, la ciudad de Van, en la que predominaban los armenios, fue rodeada por fuerzas turcas: había mil trescientos armenios armados en la ciudad, para defender a treinta mil civiles. Du-

rante treinta días, resistieron los reiterados intentos de entrar en la ciudad, hasta que los salvó la llegada de las fuerzas rusas que llevaban consigo las felicitaciones del zar por su valor para resistir.

En el resto del imperio otomano continuaron las matanzas y las expulsiones de armenios. Incluso mientras los de Van resistían el sitio, decenas de miles eran deportados de Erzerum y expulsados hacia el sur, al otro lado de las montañas, hacia el norte de Mesopotamia. El 24 de abril se declaró día de duelo armenio. Ese día, el jefe de la iglesia armenia, Catholicos Kevork, solicitó la intervención del presidente Wilson, pero fue inútil. En Constantinopla, el embajador alemán acudió al Ministerio de Asuntos Exteriores turco y manifestó su esperanza de que se evitara todo lo que «pudiera parecer una masacre cristiana». Le dijeron que la guarnición turca de la provincia de Van estaba compuesta por conscriptos muy mal entrenados y que tal vez no se pudieran evitar del todo los «excesos».

La noticia sobre las matanzas de Van se difundió ampliamente en toda Europa y en Estados Unidos. El 28 de abril, el vicecónsul alemán en Erzerum, Max Erwin von Scheubner-Richter, recibió instrucciones de Berlín de intervenir en contra de las «masacres». Le advirtieron, sin embargo, que no lo hiciera de manera tal que creara la impresión de «que queremos ejercer el derecho de protección sobre los armenios o interferir en las actividades de las autoridades». En realidad, eso le ató las manos.[11] Las matanzas continuaron.

El punto muerto en el frente occidental no evitó que todos los días se produjeran ataques británicos en la tierra de nadie, los bombardeos constantes por ambos bandos y las víctimas diarias. El 13 de abril murió en acción un parlamentario, el teniente William Gladstone, nieto de W. E. Gladstone, que fue primer ministro cuatro veces.[12] También hubo algunos momentos de reflexión filosófica. El 18 de abril, el teniente Robert Sterling, de veintidós años, que hacía un año había ganado en Oxford el Premio Newdigate por su poesía, escribió a un amigo que, unas tres semanas antes, se encontraba en las trincheras mientras los alemanes las bombardeaban y de pronto vio un par de tordos que hacían un nido unos cuantos metros detrás de su línea. «Al mismo tiempo, una alondra se puso a cantar en el cielo, encima de las trincheras alemanas. Parecía casi increíble en ese momento, pero ahora, cada vez que pienso en esas aves construyendo el nido y en esa canción casi "ciega", parecen representar en cierto modo la esencia misma de ese universo normal e invariable que sigue adelante, tranquila y despreocupadamente, en medio de los cadáveres, las balas y la locura.»

Entre los que se encontraban en el frente occidental el 20 de abril, justo al

sur del saliente de Ypres, en el bosque de Ploegsteert, estaba el teniente Roland Leighton, de veinte años, que había ingresado en el ejército en cuanto salió del instituto. El 24 de abril, escribió a su amiga Vera Brittain, que apuntó en su diario que él había «encontrado el cuerpo de un soldado británico muerto, oculto en la maleza, a escasos metros del camino. Debieron de haberle disparado durante el combate en los bosques, en la primera parte de la guerra. El cadáver se había hundido tanto en el terreno pantanoso, que lo único que asomaba por encima del suelo era la parte superior de las botas».

En la tercera semana de abril, el punto muerto en el frente occidental se caracterizó por una fase nueva y desagradable, con la que los alemanes pretendían poner fin al punto muerto y obtener la victoria. El 22 de abril se utilizó gas por primera vez en la primera guerra mundial. Esa noche, cerca de Langemarck, en el saliente de Ypres, en cinco minutos los alemanes descargaron 168 toneladas de cloro, procedentes de cuatro mil cilindros, contra dos divisiones francesas, una argelina, la otra territorial, y contra la adyacente división canadiense, sobre un frente de seis kilómetros y medio.

El efecto del gas fue devastador. «Centenares de hombres —informó a Kitchener sir John French— entraron en coma o quedaron moribundos.» Las tropas argelinas huyeron, dejando una brecha de algo más de setecientos metros en la línea aliada. Con máscaras de oxígeno, los alemanes avanzaron cautelosamente, tomaron dos mil prisioneros y se apoderaron de cincuenta y una piezas de artillería, pero no disponían de reservas para aprovechar el éxito y entrar por la brecha. El ataque había sido experimental, más que táctico; los militares alemanes ni siquiera se habían planteado la posibilidad de eliminar por completo el saliente de Ypres.

Al día siguiente, los canadienses sufrieron un segundo ataque alemán con gas, cerca de Langemarck. Los superaron y su valor en la defensa se conmemoró con la concesión de la primera Cruz de la Victoria a un canadiense, el soldado de primera clase Frederick Fisher, que, después de cubrir con su ametralladora la retirada de una batería de artillería bajo fuego intenso, volvió a entrar en la línea de fuego y lo mataron «cuando accionaba su ametralladora, bajo fuego intenso, para cubrir el avance de los refuerzos».

Entre los británicos que intervinieron en el saliente de Ypres el 23 de abril, estaba el teniente Sterling que, cinco días antes, había escrito a un amigo sobre los tordos y las alondras en la zona de guerra. Durante todo el día, con quince hombres, defendió su sector de la trinchera contra reiterados ataques alemanes, hasta que lo mataron.

A medida que continuaba la batalla, el 24 de abril, el fuego de la artillería alemana y sus ametralladoras aniquilaron a centenares de soldados británicos e indios que contraatacaron en la tierra de nadie, antes de llegar siquiera a la primera línea de las trincheras alemanas. Otro canadiense obtuvo la Cruz de la Victoria ese día: el sargento mayor de la compañía, Frederick Hall, que en dos ocasiones salió de su trinchera, bajo el fuego permanente de las ametralladoras alemanas, para retirar heridos a los que había escuchado pedir ayuda. Cuando levantaba al segundo hombre para introducirlo en la trinchera, lo alcanzó una ráfaga de ametralladora y lo mató. La Cruz de la Victoria de Hall, al igual que la de su compatriota, Fisher, fue póstuma.

Esa noche, el general Smith-Dorrien, que estaba en el frente occidental desde la batalla de Mons, hacía ocho meses, se dirigió al cuartel general de sir John French para pedirle que no ordenara más ataques, pero su misión fue inútil. A la mañana siguiente, 25 de abril, quince mil soldados británicos e indios recibieron la orden de entrar en acción. Las banderas amarillas que se entregaban a las tropas que avanzaban para que pudieran indicar su posición a la artillería británica sirvieron de guía a los artilleros alemanes.

Cuando las tropas indias que estaban en el centro del ataque comenzaron a titubear, algunos buscando refugio en los cráteres o embudos que dejaban las explosiones, los alemanes soltaron gas, de modo que fue imposible seguir avanzando. Las tropas coloniales francesas, formadas por negros de Senegal, recibieron órdenes de emprender un ataque para desviar la atención del flanco británico, pero estaban tan aterrorizadas por el gas que mataron a sus propios oficiales (que tenían órdenes de matarlos a ellos si se alejaban de la línea de avance) y regresaron a toda prisa, atravesando las líneas francesas, a los depósitos de suministros y los dispensarios de la retaguardia, donde, durante varias horas, saquearon los depósitos y violaron a las enfermeras. Los franceses llamaron a una brigada de caballería británica para restaurar el orden y así lo hizo.

Un tercer canadiense obtuvo la Cruz de la Victoria el 25 de abril, el capitán Francis Scimager, que durante los cuatro días de la batalla había estado trabajando de médico en un dispensario de avanzada, situado en una granja. Cuando los edificios de la granja fueron objeto de intensos bombardeos, dirigió el traslado de los heridos y él mismo transportó a un herido grave hasta un lugar seguro. Cuando no pudo seguir llevando más a ese herido, se quedó con él bajo el fuego, hasta que pudieron encontrar ayuda.

Aunque en esos ataques murieron dos mil canadienses, los alemanes experimentaron grandes dificultades para combinar un ataque con gas con un avance de la infantería. Si el viento no era favorable, el gas representaba un peligro

para las tropas que avanzaban, porque acababan entrando en su propia nube tóxica. Con un viento repentinamente desfavorable, se convertía en un peligro indudable, porque retrocedía hacia las trincheras, donde los hombres que esperaban para salir de ellas y aprovechar el éxito del gas se veían a su vez afectados por él y quedaban incapacitados. En cuanto a las fuerzas aliadas, al cabo de pocos días les entregaron unas máscaras sencillas pero eficaces: una tela de lino humedecida en una sustancia química o, en caso de emergencia, en la orina del propio portador. El peligro inmediato había pasado. Enfadado, Kitchener declaró: «Alemania ha caído en actos que compiten con los de los derviches»[13], pero al día siguiente obtuvo la autorización del gabinete para utilizar él también el gas contra las líneas alemanas.

Una nueva arma había pasado a formar parte del método aceptado de la guerra. «Lo horrible es la muerte lenta de los que sufren sus efectos —escribió el general Charteris en su diario, seis días después del primer ataque—. He visto a un centenar de esos pobres individuos, tumbados al aire libre, en el patio delantero de una iglesia, para que les diera todo el aire que podían recibir, ahogándose lentamente con agua en los pulmones: un panorama horrible y los médicos, impotentes.»

Capítulo VIII

LOS DESEMBARCOS EN GALLÍPOLI
De abril a mayo de 1915

El 25 de abril de 1915, día de gas y desmoralización tanto para los británicos como para los franceses en el frente occidental, tuvieron lugar los desembarcos militares anglofranceses en la península de Gallípoli, en los cuales los aliados habían depositado tantas esperanzas. Al igual que el ataque naval en el estrecho, cinco semanas antes, los desembarcos de tropas se llevaron a cabo con la esperanza de una victoria rápida, a pesar de lo cual no se obtuvo ninguna victoria, ni rápida ni lenta. Como ocurrió con el combate naval, hubo momentos en los que parecía que el éxito estaba al alcance de la mano. Las oportunidades de triunfar existieron, pero naufragaron por culpa de errores y desgracias.

Se eligieron dos zonas de desembarco independientes en la península de Gallípoli, una en el cabo Helles, en el extremo meridional de la península, y otra más al norte, frente a la población de Maidos. La intención era que el avance desde los desembarcos en el sur hiciera retroceder a los turcos hacia el desembarco septentrional, atrapándolos entre las dos fuerzas. El primer desembarco tuvo lugar en la playa septentrional, cuyo nombre en clave era playa Z, poco antes del amanecer. Dos meses antes, al subestimar los británicos la capacidad de combate de los turcos, Kitchener había hecho el comentario cáustico de que las tropas australianas y neozelandesas serían muy adecuadas para una misión que él consideraba «un crucero por el Mármara». Por consiguiente, fueron los australianos y los neozelandeses, que habían llegado a Egipto de camino hacia el frente occidental y que habían sido desviados para la batalla rápida y sencilla contra los turcos, los que desembarcaron en la playa Z. Posiblemente por un error náutico, en lugar de desembarcarlos en el lugar original, Gaba Tepe, desde el cual podrían haber avanzado por un terreno casi plano a través de la parte central de la península, en su punto más estrecho, los dejaron en Ari Burnu, un cabo más pequeño, situado más al norte, debajo de las escarpadas alturas de Chunuk Bair. «¡Dígale al coronel —exclamó el comandante Dix,

que estaba a cargo del primer desembarco— que los muy idiotas nos han desembarcado un kilómetro y medio más al norte de lo previsto!»

El desembarco en sí prácticamente no encontró oposición alguna. Poco después de mediodía una batería turca próxima a Gaba Tepe comenzó a bombardear a los soldados que se encontraban en la playa de desembarco. Muchos hombres se internaron en tierra, donde los turcos comenzaron a causar más bajas. De todos modos, los australianos siguieron avanzando, subiendo por el escarpado terreno, hacia las tierras altas. A últimas horas de la tarde, la compañía de tropas turcas que defendía la cima de Chunuk Bair se quedó sin municiones y emprendió la retirada. Cuando un grupo reducido de australianos se acercaba a la cima, el comandante de una de las seis divisiones turcas de la península, Mustafá Kemal, que en ese momento estaba efectuando un reconocimiento de la zona que se extendía delante del grueso de sus tropas, se acercó a los hombres que se alejaban. En sus memorias, recuerda el diálogo que se desarrolló a continuación: «¿Por qué huís?» «El enemigo, señor.» «¿Dónde?» «Allí.»

Kemal dirigió la mirada hacia la colina. Los australianos acababan de llegar a ella. A menos que algo los detuviera, podían seguir rápidamente hasta la parte más alta. «No se huye del enemigo», dijo Kemal a las tropas en retirada. «No tenemos municiones», respondieron. «Si no tenéis municiones, al menos tenéis las bayonetas.» Entonces Kemal ordenó al destacamento turco que se detuviera, calara las bayonetas y se echara al suelo, de cara al enemigo. «En cuanto los hombres se echaron al suelo, el enemigo hizo lo mismo —recordó posteriormente—. Fue el tiempo que ganamos.» Uno de los australianos, el capitán Tulloch, recordaba después a un oficial turco de pie bajo un árbol, a menos de novecientos metros de distancia, dando órdenes. Tulloch le disparó, pero el oficial no se movió.

El mejor regimiento de Kemal estaba ocupado en ese preciso momento en maniobras de rutina en las laderas orientales de Chunuk Bair. Les dio órdenes de avanzar, seleccionó doscientos hombres y los condujo a la cima. Llegó antes que la mayoría de ellos y vio, poco menos de cuatrocientos metros más abajo, a una columna australiana que avanzaba. Haciendo adelantar a sus hombres, organizó cada grupo a medida que fueron llegando, para mantener a los australianos fuera de la cima. Llegó una batería de cañones. Él mismo empujó el primer cañón hasta su posición, bajo el fuego, consciente de que, si no defendían la cima, se podía perder toda la posición en la península.

Un soldado de reconocimiento australiano, al regresar de la zona alta, encontró a un grupo de australianos sentados al sol, «fumando y comiendo, como si estuvieran en una merienda campestre». Cuando les dijo que se acercaban

«miles» de turcos, el oficial al mando respondió: «Nunca me imaginé que regresarían.» La línea turca de retirada a lo largo de la península de Bulair se quedó sin hombres para poder reforzar el contraataque. Intervinieron otro regimiento turco y dos regimientos árabes más. Los combates prosiguieron durante todo el día. Detuvieron a los australianos cuando sólo les faltaba un tercio para llegar a lo alto.

Oleadas sucesivas de turcos, que se arrojaban contra el adversario, murieron bajo el fuego de las ametralladoras mientras se encaramaban sobre los cadáveres de la oleada anterior. Cada vez eran más los australianos heridos que retrocedían hasta la estrecha brecha. «No había descanso ni tregua —escribió un soldado australiano— y estábamos totalmente rodeados de cadáveres en descomposición; no tuvimos ni una pausa en todo ese largo día que comenzó al despuntar el alba. ¡Cómo deseábamos el anochecer! ¡Cómo rezábamos para que acabara ese día tan espantoso! ¡Cómo anhelábamos ver las primeras sombras!»

Al anochecer, tanto los australianos como los turcos estaban agotados. Los dos regimientos árabes se encontraban al límite de su capacidad para seguir combatiendo. Durante toda la noche, Kemal trató de que sus cansados soldados empujaran a los australianos hacia el mar, pero éstos se aferraban a las laderas occidentales de Chunuk Bair y no los pudieron desalojar. No obstante, muchos se replegaban desde la línea del frente «y no se pueden reunir en ese terreno difícil», informó el oficial al mando, el general Birdwood, y añadió que la Nueva Brigada Neozelandesa, que había sufrido muchas bajas durante el día, «se encuentra bastante desmoralizada». Quería evacuar la cabeza de playa. Cuando su solicitud fue transmitida por barco al comandante en jefe, el general sir Ian Hamilton, que, con toda confianza, había encabezado sus órdenes originales con las palabras «Fuerza Expedicionaria de Constantinopla», éste respondió: «Sus noticias son graves, sin duda, pero no hay nada que hacer, más que atrincherarse y aguantar».

Hamilton añadió que la fuerza meridional avanzaría a la mañana siguiente, «y que eso reduciría la presión sobre ustedes», una valoración sin duda demasiado optimista de lo que sería posible en el sur, como habían demostrado los hechos que tuvieron lugar allí durante el 25 de abril.

Había cinco playas de desembarco distintas en el cabo Helles el 25 de abril, cuyo nombre en clave eran playas S, V, W, X e Y. En la playa V, dos mil soldados, dos batallones irlandeses y uno de Hampshire, estaban escondidos en un barco carbonero, el *River Clyde*, que habían hecho encallar a propósito. Se preparó un puente de barcazas para que los hombres pudieran pasar rápidamente

del barco a la costa. Cuando intentaban hacerlo, quedaron atrapados bajo el intenso fuego de ametralladoras procedente de lo alto del acantilado y por el fuego de la artillería de una de las baterías del coronel Wehrle, situada en las ruinas del fuerte de Sedd-ul-Bahr, volado durante los bombardeos navales que habían tenido lugar dos meses antes. Siguiendo la playa V, más hombres desembarcaban de botes de la marina, pequeñas barcas de madera impulsadas por remos. También esos hombres fueron acribillados y muchos de ellos se hundieron en el agua y se ahogaron por el peso de sus mochilas. Tantos hombres murieron en la primera hora que se interrumpió la operación hasta el anochecer, cuando desembarcaron el resto de las tropas del *River Clyde*. Cuando se pudo rechazar a los turcos, más de la mitad de los que habían desembarcado habían muerto o habían resultado heridos. Por su valor en la playa V esa mañana, un comandante de la Marina Real británica, un subteniente, dos guardiamarinas y dos marineros recibieron una Cruz de la Victoria cada uno.

En la playa W, los que tenían que desembarcar eran los Fusileros de Lancashire. En 1811, en una batalla librada en la península Ibérica contra el ejército de Napoleón, durante la guerra de la Independencia española, se dijo de sus predecesores: «¡No hay nada capaz de detener a esa infantería increíble!» Los pusieron en botes y los remolcaron en grupos de seis mediante barcos patrulla de vapor y al final tuvieron que remar. Al llegar a su playa, descubrieron que el bombardeo naval preliminar no había provocado graves daños en los alambres de espinos que había a lo largo de la costa. Además, muchos turcos también habían sobrevivido al bombardeo naval y se escondían en refugios subterráneos, esperando en silencio al invasor, con las ametralladoras listas para entrar en acción. «Se diría que nos aproximábamos en nuestros botes a un lugar desierto —recordaba después un oficial británico, el capitán Raymond Willis—. De pronto, ¡zas! El primer remero de mi bote cayó hacia delante, para asombro y enfado de sus camaradas y menudo pandemónium se lió cuando los soldados y los marineros trataban de huir de la repentina lluvia de balas que barría la playa y los barcos, de un extremo a otro.»

Los hombres estaban tan apretados en las barcas que algunos permanecieron sentados, aunque estuvieran muertos. De los barcos, saltaban a las profundidades. Con petates que pesaban poco más de treinta kilos y sus fusiles, muchos de los que fueron alcanzados se ahogaron bajo el peso de su equipo. Otros murieron en el acto. Muchos llegaron a la playa y murieron al tratar de pasar por encima del alambre de espinos. Varios hombres murieron al quedar corto algún proyectil naval británico. El capitán Clayton, que alcanzó a refugiarse en el acantilado con algunos de sus hombres, recordó que «grité al soldado que ve-

nía detrás de mí que hiciera señas, pero él me gritó a su vez “Me han herido en el pecho”. Entonces me di cuenta de que los habían herido a todos». En total desembarcaron novecientos cincuenta hombres en la playa W. Cuando se conquistó la playa, habían muerto seis oficiales y 254 hombres, y 283 habían resultado heridos.

Se concedieron seis cruces de la Victoria a los Fusileros de Lancashire, incluido el capitán Willis, por su valor esa mañana, en la playa W. Uno de los seis, el soldado raso W. Keneally, murió poco después, como consecuencia de sus heridas, en un hospital de Malta. La expresión «seis cruces de la victoria antes del desayuno» se convirtió en un dicho arrogante en Lancashire.[1] Desde entonces, la playa W se conocería como la del desembarco de Lancashire.

Tres de las seis playas del cabo Helles, la S, la X y la Y, apenas estaban defendidas. Las tropas que desembarcaron en la playa S casi no encontraron oposición. Cuando un prisionero turco les dijo que apenas había un millar de hombres en la zona, se atrincheraron, suponiendo que el turco se refería a la zona más próxima. En realidad, se refería a toda la península, al sur de Gaba Tepe. Cuando otros prisioneros confirmaron más tarde la cifra, ese mismo día, y aclararon que, al hablar de un millar de hombres, se referían a los que había en toda la zona del cabo Helles, incluidas la aldea de Krithia y los altos de Achi Baba, no les creyeron. Sin embargo, lo que decían era verdad: en ese momento, los turcos era mucho menos capaces de repeler un avance serio de lo que lo habían sido en Chunuk Bair. Si los que desembarcaron hubiesen conocido la verdadera situación, habrían entrado en Krithia y alcanzado los altos de Achi Baba sin demasiada oposición.

En la playa X, la pequeña guardia, compuesta por doce defensores turcos, se rindió sin disparar ni un tiro y los atacantes llegaron a lo alto del acantilado sin sufrir ni una baja. Entonces regresaron a la playa W para colaborar allí en la batalla. Un capellán que los acompañaba describió más tarde lo que vieron: «Un centenar de cadáveres, alineados sobre la arena, algunos tan destrozados que resultaban irreconocibles. [...] Algunos de los Lancashire yacían muertos a mitad de camino hacia los acantilados, sujetando todavía los fusiles en las manos frías y agarrotadas.»

Los turcos de la playa W fueron flanqueados por hombres procedentes de las demás playas y los rechazaron los supervivientes de los Lancashire y una afluencia regular de refuerzos que llegaron a superarlos en número, en una proporción de diez a uno. En la playa Y, los que desembarcaron llegaron al acantilado sin ninguna oposición. Al comunicarse las distintas cabezas de playa, pa-

reció posible que, a pesar de los terrores de los combates de ese primer día en V y en W, el plan estratégico todavía pudiera funcionar, con los turcos expulsados tan hacia el norte que las tropas aliadas fueran capaces de capturar todos los fuertes de la costa europea. Una vez logrado eso, se conseguiría el objetivo de los desembarcos: la flota navegaría a través del estrecho hasta llegar a Constantinopla.

A los hombres que habían desembarcado en medio de las matanzas de V y W, lo que más les interesaba era atrincherarse y atender a los heridos. En la playa W, la tarea de atender a los heridos fue una batalla por sí misma. «Era difícil elegir los casos más urgentes —escribió después un ordenanza médico—. Había hombres que habían perdido brazos y piernas, cerebros que salían de cráneos destrozados y pulmones que sobresalían de pechos partidos; muchos se habían quedado sin rostro y diría que resultaban irreconocibles para sus propios amigos. [...] Un pobre tipo había perdido la nariz y buena parte de la cara; tuvimos que cortarle un brazo, la otra mano y extraerle del muslo dos balas como dientes de tiburón, aparte de otras operaciones menores. En realidad, fue una hora preciosa o algo más que se desperdició, porque al día siguiente vi que lo llevaban al depósito de cadáveres.» El 26 de abril, antes del anochecer, habían desembarcado más de treinta mil tropas aliadas. La cifra de muertos y heridos en los dos primeros días de batalla superaba los veinte mil. Los buques hospitales, que pronto abundarían tanto en el Mediterráneo como los buques de guerra, llevaban a los heridos a Egipto.

En el cabo Helles, los turcos se apresuraron a enviar refuerzos al frente. Al no poder echar a los británicos de las playas, el 27 de abril se retiraron a una posición al otro lado de la península, delante de la colina de Achi Baba. Para comandar el frente meridional, Liman von Sanders envió a un oficial alemán, Hans Kannengiesser, que llegó a la península el 29 de abril, seguido, pocos días después, por un oficial naval alemán, el teniente Bolz, con ocho ametralladoras y treinta y dos infantes de marina alemanes. Los británicos ya habían tratado de llegar hasta Achi Baba el 27 de abril y los habían ahuyentado los soldados turcos enviados desde Maidos. Hasta el primer objetivo británico, la aldea de Krithia, situada a apenas seis kilómetros y medio de las playas de desembarco, resultó un objetivo imposible: de los catorce mil hombres que atacaron a los turcos ese día, tres mil murieron o resultaron heridos.

Pocos días después, cuando cuatro batallones de Fusileros de Lancashire se acercaban a la península por mar, para reforzar a los que ya estaban allí, pasaron junto a un buque hospital que transportaba a los heridos a Egipto. Los recién llegados exclamaron con entusiasmo: «¿Estamos desmoralizados?

¡No!», a lo cual los que se marchaban respondieron: «¡Pues no tardaréis en estarlo!»

Un grupo especial de soldados desembarcaron en el cabo Helles no sólo para luchar contra los turcos, sino para combatir por su propio ideal nacional. El día después del ataque naval del 18 de marzo, el líder sionista Vladimir Jabotinsky, decidido a colaborar para lograr una victoria contra los turcos que pudiera contribuir a las aspiraciones nacionalistas de los judíos, había asistido al establecimiento de una unidad militar totalmente judía, el Cuerpo de Muleteros de Sión, formado por judíos palestinos que habían huido de Palestina a Egipto. Al mando de un oficial británico, el teniente coronel Patterson, con cinco oficiales británicos y ocho judíos, los quinientos hombres prestaron servicio en la península de Gallípoli, del primero al último.

El principal oficial judío del Cuerpo de Muleteros de Sión, el capitán Joseph Trumpeldor, había luchado en el ejército ruso contra Japón en 1904 y en esa ocasión perdió un brazo. En 1912, se había establecido en Palestina. Un año después de los desembarcos de Gallípoli, escribió el coronel Patterson: «Muchos de los sionistas, a los que pensé que les faltaba valor, demostraron no tener miedo, hasta cierto punto, bajo un fuego intenso, mientras que el capitán Trumpeldor en realidad se deleitaba con él; cuanto más intenso, más le gustaba y solía decir: "Ah, ¡así es *plus gai!*"»

Del principio al fin, el estrecho permaneció bajo control turco, ni siquiera amenazado por el ataque de la infantería. Hubo momentos en que el mando en Gallípoli era tan incompetente y confuso que ponía en ridículo el valor y la tenacidad de las tropas aliadas. El comandante en jefe británico, el general sir Ian Hamilton, que en la frontera noroeste de la India había sido un oficial tan gallardo como imaginarse pudiera, permaneció a bordo mientras duraron los desembarcos y durante buena parte de los combates posteriores, observando la batalla desde el mar o estudiando los informes de sus comandantes en su cuartel general, en la lejana isla de Mudros.

Los turcos, a las órdenes de generales alemanes, pero inspirados y engatusados por su propio Mustafá Kemal, consiguieron mantener a la fuerza invasora inmovilizada en sus dos cabezas de playa. Los desembarcos anglofranceses habían triunfado, sin embargo, porque había en tierra decenas de miles de hombres y la perspectiva de una victoria aliada siguió manteniendo suficiente atractivo como para que los italianos firmaran un acuerdo secreto el 26 de abril, comprometiéndose con la Entente.

Del mismo modo que, según su propio acuerdo secreto del 20 de marzo, Rusia se apoderaría de Constantinopla y del estrecho cuando el imperio otomano fuera derrotado, según el acuerdo secreto por el cual Italia se incorporaba a la guerra, ella también adquiriría bastante territorio. Las adquisiciones territoriales italianas procederían de una Austria-Hungría derrotada y de una Turquía derrotada y se explicaban en detalle en el texto del tratado. De Austria-Hungría Italia recibiría Trentino, el sur de Tirol, Trieste, los condados de Gorizia y Gradisca, la península de Istria, el norte de Dalmacia y numerosas islas frente a las costas de Dalmacia. De Turquía recibiría una considerable «esfera de influencia» en Anatolia. También recibiría más territorio colonial en el norte de África y, de Albania, recibiría el puerto de Valona, en el Adriático, y la isla de Saseno.

La posibilidad de conseguir tantos territorios dependía, tanto para Rusia como para Italia, de la victoria en la península de Gallípoli. Al principio parecía que realmente se esperaba una victoria rápida. El 28 de abril, una fuerza de catorce mil hombres avanzó tres kilómetros hacia el interior, desde el cabo Helles, casi hasta los altos de Achi Baba, desde donde habrían sido capaces de mirar hacia abajo y disparar sobre los fuertes turcos de la costa europea, pero, a pesar de los reiterados ataques, esos altos permanecieron en poder de los turcos, al igual que la aldea de Krithia, situada debajo. Desde los desembarcos iniciales, no habían cesado de llegar refuerzos turcos de la región de Constantinopla y de Anatolia.

El 30 de abril, el ministro turco de Guerra, Enver Pasha, confiado en que podría eliminar esos dos puntos de apoyo aliados en suelo turco, ordenó al general Liman von Sanders que «echara a los invasores al mar», una orden que resultó imposible de cumplir. El 3 de mayo, cuando Kitchener aseguró al Consejo de Guerra británico que no cabía «duda de que lograremos pasar», también él estaba equivocado. Esa noche, los turcos lanzaron un feroz ataque en el cabo Helles, que fue repelido por los franceses.

En Gallípoli, como en el frente occidental, las trincheras y hasta las colinas cambiarían de mano una y otra vez, pero en un mapa de tamaño normal no se advertiría ningún cambio en la línea. La guerra en el mar también continuaba en los Dardanelos, pero sin llegar a ninguna conclusión: la noche del 30 de abril, disparando más de cincuenta de sus inmensos proyectiles de 305 milímetros a lo largo de toda la vía de los Dardanelos, el acorazado británico *Lord Nelson* incendió parte de la población de Chanak y volvería a hacerlo cuatro semanas después. El 1 de mayo, un submarino británico que logró atravesar las defensas del estrecho hundió un transporte de tropas turco, el *Guj Djemal*, con seis mil

hombres a bordo. Pero ni las llamas en Chanak ni la presencia de submarinos británicos en el mar de Mármara pudieron afectar la moral de los turcos ni la capacidad de los aliados para poner fin al punto muerto.

El 6 de mayo, en un segundo intento por capturar la colina plana de Achi Baba o, por lo menos, la aldea de Krithia, situada en su base, una fuerza compuesta por veinticinco mil soldados británicos y franceses, con el apoyo de ciento cinco cañones pesados, avanzó algo más de quinientos metros, pero la aldea y la cima los eludieron. Entre las tropas británicas figuraban las dos brigadas navales que habían combatido en Amberes en octubre de 1914. Allí habían perdido a cincuenta hombres; en Krithia, la mitad de su fuerza, mil seiscientos hombres en total, entre muertos y heridos. Durante la batalla, un teniente neozelandés de veintiséis años, Bernard Freyberg, cuyo oficial al mando murió en el ataque, recibió una grave herida en el abdomen. Dos meses después, volvieron a herirlo en el estómago. Tras una carrera militar distinguida en dos guerras mundiales y varias heridas graves más en el frente occidental, Freyberg murió en 1963, cuando se le abrió la herida que sufrió en Gallípoli.

El oficial alemán que comandaba las tropas turcas al sur de Achi Baba y que expulsó a los británicos fue el general de división Erich Weber, que, seis meses antes, como coronel Weber, había supervisado el cierre y la colocación de minas en los Dardanelos.

Había acabado el intento de poner fin al punto muerto en el frente occidental mediante una victoria rápida y decisiva en otro sitio. Se seguiría combatiendo en la península durante el resto del año, pero el elemento sorpresa se había perdido y las batallas en el frente occidental y en el oriental, a las que se pretendía contribuir con el golpe contra Turquía, continuarían sin tregua ni mejora.

Tanto las esperanzas navales de marzo como las esperanzas militares de abril se habían visto defraudadas. La mala suerte y el error, seguidos por el inesperado vigor de los defensores turcos, hicieron añicos el sueño aliado de lograr un momento decisivo que les aportara tanto la victoria en el campo como más territorio en el mapa.

Capítulo IX

LA ENTENTE CORRE PELIGRO
De mayo a junio de 1915

El 1 de mayo de 1915, una fuerza austrogermana combinada comenzó una ofensiva para expulsar a los rusos de los Cárpatos. Dirigía las tropas un comandante alemán, el general August von Mackensen, y un alemán experto en artillería, el coronel Bruchmüller, fue quien ideó la táctica de la artillería. El ataque principal fue precedido por un bombardeo llevado a cabo por seiscientas diez piezas de artillería; fue la mayor descarga realizada hasta entonces en el frente oriental e incluyó granadas de gas. Duró cuatro horas y se dispararon setecientos mil proyectiles.

Al cabo de veinticuatro horas, los rusos fueron expulsados de Gorlice; cinco días después los echaron de Tarnów. Miles de soldados rusos quedaron muertos en el campo de batalla. Era el fin de nueve meses de victoriosos avances rusos. Los ejércitos austrogermanos fueron recuperando, uno por uno, los pasos de los Cárpatos. Al cabo de una semana, habían tomado prisioneros a más de treinta mil soldados rusos. Tras la batalla por la población montañosa de Sanok, el comandante ruso informó que su ejército había «muerto desangrado».

Una enfermera británica, Florence Farmborough, que prestaba servicio en una unidad médica que acompañaba a las fuerzas rusas, fue testigo de su sufrimiento. Al llegar a un monasterio en la aldea de Molodycz, los médicos y enfermeras en retirada establecieron una sala de operaciones de emergencia. «Averiguar cuándo y cómo se habían producido las heridas era imposible; en medio de esa gran ola de sufrimiento, cuya intensidad era bien visible y audible, no podíamos hacer otra cosa más que apretar los dientes y ponernos a trabajar.» Una docena de ambulancias transportaban a la retaguardia a los heridos menos graves, pero, por muchos que se llevaran, seguían trayendo más. Vio unas heridas «que hacían que a una le palpitara el corazón, maravillada de que el cuerpo de un hombre estuviera tan mutilado y, sin embargo, pudiera vivir, hablar y comprender». Se volvió hacia un hombre y vio que tenía la pierna y el lado izquier-

do llenos de sangre. «Retiré la ropa y vi una pulpa, una mera masa de cuerpo destrozado, de las costillas para abajo; tenía el estómago y el abdomen completamente aplastados y la pierna izquierda estaba unida a la pulpa del cuerpo sólo por unos cuantos trozos de carne.» Un sacerdote que pasaba en ese momento se tapó los ojos, horrorizado, y se alejó. «Los ojos sin brillo del soldado seguían mirándome y movió los labios, pero no salió ninguna palabra. No puedo describir lo que me costó alejarme sin ayudarlo, pero no podíamos desperdiciar tiempo ni material en los casos desesperados y había tantos otros esperando.»

Dos días después, Florence Farmborough sufrió lo indecible cuando se dio la orden de continuar la retirada, dejando atrás a los heridos más graves. «Los que podían andar se levantaron y nos siguieron, corriendo, saltando, cojeando a nuestro lado. Los más impedidos se arrastraban detrás de nosotros, suplicando, implorando que no los abandonáramos en su necesidad. Y en la carretera quedaron otros, muchos más; algunos tumbados en el polvo, agotados. También ellos nos llamaban. Se aferraban a nosotros, rogándonos que nos quedáramos con ellos. Teníamos que arrancar nuestras faldas de las manos que las agarraban. A continuación, sus plegarias se mezclaban con los insultos y, a lo lejos, escuchábamos los insultos repetidos por aquellos de nuestros hermanos a los que habíamos abandonado a su destino. La creciente oscuridad acentuaba el pánico y la miseria. Acompañados por el fragor de los proyectiles y las maldiciones y las plegarias de los heridos, a nuestro alrededor y detrás, nos adentramos rápidamente en la noche.»

En Viena, el ministro austríaco de Asuntos Exteriores, el conde Czernin, creía que había llegado la hora de buscar la paz con Rusia, partiendo de «una política de renuncia» a todas las conquistas austríacas y alemanas. Como dijo en el Parlamento de Viena justo después de la guerra, ése fue el «único momento» de todo el conflicto en el que se podía haber firmado la paz con Rusia en buenas condiciones, «con el ejército ruso en fuga y las fortalezas rusas desmoronándose como una casa de naipes». En Berlín, no obstante, la convicción de que el triunfo de Gorlice no era más que el preludio de la total destrucción de los ejércitos rusos hacía que resultara prematuro hablar de paz. Ese mes, los seis grupos económicos e industriales más poderosos de Alemania enviaron al canciller una petición que exigía una serie de anexiones territoriales y cambios, una vez ganada la guerra.

Las demandas de los industriales y los fabricantes alemanes incluían, en el oeste, la dependencia militar y económica belga de Alemania, arrebatándole a Francia su línea costera sobre el canal de la Mancha hasta la desembocadura del Somme, la anexión de la región carbonífera del norte de Francia y el control de

las fortalezas de Verdún, Longwy y Belfort. Los solicitantes pidieron también el establecimiento de un «imperio colonial adecuado para satisfacer los múltiples intereses económicos de Alemania», supuestamente a expensas de Gran Bretaña y Francia y, en el este, la anexión de «por lo menos una parte» de las provincias bálticas rusas y el territorio ruso «al sur de ellas», de modo que, a la «gran adición» a los recursos industriales de Alemania que se conseguiría en el oeste, le sirviera como contrapeso «una anexión equivalente de territorio agrícola en el este». La superficie total que se solicitaba contenía una población de once millones de personas. Una de las fuerzas fundamentales que apoyaban esas demandas era el principal director de Krupp, Alfred Hugenberg.[1]

Los alemanes tenían la sensación de estar en alza tanto en el este como en el oeste. En el frente occidental, los reiterados ataques alemanes con gas del 1 de mayo hicieron retroceder a los británicos casi hasta los suburbios de Ypres. Muchos de los hombres expuestos al gas fueron conducidos a un dispensario de campaña en la granja de Essex, cerca de Boesinghe. Más de mil soldados británicos, nueve canadienses y ochenta y tres soldados desconocidos están enterrados en el cementerio contiguo al dispensario. Entre los que atendían a los heridos y los moribundos en la granja de Essex había un médico canadiense de cuarenta y dos años, John M. McCrae, autor de un libro sobre patología, que se había presentado voluntario como artillero al estallar la guerra, pero a continuación fue trasladado al Cuerpo Médico del Ejército Canadiense. Después de pasar dos días rodeado por los restos humanos del ataque alemán, escribió uno de los poemas más citados en inglés sobre la guerra:

In Flanders fields the poppies blow
Between the crosses, row in row,
That mark our place; and in the sky
The larks, still bravely singing, fly
Scarce heard amid the guns below.

We are the Dead. Short days ago
We lived, felt dawn, saw sunset glow,
Loved and were loved, and now we lie
In Flanders fields.

Take up our quarrel with the foe:
To you from failing hands we throw

The torch; be yours to hold it high.
If ye break faith with us who die
We shall not sleep, though poppies grow
In Flanders fields.[2 y 3]

En el mar, el 1 de mayo, el día del éxito alemán tanto en el frente occidental como en el oriental, un submarino alemán hundió un buque mercante estadounidense, el *Gulflight*, frente a las costas de Sicilia. Murieron tres estadounidenses. También ese día, los principales periódicos neoyorquinos publicaron un anuncio que les envió la embajada alemana en Washington, que contenía la siguiente advertencia: «Se recuerda a los viajeros que tengan intención de cruzar el Atlántico en barco que existe un estado de guerra entre Alemania y Gran Bretaña y sus aliados, que la zona de guerra incluye las aguas adyacentes a las islas británicas» y que las embarcaciones que naveguen con bandera británica o la bandera de sus aliados «pueden ser destruidas en esas aguas y que los viajeros que viajen en la zona de guerra a bordo de embarcaciones británicas o de sus aliados se exponen a ese riesgo». La advertencia se publicó junto a un anuncio de la línea británica Cunard de la salida, esa mañana a las diez y nuevamente el 29 de mayo, del *Lusitania*, «el vapor más grande y más rápido que cubre actualmente la ruta del Atlántico».

El *Lusitania* zarpó ese día, como estaba previsto, aunque soltó amarras dos horas y media más tarde. Seis días después, el 7 de mayo, fue torpedeado frente a la costa meridional de Irlanda. Si hubiese partido a tiempo, tal vez no lo habría avistado el submarino alemán. El 6 de mayo, el *U-20*, al mando del capitán Walther Schwieger, ya había hundido sin previo aviso dos buques mercantes británicos, el *Candidate* y el *Centurion*. Había disparado cuatro torpedos y le quedaban tres. Esa noche, el capitán del *Lusitania*, William Turner, recibió por radio un mensaje del Almirantazgo británico: «Submarinos activos frente a la costa meridional de Irlanda.» Se enviaron cuatro advertencias más entre esa noche y las primeras horas del día siguiente.

El *Lusitania* recibió un sexto mensaje de advertencia del Almirantazgo a las 11.52 del 7 de mayo. Según las directrices que debían seguir todos los capitanes británicos, tenían que «evitar los cabos, ya que los submarinos solían merodear cerca de ellos y encontraban allí sus mejores presas». Turner pasó delante de tres cabos: el de Brownhead, el de Galley Head y el Old Head of Kinsale. Las instrucciones destacaban también: «Manténgase en mitad del canal.» Turner se encontraba a veinte kilómetros de la costa irlandesa, en un punto en el cual la distancia de costa a costa era de alrededor de 225 kilómetros. Según las direc-

trices, tenía que moverse «a toda velocidad». Turner había reducido la velocidad. Según las directrices, convenía seguir un rumbo en zigzag. Turner avanzaba en línea recta. Las directrices estaba en vigor desde el 10 de febrero. Las instrucciones sobre andar en zigzag se habían elaborado el 16 de abril.

El 7 de mayo, a mediodía, el *U-20* avistó el crucero *Juno*, pero, como iba en zigzag y a toda velocidad, el capitán Schwieger abandonó la persecución. Una hora y media después, vio al *Lusitania* y le disparó un solo torpedo, sin previo aviso. El *Lusitania* se hundió en dieciocho minutos. De los dos mil pasajeros que llevaba a bordo, se ahogaron 1.198, entre ellos 128 estadounidenses. Cuando el embajador estadounidense en Berlín, esperando (erróneamente) que lo retirarían en señal de protesta, pidió a un destacado banquero alemán que pusiera a buen recaudo sus objetos de valor, el banquero respondió, a través de su secretario: «Dígale al juez Gerard que me ocuparé de sus objetos de valor, pero dígale también que, si mañana sale el *Mauritania*, lo hundiremos igualmente.»

El hundimiento del *Lusitania* sacudió a la opinión pública estadounidense, pero el presidente Wilson no tenía intención de abandonar la neutralidad. Seis días después del hundimiento, en una reprimenda oficial al anuncio publicado en el periódico por la embajada alemana el 1 de mayo, Wilson manifestó que «el aviso de que se va a cometer un acto ilegal e inhumano» no se puede aceptar como una excusa legítima para cometerlo. A su debido tiempo, al igual que con el *Gulflight*, los alemanes se disculparon. Los periódicos alemanes no se arrepintieron tanto. Según el periódico de cierto Partido Católico de Centro, el *Kölnische Volkszeitung*, «el hundimiento del gigantesco vapor inglés es un éxito que tiene una significación moral mayor aún que el éxito material. Consideramos con alegre orgullo esa última hazaña de nuestra Marina, que no será la última. Los ingleses desean abandonar al pueblo alemán y dejar que muera de hambre. Nosotros somos más humanos. Nos limitamos a hundir un barco inglés con pasajeros que, bajo su propio riesgo y responsabilidad, entró en la zona de operaciones».

En Gran Bretaña, el hundimiento del *Lusitania* fue, durante el resto de la guerra, un poderoso símbolo del conflicto entre el bien y el mal y se presentaba al káiser como el auténtico asesino de las víctimas del capitán Schwieger. Hubo disturbios antialemanes en lugares tan remotos como Victoria, la provincia canadiense de Columbia Británica y Johannesburgo. El capitán Turner sobrevivió, aunque el agua lo arrastró del puente. El capitán Schwieger siguió buscando embarcaciones británicas.

A pesar del hundimiento del *Lusitania*, Estados Unidos mantuvo la neutralidad, aunque algunos de sus ciudadanos cuestionaban el concepto y la morali-

dad de permanecer al margen del conflicto europeo. Esa primavera, un ex presidente estadounidense, Theodore Roosevelt, publicó un libro en el cual sostenía, con ejemplos extraídos de la ocupación alemana de Bélgica, que el gobierno estadounidense no debía dudar en denunciar «males como» los cometidos allí por los alemanes. Advertía a los descendientes de alemanes que vivían en territorio estadounidense que «por honor estaban obligados a considerar todas las cuestiones internacionales exclusivamente desde el punto de vista del interés de Estados Unidos y de las demandas de una elevada moralidad internacional». Destacaba Roosevelt que Dante reservaba «un lugar especialmente infame en el infierno para aquellos ángeles innobles que no se atrevían a ponerse del lado del mal ni del lado del bien». La única paz que tiene un valor permanente «es la paz de la rectitud».

Roosevelt sostenía que el tan cacareado envío de alimentos desde Estados Unidos para ayudar a los belgas que sufrían la ocupación alemana había permitido a los alemanes apoderarse del dinero y los alimentos de los belgas y dejar que estos contaran con apoyo externo. «Los pacifistas profesionales harían bien en reflexionar sobre el hecho de que, si los países neutrales hubieran estado dispuestos a evitar la invasión de Bélgica, que sólo se podía conseguir mediante la disposición y la capacidad para emplear la fuerza, con ese acto de "guerra" habrían evitado más miseria y sufrimientos a hombres, mujeres y niños inocentes que la que puede eliminar ahora toda la caridad organizada de todas las naciones "pacíficas" del mundo.»

Al exhortar a un rápido rearme estadounidense, la intensificación del entrenamiento militar y un gran incremento del programa de construcción naval, Roosevelt expresaba la opinión de que «probablemente no habría guerra», si Gran Bretaña hubiese hecho caso del consejo que le daban en tiempos de paz los que querían introducir el servicio militar obligatorio, «porque en ese caso habría sido capaz de poner de inmediato en el campo un ejército tan grande y eficaz como el de Francia, por ejemplo». Estaba convencido de que una Gran Bretaña más armada habría frenado a Alemania en agosto de 1914 y continuó con la advertencia de que «lo que había sucedido con Amberes y con Bruselas le sucederá sin duda algún día a Nueva York, a San Francisco, y le puede ocurrir también a más de una ciudad del interior», si no se hicieran los preparativos adecuados para defender la nación.

En cuanto al papel de Estados Unidos en el conflicto, Roosevelt menospreciaba a los que sostenían que el país tenía que actuar como un mediador neutral. Si los países europeos querían la paz y la colaboración de Estados Unidos para conseguirla, escribió, «será porque han luchado todo lo que han querido o po-

dido; no será porque consideren que les hemos servido de modelo espiritual, quedándonos ociosos, profiriendo perogrulladas y recuperando su comercio, mientras que ellos han vertido su sangre como agua en apoyo de los ideales en los que creen, con todo el corazón y el alma».

El 9 de mayo, en el frente occidental, las tropas francesas lanzaron un ataque contra las posiciones alemanas en las colinas de Vimy. Formaba parte del primer intento combinado anglofrancés de atravesar las líneas de trincheras fuertemente fortificadas. Antes del ataque, los artilleros franceses estuvieron disparando granadas de metralla durante cinco horas. A continuación, tras dos minutos de silencio, los cornetas tocaron a avanzada y las tropas salieron de las trincheras para atravesar la tierra de nadie. Al cabo de novecientos metros, llegaron a la primera alambrada alemana que el bombardeo de la artillería no había conseguido romper. Con sus cortaalambres, los soldados trataron de abrir las brechas necesarias, mientras las ametralladoras alemanas abrían fuego sobre ellos. Los supervivientes se desplazaron hasta la siguiente línea de alambre. Al final, alcanzaron sus objetivos y los alemanes se retiraron a mejores líneas. Algunos hombres avanzaron cinco kilómetros, hasta las aldeas de Vimy y Givenchy, donde los alcanzó su propia artillería. Entre las tropas francesas, había un regimiento de la Legión Extranjera francesa, compuesto por tres mil hombres, que durante el ataque perdió al oficial que estaba al mando, al recibir en el pecho el disparo de un francotirador, y a todos los comandantes del batallón, así como también a 1.889 soldados.

Los británicos también atacaron el 9 de mayo, frente a Fromelles y La Bassée, tratando de capturar las colinas de Aubers, que se les habían resistido durante la batalla de Neuve Chapelle, dos meses antes. En el crucial bombardeo preliminar, menos del 8 por ciento de los obuses que se dispararon eran rompedores de alto poder explosivo y sólo se podía sostener una descarga de artillería durante cuarenta minutos, lo cual limitaba considerablemente el daño que podían causar a la alambrada de espinos y a las defensas de las trincheras alemanas. Muchos de los proyectiles eran demasiado ligeros para provocar daños graves en los terraplenes alemanes; otros eran defectuosos. Según el diario de un regimiento alemán, los proyectiles que caían sobre su frente no estallaban, los habían hecho en Estados Unidos y estaban llenos de serrín, en lugar de explosivos. Como algunos se disparaban con armas demasiado gastadas, no llegaban hasta las líneas alemanas.

Como consecuencia de los fracasos del bombardeo preliminar, cuando atacaron los soldados británicos no consiguieron atravesar las defensas alemanas,

que prácticamente permanecían intactas. En el diario del regimiento alemán, se describía también que, cuando acabó el bombardeo de la artillería británica y se despejó el humo de los proyectiles que habían estallado «jamás habríamos podido encontrar en la guerra un blanco más perfecto que ese muro compacto de hombres vestidos de caqui, británicos e indios, unos al lado de los otros. Había una sola orden que se podía dar: "Disparad hasta que revienten los cañones."»

El 9 de mayo, no sólo fue un día aciago para el ejército británico, porque se encontró con escasos proyectiles e inmovilizado por el fuego de las ametralladoras alemanas en las colinas de Aubers, sino que también fue un día de expectación: el día en que los primeros hombres del ejército de Kitchener salieron para prestar servicio activo en Francia. La primera en embarcarse para Francia fue la 9.ª División (Escocesa), una de las tantas de voluntarios del Nuevo Ejército, que habían sido reclutados con tanto celo durante los nueve meses anteriores por toda Gran Bretaña. A la 9.ª División la siguió, dos semanas después, la 12.ª División (Oriental), que también fue al frente occidental. Otras tres divisiones del Nuevo Ejército se estaban preparando para ir a Gallípoli.

Mientras los ansiosos voluntarios del ejército de Kitchener se dirigían a Francia, en la batalla de las colinas de Aubers se produjeron una serie de tragedias para las tropas británicas e indias que participaron. Después de que el primer asalto no consiguiera abrir una brecha en la línea alemana, los hombres que habían sido heridos en la tierra de nadie murieron como consecuencia de un bombardeo de la artillería británica, durante cuarenta minutos, precisamente sobre los cráteres de explosión en los que se habían refugiado. La historia oficial de la Brigada de Fusileros registró la siguiente conversación:

General Rawlinson: «Esto deja mucho que desear. ¿Dónde están los Sherwood Foresters? ¿Dónde están los East Lancashires a la derecha?»

General de brigada Oxley: «Yacen en la tierra de nadie, señor, y la mayoría de ellos ya no volverá a ponerse en pie.»

Tras el fracaso del primer asalto, las tropas británicas que regresaban a todo correr a la seguridad de sus propias líneas fueron blanco de los disparos de los alemanes, mientras corrían, pero, como llevaban una cantidad de prisioneros alemanes, los británicos pensaron que se trataba de un contraataque enemigo y también les dispararon desde las trincheras británicas. Pocos pudieron sobrevivir al fuego cruzado. Para tratar de restablecer el orden, el general de brigada Lowry-Cole, «veterano» de la batalla de Neuve Chapelle, se puso de pie sobre el parapeto británico, donde, mientras exhortaba a oponer resistencia a los hombres que se retiraban, lo mataron de un tiro.

Esa tarde, Haig ordenó un segundo ataque, a pesar de que los informes de

reconocimiento de la fuerza aérea hablaban del constante avance de los refuerzos alemanes. El comandante del Cuerpo Indio, el general Willcocks, protestó ante la orden de volver a atacar, como lo había hecho antes, y con éxito, en Neuve Chapelle. El general Gough, comandante de la 7.ª División, también informó a Haig de que, tras un «reconocimiento personal» del terreno, estaba convencido de «la certeza de que todo nuevo intento de atacar a la luz del día sería un fracaso». El único que tenía confianza en un nuevo ataque era el general Haking, comandante de la 1.ª División, y Haig aceptó su opinión.

Con los gaiteros de la 1.ª Guardia Negra al frente, tocando la gaita con sus faldas escocesas, las fuerzas británicas volvieron a atacar. El fuego de las ametralladoras alemanas cayó sobre ellas violentamente. Cuando Haig ordenó que el ataque «se continuara con bayonetas al anochecer», los comandantes que se encontraban en el lugar comunicaron que esas órdenes les parecían un error, de modo que Haig las anuló, diciendo a los comandantes que debían triunfar al día siguiente; pero en una nueva conferencia con Haig que tuvo lugar durante la mañana del 10 de mayo, los tres comandantes, Haking, Gough y Willcocks, dejaron claro, cada uno por su parte, que no disponían de suficiente munición de artillería para comenzar un segundo día de ofensiva.

Las pérdidas del primer (que al final resultó el único) día de la batalla de las colinas de Aubers ascendieron a 458 oficiales y 11.161 hombres. Durante todo el día se produjeron muestras de valor individual. Se habían ganado tres cruces de la Victoria, pero no existía ningún medio de romper la línea alemana y Haig aceptó que no convenía reanudar la batalla. «Nuestro ataque ha fracasado —escribió en su diario el general Charteris el 11 de mayo— y ha sido un fracaso estrepitoso, con muchas bajas, y ésa es la pura verdad, por desagradable que sea.»

Entre los que se encontraban en el saliente de Ypres el 13 de mayo, cuando los alemanes comenzaron un intenso bombardeo de artillería, estaba el capitán Julian Grenfell, que había combatido en el saliente el mes de noviembre anterior y había sido mencionado en dos ocasiones en los despachos por su valor. Dos semanas antes, había escrito uno de los poemas británicos más citados de la guerra, «Into Battle» (En la batalla), cuyas cuatro últimas estrofas rezan así:

In dreary, doubtful, waiting hours,
Before the brazen frenzy starts,
The horses show him nobler powers;
O patient eyes, courageous hearts!

And when the burning moment breaks,

And all things else are out of mind,
And only joy of battle takes
Him by the throat, and makes him blind,

Through joy and blindness he shall know,
Not caring much to know, but still
Nor lead nor steel shall reach him, so
That it be not the Destined Will.

The thundering line of battle stands,
And in the air death moans and sings;
But Day shall clasp him with strong hands,
And Night shall fold him in soft wings.[4]

Durante el bombardeo alemán del 13 de mayo, Grenfell fue alcanzado por la esquirla de un proyectil. «Frené un *"Jack Johnson"* con la cabeza —escribió a su madre desde el dispensario— y tengo el cráneo algo resquebrajado, pero me estoy recuperando de maravilla.» Lo llevaron a un hospital militar en Boulogne-sur-Mer. Sus padres viajaron desde Inglaterra para estar a su lado. Su hermana, Mónica, no tuvo que viajar tanto, ya que era enfermera en el cercano hospital militar de Wimereux. Al cabo de diez días Grenfell estaba moribundo. «Sujétame la mano hasta que me vaya», pidió a su madre el 25 de mayo. Al día siguiente estaba muerto.

No sólo el frente occidental, sino también la península de Gallípoli, desmentían toda pretensión que pudiera existir todavía de que la victoria sería rápida o sencilla. Desde Gallípoli, el 9 de mayo, escribió a Winston Churchill su hermano Jack: «Otra vez se ha vuelto una guerra de asedio, como en Francia.» Igual que en el frente occidental, se obtenían pequeñas ganancias a un alto coste, como cuando el 12 de mayo, cerca del cabo Helles, soldados gurjas capturaron el cabo Tekke. Al día siguiente se descartaron todos los planes de reanudar el ataque naval a través del estrecho: a primeras horas de esa mañana se habían ahogado quinientos setenta marinos británicos, cuando el acorazado *Goliath* fue torpedeado por un torpedero turco, al mando de un oficial naval alemán, el teniente Firle.

En el otoño de 1914, el ángel de Mons había servido de fuente de inspiración para unas tropas cansadas de la batalla. A comienzos del verano de 1915,

una imagen diferente se volvió característica de las emociones aliadas. El 15 de mayo, *The Times* contó una historia que había circulado mucho por el frente: durante la batalla de Ypres, en abril, las tropas que contraatacaban habían hallado el cadáver de un soldado canadiense, crucificado sobre la puerta de un granero, en Bélgica. Las bayonetas alemanas que le perforaban las manos y el cuello no dejaban la menor duda de quiénes habían sido los asesinos.

La historia no se verificó jamás y casi seguro que es falsa, pero fue creciendo rápidamente a medida que la contaban. Cuatro días después del reportaje de *The Times*, un soldado canadiense escribió a su esposa que no eran uno sino seis los canadienses crucificados y que sus cuerpos estaban marcados con una placa que advertía a los canadienses «que se quedaran en Canadá». A otro soldado raso canadiense le dijeron que, después de recuperar un tramo de trinchera, habían encontrado a un soldado canadiense con «largas uñas que le atravesaban las palmas de las manos». La vez siguiente que la unidad entró en combate, «nuestros oficiales nos dijeron que no tomáramos prisioneros, "disparad a los bastardos o clavadles las bayonetas"».

Una representación artística de la escena la ampliaba todavía más: en un friso de bronce que se expuso en la Royal Academy de Londres justo después del armisticio aparecían unos soldados alemanes debajo del crucifijo, fumando y jugando a los dados. El escultor, Derwent Wood, denominó su obra *El Gólgota canadiense*.[5]

En las colinas de Aubers, el fracaso de la descarga de la artillería británica y la incapacidad para lanzar un ataque el segundo día, como consecuencia de la falta de proyectiles de artillería suficientes o adecuados, enfurecieron a sir John French, al ver que sus hombres eran masacrados en un campo de batalla desigual. Él mismo había dado antes la orden para que la munición de la artillería alcanzara una proporción del 75 por ciento de metralla y sólo el 25 por ciento de rompedores de alto poder explosivo. Sin hacer ninguna mención a ello, decidió suministrar información detallada sobre la escasez de proyectiles en las colinas de Aubers al coronel Repington, el corresponsal de guerra de *The Times*. Repington utilizó esa información con un efecto devastador y publicó una serie de artículos en los que criticaba la capacidad bélica del gobierno. Era la primera vez que se cuestionaba en serio el control exclusivo de la política bélica por parte del Partido Liberal.

Además, sir John French envió dos oficiales a Londres para proporcionar detalles sobre la escasez de proyectiles al líder conservador, Andrew Bonar Law, y al más descontento de los ministros del gabinete liberal, David Lloyd George.

Como consecuencia de esa estratagema, Asquith se vio sometido de inmediato a una fuerte presión para que dejara de lado su administración, totalmente liberal, cediera lugares importantes a la oposición conservadora y estableciera un Ministerio de Municiones. Los políticos de ambos partidos estaban cada vez más convencidos de que ya no se podía seguir librando la guerra como una empresa política de un partido, ni sin una planificación y producción a largo plazo. De los seis millones de proyectiles que se deberían haber entregado al ejército a comienzos de mayo, en realidad sólo se suministraron alrededor de una tercera parte.

El primer parte de Repington sobre la escasez de proyectiles en Francia se publicó el 14 de mayo. Dos días después, renunció el Primer Lord del Almirantazgo, el almirante Fisher, lo que alertó al líder conservador sobre su insatisfacción con respecto a la dirección de la campaña en los Dardanelos; de modo que la escasez de proyectiles en el frente occidental y el fracaso naval en los Dardanelos se combinaron para obligar a Asquith, el 19 de mayo, a formar un gobierno de coalición, sometiéndose a la presión conservadora para obtener un lugar equitativo en los máximos consejos de guerra. A cambio de incorporarse a la coalición, los conservadores exigieron que se retirara a Churchill del Almirantazgo; y así se hizo, a pesar de sus súplicas y las de su esposa, Clementine, que decía que su marido era el único lo bastante «mortífero» para luchar contra Alemania.

Se nombró nuevo jefe del Almirantazgo a Arthur Balfour, ex primer ministro conservador. Kitchener siguió en el Ministerio de Guerra, a cargo tanto de la batalla terrestre en la península de Gallípoli como de la creciente guerra de desgaste en el frente occidental. El 19 de mayo, en Gallípoli, por encima de la playa de desembarco septentrional, los diecisiete mil soldados australianos y neozelandeses que se encontraban en tierra repelieron el impresionante ataque de cuarenta mil turcos. Lo que se había concebido menos de un mes antes como un movimiento de avance permanente hasta dominar toda la península se había convertido en una lucha defensiva para conservar dos puntos de apoyo insignificantes en un terreno inhóspito. El 22 de mayo, a varios miles de kilómetros de Gallípoli, murieron doscientos catorce soldados que partían desde Escocia hacia la península en tren, en un choque entre tres trenes en Gretna Green; fue el peor accidente ferroviario en ciento cincuenta años de la historia de los ferrocarriles en Gran Bretaña.[6]

Tres días después, en el propio Gallípoli se ahogaron más de un centenar de marinos cuando un submarino alemán, el *U-21*, el primero que llegó a los Dardanelos procedente del mar Báltico, torpedeó al acorazado británico *Triumph*.

El comandante del submarino era Otto Hersing, el mismo que, ocho meses antes, había hundido el primer buque de guerra británico que fue destruido por un torpedo. Un oficial naval alemán, Wilhelm Tägert, que entonces prestaba servicio con los turcos en la península, recordaba más adelante: «El hundimiento del *Triumph* fue algo tan tremendo de ver, que por un momento se olvidó la guerra en la costa. Los soldados que estaban en las dos líneas de las trincheras, en las colinas de Gallípoli, salieron y quedaron a la vista los unos de los otros, olvidándolo todo, de tan intensa excitación, y observaron fascinados hasta que el *Triumph* se fue totalmente a pique; entonces regresaron de un salto a sus trincheras y siguieron disparándose mutuamente.»

La hazaña de Hersing provocó gran alarma entre los aliados que estaban en los Dardanelos, y eso que todavía no había acabado su obra espectacular: su segunda víctima, apenas un día después, fue otro acorazado británico, el *Majestic*. Los otros seis acorazados, cuyos cañones de 355 y 380 milímetros habían estado bombardeando las trincheras turcas desde las aguas, hasta entonces seguras, frente a las costas de la península, se retiraron de inmediato a la seguridad de puertos lejanos. El historiador oficial de la armada británica, Julian Corbett, comentó: «Cientos de miles de soldados turcos, deprimidos por la pérdida y la derrota y desmoralizados por el intenso fuego procedente del mar, habían visto la desbandada de los barcos que más temían; miles de nuestros propios hombres también habían visto la pérdida de los barcos y sabían que ya no les quedaban más que los cruceros y los destructores para apoyarlos en su lucha cotidiana en las trincheras.»[7]

Las potencias centrales tenían motivos para regocijarse ante la hazaña de Hersing. Sin embargo, en Constantinopla causó consternación que un submarino británico, que dos días antes había hundido un torpedero turco frente a las costas de Seraglio Point, torpedeara una embarcación turca destinada al transporte de tropas. En la propia península continuaron las matanzas hasta tal punto que, el 24 de mayo, las fuerzas australianas y neozelandesas acordaron una tregua de diez horas para que los turcos pudieran enterrar a tres mil de sus muertos.

En el frente occidental, a pesar de la escasez de proyectiles por parte de los británicos, que había provocado el fracaso y la suspensión de la batalla de las colinas de Aubers, el gas estaba resultando ineficaz para poner fin al punto muerto en las trincheras en beneficio de Alemania. A pesar de un ataque con gas de siete kilómetros de largo, realizado en el saliente de Ypres el 24 de mayo contra tres divisiones británicas, los alemanes no pudieron avanzar. Ese día murió el soldado raso J. Condon, del Real Regimiento Irlandés; se supone que fue el solda-

do más joven que murió en el saliente durante la guerra, porque, según la lápida que aparece en su tumba, tenía catorce años. Al día siguiente, al finalizar la segunda batalla de Ypres, las fuerzas británicas y canadienses habían adelantado novecientos metros la línea de trincheras, a lo largo de un frente de dos mil setecientos metros. También habían tomado ochocientos prisioneros alemanes. Pero el precio había sido alto: dieciséis mil bajas, contra cinco mil bajas alemanas.

En la tierra de nadie cercana a Loos, un inmenso cerezo había florecido con una belleza extraordinaria esa primavera. Cuando cayeron las flores, un joven oficial británico salió una noche de patrulla, trepó a lo alto del árbol y colgó del tronco una bandera británica, pero, cuando bajaba, los alemanes dispararon una bengala y lo vieron. Un ametrallador comenzó a disparar y le dio y su cuerpo quedó colgado allí; dos patrullas británicas trataron de bajar el cuerpo las dos noches siguientes, pero no lo consiguieron. Entonces pidieron a la artillería británica que disparara contra el árbol, con la esperanza de derribar el cuerpo y también el árbol. Poco a poco, fueron volando todas las ramas y el cuerpo cayó al suelo, pero el tocón quedó.[8]

A finales de mayo, en Londres, el *Labour Leader* publicó una carta del pacifista Clifford Allen. «El país ha dejado de combatir por las causas de la guerra —escribió— y se limita a seguir combatiendo, con mayor intensidad y locura, por los resultados de la guerra.» Cuanto más se retrasara la paz, sostenía, «más amarga se vuelve la guerra y más dura y, por tanto, más temporal la paz que se alcance». Por muy verdadero que fuera su argumento, no hizo la menor mella en el curso de la guerra.

El 31 de mayo, un solo zepelín voló sobre Londres y arrojó noventa pequeñas bombas incendiarias y treinta granadas. Murieron siete personas y hubo treinta y cinco heridos. Comentó el coronel A. Rawlinson, a quien después se encomendó la defensa de Londres contra los ataques aéreos: «Como por ese entonces acababa de regresar de Flandes, después de entablar una relación tal vez demasiado estrecha con un *"Jack Johnson"* (un proyectil rompedor alemán de alto poder explosivo y gran calibre) en las colinas de Aubers el 9 de mayo, recuerdo que los daños producidos por la cantidad de bombas que habían caído sobre Londres me parecieron totalmente insignificantes.»

De los nueve aviones que despegaron inútilmente para tratar de atacar al zepelín, uno se estrelló y su piloto murió.

En el frente occidental, el punto muerto era total: pequeñas incursiones en la tierra de nadie, bombardeos esporádicos, disparos de francotiradores y la construcción de alambradas de espinos y trincheras cada vez más anchas para

la defensa se convirtieron en algo cotidiano. En los combates que tuvieron lugar ese mes en Notre Dame de Lorette murieron muchos miles de soldados franceses. En la actualidad, desde lo alto de la torre de un faro situado en la cima de la colina, todas las noches se enciende en su memoria un reflector, que gira 360 grados. Muy cerca, arde una llama eterna. En el osario están los huesos de veinte mil soldados desconocidos, recogidos de los campos de batalla de los alrededores. En un cementerio, cerca del osario, hay veinte mil tumbas.

En el frente oriental había comenzado una guerra de movimiento, cuando las fuerzas austrogermanas recuperaron los pasos de los Cárpatos y las tierras de Galitzia que había al otro lado. En contraste con los ochocientos alemanes capturados por los británicos en los últimos días de la segunda batalla de Ypres, los alemanes anunciaron, el 25 de mayo, que habían tomado veintiún mil prisioneros rusos al este del río San. Al cabo de una semana, hacían retroceder a los rusos hacia Przemysl. El pintor vienés Oskar Kokoschka, que entonces era soldado de caballería en el ejército austrohúngaro, era uno de los que en ese preciso momento se estaba preparando para salir hacia el frente. «Al salir de Hungría —recordó después—, unas muchachas con vestimentas multicolores nos trajeron vino Tokay y nos ovacionaron; alcé a una de ellas hasta mi silla de montar. ¡Qué orgulloso me sentía de montar a caballo! La gente de Galitzia [...] nos arrojaba flores y se alegraba de nuestra llegada; nos recibieron como si fuéramos liberadores.»

Después de que las fuerzas austríacas hubieran vuelto a entrar en la ciudad de Stryj, en el este de Galitzia, anunciaron que sus conquistas en el frente de los Cárpatos incluían a 153.000 prisioneros rusos y trescientas piezas de artillería. Las esperanzas rusas de conquistar territorio austríaco se disolvían rápidamente. Entonces era su propio territorio occidental el que, por primera vez desde las guerras napoleónicas, corría serio peligro. En el frente polaco, donde Rusia ya se había visto obligada a retroceder casi hasta Varsovia, utilizando gas, las tropas alemanas causaron más de mil bajas rusas cerca de Bolimow y, en un segundo ataque con gas, dos semanas después, hicieron retroceder a los rusos seis kilómetros y medio sobre el río Bzura.

El 23 de mayo se inauguró un nuevo frente, cuando Italia declaró la guerra a Austria-Hungría.[9] La batalla principal se libraría en las dos regiones montañosas que Italia reclamaba a Austria, en el sur de Tirol y a orillas del río Isonzo. Hubo algunos avances italianos, se tomaron algunos picos montañosos, pero el Estado Mayor General austríaco, cuyos ejércitos estaban avanzando en ese preciso momento en el frente oriental, ordenaron una defensa fuerte. «Las tropas

deben construir posiciones, colocar obstáculos delante de ellas y permanecer allí», fue la orden del día de los austríacos del 27 de mayo.

Apremiaba en todas partes la búsqueda de municiones. En Francia, el 1 de junio, más de un millón de quintos que estaban a punto de ser enviados a la línea del frente salieron, en cambio, hacia las fábricas de municiones. Ese día, se contrataron en Gran Bretaña las primeras mujeres para fabricar municiones. El 3 de junio, Lloyd George declaró que todo ciudadano tenía la obligación absoluta de poner su vida y su trabajo a disposición del Estado. Al día siguiente, Churchill se hizo eco de esa declaración con las siguientes palabras: «Toda la nación se debe organizar, se debe socializar, si les gusta la palabra, y movilizar.» El gobierno tenía que conseguir «un poder de reserva para brindar el control y la autoridad organizativa necesarios y para asegurarse de que todo el mundo, sea cual fuere su rango o condición, los hombres y también las mujeres, haga, a su manera, lo que le corresponda.» La fabricación de municiones, primero con Lloyd George y después con Churchill, se convertiría en el principal trabajo femenino y, antes de que acabara la guerra, la fuente principal de reafirmación de los derechos de la mujer.

Paralelamente al incremento de la producción de municiones llegaron los inventos: ese mes de junio, el general Dumézil diseñó un mortero de trinchera que utilizarían el ejército francés, el italiano, el ruso y, en su momento, el estadounidense. De Estados Unidos llegaron diez submarinos nuevos, fabricados para Gran Bretaña por la Bethlehem Steel de Pensilvania, que atravesaron la frontera canadiense de forma clandestina, para no violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos, y a continuación, tras montarlos en Montreal, fueron transportados al otro lado del Atlántico.

El 24 de mayo, a iniciativa del gobierno ruso, Rusia, Francia y Gran Bretaña denunciaron públicamente la matanza de armenios por parte de los turcos, diciendo que se trataba de un acto que iba «contra la humanidad y la civilización». De esos «crímenes subhumanos», advertía la declaración, se harían responsables personalmente «todos los miembros» del gobierno otomano. El 4 de junio, tras consultar al embajador alemán en Constantinopla, el gobierno turco respondió a la declaración aliada que se limitaba a ejercer su derecho soberano de autodefensa y que la responsabilidad de todo lo que ocurriera en los distritos armenios correspondía a las potencias de la Entente, que habían «organizado y dirigido el movimiento revolucionario» en primer lugar.

Continuaron las matanzas en una amplia franja situada más de ochocientos kilómetros detrás del frente ruso, que abarcaba desde la antigua capital otomana

de Bursa hasta la ciudad de los cruzados de Alepo. En una masacre que tuvo lugar en Bitlis, que comenzó el 17 de junio y duró ocho días, mataron a quince mil armenios. En la cercana Sirt fueron asesinados cientos de cristianos armenios, nestorianos y jacobitas. En julio, decidieron protestar tanto el gobierno alemán como el austríaco. Los turcos hicieron caso omiso de sus protestas. Cuando el cónsul alemán en Alepo, Walter Rossler, instó a Berlín a que planteara a las autoridades turcas las crueldades de las deportaciones en su zona, le dijeron que, a pesar de las censurables «maquinaciones» de los propios armenios, ya se habían hecho esfuerzos en su nombre.

En un acto humanitario, cinco buques de guerra franceses transportaron a cuatro mil supervivientes de las masacres desde la costa siria hasta Port Said. Fue un gesto que, aunque bien recibido por sí mismo, no podía afectar a los turcos. En siete meses, se masacraron más de seiscientos mil armenios. De los quinientos mil que fueron deportados durante el mismo período, más de cuatrocientos mil perecieron como consecuencia de las brutalidades y las privaciones que sufrieron en la marcha hacia el sur, a Siria y Mesopotamia. En septiembre, habían muerto un millón de armenios, víctimas de lo que posteriormente se conoció como genocidio y, más tarde aún, como limpieza étnica. Otros doscientos mil fueron convertidos al islamismo por la fuerza. «Tan grandes son la angustia y el sufrimiento de los armenios —escribió el mes de febrero siguiente su propio poeta lírico, Avetik Isahakian—, tan espantosos y sin precedentes, que hay que tener en cuenta la infinidad y la inconmensurabilidad del universo para evaluarlos; no existen palabras en los diccionarios para calificar lo espantosos que son los terrores. No hay un solo poeta capaz de hallar las palabras.»

Para luchar contra los turcos, el 2 de junio, las tropas británicas e indias que estaban en Mesopotamia, al mando del general Townshend, veterano de los combates en la frontera noroccidental de India, se trasladaron hacia el norte desde su base en Kurna, sobre el río Tigris. Cuando una pequeña avanzada, compuesta por un centenar de marinos y soldados británicos, llegó a Amara, la guarnición turca que había allí se rindió, temerosos de que hubiera cerca una fuerza mayor, aunque no era así. Los dos mil turcos de Amara, incluido un batallón entero del Cuerpo de Bomberos de Constantinopla, tenían tanto miedo, o más, de la ira de los veinte mil habitantes árabes de la ciudad, que se rindieron encantados. Causó gran regocijo entre los británicos cuando un oficial turco solicitó autorización para enviar un telegrama a su esposa, en Anatolia, diciendo: «Capturado sano y salvo.» El permiso le fue concedido.

El 3 de junio, las fuerzas austrohúngaras recuperaron la fortaleza de Przemysl, en Galitzia. Prácticamente había acabado el dominio ruso sobre Galitzia. Un observador británico que acompañaba al Tercer Ejército ruso escribió: «Ahora este ejército es una muchedumbre inofensiva.»

En Gallípoli, en una ofensiva lanzada el 4 de junio, las fuerzas anglofrancesas intentaron por tercera vez llegar hasta la colina de Achi Baba. Participaron en el ataque más de treinta mil soldados británicos y franceses. En un punto, los turcos habían construido una trinchera falsa. Los británicos la bombardearon y después, al avanzar sus hombres, comprobaron que la trinchera verdadera, que estaba más lejos, seguía intacta y muy bien defendida. Sin embargo, a pesar de sufrir muchas pérdidas, la capturaron, expulsaron a los turcos y se apoderaron de seis ametralladoras. Entonces fueron bombardeados, a propósito por los turcos y sin querer por su propia artillería, que al final había descubierto el error de la trinchera falsa. Tratando de huir de ese doble bombardeo, los hombres abandonaron las piezas de artillería y regresaron, bajo el incesante ataque turco, a sus propias líneas. La mayoría de sus oficiales murieron.

Justo enfrente de Krithia triunfó el avance de los Fusileros de Lancashire y los turcos se vieron obligados a retroceder hasta ochocientos metros de la aldea de Krithia, pero cuando el coronel Kannengiesser quiso desplazar a un batallón turco desde otra parte de la línea para defender esa parte, un alto oficial turco le dijo: «Por el amor de Dios, coronel, no ordene a ningún hombre que se retire. Si los demás lo ven, se retirarán todos y saldrán corriendo hasta Constantinopla.» El general británico Aylmer Hunter-Weston tuvo entonces la oportunidad de aprovechar la debilidad turca, pero, en cambio, decidió enviar sus reservas al sector de la línea en el cual los franceses no habían conseguido hacer retroceder a los turcos y donde casi habían destruido un batallón de la División de la Marina Real británica. «Fue una decisión difícil y equivocada», escribió un historiador[10], como consecuencia de la cual, los hombres que habían avanzado casi hasta Krithia tuvieron que retroceder y aceptar nuevas posiciones a menos de quinientos metros por delante de las trincheras de las cuales habían salido esa mañana.

Ese día, se capturaron entre doscientos veinte y cuatrocientos cincuenta metros de trincheras defendidas por los turcos, en un frente de un kilómetro y medio de largo, pero Achi Baba quedó mucho más atrás de las líneas turcas. Trasladar a los heridos británicos y franceses otra vez hasta las playas para que fueran evacuados ese día fue una ardua tarea, bajo el continuo fuego de los francotiradores y la artillería turcos. El suboficial jefe Johnston, miembro de la División de la Marina Real británica, escribió en su diario: «Mientras avanzaba a lo largo de la trinchera, pasé junto a muchas pilas de muertos, un festín para

las grandes moscas espantosas. Docenas de heridos se apiñaban en trincheras secundarias, esperando el momento en que se pudieran conseguir camillas para trasladarlos a la base.»

Los indios que conducían los carros de mulas y los hombres del Cuerpo de Muleteros de Sión, después de transportar municiones desde las playas hasta las trincheras, regresaban con una nueva carga: los heridos.

En cuanto a los muertos, como había que consolidar las nuevas posiciones, al principio no hubo tiempo para enterrarlos. En el frente de un regimiento escocés, los Scottish Borderers, escribe el historiador oficial británico, los muertos «se apilaban a ambos lados de la trinchera de comunicación hasta la posición capturada, donde constituían una horrenda avenida. Por un desafortunado error de psicología, la primera tarea que se encomendó a un batallón territorial de los Scottish Borderers que llegó poco después a la península fue enterrar esos cadáveres: no fue un buen comienzo». Los entierros podían ser nauseabundos. El suboficial jefe Johnston escribió: «Millones de moscas se arrastraban sobre los muertos, subían en forma de nubes cuando se elevaba un cadáver hasta la tumba y a continuación descendían a darse un festín antes de que echaran la primera palada de tierra.»

Uno de los que murió el 4 de junio fue el soldado raso Jim Scotson, que estaba de pie junto a su padre en las trincheras cuando lo mató un francotirador turco. Su padre se desmayó de la impresión y lo enviaron en un buque hospital a Egipto, con una crisis nerviosa. Ese día también había en las trincheras un par de hermanos: Fred y Harry Tennant. A Harry lo mataron esa mañana. Fred escribió a su madre: «Cayó dando la cara al enemigo y estoy seguro de que nadie querría una muerte más gloriosa.» Pocos días después, Fred fue herido de gravedad y, antes de final de mes, él también había muerto.

Los turcos habían quedado agotados por el ataque del 4 de junio. «Me daba la impresión de que otro ataque enérgico de los ingleses habría tenido los peores resultados», recordó el coronel Kannengiesser. «Si los británicos hubiesen continuado su ataque al día siguiente con la misma violencia —escribió un oficial turco—, todo se habría perdido.» Pero ni los británicos ni los franceses tenían fuerzas para atacar al día siguiente. El Batallón Hood de la División de la Marina Real británica, que había llegado a la península con treinta oficiales y había perdido veinte en el ataque del 6 de mayo, perdió otros seis el 4 de junio, entre ellos el teniente Oscar Freyberg, cuyo hermano Bernard se encontraba entonces en El Cairo, recuperándose de la herida que había sufrido en el estómago. A Oscar lo vieron vivo por última vez en combate en una trinchera turca, con una pistola en cada mano. Nunca encontraron su cuerpo.

Otro de los que murieron el 4 de junio fue el soldado raso T. Eardley, de Manchester, que prestaba servicio en la península desde los desembarcos de abril. En la vida civil había sido un entusiasta coleccionista de autógrafos. Tras su muerte, encontraron una postal en su trinchera que rezaba: «Un hombre que con calma se sigue dedicando a buscar autógrafos mientras toda la civilización se desmorona a su alrededor y cuando el enemigo turco no está muy lejos, detrás del horizonte, realmente merece triunfar. Para él. G. Bernard Shaw.»

Entre los que combatieron en la batalla del 4 de junio y sobrevivieron estaba A. P. Herbert, de cuyo libro sobre la vida y la muerte en el cabo Helles y sobre un hombre valiente que fue fusilado por cobardía, *The Secret Battle*, decía Churchill en su introducción que era «uno de esos gritos de dolor que extrae de las tropas que combaten el tormento prolongado e inconmensurable que han vivido y, como los poemas de Siegfried Sassoon, deberían ser leídos por todas las generaciones, para que hombres y mujeres no se hagan ilusiones sobre lo que significa la guerra».

A. P. Herbert también escribió un poema sobre la batalla:

This is the Fourth of June
Think not I never dream
The noise of that infernal noon,
The stretchers' endless stream,
The tales of triumph won,
The night that found them lies,
The wounded wailing in the sun,
The dead, the dust, the flies.

The flies! oh God, the flies
That soiled the sacred dead.
To see them swarm from dead men's eyes
And share the soldiers' bread!
Nor think I now forget
The filth and stench of war,
The corpses on the parapet,
The maggots in the floor.[11]

Los turcos contraatacaron el 6 de junio y quienes elaboraron sus planes preparatorios fueron Kannengiesser y dos oficiales del Estado Mayor alemán. Cuando los turcos avanzaron en la tierra de nadie encontraron a uno de los infantes

de marina alemanes que había formado parte de una escuadra de artilleros que había sido capturada por los británicos el 4 de junio. El marinero de primera Peters había huido al cruzar las trincheras británicas y avanzó corriendo en medio de la confusión de la línea del frente. Cuando dio un salto y atravesó corriendo la tierra de nadie, los soldados británicos se maravillaron ante lo que consideraron el entusiasmo y el valor de uno de los suyos. Lamentablemente, los turcos, al ver a un hombre que corría con uniforme de marino, supusieron que era británico y abrieron fuego, de modo que se tuvo que refugiar en un cráter de explosión, donde permaneció oculto dos días y dos noches, sin alimentos ni agua. Se salvó cuando los turcos llegaron hasta él durante su contraataque. Poco después, en un contraataque, los británicos hicieron retroceder a los turcos hasta las líneas británicas originales.

Había acabado la segunda batalla de Krithia, con gran cantidad de muertos y heridos por ambos bandos: cuatro mil quinientos británicos, dos mil franceses y nueve mil turcos. Los buques hospitales que iban a Egipto se detenían para sepultar en el mar a aquellos cuyas heridas habían resultado irreparables. El subdirector de Servicios Médicos de Alejandría escribió: «Solía despertar por la mañana y, al ver la hilera de barcos que esperaban para entrar a puerto, me preguntaba dónde pondríamos a tanta gente.»

Como ocurrió en el frente occidental, también en el cabo Helles la línea de trincheras se ensanchó y se fortaleció y los dos ejércitos se enfrentaban mutuamente, todos los días, con el fuego de los francotiradores y la artillería. En el cabo Helles, los turcos consiguieron bombardear no sólo desde la dirección de Achi Baba, al norte, sino también desde el sur, a través de los Dardanelos, desde la costa asiática, precisamente desde la llanura de Troya, que había sido testigo de la famosa guerra. Uno de los oficiales británicos que estuvieron en el cabo Helles fue Patrick Shaw-Steward, alumno de Oxford y poeta:

I saw a man this morning
Who did not wish to die:
I ask, and cannot answer,
If otherwise wish I.

Fair broke the day this morning
Against the Dardanelles;
The breeze blew soft, the morn's cheeks
Were cold as cold sea-shells.

But other shells are waiting
Across the Aegean Sea,
Shrapnel and high explosive,
Shells and hells for me.

O hell of ships and cities,
Hell of men like me,
Fatal second Helen,
Why must I follow thee?[12]

«Hoy los que estamos vivos tenemos la sensación de ser viejos supervivientes», escribió Shaw-Stewart a su familia desde Gallípoli. Dos años después, murió en combate en el frente occidental, minutos después de negarse a acudir a un dispensario cuando la metralla le arrancó una oreja.

El 6 de junio, los alemanes hicieron el intento de coordinar un ataque naval y uno aéreo sobre Gran Bretaña. Tres zepelines despegaron esa noche de sus hangares, situados en la zona belga ocupada por los alemanes. Por dificultades técnicas, uno de ellos aterrizó casi inmediatamente después de despegar. Los otros dos atravesaron el mar del Norte, pero la niebla los obligó a regresar antes de llegar a la costa oriental de las Islas Británicas. Uno de los que regresaron fue avistado cerca de Gante por un joven piloto, el subcapitán Rex Warneford de la Fuerza Aérea, que consiguió, a pesar de los disparos intermitentes del zepelín, colocarse encima de éste. A continuación, soltó tres bombas, la tercera de las cuales estalló y destruyó el zepelín. Murieron nueve de sus diez tripulantes. El décimo, el timonel Alfred Mühler, sobrevivió a una caída de dos mil quinientos metros en la barquilla del globo, que atravesó el techo del convento de Santa Isabel en Gante, tras arrojarlo a una distancia de unos treinta metros. El convento se prendió fuego. Dos monjas jóvenes, un niño y un hombre que intentó salvar a la criatura perdieron la vida. Más tarde, la madre Thérèse recordaba: «A pesar de nuestro luto, nuestros corazones estaban llenos de intensa alegría por la osadía y la victoria del subcapitán Warneford. Después de la guerra, se colocó una placa en la pared de nuestro convento en recuerdo del joven aviador y se puso su nombre a una calle próxima.»

La fuerza de la explosión del zepelín había hecho dar muchas vueltas al avión de Warneford y durante un tiempo quedó boca abajo y perdió todo el combustible que le quedaba. Planeó hasta un campo próximo a Gante y rompió uno de los tubos de alimentación de combustible. Quedaba algo de com-

bustible en el depósito de reserva. Warneford reparó el tubo y consiguió volver a encender el motor, después de pasar treinta y cinco minutos detrás de las líneas alemanas, cuando vio que se acercaba al avión un grupo de soldados de caballería alemanes. Saltó dentro y despegó y, mientras se alejaba de tierra, les gritó: «Saludos al káiser.» Su proeza recibió amplia cobertura en la prensa británica y, como ha escrito su prima, Mary Gibson, «quitó un poco de oscuridad a los otros partes de guerra, tan lúgubres». El rey hizo algo extraordinario: el día después del combate envió a Warneford un telegrama personal de felicitación, «otorgándole la Cruz de la Victoria». En una carta adjunta al Almirantazgo, el secretario privado del rey añadió: «Su Majestad opina que, si hay que enviarla, cuanto antes mejor.»

Ni él mismo imaginaba la presciencia que demostró el comentario del rey. Diez días después, Warneford llevó a dar un paseo en avión a un periodista estadounidense, Henry Needham, desde el aeródromo de Buc, cerca de París. A una altura de seiscientos metros, el avión entró en barrena, al salir de la cual se le desprendió la cola. Al caer hasta unos doscientos metros, el avión se puso boca abajo y, para horror de los espectadores, Warneford y Needham fueron expulsados y cayeron a tierra. Needham murió en el acto y Warneford, una hora después, en el hospital. Después del funeral público, se hizo una campaña de reclutamiento, utilizándolo como centro del llamamiento: «Para que el joven Warneford no sea el último héroe.» Tenía veintitrés años. En un monumento que erigió el *Daily Express* en el cementerio de Brompton, aparece su avión atacando al zepelín.

Los que asistieron al funeral de Warneford en Londres no podían saber que los alemanes habían conseguido establecer una red de espionaje en los puertos británicos, compuesta por siete agentes. El 15 de junio, el jefe de la criptografía militar francesa, el coronel Cartier, transmitió al servicio secreto británico una serie de mensajes de radio secretos, interceptados a los alemanes, en los que se identificaba a esos agentes. Todos fueron arrestados y por lo menos dos fueron ejecutados en la Torre de Londres. El espionaje alemán estaba prácticamente en las últimas y en su mayor parte lo llevaban a cabo ciudadanos de países neutrales, dos de los cuales, un peruano y un noruego, también fueron fusilados cuando los capturaron.

En la zona de Bélgica ocupada por Alemania, un nuevo gobernador, el barón Von Bissing, empezó a dejar claro que, una vez acabada la guerra, Alemania tenía intenciones de mantener algún tipo de control sobre la tierra que había conquistado. En un discurso que pronunció el 19 de junio, explicó el motivo por el cual su política consistiría en ocuparse del «bienestar y la prosperidad»

de Bélgica. «Soy de la opinión de que un limón exprimido no vale nada y que una vaca muerta no da leche. Por consiguiente, es necesario e importante mantener vivo un país que tanta importancia tiene para Alemania, y no sólo económicamente, y que las heridas de la guerra se cicatricen todo lo posible.»

Más adelante, ese año, Bissing escribió un memorándum en el cual llamaba la atención sobre el fracaso de Alemania, con anterioridad a 1914, para asimilar o dejar satisfechas a sus minorías francesa y polaca. «Durante los años venideros debemos mantener el estado actual de dictadura —escribió—. Debemos tomar y mantener Bélgica, como ahora, como debe estar en el futuro.» Y el día del cumpleaños del káiser, siete meses después, declaró: «Queremos conservar lo que nos ha sido encomendado.»

Los británicos no emprendieron ninguna ofensiva en el frente occidental ese mes de junio. En las cartas que escribió a su familia, Robert Graves, de diecinueve años, describía los bombardeos y los disparos diarios en la línea «estática». El 8 de junio, diecisiete hombres de su batallón murieron o fueron heridos por bombas y granadas alemanas. La trinchera de la línea del frente alemán estaba a apenas una media de veintisiete metros de donde estaba Graves, quien más tarde escribiría que al día siguiente, en un sector de la línea, a tan sólo dieciocho metros de una zapa ocupada por los alemanes, «yo iba silbando "The Farmer Boy", para animarme cuando de pronto vi a un grupo que se inclinaba sobre un hombre tendido al fondo de la trinchera, que emitía una especie de ronquido, mezclado con gruñidos animales. A mis pies tenía la gorra que había llevado, salpicada con su cerebro. Hasta entonces, no había visto nunca un cerebro humano y en cierto modo los consideraba algo poético. Se puede bromear con alguien que está malherido y felicitarlo por haberse librado de ésa; se puede no prestar atención a un muerto, pero ni siquiera un minero puede hacer bromas sobre un hombre que tarda tres horas en morirse, después de que una bala disparada desde una distancia de dieciocho metros le volara la parte superior de la cabeza».

Las tropas francesas combatían en Artois, tratando de atravesar las trincheras alemanas, pero fue en vano. El 18 de junio, tras violentos combates cuerpo a cuerpo, muchos avances pequeños, colinas capturadas y después perdidas y tras sufrir dieciocho mil bajas, se suspendió la batalla. En el frente del Mosa-la Argonne, dieciséis mil soldados franceses más murieron o resultaron heridos al repeler el ataque alemán. En los dos bandos, miles de hombres simplemente desaparecieron como consecuencia de la intensidad de los bombardeos de artillería y la violencia de los combates en las trincheras; entre los «desaparecidos»

en Artois figura el novelista francés Jules Leroux, que tenía treinta y cuatro años.

El 27 de junio, Vera Brittain comenzó su primer día de trabajo como enfermera en un hospital británico, atendiendo a los heridos que llegaban del frente occidental. Ese día, escuchó el comentario de un sargento escocés que estaba en el hospital: «Los venceremos, ¡pero antes nos destrozarán el corazón!» En un memorándum escrito el 29 de junio, el general Pétain dijo a sus superiores que la guerra de desgaste en el frente occidental favorecería «al lado al que pertenezca el último hombre». En Londres, ese día, el gobierno británico presentó un Proyecto de Ley de Registro Nacional, el primer paso para convertir el servicio militar voluntario en obligatorio. El ejército de voluntarios de Kitchener, los Nuevos Ejércitos que incluso entonces se incorporaban a las tropas regulares en el frente occidental y en Gallípoli, llegarían a sumar más de dos millones de hombres, pero, a fines de junio de 1915, ya era evidente que ni siquiera esa cifra sería suficiente. Esa semana, la cifra de franceses en las fuerzas armadas alcanzaba los cinco millones. Para proteger a los hombres del frente, seguían llegando nuevos dispositivos a todos los ejércitos; el más importante para el soldado francés como individuo era el casco de acero, pero nunca había bastantes: en julio, se fabricaron ciento ochenta mil; en agosto, sólo cincuenta y cinco mil. Los cascos de acero británicos llegaron poco después.

La guerra en el frente occidental se centraba en ataques a las trincheras enemigas, bombardeos esporádicos y, de vez en cuando, algún ataque a pequeña escala. Uno de esos ataques, realizado por la 1.ª Brigada Londinense de Fusileros, adelantó la línea británica unos setenta metros, a lo largo de un frente de doscientos setenta metros. Uno de los atacantes fue el fusilero Ernest Jones, cuyo sobrino, Nigel H. Jones, volvió al lugar sesenta y siete años después y destacó que, según la historia oficial británica, la trinchera capturada estaba «llena de alemanes muertos, con cartas y paquetes desparramados por todas partes. Era evidente que acababa de llegar el correo. Habían estado haciendo algún tipo de comida, porque había café caliente en abundancia, que los atacantes consumieron con avidez, aparte de aprovisionarse de cigarros».

El contraataque alemán fue rechazado, pero a un alto precio. Al final de ese día, habían muerto más de ochenta soldados británicos, Ernest Jones entre ellos.

En Mesopotamia, donde, tras la captura de Amara a principios de junio, pareció surgir la posibilidad de una serie de victorias británicas, empezaban a producirse graves dificultades. El 27 de junio, una fuerza británica e india atacó

la guarnición turca de Nasiriyeh. El calor, que había sido soportable tres semanas antes, se había vuelto insoportable, de hasta 45°C. Aparecían en profusión las picaduras de los mosquitos. Los cañones de campaña turcos, como en Gallípoli, abrían fuego con una constancia y una precisión inesperadas. Capturaron Nasiriyeh, pero había que prestar atención a las señales de advertencia. Las fuerzas turcas se retiraron, pero rápidamente comenzaron a preparar otra posición defensiva en Kut. Cuando los británicos y los indios se dispusieron a seguirlos, la enfermedad comenzó a diezmar la capacidad de combate de las tropas. Como señala un historiador de la campaña, con la insolación llegaron «el descontento, la angustia, el mal humor y la sensación de absoluta depresión».[13] Un oficial británico recordaba después un entierro: «A las seis de la tarde salimos hacia el cementerio, situado a un kilómetro y medio de distancia, más o menos. Antes de recorrer la mitad del camino, un hombre cayó insolado y hubo que llevarlo de vuelta, cojeando y temblando, al hospital. Cuando bajaron el cadáver a la sepultura, uno de los hombres que sujetaban las cuerdas tropezó y cayó en la tumba, encima del cadáver. Y cuando formamos para regresar, cayó otro hombre. Por suerte, habíamos llevado una camilla de más y, con un hombre en esa y otro en la camilla en la que habían llevado al muerto a la tumba, regresamos. Habíamos enterrado a un hombre y, al hacerlo, habíamos perdido otros tres.»

Mientras los hombres sufrían por el calor, por la falta de medicamentos y hasta por la falta de hortalizas frescas, a pesar del elogioso informe que publicó *The Times*, según el cual habitualmente se traían hortalizas frescas de Bombay, se elaboraban planes para marchar sobre Kut.

En Gallípoli, Mustafá Kemal confiaba en poder expulsar a las fuerzas australianas y neozelandesas de Chunuk Bair hacia el mar. El 28 de junio, diez días después de la llegada de un nuevo regimiento turco, fresco para entrar en acción, dirigió el ataque, que fue repelido y el nuevo regimiento fue exterminado. Kemal presentó la renuncia, pero el general Liman von Sanders lo convenció para que se quedara. Su valor se había convertido en una fuente de inspiración para los defensores del suelo turco. En una ocasión, cuando una batería aliada estaba bombardeando sistemáticamente a lo largo de la línea de la trinchera turca, los proyectiles comenzaron a acercarse cada vez más al lugar donde Kemal estaba de pie, pero él se negó a moverse, encendió un cigarrillo y se quedó en la trinchera con sus hombres. Los bombardeos continuaron en otro sitio y nació una leyenda.

También en la península de Gallípoli, el 28 de junio, las fuerzas británicas atacaron el cabo Helles, con la esperanza de expulsar a los turcos de Krithia.

Aunque no llegaron hasta la aldea, adelantaron novecientos metros el flanco izquierdo de la posición británica, a lo largo del barranco de Gully. Al entrar en las trincheras turcas, un batallón británico encontró servido un desayuno a base de galletas y huevos duros y también una reserva de cigarros. «Lo más truculento —destacó un historiador del regimiento— fue hallar los cuerpos de varios Fusileros Reales de Dublín, que habían muerto el 27 de abril y todavía no habían sido enterrados.»[14]

Varios contraataques turcos fueron rechazados. Un grupo de soldados turcos atravesó la línea y se atrincheró entre la línea del frente británico y las trincheras de apoyo. Pareció que hacían señas de que querían rendirse, pero, cuando unos soldados británicos se acercaron a ellos para llevárselos, los turcos abrieron fuego. Entonces fueron atacados por ambos lados y los vencieron.

La lucha en la península de Gallípoli, de la cual tanto esperaban las potencias de la Entente, se había convertido en otro punto muerto: una réplica en miniatura de la guerra de trincheras en el frente occidental, con la cual se había pretendido acabar en seguida, aunque los terrores que inspiraba se repetían entonces en una zona de guerra lejana.

Capítulo X

LAS POTENCIAS CENTRALES ESCALAN POSICIONES
De junio a septiembre de 1915

El 13 de junio de 1915, en el frente oriental, los soldados de caballería polacos, combatiendo a las órdenes de Austria, pero motivados por las aspiraciones nacionales de su país, obtuvieron una victoria frente a los rusos en Rokitna. Nueve días después, las tropas austríacas retomaron la ciudad más importante del este de Galitzia, Lemberg, y se prepararon para entrar en la provincia rusa de Volhynia. En el frente polaco, el ejército alemán obtenía permanentes ganancias: el 18 de julio, tomaron prisioneros a más de quince mil rusos en Krasnostav.

El pintor Oskar Kokoschka, que llegó a Lemberg el 22 de julio, escribió a un amigo: «Parto para incorporarme mañana por la mañana al regimiento (son tres días de viaje), que ahora forma parte de una fuerza de caballería alemana que tiene órdenes de ir a Rusia. Nada de trincheras, sino reconocimiento, gracias a Dios, y (lo maravilloso de Rusia) la posibilidad de una Cruz de Hierro. A lo largo del camino, muchas aldeas destruidas por cañonazos, cementerios, todos los campos de batalla famosos, el cólera. [...].»

La última semana de julio, el Estado Mayor General ruso envió a todos los comandantes rusos un informe secreto sobre la propaganda antibélica de los bolcheviques, propaganda que, según se explicó, se ocultaba en los regalos que enviaban a los soldados desde sus casas. Según un informe del ejército ruso: «Hacían falta esfuerzos sobrehumanos para mantener a los hombres en las trincheras.» Los alemanes reconocieron, en el descontento ruso, un medio para desbaratar la capacidad de combate de su adversario. El 27 de julio, el embajador estadounidense en Berlín, James W. Gerard, informó a Washington que los alemanes «elegían a los revolucionarios y los liberales, entre los numerosos prisioneros de guerra rusos, les proporcionaban dinero y pasaportes y papeles falsos y los enviaban de vuelta a Rusia para promover una revolución». En Petrogrado, el 30 de julio, el ministro de guerra, el general Poplivanov, advirtió a sus

colegas ministeriales que «la desmoralización, la rendición y la deserción están asumiendo grandes proporciones».

No sólo en Rusia la continuación de la guerra invocaba el espectro de un cambio inoportuno. El 15 de julio, dos semanas antes de la advertencia de Polivanov, sir Edward Grey se había reunido con el primer ministro canadiense, Robert Borden. «Habló con gran circunspección sobre las cargas que les imponía la guerra», escribió Borden en su diario. La continuación de la guerra, en opinión de Grey, «debe traer como consecuencia el derrocamiento de todas las formas de gobierno que existen».

Ese mes de julio, los italianos salieron malparados en sus frentes con Austria. En los Alpes Dolomitas, los austríacos repelieron quince ataques italianos distintos. Sobre el Isonzo, al cabo de cinco días de combates en un frente de treinta y cuatro kilómetros, los italianos, a pesar de su superioridad numérica de seis a uno, sufrieron muchas bajas y conquistaron menos de un kilómetro y medio. En los altos por encima de Goritzia, los austríacos los hicieron retroceder y tomaron mil quinientos prisioneros italianos. En el Adriático, los submarinos austríacos hundieron dos cruceros italianos.

Los aliados también tuvieron dificultades en los Dardanelos. En la península de Gallípoli, ese mes de julio, las tropas británicas se negaron a avanzar en dos ocasiones. En el estrecho se perdió un submarino francés en las defensas de red turcas.

El 25 de julio, cuando era inminente un ataque alemán, los rusos evacuaron las fábricas de Varsovia.[1] En la Armenia turca, ese mes de julio, las tropas turcas hicieron retroceder el avance ruso mientras, detrás de las líneas, en Trebisonda, a orillas del mar Negro, entre el 7 y el 23 de julio, hasta quince mil soldados turcos pasaron arrasando la población, en la que predominaban los armenios, y masacraron a sus diecisiete mil habitantes armenios, de los que sólo quedaron un centenar de supervivientes. Al mismo tiempo, más al sur, en el alto Éufrates, miles de armenios fueron masacrados en las aldeas cercanas a Mus. La noticia de esas masacres provocó indignación cuando llegó a las potencias de la Entente; en Londres, la Cámara de los Lores las discutió y las denunció el 6 de septiembre, pero, a medida que la guerra continuaba, se dejaron de lado las anteriores restricciones. Gran Bretaña se preparaba para utilizar gas tóxico en la siguiente ofensiva y el 20 de julio el káiser, presionado por el jefe del Estado Mayor de la Marina alemana, Von Bachmann, revocó su orden anterior de no bombardear las zonas residen-

ciales de Londres. A partir de entonces, sólo había que evitar los edificios de «interés histórico».

El 9 de julio se produjo una victoria lejana de la Entente en el sudoeste del África alemana, cuando las fuerzas sudafricanas recibieron la rendición de los alemanes que estaban allí. Dieciséis días después, Sudáfrica se anexionó el territorio. Menos de un año después de que estallara la guerra, se estaba distribuyendo su botín. En Europa, sin intervenir en la guerra del lado de las potencias centrales, Bulgaria firmó un pacto secreto con Alemania y Austria el 17 de julio, a cambio del cual obtuvo la promesa de mil quinientos kilómetros cuadrados de territorio turco en Tracia. A partir de entonces, comenzó a tratar de conseguir más ventajas, como las provincias serbias y griegas de Macedonia y la región de Silistria, en la costa de Rumania.

En Berlín, el 27 de julio, la Nueva Liga Patria apoyó una declaración de noventa y un destacados intelectuales alemanes que se oponían a toda anexión territorial y presionaban por llegar a un acuerdo de paz. Una vez más, Einstein figuraba entre los firmantes y también apoyó a la Liga cuando distribuyó por correo una antología de declaraciones de pacifistas británicos, entre los cuales figuraban Bertrand Russell y George Bernard Shaw. Eso fue demasiado para las autoridades alemanas. Se hizo una redada en las oficinas de la Liga, se le prohibió seguir publicando, se prohibió a sus miembros comunicarse entre sí y dos de sus secretarias fueron encarceladas, como preludio para la total prohibición de su existencia.

Después de los fracasos de Neuve Chapelle en marzo y de las colinas de Aubers en mayo, en Gran Bretaña el nuevo gobierno de coalición, todavía encabezado por Asquith, estaba decidido a renovar la ofensiva en el frente occidental. Los principales conservadores, que no estaban en el poder desde 1905, pertenecían entonces a los consejos internos de la guerra que decidieron intentar un gran avance ese otoño. Esa estrategia se coordinó en una reunión anglofrancesa que se celebró en Calais el 6 de julio, en la cual el ministro de Guerra francés, Alexandre Millerand, y el primer ministro británico, Asquith, fueron los principales políticos presentes. Al día siguiente, en el cuartel general de Joffre en Chantilly, sir John French coincidió con la opinión de Joffre, según consta en el acta oficial de la reunión, «de que la situación estratégica general exigía la ofensiva y se comprometía hasta el máximo que le permitían sus medios». Sin embargo, Kitchener, que estuvo presente en la conferencia de Calais, escribió en tono mordaz al jefe del Estado Mayor General del Imperio, sir William Robertson: «Joffre y sir John me dijeron en noviembre que iban a hacer retroceder

a los alemanes hasta la frontera; me dieron las mismas garantías en diciembre, marzo y mayo. ¿Y qué han hecho? Los ataques son costosos y no acaban en nada.»

Sin ofensivas, no podía haber una victoria rápida, a pesar de lo cual Lloyd George declaró, el 17 de julio, que «una victoria que tarda es una victoria cuyas huellas son huellas de sangre». Igual que el recién nombrado ministro de Municiones, apremiaba a las mujeres a trabajar en las fábricas de municiones, para adelantar el día en que esa victoria fuera posible. En el saliente de Ypres, incluso antes de que se pudiera idear el nuevo plan de ataque que se acordó en Calais y Chantilly, tuvieron lugar violentos combates entre los ejércitos enfrentados. Uno fue por el cráter de una mina en Hooge, producido durante un ataque británico a las trincheras alemanas. Un cráter así era un objetivo preciado, porque brindaba un elemento de protección a las tropas del ejército que lo capturara y un punto relativamente resguardado desde el cual disparar al enemigo. Para tratar de mantener a los británicos lejos del cráter, que se encontraba en la línea del frente alemán, los alemanes utilizaron su temible proyectil de mortero pesado, el *minenwerfer*, que los británicos llamaban *Minnie* o *Moaning Minnie.*

Uno de los oficiales británicos que estuvieron presentes en Hooge cuando comenzó el ataque, el 29 de julio, el teniente G. V. Carey, recordó más adelante: «Fue el susto más grande con que habían tropezado hasta entonces nuestros compañeros. Aparte de la cantidad de personas que volaron por los aires, las explosiones fueron tan tremendas que todo el que se hallara en un radio de un centenar de metros era probable que perdiera la razón al cabo de pocas horas y el 7.° Batallón había tenido que retirar de la línea a varios hombres que farfullaban, impotentes.»

Ninguno de los hombres que participaron en el ataque, desde el bosque de Zouave hasta el cráter de Hooge, había estado antes en esa parte de la línea. Reinaba mayor confusión el 30 de julio, cuando los alemanes utilizaron por primera vez los lanzallamas, que enviaron contra ellos chorros de petróleo ardiendo. «De pronto hubo un ruido sibilante —recordaba después el teniente Carey— y un brillante resplandor carmesí sobre el cráter tiñó de rojo toda la escena. Al mirar, vi que había tres o cuatro chorros de llamas distintos (como una línea de potentes mangueras de fuego, que echaban fuego, en lugar de agua) que atravesaban mi trinchera.»

Los hombres que recibieron el chorro de fuego «no se volvieron a ver nunca más».

Las trincheras alemanas volverían a ser atacadas esa misma tarde. «Por simple caridad, se supone que el Estado Mayor, situado veinticuatro kilómetros más atrás, no estaba bien informado de la posición real —comentó Carey—. A

las tres en punto, los cuatro batallones salieron de las trincheras, cumpliendo órdenes, y su existencia fue arrasada por un enemigo cuyas ametralladoras no habían tenido tiempo de localizar y en el cual no habían hecho ninguna mella los escasos preparativos de nuestra artillería. Muchos de los hombres quedaron atrapados en nuestro propio alambre y creo que ninguno de ellos consiguió alejarse más de cuarenta y pocos metros del borde del bosque.»

Ese verano, el punto muerto en el oeste contrastó con el desplazamiento en el este. Hay una imagen gráfica de los combates en una carta que Kokoschka envió desde el frente de Galitzia a un amigo, describiendo lo que le ocurrió el 5 de agosto.«Realmente tuve suerte de salir con vida ayer, ¡porque los cosacos no muestran la menor misericordia si te pillan! Yo y una patrulla estuvimos emboscados en el bosque y el pantano interminables de por aquí. Perdimos más de la mitad de nuestros hombres. Combatimos cuerpo a cuerpo y todos pensábamos que nos había llegado la hora. Por pura casualidad, dos o tres conseguimos escapar, yo el último, porque mi caballo está débil y, para peor, ¡quedó cojo! Después, una persecución a vida o muerte, con el primero de esos brutos apenas diez pasos detrás de mí, disparando todo el tiempo y chillando: "¡Hurra! ¡Hurra!" Todo el tiempo sentía su lanza en mi hígado. Utilicé el sable para azotar a mi caballo hasta el límite y apenas conseguí hacerlo regresar a mi unidad. ¡Tendrías que ver cómo me respetan!»

El 5 de agosto, el ejército alemán entró en Varsovia. Después de casi justamente un año de guerra, habían invadido otra gran ciudad europea. Por primera vez desde 1815, Rusia perdió el control de la capital polaca. Fue una señal de triunfo para las potencias centrales. Entonces, los alemanes pusieron sus miras a largo plazo en Finlandia, que era una provincia rusa desde la expulsión de los suecos, en 1808. El 8 de agosto, el káiser autorizó la formación de un batallón de dos mil hombres, compuesto exclusivamente por finlandeses, que combatirían contra Rusia en el frente oriental. «Entonces comenzó el reclutamiento para este batallón —recordó después el dirigente nacionalista finlandés Gustav Mannerheim—, que constituye uno de los capítulos más emocionantes de la reciente historia finlandesa. Por supuesto, había que hacerlo todo en el más absoluto secreto, en un país en el cual la policía rusa estaba por todas partes.» Los reclutas salían de Finlandia de forma clandestina en dirección a Alemania. Centenares de finlandeses, acusados de ayudar a huir a los reclutas, fueron enviados a la cárcel en Petrogrado, pero al cabo de nueve meses el batallón estaba en activo.

A medida que las fuerzas alemanas avanzaron al este de Varsovia, el ejército ruso fue retrocediendo, dejando sólo el fuerte de Novo-Georgievsk, en la confluencia del Vístula y el Bug, para frenar el avance alemán, pero en cuanto su guarnición de noventa mil hombres fue rodeada y sitiada, el ejército alemán siguió arrasando hacia el este. Para contener Novo-Georgievsk se reunieron ochenta mil soldados alemanes, procedentes en su mayoría de unidades que no pertenecían a la línea del frente. Para destruir el fuerte, cuyos baluartes y fortificaciones periféricas habían sido reforzados en 1891, volvieron a desplegarse los obuses austríacos que habían resultado tan eficaces contra Amberes en octubre de 1914, incluidos seis cañones de 406 milímetros, al mando del vencedor de Amberes, el general Von Beseler.

El sitio de Novo-Georgievsk comenzó el 10 de agosto y el bombardeo, unos días después. La fortaleza se rindió el 20 de agosto, cuando los alemanes tomaron prisioneros a los noventa mil defensores rusos, incluidos treinta generales.

En medio de los tremendos combates en el campo de batalla, el peligro de la vida cotidiana en las trincheras y las severas privaciones de los campos de prisioneros de guerra, la mayoría de los oficiales en servicio todavía podían, en todos los ejércitos, apelar a las comodidades de su casa. Los oficiales británicos que estaban en el frente occidental se podían suscribir a cestas especiales que preparaban en Harrods, en Londres, y les proporcionaban más alimentos y otros lujos de forma regular. Se podía convencer a los amigos para ayudar. Oskar Kokoschka trató de conseguir algunos extras, ese otoño, pidiendo a su mecenas artístico, en Viena, que le enviara al frente oriental:

6 pares de calcetines marrones gruesos, que no sean de lana
300 cigarrillos buenos (fuertes)
1 conjunto de ropa interior de seda o similar
1 botella de coñac o de whisky (y una copa)
1 lata grande de galletas de barquillo Köstens
5 latas de sardinas
1 buena linterna y 5 pilas de recambio
6 frascos de distintas clases de encurtidos
3 frascos de conservas
1 cepillo para la ropa
1 lata de adobo para curtir pieles
1 caja de caramelos Sarotti

«Si no cabe todo en un paquete estándar —añadió Kokoschka—, por favor haga dos o tres. Lo necesito todo. E insisto: dése toda la prisa posible.»

El 6 de agosto, un día después de que los alemanes entraran en Varsovia, para tratar de destruir las defensas turcas en Gallípoli y para que los barcos aliados pudieran abrirse paso a través del estrecho, una cantidad considerable de fuerzas británicas desembarcaron en otra playa de la península de Gallípoli, la de Suvla Bay. El nuevo desembarco tenía por objeto conectar con las posiciones de Anzac en el sur y expulsar a los turcos de los altos de Chunuk Bair y los todavía más altos de Koja Chemen Tepe, unidos a él por un ramal.

Para alejar a las tropas turcas de esas tierras altas se planearon dos ataques de distracción. El primero tuvo lugar en el terreno escarpado por encima de la cala de Anzac, donde los australianos penetraron en las trincheras turcas de Lone Pine, en una de las batallas más violentas de la península. Se concedieron siete cruces de la Victoria al valor en Lone Pine y mil setecientos de los atacantes murieron o resultaron heridos. Cuando los australianos consolidaron sus nuevas trincheras, hubo que recoger más de mil cadáveres turcos para enterrarlos. Cuatro mil turcos más murieron o resultaron heridos.

En el segundo ataque, que tuvo lugar en el cabo Helles, los objetivos fueron, una vez más, la aldea de Krithia y los altos de Achi Baba, pero el ataque fue rechazado por los turcos, cuyo total de bajas de ese día, entre muertos y heridos, fue de 7.510. Hubo 3.480 bajas británicas. Uno de los británicos que participaron en la acción ese día fue el subteniente George Horridge, que había recibido un disparo en las costillas en la batalla de junio, mientras trataba de rescatar a un herido. Regresó del hospital, en Egipto, a tiempo para la batalla de agosto; salió de la trinchera con un bastón en una mano y una pistola en la otra y regresó ileso. Esa noche cayó un proyectil en su trinchera y fue herido otra vez.

El ataque en el cabo Helles pretendía distraer la atención del nuevo desembarco en el norte, en Suvla Bay, un desembarco que tuvo éxito. Tropas australianas, neozelandesas, indias, gurjas y británicas desembarcaron y redujeron a los defensores turcos y atravesaron la planicie costera en dirección a las colinas. Entonces los generales dudaron, sorprendidos por un avance tan rápido. Acostumbrados al tipo de guerra del frente occidental, su mente estaba preparada para «victorias» de un centenar de metros. Un avance de ochocientos metros, prácticamente sin encontrar oposición, los dejaba perplejos. La duda resultó decisiva y desastrosa. El grueso de la fuerza permaneció cerca de la playa, donde muchos hombres disfrutaron de un baño inesperado y relajante.

Más al sur, desde las líneas australianas de la cala de Anzac, dieciséis mil hombres avanzaron hacia el norte durante la noche del 6 de agosto, a lo largo de la playa hacia Suvla Bay y después hacia el interior, con la intención de apoderarse de la cima de Koja Chemen Tepe. En ese momento llegó a Koja Chemen Tepe el coronel Kannengiesser. Antes lo habían llamado con una división turca desde el cabo Helles para ayudar a repeler el ataque a Lone Pine, pero, tras comprobar que allí no lo necesitaban, se había dirigido más al norte, precisamente al sector del campo de batalla donde más necesario era. Desde allí vio, a la luz del amanecer, una columna australiana, 275 metros más abajo, que subía por la escarpada ladera. Kannengiesser, que se había adelantado a sus hombres, sólo tenía con él a veinte soldados. Les ordenó que se echaran al suelo y abrieran fuego. Los atacantes, convencidos de que se trataba de una fuerza considerable, se echaron al suelo, se pusieron a cubierto y se prepararon para defender su posición en la ladera.

Los altos permanecieron en poder de los turcos. Durante el día, Liman von Sanders envió a la cima a dos regimientos de reserva y conservaron Koja Chemen Tepe. Más al sur, a lo largo del collado, un batallón neozelandés llegó a la cima de Chunuk Bair. No habían encontrado ninguna oposición. Cuando llegaron a lo alto, los neozelandeses encontraron una sola ametralladora turca y a su escuadra dormida. Pero las tropas turcas que estaban a ambos lados de ellos, en la colina Q y la colina del Acorazado, abrieron fuego, impidiendo la llegada de refuerzos y repeliendo a los neozelandeses que trataban de desalojarlos. Un contingente maorí, incapaz de enfrentar la intensidad del fuego turco, buscó refugio en un barranco cercano.

El 9 de agosto, se reanudó el ataque a Koja Chemen Tepe. Una pequeña fuerza de tropas británicas y gurjas llegaron a la cresta, repeliendo un contraataque turco con una carga de bayonetas. Estaban a punto de hacer descender a los turcos por la otra ladera, cuando los artilleros navales británicos, sin saber que la cima estaba en manos de los aliados, abrieron fuego, acribillando a los atacantes y obligándolos a retroceder.

Durante el día, las tropas neozelandesas que defendían la cima de Chunuk Bair fueron atacadas por los turcos a las órdenes de Mustafá Kemal. Contraatacaron y los turcos quedaron momentáneamente sumidos en el caos. El Estado Mayor de Kemal le aconsejó que se retirara por la ladera oriental, pero Kemal, que acababa de ser promovido a coronel y de recibir de los alemanes la Cruz de Hierro de Primera Clase, los instó a ellos y a sus hombres a defender su tierra natal.[2] «No corráis, hijos míos —dijo, mientras recorría las trincheras turcas—. No tengáis prisa. Escogeremos justamente el momento adecuado y en-

tonces yo saldré al frente. Cuando veáis que levanto la mano, procurad tener las bayonetas afiladas y caladas y salid detrás de mí.» Los hombres esperaron.

Frente a los turcos, en Chunuk Bair, estaban los hombres que acababan de relevar a los neozelandeses: dos batallones del Nuevo Ejército de Kitchener, el 6.° de Loyal North Lancashires y el 5.° de Wiltshires, que no habían entrado nunca en acción hasta ese momento. Había seis batallones turcos formándose al otro lado de la colina. La situación estaba clara para Kemal, después de su reconocimiento personal. El 10 de agosto, a las 4.45, Kemal dio la señal, levantando la mano y avanzando. Los turcos arremetieron contra los defensores con sus bayonetas. A los Loyal North Lancashires los mataron con bayoneta hasta el último hombre. A los Wiltshires, que tuvieron la increíble mala suerte de estar descansando en ese momento en un valle justo abajo, después de deponer los fusiles y el equipo, no les quedó más remedio que echar a correr.

Entonces los turcos bajaron la ladera a toda prisa, con la intención de expulsar a los británicos de la colina, pero en ese momento abrieron fuego los ametralladores neozelandeses desde un ramal próximo y el ala izquierda del avance turco se detuvo. El ala derecha llegó hasta una pequeña meseta conocida como «la granja», donde entabló combate cuerpo a cuerpo con otras tropas del Nuevo Ejército, los hombres de la 38.ª Brigada. Entre los que murieron cabe destacar al general de brigada A. H. Baldwin y a su comandante, que habían caído en la línea del frente. Cuando más de la mitad de las tropas británicas habían muerto o estaban heridas, los supervivientes retrocedieron. El historiador oficial británico escribe: «Los turcos, demasiado agotados para seguir y demasiado débiles hasta para permanecer donde estaban, se habían retirado a la cresta principal. La meseta de "la granja", abandonada por ambos bandos, quedó en poder de los muertos y los moribundos.»

Retirándose a la cresta, los turcos conservaron en su poder Chunuk Bair. La línea británica era entonces mucho más ancha de lo que había sido antes de la batalla de agosto, aunque todavía se limitaba al lado occidental de la península. Durante unos momentos, las tropas que llegaron a la cima de Chunuk Bair habían llegado a ver abajo el destello de las aguas del estrecho, pero ya no volverían a verlas nunca más. Los objetivos británicos del 6 de agosto no se alcanzaron nunca. Kemal fue ascendido a general.

En Suvla Bay, después del éxito de los desembarcos del 6 de agosto, hubo tres días de inercia y de combates sin coordinación. El 7 de agosto por la mañana, habían desembarcado veinticinco batallones británicos. «Desde ayer se libran intensos combates en los Dardanelos —escribió ese día en su diario el al-

mirante Von Tirpitz—. Es evidente que la situación es crítica. Si cayeran los Dardanelos, la guerra mundial se habría decidido en nuestra contra.»

Durante la mañana del 7 de agosto, sólo tres batallones turcos iban en camino para reforzar las pequeñas unidades turcas que seguían en acción en Suvla. La mayor parte de la artillería y las ametralladoras turcas habían sido retiradas para evitar que las capturaran. A ochocientos metros de donde se desarrollaba una pequeña acción, seis batallones británicos estaban sentados, sin hacer nada. «Teníamos toda la impresión —escribió después el general Liman von Sanders— de que los líderes británicos se habían retrasado demasiado en la orilla, en lugar de avanzar desde el lugar de desembarco, a cualquier precio.»

La opinión del historiador oficial británico, el general de brigada Aspinall-Oglander, que desembarcó en Suvla Bay al tercer día, fue todavía más severa. Con la «duda y el retraso del 7 y el 8 de agosto —escribió—, las ventajas conseguidas con el desembarco por sorpresa en Suvla se habían desperdiciado. El IX Cuerpo había jugado demasiado con el tiempo. Había perdido la oportunidad de conquistar el terreno elevado con mucha facilidad, pasando a ser entonces un combate entre fuerzas iguales, con las tropas británicas en la planicie abierta, bañada por el sol, y los turcos en posesión de todos los puntos de ventaja. Además, los turcos eran, sin duda, superiores en cuanto a escaramuzas y en el uso de los fusiles con respecto a esas jóvenes fuerzas del Nuevo Ejército, recién llegadas de Inglaterra, y, una vez desaparecida la sorpresa, había pocas probabilidades de apuntarse un éxito británico, si las cifras eran más o menos iguales».

El 9 de agosto, las tropas británicas en Suvla lograron capturar la colina de la Cimitarra, en las estribaciones de la cadena de Chunuk Bair, pero las ahuyentaron y retrocedieron, en medio de la confusión, hacia la orilla, «como una multitud que sale de un partido de fútbol», como lo describió en su diario un general. Los turcos avanzaron rápidamente hasta la planicie. A un alto oficial, el teniente coronel H. G. A. Moore, le clavó la bayoneta un turco, después de que se rindiera, y murió poco después. A otro, el comandante F. W. Brunner, que recibió un disparo en el tobillo cuando bajaba de la colina, también lo mataron a sangre fría.

Entre los soldados que murieron en Suvla Bay, figura el primer terranovense que murió en combate en la primera guerra mundial. El historiador más reciente de la aportación de Terranova a la guerra, David Macfarlane, ha escrito: «El soldado raso Hugh McWhirter no emprendió un ataque valiente; sus últimas palabras no fueron magníficas. Simplemente estaba de pie, ensordecido por los alaridos y las explosiones de la artillería, un muchacho aterrorizado, con

un uniforme que no le sentaba bien, en una trinchera de la línea del frente, cerca de la cima de Karakol Dagh, cuando un proyectil turco que quién sabe de dónde procedía, lo hizo volar en trocitos rojos de caqui y carne. De pronto, había desaparecido y los que estaban a su lado en la trinchera de combate se quedaron atónitos. Salpicados por trozos de metralla, inmundicias e intestinos, supieron de pronto de qué iba la guerra.»

En la batalla por Suvla Bay y Chunuk Bair, que duró cuatro días, habían participado cincuenta mil soldados británicos y de Anzac, de los cuales dos mil murieron y diez mil resultaron heridos. Más de veintidós mil enfermos y heridos salieron de la península y fueron trasladados por mar a hospitales en Egipto y en Malta. Según un informe del 13 de agosto, los hospitales militares de Egipto y Malta estaban llenos. Ese mismo día se reanudó el ataque. Las tropas que avanzaban desde la cabeza de playa de Suvla Bay llegaron a las colinas de Anafarta, por debajo de los 268 metros del Tekke Tepe, que formaba parte de la cadena de Chunuk Bair. Allí se detuvieron, igual que una semana antes, cuando desembarcaron, poco dispuestos a continuar el avance tanto como podrían haberlo hecho.

Un oficial del Estado Mayor se adelantó para ver qué había ocurrido. «Encontré a la 53.ª División en una línea de trincheras poco profundas, con hombres de pie sobre el parapeto, e incluso cocinando delante de las trincheras —informó después—. No estaban haciendo ningún trabajo y había un aire general de inactividad. Me quedé atónito al ver que ésa era la línea del frente. No había trincheras turcas ni turcos a la vista y sólo de vez en cuando algún bombardeo o disparo desganado. Mientras estuve allí, descubrieron que unos soldados atrincherados en unos arbustos a nuestra izquierda, que hacía unos días que creían que eran turcos, en realidad eran británicos.»

En menos de veinticuatro horas, la recién constituida 5.ª División turca, al mando de un oficial alemán, el comandante Willmer, contraatacó e hizo retroceder a los británicos.

El 14 de agosto, en Londres, Kitchener leyó el informe del general Hamilton sobre los desembarcos en Suvla Bay. Se indignó al leer lo que contaba Hamilton sobre la resistencia de los comandantes a moverse con audacia en las etapas iniciales y sobre las deficiencias que se ponían de manifiesto, como que la 53.ª División (Territorial Galesa) hubiera desembarcado sin nada de artillería, sin provisiones y con una sola ambulancia de campaña. «Estoy tomando medidas para hacer que esos generales sean reemplazados por auténticos luchadores»,

escribió Kitchener a Churchill ese día. Dos días después, el general Stopford, comandante del IX Cuerpo, y dos de sus generales de división, el general Hammersley, comandante de la 11.ª División, y el general Lindley, comandante de la 53.ª División, fueron relevados de sus mandos. El general Mahon, comandante de la 10.ª División (Irlandesa) renunció; posteriormente lo pusieron al mando del Ejército de Salónica. Como escribió a Churchill su hermano Jack, miembro del Estado Mayor de Ian Hamilton, al acabar la batalla: «Todos tratamos de comprender qué les puede haber ocurrido a esos hombres y por qué muestran una falta tan extraordinaria de iniciativa. No son cobardes; físicamente, son un cuerpo de hombres tan aptos como los del ejército regular. Creo que se debe en parte a su entrenamiento. Nunca antes habían visto un disparo. Hace un año que son soldados y durante ese período sólo les enseñaron una cosa: la guerra de trincheras. Les han dicho que excaven por todas partes y les han inducido a esperar al enemigo a noventa metros de distancia. Después de leer todas las historias sobre la guerra, para ellos un avance de noventa metros es una cuestión de la máxima importancia.»

Jack Churchill prosiguió con su explicación: «Desembarcaron y avanzaron un kilómetro y medio y pensaron que habían hecho algo maravilloso. Después ya no tenían ningún punto de referencia para guiarse; ya no había más tropas para mostrarles lo que estaba bien. Parecía que no sabían lo que tenían que hacer. ¿Estaba bien seguir tan lejos? ¿Podían quedar aislados o caer de pronto en una trampa? Una bala ocasional, ¿era sólo un francotirador o una trinchera oculta, plagada de fusiles que estaban esperándolos? [...] La 10.ª y la 11.ª no tenían nada que les sirviera de referencia; mostraban una ignorancia extraordinaria. Estalló un proyectil cerca de un grupo de trabajo, por lo menos a ochocientos metros de distancia. Los oficiales y los hombres dejaron de trabajar, ¡salieron corriendo hacia los acantilados bajos de la playa y se pusieron a cubierto! Estalló una mina terrestre y los hombres que había cerca se echaron al suelo y allí se quedaron, ¡pensando que los estaban bombardeando! Acabo de enterarme de que la 53.ª no es mejor. ¡Unos cuantos disparos los hicieron retirarse sin orden ni concierto de la colina del Chocolate! Los únicos que pueden acusar a los oficiales superiores son los que pueden poner en práctica sus opiniones. Pero no cabe duda de que esas divisiones estaban totalmente fuera de control.»

John Hargrave, que prestaba servicio en la Unidad de Ambulancias de Campaña en Suvla, recordaba el estado de ánimo de los hombres cuando les llegó la noticia del despido de los generales, justo cuando se había ordenado otro asalto a las colinas de Kiretch Tepe, frente al golfo de Saros. Escribió: «Sin un líder

y perdidos en medio de la batalla, soñaban con liar el petate y marcharse a casa.» La mayoría de esas tropas, añadió, «se encontraban entonces en un estado de gran abatimiento (muchos parecían vacíos y traumatizados por la guerra) y no estaban en condiciones de seguir combatiendo bajo el fuego. Pero, evidentemente, tenían que "seguir al pie del cañón"».

Además de que las fuerzas turcas privaron de la victoria a los aliados en la península de Gallípoli, sus aliados siguieron causando estragos en el mar y en tierra. El 13 de agosto, un submarino alemán hundió un buque aliado para el transporte de tropas de once mil toneladas, el *Royal Edward*, cerca de la isla de Cos, en el Dodecaneso italiano; se ahogaron 1.865 militares. En el frente oriental, el 17 de agosto, tras un bombardeo en el que participaron 1.360 piezas de artillería, que incluyó el uso de cañones navales de 406 milímetros, y tras disparar 853.000 proyectiles, las fuerzas alemanas capturaron la ciudad fortificada de Kaunas.[3]

El comandante ruso de la fortaleza, el general Grigoriev (que no había conseguido volar el único túnel del ferrocarril entre Ostende y Petrogrado, había dejado intacto el puente sobre el río Niemen, del cual se decía que no había abandonado nunca su refugio subterráneo, salvo de noche, y que abandonó la fortaleza antes de su caída, sin decírselo a su jefe de Estado Mayor) fue sometido a un consejo de guerra y condenado a ocho años de trabajos forzados. En los depósitos militares de Kaunas, los alemanes capturaron varios millones de latas de carne en conserva, el principal suministro ruso en la línea del frente, con el cual pudieron alimentar a sus propias tropas. Más al sur, las fuerzas germanoaustríacas se acercaron a la fortaleza de Brest-Litovsk, obligando a las fuerzas rusas a retroceder hasta el río Bug.

La noticia del sufrimiento de los rusos mientras se retiraban hasta el Bug llegó a oídos del general Gourko, que se encontraba entonces en Galitzia: «Unos hombres que han luchado en varias guerras y en muchas batallas sangrientas me han dicho que ningún horror del campo de batalla es comparable al horroroso espectáculo del incesante éxodo de la población, que no conoce ni el objetivo del movimiento ni el lugar donde puede encontrar reposo, alimento y albergue. Encontrándose ellos mismos en una situación espantosa, han incrementado las dificultades de las tropas, sobre todo las del transporte, que tenían que desplazarse a lo largo de carreteras llenas de esa ola humana desorganizada. En más de una ocasión, nuestras fuerzas tuvieron que detenerse e intervenir en la retaguardia para que esa muchedumbre dejara pasar a las tropas. [...] Sólo Dios sabe los sufrimientos que han tenido que soportar, las lágrimas que han vertido

y la cantidad de vidas humanas que se han entregado como víctimas al inexorable Molok de la guerra.»

La difícil situación de los soldados rusos extendía un grave descontento entre todos sus ejércitos, aparte de llenar los campos de prisioneros de guerra en todas las tierras conquistadas por Alemania. El 17 de agosto, día de la caída de Kaunas, la cantidad de prisioneros de guerra rusos ascendía a 726.694 en los campos de prisioneros alemanes, mientras que 699.254 más estaban en poder de los austríacos: un total de 1.425.848 en cautiverio.[4] Las condiciones del cautiverio podían ser duras. En la primavera y el verano de 1915, había habido una epidemia de tifus entre los rusos que estaban en un campo de prisioneros de guerra en Gardelegen y de los once mil que había murieron trescientos. En agosto de 1915, el tifus proliferaba tanto en el campo de Wittenberg que la administración alemana del campo abandonó a su destino a los quince mil prisioneros rusos, británicos y franceses que vivían allí y rodeó la valla del perímetro de ametralladoras y perros. Sólo las invectivas de la crítica neutral hicieron que el personal alemán regresara al campo y mejorara sus condiciones.

El 18 de agosto, lord Kitchener visitó el cuartel general del Primer Ejército en Francia. Justamente un mes antes, había hecho comentarios cáusticos sobre las perspectivas de éxito de cualquier ofensiva británica en el frente occidental. Entonces dijo a Haig que los rusos habían sido «tratados con severidad» en el frente oriental. Wlodawa, a orillas del río Bug, cayó en poder de los alemanes ese día, como parte de la pérdida aparentemente diaria de una fortaleza, una ciudad o un pueblo. Para acudir en ayuda de Rusia, dijo Kitchener a Haig, tanto Gran Bretaña como Francia debían «actuar con energía» en el frente occidental. Del mismo modo que la solicitud rusa de ayuda, a finales de 1914, había servido de catalizador para el ataque anglofrancés en los Dardanelos, a comienzos de 1915, las pérdidas rusas en el frente oriental, ese agosto, servirían de catalizador para una nueva ofensiva en el oeste. Kitchener dijo a Haig, quien ese día subrayó las palabras en su diario, que «debemos actuar con toda nuestra energía y hacer todo lo posible por ayudar a los franceses, por más que al hacerlo suframos unas pérdidas terribles».

Las constantes pérdidas rusas en el este, que culminaron el 19 de agosto con la rendición de noventa mil oficiales y soldados en Novo-Georgievsk, hicieron que el llamamiento de Kitchener a reanudar la ofensiva en el oeste pareciera más justificada y urgente todavía. Winston Churchill, que vio a Kitchener en el Ministerio de Guerra en Londres esa semana, recordaba posteriormente: «Me miró de soslayo, con una expresión muy extraña en el rostro. Me di cuenta

de que quería hacerme alguna revelación de importancia y esperé. Después de dudar bastante, me dijo que había acordado con los franceses emprender una gran ofensiva en Francia. De inmediato le dije que no había ninguna posibilidad de triunfar. Dijo que la escala lo restauraría todo, incluso, por supuesto, los Dardanelos. Tenía un aire de excitación contenida, como un hombre que ha tomado una gran decisión de una incertidumbre terrible y está a punto de ponerla en práctica.»

El ataque británico estaba previsto para finales de septiembre, en Loos. El 21 de agosto, Churchill asistió a una conferencia en Margate, que contó con la presencia del primer ministro canadiense, Robert Borden, durante la cual este preguntó «cuándo sería abundante el suministro de municiones». Hubo distintas opiniones: Bonar Law respondió que sería dentro de «alrededor de cinco meses», pero Churchill creía que no sería hasta «mediados del año siguiente». A pesar de esa advertencia, la conferencia resolvió que la ofensiva, que Kitchener estaba decidido a emprender, debía seguir adelante.

Sostenían las estrategias bélicas por un lado la necesidad práctica en el campo de batalla y, por el otro, el fervor patriótico en cada país, y así ocurría en todos los países beligerantes. Ese mes de agosto, desde Berlín, Einstein escribió a un colega físico en Holanda: «Debo confesar que siento una amarga desilusión ante el cerrado nacionalismo que se encuentra incluso entre personas importantes. Si además uno reconoce que a los que están bien informados y poseen la capacidad de actuar les falta compasión humana, resulta evidente lo triste que es eso que adoran como la "patria". Apenas importan las fronteras; es bastante igual en todas partes.»

En Berlín, el 20 de agosto, el Reichstag aprobó conceder al gobierno el dinero extra que necesitase para sus objetivos bélicos. Sólo se opuso un diputado, Karl Liebknecht, que también exigió que se celebraran de inmediato conversaciones de paz. Sin que Liebknecht lo supiera, el gobierno alemán había propuesto, por su parte, llegar a un acuerdo de paz con Rusia, aunque partiendo de la base de adquisiciones territoriales para Alemania en el este, repartiendo el territorio que ya había sido capturado y dejando a Alemania libre para concentrar toda su potencia bélica en derrotar a Gran Bretaña y a Francia, en el oeste. El gobierno ruso respondió que no podía haber paz mientras hubiese un solo soldado alemán o austríaco en suelo ruso. Estaban a punto de incorporarse al ejército ruso dos millones de hombres más.

Sin embargo, la marcha hacia delante de los ejércitos austrogermanos era inexorable. A finales de agosto, habían obligado a los rusos a abandonar la forta-

leza de Brest-Litovsk, la ciudad industrial de Bialystok y la ciudad mercado de Lutsk en Volhynia, donde cayeron prisioneros siete mil soldados rusos. Entre los oficiales alemanes que murieron en los combates estaba el poeta de la guerra, el capitán August Stramm.[5]

En Estados Unidos, se habían producido una serie de airadas protestas por la pérdida de vidas estadounidenses en el *Lusitania*, pero no habían desembocado en la declaración de guerra a Alemania. Tampoco la muerte de tres ciudadanos estadounidenses a bordo de un transatlántico desarmado de la línea White Star, el *Arabic*, que fue torpedeado sin previo aviso por el submarino alemán *U-24* en el mar de Irlanda el 19 de agosto, a raíz de lo cual murieron cuarenta y cuatro pasajeros, acercó en lo más mínimo la entrada de Estados Unidos en la guerra.[6]

Hubo otro incidente en el mar más tarde, ese mismo día, después de que el submarino alemán *U-27* bombardeara y detuviera al vapor de carga *Nicosian*, que transportaba un cargamento de mulas de Nueva Orleans a Inglaterra. Un buque mercante británico blindado, el *Baralong*, haciéndose pasar por un buque mercante estadounidense, llevando la bandera estadounidense, se acercó al *U-27*. El *Baralong* llevaba ocultos a bordo dos cañones y un pelotón de infantes de marina británicos. Arrió la bandera estadounidense, izó los colores británicos y abrió fuego sobre el *U-27*. Doce tripulantes del submarino se echaron al agua. Creyendo, erróneamente, que eran los mismos tripulantes que habían hundido el *Arabic* ese mismo día, los infantes de marina abrieron fuego. Seis de los alemanes murieron en el agua. Los seis supervivientes consiguieron llegar a la sala de máquinas del *Nicosian*, donde se refugiaron, pero los infantes de marina les dieron caza, los mataron y arrojaron sus cadáveres por la borda. El embajador alemán en Washington protestó por el mal uso de la bandera estadounidense para «asesinar marinos alemanes», acto que el Secretario de Estado estadounidense, Robert Lansing, describió en privado como «vergonzoso».

El 15 de agosto, los británicos volvieron a atacar las colinas de Suvla Bay, defendidas por los turcos. Tras ocho horas, en las cuales hicieron retroceder a los turcos, un contraataque de estos obligó a las tropas atacantes a regresar a sus trincheras. Uno de los que participó en el ataque fue el soldado de primera clase Francis Ledwidge, un poeta irlandés que prestaba servicio con los Royal Inniskilling Fusiliers y que escribió a un amigo después de la batalla: «Un hombre que estaba a mi derecha, herido de muerte, dijo: "Ya no puede estar lejos", y comencé a preguntarme qué sería lo que no podía estar lejos. Entonces me di

cuenta de que se refería a la muerte y me puse a repetir las palabras del moribundo: "Ya no puede estar lejos". Pero cuando los turcos comenzaron a retirarse, me di cuenta de mi posición y, poniéndome de pie, grité la línea de tiro a los hombres que estaban cerca de mí y los soldados enemigos cayeron como la hierba ante la guadaña. ¡Era un infierno! ¡Un infierno! Todos pensamos que no regresaríamos jamás. Imagínate que, de los doscientos cincuenta hombres de la Compañía D, sólo regresaron setenta y seis.»

La carta de Ledwidge reflejaba el choque entre «¡Un infierno!» y la euforia. «Por Dios, tendrías que ver lo valientes que son esos hombres —escribió—. Cassidy en lo alto de una colina, con la gorra encima del fusil, gritando a los turcos que salieran; los camilleros que transportaban igual a un amigo que a un enemigo. Fue un día horrible y magnífico. No me lo habría perdido por nada del mundo.» Unos meses después Ledwidge recordó ese día y a sus compatriotas irlandeses, en su mayoría católicos, que murieron entonces, cuando, después de ser herido en el frente de Salónica, lo llevaron a un hospital en El Cairo. Un clérigo anglicano «pareció interesarse mucho por mí y me prometió un libro de poesía, pero de pronto vio en mi cuadro que yo era católico y se alejó de mí a toda prisa, como si estuviera poseído. Nunca más volvió a acercárseme desde entonces, a pesar de que ha estado en el pabellón muchas veces. ¿Dios habrá preguntado a los pobres que se presentaron ante él el 15 de agosto si eran católicos o anglicanos?»

El 21 de agosto, se lanzó un último ataque británico en Suvla Bay, pero entonces los turcos estaban en buena posición, bien atrincherados, bien armados y decididos a no ceder terreno. Los objetivos principales eran las estribaciones más bajas de la cadena de Chunuk Bair, la colina 60 y la colina de la Cimitarra, contra las cuales había fracasado el ataque anterior del 9 de agosto, cuando los turcos no estaban tan bien atrincherados. Un oficial destacado para encabezar el ataque preliminar a la colina de la Cimitarra, el teniente coronel sir John Milbanke, había obtenido la Cruz de la Victoria durante la guerra de los bóers. Tras recibir sus órdenes en el cuartel general de la división, Milbanke regresó junto a sus hombres y les dijo: «Tenemos que apoderarnos de un reducto, pero no sé dónde está y no creo que nadie lo sepa; en cualquier caso, tenemos que adelantarnos y atacar a todos los turcos que encontremos.» Los hombres avanzaron colina arriba, con Milbanke a la cabeza, que así murió.

Durante el ataque a la colina 60, pillaron a una unidad australiana de ciento cincuenta hombres bajo el fuego de una ametralladora turca y cayeron ciento diez, entre muertos y heridos. Una segunda unidad fue detenida del mismo

modo y también sufrió muchas bajas. Mientras los heridos yacían en un matorral, los proyectiles turcos le prendieron fuego. El matorral ardió de forma descontrolada, la ropa de los soldados se prendió fuego y muchos murieron antes de que pudieran auxiliarlos. Dos hombres, un capellán presbiteriano, el reverendo A. Gillison, y un camillero, el cabo R. G. Pittendrigh, que había sido clérigo metodista en la vida civil, se adelantaron para apartar a los hombres de las llamas. Al intentar un rescate similar a la mañana siguiente, ambos murieron.

En el ataque a la colina de la Cimitarra, el comandante de la 87.ª Brigada, el general de brigada lord Longford, dirigió a sus hombres en persona, pero murió con el comandante de su brigada. Jamás encontraron sus cuerpos. Algunas tropas que llegaron hasta una posición justo por debajo de la cima pudieron mirar hacia atrás, al otro lado de la planicie que tenían a sus pies, casi hasta la entrada de los Dardanelos, pero la cima siguió en poder de los turcos. El capitán William Pike, de los Royal Inniskilling Fusiliers, de reserva ese día, estaba tan decidido a llegar hasta la cima que pidió voluntarios y se adelantó a toda prisa. Ni él ni ninguno de los que lo siguieron regresó. Otro oficial de los Inniskilling, el capitán Gerald O'Sullivan, que había ganado la Cruz de la Victoria en Krithia, hacía menos de dos meses, por un osado bombardeo a las trincheras turcas, pidió que se hiciera otro intento de llegar a la cima: «Una carga más, por el honor del regimiento.» Cincuenta hombres respondieron a su llamado; sólo uno, un sargento herido, sobrevivió. El cuerpo de Pike y el de O'Sullivan no se encontraron nunca.

Uno de los que resultaron gravemente heridos en el ataque a la colina de la Cimitarra, el soldado raso F. W. O. Potts, prefirió permanecer en la colina cuarenta y ocho horas antes que abandonar a un amigo que estaba demasiado malherido para moverse, pero al que Potts no podía cargar. Al final, utilizando una pala como trineo improvisado para su amigo y arrastrándolo, mientras los turcos le disparaban todo el tiempo, llegó hasta las líneas británicas. Por su acto de valor le concedieron la Cruz de la Victoria.[7]

El ataque a la colina de la Cimitarra fue la última y, teniendo en cuenta la proporción de soldados que participaron, la más costosa, además de una de las menos afortunadas de las ofensivas aliadas en la península de Gallípoli. De los catorce mil trescientos hombres que participaron, más de cinco mil murieron o resultaron heridos. Las bajas turcas fueron la mitad de las británicas. El general Liman von Sanders se refirió después a los «combates duros y sangrientos».

Cuatro divisiones británicas, apoyadas por la artillería de cuatro cruceros, no habían conseguido atravesar las defensas turcas. «Sólo puedo permanecer a la defensiva», telegrafió a Kitchener el 23 de agosto el general Hamilton, escar-

mentado. Seis días después incluso desistieron de emprender un ataque planeado a la colina 60. Pero Kitchener dijo ese día a sus colegas ministeriales que «los turcos no podrían resistir mucho más». En realidad, era una expresión de deseo, pero muy costosa, si bien se produjo apenas nueve días después de que Italia declarara la guerra a Turquía; los italianos esperaban, igual que Kitchener, que la derrota del imperio otomano fuera no sólo inminente, sino también que estuviera llena de promesas territoriales para los vencedores.

Enviaron a un general nuevo para asumir el mando en Suvla, sir Julian Byng, veterano del frente occidental. El historiador oficial de la campaña de Gallípoli, el general de brigada Aspinall-Oglander, comentó: «Había llegado el práctico experimentado, pero el barco que tenía que guiar ya había encallado en las rocas.» Aspinall-Oglander, que prestó servicio en la península durante toda la campaña, también recordó un problema que tuvieron ese mes de agosto, que ni el comandante más diligente habría podido remediar. «El principal azote que afectaba a las tropas —escribió— era un tipo de diarrea particularmente fuerte. En términos generales, toda la fuerza, del comandante en jefe hacia abajo, se veía afectada por esa dolencia y los hombres estaban tan débiles que pocos podían hacer otra cosa, más que arrastrarse.»[8]

Desde las alturas en las que habían resistido todos los intentos de los aliados por desalojarlos, los turcos dominaban las posiciones aliadas en Suvla. El 29 de agosto, un solo proyectil turco mató ciento trece mulas. Dos días después, el jefe del Estado Mayor de Byng, el capitán Basil Brooke, escribió a su familia: «Como no podemos retroceder, nos bombardean todo el día, lo cual resulta bastante inquietante para nuestros nervios. Gracias a Dios, no tienen tantos como los *boches*, ni tan grandes, aunque sí los suficientes para que resulte desagradable.»

El propio Byng, después de examinar la situación, dijo al general Hamilton que disponían de muy pocos proyectiles rompedores de alto poder explosivo en la península como para justificar otra ofensiva británica. Hamilton rechazó «los criterios franceses para municiones» de Byng, comentando: «Después de estar en el frente occidental, tiene una idea exagerada de la cantidad de piezas de artillería y de las reservas de proyectiles rompedores de alto poder explosivo que son imprescindibles para tener éxito, sobre todo con tropas que han sufrido muchas bajas.» Byng todavía no se ha dado cuenta, añadía Hamilton, «de que, si va a esperar a que estemos equipados a esa escala, tendrá que esperar hasta el día del juicio final».

En una carta a su familia, Basil Brooke destacó otro contraste en Gallípoli con las actitudes en el frente occidental. «El viejo turco es un gran caballero.

Nunca dispara a los buques hospitales que están en la bahía, ni a los hospitales; en eso es muy diferente a nuestro amigo *boche*.» Sin embargo, ni siquiera en Gallípoli, una herida no suponía necesariamente un buque hospital, la atención médica adecuada ni la recuperación. A principios de ese mes de septiembre, recordaba Vera Brittain, «nos enteramos de la primera baja que se producía en nuestra familia. Supimos que un primo de Irlanda había muerto por las heridas que recibió tras desembarcar en Suvla Bay; la herida de bala que recibió detrás de la oreja no había sido seria, pero estuvo una semana en Mudros sin recibir atención médica y ya sufría de septicemia cerebral cuando lo operó, demasiado tarde, un cirujano agotado, a bordo del abarrotado *Aquitania*. Apenas había conocido a mi primo, pero me impresionó saber que se estaban desperdiciando vidas por lo inadecuado de los servicios médicos en el Mediterráneo».

Después del hundimiento del vapor de pasajeros *Arabic*, los buques de pasajeros británicos fueron armados para su propia defensa. El primero de ellos en ser atacado fue el transatlántico *Hesperian*, hundido el 4 de septiembre. Se ahogaron treinta y dos pasajeros. Su adversario fue el *U-20*, comandando por el capitán Schwieger. Seguramente no sabía que el *Hesperian* llevaba a bordo el cadáver recién recuperado del mar de un viajero que iba a bordo de una de las primeras víctimas de sus torpedos: el *Lusitania*.

En el frente occidental, los cuatro meses y medio de calma entre la batalla de las colinas de Aubers y la de Loos sólo fueron de una calma relativa. Todos los días había bombardeos, valor, temor y muerte. En el diario del capitán F. Hitchcock, del Regimiento Leinster, constan ese agosto las escenas de la línea del frente «estática» en el saliente de Ypres. Se acababa de establecer la línea en un lugar donde antes se habían producido violentos combates. Hitchcock describió las figuras vestidas de caqui de la batalla anterior, colgadas de trozos de alambre de espinos, «en espantosas actitudes»; los británicos muertos en la tierra de nadie; los alemanes muertos en las trincheras británicas; la poca hierba que quedaba, «desintegrada por el fuego líquido», y los hombres que habían sido alcanzados por el fuego intermitente de la artillería alemana, que tenían que esperar a que los camilleros pudieran llegar hasta ellos y a los que les «daban por segunda vez y los mataban».

El 16 de agosto, el general de brigada inspeccionó las trincheras de Hitchcock. «El general dijo que el batallón se había comportado de maravilla y que el lugar estaba muy bien consolidado; sin embargo, puso objeciones a la pierna de un alemán que sobresalía del parapeto.» Encargaron a Hitchcock que la hiciera enterrar. «Llamé a Finnegan y le dije que retirara la extremidad que había

ocasionado el problema. Como para eso habríamos tenido que destruir todo el parapeto, cogió una pala y la fue acuchillando con la parte afilada. Tras unos cuantos golpes fuertes, consiguió cortarla. Yo me había alejado y me encontraba en el siguiente mirador de tiro, cuando escuché que Finnegan le comentaba a otro hombre: "¿Y ahora de dónde coño voy a colgar yo mi equipo?"

Ese episodio es un ejemplo de hasta dónde puede llegar la sensibilidad humana... y su sentido del humor. La alternativa era echar abajo el parapeto, con lo cual se ponían en peligro más vidas. Ese mismo día, un poco más tarde, encontraron a un soldado británico herido, «moribundo», como apuntó Hitchcock, en un refugio subterráneo cercano. «Aparentemente, llevaba allí varios días, sin recibir ninguna ayuda.» Al día siguiente, 17 de agosto, Hitchcock apuntó en su diario que en un agujero habían encontrado tres muertos. «Era una pena, porque el trío consistía en un paciente tendido en una camilla y los dos camilleros tendidos sobre él, que todavía llevaban colgadas del hombro las cuerdas para sujetar la camilla. El mismo proyectil había acabado con todos.»

Los soldados británicos en suelo belga no estaban del todo entre amigos. Ese aspecto de la guerra se menciona en la escueta entrada en el diario del soldado raso Edmund Herd, correspondiente al 30 de agosto: «Pillados civiles belgas haciendo señales a un avión alemán con un molino de viento. Sometidos a un consejo de guerra y fusilados. Llovió por la noche.» Al entrar en las trincheras alemanas después de un ataque, Herd se sorprendió al encontrar en ellas a civiles belgas, mujeres incluidas, que habían confraternizado con los alemanes. Tanto él como los demás soldados quedaron más sorprendidos todavía al ver que las trincheras alemanas estaban llenas de artículos que, sin duda, no existían en las suyas: vino, queso, café y cigarros. Hasta los prisioneros alemanes, destacó unos meses después, se encontraban «en un estado esplendoroso y llevaban buenos uniformes».

Entre bastidores, el movimiento antibelicista siguió haciendo campaña a favor del fin de la guerra. Del 5 al 11 de septiembre, se reunió en Zimmerwald, en Suiza, una Conferencia Socialista Internacional. Entre los delegados rusos figuraban el líder bolchevique Vladimir Lenin y el ex dirigente menchevique Leon Trotski. La conferencia hizo público un manifiesto que exigía la paz inmediata y, para alcanzar sus metas más revolucionarias, la guerra civil «entre clases» en toda Europa.

Las deliberaciones de Zimmerwald y el llamamiento a la paz coincidieron con una intensificación de la guerra en el aire. Durante un ataque aéreo alemán en Lunéville, el día de mercado, murieron cuarenta y ocho civiles y hubo cin-

cuenta heridos. La noche del 7 de septiembre, en plena Conferencia de Zimmerwald, un zepelín alemán comenzó un gran incendio en la ciudad de Londres. Murieron seis hombres, seis mujeres y seis niños y hubo treinta heridos. La noche siguiente, otro zepelín, que arrojó bombas en Holborn y Bloomsbury, alcanzó a dos autobuses y mató a veintidós personas. (Lenin había vivido en el exilio en el barrio de Clerkenwell, muy cerca de allí.) El día siguiente al ataque, según recordó el coronel Rawlinson, «ciudadanos de todas las clases, desde el alcalde para abajo, tomaron medidas para asegurar su participación en la manifestación general de descontento».

Los londinenses insistían en contar con un sistema de defensa antiaérea. Rawlinson fue enviado a París, donde el general Pellé, jefe del Estado Mayor General francés, acordó proporcionar de inmediato un auto-cañón francés de 75 milímetros, montado en un vehículo blindado. El arma llegó a Londres al cabo de dos días y se encargaron treinta más. Para alojar las nuevas unidades antiaéreas, el gran duque Miguel, tataranieto de Catalina la Grande, puso a disposición de Rawlinson la Caen Wood House, donde apenas un año antes se había celebrado un espléndido baile. Al final se establecieron barreras de fuego antiaéreo alrededor de toda la capital, de manera que se pudieran seguir los zepelines de una barrera a otra. Cada barrera tenía un nombre: los atacantes que procedían del norte cruzaban «Dickens», después «Potsdam», a continuación «Amatista» y después «Pot Luck» («Lo que venga»); los que venían del este pasaban primero por «Rompecabezas», a continuación la «Sota de Corazones» y después, «Zigzag».

Mientras los londinenses reaccionaron ante su segundo ataque aéreo exigiendo una defensa adecuada, en Zimmerwald los Socialistas Internacionales reclamaban la paz inmediata. Cinco días después de que acabara la Conferencia de Zimmerwald, Albert Einstein estaba en Suiza, visitando al pacifista francés Romain Rolland en Vevey. Einstein no tenía esperanzas de que la guerra acabara en seguida. «Las victorias sobre Rusia han revivido la arrogancia y el apetito de los alemanes», dijo a Rolland, quien apuntó en su diario: «Parece que "codicia" es la palabra que, según Einstein, mejor describe a los alemanes. Su empuje y la admiración y la fe que sienten por la fuerza, su firme determinación a conquistar y anexionar territorios se notan en todas partes.» Einstein añadió que el gobierno alemán era más moderado que el pueblo. «Habían querido evacuar Bélgica, pero no pudieron, porque los oficiales amenazaron con una revuelta. Los grandes bancos, industrias y empresas son todopoderosos y esperan una compensación por los sacrificios que han hecho.» En cuanto al káiser, no era «más que un instrumento» de las grandes empresas y los oficiales. «Es honesto,

débil y está desesperado frente a una guerra que nunca deseó y en la que se vio forzado a intervenir, por ser tan fácil de manipular.»

En el frente austríaco, ese mes de septiembre, los rusos habían conseguido invertir brevemente el patrón de derrotas, cuando el general Denikin, al mando de la 4.ª División de Brusilov, recuperó Lutsk, aunque se perdió diez días después. El 18 de septiembre, los rusos sufrieron un revés mucho más grave cuando las fuerzas alemanas entraron en Vilna, la ciudad más grande de la Lituania rusa, y tomaron prisioneros a veintidós mil soldados rusos. Dos semanas después, el Alto Mando Oriental alemán trasladó su cuartel general a la ciudad de Kaunas, donde en 1812 Napoleón había visto a sus tropas atravesar el río Niemen, en su marcha hacia Moscú.

Para Ludendorff, el traslado a Kaunas tuvo un carácter algo más que militar. En los años de preguerra, Alemania se había sentido agraviada cuando Rusia la excluyó de las regiones bálticas. Era el momento de restablecer el equilibrio. «Decidí reanudar en el territorio ocupado la labor de civilización que habían realizado los alemanes en esas tierras durante muchos siglos —escribió después Ludendorff—. La población, al estar compuesta de tal mezcla de razas, jamás ha producido una cultura propia y, por sí sola, sucumbiría a la dominación polaca.» Su idea era que, una vez ganada la guerra, Lituania y Kurland fueran gobernadas por un príncipe alemán y colonizadas por campesinos alemanes. Polonia, que siempre parecería el juguete de sus vecinos, se convertiría en «un estado más o menos independiente, bajo la soberanía alemana».

La germanización de las tierras orientales conquistadas comenzó de inmediato. Se nombró Intendente General al general Ernst von Eisenhart-Rothe, a cargo de la supervisión de seis departamentos administrativos, independientes del control del ejército, para organizar sistemas financieros, judiciales, agrícolas y de silvicultura en las zonas ocupadas. Lo primordial era que toda esa organización fuera de tipo germánico. Polacos, lituanos y letones vivían bajo la ley marcial. Tenían prohibida toda actividad política. No se permitían las concentraciones públicas. Los periódicos estaban censurados. Los tribunales estaban presididos por jueces alemanes. Todos los maestros tenían que ser alemanes y las clases se daban en alemán. Una solicitud polaca para establecer una universidad en Vilna fue rechazada por el propio Ludendorff.

En el mar, los submarinos alemanes siguieron provocando naufragios. El 19 de septiembre, cuando los disparos de los submarinos hundieron en el mar Egeo un buque británico para el transporte de tropas, el *Ramazan*, se ahogaron

trescientos once soldados indios; un mes después, se ahogaron ciento cuarenta soldados británicos cuando un submarino alemán torpedeó su barco para el transporte de tropas, el *Marquette*. Sin embargo, el mayor número de muertos en el mar que hubo ese otoño correspondió a los 672 marinos alemanes que iban a bordo del *Prinz Adalbert*, hundido por un submarino británico en el Báltico, del cual sólo hubo tres supervivientes. El 27 de septiembre, en el puerto italiano de Brindisi, unos saboteadores austríacos destruyeron el acorazado italiano *Benedetto Brin*, provocando la muerte de 456 marinos.

Detrás de las líneas, los alemanes fusilaron a cuatro ciudadanos franceses en Lille, el 22 de septiembre, por haber ayudado a prisioneros de guerra franceses a llegar hasta las líneas aliadas. En Rusia, el descontento en el ejército encontraba una válvula de escape en cualquier motivo de protesta que tuvieran. El 24 de septiembre, quinientos reservistas atacaron a la policía en una estación de ferrocarril en Petrogrado para protestar por la suspensión del Parlamento ruso, la Duma. Otras protestas se produjeron mucho más lejos de las líneas, en Rostov del Don y Astrakhan y, cinco días después, dos mil quinientos soldados convalecientes provocaron disturbios en Orsha. Hasta los heridos se manifestaban contra la guerra, a la cual, una vez curados, los hacían regresar.

En el frente, las noticias de los disturbios perdían interés. En la aldea de Chertovichi, en la Rusia Blanca, Florence Farmborough, la enfermera británica que acompañaba al ejército ruso, escribió en su diario el 25 de septiembre, refiriéndose a los días anteriores: «Las noticias que nos llegaron de Rusia no eran nada buenas; un viento malo nos trajo rumores de disturbios internos. Decían que empezaba a escasear el pan; en algunos sitios, el hambre ya amenazaba con apoderarse de las masas. Los miles de refugiados que entraban en tropel en ciudades y pueblos venían seguidos de pestilencia y delincuencia.»

Capítulo XI

CONTINÚA EL FRACASO DE LA ENTENTE
De septiembre a diciembre de 1915

La ofensiva aliada en el frente occidental, cuyo objeto era aliviar la penuria militar de Rusia en el frente oriental, comenzó el 25 de septiembre de 1915, dos semanas después de la finalización de la Conferencia de Zimmerwald, que solicitaba el fin inmediato de la guerra. No se podían pasar por alto las necesidades de un aliado en peligro: la derrota de Rusia permitiría a los alemanes transferir gran cantidad de fuerzas desde el este para combatir contra Gran Bretaña y Francia.

Se lanzó la ofensiva en dos regiones distintas. Los franceses atacaron las líneas de trincheras alemanas en Champaña; los británicos, en Loos. Eran las ofensivas acordadas por los dirigentes británicos y franceses en las conferencias anglofrancesas de Calais y Chantilly, celebradas en julio. En Champaña, los franceses abrieron una hendidura de poco más de tres kilómetros en la línea alemana, a lo largo de un frente de veinticuatro kilómetros, y tomaron mil ochocientos prisioneros alemanes. De la captura del punto de resistencia alemán de La Courtine se informó con especial entusiasmo en París, ya que lo profundo e intrincado de sus trincheras de comunicación y túneles subterráneos era notable.

También en Champaña, mientras esperaba la orden de avanzar, un voluntario estadounidense de la Legión Extranjera francesa, el poeta Alan Seeger, escribió a su familia con entusiasmo el 25 de septiembre: «Espero marchar hasta el mismo Aisne, impulsado por un brío irresistible. Será el momento más importante de mi vida.» Otro voluntario estadounidense, Edmond Gênet, de diecinueve años (tataranieto del ciudadano Gênet que había sido enviado a América en 1792 por la Francia revolucionaria, en calidad de representante, y se había instalado en el estado de Nueva York), también escribió a su casa ese día y contó a sus padres acerca de los prisioneros de guerra alemanes que vio en el camino hacia el frente: «Algunos de ellos, muchachos de entre dieciséis y veinte

años apenas, se encontraban en un estado espantoso. Sangrando, con la ropa hecha jirones, con heridas de bala, proyectil y bayoneta, daba pena verlos. Muchos sollozaban con los brazos en torno al cuello de algún camarada.» Más cerca de la línea del frente, Gênet vio a «un pobre tío que debió de haber quedado totalmente ciego, porque fue directo a la alambrada de espinos y desengancharse le resultó muy difícil y doloroso».

Gênet y quinientos legionarios más entraron en acción el 28 de septiembre, en la batalla por un punto de resistencia alemán conocido como la granja Navarin, al este de Reims, donde murieron o resultaron heridos más de trescientos. Gênet y Seeger sobrevivieron. Entre los caídos figuraba Henry Weston Farnsworth, licenciado en Harvard, clase de 1912, que salió de la universidad directo a la primera guerra de los Balcanes como corresponsal de un periódico y que, cuando estalló la guerra en Europa, se apresuró a sumarse a ella. Se incorporó a la Legión Extranjera, cuya diversidad de personajes le encantaba, y escribió a sus padres acerca de un «un estudiante de Fiyi en Oxford, negro como la tinta», «un danés que medía más de un metro ochenta», «otro danés, muy menudo y joven», «un carpintero suizo, nacido y criado en los Alpes que, cuando le dan medio litro de vino de la cantina, se pone a cantar mucho mejor que la mayoría de las estrellas de la ópera cómica» y «el brigadier Mussorgsky, descendiente del compositor». La mayoría de los que murieron ese 28 de septiembre han caído en el olvido. A Farnsworth se lo recuerda, porque se conservan las cartas que escribió a sus padres.[1]

Uno de los legionarios que sufrieron heridas graves en la granja Navarin fue John Elkington, el oficial británico que había sido sometido a un consejo de guerra y expulsado del ejército británico por su «documento de rendición», un año antes. Por su valor en la acción, el ejército francés le concedió la *Médaille Militaire* y la *Croix de Guerre*. Cuando se enteraron en Londres de esa concesión, le devolvieron el grado de oficial, por iniciativa personal del rey Jorge V.

Mientras los franceses atacaban en Champaña, los británicos lo hicieron en Loos. El bombardeo inicial tuvo lugar a lo largo de un frente de diez kilómetros de largo. Era la primera vez que los británicos utilizaban gas tóxico: arrojaron ciento cincuenta toneladas de cloro sobre la tierra de nadie, procedentes de 5.243 cilindros. Como consecuencia directa del gas murieron seiscientos soldados alemanes. Las tropas británicas avanzaron en un punto más de tres mil seiscientos metros. El ataque de un batallón fue encabezado por unos hombres que atravesaron la tierra de nadie haciendo regates con una pelota de fútbol.

En el sector de la línea defendido por la 15.ª División (Escocesa), el gas británico no llegó a entrar en las trincheras alemanas. Como los hombres no se decidían a adelantarse y atravesar su propia nube de gas, el gaitero Peter Laidlaw concentró a los hombres de su batallón yendo de un lado a otro del parapeto británico a grandes zancadas, tocando con la gaita *Scotland the Brave*, sin hacer caso ni de los gases que lo rodeaban ni del fuego de las ametralladoras alemanas. Aunque lo hirieron, siguió tocando. Los escoceses avanzaron e invadieron las dos primeras líneas de las trincheras alemanas. A Laidlaw le concedieron la Cruz de la Victoria.

Frank Cousins, uno de los hombres de la Compañía Especial que arrojó el gas ese día, escribió en su diario: «Un pobre chaval se desmayó en el parapeto y después salió. Llegó un chaval con una vena perforada y se la torniqueteamos *(sic)*.[2] Seguía allí a las dos y también quiso volver a salir. A continuación llegó un tío gaseado. Después vino un hombre con un tiro en el estómago que se fue desangrando poco a poco. Después llegó otro con una pierna destrozada. A todos los ayudamos. Un oficial de la Guardia Negra llegó con la pierna hecha añicos. Lo hicimos pasar por nuestra trinchera y comentó lo típico: "¡Qué follón hay en esta trinchera!" Tuvimos trabajo en las trincheras hasta las once y media de la noche. Entonces salí y atendí a los que estaban entre las dos trincheras, tratando de que los hombres estuvieran cómodos y dándoles agua.»

Otro de los que se encargaron de lanzar el gas fue Donald Grantham, que se encontró, al igual que Cousins, atendiendo a los heridos. Garside, Harris y Aldridge pertenecían a una brigada especial que se encargaba de los cilindros y los tubos de gas. Escribió en su diario: «Escuché a un hombre gaseado y encontré a Garside inconsciente, lo traje y lo metí en un refugio subterráneo cercano. [...] Después me metí en una trinchera de tiro, donde encontré a Harris muerto, con un agujero de bala que le atravesaba limpiamente la cabeza. Ayudé a arrastrarlo al refugio subterráneo. Eran como las nueve y no conseguí lavarme su sangre de las manos hasta más de diez horas después. Hice unos cuantos vendajes y ayudé a transportar a los heridos. Llevé fuera a un hombre con el pie herido y llevé a otro una parte del camino. Ayudé a otros. Regresé a nuestro refugio subterráneo, después salí y traje a Aldridge (muy mal por los efectos del gas) de la trinchera de fuego y lo llevé al dispensario.»

La cifra de muertos en Loos fue superior a la de cualquier batalla anterior. El 25 de septiembre, la «Lista de honor» que publicó *The Times* ocupaba cuatro columnas.[3] Los soldados hacían grandes esfuerzos para animarse. Harold Macmillan, futuro primer ministro británico, que llegó hasta la línea del frente de Loos con su regimiento al día siguiente, escribió a su madre: «No dejaba de

pasar a nuestro lado una fila de ambulancias que venían de la línea de combate. Algunos heridos estaban muy animados. Vi a uno de ellos sentado, con el casco de un oficial alemán en la mano. "Corren", gritó.» El regimiento de Macmillan estuvo esperando tres horas, cantando «casi sin cesar *ragtime* y canciones de *music hall*, canciones de amor sentimentales, de todo. Realmente fue maravilloso».

Al día siguiente, 27 de septiembre, el regimiento de Macmillan entró en acción. El oficial al mando fue gaseado y tanto el número dos como su asistente murieron. El propio Macmillan recibió una herida leve en la cabeza y un disparo en la mano derecha.[4] Había sido «más el susto que la herida», escribió a su madre desde el hospital, pero había sido «bastante horrible; le habían dado a la mayoría de nuestros oficiales». Las palabras «bastante horrible» ocultaban un profundo sufrimiento.

Abriéndose paso a través de Loos hasta la carretera de Lens a La Bassée, el segundo día de la batalla, las tropas británicas cruzaron la carretera en dos puntos: frente a Hulluch y frente al *Bois* Hugo. Su superioridad numérica era considerable, pero en los dos sitios tenían enfrente varias docenas de ametralladoras alemanas. «Se podían distinguir con toda claridad diez columnas de líneas extendidas», según el diario del regimiento alemán de los hombres que defendían Hulluch. Se calculaba que cada columna que avanzaba estaba formada por más de mil hombres, «que ofrecían un blanco como no se había visto nunca, ni se había considerado posible. Los ametralladores nunca habían hecho un trabajo tan sencillo ni lo habían hecho tan bien. Atravesaban las líneas del enemigo de un lado al otro sin cesar». Habían pasado cinco meses desde que Haig había dicho al Consejo de Guerra británico: «La ametralladora es un arma que se ha sobrevalorado demasiado y dos por batallón son más que suficientes.» Una vez más quedó demostrado que estaba totalmente equivocado. La versión del regimiento alemán continuaba: «Los hombres estaban de pie en los escalones a los que se subían para disparar, algunos incluso sobre el parapeto, y disparaban triunfalmente a la masa humana que avanzaba a través de la pradera. Como todo el campo de fuego estaba cubierto por la infantería enemiga, el efecto fue devastador y se podía ver, literalmente, cómo caían a centenares.»

Más al sur, a medida que las tropas británicas se acercaban al *Bois* Hugo, tenía lugar una matanza similar. Una vez más, el diario del regimiento alemán presentaba una visión cruda, al describir cómo «las masas apretadas del enemigo, línea tras línea, aparecían sobre la cima, algunos de los oficiales incluso montados a caballo y avanzando como si estuvieran de maniobras en tiempos de paz. Nuestra artillería y nuestras ametralladoras acribillaban sus filas a medida que

iban saliendo. Mientras atravesaban el frente septentrional del *Bois* Hugo, las ametralladoras les daban en el flanco y batallones enteros quedaban aniquilados».

Centenares de hombres han dejado descripciones de la batalla de Loos, algunos en cartas, otros en sus recuerdos. Catorce años después, Robert Graves, que apenas tenía veinte años cuando se produjo la batalla, presentó su versión, en el libro *Adiós a todo eso,* de un episodio y de la historia de un oficial: «Después de que su pelotón recorriera unos dieciocho metros a todo correr, les hizo señas de que se echaran al suelo y abrieran fuego de protección. El estruendo fue tremendo. Vio el pelotón que estaba a la izquierda, que también se echaba al suelo, de modo que volvió a silbar para que avanzaran, pero nadie pareció escuchar. Salió de su cráter, agitó los brazos e hizo señas de avanzar, pero nadie se movió. Entonces gritó: "Malditos cobardes, ¿me vais a dejar que vaya yo solo?" El sargento del pelotón, gimiendo porque tenía roto el hombro, dijo entrecortadamente: "Cobardes, no, señor. Ya quisieran ellos. Pero están todos muertos, carajo." Los había alcanzado el fuego transversal de las ametralladoras situadas en Pope's Nose cuando se levantaron al oír el silbido.»[5]

Tan consternados quedaron los alemanes por el efecto de sus ametralladoras que llamaron a la batalla el «campo de cadáveres de Loos» *(der Leichenfeld von Loos).* Cerca del *Bois* Hugo, después de que fracasara el quinto intento británico de pasar junto al bosque y cuando los heridos comenzaron a regresar a las líneas británicas, el diario de un regimiento alemán comentaba: «No se volvió a disparar contra ellos desde las trincheras alemanas durante el resto del día, tan intensa era la sensación de compasión y misericordia hacia el enemigo, después de semejante victoria.»

Después de ese quinto intento de pasar junto al *Bois* Hugo, se suspendió el ataque. Uno de los oficiales que se dieron por «desaparecidos» tras haber sido pillados por el fuego de las ametralladoras y la artillería alemanas procedente del bosque, fue el subteniente John Kipling, único hijo de Rudyard Kipling. Unos años después, un soldado que había sido testigo del ataque dijo a Rudyard Kipling: «Los soldados alemanes se lucieron en Loos, cargándose a inocentes como nosotros, que nos metimos en ésa sin saber la que nos esperaba, y ellos nos recibieron con ametralladoras. Eso fue lo que ocurrió ese día.» Después de la guerra, Rupert Grayson, que había sido herido en la mano por la misma esquirla que mató a John Kipling, llegó a ser casi un hijo para el escritor y un escritor prolífico a su vez. Murió en abril de 1991, a la edad de noventa y tres años.

Nunca se encontró el cuerpo de John Kipling. El oficial que se adelantó

con él, el subteniente Clifford, también recibió un disparo que, o bien lo mató en el acto o lo dejó fatalmente herido. Más tarde encontraron su cadáver. El capitán Cuthbert, que dirigía el destacamento, también murió ese día. Jamás encontraron su cuerpo. También murieron veintisiete hombres que estaban a sus órdenes.[6] Escribió Rudyard Kipling acerca de la muerte de su hijo y de la muerte de tantos hijos:

That flesh we had nursed from the first in all cleanness was given...
To be blanched or gay-painted by fumes —to be cindered by fires—
To be senselessly tossed and retossed in stale mutilation
From crater to crater. For this we shall take expiation.
But who shall return us our children?[7]

Para desahogar su rabia, otro de los jóvenes oficiales que combatió en Loos, Roland Leighton, escribió a su prometida, Vera Brittain: «Que aquel que piense que la guerra es algo glorioso, dorado, que adore pronunciar conmovedoras palabras de exhortación, invocando el honor y el elogio y el valor y el amor a la patria con una fe tan irreflexiva y apasionada como la que inspira a los sacerdotes de Baal a invocar a su propia deidad somnolienta, eche tan sólo una mirada a una pequeña pila de harapos grises empapados que cubren media calavera y una tibia y lo que podrían haber sido sus costillas, o a ese esqueleto que yace a su lado, medio agachado, como cayó, perfecto, salvo que no tiene cabeza, cubierto todavía por la ropa hecha jirones; ¡y que se dé cuenta de lo magnífico y lo glorioso que es haber destilado toda la juventud y la alegría y la vida para convertirla en una pila fétida de putrefacción!» Leighton preguntaba a continuación: «¿Quién de los que ha sabido y ha visto puede decir que la victoria bien vale la muerte de uno siquiera de ellos?»

Para los franceses, se declaró que la ofensiva de Champaña había sido un éxito y Joffre anunció, al finalizar, que habían capturado veinticinco mil soldados alemanes, además de ciento cincuenta cañones pesados. Para los británicos, Loos fue un contratiempo que provocó mucha reflexión y angustia. De los casi diez mil soldados británicos que atacaron en Loos, 385 oficiales y 7.861 soldados murieron o resultaron heridos. Para el general Haking, que la tarde del segundo día preguntó a los supervivientes: «¿Qué ha salido mal?», la historia oficial dejó constancia de las respuesta de los hombres: «No sabíamos cómo era. Lo haremos mejor la próxima vez.» Pero los ánimos estaban cambiando: en la Cámara de los Lores, bastión de decoro y patriotismo, las batallas de Neuve Chapelle y Loos se describían como «derrotas». El 8 de octubre, tras una visita

al cuartel general de sir John French, Haig apuntó en su diario: «Algunos de los heridos han vuelto y han dicho que les habían encomendado tareas imposibles y que no les habían dado de comer.»

Durante y después de la batalla de Loos, el capitán W. Johnson, que prestaba servicio con una ambulancia de campaña, observó un fenómeno que no se había visto demasiado en el campo de batalla desde la retirada de Mons. Muchos de los miembros más jóvenes de los Nuevos Ejércitos de Kitchener, los voluntarios de dieciocho y diecinueve años, eran pacientes que le enviaban desde la línea del frente, con lo que la historia médica oficial de la guerra describe como «claras manifestaciones histéricas (mutismo y temblores)».

En el frente oriental, la huida hacia el este de refugiados desde la zona de guerra siguió contribuyendo al caos y las dificultades detrás de las líneas. Cuando llegó a la estación de Brest-Litovsk, el 5 de octubre, de regreso a Moscú, Florence Farmborough anotó en su diario: «Todo era desorden y confusión. Hacía poco que la ciudad había sido atacada por un zepelín alemán y cerca de la estación dos o tres casas habían quedado totalmente destruidas, mientras que en la ciudad propiamente dicha las bombas incendiarias habían provocado un caos considerable.»

El 10 de octubre, el poeta alemán Rilke escribió en una carta privada desde Munich: «¿Es que nadie puede evitarlo e impedirlo?» Pero en una casa de inquilinato en la Suiza neutral, la guerra ofrecía la perspectiva de triunfos futuros. «Las noticias que llegan de Rusia dan fe del creciente clima revolucionario», fue el comentario de Lenin en una carta privada, el día en que Rilke se cuestionaba.

Ese mes de septiembre, un enérgico oficial naval, el comodoro Roger Keyes, jefe del Estado Mayor de la Marina en los Dardanelos, presentó un nuevo plan para entrar en el estrecho sólo con barcos, pero el almirante lo descartó. Dieciséis años después, Churchill comentaba con amargura: «Me maravillaban mucho, en esos días aciagos, el sistema de valores y el sentido de la proporción que prevalecían entre nuestros políticos y nuestras autoridades navales y militares. Los generales confiaban tanto en romper la línea en Francia que reunían gran cantidad de fuerzas de caballería detrás de las tropas de ataque para que entraran por las inmensas brechas que esperaban abrir en el frente enemigo. Sacrificar un cuarto de millón de hombres en un asunto así les parecía la máxima sabiduría militar. Era la doctrina ortodoxa de la guerra; aunque no tuviera éxito, no se habría cometido ningún error ni se habría incumplido ninguna norma.

Pero perder una centésima parte de esa cantidad de marinos y una docena de viejos barcos, que de todos modos se retirarían al cabo de unos meses, a cambio de la posibilidad de conseguir un premio inestimable, era un riesgo que dejaba consternado hasta al más audaz de los veteranos uniformados. El Almirantazgo y los generales tenían su propio método. La flota permaneció ociosa en los Dardanelos. Los ejércitos se hicieron añicos contra la defensa alemana en Francia. Los búlgaros aportaron un ejército de trescientos mil hombres que se sumó a nuestros enemigos y Serbia dejó de ser un factor en la guerra.»

En Mesopotamia, los británicos habían seguido avanzando a lo largo del Tigris y se lanzó un ataque contra Kut el 26 de septiembre, cuando la batalla de Loos y la de Champaña estaban en su apogeo. Tomaron Kut, aunque no sin ciertas alarmas, cuando las tropas indias parecieron renuentes a asaltar las líneas de trincheras turcas y con las dificultades provocadas por una sed tan intensa que incapacitaba a los hombres. Había otro motivo de temor: la primera noche de la batalla, unos árabes que merodeaban por allí asaltaron a los heridos que no pudieron ser hallados en la intensa oscuridad de la noche, los mutilaron y los asesinaron. Sin embargo, el período posterior a la captura de Kut parecía esperanzador, ya que todavía no veían a los turcos como un enemigo formidable. Entre las armas capturadas a los turcos había un cañón persa de tiempos de Napoleón, fechado en 1802. Los británicos se habían alejado seiscientos kilómetros del mar. El camino parecía despejado para reanudar el avance en noviembre, pasando por Ctesiphon, donde, según los informes, se habían atrincherado los turcos, hasta llegar a Bagdad, a apenas treinta y cinco kilómetros de distancia.

Detrás de las líneas, en Europa, el castigo para los que ayudaban al bando contrario era permanente. En la Bruselas ocupada por los alemanes, la mañana del 12 de octubre, después de ser sometida a un consejo de guerra, Edith Cavell, la enfermera británica de cuarenta y nueve años, era conducida a su ejecución por haber ayudado a prisioneros de guerra británicos y franceses y a los belgas que querían colaborar con los aliados a huir a la neutral Holanda. En el lugar de su ejecución, iban a fusilar al mismo tiempo a un belga, Philippe Baucq. Ella pidió a los guardias unos alfileres grandes y se los dieron. Con ellos se sujetó bien la larga falda en torno a los tobillos, para que no se le subiera después de muerta. La alcanzaron cuatro balas, una de las cuales le perforó el corazón y la mató en el acto.

Durante el juicio, Edith Cavell se había reconocido culpable de lo que la acusaban. Las protestas de los diplomáticos estadounidenses en Bruselas, que defendían los intereses británicos, no sirvieron de nada, a pesar de que Hugh Gibson

pidió al jefe del Departamento Político alemán en Bélgica, el barón Von der Lancken, que telefoneara al káiser y pidiera su intervención directa. Se había dictado sentencia, dijo Lancken, «y ni siquiera el emperador podía intervenir». Cuando más adelante se dio a conocer tan rotunda declaración, se cree que el káiser se sintió muy contrariado.

La noche anterior a su ejecución, Edith Cavell dijo al capellán de la delegación estadounidense, el reverendo Horace Gahan: «Todos han sido muy amables conmigo aquí, pero debo decir, ahora que me encuentro a la vista de Dios y de la eternidad, que me doy cuenta de que el patriotismo no es suficiente. No debo sentir odio ni resentimiento hacia nadie.» A pesar de ese sentimiento cristiano, su ejecución provocó un recrudecimiento del sentimiento antialemán en Gran Bretaña y Estados Unidos, inflamado por la amplia difusión de una versión falsa, según la cual ella se desmayó mientras se dirigía al lugar de la ejecución y el oficial a cargo del pelotón de fusilamiento le disparó cuando estaba tendida en el suelo. Ese episodio imaginario se presentó en el *New York Tribune* mediante un dibujo del cuerpo de Edith Cavell, abatido y sangrando, tumbado de espaldas, mientras un oficial alemán, muy alto y con un casco con pinchos, de pie junto a ella, sujetaba un enorme revólver humeante. Al pie de la ilustración ponía: *Gott mit uns* («Dios está con nosotros»).

En Flandes continuaba la batalla de Loos. Entre los que murieron el 13 de octubre, en un ataque al Reducto de los Hohenzollern, cabe mencionar a Charles Sorley, un poeta de veinte años, que había escrito, poco antes de su muerte:

Earth that blossomed and was glad
'Neath the cross that Christ had,
Shall rejoice and blossom too
When the bullet reaches you.
Wherefore, men marching
On the road to death, sing!
Pour gladness on earth's head,
So be merry, so be dead.

On marching men, on
To the gates of death with song.
Sow your gladness for earth's reaping,
So you may be glad through sleeping.
Strew your gladness on earth's bed,
So be merry, so be dead.[8]

El cadáver de Sorley no se encontró nunca. Su nombre está tallado en piedra en el monumento a los desaparecidos de Loos. Un poema que se encontró en su petate después de su muerte hablaba de los «millones de muertos mudos» y advertía a los que decían que recordarían:

... scanning all the o'ercrowded mass, should you
Perceive one face that you loved heretofore,
It is a spook. None wears the face you knew.
Great death has made all his for evermore.[9]

La noche que murió Charles Sorley en Loos, los alemanes realizaron el ataque aéreo más intenso de la guerra sobre Gran Bretaña, en el cual participaron cinco zepelines, que arrojaron 189 bombas sobre Londres y los condados de los alrededores. Murieron setenta y un civiles.

Ese mes, murió en el frente de Champaña el poeta francés Auguste Compagnon. En el frente oriental, el poeta Oskar Kokoschka fue uno de los soldados austríacos heridos en combate y, a partir de ese momento, prácticamente volvió a la vida civil. «Mis heridas resultaron más decorativas que letales —escribió a un amigo el subteniente de veintinueve años—. Una bala en la cabeza y un agujero en el pecho. Mi compromiso disuelto, mi estudio resuelto y una gran medalla de plata a cambio. ¡¡¡Estoy retirado!!!» El paquete de alimentos que contenía, como él había pedido, las comodidades que más deseaba durante la campaña, llegó después de que lo hirieran y fue devuelto a Viena. Él lo siguió al poco tiempo.

Rusia, Gran Bretaña, Francia e Italia sufrieron contratiempos ese otoño. En el frente del Isonzo, una epidemia de cólera obligó a los comandantes italianos a aislar unidades enteras. La fiebre paratifoidea también fue un peligro, que afectó, entre otros, al soldado raso Benito Mussolini, el editor socialista que recibió con agrado la entrada de Italia en la guerra y tuvo un hijo, que nació ese otoño, mientras su padre estaba en las trincheras, al que bautizó con el nombre de Vittorio Alessandro, como homenaje simultáneo a la futura victoria y a un capitán de la marina inglesa que hacía poco se había destacado por su valor. «La lluvia y los piojos son los dos enemigos del soldado italiano —escribió Mussolini en su diario—. El cañón viene después.» Sus propias trincheras estaban a más de mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, en lo alto del monte Nero. «No tomamos fortalezas por la fuerza —apuntó—; debemos tomar las monta-

ñas.» Pero los austríacos defendían esas montañas con toda su capacidad defensiva.

La falta de éxito de la Entente siguió contrastando con los éxitos de las potencias centrales. El 5 de octubre, un enorme bombardeo de artillería, que incluía ciento setenta cañones pesados y cuatrocientos veinte morteros pesados, fue el preludio de la invasión austrogermana de Serbia. Finalmente, y a pesar de los contratiempos del otoño de 1914, iban a vengar el asesinato de Francisco Fernando y la venganza sería terrible. Ese mismo día, trece mil soldados franceses y británicos desembarcaron en Salónica con la intención de dirigirse rápidamente hacia el norte, en defensa de Serbia. Entre las fuerzas que enfrentaron a los austríacos y los alemanes cuando cruzaron el Danubio para atacar Belgrado había cuatro cañones navales anglofranceses. Pero las fuerzas austrogermanas aplastaron cualquier oposición. Los serbios, debilitados por una epidemia de tifus, evacuaron su capital el 9 de octubre. Ese mismo día los austríacos invadieron Montenegro, aliada y vecina de Serbia. Bulgaria, ansiosa por anexionar la región de Macedonia, en el sur de Serbia, atacó a los serbios dos días después. Las potencias centrales habían conseguido un nuevo socio.

La Entente corrió a defender a Serbia, del mismo modo que, en 1941, Gran Bretaña correría a defender a Yugoslavia. El 14 de octubre, cuando las primeras unidades francesas llegaron a la frontera grecoserbia, desembarcaron en Salónica dieciocho mil soldados franceses más. Pero la terrible experiencia del frente occidental seguía dominando el pensamiento francés. El 19 de octubre murieron en Champaña ochocientos quince soldados franceses y más de cuatro mil resultaron heridos de gravedad cuando los alemanes utilizaron una mezcla de cloro y fosgeno en un ataque con gas a lo largo de un frente de dieciséis kilómetros.[10] También para los italianos, el avance austrogermanobúlgaro en Serbia quedó totalmente eclipsado, el 18 de octubre, por el comienzo de la tercera batalla del Isonzo. A pesar de la superioridad numérica de las fuerzas italianas, que contaban con diecinueve divisiones frente a once, y con 1.250 cañones, frente a 604, no consiguieron capturar los dos objetivos: el monte Sabotino y el monte San Michele.

El 21 de octubre, los búlgaros, que habían puesto sus miras en la anexión de la Macedonia serbia, invadieron la ciudad macedonia de Skopje. Los primeros disparos de los franceses en el frente de Salónica fueron contra las tropas búlgaras, cuando rechazaron un ataque búlgaro a la estación de ferrocarril de Strumica, a treinta y dos kilómetros de la frontera búlgara. Se había inaugurado una nueva zona bélica, la duodécima en ese momento de la guerra[11], situada en una re-

gión con escasas carreteras, montañas escarpadas, desfiladeros estrechos y rápidos torrentes. Cuando las tropas francesas, que continuaron hacia el norte desde Negotin, se acercaron al río Vardar, de camino hacia Veles, pusieron rumbo al puente de carretera que figuraba en el mapa, pero al llegar a él descubrieron que había sido destruido en la primera guerra de los Balcanes.

Para uno de los principales combatientes, el general austríaco Conrad, el rápido éxito de ese nuevo ataque a Serbia hizo albergar esperanzas de que, una vez derrotada ésta, de alguna manera podría ser posible llegar a un acuerdo de paz con Rusia y finalizar la guerra, dejando intacta la misma estructura de Europa. Así lo expresó en un memorándum que envió a Francisco José el 22 de octubre, a pesar de lo cual habrían de transcurrir exactamente tres años antes de que llegara la paz y, con ella, la total desintegración del imperio de los Habsburgo. La inminencia de la victoria era una época para vanagloriarse y avanzar, no para reflexionar y asumir compromisos. En Potsdam, el 22 de octubre, en una reunión con el embajador estadounidense, James W. Gerard, el káiser habló con enfado de la ayuda financiera que Estados Unidos brindaba a Gran Bretaña y a Francia y protestó porque «una cantidad de submarinos» construidos en Estados Unidos hubiesen sido escoltados hasta Gran Bretaña por barcos de la armada estadounidense. «A Estados Unidos le conviene tener cuidado después de esta guerra —advirtió al embajador—, porque entonces no le toleraré ninguna tontería.» Sin embargo, fue prudente y se distanció del hundimiento del *Lusitania*, diciendo a Gerard que él «no habría permitido» que el barco fuese torpedeado, de haberlo sabido, y que «ningún caballero mataría a tantas mujeres y niños».

En las zonas de guerra, el sufrimiento y la privación eran evidentes por todas partes. Antes del 24 de octubre, los búlgaros habían abierto una brecha entre las fuerzas serbias y los franceses que intentaban acudir en su ayuda. Tres días después, las fuerzas alemanas entraron en Knjazevac y tomaron prisioneros a mil cuatrocientos soldados serbios. Mientras las fuerzas alemanas, austríacas y búlgaras invadían Serbia, dos zonas de guerra de la Entente recibían el azote del barro y la lluvia. En la península de Gallípoli, las tropas que se apiñaban en trincheras atestadas, húmedas y constantemente bombardeadas, no tenían ninguna posibilidad de expulsar a los turcos de las tierras altas. En el frente del Isonzo y en el de los Alpes Dolomitas, las fuerzas italianas que seguían combatiendo por los picos fueron ahuyentadas varias veces u obtuvieron las mínimas ganancias a cambio de los máximos costes.

Al finalizar la tercera batalla del Isonzo, el día 4 de noviembre, habían muerto

más de veinte mil soldados italianos y otros sesenta mil habían resultado heridos. En los Alpes Dolomitas, los italianos tuvieron ocasión de regocijarse, el 30 de octubre, cuando un nieto de Garibaldi, el general Peppino Garibaldi, capturó la aldea de montaña de Panettone. No obstante, aunque el 7 de noviembre sus fuerzas capturaron el paso montañoso del Col di Lana, a 1.420 metros de altura, las ahuyentaron dos noches después.[12]

En el frente occidental, en Champaña, las tropas alemanas, muchas de las cuales acababan de regresar del frente ruso, expulsaron a los franceses de La Courtine, que había sido capturada un mes antes con tantas aclamaciones. También expulsaron a los franceses de un sector de ochocientos metros de sus trincheras de la línea del frente, al norte de Massiges, el 4 de noviembre, mataron a la mayoría de sus ocupantes y tomaron veinticinco prisioneros. No obstante, en un contraataque francés, sobre todo con granadas, los alemanes se vieron obligados a retroceder.[13]

Los combates en Champaña fueron intensos; en la región de La Courtine y Massiges, en un radio de apenas ocho kilómetros, quedaron totalmente destruidas cinco aldeas: Hurlus, Perthes-les-Hurlus, Le Mesnil-les-Hurlus, Tahure y Ripont. Dieciséis kilómetros más al oeste, después de la granja Navarin, hay otras dos aldeas en ruinas: Moronvilliers y Nauroy. En los mapas Michelin actuales, esas reliquias octogenarias de la devastación de la zona de guerra aparecen con el símbolo de «ruinas».

Donde peor le iba a la Entente era en el frente oriental, ya que toda la Polonia rusa había caído en poder de los alemanes. La cifra de soldados rusos que habían caído prisioneros de guerra en los doce meses del conflicto ascendía a 1.740.000. En Helsinki, los marinos rusos del acorazado *Gangut* y el crucero *Rurik* protestaron por la mala alimentación y la severidad de sus oficiales. Arrestaron a cincuenta. El ministro de Finanzas ruso, Peter Bark, se apresuró a ir a Francia (viajó por mar desde Archangelsk, pasando por Gran Bretaña) para tratar de conseguir una ampliación de los créditos financieros para reforzar las capacidades bélicas rusas. Habían pedido un millón de libras esterlinas en la segunda semana de la guerra. Esa suma había alcanzado los cincuenta millones de libras y se habían prometido otros cien millones. Bark quería más, incluso, pero el presidente Poincaré no se mostró demasiado solícito. «Podría recordar al señor Bark —se leía en el protocolo de su conversación— que ni el texto ni el espíritu de nuestra alianza nos inducían a prever que Rusia nos pediría alguna vez que le diéramos crédito.» Bark puso en juego su baza, que no eran ni las reservas de oro ni la garantía de las materias primas, sino el riesgo de que Rusia no

pudiera seguir combatiendo sin la asistencia económica de Francia. Poincaré cedió. La perspectiva de que el ejército alemán y el austríaco quedaran libres para marchar contra el oeste era un argumento abrumador. Rusia se mantuvo en la guerra y su deuda siguió creciendo día tras día.

Gracias a los nuevos créditos, Rusia pudo importar materiales bélicos a mayor escala, incluso de Japón, que había sido su enemigo una década antes. Entraron gran cantidad de artículos a través del puerto ruso de Archangelsk y a continuación por vía férrea, recorriendo grandes distancias. Al cabo de un año, Rusia debía a Gran Bretaña 757 millones de libras esterlinas y a Estados Unidos, 37 millones. Entre los productos británicos que llegaron a Rusia en virtud de ese sistema de crédito cabe mencionar veintisiete mil ametralladoras, un millón de fusiles, ocho millones de granadas, dos mil quinientos millones de balas, trescientos aviones y seiscientos cincuenta motores para aviones. Entre las necesidades rusas figuraba el alambre de espinos. Al estallar la guerra, disponía de una reserva de apenas algo más de trece mil toneladas. Al año siguiente, fabricó dieciocho mil toneladas más, pero, ese mismo año, se habían comprado sesenta y nueve mil toneladas en el extranjero y se habían llevado hasta Archangelsk. El problema, como ocurría con todo el material bélico que llegaba hasta ese puerto remoto del norte, era transportarlo hasta Petrogrado y después hasta el frente. Cuando el coronel Knox pasó por Archangelsk, ese octubre, encontró «una enorme acumulación de productos en el puerto: cobre, plomo y aluminio, caucho y carbón, y nada menos que setecientos automóviles embalados en cajas de madera. Gran parte de ese material estaba al aire libre». Sólo ciento setenta vagones de ferrocarril podían salir del puerto cada día. Una empresa británica estaba trabajando para mejorar la línea férrea.

Para tratar de incrementar su capacidad para transportar hasta el frente el material bélico occidental, los rusos también estaban intentando comunicar el puerto de Murmansk con Petrogrado. De las provincias situadas a orillas del Volga llevaron a más de treinta mil obreros rusos, con contratos de seis meses, a trabajar en esa región fría e inhóspita, y cinco mil desde Finlandia. Pero no fue suficiente, ya que centenares y a continuación miles desertaron y casi nadie quería renovar su contrato. Al final recurrieron a prisioneros de guerra alemanes y austríacos, de los cuales quince mil se llevaron al ferrocarril, al igual que diez mil obreros chinos. Tardaron un año y medio en acabar la línea férrea, pero incluso entonces su capacidad de transporte fue evolucionando lentamente.

En Gallípoli, los estragos diarios de los fuertes vientos y la enfermedad habían mermado sustancialmente la capacidad de combate de las fuerzas aliadas.

Hasta trescientos hombres se evacuaban todos los días, enfermos. La escasez de municiones limitaba el fuego de artillería a dos cañonazos por día. Enviaron a un nuevo comandante británico, sir Charles Monro, para salvar la situación. Cuando acababa de llegar, recibió, el 28 de octubre, un telegrama de Kitchener con un mensaje de lo más brusco: «Envíeme lo antes posible su informe sobre la cuestión fundamental en los Dardanelos, es decir, marcharse o quedarse.» Monro en seguida preguntó su opinión a cada uno de sus comandantes, en Helles, Anzac y Suvla, acerca de la posibilidad de emprender una nueva ofensiva contra las posiciones turcas. La respuesta fue unánime: sus hombres no podían mantener la batalla durante más de veinticuatro horas.

El 31 de octubre, Monro respondió al telegrama de Kitchener recomendando la retirada. Contaba con el apoyo del general Byng, comandante en Suvla, que escribió: «Considero recomendable la evacuación.» El general Birdwood, el comandante de Anzac, no estaba de acuerdo, porque temía que una retirada no sólo permitiría a los turcos cantar una victoria absoluta, sino que tendría un efecto adverso sobre los musulmanes en todas partes, incluso en India. No se llegó a ninguna decisión y las tropas permanecieron en la península.

En Salónica, las fuerzas británicas, algunas procedentes de Gallípoli, habían desembarcado para sumarse al esfuerzo francés en nombre de Serbia. Su avance fue lento. «Probablemente se preguntará por qué no seguimos adelante —escribió el 1 de noviembre G. H. Gordon, capitán de la 10.ª División irlandesa—, pero hay un buen motivo: ellos tienen una posición fuerte y nosotros no tenemos suficientes hombres.» Las condiciones que reinaban en Salónica hacían que deseara estar otra vez en Francia. «Todos nuestros movimientos aquí han sido realizados en medio de la oscuridad más absoluta y, por lo general, bajo la lluvia y por caminos muy mal definidos en las colinas.»

El 5 de noviembre, las fuerzas búlgaras capturaron Nis, con lo cual los alemanes consiguieron una conexión ferroviaria directa de Berlín a Constantinopla y se acabó la sección controlada por los serbios del ferrocarril de Berlín a Bagdad.[14] Los ejércitos serbios combatieron con tenacidad, recuperaron aldeas y frenaron el avance, pero siempre se veían obligados a retroceder. Por cada cincuenta proyectiles que utilizaba en su avance la artillería austríaca, los serbios sólo podían responder con uno y los artilleros recibían un torrente de órdenes de que no lo desperdiciaran y que sólo lo utilizaran para casos de emergencia.

Tras agotar sus últimos vehículos a motor y cañones pesados, doscientos mil militares y civiles serbios se retiraron más de cien kilómetros, al otro lado de las montañas, para refugiarse en Albania. Pero la marcha de tres semanas por un terreno escabroso se cobró muchas vidas: murieron veinte mil refugiados civi-

les serbios. «Los que compartieron la retirada dan —escribió la señorita Waring en su historia sobre la guerra en Serbia— una versión confusa de frío, hambre, un paisaje espléndido, emboscadas de los albaneses, de caminos cubiertos de caballos muertos, de moribundos al borde del camino. Nos hablan de que los ministros de Rusia y Gran Bretaña se tumban sobre paja junto al ministro de Asuntos Exteriores serbio, su esposa y su hijo, mientras en la habitación contigua se tumban sin orden ni concierto los ministros, secretarios, cónsules, trujamanes, criados italianos y franceses. Nos cuentan que el rey, tumbado en una camilla tirada por cuatro bueyes, comparte las dificultades del camino con el soldado común.»

La marcha a través de las montañas fue una saga de desesperación, en la cual el hambre, la privación y la enfermedad se sumaban a las dificultades del terreno escabroso. Entre los que habían viajado desde Gran Bretaña para colaborar con los serbios figuraba Mabel Dearmer, cineasta pionera y famosa novelista, dramaturga e ilustradora. «¿Qué posibilidad tendría hoy Cristo? —escribió en un llamamiento público, mientras la marcha continuaba—. La crucifixión sería una muerte dulce para un loco como ése.» Poco después de enviar el llamamiento, murió de fiebre tifoidea, mientras trataba de ayudar a mujeres y niños enfermos.

A medida que la marcha se desplazaba lentamente hacia el oeste, surgió otro obstáculo desalentador. Albania se había declarado favorable a la Entente y ofreció ayuda a los serbios, pero los miembros de las tribus albanesas, que habían sufrido por culpa de los serbios en 1912 y 1913, atacaron las columnas y mataron a cientos de los que participaban en la marcha.

A pesar de que huían para salvar la vida, los serbios llevaron consigo a las montañas de Albania a más de veinticuatro mil prisioneros de guerra austríacos. Cuando la marcha llegó a la costa albanesa, recluyeron a esos austríacos en Italia y Cerdeña. Muchos de ellos murieron también, de tifus y cólera. Los soldados serbios que llegaron hasta el mar, más de doscientos sesenta mil, se dirigieron en su mayoría a la isla griega de Corfú, donde esperaron en el exilio el día en que pudieran liberar a Serbia del yugo austríaco. Para la evacuación, cuarenta y cinco vapores italianos, veinticinco franceses y once británicos tuvieron que realizar 1.159 viajes de escolta. Aparte de los hombres, también transportaron a un lugar seguro a diez mil caballos. Según un historiador, fue la «mayor evacuación marítima de la historia, hasta Dunkerque».[15]

A los soldados serbios que estaban enfermos o heridos los pusieron en cuarentena en la pequeña isla de Vido, donde murieron tantos centenares que se

hizo famosa como la «isla de la muerte». De los treinta mil muchachos serbios que emprendieron el cruce de las montañas, sólo la mitad sobrevivió a la marcha. Hubo centenares que murieron como consecuencia de los bombardeos aéreos austríacos mientras esperaban en el puerto de San Giovanni di Medua los barcos que los llevarían a Corfú. Una vez allí, un centenar de muchachos morían cada día por falta de alimentos. Los supervivientes de tan terrible saga fueron enviados, para que estuvieran seguros y para recibir educación, a Inglaterra y Francia. A los que estaban tísicos los enviaban a un sanatorio para convalecientes en Córcega. La guerra de ejércitos en combate se había convertido también en una guerra de prisioneros de guerra, de marchas forzadas, de refugiados y de huérfanos.

Los dos aliados militares de Serbia, los franceses y los británicos, se retiraron a Grecia, mientras las tropas búlgaras ocupaban posiciones a lo largo de la antigua frontera serbia. Esa zona bélica, como la de los frentes ítalo-austríacos, se caracterizó por los puertos de montaña, el terreno escabroso, la escasez de caminos y los profundos barrancos. Para los soldados de la Entente, además, quedaba muy lejos de su país. Esas pequeñas fuerzas no tenían ninguna posibilidad de intervenir en el destino de la Serbia ocupada, donde centenares de serbios eran ejecutados y otros encarcelados por la más mínima manifestación de un sentimiento nacionalista. Sin embargo, el nacionalismo de los eslavos del sur, la esperanza de crear un gran reino eslavo del sur, no pudo ser aplastado por la persecución austríaca. En palabras del poeta serbio Zmay Yovanovitch:

And what the power that drove thee on, and bore
Thee up, and lent thee wings? It was the hope
Within the brain. Without it there had been
No flight beyond the darkening clouds.[16]

El 7 de noviembre, frente a las costas de Cerdeña, un submarino austríaco bombardeó y a continuación torpedeó un transatlántico italiano, el *Ancona*, que se dirigía a Nueva York con numerosos inmigrantes italianos a bordo; murieron doscientos ocho pasajeros, incluidos veinticinco estadounidenses. Como ocurrió con los anteriores hundimientos de los submarinos alemanes, el gobierno estadounidense protestó, la respuesta austríaca no le pareció satisfactoria, pero no tomó más medidas. El 17 de noviembre, un buque hospital británico, el *Anglia*, chocó contra una mina alemana frente a Dover y se hundió; se ahogaron 139 miembros de su tripulación y los heridos que iban a bordo.

El 14 de noviembre se inauguró una nueva zona bélica, una de las menos recordadas de la guerra. Ese día, en los desiertos de la Libia italiana, que, antes de 1912, habían formado parte del imperio otomano, los hombres de la tribu Senussi se sublevaron contra los aliados. Con el apoyo de los turcos, los senussi abrieron fuego contra el puesto fronterizo británico-egipcio de As Sallum. Dos días después, trescientos hombres de la tribu ocuparon el monasterio de Zaura de Sidi Barrani. Se enviaron tropas británicas a combatir, pero los hombres de las tribus, con el desierto como escondite, siguieron causando considerables dificultades.

El capitán Jarvis, un oficial británico destinado en Egipto y experto en la guerra en el desierto, escribió más adelante: «En ciertos sentidos, ése fue el movimiento estratégico más eficaz que realizaron nuestros enemigos en toda la guerra, porque con esos alrededor de mil árabes piojosos mantuvieron inmovilizados en la frontera occidental durante más de un año a unos treinta mil soldados, que tanta falta hacían en otro sitio, obligándonos a gastar en líneas férreas en el desierto, vehículos para el desierto, transporte, etcétera, lo suficiente para sumar dos peniques al impuesto sobre la renta de la actual generación, durante toda su vida.»

Cinco días después del comienzo de la sublevación de los senussi, en lo que hasta entonces había sido un extremo del imperio turco, se produjo un acto de heroísmo detrás de las líneas turcas en la Turquía europea, cuando dos pilotos británicos, Richard Bell Davies, que había resultado herido en enero, en un ataque a Zeebrugge, y G. F. Smylie bombardearon un empalme ferroviario en Ferrijik, en el golfo de Enos. El aparato de Smylie fue alcanzado por disparos antiaéreos turcos; tuvo que hacer un aterrizaje forzoso y, como no pudo volver a arrancar el avión, lo inutilizó. Davies lo vio desde el aire, aterrizó cerca, cogió a Smylie cuando se acercaba un grupo de soldados turcos, lo subió a bordo y despegó hacia un lugar seguro. Por esa «hazaña de la aviación, difícil de igualar en habilidad y gallardía», concedieron a Davies la Cruz de la Victoria.

Desde mayo, en un cargo ministerial de poca importancia, Churchill había seguido recalcando a sus colegas del gabinete la posibilidad de una victoria en Gallípoli, si se mejoraba la planificación y la ejecución de la campaña terrestre y se reactivaba el ataque naval. Pero no habían escuchado sus consejos. El 4 de noviembre, el general Monro, despachado al frente de Salónica, fue sustituido en Gallípoli por el general Birdwood, que quiso intentar un ataque militar más a las posiciones turcas. Lo invalidó Kitchener, que hizo una visita por sorpresa a la península el 11 de noviembre e insistió en que la evacuación se llevara a cabo

a toda prisa. Ese día, el gabinete de asesores quedó reducido a un Consejo de Guerra compuesto por cinco hombres, del cual se excluyó a Churchill, que renunció de inmediato al gobierno y marchó al frente occidental, con el grado de teniente coronel, como comandante de un batallón.

En Gallípoli, una tormenta eléctrica que estalló el 27 de noviembre, con granizo y una lluvia torrencial, arrastró a hombres y animales por los barrancos y las trincheras. Se ahogaron por lo menos un centenar de hombres. Uno de los oficiales británicos que estuvieron en Suvla durante la tormenta fue el capitán C. R. Attlee, que describió en sus memorias que la fuerte lluvia «convirtió nuestras trincheras en fosos».[17] A continuación, hubo dos días de una ventisca terrible, con mucha nieve, durante los cuales murieron congelados otro centenar de hombres. Sólo en Suvla, doce mil hombres tuvieron que ser atendidos por presentar síntomas de congelación. Sobre todo para los australianos y los indios, las temperaturas bajo cero eran un tormento. La única muerte que fue bien recibida fue la de los millones de moscas que se habían atiborrado con los cadáveres; cuando pasó la tormenta, habían desaparecido.

La evacuación se había vuelto inevitable; la única cuestión era cuándo. Pero el 2 de diciembre, a su regreso a Londres, Kitchener preguntó a los comandantes que estaban en Gallípoli si no se podía reanudar el ataque, después de todo, si las cuatro divisiones británicas que estaban en Salónica se enviaban a Suvla Bay (de donde procedían algunas de ellas). El general Byng se mostró escéptico, señalando que las tormentas arrasaban una y otra vez los muelles de Suvla, que la lluvia había dejado intransitables las pocas carreteras que había y que los refugios no eran suficientes para proteger de las tormentas a las tropas que ya estaban allí. Una vez más se volvió a dar prioridad a la evacuación.

La reanudación del avance, más que la evacuación, era el plan británico inalterable para la campaña en Mesopotamia, donde, el 21 de noviembre, el general Townshend atacó las defensas turcas de Ctesiphon, como preludio de lo que pretendía ser una marcha rápida sobre Bagdad, situada a apenas treinta y cinco kilómetros. Pero a Basora, Kurna, Amara y Kut se les había acabado la buena suerte. De los ocho mil quinientos soldados británicos e indios que fueron a combatir en Ctesiphon, más de la mitad murieron o resultaron heridos. A pesar de sufrir casi el doble de bajas, los defensores turcos, en lugar de huir presa del pánico, como había ocurrido en otras batallas, no sólo no cedieron terreno sino que hasta contraatacaron. Los británicos, que se encontraban a seiscientos cincuenta kilómetros del mar, no podían esperar refuerzos de ningún tipo, mientras que los turcos sí, y recurrieron a Bagdad, que se encontraba a apenas unas horas de marcha.

Después de haber llegado hasta allí, los británicos se vieron obligados a retirarse. El humillante viaje de regreso a Kut comenzó el 25 de noviembre. Los supervivientes de la batalla estaban agotados y desmoralizados; la falta de instalaciones para los heridos convertía cada kilómetro de la retirada en un tormento. Poco después del comienzo de la retirada, una batería de cañones turca consiguió inmovilizar la flotilla fluvial, con lo cual los que marchaban junto a la orilla del río quedaban expuestos al permanente temor a un ataque. Cuando los heridos continuaron por el río hacia el sur, de Kut a Basora, forajidos árabes, disparando desde ambas orillas, mataron a muchos que yacían indefensos en los barcos que los llevaban al hospital.

En Kut se reforzaron las defensas y se hicieron preparativos para resistir un ataque turco. Se sabía que un alto oficial alemán, el mariscal de campo Von der Goltz, había salido hacia allí para asumir el mando, con treinta mil refuerzos turcos. El público británico, convencido hasta ese momento de la inminencia de la captura de Bagdad, de pronto tuvo que enfrentarse a la perspectiva de que uno de sus ejércitos quedara aislado y atrapado, como había ocurrido con Gordon en Jartum, hacía tres décadas. Cuando el gabinete de guerra en Londres aconsejó al general Townshend que saliera de Kut y se retirara río abajo, recibieron la respuesta de que ya lo habían sitiado.

A las trincheras del frente occidental el invierno había llevado humedad y frío para atormentar a las tropas. El 19 de noviembre, Raymond Asquith, de treinta y seis años, hijo del primer ministro británico y también parlamentario, escribió a un amigo acerca de otra «característica desagradable» de la vida cotidiana en las trincheras: «La gran cantidad de ratas que roen los cadáveres y después te corren por la cara, haciendo ruidos y gestos obscenos.» El hijo del primer ministro añadió: «Últimamente, cierto número de gatos se han acostumbrado a anidar en los cadáveres, pero creo que al final ganarán las ratas, aunque, como todas las guerras, seguro que será una guerra de desgaste.»

En Londres, el 27 de noviembre, se reunieron pacifistas de toda Gran Bretaña para crear una hermandad contra el servicio militar obligatorio, con el objetivo declarado de negarse a prestar cualquier forma de servicio militar. Muchos de ellos eran cuáqueros. Lo que los unía, según declaró su presidente, Clifford Allen, era la «creencia en el carácter sagrado de la vida humana». El 4 de diciembre, Henry Ford despachó un «barco de la paz», el *Oscar II*, que cruzó el Atlántico con destacadas mujeres y periodistas a bordo, cuyas instrucciones eran «sacar a los muchachos de las trincheras y devolverlos a su casa para navidad».

En Berlín, ese mes, un destacado banquero dijo al embajador estadounidense, James W. Gerard, que «los alemanes estaban hartos de la guerra; que las grandes empresas, como Krupp y otras, estaban ganando mucho dinero y estaban prolongando la guerra, insistiendo para anexionar Bélgica». Los terratenientes prusianos también estaban a favor de continuar la guerra, dijo el banquero al embajador, «porque ganan cuatro o cinco veces más por sus productos, mientras el trabajo lo realizaban los prisioneros».

El destino de los armenios era el más duro de todos, fuera de las zonas de combate. Una muchacha judía de veinticinco años, Sarah Aaronsohn, que había salido de Constantinopla hacia su casa en Palestina, atravesó ese diciembre los montes Tauro hacia Alepo. Su biógrafa ha escrito: «Vio buitres que se cernían sobre unos niños que habían caído muertos junto a la carretera. Vio unas criaturas que se arrastraban, deshechas, muertas de hambre y suplicando pan. De vez en cuando pasaba junto a soldados que empujaban delante de ellos, con látigos y culatas de fusil, a familias enteras, hombres, mujeres y niños, que chillaban, suplicaban, gemían. Eran el pueblo armenio, que emprendía el camino del exilio en el desierto, del cual no se regresaba jamás.»[18]

Cuando llegó el segundo invierno de la guerra, dejó huella en todas las zonas bélicas, pero el frío en el frente oriental no detuvo a novecientos soldados cosacos que, en tres días de marcha, recorrieron casi cuarenta kilómetros, con catorce grados bajo cero, a través de los pantanos del Prípiat, hasta el cuartel general de una división alemana, donde, el 28 de noviembre, capturaron a los ochenta miembros del Estado Mayor, incluido el general de la división, que después se pegó un tiro. En el este, la línea del frente se estaba estabilizando. Los alemanes habían avanzado hacia el este hasta Daugavpils y Vilna, los austríacos habían recuperado Brodi y Czernowitz. Toda la Polonia rusa había sido ocupada por los alemanes. Para alimentar a la población cautiva, los alemanes iniciaron conversaciones, el 2 de diciembre, con un diplomático estadounidense, el doctor Frank Kellogg.

En los Dardanelos, el nuevo almirante británico, Wester Wemyss, sostenía que reanudar el ataque naval, como el del 18 de marzo, sólo con barcos, permitiría abrir el estrecho y mantenerlo abierto. En dos telegramas que envió a Londres esbozó su plan y manifestó su confianza en que tendría éxito, pero su propuesta para entrar en acción fue rechazada. En cambio, le encomendaron toda la organización naval para la total evacuación de la península de Gallípoli. La evacuación de tropas de Anzac y Suvla comenzó el 8 de diciembre. En

Suvla, el capitán Attlee estaba al mando de una retaguardia que defendía el perímetro en torno a la playa de evacuación. En doce días se llevaron 83.048 hombres, 4.695 caballos y mulas, 1.718 vehículos y 186 cañones pesados. Era el fin de un año de esfuerzos por llegar a Constantinopla por mar y derrotar a Turquía mediante un despliegue abrumador de poderío naval en el mar de Mármara. Lo único que faltaba era evacuar las tropas del cabo Helles.

El triunfo turco de fines de 1915 no se limitó a Gallípoli. En Mesopotamia, en uno de los extremos septentrionales del imperio otomano, veinticinco mil tropas británicas e indias quedaron rodeadas por ochenta mil turcos en Kut. El asedio comenzó el 5 de diciembre. Los defensores resistieron 147 días, esperando en vano la llegada de refuerzos procedentes de Basora. Los mismos relevos sufrieron ataques constantes mientras trataban de llegar a Kut; en una batalla que tuvo lugar en Sheikh Sa'ad, más de cuatro mil hombres de la fuerza de relevo murieron o resultaron heridos. Las disposiciones médicas eran tan malas que, once días después de la batalla, una unidad india de ambulancias de campaña que acababa de llegar encontró a doscientos británicos y ochocientos indios heridos que seguían tumbados al aire libre, en terreno lodoso, sin un lugar donde refugiarse y sin que les hubieran cambiado los primeros vendajes.

El contratiempo en Mesopotamia no debilitó el interés de los británicos en reanudar los esfuerzos por minar a las potencias centrales y obtener considerables concesiones territoriales, destruyendo el imperio otomano. Había en juego muchas aspiraciones nacionalistas. Como escribió el nacionalista judío nacido en Rusia Vladimir Jabotinsky, mientras el resultado de la guerra seguía siendo incierto: «El único escenario en el cual se pueden imaginar "golpes decisivos" es la Turquía asiática, donde la guerra parece haber conservado su antiguo carácter: menos cantidad de hombres y de material, menos pérdidas a cambio de la victoria y un avance territorial muchísimo más rápido, en caso de triunfar. Esa verdad no puede quedar oscurecida por los dos fracasos de Gallípoli y Kut; se conocen lo suficiente las causas de los lamentables resultados obtenidos en las campañas de los Dardanelos y Mesopotamia y esos resultados no demuestran nada, salvo el peligro de combatir de forma negligente o con poco entusiasmo.»

Pero hasta la última fase de la guerra en Europa no se siguieron las sugerencias de Jabotinsky para alcanzar la victoria, que resultaron exactas, abriendo grandes extensiones de los hasta entonces cerrados confines del imperio otomano a la partición y las esferas de influencia. No sólo las aspiraciones judías, sino también las árabes, se habían estimulado ante la perspectiva de una victo-

ria aliada en la península de Gallípoli. El 14 de julio, antes de que se decidieran los combates allí, el *sharif* de La Meca, Hussein, había escrito a las autoridades británicas en El Cairo para solicitar que los británicos reconocieran «la independencia de los países árabes». Si así no lo hicieren dentro de un plazo de treinta días, había advertido, los árabes «se reservan total libertad de acción»: una amenaza apenas velada de lanzar contra los turcos sus recursos en el desierto.

La solicitud del *sharif* Hussein había llegado a El Cairo después de los segundos desembarcos en Gallípoli. Ni siquiera la muerte en la horca de once líderes árabes en Siria, ordenada el 21 de agosto por el gobernador turco, Jamal Pasha, había estimulado una actitud británica más favorable a las aspiraciones árabes, a pesar de que uno de los ahorcados, Abd al-Karim al-Khalil, había querido organizar una sublevación contra los turcos a lo largo de la costa del Mediterráneo oriental, entre Beirut y Saida, que bien podría haber despejado el camino para un desembarco aliado allí, que cortase las líneas de comunicación turcas con Gaza, Sinaí y el canal de Suez.

La respuesta inmediata de los británicos a la búsqueda de independencia de Hussein fue bastante cínica. El gobernador general de Sudán, sir Reginald Wingate les dio el siguiente consejo: «Yo personalmente recomendaría introducir una aspiración piadosa en el tema del ideal del *sharif* de conseguir una unión árabe. Algo se podría añadir para garantizar que permanezca siempre de nuestro lado, hasta que nuestro éxito en los Dardanelos nos permita manifestar nuestro punto de vista con mayor autoridad.»

Antes del tan esperado triunfo británico en Gallípoli, un oficial del Estado Mayor árabe del ejército otomano, Muhammad Sharif al-Faruqi, desertó de las fuerzas turcas en Gallípoli y se pasó a las líneas británicas. Dijo a los que lo cuestionaron que era descendiente del profeta y que deseaba que lo llevaran a la ciudad santa de La Meca a ver al *sharif* Hussein. Lo llevaron en barco a El Cairo, donde fue interrogado, el 11 de octubre, por el coronel Gilbert Clayton, de la Oficina Árabe, a quien reveló que pertenecía a una Joven Sociedad Árabe secreta, contraria al mandato turco. Los dirigentes de esa sociedad, dijo, tanto en Siria como en Mesopotamia, deseaban colaborar con los británicos a cambio de la independencia árabe.

Según Al-Faruqi, tanto los turcos como los alemanes estaban dispuestos a conceder a los árabes sus demandas territoriales, lo cual no era cierto, pero ni Clayton ni sus colegas en El Cairo tenían ninguna forma de comprobarlo. Precisamente el día del interrogatorio de Al-Faruqi, Bulgaria se movilizó contra los aliados. La situación en la península de Gallípoli peligró de pronto ante la

perspectiva de que las tropas búlgaras se incorporaran al conflicto. Al-Faruqi dijo a Clayton que, si los británicos hacían de inmediato una declaración en apoyo de la independencia árabe, con líneas territoriales concretas, la sublevación contra los turcos comenzaría en seguida, en Siria, Mesopotamia y Palestina. Al día siguiente, 12 de octubre, Clayton envió un telegrama al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres, aconsejando la aceptación de las condiciones implícitas en el informe de Al-Faruqi. Rechazar la oferta, advirtió Clayton, «arrojaría al Joven Partido Árabe decididamente en brazos del enemigo». La «maquinaria» árabe se manifestaría de inmediato en contra de los intereses aliados en todo el imperio otomano.

El razonamiento de Clayton resultó decisivo: once días después de que enviara el telegrama a Londres, el gobierno británico firmó el compromiso con la independencia árabe que el *sharif* Hussein había perseguido en vano. En una carta que sir Henry McMahon envió al *sharif*, Gran Bretaña aceptaba «reconocer y apoyar la independencia de los árabes dentro de los territorios incluidos en los límites y las fronteras propuestas por el *sharif* de La Meca», que incluían Mesopotamia y buena parte de Siria y excluían, debido a la insistencia de McMahon, «porciones de Siria situadas al oeste de los distritos de Damasco, Hama, Homs y Alepo». Si Palestina quedaba excluida o no, sería cuestión de una disputa posterior, puesto que nada se mencionó al respecto en el intercambio de cartas. Seis años después, McMahon explicaría en una carta a la Oficina de las Colonias: «Mi intención era excluir tanto Palestina como las zonas costeras más septentrionales de Siria.»

El asedio de Kut había comenzado el 5 de diciembre. El 7 de ese mes, el gabinete británico tomó la decisión de evacuar Suvla y Anzac, aunque todavía no el cabo Helles. Una semana después, McMahon volvió a escribir a Hussein para informarle de que la última solicitud árabe, es decir que ni Alepo ni Beirut quedaran excluidas de la zona de la futura independencia árabe, tendría que ser aceptada también por los franceses. En cuanto al papel que debían desempeñar en el futuro los árabes, «es fundamental —escribió McMahon— que no escatime esfuerzos para incorporar a todo el pueblo árabe a nuestra causa común y que los inste a no colaborar con nuestros enemigos. Del éxito de esos esfuerzos y de las medidas más activas que los árabes tomen en el futuro para apoyar nuestra causa, llegado el momento de actuar, deben depender la permanencia y la fuerza de nuestro acuerdo».

Los británicos no habían conseguido triunfar ni en Gallípoli ni en Mesopotamia. Esos fracasos distantes resultarían un fuerte disuasorio para otras campañas lejanas y postergarían la ocasión en que una sublevación árabe contra los

turcos formara parte de la estrategia bélica aliada. Los árabes en 1916, como los italianos y los búlgaros en 1915, querían ver cierta posibilidad de triunfo y de obtener ganancias territoriales antes de comprometerse a intervenir en la batalla. Para los británicos, cada uno de los reveses de 1915 supuso una frustración considerable, pero Gallípoli y Mesopotamia fueron los más deprimentes. Lloyd George puso de manifiesto esos sentimientos en el discurso que pronunció en la Cámara de los Comunes el 20 de diciembre: «Nos hemos desplazado demasiado tarde, hemos llegado demasiado tarde. ¡Hemos tomado una decisión demasiado tarde, hemos comenzado las empresas demasiado tarde, nos hemos preparado demasiado tarde! En esta guerra, el espectro burlón del "demasiado tarde" ha venido pisando los talones a las fuerzas aliadas y, a menos que aceleremos un poco, caerá la condenación sobre la sagrada causa por la que se ha derramado tanta sangre valiente.»

A medida que 1915 se acercaba a su fin, era evidente que la guerra que habría debido terminar antes de la navidad de 1914 no acabaría antes de la navidad de 1915. Sin embargo, el gobierno británico no quería que continuara en los Balcanes. El 4 de diciembre, en una conferencia celebrada en Calais, los británicos, con Asquith a la cabeza, insistieron en que las fuerzas aliadas en Salónica debían retirarse. Después de la derrota de Serbia, ya no tenía ningún sentido que siguieran allí. Los franceses cedieron ante la lógica del argumento, pero dos días después, en una conferencia interaliada posterior, celebrada entonces en Chantilly, los rusos, los italianos y los serbios se impusieron a los franceses y acordaron mantener activo el frente de Salónica. Para apoyar ese punto de vista, el propio zar envió a Asquith un telegrama en el que lamentaba la decisión de Calais. Menos de una semana después de Calais, Kitchener y Grey regresaron a Francia y aceptaron mantener el frente de Salónica; Kitchener informó después a sus colegas de que se «había recuperado la buena disposición».

También se hicieron planes en Chantilly para una victoria aliada en el frente occidental en 1916, cuando Joffre consiguió que los británicos aceptaran emprender una ofensiva anglofrancesa conjunta y simultánea en el verano de 1916, que tendría lugar tanto al norte como al sur del Somme, en un frente de setenta y dos kilómetros. Lo que Joffre describió como «los brillantes resultados tácticos» de las ofensivas de Champaña y Artois de 1915 se repetirían y se superarían. Alemania, según informaban sus expertos, se estaba quedando sin reservas. Con los Nuevos Ejércitos de Kitchener en el frente británico, con suficientes piezas de artillería para emprender un bombardeo preliminar abrumador y sufi-

cientes municiones para un avance prolongado, la batalla del Somme sería decisiva.

El 19 de diciembre, sir Douglas Haig reemplazó a sir John French como comandante en jefe del ejército británico en Francia. Ese mismo día, un día ominoso para millones de personas, se refirió en su diario, en tono mordaz, al destino del telegrama que había enviado al Ministerio de Guerra ese mediodía, en el que preguntaba quién lo reemplazaría como comandante del Primer Ejército: «Hasta las once de la noche, no me llegó ninguna respuesta. Entonces llegó de Inglaterra sir Wm Robertson, que telefoneó desde St Omer para decir que el primer ministro y lord K no estaban en Londres durante el fin de semana y que no se podía resolver nada hasta el lunes. ¡Y eso que estamos en guerra!»

Ese día, 19 de diciembre, los alemanes arrojaron gas fosgeno, diez veces más tóxico que el cloro, contra las fuerzas británicas en el saliente de Ypres, con el objeto de sembrar el pánico y provocar una retirada masiva, pero las tropas británicas, que habían sido sorprendidas por la nueva arma en abril, ya estaban bien entrenadas en ejercicios con gas y bien equipadas con cascos antigás. Gasearon a mil soldados, de los que murieron ciento veinte. El viento soplaba con fuerza ese día, empujando la nube de gas hacia el sur, a través de las líneas británicas y bien hacia la retaguardia; como la línea hacía una curva, parte del gas recorrió las trincheras alemanas en las colinas de Wytschaete.

No se produjo el esperado pánico entre los británicos, que siguieron defendiendo la línea. En Londres, Vera Brittain recibió una nota escrita a lápiz por su prometido, Roland Leighton, desde el frente occidental: «Estaré en casa de permiso del 24 al 31 de diciembre. Llego el día de navidad. R.» Ella pensó con emoción en la posibilidad de casarse durante el breve permiso, incluso de quedar embarazada, «del propio Roland, algo suyo que me quede de recuerdo, si se marcha». Lo esperó durante todo el día de navidad y se fue a dormir, sabiendo que llegaría al día siguiente. «A la mañana siguiente, me acababa de vestir y estaba dándole los últimos toques a la blusa de crespón azul pastel, cuando me dieron el tan esperado mensaje de que me llamaban por teléfono. Creyendo que por fin escucharía la voz que esperaba hacía veinticuatro horas, salí corriendo feliz por el corredor. Pero el mensaje no era de Roland... no llamaban para decirme que había llegado a casa esa mañana, sino que había muerto en un dispensario, como consecuencia de las heridas recibidas, el 23 de diciembre.»

Roland Leighton no había muerto en el fragor de la batalla. Como tantos muertos en la guerra, perdió la vida lejos de la violencia de un ataque masivo o del embate de los ejércitos. Su pelotón se había hecho cargo de un sector de las

trincheras en el cual el alambre de la línea del frente necesitaba una reparación urgente. Él había ido a inspeccionar la zona en la que tendría que trabajar el equipo de alambrado. Tendría que haber ido por una trinchera de comunicación, pero, como estaba anegada, cogió un camino escondido a través de una brecha en el seto. Los británicos que habían ocupado antes ese sector del frente no habían avisado de que hacía tiempo que la trinchera de comunicación estaba anegada y que los alemanes solían disparar con una ametralladora, de vez en cuando, contra la brecha en el seto. Esa noche, la luna estaba casi llena y la ametralladora alemana estaba a apenas un centenar de metros del seto. Cuando Leighton llegó a la brecha, los alemanes abrieron fuego y le dieron en el estómago. Dos hombres arriesgaron la vida para llevarlo otra vez a la trinchera. Al día siguiente, la operación no pudo salvarle la vida. Una bala le había lesionado la base de la columna. Esa noche, como escribió después su prometida, «el máximo ganador de premios de Uppingham, que por naturaleza encajaba a la perfección con el espectacular drama de una gran batalla, murió tristemente en una cama de hospital».[19]

Las condiciones de combate en el frente occidental a finales de 1915 eran espantosas, como describió, inmediatamente después de la guerra, un antiguo corresponsal de la línea del frente, Phillip Gibbs, en su libro *Realities of War*. «Nuestros hombres nunca estaban secos —escribió—. Estaban húmedos en sus trincheras y húmedos en sus refugios subterráneos. Dormían con la ropa empapada y con las botas llenas de agua; bebían agua de lluvia con el té y comían barro con la carne enlatada, y lo soportaban todo con la filosofía de "aguantarse" y reírse, ya que los escuché reír a carcajadas en esos sitios, entre violentas maldiciones.» En cuanto sacaban el agua de las trincheras después de una tormenta, otra deshacía el trabajo «y los parapetos se desmoronaban y entraba el agua a raudales; los espacios quedaban abiertos a los disparos de los alemanes y la cabeza quedaba más desprotegida contra las balas de metralla, que se mezclaban con gotas de lluvia y potentes explosivos que atravesaban el barro».

Durante el mes de noviembre, llovió con tanta intensidad, que en muchas trincheras el agua llegaba a la altura de las rodillas, e incluso de la cintura. Gibbs recordaba que, en un sector del frente, «imprudentes de lo incómodos que estaban, los alemanes se encaramaron a sus resbaladizos parapetos y se sentaron encima para secarse las piernas y gritaron: "¡No disparéis! ¡No disparéis!" Nuestros hombres no dispararon y también se sentaron encima de los parapetos a secarse las piernas, sonriendo a aquellas "hormigas grises", hasta que se enteraron de esos incidentes en el cuartel general (donde ardía un buen fuego

bajo un techo seco), de donde llegaron órdenes estrictas de no "confraternizar" y de que había que disparar contra cualquier alemán que se dejara ver, porque hubiera cedido un parapeto. Daba lo mismo, como siempre, en esa guerra de trincheras, pero no se podía atentar contra la dignidad del cuartel general con la idea de un espectáculo tan indecente como el de que británicos y alemanes se negaran a matarse los unos a los otros en cuanto se vieran. Algunos hombres obedecieron las órdenes y, cuando un alemán salía y decía "¡No disparéis!", le atravesaban la cabeza. Otros eran muy cortos de vista... Una y otra vez, los alemanes se arrastraban hasta nuestras trincheras y pedían mansamente que los hiciéramos prisioneros.»

Ese invierno tuvo lugar un episodio del cual se habló en todo el frente occidental. Por encima de un parapeto alemán, ha narrado Gibbs «apareció una tabla en la cual alguien garabateó con letras grandes: "Los ingleses son idiotas." "¡No será para tanto!", dijo un sargento y en pocos minutos la tabla quedó reducida a astillas por el disparo de un fusil. Apareció otra tabla con las palabras: "Los franceses son idiotas." Por lealtad a nuestros aliados, esa tabla fue destruida. Entonces pusieron una tercera tabla: "Somos todos idiotas. Vámonos a casa." También destruyeron esa tabla, pero el mensaje provocó cierta hilaridad y los que repetían la frase decían: "Hay mucho de verdad en esas palabras. ¿Por qué tiene que continuar esto? ¿Qué sentido tiene? Que los viejos que hicieron esta guerra vengan y luchen entre ellos en Hooge. Los combatientes no tenemos nada en contra, los unos de los otros. Todos queremos regresar a casa, con nuestras esposas y nuestro trabajo." Pero ningún bando estaba preparado para "regresar a casa" primero. Los dos estaban en una trampa, una trampa infernal de la que no había escapatoria».

En su libro, Gibbs describió esa «trampa infernal» de la siguiente manera: «La lealtad a su propio bando y la disciplina, con la pena de muerte detrás, hacen referencia a la vieja tradición, la obediencia a las leyes de la guerra, o a la casta que las ha impuesto, toda la propaganda moral y espiritual transmitida por los pastores, los periódicos, los generales, los oficiales del Estado Mayor, los ancianos que han quedado en casa, las mujeres exaltadas, las furias femeninas, un amor profundo y sencillo hacia Inglaterra, y Alemania, el orgullo de la virilidad, el miedo a la cobardía... mil complejidades de concepto y de sentimiento han impedido que los hombres, por ambos bandos, rompieran la red del destino en la que estaban enredados y se rebelaran contra esa masacre mutua e incesante, saliendo de las trincheras al grito de: "Somos todos idiotas... Vámonos a casa."»

Una fuente concreta de sufrimiento, ese invierno, además del suplicio de los piojos y las ratas, fue el «pie de trinchera». «Después de permanecer días y noches de pie en el cieno, con las botas o las polainas de campaña, los hombres perdían totalmente la sensibilidad en los pies. Los pies, tan fríos y húmedos, al principio se les hinchaban y después quedaban "muertos", y de pronto empezaban a arder como si los tocaran con atizadores al rojo vivo. Cuando llegaron los "relevos", muchos hombres no podían regresar a pie de las trincheras, sino que tenían que ir a gatas, o tenían que llevarlos sus camaradas a cuestas. Así vi a centenares de ellos y, a medida que se prolongaba el invierno, a miles.» Los batallones perdían más hombres de la línea del frente por el «pie de trinchera» que por las heridas. «Los brigadieres y los generales de división se desanimaban y maldecían la nueva dolencia que afectaba a sus hombres. Algunos de ellos decían que se debía a su maldita despreocupación; otros tendían a pensar que se estaban haciendo los enfermos, en una época en la que abundaban los casos de heridas provocadas por los mismos soldados, por ejemplo hombres que se volaban los dedos de las manos o de los pies para salir de las trincheras. Pero los muchachos que eran transportados a cuestas hasta los trenes ambulancia situados en la vía muerta de Rémy, cerca de Poperinge, con los dos pies tullidos y envueltos en algodón, no tenían pinta de estar fingiendo. El dolor era un martirio, como el de los hombres atados a haces de leña encendidos por el bien de su conciencia.» En un solo batallón de la 49.ª División (West Riding), hubo más de cuatrocientos casos en ese invierno de 1915.

Al final se encontró una cura: frotar los pies con aceite dos o tres veces por día; pero, mientras duró, el mal causó estragos entre la fuerza de combate de los batallones. Sin embargo, escribió Gibbs: «El espíritu de los hombres luchó contra toda esa miseria, se le resistió y se negó a dejarse vencer por ella.»

La tregua de navidad, que surgió de forma tan espontánea en el frente occidental en 1914, no se repitió en 1915. «No se permitirá nada por el estilo en el frente divisional este año —se informó a una brigada de infantería británica cinco días antes de que comenzaran las fiestas—. La artillería seguirá sometiendo las trincheras enemigas a un cañoneo lento, a partir del alba y, como siempre, se aprovechará cualquier oportunidad para provocar bajas entre los enemigos que se asomen.»

En general, esas órdenes se cumplieron. El historiador Lyn Macdonald ha escrito que «en las trincheras, cerca del bosque de Plugstreet, una voz potente entretenía a las trincheras de uno y otro bando con una selección de *La Traviata*,

aunque se detenía bruscamente en mitad de un aria, como si se hubiera cerrado una puerta de golpe». En nochebuena, cerca de Wulverghem, los alemanes montaron un árbol sobre el parapeto de su primera trinchera, con velas encendidas. «Durante unos instantes, los puntitos de luz titilaron en la oscuridad, hasta que un oficial británico dio la orden de fuego graneado y los soldados rasos británicos lo derribaron.»[20]

El día de navidad fue más o menos similar. «Saludamos la risueña mañana con cinco disparos rápidos y seguimos disparando lentamente durante todo el día —apuntó el cabo D. A. Pankhurst, de la Artillería Real—. Ésas eran nuestras órdenes. Algunas baterías llegaron a lanzar trescientos proyectiles. Era un regalo de navidad para Fritz, decían. Pero yo creo que la intención era evitar la confraternización.»

Ese día siguió habiendo bombardeos y disparos. El subteniente W. Cushing fue testigo de la muerte de un soldado raso de su batallón, cuando un fragmento de un proyectil le cortó la arteria femoral. «Los camilleros trataron de aplicar un torniquete a esa herida mortal —escribió Cushing—, pero, como eso provocaba dolor al pobre chaval, el oficial médico nos dijo por el teléfono de campaña que se lo quitáramos y lo dejáramos morir en paz.» Parece que el oficial médico había estado «a punto de poner en peligro su propia vida para acercarse a nosotros a campo abierto (ya no quedaban trincheras de comunicación), pero el oficial al mando le ordenó que se quedara donde estaba, en el cuartel general del batallón. Menos mal. No podíamos arriesgarnos a perder a un oficial médico en un intento infructuoso por salvar una vida. De todos modos, no habría podido llegar a tiempo.»

Así murió el soldado raso W. G. Wilkerson el día de navidad. Fue enterrado en el New Irish Farm Cemetery de Saint-Jan, cerca de Ypres. Como no se pudo localizar con precisión su tumba cuando se puso en orden el cementerio, al acabar la guerra, se lo conmemora en una lápida especial con la inscripción: «Se sabe que está enterrado en este cementerio.» Cerca de él, hay sepultados cuatro mil quinientos muertos más.[21] En la península de Gallípoli, donde los hombres que estaban en el cabo Helles esperaban ser evacuados en pocas semanas, el día de navidad se produjeron más muertes como consecuencia de los bombardeos y los disparos de los francotiradores turcos. Entre los que murieron ese día figura Arnold Thompson, de veintinueve años, capitán del Cuerpo Médico del Ejército Británico, licenciado del New College de Oxford ocho meses antes.[22]

En el frente oriental, las potencias centrales tenían confianza en su poder. En

Galitzia, una ofensiva rusa que duró dos semanas y finalizó el 27 de diciembre, a pesar de contar con el apoyo de un millar de piezas de artillería, cada una con un millar de proyectiles, no consiguió abrir una brecha en la línea austríaca; cayeron prisioneros seis mil soldados rusos. Ese día, el gabinete británico decidió evacuar el cabo Helles, poniendo así fin a la presencia de la Entente en la península de Gallípoli.

A finales de 1915, las potencias centrales estaban en alza. Serbia estaba totalmente sometida a la ocupación austríaca y búlgara. La Polonia rusa y Bélgica estaban bajo el control de Alemania. En el mar, el hundimiento de barcos de la Entente había sido constante y destructivo. Los planes alemanes para obtener la victoria en 1916 incluían la guerra de submarinos sin límites y el ataque a las fuerzas francesas que defendían Verdún y los fuertes circundantes. El objetivo de ese ataque consistía en agotar al ejército francés mediante el desgaste de sus hombres. Al general Falkenhayn le interesaba atacar Verdún para llevar al «límite» la moral francesa. «Si conseguimos que el pueblo abra los ojos y se dé cuenta de que, desde el punto de vista militar, ya no tienen ninguna esperanza —escribió al káiser el 15 de diciembre—, llegaríamos hasta ese límite y los ingleses perderían su mejor arma.» Si los franceses estaban decididos a defender Verdún hasta el final, y Falkenhayn estaba convencido de que así sería, entonces, dijo al káiser, «las fuerzas de Francia se desangrarán», tanto si los alemanes capturaban Verdún como si no.

El historiador Alistair Horne comenta: «Nunca jamás ningún gran comandante ni estratega se había propuesto derrotar al enemigo desangrándolo poco a poco. Algo tan macabro, que evocaba unas imágenes tan desagradables, sólo podía surgir y ser sintomático de la gran guerra, en la cual, de tan cruel que era, los líderes podían considerar las vidas humanas como meros corpúsculos.»

En su historia de Verdún, Horne cita otros dos comentarios con respecto a la actitud de los comandantes en relación con las bajas: el del hijo de Haig, que decía que al comandante en jefe británico «le parecía que tenía la obligación de abstenerse de visitar los dispensarios de las bajas, porque lo ponían físicamente enfermo», y el de Joffre que, tras prender una condecoración militar a un soldado que había perdido la vista, dijo a su Estado Mayor: «No debo ver más espectáculos como éste [...], porque ya no tendría valor para dar la orden de atacar.»[23]

Al exponer sus motivos para la ofensiva de Verdún, el general Falkenhayn dio muy poca importancia a la capacidad de intervención rusa para reducir la presión sobre Francia o para amenazar a Alemania en el este. «Aunque no po-

demos esperar una revolución a lo grande —dijo al káiser en su memorándum del 15 de diciembre—, tenemos derecho a creer que los problemas internos de Rusia la obligarán a renunciar en un período relativamente breve.» Para debilitar a Rusia internamente, el 26 de diciembre, las autoridades de Berlín entregaron al bolchevique judío ruso Alexander Helphand un millón de rublos para que difundiera propaganda antibelicista en toda Rusia. El dinero se entregó después de que el embajador alemán en Dinamarca convenciera a Berlín de que Rusia sólo se podría separar de la Entente mediante una revolución y que los bolcheviques tenían la posibilidad de minar la autoridad tanto del zar como de los generales rusos.

El año 1915 finalizó como había comenzado: con un desastre en el mar. El 30 de diciembre, en el mar del Norte, una explosión interna accidental hizo volar por los aires al crucero británico *Natal*, provocando trescientas cuatro víctimas mortales. Ese mismo día, en el Mediterráneo oriental, un submarino alemán torpedeó sin previo aviso un transatlántico de la compañía de barcos de vapor Peninsular y Oriental, el *Persia*; se ahogaron 334 pasajeros, entre los cuales figuraban el cónsul estadounidense en Adén y otro ciudadano estadounidense. Tres días después del naufragio, un diplomático estadounidense que estaba en París, John Coolidge, escribió en su diario, en tono mordaz: «Iba a bordo un cónsul estadounidense que viajaba a Adén para hacerse cargo de su puesto, de modo que es probable que el señor Lansing compre otra caja de papel de carta y ponga manos a la obra.» Acertó: la neutralidad estadounidense en la guerra seguía siendo un elemento fijo de la escena bélica. Robert Lansing, el Secretario de Estado, hizo pública una protesta formal, pero nada más.

El 29 de diciembre, en París, la Asamblea Nacional Francesa aprobó una ley que cedía la tierra en la cual estaban situados los cementerios de guerra británicos en suelo francés como «un regalo del pueblo francés para que descansen en paz para siempre los que allí yacen». Los cementerios siguen allí todavía, ochenta años después del comienzo de la guerra; son más de dos mil y están atendidos por casi quinientos jardineros. Incluso durante la guerra, la ley establecía el futuro de sus monumentos más dolorosos.

Después de doce meses de combate, ninguno de los dos bandos había logrado abrir una brecha en la línea de trincheras situada a lo largo del frente occidental. Alemania se mantenía en toda la línea como conquistadora y ocupante de suelo francés y belga, lejos de sus propias fronteras. Varias aldeas francesas de la línea de combate habían sido destruidas hasta tal punto que no fueron reconstruidas jamás. Dos de esas aldeas están situadas al este de Saint-Mihiel:

Regniéville y Remenauville, conquistadas en abril a los alemanes. A su entrada hay una señal vial: *Village détruit.* Sin embargo, la naturaleza de la confrontación fue tal que los británicos que estaban en el saliente de Ypres fueron rotundos al afirmar que habían conseguido una gran victoria al mantener en su poder Ypres. La población en sí, bombardeada por los alemanes de forma sistemática, era una ruina, pero también se podía considerar que eso tenía un aspecto virtuoso.

Ian Hay, ex combatiente y uno de los más populares escritores británicos sobre la guerra, comentó: «Sólo alguien tan metódico y concienzudo como un *boche* podía haber reducido una ciudad de ese tamaño a semejante estado. Pero... lo más importante a tener en cuenta es lo siguiente: ¡nosotros estamos dentro y el *boche* está fuera! Rodeado por una poderosa media luna de prosaicas trincheras, defendidas por paladines de una impasibilidad casi increíble, Ypres sigue apuntando al cielo con sus dedos rotos... destrozada, silenciosa, pero intacta todavía, y todo por la obstinación de una nación apagada y desprevenida que se limita a mantener la fe y a apoyar a sus amigos.»

Hay dijo a sus lectores que todavía había algo más que aprender: «Esa actitud mental al *boche* le resulta incomprensible y estamos satisfechos de que así sea.» Uno podría situarse sobre «ciertas eminencias recientemente conquistadas», como las colinas de Wytschaete, las colinas de Messines, las colinas de Vimy y Monchy, y mirar hacia atrás, «no sólo desde esas elevaciones, sino desde ciertas alturas morales, sobre el terreno que se ha atravesado con éxito y te puedes maravillar por centésima vez, no de que se haya hecho bien o mal, sino de que se haya hecho». En contraste con una sensación de superioridad moral estaban los hombres que se despertaban «mugrientos y temblorosos al desagrado de otro día». Ese «desagrado», no obstante, apenas tenía cabida en la narrativa de Hay. En su versión, los muertos habían «ido felices a cazar».

Lo que era evidente al acabar 1915 era que había mayor resignación que seis meses antes. Hay escribió: «Ya no consideramos la guerra con el mínimo entusiasmo. La hemos visto, cara a cara. Ahora nuestro único objetivo es apretar a nuestros robustos seguidores hasta que alcancen el punto de eficiencia necesario y mantenerlos sin remordimientos a ese nivel hasta alcanzar una paz triunfal y duradera.» Un escritor experto todavía podía utilizar palabras y conceptos como «eficacia», «nivel» y «triunfal». Unos soldados igual de expertos podían usar un lenguaje diferente, una perspectiva diferente. A su regreso al frente occidental, después de su permiso de navidad, en la estación Victoria de Londres los soldados entonaban otro estribillo:

I don't want to die,
I want to go home.
I don't want to go to the trenches no more,
Where the whizz-bangs and shells do whistle and roar.

I don't want to go over the sea,
To where the alleyman will shoot at me,
I want to go home
I don't want to die.[24]

Capítulo XII

«EL FINAL DE ESTA GUERRA SE DECIDIRÁ EN VERDÚN» (EL KÁISER)

De enero a abril de 1916

La supremacía de las potencias centrales en el campo de batalla, a comienzos de 1916, se reflejaba en el tratamiento de las minorías nacionales dentro de Austria-Hungría. Ese enero, se declaró que el alemán sería la única lengua oficial de Bohemia. En las calles de Praga, la policía utilizaba cachiporras contra los que hablaban en checo. Pero en el centro normativo, Viena, los líderes austríacos reconocían los enormes problemas que estaba creando la guerra, sobre todo porque el ejército ruso, a pesar de todos sus reveses, seguía combatiendo con tenacidad. «La destrucción de la maquinaria bélica rusa es imposible —advirtió el general Conrad al conde Tisza el 4 de enero, y añadió—: No se puede derrotar a Inglaterra; hay que firmar la paz dentro de un plazo no demasiado breve o quedaremos fatalmente debilitados, si no destruidos.»

Gran Bretaña, Australia y Canadá eran los únicos combatientes que todavía tenían ejércitos exclusivamente de voluntarios. El día que Conrad lanzó su advertencia había 2.675.149 ciudadanos británicos en las fuerzas armadas, todos voluntarios. En Canadá, con el sistema de voluntarios, se habían reclutado ciento cincuenta mil hombres desde el comienzo de la guerra y se habían enviado cuatro divisiones al frente occidental, pero el primer ministro canadiense, sir Robert Borden, después de visitar Gran Bretaña y de hacerse una idea de la magnitud de la labor, hizo un llamamiento, en su mensaje de año nuevo, el 1 de enero, para que quinientos mil canadienses se sumaran a la lucha, de una población de ocho millones.

En la propia Gran Bretaña, aumentaba la presión para que se introdujera el servicio militar obligatorio, que incorporaría a las fuerzas armadas por lo menos a dos millones de hombres más. El 5 de enero, el primer ministro, Asquith, presentó a la Cámara de los Comunes el primer proyecto de ley sobre el servicio militar obligatorio. En el frente occidental, uno de los antiguos colegas políticos de Asquith, Winston Churchill, pasaba sus primeros días como comandante de un

batallón. El 17 de enero, lo invitaron a la ciudad de Hazebrouck para asistir a una conferencia que pronunció su amigo, el coronel Tom Holland, sobre la batalla de Loos. Describió la escena en una carta a su esposa, Clementine: «El teatro estaba repleto de generales y oficiales. [...] Ni siquiera pude conseguir asiento, pero me quedé en el escenario, entre bastidores. Tom habló muy bien, pero su historia iba de fracaso desesperanzador, de heroísmo sublime totalmente desperdiciado y de espléndidos soldados escoceses truncados en vano, [...], sin tener siquiera la más remota posibilidad de éxito. Seis mil murieron y fueron heridos de un total de diez mil, sólo en esa división escocesa. ¡Ay! ¡Ay! Después preguntaron a qué conclusión pretendía llegar la conferencia. Contuve el impulso de responder: "No lo hagáis otra vez". Pero lo harán, no me cabe la menor duda.»

Avanzando con su batallón hasta sus posiciones en la línea del frente, cerca de la aldea de Ploegsteert, Churchill compartió con sus hombres los peligros de la guerra. Una mañana, cuando subía hasta las trincheras de la línea del frente, estalló un proyectil en el sótano de un convento en ruinas junto al cual pasaba. Le escribió a su mujer: «Voló por los aires un chorro de cascotes y los contemplé con atención desde una distancia de cuarenta y cinco metros, para esquivarlos, si alguno caía cerca de mí. De pronto vi, casi al mismo tiempo que la explosión, cinco o seis objetos negros que venían volando hacia mí... Ya sabes lo rápido que trabaja la mente. No me dio tiempo a pensar si eran astillas, a discutir que no podían corresponder a la misma explosión ni a buscar otra solución, ¡antes de darme cuenta de que eran aves muy asustadas!».

Churchill prestó servicio en el frente occidental durante seis meses. En varias ocasiones estuvo a punto de morir cuando le estallaron cerca proyectiles alemanes. En una ocasión, cuando estaba en un alojamiento de la reserva, un proyectil entró en su dormitorio, lo atravesó, se metió en el sótano, donde se habían refugiado muchos de sus hombres y no llegó a estallar. En otra ocasión, cuando iba a las trincheras, contempló a un cañón alemán que bombardeaba la línea del frente de forma sistemática; las explosiones se acercaban cada vez más. Tres días después, le escribió a su mujer: «Se podía calcular, más o menos, adónde iría a parar la siguiente, y dije: "La siguiente caerá en el convento." Efectivamente, en cuanto llegamos hasta allí, llegó el proyectil con un chirrido, un estruendo y un estrépito tremendo y una lluvia de ladrillos y nubes de humo y todos los soldados dieron un salto y salieron disparados y se asomaron desde sus agujeros y rincones. A mí no me hizo saltar ni un poquito, ni se me aceleró el pulso. No me molesta el ruido, como a algunos que son muy valientes. Pero sentí que... veinte metros más a la izquierda y adiós a los embrollos que hay que resolver, adiós

a las preocupaciones que hay que enfrentar, adiós a los odios y las injusticias con las que uno tropieza... un buen final para una vida llena de altibajos, un último regalo, no apreciado, a un país ingrato, un empobrecimiento de la potencia bélica de Gran Bretaña que nadie conocería, ni calcularía, ni lloraría jamás.»

Una vez concluida la conquista de Serbia por los austríacos antes de finales de 1915, se abrió un nuevo frente de guerra el 8 de enero de 1916, cuando cuarenta y cinco mil soldados austríacos y cinco mil musulmanes bosnios atacaron Montenegro, la vecina y aliada de Serbia. La campaña comenzó con una descarga de quinientas piezas de artillería, así como también con ataques aéreos y marítimos. En menos de cuarenta y ocho horas, los montenegrinos se vieron obligados a abandonar el pico Lovcen, de 1.478 metros, «el Gibraltar del Adriático», y regresar a su capital, Cetinie. El 11 de enero cayó Cetinie. Seis días después se rindió Montenegro. «Es el fin para la pobre Montenegro, salvo los gritos —escribió en su diario, el 16 de enero, el diplomático estadounidense John Coolidge—. Cuando se encontró en una situación de emergencia, nadie acudió, de modo que se tuvo que marchar.» La guerra había durado nueve días. Las tropas montenegrinas que lograron escapar se sumaron a los fugitivos serbios en Corfú.

Aunque los austríacos no se enteraron hasta después de que ocurriera, el día en que atacaron Montenegro fue el mismo día que salieron del cabo Helles, en la península de Gallípoli, las últimas tropas británicas. Durante once días, habían rescatado a 35.268 soldados, sin ninguna baja. Haciendo un último esfuerzo por desafiar a los turcos, dejaron tras de sí bombas trampa, minas terrestres, centinelas falsos y fusiles «preparados» que empezarían a disparar cuando el agua que goteaba a través de una lata de arena cayera a otra lata, situada más abajo, que a su vez caería sobre el mecanismo del gatillo. Uno de los últimos militares británicos en marchar, el sargento Mannion, describió más adelante: «Cuando estábamos a un kilómetro y medio de la playa, nos ordenaron que bajáramos. En ese momento, hicieron estallar un gran polvorín que había en la orilla y escuchamos cómo caían los trozos de hierro sobre el techo de la barcaza. El mar estaba muy agitado y nuestra barcaza cabeceaba y daba bandazos como un corcho sobre las olas. Todos estábamos muy mareados. Corría el rumor de que se habían roto las amarras y los marinos así lo confirmaron. Nuestro cable se había roto e íbamos a la deriva, en un mar encrespado, frente a una costa enemiga. Pero nadie parecía demasiado preocupado. Habíamos salido sanos y salvos de Gallípoli, algo que ninguno de nosotros esperaba.»

Además de los hombres, se rescataron de la península 3.689 caballos y mu-

las, pero hubo que matar a quinientas ocho mulas y que abandonar 1.590 vehículos. El coste humano del esfuerzo queda registrado en las estadísticas de cada ejército. Habían muerto más de sesenta y seis mil soldados turcos y veintiocho mil británicos, 7.595 australianos, 2.431 neozelandeses y diez mil franceses. En dos monumentos conmemorativos, situados uno en Helles y el otro en Anzac, figuran los nombres de los militares británicos y de la Comunidad Británica de Naciones que no tienen una tumba conocida. En treinta y tres cementerios de guerra de la Comunidad Británica de Naciones que hay en la península están las tumbas correspondientes a los cuerpos que han sido encontrados. En la tumba del soldado de artillería J. W. Twamley, su pariente más cercano hizo inscribir las siguientes líneas:

Only a boy but a British boy,
The son of a thousand years.[1]

Un australiano desconsolado envió las siguientes líneas:

Brother Bill a sniping fell:
We love him still,
We always will.[2]

De unos padres que no podían encontrar consuelo en la religión procedía la pregunta:

What harm did he do Thee, O Lord?[3]

Los turcos, aliviados después de que su enemigo desapareciera de Gallípoli, transfirieron treinta y seis mil soldados desde allí a Mesopotamia, pero en el frente del Cáucaso el comandante ruso, el general Yudenitch, a pesar del frío atroz, que le costó que dos mil hombres quedaran incapacitados por congelación, hizo retroceder a los turcos hasta la ciudad de Erzerum, durante la batalla por la cual desertaron muchos soldados árabes que combatían con los turcos. Cuando por fin entraron en Erzerum a mediados de febrero, los rusos tomaron prisioneros a cinco mil soldados turcos, pero perdieron la capacidad de combate de otros dos mil de sus hombres de los suyos, a causa de la congelación. Persiguiendo a los turcos al oeste de Erzerum, los rusos tomaron cinco mil prisioneros más. Esos éxitos lejanos levantaron la moral de los rusos en su país, al menos momentáneamente.

Para Alemania, la agitación antibelicista en Rusia seguía siendo una manera de reducir las cargas en el frente oriental y, tal vez, de acabar con ellas por completo. El 11 de enero, más de diez mil trabajadores rusos se declararon en huelga en Nikoláiev, un puerto y base naval a orillas del mar Negro. Al cabo de dos semanas, la huelga llegó a Petrogrado, donde la cumplieron hasta cuarenta y cinco mil trabajadores portuarios. Tanto el descontento ruso con la guerra como las aspiraciones nacionalistas de los pueblos sometidos por Rusia llamaron la atención de Alemania. El 18 de enero, uno de sus agentes informó a Berlín que se habían establecido contactos con un revolucionario estonio, Keskula. No sólo las intrigas, sino también las realidades del campo de batalla, parecían apuntar a victorias alemanas. Esa semana, el jefe del Estado Mayor de la Marina alemana, el almirante Holtzendorff, expresó su confianza en la capacidad de sus submarinos para dejar totalmente fuera de la guerra a Gran Bretaña mucho antes del final de ese año. El nuevo comandante en jefe de la Flota Alemana de Alta Mar, el almirante Scheer, nombrado el 24 de enero, confiaba también en poder entablar combate con la principal flota británica en el mar del Norte y derrotarla.

Gran Bretaña se preparaba para una guerra larga con la misma confianza. El 27 de enero, se tomaron las primeras medidas para el servicio militar obligatorio. La permanente colaboración financiera de Estados Unidos permitía a Gran Bretaña conseguir fondos para comprar y fabricar armas.

En Alemania se había iniciado una campaña antiamericana, representada por una caricatura en la que aparecía el presidente Wilson soltando la paloma de la paz con una mano, mientras que, con la otra, entregaba municiones a los aliados. El día del cumpleaños del káiser, el 27 de enero, colocaron sobre la estatua de Federico el Grande en Berlín una bandera estadounidense, con crespones negros, y, escritas en letras doradas sobre un estandarte de seda, las palabras: «Wilson y su prensa no son Estados Unidos.» Las fotografías de esa corona se distribuyeron por toda Alemania. Un periódico alemán declaró: «Federico el Grande fue el primero en reconocer la independencia de la joven república, cuando se liberó del yugo de Inglaterra, que pagó el precio de su propia sangre durante años de luchas. Su sucesor, Guillermo II, recibe la gratitud de Estados Unidos en forma de frases hipócritas y suministros bélicos para su mortal enemigo.»

En el frente, las tropas alemanas festejaron el cumpleaños del káiser por adelantado, ya que, pocos días antes, habían gritado a los británicos que tenían enfrente: «Somos sajones y, después del 29, podéis quedaros con nuestras trin-

cheras y también con el káiser de mierda.» Unos soldados alemanes algo más entusiastas, que buscaban un regalo de cumpleaños para el káiser, atacaron las posiciones francesas al sur del Somme la noche del 28 de enero, invadieron la aldea de Frise y capturaron o mataron a todos los soldados franceses que encontraron. A primeras horas de la mañana siguiente, los alemanes atacaron una parte de la línea británica, cerca de Carnoy, que estaba en poder de los Liverpool Pals, uno de los primeros batallones de camaradas que llegaron al frente. Los repelieron y los Pals se entusiasmaron al ver que uno de los oficiales alemanes heridos que habían capturado, el teniente O. Siebert, llevaba la cinta de la Cruz de Hierro de Segunda Clase. Más tarde, ese mismo día, murió como consecuencia de sus heridas.

Los esfuerzos bélicos de la Entente prosiguieron sin pausa. En Mesopotamia, los británicos libraban una batalla constante y rigurosa contra los turcos, tratando de llegar a la guarnición sitiada de Kut, que pasaba casi desapercibida en medio de las noticias bélicas más accesibles del frente occidental. La fuerza de relevo que Kut esperaba con tanta desesperación se iba abriendo camino hacia el norte a fuerza de combates, encontrando una resistencia turca permanente, cuyo cerebro era un oficial alemán de setenta y dos años, el mariscal de campo Von der Goltz. En la batalla de Wadi, el 13 de enero, murieron más de doscientos soldados británicos e indios y mil cuatrocientos fueron heridos. Hubo todavía más bajas en la batalla de Hanna, ocho días después, en la cual murieron o quedaron heridos dos mil seiscientos atacantes. Las cuarenta y seis piezas de artillería de que disponían los británicos no bastaron para desalojar ni desmoralizar a los defensores turcos antes del ataque.

Uno de los oficiales británicos que combatieron en Hanna fue el futuro primer ministro británico, el capitán C. R. Attlee, que salió de las trincheras al frente de sus hombres, llevando una gran bandera roja para que la artillería británica conociera el paradero de la infantería a medida que avanzaba. La descarga de artillería resultó efectiva y apenas encontraron oposición turca, ni en la primera ni en la segunda línea de trincheras. Entonces Attlee llegó a la tercera línea turca. Más tarde, recordaría: «Cuando acababa de llegar hasta allí y estaba clavando la bandera en el suelo, me dio una metralla por detrás, que me levantó como si me hubieran dado un fuerte puntapié y me encontré sentado delante del soldado raso O'Neill. Dos chavales se me acercaron y me preguntaron si me habían dado y les dije que no lo sabía, pero cuando me levanté me di cuenta de que sí y de que no me podía mover.»

En sus memorias, Attlee recordaba que «un proyectil (disparado, según descubrí años después, por una de nuestras propias baterías) me metió una

bala en el muslo y un trozo de metralla en el trasero y tuvieron que sacarme del campo».

En un buque hospital en el Tigris, esa noche, dicen que un subteniente, al ver el tormento de los heridos que habían sido llevados a bordo, pero para los cuales, incluso allí, no era inminente ninguna atención médica, comentó a su sargento: «Supongo que esto es lo más parecido al infierno que probablemente veamos.» Irguiéndose como para responder a una pregunta formulada en la plaza de armas, respondió el sargento: «Diría que sí, señor.»

Uno de los que murieron en Hanna fue Robert Palmer, nieto de lord Salisbury, que fue primer ministro a principios del siglo XX, y primo del ministro de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey. Tres meses antes *The Times* había publicado un poema de Palmer, titulado «How Long, O Lord?» («¿Cuánto tiempo, Señor?»), al cual pertenecen los siguientes versos:

From sodden plains in West and East the blood
Of kindly men streams up in mists of hate,
Polluting Thy clean air: and nations great
In reputation of the arts that bind
The world with hopes of Heaven, sink to state
Of brute barbarians, whose ferocious mind
Gloats o'er the bloody havoc of their kind,
Not knowing love or mercy.[4]

La mañana después de la batalla de Hanna, los británicos pidieron una tregua de seis horas para enterrar a sus muertos y para recoger a sus heridos. En cuanto se izó la bandera blanca para indicar que comenzaba, varios árabes salieron corriendo de las líneas turcas y comenzaron a robar a los incapacitados y a los muertos. A los heridos los despojaban de sus ropas. A los que intentaban resistirse les llenaban la boca de arena y se la mantenían cerrada con fuerza, hasta que expiraban. Los oficiales turcos, horrorizados al verlo, acudieron en auxilio de los supervivientes.

La batalla de Hanna se libraba con la esperanza de relevar a los hombres que estaban sitiados en Kut. En el propio Kut, en contraste con el terrible calor estival, la agua nieve y el viento helado empeoraban la difícil situación y bajaban la moral de los atacantes y de los numerosos heridos que no disponían de atención médica inmediata. Uno de sus historiadores ha escrito: «Tendidos en charcos con agua hasta el tobillo, en medio de un mar de lodo, deben de haber conocido de cerca las profundidades de la agonía; en cualquier historia de los

sufrimientos que ha soportado el ejército británico, es probable que la tortura colectiva de la noche del 21 de enero de 1916 no tenga parangón desde Crimea.»[5]

E. O. Mousley escribió en su diario: «Un día negro para Kut en general y *para mí en particular.* A eso de las seis de la mañana, en medio de la más absoluta oscuridad, el agua irrumpió en nuestra línea del frente por el Reducto D e inundó las trincheras hasta el cuello. Todos los esfuerzos esmerados y obstinados de nuestros zapadores no pudieron detenerla.»

Los turcos también se habían visto obligados a salir de sus defensas por culpa del agua y tuvieron que retroceder. «Era muy raro verlos correr por la parte superior, donde antes sólo veíamos sus picos y sus gorras. [...] Bombardeamos sus masas andrajosas con gran júbilo.»

El general Aylmer, al mando de la fuerza que habían enviado para relevar Kut, ya no tenía tanta confianza en poder triunfar. «Tengo muchas dudas sobre la moral de buena parte de las tropas indias —telegrafió al general Townshend el 24 de enero—, sobre todo porque tengo graves sospechas del alcance de la automutilación entre ellos.» Ni siquiera con refuerzos pensaba que podría abrir una brecha hasta Kut. Townshend respondió que podría resistir «ochenta y cuatro días». Pero también se mostró desdeñoso con respecto a los indios. «Una o dos divisiones completamente británicas es todo lo que queremos —telegrafió a Aymler—. Ahora es buen momento para exigir que nos envíen de ultramar buenas tropas blancas y cuerpos de ejército para salvar y defender Mesopotamia, si al gobierno le parece que vale la pena defenderla.»

Las nuevas técnicas e invenciones añadían una dimensión más a la manera de hacer la guerra. El 29 de enero, se comenzó a probar el primer carro de combate británico. Hacía más de un año que Churchill había alentado a los inventores y técnicos expertos para que elaboraran un diseño eficaz y, cuando el Ministerio de Guerra se echó atrás, había proporcionado dinero de los fondos del Almirantazgo para comenzar los experimentos. También había alentado a los que creían, como él, que el carro de combate podía ser un arma eficaz para poner fin al punto muerto en la guerra de trincheras y para reducir de forma considerable la cantidad de víctimas, que había llegado a constituir el sello distintivo de todas las ofensivas en el frente occidental.

Alemania conservaba la supremacía en el aire. También en ese punto, cuando se encontraba en el Almirantazgo y en sus cartas desde las trincheras, Churchill había insistido en la importancia de crear una fuerza aérea poderosa, con la intención de proporcionar a los soldados que estaban en tierra la protección

tanto del reconocimiento aéreo como de la cobertura aérea. Para el público británico, la actividad aérea alemana seguía provocando alarma. El 31 de enero, nueve zepelines atravesaron el mar del Norte, llegaron hasta Gran Bretaña y lanzaron 389 bombas en el centro de Inglaterra.[6] Uno de los zepelines se estrelló en el mar a su regreso y murieron sus dieciséis tripulantes.

En la guerra en el mar, las bombas aéreas hundieron por primera vez un buque mercante el 1 de febrero. Se trataba del carguero británico *Franz Fischer*, que fue destruido por un avión alemán a poco más de tres kilómetros de las costas del Kentish Knock. Murieron trece miembros de su tripulación. Una semana después, 374 marinos franceses se ahogaron frente a Beirut cuando un submarino alemán torpedeó el crucero francés *Amiral Charner*, que se hundió cuatro minutos después de ser alcanzado. Hubo un solo superviviente. El submarino alemán era el *U-21*, a las órdenes de Otto Hersing, que ya había hundido un acorazado británico frente a las costas escocesas y dos frente a Gallípoli.

A mediados de febrero, se estaban elaborando dos planes, uno alemán y el otro anglofrancés; ambos pretendían obtener la victoria en el frente occidental. Los alemanes se encontraban en las etapas finales de la planificación de lo que pensaban que sería una guerra triunfal de desgaste, centrada en un ataque masivo y prolongado a la fortaleza francesa de Verdún. Elegida por Vauban en el siglo XVIII como la fortaleza vital en el camino a París, en 1792 Verdún se había rendido, al cabo de apenas dos días de batalla, a un ejército prusiano. La noticia de su caída había sembrado el pánico en París y fue la causa inmediata de las masacres que se produjeron allí en septiembre. En 1870, Verdún había capitulado ante los alemanes tras un asedio de seis semanas. En septiembre de 1914, Joffre había ordenado al general Sarrail que se retirase de Verdún como parte de una estrategia más amplia, pero Sarrail se había negado a hacerlo. A lo largo de 1915, las trincheras alemanas de la línea del frente habían estado a tan sólo dieciséis kilómetros del centro de la población. En ese momento iba a ser el principal objetivo del ejército alemán para 1916.

Mientras los alemanes hacían planes para atacar Verdún, los británicos y los franceses hacían preparativos para un gran avance en el Somme ese verano. Con plena confianza en tener éxito, el gobierno británico y el francés hicieron pública una declaración en El Havre, el 14 de febrero, diciendo que no podrían llegar a un acuerdo de paz con Alemania hasta que se restableciera la independencia de Bélgica y se pagaran indemnizaciones económicas por los daños provocados en Bélgica durante la ocupación alemana.

El 21 de febrero, los alemanes lanzaron su ataque sobre Verdún. Dos meses antes, Falkenhayn había recalcado al káiser que la determinación francesa de defender la histórica ciudadela que conduce a París desde el este «obligaría al Estado Mayor General francés a destinar a todos los hombres que tuvieran», en lugar de abandonar la fortaleza y encontrar otra línea que les costara menos defender. La ciudad de Verdún, que en 1870 había aguantado más que Sedan, Metz o Estrasburgo, estaba defendida por dos fortalezas principales, el fuerte Douaumont y el fuerte Vaux, y por unos quinientos mil hombres, contra los cuales los alemanes lanzaron un millón. La batalla duraría diez meses y un historiador la describió como «la mayor batalla de desgaste de la historia».[7]

Comenzó con un bombardeo de la artillería alemana que duró nueve horas, en el que intervinieron ochocientos cincuenta cañones pesados, a lo largo de un frente de doce kilómetros. El primer disparo, realizado por un cañón naval Krupp de 380 milímetros desde una distancia de alrededor de treinta kilómetros, dio en la catedral. Tras las nueve horas de bombardeo intenso, sin precedentes en la guerra, ciento cuarenta mil soldados de infantería alemanes avanzaron hacia las defensas francesas. El aporreo de los proyectiles había sembrado el caos en las trincheras y los refugios subterráneos de la línea del frente, sepultando a muchos hombres bajo una capa de tierra de la que no pudieron salir. «Resistiremos frente a los *boches*, aunque su bombardeo es infernal», informó esa noche una unidad desde la línea del frente. De sus mil trescientos hombres, más de la mitad habían muerto o estaban heridos. De cada cinco hombres, comentó un cabo, «dos han quedado enterrados vivos bajo su refugio, dos están heridos en mayor o menor grado y el quinto está a la espera».

Los alemanes habían utilizado granadas de gas el 21 de febrero. Al día siguiente, los franceses contraatacaron con un proyectil de fosgeno de fabricación propia. También abrieron una carretera para los suministros desde Bar-le-Duc, que pronto se conoció como *La Voie Sacrée*, el Camino Sagrado, cuya defensa se convirtió en un elemento decisivo en la lucha por Verdún. Por su parte, los alemanes desplegaron ciento sesenta y ocho aviones para mantener constantemente sobre la fortaleza patrullas de reconocimiento para la artillería.

El segundo día del ataque, los alemanes utilizaron su arma sorpresa: los lanzallamas, noventa y seis en total. El tercer día habían avanzado algo más de tres kilómetros y habían capturado tres mil soldados franceses. Ese día, 23 de febrero, las tropas francesas que resistían en la aldea de Samogneux fueron víctimas de un rumor, según el cual la aldea había caído en manos de los alemanes: en cuanto creyeron el rumor, la artillería que acababa de llegar a Verdún lanzó un bombardeo francés intenso y preciso sobre la aldea. Durante dos horas, los

defensores fueron bombardeados por su propio bando y después, al acabar el bombardeo, entraron los alemanes para sacar provecho. La aldea era suya. Uno de los que cayó prisionero, el teniente coronel Bernard, que había obedecido las órdenes de defender la aldea «a toda costa», fue conducido ante un augusto visitante que había llegado a la zona para asistir a la caída de Verdún y observaba la batalla por un periscopio: el káiser. «Nunca entrarán en Verdún», le dijo Bernard.

El 24 de febrero, los alemanes avanzaron un kilómetro y medio más y tomaron otros diez mil prisioneros. Las tropas francesas huían del frente, presa del pánico o destrozadas. Ese día, enviaron a la batalla a una división del norte de África, compuesta en su mayor parte por miembros de tribus marroquíes y argelinas, que se dio la vuelta y emprendió la huida en cuanto se encontró con una masa de alemanes que avanzaban hacia ellos. Algunos de los que huían no llegaron muy lejos. Un oficial francés intentó en vano detenerlos a la voz de mando. Entonces, como escribió posteriormente un oficial del Estado Mayor francés, «un sector de ametralladoras se puso a disparar a las espaldas de los hombres que huían, que cayeron como moscas».

El 25 de febrero, los alemanes capturaron el fuerte Douamont, cuyos defensores franceses no habían sabido apreciar la velocidad del avance alemán y muchas de las piezas de artillería que podrían haber prolongado la defensa habían quedado desguarnecidas o se las habían llevado para usarlas en otro sitio. Fue un desastre para Francia y un triunfo para Alemania. A dos oficiales alemanes les concedieron la *Pour le Mérite*. El káiser estuvo a mano para felicitarlos él mismo. Los alemanes estaban dispuestos a dejar de lado la idea de Falkenhayn de usar el ataque a Verdún para desangrar a Francia y, por el contrario, aprovechar la debilidad y el caos que había en Francia para avanzar hasta la ciudad misma. También era posible que esa noche los franceses hubieran decidido entregar Verdún, abandonar el saliente y retroceder hasta una línea más defendible. Pero no fue así: esa medianoche dieron la orden de defender Verdún al general Pétain, que estaba decidido a no dejar que la fortaleza cayera en poder de los alemanes. «Recuperad de inmediato todo trozo de tierra que hayan conquistado», insistió y al día siguiente dio la famosa orden: «No pasarán.»

Al cabo de cinco días de combates y una matanza considerable, la batalla continuaba. Douaumont siguió en poder de los alemanes, cuyos bombardeos constantes y violentos y cuyos ataques cotidianos, a pesar de lo terribles que eran para los defensores franceses, no les facilitaron el acceso a la ciudad. La se-

mana del 27 de febrero, los franceses trasladaron a Verdún, por la *Voie Sacrée*, ciento noventa mil hombres y veintitrés mil toneladas de municiones. Esa misma semana un inesperado deshielo primaveral convirtió el campo de batalla y la carretera en un lodazal, aunque el lodo no fue un elemento disuasorio para continuar la batalla ni para la intensidad de las descargas de la artillería. En las primeras cinco semanas de conflicto en Verdún, los soldados alemanes morían al increíble ritmo de uno cada cuarenta y cinco segundos. Los muertos franceses fueron incluso más. Según el biógrafo del káiser, Alan Palmer: «Recientemente, en este sector del frente occidental, los alemanes han sufrido un tercio de millón de bajas para ocupar un páramo lleno de cráteres, con una superficie igual a la mitad de la ciudad de Berlín.»

Ese mes de febrero, tras conquistar Serbia y Montenegro, los austríacos dirigieron sus fuerzas contra Albania. El 27 de febrero, ocuparon Durrës, después de que los italianos mataran a novecientas mulas y burros la víspera del día en que sus fuerzas y las albanesas evacuaron la ciudad. Su líder, Essad Pasha, se trasladó a Nápoles, donde estableció un gobierno albanés provisional. El gobierno serbio en el exilio permaneció en Corfú. Los británicos y los franceses, decididos a no permitir que las fuerzas austríacas y las búlgaras ejercieran un control indiscutible en los Balcanes, siguieron desembarcando tropas en Salónica. El 26 de febrero, cuando un buque destinado al transporte de tropas francesas, el *Provence II*, fue hundido por un submarino alemán frente a Cerigo, se ahogaron novecientos treinta soldados, aunque sobrevivieron mil cien que se incorporaron a la fuerza de Salónica y se enfrentaron a los riesgos que representaban no sólo el ejército austroalemán sino también las enfermedades. El 29 de febrero, un médico británico escribió al jefe de los oficiales médicos británicos en Salónica: «Todavía dispone de un período de gracia de unos dos meses, antes de que llegue al campo el General Malaria».

En Verdún, como consecuencia del elevado número de muertos que había todos los días, el 28 de febrero se celebró una conferencia de emergencia entre el príncipe heredero alemán, que comandaba el Quinto Ejército, y el general Falkenhayn. Aunque había desaparecido la sorpresa, comentó el príncipe heredero, se mantenían las perspectivas de una «victoria moral y material considerable». Para asegurarla hacía falta disponer de la cantidad necesaria de hombres y material para continuar la ofensiva «no gota a gota, sino a gran escala». Así se acordó. Pero entonces, el 2 de marzo, las fuerzas francesas repelieron un ataque alemán en Vaux. Uno de los franceses que fueron capturados ese día fue el capitán

Charles de Gaulle. Había sido herido de un bayonetazo que le atravesó el muslo. También hubo muchos heridos alemanes, que un general alemán describió «como una visión del infierno» al verlos pasar junto a su cuartel general. El pintor expresionista alemán Franz Marc escribió el 3 de marzo: «Hace días que sólo veo las cosas más terribles que una mente humana pueda pintar.» Al día siguiente lo mató un proyectil francés.

El 6 de marzo, en medio de una torrencial tormenta de nieve, los alemanes lanzaron un ataque a lo alto de Mort-Homme, en la margen izquierda del Mosa. El bombardeo preliminar de la artillería fue tan intenso como el del 21 de febrero. Cruzando el río en Brabant y Champneuville y con el apoyo del fuerte cañoneo procedente de un tren blindado, las tropas alemanas obtuvieron una ventaja inesperada cuando muchos de los proyectiles que les disparaban los franceses no estallaban sobre el suelo blando y pantanoso. Mort-Homme resistió, pero en el transcurso de dos días de combates se rindieron mil doscientos soldados franceses. Para mantener en la línea a los demás, el comandante de las fuerzas de la margen izquierda, el general De Bazelaire, advirtió que la artillería y las ametralladoras se volverían contra cualquier unidad que se retirara más.

El segundo día de la batalla por Mort-Homme, los alemanes capturaron el cercano *Bois des Corbeaux*. Encabezó el contraataque francés el teniente coronel Macker, que entró en las leyendas de la guerra porque dirigía a sus hombres «blandiendo el bastón y fumando tranquilamente un cigarro».[8] Después de atravesar el fuego de las ametralladoras y la artillería hasta llegar a un centenar de metros del bosque, Macker ordenó a sus hombres que calaran las bayonetas y atacaran. La fuerza alemana, tras la muerte de su propio comandante, retrocedió. En menos de una hora, el bosque volvió a estar en poder de los franceses. Más tarde, ese mismo día, otra unidad francesa echó a los alemanes de un bosque más pequeño en las cercanías. Cuando Macker se adelantó para felicitar a su comandante, ambos murieron por los disparos de una ametralladora alemana. Los hombres de Macker se desmoralizaron tras su muerte y, en un contraataque alemán, se volvió a perder el *Bois des Corbeaux*. La lucha por Mort-Homme continuó durante más de un mes. Hubo miles de muertos de ambos bandos, pero nunca se conquistaron los altos.

También morían a miles en la margen derecha del Mosa en la lucha por el fuerte Vaux. La aldea de Vaux cambió de manos trece veces durante el mes de marzo, pero el fuerte se mantuvo en poder de los franceses. Cuando al comandante alemán, el general Guretzky-Cornitz, le dijeron que finalmente habían tomado el fuerte, de inmediato transmitió la noticia al cuartel general alemán, que anunció la victoria al mundo. El káiser concedió al general la tan apreciada

Pour le Mérite, pero los hombres del general, que marchaban en columnas de cuatro para hacerse cargo del fuerte, fueron abatidos. Al final resultó que no habían conquistado el fuerte. Joffre, triunfal, envió una orden del día a los defensores: «¡De vosotros se dirá que "han bloqueado el camino hacia Verdún"!»

El 20 de marzo, en un ataque alemán al extremo occidental del saliente de Verdún, entre las aldeas de Malincourt y Avocourt, la 11.ª División Bávara estuvo al mando del general Von Kneussel, el mismo que, en 1915, había obtenido la *Pour le Mérite* por capturar la fortaleza de Przemysl, defendida por los rusos. Al principio, el ataque fue mal, porque muchos soldados de infantería alemanes quedaron enterrados vivos en los profundos centros de operaciones que habían excavado frente a la línea del frente francesa, que los franceses habían encontrado y habían hecho estallar. Pero las tropas francesas que tenían delante llevaban demasiado tiempo en las trincheras y tenían la moral baja. Algunos desertores llegaron hasta las líneas alemanas y proporcionaron información sobre los lugares por los que se podía atravesar la alambrada francesa. Cuatro horas después del ataque alemán, la posición francesa fue capturada; toda una brigada francesa fue rodeada y se rindió: 2.825 hombres, veinticinco ametralladoras y, para regocijo del corresponsal de guerra alemán que reveló la historia, una caja llena de medallas (la *Croix de Guerre*) a punto de ser distribuidas.

Dos días después, los alemanes trataron de ampliar sus éxitos, pero los ametralladores franceses, disparándoles desde tres lados distintos, provocaron dos mil cuatrocientas bajas alemanas y no les dejaron seguir. El presidente Poincaré, avergonzado por los desertores de Avocourt, podía respirar más aliviado, al menos por un tiempo.

Mientras continuaba el tormento de Verdún, llevaron a De Gaulle a un hospital militar alemán en Maguncia y a continuación al primero de varios campos para prisioneros de guerra situados más al este, de los cuales intentó, con gran ingenio, escapar. En una ocasión, llegó a cien kilómetros de la frontera suiza, pero seguía prisionero cuando acabó la guerra. Una de sus actividades como prisionero consistió en enseñar francés a un compañero de prisión, Mikhail Tukhachevsky, oficial del zar, de veintitrés años. Nombrado por Stalin mariscal de la Unión Soviética en 1935, Tukhachevsky fue ejecutado por Stalin dos años después. Como prisionero de guerra, le fue mejor que a De Gaulle, porque, en su sexta tentativa, logró regresar a Rusia y al servicio activo.

Para tratar de aliviar la presión sobre los franceses en Verdún, el 11 de marzo, el ejército italiano comenzó la quinta batalla en el frente del Isonzo. Sin embargo, tras cinco días de combates, hubo que interrumpirla de forma inesperada cuando el campo de batalla se volvió infranqueable como consecuencia de la

nieve y la lluvia. Las pocas ganancias que obtuvieron los italianos se perdieron cuando, al acabar la batalla, las granadas de gas austríacas los obligaron a evacuar sus nuevas posiciones.

Por el Camino Sagrado, cuyo nombre acuñó durante la batalla el escritor Maurice Barrès, los franceses lograban enviar hasta Verdún seis mil camiones por día, lo cual suponía un total de cincuenta mil toneladas de pertrechos y noventa mil hombres por semana, un ritmo de mantenimiento y sustento de un campo de batalla y de los ávidos cañones que no tenía precedentes en la guerra. Se empleaba el equivalente a una división entera para mantener la carretera y palearon alrededor de tres cuartos de millón de toneladas de grava para mantenerla firme. «Todos los colores que componían el imperio colonial francés se encontraban trabajando para mantener en funcionamiento la línea de salvamento de Verdún —escribió un historiador—: poderosos senegaleses [...] empuñaban picos junto a menudos y diligentes anamitas, vestidos con uniformes amarillos.»[9]

A finales de marzo, un oficial británico, el teniente Bernard Pitt, que antes de la guerra había dado clases de literatura inglesa en un centro de estudios para obreros en Londres, se encontraba en un alojamiento de reserva al norte de Arras. Este poeta aficionado a la campiña inglesa escribió a un amigo: «Imagínate que, leyendo a Wordsworth esta tarde, en un claro del bosque no contaminado, fijándome en los hermosos colores desvaídos de las alas de las mariposas que han hibernado y en sus suaves movimientos, sentí asco, hasta náuseas, ante la terrible perversidad de la guerra.» A pesar de haber intervenido varias veces en combates, «hasta ahora» había salido ileso. «Ahora estoy al mando de una batería de morteros de trinchera, un trabajo que me parece tan interesante como cualquier otro de la guerra. Ya sabes que todos anhelamos el fin de la guerra, ya sea mediante la paz o por la tremenda matanza que conduce a la paz. Verdún, sin duda, ha contribuido a que la guerra dure unos meses menos.»

Los ataques y contraataques diarios en torno a Verdún diezmaban por igual a defensores y atacantes, pero los franceses estaban tan decididos a no ceder la fortaleza como lo estaban los alemanes a desangrarlos allí. Durante un mes de combates, la línea del frente entre el fuerte Douaumont y el fuerte Vaux no fluctuó más de novecientos metros. No sólo los hombres, sino también los caballos, fueron víctimas de esa guerra de desgaste. En una de las últimas cartas que envió a su familia antes de morir, Franz Marc había exclamado: «¡Pobres caballos!» En un solo día murieron siete mil caballos como consecuencia de los

bombardeos a distancia de franceses y alemanes, noventa y siete por un solo proyectil disparado por un cañón naval francés.

En el frente del Cáucaso, los rusos seguían haciendo avances rápidos. La noche del 3 de marzo, durante una carga de bayonetas en el momento culminante de una tormenta de nieve, fue capturada la ciudad de Bitlis y cayeron prisioneros mil turcos. En la costa del mar Negro, las fuerzas rusas seguían desplazándose hacia el oeste de forma constante y ocuparon el puerto de Rize. Un triunfo político para Rusia, esa primera semana de marzo, fue que Gran Bretaña estuviera de acuerdo en permitir que Rusia prolongara hacia el sur su esfera de influencia en Persia, delimitada por primera vez en 1907.

Tras la evacuación de Gallípoli, el coronel turco Mustafá Kemal fue enviado al frente del Cáucaso y promovido al grado de general, con el título de *pasha*. Tenía treinta y cinco años. Otras tropas turcas habían sido enviadas de Gallípoli a Mesopotamia, donde, el 7 de marzo, los británicos intentaron, una vez más, abrir una brecha hasta los soldados sitiados en Kut. La fuerza de relevo había logrado avanzar a un ritmo constante, hasta que los minaretes de la ciudad sitiada quedaron al alcance de la vista, pero el ataque fracasó en Dujaila, a apenas tres kilómetros de Kut: tres mil quinientos atacantes murieron o resultaron heridos y echaron al general Aylmer. Retrocedió la fuerza de relevo y el sitio de Kut continuó.

Para tratar de retener a las tropas británicas y las italianas en el norte de África, los turcos habían seguido colaborando con los hombres de la tribu Senussi en Libia, en su alzamiento contra los británicos. Se había creado especialmente una Fuerza del Desierto Occidental, con base en Alejandría, para proteger a Egipto de un ataque y para tratar de rechazar a los senussi. Se envió un destacamento de vehículos blindados, encabezado por el duque de Westminster. Junto con la Brigada Escocesa de Sudáfrica, se internaron en el desierto en busca de la división turco-senussi, compuesta por siete mil hombres. Una de sus misiones principales consistió en liberar a noventa y dos prisioneros de guerra británicos que estaban en poder de los senussi: los oficiales y la tripulación de una patrullera de la Marina Real británica, la *Tara* (un ex buque correo irlandés, el *Hibernia)*, que habían sido torpedeados por los alemanes en el Mediterráneo oriental y entregados a los senussi. Los tenían prisioneros en un campamento remoto del desierto, en Bir Hakeim.

El 17 de marzo, los vehículos blindados llegaron hasta Bir Hakeim. Los prisioneros de guerra quedaron tan atónitos al verlos, que por unos momentos guardaron silencio. La mayoría de ellos sufría de disentería. Durante semanas se

habían alimentado de caracoles del desierto y pequeñas raíces. Para evitar un revés sorpresivo de la fortuna, el duque mandó fusilar a todos los guardias senussi.[10]

En el mar, el 22 de marzo, los británicos tuvieron éxito con una nueva arma, una carga de profundidad que fue arrojada por un barco frente a la costa suroccidental de Irlanda y destruyó un submarino alemán. No obstante, el balance de naufragios navales seguía siendo favorable a Alemania. El 23 de marzo, un submarino alemán torpedeó y hundió el transbordador *Sussex*, de la línea Folkestone-Dieppe, al que confundió con un buque para el transporte de tropas: se ahogaron cincuenta pasajeros, incluidos el compositor español Granados y tres estadounidenses. Un llamamiento estadounidense a los aliados, enviado dos meses antes, en el que se les solicitaba que no armaran los buques mercantes ni los de pasajeros, fue rechazado por Gran Bretaña y Francia ese mismo día, el 23 de marzo.

La guerra en el mar había llegado a tener pocas limitaciones en ambos bandos. El 28 de marzo, el Reichstag aprobó en Berlín una guerra de submarinos inmediata y sin restricciones. Dos días después, un submarino alemán hundió en el mar Negro el buque hospital ruso *Portugal*, diciendo que lo había confundido con un buque para el transporte de tropas; se ahogaron ciento quince personas, entre pacientes, enfermeras y tripulantes. Cuando cinco semanas después hundieron el *Cymric*, un buque de pasajeros que se dirigía a Estados Unidos, provocando cinco muertos, fue el trigésimo séptimo buque de pasajeros desarmado que hundían los submarinos alemanes desde el *Lusitania*.

No sólo la guerra de submarinos, sino también la ocupación, fueron despiadadas. El 1 de abril, al amanecer, en la Bélgica ocupada por los alemanes, las autoridades de ocupación ejecutaron a una belga, Gabriel Petit, que había sido una de las distribuidoras del periódico clandestino *Libre Belgique*. En el juicio confesó otra de sus actividades: ayudar a atravesar las líneas, de forma clandestina, a posibles reclutas belgas para el ejército belga. Una vez condenada a muerte, la tuvieron dos semanas en la cárcel con la esperanza de que la perspectiva de la muerte la indujera a traicionar a sus colegas, pero se negó a ceder ante coacciones mentales ni físicas.

Dentro del imperio otomano también había algunos que consideraban patriótico oponerse al régimen. No sólo los armenios, sino también los árabes, sufrían como consecuencia de los temores turcos a las aspiraciones nacionalistas de los pueblos que tenían sometidos. En Beirut, un cristiano maronita, Yusuf al-

Hani, había solicitado apoyo francés para la independencia de Líbano, incluso antes de la guerra. Tanto él como otras sesenta personas que pensaban lo mismo decidieron invitar a los franceses a entrar en Levante como protectores de Líbano, pero fueron arrestados antes de que pudieran hacer mucho más que debatir la idea. Cuando un agente británico se puso en contacto con ellos en la prisión de Aley, uno de ellos le preguntó: «¿Dónde están los ingleses? ¿Dónde están los franceses? ¿Por qué nos abandonan así?» Yusuf al-Hani fue ahorcado en Beirut el 5 de abril.

Durante todo el mes de abril, las tropas británicas estuvieron combatiendo en el frente occidental, aunque la batalla principal continuó en Verdún. A finales de marzo, el número de muertos y heridos allí había alcanzado los ochenta y nueve mil franceses y los 81.607 alemanes. El 1 de abril, el káiser declaró: «El final de la guerra de 1870 se decidió en París; el de esta guerra se decidirá en Verdún.» Ocho días después, en un nuevo intento por capturar Mort-Homme, los alemanes se vieron obligados a retroceder, dejando dos mil doscientos muertos y heridos en el campo de batalla. Ese día, Pétain exhortaba a sus tropas: «Tened valor; los venceremos.»

En el frente oriental, los rusos habían sido rechazados en los alrededores del lago Naroch y sufrieron doce mil bajas por congelación, pero, el 14 de abril, el día que acabó la batalla de Naroch, el general Brusilov propuso un plan para atacar en un amplio frente el mes siguiente y comenzó a hacer planes, en el momento preciso en que los británicos estaban organizando su ofensiva en el Somme para junio. La intensidad de la participación alemana en Verdún parecía un augurio esperanzador para ambas ofensivas.

Lo que no estaba claro era hasta qué punto las tropas rusas eran capaces de emprender una ofensiva intensa. El 10 de abril, durante la pascua ortodoxa rusa, había habido treguas en el frente austríaco, durante las cuales los soldados de cuatro regimientos rusos habían atravesado las líneas austríacas para confraternizar, en un día tan solemne y festivo. Los austríacos tomaron prisioneros a más de un centenar de rusos. El 18 de abril, Brusilov se vio obligado a expedir una directriz contundente: «Declaro de una vez y para siempre que el único contacto que se puede tener con el enemigo es el de los cañones y las bayonetas.»

Uno de los que se enfrentaron a los rusos ese mes fue Richard Sorge, que había sobrevivido al bautismo de fuego del Batallón de Estudiantes en Dixmude, en octubre de 1914, y había sido herido en la pierna en Galitzia, en junio de 1915. En ese momento tenía rotas las dos piernas por la metralla; lo llevaron al hospital en Königsberg, pero le quedó una cojera permanente. Por su valor en

la acción, le concedieron la Cruz de Hierro de Segunda Clase. Al reanudar sus estudios, se volcó hacia el marxismo y el comunismo y a la carrera de espía, que acabaría con su ejecución, durante la segunda guerra mundial.

Ese abril, hubo combates y preparativos para más combates en todos los frentes de la guerra. Desde las trincheras del frente occidental por cuarto mes, Churchill escribió a su esposa el 14 de abril con un mal presentimiento: «Temo mucho el resultado general. Me doy cuenta, más que nunca, de lo monstruosa que es la tarea, y la imprudencia con que se dirigen nuestros asuntos a veces casi me hace desesperar de alcanzar una solución victoriosa. Los mismos dirigentes que han atendido durante tanto tiempo a la opinión pública y a las inducciones de los periódicos no tendrán reparos en defender una paz que lo incluya todo... si ése es el ánimo que prevalece en el país.»

A continuación, Churchill le preguntaba a su mujer: «¿Te parece que triunfaríamos en una ofensiva, si los alemanes no lo consiguen en Verdún, con toda su habilidad y su ciencia? Nuestro ejército no es como el suyo y, evidentemente, su Estado Mayor está casi intacto y ha aprendido de su experimento triunfal; el nuestro sólo representa la capacidad mental de nuestro pequeño y pobre ejército en tiempos de paz, al cual no se incorporaría casi ningún hombre realmente capaz. Somos niños, en comparación con ellos. Y en esta guerra de trincheras, día a día, pierden la mitad que nosotros, en mi opinión.»

Entre los que murieron en el saliente de Ypres el 18 de abril había un voluntario canadiense, el sargento mayor S. Godfrey, de cuarenta y siete años. En su lápida se lee la siguiente inscripción: «Pasada la edad militar, respondió al llamado de la madre patria.» Con palabras similares para expresar los hechos y su afecto, cientos de miles de padres, viudas y niños han perpetuado el recuerdo de algún ser querido.

Durante el mes de abril, se intensificaron los ataques de la aviación alemana a Gran Bretaña. Bombardearon Sunderland la noche del 1 de abril; Leith y Edimburgo, la noche siguiente y el este de Londres, cinco veces, ese mes. Los objetivos eran los muelles y las instalaciones navales, pero la mayoría de las víctimas fueron civiles. La muerte también llegó por accidente a los civiles que participaban en la campaña solidaria. El 2 de abril, la explosión accidental de una fábrica de municiones en Faversham, en Kent, mató a ciento seis obreros, muchos de ellos mujeres. En abril de 1916, había casi doscientas mil mujeres empleadas en las industrias bélicas.

El 20 de abril, se formó en Francia un escuadrón aéreo especial, en torno a

ciento ochenta ciudadanos estadounidenses que se habían presentado como voluntarios para combatir contra Alemania en el aire. El escuadrón fue bautizado con el nombre de *Escadrille Lafayette*, en honor del aristócrata francés que había combatido contra los británicos en la guerra revolucionaria de 1776, y sus pilotos abatieron hasta doscientos aviones alemanes, por la muerte en acción de cincuenta y uno de sus voluntarios.

Mientras tanto continuaba el entrenamiento para la ofensiva anglofrancesa prevista en el Somme. El 25 de abril, Siegfried Sassoon asistió a una conferencia sobre la bayoneta que dio un comandante y después recordaba algunas de las frases que dijo:

«Si no lo matas tú, te matará él.»

«Clávasela entre los ojos, en la garganta, en el pecho o alrededor de los muslos.»

«Si está huyendo, sólo cabe una posibilidad: clávale la bayoneta en los riñones; penetra con tanta facilidad como si fueran de mantequilla.»

«¡Mátalos, mátalos! ¡El único *boche* bueno es el que está muerto!»

«Rapidez, ira, fuerza, rabia, buena puntería. No malgastes buen acero. Ciento cincuenta milímetros son suficientes, ¿para qué sirven treinta centímetros de acero que salen del cuello de un hombre? Basta con menos de un centímetro y cuando tosa, ¡a por otro!»

Durante su entrenamiento, Sassoon escribió un poema, «The Kiss» («El beso»), dedicado a la bala y a la bayoneta: el plomo y el acero con los que combatía el soldado y de los cuales dependía su vida.

To these I turn, in these I trust –
Brother Lead and Sister Steel.
To this blind power I make appeal,
I guard her beauty clean from rust.

He spins and burns and loves the air,
And splits a skull to win my praise;
But up the nobly marching days
She glitters naked, cold and fair.

Sweet Sister, grant your soldier this:
That in good fury he may feel
The body where he sets his heel
Quail from your downward darting kiss.[11]



Soldados británicos con civiles franceses delante de una furgoneta de la Cruz Roja. (AISA.)



Soldados franceses colocándose las mascarillas antigás ante un inminente ataque alemán durante la batalla de Verdún, en 1916. (AISA.)



Tropas italianas dirigiéndose a la quinta batalla del río Isonzo (1915), lugar donde se produjeron los principales enfrentamientos entre los italianos y el ejército austro-húngaro desde que Italia entró en guerra el 23 de mayo de 1915. (AISA.)

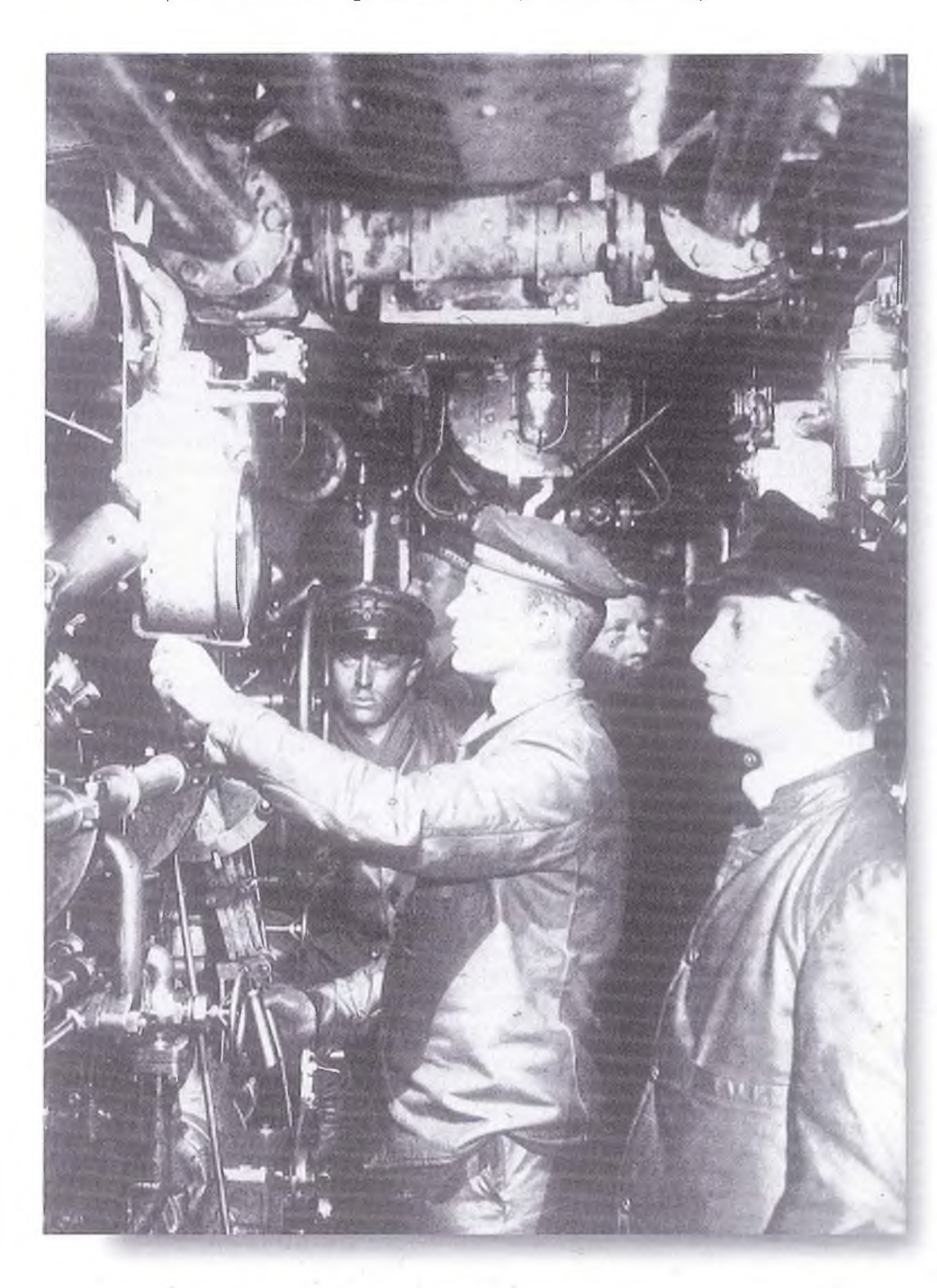


La gran flota británica, al mando del almirante Jellicoe, en ruta para encontrarse con la flota alemana en la batalla de Jutlandia (1916), el mayor enfrentamiento de acorazados de la historia. (AP.)

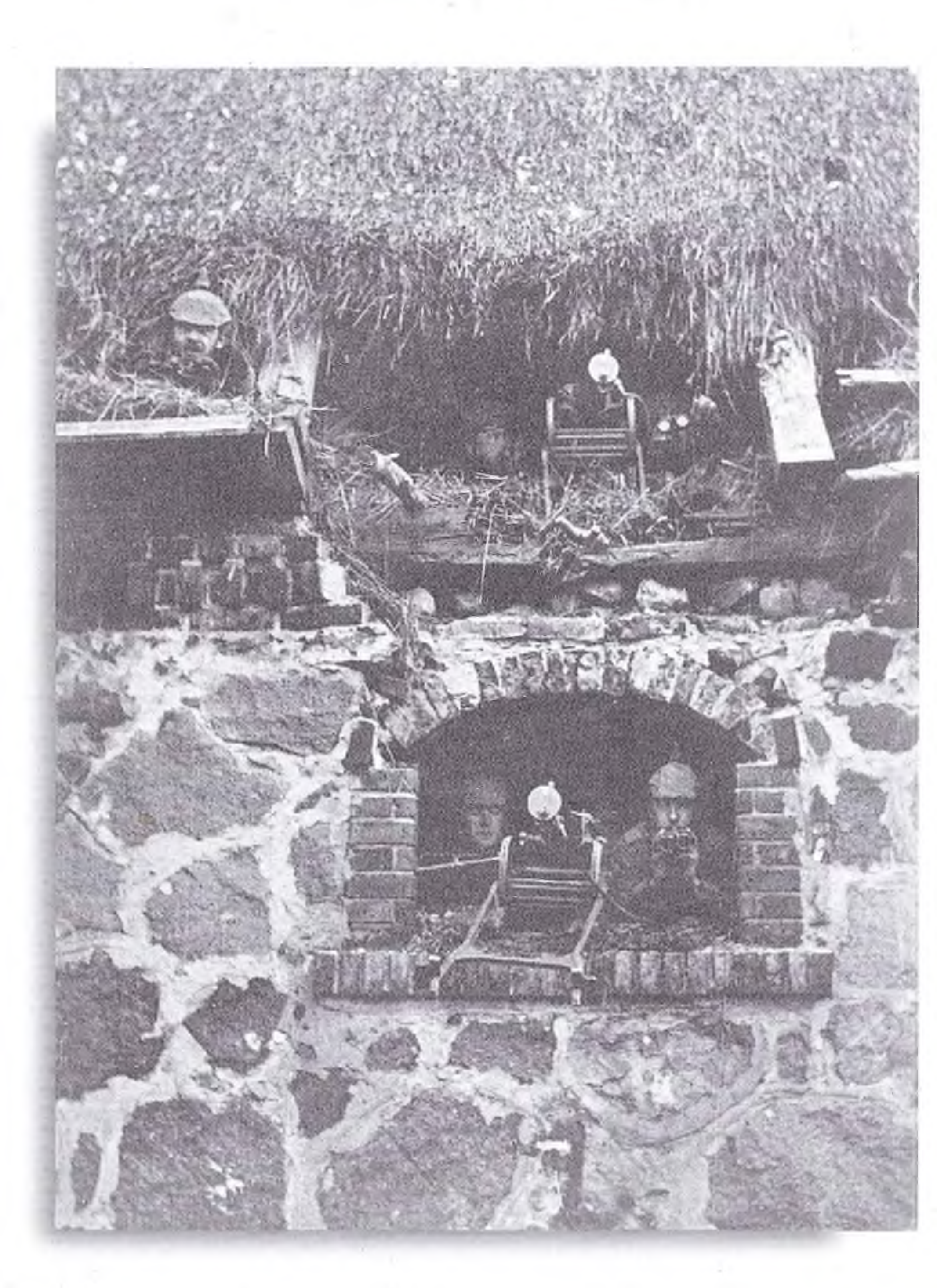
Un mortero de 280 mm en el frente italiano. La artillería de gran calibre jugó un importante papel psicológico, además de bélico. (Archivo Arlanza.)

Soldados turcos rindiéndose en Mesopotamia, 1917. Los británicos tenían una clara superioridad sobre las pobremente entrenadas y pertrechadas tropas del sultán. (Archivo Arlanza.)

Interior de un submarino alemán. Durante la primera guerra mundial los alemanes utilizaron masivamente la guerra submarina para intentar asfixiar al Reino Unido. Su estrategia de hundir sin distinciones a cualquier barco que se acercara a las islas fue la principal causa de la intervención estadounidense en el conflicto a partir de 1917. (Archivo Arlanza.)



Fortificación alemana en Francia. A lo largo de cientos de kilómetros se sucedían trincheras y fortificaciones que cubrían desde la frontera suiza hasta el canal de la Mancha, formando un frente que no se movió más que unos kilómetros de un lado o del otro entre 1914 y 1918. (Archivo Arlanza.)





Primeros auxilios de la Cruz Roja a un soldado ruso herido por el fuego alemán. La movilidad del frente oriental contrastaba enormemente con el estancamiento del occidental. (AISA.)

Los cazas de la Jasta 11 de Manfred von Richthofen. Se pueden apreciar los vistosos diseños de estos aviones que formaban el denominado «circo volante». El avión del Barón Rojo, completamente pintado de rojo, es el segundo. (AISA.)

Llegada a Francia del general Pershing, comandante en jefe de las tropas estadounidenses enviadas a Europa, en junio de 1917. La llegada de los americanos a Francia desequilibraría la balanza de la guerra a favor de los aliados. (AISA.)



Paul von Hindenburg, mariscal de campo del ejército alemán, fue el héroe de la batalla de Tannemberg, por lo que se convirtió en el comandante en jefe de las tropas germanas. (AISA.)





Trinchera alemana. Se puede observar
el hacinamiento en que vivían los soldados
en el frente, problema que se agravaba con
el mal tiempo, la falta de higiene
y los constantes bombardeos.
(Archivo Arlanza.)

Entre aquellos que en Inglaterra oyeron hablar en abril de los sufrimientos en el frente occidental cabe mencionar a Winifred Holtby, que por entonces tenía casi dieciocho años. Un amigo suyo había sido herido en un hombro y lo habían enviado a Inglaterra para que se recuperase. Con él, escribió ella más tarde, había soportado, a través de terceros, «todas las atrocidades que él había visto en el frente: los rostros mudos destrozados; las costillas humanas en las que hurgaban sigilosamente las ratas; el caballo frenético, torturado, al que le habían arrancado una pata, o un cuarto, pero que seguía vivo; las granjas pudriéndose y los campesinos aturdidos y desesperados; el sufrimiento de sus innumerables camaradas; el desierto de la tierra de nadie; y todo el estruendo y los quejidos de la guerra; y el hedor y el frío helado de la guerra; y el impulso (esa presión insensible y permanente que ejerce alguna fuerza superior) que arrojaba al horno millones de corazones y cuerpos humanos calientes, de esperanzas y amores humanos vivos».

El 28 de abril, el subteniente Bernard Pitt salió de las trincheras durante veinticuatro horas. «Me he ganado un día de descanso —escribió a un amigo— y estoy sentado bajo un castaño, al borde de esta aldea medio en ruinas, con cerezos y perales en flor cerca de mí en las calles destrozadas, un campo de dientes de león y margaritas a mis pies, sobre el cual revolotean las golondrinas.» La profusión de flores y aves deleita la vista de Pitt. «Las mariposas de colores chillones se abanican en las manchas de sol y los escarabajos de color bronce y negro se dedican sigilosamente a sus asuntos. Sin embargo, los bosques han sido profanados por la guerra.»

El 30 de abril, los alemanes lanzaron su tercer ataque con gas en cuatro días contra las unidades británicas del frente occidental, a lo largo de un frente de tres mil doscientos metros. Con un viento de más de quince kilómetros por hora, el gas se extendió hasta diez kilómetros detrás de la línea británica. Un informe de la época, que entonces se mantuvo en secreto, describía que la hierba y otras plantas «se habían vuelto amarillas por el gas, incluso a un kilómetro de la línea del frente. En las trincheras murieron gran cantidad de ratas. Once vacas, veintitrés terneros, un caballo, un cerdo y quince gallinas murieron en campos situados detrás de las líneas [...]». Se había avisado a los soldados con tiempo de sobra para que se pusieran sus máscaras de oxígeno, pero, como destacaba el informe, «la velocidad con que la nube llegó a las trincheras y la concentración del gas eran tales que cualquier hombre habría sido víctima del gas si hubiese dudado en lo más mínimo en ponerse la máscara o si hubiese cometido alguna torpeza en el momento de ajustarla.»

Ochenta y nueve soldados británicos murieron ese día como consecuencia del gas y quinientos más quedaron incapacitados. Los que «murieron rápidamente en las trincheras», destacaba el informe, echaban «mucha espuma [...] los accesos de tos también fueron una característica destacada en las primeras etapas». Algunos hombres, «ya sea porque experimentaban una leve irritación en los ojos o los pulmones, porque les había entrado un poco de gas en el casco, o bien porque, creyendo que el olor de las sustancias químicas con las que se había tratado la tela significaba que era defectuosa y dejaba pasar el gas, se arrancaron los cascos y fueron víctimas de la nube.»

Uno de los que murieron el 30 de abril fue el subteniente Bernard Pitt, que estaba a cargo de una batería de morteros de trinchera. «Su esposo estaba observando los disparos desde las trincheras del frente —escribió a su viuda el oficial al mando— y acababa de hacer regresar a sus morteros al hombre que estaba con él, cuando los alemanes hicieron estallar una mina cerca de allí y no hemos podido encontrar rastros de él desde entonces.»

A mediados de abril, la Entente consiguió una nueva afluencia de fuerzas en Salónica, cuando llegaron hasta allí los primeros soldados serbios, de un total de ciento veinticinco mil, en buques anglofranceses para el transporte de tropas y escoltados por buques de guerra franceses y británicos, de Corfú a Salónica. Allí se los incorporó al Ejército de Oriente, formado por cuarenta y dos mil hombres. Las fuerzas francesas, británicas y serbias entrarían juntas en acción. Durante los cuatro días de viaje, no se hundió ninguno de los transportes franceses ni británicos; sin embargo, frente a las costas de Malta se ahogaron ciento veinticuatro marinos cuando el acorazado británico *Russell* chocó contra una mina.

En el frente italiano, los italianos obtuvieron pequeñas ganancias entre los picos montañosos y la espesa capa de nieve, a cambio de numerosas pérdidas. El 14 de abril, uno de los nietos de Garibaldi, el capitán Menotti Garibaldi, recuperó la Punta Serauto, de 2.961 metros, en los Alpes Dolomitas, después de que la hubieran conquistado y después perdido. En Mesopotamia, los soldados indios que estaban en la guarnición británica sitiada de Kut quedaron reducidos primero a comerse sus caballos y después a tomar comprimidos de opio para calmar los retortijones del hambre. La fuerza que iba a relevarlos desde enero todavía no había podido pasar; cabe destacar que los turcos que tenían enfrente estaban entonces al mando de oficiales alemanes. Tampoco los rusos fueron capaces de descender desde el norte para efectuar un rescate desde la retaguardia, a pesar de sus otras victorias sobre los turcos

en el frente del Cáucaso y de la captura del puerto de Trebisonda, en el mar Negro, el 18 de abril. En un valeroso esfuerzo por colar provisiones, quince hombres se presentaron como voluntarios para trasladar doscientas setenta toneladas de alimentos en un barco de vapor con paletas, el *Julnar*. La expedición, al mando de un ex empleado de la Compañía de Navegación del Tigris y el Éufrates, el capitán de corbeta Cowley, y el teniente H. O. B. Firman, quedó atrapada en las defensas turcas de alambre de acero cuando se encontraba a trece kilómetros de Kut por el río y fue tomada prisionera. Cowley fue ejecutado por los turcos y Firman murió en cautiverio; a ambos les concedieron la Cruz de la Victoria a título póstumo.

Era evidente que la guarnición de Kut no podría resistir mucho más. El 27 de abril, tres oficiales británicos, entre ellos el capitán T. E. Lawrence («Lawrence de Arabia»), ofrecieron a los turcos un millón de libras esterlinas en oro si dejaban salir en paz a las tropas sitiadas para reunirse con las fuerzas británicas que estaban en el sur. «Sus valientes tropas serán nuestros huéspedes más sinceros y valiosos», fue la respuesta del comandante turco. La guarnición de Kut siguió resistiendo y los turcos, esperando pacientemente su caída, inevitable e inminente. Las tropas rusas en Persia, que se dirigían hacia el oeste desde el paso de Paitak, se acercaban al límite de Mesopotamia, aunque todavía se encontraban a más de ciento sesenta kilómetros de Bagdad.

Incluso más lejos de las principales zonas de guerra europeas, los británicos, los belgas y los sudafricanos seguían librando una batalla continua en el este de África contra las fuerzas alemanas que estaban allí. A pesar de las largas marchas y de los numerosos y fuertes enfrentamientos, los alemanes, dirigidos por el intrépido general Von Lettow-Vorbeck, no estaban dispuestos a rendirse.

La guerra estaba en su vigésimo primer mes. Ese mes de abril, en el Reichstag, el dirigente de los socialdemócratas alemanes, Karl Liebknecht, enfureció a la masa patriótica de parlamentarios cuando interrumpió al canciller para declarar que Alemania no era libre y que el pueblo alemán no había deseado la guerra. En Kienthal, en la neutral Suiza, el lunes de pascua se reunió la Segunda Internacional Socialista para buscar una actitud común. Asistieron socialistas tanto franceses como alemanes, que denunciaron que la guerra era una conspiración capitalista, que se combatía en beneficio de la especulación armamentista y las ganancias territoriales. En un ambiente semejante, no es extraño que el exiliado ruso Lenin no lograra convencer a los delegados de su punto de vista: que la guerra era de agradecer, como un preludio necesario e inevitable a la caída del

capitalismo a través de la guerra civil. Diez días antes de que se celebrara la conferencia, la policía secreta rusa había informado de que existía un ambiente revolucionario entre algunos de los dos mil conductores de la Escuela de Conductores Militares de Petrogrado.

El día que los dirigentes antibelicistas socialistas se reunieron en Kienthal, estalló en Dublín una revuelta antibritánica. Desde que estalló la guerra, el nacionalista irlandés sir Roger Casement había estado presionando a los alemanes para que se tomaran en serio el potencial de la rebelión irlandesa. A raíz de los esfuerzos de Casement, el 2 de abril se había enviado a la costa atlántica de Irlanda un pequeño buque mercante alemán, el *Aud*, con veinte mil fusiles y un millón de balas. Tres semanas después un submarino alemán, el *U-19*, trasladó al propio Casement desde Alemania a la bahía de Tralee, en la misma costa. Pero un balandro de la Marina Real británica, el *Bluebell*, interceptó al *Aud*, que se hundió sin poder descargar su cargamento. Casement, que llegó a la costa en una balsa hinchable, fue arrestado cuatro días después, juzgado y ejecutado por traición.[12]

A pesar del arresto de Casement, la sublevación del lunes de pascua siguió adelante, si bien una duda de último momento hizo que uno de sus dirigentes, Eoin MacNeill, cancelara las órdenes de movilización del sábado, de modo que, en lugar de cinco mil hombres, tan sólo mil salieron de su cuartel general en el Liberty Hall hacia el centro de Dublín. Allí tomaron la Oficina de Correos, los tribunales, el parque de Saint Stephen's Green y varios lugares más. Desde las escalinatas de la Oficina de Correos se proclamó la república irlandesa y se leyó una proclama, en la que se describía a los alemanes como los «valientes aliados» de la república en Europa, «sin prestar demasiada atención al hecho —según ha escrito un historiador— de que la flor y nata de los irlandeses llevaba veinte meses luchando contra esos aliados europeos».[13]

Los primeros militares que se enviaron contra la Oficina de Correos eran irlandeses de los dos regimientos irlandeses que se acababan de reclutar, el 3.° de Fusileros Reales Irlandeses y el 10.° de Fusileros Reales de Dublín. Disparando desde el mar, la cañonera *Helga* destruyó el cuartel general de los rebeldes en el Liberty Hall. Contra las expectativas de los rebeldes, no se produjo ninguna sublevación popular para apoyarlos y, al cabo de una semana, habían sido derrotados. Durante los enfrentamientos, murieron sesenta y cuatro de los rebeldes y por lo menos doscientos veinte civiles que quedaron entre dos fuegos y que fueron víctimas de los ataques de la artillería a los edificios defendidos por los rebeldes; también murieron ciento treinta y cuatro soldados y policías en el

aplastamiento de la rebelión. Quince de los líderes rebeldes fueron ejecutados. El decimosexto, Eamon de Valera, profesor de matemáticas, se salvó de la ejecución por ser ciudadano estadounidense.[14]

Esa primavera, el gobierno británico había presentado dos medallas nuevas al valor, la Cruz Militar, para los oficiales, y la Medalla Militar, que se podía conceder tanto a hombres como a mujeres. La Medalla Militar se había concebido sobre todo para los soldados rasos, pero entre los primeros que la recibieron figuraban dos enfermeras, a las que se concedió por su «valor ante los disparos» durante el alzamiento de pascua.

Como había demostrado la experiencia británica en Irlanda, el conflicto que había estallado en el otoño de 1914 en los frentes de batalla y en los océanos y había llegado a concentrarse, en 1915, en líneas paralelas de trincheras, ya no se podía limitar a la confrontación de ejércitos contrarios. Las ideologías, tanto nacionales como políticas, también eran capaces de desencadenar la violencia.

Capítulo XIII

«EUROPA ESTÁ LOCA. EL MUNDO ESTÁ LOCO»
De abril a junio de 1916

Mientras Gran Bretaña aplastaba la sublevación de pascua en Dublín, sus diplomáticos repartían Asia Menor en un acuerdo secreto con Francia. En Levante, Francia controlaría el litoral libanés, con capital en Beirut. Un estado árabe soberano en Siria, con capital en Damasco, quedaría bajo la protección de Francia. Gran Bretaña tendría soberanía sobre la ciudad puerto de Haifa y la ciudad de los cruzados de Acre, con lo cual controlaría la bahía que serviría como la terminal, en el Mediterráneo, de los oleoductos procedentes de Mesopotamia. Palestina quedaría bajo la triple protección de Gran Bretaña, Francia y Rusia. Un estado árabe, con protección británica, se extendería desde el Mediterráneo hasta el mar Rojo.

Se trataba de una partición considerable, pero Turquía no estaba derrotada, ni mucho menos. El acuerdo, negociado en París por sir Mark Sykes y Georges Picot, quienes le dieron el nombre por el cual se conoce, se firmó el 26 de abril de 1916. Tres días después se rindieron en Kut las fuerzas británicas e indias. Para los turcos, fue una victoria tan importante como lo había sido, tres meses antes, la evacuación de la península de Gallípoli. El día anterior, ofrecieron a los turcos dos millones de libras esterlinas en oro y la promesa de que ninguno de los hombres que obtuvieran la libertad sería enviado a luchar contra ellos, pero la oferta fue rechazada. Tras la rendición se llevaron cautivo al ejército de Townshend.

Más de nueve mil hombres se rindieron a los turcos el 29 de abril. En Gran Bretaña eso produjo una fuerte impresión: más hombres se habían rendido en Kut al despreciable turco que los que se habían rendido a los estadounidenses en Yorktown.[1] Más de dos mil quinientos hombres malheridos y enfermos fueron puestos en libertad, a cambio de que se liberara del cautiverio británico la misma cantidad de prisioneros de guerra turcos. El 30 de abril, la guarnición de Kut marchó hacia el cautiverio en la distante Anatolia.

Demasiado tarde para salvar a la guarnición de Kut, el 3 de mayo, llegó un destacamento de tropas rusas a la frontera de Mesopotamia, donde se enteraron de su rendición. Cruzaron la frontera y capturaron la población mesopotámica de Khanikin, pero ya no siguieron más. Las tropas rusas no conseguirían nunca el objetivo de sus amos de antes de la guerra de llegar hasta las cálidas aguas del golfo Pérsico.

En los combates que se libraron en el frente occidental durante 1915 habían muerto más de siete mil soldados indios. En Gallípoli murieron mil setecientos. En Mesopotamia, las bajas indias superaron los veintinueve mil hombres; fue el teatro en el que más sufrieron. Desde Mesopotamia regresaron por mar a Bombay miles de soldados indios heridos. El editor de *The Times of India*, Stanley Reed, furioso al ver «pasar constantemente hombres destrozados», publicó un editorial sobre el fracaso de las autoridades. «Los pobres enfermos, que deberían haber sido tratados como convalecientes, regresaban en los buques comunes para el transporte de tropas; miles que deberían haber sido tratados como casos de hospital fueron trasladados en transportes de cualquier tipo.»

De los ochocientos cincuenta mil soldados indios que salieron del subcontinente durante la primera guerra mundial, cuarenta y nueve mil murieron en los combates. India también contribuyó a los aspectos materiales de la lucha aliada, como la fabricación de quinientos cincuenta y cinco millones de balas y más de un millón de proyectiles. Más de cincuenta y cinco mil indios prestaron servicio en el Cuerpo de Trabajo Indio como carniceros, panaderos, carpinteros, zapateros, sastres y lavanderos. Muchos realizaron tareas insignificantes en zonas que estaban al alcance de la artillería enemiga. En Delhi se ha erigido un arco monumental en homenaje a las bajas indias, la sangre que ha aportado India al esfuerzo bélico aliado.

La determinación de Turquía de no ceder el control de su imperio se manifestó en Siria el 6 de mayo, cuando, por órdenes del gobernador, Jamal Pasha, ahorcaron a veintiún árabes sirios (catorce en Beirut y siete en Damasco), que eran destacados defensores de una «autonomía siria». Entre los que fueron ahorcados en Damasco figura un senador del Parlamento otomano de Constantinopla, Abd al-Hamid al-Zahrawi. Cuando lo estaban colgando, la cuerda se rompió bajo su peso. El verdugo no lo dudó y lo intentó por segunda vez, con éxito. Más adelante, ese mismo mes, fueron ahorcados otros dos líderes árabes, esta vez en Jerusalén: el muftí de Gaza, Ahmed Arif al-Husseini, y su hijo Mustafá.

A los dos los atraparon cuando salían de Gaza para sumarse a la revuelta árabe en la región de Hedjaz.

Por las ejecuciones se conoce a Jamal Pasha con el nombre de «el Sanguinario». Se intensificó el sentimiento antiturco en todo el Mediterráneo oriental. Muchos de los ejecutados habían querido separar Siria y Líbano del imperio otomano; algunos habían querido invitar a los franceses a hacerse cargo del litoral. Varios ya habían intentado estimular la revuelta, pero los aliados no se encontraban en una posición que les permitiera aprovechar semejantes actividades: la expedición a Gallípoli había acabado en oprobio hacía cuatro meses, en la expedición a Mesopotamia reinaba la confusión y el frente de Salónica era un recordatorio, no demasiado lejano, de las dificultades para aprovechar cualquier desembarcó desde el mar. Había en tierra un vasto ejército en Salónica, más de un cuarto de millón de hombres, pero, dejando aparte algunas escaramuzas, ni se movió contra los búlgaros, que estaban bien atrincherados. ¿Qué estaban haciendo?, preguntó Clemenceau, en son de burla: «¡Excavando! Pues entonces que los conozcan en Francia y en Europa como "los jardineros de Salónica".»

En Charleville, cuartel general del ejército alemán en el este de Francia, el embajador estadounidense en Alemania, James W. Gerard, protestó directamente al káiser, el 1 de mayo, porque los submarinos alemanes seguían hundiendo buques mercantes. En respuesta, el káiser denunció el bloqueo naval británico a Alemania y la conformidad de Estados Unidos. Antes de permitir que su familia y sus nietos murieran de hambre, dijo, «volaría el castillo de Windsor y a toda la familia real inglesa». En nombre de Estados Unidos, Gerard presionó al káiser para que sólo autorizara que los submarinos atacaran buques de guerra. Según explicó el embajador, la política estadounidense consistía en que los submarinos pudieran ejercer «el derecho de visita y registro, pero que no debían torpedear ni hundir ninguna embarcación, sin poner a salvo a los pasajeros y la tripulación».

Al cabo de una semana, el gobierno alemán ofreció esas garantías, porque no podía exponerse a la beligerancia estadounidense, pero, en una carta dirigida al Departamento de Estado, el embajador manifestó su convicción de que los dirigentes de Alemania, «en alguna fecha futura, forzados por la opinión pública y por el partido de Von Tirpitz y el conservador, reanudarían la despiadada guerra de submarinos, posiblemente en otoño, pero en cualquier caso en torno a febrero o marzo de 1917».

En Verdún, el ejército francés y el alemán seguían enfrentándose todos los días. Tras un pequeño triunfo alemán, el 5 de mayo escribió un sargento francés: «¿Cómo es posible que alguien atraviese la zona de exterminio que nos rodea?» Tres días después, trescientos cincuenta soldados alemanes murieron en el fuerte Douaumont, al estallar un polvorín. El 19 de mayo, los alemanes introdujeron un proyectil con gas líquido en el bombardeo de Chattancourt, pero, si bien el gas empeoró el horror del bombardeo, la línea en sí resistió. El general Pétain, viendo regresar del campo de batalla de Verdún a soldados de veintiún años, escribió: «En su mirada insegura uno detectaba visiones del horror, mientras que sus pasos y su porte revelaban un abatimiento absoluto. Los aplastaban unos recuerdos horripilantes».

En el sector británico del frente occidental, el teniente Harold Macmillan (futuro primer ministro británico) escribió a su madre a mediados de mayo, después de que fuera repelido un ataque alemán: «Lo más extraordinario que tiene un campo de batalla moderno es la desolación y el vacío.» Macmillan estaba convencido de que la causa aliada era la justa y que ese aspecto moral era lo que hacía que el soldado británico siguiera combatiendo. Criticaba en su carta que se hablara de conciliación. «Si alguien allí piensa o habla de la paz —dijo a su madre—, puedes decirle con toda franqueza que el ejército está cansado de la guerra, evidentemente, pero que está dispuesto a seguir combatiendo cincuenta años más, si fuera necesario, hasta conseguir el objetivo definitivo.» Le parecía que los diarios británicos «decían tantas tonterías sobre nuestro "agotamiento" y que la gente que está en el país parece tan empeñada en sus peleas personales, que las grandes cuestiones (da la impresión) se tapan y se olvidan». Muchos de los soldados «jamás podríamos resistir el esfuerzo ni soportar los horrores que vemos todos los días si no consideráramos que esto, más que una guerra, es una cruzada».

Macmillan dijo a su madre que todos los soldados aliados que había en el frente estaban convencidos de lo mismo: «Que nuestra causa es justa y que seguro que al final vamos a ganar.» Debido a esa «fe tácita y casi inconsciente», los ejércitos aliados tenían una «superioridad moral» que algún día sería el factor decisivo.

Detrás de las líneas, la tiranía de la ocupación estaba presente en todas partes y se le daba mucha publicidad entre los aliados. El 12 de mayo, en la Francia ocupada por Alemania, los alemanes deportaron a veinticinco mil hombres y mujeres para que trabajaran en las labores agrícolas en Alemania. Apenas les concedieron una hora y media para embalar sus pertenencias. Tres días des-

pués, en Bélgica, el gobernador general alemán ordenó a todos los desocupados que aceptaran trabajo en Alemania.

Gracias al uso de mano de obra extranjera, Alemania pudo contar para combatir con cada vez más hombres sanos. La ocupación estaba proporcionando un medio de prolongar la guerra.

En Mesopotamia había comenzado una verdadera marcha de la muerte, como un anuncio de las marchas que organizaría la Gestapo con los prisioneros de los campos de concentración judíos a finales de la segunda guerra mundial. Se obligó a marchar hacia el norte a los soldados capturados en Kut, casi doce mil en total, tanto británicos como indios, sin preocuparse en lo más mínimo por su bienestar ni por su estado de indefensión, en su carácter de prisioneros de guerra.

La marcha partió de Kut el 6 de mayo. El segundo día, obligaron a los prisioneros, a muchos de los cuales les habían robado las botas durante la noche, a recorrer veinticuatro kilómetros sin agua ni sombra. Los que tropezaban y caían eran golpeados con látigos y palos por sus guardias árabes. Un oficial que había sido enviado a Ctesiphon en barca observaba el avance de los prisioneros a lo largo de la orilla opuesta. «Los ojos de nuestros hombres observaban, desde unos rostros pálidos, alargados por el sufrimiento de una muerte demasiado lenta, y ellos extendían las manos en dirección a nuestra barca. A medida que arrastraban un pie tras otro, algunos caían y los que estaban en la retaguardia les pegaban con porras y palos.»

En el propio Ctesiphon, ese oficial, el capitán E. O. Moulsey, vió que algunos de los que marchaban «morían con un líquido verde que les salía de entre los labios, con la boca bien abierta por donde entraban y salían las moscas». El 18 de mayo, la marcha llegó a Bagdad, donde el cónsul estadounidense, el señor Brissell, pagó a las autoridades turcas para que enviaran al hospital a quinientos hombres y, en el momento oportuno, los devolvieran a Basora. Más de ciento sesenta murieron de privación en el camino de regreso. Para proteger a los miles que seguían marchando hacia el norte, los que llegaban a la seguridad de Basora tenían prohibido hablar de lo que habían tenido que soportar en manos de los turcos y los árabes.

Tras pasar tres días en unos barracones, sin sombra ni servicios sanitarios, se obligaba a los prisioneros de guerra a reanudar la marcha. En Tekrit, los apedrearon mientras atravesaban la población con dificultad, en dirección al norte.[2] Los oficiales, que habían sido separados de los soldados y los veían en la marcha, observaron que apedreaban a los enfermos cuando salían a gatas de las

casuchas en las que se refugiaban para descansar. Esos hombres «tenían miedo de alejarse un poco para hacer sus necesidades, por temor a que los asesinaran para quitarles la ropa». Otro oficial dejó constancia de haber encontrado a un soldado británico al cual los turcos habían dejado en una cueva «y que evidentemente no había comido nada durante varios días, pero que se había arrastrado hasta el río. Deliraba y farfullaba y creía que era un perro». Un prisionero que encontró, en medio de siete cadáveres desnudos tendidos en un patio, a un hombre que parecía estar vivo, pidió a un guardia árabe que le diera un poco de agua. «Él cogió una botella de agua y me dijo que le indicara al hombre. Sin sospechar nada, así lo hice. Entonces el árabe se colocó junto a su cabeza, le hizo abrir la boca y le metió dentro el cuello de la botella. Unos cuantos globos, una convulsión y el pobre hombre murió, ahogado a propósito.»

Al general Townshend lo trasladaron en tren de Mosul a Constantinopla, por el sector de Anatolia del ferrocarril de Berlín a Bagdad, que ya estaba acabado. En el tren iba también el cadáver del mariscal de campo Von der Goltz, que había muerto en Bagdad cuando estaba acabando el asedio de Kut. Mientras sus hombres se veían obligados a someterse a las humillaciones y los horrores de una marcha forzada, a Townshend le proporcionaron una residencia en la isla de Prinkipo, frente a Constantinopla, donde permaneció hasta el final de la guerra.

De los 2.500 soldados británicos capturados en Kut, 1.750 murieron en la marcha hacia el norte o como consecuencia de las horrorosas condiciones de los campos para prisioneros de guerra en Anatolia. De los 9.300 soldados indios capturados en Kut, murieron 2.500, con lo cual se obtiene un total de 4.250 muertos. Su saga de dolor y muerte fue uno de los aspectos más funestos de la guerra.

El 15 de mayo, los austríacos lanzaron una ofensiva a gran escala en el frente de Trentino; en el bombardeo inicial participaron casi 400 piezas de artillería. A pesar de su feroz resistencia, los italianos fueron expulsados de los picos montañosos. Una fuerte nevada, nueve días después del comienzo de la ofensiva, obligó a interrumpirla antes de poder capturar el monte Pasubio, de 1.219 metros; pero, al cabo de una semana, se reanudó la ofensiva y los picos y los pasos fueron cayendo, uno tras otro. Al acabar mayo, los austríacos habían tomado 30.000 prisioneros italianos, pero el avance por un terreno montañoso y escarpado había dejado exhaustos a los atacantes. Conquistar veinte kilómetros, una superficie tan pequeña en el mapa, supuso, para los que lo llevaron a cabo, una gran hazaña.

En el frente occidental, todavía no había habido ninguna ofensiva, sino que todo se estaba preparando para la batalla del Somme. Los ataques británicos cotidianos sobre la tierra de nadie, hasta llegar a las trincheras alemanas de la línea del frente, mantenían a los soldados de ambos lados de la línea constantemente dispuestos para la acción. El 16 de mayo, durante uno de esos ataques, resultó herido el soldado raso David Sutherland. El comandante de su pelotón, el teniente Ewart Mackintosh, lo transportó un centenar de metros a través de las trincheras alemanas, mientras les seguían disparando. Cuando levantaba a Sutherland para sacarlo de la trinchera, antes de atravesar la tierra de nadie, murió. Tuvo que informar a los padres de Sutherland de la muerte de su hijo y además, escribió una poesía:

So you were David's father,
And he was your only son,
And the new-cut peats are rotting
And the work is left undone,
Because of an old man weeping,
Just an old man in pain,
For David, his son David,
That will not come again.

Oh, the letters he wrote you,
And I can see them still,
Not a word of the fighting
But just the sheep on the hill
And how you should get the crops in
Ere the year gets stormier,
And the Bosches have got his body,
And I was his Officer.

You were only David's father,
But I had fifty sons
When we went up in the evening
Under the arch of the guns,
And we came back at twilight –
O God! I heard them call
To me for help and pity
That could not help at all.

Oh, never will I forget you,
My men that trusted me,
More my sons than your fathers',
For they could only see
The little helpless babies
And the young men in their pride.
They could not see you dying,
And hold you while you died.

Happy and young and gallant,
They saw their first born go,
But not the strong limbs broken
And the beautiful men brought low,
The piteous writhing bodies,
They screamed «Don't leave me, sir,»
For they were only your father
But I was your officer.[3]

Mackintosh obtuvo la Cruz Militar por tratar de salvar al soldado Sutherland. Él mismo fue herido y gaseado en el bosque High, durante la batalla del Somme. Un año y medio después, murió en combate en Cambrai. El cuerpo de Sutherland no se encontró nunca, pero su nombre figura en el monumento de Arras, donde es uno de los 35.928 soldados que murieron en las batallas que se libraron cerca de Arras que no tienen tumba conocida.[4]

En el Parlamento, el gobierno británico seguía buscando más fondos para continuar la guerra. Churchill, que acababa de regresar, después de pasar seis meses en las trincheras, dijo en la Cámara de los Comunes: «Todos los días me digo a mí mismo: ¿qué ocurre mientras estamos aquí sentados, mientras salimos a cenar o nos vamos a casa a dormir? Cada veinticuatro horas, casi mil hombres (ingleses, británicos, hombres de nuestra raza) se convierten en paquetes de harapos ensangrentados y son depositados en tumbas abiertas precipitadamente o en ambulancias de campaña.» Eran los hombres que estaban en las trincheras de la línea del frente, dijo, no los que tenían empleos en el escalafón de retaguardia, en el suministro o en las guarniciones, ni en el frente civil, «los que sufren todas las penalidades en esta dura prueba que sigue su curso».

Esas penalidades las sufrían sin respiro. En Verdún, el 23 de mayo, otro in-

tento francés por apoderarse del fuerte Douaumont pareció que había tenido éxito, de momento. «Dos compañías del 124.° tomaron por asalto las trincheras alemanas —escribió un testigo presencial, el capitán de la compañía, Charles Delvert—. Entraron allí sin disparar ni un tiro.» Pero sólo disponían de fusiles y bayonetas. «Los *boches* contraatacaron con granadas y las dos compañías no pudieron defenderse y fueron aniquiladas.» El 3.^{er} Batallón, que acudió en su ayuda, quedó «destrozado por la descarga de fuego en los aproches». Casi quinientos hombres resultaron muertos o heridos. «La pila de muertos llegaba casi hasta el parapeto.»

Uno de los que formaban parte del 124.° Regimiento era el subteniente Alfred Joubaire, de veintiún años. Unos cuantos días antes había marchado hasta Verdún detrás de la banda de su regimiento, al son de «Tipperary». El 23 de mayo, apuntó en su diario: «¡La humanidad está loca! Tiene que estar loca para hacer lo que está haciendo. ¡Qué masacre! ¡Cuántas escenas de horror y muerte! No encuentro palabras para transmitir mis impresiones. El infierno no puede ser tan terrible. ¡Los hombres están locos!» Es lo último que escribió Joubaire en su diario, porque ese día, o al día siguiente, lo mató un proyectil alemán disparado por una de las dos mil doscientas piezas de artillería que los alemanes habían concentrado en el saliente. Los franceses, que eran los causantes de sus bajas diarias, disponían de 1.777 piezas de artillería con las que responder: acero contra carne y sangre.

El esfuerzo bélico francés se concentraba en la defensa de Verdún y sus fuertes. Los británicos que estaban en Picardía se enfrentaron con los alemanes a través de unas líneas de trincheras anchas y muy protegidas con alambre. El 25 de mayo, por la noche, Siegfried Sassoon observó que veintisiete hombres avanzaban en un grupo de asalto, cerca de Mametz, con el rostro pintado de negro y «con hachas en el cinturón, bombas en los bolsillos y mazos primitivos». Pero no consiguieron atravesar la alambrada alemana. Entonces se oyeron disparos de fusil y bombas que se arrojaban desde ambos bandos y los heridos comenzaron a regresar. Sassoon se adelantó y encontró a un herido que le señaló un profundo cráter, diciendo: «O'Brien está en algún lugar del fondo del cráter, malherido.» Sassoon entró en el cráter. Los alemanes volvieron a abrir fuego. «Los muy cabrones me están disparando a quemarropa», pensó Sassoon e imaginó que le había llegado la hora. Al cabo de unos minutos, que pasaron «como horas», encontró a O'Brien, a más de siete metros y medio de profundidad en el cráter. «Está gimiendo y tiene el brazo derecho roto o casi arrancado; también le han dado en la pierna.» Al final resultó que le habían dado en el cuerpo y también en la cabeza.

Sassoon regresó a la trinchera británica en busca de ayuda. Estaban llevando a otros soldados malheridos. A uno le habían arrancado un pie. «Consigo una cuerda y dos hombres más y regresamos hasta O'Brien, que entonces está inconsciente. Con gran dificultad conseguimos elevarlo hasta la mitad de la altura del cráter; es más de la una y el cielo comienza a aclarar. Regreso otra vez a nuestra trinchera para conseguir a otro hombre fuerte y para ver que haya una camilla preparada. Lo sacamos y vemos que ha muerto, como me temía.»

El soldado raso Mick O'Brien había servido en el frente occidental desde noviembre de 1914. Había combatido en Neuve Chapelle, Festubert y Loos. Mientras Sassoon se preparaba para la batalla siguiente, la del Somme, no podía quitarse el episodio de la cabeza y dos días después recordaba: «El cuerpo destrozado de O'Brien se incorporó al fondo de ese terraplén infernal (hacía muy mala cara con esa luz tenue, la ropa desgarrada, el cabello enmarañado sobre la frente); no le quedaba nada de su antigua alegría ni el valor ni el entusiasmo por perseguir a los "hunos". Mientras tratábamos de subirlo por el lado del cráter, la tierra blanda cedía bajo nuestros pies; además, era un hombre corpulento, que bien medía un metro ochenta. Pero estaba muerto cuando lo pasamos por encima del parapeto y lo depositamos en la camilla. [...]»

El 31 de mayo, por la noche, cuarenta y un buques de guerra alemanes dejaron sus fondeaderos en el mar del Norte para atacar a las embarcaciones aliadas frente a la costa de Noruega. También esperaban poder establecer contacto con la Gran Flota británica, con la que podían entablar combate los veinticuatro acorazados, los cinco cruceros de batalla, los once cruceros ligeros y los sesenta y tres destructores alemanes y levantar, si salían victoriosos, el bloqueo británico, cada vez más estricto.

El 1 de junio, a las dos de la tarde, se les echó encima una fuerza naval británica compuesta por veintiocho acorazados, nueve cruceros de batalla, treinta y cuatro cruceros ligeros y ochenta destructores. Estaban a punto de chocar dos fuerzas formidables, lo cual pondría de manifiesto la formación, la experiencia, las aptitudes y las ambiciones de cuatro almirantes destacados: Hipper y Scheer, del lado alemán, y Jellicoe y Beatty, del británico. El primer enfrentamiento comenzó poco antes de las cuatro de la tarde, cuando los barcos de Hipper y de Beatty se avistaron los unos a los otros. Durante el combate se hundió el crucero de batalla británico *Indefatigable* y se ahogaron 1.017 hombres. A continuación estalló el crucero de batalla *Queen Mary* y murieron 1.266 hombres.

A las seis, frente a las costas de Jutlandia, comenzó el segundo enfrenta-

miento, entre Hipper y Jellicoe, con noventa y seis barcos británicos distribuidos entre cincuenta y nueve barcos alemanes y su base. El buque insignia de Hipper, el crucero de batalla *Lützow*, quedó desarbolado tras recibir veinticuatro impactos directos, pero, a pesar de sus averías, antes de hundirse, todavía pudo hundir al crucero de batalla británico *Invincible*, del cual apenas quedaron seis supervivientes. Todos menos seis de sus mil marinos perecieron bajo las aguas. El buque insignia de Beatty, el *Lion*, también quedó averiado. Entonces, cuando apenas era un poco después de las seis y media, Scheer llevó a cabo una retirada hacia la base, ya practicada, perdiendo tan sólo un acorazado obsoleto, el *Pommern*.

Aunque los alemanes sufrieron menos bajas que los británicos, para ellos la batalla de Jutlandia supuso un buen vapuleo y tras ella decidieron no volver a arriesgarse más en una gran batalla naval. Gran Bretaña había perdido tres acorazados, tres cruceros y ocho destructores. Los alemanes perdieron un acorazado, cuatro cruceros y cinco destructores. El comentario jactancioso del káiser fue que «se ha acabado la época de Trafalgar», pero la flota alemana no volvió a presentar batalla nunca más a la Gran Flota británica y Scheer, en su informe al káiser, manifestó que la victoria sólo se podía alcanzar mediante la guerra de submarinos contra el comercio británico.

El resultado de la batalla de Jutlandia también fue un duro golpe para Gran Bretaña, que esperaba que, en cualquier combate naval importante como ése, podría utilizar su superioridad numérica para quebrantar el poder de la flota alemana. Tras un comunicado bastante deprimente del Almirantazgo, hubo otro, redactado por Churchill a solicitud del gobierno británico, que analizaba la batalla con un poco más de confianza. Vera Brittain recuerda que lo que se preguntaban en su hospital, en Londres, era si «estábamos celebrando una gloriosa victoria naval o lamentando una derrota ignominiosa. No lo sabíamos; cada nueva edición de los periódicos oscurecía, en lugar de iluminar, esa distinción tan importante, en realidad. El único hecho irrefutable era que centenares de jóvenes, muchos de los cuales no eran más que guardiamarinas adolescentes, habían ido a parar, sin esperanza de rescate o sin entender lo que pasaba, a una tumba fría y anónima».

En los buques de guerra británicos se habían ahogado 6.097 marinos; en los alemanes, 2.551.

El día después de Jutlandia las fuerzas alemanas lanzaron un ataque impresionante contra las líneas británicas en el saliente de Ypres y avanzaron algo más de seiscientos metros a través de las trincheras británicas en un frente de casi

tres kilómetros. Mataron a un general británico y otro fue tomado prisionero. No obstante, al cabo de cuarenta y ocho horas, los británicos recuperaron parte del terreno capturado. Ese mismo día, el general Brusilov lanzó una gran ofensiva rusa en el frente oriental, que brindaba a Rusia la oportunidad de vengarse de las derrotas sufridas el año anterior en Polonia y de los reveses en los Cárpatos. Al principio, Brusilov pretendía que la ofensiva comenzara en julio, pero, como consecuencia de la obstinada defensa austríaca en el frente italiano, se adelantó a junio para tratar de ayudar a los italianos, al forzar a Austria a trasladar tropas desde el oeste hacia el este.

La ofensiva de Brusilov comenzó con una descarga increíble de 1.938 piezas de artillería, a lo largo de un frente de más de trescientos kilómetros, desde los pantanos del Prípiat hasta Bucovina. Como ha escrito un historiador, la superioridad numérica del ejército austríaco que defendía Lutsk, doscientos mil hombres, contra los ciento cincuenta mil rusos, no tenía «demasiada trascendencia en una guerra en la que lo que cuenta es la potencia de fuego».[5] Al cabo de pocas horas, la descarga había hecho estragos en las trincheras de la línea del frente austríaco y había abierto más de cincuenta brechas en el alambre de espinos. «Los bombardeos, aparte de destruir los obstáculos de alambre —informó a Viena una comisión investigadora austríaca, dos semanas después—, dejaron toda la zona de la batalla cubierta por una inmensa y espesa nube de polvo y humo, a menudo mezclados con gases muy explosivos, que no dejaban ver a los hombres y dificultaban la respiración, y permitieron que los rusos pasaran por encima de los restos de las alambradas y entraran en nuestras trincheras en grandes olas.» En un avance arrollador, los rusos capturaron veintiséis mil soldados austríacos en un solo día.

El 5 de junio, el segundo día de la ofensiva de Brusilov, cuando los austríacos que defendían Lutsk huyeron y la ciudad fue ocupada por los rusos, un acontecimiento inesperado provocó una gran conmoción en toda Gran Bretaña e incluso entre las tropas británicas en el frente occidental. Al noroeste de Scapa Flow, en las heladas aguas del mar del Norte, una mina alemana hundió un crucero británico que se dirigía a Rusia, el *Hampshire*. Llevaba a bordo al ministro de Guerra, lord Kitchener, que iba a Rusia en una misión. Al hundirse el barco, Kitchener se ahogó. Aunque sus colegas del gabinete hacía tiempo que lo consideraban ineficaz, para el público era el hombre que había dotado de fuerza y estabilidad al instrumento que regía la guerra. Según la leyenda, no se había ahogado, de ninguna manera, sino que lo habían llevado a Rusia para llevar a cabo la nueva ofensiva en el mayor secreto.

También el 5 de junio, aunque la noticia quedó eclipsada por la muerte de Kitchener, el filósofo Bertrand Russell fue llevado a juicio en la Mansion House de Londres. A pesar de su apasionado alegato a favor del «respeto por la conciencia del individuo», le impusieron una multa de cien libras esterlinas por publicar un folleto en apoyo de la objeción de conciencia al servicio militar. Ese mismo día, su amigo y protegido de Cambridge, el filósofo Wittgenstein, estaba en acción en el frente oriental. En Okna, donde atacaban las fuerzas de Brusilov, su batería de artillería defendió el terreno. Como consecuencia de su valor, Wittgenstein, que por entonces era soldado de primera clase, fue recomendado para la Medalla de Plata al Valor de Segunda Clase, una distinción insólita para alguien con un grado tan bajo. En la citación ponía: «Sin hacer caso del intenso fuego de artillería que caía sobre la casamata ni de las bombas de mortero que estallaban, observó los disparos de los morteros y los localizó. De hecho, la batería consiguió destruir dos morteros de grueso calibre con impactos directos, según confirmaron los prisioneros que se tomaron.» Haciendo caso omiso de los gritos de su oficial para que se pusiera a cubierto, Wittgenstein siguió observando el efecto de los disparos. «Por su conducta peculiar —informó el oficial—, ejerció un efecto muy tranquilizador sobre sus camaradas.»

Dos filósofos que tres años antes habían estado juntos, hablando sobre la verdad y la lógica, habían adoptado dos actitudes diametralmente opuestas frente a la guerra.

El 7 de junio, mientras Brusilov tranquilizaba a los aliados en el frente oriental, la suerte de éstos sufrió un revés en el oeste cuando, tras resistir durante tres meses, el fuerte Vaux cayó en poder de los alemanes. Sus defensores habían combatido en pasillos subterráneos, entre el hedor de los cuerpos en descomposición que no se podían enterrar, bajo intensos bombardeos, incluso con granadas de gas, durante casi una semana. Pulverizados por la artillería alemana, no les quedaban más que los últimos cuarenta y cinco litros de agua. Una paloma mensajera, que había resultado muy afectada por el gas en el vuelo anterior, entregó el último mensaje del fuerte: «Seguimos resistiendo. [...] Es urgente el relevo. [...] Ésta es mi última paloma», y cayó muerta. Le concedieron la *Légion d'Honneur*. De los muchos miles de palomas mensajeras que sobrevolaban todos los días con mensajes las zonas de guerra, en todos los ejércitos contendientes, fue la única que tuvo el honor de recibir una condecoración militar.

Los seiscientos supervivientes de la guarnición del fuerte Vaux fueron conducidos a cautividad. El príncipe heredero alemán quedó tan impresionado por

el valor del comandante del fuerte, el comandante Raynal, que no sólo lo felicitó sino que le entregó la espada capturada a otro oficial francés, porque la de Raynal se había perdido. Esas atenciones después de tan denodada batalla correspondían a una caballerosidad antigua, pero en los demás sitios se seguía combatiendo. Al continuar los combates al oeste del fuerte Vaux, unos veinte soldados franceses, con las bayonetas caladas y listos para entrar en acción, quedaron sepultados vivos en una trinchera.[6]

Como había insistido Pétain, la propia Verdún no caería, a pesar de la matanza constante y mutua. En el frente oriental, Brusilov continuó su avance. El 9 de junio, el general austríaco que comandaba en el frente de Czernowitz, Pflanzer-Baltin, ordenó la retirada. Muchos soldados de artillería austríacos huyeron, bien dejando abandonadas sus armas, para caer en manos de los rusos, o bien llevándoselas consigo y dejando sin protección a los soldados de infantería que permanecían en su puesto. Wittgenstein recordaba después que, durante la larga retirada, «iba, totalmente exhausto, montado a caballo, en una columna interminable», y que lo único que le preocupaba era «mantenerme en la silla, porque, si caía, habría muerto pisoteado».

El 12 de junio, Brusilov anunció que, en los avances que habían realizado sus hombres desde el comienzo de su ofensiva, ocho días antes, habían capturado a 2.992 oficiales austríacos, ciento noventa mil soldados austríacos, 216 cañones pesados, 645 ametralladoras y 196 obuses. Una tercera parte de las fuerzas austríacas que le hacían frente habían sido tomadas prisioneras. Cinco días después, los rusos habían ocupado Czernowitz, la ciudad más oriental de Austria-Hungría y un centro de actividades culturales y comerciales.

Otro éxito que obtuvieron los aliados ese mes de junio fue la entrada en el conflicto de fuerzas árabes. Encabezada por el *sharif* Hussein de La Meca, la revuelta árabe había comenzado el 5 de junio, en el exterior de la ciudad de Medina, controlada por los turcos. Sus primeras acciones, a pesar de todo su entusiasmo, fueron prematuras y no tuvieron éxito. Los turcos ahuyentaron a una fuerza árabe de cincuenta mil hombres, de los cuales sólo diez mil tenían fusiles. Ese día, media docena de asesores británicos, incluido el capitán T. E. Lawrence («Lawrence de Arabia»), desembarcaron en secreto en Jiddah, a orillas del mar Rojo.

Lejos de los conflictos monstruosos y destructivos del frente occidental y el oriental, se había inaugurado un nuevo frente terrestre, el décimo de los que estaban activos.[7] El 7 de junio, Hussein declaró la región de Hedjaz independiente de los turcos. Cuatro días después, dos cruceros británicos, el *Fox* y el

Hardinge, bombardearon las posiciones turcas en el norte de Jiddah. Tres hidroaviones británicos realizaron bombardeos aéreos sobre las posiciones turcas en el puerto. Como las fuerzas árabes habían aprendido la lección del primer enfrentamiento, en Medina, en el siguiente, que tuvo lugar una semana después, tenían más hombres y más piezas de artillería que los turcos. La Meca cayó en poder de los árabes el 13 de junio y Jiddah, tres días después.

La guerra en el aire se había convertido en una característica diaria de las zonas bélicas. El teniente Marchal, un aviador francés que despegó de la ciudad francesa de Nancy, lanzó panfletos sobre Berlín, en los que denunciaba que la culpa de la guerra la tenían el káiser alemán y el emperador austríaco. A continuación, se dirigió volando a Jolm, en la Polonia ocupada por los austríacos, donde cayó prisionero, aunque después logró escapar. El 22 de junio, los bombarderos franceses lanzaron un ataque aéreo sobre Karlsruhe que provocó más de doscientas bajas civiles. En Verdún, el teniente Balsley, un piloto de caza voluntario estadounidense, el primero en Europa, fue derribado por un piloto de caza alemán, pero salió ileso.

El último gran intento alemán de capturar Verdún tuvo lugar la noche del 22 de junio, cuando lanzaron un bombardeo de artillería en el cual se empleó un gas fosgeno nuevo, llamado Cruz Verde, que rodeó y aniquiló a hombres y caballos con sus terribles emanaciones. Hasta los médicos que trataban a los heridos se vieron afectados. La lluvia mortal continuó durante varias horas y después atacaron treinta mil alemanes. Cerca de Fleury fue exterminada toda una división francesa, compuesta por cinco mil hombres, y fue capturado el fuerte de Thiaumont, situado poco más de tres kilómetros al norte de Verdún. Uno de los atacantes alemanes fue el teniente Friedrich Paulus que, veintiséis años después, rendiría a todo un ejército alemán en Stalingrad, después de ser rodeado y de quedar en inferioridad numérica.

Un estudiante universitario alemán que entonces servía en el ejército, Hans Forster, recordó después algunas escenas del avance hacia Fleury. «Delante de nosotros, un terraplén ferroviario; a la derecha, una curva donde había cuarenta y cinco franceses de pie con las manos en alto. Un cabo les sigue disparando, pero le digo que se detenga. Un anciano francés alza la mano derecha, que presenta una herida leve, sonríe y me lo agradece.»[8] Fleury fue capturado, pero detuvieron a los alemanes antes de que pudieran entrar en el fuerte Souville, el penúltimo que quedaba entre ellos y el propio Verdún. No disponían de suficiente gas Cruz Verde para un segundo ataque.

«¡No pasarán!» era la última línea de una orden del día del general Nivelle. Temiendo que, si caía el fuerte Souville, Verdún resultara indefendible, los franceses buscaron el apoyo británico y comprometieron a Haig a lanzar una ofensiva británica en el Somme el 29 de junio. El propio primer ministro francés, Aristide Briand, fue a ver a Haig el 24 de junio, para pedirle que adelantara el ataque. Haig respondió que era demasiado tarde para adelantarlo, pero que la descarga de artillería comenzaría conforme a lo planeado y que seguiría hasta que se produjera el ataque, cinco días después. De ese modo comenzó el bombardeo concentrado de la artillería más prolongado de la guerra moderna.

En Alemania seguía aumentando el sentimiento antibelicista. Todos los días había personas que morían de hambre como consecuencia del bloqueo aliado. En 1915, se habían atribuido a esa causa unas 88.232 muertes. En 1916, la cifra se elevó a 121.114.[9] Se produjeron disturbios por los alimentos en más de treinta ciudades alemanas. El 28 de junio, comenzó una huelga de protesta de tres días, en la que participaron cincuenta y cinco mil trabajadores alemanes. El único parlamentario que estaba en contra de la guerra, Karl Liebknecht, fue expulsado del Reichstag y condenado a dos años de trabajos forzados por seguir alentando a los soldados a no combatir. Dos meses después, incrementaron la condena a cuatro años.

La Entente había comenzado a avanzar un poquito. En el frente italiano, una tercera parte de los avances que hicieron los austríacos durante la ofensiva de Trentino se recuperaron en seguida, a pesar de un espantoso bombardeo austríaco que tuvo lugar la noche del 28 de junio, cuando se dispararon proyectiles de gas cianhídrico, que causaron graves lesiones a más de seis mil italianos que estaban durmiendo. Sin embargo, al día siguiente, los italianos recuperaron las trincheras que se habían visto obligados a abandonar (porque el gas volvió atrás sobre las tropas austríacas y provocó lesiones a más de mil hombres) y tomaron 416 prisioneros austríacos. En el frente ruso, los austríacos fueron vapuleados en la batalla de Kolomea, cuando los rusos tomaron más de diez mil prisioneros y entraron en Kolomea el 29 de junio.

En Verdún, los franceses conservaron el fuerte Souville y así se conjuró la amenaza a la ciudad. Era inminente una segunda prueba para la Entente: el gran avance británico previsto en el Somme. Haig tenía la esperanza, como escribió al Estado Mayor General el 16 de junio, de que «el avance fuera presionado lo suficiente hacia el este para que nuestra caballería pudiera abrirse camino a campo abierto más allá de las líneas de defensa que tenía preparadas el

enemigo». Un oficial británico, el comandante Robert Money, escribió en su diario a finales de junio: «Parece que más o menos dentro de una semana tendremos que entrar en las trincheras de los "hunos" como Pedro por su casa y espero que a ellos les guste.» Impresionaba a Money el hecho de que, como él hacía notar, «no parece haberse escatimado nada para que este espectáculo sea un éxito; se diría que no han pasado nada por alto».

La descarga inicial de la artillería que, a solicitud de los franceses, comenzó el 24 de junio, se sostuvo a lo largo de un frente de veinte kilómetros. Más de mil quinientos cañones y obuses dispararon 1.732.873 proyectiles. Aunque de esa enorme cantidad de proyectiles muchos se limitaron a revolver la superficie, ya bastante maltrecha, provocando menos daño del esperado en los profundos refugios subterráneos de los defensores alemanes, y aunque muchos no estallasen, la repercusión que tuvo el bombardeo en el estado de ánimo y la moral de los atacantes fue considerable. Durante las breves pausas en el bombardeo se hicieron incursiones a través de la tierra de nadie para informar sobre la situación en las trincheras delanteras alemanas. Un resumen del servicio secreto correspondiente al 25/26 de junio informaba de forma retrospectiva, con tono inquietante: «Las incursiones que se trataron de hacer a lo largo de todo el frente del cuerpo no tuvieron éxito, en algunos sectores debido a los numerosos disparos de las ametralladoras y los fusiles.» La noche del 28 de junio, los hombres del Regimiento de Terranova entraron en la tierra de nadie para atacar las trincheras alemanas que estaban frente a las suyas, pero, según un observador, «pusieron pies en polvorosa».

Fue la escala de los bombardeos lo que dio confianza a las tropas británicas y canadienses que estaban a la espera. «Las cosas están muy calientes aquí —escribió a su madre el subteniente George Norrie el 29 de junio— y me lo estoy pasando bien. Hablando de disparar, este espectáculo es el mejor y creo que estoy hecho para esto.» Esa noche, los hombres del Regimiento de Terranova volvieron a entrar en las trincheras alemanas que estaban frente a las suyas y las encontraron «llenas de "hunos"». Según el mismo observador: «Dieron muerte a muchos, pero también sufrieron muchas bajas.» En otra incursión que se hizo esa noche, los soldados de infantería escoceses se llevaron consigo a cuarenta y seis prisioneros alemanes. Estaba previsto que la ofensiva comenzara el 29 de junio, pero las fuertes lluvias y comprender que el bombardeo no había sido tan eficaz como se pretendía obligaron a postergarla cuarenta y ocho horas, lo cual redujo la contundencia y la sorpresa del vapuleo. Pero cuando finalmente se dio la orden de ataque, el 1 de julio, comenzó una de las batallas potencialmente decisivas de la guerra.

En el Atlántico Sur, el explorador Ernest Shackleton, después de pasar dos años aislado en la remota Antártida, llegó por fin a la pequeña isla Georgia del Sur. En sus memorias recuerda lo primero que le preguntó al señor Sorlle, el administrador de la minúscula estación ballenera que tenían allí los británicos y la respuesta de Sorlle:

«—Dígame, ¿cuándo acabó la guerra? —pregunté.

»—La guerra no ha acabado —respondió él—. Están matando a millones de personas. Europa está loca. El mundo está loco.»

Capítulo XIV

LA BATALLA DEL SOMME: «SERÁ UN HOLOCAUSTO SANGRIENTO»
De julio a agosto de 1916

Con la batalla del Somme, que comenzó el 1 de julio de 1916, los anglo-franceses intentaron atravesar las líneas alemanas mediante un inmenso ataque de la infantería, a fin de tratar de crear las condiciones para que la caballería pudiera avanzar a continuación con mayor rapidez para aprovechar la penetración, tal vez incluso para alcanzar la victoria. Mientras avanzaban para ocupar su posición, los soldados británicos cantaban:

We beat them on the Marne,
We beat them on the Aisne,
We gave them hell
At Neuve Chapelle
And here we are again![1]

Entre las decenas de miles de hombres que se reunieron para la batalla estaba el teniente William Noel Hodgson, contemporáneo de Rupert Brooke en Cambridge. Tenía veintitrés años y los demás soldados lo conocían como *Smiler* («el Risueño»). La víspera de la batalla escribió un poema titulado «Before Action» («Antes de la acción»):

I, that on my familiar hill
Saw with uncomprehending eyes
A hundred of Thy sunsets spill
Their fresh and sanguine sacrifice,
Ere the sun swings his noonday sword
Must say goodbye to all of this!
By all delights that I shall miss,
Help me to die, O Lord.[2]

La batalla comenzó el 1 de julio por la mañana, cuando, en poco más de una hora, cayeron casi un cuarto de millón de proyectiles sobre las posiciones alemanas, a una media de tres mil quinientos por minuto. Tan intensa fue la descarga que se oyó en Hampstead Heath, al norte de Londres. A las 7.28, se hicieron estallar diez minas bajo las trincheras alemanas. Dos minutos después, las tropas británicas y francesas atacaron a lo largo de un frente de cuarenta kilómetros.

Cuando salieron de las trincheras, la mayoría de los soldados británicos llevaban consigo un equipo que pesaba alrededor de treinta kilos: un fusil, munición, granadas, raciones, una capa impermeable, cuatro sacos de arena vacíos, un casco de acero, un casco antigás, un par de gafas para protegerse del gas lacrimógeno, apósitos de campaña, un pico o una pala, una botella de agua llena y un plato de campaña. El general Edmonds ha escrito en su historia oficial que, con el peso de ese equipo resultaba «difícil salir de una trinchera e imposible moverse más aprisa que a paso lento o levantarse o tumbarse rápidamente». Comenta un historiador militar británico, Peter Liddle: «Llegado el caso, muchos miles de hombres que ofrecieran un blanco tan voluminoso y tan lento caerían al suelo bastante rápido, pero no se levantarían nunca más, y mucho menos rápidamente.»[3]

Al principio de la batalla, un joven tambor escocés, Walter Ritchie, se subió al parapeto de una trinchera alemana capturada y, mientras a su alrededor los hombres empezaban a caer, repitió el toque una y otra vez. Le concedieron la Cruz de la Victoria. Un batallón británico, los Accrington Pals, dejó atrás a unos cuantos de sus encargados de transmisiones al salir de las trincheras, que se quedaron contemplando el ataque desde detrás de un montículo de tierra. «Veíamos a nuestros camaradas que avanzaban, tratando de atravesar la tierra de nadie, aunque los segaban, como si de hierba se tratase —recordaba después el soldado de primera clase H. Bury—. Me ponía enfermo ver semejante matanza y recuerdo que lloré. Llegamos a ver una bandera que hacía señales, cerca de la aldea de Serre, pero sólo duró unos cuantos segundos y las señales eran incomprensibles.»

Hasta un centenar de ametralladoras alemanas, en su mayoría ocultas en los emplazamientos blindados que las habían protegido durante los bombardeos, abrieron fuego cuando la infantería avanzó desde sus trincheras. Muchos de los atacantes murieron al agruparse para atravesar las brechas, más pequeñas de lo esperado, en su propia alambrada de espinos. Un oficial, el subteniente Eric Miall-Smith, describió a su familia, tres días después, la «gloriosa victoria» ob-

tenida el primer día de la batalla: «Sé que eliminé a cuatro alemanes, de modo que ya he hecho mi parte —y añadió—: He visto grupos de alemanes durante el ataque que disparaban sobre los nuestros hasta que se encontraban a pocos metros de ellos, pero, en cuanto se daban cuenta de que ya no les quedaba ninguna esperanza, arrojaban las armas y se acercaban corriendo a estrechar la mano de nuestros hombres. La mayoría de ellos recibieron su merecido y no los tomaron prisioneros. Algunos de los alemanes heridos disparaban por la espalda a los hombres que acababan de vendarlos. Son unos cerdos; os lo digo yo, que lo he visto con mis propios ojos.»

Otro oficial, el teniente J. Capper, recordó después a un soldado alemán que se aferró a las rodillas y le tendió bruscamente una fotografía de su mujer y sus hijos. «Recuerdo que por dentro me pareció muy divertido adoptar una actitud de "matón" ante un individuo que, en comparación, parecía tan indefenso y asustado, cuando yo mismo tenía que hacer un gran esfuerzo para disimular mi propio destiento.» Un oficial médico británico, el capitán G. D. Fairley, herido a su vez, escribió en su diario que, mientras recorría las trincheras con los camilleros, en busca de heridos, «encontramos un caso de "neurosis de guerra": un soldado angustiado que retrocedía, encogido de miedo y cotorreando, por temor al fuego de artillería».

El hermano de Vera Brittain, Edward, estaba en el Somme el 1 de julio. Mientras esperaban la orden de salir de las trincheras al ataque en la segunda oleada, sus hombres se habían puesto nerviosos al ver la gran cantidad de soldados de la primera oleada que regresaban heridos y se apiñaban en la trinchera. Entonces, a un batallón que estaba delante de ellos, en la tierra de nadie, le dio un ataque de pánico. «No recuerdo bien cómo conseguí reunir a los hombres y hacerlos salir sobre el parapeto —contó Brittain a su hermana unas semanas después—. Lo único que sé es que tuve que volver atrás dos veces para convencerlos y que no volvería a revivir esos minutos, ni siquiera para conseguir la Cruz de la Victoria.» Al final, cuando los hombres lo seguían y se había internado algo más de sesenta metros en la tierra de nadie, le dieron en el muslo. Intentó continuar para dirigir el avance de sus hombres, pero no pudo, de modo que se refugió en un embudo de explosión, donde el fragmento de un proyectil le perforó un brazo. En el embudo había otros dos hombres. «Uno estaba malherido —le dijo a su hermana—, pero el otro no estaba herido en absoluto, sino sólo muerto de miedo.»

Brittain logró regresar arrastrándose hasta las trincheras británicas. «No recuerdo casi nada, salvo que, más o menos a mitad de camino, vi la mano de un hombre que había muerto esa mañana que empezaba a ponerse verde y amarilla.

Eso me dio náuseas, de modo que aceleré el paso.» Por el valor que manifestó esa mañana, al subteniente Brittain le concedieron la Cruz Militar.

Dos aldeas que estaban en poder de los alemanes, Mametz y Montauban, fueron capturadas el 1 de julio, al igual que un punto de resistencia alemán, el reducto de Leipzig. El coste humano del ataque de ese día fue superior al de cualquier otro día de combate de la primera guerra mundial. Murieron algo más de un millar de oficiales británicos y más de veinte mil hombres, y veinticinco mil sufrieron heridas graves.

En la batalla por Mametz, una sola ametralladora alemana, empotrada en la base de un crucifijo, en el límite de la aldea, a 365 metros de su punto de partida, mató a 159 hombres del Regimiento de Devonshire que atacaron el bosquecillo de Mansel. El oficial británico que dirigió el ataque al bosquecillo, el capitán D. L. Martin, había pronosticado que la ametralladora situada en el crucifijo sería un peligro fatal si sobrevivía al bombardeo preliminar de la artillería británica. Murió junto con sus hombres mientras avanzaban hacia el fuego incesante. Los enterraron en una trinchera en el bosquecillo y pusieron un cartel sobre la tumba: «Los Devonshires defendieron esta trinchera y la defienden todavía.» Uno de los oficiales que están enterrados en esa trinchera es William Noel Hodgson, «el Risueño», el oficial de bombardeo del batallón. Cuando transportaba un cargamento de bombas a la trinchera, una bala le atravesó la garganta y lo mató. Encontraron su cuerpo con el de su ordenanza, tendido a su lado.

Un oficial británico que llegó a la línea del frente diez días después de la batalla del Somme anotó en su diario la información que le dio el capellán sobre el ataque a Mametz. «Las noticias que me dio eran espantosas; todas las personas que aprecio han desaparecido: han muerto los cuatro oficiales de mi compañía; el querido Harold murió maravillosamente delante de las líneas alemanas. Le dieron un tiro en el estómago que también mató a Lawrence, que estaba detrás. Al Iscariote le dieron un tiro en el corazón, debajo del bosquecillo de Mansel, y su equipo murió a su alrededor; el Risueño murió más o menos por ahí, cuando subía las bombas. No quedó ni un solo oficial ileso. Los hombres se portaron de maravilla; siguieron adelante sin oficiales y cumplieron todos sus objetivos.»

Uno de los que combatieron el 1 de julio fue el subteniente Henry Field. «Gracias a Dios que no me asusta el ruido de los cañones», había escrito a su madre cuatro meses antes. Su batallón, el 6.º Royal Warwicks, compuesto por ochocientos hombres, alcanzó su objetivo cerca de Serre, pero, al quedar bajo el fuego ininterrumpido de las ametralladoras alemanas desde ambos flancos, se vio

obligado a retroceder a su línea original. De los 836 que salieron, murieron 520 y hubo 316 heridos. El subteniente Field fue uno de los muertos. La primera navidad de la guerra había escrito:

Through barren nights and fruitless days
Of waiting when our faith grows dim
Mary be with the stricken heart,
Thou hast a son, remember him.

Lord Thou hast been our refuge sure,
The Everlasting Arms are wide,
Thy words from age to age endure,
Thy loving care will still provide.

Vouchsafe that we may see, dear Lord,
Vouchsafe that we may see,
Thy purpose through the aching days.[4]

Field no acabó el último verso. Acerca de la destrucción de su batallón, cerca de Serre, escribió su historiador oficial: «Uno de julio: día fatídico, cuyo fruto fueron las heridas y la muerte y, para los que lo sobrevivieron, el execrable recuerdo del horror. Un valor imperecedero inspiró a todos los combatientes, pero, ¿dónde, dónde estaba la victoria?»

En un ataque a la propia aldea de Serre fue herido John Streets, sargento de la compañía de los Sheffield Pals y otro de los que se solazaba en la poesía. Cuando retrocedía en busca de atención médica, le dijeron que un soldado de su pelotón estaba demasiado malherido para poder dirigirse al dispensario por sus propios medios, de modo que Streets regresó hacia la línea del frente para rescatarlo y ya no volvieron a verlo más. Ni siquiera pudo recibir el funeral que había descrito en su poema «A Soldier's Funeral» («El funeral del soldado»):

No splendid rite is here — yet lay him low,
Ye comrades of his youth he fought beside,
Close where the winds do sigh and wild flowers grow,
Where the sweet brook doth babble by his side.
No splendour, yet we lay him tenderly
To rest, his requiem the artillery.[5]

El hermano de Streets, Harry, prestaba servicio ese día en una Unidad de Ambulancias de Campaña, en un dispensario en Albert. Más adelante describió cómo «llegaban heridos a raudales, a pie, o los traían en camilla, carretilla, carro, cualquier cosa. Les vendábamos las heridas y después los tumbábamos en el suelo, a esperar la evacuación. A los que no se esperaba que sobrevivieran los poníamos a un lado y los dejábamos». «Costaba mucho hacer caso omiso de sus gritos de ayuda —escribió—, pero teníamos que concentrarnos en aquellos que podían vivir.»

El primer día, la única fuerza de los dominios británicos que había en el Somme, un batallón de Terranova, fue prácticamente exterminada. De los ochocientos diez soldados que combatieron, murieron trescientos diez y más de trescientos cincuenta resultaron heridos. «Fue un magnífico despliegue de valor entrenado y disciplinado —informó al primer ministro de Terranova uno de los comandantes de las divisiones de Haig, el general De Lisle— y lo único que les impidió tener éxito es que los muertos ya no pueden avanzar más.»

En los demás sitios, durante el primer día de la batalla del Somme, más de quinientos atacantes cayeron prisioneros de los alemanes. A uno de los objetivos británicos, Bapaume, situado a menos de dieciséis kilómetros del punto de partida, no se llegó jamás, ni ese día ni al cabo de cinco meses de ataques reiterados.

La escala y la intensidad del ataque británico del 1 de julio tuvo consecuencias inmediatas sobre los alemanes: hizo que se transfirieran sesenta cañones pesados y dos divisiones de infantería de Verdún al Somme y puso fin a las esperanzas alemanas de obtener la victoria en Verdún.

El primer día de la batalla del Somme fue el centésimo trigésimo segundo de la batalla de Verdún, para cuyos atormentados defensores retiró decenas de miles de tropas alemanas. Los ataques franceses en el Somme, más al sur, tuvieron más éxito que los británicos, aunque tampoco consiguieron acercarse más a su objetivo del primer día, la población de Péronne, a pesar de lo cual sí que tomaron prisioneros a tres mil soldados alemanes y les capturaron ochenta piezas de artillería.

El segundo día de la batalla del Somme, el 2 de julio, uno de los soldados de infantería que intervino en el ataque fue un joven soldado sudafricano, Hugh Boustead. «Nuestra brigada atravesó los campos llenos de cicatrices, a través de los escuadrones devastados. Caballos muertos y moribundos, partidos por el fuego de artillería, con las entrañas al aire y las patas arrancadas, echados en me-

dio de la carretera que conducía a la batalla. Los jinetes caídos contemplaban fijamente los cielos llorosos. Delante resonaban en el aire, con regularidad, las ráfagas de las ametralladoras. Atrapados por una descarga, esos hombres valientes y sus hermosos caballos habían sido barridos literalmente del camino de Longueval.»

El intento alemán por recapturar Montauban el 2 de julio fue repelido. Al día siguiente atacaron las fuerzas británicas, pero no consiguieron capturar las aldeas de la línea alemana, Ovillers y La Boiselle. Al sur del Somme, los franceses hicieron mayores avances, tanto es así que la orden del día de un general alemán manifestaba directamente: «Prohíbo la evacuación voluntaria de las trincheras.» Pero, al anochecer del 4 de julio, los franceses habían tomado prisioneros a cuatro mil alemanes y habían atravesado la línea alemana en un frente de diez kilómetros.

Entre las tropas que avanzaron al día siguiente, había algunos destacamentos de la Legión Extranjera, en cuyas filas figuraban varias docenas de estadounidenses, incluido Alan Seeger (el legionario número 19.522), licenciado en Harvard y poeta, que participó con una unidad dirigida por un barón suizo, el capitán De Tscharner, en un ataque a la aldea de Belloy-en-Santerre, fuertemente fortificada, durante el cual quedaron atrapados en el fuego de enfilada de seis ametralladoras alemanas. Oyeron a Seeger clamar por agua y por su madre, herido de muerte, tendido en un embudo de explosión. A comienzos de ese año, había escrito un poema titulado «Rendezvous» («La cita»):

I have a rendezvous with Death
On some scarred slope or battered hill,
When Spring comes round again this year
And the first meadow-flowers appear.

God knows 'twere better to be deep
Pillowed in silk and scented down,
Where love throbs out in blissful sleep,
Pulse nigh to pulse, and breath to breath,
Where hushed awakenings are dear. [...]
But I've a rendezvous with Death
At midnight in some flaming town,
When Spring trips north again this year,
And I to my pledged word am true,
I shall not fail that rendezvous.[6]

Al anochecer, Belloy-en-Santerre estaba en poder de la Legión, pero veinticinco oficiales y ochocientos cuarenta y cuatro hombres habían muerto o habían resultado gravemente heridos, una tercera parte del total de los atacantes.

Al avanzar, el 4 de julio, a lo largo de una antigua trinchera de comunicación alemana, Siegfried Sassoon pasó junto a «tres cadáveres muy destrozados que había en ella: un hombre, bajo, regordete, con los bigotes vueltos hacia arriba, tumbado boca abajo y medio de lado, con un brazo levantado, como si se estuviera protegiendo la cabeza, y una bala que le había atravesado la frente. Su figura parecía una muñeca. Otro encorvado y destrozado, retorcido y chamuscado, con una barba oscura de muchos días, los dientes apretados y una sonrisa burlona». Después, a mediodía, más cerca de la línea del frente, pasó junto a «treinta de los nuestros, dispuestos junto a la carretera de Mametz a Carnoy, algunos de espaldas, uno al lado del otro, con los dedos con coágulos de sangre, mezclados como si se estuvieran estrechando la mano en la camaradería de la muerte. Y un hedor indefinible».

El corresponsal de guerra británico, Philip Gibbs, que avanzó el 4 de julio hasta las fronteras alemanas de Fricourt, que poco antes habían sido invadidas, recordaba que «parecía la victoria, por los alemanes muertos que yacían allí, en sus trincheras destruidas, y la mugre y el hedor de la muerte sobre todo ese terreno destrozado, y la inmensa destrucción provocada por nuestra artillería, y la violencia de los proyectiles que seguíamos arrojando sobre las líneas enemigas desde las baterías que habían avanzado. Bajé tramos de escalera para llegar a los refugios subterráneos alemanes, asombrado de su profundidad y resistencia. Nuestros hombres no hacían construcciones como ésas. La industria alemana era como una reprimenda para nosotros; sin embargo, habíamos capturado su obra y los cadáveres de sus trabajadores yacían en esas oscuras cavernas, víctimas de las granadas de mano que les habíamos arrojado. Me alejé de esos cuerpos gruesos. Tenían un aspecto monstruoso, todos arrugados, en medio de todo lo que había desparramado por el suelo: ropa, bombas en serie, botas viejas y botellas. Había grupos de muertos tirados en zanjas que antes habían sido trincheras, entre los cuales había sembrado el caos el bombardeo que yo había presenciado. Los habían matado con bayoneta. Recuerdo a un hombre, un tío mayor, sentado con la espalda apoyada en un poco de tierra y con las manos medio alzadas. Sonreía apenas, aunque se la habían clavado en el estómago y estaba bien muerto».

Gibbs comentó: «¡Victoria! [...] Algunos de los alemanes muertos eran muchachos jóvenes, demasiado jóvenes para morir por los crímenes de sus ma-

yores; otros podían ser jóvenes o viejos, era difícil decirlo, porque no tenían rostro: eran meros amasijos de carne con uniformes hechos harapos. Había piernas y brazos sueltos, sin ningún tronco por allí.»

El 4 de julio, habían comenzado a llegar a Londres los primeros heridos de la batalla del Somme. Vera Brittain, que trabajaba en un hospital en Camberwell, recordaba después «los inmensos convoyes que llegaron sin parar durante unas dos semanas y siguieron, a intervalos regulares, durante todo ese mes bochornoso y la primera parte de agosto». Lo lejos que estaba el campo de batalla no suponía ninguna protección contra tanta penuria. «Día tras día, tenía que luchar contra la extraña y aterradora sensación (a la que nunca me he acostumbrado, en todos mis años de experiencia como enfermera) de ver entrar las camillas cubiertas, una tras otra, sin saber, hasta que acudía a mirar, con el corazón latiéndome con fuerza, qué espectáculo más aterrador, o sonido, o hedor, qué problema de agonía o muerte inminente, se ocultaba debajo de cada manta parda». Uno de los heridos que llegaron al hospital de Vera Brittain fue, por pura casualidad, su hermano Edward, que permanecería en Inglaterra, sumido en un dolor intenso, durante muchos meses.

La batalla del Somme se convirtió en una lucha diaria por pequeños bosques y por aldeas más pequeñas todavía. El 6 de julio fue capturada la aldea de La Boiselle. La aldea de Contalmaison, capturada por los británicos la mañana del 7 de julio, se perdió esa noche. El mismo día, se rehuyó un ataque británico al bosque de Mametz. El 8 de julio, las fuerzas británicas capturaron la mayor parte del bosque de Trônes, aunque un intenso bombardeo alemán, seguido de un contraataque, las obligó a salir. Murieron centenares de personas en esos ataques y miles resultaron heridas. Hugh Boustead recordaba después el momento en que él y sus hombres quedaron atrapados en medio de un bombardeo alemán. «Aunque cayó un proyectil prácticamente en medio del sector, lo único que nos pasó a los tres que estábamos en el centro fue que nos dimos un susto tremendo y la onda expansiva nos arrancó el equipo de los hombros y los cascos de la cabeza, aparte de que la trinchera se llenó de grandes nubes de gas lacrimógeno. Tosiendo, escupiendo y llorando, enceguecidos por el gas lacrimógeno, escuchábamos a nuestros compañeros que habían sido heridos y gemían bajo los escombros. Seis del sector, tres a cada lado de nosotros, quedaron totalmente destruidos, hechos pedazos, y otros seis fueron heridos.»

En el Somme, como en todas las grandes batallas en las que la artillería desgarraba primero los cuerpos y después los cadáveres, era imposible realizar una

identificación adecuada para centenares de miles, que son los que figuran en los monumentos que recuerdan esas batallas como «sin tumba conocida». Cuatro años después de la batalla del Somme, Boustead recibió una carta del Ministerio de Guerra de Londres, «en la que me preguntaban si podía aclarar algo con respecto a la tumba del número 5.100, el soldado raso Hugh Boustead, del South African Scottish, cuya cruz había sido erigida en el valle de Montauban en 1916, durante la batalla del Somme». Pudo asegurar a las autoridades que se encontraba vivo y en perfecto estado de salud.

Al cabo de nueve días de batalla, los alemanes habían tenido que retroceder un kilómetro y medio en algunos lugares, casi tres en otros. El 10 de julio, los británicos recapturaron lo que quedaba de la aldea de Contalmaison. Esa noche, en Verdún, los alemanes hicieron el último intento de abrir una brecha en las defensas francesas, apoderarse del fuerte Souville y llegar hasta la ciudad. Al igual que el 23 de junio, el ataque comenzó con bombardeos con proyectiles que contenían gas Cruz Verde, pero en las dos semanas y media transcurridas desde entonces, los soldados franceses habían recibido unas máscaras antigás que resultaban eficaces contra el nuevo gas. Más adelante, durante el ataque, los alemanes utilizaron lanzallamas y aniquilaron a todo un batallón. Treinta y tres oficiales y mil trescientos hombres murieron o fueron capturados.

Al anochecer, dos mil cuatrocientos soldados franceses habían caído prisioneros y la guarnición del fuerte Souville había sido eliminada por el fuego de la artillería. Al día siguiente, un pequeño grupo de soldados alemanes, treinta como máximo, llegó hasta la pared exterior del fuerte e izó su bandera. A apenas algo más de tres kilómetros, podían ver las torres gemelas de la catedral de Verdún. En el fuerte había refugiados sesenta soldados franceses y un teniente, Kléber Dupuy, que salió del fuerte al frente de sus hombres, recuperó las murallas y tomó prisioneros a diez alemanes. El resto murieron o lograron huir. Verdún estaba a salvo.

En el Somme había continuado el avance británico. El 12 de julio tomaron por fin el bosque de Mametz. La cifra de alemanes capturados había aumentado a más de siete mil. Tomaron dos mil prisioneros más en una ofensiva que atravesó las líneas alemanas el 14 de julio, cuando capturaron tanto Longueval como Bazentin y se aseguraron el bosque de Trônes por segunda vez. A fin de aprovechar ese triunfo para desmoralizar a los alemanes, un avión británico recibió la orden de sobrevolar la línea del frente y transmitir a los suyos por radio un mensaje que sabían que interceptarían los alemanes: «La segunda línea de defensa del enemigo ha sido capturada, en un frente de cinco kilómetros y medio.

La caballería británica la está atravesando y persigue al enemigo desmoralizado.» Comenta el historiador oficial de la Fuerza Aérea británica, H. A. Jones: «Si bien el mensaje, transmitido a las 10.30, exageraba deliberadamente la situación en ese momento, al final del día los acontecimientos le darían un viso de verdad. La caballería logró pasar por la noche.»

La potencia aérea también desempeñó un papel en el Somme el 14 de julio. Un observador del Royal Flying Corps, el teniente T. L. W. Stallibrass, apuntó ese día en su diario de vuelo: «Una gran fuerza de infantería de los "hunos" se atrincheró en una carretera que se extendía en dirección sur sureste desde el bosque de High. Afortunadamente, un avión británico del Escuadrón Núm. 3 la detectó y descendió hasta los ciento cincuenta metros y volvió a elevarse y a bajar, siguiendo la línea, bombardeándolos con una ametralladora Lewis.»

El 15 de julio, comenzó el combate por el bosque de Delville; fue el primero de quince días de lucha cuerpo a cuerpo y de intensos bombardeos de la artillería. La batalla comenzó cuando la Brigada Sudafricana, compuesta por tres mil hombres, de la cual formaba parte Hugh Boustead, recibió órdenes de capturar el bosque. «Avanzamos a través de un huerto en fila india, con el oficial del pelotón a la cabeza —recordó después—. Smith, el subteniente, logró pasar, pero los siete que venían detrás cayeron muertos en un círculo de pocos metros, eliminados por disparos limpios, sin un murmullo siquiera.»

La segunda noche de la batalla, Boustead escribió: «Estuvimos a punto de ser totalmente aniquilados por nuestros propios "balones de acero", unas bombas redondas, con un palo largo, con el cual se impulsa la carga, que estuvieron dando vueltas entre nosotros durante horas, curiosamente sin causar víctimas, pero aumentando nuestro terror.» Al tercer día, se adelantó con un grupo de francotiradores para tratar de inmovilizar a los alemanes en la granja de Waterlot. «Tres de nosotros pasamos allí la tarde —escribió—. Ya había seis South African Scottish muertos en su posición de tiro, delante de nosotros, pero pudimos efectuar unos cuantos disparos contra los alemanes que salían de Waterlot y, después de darle a unos cuantos, dejaron de salir.» Unas horas después, Boustead fue herido y abandonó el campo de batalla. «Lo mejor de todo fue tener la posibilidad de dormir —recordaba después—. Durante cinco días y cinco noches, no habíamos dormido casi nada y a veces era consciente de que anhelaba que me hirieran en alguna parte para poder dormir.»

A la izquierda del bosque de Delville, el 15 de julio, los británicos consiguieron llegar al bosque de High. En un momento dado de la acción, entró una paloma mensajera de la línea del frente en el cuartel general de la artillería británica, con un mensaje que solicitaba que la artillería pesada se volviera hacia un

emplazamiento de ametralladoras alemanas que había en el bosque. Ese mismo día, un poco más tarde, el Royal Flying Corps efectuó un reconocimiento que reveló que el bosque sólo había sido conquistado parcialmente: en la parte occidental, las tropas británicas desplegaron banderas en respuesta a la señal del avión, pero del lado oriental los alemanes abrieron fuego graneado. Al día siguiente, los británicos evacuaron su parte del bosque. En el cementerio situado al sur del bosque, hay ciento siete tumbas británicas, treinta y siete neozelandesas y treinta y seis australianas, como un recordatorio incompleto, aunque permanente, del coste de un día de batalla.

El 16 de julio, se lanzó un intenso bombardeo de artillería contra las defensas alemanas situadas a lo largo de las colinas que se dominan desde la aldea de Pozières. Debido a la lluvia y la neblina, no se pudo hacer un reconocimiento aéreo, sin embargo, de modo que las defensas no se destruyeron, ni mucho menos, sino que los alemanes, al darse cuenta de la inminencia de un ataque, consiguieron construir nuevos emplazamientos para sus ametralladoras. A la mañana siguiente, el ataque preliminar de la infantería británica fue repelido con unos disparos de ametralladoras tan intensos que el ataque del día siguiente se canceló. El 18 de julio, fue herido Harold Macmillan. «Las gafas que llevaba puestas debieron de salir volando con la fuerza de la explosión —escribió a su madre al día siguiente—, porque ya no las vi más. Me alegro de que no se rompieran y se me clavaran en el ojo.» Le había estallado una granada en la cara, dejándolo sin sentido. Cuando volvió en sí y preguntó a su cabo qué había sucedido después de la explosión, éste respondió: «Señor, vi al alemán que trataba de huir, de modo que le di y se le salió el casco; entonces le volví a dar y se le salió la parte de atrás de la cabeza.»

Se estaba organizando un ataque diversivo al norte del Somme, en Fromelles, para el 19 de julio, que llevarían a cabo tropas australianas. Los australianos, muchos de los cuales habían combatido en Gallípoli el verano, otoño e invierno anteriores, trataban con su irreverencia característica las difíciles tareas nuevas que les habían encomendado y cantaban, al son de «The Church's One Foundation»:

We are the Anzac Army,
The A.N.Z.A.C.,
We cannot shoot, we don't salute,
What bloody good are we.
And when we get to Ber-lin

The Kaiser he will say,
«Hoch, Hoch! Mein Gott, what a bloody odd lot
To get six bob a day!»[7]

Era la primera acción ofensiva de los australianos en el frente occidental y tenía por objeto impedir que los alemanes desplazaran refuerzos al Somme. En vísperas de la batalla, el general Elliott, el máximo oficial australiano en Fromelles, inquieto por la fuerza de la posición alemana, preguntó a un oficial del Estado Mayor británico, el comandante H. C. L. Howard, cómo calculaba él que saldría el ataque, a lo que Howard respondió: «Si me lo plantea así, me veo obligado a responder de la misma forma, de hombre a hombre. Va a ser un holocausto sangriento.»

El general Elliot pidió a Howard que transmitiera su opinión a Haig y así lo hizo; su informe coincidió con la información del servicio secreto de que ya no había ninguna urgencia para atacar, puesto que no se estaban enviando tropas alemanas al Somme y, por tanto, no hacía falta inmovilizarlas. No obstante, el comandante del cuerpo de Haig, el general sir Richard Haking, quería seguir adelante con el ataque y en el informe del cuartel general consta que «tenía bastante confianza en el éxito de la operación y que consideraba que disponía de munición suficiente para colocar allí la infantería y mantenerla allí». Cuando le insistieron para que aceptara un retraso del ataque, Haking fue tajante: «Las tropas están preparadas, estaban dispuestas y ansiosas por atacar y le parecía que cualquier cambio de planes tendría consecuencias negativas sobre las tropas en ese momento.»

Poco más de tres kilómetros al sur de Fromelles estaban las tierras altas de las colinas de Aubers, el objetivo del ataque. El ataque en sí se extendía por una tierra de nadie baja y húmeda, hacia un saliente alemán fuertemente fortificado, el Pan de Azúcar, desde el cual se dominaba el avance del atacante. «Sé que haréis todo lo posible por ayudar a nuestros muchachos que están combatiendo en el sur», les dijo Haking, en vísperas de la batalla. Desde la torre de la iglesia de Fromelles, reforzada por una escalera de hormigón y con una aspillera hecha especialmente para un vigilante, los alemanes pudieron observar, durante todo el día 18 de julio, los preparativos para el ataque tanto a las trincheras de la línea del frente como a las de detrás de aquéllas. El ataque comenzó el 19 de julio, a últimas horas de la tarde, y estuvo precedido por una descarga de artillería que duró todo un día. Las primeras bajas australianas se debieron a que sus propios proyectiles se quedaron cortos y a algunos intensos disparos de la artillería alemana. Cuando comenzó el ataque, abrieron fuego las ametralladoras

alemanas que estaban en el saliente, porque la artillería no había conseguido silenciarlas.

Una hora después de que salieran de las trincheras los primeros hombres, el general Elliot informó: «Cada vez que sale un hombre, lo bajan de un tiro. Según los informes de los heridos, el ataque está fallando por falta de apoyo.» Los heridos retrocedían en tropel. Un ataque británico al otro lado del saliente también fue repelido y hubo muchas bajas británicas. Entonces, en un punto de la línea algo alejado del Pan de Azúcar, los australianos llegaron a una trinchera alemana principal. «Pillamos al enemigo cuando estaba guarneciendo sus parapetos, de modo que se produjo un implacable enfrentamiento cuerpo a cuerpo —escribió después el historiador del batallón, el capitán Ellis—, que terminó, como han terminado siempre todos esos combates cuerpo a cuerpo durante toda la guerra: con el triunfo absoluto de los australianos y la extinción o el exterminio de los alemanes.»

El saliente del Pan de Azúcar, que el general Haking había ordenado que se atacara «durante toda la noche», eludió a sus atacantes. Al romper el alba, más heridos trataron de regresar a las líneas australianas. Muchos de ellos estaban tendidos en la tierra de nadie, «tratando de regresar hasta nosotros —escribió después el sargento H. R. Williams—, y al hacerlo se convertían en blanco de los ametralladores alemanes». Los que consiguieron regresar parecía «que hubieran despertado de una pesadilla —recordaba Williams—. La terrible experiencia de la noche anterior se hacía patente en todos los rostros, un blanco cadavérico aparecía a través de máscaras de suciedad y sudor seco, esos ojos vidriosos, saltones y llenos de ese horror que sólo se ven en el rostro de los hombres que han sobrevivido a un intenso bombardeo».

Durante la noche, un grupo de australianos y algunos soldados británicos habían llegado hasta el alambre exterior del Pan de Azúcar, pero no pudieron atravesarlo. El historiador oficial australiano de la guerra, C. E. W. Bean, que visitó el campo de batalla en noviembre de 1918, poco después del armisticio, escribió: «Encontramos la tierra de nadie repleta de nuestros muertos. En el sector estrecho situado al oeste del saliente del Pan de Azúcar había cráneos y huesos y uniformes destrozados por todas partes. Encontré parte de los petates de un australiano a cuarenta y cinco metros de la punta del saliente y los huesos de un oficial australiano y de varios soldados a unos noventa metros. Un poco más allá, justo en su flanco, había algunos británicos, que se distinguían por su equipo de cuero.»

De los centenares de cementerios que hay en el frente occidental, hay uno, situado un kilómetro y medio al norte de Fromelles, que contiene las tumbas de cuatrocientos diez australianos y los nombres de otros 1.298 «desaparecidos» entre el barro y los desechos del campo de batalla. La batalla de Fromelles fue un breve interludio, lejos del Somme, durante esa batalla más amplia, a pesar de lo cual hubo numerosas bajas: 1.708 australianos muertos y casi cuatro mil heridos. Los muertos británicos fueron por lo menos cuatrocientos. Los muertos y heridos alemanes fueron menos de mil quinientos en total. Cayeron prisioneros cuatrocientos australianos y los alemanes los hicieron marchar a través de Lille.

El objetivo del ataque a Fromelles, mantener a las tropas alemanas lejos del Somme, fue un fracaso. Un contraataque exitoso, el 20 de julio, demostró a los alemanes que su línea no corría ningún grave peligro. Ese día, en el Somme, se produjo un incidente sin precedentes y que tal vez no se repitió, que recordaba después un capellán del ejército británico: «La única ocasión en que hemos oído a las tropas dar vítores espontáneos y entusiastas en medio de la batalla fue cuando, tras media hora de un solo combate, el 20 de julio de 1916, un aeroplano alemán se estrelló detrás de nuestras líneas, en plena gloria de un cielo rojo como la sangre al fondo. Causó tal conmoción que, en ambos bandos, los artilleros habían dejado de disparar para verlo.»[8]

En el Somme, estaba a punto de reanudarse el ataque a Pozières. «¿Para qué ir a la guerra los unos contra los otros? Si yo no tengo nada contra esos hombres», escribió un joven maestro australiano, el soldado Jack Bourke, en una carta a su familia, cuatro días antes de que comenzara la batalla. Un soldado alemán, que escribió a su casa el 21 de julio, encabezó su carta «En las trincheras del infierno» y añadió: «En realidad, no es una trinchera, sino una pequeña zanja destrozada por los proyectiles, sin nada con que cubrirse y sin protección. Hemos perdido cincuenta hombres en dos días y la vida resulta insoportable.»

El ataque a Pozières se reanudó el 22 de julio. Las tropas alemanas habían utilizado los seis días transcurridos desde el ataque anterior para colocar una red de puestos de ametralladoras en los cráteres de explosión, delante de sus defensas principales. El bombardeo nocturno de la artillería británica, visto de lejos, convirtió toda la línea del cielo en «una franja de luz parpadeante». Cuando entró en acción el recién llegado Cuerpo de Anzac, apenas había tiempo ni humor para la misericordia. Un oficial australiano, el teniente E. W. D. Laing, recordaba después a un soldado alemán que «trató de rendirse en cuanto vio que nuestros chavales se le echaban encima. "Sal, tú...", gritó uno de mis hombres.

Lo escuché y regresé a gritarle al chaval que le disparara al cabrón, porque, si no, lo haría yo; de modo que le dio».

Murieron seis alemanes en ese barrido y dieciocho cayeron prisioneros. «Los hombres se divertían mucho tirando bombas en todos los agujeros que veían», recordaba Laing. En la esquina de uno de los refugios subterráneos, el soldado Bourke encontró unas cajas de pastel de regalo, con la dirección escrita por una mano infantil. «En otra esquina había una chaqueta enrollada —escribió en una carta a sus familiares—. La abrí y vi que estaba manchada de sangre. Justo entre los hombros había un agujero de metralla quemado, que contaba una historia trágica. El propietario de la chaqueta era alemán y se podría decir que no le tenían demasiada simpatía. Puede que no fuera así, pero no pude evitar pensar con tristeza en el niño o la niña que le había enviado los pasteles.»

Ése fue el segundo bautismo de fuego australiano en el frente occidental en tres días. Las cartas de esa época y los recuerdos posteriores dan fe de la intensidad y la crueldad de los combates. El teniente coronel Iven Makay recordaba que, a medida que los australianos avanzaban, muchos alemanes «se quedaban en sus refugios subterráneos, aterrorizados y había que sacarlos con bombas o a bayonetazos. Algunos no salieron nunca. Una cantidad de prisioneros alemanes se negaban, de puro miedo, a cruzar la tierra de nadie. Hubo que matarlos». En el cementerio militar de Pozières hay un monumento a 14.691 soldados que murieron mientras atacaban las colinas en 1916, 1917 y 1918, pero que no tienen una tumba conocida. También hay seiscientas noventa lápidas australianas, con su nombre.

El 25 de julio, se volvió a reanudar el ataque a Pozières. El soldado de primera clase E. Moorhead recordaba más adelante que, después de que su compañía entrara en una trinchera alemana vacía, un capitán «lleno de ron hasta arriba» ordenó a los hombres que siguieran «y echó a correr otra vez hacia delante. Al final, los supervivientes regresaron, presa del pánico, gritando que debíamos retirarnos, que habíamos quedado aislados, que teníamos encima a los alemanes, etcétera, etcétera. Al capitán le habían dado un tiro en el corazón en el alambre de espinos». Poco después atacaron los alemanes, aunque la artillería australiana había quitado ímpetu a su ofensiva. «Cuando aparecieron los "hunos" sobre la cresta, de a dos, de a tres, o de uno en uno, algunos con mochilas, probablemente llenas de bombas, otros con la bayoneta calada, nos alineamos sobre el parapeto como una multitud entusiasmada y les disparamos como locos, abatiéndolos como a conejos; no se libró ni uno, por lo que pude ver. Estábamos a algo menos de cuatrocientos y, a medida que aparecía cada hombre, recibía un centenar de balazos. Apareció un oficial e hizo gestos a sus hombres

para que se adelantaran, con aire señorial, y después cayó como una bolsa, lleno de nuestro plomo. Disparé alrededor de treinta balas y con eso me cobré mi parte.»

Un poco después, hubo un momento de humor negro. «Un desgraciado *boche* —recordaba Moorhead—, tras soportar el acoso de los disparos de nuestros fusiles, se marchaba aparentemente sólo con una herida leve cuando estalló encima de él uno de nuestros obuses, como si le hubieran apuntado a él, y lo hizo volar en trocitos. Cómo aclamamos y reímos entonces, como si fuera lo más divertido del mundo.»

No tan divertida fue la experiencia de un oficial australiano, el capitán W. G. M. Claridge, que fue herido ese día y enviado a un hospital en Inglaterra. «No voy a decir una mentira ni a pretender que no tuve miedo —escribió Claridge a sus padres dos semanas después de la batalla—, porque lo tenía y quién no lo habría tenido, con la muerte sonriéndote desde todas partes y unos infernales proyectiles de 150 milímetros chillando en el aire y la metralla sembrando la muerte a tu alrededor. No sé cuánto tiempo soporté sin venirme abajo.» Había quedado enterrado tres veces y estaba «muy agradecido por mi herida, que me permitió salir de la línea de combate y descansar un poco».

El 25 de julio, Haig apuntó en su diario, por la noche: «La situación parece muy nueva y extraña para el cuartel general australiano. Aquí los combates y el fuego de la artillería son mucho más intensos de lo que se había experimentado en Gallípoli. Además, ¡es muy distinto luchar contra los alemanes que contra los turcos! El bombardeo enemigo ha sido muy intenso contra Pozières hoy.» El general Rawlinson escribió esa noche en su diario un comentario sobre la película de la batalla que se acababa de compilar: «Algunas partes son muy buenas, pero corté muchos de los horrores de los muertos y los heridos.»

En una carta a sus padres, escrita el 28 de julio, un joven soldado de infantería, George Leigh-Mallory, describía la vida en las trincheras como «lo más angustioso que os podáis imaginar, cuando uno ve a los muertos y los moribundos y oye hablar de regimientos que han sido truncados por las ametralladoras». Y añadió Leigh-Mallory: «No soy uno de los que ven la guerra con optimismo y me sorprendería mucho que acabara antes de navidad. Supongo que en cualquier momento nos pueden llegar muy buenas noticias de Rusia... pero tardan mucho en llegar y la maquinaria bélica alemana no debe de estar agotada ni mucho menos, si pueden combatir como lo han hecho.»[9]

El 29 de julio, un día después de la carta pesimista, o por lo menos realista, que escribió a sus padres ese soldado de infantería, Haig recibió de Londres una carta del general sir William Robertson, jefe del Estado Mayor General del Im-

perio, en la que le advertía que «los que mandan comienzan a inquietarse un poco con respecto a la situación». Esa preocupación consistía, como explicaba Robertson, en «si la pérdida de, digamos, trescientos mil hombres, nos permitirá obtener resultados realmente extraordinarios, porque si no, deberíamos contentarnos con algo menos de lo que estamos haciendo ahora». Esos mismos «que mandan», añadía Robertson, «preguntan constantemente por qué combatimos nosotros y los franceses no. Se supone que el objetivo fundamental, es decir, reducir la presión sobre Verdún, se ha conseguido hasta cierto punto».

Haig no tenía duda de que la ofensiva del Somme debía continuar. «En seis semanas más —respondió—, al enemigo le costará encontrar hombres. Mantener una presión ofensiva constante traerá como consecuencia, al final, su total destrucción.» Esa «presión ofensiva constante» continuó, aunque sin resultados decisivos y con un permanente incremento de las bajas británicas. El 30 de julio, cuatro batallones británicos, entre ellos tres de los Liverpool Pals, atacaron la aldea de Guillemont, que una semana antes había resistido un ataque similar. Debido a la espesa niebla, los preparativos preliminares de la artillería británica habían resultado casi inútiles, ya que numerosos soldados alemanes salieron de sus trincheras sin ser vistos y se refugiaron en la tierra de nadie. Sin embargo, cuando avanzaron los atacantes, la niebla no los protegió, ya que los ametralladores alemanes sabían de dónde tenía que proceder el ataque y dispararon sobre ellos, que no podían ver de dónde les llegaban los disparos del adversario. Un grupo de Pals, al llegar a la línea del frente alemana, encontró a más de sesenta alemanes al fondo de una trinchera, aparentemente protegiéndose del bombardeo. Sólo tomaron un prisionero, «se supone que para el servicio secreto», comenta el historiador de los Liverpool Pals.[10]

Las cartas que se conservan, escritas por los atacantes justo después de la batalla por Guillemont, dan una idea del carácter azaroso de la muerte. El soldado de primera clase H. Foster describió que «nuestro sargento acababa de darnos nuestra ración de ron y se había ido al embudo de explosión donde estaba el equipo de artilleros y allí, lamentablemente, cayó en medio de ellos un proyectil con gas. ¡Pobres chavales! No quedó nada de ellos». El cabo G. E. Hemingway narró la muerte de su amigo, el soldado de primera clase J. Quinn, en una de los numerosos centenares de miles de cartas que se enviaban a casa durante la guerra para describir a una esposa o a un progenitor el destino de algún ser querido: «Más o menos en la mitad de la tierra de nadie, mientras esperaba en un embudo de explosión que cesara una de nuestras propias descargas, me di cuenta de que Joe estaba en el embudo contiguo y nos sonreímos para darnos ánimos mutuamente. Las ametralladoras enemigas estaban barriendo toda

la zona con balas explosivas y había un ruido terrible, de modo que no se podía hablar. Los chorros de la muerte silbaban sobre nuestros embudos y procedían del flanco izquierdo; como su embudo estaba a la izquierda del mío, Joe recibió una bala en el costado. Se fue lentamente, apenas una mirada de anhelo, un débil intento de aferrarse al espacio y después cayó suavemente en el olvido, con la cabeza apoyada en el brazo.»

Entre los miembros de los Liverpool Pals que murieron en Guillemont el 30 de julio estaba el soldado de primera clase S. Atherton, que durante quince años había sido jugador y a continuación encargado de mantener el campo de juego del Club de Cricket Oxton, en Birkenhead. Aunque estaba casado, había sido uno de los primeros en presentarse como voluntario. Dejó una viuda y cuatro hijas, la mayor de las cuales tenía siete años y la menor, dos y medio. En su nombre, el club hizo una colecta especial para reunir fondos «para ayudar a la viuda durante los próximos seis años» o hasta que sus hijas «estén en condiciones de ayudarla con sus propios ingresos».

Ese día murieron quinientos hombres de los dos mil quinientos que componían los batallones de los Liverpool Pals, enlutando a Merseyside. Muchos de los cadáveres de los muertos quedaron en la tierra de nadie hasta que la intensidad del sol de agosto los redujo a esqueletos. Algunos, sumergidos y enterrados bajo la tierra constantemente destrozada por los proyectiles, no fueron descubiertos hasta más de una década después de la guerra.

Desde el centro y el este de Turquía, durante los primeros meses de 1916, había proseguido la gran fuga de armenios, expulsados de su tierra natal en medio de escenas de brutalidad y terror. Los refugiados armenios se convirtieron en un elemento característico en muchos puertos del Mediterráneo. El 1 de julio, un oficial británico que estaba en Egipto, Ronald Storrs, escribió a su familia: «Port Said está llena de refugiados armenios que los acorazados franceses han dejado aquí, procedentes de Cilicia. Están combatiendo contra los turcos con mucho valor. Lo cual me recuerda que debéis dejar de usar la expresión "los buenos turcos", etcétera. Si no fue suficiente con las masacres de Urfa y Adana, basten los horrores actuales para borrar de nuestro vocabulario político la falsa y absurda leyenda de los "primeros caballeros de Europa".»

En la literatura bélica, la novela *Los cuarenta días de Musa Dagh*, de Franz Werfel, llegaría a ser un homenaje a la épica huida del pueblo armenio.

En el frente oriental, los rusos habían seguido empujando a los alemanes y los austríacos hacia el oeste. En la primera semana de julio, cayeron prisioneros

más de treinta mil alemanes. Una vez más, la enfermera británica Florence Farmborough fue testigo de las horribles secuelas de la batalla, tanto para los vencedores como para los vencidos. Su hospital de campaña estaba entonces en Barish. «A medida que fue aumentando la intensidad de los combates, se amontonaban los heridos en el exterior de nuestro dispensario temporal, esperando ser atendidos, entre innumerables camillas. Unos pocos entraban a gatas, suplicando la asistencia que necesitaban con tanta urgencia. Trabajábamos noche y día y de vez en cuando aprovechábamos un rato perdido para dormir un poco. Por la noche se recogían los muertos y se colocaban, uno al lado del otro, en las tumbas tipo foso que se cavaban para ellos en el campo de batalla. Alemanes, austríacos, rusos, todos descansaban en la misma fosa, en paz, como hermanos. Nubes de moscas aumentaban el horror de los campos de batalla y cubrían a los hermanos muertos, que esperaban en las zanjas abiertas a que los enterraran, como cubiertos por una gruesa mortaja negra. Recuerdo el horror que sentí la primera vez que vi que la mortaja de moscas se movía.»

El 8 de julio, llegaron las tropas rusas a Delatyn, a menos de cincuenta kilómetros del paso de Jablonitsa, en los Cárpatos, y de la frontera húngara. «Un tiempo espantoso —escribió Ludwig Wittgenstein en su diario el 15 de julio—. En las montañas, un refugio malo, bastante inadecuado, un frío helado, lluvia y neblina. Una vida atroz.» El día 16, Florence Farmborough, al otro lado de la línea con respecto a Wittgenstein, escribió en su diario: «Hay tanto barro que arranca las botas de las piernas de sus propietarios.» Dos enfermeras habían muerto como consecuencia de las bombas austríacas hacía cuatro días y una más, el día anterior. Al día siguiente, llevaron a setenta hombres malheridos. «Depositaron sobre la mesa de operaciones a un joven tártaro, muy malherido. No hablaba ruso y trató en vano de susurrarnos algo que no pudimos comprender. Mandaron a buscar a uno de los conductores tártaros, que se inclinó todo lo que pudo sobre la forma postrada, pero no recibió respuesta a sus ansiosas preguntas: "¡Ha muerto!", dijo una voz. Los rostros curtidos de los miembros de las tribus más ancianos se pusieron tensos de emoción mientras él se alejaba.»[11]

A finales de mes, la población de Brodi, en la frontera oriental de Galitzia, había caído en poder de los rusos y cuarenta mil austríacos habían sido hechos prisioneros en dos semanas. Las bajas rusas también fueron numerosas. El hospital de campaña de Florence Farmborough recibió a ochocientos heridos en veinticuatro horas, en su mayoría heridos en el estómago. También eran frecuentes las amputaciones. «Había una pierna tan pesada que no podía levantarla de la mesa», escribió. Alguien la ayudó a llevarla «al minúsculo galpón donde

una pila de miembros amputados esperaban para ser enterrados. No había estado nunca en ese galpón y me alejé rápidamente; fui a nuestra habitación, bebí un poco de agua y tomé dos aspirinas; la sensación de asfixia desapareció y volví a ser yo misma. Pero a mi mente le costó un poco más adaptarse: después de la guerra, ¿qué ocurriría con esos mutilados?».

Para tratar de detener la ofensiva de Brusilov, la última semana de julio, Hindenburg y Ludendorff asumieron el mando de un amplio sector del frente austríaco. Un comandante alemán, el general Bothmer, asumió el mando de buena parte del frente en el este de Galitzia. Pflanzer-Baltin se vio obligado a aceptar a un oficial alemán, Hans von Seeckt, como jefe de su Estado Mayor.[12] Se enviaron tropas alemanas a la línea de batalla y se unieron compañías austríacas y alemanas para formar batallones mixtos. Hasta se pidieron tropas turcas de refuerzo. «El hecho de que se haya proclamado tanto la llegada de los turcos a Galitzia, incluso antes de producirse —escribió en su diario el general Hoffmann el 27 de julio—, resulta, no cabe duda, bastante humillante para los austríacos.»

Detrás de las líneas alemanas, en la Bélgica ocupada, las autoridades de ocupación alemanas habían hecho grandes esfuerzos para evitar la celebración del octogésimo quinto aniversario de la independencia de Bélgica, el 21 de julio. «Advierto a la población que se abstenga de realizar cualquier demostración», declaró nueve días antes el gobernador de Bruselas y Brabante, el general Hurt, y enumeró como punibles: «Las reuniones públicas, los desfiles, las asambleas, las arengas y los discursos, las ceremonias académicas, la colocación de flores delante de determinados monumentos, etcétera, la decoración de edificios públicos o privados, el cierre de tiendas, cafeterías, etcétera, a horas insólitas.» Comentó el jefe de la delegación estadounidense en Bélgica, Brand Whitlock: «Por uno de esos acuerdos misteriosos y tácitos que nadie pudo rastrear hasta sus orígenes, ese día todo el mundo apareció con una cinta verde, por ser el verde el color de la esperanza, y, aunque sin duda no se fomentó, a los belgas no les habían prohibido que alentaran esperanzas.»

A los alemanes no les causaron ninguna gracia ni esa manifestación de patriotismo ni una breve manifestación popular de apoyo al cardenal Mercier, el arzobispo de Malinas, cuando, esa noche, lo vieron salir de Bruselas en coche hacia Malinas. Se impuso una multa de un millón de marcos a los ciudadanos de Bruselas y se cobró. Mercier se había ganado el aprecio popular por sus cartas públicas de protesta contra los excesos de la ocupación.

Seis días después del día nacional belga, se produjo un episodio en Bélgica que confirmó la opinión de los británicos sobre el salvajismo de los alemanes.

El 27 de julio, en Brujas, los alemanes ejecutaron al capitán Charles Fryatt, antiguo comandante de un vapor de la Great Eastern Railway, el *Brussels*. En consejo de guerra habían declarado a Fryatt culpable de tratar de embestir a un submarino alemán. Lo habían detenido cuando los alemanes interceptaron al *Brussels* durante uno de los viajes regulares que realizaba dos veces por semana de Harwich al Hook of Holland, diez semanas después de la hazaña por la que obtuvo tantos elogios en Gran Bretaña. Él y su tripulación fueron trasladados al campo de prisioneros de Ruhleben, justo a las afueras de Berlín. En el consejo de guerra, los alemanes acusaron a Fryatt de ser un «pirata» por atacar a la embarcación que lo estaba atacando a él. Un civil canadiense que estaba recluido en Ruhleben, John Ketchum, estudiante de música en Alemania cuando estalló la guerra, recordaba después: «El asesinato judicial de un hombre que había vivido en Ruhleben, aunque sólo fuera un mes, provocó una profunda impresión y mucha rabia, e hizo que en el campo tomáramos conciencia de la guerra como no lo habíamos hecho antes.»

En Gran Bretaña, el mismo patriotismo que consideró repugnante la ejecución de Fryatt también consideraba repugnante que hubiera hombres que se negaran a servir en el ejército. Durante algún tiempo, los objetores de conciencia habían sido objeto de burla, por considerarlos cobardes y traidores. En la última semana de julio, enviaron a más de doscientos de esos objetores a una cantera en Dyce, cerca de Aberdeen, para romper piedras. Sin embargo, un tribunal establecido por el gobierno encontró más de cuatro mil casos de auténticos objetores de conciencia, a disposición de los cuales puso un servicio alternativo, que incluía labores agrícolas y médicas. Los que se negaban a prestar el servicio alternativo con frecuencia acababan en la cárcel. La negativa repetida producía, en muchos casos, un encarcelamiento repetido y trabajos forzados, como romper piedras en las canteras de la prisión de Princetown, en Dartmoor.

En Estados Unidos, que mantenía su neutralidad con persistencia, el 22 de julio se celebró un desfile del día de la preparación. Durante el desfile, un socialista anarquista contrario a la guerra, Thomas J. Mooney, arrojó una bomba contra la Bolsa de la ciudad. Murieron nueve personas y hubo cuarenta heridos. Mooney fue condenado a muerte, aunque la sentencia se conmutó por prisión perpetua y fue puesto en libertad en 1939.

Durante el otoño de 1916, la actividad fue intensa en casi todos los frentes de la guerra, aunque no se produjeron cambios decisivos en las líneas de batalla. En el Somme, al igual que en Verdún, el ejército alemán, en lugar de marchar de triunfo en triunfo, se estaba desangrando. Como Haig estaba convencido de

que los asaltos constantes acabarían con la «destrucción» del enemigo, siguió tratando de alcanzar los objetivos que se había propuesto el primer día de la batalla, el 1 de julio. El 23 de julio, las tropas australianas habían entrado en Pozières y dos militares recibieron la Cruz de la Victoria. Lentamente, a pesar de los constantes contraataques, los alemanes se vieron obligados a retroceder en el campo de batalla del Somme. El 31 de julio, en su escritorio de Berlín, Walther Rathenau escribió en su diario que la «exaltación delirante» que había presenciado en las calles dos años antes le había parecido, incluso entonces, «una danza de la muerte», una obertura para una fatalidad que sería «oscura y espantosa».

En el Somme lucía un sol estival maravilloso: «No era el tiempo adecuado para matar», escribió Harold Macmillan a su madre el 2 de agosto. Seis noches después, los alemanes atacaron las trincheras británicas en el saliente de Ypres y, antes del ataque, lanzaron una descarga de gas preliminar. Un soldado raso de diecinueve años, John Bennett, que se asustó del ruido repentino y alarmante del «gong del gas», huyó de la trinchera a la retaguardia. Cuando regresó, unas horas después, a las trincheras de apoyo de su batallón, vio que habían muerto siete hombres y que había cuarenta y seis heridos como consecuencia del ataque con gas. De inmediato fue arrestado y acusado de «mala conducta ante el enemigo».

En el juicio de Bennett, su oficial al mando dio a entender que Bennett, que se había alistado seis semanas antes de que comenzara la guerra, se venía abajo durante los bombardeos. Lo condenaron a muerte, pero, durante el procedimiento de revisión, un general de brigada recomendó que se le conmutara la pena. El comandante del cuerpo, teniente general sir Aylmer Hunter-Weston, veterano de los combates en Gallípoli, no estuvo de acuerdo. Los cobardes, dijo, «constituyen un grave peligro para el esfuerzo bélico y con la sanción de la pena de muerte se pretendía que los hombres se asustaran más que con la perspectiva de enfrentarse al enemigo». Bennett fue fusilado. El mismo día fueron ejecutados por deserción dos hombres más.

Mientras continuaban los combates en el Somme, miles de hombres dejaron el campo de batalla con los nervios destrozados. Daban parte de enfermos y, cuando les preguntaban lo que había pasado, la mayoría respondía: «neurosis de guerra». En algunos casos era evidente, pero para las autoridades médicas no fue así, necesariamente. Según la historia médica oficial: «Explicarle a un hombre que sus síntomas se debían a un trastorno emocional producido por su dura experiencia en la línea y no, como él imaginaba, por alguna alteración grave de su sistema nervioso producida por el estallido de los proyectiles, se convirtió en

la forma más frecuente y más eficaz de psicoterapia. Su sencillez no le quitaba valor, en modo alguno, y no era extraño que al final, después de pasar en un hospital las dos semanas de descanso que tanto necesitaba, se presentara voluntariamente al servicio.»

De todos modos, los casos auténticos de neurosis de guerra aumentaban también y llegaron a ser más de cincuenta mil al acabar la guerra. Durante la batalla del Somme y debido a la intensificación de las crisis nerviosas y las neurosis de guerra, se abrieron centros especiales de diagnosis y tratamiento para cada zona militar. La opinión de las autoridades militares, como destaca la historia médica oficial, era que la cuestión del colapso mental estaba «tan relacionada con mantener la moral en el ejército, que cada soldado que no fuera eficaz debido a una crisis nerviosa debía ser objeto de una cuidadosa investigación. En ningún caso se lo ha de evacuar a la base, a menos que su estado justifique semejante procedimiento».

El 8 de agosto, las fuerzas británicas en el Somme lanzaron otro ataque contra la aldea de Guillemont, ataque que, planeado a último momento, careció de la preparación adecuada de la artillería. Cuando los soldados salieron de las trincheras, vieron que la artillería alemana bombardeaba la tierra de nadie con gran precisión. A medida que continuaron su avance por el Valle de la Muerte, toparon con intensas ráfagas de las ametralladoras alemanas. En el sector en el cual combatía el batallón de los Liverpool Scottish, diez de sus veinte oficiales y noventa y seis de sus seiscientos hombres murieron o desaparecieron. El batallón atacó tres veces, antes de verse obligado a retroceder. Esa noche, buscando a los heridos que habían quedado tendidos en el campo de batalla, el oficial médico del batallón, el capitán Noel Chavasse, entró en la tierra de nadie seguido de un grupo de voluntarios. «Recogimos muchos discos de identificación —escribió a su familia— y así logramos acortar la trágica lista de desaparecidos.» La palabra «desaparecido» significaba, prácticamente en todos los casos, muerto sin que se hubiese podido encontrar ningún rastro reconocible.

Entre aquellos a los que Chavasse rescató había tres hombres malheridos, que habían estado tumbados a apenas veintitrés metros de la línea del frente alemán. Al final, dos de ellos murieron. «Lo alucinante de esa hazaña de rescate —recordaba un soldado— era que llevaba encendida la linterna eléctrica mientras andaba entre las trincheras, silbando y llamando a los heridos para que indicaran dónde se encontraban y así poder rescatarlos. Sin hacer caso de las balas de los francotiradores ni de las esporádicas descargas cerradas de fusilería, llevaba a cabo su labor de rescate durante las horas de oscuridad.» En un momento dado, el grupo de rescatadores se encontró justo delante de una trinchera ale-

mana. Los alemanes abrieron fuego y Chavasse fue herido en el muslo. Por su trabajo de esa noche le concedieron la Cruz de la Victoria.

En el frente oriental, el general Brusilov se aproximaba al límite occidental del avance ruso; el 7 de agosto, capturó la ciudad de Stanislav (Stanislawów), en el este de Galitzia, y tomó siete mil prisioneros austríacos y tres mil quinientos alemanes, aunque no consiguió amenazar la Polonia ocupada por Alemania, ni el oeste de Galitzia, ni Hungría. La matanza fue considerable. Florence Farmborough y las demás enfermeras rusas tuvieron que pasar una mañana, cuando se dirigían hacia el frente, por lo que había sido un campo de batalla. «Todavía había muertos tendidos por todas partes —escribió en su diario—, en posturas extrañas y poco naturales, que seguían en el mismo lugar donde habían caído: en cuclillas, doblados en dos, estirados, postrados, boca abajo. [...] Austríacos y rusos tumbados unos al lado de los otros. Y había cuerpos lacerados, destrozados, tendidos sobre franjas de tierra con manchas oscuras. Había un austríaco al que le faltaba una pierna y con el rostro hinchado y ennegrecido; otro con la cara tan destrozada que daba miedo mirarlo; un soldado ruso con las piernas dobladas bajo el cuerpo, apoyado en el alambre de espinos. Y más de una herida abierta estaba llena de moscas y tenía unas cosas que se movían, como hilos.»

Diez días después, Florence Farmborough informó que había «varios grupos de desertores» en las cercanías de su dispensario. Los rodearon y los enviaron otra vez a las trincheras. Dos días después, un soldado moribundo, con una herida grave en el estómago, le suplicó que le diera agua. En todos los frentes sabían que, para heridas así, el agua era muy peligrosa. «Me miró con ojos desafiantes, ojos de moribundo, pero que ardían por la inmensidad de su sed. Razoné conmigo misma: si no le doy agua, morirá atormentado por su inmensa sed; si se la doy, morirá, pero el tormento será menor. Debilitada por la compasión, acerqué una taza; sus ojos ardientes me observaban, expectantes y agradecidos. Le acerqué la taza a los labios, pero me cogió el brazo e inclinó la taza hacia arriba. El agua se derramó en su boca abierta y le salpicó la cara y la almohada, pero él la tragaba ruidosamente. Cuando logré soltar el brazo, la taza estaba vacía. Yo estaba muy afligida y sabía que estaba temblando. Le sequé el rostro, abrió los ojos y me miró; vi en ellos muchísima gratitud, un inmenso alivio. Pero, antes de que pudiera volver a poner la taza en su sitio, salió de él un sonido extraño, ahogado, y de su boca brotó un líquido verdoso y espeso que cayó sobre la camilla y se volcó en el suelo. Tenía los ojos cerrados... había dejado de respirar.»

El 22 de agosto, el ejército de Brusilov fue confrontado, a lo largo de un sector del frente de veinte kilómetros, por dos divisiones de tropas turcas que, un año antes, habían estado combatiendo en Gallípoli. A pesar de todo, las fuerzas austríacas se vieron obligadas a retroceder. «Los oficiales en activo ocupan sillones confortables en los cargos más altos del Estado Mayor —escribió en su diario, el 27 de agosto, el general Hoffmann, que controlaba en ese momento la batalla en Galitzia—. Además, están todas esas razas mezcladas; por lo menos veintitrés idiomas diferentes. Nadie entiende a nadie.»[13]

Los turcos no sólo combatieron ese agosto contra los rusos en Galitzia, sino también contra los británicos en Sinaí, donde reanudaron sus intentos de llegar al canal de Suez. No obstante, detrás de las líneas turcas, diez hidroaviones británicos que despegaban de un portaaviones situado frente al puerto de Haifa bombardearon los depósitos militares turcos y los empalmes ferroviarios de Afula, en la línea férrea de Haifa a Damasco, y de Adana, en la línea de Berlín a Bagdad. Los turcos, que no carecían de recursos aéreos propios, bombardearon Port Said, hiriendo a casi cincuenta civiles y averiando un portaaviones de la Marina Real británica.

En el frente de Salónica, la línea se mantuvo igual a lo largo de la frontera greco-serbia, a pesar de la llegada, a principios de agosto, de cinco mil soldados rusos y once mil italianos. A comienzos de ese verano, los griegos, que seguían siendo neutrales, entregaron a los búlgaros el poderoso fuerte Rupel, que dominaba la profunda garganta a lo largo de la cual el río Struma entraba en Bulgaria. Los aliados lo consideraron una traición. Los griegos alegaron que ya habían acordado con ellos que ni ayudarían ni pondrían trabas a las potencias centrales. La entrega del fuerte fue, desde el punto de vista griego, un acto neutral. Los británicos siguieron tratando de convencer a los griegos, en cuyo suelo estaban combatiendo, para que adoptaran una postura más activa a favor de los aliados. A tal fin, se recurrió a un montón de propaganda. Contrataron en Salónica a un joven historiador británico, Llewellyn Woodward, que había estado en Alemania varias veces, antes de la guerra, para que distribuyera información procedente de Londres en los periódicos griegos. «Recuerdo una frase espantosa —escribió después— que se transmitió por radio desde la oficina de propaganda: "Nuestros hombres disfrutan matando alemanes bajo el sol de primavera."»

Las tropas británicas y las francesas, que entraron en acción ese mes en el frente de Salónica, capturaron un apeadero abandonado y dos colinas. Sin embargo, el 17 de agosto, una fuerza de dieciocho mil búlgaros atacó la línea aliada

cerca de Flórina, en un punto que defendían las fuerzas serbias. El comandante búlgaro, un general setentón, había combatido junto a los prusianos en 1870. «Estaremos en Salónica la semana que viene», alardeaban los búlgaros y en Atenas ya imaginaban la entrada triunfal del ejército alemán en la propia capital. Los búlgaros capturaron Flórina el segundo día de su ofensiva, con lo cual se aseguraron un pequeño punto de apoyo en el norte de Grecia, pero el resto de sus avances fueron repelidos y se trasladaron al frente refuerzos serbios en camiones británicos. En el flanco oriental del frente, donde un año antes Bulgaria había ocupado una cuña de ochenta kilómetros de ancho en la región griega de Tracia, el monitor *Picton* de la Marina Real británica bombardeó posiciones búlgaras cerca de Kavála, mientras que los aviones británicos bombardearon puentes ferroviarios controlados por los búlgaros, cerca de la población de Drama, en el interior.

En el frente italiano, el 4 de agosto, los italianos habían lanzado su sexta ofensiva en el frente del Isonzo, hicieron retroceder a los austríacos, capturaron varios picos montañosos y entraron en su objetivo, la ciudad de Gorizia. Entre los soldados italianos que se destacaron en esa ofensiva cabe mencionar al coronel Badoglio, jefe del Estado Mayor de un cuerpo de ejército que, en una ocasión, dirigió la acción de seis batallones.[14] Cuando se suspendió la ofensiva, dos semanas después, los italianos habían conquistado entre cinco y seis kilómetros a lo largo de un frente de veinticuatro kilómetros y habían tomado prisioneros a casi cincuenta mil austríacos, aunque habían tenido que pagar un precio muy elevado por ese éxito: habían muerto veinte mil soldados italianos y otros treinta mil habían resultado heridos.

En el frente del Cáucaso, las tropas rusas sufrieron un revés, el 6 de agosto, cuando las fuerzas turcas, al mando del general de brigada Mustafá Kemal, recuperaron las poblaciones de Bitlis y Mus, en el este de Anatolia, con lo cual acabaron todas las perspectivas de una Gran Armenia patrocinada por Rusia.

En el África Oriental alemana, los británicos, los belgas y los sudafricanos sólo hicieron lentos avances en la periferia, cuyo momento culminante fue un ataque exitoso de la Marina Real británica a Dar es Salaam. A pesar de haber perdido dos terceras partes del territorio, las fuerzas alemanas no estaban dispuestas a renunciar a sus notables operaciones y siguieron derrotando tanto a los belgas como a los sudafricanos, a raíz de lo cual el general Smuts informó a su esposa: «Lo estamos pasando muy mal.» En dos meses perdería treinta y tres mil quinientas bestias de carga, de las cuales dependía para distribuir los pertrechos por todo el país.

En el mar, los submarinos alemanes siguieron haciendo estragos entre los buques mercantes que transportaban los pertrechos y los productos alimenticios de los aliados. Durante un período de servicio de veinticinco días en el Mediterráneo, un solo submarino, el *U-35*, hundió, en su mayor parte con fuego de artillería, un total de cincuenta y cuatro buques mercantes, incluidos treinta y dos buques italianos que transportaban cincuenta mil toneladas de carbón. La cifra de muertos en desastres navales siguió siendo elevada: cuando, a principios de ese mes de agosto, unos saboteadores austríacos entraron en el puerto de Taranto y volaron el acorazado italiano *Leonardo da Vinci*, murieron 248 marinos italianos. Pero la guerra en el mar no siempre favoreció a las potencias centrales: durante un ataque a una patrulla naval rusa en el golfo de Finlandia, tres meses después, siete destructores alemanes se hundieron en una misma noche en un campo de minas frente a las costas de Reval y se ahogaron más de mil marinos.

La guerra en el mar fue, en muchos aspectos, la guerra olvidada. Los marinos combatientes y los marinos mercantes corrían peligro todos los días. Uno de sus cronistas, E. Hilton Young, escribió acerca de las barcas pesqueras dragaminas, cuyas tripulaciones eran también, prácticamente, guerreros olvidados:

We sift the drifting sea,
and blindly grope beneath;
obscure and toilsome we,
the fishermen of death.[15]

Todos los buques de guerra aliados y todos los buques mercantes aliados y neutrales que navegaran por el Atlántico o el Mediterráneo con pertrechos o con alimentos se exponían a ser atacados por un submarino alemán. Durante cuatro años de guerra, se hundieron más de dos mil embarcaciones de guerra y mercantes británicas y se ahogaron más de doce mil marinos de guerra y mercantes. La cantidad de submarinos alemanes que fueron destruidos por los aliados también fue considerable: más de doscientos, con la pérdida de quinientos quince oficiales navales alemanes y 4.849 hombres. Según la escala de las batallas en el frente oriental y el occidental, esas pérdidas fueron escasas, pero, para los que combatieron en el mar o navegaron por él, fueron el elevado coste de una guerra peligrosa.

En el Somme, el desgaste, más que la penetración, se había convertido en la norma de los combates para los ejércitos anglofranceses. Fue una guerra de bosques, bosquecillos, valles, barrancos y aldeas que se ganaban y se perdían, se

recuperaban y se volvían a perder. El 17 de agosto, el poeta y pintor británico Isaac Rosenberg escribió a un amigo: «Ahora nos tienen bastante ocupados y el clima es realmente insano; ni los médicos lo soportan. Hoy fue un día muy emocionante y, aunque estamos detrás de la línea de fuego y justo fuera de las trincheras, unos cuantos fueron a parar al cielo y al hospital. Yo mismo llevé a uno en una carretilla al hospital (que suele ser la antesala del paraíso).»

El 18 de agosto, las tropas alemanas contraatacaron desde sus posiciones en el bosque de Leuze. El corresponsal de guerra Philip Gibbs las vio avanzar hacia las trincheras británicas, «hombro con hombro, como una barra sólida». Era un «auténtico suicidio», escribió. «Vi que nuestros hombres ponían en marcha sus ametralladoras y el lado derecho de la barra viviente caía en pequeños fragmentos y después caía toda la línea sobre la hierba chamuscada. Detrás venía otra línea. Eran hombres altos y avanzaban sin titubear, pero a mí me pareció que andaban como si fueran conscientes de que iban hacia la muerte. Y morían. El símil es bastante trillado, pero era exactamente como si los hubiera segado una guadaña invisible.»

Gibbs observó que, en todas las cartas escritas por soldados alemanes durante esas semanas de combates «y que hemos capturado a hombres vivos o muertos, había un mismo grito de sufrimiento y horror». «Me encontraba al borde de los días más terribles de mi vida —escribió uno de ellos—, que fueron los de la batalla del Somme, que comenzó con un ataque nocturno, la noche del 13 al 14 de agosto, y duró hasta la noche del 18, cuando los ingleses escribieron sobre nuestros cuerpos, en letras de sangre: "Estáis acabados." Un puñado de desdichadas criaturas medio enloquecidas, agotadas física y mentalmente, fue lo único que quedó de todo el batallón. Nosotros éramos ese puñado.»

Las pérdidas de muchos de los batallones alemanes fueron, escribió Gibbs, «pasmosas, aunque no superiores a las nuestras, y a mediados de agosto la moral de las tropas se había debilitado mucho».

En un cuartel del ejército en Warley, en Essex, Inglaterra, el 18 de agosto tuvo lugar un consejo de guerra, pero no para juzgar a un soldado acusado de desertar, sino a un pacifista acusado de negarse a aceptar cualquier forma de servicio, ya fuera militar o como no combatiente. Se trataba de Clifford Allen, de veintiséis años, presidente de la hermandad contra el servicio militar obligatorio, que dijo a los oficiales que lo juzgaron: «Creo en el valor y el carácter sagrado inherentes a cada personalidad humana, independientemente de la nación a la cual pertenezca un hombre.» Lo condenaron a tres meses de trabajos forzados;

después lo dejaron en libertad durante unas horas, lo volvieron a someter a un consejo de guerra y a condenar, cada vez por períodos más largos.

La tercera semana de agosto, los australianos entraron en acción más allá de Pozières. «Cuando leáis esto, habré muerto; no os preocupéis», escribió a sus padres, antes del ataque, un ex empleado de banca, el sargento D. G. J. Badger, que murió el 21 de agosto. Tres días después, el teniente Bert Crowle, que había sido herido el 21, escribió a su mujer e hijo: «Tan sólo unas líneas para que estéis preparados, porque cualquier día puede ocurrir lo peor. No vale la pena ocultar las cosas. Estoy desesperado de dolor. Si me hubiesen traído en seguida, tendría alguna esperanza, pero ahora se ha declarado una gangrena gaseosa tan grave, que el médico no puede evitarla cortando, porque ha llegado demasiado lejos y la única esperanza es que las sales que han puesto sequen la gangrena o, de lo contrario, no hay ninguna esperanza.»

A Crowle lo habían transportado unos camilleros más de seis kilómetros y el viaje por terreno abierto había comenzado delante de las trincheras alemanas. Iba delante un camillero con una bandera de la Cruz Roja. Como era habitual en esos casos, los alemanes no dispararon. Crowle se lo contó a su esposa y después continuó: «El dolor empeora. Lo siento mucho, querida, pero de todos modos se ocuparán de ti, estoy tranquilo al respecto. De modo que anímate, querida; podría escribir mucho, pero estoy casi inconsciente. Cariños para el querido Bill y para ti; por favor, ocúpate de ti misma y de él. Tu esposo que te quiere, Bert.» El teniente Crowle murió pocas horas después.

Capítulo XV

GUERRA EN TODOS LOS FRENTES
De agosto a diciembre de 1916

Estaba a punto de comenzar la guerra en un nuevo frente. Desde julio de 1914, Rumania había mantenido tenazmente la neutralidad, aunque permitía que los pertrechos y el personal alemanes y austríacos pasaran por su territorio para apoyar el esfuerzo bélico turco contra los aliados. El 18 de agosto de 1916, el gobierno rumano decide aprovechar lo que esperaba que fuera el éxito ruso constante contra Austria. Ese día, se firmó un pacto secreto entre los aliados y Rumania, por el cual ésta recibiría tres territorios que codiciaba hacía tiempo: la provincia austrohúngara de Transilvania hasta el río Theiss, la provincia de Bucovina hasta el río Pruth y la región de Banat en su totalidad.

Nueve días después, el 27 de agosto, se constituyó una nueva zona de guerra: Rumania, una vez satisfechos sus sueños expansionistas, al menos sobre el papel, declaró la guerra a Austria. Ese día, las tropas rumanas atravesaron la frontera de Austria-Hungría y entraron en Transilvania. El rey Fernando, que tenía sangre germana, dijo ese día al Consejo de la Corona de Rumania: «Ahora que he vencido al Hohenzollern que había en mí, no le temo a nadie.»

Otro Hohenzollern, el káiser alemán, se dejó llevar momentáneamente por el pánico cuando las tropas rumanas penetraron en el centro del imperio de los Habsburgo y dijo a sus más allegados: «La guerra se ha perdido.» Las potencias centrales se enfrentaban al permanente avance ruso en el este, a la presión británica cotidiana en el Somme y a la beligerancia rumana. El 28 de agosto, para tratar de reforzar las capacidades bélicas de Alemania, el káiser sustituyó a su jefe del Estado Mayor General, el general Falkenhayn, por el mariscal de campo Hindenburg. Nombrado segundo de Hindenburg, Ludendorff recibió un título nuevo y muy impresionante: el de Primer Intendente General.

El káiser mandó llamar a Hindenburg y Ludendorff el 29 de agosto para informarlos de su ascenso. Ellos lo alentaron a iniciar de inmediato una guerra de submarinos sin restricciones, sin tener en cuenta el efecto que pudiera produ-

cir en Estados Unidos ni en los países escandinavos. Ese mismo día, Hindenburg escribió también al ministro de guerra, insistiéndole para que se duplicara la fabricación de municiones y se triplicara la producción de artillería y ametralladoras antes de la primavera de 1917.

En dos semanas, con la creación de un Mando Supremo de la Guerra, Hindenburg logró el control efectivo de todos los ejércitos de las potencias centrales. Así se acordó en una conferencia con el káiser, a la que asistieron el ministro de Guerra turco, Enver Pasha, y el zar búlgaro, Fernando. Para reforzar el frente de Salónica, Enver ya había enviado una división turca, compuesta por doce mil hombres, para hacerse cargo del sector de la línea búlgara comprendido entre Drama y Kavála. También había tropas alemanas en el frente de Salónica; cuando trataban de apoderarse de una pequeña aldea que estaba en poder de los alemanes, las tropas británicas capturaron a setenta soldados alemanes.

A pesar de las numerosas zonas bélicas en las que combatían y a pesar de la sangría del Somme, las potencias centrales siguieron escalando posiciones. El pánico del káiser había sido innecesario. Los avances rumanos en Transilvania contra los austríacos, avances que habrían sido muy útiles para las fuerzas rusas en los Cárpatos, fueron efímeros. El 1 de septiembre, los búlgaros declararon la guerra a su vecino de los Balcanes y se dispusieron a incorporarse al ejército alemán que se estaba formando para atacar al otro lado del Danubio, desde el sur. Al antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Von Falkenhayn, le dieron el mando del principal ejército que atacaba desde el norte, con la colaboración de los austríacos por su flanco. Geográficamente, Rumania resultaba vulnerable a ese tipo de ataque por dos flancos.

El 3 de septiembre, las primeras tropas de las potencias centrales se desplazaron contra Rumania en el sur. Mientras ellos avanzaban, los aviones búlgaros bombardearon Bucarest. Los rumanos habían pedido ayuda a Londres y a París. Para tratar de reducir la presión sobre el frente rumano, los franceses y los británicos lanzaron una nueva ofensiva en el Somme, el mismo día del ataque de las potencias centrales. Capturaron la aldea de Guillemont, que había sido un objetivo de las fuerzas británicas durante tanto tiempo, pero el bosque de High y el reducto de Schwaben, dos elementos muy codiciados del desolado campo de batalla, permanecieron en poder de los alemanes. En las márgenes del río, las aldeas de Cléry y Omiecourt cayeron en poder de los franceses.

Los combates continuaron todo el 4 de septiembre. Entre los oficiales que combatieron ese día figura un destacado nacionalista irlandés de treinta y seis años, Tom Kettle, profesor de Economía Nacional en Dublín y antiguo parlamentario, que se había incorporado al ejército británico al comenzar la guerra.

Lo había hecho, escribió, para luchar «no por Inglaterra, sino por las naciones pequeñas», es decir, por Bélgica. En una carta a su hermano, fechada el 4 de septiembre, escribió: «Estoy tranquilo y feliz, pero tengo un ansia desesperada por vivir. Si vivo, me propongo dedicar el resto de mi vida a trabajar por la paz perpetua. He visto la guerra y he hecho frente a la artillería moderna y sé que es un atropello contra los hombres sencillos.» Pocas semanas antes, Kettle había escrito a su esposa: «Quiero vivir, además, para usar todas mis capacidades de razonamiento y de trabajo para expulsar eso tan horrible llamado Guerra y para poner en su lugar la comprensión y la camaradería.»

El 5 de septiembre, en el Somme, los británicos capturaron el bosque de Leuze, cinco kilómetros al este de la línea del frente del 1 de julio. En otro ataque que tuvo lugar ese día, las tropas irlandesas capturaron la aldea de Ginchy. Cuando se acercaron a la línea, el hedor de los muertos en las trincheras de comunicación había sido tan intenso que algunos hombres se echaron talco para los pies en la cara. Antes del ataque entregaron a los oficiales trozos de tela verde para que se los cosieran en la parte posterior de sus uniformes, como símbolo de su patriotismo irlandés. Tocando la tela, Tom Kettle dijo a su asistente: «¡Me siento orgulloso de morir por ella!» Murió ese día, cuando entraba en la aldea al frente de sus hombres. En una carta de condolencia a su esposa, su asistente escribió: «Llevaba su mochila por Irlanda y por Europa. Ya no la llevará más. Ha defendido la línea.»

Uno de los que estaban cerca de Kettle cuando murió escribió: «Yo estaba justo detrás de Tom cuando salimos de la trinchera. Él estaba agachado y una bala pasó por encima del chaleco de acero que llevaba y se le metió en el corazón. No duró más que un minuto y tenía mi crucifijo en la mano. Entonces Boyd le quitó todos los papeles y las cosas que Tom llevaba en los bolsillos, para guardárselas a la señora Kettle, pero el pobre Boyd voló en pedazos pocos minutos después.»

Cuatro días antes de morir, Kettle había escrito una poesía para su hija, para ese momento futuro en que ella preguntara por qué su padre la había «abandonado» para irse a «jugar con la muerte»:

And oh! they'll give you rhyme
And reason: some will call the thing sublime,
And some decry it in a knowing tone.
So here, while the mad guns curse overhead,
And tired men sigh with mud for couch and floor,

Know that we fools, now with the foolish dead,
Died not for flag, nor King, nor Emperor,
But for a dream, born in a herdsman's shed,
And for the secret Scripture of the poor.[1]

Si Kettle hubiese sobrevivido al ataque del 5 de septiembre, se habría hecho cargo del puesto de censor de base, alejado de los peligros cotidianos de la línea del frente y del ataque. En su última carta a su hermano había escrito: «En alguna parte, los que eligen a los caídos van tocando, como solían hacerlo en nuestra historia escandinava, con varitas invisibles a los que tienen que morir.»

En el sector francés, el 4 de septiembre se capturó la aldea de Bouchavesnes, a más de seis kilómetros del punto de partida del 1 de julio. Sin embargo, en Verdún, donde los franceses habían logrado defender los fuertes interiores, esa noche murieron más de quinientos soldados franceses al estallar el túnel del ferrocarril en Tavannes, que se utilizaba para alojar a las tropas. El desastre fue un accidente, provocado por un incendio que estalló en un depósito de municiones. Uno de los pocos testigos presenciales describió después que, tras la explosión, «un cuerpo destrozado voló hacia mí, o, mejor dicho, se vertió sobre mí. A tres metros de distancia, vi a hombres retorciéndose entre las llamas, sin poder prestarles ninguna ayuda. Piernas y brazos volaban por los aires en medio de la explosión de las granadas, que estallaban sin cesar». Los que consiguieron llegar hasta la salida del túnel se vieron atrapados en un bombardeo alemán y varios murieron. Entre los que murieron dentro del túnel estaban el comandante de una brigada y su Estado Mayor y la casi totalidad de dos compañías del Ejército Territorial. El incendio duró tres días. Cuando por fin se pudo entrar, no encontraron más que muertos.

Los franceses estaban preparando un contraataque en Verdún. El desastre en el túnel de Tavannes no pudo hacerlos desistir de su propósito. En el Somme parecía que la batalla estaba llegando a su fin. «Es agradable pensar que nuestros violentos combates están a punto de finalizar —escribió Noel Chavasse a su familia el 7 de septiembre—. Los "hunos" han quedado hechos polvo delante de nosotros. Nos mantenemos a la cabeza. Ya no tenemos tantas bajas como al principio.»

Tras los éxitos iniciales de Rumania al entrar en Hungría, la nueva zona bélica rumana se convirtió en escenario de un rápido avance alemán. El 5 de septiembre, en un ataque a la fortaleza de Tutracaia, a orillas del Danubio, el general

Mackensen capturó veinticinco mil soldados rumanos y ciento quince cañones pesados. En el frente oriental, donde los rusos habían seguido avanzando y tomaron decenas de miles de prisioneros austríacos más, el 11 de septiembre, el general Averyanov advirtió al Estado Mayor General ruso: «Estamos a punto de agotar por completo las reservas de recursos humanos.» La ofensiva de Brusilov se acercaba a su fin. En el Somme se estaba preparando una nueva ofensiva. «Las moscas siguen siendo una plaga terrible —escribió Harold Macmillan a su madre, desde su refugio subterráneo en la línea del frente— y el hedor de los cadáveres que se apilan a nuestro alrededor es espantoso.» Paul Maze, que entraba en las trincheras con unos mapas enrollados, sujetos por una cinta roja, oyó a un soldado que gritaba: «Por el amor de Dios, dejadlo pasar; ese tío lleva el tratado de paz.» Al regresar de las trincheras una noche «pasó junto a una cantera en la que un intenso bombardeo con granadas de gas había pillado a las víctimas del día tendidas en hilera, esperando para ser transportadas por la noche. Al oír los gritos y los gemidos de los hombres, me detuve a dar una mano para alejarlos de la zona afectada por el gas», con lo cual él también se vio afectado.

El 12 de septiembre, el general Sarrail comenzó la primera ofensiva en el frente de Salónica, en la que participaron tropas francesas, rusas, serbias, británicas e italianas. El avance tuvo éxito en las laderas de las montañas, pero, al llegar a las zonas más altas, se detuvo. Los serbios recuperaron brevemente unos cuantos centenares de metros, pero a continuación los hicieron retroceder. Los franceses también tuvieron dificultades; el aluvión de telegramas que recibió Sarrail no facilitó, en modo alguno, su posición real: «Siga adelante con todas sus fuerzas.» «Adelántese por el flanco, cuento con ello.» «Marche al frente. Marche al frente. Marche al frente.»

Otra zona de constante acción ofensiva de la Entente fue el frente italiano. El 14 de septiembre, los italianos lanzaron su séptima ofensiva. Una vez más se capturaron varios picos montañosos, entre ellos el monte Cardinal, de 2.353 metros, en Trentino. Una vez más, los austríacos defendieron la línea.

En el Somme, el 15 de septiembre, el destino de la Entente dio un giro potencialmente dramático, al utilizarse carros de combate por primera vez en una batalla. Participaron en el ataque cuarenta y nueve carros, que avanzaron a lo largo de un amplio frente. A diez de ellos los alcanzó el fuego de la artillería alemana, nueve sufrieron desperfectos mecánicos y cinco no avanzaron, pero los que consiguieron adelantar lograron recorrer más de mil ochocientos metros y capturar el tan ansiado bosque de High y tres aldeas: Flers, Martinpuich y Cour-

celette. Churchill escribió al almirante Fisher (en ese momento, ninguno de los dos ocupaba ningún cargo ni formaba parte del gobierno): «Han hecho salir a mis pobres "acorazados terrestres" antes de tiempo y en pequeña escala. En esa idea cabía una victoria real.» Haig reconoció el potencial de la nueva arma y pidió al Ministerio de Guerra un millar de ellas. Los alemanes estaban muy atrasados en sus experimentos con carros de combate.

Entre las tropas que sacaron provecho del carro de combate durante su propio avance figuraba la División de la Guardia. Durante el avance que realizó la división ese día, entre los muertos figuraba Raymond Asquith, el hijo del primer ministro, que recibió un disparo en el pecho cuando dirigía el avance de sus hombres. Para que ellos no supieran que su herida era mortal, encendió un cigarrillo después de caer. Murió en la camilla, mientras lo llevaban al dispensario.

Un futuro primer ministro, Harold Macmillan, que también estaba de servicio con la Guardia, resultó herido de gravedad el 15 de septiembre. Sobrevivió durante toda la mañana en la tierra de nadie, en un embudo que los proyectiles alemanas que estallaban a pocos metros de distancia hicieron volar dos veces encima de él. Al principio se puso a leer una edición de bolsillo del *Prometeo* de Esquilo en griego; después, cuando se hizo de tarde, «saqué medio gramo de morfina —escribió a su madre— y conseguí dormir hasta las 15.30», cuando un sargento mayor, que llegó hasta él, que estaba en el fondo del embudo, le dijo, como si estuviera en la plaza de armas: «Gracias, señor, por darme permiso para llevármelo.» Cuando regresaba por sus propios medios, al cabo de un rato, hacia el hospital de campaña, Macmillan se vio atrapado, de pronto, en medio de un intenso bombardeo. «Entonces tuve mucho miedo», escribió. Primero en el hospital de Abbeville y después en Inglaterra, los cirujanos decidieron que era demasiado arriesgado extraerle de la pelvis los fragmentos de bala, de modo que caminó arrastrando los pies durante el resto de su vida y tuvo que llevar muletas y un tubo en la herida hasta el final de la guerra.

Durante el día en que fue herido, Macmillan recordaba haber visto un carro de combate, uno de «esos objetos extraños», empantanado en un embudo. Ese vehículo tan desgarbado no tardaría en demostrar su valor, incluso cuando se utilizaba en pequeñas cantidades, ya que, once días después de su primer uso, un ataque británico con trece carros capturó la aldea de Thiepval, que había resistido desde el primer día de la ofensiva del Somme. Ese mismo día, cayó Combles ante un ataque de la infantería apoyada por dos carros, mientras que en Guéudecourt, donde los carros avanzaron con ayuda del reconocimiento

aéreo, cayeron prisioneros quinientos alemanes, frente a tan sólo cinco bajas británicas.

El 15 de septiembre, los canadienses recibieron órdenes de avanzar hacia la línea. Cuando atacaron, a las tres de esa tarde, el soldado raso John Chipman Kerr encabezó una carga que pasaría a los anales de la historia militar canadiense. Así lo describió el teniente coronel G. R. Stevens, cronista del servicio militar de los soldados procedentes de Edmonton: «Aunque había perdido un dedo, saltó del refugio y echó a correr a lo largo de la parte superior de la trinchera, abatiendo a los bombarderos enemigos a diestro y siniestro. Su increíble arremetida resultó ser el colmo para los pobres alemanes, de modo que se rindieron sesenta y dos prisioneros ilesos. Después de entregar a sus prisioneros en una trinchera de apoyo, Kerr volvió a la acción sin preocuparse de que le vendaran la herida.» Por ese episodio, le concedieron la Cruz de la Victoria. Fue uno de los catorce voluntarios de una misma familia. Para alistarse, él y su hermano habían recorrido ochenta kilómetros a pie, en pleno invierno, desde su remota granja hasta la cabeza de línea más próxima.

Cuarenta y dos canadienses habían muerto en el ataque del 16 de septiembre. Entre los que murieron en el Somme seis días después había un soldado británico de diecinueve años, E. W. Tennant, que había dejado los estudios a los diecisiete años para poder alistarse y estaba en las trincheras desde poco después de cumplir los dieciocho. Su poema «The Mad Soldier» («El soldado loco») comienza con los siguientes versos:

I dropp'd here three weeks ago, yes – I know,
And it's bitter cold at night, since the fight –
I could tell you if I chose – no one knows
Excep' me and four or five, what ain't alive.
I can see them all asleep, three men deep,
And they're nowhere near a fire – but our wire
Has 'em fast as can be. Can't you see
When the flare goes up? Ssh! boys; what's that noise?
Do yo know what these rats eat? Body-meat![2]

No fue en el Somme, sino en Rumania, donde el nuevo Alto Mando alemán concentró ese mes la mayor parte de su esfuerzo militar. El 15 de septiembre, Hindenburg dio la orden: «Ahora la tarea principal de los ejércitos consiste en defender con ahínco todas las posiciones del frente occidental, el oriental,

el italiano y el macedonio y en utilizar contra Rumania todas las demás fuerzas disponibles.» No sólo había que reclutar mano de obra militar, sino también civil, para la guerra: según un Programa Industrial Hindenburg, recién creado, había que reclutar trabajadores alemanes y deportar por la fuerza a setecientos mil obreros belgas, para transportarlos a Alemania. El 16 de septiembre, el industrial judío alemán Walther Rathenau, que había insistido para lograr la reconciliación europea y la mitigación del odio, escribió una carta abierta a Ludendorff en apoyo de las deportaciones belgas. Uno de los que protestaron fue el cardenal Farley, de Nueva York, que declaró: «Hemos de retroceder a los tiempos de los medos y los persas para encontrar un ejemplo similar de todo un pueblo sometido a la esclavitud.»

El presidente Wilson, reflejando la indignación estadounidense ante las deportaciones belgas, dio instrucciones a su embajador en Berlín, James W. Gerard, para que planteara la cuestión al canciller alemán. «Hay belgas empleados en la fabricación de proyectiles y eso va en contra de las normas de la guerra y de las Convenciones de La Haya», le dijo Gerard. «No lo creo», respondió el canciller. «Tengo el coche en la puerta —replicó Gerard—. En cuatro minutos, lo puedo llevar a un sitio donde hay treinta belgas fabricando proyectiles.» El canciller no aceptó la invitación.

El 16 de septiembre, en el frente oriental, las recién llegadas tropas turcas rechazaron un ataque ruso con gas. El mismo día, en el frente occidental, durante su visita a Cambrai, Hindenburg dio órdenes de que se construyera una línea de defensa «semipermanente», de ocho a cincuenta kilómetros detrás del frente: la Línea Hindenburg, una zona muy bien fortificada, para impedir que cualquier penetración militar de los aliados se acercase a la frontera belga o alemana. Uno de los que murieron ese día en el frente occidental fue Dillwyn Parrish Starr, un teniente estadounidense de treinta y dos años que pertenecía a un regimiento de la Guardia Británica. Nacido en Filadelfia y educado en Harvard, Starr se había presentado como voluntario en 1914, como chófer de ambulancia para los franceses, había servido con los vehículos blindados británicos en Gallípoli y después lo habían transferido a la Guardia, con la que fue al Somme. Starr fue uno de los treinta y dos mil estadounidenses que burlaron las normativas del ejército británico, según las cuales, entre las categorías de aquellos que «no se podía permitir que se alistaran o que se volvieran a alistar, bajo ninguna circunstancia», figuraban los pertenecientes a la categoría «(vi) los extranjeros».

Uno de los miles de soldados que recibieron la orden de entrar en acción el 16 de septiembre fue el soldado raso Henry Farr, pero se negó a avanzar hasta

las trincheras de la línea del frente. «No puedo soportarlo», dijo. Entonces lo arrastraron hacia delante, chillando y luchando, pero se soltó y huyó. Hacía poco que había salido del hospital, después de un tratamiento para la neurosis de guerra, tras estar en el frente desde 1914. Lo sometieron a un consejo de guerra, acusado de cobardía, y lo ejecutaron.[3]

En el frente de Salónica, las tropas francesas y las rusas recuperaron Flórina de los búlgaros el 17 de septiembre, aunque los serbios, después de apoderarse al día siguiente del monte Kajmakcalan, de 2.367 metros, fueron expulsados de él. Al final, dos semanas después capturaron los dos picos de la montaña, que quedaban justo dentro de la frontera serbia.

Detrás de las líneas turcas, el 17 de septiembre, los aviones alemanes abatieron dos hidroaviones británicos que atacaron la base turca de El Arish, pero después se retiraron cien kilómetros hacia el este, a través del desierto, hasta Beersheba. Según los deseos de Hindenburg, la principal ofensiva de las potencias centrales iba dirigida contra el nuevo beligerante: Rumania.

El 26 de septiembre, el ejército del general Von Falkenhayn entró en Transilvania por el paso de Rotenturm, capturó la ciudad de Hermannstadt y tomó prisioneros a tres mil rumanos. Tan sólo un mes después de la decisión rumana de intervenir en la guerra, las esperanzas de sus líderes de expandirse hacia Hungría se habían visto truncadas. El 1 de octubre, los alemanes llegaron a Petrosani e hicieron retroceder a los rumanos hasta la frontera. Más al este, los expulsaron de la ciudad de Kronstadt una semana después y los hicieron retroceder a través de los Alpes de Transilvania hasta la frontera rumana y después, el 13 de octubre, por el paso de Torzburg, hasta la ciudad de Rucar, diez kilómetros en el interior de Rumania.

A partir de mediados de octubre, el destino de Rumania estuvo pendiente de un hilo. El 19 de octubre, el ejército de Mackensen atravesó las líneas de defensa de Dobrudja y, tres días después, entró en la ciudad portuaria de Constanza, donde capturaron grandes cantidades de petróleo y cereales. En el frente de Transilvania, un mes después, el teniente Rommel se distinguió durante la captura del monte Lesculiu, de mil doscientos metros.

En la guerra contra Gran Bretaña, los alemanes iban adquiriendo confianza, a pesar de los riesgos. El 2 de septiembre despegaron dieciséis dirigibles alemanes, pertenecientes al ejército y a la marina, para realizar un ataque conjunto al este de Inglaterra. Fue el ataque aéreo más nutrido que se organizó jamás. Diez de los dirigibles lograron atravesar el mar del Norte y llegaron a Lon-

dres poco antes de medianoche. Uno de ellos, después de arrojar sus bombas, fue perseguido por varios aviones, que lo obligaron a zigzaguear en medio de una intensa descarga de la artillería antiaérea, hasta que el teniente Robinson lo derribó sobre Cuffley, en Hertfordshire. Fue la primera víctima de una nueva bala incendiaria. Cayó a tierra envuelto en llamas y presenciaron su destrucción miles de personas que se congregaron en los techos y en las calles para observarla.

Tan brillante era el resplandor del dirigible al arder que lo vieron desde Reigate, más de cincuenta kilómetros al sur. «Era el momento que tantos londinenses esperaban ver desde hacía tanto tiempo —escribe el historiador de los zepelines, R. L. Rimell— y lo aprovecharon al máximo. Se armó un pandemónium total, porque la gente salió corriendo a la calle. Los cantos, los aplausos y los vítores parecían continuar sin cesar y encontrar eco sobre los tejados. Muchos grupos entonaron patrióticamente el "Dios salve al rey", mientras mujeres y niños bailaban en las calles. Los silbatos de las locomotoras y las sirenas de las fábricas contribuían a la cacofonía del delirio. Los padres, entusiasmados, acercaban a sus hijos pequeños a la ventana para que presenciaran el acontecimiento y para muchos ésa sería una impresión duradera, incluso más de sesenta años después.»

Añadió Rimell: «Nadie podía apartar la mirada del coloso en llamas, que permaneció inmóvil varios segundos, a tres mil quinientos metros de altura, antes de hundirse por fin, en un breve picado. Cuentan que el olor acre de la tela y la madera quemadas duró en el aire mucho después de que los restos del dirigible siniestrado desaparecieran de la vista.» Entre los miles de testigos oculares había un niño de diez años, Henry Tuttle. «Abrimos la puerta de entrada y allí estaba —recordaba después—. Era fantástico, como un inmenso cigarro de plata, y parecía moverse con mucha lentitud en ese momento. Muchas personas salieron de sus casas y entonces, de repente, empezaron a salir llamas del zepelín[4] y después se partió en dos y se convirtió en una masa de fuego. Era algo increíble de ver: la gente ovacionaba, bailaba, cantaba y alguien se puso a tocar la gaita. Y así siguieron toda la noche. El italiano que vivía en nuestra casa andaba por el centro de la calle, clamando al cielo en italiano y blandiendo una gran cuchilla de curtidor. Todos los niños (y yo entre ellos) marchábamos de un lado a otro con él, gritando como locos. Qué espectáculo, jamás lo olvidaré. Después nos dijeron, en la escuela, que el que derribó al zepelín fue el teniente Robinson, del Royal Flying Corps.»

Cuando, en el momento triunfal, el teniente William Leefe Robinson, del Royal Flying Corps, había disparado las bengalas verde y roja para indicar que lo

había conseguido, la gran multitud que observaba la destrucción del dirigible se dio cuenta del significado de las bengalas y había lanzado una fuerte ovación. A Robinson le concedieron la Cruz de la Victoria por su hazaña, la única que se concedió por una hazaña realizada en suelo británico (o por encima de él), lo cual despertó algo de amargura entre los pilotos del frente occidental. «Ya me gustaría a mí atacar a una de esas enormes bolsas de gas, en lugar de a un par de "hunos" combativos, cualquier día», fue el comentario de un piloto. Pero la hazaña de Robinson, un triunfo en sí mismo, también levantó mucho la moral del país. Cuando recibió la Cruz de la Victoria de manos del rey Jorge V, en el castillo de Windsor, se había congregado una gran multitud para saludarlo y ovacionarlo.

En las cuarenta y ocho horas posteriores al derribo del dirigible, diez mil personas se dirigieron en tren desde la estación de King's Cross a visitar la escena y a buscar recuerdos. Dentro de la iglesia local colocaron en ataúdes los cuerpos de los dieciséis tripulantes. Una niña que espió por el ojo de la cerradura vio a varios policías jugando a la pelota con sus cascos, por encima de los ataúdes. El funeral militar celebrado unos días después en el cementerio de Potters Bar, durante el cual los cornetas de la Guardia de Granaderos tocaron «The Last Post» en honor de los aviadores muertos, disgustó un poco a un público que estaba escandalizado por las muertes provocadas durante el ataque aéreo, en el cual se lanzaron 371 bombas y habían muerto cuatro civiles.

Leefe Robinson se convirtió en un héroe británico por su hazaña del 2 de septiembre. Dos semanas después, un héroe alemán, el barón Manfred von Richthofen, pasó a la leyenda de la guerra al derribar su primer avión sobre el frente occidental. Richthofen, que ya había entrado en combate bombardeando las formaciones militares y los empalmes ferroviarios rusos en el frente oriental, se vio envuelto en un combate aéreo con un piloto británico, el subteniente Lionel Morris, y su observador, el teniente T. Rees. «Mi inglés giraba y se retorcía, volando en zigzag —escribió Richthofen justo después del combate—. A mí me animaba un solo pensamiento: "El hombre que tengo delante debe caer, sea como fuere." Al final llegó un momento favorable. Aparentemente, mi oponente me había perdido de vista. En lugar de girar y retorcerse, se puso a volar en línea recta. En una fracción de segundo, me coloqué detrás de él con mi excelente aparato y le lancé una breve ráfaga de disparos con mi ametralladora. Me había acercado tanto, que temí que me fuera a estrellar contra el inglés. De pronto, casi grité de alegría, porque la hélice del aparato enemigo había dejado de girar. ¡Hurra! Le había destrozado el motor; el enemigo se vio obligado a aterrizar, porque le resultaba imposible llegar hasta sus propias líneas.»

Richthofen observó cómo descendía del cielo su adversario. «El aparato inglés se balanceaba de una forma extraña; era probable que le hubiese ocurrido algo al piloto. El observador ya no era visible. Aparentemente su ametralladora había quedado abandonada. Era evidente que le había dado al observador y que había caído de su asiento. El inglés aterrizó cerca de la base aérea de uno de nuestros escuadrones. Yo estaba tan contento que también aterricé y tan ansioso que estuve a punto de destrozar mi aparato. El avión del inglés y el mío quedaron muy juntos. Corrí hacia el aparato inglés y vi que un montón de soldados se dirigían corriendo hacia mi enemigo. Al llegar, me di cuenta de que mi suposición había sido correcta. Había destrozado el motor y tanto el piloto como el observador presentaban heridas graves. Éste murió enseguida, y el piloto cuando lo transportaban hacia el dispensario más próximo. En honor del enemigo caído, coloqué una piedra sobre su hermosa tumba.»

Después del ataque del zepelín del 2 de septiembre, los londinenses que vivían en la vulnerable zona del *East End* de la capital todas las noches cogían los trenes subterráneos para buscar la mayor seguridad del *West End*.[5] El 1 de octubre, siete zepelines arrojaron más de doscientas bombas sobre Gran Bretaña. Uno de ellos fue abatido en Potters Bar por un piloto del Royal Flying Corps, el teniente W. J. Tempest, y murieron sus diecinueve tripulantes.

En el mar, los submarinos alemanes continuaron sus depredaciones. El 22 de septiembre, informó la principal agencia de noticias alemana: «Uno de nuestros submarinos alcanzó en el Mediterráneo, el 17 de septiembre, a un buque enemigo para el transporte de tropas, que iba de bote en bote. El buque se hundió en cuarenta y tres segundos.»[6] El 1 de octubre, el káiser felicitó a su servicio de submarinos por el hundimiento de un millón de toneladas de embarcaciones aliadas, en su mayoría británicas. Una semana después, como consecuencia del primer ataque de un submarino alemán, el *U-53*, al litoral oriental de Estados Unidos, se hundieron cinco buques mercantes: tres británicos, uno holandés y uno noruego, frente a la isla de Nantucket. El embajador estadounidense en Berlín todavía iba a bordo de su barco, en su viaje de regreso a Nueva York, muy cerca del lugar donde se produjeron los hundimientos. «Me imagino que el capitán habrá modificado ligeramente el curso de nuestro barco —escribió después—, pero al día siguiente el olor del petróleo ardiendo se siguió notando durante horas.» Pocos días después, en una conversación que duró cuatro horas, el presidente Wilson dijo a Gerard que quería «tanto mantener como hacer la paz».

En el lejano Mediterráneo, continuaba la guerra de torpedos contra los buques de pasajeros. El 4 de octubre, un submarino alemán atacó dos veces, las dos con éxito: primero hundió un barco de la línea Cunard, el *Franconia*, en el cual murieron doce personas, y después un buque francés para el transporte de tropas, el *Gallia*, en el cual se ahogaron seiscientos hombres.

En el frente de Salónica, la malaria reducía la capacidad de combate de las tropas británicas, ya que trescientos soldados murieron a causa de la enfermedad en un solo mes. El 14 de octubre, a pesar del uso de granadas de gas, una gran ofensiva aliada contra las líneas búlgaras no consiguió capturar ni siquiera la primera línea de trincheras. En el mar, los submarinos alemanes siguieron provocando naufragios constantemente: el 28 de octubre, el buque de pasajeros británico *Marina* fue torpedeado sin previo aviso frente a la Fastnet Rock. Se ahogaron dieciocho pasajeros, entre ellos seis estadounidenses. Un vapor estadounidense, el *Lanao*, también fue hundido por un submarino alemán ese día, frente a Portugal. Muchos observadores se preguntaban cuánto tardarían esos hundimientos en obligar a Estados Unidos a declarar la guerra a Alemania. Dos días antes, el presidente Wilson había dicho en la Cámara de Comercio de Cincinatti: «Creo que se ha acabado el negocio de la neutralidad. La naturaleza de la guerra moderna no deja intacto a ningún Estado.»

En el Somme, los británicos seguían tratando de cumplir su objetivo del primer día, pero la lluvia y el barro dificultaban todos sus esfuerzos. El 2 de octubre, la aldea de Le Sars, recientemente capturada, se perdió en un contraataque alemán. El historiador oficial británico, el general Edmonds, comentó: «La lluvia caía a raudales y la zona de la batalla se convirtió en un mar de barro. Los hombres morían como consecuencia del esfuerzo de llevar mensajes orales.» Recapturaron Le Sars cinco días después. Ese día, murió en combate el sargento de un pelotón británico, Leslie Coulson, que había combatido antes en Gallípoli y había sido herido. Al comienzo de la batalla había escrito, en su poema «From the Somme» («Desde el Somme»):

I played with all the toys the gods provide,
I sang my songs and made glad holiday.
Now I have cast my broken toys aside
And flung my lute away.

A singer once, I now am fain to weep.
Within my soul I feel strange music swell,

Vast chants of tragedy too deep – too deep
For my poor lips to tell.[7]

El 11 de octubre, cuatro días después de la muerte de Leslie Coulson, un soldado raso canadiense, Earl Hembroff, que prestaba servicio con la Ambulancia de Campaña canadiense, describió en su diario una trinchera que se utilizaba como parte de un dispensario de avanzada, a la que se llevaban los heridos, y que había sido escenario, hacía poco, de una lucha desesperada. «Muertos por todas partes, sobre todo destrozados, ya que los proyectiles insisten en sacarlos a la superficie. Cuerpos encerrados, totalmente ennegrecidos por las bombas de humo. Un soldado raso británico abrazado a un *boche*, como en un combate mortal.» Los predicadores enterraban a los muertos por la noche. Las tropas estaban agotadas «y algunos de los más grandes lloraban como niños».

Ese día, llegó a la población de Albert una visitante británica, la vizcondesa D'Abernon, que escribió en su diario: «Salí de París ansiosa y entusiasmada por ver el frente británico, en el cual, hasta ahora, no se habían admitido visitas femeninas.» Observando el campo de batalla con su escolta militar, el general Davidson, «vimos como todo el horizonte de Pozières a Thiepval quedaba bajo una cortina de fuego alemán». Durante más de una hora, observó el bombardeo. «Vimos pasar a varios de nuestros aviones que se dirigían a sus hangares, situados muchos kilómetros más allá, y se contaban historias de hazañas heroicas y sobre todo de las proezas de un jovencito, llamado Albert Ball, que acababa de abatir su trigésimo avión *boche*, que tiene diecinueve años y vive para contarlo.[8] Nos quedamos un buen rato fascinados por esa extraña escena satánica, pero al final fue un alivio alejarnos. La tierra que pisábamos, los cráteres que esquivábamos, son trozos rotos del campo de batalla de hace apenas un mes. Aquí y entonces se apagó la brillante promesa de Raymond Asquith y murió mi querido sobrino Charles Feversham, y en el horizonte gris detrás de Albert hay, en este momento, miles de compatriotas en cuyas trincheras se recrean los proyectiles que estallan tan copiosa y constantemente que al general Davidson le pareció que debían anunciar un ataque inminente. La escena tenía un esplendor como de Lucifer, príncipe de las tinieblas, pero lo que más me preocupaba era la sensación de perversidad y desperdicio de vidas, la falta de un objetivo definido, en proporción con toda esa destrucción, desolación y sufrimiento humano.»

Lady D'Abernon visitó un dispensario. «Las camas son muy pequeñas —escribió— y sólo llevan una manta reglamentaria encima de una sábana muy áspera y sin blanquear. En la tienda de los oficiales, la única diferencia que se ha-

cía (pero que se observaba religiosamente) era que la colcha de algodón que cubría la manta reglamentaria era de color, en lugar de ser blanca. Dejando de lado esa marca de distinción algo fría y que no suponía ninguna comodidad, todo lo demás es idéntico. En la tienda de los oficiales, los rostros eran, prácticamente sin excepción, los rostros de simples muchachos. Se reservan tiendas especiales para los que tienen heridas en el vientre, en el pecho, en los ojos, para la gangrena gaseosa, etcétera, y, claro está, tiendas aparte para los *boches*. Entre ellos, una figura solitaria, todavía en una camilla olvidada, tumbado con la cara vuelta hacia la pared. A diferencia de los demás, no hablaba, ni siquiera se dio la vuelta cuando pasamos, y permanece en mi recuerdo como una triste figura solitaria.»

El 12 de octubre, en el Somme, los soldados de Terranova combatían en Guéudecourt. Los británicos estaban experimentando con una barrera de fuego móvil, que consistía en que los hombres avanzaban detrás de una cortina de explosiones destinadas a pulverizar la alambrada alemana y a aturdir a sus soldados. Más de uno de cada diez atacantes moría por avanzar demasiado rápido o porque los proyectiles se quedaban cortos. Éntre los terranovenses estaba el soldado de primera clase Raymond Goodyear. Ésa era su primera batalla. Mientras avanzaba corriendo, pareció que tropezaba y caía; su capitán acudió a ayudarlo y entonces se dio cuenta de que le había alcanzado un proyectil justo debajo de la cintura. El historiador de la familia Goodyear, David Macfarlane, escribe: «Por un momento, su rostro redondo y ennegrecido pareció desconcertado, bajo el sombrero de lata demasiado grande, como si no se diera cuenta de lo ocurrido. Lo habían rajado, como si se hubiese encontrado con un hacha en pleno movimiento.»

A medida que se acercaba el invierno, los generales trataban de encontrar un punto medio entre lo que se podía hacer y lo que a ellos les parecía que había que hacer. «El mal tiempo, que nos ha obligado a ir más lentos —escribió en su diario el general Rawlinson el 14 de octubre—, ha dado un respiro a los *boches*. Su artillería está mejor organizada y su infantería combate con mayor tenacidad, pero siguen llegando desertores y, cuanto más bombardeemos, más prisioneros y desertores tendremos. Por consiguiente, quisiera ser más o menos agresivo durante todo el invierno, pero no querría suavizar la situación el año que viene.» Una semana después, en el Somme, los británicos capturaron un millar de prisioneros alemanes.

En Verdún, el 24 de octubre, los franceses emprendieron su primera acción ofensiva del año, recuperaron el fuerte Douaumont y tomaron seis mil prisioneros alemanes. En el frente italiano, los italianos lanzaron la octava batalla del Isonzo, capturaron más de cinco mil soldados austríacos y, en Trentino, recuperaron las laderas septentrionales del monte Pasubio. Pero la ofensiva rusa había llegado al límite y finalizó ese octubre, cuando casi doscientos mil trabajadores rusos participaron en aproximadamente ciento setenta y siete huelgas políticas. Que fueran posibles más iniciativas militares rusas se puso en duda ese mes, cuando el general Alexeyev advirtió al zar que las tropas de reserva sólo alcanzarían para seguir luchando cinco meses más. Al finales de mes, una oficina de censura del ejército ruso informó de lo que decían los soldados: «Después de la guerra tendremos que ajustar cuentas con el enemigo interno.»[9]

Dentro de Austria, a través del periódico satírico de formato grande de Karl Kraus, *Fackel*, las opiniones antibelicistas llegaban incluso hasta los soldados. Uno de los colaboradores del periódico, el amigo de Wittgenstein, Paul Engelmann, convalecía de una enfermedad en la población de Olmütz. Desde la cama vio que llevaban a misa, en la iglesia de San Mauricio, que estaba delante de su casa, a un grupo de soldados checos, como era habitual antes de enviarlos al frente. Engelmann se levantó de su lecho de enfermo, entró en la iglesia y arengó a los hombres, en nombre del Espíritu Santo, para que no combatieran. Un historiador del episodio comenta: «Naturalmente, les habló en alemán y es poco probable que los soldados checos lo comprendieran. Con amabilidad, el oficial a cargo simplemente pidió a Engelmann que se marchara y no tomó ninguna otra medida. Engelmann, otra vez en la cama, se sintió muy aliviado.»[10]

Wittgenstein fue a ver a Engelmann a Olmütz y manifestó su pesimismo acerca del resultado de la guerra, en lo que respecta a Austria-Hungría. A pesar de todo, regaló un millón de coronas al Tesoro austríaco (sus ingresos personales durante tres años) para comprar un obús de 305 milímetros, una de las piezas más formidables de la artillería austríaca. Igual de patriótico, pero del lado ruso de la línea, fue un joven soldado de caballería, Georgi Konstantinovich Zhukov, que ya había obtenido la Cruz de San Jorge por capturar a un oficial alemán en el frente rumano. Ese mes de octubre, mientras formaba parte de una patrulla de reconocimiento, el estallido de una mina lo hizo caer del caballo y eso le afectó el oído. Lo enviaron al hospital de Járkov y después recordaba lo «encantado» que estaba cuando lo destinaron a un regimiento de combate.[11]

El 3 de noviembre, se suspendió en el frente italiano la novena batalla del Isonzo, después de tres días, porque había mucho barro; durante esos tres días

cayeron prisioneros nueve mil soldados austríacos, pero no faltaron nuevos hombres para ocupar su lugar.

En el frente oriental, otras carencias impedían confiar en un nuevo éxito ruso. «La verdad es —escribió en su diario el coronel Knox el 5 de noviembre— que sin aviones ni muchos más cañones pesados y proyectiles y sin tener algún conocimiento de su uso, es una carnicería, y una carnicería inútil, enviar a la infantería rusa contra las líneas alemanas.» En los cinco meses anteriores, dijo a Knox el general Dukhonin, el Intendente General, es posible que las bajas rusas «hayan superado el millón de hombres», entre muertos y heridos.

Durante los dos años y tres meses de guerra, los conflictos en el campo de batalla habían sido duros, pero, en esencia, poco fructíferos. La confianza de las potencias centrales en lograr algún avance decisivo o incluso en agotar el deseo de combatir del enemigo se había acabado como consecuencia de la perseverancia de franceses y británicos en el frente occidental, del avance de Brusilov en el este y de la tenacidad italiana en las montañas. El káiser llegó a la conclusión de que hacía falta alguna genialidad política, o por lo menos algo de realismo: conquistar la opinión y el sentimiento nacionalistas polacos para la causa alemana. Ludendorff ya estaba entusiasmado. «Fundemos un Gran Ducado de Polonia, con un ejército polaco, al mando de oficiales alemanes —había escrito ese verano al ministro de Asuntos Exteriores, Von Jagow—. Un ejército así habrá de formarse algún día y de momento podemos hacer uso de él.»

En noviembre de 1916, el fomento y la formación del nacionalismo polaco crearon, en las provincias polacas de Rusia ocupadas por los alemanes, un aliado y un bastión contra más incursiones rusas, con lo cual Alemania tuvo mayor libertad para concentrarse en el frente occidental. El 5 de noviembre, se proclamó el reino de Polonia, patrocinado por Alemania, con Varsovia como capital. Los polacos, que se dieron cuenta de la debilidad de Alemania por el mero hecho de hacer esa oferta, presionaron para conseguir tanto el poder político como la posición militar que se les ofrecía. «Ningún ejército sin un gobierno que lo dirija», fue el comentario descortés, aunque pragmático de Josef Pilsudski. Cuando le negaron el gobierno, Pilsudski retiró su brigada, compuesta por diez mil soldados polacos, del mando de Ludendorff.

La decisión del káiser y de Ludendorff de proclamar un reino de Polonia salió peor todavía en la esfera más amplia de los intereses de Alemania, porque el canciller, Bethmann-Hollweg, todavía estaba investigando la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz aparte con Rusia. Fueran cuales fuesen sus arreglos territoriales, una cosa era segura: que el zar no podía aceptar un reino polaco in-

dependiente a costa de sus provincias occidentales. Las conversaciones secretas para lograr una paz rusogermana, que ya se habían celebrado, con carácter informal, en la ciudad neutral de Estocolmo, entre el industrial alemán Hugo Stinnes y el vicepresidente de la Duma, A. D. Protopopov, no se reanudaron. Una persona que sintió alivio con eso fue Lenin que, desde su exilio en Suiza, había estado preocupado porque la firma de la paz entre Rusia y Alemania no fuera a evitar que estallara la revolución en Rusia.

No fue la posibilidad de la paz, sino la certeza de la continuación de la guerra, lo que marcó la realidad del invierno de 1916 que se avecinaba. En el campo de internamiento de Ruhleben, el ánimo de más de cinco mil civiles se había mantenido a flote durante dos años gracias a la esperanza de la pronta disolución del campo, pero, después de que el gobierno británico y el alemán llegaran a un acuerdo para intercambiar todos los prisioneros civiles de más de cuarenta y cinco años, los que quedaron se dieron cuenta de que seguirían cautivos durante bastante tiempo. Uno de los británicos que regresaron, Israel Cohen, comentó el 6 de noviembre, en el prólogo a la primera historia del campo que se publicó: «Centenares de tragedias se representan lentamente y en secreto detrás de las paredes de ladrillo y las alambradas de espinos de Ruhleben, tragedias que nunca se conocerán más allá del círculo inmediato de aquellos a quienes conciernen, de los hombres arrancados de sus familias, despojados de su medio de vida y atormentados todos los días por la persistente preocupación por la lucha futura, para la cual las privaciones físicas y la depresión mental los vuelven cada vez menos aptos.»

La privación de la libertad en Ruhleben se compensaba, si la pérdida de algo tan fundamental se puede compensar de alguna manera, mediante conciertos, representaciones teatrales y operísticas, círculos de debate, una biblioteca, un cine, servicios religiosos en iglesias y sinagogas y deportes. Se jugaba al críquet con una chaqueta de lana ligera y pantalones de franela. La educación estaba organizada por los propios prisioneros, dentro del marco de una Asociación de las Artes y las Ciencias que se preciaba de contar con diecisiete departamentos y 247 profesores. Se creía en el campo que Einstein era uno de los que donaban aparatos científicos para los cursos de laboratorio sobre el calor, la luz y el sonido. Las clases de historia las daba un profesor de Oxford, J. C. Masterman, que en 1939 se haría cargo de «convertir» a todos los espías alemanes en Gran Bretaña en agentes británicos, mediante el método de la traición.[12]

Incluso se llevó a cabo un simulacro de elecciones parlamentarias (celebra-

das el 3 de agosto de 1916), con el siguiente resultado: la candidatura del sufragio femenino: 1.220; los liberales: 924; los conservadores: 471. Los alemanes divulgaron en seguida ese resultado como una protesta contra el gobierno británico por haber intervenido en la guerra. No obstante, los tres mil hombres que permanecerían en el campo después del intercambio, en opinión de Israel Cohen, no estaban en absoluto en contra de la guerra: de hecho, según sus propias palabras, eran «todos hombres a los que se les han negado las glorias o las compensaciones de la guerra y que tienen que reanudar la batalla de la vida con una complexión deficiente».

Las «glorias y las compensaciones de la guerra» eran elementos característicos de muchos libros y artículos publicados en todas las capitales beligerantes. En el frente de Salónica, sin embargo, el ataque conjunto serbiofrancés que comenzó el 10 de noviembre, bajo una lluvia helada, poseía todos los terrores y los peligros habituales de la guerra. Como ejercicio estratégico fue un éxito, ya que los búlgaros se vieron obligados a retroceder hasta el otro lado de la frontera serbia y los aliados llegaron casi hasta la población de Monastir, en el sur de Serbia. Entre los miles de soldados que cayeron prisioneros durante el avance había muchos alemanes que acababan de llegar para reforzar la línea búlgara. El 19 de noviembre, entraron en Monastir unidades de caballería serbias, francesas y rusas. El oficial de la caballería francesa que entró en la ciudad a la cabeza de una división francorrusa, coincidiendo con la salida de la última batería de la artillería alemana, fue un tal capitán Murat, descendiente del mariscal de Napoleón que había entrado en Moscú en 1812. Hacía exactamente cuatro años que los serbios habían arrebatado la población a los turcos, durante la primera guerra de los Balcanes. Eufórico por su triunfo, el general Sarrail dijo que se trataba de la primera victoria francesa desde la batalla del Marne.

Una última ofensiva se lanzó en el campo de batalla del Somme ese mes de noviembre, contra las aldeas de Beaumont Hamel, Beaucourt y Saint-Pierre Divion, a orillas del río Ancre, aldeas que habían resistido todos los ataques desde el 1 de julio. El ataque comenzó en medio de una espesa niebla. A medida que los británicos avanzaban, algunos grupos de alemanes quedaron intactos y siguieron disparando. Paul Maze, que se dirigía a Beaumont Hamel para dar parte de la situación, dice que «tuve que dar muchas vueltas hasta encontrar la vieja línea del frente alemán, pero, cuando la encontré, le seguí el rastro, reconociendo a sus muertos». En un momento dado, pasó un amigo suyo que iba en dirección contraria. «Tenía un aspecto agotado y despeinado, en contraste con las dos palomas mensajeras que llevaba en una cesta, cuyos ojos res-

plandecían de entusiasmo.» El único sistema eficaz de comunicaciones entre las tropas adelantadas y su cuartel general era mediante palomas.

Se tomaron cinco mil prisioneros alemanes el primer día en que se reanudó la batalla. Beaucourt fue capturada el segundo día, el mismo en que un francotirador mató al novelista «Saki», el sargento interino H. H. Munro, de cuarenta y seis años. En 1915, Munro había falseado su edad para poder ser admitido en el ejército. Seis días después de la batalla, uno de los comandantes británicos de la compañía, el capitán «Cardy» Montague, veterano de Gallípoli, recordaba que, cuando llegó a las ruinas de Beaucourt, «los alemanes no podían enfrentarse a nuestros hombres y se rendían a centenares. Era algo increíble de ver, porque salían de sus agujeros y se arrancaban el equipo».

El propio Montague fue herido, al igual que el oficial al mando del batallón, el teniente coronel Bernard Freyberg, que recibió en el cuello un impacto de metralla, después de dirigir un ataque decisivo a través de las trincheras alemanas. «Sentí un estrépito, un zumbido curioso en el oído, y perdí el conocimiento —recordaba después Freyberg—. Cuando volví en mí, me dolía mucho la cabeza, estaba tendido de bruces y me salía sangre de la nariz y de la barbilla. Al principio, pensé que tenía la cabeza destrozada, pero me localicé la herida en el cuello con dos dedos sucios. Miré al hombre que tenía a la izquierda, que estaba hecho un ovillo. Le moví la cabeza y vi que estaba gris y muerto.»

Por haber «inspirado a todos con su propio desprecio hacia el peligro», a Freyberg le concedieron la Cruz de la Victoria. La historia oficial de su división, la 29.ª, consignaba, ocho años después: «Por su iniciativa, su acertada dirección y su valentía, el teniente coronel Freyberg ganó la batalla de Ancre. Es probable que ése fuera el acto personal más distinguido de toda la guerra.» Y estuvo a punto de ser el último acto de Freyberg, porque, cuando lo llevaron al dispensario con la cabeza y los ojos cubiertos con vendas empapadas en sangre, muy pálido por la sangre que había perdido, lo pusieron en una tienda con los que se suponía que estaban a punto de morir y que no recibían más tratamiento que la administración de analgésicos. Más tarde, escuchó una voz suave que daba la orden de que lo trasladaran a la tienda donde estaban los que se esperaba que vivieran, en la cual se administraba algún tratamiento. No pudo averiguar quién fue su salvador. Un cuarto de siglo después, en el vestíbulo de un hotel en El Cairo, escuchó la misma voz y preguntó a su dueño si había estado en el Ancre en noviembre de 1916. Era el oficial médico que le había salvado la vida, el capitán S. S. Greaves, entonces comandante de un buque hospital.

Una versión de las últimas batallas de la ofensiva del Somme se publicó en el *Daily Mirror* y en el *Paris Daily Mail* (que leían las tropas). Refiriéndose al sol-

dado británico muerto, escribió su autor, W. Beach Thomas: «Incluso cuando está tendido en el campo, tiene un aspecto más sereno y confiado, más sencillamente férreo que los demás.» Acerca de la versión de la batalla que da Thomas, comentó un oficial en una carta a su familia: «Ha recurrido bastante a su imaginación, ya que la mitad de lo que pone no es verdad, sino tan sólo como a él le parecía que debía de ser.» La realidad no se describía en los periódicos y habitualmente sólo se llegaba a entrever en las cartas a la familia. Un cronista, el teniente Guy Chapman, pilló esa realidad en la anotación tajante que hizo la noche del 16 de noviembre: «Número 1 Coy ha perdido el conocimiento. Tanto Lauder como Young están malheridos; el brigada Dell, herido. Farrington ha muerto. El sargento Brown, desahuciado. El sargento Baker, herido. El pobre Westle, muerto. Foley, el último que quedaba de su familia, ha muerto, y muchos más hombres buenos, demasiados para hablar de todos ellos.»

Cerca de la estación de Beaucourt, escribió Chapman, estaba «el esqueleto de cinco vagones y su equipo, la espeluznante prueba de la tragedia de un convoy de víveres *boches*. Hay un hedor nauseabundo, que combina el olor del ácido pícrico que ha estallado, gas, sangre, cadáveres putrefactos y ladrillos rotos. Dispersos por todas partes, los cuerpos de los caídos». Los equipos funerarios trabajaban sin parar: «Ayer enterraron a ochocientos ingleses y cuarenta alemanes, una muestra del precio que tienen que pagar los destacamentos de asalto por unos cuantos metros de terreno. ¡Maldita Alemania!»[13]

El 17 de noviembre por la noche, cayó la primera nevada sobre el campo de batalla del Somme. La noche siguiente, tuvo lugar el último asalto de la campaña, un avance de novecientos metros a lo largo del Ancre, bastante obstaculizado por la niebla y la nieve. Uno de los que murieron esa noche fue el sargento Alexander Macdonald, un francotirador británico, en cuya memoria su amigo Ewart Macintosh escribió una parodia del trabalenguas favorito de los soldados, «Sister Susie's sewing shirts for soldiers», cuyo estribillo decía lo siguiente:

Sniper Sandy's slaying Saxon soldiers,
And Saxon soldiers seldom shew but Sandy slays a few,
And every day the Bosches put up little wooden crosses
In the cemetery for Saxon soldiers Sniper Sandy slew.[14]

Después de cuatro meses y medio de combates, sufrimientos y avances, no se llegó a una victoria definitiva, ni siquiera a un colofón: según consta en la historia de una división, dos compañías que habían intervenido en el ataque del 18

de noviembre habían desaparecido «por completo, totalmente abrumadas por el fuego de las ametralladoras».

A medida que la batalla del Somme se acercaba a su fin, ambos bandos ya estaban haciendo planes para una nueva ofensiva en 1917 y anunciaban también el coste de la ofensiva del Somme. El 1 de noviembre, británicos y franceses anunciaron que, desde el comienzo de la batalla, el 1 de julio, habían tomado 72.901 prisioneros alemanes y habían capturado trescientas tres piezas de artillería, doscientos quince morteros y casi un millar de ametralladoras.

Ambos bandos calculaban también las estadísticas de los muertos, que alcanzaron niveles sin precedentes. Los muertos británicos en el Somme, en los cuatro meses transcurridos desde el 1 de julio, ascendían a 95.675. El número de muertos franceses fue de 50.729. La cifra total de muertos aliados en el Somme fue de 146.404. La de los alemanes fue incluso superior: 164.055. Los setenta mil y pico prisioneros fueron los afortunados, porque los enviaron a la retaguardia y a los campos de prisioneros de guerra, cuyas condiciones supervisaba el Comité Internacional de la Cruz Roja.

En Verdún, los franceses recuperaron el fuerte Vaux el 3 de noviembre. Cuando finalizó la batalla en el Somme, ese mes de noviembre, la línea británica se había adelantado diez kilómetros, aunque todavía le faltaban cinco para llegar a Bapaume, el objetivo del primer día. En ese ejercicio masivo de esfuerzo humano habían muerto varios centenares de miles de soldados.

En cinco meses, los dos ejércitos enfrentados en Verdún dispararon más de veintitrés millones de proyectiles, una media de más de un centenar de proyectiles por minuto. El propio Verdún siguió en poder de los franceses, pero allí murieron seiscientos cincuenta mil hombres. Si añadimos esa cifra a la del Somme, obtenemos un total de 960.459 muertos en cinco meses: casi un millón; es decir, una media de más de seis mil seiscientos muertos por día, más de 277 por hora, casi cinco hombres por minuto.

En el frente occidental, después de toda la violencia del Somme y de Verdún, ciento veintisiete divisiones alemanes se enfrentaban a ciento seis francesas, cincuenta y seis británicas, seis belgas y una rusa, lo que hace un total de ciento sesenta y nueve divisiones. La Fuerza Expedicionaria Británica, que, en agosto de 1914, contaba con ciento sesenta mil hombres, tenía 1.591.745 a finales de 1916.[15]

Las estadísticas de la confrontación reflejaban la intención y la determinación de todos los ejércitos contrarios de seguir combatiendo. A medida que 1916 se acercaba a su fin, el ejército alemán poseía dieciséis mil ametralladoras

en el frente occidental y el ejército ruso, dieciséis mil ametralladoras en el frente oriental. Tres años antes, esa arma, con el tartamudeo de sus ráfagas rápidas e ininterrumpidas, había sido el símbolo de la dominación europea sobre unos pueblos lejanos, enemigos y despreciables:

Whatever happens, we have got
The Maxim gun, and they have not.[16]

El invento de Maxim se había convertido en un medio gracias al cual todos los que compartían los máximos valores de la civilización, la religión, la ciencia, la cultura, la literatura, el arte, la música y el amor por la naturaleza seguirían desangrándose los unos a los otros hasta alcanzar la muerte o la victoria. Un escritor británico, Israel Zangwill, novelista de preguerra, dotado de agudeza y encanto, resumió el año 1916 en un tono diferente:

The world bloodily-minded,
The Church dead or polluted,
The blind leading the blinded,
And the deaf dragging the muted.[17]

Capítulo XVI

LA INTENSIFICACIÓN DE LA GUERRA
De noviembre de 1916 a junio de 1917

El 17 de noviembre de 1916, Woodrow Wilson fue reelegido presidente de Estados Unidos. Doce días después, el 19 de noviembre, envió una nota a todas las potencias beligerantes en la que les proponía buscar una manera de acabar el conflicto. El día anterior, Francisco José, a sus ochenta y cinco años, había expresado su «gran satisfacción» de que hubiera predisposición para hablar de la paz. El 20 de noviembre, a pesar de su bronquitis, estaba en su despacho, trabajando, como siempre, en asuntos oficiales. Por la tarde, los médicos lo convencieron para que se fuera a la cama, pero dio instrucciones para que lo despertaran a la mañana siguiente, muy temprano. «Mañana por la mañana, a las tres y media —dijo a su ayuda de cámara—. Voy muy atrasado con mi trabajo.» A primeras horas de la mañana del 21 de noviembre, como era su deseo, estaba trabajando con sus documentos oficiales, pero murió esa noche, poco después de las nueve.[1]

El nuevo emperador de Austria y rey de Hungría fue el sobrino de Francisco José, el archiduque Carlos, de veintinueve años. Los primeros informes que le llegaron como emperador tuvieron que ver con la inminente conquista austrogermana de Rumania. El 23 de noviembre, el general Mackensen atravesó el Danubio cerca de Zimnicea; el paso de su ejército se aceleró mucho gracias a un pontón construido por ingenieros austríacos. Dos días después, el gobierno rumano comenzó a evacuar Bucarest y se trasladó a la ciudad de Jassy, más al norte.

Los alemanes obtuvieron éxitos en el aire y en el mar ese mes de noviembre. El día veintiuno, el transatlántico *Britannic*, que entonces se utilizaba como buque hospital, fue torpedeado en el Egeo. Doce personas que iban a bordo se ahogaron al hundirse el transatlántico y algunas en un bote salvavidas, cuando la hélice del barco lo partió por la mitad. Uno de los supervivientes fue una camarera que había estado, antes de la guerra, en el infausto viaje del buque hermano

del transatlántico, el *Titanic.* Dos días después, encima del frente occidental, Manfred von Richthofen abatió a un as de la aviación británica, el comandante Lanoe Hawker, que había obtenido la Cruz de la Victoria. Era la undécima «presa» de Richthofen. El 25 de noviembre, en el Atlántico, frente a la costa de Lisboa, el submarino alemán *U-52*, hundió el acorazado francés *Suffren*; no hubo ningún superviviente.

El 27 de noviembre, siete zepelines lanzaron un ataque en Inglaterra y arrojaron más de doscientas bombas. Dos de los atacantes fueron abatidos; en uno de ellos, que fue alcanzado por las balas incendiarias de un piloto británico, murieron los veinte tripulantes. Al día siguiente, un solo hidroavión alemán voló sobre Londres y arrojó seis bombas sobre Kensington. «Escuché las explosiones desde el Ministerio de Asuntos Exteriores y pensé que estaban practicando con fusiles en el cuartel de Wellington», recordaba después un alto funcionario de la diplomacia, lord Hardinge. No hubo víctimas mortales, pero seis civiles resultaron heridos. Era la primera vez que atacaba la capital un avión, en lugar de los zepelines.

Ese noviembre, a bordo de un barco sueco en el puerto de Dieppe, dos hombres vestidos de civil fueron arrestados y entregados a las autoridades militares británicas. Se llamaban Albert Ingham y Alfred Longshaw. Los dos eran soldados rasos de una compañía de ametralladoras, que habían estado a punto de ir a las trincheras en octubre, cuando desertaron. En la vida civil, habían sido empleados del ferrocarril, los dos juntos, en el depósito de Salford. A los dos los sometieron a un consejo de guerra y después los fusilaron, el 1 de diciembre. A los padres de Ingham les dijeron que había «muerto por heridas de bala» y a los de Longshaw, que había «muerto como consecuencia de sus heridas». Los dos figuran en la lista de honor de los ferroviarios muertos de la estación de Salford. Después de la guerra, cuando el padre de Ingham averiguó lo que había ocurrido en realidad, solicitó a la Comisión de Tumbas de la Guerra que pusieran una única inscripción en la tumba de su hijo, en Francia:

MURIÓ DE UN DISPARO AL AMANECER
FUE UNO DE LOS PRIMEROS EN ALISTARSE
DIGNO HIJO
DE SU PADRE

Para evitar que el petróleo procedente de los oleoductos rumanos de Ploiesti cayera en poder de los austrogermanos, el 5 de diciembre, un parlamentario británico, el coronel Norton-Griffiths, organizó un espectacular sabotaje: hizo

estallar o dejó salir de sus depósitos más de ochocientas mil toneladas de petróleo. Fue un gesto impresionante, pero que no podía afectar el resultado de la campaña. El 6 de diciembre, las tropas alemanas, seguidas por el general Mackensen montado en su caballo blanco, entraron en Bucarest. El káiser celebró la victoria con champaña. Las potencias centrales habían conquistado así cinco capitales: Bruselas, Varsovia, Belgrado, Cetinje y Bucarest. La Entente no tenía en su poder ninguna capital de las potencias centrales.

La única capital en la que combatían las tropas de la Entente era Atenas. Como el rey de Grecia se había negado a permitir que la Entente utilizara su capital para que pasaran los pertrechos en dirección al frente de Salónica, el 30 de noviembre habían desembarcado en El Pireo tropas francesas y británicas y el 1 de diciembre estaban combatiendo contra las fuerzas del rey. Murieron alrededor de cuarenta soldados griegos y varios franceses y británicos. Después, las fuerzas de la Entente aceptaron retirarse. El 6 de diciembre, para asegurarse el control de los cables telegráficos del Mediterráneo oriental, los británicos ocuparon la isla de Syros y, al cabo de dos meses, habían ocupado todas las Cícladas. En Salónica, las fuerzas griegas favorables a la Entente, al mando de Venizelos, establecieron un gobierno provisional y declararon la guerra a Alemania y Bulgaria, pero, cuando los partidarios de Venizelos trataron de tomar el control de Atenas, sufrieron una derrota aplastante ante las fuerzas leales al rey y a la neutralidad.

En Gran Bretaña, el 6 de diciembre, se produjo un cambio en la dirección central de la guerra. Anciano y desmoralizado, Asquith fue sustituido por David Lloyd George en el cargo de primer ministro, la única persona del gobierno, según escribió Churchill a un amigo, que poseía «alguna aptitud para la guerra o algún conocimiento de ella». A continuación, Churchill advirtió que las dificultades que tenía por delante el nuevo gobierno eran enormes «y que durante varios meses sólo encontrarían desastres».

El 12 de diciembre, el canciller alemán, Bethmann-Hollweg, en un discurso que pronunció en el Reichstag, propuso iniciar negociaciones con la Entente en un país neutral. Tres días después, los franceses lanzaron un ataque masivo contra el dominio alemán en torno a Verdún, hicieron retroceder la línea casi hasta donde estaba nueve meses antes y capturaron a más de once mil soldados alemanes y ciento quince cañones pesados. En tono triunfal, el nuevo comandante francés, el general Nivelle, dijo a sus hombres: «Os puedo asegurar que la victoria es segura.» Uno de los historiadores de Verdún, Alistair Horne, ha escrito, con más verdad y no poca amargura, fruto de un estudio profundo:

«Ningún bando "ganó" en Verdún. Fue la batalla indefinida en una guerra indefinida, la batalla innecesaria en una guerra innecesaria, la batalla en la que no hubo ningún vencedor en una guerra sin vencedores.»

¿Acabaría la guerra, ahora que los combatientes se ponían a hablar de posibles negociaciones? El 20 de diciembre, antes de que la Entente respondiera a la sugerencia de Bethmann-Hollweg de entablar negociaciones, el presidente Wilson pidió a cada una de las potencias aliadas que formulara sus propias condiciones de paz. «¿Se daba cuenta el presidente —preguntaba retrospectivamente el diplomático británico lord Hardinge— de que apoyar la paz en ese momento era apoyar el militarismo con todos los horrores que había supuesto?» Una frase en la carta de Wilson, acerca de que Estados Unidos «era un país demasiado orgulloso para combatir» resultó particularmente ofensiva para los que llevaban más de dos años combatiendo. La respuesta oficial británica se recibió un día después de la nota de Wilson y la dio Lloyd George, que había sido nombrado primer ministro doce días antes. «Depositaremos nuestra confianza en un ejército indómito, más que en una fe defraudada», declaró. Lo habían nombrado primer ministro las personas de los dos principales partidos políticos que lo consideraban, de lejos, la persona más adecuada para llevar a cabo la guerra con energía y no estaba dispuesto a decepcionarlos. El día siguiente a su discurso y como respuesta directa a éste, el general Ludendorff instó a sus superiores a comenzar de inmediato una guerra de submarinos sin restricciones.

A pesar de la intervención del presidente Wilson, era evidente que todo apuntaba a una intensificación de la guerra. El día que Lloyd George rechazó la nota estadounidense, se estableció en Gran Bretaña un departamento de Servicio Nacional, para coordinar el llamamiento a filas de más hombres para el servicio activo. A cargo del nuevo departamento había un político y empresario local, Neville Chamberlain, cuyo primo y gran amigo, Norman, estaba prestando servicio en el frente occidental.[2]

A medida que se acercaba la navidad de 1916 y durante las fiestas, todo parecía indicar que la guerra continuaría en todos los frentes. En el frente del Sinaí, las fuerzas australianas y neozelandesas habían hecho retroceder a los turcos hasta El Arish, a apenas treinta kilómetros de la frontera con Palestina, y ocuparon la ciudad del desierto el 21 de diciembre. En Rumania, el 23 de diciembre, el ejército de Falkenhayn tomó diez mil prisioneros rumanos: Alemania ya podía obtener los alimentos que tanto necesitaba de uno de los graneros de Europa. El rechazo del zar a la nota de Wilson se produjo en la orden del día a sus fuerzas armadas del 25 de diciembre. Dos días después, en el mar Egeo, un

submarino alemán hundió el acorazado francés *Gaulois*. El 30 de diciembre, las potencias de la Entente rechazaron formalmente la sugerencia de negociaciones de Bethmann-Hollweg, por «hueca y poco sincera». Tres días después, el káiser dijo a sus más allegados que, cuando acabara la guerra, «la costa de Flandes debe ser nuestra».

La tregua de la navidad de 1914 era cosa del pasado. No se permitieron semejantes confraternizaciones en el frente occidental en 1916. Un periódico francés de la línea del frente describía así la actividad de los soldados justo al sur del Somme: «El día de navidad, unos veinte de nosotros estábamos apiñados en una zapa asquerosa que habíamos capturado a los alemanes, cerca de Ablaincourt. Entramos allí veinticuatro horas antes, para organizar ese sector en particular. Nuestros hombres habían recorrido casi cuarenta kilómetros a pie y acababan de pasar cuatro horas bajo el aire nauseabundo de los autobuses a motor. Habían traído provisiones para tres días y se suponía que alcanzaran para pasar la noche de navidad. Para cenar, por tanto, comimos lo que quedaba en el fondo de las bolsas... de aquellas en las que todavía quedaba algo.» En esa zona del Somme, «cubierta de barro, no había manera de conseguir agua. Esos dos cuerpos de ejército, los relevos y los relevados, pasaron una noche de navidad francamente espantosa y también penosa. [...] Para esa tercera navidad de la guerra, había sin duda, en el frente, varios miles de pelotones más que no tuvieron más que proyectiles para ayudarlos a festejar la navidad».

Muchos esperaban firmemente que la participación del presidente Wilson trajera la paz. «Aparentemente, la guerra se está acercando poco a poco a su fin —escribió en su diario el último día de 1916 Arthur Ruppin, un sionista nacido en Alemania que estaba entonces en Constantinopla—. Aunque es probable que todavía tarde un poco, 1917 nos traerá paz.» Era una quimera: a pesar de las matanzas, los heridos y la captura de tantos centenares de miles de hombres, a pesar de la nota de paz de Wilson, los ejércitos seguían creciendo. La guerra seguiría, después de dos años y cinco meses de masacres. La capacidad guerrera de los rusos se incrementó el último mes del año con la inauguración del ferrocarril de Murmansk a Petrogrado. Al finalizar 1916, Rusia tenía más de nueve millones de hombres en las fuerzas armadas. Alemania tenía siete millones. Austria, a pesar de que se estimaba que ya habían muerto ochocientos mil de sus soldados y un millón estaban malheridos, tenía casi cinco millones.

El año 1917 comenzó con un naufragio: un submarino alemán hundió un

barco británico para el transporte de tropas, el *Ivernia*, frente al cabo Matapán y se ahogaron ciento veintiún soldados que iban camino de Egipto para formar parte de la fuerza que estaba obligando a los turcos a retroceder a través del desierto del Sinaí hacia Palestina. Nueve días después, una fuerza británica expulsó a los turcos de la población fronteriza de Rafah y tomó mil seiscientos prisioneros. Toda la península del Sinaí, que hasta entonces había sido un puesto de avanzada del imperio otomano, había quedado bajo control británico.

En Londres, ese invierno, Alex Aaronsohn, un judío palestino nacido en Rumania, ofreció sus servicios a los británicos para tratar de encontrar una manera de echar a los turcos de Palestina. Su familia ya había establecido una red de espionaje dentro de Palestina y entonces la puso a disposición de Gran Bretaña. Su conocimiento de los pozos y los manantiales en el desierto, entre Gaza y Beersheba, sería un factor crucial para guiar a las fuerzas británicas, cuando llegara el momento de avanzar. Aaronsohn, cuyos servicios fueron aceptados tras un cuidadoso interrogatorio, regresó a El Cairo.

Además de los turcos, cuyo principal imperio terrestre estaba en Asia, once naciones europeas estaban en guerra al comenzar 1917. La potencia que se había incorporado más recientemente como beligerante era Portugal, cuyas tropas no habían llegado todavía a la línea aliada en el frente occidental. El bando aliado comprendía entonces a los rusos, los británicos, los franceses, los italianos, los japoneses, los portugueses, los serbios (con un punto de apoyo diminuto en el sur de su país), los belgas (que también se aferraban a un fragmento de su suelo) y los rumanos (recién expulsados de su capital). Las fuerzas británicas incluían contingentes procedentes de Australia, Nueva Zelanda, India, Sudáfrica, las Antillas y Canadá. Además de los turcos, las potencias centrales comprendían a Alemania, Austria-Hungría y Bulgaria.

Las aspiraciones nacionales comenzaban a adquirir cada vez más importancia en la guerra. En Arabia, la revuelta árabe iba cobrando impulso y hubo oficiales británicos, como T. E. Lawrence, que participaron en una serie de ataques a posiciones turcas cerca de Yenbo, a orillas del mar Rojo, y tres buques de guerra británicos colaboraron con el líder árabe, el emir Faisal, en la captura de Wejh, tres semanas después. Checos, eslovacos y polacos también buscaban alguna satisfacción de sus respectivas aspiraciones nacionalistas, en caso de derrumbarse Austria-Hungría. Muchos judíos esperaban que la derrota de Turquía condujera a alguna forma de autonomía judía en Palestina. Ese enero, un miembro de la red de espionaje encabezada por la familia Aaronsohn dentro de Palestina estableció contacto con una patrulla militar australiana en la frontera del Sinaí.

Tan sólo Estados Unidos, entre las grandes potencias, mantuvo su neutralidad, a pesar de la muerte de muchos ciudadanos suyos al comienzo de la guerra de submarinos. «No habrá guerra —garantizó el presidente Wilson a sus compatriotas el 4 de enero—. Sería un crimen contra la civilización que nosotros interviniéramos.» Sin embargo, Wilson averiguó, a raíz de una conversación entre su embajador en Berlín y el canciller, que tuvo lugar dos días después, que la oferta de paz que había hecho el káiser el mes anterior no era lo que parecía. Si bien Alemania estaba dispuesta a «retirarse de Bélgica», las «garantías» que había mencionado en términos generales eran claramente inaceptables, cuando se explicaron en detalle: según el canciller, Alemania exigiría la ocupación permanente de Lieja y Namur y de «otros fuertes y guarniciones en toda Bélgica», la «posesión» de las líneas férreas y los puertos belgas y una presencia militar alemana, negándosele a Bélgica la posibilidad de tener su propio ejército.

El embajador Gerard dijo al canciller: «Me parece que no dejan demasiado a los belgas, salvo que el rey Alberto tendrá derecho a residir en Bruselas con una guardia de honor», a lo cual respondió el canciller: «No podemos permitir que Bélgica sea una avanzada británica.»

Todo debate sobre el futuro de Bélgica estaba a punto de volverse teórico. El káiser estaba en un tris de dar el paso que haría que Estados Unidos entrara en guerra. El 9 de enero, presidió un Consejo de la Corona en el cual se resolvería la cuestión tan debatida de la guerra de submarinos sin restricciones. El primero en hablar fue el jefe del Estado Mayor de la Marina, el almirante Von Holtzendorf, que aseguró al káiser que, si se aprobaba la guerra de submarinos sin restricciones, Inglaterra pediría la paz en seis meses. El káiser preguntó al almirante qué consecuencias tendrían los hundimientos para Estados Unidos. «Doy a Su Majestad mi palabra de oficial de que no desembarcará en el continente ni un estadounidense», fue la respuesta de Holtzendorf. Hindenburg, que habló a continuación, mencionó como ventaja principal que los aliados recibirían menos municiones. Bethmann-Hollweg, siempre contrario a la medida, advirtió que podía traer como consecuencia la intervención de Estados Unidos en la guerra, pero, al ver que los jefes militares y navales estaban contra él, solicitó que se retirara su oposición.

El káiser ya no dudó más. La guerra de submarinos alemanes sin restricciones contra cualquier embarcación, independientemente de su bandera y de la carga que transportase, comenzaría «con la máxima energía» a partir del 1 de febrero. El jefe de los submarinos alemanes, el comodoro Bauer, explicó a sus comandantes que el objetivo de la decisión «es obligar a Inglaterra a firmar la paz

y, de ese modo, decidir toda la guerra». En enero de 1917, el último mes en que estuvieron en vigencia las restricciones, los submarinos alemanes habían hundido cincuenta y un buques británicos, sesenta y tres de otros países aliados y sesenta y seis neutrales, que sumaban más de trescientas mil toneladas, un tercio de las cuales eran británicas. Con los buques mercantes estadounidenses como blancos aceptables, esas cifras podían aumentar de forma considerable.

En Austria, había menos confianza en poder conseguir una victoria rotunda mediante la nueva medida de guerra: el 12 de enero, en Viena, el conde Czernin dijo al Consejo de Ministros austríaco que era necesario llegar a un acuerdo de paz, que se hizo más urgente, en lo que se refería a mantener la unidad del imperio de los Habsburgo, después de una declaración que hicieron los aliados en Roma ese día, en la que se comprometían a luchar por la liberación nacional de todos los pueblos sujetos al dominio de los Habsburgo, fundamentalmente de los polacos, los checos, los eslovacos, los eslovenos, los croatas, los serbios y los rumanos. Un llamamiento del presidente Wilson, el 21 de enero, en su mensaje sobre el estado de la nación, de que debía surgir de la guerra una «Polonia unida», como un estado soberano, con salida al mar Báltico, recibió el apoyo público del zar de Rusia, la última semana de enero. En su búsqueda de apoyo para la campaña militar, los captores de Polonia desde hacía un siglo se ofrecían a convertirse en sus liberadores. En un campo de prisioneros en el sur de Rusia, los rumanos que habían sido capturados mientras combatían en el ejército austríaco firmaron un juramento para combatir contra sus antiguos amos, los Habsburgo.

En el frente occidental, ese enero, la confrontación entre los ejércitos en litigio, a pesar de no estar marcada por ninguna ofensiva, fue una lucha continua contra los bombardeos, los disparos y el barro. El 12 de enero, el poeta Wilfred Owen fue uno de los que se adelantó hasta la línea, para pasar cuatro días cerca de Beaumont Hamel. Cuatro días después, al regresar al alojamiento de la reserva de su batallón, escribió a su madre: «No encuentro ninguna excusa para engañarte acerca de estos últimos cuatro días. He estado en el séptimo infierno. No he estado en el frente, sino delante de él, defendiendo un puesto avanzado, es decir, un refugio subterráneo en medio de la tierra de nadie.» En el refugio había veinticinco hombres «bien apiñados», explicó. «Estaba lleno de agua hasta una profundidad de cuarenta o cincuenta centímetros, con lo que quedaban, digamos, un metro veinte centímetros de aire. Una entrada se había hundido y había quedado bloqueada. De momento manteníamos la otra. Los alemanes sabían que estábamos allí y decidieron que no debía de ser así.»

Durante cincuenta horas, el refugio subterráneo de Owen estuvo sometido al fuego de la artillería, a veces intenso, a veces intermitente. El domingo, dijo a su madre, «estuve a punto de perder el control y dejarme ahogar en el agua que iba subiendo lentamente y ya me llegaba por encima de las rodillas. A eso de las seis, cuando, supongo, estarías yendo a la iglesia, el bombardeo se volvió menos intenso y menos preciso, de modo que por suerte me ayudaron a cumplir con mi obligación y arrastrarme, vadear, trepar y avanzar con dificultad por la tierra de nadie para visitar mi otro puesto. Tardé media hora en recorrer ciento treinta metros». En el pelotón que estaba a la izquierda de Owen, «los centinelas que estaban encima del refugio quedaron reducidos a nada».

Un centinela que vigilaba el refugio de Owen también fue alcanzado por un proyectil. En su poema «The Sentry» («El centinela») escribió Owen:

... down the steep steps came thumping
And splashing in the flood, deluging muck –
The sentry's body; then, his rifle, handles
Of old Boche bombs, and mud in ruck on ruck.
We dredged him up, for killed, until he whined
«O sir, my eyes – I'm blind – I'm blind, I'm blind!»
Coaxing, I held a flame against his lids
And said if he could see the least blurred light
He was not blind; in time he'd get all right.
«I can't,» he sobbed. Eyeballs, huge-bulged like squids',
Watch my dreams still; but I forgot him there
In posting next for duty, and sending a scout
To beg a stretcher somewhere, and floundering about
To other posts under the shrieking air.[3]

A medida que Alemania se aproximaba a una intensificación de la guerra en el mar, el recién designado ministro de Asuntos Exteriores alemán, doctor Alfred von Zimmermann, elaboró un plan mediante el cual, si la guerra de submarinos sin restricciones provocaba la intervención de Estados Unidos en la guerra, Alemania obtendría el apoyo y la alianza activa de México. Con el «generoso apoyo financiero» de Alemania, explicaba en un telegrama en clave dirigido al ministro alemán en la ciudad de México el 19 de enero, México «reconquistaría» los territorios que había perdido hacía setenta años: Texas, Nuevo México y Arizona. Alemania y México «harían la guerra juntos, harían la paz juntos».

El 23 de enero, cuando el telegrama de Zimmermann seguía siendo un secreto muy bien guardado, el embajador alemán en Washington, el conde Bernsdorff, todavía con la esperanza de mantener a Estados Unidos al margen de la guerra, solicitó a Berlín la suma de cincuenta mil dólares estadounidenses para influir en determinados miembros del Congreso.[4] Gracias a la hábil criptografía británica, su telegrama fue descifrado en Londres dos días antes de que se recibiera en Berlín. Pero el 3 de febrero, menos de dos semanas después de ese intento por comprar la neutralidad estadounidense, el submarino alemán *U-53*, en una de las primeras acciones de la guerra de submarinos sin restricciones, hundió un carguero estadounidense, el *Housatonic*, frente a las islas Scilly. Aunque un buque británico rescató a la tripulación del *Housatonic*, la carga de cereales se perdió. En Berlín, Zimmermann dijo esa noche al embajador estadounidense: «No pasa nada. Estados Unidos no hará nada, porque el presidente Wilson está a favor de la paz y de nada más. Todo seguirá igual que antes.»

Pero Zimmermann se equivocaba. Ese día, el presidente Wilson anunció al Congreso que rompía las relaciones diplomáticas con Alemania. No había declarado la guerra, pero había puesto fin a dos años y medio de diplomacia de guerra. La noticia de la ruptura de relaciones no llegó a Berlín hasta la mañana siguiente. En ese momento había algo más de un centenar de submarinos alemanes disponibles para entrar en acción y otros cuarenta estaban en reparación. Se habían hundido cincuenta y uno desde el comienzo de la guerra.

Durante el 3 de febrero, a medida que se incrementaba la posibilidad de la intervención estadounidense en la guerra, llegó a Francia la Fuerza Expedicionaria Portuguesa: cincuenta mil hombres más, destinados a la guerra de trincheras y a la esperanza de un gran avance. Al día siguiente, sin embargo, en una brillante maniobra defensiva, el káiser ordenó la retirada de sus tropas del frente occidental hasta la recién fortificada Línea Hindenburg, que los alemanes conocían como la Línea Sigfrido. Al retirar sus tropas de las numerosas vueltas y salientes que se habían creado durante los combates de 1916, se reducía en cuarenta kilómetros la longitud de la línea que había que defender, con lo cual quedaban libres trece divisiones para prestar servicio en la reserva.

Entre la vieja línea del frente y la Línea Hindenburg, los alemanes lo habían arrasado todo sistemáticamente, volando las viviendas, incendiando las granjas, arrancando de raíz los huertos, minando los pocos edificios que quedaban y destruyendo carreteras, para que los aliados no encontraran nada más que ruinas inútiles. Cuando el príncipe heredero, Ruperto de Baviera, mariscal de campo y comandante de un grupo de ejército, protestó por el alcance de la devastación, Ludendorff invalidó su protesta. A medida que las tropas aliadas

avanzaban sin encontrar resistencia, la escala de la destrucción los dejó pasmados. En el ayuntamiento de Bapaume murieron dos diputados franceses cuando voló por los aires el edificio minado. Varios miembros del Estado Mayor de una división británica sufrieron el mismo destino en otros lugares de la zona evacuada.

Alemania se preparaba entonces para enfrentarse al poderío de Estados Unidos. El peligro de la intervención estadounidense en el conflicto quedaba compensado, sin embargo, en lo que respecta al Alto Mando alemán, por las constantes noticias que llegaban de Rusia sobre la debilidad militar y el sentimiento antibelicista que había detrás de las líneas. El 16 de febrero, el general Hoffman anotó en su diario: «Llegan del interior de Rusia noticias muy esperanzadoras. Parecería que no puede resistir más allá del otoño.» Diez días después, hasta quinientos rusos protestaban contra la guerra en las calles de Petrogrado. El agregado militar británico ante el ejército ruso, el coronel Knox, ya había enviado a Londres su valoración de la pérdida de capacidad militar rusa. Habían muerto más de un millón de hombres. Otros dos millones estaban o bien desaparecidos (es decir, muertos) o eran prisioneros de guerra. Más de medio millón estaban en el hospital. Casi un millón y medio tenían un permiso prolongado o tenían alguna justificación para no volver a combatir. Otro millón de hombres habían desertado. «Esos hombres vivían escondidos en sus aldeas, donde las autoridades no se metían con ellos; las comunas ocultaban su presencia, porque se beneficiaban de su trabajo.» La cantidad de tropas que había en el frente y las que estaban en condiciones de ser destinadas no era suficiente para cubrir las demandas de 1917, si seguía habiendo las mismas cifras de bajas.

Casi dos años antes, los aliados habían prometido a Rusia que podría anexionarse Constantinopla y el estrecho cuando Turquía fuera derrotada. El 12 de febrero, el gobierno ruso trató de conseguir otro acuerdo secreto en relación con su frontera occidental. Se proponía lograrlo concediendo a Francia carta blanca con respecto a su frontera con Alemania. En una audiencia con el zar, el embajador francés en Petrogrado transmitió el deseo francés de asegurarse «la devolución de Alsacia y Lorena y una posición especial en el valle del río Sarre, así como también de lograr que se separaran políticamente de Alemania los distritos situados al otro lado del Rin y que se organizaran de forma independiente, de manera tal que, en el futuro, el Rin constituyera una frontera estratégica permanente contra una invasión germánica».

El zar «tuvo el placer de coincidir con él en principio», informó el embajador a París y Londres y, con el respaldo de su autoridad imperial, comenzaron

las negociaciones para llegar a un acuerdo, en base a una fórmula rusa que se había expresado casi un año antes: que «mientras Francia e Inglaterra gozan de total libertad para delimitar las fronteras occidentales de Alemania, esperamos que los aliados, por su parte, nos brinden la misma libertad para delimitar nuestras fronteras con Alemania y Austria-Hungría». Mientras los ejércitos y los pueblos rusos se sumían en la confusión, sus gobernantes seguían aspirando a las ventajas territoriales de una potencia cuya victoria era inminente.

Al acuerdo francorruso con respecto a la frontera occidental de Alemania se llegó el 14 de febrero. El mismo día, el gobierno ruso aceptó, en el más riguroso secreto, que Alsacia y Lorena fueran «devueltas a Francia». También se acordó que la frontera francesa con Alemania se trazara «a discreción del gobierno francés», que Francia adquiriera «la totalidad del distrito carbonífero del valle del Sarre» y que las poblaciones y regiones alemanas situadas al oeste del río Rin quedaran «totalmente separadas de Alemania y libres de toda dependencia política y económica de ella». Lo único que faltaba era concretar las fronteras rusas en el este: esas negociaciones continuaron en Petrogrado durante todo febrero y principios de marzo.

El 22 de febrero, en el sector del Isonzo del frente italiano, la explosión accidental de una granada de mortero hirió al sargento Mussolini en su trinchera y mató a cuatro de los que estaban con él. Estuvo seis meses en el hospital, durante los cuales le quitaron del cuerpo cuarenta y cuatro fragmentos y astillas de proyectil. Para estimular la moral nacional, el rey, a cuya monarquía había sido contrario Mussolini en algún momento, visitó al editor patriótico en el hospital. Cuando le dieron el alta, no regresó al frente sino al periodismo y al camino quinquenal hacia el fascismo y el poder.

En el frente de Salónica, el invierno era tan riguroso que los aliados no pudieron avanzar más allá de Monastir. Pero los alemanes siempre estaban buscando un medio para llevar la guerra hasta esa remota región. El 27 de febrero, quince aviones alemanes, aparatos trimotores que transportaban cuatro ametralladoras cada uno, provocaron numerosas bajas en las filas aliadas. Algunos de los soldados británicos heridos fueron trasladados a un hospital que fue bombardeado cinco días después y murieron en su cama. Una semana después del segundo bombardeo, bombardearon un tercer hospital. Entre los muertos figuraban dos enfermeras británicas.

El frente de los Balcanes fue un centro considerable para la enfermería británica. En general, en Gran Bretaña tenían mucha simpatía a los serbios y no era

difícil encontrar voluntarios. Además, el Cuerpo Médico del Ejército Británico había proporcionado más de seis mil quinientas camas para los soldados serbios. Una de las supervisoras de la distribución de alimentos para el Fondo Serbio de Socorro en Monastir, la señora Harley, era una de las hermanas del mariscal de campo sir John French; la mató la metralla en una descarga de artillería.

Una vez eliminadas todas las restricciones para los submarinos alemanes, la muerte en el mar siguió aumentando casi todos los días de la guerra. La última semana de enero, se ahogaron trescientos cincuenta marinos cuando el crucero mercante blindado *Laurentic*, antiguo transatlántico, chocó contra una mina frente a las costas de Irlanda. El 15 de febrero, un transporte de tropas italiano que se dirigía a Salónica, el *Minas*, fue torpedeado por el submarino alemán *U-39*. De los mil soldados que iban a bordo se ahogaron ochocientos setenta. Dos días después, un buque británico antisubmarinos, el *Farnborough*, hundió al *U-83*. Del submarino alemán sólo quedaron dos supervivientes. Al capitán del buque británico, el comandante Campbell, le concedieron la Cruz de la Victoria. El 24 de febrero, fue torpedeado en el Mediterráneo un buque de pasajeros francés, el *Athos*.

En el naufragio del *Athos* se ahogaron 543 trabajadores chinos, reclutados en China para formar parte de una gran fuerza de trabajo en el frente occidental. Cuando llegó a China la noticia del naufragio, actuó como elemento disuasorio, pero al final de la guerra había casi cien mil chinos empleados en oficios serviles en toda la zona de los ejércitos. El gobierno francés autorizaba a empresas privadas a contratar trabajadores chinos en toda Francia. El contrato, firmado antes de salir de China, los comprometía a trabajar diez horas por día, siete días a la semana, con la «debida consideración» por las festividades chinas, que no siempre se cumplía. Se les pagaba entre uno y dos francos por día. Siempre se sospechaba de sus artimañas y un corresponsal de *The Times* advirtió que el trabajador chino «tiene sus propios trucos y artimañas y que, como para ojos occidentales resulta casi imposible distinguir a un chino de otro, siempre existe el riesgo de que Ah Lung trate de cobrar la paga de Weng Chow, que está de baja por enfermedad o se ha marchado a su casa. Por consiguiente, a todo culi se le toman las huellas dactilares, que se registran, con la supervisión de Scotland Yard».

Aunque los trabajadores chinos del frente occidental quedaban excluidos de la obligación de combatir y trabajaban detrás de las líneas, no estaban exentos de peligros. En un ataque aéreo alemán a la base militar británica de Dunkerque, murieron ocho chinos y quince resultaron heridos por la misma bomba. Después

de los ataques aéreos que se produjeron en esa zona, un grupo de chinos empleados por los franceses se declararon en huelga. Se enviaron guardias armados franceses para obligarlos a volver al trabajo y, en la refriega que tuvo lugar a continuación, murieron dos chinos. Hay un pasaje sobre esos hombres en las memorias de Lloyd George y las tumbas de 1.612 de ellos están distribuidas por todo el norte de Francia, en más de veinte cementerios de guerra británicos. «En ocasiones, claro está —escribió Lloyd George—, esos culis chinos eran víctimas de bombardeos aéreos o a larga distancia, lo cual no los perturbaba demasiado; se ponían mucho menos nerviosos con los disparos que los auxiliares de las Antillas británicas, que también trabajaban en el Cuerpo de Trabajo. Pero su trabajo se solía desorganizar de otra manera, porque, si se producía alguna víctima mortal entre ellos, dejaban de trabajar para asistir al funeral y ni las amenazas ni las zalamerías tenían el menor efecto sobre ellos, del mismo modo que ni las bombas ni los proyectiles del enemigo dispersaban el cortejo, hasta que las exequias habían finalizado del todo.»

Los que se encargaban de los trabajadores chinos recibían una guía de frases, escritas por un comandante británico, que incluía frases como: «Hablar menos y trabajar más», «El interior de esta tienda no está muy limpio», «Eres muy indisciplinado y, si no tienes más cuidado, me veré obligado a castigarte» y «Esta letrina está reservada para los europeos y no pueden usarla los chinos». Lo que sí que podían usar, en cierto caso, era una especie de malecón de leños, construido encima de un río, y la «letrina» era el espacio que quedaba entre los leños.

El 19 de febrero, un mes después de su envío, se descifró en Londres el telegrama de Zimmermann en el que instaba a los mexicanos a intervenir en la guerra contra Estados Unidos y a «recuperar» Texas, Arizona y Nuevo México y de inmediato fue transmitido al gobierno estadounidense. La primera reacción del diplomático estadounidense al que se lo enseñaron en Londres fue: «¿Y por qué no Illinois y Nueva York, ya que están?»

El telegrama de Zimmermann se publicó en Estados Unidos el 1 de marzo. Los que allí se alarmaron ante la perspectiva de la guerra dijeron que era falso, pero dos días después Zimmermann anunció que era verdadero. La neutralidad estadounidense peligraba cada vez más.

La guerra aliada contra los turcos, que había recibido un grave revés un año antes, con la evacuación de Gallípoli y la caída de Kut, cobró velocidad en varios frentes durante los primeros meses de 1917. En Mesopotamia, las tropas bri-

tánicas y las indias, que volvían a avanzar río arriba de forma constante, llegaron a Kut el 24 de febrero y tomaron 1.730 prisioneros turcos. Habían pasado diez meses desde que casi doce mil soldados británicos e indios fueran capturados allí y enviados hacia el norte, en una marcha cruel.

En Persia, las fuerzas turcas tuvieron que retroceder de Hamadán a Kermanshah. En Arabia, en la vía férrea de Hedjaz, cincuenta árabes a las órdenes de un oficial británico, el capitán Garland, llevaron a cabo el primer ataque importante a la línea, en Toweira. Frente a las costas de Palestina, un velero de la Marina Real británica, el *Managam*, llevó dinero para la red de espionaje judía que trabajaba para Gran Bretaña y lo entregó en el puerto de los cruzados de Athlit. En la frontera entre Sinaí y Palestina, las tropas británicas invadieron dos puestos fronterizos turcos, en Nakhl y Bir-el-Hassana. El objetivo aliado, ese año, consistía en expulsar a los turcos de Jerusalén. Tres días después de que las tropas británicas en Mesopotamia ocuparan Ctesiphon (donde un año antes había tenido lugar la derrota británica), con lo que las tropas británicas volvieron a estar a menos de cuarenta kilómetros de Bagdad, la orientalista británica Gertrude Bell comentó: «Es el fin del sueño alemán de dominación en el Cercano Oriente. Ya no van a ocupar un lugar al sol.» Un día después de que escribiera esa carta, los turcos comenzaron a evacuar Bagdad: salieron nueve mil quinientos soldados turcos, a medida que se acercaban cuarenta y cinco mil soldados británicos e indios.

Cuando los turcos marcharon de Bagdad, los alemanes destruyeron la estación de radio, pero quedaron intactos siete aeroplanos nuevos, todavía en sus cajas, esperando al conquistador. Tras marchar más de ciento sesenta kilómetros en quince días, las fuerzas británicas entraron en la ciudad el 11 de marzo. «Para las tropas británicas, que no sabían nada del entorno —ha escrito un historiador—, el recibimiento fue desconcertante: persas vestidos como san José, con largas chaquetas de seda de muchos colores; judíos orientales de fez rojo, con prendas europeas mal combinadas; elegantes refugiados armenios, que habían pasado la noche acurrucados en iglesias cristianas, temiendo por su vida si alguno de los turcos que huían se enteraba de su existencia; arrogantes musulmanes con turbantes, vestidos con largas prendas negras; todos bien vestidos para ovacionarlos, mientras ellos entraban pesadamente por la puerta meridional. Era un despliegue de gala, una fiesta, algo que no había ocurrido cuando los hombres de Townshend habían pasado tambaleándose por las mismas calles.»[5] Esos hombres todavía estaban cautivos en Anatolia, mucho más al norte.

Detrás de las líneas, la ocupación seguía siendo dura. Los setecientos mil

hombres sanos que habían sido deportados de Bélgica a Alemania estaban trabajando en el campo y en fábricas. En Serbia, una rebelión que se produjo cerca de Nis fue reprimida por tropas austríacas y búlgaras con gran brutalidad y más de dos mil serbios fueron ejecutados. La propaganda antibelicista también se difundía, no sólo en Rusia, sino también en Francia, donde, a finales de febrero, el general Nivelle dijo a las autoridades que sus soldados recibían propaganda pacifista.

Las condiciones de la guerra en las trincheras también eran desmoralizadoras. El 26 de marzo, un periódico de la línea del frente, escrito y producido por soldados franceses en el frente occidental, comentaba, refiriéndose al barro, que se había convertido en una maldición para el sistema de trincheras: «Por la noche, agazapado en un cráter y llenándolo, el barro vigila, como un enorme pulpo. Llega la víctima. Le echa encima su baba venenosa, lo ciega, lo envuelve, lo entierra. Un *"disparu"* más, otro desaparecido. [...] Porque los hombres mueren por el barro, como mueren por las balas, pero de forma más horrible. El barro es aquello en lo que se hunden los hombres y, peor aún, en lo que se hunde su alma. Pero, ¿dónde están esos periodistas mercenarios que publican esos artículos tan heroicos, cuando hay tanto barro? El barro oculta los galones que indican el grado, sólo hay pobres bestias que sufren. Fíjate, allí hay motas rojas en ese charco de barro, la sangre de algún herido. El infierno no es el fuego; eso no sería el máximo sufrimiento. ¡El infierno es el barro!»

En el frente oriental, a muchos oficiales rusos les resultaba casi imposible mantener la disciplina militar. El 17 de febrero, a primeras horas de la mañana, a varios escuadrones de caballería de la línea del frente les dieron municiones y les ordenaron que se dirigieran a caballo al cuartel general de la caballería, situado a cierta distancia detrás de la línea, pero no les dijeron el motivo de esa maniobra. «Poco más tarde —recordaba después uno de ellos, Georgi Zhukov—, todo quedó claro. Dando la vuelta a una esquina de la calle apareció una manifestación con pancartas rojas. Tras espolear su caballo, el comandante de nuestro escuadrón, seguido por los comandantes de otros escuadrones, galopó hacia el cuartel general del regimiento, del cual había salido un grupo de oficiales y de obreros de las fábricas.»

Un «soldado de caballería alto» se dirigió a continuación a los soldados reunidos y les dijo que la clase trabajadora, los campesinos y los militares ya no reconocían al zar. «El pueblo ruso —dijo— quería poner fin a la masacre de una guerra imperialista; querían paz, tierra y libertad.» El soldado de caballería finalizó su breve discurso haciendo un llamamiento al final del zarismo y al final

de la guerra. «A pesar de que no había habido ninguna orden —escribió Zhukov—, los soldados sabían lo que debían hacer. Se pusieron a gritar y a dar vítores, incorporándose a la manifestación.»

En todo el frente oriental, los bolcheviques pedían a los soldados que no combatieran y que se unieran a los comités de soldados para mantener y propagar las demandas revolucionarias. Desde el frente, la agitación se propagó a las ciudades y a la capital. El 3 de marzo, comenzó en Petrogrado una huelga en la fábrica de municiones Putilov, la principal proveedora de armas y municiones del ejército. Esa noche, recordaba la hija del embajador británico, Meriel Buchanan, «saquearon una panadería en el barrio más pobre de la ciudad y la primera banda de cosacos patrulló el Nevsky». Durante los tres días siguientes, los ciudadanos que pedían pan protagonizaron revueltas en las calles. El 8 de marzo, se calculaba que había noventa mil obreros en huelga. Ese día, en Mogilev, el zar escribió a su esposa que echaba mucho de menos su media hora de juegos de paciencia de todas las noches y añadió: «Volveré a dedicarme al dominó en mi tiempo libre.» En su diario, escribió: «En todo mi tiempo libre estoy leyendo un libro francés sobre la conquista de la Galia por Julio César.» Incluso más que el káiser, el zar había quedado aislado del estado de ánimo y de los cambios que se producían en su país. El 10 de marzo, al comenzar en Rusia una huelga general, se impuso la ley marcial en Petrogrado.

Estados Unidos todavía no había entrado en la guerra y en Rusia reinaba la confusión: era un momento de crisis para los aliados. Pero cuánto tiempo podría Estados Unidos mantenerse neutral era una pregunta que todos se hacían. Otro desafío grave a esa neutralidad se había producido el 25 de febrero, cuando un submarino alemán hundió el buque de pasajeros *Laconia*, perteneciente a la línea Cunard, frente a Fastnet Rock. Se ahogaron doce pasajeros, entre ellos cuatro estadounidenses. Sin embargo, la reacción del gobierno americano no fue demasiado rápida ni decisiva. El 5 de marzo, mientras la bandera roja de la revolución ondeaba bien alta en las calles de Petrogrado, Woodrow Wilson dijo al Congreso de Estados Unidos: «Nos mantenemos firmes en la neutralidad armada.» El hundimiento del vapor estadounidense *Algonquin*, una semana después, torpedeado sin previo aviso, seguido de tres hundimientos más en cuatro días, fue otra provocación, pero tampoco trajo como consecuencia la declaración de guerra.

El 10 de marzo, el Soviet de Petrogrado, formado por representantes de los obreros, los militares y los campesinos, se enfrentó al poder de la Duma, el Parlamento de Rusia, que hasta entonces había sido débil, pero se había vuelto

autoritario. Encabezado por el príncipe Tseretelli, afiliado al partido menchevique, el Soviet derivaba su autoridad del voto popular y del descontento popular con la guerra. Sin embargo, a pesar de la existencia de las autoridades rivales tanto de la Duma como del Soviet de Petrogrado, el zar, desde su cuartel general militar de Mogilev, próximo al frente y a setecientos kilómetros de la capital, todavía pretendía cumplir sus obligaciones de soberano y defender el interés nacional del país. El 11 de marzo, autorizó la última fase del acuerdo francorruso sobre las futuras fronteras de Europa. Casi un mes antes, Rusia había acordado otorgar a Francia prácticamente mano libre en el oeste. Entonces, el 11 de marzo, después de más negociaciones en Petrogrado y en París, los franceses aceptaron, también en el más estricto secreto, reconocer a Rusia «total libertad para establecer sus fronteras occidentales».

Pero esa «libertad» fue efímera. El 12 de marzo, cuando el zar salió de Mogilev para regresar a la capital, los diecisiete mil soldados de la guarnición de Petrogrado se unieron a las muchedumbres que se manifestaban contra él en las calles de la capital. Hubo luchas callejeras cuando los soldados leales al zar, junto con la policía, trataron de mantener el orden, pero eran muchísimos menos. A las once de la mañana, prendieron fuego a los tribunales de justicia de la plaza Lityeiny y después atacaron e incendiaron comisarías de policía por toda la ciudad. Había comenzado la primera revolución rusa.[6]

Se intensificó la lucha dentro de Rusia. Cuando se dirigía a su barco, el 13 de marzo, el capitán del crucero ruso *Aurora*, que estaba siendo reparado en Petrogrado, fue asesinado por marinos revolucionarios. Ese mismo día, en la base naval isleña de Kronstadt, justo a las afueras de la capital, unos marinos que se amotinaron asesinaron a cuarenta oficiales y sargentos y arrestaron a más de un centenar de oficiales más. Al día siguiente, 14 de marzo, cuando el tren del zar se acercaba a la capital, fue detenido en Pskov por orden de los revolucionarios. Ese día, el Soviet de Petrogrado hizo pública su Orden Número Uno: todas las armas estarían controladas por comités elegidos y se prohibió hacer el saludo militar a los oficiales cuando uno no estaba de servicio. La hija del embajador británico informó de una conversación entre dos soldados que tuvo lugar ese día: «Lo que queremos es una república.» «Sí, una república, ¡pero tenemos que poner un buen zar para dirigirla!»

El zar seguía en su tren el 15 de marzo, sin poder llegar a la capital. Como las principales estaciones de su ruta estaban ocupadas por tropas revolucionarias, se había visto obligado a desviarse a Pskov. Esa mañana, desde Mogilev, el comandante en jefe, el general Alexeyev, instó por telegrama a todos los comandantes del ejército a sumarse a él para pedir al zar que abdicara. Contaba

con el apoyo del general Ruzsky, comandante del frente septentrional, que se encontraba con el zar en Pskov y que insistía en que sólo la abdicación evitaría la anarquía. Las respuestas telegráficas que fue recibiendo Alexeyev pusieron en evidencia que el ejército no mantendría al zar en el poder. El general Brusilov sostuvo en tono categórico que sólo la abdicación podría salvar tanto la monarquía como la capacidad de Rusia para continuar la guerra. Hasta un monárquico incondicional como el general Sakharov, comandante del frente de Rumania, estaba a favor de la abdicación como único medio de convencer a los soldados para que siguieran combatiendo, lo mismo que el virrey del Cáucaso y ex comandante en jefe, el gran duque Nicolás, tío del zar. A las dos y media de esa tarde, Alexeyev pudo enviar todas las respuestas telegráficas al general Ruzsky, en Pskov.

Con todos los telegramas en la mano, el general Ruzsky fue a ver al zar que, en pocos momentos, cedió ante las protestas. La participación de su tío en la unanimidad resultó especialmente decisiva para él. Sin pensárselo más, telegrafió a Alexeyev: «En nombre del bienestar, la tranquilidad y la salvación de mi bien amada Rusia, estoy dispuesto a abdicar el trono a favor de mi hijo. Solicito a todos que lo sirvan fielmente.»

La guerra se había cobrado su primer soberano aliado. Era el fin de un sistema imperial que tenía trescientos años, presidido por el zar.[7] La anterior pompa y circunstancia y la clase y la estructura de poder supervivientes del imperio ruso estaban prácticamente acabadas. Los tratados secretos que el zar había aprobado, los territorios que había conseguido o que esperaba conseguir, ya fuera de los turcos, de los alemanes o de los austríacos, habían dejado de tener validez.

La Duma se trasladó al palacio Tauride, donde formó un gobierno provisional. Frente a ella estaba el Soviet de Petrogrado, que siguió sesionando, oponiendo su autoridad a la del nuevo gobierno. En Zurich, el 16 de marzo, por la tarde, la calma del estudio de Lenin se vio perturbada cuando entró corriendo un compatriota en el exilio, agitando un periódico, que declaró, para asombro de Lenin: «¿No te has enterado de la noticia? ¡Hay una revolución en Rusia!» Pero en Petrogrado el presidente de la Duma, M. V. Rodzianko, dijo al agregado militar británico: «Tranquilo, mi querido Knox. Todo va bien. Rusia es un país grande y puede librar una guerra y manejar una revolución al mismo tiempo.»

El gobierno provisional erradicó las restricciones políticas del zarismo, incrementando así su propia autoridad. Se concedió una amnistía a los prisioneros políticos, que pudieron volver de su exilio en Siberia. Para desilusión de

muchos militares y marinos, sin embargo, el gobierno provisional anunció que Rusia seguiría en guerra. De inmediato Lenin criticó esa decisión y al propio gobierno provisional y creó el eslogan: «¡Todo el poder para los soviets!»

Operaban en la capital rusa dos centros de poder rivales. Al frente del gobierno provisional, el nuevo primer ministro ruso, el príncipe Lvov, instaba a la participación activa en la guerra. Por el contrario, el Soviet de Petrogrado nombró comisarios políticos para todas las unidades militares, cuya misión fundamental consistía en instar a los soldados a no combatir. Las fuerzas revolucionarias eran fuertes y estaban desatadas: el 17 de marzo, el comandante en jefe de la marina rusa, el almirante Nepenin, que acababa de renunciar, fue asesinado por un marinero. El fervor antibelicista era intenso. Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores, Paul Miliukov, en una declaración que formuló al día siguiente, anunció al mundo que Rusia permanecería junto a sus aliados. «Combatirá a su lado contra el enemigo común hasta el final, sin cesar y sin titubear.» El ex zar, que había regresado a su cuartel general de Mogilev el 20 de marzo, dijo a las tropas que estaban allí que debían mantenerse fieles al gobierno provisional y fieles, también, a su determinación a continuar con la guerra.

Ese mes de marzo, mientras Rusia se sumía en la agitación política, en los frentes de la guerra siguió habiendo ejércitos que no llegaban a conseguir una ventaja decisiva. Los alemanes se habían retirado del Somme sin perder su nueva línea defensiva. En el aire, un piloto canadiense, Billy Bishop, abatió el primero de los setenta y dos aviones alemanes que, según él, derribó sobre el frente occidental. En el frente de Salónica, los búlgaros, utilizando granadas de gas por primera vez, no lograron abrir una brecha en las posiciones aliadas. En Mesopotamia, el ejército británico avanzó más allá de Bagdad para capturar Baqubah, algo menos de sesenta kilómetros al noreste, mientras su comandante, el general Maude, prometía a los aliados promover la libertad árabe. Justo dentro de la frontera de Palestina, los británicos atacaron las posiciones turcas en Gaza, pero, a pesar de superar en número a los turcos en una proporción de más de dos a uno, no pudieron entrar en la ciudad. Durante la batalla, los aviones de reconocimiento alemanes habían sido de crucial ayuda para los defensores turcos.

En el mar, el 19 de marzo, se ahogaron 296 marinos franceses cuando el *U-64* hundió el acorazado *Danton* frente a las costas de Cerdeña. Dos días después, un submarino alemán hundió el *Healdton*, un buque cisterna estadounidense, cuando se encontraba en una zona especialmente declarada «zona de seguridad», en aguas holandesas. Murieron veinte tripulantes estadounidenses.

El presidente Wilson convocó una reunión del Congreso para el 2 de abril. Ocho días antes, el Alto Mando conjunto alemán y austríaco había acordado facilitar el regreso en tren a Rusia de Lenin y el grupo de treinta y dos bolcheviques que estaban con él en Suiza, conscientes de que contribuirían al malestar social y a que Rusia se retirase de la guerra. El 27 de marzo, el Soviet de Petrogrado apeló a todos los pueblos para que exigieran el fin de la guerra. Cuatro días después, Lenin accedió a regresar a Rusia en tren, a través de Alemania. Sabía, o temía, que, si regresaba por el territorio de las potencias aliadas, atravesando Francia en ferrocarril y después por mar desde Gran Bretaña hasta el norte de Rusia, era muy posible que lo arrestaran, para asegurarse de que Rusia se mantuviera en la guerra.

Las tropas rusas seguían combatiendo. El 2 de abril, las unidades rusas procedentes de Persia y las unidades británicas que avanzaban desde Baquba unieron fuerzas en la población mesopotámica de Kizil Rabat. Pero al día siguiente, en el frente oriental, los alemanes tomaron diez mil prisioneros rusos. Estados Unidos todavía no había entrado en guerra, pero el 1 de abril, cerca de Brest, el vapor armado estadounidense *Aztec* fue torpedeado y se ahogaron veintiocho de sus tripulantes. «El mundo debe ser un lugar seguro para la democracia», declaró Wilson al día siguiente. Ya había 533 licenciados de Harvard entre los numerosos miles de estadounidenses que prestaban servicio como voluntarios en los ejércitos aliados o trabajando en los hospitales o las ambulancias, detrás de las líneas; hasta ese momento, veintisiete de ellos habían muerto en combate.

El 1 de abril, el Cuarto Ejército británico capturó el bosque de Savy, situado apenas seis kilómetros al oeste de Saint-Quentin, cuya catedral tenía una aguja que se veía desde las nuevas trincheras de la línea del frente. Uno de los soldados que combatieron ese día fue el poeta Wilfred Owen, que, después de encabezar su pelotón hasta las trincheras alemanas a través de una descarga de artillería, descubrió que los alemanes se habían retirado. Muy afectado por el bombardeo, se quedó dormido sobre un terraplén del ferrocarril y un proyectil lo hizo volar por los aires, «una salvación por los pelos», comenta uno de sus biógrafos, «que aparentemente lo dejó al impotente amparo de los restos desmembrados de otro oficial. Cuando regresó a la base, notaron que estaba temblando, confuso y balbuceante. Es probable que el oficial al mando cuestionara su coraje y que incluso llegara a tacharlo de cobarde».[8]

A pesar del escepticismo del oficial al mando, un médico le diagnosticó neurosis de guerra y Owen fue enviado al hospital de Etretat. Desde allí, escribió una tarjeta postal a su familia, en la que se veían los acantilados cercanos a la po-

blación: «Éste es el tipo de paraíso en que me encuentro ahora, el Hospital General Número 1. El médico, los camilleros y las monjas son todos estadounidenses, aunque parezca mentira, ¡de Nueva York! Es posible que me autoricen a dar un paseo en barca o incluso a ir a nadar.» Cuando regresó a Gran Bretaña, enviaron a Owen al Hospital Militar Craiglockhart para Oficiales Neurasténicos, de cuyos pacientes escribió más adelante:

These are men whose minds the Dead have ravished.
Memory fingers in their hair of murders,
Multitudinous murders they once witnessed.[9]

Woodrow Wilson parecía querer encontrar una forma de poner fin a esos asesinatos, pero el gobierno alemán menospreciaba su iniciativa. Las autoridades alemanas confiaban en contar con un amplio apoyo popular. Desde su casa de Berlín, el 3 de abril, escribió Albert Einstein a un amigo en Holanda sobre el nacionalismo extremo de los científicos y los profesores jóvenes que lo rodeaban. «Estoy convencido de que estamos tratando una especie de epidemia mental; de lo contrario, no puedo comprender que unos hombres que son totalmente decentes en su conducta personal adopten puntos de vista tan antitéticos sobre cuestiones generales. Se puede comparar con lo que ocurría en tiempos de los mártires, las cruzadas y la quema de brujas.»

Hacía dos meses que los alemanes llevaban a cabo una guerra de submarinos sin restricciones. El 4 de abril, el Senado de Estados Unidos votó a favor de la guerra por ochenta y dos votos contra seis. Dos días después, la Cámara de Representantes también votó a favor de la guerra, por trescientos setenta y tres votos contra cincuenta. Ese día, 6 de abril, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. No cabía ninguna duda acerca del impacto potencial de las tropas estadounidenses en el campo de batalla. Al menos un millón, a su debido tiempo más de tres millones de hombres, se entrenarían en Estados Unidos. Pero era evidente que tendría que pasar bastante tiempo, como mínimo un año y posiblemente más, hasta que dominaran el amplio aparato de reclutamiento, entrenamiento, transporte al otro lado del Atlántico y abastecimiento, una vez en Francia. El ejército estadounidense era reducido y su experiencia militar reciente se limitaba a una expedición punitiva a México.

La tarea de crear un ejército para combatir en Europa comenzó lentamente al principio. Pasó un mes entero desde que Estados Unidos declaró la guerra a Alemania hasta que el ex comandante de la expedición a México, el general John J. Pershing, entonces destinado en Texas, recibió un telegrama bastante

críptico de su suegro, un senador de Estados Unidos: «Envíame un telegrama hoy mismo, diciéndome si hablas, lees y escribes en francés.» Antes de que pudiera responder siquiera que hablaba francés «con bastante fluidez», le habían ofrecido el mando de las fuerzas estadounidenses que acabarían enviando a Francia.

Ese mes de abril no presagiaba nada bueno para Alemania y Austria. Lentamente, Estados Unidos llegaría a ser un beligerante activo. Rusia, a pesar de la constante detención y el frecuente asesinato de oficiales por parte de sus propios hombres, seguía en la guerra. Las potencias aliadas superaban a las potencias centrales en cantidad de hombres y de recursos. No obstante, Alemania y Austria tenían una ventaja geográfica que nadie les podía quitar: la ventaja de las «líneas internas» de comunicación. Sus ejércitos, sus fábricas y sus capitales estaban conectadas por redes ferroviarias, viarias y fluviales que formaban una masa continental compacta. La conexión entre Nueva York y Londres y entre Gran Bretaña y Francia y sus esenciales provisiones exteriores de materias primas y alimentos podía estar y de hecho estaba dificultada por el ataque de los submarinos, mientras que no había manera de desbaratar las conexiones entre Berlín, Viena, Budapest y Belgrado.

La indignación moral de los aliados se fomentó el 8 de abril, cuando un submarino alemán, el *U-55*, hundió frente a las costas de Sicilia el vapor británico *Torrington*. El *U-55* no sólo destruyó uno de los botes salvavidas, provocando la muerte de sus catorce pasajeros, sino que, además, se sumergió deliberadamente mientras veinte pasajeros del vapor se aferraban al casco del submarino, de modo que todos se ahogaron.

Ese día, en un intento por destruir uno de los pilares de la alianza, Lenin y treinta y dos colegas bolcheviques emprendieron el viaje desde Zurich, en un tren especial que atravesó Alemania y Suecia y a continuación en barco, a través del golfo de Botnia, hasta Rusia. El káiser fue informado de esa estratagema y la aprobó. Su homólogo austríaco, el joven emperador Carlos, le advirtió, no obstante, que el triunfo de una revolución bolchevique en Rusia podía resultar peligroso para todas las monarquías, ya que cinco de ellas ya habían sido «destronadas durante esta guerra».[10]

Lenin llegó a Petrogrado el 16 de abril, gracias a las facilidades que le brindaron los alemanes. Su primer discurso, pronunciado en la estación de ferrocarril de Finlandia, en Petrogrado, incluía una frase ominosa para Alemania: «No está lejos la hora en que, ante el llamamiento de Karl Liebknecht, el pueblo alemán vuelva sus armas contra los explotadores capitalistas.»

En el frente occidental, era inminente una nueva ofensiva aliada. El 5 de abril, durante una misión de combate sobre las líneas alemanas, Leefe Robinson, el que había abatido el dirigible sobre Inglaterra, el mes de septiembre anterior, obteniendo así la Cruz de la Victoria, fue abatido a su vez y tomado prisionero. Pasó el resto de la guerra en cautividad, al fracasar sus diversos intentos de escapar. La proeza que le hizo ganar la medalla no le granjeó la simpatía de sus captores. «Los *boches* lo hostigaban, lo fastidiaban y lo acosaban de todas las formas posibles», recordó posteriormente otro prisionero. Maltrataban en especial a los que habían intentado escapar y Robinson, al que un comandante del campo llamaba con desdén «el Richthofen inglés», era castigado y humillado con frecuencia.

Los soldados británicos esperaban la nueva ofensiva en el frente occidental, pero no revelaron nada en la correspondencia. En una carta a un amigo, fechada el 8 de abril, escribió el poeta y pintor británico Isaac Rosenberg: «Hace bastante que no nos exponemos a ningún peligro (me refiero al fuego de la artillería), a pesar de estar tan cerca de los combates más terribles. Pero, en lo que respecta a viviendas o a cualquier señal de vida humana ordinaria, es como si estuviéramos en pleno desierto del Sahara. Creo que podría darte algunos detalles bastante espeluznantes, si quisiera contarte todo lo que veo, de muertos enterrados que han volado de sus tumbas, y más, pero prefiero evitártelo.»

El 9 de abril, lunes de pascua, las fuerzas británicas y canadienses lanzaron ofensivas simultáneas en Arras y en las colinas de Vimy. En el combate aéreo preliminar, cuando durante cinco días los pilotos británicos intentaron dejar despejado el cielo para poder realizar labores de reconocimiento, fueron abatidos setenta y cinco aviones británicos y murieron diecinueve pilotos. Los primeros ataques británicos de la mañana del 9 de abril tuvieron éxito. Se logró perforar la Línea Hindenburg y cinco mil seiscientos alemanes cayeron prisioneros; casi la totalidad del sistema de trincheras de la línea del frente quedó invadida en tres cuartos de hora y la segunda línea, al cabo de dos horas. Al anochecer, incluso estaba en poder de los británicos una parte de la tercera línea alemana. Los canadienses también tuvieron éxito en las primeras horas y tomaron cuatro mil prisioneros.

Parte del éxito del 9 de abril se debió a un recurso nuevo de la artillería: la barrera rasante o barrera de fuego móvil, que consistía en adelantar permanente y sistemáticamente los blancos de la artillería, mientras la infantería seguía justo detrás, aprovechando el efecto de la artillería, que aturdía a los defensores y

estropeaba las defensas. El que planeó y ejecutó la barrera rasante de Arras fue el comandante de la brigada, Alan Brooke.[11]

La tercera línea alemana, no obstante, mucho mejor fortificada que ninguna línea anterior, resistió a los renovados asaltos que lanzaron contra ella, incluso después de tomarla en parte. A medida que fue transcurriendo el día, los carros de combate británicos, que se suponía que tenían que ir por delante de los soldados de infantería, se rezagaron, acuciados por fallos mecánicos y atrapados en el barro. Los cañones tirados por caballos tuvieron dificultades para cruzar las trincheras capturadas a los alemanes: un obstáculo inesperado e incómodo para esos artilleros que hasta entonces nunca habían tenido que transportar sus cañones más allá de la línea del frente. Claro que la palabra «éxito» no significaba que el sufrimiento de los vencedores fuera inferior al de los vencidos, ni en ese ataque ni en ningún otro. Uno de los canadienses que murieron el 9 de abril fue el soldado raso Earl Hembroff, que el mes de octubre anterior había estado sirviendo en el Somme con la Ambulancia de Campaña Canadiense. En esa ocasión había escrito en su diario: «No hay tantas ratas y Fritz está demasiado ocupado para echar gas.» También murió en Arras, ese primer día de batalla, el poeta británico Edward Thomas, tan aficionado a la campiña inglesa:

This ploughman dead in battle slept out of doors
Many a frozen night, and merrily
Answered staid drinkers, good bedmen, and all bores:
«At Mrs Greenland's Hawthorn Bush», said he,
«I slept.» None knew which bush. Above the town,
Beyond «The Drover», a hundred spot the down
In Wiltshire. And where now at last he sleeps
More sound in France – that, too, he secret keeps.[12]

Otro soldado británico que murió el 9 de abril fue R. E. Vernede, un londinense de cuarenta y un años. Tras resultar herido en el Somme en 1916, no quiso aceptar un trabajo de oficina en el Ministerio de Guerra para regresar al frente. Lo mató una ametralladora cuando iba a la cabeza de su pelotón en un ataque al bosque de Havrincourt. En su poema «A Listening Post» («Un puesto de escucha») había manifestado su confianza en la rectitud de la causa aliada:

And yonder rifleman and I
Wait here behind the misty trees

To shoot the first man that goes by
Our rifles ready on our knees

How could he know that if we fail
The world may lie in chains for years
And England be a bygone tale
And right be wrong, and laughter tears?[13]

La noche del 9 de abril, las fuerzas de ataque trataron de dormir con un frío inesperado, bajo ráfagas de nieve. Por lo menos un hombre murió congelado. El 10 de abril se reanudó el ataque, con mayor urgencia para su comandante, el general Allenby, al enterarse del avance de una cantidad considerable de refuerzos alemanes. La segunda noche de la batalla, Allenby tenía tanta confianza en que estaba a punto de conseguir una penetración importante que envió un mensaje a sus comandantes: «Todas las tropas han de comprender que el Tercer Ejército está persiguiendo a un enemigo derrotado y que hay que correr muchos riesgos.» Comenta Lawrence James, el biógrafo más reciente de Allenby: «Cuando se transmitió el mensaje a los hombres que estaban en el frente, fue recibido con incredulidad.»

La sensación de victoria inminente persistía incluso al día siguiente, cuando, ante la insistencia de Haig, se hizo avanzar a la caballería para que atravesara lo que parecía una brecha cada vez mayor en las líneas alemanas. Mientras hombres y caballos avanzaban al trote, bajo una tormenta de nieve, se los oyó entonar la canción de remo de Eton: «Jolly boating weather» («Qué buen tiempo para pasear en barca»). Sin embargo, los detuvieron, como escribió Allenby después, y a continuación los obligaron a retroceder, «con alambres y ametralladoras».

Ese tercer día de la batalla, el 11 de abril, Allenby capturó uno de los objetivos del primer día, la aldea de Monchy-le-Preux, pero, al mismo tiempo que las tormentas de nieve se volvían más frecuentes, llegaron al campo de batalla los primeros refuerzos alemanes. A muchos de los atacantes, tres días consecutivos de combates los habían puesto al límite de su resistencia. Un oficial de la línea del frente advirtió a Allenby que los hombres «padecían de frío y estaban agotados». Entonces Haig recomendó cautela y dijo a Allenby que el momento de los «grandes riesgos» había pasado, que lo único que se conseguiría con más ataques de infantería sería la pérdida innecesaria de vidas y que «debemos hacer todo lo posible para sustituir los proyectiles por hombres». Allenby intentó un ataque de infantería más e hizo avanzar a un batallón de escoceses hasta un punto en el cual se toparon por accidente y con contundencia con una barrera

rasante británica con el tiempo mal calculado y, después, con unas ametralladoras alemanas muy bien colocadas.

El 14 de abril, en un acto de heroísmo muy difundido, diez hombres del regimiento Royal Newfoundland, después de perder a 485 colegas, muertos o malheridos, defendieron Monchy-le-Preux durante cinco horas contra una división alemana, hasta que llegaron refuerzos. En las colinas de Vimy, los canadienses habían ganado poco más de cuatro kilómetros de la línea alemana y habían tomado prisioneros a cuatro mil alemanes, aunque a costa de la muerte de 3.598 de sus hombres y de más de siete mil que resultaron heridos. Ese día, tres generales británicos desafiaron la tradición del ejército al protestar directamente ante Haig por el aumento de las bajas. Allenby sostuvo que las tropas habían pasado demasiado tiempo en las trincheras y que se habían olvidado de cómo se defendía una guerra de movimientos a campo traviesa. El 15 de abril, Haig dio la orden de acabar la ofensiva. Según los estándares del frente occidental, Allenby podía considerarse victorioso. Se había abierto una brecha de algo más de seis kilómetros a lo largo de dieciséis kilómetros de la línea del frente alemán.

En un cementerio situado en los suburbios de Arras, en un monumento nacional británico, figuran los nombres de 35.928 militares que murieron en ese campo de batalla, pero que no tenían una tumba conocida. En ese cementerio también hay 2.395 tumbas británicas, cada una con su nombre, y unas cuantas tumbas más.[14] Los británicos también sufrieron numerosas bajas en el aire durante la batalla de Arras: 131 aviones y 316 aviadores, una tercera parte del Royal Flying Corps en Francia, que denominó al mes «el abril sangriento». Sobre las líneas francesas, el capitán Joseph Vuillemin comenzó, el 16 de abril, el primero de una serie de combates aéreos triunfales con los que obtendría la *Croix de Guerre* con trece palmas y once estrellas.[15]

En las colinas de Vimy, en unas cien hectáreas de una tierra llena de marcas de proyectiles que el pueblo francés cedió a perpetuidad al pueblo canadiense, hay plantados árboles canadienses y también un enorme monumento a los caídos, en el que figuran los nombres de once mil quinientos soldados canadienses que han muerto en el campo de batalla, pero que nunca han sido identificados para su entierro. En todo el campo de batalla, cementerios grandes y pequeños narran la historia de la gran cantidad de atacantes que perdieron la vida.[16] Sesenta y siete cementerios militares marcan el curso y la destrucción sólo de esa batalla. El poeta Siegfried Sassoon expresó sus sentimientos con las siguientes palabras:

«Good-morning; good-morning!» the General said
When we met him last week on our way to the line.
Now the soldiers he smiled at are most of 'em dead,
And we're cursing his staff for incompetent swine.
«He's a cheery old card,» grunted Harry to Jack
As they slogged up to Arras with rifle and pack

But he did for them both by his plan of attack.[17]

El 16 de abril, el día después de que se pusiera fin a la batalla de Arras, los franceses lanzaron su propio ataque contra las fuerzas alemanas que estaban en el río Aisne, utilizando veinte divisiones a lo largo de un frente de cuarenta kilómetros. El ataque, planeado por el general Nivelle y conocido como la Ofensiva Nivelle, fue un desastre, a pesar de que los franceses usaban carros de combate por primera vez. Nivelle planeaba avanzar nada menos que diez kilómetros, pero sus hombres tuvieron que detenerse al cabo de quinientos cincuenta metros. Había previsto unas quince mil bajas, pero sufrió casi cien mil. De los ciento veintiocho carros de combate que intervinieron, treinta y dos quedaron fuera de combate el primer día. De los doscientos aviones que estaba previsto que intervinieran en la acción, sólo había 131 disponibles al comienzo de la batalla, que fueron vencidos en el combate con los cazas alemanes. Todos los elementos de la planificación resultaron un desastre ese día, hasta el uso de tropas africanas negras para avanzar dentro de las líneas alemanas. «Diezmadas por el fuego de las ametralladoras —ha escrito un historiador—, las tropas senegalesas se desarticulan y huyen.»[18]

Uno de los objetivos de la Ofensiva Nivelle era el fuerte de Nogent-l'Abbesse, que pertenece a la serie de fuertes en torno a Reims, desde los cuales los alemanes bombardearon la ciudad varias veces, pero las alturas situadas al este de Reims estaban muy bien fortificadas y, a pesar del entusiasmo que despertó en París la noticia de los primeros éxitos que permitieron conquistar varios cerros, los contraataques alemanes tuvieron éxito. Dos aldeas de la zona de batalla, Nauroy y Moronvillers, quedaron totalmente destruidas.

Mientras en el frente occidental la ofensiva en Nivelle se desmoronaba en el fracaso, en Palestina los británicos lanzaron su segundo intento por capturar Gaza. Una vez más, resultó que a los turcos los doblaban en número. Esa vez, con los ocho carros de combate y las primeras granadas de gas que se utilizaron en el frente de Palestina, parecía que tenían la victoria asegurada; sin embargo,

el ataque resultó un fracaso. Los carros de combate eran inadecuados para las condiciones en el desierto, tres de ellos fueron capturados por los turcos y Gaza permaneció bajo su control absoluto. Se pidieron refuerzos; se llevaron de Europa tanto tropas italianas como francesas, para sumarse al siguiente ataque.

Capítulo XVII

GUERRA, DESERCIÓN, AMOTINAMIENTO
De abril a julio de 1917

Lejos de los campos de batalla y antes de que empezara a sentirse la influencia de Estados Unidos, dos de los tres socios de Alemania, Austria y Bulgaria, empezaron a buscar alguna manera de mantener conversaciones de paz con los aliados. A través de diplomáticos en Suiza, el 12 de abril de 1917, hubo una iniciativa en la que trataron de averiguar qué términos resultarían aceptables. Pero los aliados adoptaron una actitud inflexible: la decisión de Estados Unidos de intervenir en la guerra parecía abrir la perspectiva de un giro decisivo a su favor. Cinco días después, se produjo en el Aisne un ominoso anticipo de lo que se convertiría en un escándalo, cuando diecisiete soldados franceses abandonaron su trinchera poco antes de la hora prevista para un ataque.

En el flanco del Aisne, el general Mangin realizó una penetración de seis kilómetros y medio en la línea alemana, pero, cuando se suspendió la batalla, el 20 de abril, Nivelle reconoció que no podía haber un gran avance. En el aire, los alemanes también habían mantenido la supremacía en el frente occidental: el 21 de abril, el barón Richthofen celebró su octogésima victoria aérea. Al día siguiente, en lo que hacía muy poco había pertenecido a los dominios del zar, las tropas alemanas entraron en Helsinki.

El 23 de abril, en el frente occidental, para tratar de aliviar la presión, cada vez mayor, que ejercían los alemanes sobre los franceses y de reducir las consecuencias, potencialmente desastrosas, de los amotinamientos franceses, que se iban extendiendo, las tropas británicas entraron otra vez en acción al este de Arras, en Monchy-le-Preux. Haig no estaba demasiado dispuesto a reiniciar una ofensiva que había suspendido hacía ocho días, a petición de tres de sus generales, pero los franceses insistieron. Uno de los que murieron el primer día en que se reanudó la ofensiva fue un amigo de Vera Brittain, Geoffrey. Otro de sus mejores amigos, Victor, había quedado ciego dos semanas antes, cerca de

Arras, al recibir un disparo en la cabeza. Como ocurría a menudo durante la guerra, la carta de un soldado que había muerto llegaba a su destino después de su muerte. Tres días antes de que lo mataran, Geoffrey había escrito que esperaba no fallar en el momento crítico, que era un «espantoso cobarde» y que, por el bien de su escuela, quería tener una buena actuación. La carta de Geoffrey finalizaba con estas palabras: «Si el destino así lo quiere, volveré a escribir.»

Posteriormente, Vera Brittain comentó: «Pues bien, pensé, el destino no lo quiso y ya no volveré a ver nunca más esa letra elegante y generosa en un sobre.» A su amigo Geoffrey lo mató un francotirador, mientras trataba de ponerse en contacto con el batallón que estaba a su izquierda, unas horas antes de que comenzara el ataque. «Con un disparo en el pecho, murió sin poder hablar, mirando fijamente a su ordenanza. Marcaron con cuidado el lugar donde cayó, pero, al finalizar el combate, su cuerpo había desaparecido y no lo hallaron nunca más.» El hermano de Vera Brittain, Edward, que se había recuperado de la herida que recibió en el Somme, escribió desde el frente occidental: «Querida niña, no hay nada más que decir; hemos perdido casi todo lo que se podía perder, y ¿qué hemos ganado? Sin duda, como tú dices, el patriotismo está muy, pero que muy trillado.»

Haig quería que la ofensiva de Arras continuara. El 1 de mayo, preocupado por la gran cantidad de bajas, Allenby le pidió que la suspendiera. Algunas unidades, acuciadas por el barro y la mala visibilidad, habían avanzado sin el apoyo adecuado y «habían quedado aisladas y se habían perdido, como consecuencia de su valentía». Sin embargo, Haig estaba convencido de que se podían obtener más ganancias. Dos días después, fracasó un ataque nocturno cuando las unidades, al avanzar, perdieron contacto entre sí en la oscuridad. Pero aun así continuaría la ofensiva, que prosiguió seis días más, después de la primera protesta de Allenby. No obstante, el 7 de mayo, Allenby advirtió a Haig que las reservas que se estaban enviando a la batalla eran «tropas semi entrenadas, que no sabían usar bien los fusiles».

Estaban muriendo el doble de tropas británicas que de alemanas en la reanudación de los ataques que exigía Haig. El 10 de mayo, en la Cámara de los Comunes, Churchill, que entonces estaba en la oposición al gobierno, señaló que las tropas estadounidenses no estarían listas para entrar en acción hasta 1918 y a continuación preguntó: «¿No resulta evidente que no deberíamos desperdiciar los ejércitos franceses y británicos que nos quedan en ofensivas precipitadas, antes de que empiece a hacerse sentir en el campo de batalla el poder de Estados Unidos?» No recibió respuesta. Habría más ofensivas antes de que llegaran

los estadounidenses. Las protestas de Allenby tampoco sirvieron de nada; pocas semanas después de su advertencia a Haig, lo enviaron de vuelta a Londres, donde se enteró de que no volvería a comandar ninguna fuerza en el frente occidental. Estaba convencido de que lo habían echado.

Entregaron el mando de Allenby al vencedor de Vimy, el general Byng. A Allenby lo enviaron a un destino remoto en El Cairo y le dieron el mando de la Fuerza Expedicionaria Egipcia. Las tropas británicas e imperiales que estaban allí habían intentado cruzar desde el Sinaí para entrar en Palestina en dos ocasiones y en ambas habían sido derrotadas por los turcos a las afueras de Gaza. Sin embargo, a Allenby no lo enviaban allí para que se limitara a defender la línea o a perder una tercera batalla. Sin inmutarse ante esos fracasos pasados, Lloyd George le dio la orden: «Jerusalén antes de navidad.» Capturar la Ciudad Santa sería un regalo exótico e inesperado para una nación cansada de los reveses y las bajas en el frente occidental.

Para Gran Bretaña y los países del imperio, la cantidad de muertos en la guerra y la necesidad de identificar sus tumbas trajo como consecuencia, el 21 de mayo, la creación de la Comisión Imperial de Tumbas de la Guerra, a la cual se encomendó, por cédula real, la obligación de marcar y mantener las sepulturas de todos los miembros de las fuerzas armadas del imperio que murieran durante la guerra, de construir cementerios y monumentos y de llevar listas y registros. En torno al propio Arras, donde la batalla era encarnizada ese mes de mayo, más de un centenar de cementerios marcan los lugares y las bajas del conflicto. A dos kilómetros de la estación de Arras, en un monumento a los caídos, figuran los nombres de los 35.928 soldados que murieron en combate en la región en 1917 y 1918, así como los de todos los pilotos y tripulantes británicos que cayeron en el frente occidental, pero que no tienen tumba conocida. En el cementerio contiguo al monumento hay más de dos mil seiscientas tumbas identificadas de soldados británicos, canadienses, sudafricanos, neozelandeses, indios, antillanos y terranovenses; también están enterrados un francés, un ruso y veintiocho alemanes.

En el frente de Salónica, el 24 de abril, hubo un ataque británico a las posiciones búlgaras sobre el lago Doiran que duró doce horas. Tras un bombardeo preliminar de la artillería que duró dos días, se esperaba expulsar a los búlgaros de su primera línea de trincheras y después, haciendo avanzar la artillería, obligarlos a salir de la segunda línea. El ataque estaba previsto para después del anochecer. Media hora antes de que comenzara, los búlgaros, utilizando reflectores, lanzaron por su cuenta una descarga de artillería. El ataque siguió adelante,

de todos modos. Dos veces llegaron hasta las trincheras búlgaras y dos veces fracasaron.

Una línea de avance esperaba en lo alto de un desfiladero, el barranco de Jumeaux, donde los proyectiles estallaban con tal fuerza que los hombres morían al ser arrojados contra la superficie rocosa. Era una pena que, después de recorrer el largo camino desde Devon y Wiltshire, de donde procedían las primeras tropas británicas que quedaron atrapadas en el barranco, los mataran de lejos los proyectiles pesados de los cañones navales alemanes, siempre terribles cuando se utilizaban en tierra. Los combates continuaron hasta el amanecer. Si bien algunas unidades se vieron obligadas a regresar a sus propias trincheras, otras consiguieron tomar la primera línea de las trincheras búlgaras y defenderlas de cuatro contraataques sucesivos. Cuando se hizo de día, los búlgaros permitieron que los camilleros británicos recogieran del barranco a los heridos y hasta dejaron pasar a uno por una brecha en la alambrada búlgara para llevarse a un hombre que estaba herido a apenas nueve metros del parapeto de primera línea.

Se suponía que, de forma simultánea, los franceses atacaran en el frente de Monastir, pero hubo que postergar el ataque a causa de una intensa nevada. Cuando se reanudaron los combates, al anochecer del 26 de abril, una brigada británica que había conseguido cruzar el barranco de Jumeaux se adelantó demasiado pronto y la pilló el fuego de su propia artillería. Más de cinco mil atacantes murieron o resultaron heridos durante la batalla.

En Petrogrado, a pesar de la existencia del gobierno provisional partidario de la guerra, el Soviet actuaba como una autoridad paralela y como foco antibelicista. En el frente oriental, cobraba fuerza el movimiento contrario a la guerra, aunque todavía no contaba con el apoyo de todos. A principios de abril, la 109.ª División rusa confraternizó con las tropas alemanas que tenía enfrente. Una unidad leal de la artillería rusa abrió fuego sobre los rebeldes, ante lo cual su jefe, el teniente Khaust, arrestó a los dos oficiales de artillería que habían dado la orden de disparar.

El 20 de abril, Khaust y otros diez soldados de su regimiento comparecieron ante una asamblea especial del 12.º Ejército ruso y exigieron la paz de inmediato, con la simultánea deposición de armas por ambos bandos. Sin embargo, la asamblea, a pesar de estar constituida sólo por soldados, sin ningún oficial, no quiso apoyarlos. Tuvo que intervenir su «presidente», un soldado judío llamado Rom, para evitar que los demás hombres atacaran a Khaust y a sus colegas. En Petrogrado, el agregado militar británico, el coronel Knox, sugirió que arrestaran a Khaust y a los demás agitadores. El viceministro de Guerra, el coronel

Yakubovich, le dijo que eso era algo que el ejército no podía ni se atrevía a hacer, a pesar de haber anunciado públicamente mayores facultades disciplinarias. Yakubovich también dijo a Knox que, de cada mil soldados que se enviaban desde la retaguardia, tan sólo llegaban al frente entre ciento cincuenta y doscientos cincuenta hombres. En las fábricas de municiones estaban echando a los técnicos. La propaganda antibélica bolchevique también era incesante. El 23 de abril, el periódico del partido, *Pravda*, preguntaba a los soldados rusos: «¿Estás dispuesto a combatir por esto, para que los capitalistas ingleses roben Mesopotamia y Palestina?»

El 24 de abril, en un acto de secesión sin precedentes, Ucrania exigió su autonomía de Rusia. Las huelgas en las fábricas rusas ya habían reducido casi en una cuarta parte la producción rusa de carbón con respecto al año anterior. El 27 de abril, Lenin, que había llegado a Petrogrado hacía once días, asumió la presidencia de la Conferencia Bolchevique de Petrogrado.

El mismo día, los marinos que estaban en Kronstadt declararon su apoyo a los bolcheviques y anunciaron que no querían saber nada de las órdenes que diera el gobierno provisional. Dos días después, el comandante en jefe ruso, el general Alexeyev, informó al ministro de Guerra que la información que llegaba de todas partes «indica que el ejército se está desmoronando sistemáticamente». Observando desde Alemania la situación en Rusia, el general Hoffmann apuntó en su diario al día siguiente: «Estamos colmando a los rusos de periódicos y panfletos y estamos tratando de llegar hasta ellos por diversos medios.» Y añadió Hoffmann que la revolución rusa «es un regalo del cielo para nosotros». Pero, a comienzos de mayo, más de cincuenta mil soldados rusos heridos se manifestaron a favor de continuar la guerra y el 4 de mayo, por un estrecho margen y para desesperación de Lenin, el Soviet de Petrogrado dio su apoyo al gobierno provisional.

El frente oriental seguiría en su sitio, a pesar del gran incremento de la cantidad de desertores, que llegaron a los dos millones a principios de mayo. También prosiguió la vida nocturna en Petrogrado. «Seguían abiertos los teatros y los cabarés —ha escrito el historiador John Wheeler-Bennett—. En el "Europe", Jimmy, el barman del viejo Waldorf-Astoria de Nueva York, seguía sirviendo sus famosas creaciones. Estaban en plena temporada de ballet y Karsavina encantaba a su público, mientras que, en la ópera, la voz de Chaliapin estaba en su mejor momento.»[1]

Los alemanes se alarmaron al conocer la decisión del gobierno provisional ruso de continuar la guerra. «Estamos dando a los rusos muchos buenos consejos —escribió Hoffmann en su diario el 12 de mayo—, diciéndoles que sean sen-

satos y firmen la paz, pero parece que todavía no tienen ganas de hacerlo.» El presidente de la Duma, Rodzianko, estaba buscando formas de estimular el esfuerzo bélico. Ese mes autorizó la creación de un batallón totalmente femenino, dirigido por Maria Bochkareva, hija de un campesino de Siberia y antiguo siervo, que habían combatido contra los turcos en la guerra de 1878 y había sido ascendido al grado de sargento. En 1914, a su hija no la habían dejado ingresar en el ejército. Después de tener éxito en su petición al zar, combatió en el frente oriental durante tres años, fue herida cuatro veces y condecorada por actos de heroísmo en tres ocasiones distintas. La creación del batallón femenino produjo tal sensación, que la sufragista británica Emmeline Pankhurst viajó a Petrogrado para apoyar el esfuerzo de Bochkareva, que fue criticado por los bolcheviques antibelicistas.

A Rusia le estaban socavando por todas partes su capacidad para continuar la guerra. En Pernau, en el golfo de Riga, los hombres de uno de los regimientos exigieron a su comandante que se quitara las hombreras con su insignia de grado «en señal de simpatía con sus hermanos de la flota del Báltico», que ya habían manifestado su apoyo a la revolución. El comandante se negó y fue asesinado. Los hombres de toda una división rusa, la 120.ª, no sólo cruzaron a las trincheras alemanas, como un acto de deserción masiva, sino que indicaron a los alemanes la posición de la batería de la artillería rusa que tenían enfrente. El 27 de mayo, el comandante de un batallón dijo al coronel Knox que, si bien ninguno de sus hombres había desertado, «había desaparecido todo lo que había en retaguardia, los transportistas, las unidades de depósito, etcétera. Sus hombres no tienen botas y están debilitados por la enfermedad».

Ya era evidente en las capitales de los aliados que la entrada de Estados Unidos en la guerra no tendría la menor influencia en el campo de batalla por lo menos durante un año, lo cual constituyó un grave contratiempo para los aliados, en particular porque Alemania, el país cuya guerra de submarinos indiscriminada había obligado a Estados Unidos a intervenir, seguía operando en el mar con relativa impunidad. A comienzos de mayo, se anunció que las pérdidas en barcos que habían sufrido en abril los países aliados y neutrales eran las máximas que se habían producido en la guerra hasta entonces: 373 barcos, que sumaban un total de 873.754 toneladas.[2]

Algunos de los triunfos alemanes de esa primavera fueron el hundimiento en el Egeo de un barco para el transporte de tropas, el *Arcadian*, el 15 de abril, en el que se ahogaron 279 militares británicos; el hundimiento del destructor francés *Etendard*, frente a Dunkerque, diez días después, en el cual murió toda la tri-

pulación; el hundimiento del destructor británico *Derwent* al chocar con una mina, el 2 de mayo, que provocó la muerte de cincuenta y dos marinos, y el hundimiento del barco británico para el transporte de tropas *Transylvania*, en el golfo de Génova, el 4 de mayo, en el que se ahogaron 413 soldados, pero dos mil quinientos fueron salvados por el destructor japonés *Matsu*, que los escoltaba.[3]

Durante más de tres años, el Almirantazgo británico se había resistido a introducir el sistema de convoyes, porque no estaba dispuesto a que sus buques de guerra se alejaran de sus flotas o que no pudieran participar en alguna batalla naval importante, por lejana que fuera. Pero la escala cada vez mayor de éxitos obtenidos por los submarinos alemanes obligó al gobierno de Lloyd George a establecer un sistema por el cual todos los buques mercantes que atravesaran el Atlántico lo hicieran en grupos y recibieran protección naval. Un convoy de entre diez y quince buques mercantes, a los que podía sumarse un buque para el transporte de tropas, podía ser escoltado durante todo el viaje por un crucero, seis destructores, once barcas pesqueras armadas y dos torpederas, cada uno de ellos con un globo, cuyos observadores podían mirar hacia abajo desde sus barquillas para detectar submarinos y las huellas de torpedos.

Tan sólo con la introducción del sistema de convoyes, el 24 de mayo, se redujo la escala de los hundimientos de los submarinos alemanes. En el primer convoy, que zarpó de Hampton Roads, en Virginia, hacia Gran Bretaña, el único barco mercante que se perdió fue uno que se rezagó del convoy. En junio, atravesaron el Atlántico sesenta barcos mercantes en un convoy, sin sufrir ni una sola pérdida. Del millón cien mil soldados estadounidenses que fueron transportados al otro lado del Atlántico en convoyes entre mayo de 1917 y noviembre de 1918, sólo se ahogaron 637 como consecuencia de hundimientos provocados por submarinos alemanes. En febrero de 1918, cuando torpedearon el *Tuscania,* un buque estadounidense para el transporte de tropas, el convoy al cual pertenecía rescató a 2.187 de los 2.397 soldados que iban a bordo.

Después de mayo de 1917, se establecieron otros siete puntos de reunión de convoyes, a saber: en Halifax, Nueva Escocia, para los buques procedentes de los Grandes Lagos y el San Lorenzo; en Panamá, para los barcos procedentes de Australia y Nueva Zelanda; en Río de Janeiro, para los productos alimenticios y los caballos que venían de Argentina, de los cuales dependía buena parte del esfuerzo bélico británico; en Murmansk, para los suministros militares que se enviaban a Rusia; en Port Said y Gibraltar para el comercio y el transporte de tropas transmediterráneo, del este de África y el océano Índico, y en Dakar,

en la costa atlántica de África, para el comercio y los suministros bélicos procedentes del este y el sur de África y del Lejano Oriente.

Alemania perdió así la esperanza de obligar a Gran Bretaña a rendirse para no morir de hambre. Sin embargo, a pesar del éxito del sistema de convoyes, la guerra en el mar siguió siendo muy dura: el 26 de mayo, un submarino alemán hundió un buque hospital británico, el *Dover Castle*, frente a las costas de Argelia; murieron ahogados siete pasajeros. Cuatro años después, en junio de 1921, el comandante del submarino, el capitán Neumann, fue acusado de crímenes de guerra en el Tribunal de Crímenes de Guerra de Leipzig, ante jueces alemanes; fue condenado a cuatro años de prisión, pero, con la ayuda de los funcionarios de prisiones, huyó al cabo de seis meses; su huida fue celebrada por la prensa alemana como si fuera un héroe de guerra.

En el frente occidental, a pesar de la gran cantidad de bajas sufridas en Arras en seis meses de combates, la Fuerza Expedicionaria Británica había hecho retroceder a los alemanes entre tres y ocho kilómetros, a lo largo de un frente de más de treinta kilómetros, disparando más de seis millones de proyectiles. La mitad de las divisiones alemanas que intervinieron se vieron obligadas a tomar un período de descanso y recuperación. En la primera semana de mayo, el poeta británico Isaac Rosenberg acabó el primer borrador de un poema que describía el recorrido de un avantrén de cureña que transportaba alambre de espinos hasta la línea del frente, en el frente occidental:

The wheels lurched over sprawled dead
But pained them not, though their bones crunched,
Their shut mouths made no moan,
They lie there huddled, friend and foeman,
Man born of man, and born of woman,
And shells go crying over them
From night to night and now.

Earth has waited for them
All the time of their growth
Fretting for their decay:
Now she has them at last![4]

Para los que combatían en las trincheras, había muchos momentos de contemplación y largos períodos de espera, con tiempo para reflexionar sobre la fi-

nalidad y las consecuencias de la guerra. En una carta dirigida a sus padres desde el frente occidental, escribió un joven soldado el 20 de mayo: «Nada, salvo unas mejoras inconmensurables, podrá justificar jamás todo el deplorable desperdicio y la injusticia de esta guerra; sólo espero que los que queden no olviden nunca, jamás, a costa de qué sacrificios se han conseguido esas mejoras.» Su nombre era Norman Chamberlain y era primo del futuro primer ministro británico. También con tiempo para reflexionar, pero en la soledad de la celda de una prisión, en la llanura de Salisbury, Clifford Allen, dirigente de la hermandad contra el servicio militar obligatorio, encarcelado desde el mes de agosto del año anterior, se enfrentaba a su tercer consejo de guerra, el 25 de mayo. No había «ningún motivo sustancial —dijo al tribunal— que impida la celebración de negociaciones de paz ahora mismo».

Citando la declaración reciente de un ministro del gabinete, que había dicho que hasta ese momento en la guerra «han muerto siete millones de seres humanos de todas las naciones y cuarenta y cinco millones han sufrido heridas», Allen preguntó a continuación: «¿Habrá una diferencia tan abismal entre la paz ahora y la paz dentro de, digamos, dos años, que justifique el supremo sacrificio de, digamos, otros siete millones de vidas?» En años venideros, «los pueblos de todas las naciones mirarán el pasado con asombro, cuando se den cuenta de que los gobiernos han permitido e instigado este sacrificio para obtener un resultado tan insignificante». Cuanto más tiempo mantengan en prisión a los objetores de conciencia, añadió Allen, «con mayor certeza confirman nuestra esperanza de que el espíritu de libertad ruso no quede encerrado dentro de los límites nacionales de Rusia». Lo condenaron a dos años de trabajos forzados y lo enviaron a la prisión de Winchester.

A mediados de mayo, las tropas que estaban a las órdenes de Haig habían avanzado más que en ningún otro momento, desde el comienzo de la guerra de trincheras, dos años y medio antes. Habían conseguido, entre otras cosas, ciento cincuenta kilómetros cuadrados del territorio que defendían los alemanes, más de veinte mil prisioneros de guerra y doscientos cincuenta y dos cañones pesados, en poco más de un mes de combates. El carro de combate se había convertido en una parte esencial del avance de la artillería británica. Los alemanes no hicieron la primera prueba con carros hasta ese mes; fue el 14 de mayo, en Maguncia, dos días antes de que finalizara la renovada batalla de Arras.

En el frente de Salónica, comenzó una nueva ofensiva aliada la noche del 8 de mayo, con un ataque nocturno británico, que, al igual que el de dos semanas antes, se vio frustrado por los reflectores y el fuego de la artillería búlgara, de

modo que sólo se ganaron cuatrocientos cincuenta metros en un frente de algo más de tres kilómetros. Al día siguiente, también intervinieron en la acción, en otros puntos de la línea, sobre todo al norte y al oeste de Monastir, tropas rusas, serbias, italianas y francesas; estas últimas también incluían a anamitas y senegaleses. Las ganancias que obtuvieron se perdieron en seguida; la mayoría de las trincheras conquistadas quedaron expuestas al fuego de la artillería de los búlgaros, los alemanes y los austríacos. No se pudo abrir una brecha en las líneas búlgaras. Protegidos por los cañones pesados alemanes, los obuses austríacos y la artillería búlgara, los objetivos de abril y mayo, altos picos de nombres altisonantes, siguieron en poder de los búlgaros. Como ha escrito uno de los historiadores de la campaña, Alan Palmer: «Ni un solo soldado aliado ha llegado a estar a menos de tres kilómetros del Grand Couronné, la torre del homenaje de la ciudadela del Diablo; desde sus murallas, el Ojo montará guardia durante dieciséis meses más, observando, contando y esperando.»[5]

En el llano, al llegar el verano, los británicos se retiraron más allá del Struma, conservando una serie de cabezas de puente al otro lado del río, que se podían reforzar rápidamente si los búlgaros daban señales de actividad hostil. De hecho, a los búlgaros les vino bien el respiro y pusieron carteles que ponían: «Sabemos que regresan a las colinas; nosotros también.» Ese verano comentaba G. Ward Price, el corresponsal del periódico oficial británico en los Balcanes: «Las únicas fuerzas que defienden en masa el valle del Struma son los mosquitos, cuyos efectivos se pueden contar en miles de millones.» También había llegado otro enemigo a los Balcanes: el 18 de mayo, el comandante de las fuerzas rusas en el frente de Salónica, el general Dietrichs, manifestó su preocupación ante las consecuencias que podían tener sobre sus hombres las noticias procedentes de Rusia. «Los últimos acontecimientos de Rusia —escribió— aumentaron la lentitud y la incertidumbre de la comunicación postal y para lo único que sirven los diversos rumores y el chismorreo ocasional, que llegaban a las trincheras desde la retaguardia y que difundían unos cuantos inútiles, es para poner más nerviosos a los hombres, preocupándolos y paralizando su voluntad.»

Mientras la situación en los Balcanes seguía siendo un callejón sin salida, el ejército italiano comenzó la décima batalla del Isonzo en el frente con Austria. Las baterías de la artillería británica, que intervenían por primera vez en el frente italiano, se ganaron el reconocimiento lírico del comandante italiano, el general Cadorna: «En medio del fragor de la batalla, se distinguía con claridad la voz de los cañones británicos.» La batalla duró dieciocho días y, si bien muchas de las cumbres capturadas por los italianos se volvieron a perder durante

los contraataques austríacos, fue una victoria italiana, en la que cayeron prisioneros 23.681 austríacos, entre ellos más de seiscientos oficiales.

Los soldados italianos no se hacían ilusiones sobre un gran avance rápido. Entre sus numerosas coplas, figura la siguiente:

Il General Cadorna
Ha scritto allà Regina
«Se vuoi veder Trieste,
Compra una cartolina.»[6]

Entre los prisioneros que tomaron los soldados italianos había muchos checos y eslovacos, croatas, e incluso italianos de la provincia austríaca de Istria. Algunos se incorporaron entonces al ejército italiano para luchar contra sus antiguos amos imperiales.

En Petrogrado, el 13 de mayo, renunció el ministro de Guerra del gobierno provisional, el general Guchkov, advirtiendo que había un límite para la democratización del ejército, «más allá del cual es inevitable la desintegración». El 15 de mayo, el Soviet de Petrogrado lanzó un manifiesto a los «socialistas de todos los países», en el que exigía una «plataforma de paz, sin anexiones ni indemnizaciones». El gobierno provisional rechazó todos los llamados a la paz; el día después de la publicación del manifiesto socialista, el ministro de Justicia, Alexander Kerensky, aceptó la cartera de Guerra. Su objetivo era renovar las capacidades ofensivas del ejército ruso.

Ese día, en el Reichstag el canciller alemán, Bethmann-Hollweg, ofreció a los rusos la paz inmediata. El gobierno provisional rechazó la oferta, pero se estaban reuniendo fuerzas antibelicistas. El día del ofrecimiento de paz de los alemanes llegó a Petrogrado un destacado revolucionario que había estado recluido en Canadá el mes anterior: Leon Trotski. Al mismo tiempo, el gobierno provisional incorporó a sus filas a seis miembros moderados del Soviet de Petrogrado, pertenecientes a la facción menchevique que en un tiempo había dirigido Trotski y a la que se oponían implacablemente Lenin y los miembros bolcheviques del Soviet.

La guerra y la revolución se habían enredado tanto, que ya no se podían desenredar. Uno de los miembros más enérgicos del gobierno provisional, Alexander Kerensky, que acababa de ser nombrado ministro de Guerra, estaba decidido a detener la marcha inexorable hacia la anarquía y hacia la paz. El 19 de mayo, anunció que ya no se aceptarían más renuncias de altos oficiales militares

y que todos los desertores que no regresaran a sus unidades serían castigados. Tres días después, sustituyó al vacilante general Alexeyev por el victorioso Brusilov como comandante en jefe y el 25 de mayo dio una orden para emprender la ofensiva, pero al día siguiente un informe anunció que todos los días llegaban a Kiev treinta mil desertores procedentes del frente, que regresaban a Rusia.

En Austria, a fines de mayo, cuando el Parlamento austríaco, el *Reichsrat*, se reunió por primera vez desde marzo de 1914, los diputados polacos declararon su apoyo a la independencia polaca, mientras que los diputados serbios, croatas y eslovenos anunciaron la formación de un «Club Parlamentario Yugoslavo». Al día siguiente, en un intento por calmar el descontento nacionalista, el emperador Carlos prometió una constitución de posguerra con una orientación más nacionalista.

El sentimiento antibelicista no se manifestó sólo esa primavera en Rusia y en el creciente número de deserciones del ejército francés: el 22 de mayo, el gabinete británico había aprobado un plan para «contraatacar el movimiento pacifista» en Gran Bretaña. Los objetores de conciencia estaban dispuestos a hacer frente a largas penas en la cárcel, con tal de no servir en las trincheras. Los poetas que se encontraban en las trincheras habían comenzado a escribir con una amargura sin precedentes. Siegfried Sassoon adoptó una actitud de desesperanza al describir a un soldado de un grupo de trabajo que apilaba sacos de arena a lo largo del parapeto de su trinchera por la noche, ansioso por regresar a su copita de ron y a dormir:

He pushed another bag along the top,
Craning his body outward; then a flare
Gave one white glimpse of No Man's Land and wire;
And as he dropped his head the instant split
His startled life with lead, and all went out.[7]

El 18 de mayo, llegaron a Gran Bretaña los primeros 243 soldados estadounidenses. Eran el personal y los ordenanzas médicos para un hospital de base. El 26 de mayo, llegaron a Francia las primeras tropas de combate estadounidenses. A finales de esa semana habían desembarcado un total de 1.308.

La llegada de las primeras tropas estadounidenses coincidió con un cambio espectacular en el sector francés del frente occidental, donde el creciente número de deserciones se convirtió, el 27 de mayo, en amotinamiento. En el propio

frente, a lo largo del Chemin des Dames, hasta treinta mil soldados habían salido de sus trincheras y sus alojamientos de reserva y se habían marchado a la retaguardia. Además, en cuatro poblaciones situadas detrás de las líneas, las tropas desobedecieron las órdenes de sus oficiales, confiscaron edificios y se negaron a ir al frente.[8] Al día siguiente, en la estación de ferrocarril de Fère-en-Tardenois, los amotinados intentaron llegar a París, pero se impidió la salida de los trenes. Dos días después, en el frente, varios centenares de soldados de infantería franceses se negaron a desplazarse hacia las trincheras de la línea del frente, donde hacían falta para apoyar las tropas marroquíes francesas que ya estaban en la línea.

El 28 de mayo, segundo día de los amotinamientos franceses, el comandante de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense, el general Pershing, y su Estado Mayor zarparon de Nueva York con destino a Liverpool a bordo del vapor británico *Baltic.* Durante el viaje transatlántico, Pershing decidió hacer planes para un ejército de un millón de hombres, como mínimo, «que llegara a Francia lo antes posible». Para el Alto Mando francés, acuciado todos los días por el aluvión de noticias procedentes de las regiones rebeldes, incluso «lo antes posible» parecía una perspectiva lejana.

El 1 de junio, en Missy-aux-Bois, un regimiento de infantería francés asumió el control de toda la población y estableció un «gobierno» antibelicista. Durante una semana, imperó el caos en la zona de guerra francesa, ya que los amotinados se negaron a regresar a la línea. Las autoridades militares tomaron medidas rápidamente: siguiendo instrucciones de Pétain, se sucedieron arrestos y consejos de guerra masivos, con el resultado de 23.385 veredictos de culpabilidad por amotinamiento. Más de cuatrocientos soldados fueron condenados a muerte, el 50 por ciento de los cuales fueron fusilados y el resto fueron enviados a hacer trabajos forzados en las colonias francesas. Para varios millones de soldados de infantería, muchos de los cuales llevaban casi tres años combatiendo, Pétain supuso mejoras inmediatas, al organizar períodos de descanso más largos, más días de permiso y mejor alimentación. «Me dediqué a suprimir los graves casos de indisciplina con la máxima urgencia —explicó a los comandantes de su ejército el 18 de junio—. Mantendré esa represión con firmeza, pero sin olvidar que se aplica a soldados que llevan tres años en las trincheras con nosotros y que son soldados nuestros.» Al cabo de seis semanas, se habían acabado los amotinamientos. «Se extinguieron a una velocidad increíble —ha comentado un historiador—, con lo cual todavía no se sabe cuál de las acciones de Pétain fue la más eficaz para reconciliar el ejército con la continuación sin límites de una guerra deprimente y peligrosa.»[9]

A raíz de la escala de los amotinamientos, al Alto Mando francés le quedó claro que los soldados no estaban dispuestos a pasar por el tormento de reanudar la ofensiva. Defenderían la línea, pero no saldrían de las trincheras al ataque, lo cual supuso una carga considerable para las tropas británicas en el frente occidental, que pronto serían las más afectadas por la reanudación del esfuerzo aliado en Francia y Flandes. «Las espantosas pérdidas que sufrieron los británicos en la tercera batalla de Ypres (Passchendaele) —escribe un destacado historiador militar británico— se debieron en parte a los esfuerzos por distraer la atención y la fuerza alemanas del debilitado sector francés.»[10]

Desde el aire, se introdujo un nuevo tipo de guerra la tarde del 25 de mayo, cuando veintitrés bombarderos alemanes despegaron de dos aeródromos belgas en dirección a Londres. Los aparatos eran *Gotha*. Había algo en el nombre en sí, «Gotha», que parecía hacerlos más terroríficos. Cada uno llevaba trece bombas. Debido a la nubosidad, sólo dos llegaron a Inglaterra, pero las cinco bombas que lanzó uno de esos aviones causaron más bajas que las que produjo ninguno de los ataques previos de los zepelines. En un campamento militar en Shorncliffe murieron dieciséis soldados canadienses. En Folkestone, las víctimas fueron civiles: dieciséis hombres, treinta mujeres y veinticinco niños. Cuando acabó el ataque, habían muerto noventa y cinco personas, ciento noventa y dos resultaron heridas y se había introducido en la guerra un elemento nuevo, que no alcanzaría su apogeo hasta dos décadas después. «El anciano Jehová sigue fuera —escribió Albert Einstein a un amigo en Holanda, el 3 de junio—. ¡Ay! Asesina a los inocentes, junto con los culpables, a los que deja tan tremendamente ciegos, que no pueden sentir ninguna culpa.»

Durante el siguiente bombardeo aéreo alemán, el 4 de junio, murieron trece civiles británicos.

La guerra en el frente de batalla había pasado a ofrecer extraños contrastes. Tanto en el frente oriental como en el occidental, la violencia del conflicto coincidía con deserciones en masa, amotinamientos y confraternización. En el frente oriental, el general Hoffmann apuntó en su diario, el 1 de junio, que, a todos los efectos prácticos, «existía en muchos puntos» un armisticio. En otros puntos había combates. «¡No cabe duda de que es una guerra extraña!»

Tres días después, en París, mientras las tropas francesas amotinadas manifestaban en todas partes su desprecio hacia la guerra, el ministro de Guerra francés, Painlevé, calculó que sólo había dos divisiones francesas de confianza entre la línea del frente y París, a ciento doce kilómetros de distancia. Para tra-

tar de conseguir más hombres y también para alentar el sentimiento contrario a las potencias centrales, el 4 de junio, día de la advertencia de Painlevé, el gobierno francés autorizó la formación de un ejército polaco para que combatiera junto a las fuerzas aliadas en el frente occidental. En Varsovia, los estudiantes universitarios polacos fueron a la huelga para manifestar sus aspiraciones nacionalistas.

En Inglaterra se celebró un encuentro antibelicista en Leeds la primera semana de junio. El 4 de junio, comentaba un periódico: «La ciudad de Leeds no brindó una calurosa bienvenida a la Convención Nacional Laborista y Socialista que comenzó esta mañana en el Coliseum.» La primera resolución, propuesta por un antiguo (y futuro) dirigente del Partido Laborista, Ramsay MacDonald, felicitó al pueblo ruso por su revolución. Entonces se propuso, entre aclamaciones, que los delegados «fueran a buscar a Clifford Allen y que hicieran lo que habían hecho los rusos». Bertrand Russell, que estaba presente, abogó por el millar de pacifistas que estaban en la cárcel, igual que Allen, manifestando que, «al negarse a prestar el servicio militar, los objetores de conciencia han demostrado que un individuo puede oponerse a todo el poder del Estado. Ése ha sido un gran descubrimiento, que ha aumentado la dignidad del hombre».

Entre los que estaban en prisión por negarse a prestar el servicio militar y el civil alternativo figuran Stephen Hobhouse, miembro de una acaudalada familia de cuáqueros, que había renunciado a su herencia y trabajaba para los pobres en el *East End* de Londres, y Corder Catchpool, cuáquero también, que en la segunda guerra mundial encabezaría una campaña contra el bombardeo de las ciudades alemanas.

El 5 de junio, comenzó en Estados Unidos el censo de todos los hombres entre los veintiuno y los treinta años para cumplir el servicio militar, en virtud de la Ley del Servicio Militar Selectivo, que, según declaró el *New York Times*, proporcionaba un «medio, tan necesario durante tanto tiempo, de disciplinar a cierto elemento extranjero insolente de este país». Era una referencia a los judíos estadounidenses, cuyos elementos pacifistas no superaban, en proporción, a los de otros estadounidenses. El servicio militar universal, insistía un rabino estadounidense, era una institución que venía de tiempos de Moisés. En apoyo a esa visión probélica, también había un versículo de los Salmos que los judíos británicos habían citado hacía dos años como justificación religiosa para ir a la guerra: «Bendito sea Yahveh, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la batalla.»

Dos meses después de la aprobación de la Ley del Servicio Militar Selectivo, los judíos constituían el 6 por ciento de las fuerzas armadas estadounidenses, a pesar de no ser más del 2 por ciento de la población.

En el frente occidental, donde el pesimista de Allenby había dejado de ser uno de los comandantes, el 5 de junio dijo Haig a sus generales más antiguos: «Se están poniendo a prueba hasta tal punto el poder y la resistencia del pueblo alemán, que es posible que este año se llegue al punto de ruptura.» Dos días después, la Fuerza Expedicionaria Británica lanzó su segunda ofensiva en dos meses contra las trincheras, los refugios subterráneos y las fortificaciones alemanas en las colinas de Messines-Wytschaete. Precedió el ataque, a primeras horas de la mañana, una explosión fenomenal, tan fuerte que provocó pánico en la ciudad de Lille, situada a veinticuatro kilómetros y ocupada por los alemanes. Fue el esfuerzo culminante de las compañías de túneles que habían llegado por primera vez a Francia dos años y medio antes.

Se hicieron estallar diecinueve minas debajo de la línea del frente alemán, con una potencia explosiva total de quinientas toneladas. Los constructores de túneles británicos, canadienses y australianos habían tardado más de seis meses en cavar los pozos, uno de los cuales tenía seiscientos metros de largo. Las minas más profundas estaban situadas treinta metros por debajo de las trincheras alemanas. Una de las explosiones, la de Spanbroekmolen, dejó un cráter de ciento treinta metros de diámetro. Dos minas quedaron sin estallar; a una de ellas la hicieron estallar a propósito en 1955; la otra sigue enterrada en alguna parte, al noreste del bosque de Ploegsteert; se desconoce el lugar exacto, lo cual de vez en cuando despierta el nerviosismo de la población, como comprobé yo mismo cuando visité la zona, en 1970 y 1971.

Las explosiones de Messines tuvieron un efecto devastador. Se supone que diez mil soldados alemanes murieron en el acto o fueron sepultados vivos. Miles más quedaron aturdidos y sin sentido y 7.354 cayeron prisioneros. Contribuyó al impacto un bombardeo de la artillería británica en el que participaron 2.266 piezas de artillería. Uno de los oficiales británicos cuyos hombres se adelantaron justo después de las explosiones de las minas fue Anthony Eden, que entonces tenía veinte años. «Al comenzar la descarga —escribió después—, simultáneamente el ruido de la artillería amortiguó todos los sonidos procedentes de la mina, salvo que podíamos oír, incluso por encima de semejante crescendo, los gritos de los alemanes que habían quedado aprisionados en el cráter. No podíamos hacer nada por ellos, porque a toda costa teníamos que mantener el ritmo de nuestra descarga.» Avanzando justo detrás de la descarga de la arti-

llería británica, Eden y sus hombres capturaron una ametralladora alemana con su escuadra intacta. «Se supone que habían quedado demasiado afectados por la explosión de la mina para cumplir su obligación a tiempo.»

De la compañía de Eden, esa mañana sólo murió un soldado británico, que debió de adelantarse a los demás hombres, tratando de eliminar alguna posición alemana. Eden recordaba que lo había encontrado: «El hombre acababa de caer y estaba tendido en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos, herido de muerte y ya inconsciente. Sabía que el fusilero era uno de nuestros soldados más leales y, por algún motivo que no puedo explicar, en ese momento me inundó una amarga tristeza. Tal vez fuera la posición de indefensión en que yacía su cuerpo, la repentina y lamentable pérdida de una vida joven, de un muchacho decidido a cumplir con su deber. Era muy posible que lo hubiera alcanzado un fragmento de nuestra propia descarga, pero eso no cambiaba nada. Había hecho lo que se había propuesto hacer y, por su firme voluntad, había contribuido a salvar muchas vidas, para lo cual había pagado con la suya.» Eden añadió, sesenta años después de ese acontecimiento: «Todavía conservo fresco en mi mente el recuerdo de esa escena, como un destello.»

Las explosiones de las minas bajo las colinas de Messines produjeron en todo el sur de Inglaterra lo que Vera Brittain recordaba como «una extraña impresión, a primera hora de la mañana, como si fuera un terremoto». La noche siguiente, murió en el hospital su amigo Victor, que había perdido la vista. Su hermano Edward, que estaba en casa de permiso, ya era una persona diferente, «el desconocido, alarmante Edward, que no sonreía nunca ni hablaba más que de cosas sin importancia, que parecía no tener nada que decirme y en realidad casi no parecía darse cuenta de mi regreso».

A los cuatro días de las explosiones subterráneas, los alemanes abandonaron Wytschaete y Messines y se retiraron a una línea más al este. La retirada se llevó a cabo con habilidad y pausadamente, según las órdenes del príncipe Ruperto de Baviera. Durante la retirada, el 8 de junio, un aviador alemán de veinticuatro años, obtuvo su primera victoria reconocida. Todo su escuadrón, desde tierra y desde el aire, lo vio abatir un avión aliado tras un prolongado combate. Se trataba del teniente Hermann Göring.[11]

Al cabo de una semana, se restableció el punto muerto en la línea del frente. Ese mes de junio, T. S. Eliot envió a la revista *Nation* una carta que había recibido de un oficial que había estado en el frente desde antes de cumplir los diecinueve años. El oficial estaba enfadado por lo que consideraba una falta de comprensión en el país sobre las condiciones en el frente, la «tierra escamosa,

sobre la cual se desparraman los cadáveres hinchados y ennegrecidos de centenares de jóvenes. El espantoso hedor de la carroña podrida». La descripción continuaba: «El barro parece gachas; las trincheras, grietas poco profundas e inclinadas en las gachas, unas gachas que apestan bajo el sol. Enjambres de moscas y moscardas reunidos sobre hoyos llenos de despojos. Los heridos tendidos en los embudos de explosión, rodeados de cadáveres en descomposición, indefensos bajo un sol abrasador y en las noches amargas, bajo los constantes bombardeos. Hombres con las entrañas al aire, a los que les han volado los pulmones, con el rostro enceguecido, destrozado o las extremidades reventadas. Hombres que chillan y farfullan. Heridos que cuelgan, agonizantes, de la alambrada de espinos, hasta que un chorro amable de fuego líquido los achicharra como a una mosca junto a una vela.

»Pero esto no son más que palabras —concluía el oficial— y es probable que apenas transmitan a quien las oiga una fracción de su significado; los hace estremecer y las olvidan.»

La voluntad de los gobiernos de seguir combatiendo, a pesar de los auténticos horrores de la guerra de trincheras, a pesar del caos en Rusia, a pesar de los amotinamientos en Francia, no desapareció. El líder sudafricano, el general Smuts, miembro del gabinete de guerra británico, recomendaba que Gran Bretaña emprendiera, lo antes posible, una ofensiva en el frente occidental; de lo contrario, sostenía, los alemanes «tendrían tiempo de recuperar la moral. [...] Si no podemos abrir una brecha en el frente enemigo, podríamos abrirla en su corazón».

La ofensiva se programó para el 10 de junio, a las órdenes de Haig. Dos días antes, el 8 de junio, Lloyd George convocó una reunión de emergencia del gabinete para analizar el argumento de Smuts. También se presentaron al gabinete los detalles de la magnitud de los amotinamientos en Francia. Lloyd George propuso la inmediata postergación de la ofensiva británica; en su lugar, argumentó, Gran Bretaña debería plantearse «la posibilidad de firmar una paz aparte con Austria», que dejaría sola a Alemania y podría hacer que el káiser pusiera fin a la guerra. No le veía sentido, informó Lloyd George a sus colegas, a que Gran Bretaña tratara de abrir, ella sola, una brecha en las líneas alemanas, cuando «a los franceses les estaba costando seguir y sus reservas estaban agotadas, tanto física como mentalmente». Reacio a abandonar la ofensiva, Smuts pidió que se consultara a Haig en cuanto a las perspectivas de éxito. El mensaje que se recibió del frente occidental contenía sólo tres palabras: «Haig tenía esperanzas.» Le pidieron que fuera a Londres a explicar sus esperanzas con mayor detalle.

El 8 de junio, el día que se celebró en Londres ese debate en el gabinete de guerra, llegaron a Liverpool el general Pershing y su Estado Mayor del cuartel general. En señal de bienvenida, un periódico británico informó a sus lectores que, si bien en 1776 Estados Unidos y Gran Bretaña habían estado separados por la «política prusiana» del rey Jorge III, ahora el prusianismo había servido para volverlos a unir. El *Graphic* recurrió a Shakespeare en busca de inspiración: «Ahora el invierno de nuestro descontento se convierte en glorioso verano gracias a este sol de (Nueva) York.» La intención era buena, por más que Pershing, al igual que el presidente Truman después, fuera oriundo de Missouri.

Durante la conversación de Pershing con el rey Jorge V, que tuvo lugar al día siguiente en el palacio de Buckingham, el rey «mencionó el gran coste de la guerra, la enorme cantidad de hombres que Gran Bretaña ya había proporcionado al ejército y a la armada y las tremendas pérdidas que habían sufrido». A continuación, el rey mencionó los rumores de que Estados Unidos pronto dispondría de cincuenta mil aviones en el aire. Muy avergonzado por tan típica exageración del poderío militar estadounidense, Pershing dijo al rey que «esos informes eran sumamente exagerados y que todavía tardaríamos algún tiempo en enviar aviones». En ese momento, Estados Unidos sólo disponía de cincuenta y cinco aviones de entrenamiento, de los cuales cincuenta eran obsoletos y cuatro estaban a punto de serlo.

En su segundo día en Londres, Pershing supo que los alemanes habían hundido tantas embarcaciones aliadas (un total de un millón y medio de toneladas en abril y mayo), que no habría suficientes barcos británicos para transportar a Francia a la Fuerza Expedicionaria Estadounidense ni para mantenerla abastecida, cuando hubiera llegado. Se habían hundido quince barcos en aguas británicas sólo durante los once días que Pershing había tardado en atravesar el Atlántico; de hecho, para estar a salvo de la posibilidad del ataque de un torpedo, su barco no había respondido a ninguna de las frecuentes llamadas de socorro que había recibido.

El 9 de junio, el gobierno provisional ruso rechazó el armisticio que le proponían los alemanes. Al mismo tiempo, para tratar de poner freno a los amotinamientos del ejército francés que se habían generalizado hacía casi un mes, se emprendieron dos políticas diferentes, aunque no excluyentes. El 10 de junio, fueron ejecutados los dos primeros amotinados que habían sido condenados a muerte. En algunas unidades fusilaron a uno de cada diez amotinados. Nueve días después de la primera ejecución, el general Pétain emprendió la formidable tarea de dirigirse en persona a todos los regimientos en los que habían es-

tallado motines. En dos meses visitó más de ochenta divisiones. Fue una tarea larga y ardua. Un informe secreto enviado ese mes por ochenta y tres *Préféts* al Ministerio del Interior, en París, acerca de la moral de las capitales departamentales, reveló que, en cincuenta y cuatro poblaciones, era «baja» o «indiferente» y en treinta y seis, «contaminada».

En el frente italiano, el 10 de junio se reanudó la batalla en Trentino, cada vez más frustrante, para conquistar las cimas de las montañas, pero los desertores italianos contaron detalles del ataque a los austríacos, que consiguieron contraatacar con éxito. Los italianos atacaron seis picos y sólo capturaron uno, de 2.070 metros (conocido como la Altura 2.101), en el monte Ortigaro. Los austríacos lograron mantenerse en el pico montañoso de 2.104 metros. A medida que se prolongaba, la batalla de los picos se fue volviendo cada vez más difícil. Al final, los italianos atacaron con éxito la cima del monte Ortigaro y tomaron prisioneros a un millar de austríacos, pero, aun así, los austríacos conservaron en su poder un pico cercano, de 2.050 metros, y otro objetivo italiano importante, el monte Camigoletti. Después, para consternación de los italianos, al cabo de dos semanas de su captura, los austríacos recuperaron el monte Ortigaro y tomaron prisioneros a casi dos mil italianos. Cuando acabó la batalla, después de tres semanas de combates, la línea apenas había cambiado en el mapa, pero veintitrés mil italianos y casi nueve mil austríacos habían muerto o habían resultado heridos.

El 13 de junio por la mañana, llegó la guerra una vez más hasta el mundo tranquilo de los civiles y las ciudades, cuando catorce bombarderos alemanes, volando a 3.650 metros de altura, atacaron Londres; arrojaron más de un centenar de bombas, que mataron a 162 civiles, la mayor cantidad de muertos en la capital en toda la guerra. En la *City* de Londres, Vera Brittain vio «los carros abandonados de varios comerciantes que habían sido despojados de sus carreteros de forma sangrienta». En una escuela de Poplar, murieron quince niños y veintisiete quedaron lisiados para toda la vida. «Semejante "matanza de inocentes" era un aspecto horriblemente familiar de la guerra en los pueblos y aldeas del continente europeo —escribe el historiador más reciente del *East End*—, pero en Londres hacía novecientos años que no ocurría nada igual. El dolor, el susto y la ira se volvieron xenófobos otra vez. Como la bomba había caído de día, se supuso que la propia escuela era uno de los objetivos.»[12] En realidad, los blancos eran los muelles, los depósitos y las líneas férreas cercanos. Algunos padres se asustaron tanto que enviaron a sus hijos fuera de Londres, como un precursor espontáneo de las evacuaciones organizadas durante la segunda guerra mundial. Entre los que fueron enviados fuera, a Reigate, estaban los jóvenes hermanos Winogradsky.[13]

Ese día, 13 de junio, llegó a Francia el general Pershing; desembarcó en Boulogne-sur-Mer y viajó en tren a París. Su llegada fue el presagio, tan esperado y aclamado, del nuevo ímpetu de las potencias bélicas aliadas. «Ha cautivado a la veleidosa muchedumbre parisiense —destacó un observador— y mañana mismo podría ser elegido rey de Francia, si de París dependiera.» Pero un amigo estadounidense que había vivido en Francia advirtió a Pershing: «Hay un límite a lo que la carne, la sangre y la resistencia son capaces de soportar.» Los franceses «están a punto de llegar a ese límite».

Tendrían que pasar muchos meses, tal vez incluso un año, antes de que las tropas estadounidenses pudieran ocupar su lugar en la línea en cantidades suficientes para hacer alguna mella. En su primera entrevista con Pétain, el 16 de junio, Pershing comprendió lo que quiso decir el francés cuando exclamó, de repente, en un momento en que la conversación había decaído: «Espero que no sea demasiado tarde.» Pero la voluntad francesa de luchar no había acabado. El 15 de junio, entre la llegada de Pershing a Francia y su encuentro con Pétain, un aviador francés, el capitán Joseph Vuillemin, había ganado una palma para su *Croix de Guerre* cuando estaba haciendo un vuelo de reconocimiento sobre la tierra de nadie y fue atacado por cinco aviones alemanes. Los rechazó y continuó con su reconocimiento. Fueron las tropas marroquíes francesas, que observaron esa exhibición de habilidad aérea desde sus trincheras, las que exigieron que se recompensara al capitán.

En la guerra contra Turquía, el velero *Managam*, de la Marina Real británica, devolvió a Athlit a dos agentes judíos palestinos el 15 de junio, después de que se hubieran entrenado en Chipre en el uso de explosivos. Su misión consistía en volar un tramo de la línea férrea de Haifa a Damasco, entre Afula y Dara'a. Más al sur, los árabes volaron al mismo tiempo el tramo de la línea férrea de Damasco a Medina comprendido entre Ammán y Dara'a, esta vez con la dirección de T. E. Lawrence y con explosivos británicos. Los aviones británicos también intervinieron contra posiciones turcas detrás de las líneas. El 23 de junio, despegando tanto desde el portaaviones *Empress* como desde aeródromos próximos a Gaza, bombardearon la estación de trenes de Tulkarm, el aeródromo de Ramleh y el cuartel general militar alemán en Jerusalén, situado en la iglesia y el sanatorio de Augusta Victoria, en lo alto del monte de los Olivos. Lo que más daños sufrió como consecuencia de las bombas fue un gran mosaico del káiser y su esposa que había en el techo.

En el frente occidental, la Fuerza Expedicionaria Portuguesa entró en acción

por primera vez el 17 de junio en Flandes. Al día siguiente, los británicos intervinieron en Messines. Uno de los que quedaron mortalmente heridos fue Paul Freyberg, hermano del héroe de la batalla del Ancre, de noviembre de 1916, que murió en Boulogne-sur-Mer cuando iba de camino al hospital en Inglaterra. El poeta neozelandés Elsdon Best escribió acerca de él:

Today the lonely winds are loose
And crying goes the rain.
While here we walk the field they knew
The dead who died in pain.
The fields that wait the slow hours long
For sounds that shall not come.
In other fields, in other earth
The laughing hearts are dumb.[14]

El 19 de junio, sir Douglas Haig cruzó de Francia a Inglaterra para comunicar al gabinete de guerra los motivos por los que quería que siguiera adelante la ofensiva de verano, a pesar de las dudas de Lloyd George. Haig argumentó que a Alemania le faltaban seis meses para estar al borde del agotamiento total. Con un empujón más, se podría ganar la guerra en 1917. Contaba con el fuerte apoyo del general Smuts. Lloyd George cedió: la nueva ofensiva, la mayor desde la del Somme, un año antes, comenzaría el último día de julio.

El 28 de junio, estallaron feroces combates en el Aisne, donde los británicos y los canadienses obtuvieron algunas pequeñas ganancias, y en Verdún, donde los alemanes invadieron unas cuantas trincheras defendidas por los franceses.

Dos días antes, había llegado a Francia el primer gran contingente de tropas estadounidenses, catorce mil hombres, que desembarcaron en Saint-Nazaire, aunque eso no tendría ninguna consecuencia en el campo de batalla. Primero, esos hombres tenían que entrenarse y que recibir el refuerzo de sus colegas, cuyo nuevo contingente no llegaría hasta tres meses después. Estados Unidos estaba en guerra, pero en Francia su esfuerzo se centraba, necesariamente, en construir instalaciones portuarias y de entrenamiento, líneas de suministro y depósitos. En seguida se hicieron evidentes algunos fallos. Algunos de los soldados de artillería no sólo habían llegado sin las correspondientes piezas, sino que, además, no tenían ni idea del aspecto que tenían ni de cómo se manejaban. Muchos de los soldados de infantería acababan de ser reclutados, ya que la mayoría de los soldados profesionales se habían quedado en Estados Unidos para

actuar como estímulo para los reclutas que todavía se estaban reuniendo. Hasta Pershing se impresionó por la mala calidad de sus hombres. Su biógrafo más reciente menciona un episodio que tuvo lugar a la escasa luz de un pajar en el cual se alojaban los soldados estadounidenses. Pétain confundió al propio Pershing con un sargento y le preguntó: «Sargento, ¿sus hombres están satisfechos?» Tras recuperarse de su desconcierto, Pershing respondió: «*Oui, mon général, nous sommes très contents*», ante lo cual Pétain siguió de largo, sin advertir su error. En otra ocasión, un general francés se acercó a un centinela estadounidense «despeinado». En lugar de ponerse en posición de firmes, el estadounidense entregó su rifle al general y se sentó en una entrada a liarse un cigarrillo.[15]

Pershing, que era un organizador excelente, estableció una red de escuelas de entrenamiento para los recién llegados y puso en marcha un extenso aparato de suministros y preparación, fundamental para garantizar la participación estadounidense en la línea del frente diez o doce meses después. Esa participación estaba muy lejana. Los estadounidenses habían llegado, pero a menudo se formulaba la pregunta: «¿Dónde están los estadounidenses?» Sin embargo, el 4 de julio, cuando las tropas estadounidenses marcharon por París hasta la tumba de Lafayette, que había sido enterrado, por propia voluntad, en tierra traída de Estados Unidos, se produjo un pandemónium de entusiasmo y gran excitación cuando un oficial estadounidense, el coronel Charles Stanton, declaró ante los parisienses reunidos: «¡Aquí estamos, Lafayette!»[16]

Ese verano estaba a punto de entrar en la guerra otro país más. El 12 de junio, el rey de Grecia, Constantino, que era pro alemán, había abdicado a favor de su segundo hijo. El 26 de junio, nombraron primer ministro a Venizelos, que era favorable a los aliados. Todo estaba a punto para que Grecia se comprometiera con éstos. Entonces, en un ansiado mejoramiento de la fortuna de los aliados, el 1 de julio, el general Brusilov, alentado por Kerensky, lanzó su segunda ofensiva contra las fuerzas austroalemanas en el frente oriental y, el 2 de julio, Grecia declaró la guerra a las potencias centrales.

Casi tres años después del comienzo de la guerra, una potencia casi arruinada reanudaba la ofensiva y una potencia que se había mantenido neutral hasta entonces entraba en el conflicto.

Capítulo XVIII

UN PUNTO MUERTO EN EL OESTE, AGITACIÓN EN EL ESTE
De julio a septiembre de 1917

Dentro del imperio ruso, sin el zar a la cabeza, en la capital el poder seguía dividido entre el gobierno provisional, ansioso por crear un sistema democrático liberal, y los soviets, con su doctrina revolucionaria. En el primer Congreso de Soviets de Obreros y Soldados, celebrado entre el 16 y el 22 de junio de 1917, los bolcheviques contaron con un centenar de los 781 delegados e hicieron hincapié en la conveniencia de acabar la guerra, pero con Kerensky como ministro de Guerra, el gobierno provisional siguió adelante con su plan de reanudar la ofensiva lo antes posible. Un periodista británico, Michael Farbman, a su regreso de Petrogrado a Londres, informó el 28 de junio sobre «el aumento del poder de los socialistas extremistas, debido a la desconfianza de los objetivos bélicos de los aliados» y, lo que resultaba igual de ominoso para los aliados, sobre el «estado de agotamiento» de los ferrocarriles y el material rodante rusos, que «rápidamente estaba destruyendo los medios de comunicación».

El 1 de julio se llevó a cabo en Petrogrado una manifestación masiva a favor de la paz. Ese mismo día, el general Brusilov, vencedor de la ofensiva del año anterior, pasó a la ofensiva en el este de Galitzia a lo largo de un frente de ochenta kilómetros. Treinta y una divisiones rusas, con el apoyo de 1.328 cañones pesados, lanzaron el ataque, cuyo objetivo era llegar hasta Lemberg, una población situada ochenta kilómetros más al oeste, y capturarla. El frente fue defendido por tropas alemanas y austríacas, más de diez mil de las cuales cayeron prisioneras en el primer avance. El segundo día de la batalla, los soldados checos que combatían junto a los rusos, en una Brigada Checa específica, convencieron a muchas de las tropas checas que se enfrentaban a ellos, como parte de la 19.ª División Austríaca (Checa), de que desertaran. También se vio a soldados rusos que arrojaban los fusiles y se negaban a seguir adelante, y permanecían «hoscos y con los brazos cruzados —ha escrito John Wheeler-Bennett—, mientras sus oficia-

les, tras comprobar la inutilidad tanto de los ruegos como de las amenazas, escupían a los hombres silenciosos y avanzaban solos hacia el enemigo».

En otro ataque ruso en dirección al sur, el general Kornilov tomó prisioneros a siete mil austríacos; la llegada de tropas alemanas de reserva impidió el total desmoronamiento de la línea. Pero Kornilov siguió adelante, atravesó el Dniester para tomar Halich y a continuación Kalush, en la carretera que conduce a los pasos de los Cárpatos y la frontera con Hungría, a lo largo de la cual los rusos habían marchado de forma tan triunfal durante los primeros meses de la guerra.

El avance ruso llegó hasta Ldziany, amenazando los yacimientos petrolíferos del este de Galitzia. En la defensa de Ldziany, el cabo y filósofo austríaco Ludwig Wittgenstein obtuvo la medalla de plata al valor por su trabajo como observador de la artillería cuando, bajo un intenso bombardeo, dirigió los cañones de una manera que provocó gran cantidad de bajas rusas «en momentos decisivos». Los austríacos comenzaron a avanzar el 23 de julio y los yacimientos petrolíferos se salvaron. Pero las cosas no iban bien para las potencias centrales: detrás de las líneas alemanas, las tropas polacas, que constituían varias legiones polacas dentro del ejército alemán, hasta entonces leales a Alemania, se negaron a prestar el juramento de lealtad al káiser. Más de cinco mil hombres fueron arrestados y recluidos durante el mes de julio. También fue arrestado el líder de las Legiones Polacas, Josef Pilsudski, que apoyaba la negativa de sus hombres a seguir siendo leales a Alemania.

Cuando el gobernador alemán de Varsovia, el general Von Beseler, pidió a Pilsudski que trabajara conjuntamente con los alemanes, éste respondió: «Su Excelencia: ¿Imagina usted por un instante que ganará la confianza de la nación colgando insignias polacas en cada uno de los dedos de la mano que está estrangulando a Polonia? Los polacos ya saben en qué consiste el dominio prusiano.» Cuando le insistieron para que se convirtiera en el líder de una Polonia patrocinada por los alemanes, Pilsudski replicó: «Si me uniera a ustedes, Alemania ganaría un solo hombre, mientras que yo perdería una nación.» Entonces Pilsudski fue encarcelado por los alemanes durante el resto de la guerra y sus soldados, que habían combatido con tanto valor contra los rusos en todos los frentes de guerra orientales, fueron recluidos en campos alemanes.

Las ambiciones nacionalistas se estaban convirtiendo en un impedimento grave para la capacidad bélica de las potencias centrales. Las dificultades de Alemania con los polacos se veían reflejadas en los problemas de Turquía con los árabes. En el extremo más meridional del imperio otomano, la hostilidad de

los árabes hacia sus amos otomanos estaba surtiendo efecto. El 6 de julio, T. E. Lawrence estuvo presente cuando dos mil quinientos árabes abrumaron a los trescientos soldados turcos que defendían el puerto de Al Aqaba, en el extremo septentrional del mar Rojo, lo que les permitió colocarse a una distancia de poco más de doscientos kilómetros de la línea del frente británico en Sinaí, donde el general Allenby tenía instrucciones de Londres de llegar a Jerusalén antes de que acabara el año, a pesar de que su predecesor había fracasado varias veces al intentar capturar Gaza.

Después de atravesar el desierto del Sinaí, evitando con pericia todas las patrullas turcas, Lawrence se reunió con Allenby en El Cairo el 10 de julio y consiguió para los árabes un subsidio mensual de doscientas mil libras esterlinas en oro, que posteriormente se incrementó a quinientas mil. Por el éxito obtenido en la captura de Al Aqaba, los árabes recibieron dieciséis mil libras esterlinas en oro.[1] A Allenby le sobrevino una tragedia personal a finales de mes, cuando llegó un telegrama que le anunciaba la muerte de su hijo Michael en el frente occidental; la esquirla de un proyectil le había dado en la cabeza y había muerto cinco horas después, sin recuperar el conocimiento. Allenby lloró; a sus nuevos colegas les pareció una «figura lamentable» en su desesperación. En una carta a su esposa, tratando de consolarla, Allenby escribió: «Michael alcanzó muy pronto algo que para todos los grandes hombres de la historia del mundo constituye la ambición de su vida: morir con honor, querido y con éxito, con todo el vigor de su cuerpo y su mente.» Michael Allenby había combatido en el frente occidental durante dieciocho meses. Había obtenido la Cruz Militar al valor. Todavía no había cumplido los veinte años cuando murió.

En Gran Bretaña, el 7 de julio, el gobierno acordó establecer un Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército. Era la primera vez que las mujeres vestían uniforme y eran enviadas a Francia a trabajar como empleadas, telefonistas, camareras, cocineras e instructoras en el uso de máscaras antigás. Según la tradición, sólo los hombres podían detentar el grado de oficial en las fuerzas armadas, de modo que ninguna de las mujeres voluntarias podía llegar a tanto; las que estaban a cargo recibían el grado de «controladoras» y «administradoras». El principio en el que se basaba la creación de ese cuerpo era la necesidad de dejar libres a los soldados que desempeñaban tareas de poca importancia en Gran Bretaña y en Francia para que pudieran prestar servicio activo en el frente.

Ya había una cantidad enorme de mujeres trabajando en las fábricas de municiones en toda Gran Bretaña. Las jornadas de muchas horas, los gases acres y la escasa paga eran algunos de los factores negativos del trabajo, pero la atrac-

ción patriótica era tan intensa para las voluntarias como para los soldados. «La situación es grave y las mujeres deben colaborar para superarla», ponía una de las pancartas que se levantaron durante una marcha sobre «el derecho de las mujeres a prestar el servicio militar» que se realizó en Londres, cuando la noticia de la escasez de municiones se hizo pública en el verano de 1915. En Gretna, en Escocia, había once mil mujeres empleadas en la fábrica nacional de cordita. Más de una tercera parte de ellas habían sido empleadas domésticas antes de la guerra. «Con el objeto de mantener a las obreras dentro de la zona de la fábrica y lejos de tentaciones indeseables en otros sitios —recordaba un encargado—, habitualmente no circulaban trenes nocturnos entre Gretna y Carlisle, salvo los sábados, cuando el último tren salía de la ciudad vecina a las 21.30.»

Las mujeres desempeñaron un papel fundamental para proporcionar las municiones necesarias para la guerra. Los peligros siempre estaban presentes. A las mujeres que trabajaban con el explosivo TNT en broma las llamaban «canarios», por la decoloración amarillenta de la piel que era un síntoma del envenenamiento con TNT. Sesenta y una trabajadoras de fábricas de municiones murieron por envenenamiento y ochenta y una, por otros accidentes laborales. En explosiones accidentales durante la guerra murieron setenta y una mujeres, una en la fábrica de Gretna y sesenta y nueve en Silvertown, en el este de Londres, cuando también resultaron heridas de gravedad otras setenta y dos. La explosión de Silvertown, en la cual un incendio accidental prendió fuego a cincuenta toneladas de TNT, devastó dos kilómetros cuadrados y medio del *East End* londinense, provocando una destrucción mayor que todos los ataques aéreos juntos que sufrió la capital durante la primera guerra mundial. Como la fábrica pertenecía a Brunner, Mond y Compañía, se produjo una intensificación de la xenofobia, debida al origen alemán de sus propietarios.[2]

Una de las unidades rusas que entraron en acción en el frente oriental fue el batallón de trescientas mujeres formado en mayo al mando de Maria Bochkareva. Conocido como el Batallón Femenino de la Muerte, según los relatos populares rusos de la época, el batallón capturó a dos mil prisioneros austríacos, pero después las tropas que servían a su lado, imbuidas de ideas bolcheviques y temerosas de que el éxito de las mujeres provocara represalias del enemigo, dieron a Bochkareva una paliza brutal y la obligaron a disolver su batallón, pero Florence Farmborough, a cuyo hospital de campaña, en Seret, llevaron a mediados de agosto a algunas de las heridas, escribió en su diario: «En honor de esas voluntarias, quedó constancia de que entraron en combate, de que salieron de las trincheras al ataque, aunque no todas. Algunas permanecieron en ellas, desmayadas e histéricas; otras se dirigieron a todo correr o muy lentamente ha-

cia la retaguardia. Bochkareva se retiró con su batallón diezmado; estaba furiosa, desconsolada, pero había aprendido una gran verdad: que las mujeres no eran aptas para ser soldados.»[3]

El Alto Mando alemán hacía cada vez más hincapié en la capacidad de la campaña de los submarinos alemanes para poner de rodillas a los aliados. Las estadísticas de los hundimientos mensuales de embarcaciones aliadas y neutrales daban a Ludendorff en particular la sensación de que la capacidad de los aliados para continuar la guerra debía de estar menguando, ya que al fondo de todos los mares y océanos iban a parar sin descanso suministros bélicos y provisiones, pero esas estadísticas crearon falsas esperanzas. El 10 de julio, Walther Rathenau fue a ver a Ludendorff para advertirle que incluso los máximos cálculos aproximados de naufragios aliados eran ilusorios, ya que los británicos estaban haciendo esfuerzos extraordinarios para sustituir las embarcaciones perdidas. Rathenau llamó también la atención de Ludendorff a «la posibilidad de que Estados Unidos construyera un tonelaje mayor que el que nosotros hundimos». Ni las cifras ni los pronósticos disuadirían al militar, sin embargo, de modo que dijo al industrial que, si bien respetaba lo que le había dicho, «reconocerá que debo dejarme llevar por mis impresiones».

Rathenau no sabía entonces lo acertado que estaba, porque en Gran Bretaña un experto en transporte, Arthur Salter, estaba organizando precisamente el programa de sustitución acerca del cual había advertido Rathenau, hasta el punto de que, en el verano de 1917, casi no hacía falta más tiempo para compensar cada pérdida de tonelaje. Sin embargo, las «impresiones», como había dicho Ludendorff, habían reemplazado a los hechos y las cifras en la lucha de los alemanes por obtener la victoria.

No sólo de los torpedos de los submarinos, sino también de los cilindros de gas, parecía que dependía la victoria, para el Alto Mando alemán. En el frente occidental, el 12 de julio se utilizó por primera vez el gas mostaza, que los alemanes dispararon contra los británicos cerca de Ypres. Arrojaron más de cincuenta mil proyectiles y más de dos mil soldados aliados se vieron afectados por el gas. Murieron ochenta y siete. En las tres semanas siguientes, los alemanes dispararon un millón de granadas de gas, provocando la muerte de quinientos soldados más y dejando incapacitados a varios miles, a pesar de lo cual no lograron atravesar las líneas británicas.

El 17 de julio, los británicos tomaron represalias: dispararon cien mil proyectiles que contenían un gas llamado cloropicrina y provocaron la muerte de setenta y cinco alemanes. Como consecuencia de ese contraataque, no se pro-

dujo ningún avance. Más británicos murieron ese mes de julio en una sola explosión accidental en Scapa Flow, a bordo del acorazado *Vanguard,* que en la suma de todos los ataques con gas mostaza y cloropicrina. En esa única explosión repentina, murieron ochocientos cuatro marinos. Sólo hubo tres supervivientes.

En el frente oriental, las tropas alemanas estaban haciéndose cargo del sector central, que antes controlaban los austríacos. «Las noticias de ayer me han quitado un peso de encima —escribió el general Hoffmann en su diario el 17 de julio—. Litzmann ha recuperado Kalush y ahora los refuerzos alemanes en esas partes son tan fuertes que no tenemos necesidad de preocuparnos por nada.»[4] Dos días después, los alemanes abrieron una brecha en las posiciones rusas en Zloczov, en un frente de veinte kilómetros. «El asunto evoluciona según lo previsto —escribió Hoffmann el 21 de julio, pero añadió—: Me gustaría que hubiera algunos prisioneros más. Los tipos salieron corriendo con tanto frenesí que no pudimos capturar a ninguno de ellos. Sólo seis mil, hasta la fecha, y apenas setenta piezas de artillería.»

El territorio austríaco había sido liberado por los alemanes. «Ayer estuvo aquí el emperador de Austria —escribió Hoffmann el 23 de julio— y se comportó de una manera que raya en la descortesía. Desde luego, ni se planteó la cuestión de agradecer la reconquista de una provincia para ellos.» Tres días después, el káiser llegó a Zloczov y desde allí se dirigió a Ternópol. Sus tropas, y no las austríacas, habían recuperado el este de Galitzia para las potencias centrales. «Por supuesto, estaba de un humor excelente», apuntó Hoffmann.

Los esfuerzos de conciliación habían continuado durante el verano, con tan poco éxito como en los meses previos. En julio, el fabricante de armas británico sir Basil Zaharoff se reunió en secreto, en Suiza, con el ministro de Guerra turco, Enver Pasha, y ofreció a los turcos un millón y medio de dólares en oro si firmaban una paz aparte con los aliados.[5] La oferta tentó a Enver, pero la rechazó. En Berlín, se volvió a convocar al Reichstag para votar más fondos para continuar la guerra. Exigía que, cuando se firmara la paz, fuera una paz sin anexiones territoriales por parte de Alemania. Una «Resolución de paz» que se propuso en el Reichstag el 19 de julio fue aprobada por 212 votos contra 126, con diecisiete abstenciones. Instaba al gobierno alemán a trabajar por «una paz acordada y una reconciliación permanente». Pero el doctor Michaelis, que seis días antes había sucedido a Bethmann-Hollweg como canciller y era el candidato y el portavoz del Estado Mayor General, insistió en que Alemania no buscaría la paz. «No me parece que un órgano como el Reichstag alemán sea adecuado

para decidir sobre la guerra y la paz por iniciativa propia durante la guerra», fueron sus desdeñosas palabras.

El káiser también rechazó de plano la idea de una paz negociada y el 20 de julio, por primera vez en casi dos décadas, se reunió con representantes de todos los partidos políticos alemanes, salvo los Socialistas Independientes. En un discurso inflexible, les explicó sus planes para una «segunda guerra púnica» contra Inglaterra, en la cual toda Europa, con el liderazgo de Alemania, destruiría el dominio del mundo que ejercía Gran Bretaña.[6] Los delegados de los partidos moderados se escandalizaron, sobre todo cuando declaró, haciendo referencia a las recientes victorias de Alemania en el frente de Galitzia: «Cuando aparecen mis guardias, no queda sitio para la democracia.» La resolución de paz del Reichstag carecía de interés para el regidor de Alemania.

El intento del antiguo líder del Partido Laborista británico, Ramsay MacDonald, de conseguir el apoyo de la Cámara de los Comunes para la resolución de paz del Reichstag fue derrotado por 148 votos contra diecinueve. Con amargura, MacDonald escribió al presidente Wilson que la neutralidad estadounidense habría sido mejor para la paz. El 27 de julio, se organizó un encuentro de simpatizantes bolcheviques en el *East End* londinense. Se bautizaron con el nombre de Soviet de Londres y su finalidad era exigir que la guerra acabara de inmediato. Para alentar a la población a disolver el encuentro, el gobierno hizo que el *Daily Express* revelara el lugar donde se celebraría, además de distribuir panfletos que afirmaban que se estaba celebrando un mitin pro alemán y exhortaban a los ciudadanos: «Recuerda el último ataque aéreo y no faltes.» Respondieron ocho mil personas, entre las cuales figuraban numerosos soldados de uniforme, que irrumpieron en la plataforma y disolvieron el encuentro.

Durante la última semana de junio y todo el mes de julio, en la isla de Corfú tuvieron lugar negociaciones entre diversos representantes eslavos del sur acerca de la posibilidad de crear un país nuevo, en parte dentro de los confines de Austria-Hungría, partiendo de la suposición de que ésta acabaría por disolverse y Serbia recuperaría la independencia. El Pacto de Corfú, firmado el 20 de julio, preveía para después de la guerra la unión de los tres grupos principales de eslavos del sur: serbios, croatas y eslovenos, que formarían un solo país, regido por la familia real serbia. Se garantizarían los derechos lingüísticos y religiosos de las minorías locales y se elegiría una asamblea constituyente mediante sufragio secreto y universal.

La idea de esa nueva nación resultó atractiva en particular para Estados Unidos, donde vivían muchos grupos de emigrantes eslavos del sur y donde el

posible surgimiento de sistemas democráticos, que cohesionaran una nación, sobre las ruinas de una estructura imperial, era siempre bien acogido como un avance en las relaciones humanas. El conflicto que surgió durante las negociaciones y después de ellas entre los serbios, que querían el predominio de Belgrado, y los croatas, que querían un estado eslavo del sur unificado («Yugoslavia») en lugar de una «Gran Serbia», fue profundo y quedó sin resolver.

Esos planes para el futuro contrastaban con los problemas cotidianos provocados por la continuación de la guerra. Los amotinamientos y el descontento seguían poniendo en peligro las capacidades combativas de varios ejércitos. El 16 de julio, cuatro días antes de la firma del Pacto de Corfú, se amotinaron las tropas francesas del frente de Salónica. Sin embargo, de ese frente tenía que proceder la liberación de Serbia. Los soldados franceses no eran revolucionarios: lo que pedían era el derecho a regresar a su casa de permiso. A trescientos los convencieron para que aceptaran las nuevas disposiciones con respecto a los permisos, pero noventa fueron arrestados.

En otros frentes de ambos bandos hubo preocupación ese mes por el descontento entre las tropas. Un oficial italiano escribió desde del frente austroitaliano: «Me preocupan mucho ciertos elementos malos que han entrado en las unidades.» En Alemania, Ludendorff estaba tan inquieto por la difusión de propaganda política entre las tropas alemanas de la línea del frente, que ordenó un examen detallado de todas las cartas que se enviaban a los soldados que estaban en el frente.

Era en Rusia, sin embargo, donde residía el principal peligro para la capacidad aliada de hacer la guerra o de planear una paz basada en la conquista. El 16 de julio, un alzamiento en Petrogrado, alentado por Leon Trotski, exigió el fin inmediato de la guerra. Seis mil marinos de la base naval de Kronstadt se sumaron a la revuelta, que, según Trotski, llevaría a la revolución, pero que Lenin, que se estaba recuperando de exceso de trabajo y agotamiento, consideraba prematura. Los disturbios continuaron durante tres días. El 18 de julio, los cadetes leales al gobierno provisional y a la continuación de la guerra irrumpieron en las oficinas del periódico bolchevique *Pravda* y las destrozaron. Lenin se escondió, temeroso de que lo arrestaran o incluso de que lo asesinaran.

En el frente oriental, los éxitos militares rusos estaban a punto de concluir abruptamente. El 19 de julio, el general Hoffmann ordenó un contraataque al este de Zólochev que abrió una brecha de veinte kilómetros en las líneas rusas. Cayeron prisioneros más de seis mil soldados rusos y miles huyeron del campo de batalla. Cuando llegó a Petrogrado la noticia de esa derrota, el príncipe Lvov renunció al cargo de primer ministro y lo sustituyó Kerensky. Ese día se rindie-

ron los últimos quinientos rebeldes de Kronstadt, pero en el frente, el avance ruso se había convertido en una retirada, casi en una huida a la desbandada. Decenas de miles de soldados rusos simplemente arrojaron sus fusiles y huyeron de la zona de guerra. Fueron asesinados centenares de oficiales. Dos unidades aliadas de vehículos blindados, una británica y otra belga, estaban de servicio en el frente oriental, cerca de Buczacz; sus oficiales suplicaron a los desertores rusos que regresaran a la línea del frente, pero fue inútil.

Las fuerzas austrogermanas habían comenzado a avanzar hacia la frontera rusa. El 21 de julio, cerca de Ternópol, el destacamento de vehículos blindados del Servicio Aeronáutico de la Marina Real británica participó en la defensa de Rusia. El 23 de julio, se recuperaron las dos poblaciones de Halich y Stanislau;[7] Ternópol, dos días después, y el káiser estuvo presente para observar el avance austríaco. El 28 de julio, el ejército austríaco, frente al cual no había una defensa rusa organizada sino cuarenta mil desertores rusos que huían hacia el este, llegó a la frontera rusa en Husiatyn. El general Brusilov, nombrado por Kerensky comandante en jefe de los ejércitos rusos, fue sustituido por el general Kornilov, cuya primera orden del día condenó la traición de «ciertas unidades».

Una posible manera de ayudar a los rusos consistía en que los británicos emprendieran una ofensiva en el frente occidental para atraer a las tropas y la artillería alemanas que estaban en el este. Haig creía que el ejército británico podía abrir una brecha en las líneas alemanas ese verano, sin esperar la llegada de una cantidad considerable de fuerzas estadounidenses. El general Pershing había dejado claro que no tenía intención de hacer entrar en acción a sus tropas hasta el verano de 1918, cuando dispondría de un millón de hombres en las fuerzas armadas, dispuestos para la batalla. Incluso ese millón era casi el doble de lo que el Ministerio de Guerra de Washington pensaba que podrían proporcionar. Haig se reunió con Pershing por primera vez el 20 de julio y apuntó en su diario: «Ya ha comenzado a darse cuenta de que no puede fiarse de los franceses.»

El general Smuts, después de sus lentos pero constantes éxitos contra las fuerzas alemanas en el este de África, argumentó ante el gabinete de guerra de Londres que Gran Bretaña tenía la obligación moral de lanzar una ofensiva en el frente occidental ese año. Churchill, que acababa de ingresar otra vez en el gobierno, como ministro de Municiones, pero que no pertenecía al gabinete de guerra, instó a Lloyd George a «limitar las consecuencias» de reanudar cualquier ofensiva en el frente occidental. «Los ejércitos son iguales —advirtió Churchill al primer ministro—. En todo caso, los alemanes son más fuertes: tienen mayo-

res reservas y municiones en abundancia. Una serie interminable de líneas fortificadas, con todo tipo de posibilidades para anegarlas, y las grandes dificultades naturales del terreno constituyen obstáculos insuperables.»

Lo que Churchill tenía pensado, según explicó al ministro de Guerra, lord Milner, el 26 de julio, era que Estados Unidos acabaría proporcionando los hombres necesarios para la victoria y que convenía postergar la ofensiva siguiente, o limitarla al máximo, hasta que hubieran llegado a Francia suficientes tropas estadounidenses para inclinar el equilibrio del poder militar en contra de Alemania. La principal misión de Gran Bretaña sería fabricar las municiones, los carros de combate y los aviones que necesitarían esas tropas estadounidenses y proporcionar las embarcaciones para transportar tanto a los hombres como a las materias primas.

Ése era un plan a largo plazo, para 1918 e incluso para 1919, que evitaría repetir la enorme pérdida de vidas humanas del Somme y que se produjeran más fracasos. No obstante, Haig confiaba en poder lograr en Ypres, en el otoño de 1917, lo que había resultado imposible en el Somme un año antes: un gran avance que abriera una brecha en las líneas de trincheras alemanas y una penetración detrás de sus líneas que obligara a los alemanes a retroceder hasta el interior de Bélgica, unos cuarenta kilómetros, antes de la llegada a la línea del ejército estadounidense, inmenso en potencia. Haig ya tenía bajo su mando a más de dos millones de hombres. No hicieron caso de la advertencia de Churchill.

Los ataques alemanes con gas mostaza habían sido constantes en el frente occidental desde el 12 de julio. Los servicios médicos británicos trabajaban al máximo para tratar de hacerles frente, pero el índice de mortalidad era elevado. El comandante J. W. McNee, a cargo de un laboratorio ambulante, apuntaba con respecto a un caso típico: «Expuesto al gas motaza el 28 de julio de 1917, por la mañana. Ingresado en el dispensario el 29 de julio, por la noche, aquejado de conjuntivitis grave y quemaduras superficiales en rostro, cuello y escroto. Los síntomas respiratorios fueron evolucionando gradualmente y sobrevino la muerte alrededor de un centenar de horas después de la exposición al gas.» En las seis semanas posteriores al 12 de julio, poco más de diecinueve mil soldados británicos quedaron incapacitados por el gas mostaza, muchos de ellos quedaron ciegos y 649 murieron a la semana o a los diez días del ataque.

Uno de los oficiales británicos que entraron en acción ese verano fue Siegfried Sassoon. Fue herido en el cuello y lo transportaron a un hospital de base en uno de los centenares de trenes hospitales que cruzaban una y otra vez la campiña francesa. A bordo viajaban otros quinientos heridos. «Mis recuerdos de ese

tren son extraños y bastante espantosos —escribió posteriormente Sassoon—, porque transportaba un cargamento de hombres en cuya mente los horrores de los que habían escapado seguían siendo vívidos y violentos. Muchos de nosotros todavía llevábamos en las botas y la ropa el barro endurecido de la zona de guerra y cada hombre vendado iba acompañado por su propia experiencia en la batalla. Aunque muchos de ellos se referían a ella a la ligera e incluso en tono de burla, había una suma de enormidades en la atmósfera de ese tren. Escuché a algunos oficiales con heridas leves que recordaban, excitados, sus aventuras en Wancourt, donde las bombas los habían obligado a abandonar una trinchera en la oscuridad. Su parloteo se mezclaba con el ruido sordo y la vibración del tren que viajaba, tan seguro y reposado, a través de la penumbra circundante. La línea del frente había quedado atrás, pero podía posar su mano en nuestro corazón, si bien su impactante realidad disminuía con cada kilómetro.»

A Sassoon lo enviaron de vuelta a Londres. Al llegar a la estación de Charing Cross, «una mujer me entregó un ramo de flores y un folleto del obispo de Londres, que me recomendaba de todo corazón llevar una vida sana y asistir a misa». A continuación, su camilla «fue introducida en una ambulancia» que lo condujo a un hospital militar. Sassoon, que había obtenido con anterioridad la Cruz Militar, estaba tan malherido, que podría haber solicitado un puesto en el frente interno; sin embargo, en lugar de permanecer en silencio y aceptar las comodidades del servicio en el país, prefirió pedir la baja del ejército y manifestarse en contra de lo que había llegado a considerar una guerra injusta.

En una carta que se publicó en los periódicos ese mes de julio, Sassoon escribió que estaba convencido «de que esta guerra, en la que entré como si fuera una guerra de defensa y liberación, ahora se ha convertido en una guerra de agresión y conquista», y a continuación declaró: «He visto y he soportado el sufrimiento de las tropas y ya no puedo prestarme a prolongar ese sufrimiento por unos fines que considero malvados e injustos. No protesto contra la conducción de la guerra, sino contra los errores políticos y las mentiras por las cuales se está sacrificando a los combatientes. En nombre de aquellos que sufren, protesto contra el engaño a que se los somete; además, creo que puedo contribuir a destruir la cruel complacencia con que la mayoría de los que están en casa observan la prolongación de una agonía que ellos no comparten y que no tienen suficiente imaginación para advertir.»

El 23 de julio, ingresaron a Sassoon en el Hospital Militar Craiglockhart para Oficiales Neurasténicos. Tuvo la suerte de ser hospitalizado, en lugar de ser sometido a un consejo de guerra. Se alzaron en su favor voces influyentes y un ministro del gobierno declaró en la Cámara de los Comunes que parecía que «algo iba mal»

con ese «oficial tan valiente», y que los parlamentarios no debían tratar de aprovecharse de «un joven en ese estado mental». En Craiglockhart, Sassoon conoció a otro paciente, Wilfred Owen, a quien animó a escribir sobre la guerra, tal como ambos la habían conocido. El resultado fue uno de los poemas más impresionantes sobre la guerra, el «Dulce et decorum est» de Owen: *To die for the fatherland is a sweet thing and becoming* («Morir por la patria es dulce y decoroso»).[8]

Bent double, like old beggars under sacks,
Knock-kneed, coughing like hags, we cursed through sludge,
Till on the haunting flares we turned our backs
And towards our distant rest began to trudge.
Men marched asleep. Many had lost their boots
But limped on, blood-shot. All went lame; all blind;
Drunk with fatigue; deaf even to the hoots
Of gas shells dropping softly behind.

Gas! GAS! Quick, boys! – An ecstasy of fumbling,
Fitting the clumsy helmets just in time,
But someone still was yelling out and stumbling
And flound'ring like a man in fire or lime...
Dim, through the misty panes and thick green light,
As under a green sea, I saw him drowning.

In all my dreams, before my helpless sight,
He plunges at me, guttering, choking, drowning.

If in some smothering dreams, you too could pace
Behind the wagon that we flung him in,
And watch the white eyes writhing in his face,
His hanging face, like a devil's sick of sin;
If you could hear, at every jolt, the blood
Come gargling from the froth-corrupted lungs,
Obscene as cancer, bitter as the cud
Of vile, incurable sores on innocent tongues, —
My friend, you would not tell with such high zest
The old Lie: Dulce et decorum est
Pro patria mori.[9]

La reanudación del ataque al saliente de Ypres, con respecto a la cual estaba Haig tan decidido, comenzó el 31 de julio. Tras una descarga de tres mil piezas de artillería, nueve divisiones británicas y seis francesas avanzaron sobre un frente de veinticuatro kilómetros. Su primer objetivo era la aldea de Passchendaele, situada a algo más de siete kilómetros de su punto de partida. Durante los dos primeros días de la batalla, los avances fueron mayores que en ninguna otra ofensiva previa en el frente occidental; en un sector se ganaron cuatro kilómetros y en los demás, dos y medio. Entre los británicos que murieron el primer día figuraba el soldado de primera clase Francis Ledwidge, el veterano irlandés de los frentes de Gallípoli y Salónica, que tenía veintiséis años. Estaba colocando tablas en un camino cubierto de barro para poder transportar las piezas de artillería y las municiones hasta la línea del frente y había hecho una pausa para tomar una taza de té, cuando le estalló cerca un proyectil y murió en el acto. Antes de la guerra, su poesía se recreaba en escenas pastorales irlandesas y en cuentos de hadas:

And now I'm drinking wine in France,
The helpless child of circumstance.
Tomorrow will be loud with war,
How will I be accounted for?

It is too late now to retrieve
A fallen dream, too late to grieve
A name unmade, but not too late
To thank the gods for what is great;

A keen-edged sword, a soldier's heart,
Is greater than a poet's art.
And greater than a poet's fame
A little grave that has no name.[10]

La tumba de Ledwidge sí que lleva su nombre y está en el Cementerio Wood de Artillería de Boesinghe, que se comenzó justo después de la batalla en la que murió Ledwidge y permaneció en la línea del frente hasta marzo de 1918; en noviembre de 1918, contenía ciento cuarenta y una tumbas. Después de la guerra, se trasladaron allí muchos cuerpos procedentes de los campos de batalla y de otros cementerios próximos. En la actualidad, contiene 1.243 tumbas británicas, treinta canadienses, diez terranovenses, cinco australianas y tres neozelandesas,

además de las tumbas de quinientos seis soldados desconocidos: las pequeñas tumbas sin nombre.

A un alto coste en muertos y heridos, las fuerzas británicas del saliente de Ypres avanzaron el 31 de julio y los días siguientes, obligando a los alemanes a retroceder casi un kilómetro y medio en algunos lugares. Sin llegar a ser tanto como calculaba Haig, era más de lo que se había logrado en ningún asalto anterior en el saliente. Uno de los oficiales británicos heridos el tercer día de la batalla fue el capitán Noel Chavasse, el oficial médico que un año antes había recibido la Cruz de la Victoria en el Somme por rescatar a los heridos de la tierra de nadie. Esta vez, después de haber trasladado otra vez a los heridos hacia el puesto de primeros auxilios de su batallón, un refugio subterráneo en las trincheras, y de haber salido a la tierra de nadie bajo un fuego intenso para atender a los heridos, cuando se estaba tomando un breve descanso en el refugio, entró en él un proyectil.

Murieron la mayoría de los ocupantes del refugio subterráneo, casi todos heridos ya. Chavasse, el hombre que los había llevado y atendido, resultó herido en el estómago. Sangrando profusamente, subió a rastras las escaleras y consiguió arrastrarse hasta otro puesto. Desde allí lo llevaron a un dispensario, donde lo operó un especialista del Guy's Hospital de Londres. Murió dos días después. A una enfermera que lo acompañó en sus últimas horas, le dictó un mensaje para su hermana: «Déle cariños de mi parte y dígale que el deber me ha llamado y que tuve que obedecer.»

Poco después de su muerte, concedieron a Chavasse la segunda Cruz de la Victoria.[11] Su hermano Christopher escribía a un amigo, más de cuarenta años después: «Todavía lloro a mi Noel cada día de mi vida y llevo haciéndolo cuarenta y cuatro años. [...] Me parece que todavía pienso las cosas con Noel y tengo la impresión de que él puede entrar en la habitación en cualquier momento.» En el saliente de Ypres murió también en combate otro de los hermanos Chavasse, Aidan, «desaparecido y dado por muerto». Su nombre es uno de los 54.896 que se inscribieron en la puerta de Menin, sin tumba conocida.

Menos de dos semanas después del comienzo de la ofensiva del 31 de julio, el gobierno belga, en cuyo suelo se combatía, firmó en El Havre un acuerdo con el gobierno británico, en virtud del cual el terreno donde estaban situados los cementerios de guerra y las tumbas británicas en Bélgica se «concedía a perpetuidad» a Gran Bretaña. El acuerdo se firmó el 9 de agosto, casi dos años después de un acuerdo similar entre británicos y franceses. Fue un reconocimiento a la escalada de bajas británicas en suelo belga.

Más de cinco mil soldados alemanes cayeron prisioneros durante los tres días de la batalla, del 31 de julio al 2 de agosto. Para el káiser y sus comandantes, sin embargo, el peligro no estaba sólo en el frente occidental. El 2 de agosto, mientras las tropas británicas ocupaban sus nuevas posiciones en el saliente de Ypres, estalló el problema a bordo del acorazado alemán *Prinzregent Luitpold*, en Whilhelmshaven, cuando un fogonero, Albin Kobis, entró en la población al frente de cuatrocientos marinos y se dirigió a ellos con el llamamiento: «¡Abajo la guerra! ¡Ya no queremos seguir luchando en esta guerra!» Un sargento de la infantería de marina y algunos hombres convencieron a los marinos para que regresaran al barco.

No hubo violencia. Sin embargo, varios centenares de marinos que manifestaron lo que se llamó «malas actitudes políticas» fueron enviados a puestos en tierra y a setenta y cinco los enviaron a la cárcel. Kobis fue condenado a muerte y fusilado por un pelotón del ejército en Colonia. Antes de su ejecución, escribió a sus padres: «Muero maldiciendo al estado militarista alemán.» También fue fusilado Max Reichpietsch, que había encabezado una manifestación en otro buque de guerra, el *Friedrich der Grosse*.[12] Otro marinero, Willy Weber, que fue condenado a muerte, pero que consiguió que le conmutaran la pena por quince años de cárcel, dijo al tribunal: «Nadie quería una revolución; sólo queríamos que nos trataran más como a seres humanos.»

El mismo día en que se producían esos disturbios en la flota alemana, un piloto naval británico, el comandante Edwin Dunning, estaba haciendo historia militar, al despegar de un aeródromo en Scapa Flow y aterrizar, por primera vez, sobre el portaaviones *Furious*. Hasta ese momento, los aviones habían podido despegar, pero nunca aterrizar sobre la cubierta y habían tenido que transportarlos hasta los portaaviones en barcazas y subirlos a bordo con un cabrestante. Tras conseguir un segundo aterrizaje cinco días después, Dunning murió ese mismo día, en un tercer intento, cuando su avión resbaló y cayó al mar por la borda.

En el frente oriental continuaba la retirada rusa. Las tropas austríacas recuperaron la ciudad de Czernowitz el 3 de agosto. En el frente rumano, el 6 de agosto, el Cuarto Ejército ruso huyó ante un ataque alemán. No obstante, los rusos esperaban encontrar un punto en el frente oriental desde el cual pudieran volver a desplazarse hacia el oeste. A finales de julio, habían tenido éxito en el sector central, cuando en un combate cayó prisionera casi toda una división austríaca: doce mil hombres; el 8 de agosto, atacaron a las fuerzas austríacas

que defendían Kovel. En ese sector, al sur de los pantanos del Prípiat, las tropas austríacas se enfrentaban a fuerzas rusas muy superiores: 863.000 frente a 480.000. Era lógico que estuvieran preocupados. Para los alemanes, era un ejemplo típico de la falta de valor de su aliado; el general Hoffmann comentó que el ejército austríaco parecía «una boca llena de dientes hipersensibles: cada vez que sopla el viento, tiene dolor de muelas». Se enviaron tropas alemanas, como el año anterior, para reforzar a los austríacos.

Los rusos lanzaron un ataque impresionante, en el cual algunos regimientos llegaron a avanzar diecisiete veces, a pesar del intenso fuego de las ametralladoras y la artillería. Tan horroroso era el hedor de los cadáveres rusos en la tierra de nadie, que los rusos solicitaron una tregua al comandante alemán, el general Marwitz, para poder enterrar a los muertos. Pero Marwitz no la concedió. No podía haber «mejor elemento disuasorio para futuras ofensivas —comenta un historiador— que ese bosque de cuerpos en descomposición».[13]

Los austríacos resistieron el ataque ruso. La ofensiva de Kovel continuó, pero no pudieron abrir una brecha en la línea austríaca. Kovel siguió sometida al control de las potencias centrales. A pesar de sus reiterados esfuerzos, el nuevo comandante ruso del frente central, el general Alexeyev, no pudo repetir el gran avance de Brusilov en 1916.

En un gesto de solidaridad entre los aliados, el 6 de agosto, alrededor de tres mil soldados rusos llegaron al puerto escocés de Invergordon, de camino al frente occidental, donde el 10 de agosto los británicos reanudaron la ofensiva de Ypres, aunque, cuatro días después, una lluvia intensa les impidió seguir avanzando. El 16 de agosto, tomaron la aldea de Langemarck, si bien una contraofensiva alemana recuperó gran parte del terreno ganado. Sin embargo, mantuvieron la iniciativa los británicos, que, para capturar los fortines alemanes fortificados, contaron con la ayuda de carros de combate y también con un feroz ataque de distracción francés a las líneas alemanas de Verdún, en el que cayeron prisioneros más de cinco mil alemanes.

El 18 de agosto, mientras los británicos y los franceses obtenían constantes ganancias en el frente occidental, los italianos lanzaron la undécima batalla del Isonzo. Tres días después, escribió en su diario una enfermera británica del frente italiano, la vizcondesa D'Abernon: «El campamento ha quedado sumergido bajo una marea cada vez mayor de heridos. Ayer pasaron setecientos setenta.» En un momento dado, en su dispensario no quedaban más camillas. «Los hombres parecen extenuados de hambre y de fatiga. [...] Nos llegan grandes cantidades de heridos en la cabeza y también piernas y brazos destrozados,

pero, hasta ahora, pocos "abdominales". A veces sospecho que los oficiales médicos del frente los dejan a un lado a propósito. Probablemente piensan que no tiene sentido traer los casos desesperados. Es mejor brindar la posibilidad de luchar a los que pueden salir adelante, pero todo es tan triste y espantoso.»

Las tropas italianas también entraron en combate en los Balcanes el 18 de agosto, en una misión diferente, la de bomberos, sumándose a todas las fuerzas aliadas que estaban entonces en Salónica para apagar un incendio que ardía fuera de control. Casi la mitad de la ciudad quedó destruida y ochenta mil personas perdieron su casa. Desapareció el cuartel general de base británico, al igual que casi todas las reservas de quinina, necesaria para combatir el flagelo del frente de Salónica: el mosquito de la malaria. También había estallado un depósito de municiones lleno de granadas. Para las tropas, que siempre tenían la esperanza de pasar algunos días de permiso en la ciudad, escribe el historiador Alan Palmer, «todavía era posible disfrutar de la belleza natural del golfo y hallar algo de paz en las colinas que había detrás de la ciudad. Pero algunos ánimos necesitaban algo más intenso y Montmartre (¿o era acaso Babylon?) se había esfumado. Durante el resto de la campaña, Salónica siguió siendo un lugar desolado».

Desde el lanzamiento de su nuevo ataque, el 18 de agosto, los italianos habían capturado cinco picos montañosos y habían tomado más de veinte mil prisioneros austríacos y algunos alemanes. Uno de los que llegó al dispensario de Helen d'Abernon fue un tenor de la Ópera de Hannover. «El pobre tenía el rostro oculto bajo una masa sanguinolenta de vendas. Sólo se le podía dar de comer mediante un tubo de caucho que se le pasaba por debajo. Parecía que ya le estaba afectando la gangrena, a pesar de lo cual escribió un mensaje ansioso en el que preguntaba si nos parecía que "podría volver a cantar".» El 24 de agosto apuntó: «La afluencia de enfermos y heridos ha crecido hasta convertirse en una inundación.» La noche anterior habían pasado cuatro mil prisioneros austríacos, de camino a ser recluidos «tras alambre de espinos y electrolizado en Cividale. Algunos son muy jóvenes, algunos parecían montenegrinos y otros, kalmucks de rostro achatado; todos arrastraban los pies y tenían un aspecto cansado y harapiento, aunque parecían animados y a ratos reían y cantaban». La reclusión, que en tiempos de paz constituye una grave pérdida de libertad, suponía la vida, en tiempos de guerra.

El 28 de agosto, los austríacos lanzaron un contraataque que fue repelido por los italianos, que tomaron otro millar de prisioneros. Los austríacos se retiraron a una nueva línea. Italia había ganado diez kilómetros de terreno montañoso,

aunque también había un lado oscuro para los italianos: un número cada vez mayor de deserciones, que se calcularon en más de cinco mil en julio y otras cinco mil en agosto.

En el frente occidental, no se mantuvo la promesa británica inicial. El 22 de agosto, apenas se ganaron ochocientos metros en la carretera de Menin, a cambio de más de tres mil muertos y heridos, lo cual elevó la cifra de bajas a más de sesenta mil en tres semanas: una cantidad de víctimas aterradora. Para los alemanes, que una vez más habían rechazado un ataque sostenido e inmenso numéricamente, fue un triunfo.

Uno de los terrores del campo de batalla eran los trastornos mentales, que habían comenzado a hacer su aparición en las primeras semanas de la guerra y se habían intensificado durante la ofensiva del Somme y la de Verdún, en 1916. En el sector británico del frente occidental, en 1917 se establecieron centros especiales para atender el incremento de problemas mentales, sobre todo la histeria. Se conocía a esos centros con la sigla NYDN, que equivalía a algo tan falso como *Not Yet Diagnosed (Nervous)* («No diagnosticado aún – Nervioso»). A medida que se llegaba a un diagnóstico, se proponían juegos y ejercicios, se prestaban libros y se organizaban conciertos. Los centros estaban situados entre veinte y veinticinco kilómetros detrás de las líneas, de modo que el fragor de la batalla quedara amortiguado. Después del tratamiento, a los hombres que no conseguían superar la experiencia los enviaban a Gran Bretaña.

Otros hombres, que, aunque inestables, todavía se consideraban útiles, eran enviados a compañías de empleo y trabajo en la retaguardia. Los que se consideraban aptos para volver al servicio activo eran enviados a clínicas de reposo y recibían más entrenamiento, antes de devolverlos a las trincheras. Se comprobó que hasta una tercera parte de los que habían sido enviados a esos centros habían sufrido sólo un trastorno temporal. Aturdidos, mudos, incapaces de comprender preguntas y confusos, se recuperaban rápidamente y regresaban a las trincheras. Otros quedaban destrozados de por vida. En Gran Bretaña, además de los seis hospitales civiles que trataban los trastornos nerviosos, en 1917 y 1918 se crearon seis hospitales más para oficiales y trece para soldados de grado inferior, exclusivamente para atender a aquellos cuyo equilibrio mental había quedado trastornado por sus experiencias en las trincheras y que habían sido devueltos a su casa definitivamente.

¿Había alguna manera de salir del punto muerto en el frente occidental? En una conversación con uno de los secretarios privados del rey, el 14 de agosto,

Lloyd George, que, ya en enero de 1915, había sido partidario de atacar a Austria para conseguir la victoria y que todavía quería concentrar los esfuerzos británicos en el frente italiano, habló con amargura en contra de sus propios asesores militares. Gran Bretaña había cometido «un error mayúsculo —dijo— al no apoyar a Italia para hacer añicos a Austria, tomar Trieste y después estrechar la mano y firmar la paz con Austria». El 4 de septiembre, llamaron a Haig a Londres para asistir a una reunión del gabinete de guerra, en la cual argumentó a favor de continuar la ofensiva en el frente occidental. Fue capaz de conseguir en su apoyo una solicitud de Pétain para que continuara la actividad británica, a fin de impedir que los alemanes realizaran una matanza en las posiciones francesas, debilitadas aún por las secuelas de los amotinamientos. Se analizó la presión que ejercían los italianos, que solicitaban el envío de tropas británicas para contrarrestar una posible ofensiva austríaca, y el apoyo de Lloyd George a esa propuesta, que fue rechazada, después de que Haig reiterara su confianza en abrir una brecha en las líneas alemanas.

Aprovechando la agitación que reinaba en Rusia, durante la primera semana de septiembre, los alemanes consiguieron dos victorias en los extremos del frente oriental. El 3 de septiembre, tras un bombardeo masivo con más de cien mil granadas de gas, las tropas alemanas expulsaron a los rusos del puerto de Riga, en el Báltico. En el frente rumano, en Marasesti, los alemanes avanzaron ocho kilómetros en un frente de casi treinta kilómetros y tomaron dieciocho mil prisioneros.

Las tropas estadounidenses habían llegado al frente occidental, pero en pequeñas cantidades y con misiones limitadas. Durante todo agosto, el general Pershing, desde su cuartel general en París, había estado estableciendo la estructura básica de la participación estadounidense en la guerra, que seguía prevista para el verano de 1918. El 13 de agosto, estableció el sistema de una Línea de Comunicaciones para conectar los puertos con las bases y los depósitos de vanguardia. El 20 de agosto, creó un Consejo General de Compras, dirigido por un amigo suyo de su época en la Universidad de Nebraska, Charles G. Dawes.[14] Lo primero y más inmediato que hizo el Consejo fue encargar a los franceses cinco mil aviones y ocho mil quinientos camiones que debían entregar, a más tardar, en junio de 1918. Cuando los asesores de Pershing le dijeron que crear un órgano de compras centralizado era ilegal, no dio importancia a sus objeciones y después comentó: «Teníamos que hacer frente a una emergencia y no había tiempo para discutir los detalles técnicos.»

El 4 de septiembre murieron cuatro estadounidenses durante un ataque aé-

reo alemán a un hospital de base británico, las primeras víctimas mortales estadounidenses en Francia. Al día siguiente, dos soldados estadounidenses, ingenieros ambos, murieron como consecuencia del fuego de la artillería alemana mientras reparaban una vía férrea ligera en Gouzeacourt, detrás de las líneas. Un éxito obtenido por la Marina Real británica el 5 de septiembre tuvo que ver con los estadounidenses, cuando el submarino alemán *U-88* fue hundido por minas británicas frente a la costa de Terschelling. En 1915, su capitán, Walther Schwieger, había hundido el *Lusitania*, uno de los cuarenta y nueve barcos que sucumbió a sus torpedos. Seis semanas antes de su muerte le habían concedido la máxima condecoración alemana al valor, la *Pour le Mérite*, en reconocimiento a sus aptitudes por haber hundido ciento noventa mil toneladas de embarcaciones aliadas. En la mención no figuraban las treinta mil toneladas del *Lusitania*, su víctima más grande, con diferencia.

En el frente occidental, el 5 de septiembre, tuvo lugar un episodio cuyas consecuencias no se conocieron hasta 1991, de resultas del paciente trabajo de detective de un historiador.[15] Un soldado de uno de los batallones de los Liverpool Pals, el soldado raso James Smith, fue ejecutado en Kemmel por deserción. Se había alistado en el ejército en 1910 y combatió en Gallípoli en 1915. En 1916, lo enviaron al frente occidental, donde había quedado sepultado por un proyectil alemán cuando estaba en las trincheras. Más adelante, ese mismo año, lo condenaron dos veces por desobedecer la disciplina militar y, como castigo, perdió el derecho a dos insignias por buena conducta. En agosto de 1917 desertó y lo pillaron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte. Entre los que recibieron la orden de integrar el pelotón de fusilamiento estaba el soldado raso Richard Blundell, que conocía bien a Smith. Una vez disparada la descarga del pelotón, comprobaron que Smith seguía vivo. El oficial encargado, que por tradición habría tenido que matarlo con su revólver, no pudo hacerlo y, en cambio, se lo dio a Blundell y le ordenó disparar. Blundell obedeció. En recompensa por su acción, obtuvo diez días de permiso en casa, a partir de ese mismo día. Setenta y dos años después, moribundo, Blundell repetía una y otra vez, en presencia de su hijo: «Qué manera de conseguir un permiso, qué manera de conseguir un permiso.»

El 6 de septiembre, el general Pershing trasladó el cuartel general de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense de París a Chaumont, cerca de lo que muy probablemente sería el sector de operaciones estadounidense. Estaba costando mucho preparar a sus hombres para entrar en acción. Ese día se presentó Poincaré a inspeccionar las tropas estadounidenses. El jefe del Estado Mayor

en funciones, el capitán George C. Marshall[16], se vio obligado a elegir la plaza de armas a toda velocidad, de noche; por la mañana resultó que era irregular, estaba toda revuelta y llena de barro. El presidente de Francia no quedó impresionado, ni tampoco Pershing, cuya misión consistía en convertir a esos hombres en soldados combatientes y cuyo credo era la disciplina y la fuerza. Como si Pershing y los aliados no tuvieran suficientes problemas, el Secretario de Guerra estadounidense, Newton D. Baker, insistió en que no había que enviar al frente a las tropas estadounidenses hasta que no estuvieran totalmente entrenadas. Cuando a Clemenceau, que quería ver a los estadounidenses en acción en seguida, le dijeron que todavía no estaban listos, respondió, exacerbado, que no era cuestión de estar listos, que nadie estaba nunca listo del todo, sino de ayudar a Francia, que estaba agotada, le habían chupado la sangre y necesitaba ayuda. Pershing comprendía las necesidades casi desesperadas de sus aliados y escribió en su diario el 15 de septiembre: «Los recientes ataques británicos, que comenzaron en la segunda quincena de julio, han sido muy costosos y la moral británica no es tan alta como hace dos meses.»

Seis días antes de que Pershing escribiera algo tan pesimista, se había producido un incidente detrás de las líneas, en Étaples, donde a los soldados británicos que habían sido hospitalizados los estaban sometiendo, durante dos semanas, a un curso intensivo de reciclaje sobre la guerra con gas y la marcha. Se produjeron refriegas en el pueblo entre los soldados y la policía militar, los disturbios se extendieron y el comandante del campamento y una docena de oficiales fueron arrojados al río, pero los hombres regresaron al campamento esa noche y a la mañana siguiente reanudaron el entrenamiento. Cuando estallaron más disturbios el 12 de septiembre, contra la Policía Militar, que tanta aversión despertaba, se pidieron refuerzos y se alertó a una brigada de caballería, pero cuando se hicieron concesiones a los hombres y se redujo el rigor del entrenamiento, volvió la calma. El «amotinamiento» británico había sido mudo. Sin embargo, cuando los trabajadores chinos de Étaples exigieron mejores condiciones, su protesta fue reprimida por las tropas sin reparo ni compasión.

En la época de los disturbios en Étaples, una brigada de tropas rusas que estaban en La Courtine, trescientos veinte kilómetros al sur de París, debatía sobre su inminente envío al frente occidental. Alzando la bandera roja del bolchevismo, se negaron a ir a las trincheras. El 16 de septiembre, atacó su campamento otra brigada rusa, formada por tropas leales a Kerensky y a la guerra. En lo que rápidamente se conoció como «la masacre de La Courtine», murieron varias docenas de rusos. El día anterior, en Petrogrado, Kerensky había declarado la república. Estaba decidido a tratar de mantener las conquistas li-

berales de la revolución de marzo y a ver surgir a Rusia de la guerra como una democracia, pero el poder iba pasando lenta e inexorablemente al Soviet de Petrogrado, que seguía reunido en el palacio de Tauride.

Cuando el general Pershing visitó el campamento de La Courtine, lo describió como «el lugar más asqueroso e insalubre que he visto en mi vida». Circulaba un chiste sobre los soldados rusos en el frente oriental que habría sido cómico de no haber sido por la gravedad que revestía el fracaso ruso para los aliados occidentales: «¿Cuánto han retrocedido hoy los rusos?» «Catorce kilómetros, lo mismo que retrocederán mañana.» «¿Cómo lo sabes?» «Porque es lo máximo que puede andar un alemán cansado.»

El día de la revuelta rusa en La Courtine también se sublevaron quinientos trabajadores egipcios, empleados por los aliados para desembarcar provisiones en Marsella. Les habían hecho creer que su período de servicio en los muelles tendría un duración limitada, pero acababan de enterarse de que se suponía que continuaran trabajando allí hasta el final de la guerra, cuando fuese. La mañana del 16 de septiembre, se negaron a salir del campamento para ir a trabajar. Se enviaron tropas británicas e indias y una guardia de caballería india los escoltó a su trabajo. Esa noche hubo más disturbios y uno de los trabajadores, Mohamed Ahmed, golpeó con un bastón a un oficial británico, lo dejó inconsciente y se apoderó de su fusil y su bayoneta, antes de que otros tres egipcios consiguieran dominarlo. Doce días después lo juzgaron por «disturbios de carácter rebelde», lo declararon culpable y lo fusilaron.

Ese mismo día, 16 de septiembre, tuvo lugar un episodio en el frente occidental que provocó considerable irritación. Era el tercer día de una ofensiva limitada en el saliente de Ypres, delante de Saint-Julien. Según escribió a su familia Bernard Freyberg, recién promovido a general de brigada: «El 16 de septiembre, uno de nuestros aviones, volando a baja altura, informó de que tres hombres vestidos de caqui le habían hecho señas desde un embudo de explosión en la tierra de nadie. Un oficial salió a plena luz del día y los llevó a las trincheras; ellos declararon bajo juramento que la mañana después del ataque vieron cómo el enemigo, después de desarmar y tomar prisioneros a un grupo de nuestros hombres, los habían matado a bayonetazos. Dijeron que los gritos que daban esos hombres eran espantosos.»

La ofensiva británica en el saliente de Ypres se reanudó el 20 de septiembre. La acción del primer día fue un éxito. «Conseguimos capturar todos nuestros objetivos, según los planes», anotó Freyberg, pero añadió, haciendo referencia

a los bayonetazos que habían tenido lugar cuatro días antes: «Nuestros hombres no tomaron muchos prisioneros. Teníamos demasiado presente el incidente de pocos días antes.» El propio Freyberg fue herido otra vez, en cinco lugares, incluidos el pulmón y el muslo, cuando lo alcanzó la explosión de un proyectil. Después recordaba el dispensario al cual lo llevaron, en Remy. «La extirpación de fragmentos de proyectiles o balas, cuando era posible, se llevaba a cabo de inmediato. Los casos sencillos se radiografiaban bajo una pantalla y se marcaba el cuerpo con lápiz, antes de llevar a los pacientes a la sala de operaciones, donde ocupaban su sitio en una larga cola de camillas. Dentro de la tienda trabajaban simultáneamente ocho equipos de cirujanos. En cuanto acababan con un paciente, se lo llevaban, todavía bajo los efectos de la anestesia, para dejar el sitio a otro hombre anestesiado, que colocaban sobre la mesa de operaciones. Esperé en la cola a que me llegara el turno para la anestesia, que me administró una doctora.»

El objetivo británico seguía siendo la colina de Passchendaele, tras la cual se esperaba que el terreno fuera más fácil para seguir avanzando. Se tardarían siete semanas en apresar la colina, siete de las semanas más terribles de la historia de la guerra para Gran Bretaña. En un enfrentamiento, un sargento británico, W. Burman, utilizó una espada para matar a once alemanes en su puesto de ametralladora; le concedieron la Cruz de la Victoria. Un soldado de caballería estadounidense, que estuvo presente durante la batalla, escribió a su esposa: «Los alemanes disparan un gas que hace vomitar a la gente y, cuando se quitan la máscara para escupir, les disparan el gas mortal. Una idea ingeniosa, ¿verdad?»[17]

Cada día de la guerra se producía algún incidente que revelaba lo estrecho que era el margen entre una herida y la muerte. Un sargento de infantería alemán, que en 1916 había sido herido en el brazo al estallar la metralla de un proyectil, en Verdún, y que después volvió a recibir una herida en el brazo, provocada por una esquirla, en julio de 1917, en el frente rumano, fue herido por tercera vez ese mismo otoño, esa vez de gravedad. Cuando atravesaba la tierra de nadie hacia una trinchera rumana, a la cabeza de su pelotón, le hizo frente un soldado rumano, que abrió fuego a treinta pasos. La bala le atravesó el pecho, entre la aorta y el corazón, y salió a un dedo de distancia de la columna. Sangrando profusamente, logró regresar corriendo a las trincheras alemanas. Después de pasar cuatro meses en el hospital, se presentó voluntario como piloto, lo aceptaron y en las últimas semanas de la guerra participó en combates aéreos. Su nombre era Rudolf Hess. Desde 1934 hasta su dramática huida a Escocia, en 1941, fue el segundo de Hitler y un partidario incondicional del Tercer Reich.

Otro futuro líder nazi también fue herido ese mes de septiembre. Joachim Ribbentrop, que llegó a ser embajador de Hitler en Gran Bretaña y ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, había combatido tanto en el frente oriental como en el occidental durante tres años. Le concedieron la Cruz de Hierro de Primera Clase y, como consecuencia de sus heridas, lo dieron de baja por invalidez con el grado de teniente.

Capítulo XIX

LA BATALLA DE PASSCHENDAELE; LA REVOLUCIÓN EN RUSIA
De septiembre a noviembre de 1917

Los alemanes sufrían todavía más que los británicos durante la tercera batalla de Ypres. Después del primer día en que se produjo un ataque británico al bosque de Polygon, el 26 de septiembre de 1917, escribió Ludendorff: «Un día de intensos combates, acompañado por todas las circunstancias que pueden provocarnos pérdidas. Podíamos ser capaces de soportar la pérdida de terreno, pero la disminución de nuestra capacidad de combate fue todavía mayor.»

En Gran Bretaña, habían comenzado a plantearse la cuestión de la continuidad del desgaste. Aunque se hacía retroceder a los alemanes noventa metros aquí y otros noventa allá, las listas de las bajas seguían aumentando. El 27 de septiembre, escribió a Haig el jefe del Estado Mayor General del Imperio, sir William Robertson: «Reconozco que persevero porque no encuentro nada mejor y porque mi instinto me hace perseverar, más que porque tenga algún argumento bueno para brindar mi apoyo.» Al día siguiente, Haig escribió en su diario: «El enemigo se tambalea», que era su argumento habitual para seguir adelante.

Los primeros seis días de octubre, ahuyentaron cinco contraataques alemanes sucesivos y más de cuatro mil atacantes fueron capturados. Antes del 5 de octubre, habían caído prisioneros más de veinte mil alemanes, pero a un coste aproximado de 162.768 muertos y heridos. Los dos generales más antiguos de Haig, Plumer y Gough, le pidieron que pusiera fin a la ofensiva, pero él se negó. La ofensiva británica se reanudó en un frente de diez kilómetros el 9 de octubre. Uno de los que participó en ella, Hugh Quigley, escribió a su familia unos días después, desde el hospital, que «los oficiales nos dijeron lo de siempre: "Es un chollo", y supongo que habría sido bastante fácil si hubiéramos empezado bien. Pero ninguno de nosotros sabía adónde ir cuando comenzó la descarga, si medio a la derecha o medio a la izquierda. [...]»

Quigley y los hombres que estaban con él alcanzaron su primer objetivo, «un

parapeto espantoso, lleno de cadáveres alemanes», tras lo cual un proyectil le hizo perder el conocimiento durante un rato. «Lo que vi antes de continuar me dio un asco horrible: nos llamó la atención la posición del casco sobre el rostro de un oficial muerto, bastante hundido hasta la nariz, de modo que el sargento de mi pelotón lo levantó y descubrió que le faltaba la mitad superior de la cabeza. Por encima de la nariz, todo había quedado reducido a átomos, una masa de pulpa, cerebro, hueso y músculo.» Aparte de ese episodio, añadió Quigley, «toda la cuestión parecía bastante divertida. Ya sabes cómo se entusiasma uno en medio de un grave peligro. Me olvidé por completo de que los proyectiles servían para matar, en lugar de para brindar complicados efectos luminosos». Durante un tiempo, contempló la descarga, «la nuestra y la de los alemanes, como algo que servía para entretenernos, un clima de locura, si quieres». Pero el clima de locura desapareció en seguida. Uno de los hombres de su pelotón, cargado con quinientas balas, «se hizo el valiente, se adelantó y nos hizo señas y en general empezó a actuar con tranquilidad, como si estuviera en un desfile. Lo último que vi de él fueron dos brazos que se retorcían como locos en el suelo, la sangre que le brotaba de la boca, mientras las piernas y el cuerpo se hundían en un embudo de explosión lleno de agua».

Entonces los alemanes lanzaron una impresionante descarga de artillería, con gas mostaza y proyectiles rompedores de alto poder explosivo. «Delante de nosotros, el terreno parecía una masa de fuego que avanzaba muy lentamente», escribió Quigley. A medida que avanzaban, los hombres «se volvían como de pesadilla, como si estuvieran bajo un precipicio de fuego». Los proyectiles británicos se quedaban cortos y estallaban junto a los grupos de hombres que trataban de avanzar. «Pero cuando desaparecían el barro y el humo, allí estaban, sucios, pero intactos. La arcilla, empapada de lluvia, chupaba el proyectil y ahogaba la metralla, inutilizándola.» En ese momento, estalló en medio de ellos un proyectil alemán. «Un hombre que estaba a mi lado se llevó las manos a los oídos y lanzó un grito de espanto, sordo como una tapia, con los tímpanos destrozados.» Al seguir avanzando, el propio Quigley fue alcanzado por el fuego de las ametralladoras alemanas. «Cuatro hombres me llevaron en una camilla por la carretera de Passchendaele, sobre un laberinto de espantosos agujeros llenos de muertos desenterrados por la descarga. Algo que recuerdo vívidamente: un prisionero alemán pálido que atendía a un "Cameron" más pálido todavía, que había sido herido en el estómago. A pesar del intenso bombardeo, no se separaba de él.» A dos hombres que transportaban a un soldado herido del regimiento de las Highland les alcanzó la explosión de un proyectil, que mató a ambos; el escocés herido sobrevivió. «Lo único malo fue que cayó dentro de un

embudo de explosión que apestaba. Yo mismo me caí una o dos veces, de lo malo que era el camino, pero mis camilleros, que pertenecían al Cuerpo Médico del Ejército Británico, eran buena gente, no le tenían miedo a nada, eran amables y se disculpaban por cada sacudida.»

Los heridos que tenían que ser transportados en camilla necesitaban hasta dieciséis hombres para atravesar un kilómetro y medio de barro hasta llegar a los pasos de tablas y los dispensarios de avanzada.

El 12 de octubre, a medida que las tropas aliadas se acercaban a la colina de Passchendaele, la intensa lluvia convirtió los campos en barro líquido. Tan numerosas eran las bajas alemanas que Ludendorff se vio obligado a desviar a Flandes a doce divisiones alemanas que se dirigían al frente italiano. Tan intensa era la lluvia y tan abundante el barro, que el 13 de octubre Haig canceló el ataque que tendría que haber llegado más allá de Passchendaele. Un general británico comentó lacónicamente: «El barro interrumpe las operaciones en Flandes. La nieve interrumpe las operaciones en Italia.» En los últimos cinco días de la batalla por Passchendaele, durante los cuales las tropas australianas llegaron hasta los suburbios de la aldea, murieron ciento treinta oficiales y más de dos mil soldados, y ocho mil resultaron heridos. Muchos de los que murieron eran heridos que cayeron al barro y se ahogaron.

Entre los aliados reinaba mayor satisfacción después de la tercera batalla de Ypres que después del Somme. Se había conquistado más terreno y con menos bajas. Los muertos y los heridos durante esa tercera batalla alcanzaron un total de 244.897, de los cuales murieron alrededor de sesenta y seis mil.[1]

Para los alemanes, la tercera batalla de Ypres había supuesto un duro golpe para sus efectivos y su moral. Sus bajas, entre muertos y heridos, rondaban las cuatrocientas mil, casi el doble que las de los británicos. El general Von Kuhl, el jefe del Estado Mayor en el frente de Flandes, describió posteriormente las batallas que culminaron en Passchendaele como «el mayor martirio de la guerra mundial —y añadió—: Ninguna división fue capaz de aguantar mecha durante más de catorce días».

Las tropas estadounidenses seguían entrenándose y sus efectivos aumentaban con mayor lentitud de lo que Pershing habría deseado; el programa de suministros se veía dificultado por la necesidad de que los propios estadounidenses construyeran muchas de las instalaciones portuarias. El 3 de octubre, durante una inspección que hizo Pershing a la 1.ª División, el comandante Theodore Roosevelt, hijo del ex presidente de Estados Unidos, hizo una demostración de

un ataque a una trinchera enemiga. Pershing, al verla, se puso furioso por la incompetencia de los altos oficiales que hacían comentarios sobre la demostración; entonces intervino el capitán George Marshall, para explicar algunas de las dificultades del entrenamiento. Todavía no iba todo bien en el ejército, sobre cuyas espaldas caería al final la dura carga de los combates. «Me temo que tenemos algunos oficiales —escribió Pershing al día siguiente al Secretario de Guerra, Newton Baker— que no tienen ni la experiencia, ni la energía, ni la agresividad necesarias para preparar a sus unidades ni para manejarlas en las condiciones de la batalla que existen en la actualidad.»

En el mar, los aliados sufrieron desigual fortuna. El 2 de octubre, en el Báltico, la flota rusa se negó a obedecer las órdenes del gobierno provisional, lo cual permitió a los alemanes trazar planes para desembarcar en las dos grandes islas del golfo de Riga, Dagö y Oesel. Mientras los alemanes enviaban transportes para tropas para esos nuevos desembarcos, la tripulación de un minador ruso, el *Pripyat*, se negaba a colocar las minas. En cambio, en el Atlántico y en el Mediterráneo, la institución del sistema de convoyes daba buenos resultados para los aliados. Las pérdidas de buques mercantes correspondientes a septiembre fueron las más bajas del año, ya que sólo se hundieron ciento cincuenta y nueve buques británicos, aliados y neutrales, si bien habían perecido 293 marinos mercantes británicos en esos hundimientos, lo que supuso una gran pérdida. En tierra, las potencias aliadas atravesaban días desafortunados. En el frente del Isonzo y en el de Trentino, la cifra de desertores italianos había aumentado, a principios de octubre, a setenta mil. En Palestina, la policía secreta turca había descubierto la red de espionaje judía que trabajaba para los británicos y había arrestado a una de sus dirigentes, Sarah Aaronsohn. La torturaron durante cuatro días, pero no reveló nada. Al final, el 5 de octubre se suicidó.

Influido por el entusiasmo y los planes prácticos del hermano de Sarah Aaronsohn, Aarón, el gobierno británico había comenzado a mostrarse favorable a la idea de reemplazar el dominio turco en Palestina por un órgano sionista, bajo mandato británico. Ese verano, lord Rothschild había presentado al gobierno británico un proyecto de fórmula para un Hogar Nacional Judío en Palestina, que serviría para convertir la derrota de los turcos en un objetivo importante para los judíos de todos los ejércitos aliados. Al principio, la reacción del gobierno británico fue muy lenta, pero, el 2 de octubre, el servicio secreto británico se enteró de que se había celebrado en Berlín una reunión, en la cual alemanes y turcos hicieron planes para ofrecer a los judíos europeos un Hogar Nacional Judío en Palestina, patrocinado por los alemanes. Eso sirvió de estí-

Campeonato deportivo entre heridos alemanes. La cantidad de inválidos que dejó la guerra fue sin duda otro de los aspectos más dramáticos del conflicto. (Archivo Arlanza.)



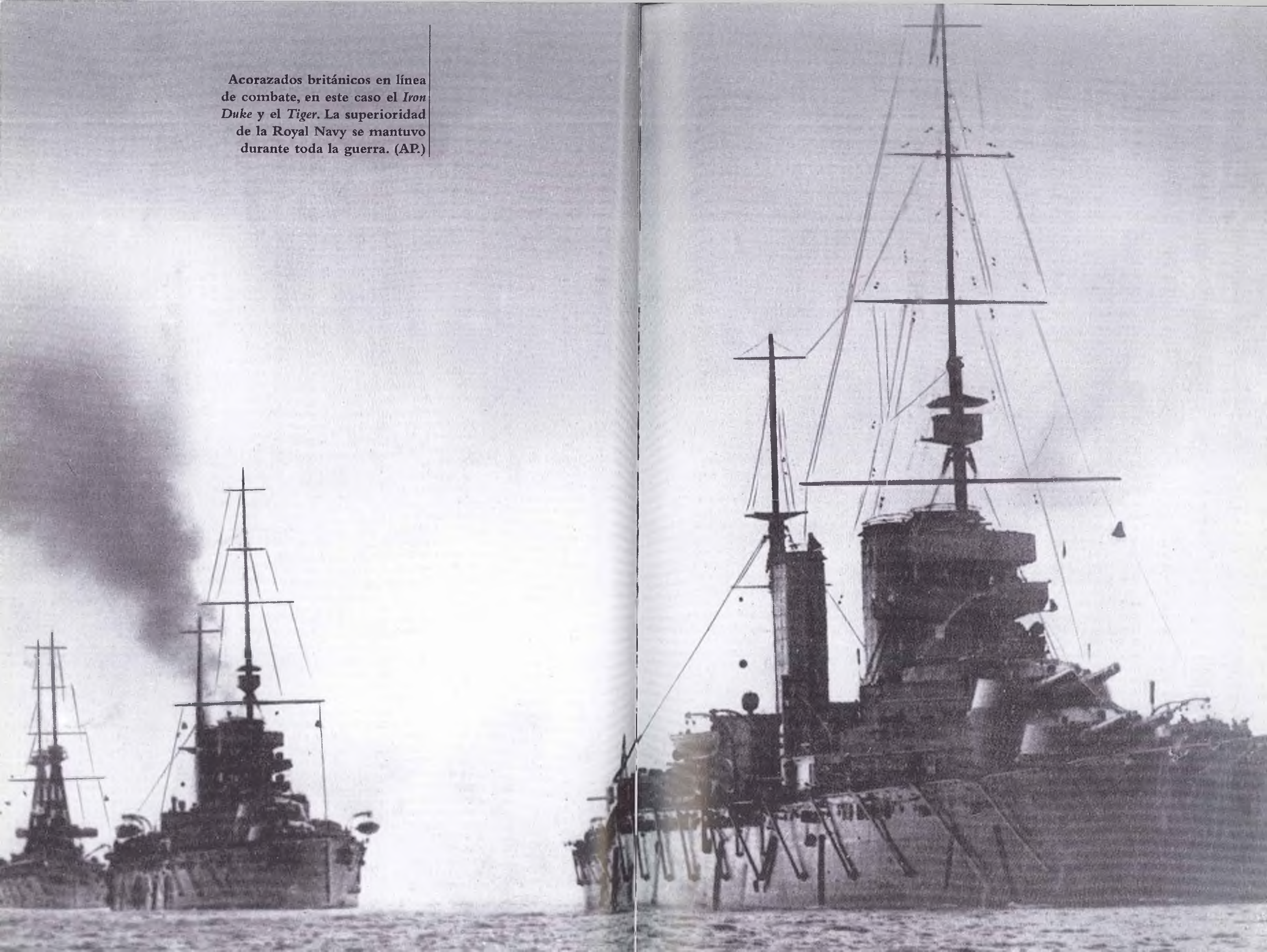


El mariscal Hindenburg con su Alto Estado Mayor del frente occidental en 1918, poco antes de la última ofensiva alemana. (Archivo Arlanza.)





Los ataques con gas fueron una
de las principales armas utilizadas durante
la guerra pero su utilidad bélica
se demostró dudosa. En la foto,
un simulacro de ataque con gas en Francia
contra tropas británicas en 1918. (AISA.)



Acorazados británicos en línea de combate, en este caso el *Iron Duke* y el *Tiger*. La superioridad de la Royal Navy se mantuvo durante toda la guerra. (AP.)



Soldados alemanes salen de sus trincheras para tomar las posiciones francesas de Montdidier-Noyon durante la última ofensiva alemana de la guerra. (AISA.)

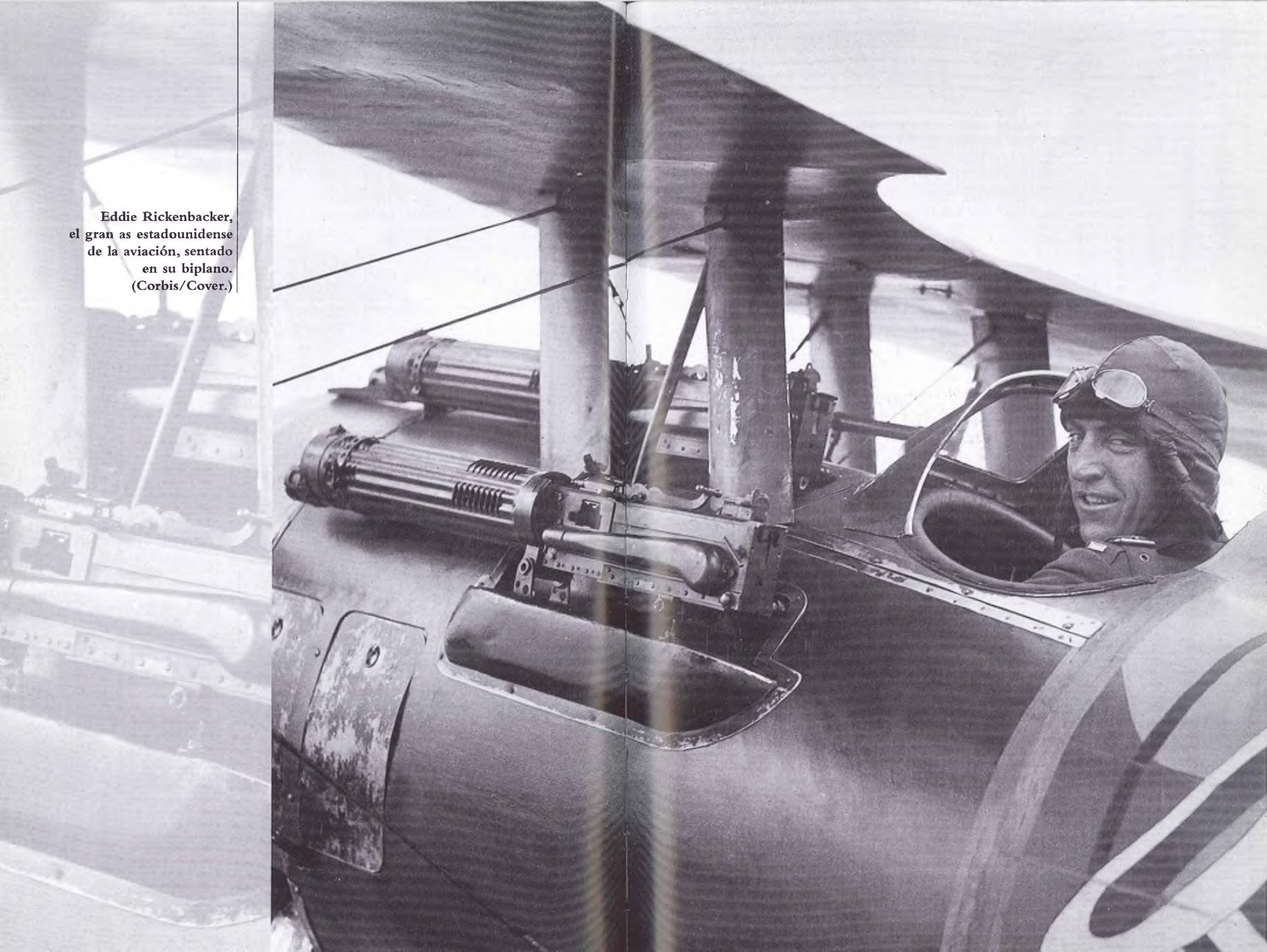


Soldados británicos se preparan para una carga en 1918. A partir del verano de ese año, detenida la última ofensiva germana y con las tropas estadounidenses a pleno rendimiento, los avances aliados fueron constantes. (AISA.)



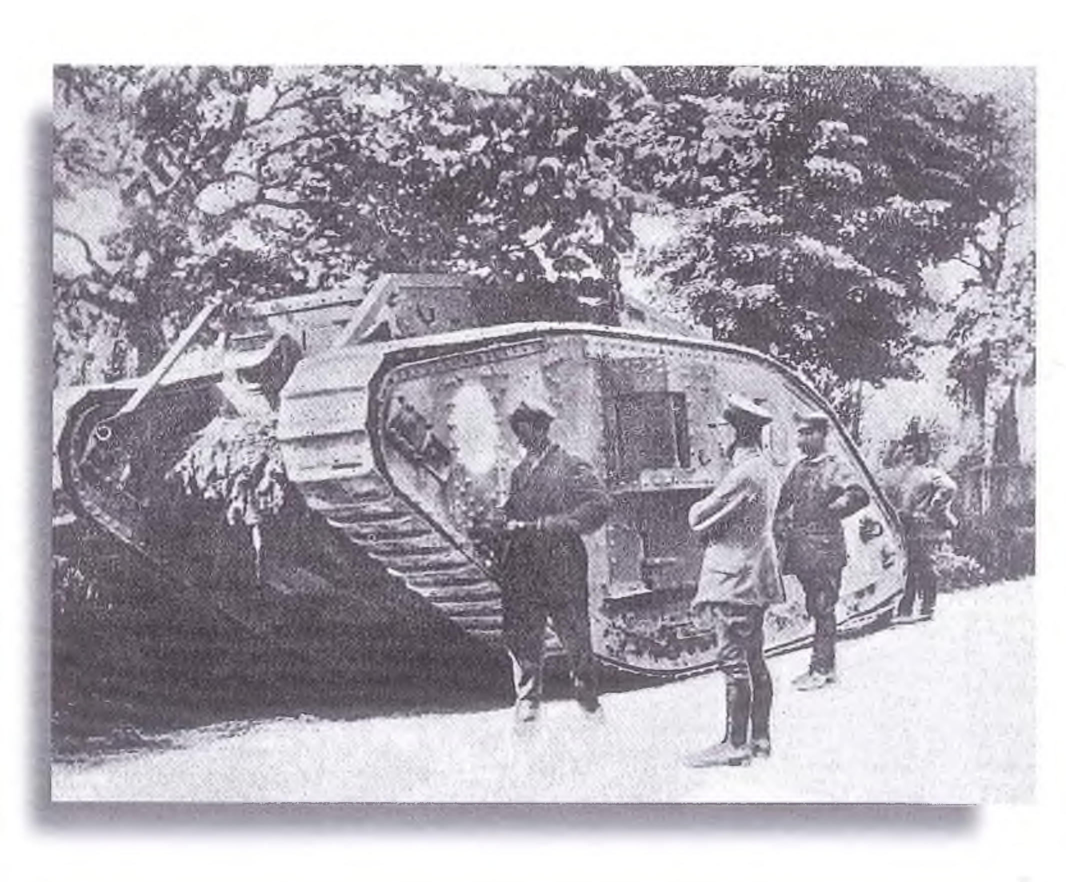


Cañones Howitzer británicos de 8 pulgadas en acción. (AISA.)



Eddie Rickenbacker, el gran as estadounidense de la aviación, sentado en su biplano. (Corbis/Cover.)

Carro de combate inglés capturado por los alemanes. Utilizados por primera vez en la batalla de Cambrai en 1917, los tanques fueron fundamentales para romper la guerra de trincheras. (Archivo Arlanza.)



mulo a los británicos para buscar una fórmula para que la oferta de los aliados a los judíos resultara más atractiva.

Durante todo 1917, el futuro de los checos había preocupado a los que formulaban las políticas en Viena y a los nacionalistas en Praga. El 4 de agosto, como ansiado foco de la opinión contraria a los Habsburgo, el gobierno francés anunció la formación de un ejército checo en suelo francés. En Viena, a pesar del incentivo de la Entente, la oposición mantuvo una postura firme contra cualquier concesión real a las minorías nacionales. Las esperanzas nacionalistas checas habían aumentado con la subida al trono del emperador Carlos, uno de cuyos primeros actos consistió en conmutar la pena de muerte de los dirigentes nacionalistas Karel Kramar y Alois Rasin por penas de quince y diez años de cárcel, respectivamente. El nuevo emperador, que cumplió treinta años en agosto de 1917, se había movido rápidamente para marcar el cambio con respecto al viejo orden de su tío abuelo: nombró a un primer ministro moderado, Seidler; convocó al Parlamento por primera vez en más de tres años y propuso un sistema federal para Austria, en el cual las tierras checas fueran autónomas. También excarceló al doctor Kramar.

Kramar fue recibido en Praga en medio de gran regocijo, pero los húngaros estaban decididos a no permitir ningún cambio en sus fronteras y vetaron no sólo las reclamaciones checas sobre Eslovaquia, sino también las exigencias de los rumanos y los eslavos del sur. Sin embargo, hasta los húngaros se vieron arrastrados a la maraña de incertidumbre y caos con que estaba plagado el futuro de la guerra. El 19 de septiembre, el conde Karolyi, el líder del Partido Independentista Húngaro, había expuesto los detalles de una campaña destinada a poner fin a la guerra lo antes posible.

El 27 de septiembre, se produjo un momento de humillación para los checos, en el Parlamento, cuando un diputado austríaco, Karl Hermann Wolf, en respuesta a un llamamiento checo a la integridad de las tierras bohemias, afirmó que las reclamaciones de Bohemia eran la causa de los males de Austria. A continuación, Wolf dijo que el nuevo primer ministro «se comportaba con una bondad, una amabilidad, una delicadeza, una dulzura que tal vez uno pueda permitirse en círculos muy civilizados, pero que no se pueden mostrar hacia los tigres. Entre animales salvajes, uno no trabaja con promesas y caricias, sino con el látigo».

Hubo un gran revuelo y, durante veinte minutos, Wolf no pudo añadir más, pero, cuando disminuyó el ruido, continuó en un estilo similar. Comentaba la historiadora de las aspiraciones nacionales checas, Elizabeth Wiskemann: «Los

checos ya eran hipersensibles (con respecto a su "lenguaje servil" y su tosquedad, que tanto divertían a los vieneses), sin necesidad de compararlos con bestias salvajes.»

A continuación, se produjo malestar social donde habían fallado los procedimientos parlamentarios. Durante una huelga en la población morava de Prostejov (Prossnitz), veintitrés obreros murieron por disparos y cuarenta resultaron heridos, cuando abrieron fuego las tropas austríacas.

El káiser, ansioso por demostrar a Turquía que Alemania estaba decidida a continuar la guerra a pesar del amotinamiento naval de Wilhelmshaven, los estruendos en el Reichstag y las numerosas bajas en el saliente de Ypres, viajó a Constantinopla. Al menos, podría señalar con confianza la inminente caída del frente oriental, donde, a partir del 6 de octubre, estaban en huelga más de un millón de empleados ferroviarios rusos, con lo cual resultaba prácticamente imposible el envío de tropas al frente.

Ese octubre, se produjeron varios éxitos alemanes más. En el frente occidental, fueron rechazados una serie de ataques franceses. En Passchendaele, a pesar de las numerosas bajas, las defensas alemanas resistieron y falló el plan británico de penetrar hasta el interior de Bélgica. En el Báltico, se lanzó una operación anfibia contra tres islas rusas, Dagö y Oesel y la más pequeña isla de la Luna, con una flota de buques de guerra que incluía once acorazados y diecinueve vapores para transportar a veintitrés mil soldados y cinco mil caballos. Las islas fueron defendidas por el almirante Altvater, pero hicieron imposible su misión los marinos revolucionarios que estaban a sus órdenes. Como informó después al general Hoffmann: «La propaganda bolchevique tiene gran influencia sobre las masas. Cuando estaba defendiendo Oesel, las tropas llegaron a desaparecer ante mis ojos.» Las islas fueron ocupadas y cayeron prisioneros cinco mil soldados rusos.

En el África Oriental alemana, las fuerzas alemanas siguieron combatiendo contra los británicos y se prepararon, bajo el tenaz liderazgo de Lettow-Vorbeck, a invadir el África Oriental portuguesa; después de numerosos roces con sus enemigos en una extensa zona geográfica, no se rindió hasta catorce días después de la firma del armisticio en Europa. En el mar del Norte, dos cruceros alemanes, el *Bremse* y el *Brummer*, atacaron y destruyeron un convoy que iba de Noruega a Shetland y hundieron nueve buques mercantes en poco más de dos horas. Dos destructores británicos que trataron de intervenir, el *Mary Rose* y el *Strongbow*, fueron hundidos y murieron ciento treinta y cinco de sus tripulan-

tes. Ese mismo día, 17 de octubre, el buque estadounidense de transporte *Antilles* fue hundido por un submarino alemán, provocando la muerte de sesenta y siete personas que iban a bordo.

El comandante de un submarino alemán, Martin Niemöller, cuya embarcación se encontraba entonces frente a las costas de Marruecos, recordaba después esos días tan estimulantes: «El 20 de octubre, al caer la noche, con un torpedo hundimos un vapor desconocido (probablemente británico) cerca de la costa, después de un duelo de artillería. El 21, mantenemos un combate violento con otro vapor británico, que primero se acerca hacia nosotros y después se aleja. Es domingo y el vapor tiene suerte al principio, porque, al alejarse, tenemos que dejar de disparar. Poco después de mediodía, el *Gryfevale* parece tener problemas, porque disminuye la velocidad y eso nos permite reanudar el fuego. Se acerca a tierra con las olas. Cuando la tripulación ha desembarcado, destruimos la nave a cañonazos, dejando sus restos irreconocibles.»[2]

Ésos fueron triunfos alemanes, pero también sufrieron fracasos, ese mes, como la ejecución, a las afueras de París, el 15 de octubre, de la bailarina de origen holandés Mata Hari, acusada de espiar para los alemanes.[3] Informó *The Times*: «La bailarina Mata Hari fue fusilada esta mañana. Fue arrestada en París en febrero y condenada a muerte por un consejo de guerra el mes de julio pasado, por espionaje y por pasar información al enemigo. [...] Tenía la costumbre de reunirse con notorios maestros del espionaje alemán fuera del territorio francés y se ha demostrado que les había transmitido información importante, a cambio de la cual había recibido varias veces grandes sumas de dinero, desde mayo de 1916.» Su verdadero nombre era Margueretha Gertruida Zelle y había sido bailarina en Francia desde 1903, cuando tenía veintisiete años.

Cuatro días después de la ejecución de Mata Hari, once zepelines llevaron a cabo un ataque aéreo planeado con gran cuidado contra las ciudades industriales del norte de Inglaterra que fue un fracaso rotundo. Uno de ellos arrojó sus bombas sobre Londres; cuatro fueron desviados de su ruta por un vendaval de cien kilómetros por hora y acabaron sobre la Francia ocupada por los alemanes; uno fue derribado por el fuego antiaéreo francés, a 5.800 metros; uno hizo un aterrizaje de emergencia; uno cayó intacto en poder de los franceses y otro desapareció en el Mediterráneo sin dejar rastro.

Hubo un momento de mal agüero para los alemanes el 21 de octubre, en el sector de Lunéville del frente occidental, al incorporarse las primeras tropas de combate estadounidenses a diversas unidades francesas. Las enviaron a un sector tranquilo del frente, elegido a propósito. El plan consistía en enviar batallones individuales, de forma rotativa, a las trincheras de la línea del frente. Un

batallón estadounidense capturó al primer prisionero que tomó la Fuerza Expedicionaria: un camillero alemán que entró en su sector por equivocación.

El 23 de octubre, en el Aisne, los franceses lanzaron un ataque limitado, pero sostenido, contra las posiciones alemanas que defendían el Chemin des Dames. El ataque había sido precedido por un bombardeo de artillería que duró seis días (y sus noches), en el cual una de las baterías de cañones franceses de 75 milímetros fue manejada por artilleros estadounidenses. El ataque en sí, en el que participaron ocho divisiones francesas, asistidas por ochenta carros de combate franceses, avanzó algo más de tres kilómetros sobre el terreno pulverizado, tomó diez mil prisioneros alemanes y privó a los alemanes de un importante punto de observación en Laffaux. Uno de los lugares que capturaron los franceses en esa ocasión fue el fuerte de la Malmaison, una antigua fortaleza que, antes de la guerra, había sido vendida a un constructor particular, para usarla como cantera para sacar piedra. La victoria en lo que se conoció como la batalla de las canteras fue, según la describió un historiador, «limpia y compacta y satisfactoria, como un paquete de regalo; sin duda un regalo para levantar el ánimo a un país cansado y desalentado».[4] Los alemanes, que no estaban dispuestos a librar una batalla prolongada, se retiraron del Chemin des Dames a una posición más baja, tres kilómetros más al norte.

La planificación de la ofensiva alemana estaba centrada en el frente italiano, donde una fuerza alemana considerable se había sumado a los austríacos para abrir una brecha en el Isonzo. Era la duodécima batalla entre los altos picos inhóspitos, pero la primera cuya planificación, escala y estructura habían sido determinadas por las potencias centrales. Comenzó con un bombardeo de artillería que duró cuatro horas, dos de ellas con granadas de gas, contra las cuales los italianos no disponían de la protección adecuada, de modo que, deshechos por el gas, llegaron a retroceder veintidós kilómetros, presa del pánico. Esa tarde, las fuerzas alemanas entraron en la población de Caporetto, que para los italianos llegaría a ser un nombre con connotaciones vergonzosas, a pesar de que sus hombres no disponían de medios para resistir un ataque tan abrumador.

La muerte no hacía discriminaciones entre los ejércitos: uno de los que murieron esa semana en el Isonzo fue el poeta lírico austríaco de veinticinco años Franz Janowitz. También entró en acción en Caporetto el teniente Rommel, que el 25 de octubre condujo a sus hombres a dos picos montañosos y, al hacerlo, tomaron tres mil seiscientos prisioneros italianos. Al finalizar ese día, el ejército alemán había tomado treinta mil prisioneros en total y más de trescientas piezas de artillería. Al día siguiente, continuó el avance austrogermano y las tro-

pas austríacas capturaron el monte Maggiore. Tras un avance de veinte kilómetros, Rommel alcanzó la cima del monte Matajur, de 1.650 metros. Al cabo de cincuenta y dos horas de combate, había tomado más de nueve mil prisioneros y sólo había perdido seis hombres.

El tercer día del éxito austrogermano contra los italianos, Haig lanzó un último intento británico por capturar Passchendaele. «El enemigo arremetió como un toro salvaje contra el muro de hierro», fue el comentario de Ludendorff. El 26 de octubre, el mismo día que comenzó la última ofensiva de Passchendaele, con la esperanza de evitar un fracaso italiano en el sur, Lloyd George ordenó que se enviaran a Italia, sin demora, dos divisiones del frente occidental. Era demasiado tarde para recuperar de inmediato el equilibrio militar: el 27 de octubre, el ejército italiano se retiró de sus posiciones en el Isonzo. Ese día, Mussolini, uno de los periodistas más estridentes de Italia, pidió que se renovara el celo patriótico. Durante todo el tiempo que dure la lucha, escribió, «debemos abandonar la gran palabra "Libertad". Hay otra que, en este tercer invierno de guerra, debería estar en labios del gabinete cuando se dirige al pueblo italiano, que es "Disciplina"». El 27 de octubre, exhortó a sus lectores: «Enfrentad al enemigo.» Los italianos debían tener en cuenta «no la gravedad, sino la grandeza del momento».

Tan afligido estaba un oficial de enlace británico en Italia, sir Samuel Hoare, ante el derrotismo y el sentimiento antibelicista generalizados en Milán y ante el sentimiento progermano que encontró en Roma, que buscó a Mussolini y obtuvo permiso del Servicio Secreto Militar británico para ayudar a financiar su periódico y para fomentar la publicación de artículos sin pelos en la lengua contra los pacifistas milaneses. «Déjelo en mis manos», fue el comentario de Mussolini al intermediario que le llevó el dinero británico. Desde su sillón de editor, Mussolini siguió defendiendo el valor, la resistencia, el desafío y el sacrificio. En el Isonzo, donde los italianos se habían retirado hacia el sur, hasta Udine, las tropas francesas y británicas se apresuraban a apoyar a su aliado.

En todos los demás sitios, los ejércitos aliados estaban enzarzados en luchas tremendas, cada una de las cuales podía ser decisiva para el resultado de la guerra. El 30 de octubre, los soldados canadienses entraron por fin en Passchendaele, pero sufrieron muchas bajas y tuvieron que retroceder. «Lo que se ve allá arriba —escribió pocas semanas después un futuro jefe del Estado Mayor General del Imperio, el general de brigada Alan Brooke, de la Artillería Real británica—, escapa a toda descripción; en cierto modo es una suerte que uno se vuelva insensible a todo y que la mente no pueda captarlo todo.» En una con-

ferencia que dio Haig, Brooke recordaba: «¡Casi no podía creer que mis oídos no me estuvieran engañando! Hablaba en los términos más optimistas de nuestras posibilidades de abrir una brecha. Yo había estado por todo el terreno y, en mi opinión, no teníamos ninguna posibilidad. Estoy seguro de que estaba mal informado y que nunca había visto el terreno por sí mismo.»

En Palestina, el Octavo Ejército turco, al mando del general Kress von Kressenstein, veterano de Gallípoli, se preparaba para rechazar el tercer intento británico de expulsar a los turcos de la frontera meridional de Palestina. Ya en dos ocasiones, Gaza, que protegía Palestina desde el sur, había sido atacada en vano. El tercer ataque, sin embargo, sería diferente y no se concentraría en Gaza. Había sido precedido por un plan de engaño, de dos meses de duración, que pretendía convencer a los turcos, mediante órdenes falsas que les habían capturado «sin que se dieran cuenta», de que el ataque principal iba dirigido a Gaza, igual que antes. Tres semanas antes de la batalla, un oficial británico, Richard Meinertzhagen, se dirigió a caballo hasta un puesto de guardia turco, dejó que los guardias lo persiguieran y, poco antes de desaparecer de su vista, dejó caer una mochila manchada con sangre de caballo, para hacerles creer que estaba herido. Dentro de la mochila estaban los detalles, cuidadosamente elaborados, pero espurios, del siguiente ataque a Gaza, junto con una carta del servicio secreto que daba por impracticable un ataque a Beersheba.

La principal ofensiva británica, la primera en Palestina comandada por el general Allenby, tuvo lugar contra Beersheba el 31 de octubre. Los turcos, inducidos mediante engaños a pensar que allí no se preparaba ningún ataque importante, tuvieron que hacer frente a una fuerza de ataque de cuarenta mil hombres. El comandante turco, el general Ismet, se vio obligado a recurrir a sus reservas para hacer frente al primer ataque.[5] Como suele ocurrir con tanta frecuencia en la batalla, la suerte también tuvo mucho que ver: el recién formado Séptimo Ejército turco ya había partido de Jerusalén para dirigirse al frente de Beersheba, pero todavía no estaba siquiera a mitad de camino.

Los primeros atacantes que intervinieron fueron los soldados de caballería de Nueva Zelanda. En el campo de batalla, un soldado británico, el cabo Collins, que transportaba a un herido a un lugar seguro, atacó a bayonetazos a quince turcos que trataban de impedirle la retirada a las líneas británicas. Le concedieron la Cruz de la Victoria. En la captura de la propia Beersheba, los soldados de caballería australianos llevaron a cabo una carga de caballería a gran escala, utilizando sus afiladas bayonetas como espadas. El reconocimiento aéreo, una rama de la guerra a la cual Allenby prestaba especial atención, había revelado

que los turcos no estaban protegidos ni por alambradas de espinos ni por zanjas que impidieran el paso de la caballería. Convencidos de que los australianos eran la guardia de avanzada de una fuerza mucho más numerosa, los turcos regresaron corriendo al pueblo. Los australianos los siguieron y tomaron más de mil prisioneros.

Después de la captura de Beersheba, también tomaron Gaza, en un ataque que fue precedido por un impresionante bombardeo naval anglofrancés desde el mar, en el que participaron diez buques de guerra. De todos modos, no había que despreciar el poder de la combinación turcoalemana: un submarino alemán se acercó a la orilla y hundió dos de los buques de guerra aliados, pero, cuando comenzó en Gaza el ataque combinado de la infantería y la caballería, arrasó con todo a su paso y el sistema de fortificación que Von Kressenstein había tardado veinticinco semanas en construir fue destruido en la misma cantidad de minutos. Cuando se descubrió que la artillería utilizaba el minarete de la mezquita principal como puesto de observación, se enviaron órdenes a la flotilla, que disparó al minarete y lo destruyó.

Al entrar en Gaza, las tropas británicas, entre las cuales figuraban los soldados judíos especialmente reclutados del 39.° Batallón de Fusileros Reales, encontraron una ciudad en ruinas. También encontraron, entre las tumbas de los soldados británicos que habían muerto en los dos ataques anteriores, la de James Bonar Law, hijo del destacado político conservador y futuro primer ministro, Andrew Bonar Law. La propia ciudad había sido saqueada por los turcos antes de retirarse. Cerca de Huj, al norte de Gaza, los turcos trataron de impedir que los británicos siguieran avanzando, con ayuda de los obuses y los artilleros austríacos, pero la caballería de Allenby, impertérrita, cargó por igual contra la artillería austríaca que contra las ametralladoras turcas. La mayoría de los artilleros, al ver a los atacantes escalando ruidosamente por las laderas hacia ellos, se alejaron a todo correr hacia el norte. Otros, al darse cuenta demasiado tarde de que los iban a superar y de que ya no tenían oportunidad de escapar, «se pusieron a disparar a quemarropa —como ha escrito el biógrafo de Allenby, Raymond Savage— a la masa que subía en tropel por la pendiente. Los caballos chocaron, destripados, contra los cañones, mientras los artilleros, inmutables, se enfrentaban a la muerte».

Se capturaron tres obuses austríacos y nueve cañones de campaña. La caballería se había enfrentado a la artillería y la había vencido. La carga de caballería siguió avanzando, capturó las ametralladoras turcas y «las hizo girar para hostigar a los turcos que se retiraban». Von Kressenstein y el Octavo Ejército turco retrocedieron casi hasta Jaffa. El camino a Jerusalén, el objetivo de Allenby,

quedaba expedito. De los campos y las zanjas en torno a Gaza se reunieron los cadáveres de los vencedores caídos, que fueron enterrados justo al este de la estación de ferrocarril, donde descansan hasta la fecha: tres mil soldados británicos, un aviador, una enfermera y una hermana enfermera, un centenar de australianos, veinte neozelandeses, nueve afroantillanos británicos, dos oficiales británicos del ejército indio, cuatro sudafricanos y dos miembros del Cuerpo de Trabajo Egipcio. Los soldados judíos se distinguen porque hay una estrella de David encima de su tumba. También hay 781 tumbas de hombres que no pudieron ser identificados. Un cementerio indio especial, que contiene cuarenta tumbas, está dividido en un sector hindú y uno musulmán. En el cementerio militar de Beersheba hay 1.239 sepulturas de ciudadanos británicos y de los dominios.

El 31 de octubre, los *Gothas* alemanes lanzaron el primer ataque aéreo de la guerra sobre Gran Bretaña con bombas incendiarias. El ataque no tuvo éxito, ya que las ochenta y tres bombas de cuatro kilos y medio que arrojaron causaron pocos daños y muchas de ellas ni siquiera estallaron. Murieron diez civiles. La artillería antiaérea de Londres, dispuesta de modo que cada batería alertase a su vecina sobre la llegada de bombarderos, ahuyentó por completo a algunos de los atacantes y dispersó a otros. De los veintidós atacantes, cinco tuvieron que hacer un aterrizaje de emergencia a su regreso.

Las tropas estadounidenses ya estaban listas para entrar en acción. Lo hicieron por primera vez el 2 de noviembre, por la noche, cuando un batallón de infantería estadounidense relevó a las tropas francesas en Barthelémont. A las tres de la madrugada siguiente, una de sus avanzadas aisladas fue sometida durante una hora a un bombardeo de la artillería, tras el cual la atacó un grupo de asalto compuesto por 213 alemanes de un regimiento bávaro, que superaban en número a los estadounidenses en una proporción de cuatro a uno. Tres murieron: el cabo Gresham y los soldados rasos Enright y Hay. A uno lo mataron de un tiro, a otro le cortaron el cuello y al tercero le destrozaron el cráneo. A continuación, el grupo de asalto se retiró. Había perdido a dos de sus propios hombres, que murieron, y a uno que desertó hacia el bando estadounidense, pero regresó a las líneas alemanas llevando consigo a doce prisioneros de guerra estadounidenses.

Hallaron a los supervivientes de la avanzada con «el rostro pálido, demacrado y una mirada angustiada». Cuando Pershing se enteró del ataque, lloró. Tras una investigación, se decidió que las tropas estadounidenses no estaban suficientemente entrenadas y que había que retirarlas de la línea. Con amargu-

ra, el comandante francés, el general Paul Bordeaux, puso en duda «el valor y la habilidad con que se habían defendido los estadounidenses». Cuando pusieron en entredicho su comentario crítico, el general Bordeaux se retractó y pidió que los cuerpos de los tres estadounidenses muertos «se queden aquí, que permanezcan con nosotros para siempre» y declaró: «Inscribiremos en su tumba "Aquí yacen los primeros soldados de la famosa República de Estados Unidos que cayeron en suelo francés por la justicia y la libertad". Los transeúntes se detendrán y se descubrirán. Los viajeros de Francia y de los países aliados de Estados Unidos que vengan aquí a visitar nuestro campo de batalla de Lorena se desviarán de su camino para venir hasta aquí, para traer a sus tumbas el homenaje de su respeto y su agradecimiento. Cabo Gresham, soldado raso Enright, soldado raso Hay, en nombre de Francia os doy las gracias. Dios acoja vuestras almas. ¡Adiós!»

Setenta y cinco años después, una guía británica dirigía a los visitantes precisamente a ese campo de batalla de Lorena, al lugar exacto de esa primera acción ofensiva estadounidense en el frente occidental.[6]

En el frente oriental, la guerra cedía paso rápidamente a la revolución. Aunque el 16 de octubre el nuevo ministro de Guerra ruso, el general Verkhovski, declaró ante el coronel Knox que «¡recuperaremos al ejército ruso y lo pondremos en condiciones de combatir antes de la primavera!», Knox apuntó en su diario dos semanas después: «Evidentemente, no cabe la menor esperanza de que el ejército ruso vuelva a luchar otra vez.» El 2 de noviembre, esperando en parte influir a los judíos rusos para que animaran a sus compatriotas a seguir luchando, Gran Bretaña publicó la Declaración Balfour, la carta del ministro de Asuntos Exteriores, lord Balfour, a lord Rothschild en la que expresaba el apoyo de Gran Bretaña a «un Hogar Nacional para el pueblo judío» en Palestina. Los últimos debates que condujeron a la declaración se habían referido directamente a la manera en que podría servir para recuperar el sentimiento patriótico en Rusia.

«La información que llega desde todos los sectores demuestra el papel tan importante que desempeñan ahora los judíos en la situación política rusa —había escrito a Balfour, el 24 de octubre, un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, Ronald Graham—. Casi todos los judíos de Rusia son sionistas y, si logramos que se den cuenta de que el triunfo de las aspiraciones sionistas depende del apoyo de los aliados y de la expulsión de los turcos de Palestina, tendremos a nuestro favor un elemento sumamente poderoso.» Se acordó el 3 de noviembre que tres destacados sionistas, entre ellos Vladimir

Jabotinsky, fueran de inmediato a Petrogrado para concentrar a los judíos rusos en torno a la causa aliada. «Es una lástima que se haya perdido un tiempo tan valioso», escribió ese día el Subsecretario de Estado Permanente, lord Hardinge, aunque no parecía muy abatido cuando dijo a Balfour: «Si se maneja con habilidad a los judíos de Rusia, todavía es posible recuperar la situación antes de la primavera.»

Era demasiado tarde para recuperar la situación de desintegración. No había nada, por atractivo que fuera para una minoría o tentador a largo plazo, que pudiese contrarrestar la gran oleada de opinión antibelicista. El 3 de noviembre, se supo en Petrogrado que las tropas rusas en el frente del Báltico habían depuesto las armas y habían comenzado a confraternizar con el «enemigo» alemán. Cuando el 4 de noviembre el gobierno provisional ordenó a los ciento cincuenta y cinco mil hombres de la guarnición de Petrogrado que marcharan al frente, el Comité Revolucionario Militar Bolchevique los instó a no ir. Al día siguiente, Kerensky ordenó a las tropas que estaban fuera de Petrogrado y que él consideraba leales a su gobierno que entraran en la ciudad, pero el 6 de noviembre se negaron a hacerlo. Un batallón formado por mil mujeres leales al gobierno fue abucheado ese día por los soldados, cuando marchaba por las calles de camino a ser inspeccionado por Kerensky. Esa noche, los bolcheviques ocuparon los principales edificios de la capital: las estaciones de ferrocarril, los puentes sobre el río Neva, el banco estatal y, sobre todo, la central telefónica.

El inmenso imperio que se extendía desde el mar Báltico hasta el océano Pacífico, cuyo apoyo a Serbia y cuya alianza con Francia habían sido catalizadores para la guerra en 1914, estaba sumido en el caos y la confusión. El 7 de noviembre, más de dieciocho mil bolcheviques rodearon a los ministros del gobierno provisional en el Palacio de Invierno, apenas defendido por un millar de soldados. Desde la base naval de Kronstadt habían llegado más de nueve mil marinos que estaban a favor de la revolución, a los que ese día se sumaron casi cuatro mil más y novecientos soldados, que llegaron a la capital a bordo de un minador, dos dragaminas, dos vapores y cinco embarcaciones navales pequeñas. Ese mismo día, llegaron desde Helsinki dos destructores rusos que también anunciaron su apoyo a la revolución.

Poco después de las diez de esa noche, el crucero *Aurora*, tripulado por bolcheviques y anclado en el Neva, anunció que abriría fuego sobre el Palacio de Invierno y disparó unas cuantas descargas de fogueo como prueba de su intención. El 8 de noviembre, a la una de la madrugada, los bolcheviques se habían apoderado del Palacio de Invierno y habían dispersado a sus defensores. Lenin, elegido ese día presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, era el

gobernante de la capital rusa. Trotski fue nombrado Comisario de Asuntos Exteriores. «Era imposible que durara —reflexionaba después Meriel, la hija del embajador británico—. Se podía obligar tal vez a la propia Petrogrado a someterse a un dominio así por un período breve, pero que toda Rusia estuviera gobernada por hombres así no era verosímil.»

Tal vez no fuese verosímil, pero era real: el gobierno provisional (que había durado seis meses) había sido erradicado con tanta certeza como lo había sido el zar antes que él. En Moscú, la Guardia Roja ocupó el Kremlin. Kerensky huyó de Petrogrado en un vehículo de la embajada estadounidense y se dirigió a Pskov, donde esperaba poder reunir fuerzas militares leales a su gobierno. «Se vio obligado a tomar prestado un coche —apuntó en su diario el coronel Knox—, porque durante la noche los bolcheviques habían robado todos los magnetos de los coches reunidos en la plaza del palacio. Envió un mensaje al embajador estadounidense, pidiéndole que durante cinco días no reconociera al nuevo gobierno, ya que antes de ese plazo él regresaría y restauraría el orden. En mi opinión, no regresará.»

De la nueva fuente de poder comenzaron a surgir órdenes y decretos. El primer decreto, del 8 de noviembre, fue el Decreto de Paz. Lenin lo leyó esa noche ante una multitud fascinada, pero al día siguiente, cuando Trotski pidió al Ministerio de Asuntos Exteriores, a cuya cabeza acababa de ser nombrado, que lo hiciera traducir a lenguas extranjeras para su inmediata distribución en otros países, seiscientos funcionarios que habían sido leales al zar y al gobierno provisional renunciaron y abandonaron la sede del ministerio. Al día siguiente, se enviaron al frente cuatro millones de copias del decreto, pidiendo el fin de las hostilidades.

La capacidad bélica de Rusia, hasta entonces el brazo oriental de los aliados, había quedado destruida.

Capítulo XX

LAS CONDICIONES DE LA GUERRA Y DE LA PAZ
De noviembre a diciembre de 1917

Con Rusia inmovilizada por la revolución, los aliados luchaban por mantener en los demás frentes todo el ímpetu que podían. El 5 de noviembre de 1917, cuando la noticia de la revolución rusa llegó a los aliados occidentales, se supo por Foch en una conferencia de los aliados en Rapallo que el Segundo Ejército italiano estaba «totalmente destrozado», pero que el Primero, el Tercero y el Cuarto Ejércitos «seguían intactos». El problema del Segundo Ejército había sido el pánico en las filas. Al tener que hacer frente a un ataque austríaco sostenido, el orden y la disciplina militares se habían desmoronado.

El recién nombrado primer ministro italiano, Vittorio Orlando, solicitó ayuda a los británicos y los franceses. No bastaba, informó a Lloyd George, «simplemente con prestar cierta asistencia, sino que era esencial que esa asistencia fuera adecuada». Cuando Lloyd George dijo que «era evidente que redundaba en beneficio» de Gran Bretaña y Francia que Italia siguiera en la guerra, Orlando respondió, como narró Lloyd George, «temblando de pasión que eso era lo que Italia pretendía a toda costa, incluso a expensas de retirarse a Sicilia». Lloyd George anotó, llegado ese punto: «Es siciliano.»

Los italianos habían decidido retroceder cien kilómetros, hasta la línea del río Piave, para tratar de contener allí a los austríacos. «En este momento, el país estaba en calma —informó Orlando a sus aliados—. Se había resignado a la pérdida de territorio y no había dado demasiada importancia a la retirada hasta el Piave.» Se podía garantizar el orden interno, «a menos —advirtió Orlando— que se abandonara la línea del Piave. Por tanto, el futuro de Italia dependía de la decisión que tomaran entonces los aliados».

Los italianos pidieron que se enviaran a Italia de inmediato quince divisiones británicas y francesas, declarando que en el frente la proporción de austríacos con respecto a los italianos era, batallón por batallón, de 811 frente a 377. Foch declaró que ese cálculo era una «exageración ridícula», y en realidad lo era.

El hecho de que se hubiera planteado semejante cálculo, reflexionaba después Lloyd George, «era simplemente una prueba más del pánico» que se había apoderado del Estado Mayor General italiano. Gran Bretaña y Francia acordaron enviar ocho divisiones entre las dos, ni una más.

Esa decisión proporcionó a los austríacos un éxito inicial inesperado. El 8 de noviembre, las tropas austríacas, tras bajar a toda prisa de los picos montañosos de los Alpes Julianos y los Dolomitas, ocuparon Vittorio Veneto, a apenas sesenta kilómetros de Venecia. Desde Caporetto, donde habían estado los italianos diez días antes, hasta la línea del Piave suponía una retirada de cien kilómetros, según las proporciones del frente oriental, durante la cual, en la aldea de Longarone, en el alto Piave, vadeando el río con ingenio, el teniente Rommel participó en la captura de ocho mil soldados italianos y veinte piezas de artillería. Al acercarse a la aldea, Rommel vio a un teniente alemán que había sido capturado poco antes por los italianos, que cabalgaba hacia él a lomos de una mula, seguido de varias docenas de italianos que agitaban pañuelos blancos. El teniente llevaba una carta del comandante de la guarnición italiana de Longarone, que decía que rendía la guarnición y la aldea.[1]

Cinco días después, las potencias centrales obtuvieron otro éxito en el frente italiano cuando, el 15 de noviembre, una división húngara cruzó el Piave a la altura de su delta, capturando Cava Zuccherina, a veinticinco kilómetros de Venecia. El espíritu militar italiano, sin embargo, no había desaparecido y el 15 de noviembre, por la noche, cuando cuatro batallones de tropas alemanas cruzaron el Piave cerca del Ponte di Piave, los italianos los rechazaron y tomaron seiscientos prisioneros.

En la costa del Mediterráneo oriental, después de capturar a más de cuatro mil turcos y cincuenta y nueve piezas de artillería en Gaza y Beersheba, Allenby avanzaba rápidamente hacia su objetivo: Jerusalén. Lejos de sus respectivos países, alemanes, austríacos y turcos combatían contra británicos, australianos y neozelandeses. Durante la batalla por Tel el Khuweilfeh, el 6 de noviembre, concedieron a título póstumo la Cruz de la Victoria a un capitán del Cuerpo Médico del Ejército Británico, John Russell, de veinticuatro años, después de que «saliera repetidas veces para atender a los heridos, a pesar del fuego asesino de los francotiradores y las ametralladoras y, en muchos casos, a falta de otros medios a su alcance, los transportó él mismo, a pesar de estar casi exhausto».

El 8 de noviembre, en un ataque con bombas al aeródromo alemán de El-Tine, en la llanura litoral, once aviones alemanes fueron destruidos en tierra y

centenares de tropas turcas, alarmadas por la guerra aérea, huyeron de la línea del frente. El 9 de noviembre, un mensaje de radio interceptado a los turcos reveló una grave escasez de locomotoras y vagones de ferrocarril. Mientras las tropas turcas que habían sido expulsadas de Beersheba se retiraban a las colinas de Judea, los aviones británicos bombardearon sus columnas y las atacaron con ametralladoras.

El 11 de noviembre, el gabinete de guerra británico, que no estaba acostumbrado a recibir todos los días telegramas informando de avances tan rápidos, advirtió a Allenby que no corriera riesgos con unas líneas de comunicación tan extensas. Por si pensaba que los políticos se estaban mostrando timoratos, le recordaron el destino de las tropas británicas que habían avanzado con la misma rapidez hacia Bagdad en 1915 y habían tenido que retroceder hasta Kut, donde las sitiaron y las obligaron a rendirse. Pero no se podía poner freno ni al ímpetu del avance ni al aliciente de Jerusalén. El 15 de noviembre, las tropas australianas y neozelandesas ocuparon las poblaciones de Ramleh y Lidda. Esta última era la antigua ciudad de los cruzados de Saint-Georges de Lydde, donde vivía san Jorge, que se hizo famoso tras matar al dragón, y al cual los cruzados británicos se habían llevado como santo patrón, hacía seiscientos años. Los soldados de caballería neozelandeses entraron en Jaffa el 16 de noviembre. Su objetivo siguiente era Jerusalén.

En el frente occidental, la batalla de Passchendaele había llegado a su fin el 10 de noviembre, con un definitivo avance canadiense de cuatrocientos cincuenta metros, en medio de un intenso bombardeo de la artillería alemana, en el que participaron más de quinientas piezas, y de continuos ataques aéreos. Desde el comienzo de la ofensiva, el último día de julio, las fuerzas de Haig habían conquistado algo más de siete kilómetros de terreno. El coste para los atacantes fue de sesenta y dos mil muertos. Ciento sesenta y cuatro mil más resultaron heridos. Los alemanes perdieron ochenta y tres mil hombres, que murieron, y tuvieron casi un cuarto de millón de heridos. Otros veintiséis mil alemanes habían caído prisioneros. «Hemos obtenido grandes victorias —dijo Lloyd George al Consejo Supremo de la Guerra en París el 12 de noviembre—. Cuando miro las espantosas listas de bajas, a veces desearía que no hubiera sido necesario ganar tantas.»

La gran renuencia a figurar en las listas de bajas se pudo apreciar ese mes en las estadísticas posteriores al llamamiento a filas en Canadá. Tan desagradable resultaba la perspectiva de prestar el servicio militar en Europa que, de los 331.934 hombres aptos que quedaban comprendidos en la ley, 21.568 se pre-

sentaron al servicio militar y 310.376 solicitaron la exención.[2] Eso indicaba una mejor comprensión de la realidad de la guerra.

El 11 de noviembre, las fuerzas rusas leales al antiguo gobierno provisional de Petrogrado, después de constituir un ejército considerable, se situaron a una distancia suficiente para bombardear la capital. Era domingo. En Petrogrado, los que consideraban una pesadilla y una aberración la perspectiva de un régimen bolchevique estaban plenamente convencidos de que había llegado el momento de la liberación. Los grupos contrarios a los bolcheviques crearon un Comité de Seguridad Pública y convocaron a los cadetes para que emprendieran una ofensiva dentro de la ciudad. Uno de los generales zaristas al que mantenían cautivo en el Hotel Astoria arrestó a la guardia militar que habían puesto allí los bolcheviques. Los cadetes tomaron varios edificios, pero por la tarde los bolcheviques recuperaron el control, capturaron el Astoria y los cadetes fueron expulsados de sus bastiones con proyectiles y disparos de ametralladoras. Muchos de los cadetes fueron brutalmente asesinados cuando intentaron rendirse.

Una vez acabada la capacidad bélica rusa y con Italia arrinconada en el Piave, el peso de la defensa de la causa aliada, que recaía sobre Francia y Gran Bretaña, se volvió opresivo. El 16 de noviembre, Francia adquirió un nuevo dirigente, Georges Clemenceau, que, a pesar de sus setenta y seis años, estaba decidido a conducir al país a la victoria. Como primer ministro y también como ministro de Guerra, dominó rápidamente los esfuerzos bélicos franceses, impulsando a sus subordinados como se impulsaba a sí mismo. No había tiempo que perder. Los alemanes habían recibido un telegrama procedente de Petrogrado, dirigido «a todos» y firmado por Trotski, en el cual se anunciaba que el nuevo gobierno soviético deseaba firmar la paz. El 17 de noviembre, el ministro de Asuntos Exteriores austríaco, el conde Czernin, escribió a un amigo: «La paz lo antes posible es necesaria para nuestra propia salvación y no podemos obtener la paz hasta que los alemanes lleguen a París y ellos no pueden llegar a París a menos que quede libre su frente oriental.»

Ese momento bien podía ser inminente: el 19 de noviembre, los bolcheviques pidieron un armisticio inmediato en todos los frentes. Desafiante, Clemenceau anunció en la Cámara de Diputados francesa, al día siguiente, que su política era «la guerra y nada más que la guerra». Escuchándolo pronunciar esas palabras de desafío estaba el ministro británico de Municiones, Winston Churchill, que repetiría esos mismos sentimientos veintidós años después, cuando Gran Bretaña había perdido a su principal aliado, Francia, y Londres parecía correr tanto peligro como París cuando Rusia se retiró de la guerra en 1917.

Un día después de que Clemenceau pronunciara esas duras palabras de desafío, Lloyd George dijo en secreto unas palabras igual de duras al emisario de Woodrow Wilson, el coronel House. Resultaba evidente que la esperanza de Pershing de disponer de un millón de estadounidenses armados en Europa en el verano de 1918 estaba muy lejos de cumplirse. El cálculo más reciente del máximo posible había reducido esa cifra a quinientos veinticinco mil para mayo. Además, Estados Unidos tampoco dispondría de suficiente tonelaje para aprovisionarlos y alimentarlos a todos, posiblemente no hasta 1919. La incompetencia también estaba resultando un problema: algunos buques estadounidenses de abastecimiento estaban llegando a Francia con menos del 50 por ciento de la carga que podían transportar. Para los británicos, la perspectiva de reducir la escala y de postergar la aportación estadounidense fue un duro golpe. «Es mejor que le exponga los hechos con toda franqueza —dijo Lloyd George al coronel House el 20 de noviembre—, porque existe el peligro de que usted piense que puede desarrollar su ejército como le venga bien y que no importa si sus tropas están allí en 1918 o en 1919, pero quiero que entienda que puede significar una diferencia de lo más vital.»

El día de la protesta de Lloyd George, los británicos lanzaron otra ofensiva en el frente occidental, la tercera en 1917. Su objetivo era la ciudad de Cambrai y más allá. Intervinieron un cuarto de millón de soldados británicos, que se enfrentaron a un cuarto de millón de alemanes, a lo largo de un frente de apenas diez kilómetros. Al mando de las fuerzas británicas estaba el general sir Julian Byng. Trescientos aviones participaron en tareas de reconocimiento y localización, pero la característica fundamental de la batalla fue que, por primera vez en la historia de la guerra, la acometida principal correspondió a los carros de combate, de los cuales 324 participaron en el ataque inicial. La aparición de una cantidad tan grande de ellos resultó efectiva al principio; consiguieron destrozar la alambrada de espinos alemana y, en cuestión de horas, habían abierto una brecha en la línea alemana, en los diez kilómetros del frente de ataque.

«Atravesaron la triple alambrada como si se tratara de ortigas —recordaba el capitán D. G. Browne— y a través de ella abrieron trescientas cincuenta vías para la infantería. Los que defendían la primera trinchera salieron como pudieron de los refugios subterráneos para enfrentarse con el fragor y las llamas de la descarga y vieron casi encima de ellos a los primeros tanques.» La aparición de esas criaturas metálicas, escribió Browne, resultaba «grotesca y aterradora».

El éxito inicial perdió ímpetu y, a continuación, se interrumpió por mala suerte, por un defecto de diseño que hacía que las orugas de los carros se rompieran después de estar un rato en funcionamiento y por la tenacidad alemana.

En Flesquières, a menos de mitad de camino entre el punto de partida y Cambrai, los observadores aéreos británicos no habían comunicado la presencia de baterías de la artillería alemana, que frenaron el avance de los carros en un sector y destruyeron treinta y nueve. A siete carros los detuvo el mismo artillero alemán, el *Unteroffizier* Kruger, que manejó solo su cañón, hasta que lo mataron de un tiro. Fue el único soldado alemán de la primera guerra mundial que se menciona en los despachos militares británicos.

Los soldados de caballería canadienses de Fort Garry Horse (los Garrys), que avanzaron al norte de Masnières, fueron las tropas aliadas que más se acercaron a Cambrai ese día. En su avance, capturaron todo un Estado Mayor de ingenieros alemanes. Después, acercándose a una batería de la artillería alemana que disparaba contra unos carros de combate que avanzaban, los jinetes canadienses sacaron los sables y cargaron. A continuación, descendieron, literalmente, al llegar a una carretera hundida, sobre una batería de ametralladoras alemanas. En esa breve carga, murieron cincuenta alemanes, pero, en la carretera hundida, los canadienses quedaron inmovilizados por otros ametralladores alemanes. Entonces desmontaron, lanzaron a sus caballos en estampida hacia las líneas alemanas y consiguieron regresar a Masnières, utilizando los sables para abrirse paso. Por su liderazgo durante la carga, el teniente H. Strachan recibió la Cruz de la Victoria.

El primer día de la batalla de Cambrai supuso un triunfo contundente para el carro de combate y para la estrategia de utilizarlo para abrir una brecha decisiva en la línea del frente del enemigo. Se habían roto las defensas alemanas, se habían conquistado ocho kilómetros y más de cuatro mil soldados alemanes habían caído prisioneros. Los periódicos británicos declararon, triunfales: «La mayor victoria británica de la guerra» y «Una sorpresa para los alemanes».

La satisfacción de ese primer día fue auténtica, pero los reveses sufridos en Flesquières y en Masnières fueron malos presagios. El segundo día de la batalla, llegó del frente ruso otra división alemana, que rápidamente fue enviada al frente, desde la estación de trenes de Cambrai, para reforzar la línea en un punto en el cual habría podido ceder del todo ese día, entre Rumilly y Crèvecour, sobre el canal de Saint-Quentin. De ese modo, resultó imposible la fase siguiente del plan británico: una penetración de la caballería. Cuando Byng se enteró de la llegada a la línea de esa nueva división alemana, se dio cuenta de que la caballería no podría galopar hacia delante, al este de Cambrai: ese «atravesar al galope», la imagen y la realidad de la guerra antes de 1914, no se produciría en 1917.

La noticia de la penetración inicial en Cambrai, que brindaba cierta esperanza de poner fin al punto muerto en la guerra de trincheras de un modo que resultara favorable a los aliados, se hizo pública el 23 de noviembre y produjo una reacción sin precedentes. En Gran Bretaña, se hicieron tañer las campanas de las iglesias de toda la isla para celebrar la victoria.[3] En Estados Unidos, el tablero de anuncios de un club de Nueva York anunciaba el esfuerzo de Edward I. Kidder:

Cheer Boys Cheer
We sing,
Of Byng,
The Britisher who won his charge,
Without artillery of barrage,
With no attempt at camouflage,
With steady ranks, with sturdy «tanks»
He's gained the world's undying thanks.
His prowess flashes o'er the main
While Hohenzollern writhes with pain.
Onward in your victorious swing,
We drink to you, brave warrior Byng![4]

Pero mientras la euforia alcanzaba su punto culminante en Londres y en Nueva York, ese «camino victorioso» estaba llegando a su fin. El 23 de noviembre, el día en que echaron las campanas al vuelo en Gran Bretaña y en el que se anunció que el total de alemanes que cayeron prisioneros en Cambrai ya superaba los siete mil, el avance británico se interrumpió en seco en una violenta batalla en el bosque de Bourlon. Intervinieron allí sesenta y dos carros de combate, pero las pérdidas de carros siguieron en aumento, con lo cual desapareció el elemento de fuerza, así como también el factor sorpresa.

El futuro de la batalla dependía del destino del bosque de Bourlon. Haig insistía en que había que tomar el bosque para poder reanudar el plan de ataque más amplio. Por sugerencia suya, los soldados de caballería, cuya misión consistía, supuestamente, en aprovechar la victoria de los carros avanzando a caballo, tuvieron que desmontar y combatir como soldados de infantería. Debían ser usados, dijo Haig a Byng, «en la cantidad que fuese». Cuando se transmitió al general Fielding, uno de los comandantes del cuerpo, la decisión de atacar, respondió: «Haremos lo que podamos, señor, pero nos pide mucho.»

Ese «mucho» resultó imposible de cumplir. Los atacantes no lograron el

tan esperado dominio de las tierras altas por encima de Bourlon. Los alemanes, en un contraataque, recuperaron un centenar de las piezas de artillería que les habían capturado. En otro combate por la aldea de Moevres, tres batallones irlandeses consiguieron, antes del crepúsculo del 23 de noviembre, expulsar a los alemanes de tres cuartas partes de la aldea. Una de sus compañías quedó entonces bajo el intenso fuego de las ametralladoras alemanas desde un punto de resistencia situado al suroeste del bosque de Bourlon. Un piloto del Royal Flying Corps vio que se encontraban en apuros y descendió bastante para atacar el punto de resistencia, pero los alemanes le dispararon, lo derribaron y lo mataron. Los soldados no olvidaron su valor. Pocas semanas después, apareció una nota en la columna de necrológicas de *The Times*: «Al aviador desconocido que fue abatido el 23 de noviembre de 1917, cuando atacaba un punto de resistencia alemán, al suroeste del bosque de Bourlon, para tratar de auxiliar a una compañía de Fusileros Reales Irlandeses, cuando todos los demás intentos habían fracasado». En realidad, el piloto muerto era un voluntario estadounidense, el teniente A. Griggs, que había estado volando con el Escuadrón Núm. 68 (australiano).

También en acción en el aire, sobre el campo de batalla, estaba el escuadrón del barón Richthofen. Al norte de la aldea de Fontaine, el propio Richthofen abatió a otro piloto británico, el teniente J. A. V. Boddy, que, herido en la cabeza, tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia. Más tarde, Boddy fue rescatado por otro piloto que por casualidad tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en las cercanías.

En la última semana de noviembre, cayó la primera nevada. La guerra de desplazamientos de carros de combate fue sustituida por la de los combates cuerpo a cuerpo. El 27 de noviembre, cuando los británicos trataban de capturar Fontaine, se enviaron carros de combate a unas calles estrechas para las cuales no estaban preparados en absoluto. «En Fontaine, hubo una matanza espantosa —escribió posteriormente el general de división J. F. C. Fuller, veterano oficial de carros— y yo, que había pasado las tres semanas previas a la batalla pensando en sus probabilidades, jamás me había planteado la cuestión de combatir en una aldea. Me habría dado de puntapiés ante tamaña falta de previsión, pero jamás se me ocurrió que nuestros comandantes de infantería fueran a enviar carros de combate a un lugar así.»

Un oficial alemán observó la batalla desde el lado opuesto. «Han entrado en la aldea vehículos blindados —escribió en su informe—. Queda demostrado que son capaces de conquistar terreno, pero no de mantenerlo. En las estre-

chas calles y callejones, no tienen el campo libre para disparar y por todas partes encuentran obstáculos para moverse. Desaparece el terror que han sembrado entre nosotros y aprendemos a conocer sus puntos débiles. Aumenta la feroz pasión por darles caza.» Los alemanes habían descubierto que lanzar granadas de mano, de una en una, encima de los carros o a sus lados, no servía de nada. «Atamos varias granadas juntas —escribió el oficial— y las hacemos estallar debajo de los carros.» La nueva arma había encontrado un nuevo adversario.

Los ametralladores alemanes barrieron Fontaine desde el norte, mientras que sus homólogos británicos lo hicieron desde el sur. El corresponsal de guerra británico, Philip Gibbs, escribió en el *Daily Telegraph*: «Ningún ser humano podía seguir vivo allí durante un segundo después de asomarse a la aldea.» A los carros británicos que llegaron al otro extremo de la aldea y desde allí alcanzaron a ver la propia aldea de Cambrai los hicieron retroceder. Las tropas británicas que habían entrado en la aldea se retiraron. De los mil quinientos miembros de la Guardia Real que habían combatido en las calles regresaron a sus líneas menos de quinientos. Uno de los que murieron ese día fue Norman Chamberlain, cuyo primo Neville, futuro primer ministro, describió posteriormente, en unas memorias que se publicaron de forma privada, que Norman, después de conducir a sus hombres hasta su objetivo, quedó bajo un intenso fuego de ametralladoras. «El terreno era abierto, no había forma de ponerse a cubierto y se dieron órdenes de retirarse unos cuarenta y cinco metros, hasta una trinchera... No se sabe si las órdenes de retirada no le llegaron o si fue incapaz de retroceder, pero no se volvió a saber nada más de él ni de sus hombres.»

Ese día, 27 de noviembre, los británicos se vieron obligados a interrumpir la acción. Cambrai permanecería a una distancia inalcanzable. La caballería británica no sería capaz de avanzar más allá de la línea de trincheras y alambre de espinos. No obstante, la zona que habían ganado ofrecía una ventaja a los británicos: la capacidad de observar desde lo alto una zona considerable de terreno que estaba en poder de los alemanes, hacia el norte, beneficiosa para futuros ataques de artillería y posibles ofensivas futuras. Los alemanes estaban decididos a no dejarles conservar ni siquiera esa ventaja. El 27 de noviembre, el día en que Haig ordenó poner fin a la batalla de Cambrai, el príncipe Ruperto de Baviera dio la orden a los comandantes del Segundo Ejército alemán: «Ataquen el 30 de noviembre.»

Como preparación para ese ataque, el 28 de noviembre la artillería alemana disparó dieciséis mil proyectiles, incluidas granadas de gas, sobre las posiciones británicas en el bosque de Bourlon. El ataque comenzó, según las órdenes, el 30 de noviembre. Muchas compañías británicas lucharon hasta que el último hom-

bre cayó muerto o herido. En el sector meridional de la batalla, sin embargo, los alemanes atravesaron rápidamente las posiciones británicas de avanzada. Se abandonó Masnières, tras lo cual los alemanes volaron su puente, para que ningún carro de combate aliado volviera a cruzar el canal de Saint-Quentin. Los alemanes avanzaron casi cinco kilómetros y capturaron a más de seis mil soldados británicos y 158 piezas de artillería. La combinación alemana de granadas de gas y el uso de por lo menos treinta aviones volando a baja altura, como apoyo aéreo próximo, resultó tan eficaz para ellos como al principio lo habían sido los carros para los británicos. Sin embargo, en el aire, al final los británicos obtuvieron la ventaja, ya que en el combate aéreo se perdieron once aviones alemanes y siete británicos. En el resto, aunque replegándose, los británicos se reagruparon y defendieron la línea.

En un punto, el capitán A. M. C. M'Ready-Diarmid, del Regimiento de Middlesex, no sólo encabezó un ataque que obligó a los alemanes a retroceder cuatrocientos cincuenta metros sino que, con una habilidad para lanzar bombas que resultaba notable para los niveles habituales en esos tiempos peligrosos, mató o hirió a más de ochenta alemanes, antes de que lo mataran. En otro sector, un oficial británico trató de convencer a sesenta hombres, a los que encontró en plena huida, para que se dieran la vuelta e hicieran frente a los alemanes que avanzaban, que los superaban en número con gran diferencia. «No es de británicos salir corriendo de esa manera —les dijo—. Vamos a oponer resistencia.» Los soldados, que casi no tenían más municiones, no le hicieron caso y continuaron la retirada. Más tarde, ese mismo día, hallaron a un alemán en las trincheras británicas, vestido con el uniforme de un oficial británico. Fue ejecutado por espía. También se pensó que podía ser el hombre que trató de enviar a las tropas a una muerte o una captura inevitables.

En el resto del campo de batalla, a medida que iban invadiendo la posición británica, se envió a la batalla una reserva reunida a toda prisa, compuesta por oficiales del cuartel general, mensajeros, cocineros, camilleros y señaleros. «Todos lucharon —ha escrito un antiguo oficial del Estado Mayor— y cuando se recuperó el terreno, el 2 de diciembre, aparecieron sus cadáveres esparcidos, irreconocibles, junto a la pila de atacantes muertos.»[5]

La batalla de Cambrai, cuyo primer día había causado tanta ilusión a los aliados, al cabo de dos semanas no había conseguido en absoluto convertirse en el momento decisivo que todos habían esperado. «Byng capturó un centenar de piezas de artillería y fue promovido —escribió con cierta amargura el general Gough, casi cuarenta años después—. Se echaron las campanas al vuelo en Inglaterra y todo el mundo se alegró, pero esa batalla no se continuó o no se pudo

continuar. Byng se dio cuenta de que había metido la cabeza en un saliente estrecho y el bosque de Bourlon se convirtió en un nombre de mal agüero para muchos soldados británicos.»

La caballería no había conseguido avanzar detrás de las líneas alemanas. Se había vuelto al costoso punto muerto de la guerra de trincheras. El 2 de diciembre, Haig dio instrucciones a Byng para que eligiera una línea segura para el invierno y se retirara a ella sin demora. La retirada comenzó el 4 de diciembre, por la noche. Poniendo en práctica la experiencia que había adquirido en Gallípoli dos años antes, Byng consiguió asegurar que se llevara a cabo sin pérdidas, pero las bajas aliadas en Cambrai habían sido considerables: cuarenta y cuatro mil británicos y canadienses muertos y heridos. Las bajas alemanas fueron cincuenta y tres mil.

Muchos de los heridos británicos que fueron enviados a Inglaterra no pudieron llegar más allá de los hospitales de la costa francesa. Vera Brittain estaba entonces en el Hospital General Núm. 24 de Étaples. El 5 de diciembre, escribió a su madre: «Ojalá que aquellos que escriben con tanta palabrería y dicen que ésta es una guerra santa, y los oradores que tanto hablan de seguir adelante, por mucho que dure la guerra o lo que eso suponga, pudieran ver un caso, por no hablar de una decena de casos, de gas mostaza en sus primeras etapas; que pudieran ver a los pobres quemados y cubiertos de grandes ampollas de color mostaza que supuran, con los ojos ciegos (a veces de forma transitoria, otras veces permanentemente) pegajosos y pegados, siempre esforzándose por respirar, diciendo, con una voz que no es más que un suspiro, que se les cierra la garganta y que saben que se van a ahogar. Lo único que se puede decir es que esos casos tan graves no duran mucho: o mueren en seguida o, de lo contrario, mejoran; en general, lo primero.»

En el frente italiano, las fuerzas austríacas que estaban al oeste del Piave combatían en las laderas del monte Grappa, casi en el borde de la planicie, más allá de la cual estaban Vicenza, Padua y el río Po. El 22 de noviembre, tomaron la cima del monte Tomba, de 968 metros, pero fueron repelidas. Más al oeste, en las montañas en torno a Asiago, como la enfermedad acabó con siete mil atacantes, ya no fue posible ningún otro avance austríaco y el emperador Carlos ordenó que se pusiera fin al ataque. Su propio pueblo estaba cansado de luchar. El 25 de noviembre, en una manifestación masiva en Budapest, cien mil trabajadores húngaros se manifestaron a favor de la paz inmediata y de la revolución bolchevique.

A los soldados que estaban en el frente, la disciplina y las circunstancias les

impedían caer en esa subversión. En un ataque austríaco al monte Pertica, el 26 de noviembre, la cima cambió de manos siete veces. Tres semanas después, los austríacos llegaron hasta un pico de 1.620 metros, el monte Asolone, desde el cual tenían una visión notable y tentadora de las planicies que se veían abajo, a lo lejos, pero sus ejércitos no conseguirían acercarse más al interior de Italia. El teniente Rommel, que había combatido con su batallón de montaña durante todo el avance, recibió la *Pour le Mérite*.

En el frente de Salónica, los británicos estaban utilizando a cuatro mil prisioneros de guerra turcos, traídos por grupos desde Chipre, para construir un ferrocarril ligero de ochenta kilómetros. Los depósitos y los campamentos militares del frente estaban protegidos de un ataque aéreo alemán mediante globos llenos de explosivos. Uno de esos globos fue el causante de la muerte de un destacado piloto de caza alemán, el teniente Eschwege, el «águila del Egeo», que había derribado veinte aviones aliados en combate.

La llamada de los bolcheviques, el 19 de noviembre, para firmar un armisticio en todos los frentes, no había obtenido respuesta. Trotski, a cargo de la política exterior, presionaba a Gran Bretaña y a Francia para que iniciaran negociaciones y amenazaba, en caso de que no se comenzaran, con firmar armisticios por su cuenta con las potencias centrales. El 21 de noviembre, el embajador francés en Petrogrado, Maurice Paléologue, recibió una notificación oficial en la que se le comunicaba que el gobierno bolchevique había ordenado un alto el fuego inmediato en todos los frentes y que tenía la intención de comenzar a negociar con los alemanes, con el objetivo de preparar una paz por su cuenta.

Pero los aliados siguieron sin dar ninguna respuesta. El 27 de noviembre, el embajador británico en Petrogrado advirtió a Londres: «Cada día que mantenemos a Rusia en la guerra contra su voluntad amarga a su pueblo contra nosotros.» Ese día, tres emisarios rusos, con los ojos vendados, entraron en las líneas alemanas cerca de Daugavpils, autorizados por Petrogrado para hacer los arreglos preliminares para un armisticio. Ese mismo día, en un gesto de desafío, Trotski dio a conocer al mundo los acuerdos secretos que Rusia había firmado con las potencias aliadas entre 1914 y 1917, incluidos los que otorgaban carta blanca a Francia en el oeste para adquirir territorio alemán; a Italia, grandes trozos de Austria y Turquía; a Rumania, las tierras que codiciaba y a la propia Rusia, Constantinopla y el estrecho.

«El gobierno de obreros y campesinos deroga la diplomacia secreta, con sus intrigas, sus claves secretas y sus mentiras —declaró Trotski ese día desde Petrogrado—. Deseamos una paz rápida, para que los pueblos puedan vivir y tra-

bajar juntos con integridad. Al revelar a todo el mundo lo que hacen las clases gobernantes, tal como se expresa en los documentos secretos de la diplomacia, nos dirigimos a los trabajadores con el llamamiento que siempre constituirá la base de nuestra política exterior: "Proletarios del mundo, ¡uníos!"»

No eran los bolcheviques los únicos que estaban buscando la manera de poner fin al conflicto. El 29 de noviembre, el *Daily Telegraph* publicó una carta de lord Lansdowne, antiguo ministro británico de Asuntos Exteriores, en la que escribía: «No vamos a perder esta guerra, pero su prolongación supondrá la ruina para el mundo civilizado y un aumento infinito de la carga de sufrimiento humano que ya pesa sobre él.» Si las negociaciones comenzaban de inmediato, podrían poner fin a la guerra mediante «una paz duradera y honorable» en el año nuevo. La prensa popular se opuso a cualquier intento de sentarse a conversar con los alemanes, pero Lansdowne se sorprendió, según escribió a su hija, «de la cantidad de cartas que recibí de oficiales en el frente, que me decían que ellos estaban de acuerdo con la carta».

El día que se publicó la carta de Lansdowne, el conde Hertling, el nuevo canciller alemán, manifestó su apoyo público al llamamiento bolchevique para la firma de un armisticio. El káiser incluso sugirió a su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Richard von Kuhlmann, que Alemania debía buscar una alianza con Rusia. Los austríacos también recibieron bien la propuesta bolchevique de poner fin a los combates. Para los aliados, era el espectro de la catástrofe.

Las potencias centrales estaban eufóricas. En Italia, los austríacos se encontraban muy cerca de Venecia. En el frente oriental, los alemanes estaban trasladando cuarenta y dos divisiones, más de medio millón de hombres, hacia el oeste.

El 1 de diciembre, los bolcheviques se apoderaron del cuartel general militar ruso de Mogilev, donde al último de los comandantes en jefe de la Rusia de tiempos de guerra, el general Dukhonin, de cuarenta y cuatro años, unos marinos bolcheviques lo sacaron a rastras de su tren especial, después de arrancarle las charreteras. Lo golpearon, cayó al suelo y siguieron pegándole, hasta que un marino lo mató de dos balazos, ante los gritos de entusiasmo de los transeúntes. El líder checoslovaco, el doctor Thomas Masaryk, que se encontraba en la zona organizando a alrededor de noventa y dos mil prisioneros de guerra checos en formaciones militares, recordó después que el cuerpo de Dukhonin fue «profanado bárbaramente» en la estación de ferrocarril. Dukhonin había aprobado la idea de permitir que los checos formaran un ejército para luchar junto a Rusia contra las potencias centrales, pero los propios rusos habían depuesto

las armas, de modo que los checos tendrían que salir de Rusia lo mejor que pudieran y dirigirse hacia el este, en un viaje de ocho mil kilómetros, siguiendo el ferrocarril transiberiano, hasta Vladivostok, el único puerto ruso desde el cual podían zarpar para regresar a Europa.

El día del asesinato de Dukhonin, una Comisión Bolchevique pro Armisticio salió de Petrogrado en dirección al frente oriental. Al día siguiente, como se declaró un alto el fuego formal en toda la zona de la batalla, la Comisión entró a las líneas alemanas en Daugavpils y fue transportada por tren hasta la antigua fortaleza rusa de Brest-Litovsk, donde la recibió una falange de negociadores: alemanes, austríacos, búlgaros y turcos. Toda una franja de zonas de guerra, desde el mar Báltico hasta las montañas del Cáucaso, estaba a punto de acabar.

Las negociaciones del armisticio continuaron en Brest-Litovsk durante cinco días. Los dos principales negociadores bolcheviques eran judíos rusos: Adolf Joffe y Leo Kamenev, el cuñado de Trotski. Para demostrar la igualdad entre los sexos propia de la filosofía comunista más amplia, otro de los delegados era Anastasia Bitsenko, que había sido liberada hacía poco, como parte de la amnistía general de prisioneros zaristas, después de cumplir una condena de diecisiete años en Siberia por el asesinato de un ex ministro de Guerra. En aras de la propiedad revolucionaria, también se habían incluido en la delegación un obrero, un campesino y un soldado; al campesino no lo habían encontrado hasta el último momento, durante el viaje en tren, en una estación del camino. Esos símbolos de la revolución no participaron en la negociación. El representante naval ruso, el antiguo comandante zarista en el Báltico, el almirante Altvater, advirtió al general Hoffmann sobre los peligros de la propaganda bolchevique en el frente. Su propia defensa de la isla de Oesel, dos meses antes, había sido minada precisamente por esa propaganda. «Ocurrió lo mismo con el ejército —dijo Altvater— y, le advierto, ocurrirá lo mismo con su ejército.» Hoffmann no apreció la verdad que contenían esas palabras. «Simplemente me reí del pobre almirante», escribió más adelante.

El 6 de diciembre, mientras los bolcheviques, los alemanes, los austríacos, los búlgaros y los turcos seguían hablando sobre la manera de poner fin a sus confrontaciones militares, el gobierno rumano, cuyos ejércitos habían sido rechazados por las fuerzas alemanas y las austríacas hasta sus fronteras orientales, obtuvo un alto el fuego. Nueve días después, el 15 de diciembre, los negociadores de Brest-Litovsk anunciaron el cese de todos los combates en el frente oriental. Rusia había dejado de ser beligerante.

Desde el Báltico hasta el mar Negro, la artillería enmudeció. Las potencias centrales se libraron de la guerra en dos frentes que había sido su pesadilla y su

carga desde 1914. Lo único que faltaba era negociar un tratado de paz con los bolcheviques que restringiera lo más posible su control territorial: Lenin puso a Trotski al frente de esas negociaciones, que comenzaron en Brest-Litovsk el 22 de diciembre, un día en que el káiser estaba visitando a sus tropas en el frente occidental, donde era de esperar que pronto se notaran los beneficios de un acuerdo de paz en el este.

Los alemanes no fueron los únicos que se beneficiaron con la caída de Rusia. Estonia había declarado su independencia el 28 de noviembre y Finlandia hizo lo mismo el 6 de diciembre. Pero la guerra no estaba acabada, ni mucho menos, para los bolcheviques, que, el 9 de diciembre, declararon la guerra a los cosacos en el sur de Rusia, un pueblo de espíritu independiente que se había negado a aceptar a la nueva autoridad revolucionaria. A finales de ese mes, también se enfrentaron a los bolcheviques las fuerzas rusas antibolcheviques encabezadas por dos antiguos oficiales zaristas, el general Kornilov, en el Kubán, y el general Alexeyev, en Novocherkassk. En Ucrania, la *Rada* (el Parlamento) rechazó la solicitud de Lenin para que pudieran pasar las tropas bolcheviques «rojas» para combatir contra las fuerzas «blancas». Los combates entre los bolcheviques y las fuerzas ucranianas comenzaron el 24 de diciembre. Tres días después, Letonia declaró su independencia de Rusia. El 31 de diciembre, los «rojos» ocuparon la ciudad de Járkov, en el este de Ucrania. Había comenzado en Rusia la guerra civil.

Aunque esos acontecimientos tuvieron lugar lejos del frente occidental, lo afectaron directamente. El 6 de diciembre, mientras en Brest-Litovsk los negociadores bolcheviques y alemanes seguían negociando las últimas condiciones de un alto el fuego, el ministro británico del Servicio Nacional, sir Auckland Geddes, advirtió al gabinete de guerra de Londres que, en cuanto se acordara el alto el fuego, los alemanes estarían en condiciones de trasladar novecientos mil hombres al frente occidental, lo cual les proporcionaría una superioridad de once divisiones de combate.

Cuando los alemanes transfirieran su artillería de este a oeste, pasarían de la igualdad existente en ese momento con las fuerzas anglofrancesas a una preponderancia de dos mil, con una preponderancia de cuatro mil en cañones de campaña y obuses. Entonces, todo dependería de Estados Unidos: sus doce divisiones, si llegaban a la línea en 1918, inclinarían una vez más la balanza a favor de los aliados, aunque sólo ligeramente. También produciría una leve superioridad en cuanto a la cantidad de fusiles. Pero Geddes hizo hincapié en que tendrían que llegar de Gran Bretaña más de un millón de soldados más para alcanzar la superioridad necesaria para tener éxito en una ofensiva. Ten-

drían que enviar a los hombres de las fábricas de municiones y de los astilleros, además de los nuevos reclutas. Los trabajadores de las fábricas de municiones que estuvieran en condiciones de combatir tendrían que ser reemplazados por mujeres o por hombres no aptos para el servicio militar. Habría que volver a movilizar el país. Al mismo tiempo, para que el sacrificio de los trabajadores pareciera más justo, el impuesto que ya pagaban aquellos que obtenían beneficios adicionales, en la industria o el comercio, como consecuencia de la guerra, aumentaría del 40 por ciento del impuesto original en 1915 al 80 por ciento.

En el mar, el sistema de convoyes había comenzado a ser muy útil para las potencias aliadas. En noviembre, las pérdidas de barcos fueron las más bajas del año: se hundieron 126 barcos, de los cuales cincuenta y seis eran británicos.[6] Procedentes de Estados Unidos, cuatro acorazados estadounidenses se incorporaron ese diciembre a la Gran Flota británica. En Estados Unidos tenía lugar una inmensa «cruzada de construcción naval», a fin de proporcionar los buques mercantes necesarios para la guerra en 1918. El 6 de diciembre, se produjo un desastre para los aliados, a muchos miles de kilómetros de las zonas de guerra: en el puerto canadiense de Halifax, un buque mercante francés, el *Mont Blanc*, cargado con municiones para Europa, chocó contra un buque belga y voló por los aires. Murieron más de mil seiscientas personas y nueve mil resultaron heridas: uno de cada cinco habitantes de la ciudad. En Francia, seis días después murieron 543 soldados al descarrilar un tren cerca de Modane: la mayor cantidad de víctimas que hubo en ningún desastre ferroviario civil, antes o después.

La mañana del domingo 9 de diciembre, en un valle situado justo al norte de Jerusalén, dos soldados británicos, el soldado raso Church y el soldado raso Andrewes, se levantaron pronto para ir a buscar huevos, con la esperanza de encontrar alguna granja abandonada o campesinos dispuestos a dárselos. Formaban parte de la fuerza que venía combatiendo desde el Mediterráneo y que entonces estaba acampada a cinco kilómetros de la ciudad, con la intención de quitársela a los turcos en los días siguientes. Mientras buscaban, vieron que se acercaba a ellos un grupo heterogéneo, algunos vestidos de civil, otros con uniforme turco, llevando en alto una gran bandera blanca. Eran los dignatarios de Jerusalén, incluidos el alcalde, sacerdotes, rabinos e imanes, que llevaban las llaves de la ciudad. Estaban buscando a alguien para rendirse. El ejército turco, con sus oficiales alemanes y austríacos, se había marchado sigilosamente hacia el norte, a Nablus, y hacia el este, a Jericó y el río Jordán.

Los británicos pudieron entrar en la Ciudad Santa sin luchar. Habían pasado más de setecientos años desde que Ricardo Corazón de León llegara casi

hasta el lugar exacto al que llegaron Church y Andrewes, pero el rey no había podido seguir adelante. Los dos soldados condujeron a los dignatarios hasta un sargento, que al final dio con un general, al cual pudieron entregar formalmente las llaves. El 11 de diciembre, siguiendo instrucciones precisas, establecidas en Londres tres semanas antes, Allenby entró a pie en Jerusalén, para evitar emular la entrada triunfal del káiser a caballo, en 1898. Allenby cumplió las órdenes de Londres: como muestra de humildad ante los lugares sagrados, no ondearon en la ciudad las banderas aliadas y, para no ofender la tradición musulmana, se enviaron tropas musulmanas indias para montar guardia ante la mezquita de la Cúpula de la Roca. La proclama conciliadora de Allenby, también preparada para él por el gabinete de guerra en Londres, se leyó en inglés, francés, árabe, hebreo, ruso y griego. Allenby estaba eufórico con su victoria, que lo compensaba por los tres años de contratiempos y estancamiento en el frente occidental. En Jerusalén adquirió una araña combativa que era capaz de cortar con la mandíbula la cola de un escorpión; la llamó «Hindenburg».

La captura de Jerusalén estimuló la imaginación del mundo aliado. En Roma tañeron las campanas de las iglesias, como tañeron en Londres las campanas de la catedral católica de la ciudad. Los judíos de todo el mundo se dieron cuenta de que comenzaba una nueva etapa para sus aspiraciones nacionalistas. También los árabes estaban entusiasmados: el nombre de Allenby guardaba una estrecha similitud caligráfica con la palabra árabe correspondiente a profeta, *Al Neby*.

Después del contratiempo británico en Cambrai, algunos periódicos británicos lo contrastaron con el éxito en la captura de Jerusalén. *The Times* dijo que Cambrai era «uno de los acontecimientos más espantosos de la historia inglesa». Las perspectivas parecían peores aún. Tras el alto el fuego en el frente oriental, no dejaron de trasladarse tropas alemanas desde Rusia hacia el frente occidental. El ejército italiano defendía el valle del Po con ayuda de británicos y franceses y Venecia era vulnerable a cualquier nuevo triunfo austríaco. Con tantas dificultades, los dirigentes británicos reaccionaron de forma positiva a hablar de una paz aparte con Austria e incluso con Turquía.

Con el consentimiento de Lloyd George, el general Smuts fue a Suiza donde, el 18 de diciembre, en un suburbio de Ginebra, mantuvo tres reuniones con el ex embajador austríaco en Londres, el conde Mensdorff. Smuts propuso que, a cambio del acuerdo de celebrar una paz aparte con la Entente, el imperio austrohúngaro quedara intacto, como contrapeso de Alemania en Europa central. Mensdorff respondió que Austria no podía hablar de negociar una

paz por separado. Philip Kerr, perteneciente a la secretaría de Lloyd George, que había estado presente en las conversaciones de Ginebra, se dirigió entonces a Berna para reunirse con el negociador turco, el doctor Humbert Parodi, pero Turquía tampoco estaba dispuesta a considerar una paz por separado. El imán alemán seguía siendo fuerte, fortalecido por la perspectiva de una derrota aliada.

El diplomático británico sir Horace Rumbold, que estuvo con Smuts y Kerr en Ginebra y en Berna, destacó: «Nuestras conversaciones con los turcos, desde luego, se han visto perjudicadas por la conferencia de Brest-Litovsk. En la última semana, nos han confirmado varios miembros del gobierno turco en Ginebra que la conferencia en cuestión ha llenado a los turcos de extravagantes esperanzas con respecto al futuro de su imperio. No sólo esperan recuperar Mesopotamia, Palestina, etcétera, con ayuda de los alemanes, sino que, además, pretenden conseguir partes del Cáucaso y celebrar una alianza con un estado como Georgia. De hecho, parecen creer realmente en las posibilidades del movimiento turanio.» Sobre todo Enver Pasha tenía esperanzas de extender el dominio turco hasta las regiones de habla turca del Asia central rusa.[7]

Ante la perspectiva de que Brest-Litovsk mejorara la capacidad bélica alemana, los negociadores turcos en Suiza se echaron atrás. Públicamente, no se dio ningún indicio de que se estuvieran llevando a cabo conversaciones diplomáticas; de hecho, el 14 de diciembre, Lloyd George declaró en un discurso en Londres que no había «ningún término medio entre la victoria y la derrota». Dos meses después, en una conferencia interaliada en Francia, se repudió el arma de la diplomacia como medio para conseguir la paz. Un mensaje diplomático de Trotski del 15 de diciembre, que anunciaba que, como los gobiernos aliados no estaban de acuerdo en celebrar negociaciones de paz, los bolcheviques negociarían con los partidos socialistas de todos los países, fue recibido con desdén.

La guerra seguiría adelante, ése era el mensaje de los políticos y de los patriotas. «No puedo evitar sentirme constantemente muy deprimido ante las cosas inmensamente tristes que nos amargan la vida —escribió Albert Einstein a un amigo en Holanda el 18 de diciembre—. Ya ni siquiera me consuela, como antes, refugiarme en mi trabajo en el campo de la física.» Hasta Lloyd George, a pesar de su afirmación pública sobre la necesidad de una victoria, en privado estaba inquieto por el método bélico que se estaba aplicando. En una comida con el editor de periódicos C. P. Scott, el 19 de diciembre, dijo que, si bien la victoria militar era «una necesidad», puede que «derrotar el inminente gran ataque alemán en Francia o en Italia o dondequiera que fuera a tener lugar constituya

una victoria militar en sí misma». El primer ministro habló también de «detener la inútil pérdida de vidas en los ataques en el oeste y de realizar tan sólo intensos contraataques, manteniéndose a la defensiva».

Sabiendo que no se repetirían las ofensivas de 1916 y 1917, Churchill escribió, el 29 de diciembre, a un amigo militar: «Gracias a Dios que ya no emprenderemos más ofensivas. Que se vayan al otro lado de los campos llenos de cráteres. Que se diviertan capturando de vez en cuando lugares sin nombre y colinas estériles.»

Desde la firma del armisticio de Brest-Litovsk, los alemanes y los austríacos, así como también los turcos y los búlgaros, habían estado ansiosos por firmar una paz con Rusia que satisficiera sus numerosas demandas. Por su parte, los bolcheviques estaban desesperados por asegurar su frontera occidental y por consolidar la revolución dentro de ella. Los que iban a negociar la paz llegaron a Brest-Litovsk el 20 de diciembre. «Puesto que Rusia ha celebrado negociaciones por separado —dijo ese día Lloyd George a la Cámara de los Comunes—, evidentemente ella es la única responsable de las condiciones con respecto a sus propios territorios.»

Esa noche, en Brest-Litovsk, el comandante en jefe alemán en el este, el mariscal de campo príncipe Leopoldo de Baviera, ofreció un banquete para todos los delegados, entre los que figuraba el ministro de Asuntos Exteriores austríaco, el conde Czernin. Ha escrito John Wheeler-Bennett, uno de los primeros historiadores de las negociaciones: «La imagen estaba llena de contrastes. A la cabecera de la mesa, robusto y con barba, la figura del príncipe de Baviera, que tenía a su derecha a Joffe, un judío recién liberado de una prisión en Siberia. A su lado, el conde Czernin, gran señor y diplomático de la vieja escuela, caballero del Vellocino de Oro, formado en la tradición de Kaunitz y Metternich, a quien Joffe, con sus ojos dulces y su tono amable, confió lo siguiente: "Espero que seamos capaces de organizar la revolución también en su país."» Esa noche comentaba Czernin en su diario, lacónicamente: «Apenas necesitaremos ninguna ayuda del bueno de Joffe, creo yo, para crear la revolución entre nosotros. El pueblo lo conseguirá, si la Entente persiste en negarse a llegar a un acuerdo.»

Las negociaciones formales comenzaron el 22 de diciembre. «Puedo considerar una circunstancia auspiciosa —dijo a los delegados el principal delegado alemán, el barón Richard von Kuhlmann— el hecho de que nuestras negociaciones comiencen tan cerca de esa fiesta que, durante muchos siglos, ha prometido paz en la tierra y buena voluntad a los hombres.» La debilidad de la Rusia bolchevique brindaba a Alemania la oportunidad de conseguir, mediante

las sutilezas jurídicas de un tratado negociado, las ganancias territoriales y mucho más que había sido incapaz de obtener en más de tres años de guerra.

En el frente italiano, los austríacos estaban decididos a derrotar a los italianos antes de que la llegada de las nieves de invierno, que ya llevaban un mes de retraso, hiciera imposible combatir en las montañas. En una exhortación final, el general Conrad dijo a sus tropas que celebrarían la misa de navidad en Venecia. El ataque comenzó el 23 de diciembre y estuvo precedido por un impresionante bombardeo de la artillería, para el cual se utilizaron granadas de gas. En el posterior avance de tres kilómetros se capturaron dos alturas (una de ellas fue el Col del Rosso, de 1.275 metros) y cayeron prisioneros nueve mil italianos, pero, al día siguiente, un contraataque italiano recuperó los picos. Esa noche, la primera nevada intensa impidió que los austríacos alcanzaran su objetivo y fueron los italianos los que celebraron la misa, dando gracias a Dios por su liberación. El día anterior, durante una visita al frente occidental, el káiser había dicho a sus tropas que los acontecimientos de 1917 eran una prueba de que Dios estaba de parte de los alemanes.

Bajo la ocupación militar británica, se celebró la misa de navidad en Jerusalén y Belén. El día de navidad, los turcos lanzaron sin ganas unos disparos de artillería desde el norte y el este, pero no parecieron tener mayor importancia. A continuación, la noche del 26 de diciembre, los alemanes y los turcos atacaron. Las nuevas tropas turcas, que no habían participado en las desmoralizadoras retiradas de Beersheba y Gaza, se abrieron paso a través de los puestos británicos de avanzada en la carretera de Nablus. A lo largo de ocho horas y media, durante toda esa noche y entrado el día siguiente, fueron repelidos una serie de ataques turcos. En un ataque procedente del este, a lo largo de la carretera de Jericó, los turcos volvieron a avanzar hacia la ciudad. En un punto, setecientos turcos rodearon a una compañía formada por cincuenta soldados británicos, que, a pesar de no disponer del apoyo de la artillería, encontraron refugio entre las ruinas de un antiguo monasterio y resistieron hasta que llegaron refuerzos, el 28 de diciembre, por la mañana.

Después de rechazar el intento turco de recapturar Jerusalén, Allenby ordenó a sus hombres que avanzaran, el 28 de diciembre, para asegurar el perímetro de la ciudad. Se utilizaron vehículos blindados y aviones para apoyar el avance. Se contaron mil cadáveres turcos en el campo de batalla, cuando se interrumpió el avance, dieciséis kilómetros al norte de la ciudad. Entre los setecientos cincuenta prisioneros que se tomaron, había unos cuantos oficiales alemanes, que fueron capturados por tropas irlandesas. Esos alemanes manifestaron

su asombro al comprobar que habían estado combatiendo contra tropas blancas. Para incitarlos a pensar que los combates serían fáciles, les habían dicho que su enemigo serían «indios y la escoria de Egipto».

Para los que se encontraban en alta mar, la muerte llegó sin avisar durante las fiestas de navidad. El 23 de diciembre, en el mar de Irlanda, un submarino alemán hundió el vapor británico armado *Stephen Furness*, en el que se ahogaron ciento un hombres, mientras que en el mar del Norte, frente a las costas de Holanda, perdieron la vida 252 marinos, cuando tres destructores británicos, el *Tornado*, el *Torrent* y el *Surprise*, chocaron contra un campo de minas alemán. Una semana después, el 30 de diciembre, mientras el destructor británico *Attack* rescataba a los supervivientes de un barco para el transporte de tropas, el *Aragon*, que había sido torpedeado, él mismo chocó contra una mina y se hundió: se ahogaron seiscientos diez marinos y soldados. Al día siguiente, murieron 198 marinos británicos más cuando su barco, el *Osmanieh*, chocó contra una mina y se hundió: en una sola semana, la cifra de muertos de la marina de guerra fue de más de un millar. Otros quinientos veinte marinos mercantes británicos habían perdido la vida en diciembre.

A medida que 1917 se acercaba a su fin, no había ninguna perspectiva de paz en Europa. Hasta el alto el fuego en el este había resultado no ser más que el preludio de una guerra civil inmediata, con sus propios horrores y excesos. Los bolcheviques tampoco estaban satisfechos con la severidad de las condiciones en las cuales insistían los alemanes en las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. Aquellos países a los que un bloqueo naval frenaba las importaciones de alimentos habían comenzado a sufrir las consecuencias detrás de las líneas. Hasta diez mil habitantes de la ciudad de Constantinopla habían muerto por las privaciones en 1917. En Austria, el hambre trajo como consecuencia huelgas y disturbios en Viena y Budapest, que obligaron al gobierno a llamar a siete divisiones del ejército que estaban en el frente y a hacerlo de forma permanente a comienzos de 1918, para evitar la violencia callejera. En Alemania, más de un cuarto de millón de ciudadanos habían muerto en 1917 como consecuencia del hambre, atribuida directamente al bloqueo británico. No sólo las tropas en el campo de batalla, los marinos en el mar, los aviadores y la cada vez mayor cantidad de hombres en los campos de prisioneros, sino también las otrora prósperas ciudades europeas sufrían los tormentos de una guerra prolongada.

El 30 de diciembre, los alemanes lanzaron una descarga de artillería contra los británicos en el frente occidental. Entre los heridos figuraba un miembro de la División de la Marina Real británica, el capitán de corbeta Patrick Shaw-Ste-

wart, que había luchado en Gallípoli, donde se salvó de que una bala «se alojara en el lado derecho de su corazón», gracias a un espejito de acero que llevaba en el bolsillo del uniforme. Después de ser alcanzado por un trozo de metralla, el 30 de diciembre, y de que le tuvieran que cortar el lóbulo de una oreja, se negó a retroceder hasta el cuartel general de su batallón para que le vendaran la herida. Poco después estalló un proyectil sobre el parapeto, que lo mató en el acto.

El conocimiento de la crueldad de la guerra no se podía limitar exclusivamente a las zonas bélicas. El 27 de diciembre, el corresponsal de guerra y novelista británico Philip Gibbs, que acababa de regresar del frente occidental, contó en Londres, ante una reunión de políticos y periodistas, lo que pudo sobre las condiciones de la guerra de trincheras. Uno de los que estaban entre el público, C. P. Scott, apuntó en su diario: «Es algo horrible, algo que la condición humana no puede soportar.» Sin embargo, continuaría y habría que seguir soportándolo un año más.

Capítulo XXI

LAS POTENCIAS CENTRALES A PUNTO DE TRIUNFAR
De enero a marzo de 1918

Ni siquiera los peligros que supuso para los aliados la retirada de Rusia de la guerra alteraron la política cautelosa de Estados Unidos. El primer día de 1918, el general Pershing se opuso con éxito a la solicitud urgente de Lloyd George de que Estados Unidos enviara la mayor cantidad posible de tropas excedentes y que, inmediatamente después de su llegada, éstas se incorporaran a unidades británicas y francesas.

Según Lloyd George, los alemanes estaban planeando «un golpe para eliminar a los aliados», antes de que un ejército estadounidense bien entrenado estuviera pronto para ocupar su sitio en la línea ese verano. Pershing no estaba de acuerdo. «No creo que exista una emergencia que justifique la incorporación de compañías o batallones a las divisiones británicas o francesas —telegrafió al Secretario de Guerra en Washington— y no lo haría, a menos que se tratara de una grave crisis.» Sin embargo, Pershing aceptó la solicitud de Pétain de que cuatro regimientos negros, que ya estaban en Francia, se incorporaran a las divisiones francesas y así lo hicieron durante el resto de la guerra.

Al comenzar 1918, ninguno de los frentes (el occidental, el italiano, el de Salónica y el turco) fue escenario de una ofensiva a gran escala, sino de combates intermitentes, caracterizados por reiteradas incursiones y contraincursiones. En el antiguo frente oriental, las negociaciones para la firma de un tratado de paz rusogermano se interrumpieron durante doce días, por el comienzo del nuevo año. Detrás de todas las líneas del frente, los movimientos políticos se agitaban con renovado entusiasmo, tratando de que la negociación, el cansancio de la guerra y la inesperada evolución de los acontecimientos satisficiera sus ambiciosos planes de creación de nuevos estados. Sin embargo, el principal requisito previo para muchas de esas esperanzas era la desintegración de Austria-Hungría, que no se podía dar por descontada.

El 5 de enero, en un discurso a los sindicatos británicos, Lloyd George afir-

mó que la disolución de Austria-Hungría no era un objetivo bélico para los aliados. Aunque no podía decirlo, todavía esperaba separar a los Habsburgo de Alemania. Dentro de las fronteras de los Habsburgo, crecían las aspiraciones nacionales. El 6 de enero, en Praga, una convención especialmente convocada, que se reunió en lo que justo antes de la guerra había sido la Casa Municipal, cuyos arquitectos habían intentado expresar las aspiraciones nacionalistas checas, pidió la independencia de las tierras checas de Bohemia y Moravia. Dos semanas después, los pueblos de habla germana que vivían en la región de Bohemia, en los Sudetes, pidieron tener su propia provincia.

Los presagios de la autodeterminación nacional, aunque no fuera la independencia, parecían favorables para los que pretendían una victoria aliada. El 8 de enero, en un discurso dirigido al Congreso de Estados Unidos, el presidente Wilson estableció un programa de paz para Europa basado en catorce puntos diferentes, con una perspectiva esencialmente democrática y liberal. En el futuro, para la diplomacia y para redactar tratados, siempre se procedería «con franqueza y a la vista del público». Se garantizaría la libertad de navegación en el mar. Se eliminarían las barreras económicas y se establecería «la igualdad de condiciones comerciales» entre todas las naciones. Se reduciría el armamento naval. En cuestiones de soberanía colonial, «los intereses de las poblaciones correspondientes deben tener el mismo peso que las reclamaciones equitativas de los gobiernos cuyo derecho se ha de determinar». Alemania debía evacuar todo el territorio ruso. Bélgica debía ser «evacuada y restaurada». Todo el territorio francés debía ser liberado y «el mal hecho a Francia por Prusia en 1871», en relación con Alsacia y Lorena, debía ser «reparado». Las fronteras de Italia debían seguir «las líneas claramente reconocibles de la nacionalidad», con lo cual Italia recibiría la provincia austríaca de Tirol sur. Los pueblos de Austria-Hungría deberían tener «la máxima libertad para elegir un desarrollo autónomo». Rumania, Serbia y Montenegro se restaurarían y se daría a Serbia acceso al mar. A las porciones turcas del imperio otomano había que «garantizarles una soberanía segura», pero al resto de las nacionalidades que había dentro de Turquía se les garantizaría un «desarrollo autónomo». Se tendría que constituir un estado polaco, «unido, independiente, autónomo [...], con acceso libre e irrestricto al mar». Por último, se debía formar una «asociación general» de naciones que garantizara la independencia política y la integridad territorial «para los estados grandes y pequeños por igual».

Estos catorce puntos pretendían ser una respuesta a la creciente atracción por el bolchevismo entre los soldados de las potencias centrales y resultar más atractivos que una paz de inspiración bolchevique. Sin embargo, no resultaron

totalmente satisfactorios para las esperanzas de obtener la categoría de estados que se habían despertado. A los pueblos de Austria-Hungría no se les concedía la independencia, sino, como decía Wilson, «la máxima libertad para elegir un desarrollo autónomo». Muchos checos y eslovacos repararon en ello con desilusión. Wilson tampoco brindaba ningún reconocimiento ni estímulo a las aspiraciones de los eslavos del sur para crear un solo estado propio. Austria tendría que evacuar Serbia y Montenegro, pero no se mencionaban las otras dos nacionalidades eslavas del sur: los croatas y los eslovenos. Dos días después de que Wilson diera a conocer sus catorce puntos, llegó a Londres una delegación de finlandeses, con la esperanza de obtener apoyo británico para la independencia de Finlandia. Ya no confiaban, como antes, en el apoyo de Alemania.

La carrera por el apoyo nacional afectaba a ambos bandos, a medida que los aliados y sus adversarios buscaban reclutar elementos nuevos para el conflicto o trataban de aislar a sus viejos enemigos. El día de la llegada a Londres de la misión finlandesa, tanto las potencias centrales como los bolcheviques reconocieron la independencia de Ucrania. Letonia se declaró independiente de Rusia el 12 de enero. Al día siguiente, en su Decreto Revolucionario Núm. 13, Lenin y Stalin anunciaron su apoyo a la autodeterminación armenia. En Brest-Litovsk se habían reanudado las negociaciones de paz después de las vacaciones de año nuevo. En esa ocasión, la delegación bolchevique estaba encabezada por Trotski, que esperaba, aunque sólo fuera por la amenaza de una revolución mundial, limitar las demandas alemanas y austríacas de considerables ganancias territoriales a expensas de Rusia. Los turcos también enviaron una delegación a Brest-Litovsk, con la intención de recuperar las tierras del este de Anatolia que habían perdido ante los rusos en 1878.

En todos los países existía el conflicto entre el deseo de continuar la guerra y la esperanza de acabarla, pero, para las potencias aliadas, el imperativo moral de la victoria se seguía afirmando públicamente y defendiendo ampliamente. En un discurso pronunciado en Edimburgo el 10 de enero, Balfour declaró que los horrores de la guerra no eran «nada» en comparación con una «paz alemana». Con casi dos millones de hombres en las fuerzas armadas, el gobierno británico estaba haciendo planes para incorporar por lo menos cuatrocientos veinte mil más.

Tres días después del discurso de Balfour, el filósofo pacifista Bertrand Russell comentaba en una carta privada: «El mundo es deplorable. El único punto inteligente son Lenin y Trotski.» El pacifismo de Russell encontró muy poco eco en Gran Bretaña. El 14 de enero, después de haber sido herido en el

frente occidental y de haber sido devuelto a su país, inválido, un oficial de infantería británico, Max Plowman, tomó la rara decisión de renunciar a su grado y de escribir al asistente de su regimiento que su odio hacia la guerra «se había ido profundizando poco a poco, hasta llegar a la firme convicción de que cualquier tipo de guerra organizada siempre es un asesinato organizado». Plowman añadió: «Hasta tal punto creo en la doctrina de la encarnación (que Dios vive, efectivamente, en cada cuerpo humano), que creo que matar hombres siempre es matar a Dios.»

El hambre y las privaciones en el país influyeron tanto en el cansancio de la guerra como las matanzas. El 22 de enero, un informe secreto británico, elaborado a partir de una lectura meticulosa de la correspondencia británica interceptada, revelaba «un decidido incremento de las cartas favorables a una paz inmediata». En Berlín, seis días después, más de cuatrocientos mil trabajadores fueron a la huelga para exigir la paz. Al cabo de cuarenta y ocho horas, las huelgas se habían extendido a seis ciudades más. Las autoridades alemanas reaccionaron con rapidez y firmeza, declararon la ley marcial en Berlín y Hamburgo y obligaron a alistarse en el ejército a muchos de los trabajadores en huelga. Pero el hambre exacerbada por el bloqueo naval británico no era algo que pudiera calmarse con leyes marciales ni servicios militares obligatorios. Los civiles se veían obligados a comer perros y gatos; a estos últimos los llamaban «conejos de azotea». El pan se fabricaba con una mezcla de peladura de patatas y serrín.

De Viena llegó un mensaje más tentativo todavía sobre una posible paz negociada. «Hoy ha habido más discursos extranjeros, moderados pero muy evasivos —escribió en su diario, el 28 de enero, el pacifista Clifford Allen (lo habían dejado en libertad porque no estaba bien de salud) y comentó—: Austria, bastante suave. ¿Por qué no pueden todos dar discursos alrededor de una mesa de negociación, en lugar de hacerlo desde plataformas situadas a miles de kilómetros de distancia y con intervalos de semanas o meses?» Los «discursos extranjeros» eran los del ministro de Asuntos Exteriores de Austria, el conde Czernin, y el nuevo canciller alemán, el conde Hertling, que sugerían «un intercambio de ideas» a través de Washington (Czernin) y un análisis sobre «la limitación de armamentos» (Hertling). Comentaba *The Times*: «Ninguno revela la menor disposición a cumplir ninguna de las demandas que los aliados, de común acuerdo, consideran indispensables.»

El 28 de enero, en un hospital militar de Wimereux, en la costa del canal de la Mancha, murió el oficial médico canadiense, el teniente coronel John McCrae.

Habían pasado casi tres años desde que, en el saliente de Ypres, escribiera las siguientes líneas:

We are the Dead. Short days ago
We lived, felt dawn, saw sunset glow [...][1]

En una acción naval en los Dardanelos, el 20 de enero, murieron 127 marinos británicos cuando un buque de guerra alemán hundió su monitor el *Raglan*. Ese mismo día, en el mar del Norte, las minas británicas hundieron dos destructores alemanes y un submarino alemán hundió un vapor británico armado, el *Louvain*, matando a 224 hombres que había a bordo. El 26 de enero naufragaron tres submarinos alemanes, dos en el canal de la Mancha y uno en el de San Jorge. Cinco días después, en un choque nocturno accidental en el mar del Norte, dos submarinos británicos chocaron entre sí y se hundieron, causando la muerte de ciento tres submarinistas. El 29 de enero, tres bombarderos *Giant* alemanes sobrevolaron Gran Bretaña en un ataque aéreo en el que resultaron heridos veinte civiles. Tras los *Giant* llegaron, la noche siguiente, treinta y un *Gotha* que sobrevolaron París, arrojaron 267 bombas y mataron o hirieron a 259 parisienses.

La guerra de submarinos, sumada a la aérea, despertaba hostilidad incluso en aquellos que por instinto estaban a favor de algún tipo de paz de compromiso. «¿No es deprimente la mentalidad que tienen los alemanes? —escribió el 27 de enero a un amigo el ex ministro británico de Asuntos Exteriores, Edward Grey—. Cuando uno no ocupa un cargo ni está en Londres, es tan desagradable odiar a alguien y uno anhela la paz más que nunca, pero no veo cómo va a haber paz con la gente que sigue al frente de Alemania.»

En el este, las fuerzas de Lenin habían entrado en Ucrania y habían declarado allí el triunfo del bolchevismo. Las potencias centrales anunciaron su apoyo a una Ucrania independiente. El 28 de enero, los bolcheviques rusos y los nacionalistas ucranianos combatieron entre sí en Lutsk, donde tres años antes las fuerzas alemanas y las rusas habían batallado por la supremacía. El 29 de enero, las tropas de Lenin entraron tanto en Kiev como en Odessa. Dos días después, a medida que Ucrania caía rápidamente en poder de los bolcheviques, Lenin estableció la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, o URSS, también conocida como la Unión Soviética, a la cual siguió, dos semanas después, la creación primero de la Armada Roja y después, la del Ejército Rojo.

Aumentaba el descontento en cada vez más ejércitos y armadas. El 1 de fe-

brero se amotinaron las tropas griegas que había en la ciudad de Lamia, que estaban a punto de ser enviadas al frente de Salónica. Dos de sus líderes fueron ejecutados. El día del amotinamiento de Lamia también se amotinaron los marinos austrohúngaros que estaban a bordo en el golfo de Cattaro (Kotor). Encabezados por dos socialistas checos, los seis mil marinos izaron la bandera roja y anunciaron su adhesión al bolchevismo. Pero tocaron la Marsellesa, en lugar de la Internacional, y sus demandas estaban más próximas a los catorce puntos del presidente Wilson que a los decretos de Lenin: autonomía nacional (como la que ya habían exigido los grupos eslavos en el Parlamento de Viena, en lugar de independencia), la paz inmediata, no anexión de territorios, desmovilización y mejores condiciones de vida. Los amotinados trataron de conseguir el apoyo de las tropas austríacas en la guarnición de Cattaro y de las tripulaciones de los submarinos alemanes que estaban a su lado en la bahía, pero el intento de extender el motín fue rechazado. Al enterarse de lo ocurrido, las autoridades navales austríacas despacharon tres acorazados desde el puerto de Pula, en Istria; a ochocientos amotinados los obligaron a salir de sus barcos, cuarenta fueron sometidos a juicio y cuatro fueron ejecutados.

En Francia, la escasez de pan dio lugar a una protesta, el 5 de febrero, en la que participaron tres mil personas, en Roanne, en el Loira, seguida de saqueos.

El 18 de enero, toda una división estadounidense, la 1.ª, entró en la línea del frente, en el sector de Ansauville del saliente de Saint-Mihiel. La habían enviado allí para que adquiriera experiencia en la defensa de la línea y no emprendió ninguna acción ofensiva. En cuanto los alemanes se dieron cuenta de que tenían estadounidenses delante, trataron de desmoralizarlos y lanzaron un ataque contra un puesto de escucha estadounidense: mataron a dos soldados, hirieron a otros dos y capturaron a uno. A continuación, tendieron una emboscada a una patrulla estadounidense en la tierra de nadie, mataron a cuatro, hirieron a dos y capturaron a otros dos. «Eso de dejar que los *boches* lo hagan todo me pone los nervios de punta», apuntó en su diario un oficial estadounidense, el 30 de enero.

Cada semana llegaban tropas estadounidenses a Francia, donde, bajo la mirada vigilante de Pershing, para ellos y sus provisiones se estaban construyendo considerables instalaciones portuarias y de base. La contribución estadounidense a la guerra, a pesar de no estar marcada todavía por la participación de ejércitos, se estaba convirtiendo en un elemento frecuente en los partes de guerra. El 5 de febrero, el teniente Thompson fue el primer piloto estadounidense que formaba parte de las fuerzas estadounidenses en Francia que derrotó a un

avión alemán en combate. Ese mismo día, frente a las costas de Irlanda, murieron las primeras tropas estadounidenses que perdieron la vida cuando se dirigían a Europa, cuando un submarino alemán hundió un barco británico para el transporte de tropas, el *Tuscania*: se ahogaron 166 militares estadounidenses y cuarenta y cuatro tripulantes británicos.

En Gran Bretaña, el sentimiento antibelicista audible y visible se limitaba todavía a unos pocos miles de objetores de conciencia. El 6 de febrero se produjo un escándalo entre ellos, cuando un antiguo zapatero, Henry Firth, murió en el centro de trabajo para objetores de conciencia de Princetown, en Dartmoor. Después de pasar nueve meses en la cárcel, se había puesto tan enfermo que había aceptado el servicio alternativo en las canteras de piedra de Dartmoor. Fue hospitalizado tras sufrir un desmayo en el trabajo, pero cuando pidió huevos le fueron negados, con la excusa de que hacían falta para los soldados que estaban en Francia. Al final, las autoridades cedieron y se le concedieron tres huevos frescos, que llegaron el día después de su muerte. Tres días después de la muerte de Firth, Bertrand Russell fue condenado a seis meses de prisión por defender en público que el gobierno británico debía aceptar la oferta alemana de iniciar las negociaciones de paz.

«La guerra es un acto disciplinario de Dios para educar a la humanidad», dijo el káiser a los ciudadanos de Bad Homburg el 10 de febrero. Tres días después, dijo a un consejo de guerra reunido en Homburg que había una conspiración mundial contra Alemania, en la cual participaban los bolcheviques, apoyados por el presidente Wilson, «la comunidad judía internacional» y la Logia masona Gran Oriente. No hizo ninguna mención al hecho de que diez mil judíos y varios miles de masones hubieran muerto combatiendo en las filas del ejército alemán. Tampoco dio muestras de recordar los detalles que le habían dado, apenas dos meses antes, sobre el respaldo financiero alemán a los bolcheviques, incluido un subsidio secreto alemán para el periódico bolchevique *Pravda*.

El 17 de febrero, una semana después del discurso del káiser, se produjo un cambio drástico en el antiguo frente oriental, al fracasar las interminables negociaciones de paz de Brest-Litovsk, entre los bolcheviques y los alemanes. Las condiciones alemanas eran demasiado duras para que los bolcheviques las aceptaran. De inmediato, los alemanes se dispusieron a reanudar la guerra en el este. «Mañana vamos a comenzar las hostilidades contra los bolcheviques —escribió esa noche en su diario el general Hoffmann—. No hay otra solución; de lo contrario, esos brutos van a limpiar a los ucranianos, los finlandeses y los baltos y

después rápidamente van a reunir un nuevo ejército revolucionario y van a convertir toda Europa en una pocilga.»

Se reanudó la guerra: cincuenta y dos divisiones alemanas atravesaron la línea del alto el fuego de noviembre, ocuparon Daugavpils en el norte y Lutsk en el sur y se dirigieron hacia el este, a lo largo de las principales líneas férreas rusas. Lenin se dio cuenta de que los bolcheviques debían acceder a lo que fuera que les pidieran. «No es una cuestión de Daugavpils —dijo a Trotski—, sino de revolución. No puede haber demoras. Debemos firmar de inmediato. Esa bestia salta con rapidez.» El 19 de febrero Hoffmann recibió un telegrama, firmado por Lenin y Trotski, en el cual aceptaban las condiciones de paz que se habían ofrecido en Brest-Litovsk. Pero entonces Hoffmann no tenía prisa por aceptarlas, incluso le molestó tener que interrumpir la reanudación de las hostilidades. Por consiguiente, respondió que la aceptación se tenía que confirmar por escrito y ser enviada por un correo a través de las líneas alemanas. Mientras tanto, continuó el avance alemán. El 20 de febrero, las tropas alemanas entraron en Minsk, donde tomaron prisioneros a más de nueve mil soldados rusos. «El ejército ruso está más corrompido de lo que yo suponía —escribió Hoffmann en su diario ese día—. Ya no le quedan ánimos para luchar. Ayer, un teniente con seis hombres tomó prisioneros a seiscientos cosacos.»

La guerra continuó toda una semana, durante la cual los alemanes utilizaron las carreteras y las líneas férreas rusas como si estuvieran en una excursión civil: en ciento veinticuatro horas avanzaron casi doscientos cincuenta kilómetros. «No he conocido una guerra más ridícula que ésta —escribió Hoffmann en su diario el 22 de febrero—. Subimos a un tren a un puñado de soldados de infantería con ametralladoras y un cañón y los largamos hasta la estación siguiente; se apoderan de ella, hacen prisioneros a los bolcheviques, reúnen unas cuantas tropas más y siguen adelante. En todo caso, este procedimiento tiene el encanto de la novedad.»

Lenin y Trotski sabían que había que firmar la paz según los términos de los alemanes, pero su solicitud por escrito, que llegó a Berlín el 21 de febrero, fue rechazada por los alemanes, que respondieron con una nota, el 23 de febrero, exigiendo condiciones más duras todavía. Los alemanes sabían que la integridad territorial rusa se estaba desintegrando incluso más rápido de lo que se podía prever. En la provincia zarista de Finlandia, donde había habido conflictos entre las fuerzas rusas rojas y las blancas, el dirigente nacionalista finlandés, el general Mannerheim, exigió la evacuación inmediata de todas las tropas rusas de Finlandia, tanto rojas como blancas. Los bolcheviques lo aceptaron el 23 de febrero. Al día siguiente, tras una violenta reunión del consejo dirigente de Lenin,

durante la cual el líder revolucionario incluso llegó a amenazar con renunciar, obtuvo 116 votos contra 85 a favor de las nuevas condiciones alemanas. El voto en el Comité Central fue incluso más parejo: siete a favor y seis en contra. Sobre la cuestión de aceptar lo que Alemania exigiera, una figura nueva se sumó a Lenin y a Trotski en la escena internacional: Iósiv Stalin.

Mientras Lenin y sus colegas se preparaban formalmente para dejar la guerra y para abandonar extensas zonas del oeste y el sur de Rusia, las tropas estadounidenses emprendían por primera vez una acción ofensiva en el frente occidental. El 13 de febrero, en el Butte de Mesnil, en Champaña, las baterías de la artillería estadounidense intervinieron en una barrera de fuego rasante de seis horas de duración, antes de un ataque francés que abrió una brecha en las líneas alemanas y tomó más de ciento cincuenta prisioneros alemanes. Diez días después, en Chevregny, al sur de Laon, que estaba en poder de los alemanes, dos oficiales estadounidenses y veinticuatro de sus hombres se ofrecieron como voluntarios para participar con tropas francesas en una incursión a las trincheras alemanas que duró media hora y en la cual fueron tomados prisioneros veinticinco alemanes. *The Times* comentó que, si bien «la ocasión en sí no tenía demasiada importancia, el 23 de febrero es una de esas fechas que siempre se recordarán en la historia de la guerra».

Mientras los estadounidenses combatían en Chevregny, Churchill, como ministro de Municiones, visitaba el saliente de Ypres, recorriendo los campos de batalla de 1915, 1916 y 1917. «Casi ochocientas mil personas de nuestra raza británica han vertido su sangre o perdido la vida aquí durante tres años y medio de incesante conflicto —escribió a su esposa el 23 de febrero—. Muchos de nuestros amigos y contemporáneos míos han perecido aquí. La muerte parece algo tan común y tan poco inquietante como el enterrador, un acontecimiento de lo más natural y corriente, que le puede ocurrir a cualquiera en cualquier momento, como le ocurrió a todos esos miles de personas que yacen juntos en este vasto cementerio, enaltecidos y siempre gloriosos por su valiente recuerdo.» Uno de los amigos de Churchill que habían combatido y habían muerto en el saliente era un voluntario estadounidense, Henry Butters, oriundo de San Francisco. «Les mentí y dije que había nacido en Gran Bretaña», había dicho a Churchill, cuando le preguntó cómo era posible que un ciudadano estadounidense estuviera sirviendo como subteniente en la Artillería Real.

La participación estadounidense en el campo de batalla se había hecho realidad cuarenta y dos meses y medio después del comienzo de la guerra. El 26 de febrero, tres días después de ese primer ataque, el jefe del Estado Mayor de la

42.ª División estadounidense, la División Arco Iris, estaba observando una incursión francesa a las trincheras alemanas próximas a Réchicourt. Dejándose llevar por el entusiasmo del momento, se sumó a la incursión, ayudó a capturar a varios soldados alemanes y le concedieron la *Croix de Guerre*; era la primera vez que se concedía esa condecoración a un miembro de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense. Era el coronel Douglas MacArthur.[2] Un año antes, cuando se estaban reclutando las tropas estadounidenses, en los círculos políticos de Washington existía la preocupación de que ciertos estados estadounidenses pudieran sentirse ofendidos si en otros estados se hacían reclutamientos para determinadas divisiones, de modo que se sugirió al Secretario de Guerra, Newton Baker, que se formara una división completa con las unidades excedentes de muchos estados diferentes, evitando así el peligro de celos y fricciones. Según lo recuerda Baker, «el comandante MacArthur, que estaba a su lado, dijo: "Muy bien, de ese modo se extenderá por todo el país, como un arco iris" y de allí surgió el nombre de la división».

Era mucho lo que se esperaba de las fuerzas estadounidenses. Los periódicos británicos, franceses y hasta los estadounidenses escribían con entusiasmo que Estados Unidos pronto oscurecería los cielos con sus aviones, lo cual obligó a Pershing a protestar ante Washington por la exageración, señalando que, después de casi un año de guerra entre Estados Unidos y Alemania, todavía no había la menor señal de un solo avión fabricado en Estados Unidos que estuviera de servicio en el frente occidental.

En el este, las tropas alemanas continuaron su rápido avance y ocuparon Borísov, Gómel y Zhitómir. A lo largo del Báltico, sus fuerzas llegaron a Dorpat, el 24 de febrero, y a continuación se dirigieron rápidamente hacia Reval, donde al día siguiente los bolcheviques hundieron once submarinos para evitar que fueran capturados por los alemanes, que entraron al puerto estonio pocas horas después.

Los constantes éxitos alemanes en el este provocaron una renovación del celo patriótico dentro de Alemania. A un corresponsal académico que lo reprendió por repudiar la guerra, escribió Einstein, el 24 de febrero: «Su ostentoso poderío militar teutónico va en contra de mis principios. Prefiero adherirme a mi compatriota Jesucristo, cuyas doctrinas usted y los suyos consideran obsoletas. Sin duda, el sufrimiento me resulta más aceptable que recurrir a la violencia.»[3]

El 25 de febrero, las tropas alemanas llegaron a los suburbios de Narva, en el Báltico, y tuvieron un breve enfrentamiento con un destacamento bolchevi-

que de poco más de un millar de hombres. El 26 de febrero, el batallón finlandés, que había combatido junto a los alemanes en el frente oriental durante un año y medio, regresó a Finlandia, a la ciudad de Vasa, se comprometió a defender la independencia de Finlandia (declarada el mes de diciembre anterior) y a expulsar a los bolcheviques del resto del país, incluida la capital, Helsinki. Al día siguiente, las fuerzas alemanas llegaron a Mogilev, el antiguo cuartel general militar zarista y el mismo día, 27 de febrero, un avión alemán arrojó sus bombas en el terraplén de Fontanka, en Petrogrado.

Después de que Lenin aceptara reanudar las negociaciones de paz en Brest-Litovsk, regresó allí la delegación soviética, que llegó a la ciudad el 28 de febrero. No obstante, los alemanes se negaron a aceptar que su llegada provocara el cese inmediato de las hostilidades. Los combates sólo cesarían, insistió Hoffmann, cuando se firmara el tratado. Las negociaciones volvieron a comenzar el 1 de marzo. A los bolcheviques no les quedaba otra cosa que hacer más que aceptar las condiciones que les ofrecían, que incluían una demanda turca para la anexión de Ardahan y Kars, que Rusia había quitado a Turquía en 1878. El 2 de marzo, mientras los delegados discutían los detalles de las condiciones del tratado de paz, el ejército alemán entró en Kiev, la capital de Ucrania, que los bolcheviques habían tomado tan sólo un mes antes. En el Báltico, las fuerzas alemanas ocuparon Narva, la ciudad más oriental de Estonia, situada a apenas 136 kilómetros de Petrogrado. Se hicieron planes en la capital rusa para evacuar el gobierno a Moscú y Lenin dio órdenes de emergencia «de intensificar los preparativos para volar líneas férreas, puentes y carreteras; de reunir armas y destacamentos de armas; de transportar armas al interior del país».

Los alemanes parecían decididos a entrar en Petrogrado. En su avance rápido y prácticamente sin oposición desde que habían fracasado por primera vez las negociaciones de Brest-Litovsk, hacía menos de dos semanas, habían capturado sesenta y tres mil prisioneros rusos, dos mil seiscientas piezas de artillería y cinco mil ametralladoras. Las armas serían de gran valor en el frente occidental. Durante el 2 de marzo, las fuerzas alemanas continuaron su avance hacia el este. Lenin y Trotski no tenían más opción que dar instrucciones a sus delegados para que firmaran. Fue un alivio para el Alto Mando alemán, ansioso por volver su poderío militar contra el frente occidental.

A las cinco de la tarde del 3 de marzo, se firmó en Brest-Litovsk el tratado de paz rusoalemán. Los bolcheviques aceptaron la dura realidad del campo de batalla, renunciando a todas las reclamaciones a las provincias bálticas, Polonia, la Rusia blanca (posteriormente conocida como Bielorrusia, la actual Belarús),

Finlandia, Besarabia, Ucrania y el Cáucaso. Eso constituía un tercio de su población antes de la guerra, una tercera parte de sus tierras cultivables y nueve décimas partes de sus yacimientos de carbón: prácticamente la totalidad del territorio que se había añadido al dominio zarista desde el reinado de Pedro el Grande, hacía más de doscientos años. Una vez más, como tras la caída de Bucarest, a finales de 1916, el káiser lo celebró con champaña.

En virtud del tratado de Brest-Litovsk, los rusos perdieron todas sus bases navales en el Báltico, excepto Kronstadt. Había que desarmar y detener los buques de guerra de la flota rusa del mar Negro en Odessa y Nikoláiev. Los bolcheviques aceptaron también la devolución inmediata de seiscientos treinta mil prisioneros de guerra austríacos y permitieron la transferencia a Turquía de las zonas de Armenia conquistadas por Rusia en 1916.[4] Los soldados armenios lucharon contra esa decisión lejana, pero fueron aplastados rápidamente por las fuerzas turcas que se desplazaron hacia el este. El 24 de febrero, los armenios ya habían sido expulsados de Trebisonda, en el mar Negro, y el 12 de marzo los expulsaron de la ciudad de Erzerum, en la meseta de Anatolia.

El 5 de marzo, los rumanos firmaron un tratado con las potencias centrales en Buftea, por el cual cedían a Bulgaria el sur de Dobrudja y se les ofrecía una antigua provincia rusa, Besarabia, si podían quitársela a los bolcheviques. Un congreso bolchevique que se reunió en Petrogrado al día siguiente aceptó el tratado de Brest-Litovsk y, al mismo tiempo, adoptó el nombre de comunista para su partido. Temiendo la posibilidad de una nueva amenaza alemana en el Báltico, el 12 de marzo, trasladaron la capital de Petrogrado a Moscú.

Aunque la situación parecía endeble para los aliados en el frente occidental, dos noticias, una procedente del Mediterráneo oriental y la otra de la guerra en el aire, levantaron la moral aliada. El 21 de febrero, las fuerzas de Allenby expulsaron a los turcos de Jericó y llegaron hasta el extremo septentrional del mar Muerto, el punto más bajo de la tierra, situado a 393 metros bajo el nivel del mar. En el frente occidental, unos pilotos de bombarderos británicos realizaron ataques nocturnos, durante cuatro noches de febrero, sobre cuarteles y aeródromos alemanes, entre ellos un ataque exitoso a un importante hangar con aviones, cerca de Metz.

En Gran Bretaña, Lloyd George y Churchill miraban hacia el futuro con nuevas estrategias para obtener la victoria frente a Alemania en 1919. El 5 de marzo, con la esperanza de poder garantizar la victoria al cabo de un año, Churchill aseguró a Lloyd George que produciría cuatro mil carros de combate para abril de 1919, siguiendo un programa de trece meses. Sólo se podría obtener la

victoria en el frente occidental, dijo al primer ministro, cuando Gran Bretaña y Francia tuvieran «ejércitos más numerosos y mejores» que los de Alemania. «Ésa es la base sobre la que se apoya todo y no hay motivo para no tenerlos en 1919.»

En 1919, el ejército estadounidense también sería un factor decisivo en el frente occidental. Consciente de ello, la propaganda alemana intentó varias veces minar la confianza francesa en los soldados estadounidenses y sembrar la duda sobre su aportación. El 5 de marzo, las noticias de la radio alemana dieron una versión del interrogatorio de algunos soldados estadounidenses que habían sido capturados hacía poco. «Son jóvenes y fuertes, pero no parecen tener demasiadas ganas de combatir. Para ellos, es algo que han emprendido los financieros de Nueva York. Odian a los ingleses, aunque los respetan. Tienen buenas relaciones con los franceses. No tienen la menor idea de las operaciones militares y parecen estúpidos y fatalistas en comparación con los franceses, que están acostumbrados a la guerra. Estaban contentos de no tener que seguir combatiendo.» Según otro programa, tres semanas después, los oficiales franceses «no ocultan su desilusión» con respecto al valor de las tropas estadounidenses, que eran «totalmente incapaces de llevar a cabo operaciones por su cuenta».

En la primera semana de marzo de 1918, las potencias centrales emprendieron cuatro bombardeos. El 4 de marzo, los aviones austríacos bombardearon Venecia, Padua, Mestre y Treviso, aunque perdieron una tercera parte de los aviones que participaron. Tres días después, tres bombarderos *Giant* alemanes atacaron Londres; una sola bomba mató a doce personas en un edificio residencial, en Maida Vale, y provocó daños en cuatrocientas viviendas. El 8 de marzo, los bombarderos *Gotha* arrojaron más de noventa bombas sobre París. Sin pánico, pero con mucho miedo, doscientos mil parisienses salieron de la capital en tren, para dirigirse al campo. Al día siguiente, un dirigible alemán arrojó sus bombas sobre la base naval italiana y la planta siderúrgica de Nápoles. Tres días después, las fuerzas alemanas ocuparon Odessa. Por primera vez en la historia, una sola potencia controlaba en Europa desde el mar del Norte hasta el mar Negro, algo que ni siquiera Napoleón había conseguido.

A las dos semanas de ocupar Odessa, las tropas alemanas entraron en el puerto de Nikoláiev, en el mar Negro, se apoderaron de un acorazado ruso, tres cruceros, cuatro destructores y tres submarinos, además de controlar el astillero naval. El triunfo alemán en el este era absoluto y no tenía precedentes. El 8 de marzo, el káiser rechazó el trono del ducado de Kurland, en el mar Báltico, y la región se convirtió, en cambio, en un protectorado alemán. En la Edad Me-

dia, había sido el dominio de los caballeros teutónicos. No se toleraba ninguna crítica al nacionalismo alemán. Hubo indignación en Alemania, a mediados de marzo, cuando los periódicos publicaron un largo memorándum, escrito por el ex embajador alemán en Londres, el príncipe Lichnowsky, justificando la diplomacia británica de preguerra y criticando la manera en que Alemania había manejado la crisis. A Lichnowsky le pidieron que dejara el servicio diplomático.

Los británicos siguieron tratando de separar Austria-Hungría de Alemania. El 9 de marzo, el general Smuts regresó a Suiza con el confidente de Lloyd George, Philip Kerr, para hablar con un emisario austríaco, el conde Alexander Skrynski.[5] A pesar de ser polaco, Skrynski rechazó las condiciones de paz que expuso Smuts, es decir, que «había que hacer justicia para todos los pueblos» dentro de los dominios de los Habsburgo, mediante la autonomía para los polacos, los checos, los croatas y otras minorías. Las conversaciones prosiguieron durante cinco días, hasta que los austríacos las interrumpieron. La opinión de Kerr, tal como se la explicó a Rumbold, era que el ministro austríaco de Asuntos Exteriores, el conde Czernin, «tal vez hubiera caído en la cuenta de que, una vez comenzadas las negociaciones, la opinión pública jamás le permitiría echarse atrás si las condiciones de la Entente eran razonables y que, si empezaba las negociaciones, era más bien cuestión de llegar a un acuerdo por separado o de la desintegración de Austria-Hungría».

Los austríacos que tenían interés en negociar con los aliados también tenían que plantearse la posibilidad de una victoria alemana en el campo de batalla, de la cual serían ellos los beneficiarios. Detrás de las líneas, se difundían el sentimiento y los temores antibelicistas. El 16 de marzo, en Viena, un informe de la policía austríaca hablaba del «gran resentimiento, bastante extendido, contra Alemania», dentro de la propia Austria, pero, el 19 de marzo, escribió en su diario un ex ministro austríaco de Asuntos Exteriores, el barón Burian: «Ahora nadie escuchará la palabra "paz". Todo depende de la próxima ofensiva, como si todo el mundo se encomendara, sin ningún temblor, a una decisión del destino.»

El 9 de marzo, con una serie de bombardeos de la artillería, los alemanes comenzaron la fase preliminar de lo que sería su mayor y más fundamental apuesta de la guerra: una inmensa ofensiva contra las fuerzas británicas y francesas en el frente occidental. Hasta entonces, las principales iniciativas militares en el frente occidental las habían tomado las potencias aliadas: en el Somme, en Ypres (Passchendaele) y en Cambrai. Cada una de ellas se había estrellado contra la su-

periodidad de las fortificaciones y las líneas de defensa alemanas. Entonces serían los alemanes los que intentarían abrir una brecha en la línea de las trincheras. Lo que más les preocupaba era consolidar su victoria antes de que la masa de tropas estadounidenses, que todavía no habían sido maltratadas por la guerra, llegara a la zona bélica.

En los amagos preliminares, una serie de bombardeos en todo el frente occidental, uno de los objetivos de la artillería alemana fue un puesto de infantería en el bosque de Parroy; lo alcanzaron el 7 de marzo y resultó que estaba defendido por hombres de la 42.ª División estadounidense «Arco Iris». Murieron diecinueve estadounidenses en un solo refugio subterráneo. En su funeral se leyó un poema escrito por el poeta Joyce Kilmer, que entonces prestaba servicio como cabo en esa división:

[...] death came flying through the air
And stopped his flight at the dugout stair,
Touched his prey –
And left them there –
Clay to clay.
He hid their bodies stealthily
In the soil of the land they sought to free,
And fled away.[6]

Entre Ypres y Saint-Quentin, el bombardeo preliminar alemán del 9 de marzo comenzó con un ataque con gas, en el cual se dispararon medio millón de granadas de gas mostaza y fosgeno, mil toneladas de gas en total. Ese día, durante un ataque alemán con gas en el Salient du Feys, el coronel Douglas MacArthur supervisó la captura, por parte de una compañía de tropas estadounidenses, de un punto de resistencia de ametralladoras alemán. Le concedieron la Cruz al Mérito Distinguido. El 11 de marzo, durante otra descarga alemana de gas, MacArthur fue uno de los afectados. Su lesión se clasificó como «leve» y se recuperó al cabo de una semana. Por haber sido herido en la batalla, recibió el Corazón Púrpura.

El uso de gas en los frentes de batalla provocó numerosos ataques individuales de pánico, temor, enfermedades fingidas y deserción. En consecuencia, en el ejército alemán se impuso una norma, que entró en vigor en todos los servicios médicos alemanes a partir de finales de 1917, de que los «supuestos» casos «de envenenamiento por gas y enfermedades fingidas que no presenten síntomas definidos quedarán en observación entre veinticuatro y cuarenta y ocho

horas en las salas de inspección médica de las unidades [...] con vistas a devolverlos a sus unidades, si fuese posible». No serían admitidos en los hospitales de campaña locales ni en los dispensarios para afectados por el gas.

El 19 de marzo, en un ataque preventivo, cerca de Saint-Quentin, los británicos dispararon ochenta y cinco toneladas de gas fosgeno y mataron a doscientos cincuenta alemanes. A continuación, el 21 de marzo, los alemanes lanzaron su gran ofensiva. De tener éxito, Alemania podía ganar la guerra en el oeste del campo de batalla, como ya la había ganado en el este, en la mesa de negociaciones.

Capítulo XXII

LA ÚLTIMA GRAN ARREMETIDA ALEMANA
De marzo a abril de 1918

En las primeras horas del 21 de marzo de 1918, Ludendorff lanzó la ofensiva con la que se pretendía obtener la victoria de las fuerzas alemanas en el frente occidental. Su objetivo era expulsar a los británicos del Somme y a los franceses del Aisne y amenazar París, como ya había ocurrido en 1914. Los presagios para Alemania eran buenos. Después de la firma del tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo, Rusia había quedado al margen de la guerra. Había concluido la pesadilla de la preguerra y la posterior realidad de un conflicto en dos frentes. El sistema ferroviario alemán, mejorado durante los dos años anteriores, permitía el rápido y eficaz traslado hacia el oeste de las divisiones alemanas, que hasta entonces no se habían podido mover del frente oriental, junto con muchos centenares de cañones pesados y ametralladoras capturados durante la ofensiva alemana que se había internado en Rusia, los últimos días antes de la firma del tratado de Brest-Litovsk.

A nivel táctico, Ludendorff había conseguido dar la impresión de que la mayor fuerza de su ataque se dirigiría mucho más al sur. Su ofensiva contra el Quinto Ejército británico fue inesperada y ni Haig ni su cuartel general estaban preparados para ella, porque se habían concentrado en aumentar sus reservas detrás del Tercer Ejército, situado más al norte, para proteger los puertos del canal de la Mancha. Al mismo tiempo, en vísperas de la batalla, el Tercer Ejército francés se trasladó unos ciento cincuenta kilómetros al este del Quinto británico, para protegerse del inexistente empuje alemán a través del sector meridional del frente. Por consiguiente, la posición del Quinto Ejército era más débil de lo que podría haber sido y mucho más expuesta. En términos de hombres, estaba muy por debajo de su fuerza: sus divisiones, concebidas para estar formadas por doce mil hombres, en ningún caso contaban con más de seis mil. Después de tres años y medio de guerra, la escasez de hombres seguía siendo un factor determinante para la capacidad guerrera del ejército británico. Desde el

punto de vista tanto de la cantidad de hombres como del aspecto humano, las pérdidas del Somme y de Passchendaele habían sido catastróficas.

El bombardeo de la artillería con el que había comenzado la batalla, el 21 de marzo, duró cinco horas. A las cinco y diez de la mañana, un kilómetro y medio detrás de la línea del frente, recordaba el general Gough: «Desperté en mi habitación, en Nesle, con el ruido de un bombardeo tan constante y sostenido que de inmediato me dio la impresión de algún poder aplastante y aniquilador.» Intervinieron más de seis mil cañones pesados alemanes y la intensidad de su bombardeo se vio aumentada por más de tres mil morteros. Durante las dos semanas siguientes llovieron sobre las líneas británicas hasta dos millones de granadas de gas, para tratar de debilitar la capacidad de la artillería británica para responder a la descarga alemana.

En el aire, 326 aviones de combate alemanes se enfrentaron a 261 cazas británicos, dieciséis de los cuales fueron abatidos el primer día, frente a catorce pérdidas alemanas. El bombardeo comenzó a las 4.40. Dos horas y media después, había salido de sus trincheras la primera ola de soldados de infantería alemanes y estaban atacando la línea británica. El primer día, los alemanes hicieron avances de hasta siete kilómetros y tomaron prisioneros a veintiún mil soldados británicos. Winston Churchill, que estaba de visita en uno de los cuarteles generales de la línea del frente cuando comenzó la descarga de artillería, tuvo el tiempo justo para alejarse del campo de batalla antes de que lo invadieran los alemanes.

La presión del ataque alemán fue demasiada para que el Quinto Ejército pudiera resistirla. En la batalla por la colina de Manchester, un regimiento británico luchó hasta el último hombre y la última bala. Cuando su comandante, el teniente coronel Elstob, rechazó la invitación de los alemanes a que se rindiese, desde el escalón para disparar de su trinchera de avanzada, lo mataron de un tiro. Cuando se conoció la noticia de su desafío, le concedieron la Cruz de la Victoria a título póstumo. Aldeas enteras fueron destruidas a medida que las fuerzas británicas defendían sus posiciones hasta el final; en una de ellas, Maissemy, un cementerio de guerra alemán contiene las tumbas de 23.292 hombres. A poco más de un kilómetro y medio de distancia, también fue destruida la aldea de Le Verguier.

El segundo día de la batalla, el 22 de marzo, los alemanes avanzaron más. En un contraataque en el que participaron veinticinco carros de combate británicos, dieciséis fueron destruidos. Ese día, se perdieron treinta aviones británicos más, en comparación con apenas once aviones alemanes. En Beaumetz-les-Cambrai, dos divisiones británicas resistieron todo el día, aunque después las obligaron a

retroceder: en el cementerio local se registra el entierro de 257 británicos. En la granja Revilon, una división combatió durante dos días, después de que la rodearan, la bombardearan desde el aire y la sometieran a un intenso fuego de artillería y de morteros, hasta que la vencieron. En Roupy, a un batallón británico le dispararon con su propia artillería, rechazó siete ataques alemanes sucesivos y después se retiró, incumpliendo sus órdenes. En el cementerio de la colina de Hermies, cerca de la aldea de Bertincourt, están enterrados cerca de un millar de soldados británicos. La intensidad de los combates se pone de manifiesto en un informe alemán sobre una sección del frente del Quinto Ejército, que finalizaba así: «El 7.° Cuerpo cubrió la retirada del cuerpo principal, incluso hasta el extremo de ser destruido él mismo.»

El 23 de marzo, tres cañones alemanes, fabricados especialmente por Krupp, comenzaron a bombardear París desde un emplazamiento situado a ciento veinte kilómetros, en Crépy-en-Laonnoise. El primer proyectil, disparado a las 7.16, cayó en la capital francesa cuatro minutos después. Se dispararon más de veinte proyectiles, que mataron a 256 parisienses. Ese día, las fuerzas británicas se retiraron hasta el Somme. El káiser, a su regreso a Berlín, declaró que «habían ganado la batalla y los ingleses habían sido derrotados por completo».

Los aliados tenían motivos suficientes para estar alarmados por la velocidad y la escala del avance alemán. Cinco divisiones francesas acudieron rápidamente en auxilio de los británicos en el extremo meridional de su línea, pero las hicieron retroceder, junto con los británicos. Uno de los soldados británicos que murieron en acción ese día era un ex maestro de escuela, T. P. Cameron Wilson, cuyo poema «Magpies in Picardy» («Las urracas de Picardía») comenzaba con la siguiente estrofa:

The magpies in Picardy
Are more than I can tell.
They flicker down the dusty roads
And cast a magic spell
On the men who march through Picardy
Through Picardy to hell.[1]

Los numerosos ejércitos estadounidenses, con los que contaban los aliados para cambiar la situación de la batalla en el frente occidental, todavía no estaban listos para entrar en la línea. El 23 de marzo, Lloyd George telegrafió al embajador británico en Washington, lord Reading, pidiéndole que explicara al presidente Wilson que, en ese estado de los recursos humanos de Gran Breta-

ña, «no podemos mantener la cantidad suficiente de reclutas para nuestras divisiones durante más que un breve período, al ritmo actual de las bajas» y, por consiguiente, «seríamos incapaces de ayudar a nuestros aliados si, como es muy probable, el enemigo se vuelve contra ellos, más adelante».

Lloyd George dijo a Reading: «Debería acudir al presidente para pedirle que deje de lado todas las cuestiones de interpretación de los acuerdos pasados y envíe la infantería lo más rápido posible, sin transporte ni otros estorbos. No cabe duda de que la situación es crítica y que, si Estados Unidos se retrasa ahora, puede que llegue demasiado tarde.» En cuanto se descifró el telegrama en Washington, Reading pidió su coche y se dirigió a la Casa Blanca. Wilson lo recibió en seguida, reconoció la gravedad de la situación y preguntó qué podía hacer. Reading respondió que debería enviar una orden directamente al general Pershing, para que las tropas estadounidenses que ya estaban en Francia formaran brigadas con las tropas británicas y francesas, sin esperar hasta contar con cantidades suficientes para formar sus propias brigadas.

«El presidente guardó silencio por un momento —ha escrito el hijo de Reading—. A continuación respondió que la constitución le había otorgado el poder de decidir sin tener que discutirlo con ningún miembro de su gabinete y que había decidido dar las órdenes necesarias. No había nada más que decir.» El hijo del embajador comentó: «En esos breves momentos y mediante esa conversación casi cortante, finalmente la situación se había vuelto en contra del enemigo.» Wilson acompañó a Reading a la puerta, donde, al despedirse, le puso la mano sobre el hombro y dijo: «Señor embajador, ¡haré todo lo que pueda!»

El 24 de marzo, los alemanes atravesaron el Somme. Con la amenaza de introducir una cuña entre el ejército británico y el francés, provocaron una crisis en el Alto Mando aliado. Haig instó a Pétain a enviar más tropas francesas en su auxilio. Pétain se negó, temiendo que los alemanes estuvieran a punto de lanzar otro ataque sobre las posiciones francesas en Champaña. Mientras continuaba el enconado debate, se encarnizaba la batalla. Uno de los soldados británicos que murieron ese día fue el teniente R. B. Marriott-Watson, que había escrito, en su poema breve, «Kismet»:

Opal fires in the Western sky
(For that which is written must ever be),
And a bullet comes droning, whining by,
To the heart of a sentry close to me.

For some go early, and some go late
(A dying scream on the evening air)
And who is there that believes in fate
As a soul goes out in the sunset flare?[2]

El 25 de marzo, los alemanes lograron introducirse entre el ejército británico y el francés y capturaron Bapaume y Noyon. Habían sido tomados prisioneros cuarenta y cinco mil soldados británicos y franceses. Ante la amenaza que se cernía sobre la línea británica al este de Amiens, se formó una fuerza especial de tres mil hombres para defenderla, que incluía a quinientos ingenieros ferroviarios estadounidenses, que se vieron obligados a combatir en el momento más peligroso. En Londres, el gabinete de guerra analizó la posibilidad de que las fuerzas británicas se retiraran a los puertos del canal de la Mancha. «Resulta bastante evidente que los *boches* pretenden llegar a Amiens —escribió el 26 de marzo en su diario el general Rawlinson— y, si lo hacen, cortarán la comunicación entre el ejército británico y los puertos de Rouen y El Havre, además de separarnos del ejército francés. Podemos arreglárnoslas sin Boulogne-sur-Mer y sin Calais, si fuera necesario. [...]»

Rawlinson no había perdido las esperanzas. «Tendremos algunos combates reñidísimos —escribió—, pero, aunque estemos en un aprieto, sé que daremos lo mejor de nosotros mismos. Las reservas de los *boches* no son ilimitadas.» La resistencia del Quinto Ejército, incluso estando en retirada y por increíble que parezca, sirvió como indicador de las dificultades del ejército alemán. El 26 de marzo, en la carretera a Péronne, el general Gough encontró a un general británico herido, cuya división había quedado reducida, escribió Gough, «a una brigada pequeña y muy cansada». El general le dijo: «Pues, ¡hemos ganado la guerra!» Lo que quería decir era que los alemanes, que habían comenzado el ataque con una superioridad numérica de cuatro a uno, se estaban desanimando ante la resistencia que encontraban, en particular ante la disposición de los soldados británicos a contraatacar, cuando todo parecía perdido. Un oficial británico, un capitán, avanzó con veinte hombres, cantando un himno para darse ánimos, aunque tenía los nervios crispados. Cuando él y sus hombres se acercaron a los alemanes que tenían delante, éstos levantaron las manos y se rindieron. Otro oficial, el general de brigada Jackson, encabezó su diezmada brigada contra los soldados alemanes que tenían enfrente tocando un cuerno de caza; los soldados alemanes se retiraron.

Ese día, 26 de marzo, tras una conferencia de emergencia de generales y políticos en Doullens, se puso al mariscal Foch a cargo de todas las fuerzas alia-

das. Lo primero que hizo fue ordenar que el ejército francés, que entonces defendía la línea en Saint-Mihiel, se desplazara hacia Amiens. Cuando Pétain expresó sus dudas acerca de la posibilidad de defender la línea delante de la ciudad, sugiriendo, por el contrario, una nueva línea unos treinta kilómetros más atrás, Foch interrumpió en seco su comentario pesimista con las palabras: «Debemos combatir frente a Amiens. Debemos quedarnos donde estamos ahora. Como no hemos podido frenar a los alemanes en el Somme, ¡no debemos retirarnos ni un solo centímetro!»

En Soissons, los alemanes no sólo hicieron retroceder a los franceses al otro lado del Aisne, sino que también los obligaron a retroceder hacia el Marne, al este de Château-Thierry. Parecía que estaban otra vez en 1914. El 27 de marzo, los franceses fueron expulsados de Montdidier, a apenas ochenta kilómetros de París. Sin embargo, ese mismo día, cerca de Noyon, las fuerzas francesas frenaron el avance alemán, mientras que en el Somme los británicos tomaron prisioneros a ochocientos alemanes. Todavía quedaba una brecha de dieciséis kilómetros entre el ejército británico y el francés, aunque Foch estaba haciendo todo lo posible por cerrarla, declarando con su estilo inimitable: «¡No hay que perder ni un solo metro más de terreno!»

Mientras el Quinto Ejército defendía su nueva línea, se destituyó a su comandante, el general Gough. Lo echaron bruscamente el 28 de marzo, siete días después del comienzo del ataque alemán, y se marchó del frente al día siguiente. En dos semanas, Lloyd George sacó mucho provecho, en la Cámara de los Comunes, del fracaso de Gough y el de su ejército. El público quedó conforme con la idea de que un general incompetente y unas tropas inadecuadas fueran la causa de una retirada tan profunda. Se pasaron por alto la naturaleza de la matanza alemana, la ferocidad de la reacción británica y la falta de hombres en el frente. Diez años después, reflexionando sobre esas dos semanas cruciales, lord Birkenhead escribió acerca de Gough en su libro *The Turning Points of History*: «Sin embargo, siguió oponiéndose y amortiguando el avance enemigo con tanta temeridad y coraje que, después de pasar esa primera quincena terrible, el frente seguía en pie y era evidente que el último intento de Ludendorff había fracasado. Amiens se salvó y París también, al igual que los puertos del canal de la Mancha, y también Francia e Inglaterra.»

El 30 de marzo, un exitoso contraataque de las tropas británicas, australianas y canadienses, con el cual se recuperó la mayor parte del bosque de Moreuil, significó el cambio de fortuna para los aliados. Los alemanes se encontraban a tan sólo dieciocho kilómetros al este de Amiens, pero la ciudad les era esquiva. En algunos lugares, habían avanzado hasta sesenta y cinco kilómetros, supe-

rando todas las ganancias que habían obtenido los aliados durante la batalla del Somme, tomando noventa mil prisioneros y mil trescientas piezas de artillería, pero el ímpetu de su ataque se quebró y sufrieron pérdidas considerables. Entre los pilotos alemanes que murieron figuraba el hijastro menor de Ludendorff, abatido sobre el campo de batalla. Al continuar la batalla, cada bando puso en juego todas sus energías. En una misión al frente, para informar en persona si la línea aliada podía resistir, Churchill quedó impresionado por la determinación de Foch y el valor de Clemenceau. El espíritu y la energía de Clemenceau eran «indomables», telegrafió a Lloyd George.

Era evidente para todos los observadores que una victoria alemana en el frente occidental sería el fin para los aliados. «Hasta el último hombre puede importar», fue el comentario que hizo Lloyd George, el 31 de marzo, a los dominios británicos, muchas de cuyas tropas estaban en el centro de la acción. En Francia, los médicos y las enfermeras aseguraban el regreso al campo de batalla de sesenta mil heridos todos los meses, para reincorporarse a la lucha. Desde Gran Bretaña, más de cien mil reemplazos de infantería llegaron a Francia en dos semanas; muchos de ellos tenían dieciocho y diecinueve años y nunca habían intervenido en ningún combate. Desde Estados Unidos, tras la insistencia de lord Reading, al final llegarían a Francia ciento veinte mil soldados por mes. Uno de los barcos convertidos para la tarea de transportarlos fue el transatlántico *Aquitania*, que llevó a Francia un total de noventa mil soldados, en seis viajes a través del Atlántico. Pero no fueron los aliados los únicos que enviaron tropas adicionales al frente occidental, ya que, durante el mes de abril, los alemanes transfirieron ocho divisiones del este al oeste.

El 1 de abril, lunes de pascua, fue el duodécimo día consecutivo de combate. Las tropas británicas volvieron a avanzar, recapturaron el bosque del Fusil y tomaron prisioneros a un centenar de alemanes. Entre los británicos que murieron ese día figuraba el poeta y pintor Isaac Rosenberg, que tenía veintiocho años y había combatido en el frente occidental desde el verano de 1916. En uno de sus poemas desde las trincheras había escrito:

Heaped stones and a charred signboard shows
With grass between and dead folk under,
And some bird sings, while the spirit takes wing.
And this is Life en France.[3]

La importancia que se atribuía a que todos los ejércitos mantuvieran el ir y venir constante de cartas hacia y desde las trincheras y la naturaleza de la gue-

rra de trincheras eran tales que, el 2 de abril, el día después de la muerte de Rosenberg, una carta que había escrito tres días antes llegó hasta el correo del ejército, que la fechó y la envió a Londres. «Estamos otra vez en las trincheras —había escrito a un amigo— y, aunque tengo mucho sueño, justo tengo ocasión de responder a tu carta, de modo que lo haré mientras pueda. En realidad, es haber tenido la suerte de pillar un trocito de vela lo que me incita a llegar a este extremo de puntualidad epistolar. Debo medir la carta por la luz.»

El 2 de abril, como consecuencia de la solicitud de Lloyd George al presidente Wilson y de una segunda solicitud, hecha por Clemenceau, después de que Churchill consiguiera la ayuda del dirigente francés, el general Pershing finalmente accedió a que las tropas estadounidenses se sumaran a los ejércitos británicos y franceses en pequeñas formaciones, mucho antes de que fueran suficientemente numerosas para formar sus propios ejércitos. Esa decisión aumentó la moral aliada, aunque supusiera que no entrara en acción, todavía, el grueso de las tropas estadounidenses que ya estaban en Europa, que llegarían a un ritmo de ciento veinte mil por mes, lo cual colocó a los aliados en desventaja; ese día, Churchill, que todavía estaba en Francia, envió un telegrama a Lloyd George para informarle sobre la actitud de los políticos y los generales franceses a los que había consultado. «Aquí consideran seguro —informó a Lloyd George— que los alemanes continuarán la lucha, hasta llegar a una decisión definitiva, durante todo el verano y, en este momento, tienen más recursos que nosotros.»

El 4 de abril, los alemanes lanzaron un nuevo ataque a Villers-Bretonneux, que comenzó con un bombardeo de la artillería en el que participaron más de mil doscientas piezas y se lanzaron quince divisiones contra siete divisiones aliadas. Al principio, cundió el pánico entre las tropas que tuvieron que enfrentar esa nueva matanza, pero después las tropas británicas y australianas hicieron retroceder a los atacantes y también avanzaron cinco divisiones francesas en el sector de Castel-Cantigny. Al día siguiente, 5 de abril, Ludendorff suspendió la ofensiva del Somme. Había decidido «abandonar para siempre el ataque a Amiens», destacando en sus memorias que «la resistencia del enemigo superó nuestra capacidad». El príncipe Ruperto de Baviera escribió después: «El resultado final del día es el hecho desagradable de que nuestra ofensiva se ha detenido por completo y que continuarla sin unos preparativos cuidadosos no promete ningún éxito.»

A pesar del revés en el Somme, la capacidad de los alemanes para combatir en otros lugares era considerable. Tres días después de la suspensión de la ofensiva del Somme, como parte de un plan concebido hacía tiempo, los alemanes

se prepararon para una nueva ofensiva, más al norte, a lo largo del frente británico, con la intención de arrojar cuarenta mil granadas de gas contra Armentières, sobre el río Lys. El objetivo alemán era cruzar el Lys, invadir el sector meridional del saliente de Ypres y llegar a la costa, entre Calais y Dunkerque.

A su regreso de Londres, Churchill se puso a reflexionar sobre la inevitabilidad de que los alemanes reanudaran la iniciativa militar, como consecuencia directa del final de la guerra en el frente oriental. En una nota dirigida en secreto al gabinete de guerra, el 7 de abril, propuso un método para convencer a Rusia de reanudar la guerra. Se enviaría a Rusia a un distinguido representante de los aliados, por ejemplo el antiguo presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, con el fin de preparar con los bolcheviques un plan para reanudar los combates en el frente oriental. Ofreciendo a los bolcheviques una fórmula como «salvaguardar los frutos permanentes de la revolución», los aliados elaborarían un plan que permitera a Rusia librarse de la «cruel y creciente presión» de Alemania y reincorporarse a la batalla. La guerra civil y los avances alemanes en Rusia podían ser utilizados por los aliados en su provecho. «No olvidemos nunca —explicó Churchill— que Lenin y Trotski luchan con una cuerda alrededor del cuello. Dejarán su cargo para ir a la tumba. Mostrémosles alguna oportunidad real de consolidar su poder, de conseguir algún tipo de protección contra la venganza de una contrarrevolución, y no serían humanos si no la aprovecharan.»

Churchill quería que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos se ofrecieran a colaborar con los bolcheviques, brindándoles ayuda y apoyo. «El instinto de supervivencia los obligará a andar por un camino que también es el nuestro, si se les puede ayudar a conseguirlo.» «Hay que hacer el esfuerzo de reconstruir algún tipo de poder antialemán en el este. Por imposible que parezca, hay que perseverar en ello y hay que recurrir al mismo tiempo a todos los medios: estadounidenses, japoneses, rumanos, bolcheviques.»

Pero no se hizo ningún esfuerzo por reanudar los combates en el frente oriental. En el frente occidental, el 9 de abril, después de un bombardeo que duró cuatro horas y media, comenzó la batalla del Lys. Catorce divisiones alemanas atacaron en un frente de dieciséis kilómetros. Igual que en el Somme, tres semanas antes, los británicos se vieron obligados a retroceder y lo mismo ocurrió con una división portuguesa, contra la cual los alemanes enviaron cuatro divisiones; tomaron seis mil prisioneros portugueses y abrieron una brecha de casi seis kilómetros en la línea británica. Tan feroz fue el bombardeo inicial de la artillería alemana, que un batallón portugués se negó a entrar en sus trincheras. Mayor confusión se creó cuando se descargaron dos mil toneladas de gas

mostaza, fosgeno y difenilcloroarsina contra las fuerzas británicas, que dejaron incapacitados a ocho mil hombres, muchos de los cuales quedaron ciegos; hubo treinta muertos.

La situación británica era tan grave, que, el 9 de abril, se amplió a Irlanda el servicio militar obligatorio, una medida que hasta entonces se había evitado, porque los nacionalistas irlandeses estaban implacablemente en contra. El poeta W. B. Yeats escribió una protesta a lord Haldane: «Ayer leí en el periódico que, en un mes, han desembarcado en Francia más de trescientos mil estadounidenses y me parece muy extraño y sin sentido que Inglaterra, por conseguir cincuenta mil soldados irlandeses, esté dispuesta a abrir otra trinchera entre los países y a llenarla de sangre.» Yeats informó a Haldane que, según su amiga, lady Gregory, si se impusiera en Irlanda el servicio militar obligatorio, «las mujeres y los niños se pondrán delante de sus hombres y recibirán las balas, en lugar de dejar que los envíen al frente».

La independencia irlandesa no figuraba entre los puntos más importantes para los aliados, pero en la segunda semana de abril, en Roma, los aliados patrocinaron un Congreso de Pueblos Oprimidos, con la intención de alentar a las masas sometidas y a las minorías de Alemania y Austria-Hungría a afirmar sus derechos a convertirse en «estados nacionales completamente independientes», una vez acabada la guerra. Hasta el gobierno italiano, que se veía en graves apuros como consecuencia de los combates en el Isonzo y en Trentino, aceptaba el derecho a la independencia de los eslavos del sur, a pesar de que había albergado esperanzas de conseguir una gran expansión territorial a lo largo de la costa dálmata. Los representantes del Comité Nacional Checoslovaco, el de los eslavos del sur y el polaco se reunieron en Roma, junto con los publicistas y los profesores aliados que los apoyaban y muchos periodistas italianos que dieron publicidad a su causa, entre ellos Benito Mussolini.

En Canadá, esa primavera, volvió a surgir el sentimiento antibelicista que había hecho que tantos hombres se resistieran a alistarse a finales de 1917. En virtud de la ley del servicio militar obligatorio, trescientos veinte hombres recibieron la orden de presentarse hacia finales de marzo en los centros de reclutamiento en Québec, pero al menos un centenar no lo hicieron. El 1 de abril, casi todos esos «desertores» habían sido arrestados, ante lo cual los alborotadores contrarios al reclutamiento saquearon e incendiaron el edificio donde estaba situado el registro del servicio militar y a continuación abrieron fuego contra las tropas que habían sido enviadas para dispersarlos. «La muchedumbre utilizó fusiles, revólveres y ladrillos —informó *The Times*—. Los militares tu-

vieron que recurrir al uso de ametralladoras para poder controlarlos.» Murieron cuatro civiles. Para calmar la situación, el gobierno canadiense ordenó que se suspendieran los arrestos de los desertores del ejército.

En el frente occidental, empeoraba la situación para las fuerzas aliadas. El 10 de abril, expulsaron a los británicos de Messines, que tanto había costado conseguir, nueve meses antes. Casi todos los oficiales a cargo de las compañías británicas encargadas de los ataques con gas habían quedado incapacitados por las granadas de gas alemanas. «El infierno continúa —escribió ese día en su diario uno de ellos, Donald Grantham—. Los "hunos" se acercan a Béthune. Todo el mundo se larga. Todo está hecho un lío. Todos huyen. Los refugiados en la carretera, es terrible. Han dejado atrás, en sus casas, cosas de mucho valor.»

Durante seis días, los aliados lucharon por defender líneas sucesivas, detrás del río Lys. El 11 de abril, Haig dio una famosa orden especial del día, durante la cual declaró: «El único camino que tenemos es combatir hasta el final. Hay que defender cada posición hasta el último hombre; no debemos retirarnos. Estamos en apuros, pero creemos en la justicia de nuestra causa, de modo que cada uno de nosotros debe luchar hasta el final.» Comentaba Vera Brittain, cuando las salas de su hospital, repletas de hombres malheridos, estaban mucho más cerca del frente: «Se respiraba un ambiente más valiente en el hospital, esa tarde, y, aunque sólo hicimos breves y bruscas referencias al mensaje de Haig, cada uno de nosotros había tomado la decisión de que, aunque los aviadores enemigos nos volaran los barracones y los alemanes avanzaran sobre nosotros desde Abbeville, mientras quedaran heridos en Étaples, nadie se "retiraría".»

Pocos días después de la orden de Haig, Vera Brittain salía de la zona destinada a dormitorio para regresar a la sala, cuando tuvo que esperar para dejar pasar a un gran contingente de soldados a lo largo del camino principal. «Avanzaban uniforme y rápidamente hacia Camiers —recordó después— y, aunque ver marchar a los soldados ya era algo demasiado habitual para despertar nuestra curiosidad, lo insólito del vigor enérgico de su paso hizo que me detuviera a contemplarlos con desconcertado interés. Parecían más grandes que los hombres corrientes; su figura alta y erguida contrastaba mucho con los ejércitos de reclutas pálidos, más bajos de lo normal, a los que nos habíamos acostumbrado. Al principio pensé que sus cuidados uniformes limpios correspondían a oficiales, aunque era evidente que no podían ser oficiales, porque eran demasiados; parecían algo así como soldados rasos británicos en el cielo. ¿Se habría traído otro regimiento más de nuestros agotados dominios?, me pregunté, al obser-

varlos moverse con tanto ritmo, tanta dignidad, con una conciencia tan serena de su amor propio, pero conocía demasiado bien a las tropas de las colonias y ésas eran diferentes: se mostraban seguros donde los australianos resultaban agresivos; dueños de sí mismos, donde los neozelandeses eran turbulentos.» Entonces oyó un grito entusiasta procedente de un grupo de enfermeras a sus espaldas: «¡Mirad! ¡Mirad! ¡Han llegado los estadounidenses!»

Uno de los que escoltaron a las tropas estadounidenses a través del Atlántico fue el explorador sir Ernest Shackleton. Ese mes de abril, tras llegar a Liverpool, procedente de Nueva York, en un convoy, escribió a un amigo: «En total, éramos doce barcos y transportamos a veinticinco mil soldados estadounidenses. Cuando llegamos a la zona de riesgo, se reunieron con nosotros siete destructores y estuvo muy bien, porque al día siguiente nos atacaron dos submarinos, pero, antes de que pudieran descargar un torpedo, uno de nuestros destructores arrojó una carga de profundidad, que hizo volar a uno de los "hunos" y el otro se largó. Había tres mil soldados en nuestro barco.»

Antes de que esas tropas estadounidenses pudieran entrar en la línea, las fuerzas aliadas se vieron obligadas a retroceder aún más: tropas británicas, australianas, sudafricanas, neozelandesas, francesas y belgas. El 12 de abril, entró en la batalla una división británica que había regresado de Italia. Ese mismo día, en el aire, ciento setenta aviones británicos entablaron combate con los alemanes sobre Merville; perdieron diez aviones y abatieron cinco. El ataque no se podía detener. Sin embargo, también los alemanes sentían las consecuencias del desgaste cotidiano. «Estábamos todos completamente exhaustos y acabados —escribió el príncipe Ruperto de Baviera, el 15 de abril—. Por todas partes escucho quejas sobre el alojamiento para los hombres y los caballos, en un país totalmente devastado, y la gran cantidad de bajas producidas por las bombas, sobre todo de caballos que no se pudieron esconder.»

El 15 de abril, los británicos evacuaron la colina de Passchendaele, que tanto les había costado ganar apenas cinco meses antes. Haig y Foch hicieron un llamamiento a las tropas estadounidenses, para que se incorporasen a la batalla de inmediato. El general Pershing, después de prometer a los franceses y los británicos, tres semanas antes, que enviaría al frente las tropas que pudiera, ese día se dirigió a los novecientos oficiales de la 1.ª División: «Se van a enfrentar a un enemigo salvaje, emocionado por la victoria. Enfréntense a él como estadounidenses. Cuando golpeen, golpeen con fuerza y no paren de golpear. Ustedes no conocen el significado de la palabra "derrota".»

La necesidad de la participación estadounidense era evidente en todas partes y todos los días. El 16 de abril, cayeron prisioneras más de un millar de tro-

pas neozelandesas. Cuatro días después, al sur de Ypres, los alemanes lanzaron otro inmenso bombardeo con gas, en el que arrojaron nueve millones de granadas de gas mostaza, fosgeno y difenilclorarsina: en total, dos mil toneladas de gas tóxico. Más de ocho mil soldados británicos sufrieron las consecuencias del gas y cuarenta y tres murieron.

La batalla en el aire era permanente, aunque no siempre con ventaja para los alemanes. El 7 de abril, el zepelín *L-59*, que acababa de arrojar más de seis toneladas de bombas sobre la base naval italiana de Nápoles y en una planta siderúrgica cercana, se prendió fuego por accidente y estalló sobre el Adriático. No sobrevivió ninguno de los veintidós miembros de su tripulación. El 20 de abril, el as de los aviones de combate más conocido de Alemania, el barón Manfred von Richthofen, el «Barón Rojo», abatió su octogésimo avión aliado al noreste de Villers-Bretonneux, detrás de las líneas alemanas; al piloto, un rhodesio de diecinueve años, el subteniente D. G. Lewis, lo tomaron prisionero de guerra; pero, al día siguiente, sobre el Somme, Richthofen fue abatido por un aviador canadiense, el capitán Roy Brown. Consiguió aterrizar sobre la carretera de Bray a Corbie, pero, cuando unas tropas australianas que había cerca llegaron hasta él, estaba muerto. Había muerto un héroe; había nacido una leyenda.[4]

Capítulo XXIII

«LA BATALLA, LA BATALLA ES LO ÚNICO QUE CUENTA» (FOCH)

De abril a junio de 1918

Algunas de las tan esperadas y tan necesarias tropas estadounidenses entraron en acción el 20 de abril de 1918, en el saliente de Saint-Mihiel. Ese día, a dos compañías (655 hombres, entre oficiales y soldados) que llevaban un mes estacionadas en la aldea de Seicheprey las pilló el ataque de dos mil ochocientos soldados alemanes, casi la mitad de los cuales eran tropas «de asalto», especialmente entrenadas. Los estadounidenses, superados en número en una proporción de más de cuatro a uno, tuvieron que retroceder y sufrieron gran cantidad de bajas. Al entrar en Seicheprey, los alemanes destruyeron todas las fortificaciones que pudieron encontrar y después se retiraron a su línea del frente original. Habían muerto ochenta y un estadounidenses, más de doscientos habían quedado incapacitados por el gas, 187 habían resultado heridos y 187 estaban desaparecidos o habían sido tomados prisioneros.

Pershing se enfureció por lo que le parecía, incluso en las circunstancias de haber sido superados en número, poco don de mando por parte de sus generales. Lo único que le impidió destituir a ciertos oficiales superiores, incluido uno que se había negado a organizar un contraataque, fue la decisión del comandante del cuerpo francés, el general Passaga, de conceder la *Croix de Guerre* precisamente a esos oficiales y a muchos más, para levantar la moral de los estadounidenses. Lloyd George fue mordaz. «Este tipo de resultados —escribió— es lógico que se dé a una escala enorme, si se forma un ejército estadounidense, compuesto en su mayoría por no profesionales, sin la guía de oficiales más experimentados», es decir, sin la guía de oficiales británicos y franceses. De la misma opinión fue el cuartel general británico, que supervisaba el entrenamiento de siete divisiones estadounidenses. «Los comandantes y los estados mayores estadounidenses prácticamente no tienen ninguna formación», comentaron allí, mientras que Haig escribió en su diario que sería «criminal» contar con la ayuda estadounidense esa primavera o ni siquiera ese verano.

El sentimiento antiamericano estaba muy difundido en las altas esferas militares británicas y francesas, en las que se describía a los estadounidenses como aficionados, intrusos y tardones. Para Winston Churchill, cuya madre había nacido en Estados Unidos, el verdadero problema en el frente occidental era la superioridad alemana. En una conversación que mantuvieron en Londres el 23 de abril, dijo al general Pershing que los alemanes disponían de «artillería y municiones en abundancia, a pesar de las recientes pérdidas».

Mientras continuaba la lucha en el frente occidental, la Marina Real británica ideó un plan para evitar que los submarinos alemanes utilizaran el refugio del canal de Zeebrugge como base para sus ataques a las embarcaciones aliadas en el mar del Norte. A pesar de que a los británicos cada vez les iba mejor en la caza de submarinos, siguieron construyéndolos casi con la misma rapidez con que eran destruidos. Ese verano estaba previsto transportar cantidades considerables de tropas estadounidenses, con sus correspondientes suministros, a través del Atlántico. Por tanto, era necesario, escribió después Foch, clausurar «una de las guaridas desde las cuales los submarinos enemigos amenazaban las comunicaciones vitales de los aliados».

Diez kilómetros hacia el interior de Zeebrugge y conectados mediante un canal con esa población, había unos refugios de hormigón para submarinos, tan gruesos que resultaban inmunes al ataque aéreo aliado. Además de los refugios, la base de Brujas contenía los muelles flotantes, los talleres y los almacenes que eran indispensables para mantener, reparar y armar la flota de submarinos alemana. En un día corriente, habría en Brujas unos dieciocho submarinos, además de veinticinco destructores o torpederos, porque el canal tenía el ancho y la profundidad suficientes para permitir el paso de hasta un crucero ligero.

El 23 de abril, día de San Jorge, se enviaron al otro lado del mar del Norte tres viejos cruceros británicos, con el apoyo de una gran fuerza naval, para hundirlos con la intención de bloquear la entrada al refugio de submarinos. El que planeó la operación, el vicealmirante Roger Keyes, era el oficial naval que, dos años y medio antes, había tenido tanto interés por reanudar el ataque naval en los Dardanelos. Cuando la fuerza partió, Keyes envió un mensaje a todos los barcos: «San Jorge por Inglaterra», al cual respondió su segundo, el capitán Carpenter: «Que podamos dar un buen retorcijón a la cola del dragón.» Fue una empresa temeraria y arriesgada, por la cual se concedieron ocho cruces de la Victoria.

El dique fortificado que protegía el puerto de Zeebrugge fue asaltado, muchas de sus instalaciones quedaron destruidas y cortaron el viaducto del ferro-

carril que conducía hasta él. Más tarde comentó Carpenter: «Después nos enteramos de que enviaron a toda prisa a un cuerpo alemán de ciclistas para reforzar la guarnición del dique y, como no sabían que el viaducto había sido destruido, se precipitaron al mar, quitando de ese modo la exclusividad a los puercos de los gadarenos».

Los buques que obstruían el paso se colocaron justo a la entrada del canal, pero, al cabo de tres semanas, los alemanes habían dragado un canal a su alrededor y sus submarinos otra vez eran capaces de reanudar sus expolios en el mar del Norte y más lejos. Las bajas británicas en el ataque habían ascendido a doscientos muertos y cuatrocientos heridos. Para tratar de crear disensión entre los aliados, los alemanes hicieron propaganda en Estados Unidos, criticando que no se hubiera solicitado la participación de barcos estadounidenses.

Una escuadra de batalla estadounidense, al mando de un veterano oficial naval estadounidense, el contraalmirante Hugh Rodman, había integrado, durante algún tiempo, la flota británica del mar del Norte, pero no se había convocado a sus oficiales ni a sus hombres. El capitán Carpenter explicó después: «Si hubiéramos transferido a unos cuantos oficiales y marinos estadounidenses a Chatham, donde no había ningún barco estadounidense, para un entrenamiento especial con los nuestros, habríamos despertado la curiosidad de inmediato, se habrían hecho comentarios y, en muy poco tiempo, es posible que el secreto hubiera sido del dominio público.» No obstante, el almirante Rodman, que ya había prestado servicio en la zona del canal de Panamá, «nos permitió contar con la ventaja de su experiencia en cuestiones de salvamento».

El público británico reaccionó con entusiasmo ante la historia de Zeebrugge. Menos se habló del ataque simultáneo, ese día, a la entrada del canal de Ostende, que también conducía a la base de submarinos de Brujas. Esa incursión, en la que también hubo muchos participantes, no consiguió bloquear la entrada. En general, no sólo las medallas, sino también el reconocimiento del público, se dirigían a lo que tenía éxito.

Continuó el avance alemán en el frente occidental. El 24 de abril, con la asistencia de trece carros de combate, las tropas alemanas tomaron Villers-Bretonneux. Ese día, tuvo lugar la primera lucha entre dos carros, cuando un carro pesado británico eliminó a su primer adversario y los demás se dieron la vuelta y huyeron. A continuación, siete carros de combate británicos entraron en las posiciones de la infantería alemana «y causaron una gran masacre», según hizo constar en su diario el general Rawlinson. «Dicen que murieron como mínimo cuatrocientos hombres.»

El ímpetu del avance alemán se había esfumado casi por completo. El 25 de abril, en un ataque nocturno, británicos y australianos recuperaron Villers-Bretonneux y tomaron prisioneros a seiscientos alemanes. Ese mismo día, noventa y seis aviones alemanes arrojaron setecientas bombas sobre posiciones francesas en torno al monte Kemmel y dispararon sesenta mil balas de ametralladoras antes de expulsar a los franceses de la colina. Sin embargo, al día siguiente las tropas francesas obligaron a los alemanes a retirarse tanto de Voormezeele como de Locre. En Langemarck, el 28 de abril, fueron los belgas los que repelieron un ataque alemán.

El 29 de abril, los alemanes volvieron a atacar, utilizando trece divisiones a lo largo de un frente de dieciséis kilómetros. Hicieron retroceder una vez más a británicos y franceses, aunque sólo una distancia corta, y ya no volverían a avanzar más. Esa noche, Ludendorff interrumpió la ofensiva. En tres semanas, habían muerto más de treinta mil soldados alemanes y veinte mil aliados. El avance alemán hacia la costa, como el avance hacia París, en 1914, se había interrumpido.

La batalla del Lys fue crucial, no sólo para la fortuna militar alemana, sino para su moral en el campo de batalla. Muchos soldados estaban deprimidos y agotados, al ver que ya no les quedaba ninguna posibilidad de abrir una brecha en la línea aliada. Habían pasado casi cuatro años desde el asesinato del archiduque Fernando en Sarajevo: ¿quién podía recordar entonces las causas y la sucesión, los giros y las vueltas, los cambios y las vueltas atrás que habían provocado una guerra tan extensa y agotadora? Sin embargo, las repercusiones de lo que había hecho Gavrilo Princip se representaban en sangre, sin ningún fin a la vista. El 28 de abril, en un hospital penitenciario de la ciudad fortificada de Theresienstadt, en Austria, Princip murió de tuberculosis, a los veintidós años, pese a la asistencia de un médico militar, el doctor Jan Levit.[1]

En Theresienstadt había también cinco mil prisioneros de guerra rusos y quinientos italianos. Algunos de los rusos procedían de las regiones musulmanas del imperio ruso; los austríacos habían hecho construir una mezquita para ellos. Los que murieron en cautividad están enterrados justo fuera de los muros de la fortaleza, donde hay un monumento ruso en su honor.[2] A sesenta y cinco kilómetros de Theresienstadt, en Praga, el sentimiento nacionalista checo siguió siendo una amenaza permanente para la unidad y el celo bélico de Austria-Hungría. El 13 de abril, se reunieron en la Sala Smetana, foco de actividad patriótica, los delegados de todas las ciudades checas, para comprometerse a construir su propio estado.

En lo que había sido el frente oriental, los alemanes habían seguido avanzando en las zonas donde los bolcheviques se habían retirado o eran débiles. El 5 de abril, ocuparon la ciudad de Járkov, en el este de Ucrania. Ocho días después, entraron en la capital de Finlandia, Helsinki, que antes había sido la capital de la provincia rusa de Finlandia. En Petrogrado (que entonces era una ciudad en paz, aunque bajo el mando bolchevique, y había perdido su extrarradio finlandés y báltico), el 21 de abril se interpretó por primera vez la Sinfonía Clásica de Prokofiev, compuesta con el entusiasmo de la renovación social. Tres días después, los alemanes entraron en Simferópol, la capital de Crimea. El 29 de abril, un oficial veterano del ejército alemán, el general Groener, impuso el gobierno militar en toda Ucrania, cuya cosecha de 1918 sería recolectada para contribuir al esfuerzo bélico alemán.[3] Dos días después, los alemanes ocuparon el puerto y el arsenal de Sebastopol, a orillas del mar Negro.

En el mar, en abril de 1918, los submarinos alemanes habían hundido más de un centenar de buques mercantes, causando la pérdida de 488 vidas. Los transportes de tropas también eran un blanco permanente: en mayo, murieron en el Mediterráneo noventa y nueve personas en el *Leasowe Castle* y cuarenta y cuatro en el *Missir*, ambos torpedeados por submarinos alemanes, frente a las costas de Egipto. El 14 de mayo, no obstante, otro buque para el transporte de tropas, el transatlántico *Olympic*, de 46.359 toneladas, embistió y hundió el submarino alemán *U-103*.

Para proporcionar armas a los estadounidenses a su llegada a Francia, el Ministerio de Municiones británico, dirigido por Churchill, estaba haciendo esfuerzos prodigiosos para incrementar la producción británica de municiones, además de fabricar carros de combate y aviones para el nuevo aliado. A principios de mayo, Churchill estuvo en condiciones de ofrecer a los estadounidenses 225 cañones pesados para el verano y otros cincuenta para noviembre, estos últimos para la campaña de 1919, en la que los aliados esperaban que las tropas estadounidenses, de las cuales se suponía que más de tres millones estuvieran en Europa para el verano de 1919, inclinaran la balanza en contra de las potencias centrales. La campaña del año siguiente había comenzado a inquietar cada vez más a los organizadores. El 24 de mayo, un oficial británico de carros de combate, el teniente coronel Fuller, preparó un «plan 1919», que consistía en que casi cinco mil carros de combate aliados efectuaran un gran avance en el frente occidental en 1919. El gabinete británico, ansioso por mantener cierta sensación de obligación en el frente interno hasta los primeros meses de 1919, el 28 de mayo decidió no autorizar las carreras de caballos durante la temporada de in-

vierno. La primera competencia nacional de caza de la temporada se programó para el 1 de enero de 1919.

La planificación para 1919 se llevó a cabo a la sombra de una posible reanudación de la ofensiva alemana en el verano de 1918. Para tratar de fortalecer la cifra inmediata de tropas aliadas en la línea, los dirigentes aliados celebraron, el 1 de mayo, una reunión del Consejo Supremo de la Guerra, presidida por Clemenceau, en Abbeville, cerca de la costa del canal de la Mancha. Primero Clemenceau, después Lloyd George y por último Foch pidieron autorización a Pershing para llevar de inmediato a la línea a las tropas estadounidenses que hubiera. Foch llegó a decir, incluso, que, a menos que así se hiciera y se enviaran al frente de inmediato los soldados de Infantería y las unidades de ametralladores estadounidenses, todo estaría perdido. Pershing se mantuvo inflexible y dijo en la conferencia, con cierta mordacidad: «No me parece que el ejército estadounidense tenga que estar totalmente a disposición del mando francés ni del británico —y añadió—: Debemos esperar con ansia el momento en que tengamos nuestro propio ejército.»

Aunque en principio estuvo de acuerdo en que los estadounidenses tuvieran su propio ejército, Lloyd George dijo a Pershing: «Sin embargo, en este momento, estamos metidos en la que puede ser la batalla decisiva de la guerra. Si perdemos esta batalla, necesitaremos tonelaje para llevarnos lo que quede de los ejércitos británicos y estadounidenses.» La amenaza no surtió ningún efecto en Pershing, ante lo cual Foch le preguntó, indignado: «¿Está dispuesto a arriesgarse a que nos hagan retroceder hasta el Loira?» Impertérrito ante la retórica, Pershing respondió: «Sí, estoy dispuesto a correr ese riesgo. Además, es posible que llegue el momento en que el ejército estadounidense tenga que llevar todo el peso de esta guerra y no es prudente que derrochemos nuestros recursos de esta manera.» Foch respondió que era posible que la guerra acabara antes de que el ejército estadounidense estuviese listo para entrar en la batalla. La reunión acabó con un último altercado:

Lloyd George: «¿No se da cuenta de que vamos a perder la guerra, a menos que consigamos ese apoyo?»

Pershing: «Caballeros, he estudiado este programa con mucho cuidado y no estoy dispuesto a dejarme coaccionar.»

La reunión de Abbeville se reanudó el 2 de mayo, cuando Lloyd George, después de señalar que desde el 21 de marzo había habido 280.000 bajas británicas y más de 340.000 francesas, dijo a Pershing: «Si Estados Unidos no acude en nuestra ayuda, es posible que los cálculos del enemigo sean correctos. Si

Francia y Gran Bretaña tuvieran que ceder, su derrota sería honorable, porque habrían combatido hasta el último hombre; en cambio, Estados Unidos tendría que parar sin haber aportado a la línea más hombres que la pequeña Bélgica.»

Pershing dijo a la conferencia que Estados Unidos había declarado la guerra «independientemente» de los demás aliados y que debía hacerle frente «con un ejército poderoso». También quiso destacar «que la moral de los soldados depende de que luchen bajo nuestra propia bandera». A continuación, propuso una solución intermedia, que Clemenceau y Lloyd George no tuvieron más remedio que aceptar: los ciento treinta mil soldados de infantería y ametralladores estadounidenses que cruzaran el Atlántico en mayo, en barcos británicos, y otros ciento cincuenta mil que lo harían en junio, podían sumarse a la línea aliada, pero él no haría ninguna previsión para julio. Los recursos de transporte estadounidenses se seguirían utilizando exclusivamente para crear un ejército estadounidense que prestara servicio como tal en el campo, cuando estuviera en condiciones. A finales de mayo, habría seiscientos cincuenta mil soldados estadounidenses en Europa. Como consecuencia de la solución intermedia de Pershing, dos terceras partes de ellos no se incorporarían a la línea hasta que no estuvieran en condiciones de hacerlo como un ejército estadounidense. Foch se deprimió, Clemenceau se enfadó y Lloyd George sufrió una amarga desilusión y escribió al embajador británico en Washington: «Es de locos pensar que, por más que los hombres estén allí, la situación corre peligro por la falta de visión de un solo general y porque su gobierno no es capaz de darle órdenes para que cumpla sus promesas.»

Como continuó la pelea angloamericana, continuaron también las bajas en los campos de batalla y detrás de las líneas. El 5 de mayo, murió un soldado de artillería británico, Francis Barber, de la 32.ª Batería de Asedio, Royal Garrison Artillery, en un hospital militar alemán, en Condé, como consecuencia de las heridas recibidas durante la batalla. Es uno de los noventa soldados británicos enterrados en el cementerio francés próximo que murieron en ese hospital cuando eran prisioneros de los alemanes. Tenía treinta y siete años. Su hijo Stephen, nacido en 1914, murió en acción en Normandía en 1944.

En el este, los alemanes continuaban con sus victorias. El 7 de mayo, los rumanos firmaron la Paz de Bucarest con las potencias centrales, que obtuvieron el control militar de la desembocadura del Danubio. Bulgaria, como recompensa por atacar Rumania como aliada de Alemania y Austria, recibió las tierras de la costa que había perdido frente a Rumania en la guerra de los Balcanes

de 1913. El 12 de mayo, en la estación balnearia de Spa, en Bélgica, el káiser y el emperador Carlos firmaron un acuerdo para la explotación económica conjunta de Ucrania, por parte de Alemania y Austria. Dos días después, el káiser declaró que Lituania era libre de las viejas ataduras del dominio ruso y aliada de Alemania.

Ese mes, comenzaron a surgir las aspiraciones nacionalistas en el ejército austríaco. El 12 de mayo, comenzó un motín en plena Austria, en la población estiria de Judenburg, cuando un pelotón de infantería se apoderó de los cuarteles y los arsenales, saqueó los depósitos de alimentos y destruyó las líneas telefónicas y telegráficas. El pelotón estaba compuesto en su mayor parte por eslovenos, cuyo clamor era: «Vamos a casa, camaradas; esto no es sólo para nosotros, sino también para nuestros amigos que están en los frentes. Hay que acabar con la guerra ahora; quien sea esloveno, que nos siga. Nos vamos a casa; deberían darnos más de comer y acabar la guerra; arriba los bolcheviques, larga vida al pan, abajo la guerra.»

El motín fue sofocado rápidamente y fueron ejecutados seis eslovenos, pero los motines se extendieron y, al cabo de pocas semanas, se habían amotinado un batallón ruteno y una unidad serbia del ejército austríaco, aunque ambas revueltas fueron sofocadas en seguida. El 17 de mayo, se celebró en Praga, sin problemas, una conferencia de nombre provocativo: la Conferencia de las Naciones Reprimidas de Austria-Hungría. Cuatro días después, estalló en Rumburg un cuarto motín, protagonizado por tropas checas que se negaban a ir al frente a menos que les pagaran lo que les debían de cuando eran prisioneros de guerra en Rusia. Ocuparon la ciudad, recibieron algo de apoyo de los ciudadanos checos y amenazaron con marchar sobre Praga. Unos cuantos subieron al tren hacia Praga, declarando que «pondrían fin a la guerra» cuando llegaran, pero los interceptaron antes y los desarmaron. En el consejo de guerra posterior, diez checos fueron condenados a muerte y 560 fueron encarcelados. El motín había acabado, pero el gobernador local advirtió en Viena, en términos que no dejaban lugar a dudas, que «si los rebeldes hubieran conseguido avanzar hacia el sur y hubieran encontrado apoyo (lo cual no era en absoluto imposible) entre los civiles de esas regiones, a estas alturas podríamos haber tenido que enfrentarnos a una verdadera revolución en varias partes de Bohemia».

Tanto en Viena como en Berlín, las autoridades tenían que mantenerse alertas ante cualquier peligro de revolución y reaccionaban a cualquier pedido de auxilio contra el bolchevismo. En el sur de Rusia, el 16 de mayo, el nuevo dirigente de los cosacos del Don, el general Krasnov, solicitó a los alemanes ayuda financiera y militar contra el Ejército Rojo. Se la prestaron en seguida, en forma de

quince millones de rublos y doce mil fusiles. La influencia alemana se extendía sobre mil seiscientos kilómetros del sur de Rusia. Ese día, en Finlandia, el dirigente nacionalista finlandés, el general Mannerheim, entró en Helsinki al frente de dieciséis mil hombres. Se habían acabado más de un siglo de dominio zarista, seis meses de control bolchevique y, más recientemente, la ocupación militar alemana.

En el antiguo frente del Cáucaso, el aliado de Alemania, Turquía, estaba expulsando a los armenios de lo que quedaba de su patria; ocuparon la antigua ciudad rusa de Kars (que había sido turca hasta 1878) y continuaron hacia el este, hacia el centro de Armenia, ocuparon Alexandropol el 15 de mayo y derrotaron a más de seis mil armenios tres días después. Durante diez días más, los armenios lucharon con tesón y en un punto hicieron retroceder a los turcos cincuenta kilómetros, pero el 26 de mayo, en la batalla de Karakilise, los turcos salieron victoriosos y cinco mil armenios huyeron por los pasos de las montañas. El 28 de mayo, Armenia declaró su independencia. Fue la efímera culminación de unas aspiraciones acariciadas durante mucho tiempo: al cabo de dos semanas, centenares de armenios fueron masacrados por los tártaros al sur de la capital de Georgia, Tbilisi. Los turcos, que tres meses después entraron en el ex Cáucaso ruso y, en su momento, llegaron hasta el mar Caspio, asesinaron a más de cuatrocientos mil civiles, vecinos, aldeanos, mujeres y niños armenios.

En Berlín, después del llamamiento que hiciera en 1914 para una Europa unida después de la guerra, Albert Einstein, que había publicado su teoría general de la relatividad, estaba preocupado por su falta de participación en las protestas contra la guerra a la cual otro firmante de 1914, Georg Nicolai, había seguido dedicándose. «No hay nada que "reprocharte", porque estás en Berlín y te dedicas a trabajar —le escribió Nicolai el 18 de mayo—. Si alguien tiene derecho, como un Arquímedes actual, a gritar a los mercenarios de la guerra: "Noli tangere circulos meos"[4], ¡sin duda eres tú!» Nicolai añadió que estaba «mucho más convencido que cuando escribimos el Manifiesto a los Europeos de que la única manera de evitar el inminente colapso cultural es que prevalezca la idea de Europa, pura y simple».

Cinco semanas después, denunciado y perseguido por su pacifismo, Nicolai huyó en avión de Alemania a Dinamarca. En la Bélgica ocupada por Alemania, habían pasado tres años desde la primera vez que se publicó y se difundió un periódico patriótico ilegal, *Libre Belgique*. Había tenido una red de distribución amplia y sus actividades habían sido molestas para los alemanes. A finales

de enero de 1918, la mayoría de los distribuidores del periódico, sesenta y uno en total, habían sido arrestados; el káiser envió un telegrama de felicitación al gobernador militar, el general Von Falkenhausen, al que el periódico había descrito como «un ave de rapiña, enviada para vivir de la carne palpitante de Bélgica». El propio káiser era «Su Satánica Majestad», según la jerga del periódico.

El 15 de mayo, esas sesenta y una personas fueron llevadas a juicio en Bruselas. Los condenaron a penas de prisión, a algunos durante diez y doce años. Tras un breve período, el periódico se publicó una vez más; el número siguiente, el 143, fue producido, prácticamente sin ayuda de nadie, por Abbé van den Hout, que, con una imprenta a pedal, imprimió siete mil ejemplares y después tomó las medidas necesarias para que el periódico se reimprimiera en Amberes. Los ejemplares de *Libre Belgique* hasta se introducían de forma clandestina en los campos de internación de Alemania. En uno de ellos, Soltau, se leían a cuatrocientos o quinientos internos, entre los cuales había un estudiante belga, Paul van Zeeland, que había sido elegido portavoz de los demás prisioneros.[5]

En el frente occidental y por encima de Gran Bretaña y de Alemania, hubo mucha actividad en el aire durante el mes de mayo. Las compuertas de la esclusa de Zeebrugge eran uno de los objetivos británicos, al igual que los empalmes ferroviarios dentro de la propia Alemania. El 18 de mayo, en represalia por los ataques aéreos alemanes sobre ciudades británicas, treinta y tres aviones británicos bombardearon Colonia, causando muchos daños a los edificios de la ciudad y provocando la muerte de ciento diez civiles. La noche siguiente, veintiocho bombarderos *Gotha* alemanes atacaron Londres; murieron cuarenta y ocho civiles. Seis de los bombarderos cayeron envueltos en llamas, abatidos por pilotos británicos, y tres más chocaron al llegar a sus aeródromos de base. Esos enormes bimotores llegaron a Londres atravesando Kent. «La señal de un ataque aéreo se hacía mediante un cambio en la presión del gas —recordaba después un escolar británico de diez años, Desmond Flower—. Cuando las luces subían y bajaban dos veces, había que correr las cortinas de todas las ventanas.»

En su camino hacia Londres, vinieran de donde vinieren, los bombarderos alemanes tenían que atravesar unas barreras antiaéreas hábilmente diseñadas, dispuestas en forma de una enorme caja alargada sobre el campo. El pequeño Flower recordaba que, en cuanto comenzaba el ataque, los cañones antiaéreos «ladraban constantemente a los gigantes que avanzaban pesadamente en lo alto; los fragmentos de los proyectiles tamborileaban como la lluvia, aunque eso jamás impedía que mi padre fuera de aquí para allá para ver lo que ocurría, por más que le suplicáramos que entrara. Una noche, estuve despierto mucho rato,

escuchando protestar a un bombardero, mientras daba vueltas para tratar de encontrar la salida de la barrera en la que estaba atrapado, pero no lo consiguió; cuando lo abatieron, cesó el zumbido y me volví a dormir».

Los ataques aéreos alemanes a los depósitos de armas franceses, que duraron cuatro días consecutivos, a partir del 19 de mayo, provocaron la destrucción de más de doce mil toneladas de municiones aliadas. Ese mes, en un ataque aéreo alemán al puente ferroviario de Étaples, algunas de las bombas, en lugar de caer sobre el puente, cayeron sobre un hospital británico y mataron a varios soldados heridos y a las enfermeras que los cuidaban. También murieron nueve miembros del Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército, cuyo trabajo en Francia consistía en dar instrucciones sobre el uso de las máscaras antigás, desempeñar tareas administrativas y cocinar en los campos del ejército.

En ambos bandos, la escala de los bombardeos era reducida, aunque eran un arma nueva y visible de la guerra, cuya eficacia aumentaba constantemente. En la tercera semana de mayo, los bombarderos británicos de Handley Page, conocidos como los «paralizadores sanguinarios», atacaron una fábrica alemana de productos químicos en Oppau, la compañía del gas en Mannheim y los talleres del ferrocarril y las locomotoras en Karthaus. El 22 de mayo, nueve bombarderos *Gotha* alemanes se acercaron a París. Una intensa barrera antiaérea ahuyentó a ocho de ellos, pero uno logró pasar y arrojó varias bombas, que mataron a una persona. *The Times* informó: «La lucha emocionante entre el atacante que trataba de huir y los cañones que se concentraban para derribarlo duró una buena media hora.»

En junio hubo tres bombardeos más sobre París y bastante acción en el aire sobre las zonas de batalla. El 2 de junio, un día en que los alemanes dijeron que habían abatido treinta y ocho aviones aliados y habían perdido diecisiete propios, un piloto alemán, Hermann Göring, recibió la *Pour le Mérite*. Al día siguiente, los británicos crearon una nueva condecoración para premiar el valor en el combate aéreo, la Cruz al Mérito Aeronáutico. Un mes antes, el 9 de mayo, habían concedido a Hitler un diploma de su regimiento por su notable valor.

Los alemanes controlaban dos de las regiones rusas que eran más prósperas antes de la guerra: Ucrania y el Báltico. Habían ayudado a los finlandeses a echar a los bolcheviques de Finlandia, donde las tropas alemanas se quedaron, como garantía de independencia. El 27 de mayo, se creó la república independiente de Georgia, bajo protección alemana. Pero Alemania no sería el único bastión militar contra los bolcheviques. El 23 de mayo, el gabinete de guerra británico había tomado la decisión de despachar una misión militar compuesta

por quinientos sesenta hombres al puerto de Archangelsk y otros seiscientos hombres a Murmansk, para proteger los depósitos militares que allí tenían los británicos, que habían sido enviados antes a través del Ártico, como contribución militar británica al ejército ruso.[6] Los británicos también se ofrecieron para entrenar a los cientos de miles de rusos antibolcheviques, para defenderse de cualquier futuro ataque bolchevique. Tres días después, en Siberia, sesenta mil tropas checas, que habían atravesado Siberia hasta el extremo oriental de Rusia después de que el tratado de Brest-Litovsk liberara a todos los prisioneros de guerra austríacos, se manifestaron activamente contra los bolcheviques.

Esos checos, que durante casi cuatro años habían formado parte de los ejércitos de las potencias centrales, se declararon a favor de los aliados y formaron una Legión Checa, decidida, desde lejos, a ver la destrucción de las potencias centrales y a Checoslovaquia convertida en un estado independiente. Hasta trataron de encontrar una manera de regresar a Europa para combatir con los aliados, pero su batalla inmediata, que tuvo lugar la última semana de mayo de 1918, fue contra los bolcheviques. El 27 de mayo, se apoderaron de la ciudad de Cheliabinsk, en Siberia, y, cuatro días después, de Petropávlovsk y Tomsk.

El Alto Mando alemán no había perdido la esperanza de abrir una brecha en la línea aliada en el frente occidental. El 27 de mayo, Ludendorff lo volvió a intentar, con la idea de repetir los éxitos iniciales de dos meses antes, e incluso de llegar a París. Cuatro mil piezas de artillería abrieron fuego a primeras horas de esa mañana en un frente de casi cuarenta kilómetros. Había comenzado la tercera batalla del Aisne. En el sector francés del Chemin des Dames, las fuerzas atacantes se introdujeron hasta veinte kilómetros detrás de las líneas, aniquilando a cuatro divisiones francesas.

Entre Soissons y Reims, los alemanes pasaron a través de cuatro divisiones francesas y cuatro británicas más y llegaron al Aisne en menos de seis horas. En la aldea de La Ville-aux-Bois-les-Pontaverts, un batallón británico y una batería de campaña se negaron a retirarse, a pesar de la abrumadora potencia de fuego que lanzaron contra ellos. «La artillería siguió disparando y no cesó la resistencia hasta que todos los hombres murieron o cayeron prisioneros», hace constar un monumento francés en el lugar donde resistió la batería de la artillería. Por esa acción se concedió la *Croix de Guerre* a toda la batería británica. De las quinientas cuarenta tumbas que hay en el cementerio de la Comisión de Tumbas de la Guerra de la Comunidad Británica de Naciones de Ville-aux-Bois, cuatrocientas trece son tumbas de soldados desconocidos.

Al acabar el 28 de mayo, se había abierto una cuña de sesenta y cinco kiló-

metros de largo y veinticinco kilómetros de ancho a través de las líneas aliadas. Uno de los soldados británicos que murieron ese día fue el comandante Bertram Cartland, que estaba en el frente occidental desde 1914, «lo cual, en sí mismo —como escribió su hija—, constituye un milagro de supervivencia».[7] Ese día, el káiser visitó «la posición California», un puesto de observación, cerca de Croanne, desde el cual, en 1814, Napoleón había presenciado una de sus últimas victorias sobre los que se aliaron contra él. No obstante, a pesar de la ferocidad del ataque alemán en 1918, los aliados no fueron rechazados en todas partes y en Cantigny, a orillas del Somme, en la primera ofensiva estadounidense sostenida de la guerra, ese día entraron en acción casi cuatro mil estadounidenses, una brigada completa. Los franceses les proporcionaron cobertura aérea, además de 368 cañones pesados y morteros de trinchera, y equipos de lanzallamas para colaborar en el avance a través de la aldea. Precedieron a los soldados de Infantería estadounidenses doce carros de combate pesados franceses. Cada soldado estadounidense llevaba consigo 220 balas, tres sacos terreros, dos granadas de mano, una granada de fusil, dos cantimploras y raciones de hierro, además de dos tabletas de chocolate y un limón y chicles para calmar la sed.

Una descarga de artillería que duró dos horas precedió el ataque y Cantigny fue invadida rápidamente. Los lanzallamas resultaron particularmente eficaces. Un estadounidense, Clarence R. Huebner, recordaba haber visto a un soldado alemán salir corriendo de su refugio subterráneo «igual que en Kansas había visto conejos salir corriendo de las pilas de paja ardiendo». El alemán corrió unos trece metros y después se desplomó, muerto.[8]

Ese día, los estadounidenses tomaron alrededor de un centenar de prisioneros alemanes pero, como ha escrito un historiador: «A algunos no los "tomaron".» Se refería a los ametralladores desesperados, que disparaban hasta que ya no les quedaban más municiones y entonces trataban de rendirse. Para algunos soldados estadounidenses, «era demasiado ver cómo mataban a un compañero y después oír gritar al que lo había matado *"Kamerad"*, para salvarse de la represalia, de modo que mataban al *Kamerad* con una mezcla de tristeza y odio».[9]

La aldea de Cantigny estaba controlada por los estadounidenses. Según las instrucciones de Pershing, «no había que ceder ni un centímetro». Se sucedieron siete contraataques alemanes en un lapso de setenta y dos horas. Mientras duró la batalla, murieron doscientos soldados estadounidenses y otros doscientos quedaron incapacitados por los ataques alemanes con gas. Con la tensión de los continuos bombardeos y el cansancio de tres días de combates, los hombres se volvieron, según palabras de su comandante, el coronel Hanson E. Ely,

«medio locos, aquejados de una locura transitoria». Un teniente estadounidense se puso a disparar como desaforado contra sus propios hombres, hasta que lo mató un proyectil alemán. Al cabo de tres días de batallas y bombardeos, los estadounidenses estaban agotados. Cuando por fin llegaron relevos, el coronel Ely recordó: «Lo único que podían hacer era tambalearse hacia atrás, con la mirada perdida y las mejillas hundidas, y si uno se detenía por un momento, se quedaba dormido.»

Los estadounidenses defendieron Cantigny. Su captura tuvo importancia por tres motivos: privó a los alemanes de un puesto de observación importante, brindó a Pershing un argumento más para defender un mando estadounidense independiente y proporcionó, según un historiador militar estadounidense, «la primera premonición fría que tuvieron los alemanes de que no se enfrentaban, como habían esperado, a una muchedumbre de aficionados».[10]

A pesar del éxito estadounidense en Cantigny, el avance alemán continuó. El 29 de mayo, las tropas alemanas entraron en Soissons. Al finalizar el tercer día del ataque, habían sido tomados prisioneros más de cincuenta mil soldados franceses, además de seiscientas cincuenta piezas de artillería y dos mil ametralladoras. El 30 de mayo, los alemanes llegaron hasta el río Marne, cerca de Château-Thierry. Esa noche, Pershing cenó con Foch y los principales oficiales de su Estado Mayor. Después recordaba: «Costaría imaginar a un grupo de oficiales más deprimidos. Apenas dijeron una palabra durante toda la cena, pensando en la que probablemente fuera la situación más grave de la guerra.»

El 1 de junio, las tropas alemanas estaban a sesenta y cinco kilómetros de París, dieciséis kilómetros más cerca de lo que habían estado en abril, y el 2 de junio ocuparon uno de los fuertes que defendían Reims, el Fort de la Pompelle, aunque un contraataque francés lo recuperó y capturó a doscientos soldados alemanes y cuatro carros de combate. Ese día se reunió en Versalles el Consejo Supremo de la Guerra. Una vez más, como en 1914, el gobierno francés se preparaba para abandonar París y dirigirse al sur. Decenas de miles de civiles huían de la capital, como habían hecho en 1914 y volverían a hacer en 1940.

Una vez más, los franceses se dirigieron a Pershing y le pidieron que enviara de inmediato tropas estadounidenses al sector francés del frente, que se estaba desintegrando, y que estas se amalgamaran transitoriamente con unidades francesas. Pershing, tan decidido como siempre a no abandonar la perspectiva de un ejército estadounidense independiente ni a ver desvanecerse esa perspectiva, resistió todos los argumentos. Foch, consternado, repetía una y otra vez: «La batalla, la batalla es lo único que cuenta.» Cuando, durante las conversaciones de

Versalles, los franceses pidieron que doscientos cincuenta mil soldados estadounidenses se incorporaran a la línea en junio y otros doscientos cincuenta mil en julio, Pershing los dejó a todos atónitos al responder que, aparte de las tres divisiones que estaban dispuestas para embarcar, en Estados Unidos sólo quedaban 263.852 hombres entrenados, mucho menos de lo que los aliados habían imaginado que fuera posible, aunque era una cifra cierta, con toda su precisión. La gran aportación estadounidense al potencial humano aliado no estaría lista hasta el final del año y, posiblemente, ni siquiera hasta 1919. «Entonces no podemos esperar casi nada de Estados Unidos, cuando se cumplan los programas actuales —comentó Clemenceau—. Es una gran desilusión.» Esos «programas actuales» tenían previstos entre ciento veinte mil y ciento cincuenta mil soldados estadounidenses por mes, y nada más.

Ante la sugerencia de que se enviaran a Europa más tropas estadounidenses sin entrenar, Pershing insistió en que acabarían su entrenamiento antes de salir de Estados Unidos. «Los hombres aprenden más rápido en Francia», fue la respuesta de Foch. Cuando Lloyd George sugirió la conveniencia de entrenarlos en Gran Bretaña, Pershing respondió que no «renunciaré a mis prerrogativas» en esa cuestión.

Los dirigentes británicos y franceses perdieron la paciencia con el comandante en jefe estadounidense. Cuando Pershing sugirió que Francia movilizara a la clase siguiente de la juventud de su país, Lloyd George lo interrumpió diciendo: «Vamos, general Pershing, seguro que no pretende enviar a las trincheras a unos simples niños.» Exasperado, respondió Pershing: «Señor primer ministro, usted ha sugerido que pusiéramos en ellas a unos muchachos estadounidenses que no están tan bien entrenados como esos niños franceses a los que usted se refiere. No veo la diferencia.»

Pershing se salió con la suya: las tropas estadounidenses recibirían entrenamiento en Estados Unidos. Se respetarían las condiciones del acuerdo previo de Abbeville, aunque aceptó un leve aumento de las cantidades. Pershing pondría en la línea, de la manera y en el lugar en que los franceses los necesitaran, ciento setenta mil soldados en junio y ciento cuarenta mil en julio, pero ni uno más. El resto de las tropas cuya llegada estaba prevista, ciento noventa mil, formarían parte del propio sistema de apoyo de Pershing para el futuro ejército estadounidense.

Las demandas de la batalla activaron el acuerdo de inmediato, al enviarse tropas estadounidenses al Marne, al este de Château-Thierry, donde volaron un puente para evitar que los alemanes lo cruzaran para dirigirse al sur, y también, a través de Meaux, al punto más próximo del avance alemán hacia París. Por el

camino encontraron a miles de refugiados, aldeanos y campesinos en su mayoría, que huían del avance del ejército alemán, e innumerables grupos de tres o cuatro soldados franceses que también se alejaban a toda prisa de la zona de la batalla.

A medida que las tropas estadounidenses se acercaban al frente, encontraron aldeas enteras que habían sido saqueadas por las tropas francesas en su retirada. En los lugares donde se saquearon las bodegas, había que sumar la embriaguez a la indisciplina. A un campesino francés que había tratado de proteger sus bienes, lo habían atado a una silla y lo habían azotado. Más cerca todavía del frente, los estadounidenses encontraron a los soldados franceses heridos que se replegaban, los «heridos ambulantes», con la cabeza vendada y los brazos en cabestrillo. «Vienen los *boches*», advirtieron, cansados, los franceses, a lo cual respondieron los estadounidenses, para animarlos: «Nosotros estamos aquí.» «Ah, *oui* —respondieron los franceses—, pero los *boches* siguen viniendo.» Cuando las tropas estadounidenses llegaron al frente, a ambos lados de la carretera de París a Metz, un general francés les dio instrucciones de que defendieran la línea «a toda costa». Las unidades francesas seguían replegándose y algunos de los soldados llamaron a los estadounidenses, al pasar a su lado, el 1 de junio, diciéndoles que la guerra había terminado: «*La guerre finie.*»

Los estadounidenses defendieron la línea; les sirvieron de ayuda el agotamiento de los propios alemanes, al cabo de seis días de combates, y la enorme distancia creada por el avance alemán, que provocaba tremendas dificultades de suministro. Sin embargo, los estadounidenses no sólo defendieron la línea, sino que además hicieron pequeños avances, lo cual en seguida levantó la moral de los militares y los civiles franceses. Un francés que comprendía y compartía esa reacción fue Jean de Pierrefeu, un oficial del Estado Mayor de Pétain. «A todos nos daba la impresión —escribió más adelante— de que estábamos a punto de ver una magnífica transfusión de sangre. La vida llegaba en torrentes para reanimar el cuerpo moribundo de Francia.»

En el frente británico, el general Freyberg fue uno de los que entró en acción el 3 de junio, cuando sufrió su novena herida grave. «Me hirió un gran proyectil durante una operación menor —escribió a un amigo—. Al principio me afectó mucho; me arrojó a varios metros y me hirió en la pierna y en la cabeza. Me extirparon los trozos en el dispensario. Fue una dura prueba.» Al hombre que estaba en el lecho de al lado «le cortaron las dos piernas y un brazo».

Para ayudar a contener el avance alemán, se trasladaron diez mil soldados franceses y diez mil británicos desde el frente de Salónica, donde los desertores

búlgaros advirtieron a los aliados de una ofensiva inminente, pero esa ofensiva se tuvo que cancelar a causa de un motín entre las fuerzas búlgaras. La situación distaba de ser buena, ese verano, para las potencias centrales: en Hungría, el 20 de mayo, en sus cuarteles de Pécs, dos mil soldados húngaros se habían negado a ir al frente y habían ocupado los arsenales del campo; su motín contó con la colaboración de los mineros del carbón locales e hicieron falta tres regimientos leales para sofocarlo.

Arrasada por la guerra y abrumada por la revolución, Rusia se estaba convirtiendo en una nueva zona de batalla. El 3 de junio, desembarcaron en Poti dos batallones alemanes para prestar apoyo a las autoridades de Crimea. Al día siguiente, ciento cincuenta infantes de la Marina Real desembarcaron en el puerto de Pechenga, en el norte de Rusia, para proteger los depósitos aliados y apoyar a los antibolcheviques locales. El mismo día, un miembro de una de las casas reales alemanas, el duque de Württemberg, aceptó el trono de Lituania, pero otro príncipe alemán, el príncipe heredero Ruperto de Baviera, presionaba al canciller alemán, el conde Hertling, para comenzar conversaciones de paz con Gran Bretaña, Francia e Italia mientras Alemania y Austria todavía tenían la supremacía militar en el oeste. Su propuesta fue rechazada; el canciller respondió que la caída de Francia, por lo menos, todavía era probable.

La guerra política y la militar marchaban una al lado de la otra. El 3 de junio, Gran Bretaña, Francia e Italia anunciaron su pleno apoyo a los estados polaco, checo y yugoslavo. Al día siguiente, impulsado por los británicos, el doctor Chaim Weizmann, el líder sionista, se reunió con el emir Feisal, el líder de la revuelta árabe, cerca del puerto de Al Aqaba y elaboró con él lo que pareció un apoyo árabe satisfactorio para un Hogar Nacional Judío en Palestina. Un veterano general británico destacó después de la reunión que tanto para T. E. Lawrence, que ayudó a organizarla, como para Weizmann, «las líneas de la política árabe y sionista convergen en un futuro no muy lejano». La semana siguiente, una nueva ofensiva árabe dejó aislada a la guarnición turca de Ma'an. En el ejército de Allenby, que estaba en la llanura litoral al norte de Jaffa, esperando para avanzar al norte de Jerusalén, había cinco mil judíos palestinos, muchos de los cuales habían nacido en Rusia.

«Me gustaría llegar a un buen acuerdo con los judíos —escribió Feisal a Mark Sykes un mes después de la reunión en Al Aqaba, y añadió—: Reconozco que algunos árabes ignorantes desprecian a los judíos, pero los ignorantes son iguales en todas partes y en general esos incidentes no son nada en comparación con lo que sufren los judíos en tierras más avanzadas.» En ese preciso momento,

en pueblos y aldeas de toda Ucrania, varios miles de judíos eran asesinados por blancos antibolcheviques, cuyo histórico antisemitismo, combinado con un nuevo odio hacia la destacada presencia judía entre los líderes bolcheviques, renovó los violentos pogromos que habían tenido lugar una década y media antes.

El 3 de junio, las fuerzas alemanas cruzaron el Marne en Jaulgonne, utilizando ocho enormes escaleras, montadas una sobre la otra, como las de los bomberos, y puestas a través del río. Cada escalera tenía apenas el ancho suficiente para que dos hombres avanzaran lentamente uno al lado del otro. Cuando llegaron al otro lado, se pusieron catorce escaleras más y se estableció una pequeña cabeza de puente, con seis ametralladoras. Una vez más, era como volver a agosto de 1914, con Château–Thierry, a tan sólo diez kilómetros al oeste, vulnerable a ser capturado desde ambas orillas del río. Pero, en Château-Thierry, dos divisiones estadounidenses ya llevaban dos días en la línea y fueron las tropas estadounidenses las que atacaron la cabeza de puente alemana. Cayeron prisioneros un centenar de alemanes; al resto los obligaron a regresar en barcas o a nado.

También el 3 de junio, al otro lado de Château-Thierry, ocho kilómetros al oeste de la ciudad, se manifestó la tenacidad estadounidense durante un ataque alemán en el bosque de Belleau. Cuando la Brigada de Infantería de Marina estadounidense recibió la orden de entrar en acción, el sargento Dan Daly gritó: «Venga, cabrones. ¿Acaso queréis vivir para siempre?» Al acabar el día habían muerto mil ochenta y siete infantes de Marina. Cuando se planteó la cuestión de una retirada, dicen que un oficial estadounidense declaró, indignado: «¿Retirarnos? ¡Ni hablar! Si acabamos de llegar...»

En la Cámara de Diputados francesa, Clemenceau reflejaba ese espíritu cuando declaró, el 4 de junio: «Lucharé delante de París, lucharé en París, lucharé detrás de París.» Habló también del «triunfo definitivo que tenemos a nuestro alcance, que estamos a punto de conseguir, si tenemos la tenacidad suficiente». No todos los observadores compartían esa confianza. El día del discurso de Clemenceau, el secretario del gabinete de guerra británico, sir Maurice Hankey, antiguo infante de la Marina Real, escribió en su diario: «No me gusta el panorama. Los alemanes están combatiendo mejor que los aliados y no excluyo la posibilidad de un desastre.»

Capítulo XXIV

EL CONTRAATAQUE ALIADO
De junio a agosto de 1918

El 3 de junio de 1918, un descifrador francés, Georges Panvin, logró averiguar el significado oculto en un mensaje secreto alemán, transmitido por radio, que detallaba un ataque alemán al sector francés del frente occidental, que, según lo previsto, comenzaría el 7 de junio. El mensaje reveló también que el ataque tendría lugar entre Montdidier y Compiègne. Esa información preciosa permitió a los franceses hacer preparativos diligentes. Las tropas alemanas volvían a estar a apenas setenta y dos kilómetros de París. El 6 de junio, el día anterior al nuevo ataque alemán, las tropas británicas avanzaron en su sector, al suroeste de Reims, y expulsaron a los alemanes de la aldea de Bligny. Por encima de los ejércitos combatientes, un millar de aviones británicos y franceses mantenían un conflicto feroz y constante. Esa noche, seis bombarderos británicos atacaron los depósitos del ferrocarril en Metz y Thionville.

El 7 de junio a medianoche, los alemanes se dispusieron a lanzar un ataque para el cual los franceses, gracias a la información secreta, ya estaban preparados. Como estaban prevenidos, los franceses lanzaron un impresionante bombardeo de artillería diez minutos antes que el alemán. Sin embargo, cuando comenzó el bombardeo alemán, fue todavía más intenso; se dispararon tres cuartos de millón de balas de gas mostaza, fosgeno y difenilcloroarsina: quince mil toneladas de granadas de gas. Casi cuatro mil soldados franceses quedaron incapacitados por el gas y hubo treinta y dos muertos.

El 8 de junio, a las 4.30, los soldados de infantería alemanes atacaron, avanzaron más de ocho kilómetros y tomaron ocho mil prisioneros; el 9 de junio, avanzaron tres kilómetros más, obligando a los franceses a evacuar varios puntos de resistencia. A Pershing, que estaba con Clemenceau ese día, le preguntaron qué opinaba sobre el resultado de la batalla. «Señor presidente —respondió—: puede que no sea demasiado alentador en este momento, pero seguro que ganaremos al final.» Clemenceau, visiblemente conmovido, cogió la mano

de Pershing. «¿De verdad lo cree así? —preguntó—. Me alegro de oírselo decir.» Hasta el indomable tigre francés podía tener sus momentos de duda.

El 10 de junio, los alemanes avanzaron al sur de Lassigny, obligando a los franceses a retroceder hasta Antheuil-Portes, a apenas ocho kilómetros de Compiègne y a setenta y dos de París. Churchill, que se encontraba en la capital francesa para tratar la cuestión de las municiones, escribió a su esposa esa tarde: «La muy crítica y mortal batalla del frente de Montdidier-Noyon se ha prolongado todo el día y las últimas noticias (de las 17.30 horas) aparentemente son satisfactorias. No ha habido sorpresas, sino que directamente ha sido una prueba de fuerza; la línea resistió con tenacidad, con tropas y abundantes reservas a mano.» Churchill añadió, en un tono bastante alarmante: «Si los franceses no pueden contenerlos en ese sector, no es fácil saber cuál debería ser nuestro siguiente paso.»

Churchill estaba en París planificando la coordinación de las necesidades de munición de británicos, franceses, italianos y estadounidenses para el otoño de 1918 y la primavera de 1919. Ludendorff también tenía en la cabeza, ese mes, la campaña de 1919 y dio órdenes para que se incrementase considerablemente la fabricación de aviones: trescientos aviones por mes entre julio de 1918 y abril de 1919. Ese día, en el frente de Noyon-Montdidier, participaron en la batalla seiscientos aviones franceses y doscientos británicos. Fueron abatidos treinta y ocho aviones aliados y cinco alemanes.

El 11 de junio, los aliados lanzaron un contraataque con cuatro divisiones francesas y dos estadounidenses. Una vez más, el apoyo aéreo desempeñó una parte importante en la batalla, al igual que los 163 carros de combate. Cayeron prisioneros más de un millar de soldados alemanes. Los soldados de infantería ya no actuaban solos, si bien ese día, por un error de bombardeo de la Fuerza Aérea británica, resultaron heridos ocho soldados franceses y murieron setenta y cinco caballos. Alrededor de cuarenta aviones aliados fueron abatidos por los alemanes, que perdieron diecinueve de sus aviones.

Al oeste de Soissons, el 12 de junio, atacaron cinco divisiones alemanas, aunque sólo obtuvieron pequeñas ganancias, porque las fuerzas francesas una vez más llevaron ventaja, con casi doscientos carros de combate. Ese día, al cabo de tan sólo cuatro días de batalla, Ludendorff detuvo su ofensiva. Sin embargo, los aliados siguieron avanzando. El 14 de junio, los franceses utilizaron gas mostaza a gran escala por primera vez.

Hasta el cine se utilizaba como factor en los combates. El 14 de junio, el propio presidente Wilson se vio obligado a quejarse por una versión cinematográ-

fica estadounidense del libro del embajador Gerard *My Four Years in Germany*, que contenía escenas truculentas de atrocidades cometidas por los alemanes contra prisioneros de guerra belgas, que habían sido filmadas en Nueva Jersey. Pero el afán favorable a la guerra era una parte indispensable del reclutamiento: dos días después, un exaltado discurso antibelicista del dirigente socialista Eugene Debs provocó su arresto y que lo condenaran a diez años de cárcel. En otras partes, los socialistas también estaban enfadados: el 17 de junio se produjeron disturbios en Viena, después de que se redujera la ración de pan, y en Budapest hubo escenas violentas en apoyo de una subida de salarios.

En el este, los alemanes siguieron extendiendo su control a extensas zonas del antiguo imperio zarista y el 12 de junio ocuparon la capital de Georgia, Tbilisi. Las tropas austríacas, en apoyo a la anexión virtual de Ucrania por parte de Alemania, habían tomado prisioneros a diez mil bolcheviques rusos en el sur de Rusia, pero fue en el frente italiano donde tuvo lugar la mayor prueba de fuerza, cuando, el 15 de junio, los austríacos lanzaron una gran ofensiva, con el ataque de cincuenta y cinco divisiones desde la meseta de Asiago y el monte Grappa, mientras otras cincuenta y una divisiones atacaban al otro lado del Piave.

Ludwig Wittgenstein se encontraba entre los soldados austríacos que entraron en acción ese día. Durante un feroz duelo entre la artillería y las ametralladoras, salió a patrullar para informar de la situación. Cuando dos miembros de su patrulla resultaron heridos, ayudó a llevarlos a la retaguardia. Poco después, cuando estaba en su emplazamiento de artillería, un proyectil sepultó al oficial y a tres miembros de su escuadra. Wittgenstein se hizo cargo del arma, por lo cual fue recomendado para la máxima condecoración austríaca: la Medalla de Oro al Valor. «Su comportamiento, de un valor excepcional —rezaba la mención—, su calma, sangre fría y heroísmo despertaron toda la admiración de las tropas. Con su conducta ha dado un ejemplo espléndido de cumplimiento leal y marcial del deber.» Las tropas que había delante de la batería de Wittgenstein eran británicas.

El 16 de junio, informó el *Observer* que los italianos que defendían a lo largo del Piave habían hecho frente a los atacantes «en su primera arremetida y de inmediato recuperaron las pocas pequeñas posiciones que habían perdido en los primeros momentos del combate». Al leer ese informe en Londres, con ojo experto, Vera Brittain, cuyo hermano, Edward, estaba entonces en el frente italiano, reflexionó, inquieta, que «la pérdida de unas "pocas pequeñas posiciones", por rápido que las recapturaran, suponía (como siempre, en los despachos) que habían pillado a los defensores por sorpresa y que la ofensiva enemiga había te-

nido éxito, transitoriamente». Al cabo de seis días, recibió el breve telegrama oficial que tanto temía: «Lamento comunicarle que el capitán E. H. Brittain (Cruz Militar) murió en combate en Italia el 15 de junio.» Poco después de dirigir a sus hombres para recuperar una trinchera, le había dado en la cabeza el disparo de un francotirador austríaco. «Parecía, sin duda, el colmo de la ironía —escribió su hermana— que lo matara un compatriota de Fritz Kreisler, el violinista que más había admirado, entre todos los demás.» Vera Brittain había perdido a su novio, a dos de sus mejores amigos y a su hermano.

El día de la muerte de Edward Brittain fue el mismo en que el *Nation* publicó un poema de Wilfred Owen, que se había marchado de las trincheras del frente occidental, inválido, aunque después regresaría a ellas:

Move him into the sun, —
Gently its touch awoke him once,
At home, whispering of fields unsown.
Always it woke him, even in France,
Until this morning and this snow.
If anything might rouse him now
The kind old sun will know.

Think how it wakes the seeds, —
Woke, once, the clays of a cold star.
Are limbs, so dear-achieved, are sides,
Full-nerved, —still warm, —too hard to stir?
Was it for this the clay grew tall?
—O what made fatuous sunbeams toil
To break earth's sleep at all?[1]

Con la ofensiva del 15 de junio, los austríacos no consiguieron un gran avance. En el frente del Piave, el bombardeo preliminar de la artillería se quedó corto de proyectiles y también se resintió porque los alemanes no habían suministrado los proyectiles de gas fosgeno que Austria esperaba utilizar. En el sector de Asiago, una buena información secreta permitió a los italianos comenzar su propia descarga de artillería cuatro horas antes de que comenzara la austríaca. En la fase inicial de la batalla, las tropas británicas y las francesas que defendían parte de la línea italiana se vieron obligadas a retroceder, pero, gracias a un eficaz contraataque aliado, pudieron capturar a mil quinientos soldados austríacos. En el sector del monte Grappa, se frenó el avance austríaco

al cabo de tres kilómetros y después un contraataque italiano los hizo retroceder.

El emperador Carlos, que esperaba en su tren, en Meran, con la esperanza de poder avanzar rápidamente para presenciar la victoria, estaba consternado. A mediodía telefoneó a uno de los mejores comandantes de los Habsburgo, el mariscal de campo Svetozar Boroevic, que le dijo: «El ejército de Tirol ha sido derrotado; las tropas han perdido todo lo que habían conquistado y han tenido que retroceder hasta la línea de partida.» Boroevic, cuya familia llevaba muchos años combatiendo a favor de los emperadores Habsburgo, era serbio.

Una de las ventajas de los aliados en el frente italiano era la superioridad aérea. Más de seiscientos aviones aliados (italianos y británicos) sembraron el caos entre las fuerzas austríacas que habían atravesado el Piave el primero y el segundo día de la batalla. El 16 de junio, las fuerzas británicas y las italianas continuaron con sus contraataques; los británicos tomaron 728 prisioneros austríacos y los italianos pusieron en libertad a doscientos de sus propios hombres que habían sido tomados prisioneros el primer día de la batalla. El 20 de junio, los italianos abatieron catorce aviones austríacos sobre el Piave. A continuación, cinco días después de lanzar su ofensiva, los austríacos comenzaron a retirarse; los peligros de su retirada aumentaron como consecuencia de los ataques desde el aire de hasta cincuenta aviones británicos.

El 24 de junio, las últimas tropas austríacas se habían retirado al norte del Piave. En el sector de Asiago y en el del monte Grappa, no habían logrado abrir una brecha hacia el sur para entrar en la llanura. Ese día, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Richard von Kühlmann, dijo al Reichstag que los diputados no debían esperar «un final definitivo a la guerra como consecuencia exclusivamente de una decisión militar». El káiser, furioso ante semejante «derrotismo», echó a Kühlmann de su puesto; lo reemplazó un veterano oficial de la marina, el almirante Paul von Hintze.

El 17 de junio, mientras las tropas estadounidenses seguían combatiendo en el frente occidental contra los alemanes, dentro del bosque de Belleau, el mariscal Foch pidió al general Pershing que enviara cinco divisiones estadounidenses para reforzar veinte divisiones francesas: un regimiento estadounidense por cada división francesa. Foch dijo a Pershing que la gente se preguntaba: «¿Dónde están los estadounidenses y qué están haciendo?» Las tropas francesas estaban agotadas como consecuencia de la reanudación de los ataques alemanes y necesitaban un aliciente. Pershing siguió negándose a dispersar sus

fuerzas de esa manera y dijo a Foch que las tropas estadounidenses podrían hacer «el doble» al mando de sus propios dirigentes.

Pershing reconocía la tensión con la cual habían combatido los franceses y los británicos durante casi cuatro años y la sangría que habían significado para ellos sus numerosas ofensivas previas, así como también la ofensiva alemana de marzo; sabía también que los tres millones de tropas aliadas que había en el frente occidental se enfrentaban a tres millones y medio de alemanes. «Los aliados están molidos —escribió al coronel House, sin rodeos, el 19 de junio— y lo único que los mantendrá en la guerra (sobre todo a Francia) será la garantía de que tenemos suficiente fuerza para tomar la iniciativa.» La misión de Estados Unidos, en opinión de Pershing, era ganar la guerra en 1919. Si no podían ganarla entonces, era probable que los aliados firmaran la paz. Pero, para garantizar una victoria estadounidense en 1919, quería que el ejército estadounidense, formado por ochocientos mil hombres, llegara a tener tres millones y en un telegrama que envió al Ministerio de Guerra, en Washington, el 19 de junio, solicitó la presencia en Francia, antes del 1 de mayo de 1919, de sesenta y seis divisiones estadounidenses, más de dos millones y medio de hombres, lo cual, escribió, era «lo mínimo que habría que pensar».

La cuestión de las tropas estadounidenses siguió siendo crítica. El 21 de junio, el primer ministro canadiense, Robert Borden, que había cruzado el Atlántico a principios de ese mes en un convoy de trece barcos que transportó a Gran Bretaña a más de treinta mil soldados estadounidenses, escribió a un colega, en Ottawa: «La situación militar en Francia es muy grave y la cuestión de la guerra puede depender de la velocidad con la que se puedan organizar, entrenar y equipar los ejércitos estadounidenses.» Borden acababa de aceptar una solicitud estadounidense de que los oficiales canadienses, con su prolongada experiencia en batallas, entrenaran a una parte de las tropas estadounidenses. «El problema —explicó— consiste en defender la línea en el frente occidental hasta que los estadounidenses estén listos para atacar con una fuerza considerable.» Las tropas estadounidenses que había visto «eran hombres magníficos, con muchas ganas de combatir». Los próximos dos meses, advirtió, «serán un período de mucha angustia, durante el cual debemos esperar un ataque encarnizado».

Las tropas estadounidenses que ya habían entrado en acción estaban dando lo mejor de sí, sorprendentemente, con lo novatas que eran para combatir. El 26 de junio, en el bosque de Belleau, los infantes de Marina que tres semanas antes se habían negado a retirarse al final se apoderaron del bosque. Más de la mitad de los diez mil hombres de la Brigada estadounidense de Infantería de Marina habían muerto o habían sido heridos en el combate. En el cementerio de

guerra que hay en el extremo del bosque, están las tumbas de 2.288 soldados estadounidenses y los nombres de mil sesenta más que no tienen una tumba conocida. En otro cementerio, a unos cuantos metros de distancia, hay 8.624 tumbas alemanas.

Los alemanes quedaron impresionados con el nuevo adversario. «El efecto moral de nuestras armas de fuego no supuso un freno significativo para el avance de la infantería», había escrito un oficial del servicio secreto alemán en medio de la batalla, que añadió: «Los estadounidenses todavía no han perdido los nervios.» Después de la batalla, Pershing visitó a los heridos. Los hombres que habían sido gaseados se pusieron en posición de firmes junto a su cama, con vendas sobre los ojos; algunos no volverían a ver nunca más. El biógrafo de Pershing cuenta una historia que se publicó en el *Cleveland Plain Dealer*: en una sala de cirugía, Pershing «se acercó a la cama de un soldado llamado Jimmie, que había sido operado el día anterior y que dijo, disculpándose a través de sus labios resecos: "No le puedo hacer el saludo militar, señor." Pershing notó el vacío que quedaba, bajo las sábanas, donde normalmente habría debido estar el brazo derecho. "No —respondió, pasando ligeramente la mano por el cabello alborotado del muchacho—, soy yo el que debería hacerte el saludo militar a ti."»[2]

Ya había ochocientos mil soldados estadounidenses en Francia, pero ni uno de ellos prestaba servicio en un cuerpo de ejército estadounidense, lo cual suponía un golpe para los sueños y las intenciones de Pershing. Todas las tropas combatientes estaban al mando de comandantes de cuerpos franceses o británicos; sólo la administración y el suministro estaban en manos estadounidenses. El llamamiento para que las tropas estadounidenses entraran en la línea había llegado más allá de Francia. El 27 de junio, desembarcó en el puerto italiano de Génova un regimiento de infantería estadounidense que sería enviado a la línea a finales de septiembre. Mientras tanto, en un avance que tuvo lugar dos días después en el frente de Asiago, los italianos recuperaron tres picos montañosos y capturaron a más de dos mil soldados austríacos. Ese mes murió el primer estadounidense en el frente italiano, un conductor de ambulancias de la Cruz Roja, el teniente Edward M. McKey.

También llegaron a Francia soldados estadounidenses negros, como el 369.° Regimiento de Infantería, formado exclusivamente por negros, cuyos miembros fueron enviados a trabajar como estibadores en el muelle, lo cual los ofendió mucho. Entonces exigieron que los enviaran al frente, pero, cuando se indicó que la legislación estadounidense aparentemente les prohibía estar destacados

junto a soldados blancos, los enviaron a combatir junto a unidades francesas. Uno de sus oficiales blancos, Hamilton Fish, ganó la Estrella de Plata.[3]

Muchas estadounidenses negras se presentaron también como voluntarias para servir en Francia como enfermeras, pero sólo fueron aceptadas cinco o seis, porque, debido a la política oficial y a los prejuicios públicos, no estaban dispuestos a verlas atendiendo en Francia a soldados blancos heridos. En cambio, sí que cruzaron el Atlántico veinticinco mil voluntarias blancas, en su mayoría para trabajar como enfermeras, algunas como señaleras, mecanógrafas e intérpretes. No recibían ni paga ni pensión.

El 27 de junio, el buque hospital británico *Llandovery Castle*, que zarpó de Canadá, fue torpedeado por un submarino alemán a ciento ochenta kilómetros de Fastnet Rock. De los 283 pasajeros que murieron, a algunos les dispararon cuando estaban en el agua. Sólo se salvaron veinte pasajeros que ocupaban un bote salvavidas. De las noventa y siete enfermeras y personal hospitalario que iban a bordo, sólo sobrevivieron seis. Entre los muertos estaban las catorce monjas enfermeras que iban a bordo.

Ese mes de junio, se habían ahogado 453 marinos mercantes al ser torpedeados sus barcos. En el aire, fueron abatidos quinientos cinco aviones aliados y ciento cincuenta y tres alemanes; el 27 de junio, se produjo el primer salto en paracaídas en combate, cuando un piloto alemán, el teniente Steinbrecher, abatido por los británicos sobre el Somme, saltó en paracaídas y se salvó.

En el frente occidental, los franceses trataban de invertir las victorias alemanas de los meses anteriores. El «estado de tensión —comentaba *The Times*— es comparable al que precedía a los anteriores grandes ataques alemanes, como el del 21 de marzo y el del 27 de mayo». El 30 de junio, al sur de Ambleny, los franceses atacaron con un nuevo tipo de carro de combate de cinco toneladas y media, adoptando la anterior táctica alemana de avanzar rápidamente hacia su objetivo sobre un flanco, para después retroceder y capturar a las tropas en el centro. Sólo entonces buscaron a los soldados alemanes que se escondían en cuevas y tomaron un millar de prisioneros.

Detrás de las líneas, un nuevo espectro había comenzado a rondar a militares y civiles por igual. A partir de junio, tanto en India como en Gran Bretaña, la gripe comenzó como una epidemia para convertirse después en pandemia y llegó al frente occidental, donde sembró el caos. Más soldados estadounidenses morirían de gripe en Francia que como consecuencia de las balas del enemigo.[4]

A comienzos de julio de 1918 había un millón de soldados y personal militar estadounidenses en Francia. Sus suministros llegaban a puertos franceses a razón de veinte mil toneladas por día. El 1 de julio, haciendo gala de gran valor y tenacidad, las tropas estadounidenses atacaron la aldea de Vaux, cinco kilómetros al oeste de Château-Thierry. Las fotografías aéreas y terrestres y la información que les suministró un picapedrero local les ayudaron a capturar la aldea con el mínimo de bajas.

El 4 de julio, día de la independencia de Estados Unidos, como culminación de una «cruzada» nacional de construcción naval para construir los barcos de transporte para satisfacer las necesidades del frente occidental, se botaron noventa y cinco barcos en astilleros estadounidenses, diecisiete de ellos en San Francisco. Ese día, el presidente Wilson declaró en un discurso en Mount Vernon que los aliados tenían cuatro objetivos principales: la «destrucción del poder arbitrario», la autodeterminación nacional, que la moralidad nacional fuera como la moralidad individual y la creación de una organización pacifista para evitar las guerras.

Las tropas estadounidenses entraron en acción en el Somme el 4 de julio, junto a las australianas; avanzaron más de un kilómetro y medio, capturaron la aldea de Hamel y tomaron prisioneros a 1.472 soldados alemanes. Durante ese ataque, las tropas que combatían recibieron suministros desde el aire por primera vez, cuando unos aviones británicos arrojaron cien mil balas para los ametralladores australianos.

Esa noche, cerca de Autreches, los franceses lanzaron dos ataques sucesivos y avanzaron algo más de un kilómetro a lo largo de un frente de cinco kilómetros. «En una de las cuevas de las canteras que abundan en la zona —informó *The Times* dos días después—, los franceses capturaron a todos los integrantes de un batallón, junto con todo el personal de las secciones de telégrafo, teléfono y ambulancia, y hasta el cocinero del regimiento.»

En el frente italiano, como consecuencia de los constantes éxitos italianos obtenidos a lo largo del delta del Piave durante los primeros días de julio, cayeron prisioneros tres mil austríacos. El segundo estadounidense que resultó herido en el frente italiano fue un conductor de ambulancias de la Cruz Roja, Ernest Hemingway, de dieciocho años, que fue herido por una bala de mortero austríaca el 8 de julio, por la noche, mientras repartía chocolate entre los soldados italianos en un refugio subterráneo; le concedieron la Medalla de Plata italiana al Valor Militar. «Estoy en un hospital maravilloso —escribió dos semanas después, desde Milán— y hay como dieciocho enfermeras estadounidenses para atender

a cuatro pacientes. Todo está bien y estoy muy cómodo, y uno de los mejores cirujanos de Milán se ocupa de mis heridas.» Tenía fragmentos del proyectil en el pie derecho y en la rodilla, y varias docenas de fragmentos más pequeños se le habían metido en los muslos, el cuero cabelludo y la mano.

La carta de Hemingway también hacía referencia a los recuerdos que había conseguido: «Estuve por todas partes de la gran batalla y tengo carabinas y munición austríacas, medallas alemanas y austríacas, pistolas automáticas de oficiales, cascos de los *boches*, como una docena de bayonetas, pistolas lanzabengalas y cuchillos y casi todo lo que te puedas imaginar. El único límite para la cantidad de recuerdos que puedo tener es lo que puedo transportar, porque hay tantos muertos austríacos y prisioneros que el suelo casi parece negro. Fue una gran victoria y demostró al mundo lo buenos que son los italianos combatiendo.» El italiano que estaba de pie entre Hemingway y el punto de impacto del proyectil perdió las dos piernas y murió poco después. Según la historia oficial estadounidense, antes de ocuparse de sí mismo, Hemingway «prestó generosa asistencia a los soldados italianos que resultaron heridos de mayor gravedad por la misma explosión y no dejó que se lo llevaran hasta que no los evacuaron a todos».[5]

Hacia finales de ese mes, en Nueva York, la revista *Collier's* publicó una fotografía, tomada cuatro meses antes, de un estadounidenses herido, tendido en una camilla, en una trinchera del frente occidental, al cual un sanitario le estaba vendando la cabeza. Aunque en la fotografía no se veía sangre, ni ninguna herida profunda ni nada desagradable, impresionó mucho a los estadounidenses, que estaban más acostumbrados a un tipo de fotografías en las que aparecían los heridos cómodamente recostados en una cama de hospital, con un soldado tocando el banjo, mientras sus colegas sonrientes y unas enfermeras atentas contemplaban la escena.

En el Lejano Oriente, las tropas de la Legión Checa, que seguían regresando a Europa, habían llegado al puerto ruso de Vladivostok, en el Pacífico, donde, el 29 de junio, derrocaron a la administración bolchevique local. Al día siguiente, en Pittsburg, con la aprobación de Estados Unidos, Thomas Masaryk firmó un acuerdo en nombre de sus compatriotas checos, en virtud del cual se concedían a los eslovacos un gobierno autónomo, sus propios tribunales y el reconocimiento del eslovaco como lengua oficial y lengua de la enseñanza en un futuro estado checoslovaco. Dos semanas después, en la Sala Gregor de Praga, justo enfrente de la principal Aduana austríaca, se estableció el Consejo Nacional de Checoslovaquia.

Con las tropas checas controlando Vladivostok, el 6 de julio, los aliados declararon que el puerto era protectorado aliado. Woodrow Wilson llegó incluso a sugerir, ese día, que se enviaran doce mil tropas japonesas para «rescatar» a los checos, para que pudieran continuar su viaje hacia las zonas de guerra en Europa. Japón aceptó la sugerencia.[6] Al día siguiente, mil seiscientos kilómetros al oeste de Vladivostok, las tropas checas derrotaron a las unidades del Ejército Rojo cerca de Chita y ocuparon la ciudad de Irkutsk, en Siberia. Del mismo modo que Alemania era la potencia dominante en el sur de Rusia y el Cáucaso, los aliados se iban convirtiendo en amos del Lejano Oriente ruso y de Siberia. El 10 de julio, el gobierno británico anunció que un regimiento británico zarparía de Hong Kong hacia Vladivostok.

El sentimiento antibolchevique de los aliados se intensificó seis días después, cuando el zar depuesto, su hijo y la mayor parte de su familia fueron asesinados en Ekaterimburgo.

El 11 de julio, los alemanes hicieron sus planes definitivos para reanudar el ataque en el frente occidental. Como consecuencia de la propagación de la epidemia de gripe entre las tropas alemanas, el Alto Mando alemán se planteó postergarlo, pero decidió seguir adelante, según lo previsto. «A la gente sólo le queda una esperanza más: el frente alemán —informó a Berlín el embajador alemán en Viena, el 11 de julio, y añadió—: Ni siquiera existe ya la esperanza de una paz por separado.» Austria, que en 1914 había esperado con tanta confianza que Alemania la ayudara a protegerse de los rusos mientras aniquilaba Serbia, se había convertido en aliada forzosa de Alemania.

En el frente occidental, los ejércitos aliados empezaron a usar un método nuevo de guerra con gas: se trataba de un tren cuyos vagones iban cargados de cilindros de gas que se podían transportar por ferrocarril de vía estrecha hasta la zona de guerra; entonces retiraban a los vagones de las vías y los empujaban a mano hasta dejarlos a cuatrocientos metros del frente. El 12 de julio, se arrojaron simultáneamente más de cinco mil cilindros de gas según ese método. Donald Grantham dirigió el ataque; Martin Fox, un cabo que trabajaba desde sus inicios con las compañías encargadas de los ataques con gas, lo ha descrito así: «A medida que se acercaba la hora cero, las condiciones se volvieron eminentemente adecuadas, de modo que a la 1.40, Grantham "reventó" el tren. Todo el mundo se mantuvo alejado mientras los detonadores volaban con la explosión. De inmediato, se oyó un silbido aterrador, cuando comenzó a salir el gas en grandes cantidades. La espesa nube gris resultaba impresionante, mientras flo-

taba sin parar hacia delante, agrandándose a medida que avanzaba. La vimos caer sobre las líneas de nuestro propio frente y continuar sobre la tierra de nadie. Nunca habíamos visto una nube tan amenazadora como ésa. Sobre las líneas enemigas, la franja de gas se fue ensanchando cada vez más, ocultándolas a nuestra vista.»

El capitán Grantham quedó satisfecho con los resultados del ataque múltiple y apuntó en su diario: «Encendí el tren con una llave cerca de la locomotora. Una nube magnífica.» Los informes acerca de varios centenares de víctimas alemanas confirmaron su satisfacción; pero los hombres que utilizaban esos métodos nuevos corrían riesgos. En el viaje de regreso, apuntó el cabo Fox, el tren se puso en marcha antes de que todo el mundo hubiera subido. «Corrí hacia el frente, pero no sirvió de nada. Algunos de los guardias subieron a duras penas a los vagones mientras el tren adquiría velocidad. Traqueteaba por la planicie a una velocidad de miedo, con los hombres bien agarrados para salvar la vida; quedaron envueltos por los restos de gas que todavía salía de los cilindros. Los salvaron las máscaras de oxígeno, pero fue un viaje espantoso.»

Un miembro anónimo de las compañías encargadas de los ataques con gas escribió un epitafio para su trabajo:

Science of the ages, the highest arts of man,
Degraded and prostituted, that Might should take the van,
Whilst Empire, Justice, Freedom slumbered.
Then chemist, student, artisan answered Duty's call;
Our arms, our arts, our poison fumes
Gained Liberty for all.[7]

Las compañías estadounidenses encargadas de los ataques con gas trabajaban en estrecha colaboración con sus homólogas británicas. Aunque ni Pershing ni su jefe del Estado Mayor eran partidarios del gas, en el verano de 1918, había en el frente tres mil cuatrocientos soldados estadounidenses manipulando cilindros de gas. Pero, paralelamente a la cooperación en el campo, a menudo se producían desacuerdos al máximo nivel de mando. El orgullo nacional podía ensombrecer hasta las duras necesidades del campo de batalla. El 14 de julio, en una conferencia celebrada en Danny, en Sussex, y presidida por Lloyd George, Haig pidió (y le fue concedido) el apoyo del político para rechazar una solicitud francesa en relación con el envío de cuatro divisiones británicas para que formaran parte de la reserva francesa cerca de Vitry-le-François.

Ni siquiera en suelo inglés resultaba del todo remoto el conflicto en el frente

occidental. Durante una pausa que hubo por la tarde en la discusión en Danny, los presentes fueron a dar un paseo por las colinas del Sur. «Se podía oír con toda claridad —escribió uno de los participantes, Robert Borden— el tronar de los cañones en Francia; decían que el sonido se transmitía a través de la caliza y el agua. Estar así, en contacto con las terribles realidades del conflicto, tuvo consecuencias muy solemnes y deprimentes.»

El ataque alemán en el frente occidental se reanudó el 14 de julio, a medianoche. Varios prisioneros de guerra alemanes, en su mayoría alsacianos, habían revelado la fecha elegida. Gracias a esa información, la artillería francesa y la estadounidense pudieron bombardear las repletas trincheras alemanas y los centros de operaciones de la línea del frente durante media hora, antes de que los alemanes comenzaran su propio bombardeo.[8] De todos modos, la intensidad de la barrera alemana fue, una vez más, impresionante. Se descargaron más de 17.500 granadas de gas, lo que equivale a un total de treinta y cinco toneladas de explosivos, en los sectores del frente próximos a Château-Thierry, defendidos por la 42.ª División (Arco Iris) estadounidense.

Cuando los alemanes avanzaron, vieron que los franceses habían preparado contra ellos una línea de trincheras espurias, que daban la impresión de ser auténticos obstáculos, pero que en realidad apenas estaban guarnecidas; el bombardeo alemán había gastado mucho en ellas en vano. La artimaña había sido idea de Pétain. Los alemanes avanzaron rápidamente sobre las defensas falsas y mataron a los pocos defensores que cubrían las apariencias que habían sobrevivido al bombardeo, auténticas tropas suicidas en todo menos en el nombre. Las «verdaderas» trincheras, situadas más atrás, estaban totalmente guarnecidas y el fuego de artillería casi no las había tocado. Cuando los alemanes se acercaron a las líneas defendidas, fueron sometidos a un intenso bombardeo francés y estadounidense. «Cuando encontraron los terraplenes de nuestra línea auténtica —recordaba un oficial estadounidense—, estaban agotados, habían perdido coordinación y estaban dispersos, incapaces de seguir adelante sin reorganizarse y sin refuerzos.» Ese oficial era el jefe del Estado Mayor de la División Arco Iris, Douglas MacArthur, que más adelante escribió que, después de la batalla, quedó obsesionado por «la visión de esos cuerpos retorcidos colgados del alambre de espinos».

A pesar de la artimaña, que resultó fatal para el plan alemán, así como también para tantas vidas alemanas, más de un millar de soldados estadounidenses quedaron incapacitados por el gas durante las primeras horas del 15 de julio. Muchos quedaron ciegos, aunque sólo murieron seis. Otro estadounidense que

murió ese día fue un piloto, Quentin Roosevelt, hijo del ex presidente Teddy Roosevelt, cuyo avión fue abatido cerca de la aldea de Chamery, ocho kilómetros al este de Fère-en-Tardenois. Una placa recuerda todavía el sitio donde cayó. Dicen que, como era corto de vista, por error (y no por primera vez) se incorporó al escuadrón alemán en lugar de al suyo, al final de un combate aéreo. «Sólo son aptos para vivir aquellos que no tienen miedo a morir —escribió el ex presidente acerca de su hijo muerto— y no es apto para morir nadie que se haya acobardado ante la alegría de vivir y la obligación de la vida.» Esas palabras se labraron más tarde en piedra en el monumento a Theodore Roosevelt en Washington, en una isla del Potomac.

Otros monumentos rinden homenaje a los combates de esa semana: en la aldea de Marfaux, hay uno que recuerda a los neozelandeses desaparecidos, mientras que, en Chambrecy, una antigua columna romana monta guardia en el cementerio donde cayeron en combate los soldados italianos que combatieron junto a los franceses para defender Reims, con su general a la cabeza. Los comandantes reconocieron el valor de esos hombres. «Es evidente que a los alemanes se les ha roto la espada en nuestras líneas —telegrafió el general Gouraud al XXI Cuerpo francés, que incluía a la División Arco Iris estadounidense—. Por mucho que hagan en el futuro, no pasarán.»

El día antes de que comenzara la batalla de julio, como tanto el fundador del Escuadrón Richthofen como su sucesor habían muerto, se nombró un nuevo jefe: Hermann Göring. Después de abatir un avión aliado el 16 de julio, su vigésima segunda victoria en la guerra, se le concedieron diez días de permiso. Ese día, a primera hora de la mañana, el bombardeo alemán se dirigió contra las fuerzas francesas y estadounidenses que estaban en Champaña, donde se arrojaron medio millón de granadas de gas: nueve mil toneladas de gas mostaza, fosgeno y difenilcloroarsina. El káiser estuvo presente esa mañana en el punto de observación del Primer Ejército alemán en Ménil Lepinois, veintidós kilómetros al noreste de Reims, para observar el bombardeo.

Durante dos días, pareció como si los alemanes pudieran emprender por fin el gran avance definitivo. Sin embargo, en un sector del frente, los artilleros franceses lograron eliminar los veinte carros de combate alemanes que los atacaron. En otro sector, tres mil seiscientos soldados estadounidenses, superados en número en una proporción de tres a uno, lucharon y conservaron el terreno en un combate cuerpo a cuerpo. En el aire, 225 bombarderos franceses arrojaron más de cuarenta toneladas de bombas sobre los puentes que los alemanes habían tendido a través del Marne; se perdieron veinticinco bombarderos, pero el ataque continuó.

Al este de Château-Thierry, la 3.ª División estadounidense voló todos los pontones que los alemanes tendieron sobre el Marne en su sector, con lo cual conquistó el título de «la roca del Marne». Cuando los alemanes siguieron llegando hasta el río en grandes cantidades, los soldados de infantería y los ametralladores estadounidenses estaban esperándolos y los acribillaron. Un oficial alemán escribió más adelante: «Nunca había visto tantos muertos ni escenas bélicas tan espantosas.» El comandante de la 3.ª División, el general Joseph T. Dickman, tenía recuerdos similares de la matanza. El 16 de julio a mediodía, escribió posteriormente, «no quedaba ningún alemán delante de la 3.ª División, salvo los muertos». Los estadounidenses también sufrieron, a pesar de su triunfo. El espanto del campo de batalla afectó por igual a vencedores y vencidos, y los heridos por ambos bandos se mostraban vulnerables y temerosos. «Algunos de ellos insultaban y despotricaban y hubo que atarlos a sus camillas —escribió un oficial médico estadounidense—. Algunos se sacudían violentamente [...] algunos temblaban y escapaban, aparentemente temerosos ante la llegada de cualquier proyectil, mientras que otros simplemente permanecían mudos, ajenos a todo lo que los rodeaba.»

Además de las estadounidenses, también se habían llevado tropas italianas al frente occidental para ayudar a contener los ataques alemanes. El 17 de julio, cuando los alemanes llegaron a Nanteuil-Pourcy, fueron las tropas italianas las que los ahuyentaron. En el cuartel general alemán, no reinaba la misma confianza que había en marzo. «Un estado de ánimo bastante deprimente —apuntó el coronel Mertz von Quirnheim, de la sección de operaciones, y añadió—: Una cuestión difícil: ¿qué va a suceder a partir de ahora?» La respuesta llegó del lado aliado al día siguiente, 18 de julio, cuando Foch lanzó un contraataque que comenzó con un bombardeo de dos mil piezas de artillería, a lo largo de un frente de algo más de cuarenta kilómetros. Participaron en la ofensiva más de doscientos carros de combate. La línea alemana cedió y retrocedió siete kilómetros. Se tomaron veinte mil prisioneros alemanes y cuatrocientos cañones pesados. Los estadounidenses recuperaron Jaulgonne, donde los alemanes habían cruzado el Marne seis semanas antes y de inmediato comenzaron, junto con los franceses, la marcha hacia el norte, hacia Fère-en-Tardenois.

La zona de operaciones estadounidense del 18 de julio, encomendada a la 1.ª y la 2.ª División, estaba situada justo al sur de Soissons. Comenzó con una barrera rasante, que un testigo presencial estadounidense, el aviador Eddie Rickenbacker, observó desde su avión. La barrera, según recordaba después, «parecía arrancar la tierra a grandes puñados», mientras se iba aproximando cada vez más

a las trincheras alemanas. «Saber que allí había tendidos seres humanos, sin posibilidades de escapar, esperando mientras la implacable granizada de metralla se acercaba lentamente a su escondite, parecía un método de tortura tan diabólico, que no entendía cómo los hombres de las trincheras no enloquecían de terror.»

Rickenbacker estaba mirando, cuando un proyectil «cayó justo dentro de la trinchera que tenía delante, abriéndola y vaciando por completo un espacio de nueve metros. Al instante siguiente, un soldado *boche* saltó del interior de la trinchera en ese punto y, arrojando el fusil, echó a correr con todas sus fuerzas hacia un lugar seguro en las trincheras de retaguardia. Apenas había recorrido nueve metros cuando se encendió ante él un proyectil rompedor de alto poder explosivo. Antes de ver estallar el proyectil, lo vi detenerse con los brazos en la cabeza. Al instante siguiente, simplemente fue arrasado entre el polvo y desapareció, al hacer efecto la explosión. No quedaba ningún vestigio suyo cuando se depositó el polvo y el humo se extinguió».

Mientras el aviador estadounidense seguía su camino, los soldados estadounidenses salieron de sus trincheras y avanzaron a través de las líneas alemanas pulverizadas. Los alemanes lucharon, recurriendo a todo su valor personal y su habilidad técnica para frenar la marcha de su nuevo enemigo. El biógrafo de Pershing cita el diario de Marvin H. Taylor, que dejaba constancia de su llegada a un puesto de ametralladoras alemanas, donde «encontró muerto a un artillero alemán, sentado junto a su arma, con la mano todavía en el gatillo. Se había desplomado, con un orificio de bala en la frente y un bayonetazo en la garganta. La ametralladora tenía un campo de fuego excelente y muchos estadounidenses habían muerto al acercarse a ella. Taylor era un hombre humanitario, pero rió con ganas al ver el cadáver, que parecía un justo castigo por lo que el artillero había hecho a los demás».[9]

El 18 de julio, al anochecer, los alemanes ya no representaban una amenaza para París. Al acabar el cuarto día de la ofensiva francesa, se calculó que habían muerto treinta mil soldados alemanes. Entre las fuerzas francesas que participaron, había un regimiento de la Legión Extranjera; una cuarta parte de sus voluntarios murieron o resultaron heridos ese día. Uno de los héroes de la Legión, el sargento mayor Max Emmanuel Mader, un ex soldado alemán que había combatido con la Legión contra los alemanes desde 1914 y que había ganado la *Légion d'Honneur* en 1917, entró en acción esa semana. Un proyectil alemán le voló el brazo y el hombro derechos. En el hospital de base, cuando le estaban administrando los últimos sacramentos y sus devotos colegas lloraban su muerte inminente, volvió en sí. Sobrevivió a una serie de operaciones y vivió hasta una edad avanzada.

El 19 de julio, los británicos avanzaron en Flandes, recuperaron Méteren y tomaron prisioneros a trescientos alemanes. En el frente de Soissons, continuó el avance de los franceses y los estadounidenses y se capturaron tres mil alemanes más y ciento cincuenta piezas de artillería. El saliente que los alemanes habían creado en junio con tantas esperanzas se había vuelto insostenible. El 21 de julio, abandonaron Château-Thierry. «Nunca se había exigido tanta fuerza de carácter ni resistencia moral ni física a nuestros hombres —escribió en su diario, el 21 de julio, el teniente alemán Herbert Sulzbach—. Traídos desde muy lejos, a constantes marchas forzadas, con el calor y sin descanso, y después del fracaso de su propia ofensiva, en la que se embarcaron llenos de expectativas, se ven obligados a emprender una batalla defensiva de una escala gigantesca; cumplen su obligación, combaten, siguen adelante. Un día atroz llega a su fin; realmente te ponía los nervios de punta todo ese furor y fragor ininterrumpidos, ¡y uno sigue vivo!»

El 22 de julio, los alemanes retrocedieron más de ocho kilómetros y tuvieron que retroceder todavía más el veintitrés, el día en que los carros de combate y la infantería británicos avanzaron unos tres kilómetros en el frente del Somme y capturaron a casi dos mil prisioneros alemanes. Los alemanes nunca habían tenido que retroceder tanto. El 15 de julio, todavía esperaban recibir las propuestas de paz de los aliados en un plazo de dos meses y tener París a su merced. «Eso fue el día 15 —escribió después el canciller alemán, Georg von Hertling—. El 18, hasta el más optimista de nosotros sabía que todo estaba perdido. La historia del mundo se representó en tres días.»

El 22 de julio, el káiser visitó el cuartel general de avanzada de Hindenburg en Avesnes, donde le dieron una explicación del fracaso de la ofensiva y del importante triunfo del contraataque aliado. Esa noche, sus compañeros lo encontraron sumido en una profunda depresión. «Soy un señor de la guerra derrotado y debéis mostrarme consideración», les dijo. Esa noche tuvo un sueño que relató por la mañana a los que lo rodeaban: sus parientes reales en Inglaterra y Rusia, además de todos los ministros y generales alemanes que habían sido nombrados desde su llegada al trono, en 1888, habían aparecido ante él y le habían manifestado su desprecio. En su sueño, una sola persona, su prima, la reina Maud de Noruega, la hermana menor del rey Jorge V, había sido amable con él.

A fin de poner en conocimiento del público británico la aportación estadounidense en el frente occidental, el ministro británico de Información, lord Beaverbrook, que era de origen canadiense, encargó al pintor estadounidense John Singer Sargent que fuera a Francia a pintar un lienzo sobre el tema de las

tropas británicas y las estadounidenses trabajando juntas.[10] Sargent, que tenía sesenta y dos años, viajó detrás de las líneas, durmió en un refugio subterráneo, visitó las ruinas de Ypres y de Arras, y, en Péronne, vio a centenares de prisioneros alemanes encerrados en una jaula, con barro hasta los tobillos. El 24 de julio, realizó lo que llamó «una vuelta en un carro de combate, subiendo y bajando laderas, sobre las trincheras y rizando el rizo en general». Una hilera de carros ya obsoletos «me hizo pensar en los barcos delante de Troya». Cuando se topó con unas tropas estadounidenses, le pidieron que camuflara su gran sombrilla de pintor, pero no encontró nada que le inspirara la pintura que le habían solicitado. «Nos lanzamos a la guerra en diversos vehículos —escribió en su cuaderno y añadió—: Es muy difícil ver algo significativo en la guerra.»

Los hechos significativos se producían en un lugar adonde no podía ir ningún pintor aliado. El 25 de julio, la Fuerza Aérea británica arrojó casi trescientas toneladas de bombas detrás de las líneas alemanas en el sector de Amiens. El 26 de julio, las tropas alemanas comenzaron a retirarse de los escenarios de sus antiguas victorias, perseguidas en tierra por los carros de combate y la caballería de los aliados y acosadas constantemente desde el aire por los pilotos aliados. Uno de ellos, el comandante Edward Mannock, fue el piloto británico más condecorado y brillante de la guerra, con setenta y dos «presas» en su haber. Cuando llevaba consigo a un joven neozelandés, el teniente Donald Inglis, para enseñarle cómo funcionaba todo, Mannock abatió a su avión número setenta y tres y a continuación violó una de sus propias normas y sobrevoló la escena del triunfo para inspeccionar los restos. Como volaba bajo, para ver lo que había conseguido, los soldados alemanes abrieron fuego desde sus trincheras y abatieron el avión, que estalló al caer a tierra. Tanto Mannock como Inglis murieron. Por su valor en combate durante más de un año, a Mannock le concedieron la Cruz de la Victoria.[11]

El 28 de julio, las tropas estadounidenses entraron en Fère-en-Tardenois, una de las principales poblaciones que habían tomado los alemanes en su abrumador avance, cuatro meses antes. Posteriormente, se construyó un cementerio cerca de la población, de más de catorce hectáreas de extensión, donde están las tumbas de seis mil soldados estadounidenses y también un monumento en el que figuran los nombres de 241 más, que no tienen una tumba conocida.

En su avance hacia el este, desde Fère-en-Tardenois, los estadounidenses atacaron dos aldeas defendidas por los alemanes, Seringes y Sergy; su enemigo era la tan temida Guardia Prusiana, que contraatacó varias veces. Al final, los estadounidenses recurrieron a una artimaña y se retiraron de Seringes como si retrocedieran del todo. Entonces, según el informe del corresponsal de un pe-

riódico estadounidense, «con ardor, los prusianos cayeron sin darse cuenta». Los estadounidenses, que se habían retirado a tres lados de la aldea, la rodearon en seguida. «La Guardia luchó con desesperación para salir, con tanta desesperación que no se tomó ni un prisionero. Las calles quedaron llenas de muertos y moribundos. Nadie alzó la mano. Todos lucharon como leones. Los implacables prusianos se habían topado con los hombres despiadados de la joven América. Al caer la noche, después del día más sangriento que los estadounidenses habían conocido hasta entonces, los yanquis habían mantenido todas sus posiciones.»

Los estadounidenses también habían tomado la aldea de Sergy, después de que la Guardia Prusiana hubiera vuelto a entrar en ella dos veces y los hubiera echado. «Un gran día, sin duda, en la historia estadounidense», concluyó el corresponsal de prensa. Al retirarse, los alemanes todavía fueron capaces de infligir muchas bajas y de contraatacar a sus perseguidores. El último día de julio, en el sector de Neuilly, murieron sesenta y ocho soldados franceses y más de tres mil quedaron incapacitados por el gas, cuando la artillería alemana disparó trescientos cuarenta mil proyectiles de gas mostaza. Ese día, en Londres, los primeros ministros de los dominios analizaban la guerra en una reunión con Lloyd George y otros ministros veteranos. Dos de los presentes, lord Milner y el general Smuts, creían que no habría suficientes hombres en las fuerzas armadas en 1919 para apoyar una campaña triunfal aliada y sugirieron que no se conseguiría la victoria hasta 1920.

En el bando contrario, cuando el conde Hertling le preguntó si el ejército alemán podría tomar la ofensiva alguna vez, Ludendorff respondió: «Cinco veces hasta ahora, durante la guerra, tuve que retirar mis tropas y, sin embargo, al final, conseguí batir al enemigo. ¿Por qué no vamos a poder hacerlo una sexta vez?»

El 31 de julio, un desertor alemán que fue hallado por los franceses reveló que su división y varias más estaban retrocediendo ese día. El 2 de agosto de madrugada, cerca de Sergy, después de que la División Arco Iris estadounidense escuchara al otro lado de la tierra de nadie el ruido sordo de los vehículos en movimiento, el jefe del Estado Mayor de la División, el coronel Douglas MacArthur, entró en la zona comprendida entre los dos ejércitos y sólo encontró lo que recordaba como «los gemidos y los gritos de los heridos», que aparentemente habían sido abandonados al retirarse sus colegas de armas.

MacArthur calculó que había dejado atrás por lo menos dos mil cadáveres alemanes. Deteniéndose de vez en cuando para examinar a los muertos y heri-

dos, identificó las insignias de seis divisiones alemanas distintas. Durante su reconocimiento, vio de repente, a la luz de una bengala, una ametralladora alemana que apuntaba directamente hacia él. Al ver que no le disparaban, se arrastró hasta el arma. «Estaban muertos, todos muertos: el teniente tenía el corazón atravesado por la metralla; el sargento, con el vientre deshecho sobre la espalda; el cabo, con la columna donde debería haber tenido la cabeza.» La línea del frente alemán había sido abandonada. Por su hazaña, concedieron a MacArthur la cuarta Estrella de Plata. Más tarde, ese mismo día, dirigió a sus hombres en un ataque triunfal contra la nueva línea alemana.[12]

En ocho días, la División Arco Iris había perdido a 566 hombres muertos y más de dos mil heridos. Entre los muertos, el poeta Joyce Kilmer. El 3 de agosto, la División entró en reserva. El padre Francis P. Duffy, su capellán, que permaneció con las tropas durante toda la batalla, recordaba después: «Nuestros batallones diezmados desandaban el camino que ya habían recorrido. Marcharon aburridos, en silencio, hasta llegar a las laderas que rodean la granja de Meurcy; entonces, de un extremo a otro de la línea, se oyeron sollozos contenidos, sin lágrimas: marchaban entre los cadáveres insepultos de sus muertos.»

Más al norte, los alemanes combatían intensamente para conservar la población de Soissons, pero, el 4 de agosto, tras una lucha feroz, los franceses los expulsaron de allí, tomaron treinta y cinco mil prisioneros y capturaron setecientas piezas de artillería. Ese éxito francés tuvo una escala similar al de dos años antes, cuando los alemanes vencían en el frente oriental. En ese momento, eran los alemanes los que tenían que retroceder a nuevas posiciones defensivas. Uno de los soldados alemanes que lucharon durante toda la retirada fue el cabo Hitler; el 4 de agosto, le concedieron la Cruz de Hierro por «su valor personal y su mérito en general», una condecoración insólita para un cabo, que Hitler llevó durante el resto de su vida; el ayudante del regimiento que lo recomendó, el capitán Hugo Guttman, era judío.[13]

El día que concedieron a Hitler el galardón del que más orgulloso se sentiría, uno de sus futuros adversarios, Franklin D. Roosevelt, por entonces Subsecretario de Marina de Estados Unidos, estaba realizando su primera y única visita al frente occidental. A su llegada a Europa, procedente de Washington, para analizar varios problemas de estrategia naval y suministros en Londres, París y Roma, estaba haciendo la tan deseada visita al escenario de la acción; en la aldea de Mareuil-en-Dôle, lo que después llamaría su «sensible nariz naval» le indicó que había llegado a la zona de guerra: era el olor a caballos muertos; poco después pasaba junto a sus cuerpos. «El equipo de limpieza todavía no los

había rociado con cal —ha escrito uno de sus biógrafos—. La noche anterior, la aldea había estado en poder de los *boches*, cuyos cuerpos se apilaban, esperando ser enterrados.»[14] Una batería de artillería estadounidense estaba bombardeando la línea del frente alemán, a unos seis kilómetros de distancia. Roosevelt disparó uno de los cañones, que apuntaba a un empalme ferroviario en Bazoches, trece kilómetros al norte. Un avión vigía informó que el proyectil había dado en el blanco. «Nunca sabré a cuántos "hunos" he matado, si es que he matado a alguno», comentaba después Roosevelt.

Mientras estaba en la zona de guerra, Roosevelt vio salir de la línea a un regimiento estadounidense. Hizo referencia a ese hecho dieciocho años después, cuando, en 1936, declaró en un discurso público: «He visto la guerra. He visto la guerra en la tierra y en el mar. He visto manar la sangre de los heridos. He visto a hombres toser con los pulmones llenos de gas. He visto muertos en el barro. He visto ciudades destruidas. He visto a doscientos hombres agotados salir cojeando de la línea: eran los supervivientes de un regimiento de un millar que había avanzado cuarenta y ocho horas antes. He visto niños muriendo de hambre. He visto el dolor de madres y esposas. Aborrezco la guerra.» Poco después de la contienda, Roosevelt escribió a un compañero de estudios que estaba preparando una placa de la primera guerra mundial para su escuela: «Creo que mi nombre debería ir en la primera división de aquellos que estuvieron "en servicio", sobre todo porque he visto el servicio del otro lado y me he salvado de torpedos y proyectiles.»

Después de dejar la zona de guerra, Roosevelt cenó esa noche en el cuartel general del ejército francés en Château-Thierry. Al día siguiente, fue a Nancy a inspeccionar la Brigada estadounidense de Infantería de Marina y después hizo una peregrinación al campo de batalla de Verdún. Visitó un cementerio del campo de batalla y las ruinas de la aldea de Fleury. Cuando se dirigían al fuerte Douaumont, su grupo fue bombardeado: la línea del frente alemán estaba a poco más de un kilómetro y medio de distancia. Durante sus viajes, encontró a grupos de desertores italianos que habían sido pillados y enviados como castigo a trabajar en las carreteras de Francia. Después se dirigió a Roma, antes de emprender el regreso a Estados Unidos.[15]

El 5 de agosto, un aviador británico, el capitán Robert Leckie, destruyó el decimosexto zepelín alemán, que cayó envuelto en llamas sobre el mar del Norte, frente a las costas de Cromer;[16] era de los más modernos, con siete motores. Murieron los veintidós tripulantes, incluido uno de los mejores comandantes de zepelines, Peter Strasser, que había obtenido la *Pour le Mérite* y tenía el título ofi-

cial de Jefe de Dirigibles. Había escrito un año antes: «Si los ingleses lograran convencernos de que los ataques con dirigibles tienen escaso valor y, de ese modo, nos hicieran desistir de ellos, se librarían de un grave problema y se reirían de nosotros, triunfalmente, a nuestras espaldas.»

El de Strasser fue el último zepelín que fue abatido. Las defensas de la costa oriental británica estaban tan bien montadas, con Centros de Control de Advertencia, Escuadrones de Defensa Nacional, Estaciones de Reflectores situados a lo largo de una franja ininterrumpida desde Edimburgo hasta Hove, que cualquier ataque con zepelines se convertía prácticamente en una misión suicida. El desprecio por esas defensas, que Strasser había expresado tan a menudo, no le salvó la vida.

En el frente occidental, a pesar de estar casi agotadas por los esfuerzos constantes de los cuatro meses y medio anteriores, las tropas alemanas no habían dejado de combatir. En un contraataque que tuvo lugar el 6 de agosto en Morlancourt, en el Somme, recuperaron una cantidad de terreno considerable y tomaron prisioneros a doscientos cincuenta británicos, pero, en el Alto Mando alemán, en Spa, reinaban la sensación de fracaso, la pérdida de entusiasmo y la falta de valor. El 7 de agosto, el coronel Mertz von Quirnheim observó el «estado completamente inerte» de Ludendorff y añadió: «Es un espectáculo muy poco impresionante. Pobres de nosotros si los aliados se dan cuenta de nuestra disminución. Habremos perdido la guerra, si no podemos recuperar la compostura.»

Entre las tropas estadounidenses que habían entrado en acción esa semana, estaba la 77.ª División, la primera división del ejército nacional que entablaba combate; todos sus soldados procedían de Nueva York, lo cual la convertía en una división sumamente heterogénea, que incluía, de hecho, en palabras de *The Times*, «gran cantidad de judíos, alemanes o no, italianos, estadounidenses de origen irlandés, griegos, polacos, escandinavos y miembros de casi todos los pueblos conocidos de la tierra».

En Rusia, las tropas checas llegaron al Volga el 24 de julio y capturaron Simbirsk, la tierra natal de Lenin, situada en el centro de una fértil región cerealera; defendían entonces una línea de casi cinco mil kilómetros, desde el río Volga hasta el Pacífico, y el 25 de julio entraron en Ekaterimburgo, donde once días antes había sido asesinado el zar. Al día siguiente, las tropas francesas se sumaron a las británicas en Murmansk. Los alemanes dominaban las costas rusas del mar Negro y el Caspio. Los bolcheviques luchaban por mantener el poder en el centro.

El 5 de agosto, desembarcaron en Vladivostok un millar de soldados de las colonias francesas. Al día siguiente, seis mil quinientos kilómetros más al oeste, la Legión Checa capturó la ciudad de Kazán, a orillas del Volga. Ese mes, la lucha por el poder en Moscú llegó a un momento culminante cuando los revolucionarios sociales, que querían que se reanudara la guerra contra Alemania, hirieron a Lenin y asesinaron a dos de sus colegas más próximos. La reacción de los bolcheviques consistió en tomar represalias a una escala masiva. Stalin, que fue enviado a la ciudad de Tsaritsyn, a orillas del Volga, puso en práctica un feroz terror rojo. «Terror masivo sistemático contra la burguesía y sus representantes», así lo describió el propio Stalin en un telegrama a Moscú. Más tarde, en su honor, la ciudad recibiría el nombre de Stalingrad, pero el terror no se olvidó.

En Estados Unidos, la «cruzada» de construcción naval que en dos años había duplicado la cantidad de barcos que navegaban bajo bandera estadounidense estaba adquiriendo una velocidad extraordinaria, con el objetivo de garantizar que, a mediados de 1919, hubiera tonelaje suficiente para cubrir todas las necesidades de transporte de los aliados. El 5 de agosto, se botó el primer barco en unos astilleros nuevos, en Hog Island, donde las marismas se habían transformado en cincuenta muelles de armamento, en lugar de los cinco habituales. Los trabajadores de Hog Island disponían de su propio banco, oficina de correos y periódico semanal.

En otros dieciséis astilleros, desde Seattle, en el Pacífico, hasta Newport News, en el Atlántico, se construían barcos según los procedimientos de emergencia. En Newark se hicieron veintiocho muelles de armamento en lo que había sido un terreno salobre, donde se construyeron ciento cincuenta barcos prefabricados idénticos, de ocho mil toneladas cada uno. En Camden, Nueva Jersey, se construyó un barco de cinco mil toneladas en veintisiete días y después tardaron diez días más en equiparlo. En Harriman, donde se levantó un distrito especial con treinta calles, se hicieron sesenta barcos idénticos de nueve mil toneladas en dos años; se podían construir doce barcos al mismo tiempo. La consigna de los obreros del astillero que participaron en ese esfuerzo prodigioso era la de Charles M. Schwab, Director General de la Corporación Estadounidense de Flotas de Emergencia: «Lance barcos contra Alemania y salve a Estados Unidos.»

El 7 de agosto, las tropas británicas y las de los dominios se preparaban para un nuevo ataque en el frente occidental que iba a comenzar al día siguiente.

Uno de los que entrarían en acción era un teniente de Terranova, Hedley Goodyear, cuyo hermano Raymond había muerto en el Somme en 1916 y cuyo hermano Stanley había muerto cerca de Ypres en 1917. «Es la noche previa al ataque y mis pensamientos están con todos los que estáis en casa —escribió Hedley Goodyear a su madre—, pero, si miro hacia atrás, sólo siento nostalgia por los recuerdos y por la tristeza que oscurecería más vuestras vidas si algo me ocurriera en la refriega de mañana.» El ataque sería el primero de los que Foch llamada sus «ataques liberadores» contra la nueva línea alemana, que pretendía hacer retroceder a sus defensores a lo largo de un frente de veinticuatro kilómetros. Consciente de la importancia del ataque, Goodyear dijo a su madre: «Mañana se va a dar un golpe que será decisivo para cambiar la situación. [...] Daré un golpe a favor de la libertad, junto con miles de personas más, para las cuales la seguridad personal no cuenta cuando está en juego la libertad.»

Como había escrito Goodyear, la batalla de Amiens fue decisiva. Él y sus compatriotas canadienses avanzaron diez kilómetros, tomaron doce aldeas, cinco mil prisioneros y 161 piezas de artillería. En el ataque a Gentelles, Goodyear se dio cuenta, «al principio del combate», de que era el último oficial ileso de su compañía. «Disponía de ocho ametralladoras y de más de un centenar de los mejores soldados del mundo a mis órdenes. Ordené a todas las ametralladoras que abrieran fuego. [...] Tardamos diez minutos en imponer nuestra superioridad de fuego. [...] Me pareció que era el momento oportuno para atacar, de modo que di la orden y los muchachos atacaron con bayonetas. [...] No tuve piedad... hasta que dejaron de luchar; entonces no tuve valor para matarlos a tiros.»

Las tropas australianas también tuvieron éxito ese día y tomaron siete aldeas, casi ocho mil prisioneros y 173 piezas de artillería. Después de llegar al empalme ferroviario de Bazoches, sobre el río Vesle, los ingenieros estadounidenses, trabajando bajo el intenso fuego de las ametralladoras, prepararon un puente, hecho con tres troncos atados, sobre el cual las tropas estadounidenses pudieron atravesar el río, de ciento cincuenta centímetros de profundidad, que se había llenado de alambre de espinos. «Hemos llegado a los límites de nuestra capacidad —dijo el káiser a Ludendorff ese día—. Hay que acabar la guerra.» Sin embargo, según el káiser, tenía que acabar en algún momento en que a Alemania le estuviera yendo bien en el campo de batalla, para poder obtener al menos un mínimo de sus «objetivos bélicos».

El 9 de agosto, Ludendorff dijo a un colega del ejército: «Ya no podemos ganar esta guerra, pero no debemos perderla.» Ese día, en un intrépido vuelo de

mil kilómetros, el aviador italiano Gabriele d'Annunzio estuvo media hora volando en círculos sobre Viena y arrojó doscientos mil panfletos sobre la capital de Austria, llamando a los ciudadanos para que se deshicieran de su «servidumbre prusiana». También el 9 de agosto, el gobierno británico reconoció al Consejo Nacional de Checoslovaquia «como actual fideicomisario del futuro gobierno checo-eslovaco». Gran Bretaña fue la primera potencia aliada que adoptó esa medida, alentando de ese modo un poco más la agitación detrás de las líneas, en pleno territorio de los Habsburgo.[17]

El 10 de agosto, tercer día de la ofensiva aliada en el frente occidental, veinticuatro mil alemanes habían sido tomados prisioneros. En el aire, pilotos y observadores británicos, pertenecientes a un recién creado Escuadrón de Cooperación del Ejército, volaron sobre las zonas de retaguardia e informaron acerca del estado de las defensas alemanas y el movimiento de sus refuerzos. Uno de esos aviones, pilotado por el capitán Frederick West, con el teniente Alec Haslam como observador, fue atacado por siete aviones alemanes. A West le dieron en la pierna tres balas explosivas. Casi arrancada, la pierna cayó sobre los controles. West la retiró y, a pesar de los disparos constantes de las ametralladoras alemanas, consiguió regresar con el avión a la base. El informe que entregó a su comandante al día siguiente ponía: «Señor, fui derribado ayer a las 11.45, tras un vuelo irregular. Me volaron la pierna, pero logré hacer un buen aterrizaje. Un "huno" me siguió casi hasta los ocho metros. Haslam fue herido en el tobillo. Yo perdí la pierna izquierda. Me operaron. Buena suerte para todos.»

A West le concedieron la Cruz de la Victoria. Sesenta años después explicaba: «Yo era muy joven y fuerte y sano y tuve un poco de suerte. Me amputaron la pierna izquierda en una capilla en el frente. Pensaron que me hundiría.»[18]

Ese día, 10 de agosto, cuando llegaron para ocupar su puesto en la línea siete divisiones alemanas nuevas, un grupo de soldados alemanes borrachos les gritó: «¿Qué pretendéis vosotros, prolongando la guerra?» Cuánto tiempo más duraría la guerra era algo que nadie podía saber. El 10 de agosto, Churchill dijo a Lloyd George que el Cuerpo de Carros de Combate, para el cual él estaba construyendo los carros, necesitaría cien mil hombres para junio de 1919. Al día siguiente, Hindenburg y Ludendorff dijeron al nuevo jefe del Estado Mayor de la Marina, el almirante Scheer, que sólo los submarinos alemanes podían ganar la guerra. «Ya no queda más esperanza en la ofensiva —dijo Ludendorff, el 12 de agosto, a un miembro de su Estado Mayor—. Los generales han perdido su punto de apoyo», y el 14 de agosto, en una reunión del Consejo de la Corona alemán en Spa, recomendó que se emprendieran negociaciones de paz de inmediato; lo mismo hizo el rey-emperador Carlos, cuyo veterano asesor militar ad-

virtió al káiser de que Austria-Hungría «sólo podía continuar la guerra hasta diciembre».

El pesimismo que manifestó Ludendorff en Spa lo repitió al día siguiente uno de los comandantes más veteranos de su ejército, el príncipe heredero Ruperto de Baviera, que el 15 de agosto escribió desde Flandes al príncipe Max de Baden: «Nuestra situación militar se ha deteriorado con tanta rapidez, que ya no creo que podamos resistir todo el invierno; hasta es posible que antes se produzca una catástrofe.» Su mayor preocupación era la principal baza de los aliados: «Los estadounidenses se están multiplicando de una manera que jamás habíamos soñado —escribió—. En este momento, ya hay treinta y una divisiones estadounidenses en Francia.»

El Alto Mando alemán temía sufrir una derrota incluso antes del final del año. Sin embargo, en Londres, el pesimismo ante el posible resultado de la batalla en 1918, o incluso en 1919, hizo que, el 16 de agosto, Lloyd George preparara un memorándum para los primeros ministros de los dominios, en el que exponía sus motivos para retrasar hasta 1920 la ofensiva decisiva en el frente occidental. Lo único que le impidió presentar ese argumento ante los dominios, como había hecho antes, el último día de julio, fueron los colegas que temían que una actitud de ese tipo provocara una relajación en la vigorosa continuación de la guerra en la primavera de 1919.

Cobraban velocidad los planes aliados para 1919. El 14 de agosto y una vez más al día siguiente, se reunió en París el recién creado Consejo Interaliado de Municiones. El principal funcionario estadounidense que estuvo presente fue Edward Stettinius, el mayor representante de compras en Estados Unidos para los gobiernos aliados, en representación del Ministerio de Guerra, que acordó que el ejército estadounidense aceptara para 1919 una mezcla de armas británicas y francesas y dijo que incrementaría la cantidad de convoyes con tropas que cruzaran el Atlántico hacia Europa, a fin de aprovechar al máximo la mayor producción de municiones anglofrancesa. Ya se había construido una fábrica de carros de combate en Francia, en Châteauroux, donde se fabricarían los carros que necesitarían los estadounidenses, y también los británicos y los franceses, en 1919.

Otros planes también estaban en pleno apogeo ese verano. «Dice Maeterlinck que el dios de las abejas es el futuro —escribió Churchill, que representaba a Gran Bretaña en el Consejo Interaliado de Municiones—. En el Ministerio de Municiones éramos las abejas del infierno y acumulábamos en nuestras colmenas la pura esencia de la matanza. Me quedo helado al leer, en estos años pos-

teriores, los programas diabólicos para matar hombres a gran escala, por medio de máquinas o de productos químicos, a los que nos hemos dedicado con tanta pasión.» En 1918, los alemanes poseían, «de lejos, mayores suministros del irritante gas mostaza, aunque nuestras producciones aumentaban de día en día. Si bien los que sufrían quemaduras y ampollas accidentales en las fábricas superaban el 100 por ciento del personal cada tres meses, nunca faltaban voluntarios».

El 16 de agosto, ocho días después de la llegada de los franceses, desembarcaron en Vladivostok las tropas estadounidenses. Al día siguiente, una fuerza británica que había viajado hacia el norte desde Persia, entró en la ciudad de Baku, a orillas del mar Caspio, lo que constituyó un desafío tanto para los alemanes como para los bolcheviques del Cáucaso. «Si la Entente pone un zar en Rusia —escribió en su diario el general Hoffmann el 22 de agosto—, entonces Rusia quedará cerrada para nosotros.» Cinco días después, en un notable giro del destino, Alemania convenció a la Rusia bolchevique para que firmara un tratado de paz complementario, por el cual los bolcheviques se comprometían a combatir contra los aliados en el norte de Rusia. En lo que consideraban su interés nacional, Lenin y el káiser hacían causa común, como harían Stalin y Hitler justamente veintidós años después. En virtud del tratado del 25 de agosto de 1918, Alemania tendría el control absoluto de todas las embarcaciones y las instalaciones de la Armada Roja en el mar Negro.

Si Baku volvía a estar en poder de los bolcheviques, Rusia tendría que enviar a Alemania una tercera parte de toda su producción petrolífera, a cambio de lo cual Alemania impediría que Finlandia atacara Rusia. A principios de septiembre, el gobierno antibolchevique de Ucrania firmó un acuerdo económico con Alemania.

La retirada de Rusia de la guerra, que brindó a Alemania su última oportunidad de mantener el esfuerzo bélico, sirvió también de inspiración para aquellos que, en el resto de Europa, esperaban que el proletariado de todas las naciones combatientes en algún momento depusiera las armas en señal de protesta. Pero, en Inglaterra, los pacifistas como Clifford Allen, muchos de los cuales habían sido encarcelados por negarse a cumplir el servicio militar, reconocieron los límites de la llamada intelectual a la paz. Ese agosto, Allen estaba en Edimburgo, donde una noche, tarde, cogió un tranvía para regresar a su casa. «En lo alto del tranvía, un estado de leve embriaguez —escribió en su diario— y gran hilaridad y mucho odio contra Alemania. Con qué público tenemos que enfrentar-

nos los pacifistas. El espíritu de la guerra se está volviendo rápidamente idéntico al del espectador de un partido de fútbol y un odio infinito.»

Aunque los pacifistas británicos no lo supieran y los gobiernos británico, francés y alemán no lo comprendieran del todo, la guerra estaba casi acabada. Sin embargo, era tal la costumbre de combatir y tales las consecuencias de ese «odio infinito», mantenido durante cuatro años, que Londres, París e incluso Berlín seguían pensando en términos de la reanudación de ofensivas, la reducción de gastos y la guerra de 1919.

Capítulo XXV

CAMBIA LA SITUACIÓN
De agosto a septiembre de 1918

Los aliados hicieron avances considerables en todo el frente occidental en la segunda semana de agosto, cuando expulsaron a los alemanes de la aldea de Antheuil-Portes, justo al norte de Compiègne, en el límite meridional de su ofensiva de junio. El 17 de agosto de 1918, los franceses se disponían a atacar Lassigny, que también se había perdido en junio. En seis ocasiones, los franceses atacaron Lassigny y fueron repelidos, después de sufrir muchas bajas, pero el 20 de agosto se encontraban a las afueras de la población. Ese día, Foch sintió suficiente confianza como para escribir a Clemenceau que podría garantizar la victoria en 1919.

En todo el frente occidental, la moral alemana estaba por los suelos. El 20 de agosto, un subteniente británico, Alfred Duff Cooper, que entraba en acción por primera vez, llegó hasta una zanja del ferrocarril antes que sus hombres. «Al mirar hacia abajo, vi a un hombre que subía corriendo del otro lado de la zanja —escribió en su diario—. Le disparé con mi revólver. Entonces vi a dos hombres que se movían con cautela a mis pies. Les grité (en el poco alemán que pude recordar en el momento) que se rindieran y levantaran las manos; así lo hicieron de inmediato, sin darse cuenta, evidentemente, de que yo estaba solo. Subieron por la zanja con las manos en alto, seguidos, para sorpresa mía, por otros. En total eran dieciocho o diecinueve. Si se hubieran abalanzado sobre mí, se habrían salvado, porque soy incapaz de atinarle a un pajar con el revólver y mis propios hombres estaban a poco más de setenta metros de distancia. Sin embargo, regresaron conmigo como corderos, mientras yo me arrastraba la mayor parte del tiempo, para evitar que me dispararan desde el otro lado de la línea férrea. Dos de ellos eran de la Cruz Roja y se dedicaron a vendar a mis heridos.»[1]

Un importante objetivo francés, Lassigny, fue recapturado el 21 de agosto.

Cuando ese día se reanudó la ofensiva en el Somme, Haig expresó su confianza en obtener la victoria antes de que acabara 1918. Ese día, las fuerzas británicas avanzaron más de tres kilómetros y tomaron dos mil prisioneros alemanes. Sin embargo, debajo de cada titular victorioso, había un texto sombrío. Cuatro días antes de que se reanudara la ofensiva, el oficial terranovense Hedley Goodyear, que había ido al frente de sus hombres en el ataque del 8 de agosto, escribió a su madre: «No te preocupes por mí, estoy inmunizado contra los "hunos".» Lo mató un francotirador entre Lihons y Chaulnes. Su novia conservó en la repisa de la chimenea, durante los cincuenta años siguientes, una fotografía suya en la que aparecía vestido de uniforme.

El 22 de agosto, Duff Cooper volvió a entrar en acción. «Cuando al final estuvimos formados para atacar —escribió en su diario—, sólo disponía de diez hombres, pero lo peor fue descubrir que el sargento de mi pelotón, que había sido excelente todo el día anterior, estaba tan borracho que no servía para nada. Comenzó el ataque con nosotros, pero no volvimos a verlo hasta el día siguiente. El ataque en sí fue hermoso y emocionante: uno de los momentos más memorables de mi vida. La barrera comenzó a las cuatro de la mañana, una barrera rasante, y nosotros avanzamos detrás de ella. Seguimos el rumbo gracias a una estrella y teníamos una luna llena inmensa a la derecha. Yo estaba loco de excitación y de gloria y no sentía ningún temor. Cuando llegamos a nuestro objetivo, la trinchera enemiga, apenas lo podía creer; el tiempo había pasado tan rápido que parecía que había sido un instante. Encontramos allí a muchos alemanes muertos. Los vivos se rindieron.»

Aunque las fuerzas alemanas superaban a los aliados en el frente del Somme por cuarenta y dos divisiones contra treinta y dos, en los ejércitos aliados reinaba una sensación de determinación, incluso de euforia. Uno a uno, se fueron capturando los escenarios de los combates más desesperados que se libraron en el Somme en 1916. El 24 de agosto, se capturaron las colinas de Thiepval. Cuando en Berlín el general Wrisberg informó ese día al Comité de Presupuesto del Reichstag que el Alto Mando alemán confiaba en la victoria, le respondieron con «una risa despectiva y burlona». «Los alemanes darían mucho por poder firmar la paz —informó a Londres, ese día, sir Horace Rumbold desde Berna—, pero no se encuentran todavía en la disposición de ánimo para aceptar nuestras condiciones.»

Todos los días, los alemanes se veían obligados a retroceder. El 25 de agosto, se capturó el bosque de Mametz, que había sido escenario de cruentos combates y muchas bajas en 1916. El 26 de agosto, los alemanes se retiraron dieci-

séis kilómetros a lo largo de un frente de algo menos de noventa kilómetros. Sólo el temor de Ludendorff a que sus ejércitos de desmoronaran por completo le hizo rechazar la invitación de los comandantes veteranos de su ejército de retroceder un poco más. El 27 de agosto, las tropas británicas conquistaron el bosque de Delville, que también fue escenario de matanzas y derrotas en 1916. Dos días después, los alemanes comenzaron a evacuar Flandes, renunciando a todos los pueblos y las aldeas, las colinas y los ríos que habían conquistado cuatro meses antes. Ludendorff se había decidido por una estrategia puramente defensiva, para defender la Línea Hindenburg a toda costa.

Nervioso, tras una reunión del gabinete de guerra británico en Londres, sir Henry Wilson, por entonces jefe del Estado Mayor General del Imperio, envió a Haig un telegrama en el que le advertía que «el gabinete de guerra se pondría nervioso si sufriéramos un duro castigo por atacar la Línea Hindenburg sin éxito». La precaución se había convertido en la consigna del momento a ambos lados de la línea. Nadie quería volver atrás, a los cuatro años de matanzas intermitentes, pero intensivas, que acababan de finalizar. El 30 de agosto, el canciller austríaco, el conde Burian, informó a las autoridades de Berlín de que Austria tenía intenciones de iniciar negociaciones de paz por su cuenta. Procedentes en su mayoría del frente italiano, pero también del de los Balcanes y de los cuarteles de todo el imperio, se calculaba que, a comienzos de septiembre, había cuatrocientos mil austríacos que habían desertado del ejército.

Los alemanes no tendrían ningún respiro en el frente occidental. A finales de agosto, los aliados lanzaron feroces ataques contra ellos. El 30 de agosto, el general Mangin, que cuatro años antes había ganado una acción en la retaguardia con dos batallones en la retirada hacia el Marne, envió contra las fuerzas alemanas al este de Soissons a una división francesa que los obligó a retroceder hasta el otro lado del río Aisne. Ese día, los estadounidenses capturaron Juvigny, ocho kilómetros al norte de Soissons. El 31 de agosto, las fuerzas australianas capturaron Péronne y obligaron a los alemanes a abandonar su posición fortificada en el monte Saint-Quentin. La fuerza atacante obtuvo ese día ocho cruces de la Victoria. Dos días después, el 2 de septiembre, las tropas canadienses atacaron la Línea Hindenburg en el viraje de Drocourt-Quéant. En una batalla que duró cuatro horas, abrieron una brecha en la última línea de la defensa alemana, que era la más fuerte. Siete hombres obtuvieron la Cruz de la Victoria en ese ataque.

Cerca de Arras, el 2 de septiembre, un teniente de veintiún años del Regi-

miento de Wiltshire, Alec de Candole, expresó en verso sus esperanzas para un futuro no muy lejano:

When the last long trek is over,
And the last long trench filled in,
I'll take a boat to Dover,
Away from all the din;
I'll take a trip to Mendip,
I'll see the Wiltshire downs,
And all my soul I'll then dip
In peace no trouble drowns.
Away from noise of battle,
Away from bombs and shells,
I'll lie where browse the cattle,
Or pluck the purple bells;
I'll lie among the heather;
And watch the distant plain,
Through all the summer weather,
Nor go to fight again.[2]

Dos días después de escribir esas líneas, el teniente De Candole murió en un ataque aéreo a las trincheras defendidas por los alemanes.

El 3 de septiembre, Foch dio la orden de lanzar ataques constantes a lo largo de todo el frente occidental. En cambio, el mismo día, Ludendorff dio en secreto la orden de impedir que los soldados alemanes que estaban de permiso mantuvieran conversaciones derrotistas. «El sentimiento público en Berlín no es bueno», apuntó el general Hoffmann en su diario. Tres días después, el 6 de septiembre, las fuerzas alemanas acabaron de evacuar el saliente del Lys. El 8 de septiembre, Ludendorff ordenó la evacuación del saliente de Saint-Mihiel, justo cuando los franceses y los estadounidenses se estaban preparando para lanzar un ataque inmenso sobre el saliente.

Cuando Ludendorff dio la orden de retirarse, los aliados habían reunido más de tres mil piezas de artillería y cuarenta mil toneladas de municiones para el ataque. Para ocuparse de aquellos que, inevitablemente, resultarían heridos, se habían reunido en vías muertas del ferrocarril sesenta y cinco trenes de evacuación y se reservaron veintiuna mil plazas en los hospitales. Para transportar al frente las tropas, las armas y las municiones, se reconstruyeron veinticuatro ki-

lómetros de carretera, utilizando cien mil toneladas de piedra triturada, y se construyeron algo más de setenta kilómetros de un ancho de vía normal y cuatrocientos kilómetros de calibre ligero.

Incluso en los últimos días de preparación de la ofensiva de Saint-Mihiel, Foch y Haig tenían sus propias miras estratégicas puestas en un plan más ambicioso: un gran avance en el frente de Ypres y en el del Somme; eso suponía que Pershing no podía contar con los trescientos carros de combate pesados que creía que Haig le enviaría para la ofensiva de Saint-Mihiel, mientras que los franceses sólo fabricaron 267 de los quinientos carros ligeros que Pershing les solicitó. Los éxitos del mes anterior habían animado a Haig y a Foch a pensar en algo más que una conquista limitada de las líneas de trincheras o el enderezamiento de un saliente. Durante el mes de agosto, Gran Bretaña y Francia y los estadounidenses habían capturado ciento cincuenta mil soldados alemanes, dos mil cañones y trece mil ametralladoras. Mediante una ofensiva que pensaban emprender a finales de septiembre, los británicos y los franceses esperaban obtener incluso más. Haig cruzó a Londres y, el 10 de septiembre, pidió al Ministerio de Guerra hombres a caballo y todo tipo de municiones que incrementaran la movilidad, para emprender un tipo nuevo de guerra, una guerra de movimiento, que preveía para el «futuro próximo».

En Alemania, el 10 de septiembre, el káiser despertó de su cansancio y su depresión y se dirigió a los obreros que trabajaban en las fábricas de municiones de Krupp, en Essen. Con su discurso, pretendía entusiasmarlos con la guerra, pero, cuando dijo que habría que colgar a quien difundiera rumores falsos o distribuyera panfletos antibelicistas, los obreros guardaron silencio.

El 11 de septiembre, los estadounidenses comenzaron los últimos preparativos para expulsar a los alemanes del saliente de Saint-Mihiel. Pocos días antes, los soldados de artillería alemanes habían retirado algunos de sus cañones pesados de los bosques que había por encima de la población. El Alto Mando alemán había sido víctima de una artimaña estadounidense que lo había convencido de que el ataque principal sería en otro sitio, contra Mulhouse. Un ejemplar de parte de las órdenes de la operación para atacar Mulhouse había sido arrojado a una papelera en Belfort y, como se pretendía, lo había hallado un agente alemán que lo había interpretado «correctamente», en beneficio de los estadounidenses.

La batalla, no obstante, fue tremenda. «Los carros de combate estadounidenses no se rinden mientras haya uno solo que sea capaz de avanzar —informó a sus hombres, el 11 de septiembre, el teniente coronel George S. Patton

hijo—. Su presencia salvará la vida de centenares de soldados de infantería y acabará con la de muchos alemanes.»[3] Cuando comenzó la batalla, el 12 de septiembre, más de doscientos mil soldados estadounidenses, con el apoyo de cuarenta y ocho mil franceses, avanzaron bajo una lluvia torrencial a lo largo de un frente de casi veinte kilómetros. La falta de carros británicos y franceses no supuso ningún obstáculo para triunfar. Durante el avance, los artilleros estadounidenses dispararon cien mil granadas de gas fosgeno, incapacitaron a nueve mil alemanes y mataron a cincuenta. En el aire, participaron en el combate más aviones que nunca: 1.483 aviones estadounidenses, franceses, italianos, belgas, portugueses y brasileños, todos bajo el mando estadounidense, sobrevolaron el campo de batalla.

Los alemanes no tenían forma de igualar esas cifras, ni la frescura y el entusiasmo de los estadounidenses, muchos de los cuales combatían por primera vez. «Avanzad por allí —exhortaba a sus hombres el coronel William *Wild Bill* Donovan, de la División Arco Iris—; ¿qué os habéis creído que es esto: un velatorio?» En cuarenta y ocho horas, los estadounidenses habían tomado trece mil prisioneros y doscientas piezas de artillería. Los prisioneros se podían capturar de las formas más insólitas. En Bouillonville, un militar estadounidense, el sargento Harry J. Adams, vio a un alemán que entraba corriendo en un profundo refugio subterráneo. Sólo le quedaban dos balas en la pistola; las disparó a la entrada del refugio y exigió a gritos al hombre que se rindiese. Salió el alemán, seguido de otro y, ante el asombro de Adams, que ya no tenía más balas, de más y más hombres, hasta que se le rindieron los trescientos ocupantes del refugio. Armado tan sólo con su pistola descargada, los hizo marchar hasta las líneas estadounidenses, donde, al ver llegar la columna, lo primero que pensaron fue que se trataba de un contraataque alemán.

El Alto Mando alemán quedó estupefacto ante el rápido éxito inicial de los estadounidenses. El 12 de septiembre, un oficial que fue a ver a Ludendorff lo encontró «tan abrumado por los acontecimientos del día que era incapaz de mantener una discusión clara y comprensible». Los estadounidenses no habían obtenido la victoria sin considerables pérdidas. En el cementerio militar estadounidense de Thiaucourt, donde se reunieron después de la guerra los muertos de la batalla de Saint-Mihiel, hay 4.153 tumbas, a las que hay que añadir 284 nombres que aparecen en el muro, correspondientes a los desaparecidos.

El 13 de septiembre, a mediodía, las tropas francesas entraron en Saint-Mihiel. Cuando Pétain fue al cuartel general de Pershing, pocas horas después, los dos entraron juntos en la población. Pétain explicó a los habitantes que, si bien fueron las tropas francesas las que habían liberado a la población, lo habían

hecho como parte del Primer Ejército estadounidense, cuyos soldados habían hecho posible la liberación, gracias a sus victorias en los flancos. Entre los liberados había una muchacha irlandesa, Aline Henry, que había quedado atrapada allí durante cuatro años, desde que había llegado para aprender francés, en junio de 1914. Para consternación de sus habitantes, los alemanes se habían llevado consigo a todos los hombres de edades comprendidas entre los dieciséis y los cuarenta y cinco años; pero, después de obligarlos a marchar dieciséis kilómetros hacia el este, los habían dejado regresar. Al entrar en Thiaucourt, esa noche, los estadounidenses capturaron al profesor Otto Schmeernkase, descrito en un comunicado francés como «el especialista alemán en gas, que había utilizado el cloro como una forma de tortura civilizada».

Al entrar en la población de Essey, ese mismo día, los estadounidenses se sorprendieron al encontrar, como recordaba MacArthur, que por entonces era comandante de una brigada, «el caballo de un oficial alemán, ensillado y equipado, en un establo, una batería de cañones entera, con todos sus detalles y toda la instrumentación y la música de la banda de un regimiento». A los estadounidenses les costó mucho convencer a los habitantes de la población para que salieran de sus escondites; no sabían que los soldados estadounidenses estuvieran en la guerra.

Avanzando esa noche a través de las líneas alemanas en compañía de su ayudante, MacArthur pudo ver, con sus prismáticos, la ciudad de Metz, que no parecía bien defendida. De inmediato propuso a sus superiores un ataque por sorpresa, prolongar la ofensiva de Saint-Mihiel para incluir también ese objetivo, con premio. «Teníamos una oportunidad sin precedentes de abrir una brecha en la Línea Hindenburg en ese punto fundamental», escribió después. MacArthur contaba con el apoyo, tanto para su punto de vista como para el deseo de continuar el avance hacia Metz, del Oficial de Operaciones del Primer Ejército, el coronel George C. Marshall. Pero Foch, Pétain y Haig ya estaban haciendo planes para una ofensiva aliada conjunta en otro sitio, dos semanas después, y no querían una ofensiva «prematura» ni distraerse de lo que sería una gran batalla.

Ya tenían bastantes éxitos con enderezar el saliente de Saint-Mihiel y con la liberación del propio Saint-Mihiel. El saliente había estado en poder de los alemanes durante cuatro años y antes ya había resistido dos ataques franceses contra él. Como victoria, no se le veía la menor imperfección. «Es una operación tan rápida y cuidada como cualquiera de la guerra —escribió el *Manchester Guardian*— y tal vez la más alentadora de sus características sea la prueba de que la precisión, la habilidad y la imaginación del mando estadounidense no están por debajo del espíritu de sus tropas.» Finalmente, los soldados estadounidenses

habían obtenido el reconocimiento que merecían. Hasta el fin de sus días, no obstante, MacArthur siguió pensando que se debería haber seguido adelante tras la victoria de Saint-Mihiel y haber tomado Metz. «Si hubiésemos aprovechado esa oportunidad —escribió después—, habríamos salvado miles de vidas estadounidenses que se perdieron en los oscuros recovecos del bosque de la Argonne.»

El entusiasmo de MacArthur contrastaba con los numerosos problemas que se revelaban a pesar de la victoria en Saint-Mihiel. El mismo día en que él recomendaba seguir avanzando, el jefe del Estado Mayor de su división advertía que a los hombres no los estaban alimentando ni vistiendo adecuadamente. Los problemas logísticos obligaron a los carros de combate del coronel Patton a esperar treinta y dos horas para que les suministraran la gasolina necesaria para recorrer quince kilómetros. El 15 de septiembre, cuando Clemenceau viajó al saliente de Saint-Mihiel, se enfadó al ver el caos y los atascos en las carreteras. «Querían un ejército estadounidense —escribió después, con desdén— y lo tuvieron. Quienquiera que viese, como yo, la desesperada congestión en Thiaucourt dará fe de que pueden darse por satisfechos de no haberlo conseguido antes.» Pero, lo más ominoso para la siguiente ofensiva, para la que sólo faltaban dos semanas, según concluía un informe del servicio secreto alemán: «Los estadounidenses todavía no han adquirido suficiente experiencia y, por tanto, no hay que tenerles miedo en una gran ofensiva. Hasta ahora, nuestros hombres han tenido una opinión demasiado buena de los estadounidenses.» Saint-Mihiel había sido una victoria, pero todavía faltaba la «gran ofensiva».

En el sector francés y en el británico y contra la Línea Hindenburg, se lanzaron pequeños ataques durante la ofensiva de Saint-Mihiel y fueron repelidos una serie de contraataques alemanes, pero las fuerzas alemanas no retrocedían. También era posible que los rumores de los triunfos aliados fueran falsos: la aldea de Pagny-sur-Moselle, el extremo más meridional de las defensas alemanas fortificadas, que, según los informes, había sido invadida por los estadounidenses durante la ofensiva de Saint-Mihiel, siguió en poder de los alemanes hasta el final de la guerra. Cerca del monumento que conmemora la guerra en la aldea, hay una placa que recuerda a un muchacho de quince años que los alemanes ejecutaron «sin motivo» dos meses después del comienzo de la guerra. El monumento representa a un soldado y a su perro.

Ese agosto y septiembre, una vez más Rusia se había convertido en motivo de preocupación para los aliados. El 31 de agosto, el agregado naval británico en Petrogrado, el capitán Cromie, había sido asesinado por los bolcheviques

dentro del edificio de la embajada. El 2 de septiembre, los bolcheviques anunciaron la institución del Terror Rojo. Sólo en Petrogrado, fueron ejecutados quinientos doce opositores al régimen. El 11 de septiembre, desembarcaron en Archangelsk cuatro mil quinientos soldados estadounidenses. Ese día, cerca de Murmansk, las tropas británicas, tras una acción exitosa contra el Ejército Rojo, avanzaron cuarenta kilómetros a lo largo del río Dvina.

El 14 de septiembre, los aliados lanzaron su ofensiva en el frente de Salónica, precedido por un bombardeo de la artillería a las posiciones búlgaras de seis horas de duración. En el cuartel general alemán de Skopje, cien kilómetros al norte, apenas se escuchaba el ruido de los cañones, como un murmullo lejano sobre la quietud de la mañana. Como había ocurrido tantas veces en el frente occidental, sin embargo, el fuego de la artillería, si bien destruyó el alambre del enemigo, dejó relativamente intactos sus nidos de ametralladoras y sus puestos de artillería. Un ataque serbio que subió la escarpada montaña de Vetrenik tuvo éxito; el ataque final, con bayonetas, lo llevaron a cabo conjuntamente tropas francesas y senegalesas.

Ese día, los austríacos pidieron a las potencias aliadas, Estados Unidos y los países neutrales que aceptaran «un intercambio de opiniones confidencial y sin ningún compromiso», en terreno neutral, con la intención de analizar la posibilidad de la paz. Estados Unidos rechazó de inmediato la invitación; Gran Bretaña y Francia lo hicieron poco después. Hasta el gobierno alemán se molestó. La guerra continuaría desgastando la energía vital de millones de personas. Como ejemplo de ese cansancio de la guerra, el pacifista Clifford Allen, que el 14 de septiembre estuvo con el Subsecretario del Partido Laborista británico, Jim Middleton, escribió en su diario: «Es evidente que Jim está destrozado por la tristeza de la guerra. Casi lo persigue la visión de trenes cargados de soldados, con su equipo y su casco, que parten de las estaciones de Victoria y de Waterloo y pasan con estruendo junto a su casa de Wimbledon. Ha perdido todo su alborozo y su sentido del humor.»

En la continuación de los combates en Macedonia, durante todo el 15 de septiembre, una característica nueva fue una División Yugoslava, una muestra de la determinación de los eslavos del sur (eslovenos, croatas, serbios, bosnios, montenegrinos y macedonios) por unirse territorialmente cuando los austríacos fueran expulsados de Laibach, Agram, Belgrado, Sarajevo, Cetinje y Skopje. Al cruzar la antigua frontera grecoserbia, el 15 de septiembre, los soldados de esa división interrumpieron momentáneamente el ataque para abrazarse los unos a los otros y también para abrazar a las tropas francesas que combatían con ellos;

les ordenaron que volvieran a la acción, porque la batalla no había acabado, ni mucho menos.

Ese día, treinta y seis mil serbios, franceses e italianos combatieron contra doce mil búlgaros y alemanes. Sin embargo, los ametralladores búlgaros fueron tan tenaces, que los franceses utilizaron lanzallamas por primera vez en el frente de Salónica para desplazarlos y echaron a los defensores de tres picos montañosos. Al día siguiente, 16 de septiembre, el comandante del Segundo Ejército búlgaro, el general Lukov, manifestó auténtico interés por los que estaban haciendo esfuerzos por la paz en Austria. El zar Fernando, su rey y comandante en jefe, respondió: «Salga y que lo maten en sus líneas actuales.»

El 16 de septiembre, se amotinaron dos regimientos búlgaros, que no tenían intenciones de seguir combatiendo. El comandante alemán, el general Von Scholtz, uno de los héroes de Tannenberg, ordenó a su compatriota, el general Von Reuter, que estaba al mando de las reservas, que se presentara en el campo de batalla con los oficiales de su Estado Mayor y, pistola en mano, que interrumpiera los disturbios de los búlgaros. Cuando resultó evidente que la mayoría de los búlgaros no estaban dispuestos a seguir combatiendo, Von Scholtz ordenó una retirada limitada. Se pidieron refuerzos a Hindenburg; la solicitud se trasladó al jefe del Estado Mayor austríaco, el general Arz von Straussenburg, pero a éste no le sobraban hombres para enviar a ese teatro de la guerra tan lejano y casi olvidado. La única fuerza disponible, que tardaría por lo menos dos semanas en llegar, era una brigada alemana que estaba en Crimea, a la que se ordenó dirigirse por mar al puerto búlgaro de Varna, y después por tierra, a través de Bulgaria, hasta llegar a Macedonia.

El 18 de septiembre, las tropas británicas y las griegas atacaron en el lago Doiran; sin embargo, encontraron dificultades: después de llegar a la cima del Grand Couronné, los hombres de un batallón británico, los South Wales Borderers, se vieron obligados a retirarse como consecuencia del intenso fuego de las ametralladoras búlgaras y entraron en una nube de gas británica. A su oficial al mando, el teniente coronel Burges, que había sido herido tres veces y tomado prisionero, le concedieron la Cruz de la Victoria. En un ataque de tres batallones británicos a las colinas de Pip, el fuego de las ametralladoras búlgaras volvió a ser tan intenso, que sólo uno de cada tres de los atacantes regresaron al barranco del cual habían partido. En un punto, los proyectiles de la artillería búlgara prendieron fuego a la hierba y el incendio, avivado por el viento, obligó a la División Griega de Creta a descender de la montaña.

Después de dos días de combates, la población de Doiran quedó en poder de los aliados, al igual que el Petit Couronné, pero el Grand Couronné siguió en

poder de los búlgaros, hasta que, el 20 de septiembre, el ejército búlgaro recibió la orden de retirarse. Los británicos, franceses y griegos avanzaron hasta las posiciones que habían atacado en vano cuatro días antes y las encontraron desiertas. Las colinas de Pip, el Grand Couronné y el Ojo del Diablo, que durante dos años habían mirado con fastidio por encima de las líneas de los aliados, burlándose de todos los intentos por apoderarse de ellas, eran inofensivas y no tenían ningún valor. Los muertos en la batalla fallida de los días anteriores yacían, insepultos, en el lugar donde habían caído.

Dos días después, las tropas serbias estaban veintidós kilómetros al norte de la línea de partida. Las tropas marroquíes francesas, los spahis, avanzaron montados en sus sementales. Entraron en la población de Prilep el 21 de septiembre, después de que la evacuaran los alemanes y los búlgaros. Los habitantes serbios llevaron a hombros a los primeros liberadores hasta lo que, pocas horas antes y durante los últimos tres años, había sido el cuartel general alemán.

Las derrotas que sufrieron los búlgaros en Macedonia provocaron malestar en la capital búlgara, Sofía, y un motín en la guarnición que había allí. El 23 de septiembre, reinaba el malestar en otras tres ciudades búlgaras, donde los estudiantes revolucionarios establecieron soviets. Se enviaron cadetes búlgaros leales para dispersar a los amotinados de Sofía (del mismo modo que se había recurrido a los cadetes para apoyar al antiguo régimen en Petrogrado), apoyados en su tarea por la división alemana, que acababa de llegar a Bulgaria, procedente de Crimea, demasiado tarde para afectar el curso de la batalla en Macedonia.

El 25 de septiembre, entraron en Bulgaria las fuerzas británicas. Dos días después, se declaró una república búlgara en la pequeña ciudad industrial de Radomir y se puso como presidente al líder campesino Alexander Stamboliisky; de todos modos, y a pesar del apoyo de quince mil soldados, no pudo hacerse con el poder en la capital. Después de tres días de combates en Vladaya, dieciséis kilómetros al sur de Sofía, las fuerzas republicanas fueron derrotadas y Stamboliisky (que en 1919 llegaría a ser primer ministro del rey Boris) huyó a esconderse.

Mientras continuaba esa revolución abortiva, la capital de Macedonia, Skopje, que Bulgaria tanto había codiciado para sí, cayó en poder de los franceses. Los spahis, comandados por el general Jouinot-Gambetta, habían recorrido en seis días los últimos noventa kilómetros para llegar hasta ella. Jouinot Gambetta era sobrino de Léon Gambetta, que, en 1870, había huido en globo de la ciudad de París, sitiada entonces, para organizar la resistencia de la Francia de provincias contra los invasores alemanes. En ese momento, eran los alemanes los que se re-

tiraban, perdida ya toda esperanza de defender los Balcanes, y con los accesos desde el sur al interior de las potencias centrales prácticamente dispuestos para un avance aliado. La suerte parecía favorecer a los vencedores; una división austríaca recién despachada, la 9.ª, se encontraba a tan sólo ochenta kilómetros de Skopje por ferrocarril, cuando Jouinot-Gambetta y sus spahis entraron en la ciudad sin encontrar oposición.

El 16 de septiembre, el presidente Wilson rechazó la solicitud austríaca de emprender conversaciones de paz. Clemenceau la rechazó al día siguiente. Una oferta de paz separada de los alemanes a Bélgica, partiendo de la base de que los belgas no reclamaran devoluciones ni indemnizaciones, fue rechazada por éstos el 19 de septiembre. En el frente occidental, los aliados habían seguido avanzando. En los siete días que faltaban para el 24 de septiembre, la Fuerza Expedicionaria Británica tomó treinta mil prisioneros, más que en ninguna otra semana de la guerra, hasta ese momento. Al dirigirse a cuatrocientos oficiales de submarinos, el 25 de septiembre, el káiser clamó contra la traición. Sólo habían pasado dos semanas desde que uno de sus submarinos, siguiendo su política de la guerra de submarinos sin restricciones, torpedeó sin previo aviso el transatlántico *Galway Castle*, de la Union Castle, en el canal de la Mancha, provocando 154 muertos.

En Palestina, el 17 de septiembre, un sargento indio desertó del ejército de Allenby y se pasó a las líneas turcas, situadas al norte de Jerusalén. Dijo que habría una gran ofensiva al cabo de dos días. Los comandantes turcos, entre ellos Mustafá Kemal, le creyeron, pero Liman von Sanders no, de modo que no se hicieron preparativos especiales. El 19 de septiembre, a medianoche, comenzó el bombardeo de la artillería británica. Después, al amanecer del día veinte, Allenby reanudó la ofensiva hacia el norte que había finalizado un año antes con la captura de Jerusalén. Al cabo de pocas horas, sus soldados de infantería habían abierto una brecha en las líneas de defensa turcas y sus soldados de caballería avanzaban rápidamente hacia el norte, a través de la llanura litoral.

La potencia aérea desempeñó una parte importante en el nuevo avance de Allenby. Esa mañana, durante dos horas, la Fuerza Aérea británica y la australiana bombardearon las centrales telefónicas y las oficinas de telégrafo alemanas y turcas en Afula, Nablus y Tulkarm, interrumpiendo toda comunicación entre el general Liman von Sanders y sus comandantes. También quedó fuera de combate el principal aeródromo alemán, situado en Jenin. Durante siete días, a medida que avanzaba la caballería de Allenby, el bombardeo de las carreteras, las

líneas férreas y las concentraciones de tropas desbarató todos los planes defensivos turcos y alemanes.

El 20 de septiembre, las tropas de Allenby entraron en el valle de Jezreel y, en dos días de combates, tomaron siete mil prisioneros. Los turcos estaban desmoralizados y ansiosos por finalizar la lucha. En Afula, en la línea férrea de Haifa a Damasco, un regimiento de caballería indio atacó la posición turca, mató a cincuenta y tomó quinientos prisioneros, a cambio de un hombre herido y doce caballos muertos. Cerca de Megiddo, la Armagedón bíblica, donde se ordenó a los turcos que se pusieran firmes, los únicos disparos que sonaron fueron los de nueve fusileros alemanes que, lejos de su posición, fueron silenciados por dos ametralladoras. Entonces, los soldados de caballería británicos siguieron hasta Nazaret, donde, en las primeras horas del 21 de septiembre, tomaron prisionera a la guarnición de tres mil hombres. El ejército había avanzado sesenta y cinco kilómetros en un solo día.

Von Sanders huyó de Nazaret en pijama. Los turcos, sin la voluntad ni los medios para resistir, huyeron hacia el norte y hacia el este. Ese día, se estaban retirando dos columnas de tropas turcas, una desde Tulkarm y la otra desde Nablus, a través de las colinas y los desfiladeros de Samaria. Las dos columnas fueron atacadas por aviones británicos y australianos. Comenta un informe histórico australiano, acerca de los turcos que intentaban llegar a Nablus desde Tulkarm, en una columna de unos tres kilómetros de largo: «Piloto tras piloto, volando en perfecto orden, arrojaron sus bombas y después, con la ayuda de los observadores, volvieron sobre los pobres turcos con ametralladoras. Cuando se les agotaban las municiones, los aviadores volvían rápidamente a su aeródromo a buscar más y regresaban otra vez a la matanza. Algunos pilotos hicieron cuatro viajes ese día.»[4]

Ese día se montó, más al este, un ataque aéreo más intenso todavía contra los turcos que trataban de llegar al río Jordán desde Nablus. Fue el ataque aéreo más devastador de la guerra. Más de cincuenta aviones bombardearon y ametrallaron a los turcos y su columna de suministro, mientras huían por el estrecho desfiladero del Wadi Fara. Se arrojaron más de nueve toneladas de bombas y se dispararon cincuenta y seis mil balas de ametralladora, mientras los turcos trataban de llegar hasta el río. Los bombarderos atacaron en primer lugar a los vehículos que iban a la cabeza de la columna, de modo que los demás se tuvieron que detener. A continuación, destruyeron metódicamente la larga fila de vehículos estacionarios y los hombres que, presa del pánico, eran ametrallados desde el aire mientras trataban de huir, bajando por el escarpado muro del *wadi* o subiendo hasta la parte superior.[5] Al día siguiente, 22 de septiembre, se realizó un segundo

ataque aéreo contra los turcos que descendían hacia el Jordán por el Wadi Fara, donde se arrojaron otras cuatro toneladas de bombas y se dispararon treinta mil balas de ametralladoras desde el aire. «En una parte de la carretera —ha escrito el historiador de la Fuerza Aérea británica, H. A. Jones—, se habían abandonado camiones en marcha que habían avanzado y chocado contra los cañones, que habían sido arrastrados con su equipo contra otros camiones de transporte, y la acumulación había seguido a toda velocidad, despeñando camiones y cañones a su paso, hasta que al final se había detenido por su propio peso. A lo largo de todo el desfiladero, yacían los cuerpos destrozados de hombres y animales.» Algunos de los pilotos que bombardearon a los turcos cuando se retiraban quedaron tan asqueados con lo que vieron desde el aire ese día que pidieron ser eximidos de más misiones de combate.

Los turcos habían quedado abrumados por la potencia aérea británica y por la velocidad de la caballería aliada. El 22 de septiembre, Allenby preguntó al comandante del Cuerpo Montado del Desierto cuántos prisioneros se habían tomado. Cuando le dijeron que quince mil, rió y dijo al comandante: «¡Muy pocos para mí! Quiero treinta mil antes de acabar.» Sus deseos se cumplieron. *El 23 de septiembre, quinientos de sus soldados de caballería capturaron el* puerto de Haifa y, tras galopar hacia el norte, entraron en la ciudad de los cruzados de Acre. Ese día, en el Wadi Fara, hubo un tercer bombardeo contra las tropas turcas que trataban de llegar al río Jordán. Se arrojaron más de seis toneladas de bombas y se dispararon treinta y tres mil balas de ametralladoras. Entre los vehículos que quedaron destrozados en los tres días de bombardeos, había cincuenta cañones, noventa piezas de artillería y ochocientos cuarenta vehículos de cuatro ruedas tirados por caballos. Habían muerto centenares de soldados turcos. La muerte desde el aire había adquirido una nueva dimensión.

El 25 de septiembre, los soldados de caballería australianos y neozelandeses cruzaron el río Jordán y entraron en Ammán, en la línea férrea de Berlín a Bagdad. En total, participaron en el ataque 2.750 soldados de caballería, que tomaron 2.563 prisioneros turcos, elevando a cuarenta y cinco mil el número de prisioneros tomados en una sola semana por la Fuerza Expedicionaria Egipcia. Furioso, un oficial alemán capturado dijo a sus interrogadores: «Tratamos de cubrir la retirada de los turcos, pero esperábamos que pusieran algo de su parte, aunque sólo fuera mantener la calma. Al final, decidimos que no valía la pena luchar por ellos.»

El 25 de septiembre, media hora antes de medianoche, menos de dos semanas después del comienzo y apenas diez días después del final de la ofensiva

de Saint-Mihiel, treinta y siete divisiones francesas y estadounidenses emprendieron otra ofensiva, más ambiciosa todavía, contra el bosque de la Argonne y a lo largo del río Mosa. Esa noche, como parte del bombardeo preliminar, la Fuerza Expedicionaria Estadounidense disparó ochocientas granadas de gas mostaza y de gas fosgeno, que dejaron incapacitados a más de diez mil soldados alemanes y mataron a 278. Intervinieron cuatro mil piezas de artillería, «ninguna de las cuales —según comentó un historiador estadounidense— había sido fabricada en Estados Unidos».[6]

Uno de los comandantes de las baterías estadounidenses fue el capitán Harry S. Truman. «Disparé tres mil balas de munición de 75, desde las cuatro hasta las ocho de la mañana —recordaba después—. Dormí en el extremo de un bosque situado a la derecha de la posición de mi batería el viernes por la noche. Si no me hubiese despertado y levantado a las cuatro de la mañana, no estaría aquí, ¡porque los alemanes lanzaron una descarga de fuego sobre el sitio donde dormí!»

El bombardeo duró seis horas y se prolongó durante toda la noche. A continuación, a las 5.30 del 26 de septiembre, avanzaron más de setecientos carros de combate, seguidos de cerca por la infantería, que hicieron retroceder a los alemanes cinco kilómetros. La artillería, que tan eficaz había resultado durante la noche, se adelantó detrás del avance. «Mientras marchábamos por una carretera, debajo de un terraplén —recordaba Truman cuarenta años después—, una batería francesa de 155 milímetros disparó sobre mi cabeza, de modo que todavía me cuesta oír lo que ocurre cuando hay ruido.»

El 27 de septiembre, por la mañana, se habían tomado más de veintitrés mil prisioneros alemanes. Ese día, cerca de Cambrai, la Fuerza Expedicionaria Británica atacó la Línea Hindenburg. Apoyaron el ataque más de un millar de aviones, se arrojaron setecientas toneladas de bombas y se dispararon veintiséis mil balas de ametralladora desde el aire. Al anochecer, las fuerzas atacantes habían tomado diez mil prisioneros y doscientas piezas de artillería. Incluso para los niveles del frente occidental, la escala de las pérdidas alemanas fue increíble: treinta y tres mil prisioneros en un solo día. Pero los combates en el bosque de la Argonne demostraron que el ejército alemán no estaba dispuesto a rendirse y los estadounidenses sufrieron mucho como consecuencia de la tenaz defensa que les opusieron. Como decían los soldados estadounidenses: «Cada uno de los alemanes cabrones que había allí que no tenía una ametralladora tenía un cañón.» Una división estadounidense, presa del pánico como consecuencia de un contraataque alemán, huyó a la desbandada.

Según los antiguos cánones del frente occidental, los estadounidenses tu-

vieron éxito. Montfaucon, que Pétain creía que sería capaz de resistir hasta el invierno, fue tomado el 27 de septiembre y se hicieron avances de hasta diez kilómetros. Pero el plan había sido mucho más ambicioso, de modo que el contratiempo resultó tanto más mortificante.

El 28 de septiembre, los británicos emprendieron la inmensa ofensiva de Haig contra los alemanes en el saliente de Ypres: la cuarta batalla de Ypres, en la que participaron quinientos aviones. Uno de los militares neozelandeses que entraron en acción ese día en Gheluvelt fue el general Freyberg, después de haber sido herido nueve veces, que escribió a un amigo: «Comandé mi brigada montado a caballo (uno blanco, alemán, muy feo) y avancé bajo una descarga hasta que lo mataron.» El avance en tierra fue rápido; Wytschaete cayó durante el día y se rindieron cuatro mil alemanes. Las tropas belgas también entraron en acción el 28 de septiembre y recuperaron Passchendaele, escenario de una matanza terrible el año anterior, con escasas pérdidas.

Esa noche, Ludendorff insistió a Hindenburg que Alemania debía buscar un armisticio de inmediato. Lo que no sabía ninguno de los dos era que Lloyd George y su ministro de Guerra, lord Milner, que todavía no estaban convencidos de que la velocidad del avance británico quisiera decir que Alemania podía ser derrotada, insistían para que Haig redujera los compromisos británicos en la ofensiva, a fin de preservar a sus hombres para las batallas de 1919. En Gran Bretaña, cada vez se centraban más en esas batallas. «Nunca olvidaré que, a finales de septiembre de 1918, recorrí un gran taller en el norte de Inglaterra —escribió después un experto en municiones, George Dewar— y presencié la fabricación y las pruebas de los disparos con fusiles alemanes sobre las planchas de nuestro nuevo tipo de carro de combate, el Mark VIII; después pasé a otro taller del mismo barrio, donde presencié la fabricación y las pruebas del motor que impulsaría a ese supercarro. Pero el Mark VIII estaba destinado a no entrar jamás en acción. Sin embargo, si la guerra hubiese continuado, Gran Bretaña habría montado y enviado al frente grandes cantidades de ese carro fabuloso a principios de la primavera de 1919.»

En el frente de Salónica, más de diez mil soldados búlgaros y alemanes habían caído prisioneros en la tercera semana de septiembre. El 28 de septiembre, Bulgaria, que ya tenía en su territorio tropas británicas y griegas, comenzó a hablar de un armisticio con los franceses y los británicos en Salónica. Fue la primera de las potencias centrales que logró suspender la lucha. En Spa, Ludendorff insistía en sus conversaciones con Hindenburg en que también Alemania

debía pedir un armisticio a los aliados. A la mañana siguiente, 29 de septiembre, los dos líderes militares alemanes (el otrora tan temido tándem que en distintas ocasiones había estado a punto de derrotar a todos sus enemigos) fueron a ver al káiser y le dijeron que la guerra no podía continuar.

Ludendorff y Hindenburg explicaron al káiser que el problema no era sólo la voluntad y la capacidad de combatir de los soldados alemanes, sino también que el presidente Wilson no estaba dispuesto a negociar en modo alguno con el propio káiser ni con sus jefes militares. Agarrando por los cuernos no sólo el toro de la derrota militar sino también el de la democratización política, el káiser firmó una proclama que establecía un régimen parlamentario. En un solo día, se puso fin al militarismo y a la autocracia alemanes.

Sin embargo, las batallas continuaron y en ninguna parte fueron más intensas que en el frente del Mosa-La Argonne. El 29 de septiembre, el cuarto día de la batalla, las fuerzas estadounidenses se detuvieron, en parte por la inagotable defensa alemana y en parte por el increíble caos en que quedaron sumidas sus líneas de abastecimiento y comunicaciones. «Sus soldados morían con valor —apuntó un francés de visita en el cuartel general de Pershing—, pero no avanzaban, o muy poco, y sufrían numerosas bajas. Toda esa gran masa de hombres que representaba el ejército estadounidense quedó literalmente paralizada.»

Ese día, mientras visitaba en misión de reconocimiento el cuartel general de un batallón estadounidense, Paul Maze vio a un grupo de soldados estadounidenses que parecían estar retrocediendo. Se adelantó en su motocicleta para indagar. «Efectivamente, se estaban retirando —escribió más adelante—, pero simplemente porque no estaban en contacto con nadie; no tenían noticias y la mayoría de sus oficiales habían muerto en el avance. Hice que algunos de ellos se quedaran donde estaban y que dirigieran sus ametralladoras hacia el lugar de la batalla y ordené a los demás que se adelantaran y se reincorporaran a sus camaradas, y así lo hicieron de inmediato. No sentían ningún tipo de pánico, sino que simplemente habían ido retrocediendo despacio por falta de instrucciones.»

Paul Maze regresó al cuartel general del batallón para contarles acerca de esos hombres. «Para mi sorpresa, encontré el lugar destrozado, como si lo hubiera sacudido un terremoto. Había tres cadáveres, cubiertos en parte por un saco. Eran el centinela que había estado montando guardia a la entrada del refugio subterráneo y dos de los oficiales con los que había hablado antes de marcharme. Más adelante estaba el coronel solo, limpiándose la frente. "Oiga, capitán, esto sí que es la guerra", comentó cuando entré.»

Una de las baterías de artillería que entraron en acción el 29 de septiembre

fue la de Harry Truman. «Disparamos sobre tres baterías —recordaba después—, destruimos una y dejamos a las otras dos fuera de combate. ¡El coronel del regimiento me amenazó con un consejo de guerra por disparar desde el sector de la 35.ª División! Pero salvé a unos cuantos hombres de la 28.ª División, que estaban a nuestra izquierda, ¡y me demostraron su agradecimiento en 1948!»[7]

La congestión de vehículos con suministros esenciales detrás de las líneas estadounidenses era tal ese día, que, cuando Clemenceau se dirigía a Montfaucon, de paso hacia el Cuarto Ejército francés, el camino estaba totalmente bloqueado por camiones estadounidenses y algunos de sus conductores le dijeron que llevaban dos noches de atasco. Aparte de los inconvenientes que la confusión del transporte pudiera tener para Clemenceau, sin embargo, la contribución estadounidense había dejado huella en el Alto Mando alemán. El 30 de septiembre, Ludendorff dijo al general Hermann von Kuhl: «No podemos combatir contra todo el mundo.»

Las hostilidades en el frente búlgaro acabaron el 30 de septiembre a mediodía. Con Bulgaria sumida en la confusión, Macedonia liberada y sin ninguna posibilidad de conseguir refuerzos alemanes, los delegados búlgaros que estaban en Salónica, incluido el general Lukov, que hacía dos semanas que había pedido que se llegara a un armisticio, no tuvieron más remedio que aceptar las condiciones que les ofrecían: la evacuación de todo el territorio griego y serbio, la rendición de todas las armas de la guerra, la evacuación de todas las tropas alemanas y austríacas, la ocupación aliada de los puntos estratégicos en el interior de Bulgaria y el uso de las líneas férreas búlgaras para avanzar hacia el norte, y la desmovilización casi absoluta del ejército búlgaro.

La caída de Bulgaria fue un desastre para Alemania y para Austria, ya que las dos se quedaron de pronto sin ninguna comunicación por tierra con su aliada turca. Además, quedaba expedito el camino para un avance aliado por el Danubio. En Londres y en París, había mucha excitación de sólo pensar en que Alemania se volviera vulnerable por la derrota de sus aliados. «Había caído el primer puntal», comentó el secretario del gabinete británico, sir Maurice Hankey.

En el frente occidental, la batalla había continuado cada vez con mayor violencia. El 29 de septiembre, las tropas británicas lograron cruzar el canal de Saint-Quentin, utilizando barcas, escaleras y tres mil salvavidas tomados de los transbordadores que atravesaban el canal de la Mancha. Cayeron prisioneros

más de cinco mil soldados alemanes y se capturaron un centenar de piezas de artillería. Al día siguiente, en el frente de Ypres, los británicos estaban a tres kilómetros de Menin, la población que intentaban capturar desde hacía cuatro años, sin conseguirlo. En el sector británico y el francés, se capturaron dieciocho mil prisioneros de guerra alemanes más y doscientas piezas de artillería. Sólo los estadounidenses se habían visto obligados a detenerse, en la Argonne, aunque también ellos tenían previsto reanudar el ataque una semana después.

Uno de los heridos del 30 de septiembre fue Paul Maze. Se había adelantado a pie para informar sobre el lugar donde estaba situada la línea del frente, en un punto en el cual combatían por ella los australianos. Desde un embudo de explosión vio, a ciento ochenta metros de distancia, la parte superior de los cascos de acero alemanes: era una trinchera alemana de la línea del frente. Al alzar los prismáticos para ver mejor, una bala le dio en la muñeca. Esa noche, en el camino de regreso hacia la seguridad y hacia el hospital, mientas viajaba lentamente hacia la costa en un tren hospital, podía oír a lo lejos «los cañones que montaban un jaleo ensordecedor», lo cual le recordó el comentario de la madre de un francés amigo suyo, que había conseguido llegar hasta donde estaba su hijo, en una aldea justo detrás de la línea, durante una batalla. «Mandó avisar que estaba allí y lo esperaba, una figura alta, vestida de negro, en medio de la carretera; al verlo acercarse hacia ella por la calle destrozada, exclamó: "Querido niño, ¿qué es todo ese ruido? ¿Qué está pasando?"»

Procedentes de Palestina, el 27 de septiembre, los soldados de caballería de Allenby habían atravesado los altos del Golán y habían entrado en Siria. Damasco quedaba a apenas cien kilómetros de distancia. Ese día, más al este, en la aldea de Tafas, las fuerzas turcas y alemanas asesinaron a varios centenares de mujeres y niños árabes, como un acto de cruel desafío por el acoso al que las sometían las fuerzas de la revuelta árabe. Al día siguiente, 28 de septiembre, en Dara'a, donde miles de beduinos se habían sumado a las fuerzas árabes, fueron asesinados, en represalia, los soldados turcos heridos y los prisioneros, lo cual suscitó un violento sentimiento antiárabe entre los soldados de caballería indios que entraron en la población durante la masacre. «Los árabes asesinaron a sangre fría a todos los turcos que encontraron», fue el breve comentario que apareció en el resumen de acontecimientos de la 4.ª División de Caballería.

Al día siguiente, mil quinientos turcos bloquearon el paso de Allenby en Sasa y frenaron su avance durante dos días, pero, el 30 de septiembre, a última hora de la tarde, Allenby iba camino de Damasco. Esa noche, las autoridades turcas abandonaron la ciudad que los otomanos habían gobernado durante tantos

siglos. El 1 de octubre, después de cabalgar más de seiscientos cincuenta kilómetros en doce días, los soldados de caballería de Allenby se acercaban a su presa. Cuando las tropas de la 3.ª Brigada de Caballería Ligera, procedentes del oeste de Australia, llegaron a los suburbios de la ciudad, hubo una ráfaga de disparos de los fusiles turcos. No hubo heridos y el oficial al mando, el comandante Olden, decidió seguir adelante. Olden ordenó a sus hombres que desenvainaran las espadas y avanzó al galope con ellos hacia los principales cuarteles turcos, donde estaban acuartelados varios miles de turcos. «Por el momento, la decisión del enemigo estaba en el aire —registró una historia australiana—, pero, al ver acercarse a galope los grandes caballos australianos (los turcos y los nativos nunca cesaron de maravillarse del tamaño de nuestros caballos), el destello de las espadas y el sonido de las herraduras sobre el metal, la situación cambió.»[8] Un oficial australiano recordaba después: «Los disparos de los turcos cedieron paso, en un segundo, a los aplausos de los ciudadanos.» De pronto sonaron más disparos, pero esa vez eran los fusileros árabes, que expresaban su alegría porque se hubieran acabado tantos siglos de dominación turca. Pocas horas después llegó «Lawrence de Arabia»; escoltaban su Rolls-Royce los soldados de caballería indios.

Durante veinticuatro horas, hubo grandes saqueos por parte de árabes y drusos. Entonces Allenby salió de su cuartel general en Tiberíades, a orillas del mar de Galilea, recorrió casi doscientos kilómetros de carreteras en mal estado, cruzó el río Jordán, subió a los altos del Golán y llegó a Damasco, donde colocó al emir Feisal al frente del gobierno local y regresó esa misma noche a Tiberíades. Correspondió a los políticos informar a Feisal de que, en virtud de las condiciones del acuerdo secreto negociado por Mark Sykes y François Georges Picot en 1916, Siria, al igual que el Líbano y el norte de Mesopotamia, incluida Mosul, rica en petróleo, quedarían dentro de la esfera de control de los franceses.

El 1 de octubre, mientras la Fuerza Expedicionaria Británica se preparaba para atravesar los últimos obstáculos de la Línea Hindenburg y los estadounidenses se preparaban para lanzar un nuevo ataque en la Argonne, Ludendorff suplicó al káiser que hiciera de inmediato una oferta de paz. Esa noche, las fuerzas alemanas evacuaron Lens y Armentières. Al norte de Cambrai, en los cinco días anteriores, las tropas canadienses habían tomado más de siete mil prisioneros alemanes y doscientas piezas de artillería. El ejército alemán, según informó Ludendorff a su Estado Mayor, estaba «gravemente envenenado por ideas espartaquistas-socialistas». Ludendorff exageraba, pero, mientras los soldados

que estaban en el frente continuaban luchando, los que estaban en Alemania de permiso, o a punto de ser enviados otra vez al frente, eran víctimas, sin duda, de una agitación política de lo más extrema. Los líderes de los espartaquistas, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, exigían la paz inmediata y el final de la monarquía. No eran partidarios de la panacea, en caso de que lo fuera, de una monarquía democrática ni parlamentaria, al estilo británico: su objetivo era una república socialista.

Tan entusiasmado estaba Lenin con lo que parecía la inminente caída de Alemania, tanto por medio de la derrota en el campo de batalla como por la insurrección en las ciudades, que esa semana escribió a sus colegas revolucionarios Sverdlov y Trotski para decirles que la revolución internacional era inminente. Para ayudar al proletariado de todos los países a deshacerse de sus cadenas, quería que los bolcheviques crearan un ejército de tres millones de hombres. Cerca de Petrogrado, sin embargo, en Pskov, los antiguos oficiales zaristas y los prisioneros de guerra rusos liberados estaban creando un ejército antibolchevique, bajo la protección de Alemania. Esa semana, en el mar Negro, alrededor de doscientos marineros alemanes se apoderaron del acorazado ruso *Volya,* así como también de cuatro destructores rusos y de dos torpederos. Las intrigas de Alemania en el este habían sobrevivido a sus triunfos en el oeste.

Durante los cuatro primeros días de octubre, los ejércitos aliados avanzaron en todos los sectores del frente occidental e invadieron por completo un sector de cincuenta kilómetros de la Línea Hindenburg. Pero, al mismo tiempo que ese triunfo aliado, llegó la noticia de que había graves dificultades en el sector estadounidense del frente, donde el 4 de octubre respondieron a la reanudación de la ofensiva unas devastadoras defensas alemanas con ametralladoras, «una maldita ametralladora tras otra», en la jerga de los soldados estadounidenses. Ese día, una fuerza estadounidense de poco más de quinientos hombres, que ocupaba una posición precaria en un barranco, más o menos ochocientos metros por delante de la línea del frente, se vio rodeada por una fuerza alemana muy superior. Durante dos días, los estadounidenses sufrieron ataques y bombardeos continuos. El segundo día, cuando se les habían acabado los víveres, los alcanzó por accidente una descarga de la artillería estadounidense. Soltaron la última paloma mensajera que les quedaba para pedir a sus compatriotas que dejaran de bombardearlos. Entonces los alemanes usaron lanzallamas contra los hombres que estaban en el barranco, pero algunos de ellos lograron trepar y los mataron. El Alto Mando estadounidense supuso que todo había acabado y dio a los hom-

bres por «desaparecidos». Esa noche, los alemanes se retiraron, pero el «batallón de los desaparecidos», como se lo conoció, no había sido derrotado. De los 554 defensores, habían muerto trescientos sesenta. A la tarde siguiente, los supervivientes bajaron de la ladera y se incorporaron a las líneas estadounidenses.

En el mar, la guerra de submarinos, en la cual los alemanes habían depositado tantas esperanzas, continuaba sin pausa y con más tragedias. Un vapor español, el *Francolí*, había sido hundido frente a las costas de Cartagena el 2 de octubre y se ahogaron 292 pasajeros. Dos días después, otros 292 pasajeros se ahogaron también cuando un buque de pasajeros japonés, el *Hiramo Maru*, fue torpedeado frente a las costas de Irlanda. Un choque accidental en el canal de la Mancha, esa misma semana, provocó el hundimiento de un crucero mercante armado, el *Otranto*; del millar de soldados estadounidenses que iban a bordo se ahogaron 431.

La primera revolución alemana tuvo lugar el 2 de octubre, pero no en las calles, como había temido Ludendorff, sino en la sala consistorial, donde el príncipe Max de Baden, primo segundo del káiser, fue nombrado canciller. El príncipe Max accedió a ocupar el cargo sólo después de que el káiser aceptara dos condiciones: que a partir de ese momento sólo el Parlamento tenía derecho a declarar la guerra y a firmar la paz y que se pusiera fin de inmediato a cualquier control que le quedara al káiser sobre el ejército y la marina. Ese día, en un Consejo de la Corona en Berlín, Hindenburg reiteró el consejo de Ludendorff del día anterior (Ludendorff se había quedado en Spa) de llegar a una tregua de inmediato. «El ejército no puede esperar cuarenta y ocho horas», dijo Hindenburg al káiser, pero el príncipe Max no estaba de acuerdo. No quería iniciar las negociaciones con los aliados con la posición ya rendida. «Esperaba poder vencer el pesimismo y revivir la confianza —escribió después—, porque yo mismo todavía estaba totalmente convencido de que, a pesar de la disminución de nuestras fuerzas, podíamos evitar durante muchos meses que el enemigo pisara el suelo de la patria.»

Hindenburg respondió que la situación exigía un armisticio de inmediato. Si la situación era tan desesperada, respondió, mordaz, el príncipe Max, el ejército tenía que izar la bandera blanca en el campo. No se tomó ninguna decisión, porque Hindenburg, al igual que Kitchener antes que él, del lado británico, carecía de habilidad para exponer su caso y sólo se limitaba a reiterarlo. Hacía falta un mensaje de Ludendorff, para expresar lo que había que hacer y por qué. Ese mensaje se envió desde Berlín, más tarde, ese día, como consecuencia de una

llamada telefónica de Hindenburg; decía que el desmoronamiento del frente de Salónica, «que requiere un debilitamiento de nuestras reservas en el oeste», y la imposibilidad de compensar las «grandísimas pérdidas» sufridas en las batallas de los días anteriores, hacían imprescindible un armisticio, «para ahorrar al pueblo alemán y a sus aliados más sacrificios inútiles». La carta de Ludendorff, a la cual Hindenburg añadió su firma, acababa explicando en detalle la realidad del campo de batalla: «Cada día perdido cuesta la vida de miles de bravos soldados.» Era una frase que se podría haber escrito casi cualquiera de los mil quinientos días anteriores.

El príncipe Max no había perdido la esperanza de retrasar el llamamiento a los aliados. El 3 de octubre, advirtió a Hindenburg que un armisticio demasiado precipitado supondría la pérdida inmediata tanto de Alsacia y Lorena como de los distritos del este de Prusia en los que predominaban los polacos. Esas pérdidas territoriales alemanas estaban implícitas en los catorce puntos del presidente Wilson. Hindenburg volvió a telefonear a Ludendorff y después informó al canciller que, si bien la pérdida de Alsacia y Lorena resultaba aceptable para el Alto Mando, la pérdida de cualquier territorio en el este era inaceptable. Un historiador ha comentado: «Se fue haciendo cada vez más evidente que el canciller había leído los catorce puntos, mientras que el Comando Supremo no lo había hecho.»[9]

El príncipe Max decidió entonces seguir adelante a su manera. Durante el 3 de octubre, introdujo en su gobierno a dos diputados socialistas, uno de los cuales, Philip Scheidemann, le dijo, con gran sabiduría: «Más vale poner fin al terror que un terror sin fin.» Para evitar el terror, era imprescindible un armisticio. El 4 de octubre, después de informar al Reichstag de la necesidad de la paz y de haber obtenido el apoyo austríaco para lo que entonces se daba cuenta de que no se podía retrasar, el príncipe Max telegrafió a Washington, solicitando un armisticio.

Ese día, en una conferencia francoestadounidense celebrada en Francia, en la pequeña localidad de Trois Fontaines, se estaban trazando planes para transportar tropas y municiones estadounidenses al otro lado del Atlántico, para la campaña para derrotar a Alemania a finales de 1919 o a principios de 1920. Los dos participantes principales en la conferencia eran el mariscal Foch y el ministro de Guerra estadounidense, Newton Baker, que acordaron un programa acelerado de transporte durante todo el invierno de 1918, de modo que, para el verano siguiente, el ejército estadounidense dispusiera de los suministros adecuados para emprender una gran ofensiva en 1919.

Durante el mes de septiembre, se habían fabricado en Estados Unidos un total de 297 unidades de artillería. Los objetivos siguientes que se fijaron en ese momento y se cumplieron a su debido tiempo superaban apenas el millar entre octubre y diciembre de 1918, más otro millar entre enero y abril de 1919. A casi todas las ramas de armamento y provisiones se les impusieron los mismos objetivos de producción acelerados e incrementados para los seis meses siguientes, e incluso para después. El ejército estadounidense ya estaba construyendo una red ampliada de líneas telefónicas y telegráficas en toda Francia, a fin de mejorar y acelerar las comunicaciones con la línea del frente y, aprovechando lo aprendido como consecuencia de los reveses en la Argonne, para asegurar una campaña triunfal en 1919.

El acuerdo francoestadounidense que se alcanzó en Trois Fontaines el 4 de octubre brindaba la esperanza de un avance militar considerable durante los primeros meses de 1919. Mientras las tropas de Pershing luchaban por recuperar la iniciativa en el Mosa, su comandante calculaba cuántas divisiones le harían falta en Francia el 1 de julio de 1919 para la batalla decisiva. La cantidad de hombres que participarían, la mayoría de los cuales se transportarían a través del Atlántico en barcos británicos, era de 3.360.000, dos millones más de los que ya tenían. Estaban en camino.

Capítulo XXVI

LA CAÍDA DE LAS POTENCIAS CENTRALES
De octubre a noviembre de 1918

En Francia, el pintor John Singer Sargent había estado viajando detrás de las líneas desde julio, buscando inspiración para la pintura que le había encargado el Ministerio de Información británico. El 4 de octubre, escribió a un amigo: «Durante mucho tiempo, no encontré ninguna forma de tratar el tema que me habían propuesto, de "las tropas británicas y estadounidenses trabajando juntas", porque es algo que hacen en abstracto, pero no dentro de un espacio determinado que se pueda encuadrar.» Seguía sin encontrar el tema, aunque el plazo de tres meses que le habían dado para la pintura estaba llegando a su fin. «He perdido mucho tiempo yendo a las trincheras de la línea del frente —escribió a otro amigo, seis días después—. Allí no hay nada que pintar: es feo, precario y no hay sitio, y además sólo se ven uno o dos hombres.» Había ido al Somme, buscando todavía, cuando encontró la inspiración. «En este territorio del Somme he visto lo que quería, carreteras abarrotadas de tropas en marcha —escribió—. Es el mejor espectáculo que ofrece la guerra, por lo que a mí respecta.»

En realidad, no fueron las tropas en marcha lo que decidió pintar Sargent. Con él en el Somme había otro artista, Henry Tonks, al que el Ministerio había encargado una pintura de tema médico. Buscándolo, él y Sargent fueron a un dispensario cerca de Le Bac-du-Sud, en la carretera de Doullens. «Allí —escribió el biógrafo de Sargent—, bajo un perfecto cielo otoñal, vieron soldados enceguecidos por el gas mostaza esperando tratamiento. Sargent finalmente había encontrado su cuadro, aunque no tenía nada que ver con las condiciones de su encargo. Tonks dijo que no le importaba, al contrario.»[1]

Sargent tomó notas, regresó a su estudio en Londres y comenzó a trabajar en su pintura, titulada *Gaseados*, que muestra dos grupos de soldados enceguecidos y con los ojos vendados, diez en el centro del cuadro y nueve a lo lejos, todos en fila, cada grupo encabezado por un ordenanza. Cada hombre que

tiene los ojos vendados apoya la mano en el hombro del soldado que tiene delante. Algunos todavía conservan los fusiles. Hay más de veinte hombres tumbados en el campo que hay en primer plano, también con los ojos vendados. Otros están tumbados en el campo que hay detrás. No se ven médicos ni enfermeras. A lo lejos, en el horizonte, pequeño en comparación con los hombres gaseados, se está jugando un partido de fútbol. La pintura, que tiene mucha fuerza, fue elegida «Pintura del año» de la Real Exposición de la Academia de 1919.

En lo que había sido el frente de Salónica, que entonces se encontraba en plena Serbia, en la primera semana de octubre, las tropas austríacas seguían combatiendo, a pesar de la deserción de Bulgaria. Ludendorff, sin embargo, se dio cuenta del peligro que corrían las potencias centrales a medida que las fuerzas serbias y francesas siguieran empujando el frente hacia el norte, a través de la Macedonia serbia, hacia el Danubio y Belgrado. No obstante, tanto en Berlín como en Viena, se conservaba el instinto de negar lo evidente. El 4 de octubre, se envió una «nota de paz» alemana y austríaca al presidente Wilson, pidiéndole que aceptara un armisticio. Tanto Alemania como Austria dejaban claro que no se trataba de una rendición, ni siquiera de ofrecer los términos de un armisticio, sino de un intento por poner fin a la guerra, sin ninguna condición previa que pudiera ser perjudicial para Alemania o Austria. Eso era lo que deseaba el príncipe Max.

Mientras Wilson analizaba la nota, la guerra prosiguió. El 5 de octubre, en el frente de Salónica, cayeron prisioneros más de tres mil austríacos. Dentro de Alemania, la continuación de los combates provocó un incremento del descontento público. El 6 de octubre, en Gotha, una conferencia de los espartaquistas alemanes, cuyo líder, Karl Liebknecht, estaba en la cárcel, exigió el final de la monarquía y el establecimiento de soviets en Alemania.

Con la desintegración de los imperios, la lucha de los súbditos se intensificó. El 7 de octubre, en Varsovia, que estaba ocupada por los alemanes, un Consejo de Regencia, hasta entonces bajo control alemán, invocó los principios de autodeterminación del presidente Wilson y declaró un estado polaco «libre e independiente». Cuestionaron su autoridad, no obstante, otros dos grupos polacos, uno que tenía un nombre tan extraño como el Comité Polaco de Liquidación, en Cracovia, y el Gobierno Provisional del Pueblo de la República Polaca, de tendencia izquierdista, en Lublin.[2] Los alemanes, que no estaban dispuestos a aceptar el derrumbamiento total de sus conquistas en Polonia, mantuvieron a Pilsudski en la cárcel, en el este de Prusia. Decididos a no perder el este de

Galitzia ante una Polonia reconstituida, los ucranianos establecieron un Consejo Nacional Ucraniano en Lvov; entonces comenzaron los combates entre polacos y ucranianos en toda la región.

Aunque sumida en la confusión, Alemania todavía no había sucumbido a la anarquía ni estaba dispuesta a rendirse. El 7 de octubre, cuando se declaró un estado polaco en Varsovia, se publicó en el *Vossische Zeitung* un llamamiento para hacer un último esfuerzo militar en el campo de batalla. Escrito por el industrial Walther Rathenau, tenía por objeto colocar a Alemania en la posición más fuerte posible, desde la cual negociar una paz en un plano de igualdad, en lugar de hacerlo a partir de una derrota. «Hay que retirar a todos los hombres capaces de portar armas de las oficinas, las salas de guardia y los depósitos, en el este y en el oeste, en las bases y en el país —escribió Rathenau—. ¿Para qué sirven hoy los Ejércitos de Ocupación y las Expediciones Rusas? Sin embargo, en este momento, apenas tenemos la mitad de las tropas disponibles en el frente occidental. Nuestro frente está agotado; si lo restablecemos, nos ofrecerán condiciones diferentes. Es la paz lo que queremos, no la guerra, pero no la paz de los que se rinden.»

Adoptando esa línea de razonamiento, el príncipe Max preguntó a Hindenburg y a Ludendorff si en realidad se conseguirían «refuerzos adecuados» mediante el procedimiento que Rathenau proponía. Ludendorff se mostró escéptico: desde un punto de vista práctico, «causaría más trastorno del que podemos soportar», respondió el 8 de octubre. Pero Rathenau no cejó, sino que escribió al recién nombrado ministro de Guerra, el general Scheüch, que si Alemania evacuaba las zonas que exigía el presidente Wilson, incluidas la totalidad de Bélgica y Alsacia y Lorena, eso supondría «el final de nuestra capacidad de defensa y, por tanto, nos colocaría a merced del enemigo».

El argumento favorable a una posición fuerte por parte de Alemania en el frente occidental se estaba volviendo teórico. El 8 de octubre, Wilson rechazó la nota de paz alemana. La primera condición para un armisticio, reiteró, era la evacuación de todos los territorios ocupados. La guerra no acabaría hasta que no hubiera tropas alemanas en suelo belga ni francés, ni tropas austríacas o alemanas en Serbia. Ese día, cerca de Châtel-Chéhéry, en la Argonne, entró en acción un soldado estadounidense que antes había sido objetor de conciencia por motivos religiosos, el cabo Alvin C. York. Después de que su patrulla fuera rodeada y superada en número en una proporción de diez a uno, York, sin ayuda de nadie, mató hasta veintiocho soldados alemanes, capturó a otros 132 y regresó con treinta y cinco ametralladoras. Cuando un general de división le preguntó

cuántos alemanes calculaba que habría matado, York respondió: «General, no quisiera pensar que he fallado alguno de los disparos, porque los hice todos desde bastante cerca, cuarenta y cinco o cincuenta y cinco metros.» Refiriéndose a la puntería de sus compañeros, comentó: «No le daban a nada más que al cielo.» En cambio, él era montañero. «Para mí no era ningún problema darle a unos blancos tan grandes como los del ejército —explicó—, mucho más grandes que las cabezas de los pavos.»

El mismo 8 de octubre, día de la hazaña del cabo York, los británicos lanzaron una ofensiva en un frente de algo más de treinta kilómetros, situado entre Saint-Quentin y Cambrai: la segunda batalla de Cambrai. La Fuerza Aérea británica creó una cortina de humo para el ataque, arrojando bombas de fósforo. En un solo día, tres ejércitos británicos, con el apoyo de ochenta y dos carros de combate, avanzaron cinco kilómetros y tomaron diez mil prisioneros y ciento cincuenta piezas de artillería. Una división estadounidense también avanzó hacia Cambrai y capturó mil quinientos prisioneros y treinta piezas de artillería.

Menos de veinticuatro horas después del comienzo de la nueva ofensiva, por fin la Línea Hindenburg fue invadida en su totalidad. El 9 de octubre, entraron en Cambrai las tropas canadienses. El duque de Wellington había aceptado la rendición de la ciudad ciento tres años antes, tras la derrota de Napoleón. En 1870, los alemanes la habían capturado y la habían vuelto a tener en su poder desde agosto de 1914. Entonces volvía a ser, una vez más, una ciudad francesa libre. Una división de caballería británica, en un avance sin precedentes de trece kilómetros, llegó hasta las afueras de Le Câteau y tomó quinientos prisioneros en su avance.

Los británicos regresaron a los campos de batalla de los que habían sido expulsados en 1914 y en 1915 y, una vez más, a principios de 1918, y los atravesaron casi sin detenerse. Un soldado de artillería, el coronel Alan Brooke, visitó Lens el 9 de octubre. «Cuánta ruina y desolación —escribió—. Me subí a una pila de piedras que representa el lugar donde antes estaba la iglesia y miré los escombros que había más abajo. Uno podía pasarse días allí, mirando simplemente hacia abajo, imaginando las tragedias que se han producido en cada rincón de ese lugar. Si las piedras hablaran y pudieran repetir lo que han presenciado y los pensamientos que han leído en el rostro de los moribundos, me pregunto si alguna vez habría guerras.»[3]

Al día siguiente, un oficial británico, el poeta Wilfred Owen, otra vez en las trincheras después de pasar un tiempo hospitalizado en Gran Bretaña, escribió a un amigo desde la línea del frente: «El muchacho que tenía a mi lado, herido en la cabeza, estuvo tendido sobre mí, empapándome el hombro, durante me-

dia hora.» Sin embargo, añadió Owen, se sentía «lleno de confianza» cuando, «después de tomar unas cuantas ametralladoras (con la ayuda de un angelical soldado de primera clase), mantuve una breve y gloriosa conferencia de paz en un fortín». Había disparado a un alemán con su revólver a una distancia de algo menos de treinta metros y el resto se habían rendido «con una sonrisa». Owen había estado fuera de servicio en Gran Bretaña, con los nervios destrozados, después de combatir durante seis meses en las trincheras, en 1917, pero había querido regresar, como explicaba a su madre: «Vine para ayudar a estos muchachos, directamente, dirigiéndolos lo mejor que puede hacerlo un oficial, e indirectamente, observando sus sufrimientos para hablar de ellos lo mejor que puede hacerlo un abogado defensor.» Pero la guerra en las trincheras volvió a cobrarse su cuota, como escribió después a su familia: «Tengo los sentidos carbonizados; ni siquiera me quito el cigarrillo de la boca cuando en sus cartas escribo "Difunto".»

Uno de los que murieron en combate a principios de esa semana fue Charles Read, de veintiún años. Su hermano Herbert, escritor y poeta, que había luchado en el Somme, intentó expresar sus sentimientos, mezcla de dolor y orgullo:

I curse the fate that sent us
a tortured species down the torrent of life
soul-exposed to the insensate shores
and the dark fall of death.

***

All the world is wet with tears
and droops its languid life
in sympathy.
But death is beautiful with pride: the trees
are golden lances whose brave sway
assails the sadness of the day.[4]

En el mar, la guerra continuó, implacable: el 10 de octubre, un submarino alemán hundió el transbordador *Leinster*, que iba de Kingstown a Holyhead; se ahogaron 176 pasajeros y tripulantes, incluidos varios estadounidenses.

El 10 de octubre, se anunció que habían muerto en Francia, durante los dos meses anteriores, veinte mil soldados estadounidenses, pero no en la batalla, sino de gripe y neumonía. Incluso mientras los ejércitos se preparaban para lo que los aliados calculaban que sería la batalla definitiva, la muerte acechaba

sus filas desde dentro. Pero era difícil sofocar la excitación que despertaba la inminente victoria. En el frente de Allenby, Damasco había caído nueve días antes y una división india había entrado en Beirut el 8 de octubre.

En Serbia se estaban produciendo unos acontecimientos dramáticos, después de tres años de ocupación austríaca. La 9.ª División austríaca, compuesta fundamentalmente por bohemios y moravos, mostraba simpatía hacia los serbios, eslavos como ellos, y había dejado de ser una fuerza de combate efectiva. El 10 de octubre, las fuerzas serbias entraron en Nis, después de avanzar más de doscientos cincuenta kilómetros en veinticinco días. La ciudad había sido defendida por tropas alemanas. Cerca de Prizren, un cuerpo del ejército alemán se dio por perdido en las montañas, mientras trataba de llegar hasta la costa albanesa.

Todos los países de la línea aliada estaban avanzando. El 10 de octubre, el Primer Ejército estadounidense, a las órdenes de Pershing, finalmente consiguió echar a los alemanes del bosque de la Argonne. Sin embargo, la batalla no salió tan bien para los estadounidenses como ellos habían esperado y no se produjo un gran avance. Las municiones, los víveres y otras provisiones esenciales seguían retenidos por culpa de los atascos en las carreteras. Además, la escasez de caballos se había agudizado. Pershing calculaba que le faltaban por lo menos cien mil caballos, pero cuando preguntó a Foch si Francia podía proporcionarle veinticinco mil, le dijeron que se los pidiera a Estados Unidos, lo cual era imposible, porque no había suficiente espacio para transportarlos. «La situación animal pronto será desesperada», informó el oficial de Pershing encargado de los suministros.

En respuesta a las dificultades de suministro de los estadounidenses, Pétain sugirió que se disolviera el Primer Ejército de Pershing, que el esfuerzo estadounidense se limitara a cuerpos y divisiones y que las divisiones que no pudieran recibir los suministros adecuados se repartieran «entre los ejércitos franceses». De las treinta divisiones estadounidenses aptas para combatir, diez ya estaban sirviendo con las fuerzas francesas y las británicas, a las órdenes de comandantes franceses y británicos, y sólo había veinte a las órdenes de Pershing. Pero Pershing y su Primer Ejército siguieron combatiendo. No iban a disolverse ni a aceptar ser derrotados por problemas de suministro.

El 11 de octubre, las fuerzas alemanas comenzaron a retirarse sistemáticamente del frente occidental, pero todavía no habían dejado de combatir y, el 12 de octubre, Hindenburg trató de fortalecer su resistencia anunciando que la concesión de condiciones favorables para Alemania en un armisticio depende-

ría de una eficaz resistencia militar en el frente. Ese día, el gobierno alemán aceptó las condiciones para la negociación del presidente Wilson, la completa retirada de sus tropas de Francia y Bélgica. Cuando se enteró de la noticia en Constantinopla, el sionista Arthur Ruppin, que había nacido en Alemania, apuntó en su diario que había salido «a dar un largo paseo y constantemente me repetía a mí mismo una sola palabra: "¡Paz!" ¡Cuánto significa!».

Pero el entusiasmo de Ruppin, como el de millones más, fue prematuro. Antes de que Wilson recibiera de Alemania la aceptación de sus términos, los británicos y los franceses comenzaron una nueva ofensiva dentro de Bélgica, entre Dixmude y Courtrai. Para apoyarla, los bombarderos estadounidenses atacaron las líneas de comunicación alemanas en plena Bélgica. En cinco días, la nueva ofensiva había avanzado casi treinta kilómetros y había tomado doce mil prisioneros y quinientas cincuenta piezas de artillería.

Las tropas alemanas siguieron combatiendo por las ciudades francesas que tenían bajo su control, poco dispuestas a retirarse sin luchar de regiones que habían dominado durante más de cuatro años, pero, el 13 de octubre, las fuerzas francesas a las órdenes del general Debeney y el general Mangin las expulsaron de la ciudad de Laon, liberaron a seis mil quinientos civiles franceses y avanzaron triunfalmente hacia el norte. La liberación de Laon fue decisiva, por tratarse de una ciudad que tan a menudo había oído el fragor de los cañones durante las batallas anteriores, pero que había enfrentado la humillación de la ocupación durante más de mil quinientos días.

En una reunión que se celebró en una residencia particular en Danny, en Sussex, el 13 de octubre, Lloyd George comunicó a sus principales asesores militares y navales y a varios ministros importantes del gabinete sus temores de que, si Alemania obtenía «un respiro» como consecuencia del armisticio, «podrían ganar tiempo para reorganizarse y recuperarse». Según consta en las actas de la reunión, a continuación «planteó la cuestión de si en realidad la derrota militar de Alemania y hacer que el pueblo alemán probara realmente lo que era la guerra no era más importante, desde el punto de vista de la paz mundial, que una rendición en ese momento, cuando los ejércitos alemanes todavía estaban en territorio extranjero».

En Berna, sir Horace Rumbold, que había trabajado en la embajada de Berlín en 1914, también estaba preocupado porque los alemanes firmaran la paz demasiado pronto. «Sería una pena muy grande —escribió al Ministerio de Asuntos Exteriores el 14 de octubre— que tuviéramos que retirarnos antes de machacarlos por completo en el frente occidental. Deberíamos pillarlos en su maldito país, porque ésa será la única manera de que ellos y sus habitantes se en-

teren de lo que significa una guerra.» Esa mañana, uno de los alemanes que resultaron heridos en el saliente de Ypres fue el cabo Hitler, que quedó ciego temporalmente como consecuencia de una granada de gas británica, cerca de la aldea de Wervik; lo evacuaron a un hospital militar en Pasewalk, en Pomerania.

Ese mismo día, el Primer Ejército estadounidense, con el bosque de la Argonne a sus espaldas, reanudó su ofensiva en el Mosa. Al principio, la batalla no salió bien. «Espero mejores resultados mañana —escribió Pershing en su diario esa noche y añadió—: No hay ningún motivo concreto para esperar algo así, salvo que, si seguimos machacando, los alemanes se verán obligados a ceder.» Pero los alemanes siguieron bombardeando las posiciones estadounidenses con proyectiles explosivos de alta potencia y con granadas de gas y combatiendo por cada metro de terreno. El 15 de octubre, cuando Pershing visitó las tropas de la 3.ª División y después descansó en Montfaucon, las encontró «desorganizadas y aparentemente desalentadas».[5]

Con más de un millón de hombres a sus órdenes y un frente de algo más de ciento treinta kilómetros, Pershing dividió su ejército y creó un Segundo Ejército, pero sus problemas seguían siendo graves. La escasez de caballos inmovilizaba a la artillería. Se calculaba que cien mil hombres habían quedado «rezagados» y vagaban detrás de las líneas, lejos de las unidades que los necesitaban para tener la fuerza necesaria para atacar. Algunos hombres se escondían en refugios subterráneos; el comandante de la 3.ª División autorizó que se arrojaran bombas dentro de los refugios subterráneos, si sus hombres se negaban a salir.

Las muertes provocadas por la gripe siguieron aumentando. El 15 de octubre, se anunció que mil quinientos berlineses habían muerto de la enfermedad. Cuatro días después, murió de gripe en el frente occidental el as de la aviación canadiense, el capitán Quigley, que había abatido treinta y cuatro aviones alemanes. No sólo Europa, sino también África y Asia, se vieron afectadas. En Bombay murieron más de un millar de indios. En Estados Unidos, la cifra de muertos seguía subiendo. En Viena, uno de los que sucumbieron a la epidemia fue el pintor expresionista Egon Schiele, de veintiocho años. En Londres, murieron ese mes 2.225 personas de «gripe española», como se la conocía, en una sola semana; la cifra supera el total de muertes producidas en cuatro años de ataques de los zepelines y los aviones alemanes.

El 14 de octubre, los aliados reconocieron en París al Consejo Nacional de Checoslovaquia (un grupo de audaces exiliados encabezado por Thomas Ma-

saryk) como gobierno provisional de una futura Checoslovaquia. Dos días después, en un intento desesperado por mantener la unidad del imperio de los Habsburgo, el emperador Carlos ofrecía una libertad federal absoluta a las principales nacionalidades principales de Austria: checos, eslovacos, polacos, croatas, eslovenos, serbios y rumanos. Esa oferta tardía, como ha escrito la historiadora Elizabeth Wiskemann, «la hacía una voz que hablaba desde la tumba». Aunque estaban buscando una manera de apaciguar a los aliados, los austríacos no pudieron armarse de suficiente valor para separar de Hungría las zonas predominantemente rumanas de Transilvania para dárselas a Rumania.Cuatro días después del ofrecimiento del emperador, se asestó el golpe decisivo a la supervivencia de Austria-Hungría, cuando el presidente Wilson insistió en que la «autonomía» de los pueblos sometidos ya no bastaba para satisfacer sus derechos nacionales. Wilson reclamaba entonces que Estados Unidos había contraído obligaciones con respecto a los checoslovacos y los pueblos eslavos del sur, que iban más allá de la autonomía o de una aglomeración federal, dentro del imperio.

Mientras las ofertas y las contraofertas territoriales afectaban unas esperanzas nacionalistas que databan de tiempo inmemorial, continuaban los combates en el frente occidental. El 16 de octubre, al tiempo que los estadounidenses volvían a avanzar en el Mosa, una brigada al mando de Douglas MacArthur luchaba por apoderarse de la Côte de Châtillon. Después de tomar la colina, la brigada repelió varios intentos alemanes por recuperarla. En un batallón al mando del comandante Ross, el cabo Joseph E. Pruett, atacó él solo un puesto de ametralladoras alemán y después, emulando a Alvin York, capturó a sesenta y ocho soldados alemanes. MacArthur recordaba después la ferocidad de la lucha. «Caían los oficiales y los sargentos asumían el mando —escribió—. Las compañías se iban reduciendo hasta convertirse en pelotones, de los que se hacían cargo los cabos. Al final, al comandante Ross apenas le quedaron trescientos hombres y seis oficiales, de los 1.450 hombres y los veinticinco oficiales que tenía», pero conservaron la colina. «Unas perspectivas turbias, se mirara por donde se mirase —escribió ese día el comandante de una compañía alemana—. ¿Habrá sido todo realmente en vano? Un final tan lamentable.»

El 17 de octubre, avanzando al sur de Le Câteau sobre un frente de dieciséis kilómetros, las tropas estadounidenses tomaron cinco mil prisioneros y sesenta piezas de artillería. Ese mismo día, las fuerzas británicas ocuparon la ciudad de Lille sin disparar ni un solo tiro. La marina alemana evacuó Ostende y Zeebrugge. Pero, en el preciso momento en que todo parecía perdido para las

potencias centrales, dio la impresión de que algunos líderes alemanes se alejaban de la realidad. El gran almirante Tirpitz escribió ese día al príncipe Max, pidiéndole encarecidamente un «refuerzo decidido» del frente occidental con todos los hombres disponibles y el «cumplimiento implacable» de la campaña de submarinos: «Todos los alemanes deben comprender que, si no seguimos combatiendo, caemos a la altura de esclavos a sueldo de nuestros enemigos.» Cuando el káiser lo llamó para consultarle la respuesta que había que dar al presidente Wilson, Ludendorff declaró que el ejército alemán podía y debía seguir luchando. Una gran avance aliado era, según dijo, «poco probable». Faltaba un mes para que el invierno interrumpiera la batalla. Una hábil retirada a una línea nueva, con base en Amberes y el río Mosa, brindaría al ejército alemán la posibilidad de hacer planes para una ofensiva contra la línea aliada en la primavera de 1919.

El príncipe Max no estaba convencido, pero Ludendorff no tenía ninguna duda. En la ofensiva alemana de la primavera de 1919, dijo, Bélgica debía volver a ser un campo de batalla, «de modo que 1914 sea un juego de niños en comparación». El ministro de Guerra alemán, el general Heinrich Scheüch, dijo que probablemente pudiera proporcionar hasta seiscientos mil refuerzos para la batalla de 1919, pero a continuación advirtió que, si Alemania dejaba de recibir petróleo de Rumania, el ejército alemán sólo podría seguir combatiendo seis semanas más. Ésa fue la primera nota de realismo en las conversaciones de ese momento. Una segunda nota por el estilo llegó al día siguiente, 18 de octubre, del príncipe Ruperto de Baviera, que en una carta al príncipe Max describía las espantosas condiciones de sus tropas, que carecían del apoyo de la artillería, municiones, combustible, caballos y oficiales, y llegaba a la conclusión de que «tenemos que conseguir la paz antes de que el enemigo penetre en Alemania.»

El 18 de octubre, Haig, que antes confiaba en alcanzar la victoria en 1918, dijo a un comité del gabinete de guerra que Alemania sería capaz de defender sus nuevas líneas en el frente occidental hasta bien entrado 1919. Sin embargo, la capacidad bélica de Alemania estaba casi exhausta. Ese día, según las condiciones del armisticio del 30 de septiembre, salieron de Bulgaria las últimas tropas alemanas. Al día siguiente, mil doscientos asesores y especialistas militares alemanes comenzaron a abandonar Mesopotamia, junto con sus aviones, sus piezas de artillería y su transporte. En el centro de Serbia, ocupado por los austríacos, seguían en acción algunas unidades alemanas, contraatacando a las fuerzas serbias en Paracin, pero la mayoría de las fuerzas alemanas que habían estado

en el frente de Salónica continuaban avanzando a través de las montañas hacia el Adriático.

Ese día, en una medida que echó por tierra la esperanza alemana, abrigada durante tanto tiempo, de poner a Gran Bretaña de rodillas mediante la guerra en el mar, el almirante Scheer ordenó a todos los submarinos alemanes que regresaran a sus bases en Alemania. El último torpedo fue disparado por un submarino alemán el 21 de octubre, cuando se hundió en el mar de Irlanda un pequeño buque mercante británico, el *Saint Barcham*, y se ahogaron ocho tripulantes. Fueron los últimos de los 318 marinos mercantes británicos que murieron ese mes.

La totalidad de la costa belga estaba entonces en poder de los aliados, pero el gobierno alemán todavía se resistía a lo inevitable. El 22 de octubre, el príncipe Max insistió en que Alemania no aceptaría «una paz de violencia». Las indemnizaciones se habían convertido en un nuevo elemento de las discusiones del armisticio: esa semana, el gobierno belga anunció que exigiría a Alemania casi cuatrocientos millones de libras esterlinas como compensación por los daños que había sufrido.[6] Para tratar de reducir el creciente descontento y el republicanismo que reinaban en Alemania, el káiser acordó una amnistía general para los presos políticos. Liebknecht, implacable opositor de la monarquía, fue uno de los liberados. Más de veinte mil personas acudieron a la estación de Berlín para darle la bienvenida. Lenin, que observaba los acontecimientos desde Moscú, declaró, triunfal: «Hace tres meses, la gente reía cuando decíamos que podía haber una revolución en Alemania.»

El 23 de octubre, se produjo un motín en el ejército austríaco en Italia, cuando las tropas croatas que estaban detrás de las líneas tomaron el puerto de Fiume. El motín fue reprimido. Lo que resultó mucho más perjudicial para la estructura del imperio que ningún motín croata fue que, el 25 de octubre, el líder nacionalista húngaro, el conde Michael Karolyi, estableciera un Consejo Nacional Húngaro en Budapest, como preludio a la total separación de Austria y Hungría.

Durante todo octubre, desde su lejana posición estratégica de Estados Unidos, el presidente Wilson seguía estando en el centro de las conversaciones sobre el armisticio. En su nota más reciente, enviada a Washington el 20 de octubre (aunque allí no se recibió hasta el día 22), el gobierno alemán aceptó renunciar a la guerra de submarinos. El 23 de octubre, al enviar la nota otra vez al otro lado del Atlántico, a Clemenceau y a Lloyd George, Wilson sugirió a los aliados que prepararan sus condiciones para el armisticio.

Wilson ocupaba una posición de bastante fuerza. El papel que podía desempeñar en el futuro el ejército estadounidense en el campo de batalla preocupaba mucho a los alemanes. El 24 de octubre, el izquierdista *Arbeiter Zeitung* llamaba la atención de sus lectores hacia el hecho de que cada día llegaban a Europa diez mil soldados estadounidenses «vigorosos, bien alimentados y bien equipados», que sumaban trescientos mil cada mes, y a continuación preguntaba: «El pueblo, ¿quiere seguir la guerra en esas circunstancias y sacrificar la vida de muchos cientos de miles de hombres, destruyendo así lo que queda de la población masculina de una nación y poniendo en peligro su futuro?» Un año antes, incluso tres meses antes, una pregunta así habría sido una traición; en ese momento, parecía una cuestión de sentido común.

Los cuatro principales comandantes aliados, Foch, Haig, Pétain y Pershing, se reunieron en Senlis, el 25 de octubre, para debatir cuáles serían sus exigencias para un armisticio. Lo que más preocupaba a los generales era que Alemania no pudiera reanudar los combates en una fecha futura, después del armisticio, tal vez a principios de la primavera. Para evitarlo, insistieron en que se entregaran a los aliados toda la artillería y todas las reservas ferroviarias, pero no se ponían de acuerdo sobre si los alemanes en realidad estarían dispuestos a rendirse en esas condiciones. Haig seguía pensando que, si bien los alemanes habían salido muy perjudicados de las últimas batallas, no habían sido derrotados y que serían capaces, al replegarse, de crear una línea del frente nueva y efectiva; en cambio, en opinión de Haig, los ejércitos aliados estaban «bastante agotados». A continuación, se refirió al ejército estadounidense en términos que disgustaron a Pershing. «Todavía no estaba organizado, todavía no estaba formado y había sufrido mucho por su desconocimiento de la guerra moderna.» En la siguiente batalla, «no se puede contar mucho con él».

Pasando por alto esa crítica, Pershing señaló que, puesto que las líneas de suministro estadounidenses se extendían casi cinco mil kilómetros a través del Atlántico, los términos del armisticio deberían incluir la rendición de todos los submarinos alemanes. En eso estuvieron de acuerdo. Foch, poniendo en duda la opinión de Haig de que los alemanes todavía no habían sido derrotados, destacó que, desde el 15 de julio, más de doscientos cincuenta mil soldados alemanes habían sido tomados prisioneros y que se habían capturado cuatro mil piezas de artillería. El ejército alemán se estaba retirando a lo largo de todo el frente. No sólo era un ejército que había sido «derrotado todos los días durante tres meses», sino que, además, era «un ejército que está totalmente derrotado, física y moralmente».

El Alto Mando alemán era de la misma opinión; sin embargo, en Spa, Hin-

denburg y Ludendorff, consternados ante la insistencia de Wilson para que Alemania expusiera sus condiciones para el armisticio, estaban a punto de emprender un último acto de desafío. Volviendo la espalda a la demanda de Wilson, prepararon una carta circular, que enviaron por telegrama a los comandantes de todos los grupos de ejército, diciendo que las condiciones del armisticio eran indignas de Alemania e inaceptables para el ejército y ordenándoles «combatir hasta el final». La demanda de Wilson no era «para nosotros, militares, más que un desafío para que continuemos nuestra resistencia con todas nuestras fuerzas». Ningún sacrificio aliado lograría «la ruptura del frente alemán». Tras la protesta del comandante de un ejército, el telegrama fue retirado, pero no sin que un operador militar de radio, que resultó ser miembro del Partido Socialista Independiente, hubiera transmitido el texto desde Kaunas, donde lo recibió, a los miembros de su partido en el Reichstag.

El 24 de octubre, comenzó otra ofensiva aliada en el frente italiano. Para empezar, mil cuatrocientos cañones bombardearon las posiciones austríacas en torno al monte Grappa. Cincuenta y una divisiones italianas participaron en la reanudación del ataque, junto con unidades británicas, francesas, checoslovacas y estadounidenses. La defensa austríaca fue tenaz, sin embargo; sus setenta y tres divisiones todavía no estaban dispuestas a rendirse.

En el Piave, las tropas británicas participaron en un feroz combate por la isla de Papadopoli. Eran veteranos del frente occidental, lo cual les proporcionó una perspectiva determinada. «En esta ocasión —ha escrito uno de sus capellanes—, la novedad de la empresa contribuyó de forma considerable a aliviar la tensión. Un ataque de trincheras en Francia tenía algo de espantoso e inhumano. El barro, los pasos de tablones, los caballos muertos que uno encontraba al subir, el rugido y el estruendo escalofriantes de los cañones, todo se combinaba para producir una especie de efecto extraño, que sólo se podía soportar si uno no daba demasiadas vueltas a la situación. En esta ocasión, sin embargo, la situación era bastante diferente. Hacía meses que los activistas del batallón venían buscando pelea. Todos los cañones estaban en silencio, las avenidas de árboles estaban todas engalanadas con la gloria de su follaje otoñal. Por encima de todo, el elemento de aventura que suponía cruzar el río y el hecho de que estuviéramos combatiendo contra un enemigo al que al final habíamos llegado a despreciar se combinaron para liberar a los hombres de la carga de opresión que hasta el corazón más fuerte había sentido un año atrás en la colina de Passchendaele.»

Crosse añadió: «Los hombres habían salido a acabar la guerra, a asestar a los

austríacos un golpe fulminante, por todos los delitos que habían cometido desde el fatídico asesinato de Sarajevo, y todo el mundo pensaba que, aunque la expedición era arriesgada, valía la pena correr el riesgo.»[7] La isla de Papadopoli fue capturada, pero las fuertes lluvias y las inundaciones impidieron que se siguiera avanzando. Ese día, en las montañas, los italianos volvieron a capturar el monte Asolone, que los austríacos habían capturado un año antes y después habían perdido.

En Alemania, el 25 de octubre, los periódicos publicaron el telegrama enviado desde Spa y después cancelado que incitaba a «combatir hasta el final». Enfurecido, el príncipe Max fue a ver al káiser para exigir la renuncia de Ludendorff o la del gobierno en pleno. Ludendorff fue a Berlín a ver al káiser y exigió que se rechazara la última nota de Wilson. Si el pueblo, en el frente interno apoyara al ejército en el campo, dijo, «se puede mantener la guerra durante algunos meses».

Ludendorff contaba con el apoyo de Hindenburg y, sobre todo, con el del jefe del Estado Mayor de la Marina, el almirante Scheer. También lo apoyaba el nuevo ministro de Guerra, el general Scheüch. Pero el káiser estaba enfadado porque Ludendorff hubiese enviado el telegrama directamente a las tropas y, en un momento dado, le gritó, con rabia y sarcasmo: «Excelencia, debo recordarle que está usted en presencia de su Emperador.»

Al darse cuenta de que ya no había manera de continuar la guerra ni de que le permitieran continuarla, Ludendorff renunció. La nación guerrera había perdido a su señor de la guerra. Hindenburg, que era una figura decorativa, continuó, porque el káiser se negó a aceptar la renuncia que le ofreció. Pero el propio káiser, el máximo señor de la guerra, también se había convertido en una figura decorativa, mientras el gobierno del príncipe Max seguía buscando unas condiciones aceptables para los aliados. El sucesor de Ludendorff como Primer Intendente General, el general Groener, era realista y reconocía que Alemania había perdido su capacidad para seguir combatiendo.

En el frente turco, las fuerzas árabes a las órdenes del *sharif* Hussein habían llegado a las afueras de la ciudad de Alepo, la ciudad árabe más septentrional de Siria. El ejército de Allenby también se encontraba cerca y sus soldados de caballería estaban ansiosos por coronar su paso por Siria con la captura de la ciudad. Defendía Alepo Mustafá Kemal. El 25 de octubre, cuando los árabes que había dentro de la ciudad iniciaron una revuelta, decididos a dar la bienvenida a sus liberadores como hombres libres, Kemal exhortó a sus tropas a luchar ca-

lle por calle. El comandante de las fuerzas árabes que se enfrentaban a él en esa lucha era un ex oficial del ejército turco, Nuri es-Said.[8]

Al anochecer, Kemal se dio cuenta de que no había nada que hacer para conservar ese último bastión meridional del imperio otomano y ordenó a sus tropas que se retiraran. Era consciente de que cualquier otro avance árabe o aliado llegaría hasta el interior de Turquía. A tan sólo ocho kilómetros al norte de Alepo, se dio la vuelta, no sólo para enfrentar el avance del enemigo sino, de hecho, para trazar la futura frontera meridional de Turquía. En Haritan, donde se dio la vuelta para luchar, tres mil soldados turcos y alemanes bajo su mando detuvieron a la guardia de avanzada del ejército de Allenby, obligando a retirarse a dos unidades de caballería indias, los Lanceros de Jodhpur y los de Mysore.

En el frente italiano, los austríacos seguían defendiendo sus posiciones montañosas metro a metro, pero el primer indicio de desintegración se observó el 26 de octubre, cuando tres divisiones húngaras solicitaron ser enviadas otra vez a Hungría. Se accedió a su solicitud y, al cabo de veinticuatro horas, se habían marchado. Turquía, el tercer brazo de las potencias centrales, también estaba desorganizada. La caballería de Allenby entró en la ciudad de Alepo, en el norte de Siria, el 26 de octubre. Los turcos se retiraron hacia Anatolia. En el frente de Mesopotamia, un millar de soldados de caballería británicos habían avanzado más de ciento treinta kilómetros en dos días.

El 26 de octubre, tres negociadores turcos llegaron a la isla de Mudros, en el Egeo, para comenzar las conversaciones del armisticio. Los acompañaba el general Townshend, al que habían mantenido cautivo en Constantinopla desde la caída de Kut, hacía dos años y medio, y al que los turcos pidieron que los ayudase a obtener un armisticio. Las conversaciones se celebraron a bordo del acorazado *Agamemnon*, que tres años y medio antes había sido uno de los buques de guerra británicos que bombardearon los Dardanelos. Lo mismo que ocurrió en el frente occidental ocurrió también en el Egeo: el comienzo de las conversaciones no coincidió con la interrupción de los combates.

Cuarenta y ocho horas después de la llegada de los negociadores turcos a Mudros, las tropas británicas llegaron al puerto de Alexandroúpolis, en Bulgaria, a dieciséis kilómetros de la frontera con Turquía, con la intención declarada de invadir la Turquía europea. Otras tropas británicas se aproximaban a Adrianópolis, una antigua ciudad turca que había sido cedida a Bulgaria en 1913.

Los combates y las conversaciones continuaron de forma conjunta en todos los frentes. En el frente italiano, había comenzado una lucha feroz. Un con-

traataque austríaco capturó a seiscientos italianos. El 27 de octubre, tropas italianas y británicas lograron atravesar el Piave. Fue el momento decisivo de la batalla, en la que cayeron prisioneros más de siete mil austríacos. Corrían vientos de amotinamiento, ya que partes de dos divisiones austríacas se negaron a contraatacar. El emperador se dio cuenta de que no podía esperar más que retiradas, repliegues y huidas. «Mi pueblo no es capaz ni está dispuesto a continuar la guerra —telegrafió al káiser ese día y añadió—: He tomado la decisión inalterable de pedir la paz por separado y un armisticio inmediato.»

No eran los austríacos los únicos que no estaban dispuestos a continuar la guerra ese día. A bordo de la flota alemana de alta mar, la orden de hacerse a la mar para intentar un último ataque desesperado a la flota británica exaltó al Almirantazgo cuando fue descifrada en Londres, pero los marinos alemanes se negaron a obedecerla. El almirante Scheer hizo todo lo posible por convencer a sus hombres para que combatieran. «Si la flota libra una batalla honorable, aunque sea una lucha a muerte, sembrará la semilla de una nueva flota alemana del futuro —dijo—. No puede haber futuro para una flota prisionera de una paz deshonrosa.»

Pero no hubo manera de convencer a los marinos. «No nos hacemos a la mar, para nosotros la guerra ha terminado», gritaban. Cinco veces se dio la orden de zarpar y cinco veces la desobedecieron. Los fogoneros que iban a bordo de los barcos que estaban en el mar apagaron el fuego de las calderas. Fueron arrestados un millar de amotinados, con lo cual la flota quedó inmovilizada. «Nuestros hombres se han rebelado —escribió en su diario el comandante de la flota, el almirante Von Hipper— y yo no podría haber llevado a cabo la operación, aunque las condiciones meteorológicas lo hubiesen permitido.» Enfadado porque la Armada Imperial no se hubiese enfrentado a los británicos ese día, el antiguo jefe del Estado Mayor de la Marina, el almirante Tirpitz, escribió retrospectivamente: «El pueblo alemán no comprende el mar. En la hora de su destino, no utilizó su flota. [...] Si nuestros nietos serán capaces de reanudar la tarea permanece oculto en la oscuridad del futuro.»

En el frente occidental, el 27 de octubre, una batería de artillería estadounidense se desplazaba de una zona a otra de la línea del frente cuando, como recordaba después su comandante, el capitán Harry Truman, «se distribuyó a lo largo de la línea la edición francesa del *New York Herald*. Los titulares en negrita nos informaron de que el armisticio estaba en marcha. Justo entonces estalló un obús alemán a la derecha de la carretera y otro a la izquierda». Un sargento comentó: «Capitán, esos condenados alemanes no han leído el periódico.»

El 28 de octubre, Austria solicitó un armisticio a los aliados. Los protagonistas del confiado inicio de las hostilidades contra Serbia en 1914 ya no podían más, ni desde el punto de vista militar ni desde el político. Durante el día, los italianos tomaron tres mil prisioneros austríacos en el Piave. Por la noche, el ejército austríaco recibió órdenes de retirarse. En el puerto de Pola, en el Adriático, cuatro jóvenes oficiales navales austríacos subieron a bordo de un submarino alemán y pidieron que los llevaran a Alemania. «¿Para qué?», les preguntaron. «¡Quisiéramos seguir combatiendo por Alemania hasta el final!», respondieron.

En Praga, la solicitud austríaca de un armisticio provocó el recrudecimiento definitivo de la actividad nacionalista checa. Reunido en la Sala Gregor, el Consejo Nacional de Checoslovaquia, formado allí tres meses antes, asumió las funciones del gobierno, ordenó por teléfono a los oficiales austríacos que estaban en el castillo de Hradcany que les entregaran el poder, se hizo cargo del control de las calles y proclamó la independencia del estado checo. Esa noche, las tropas austríacas que estaban en el castillo depusieron las armas y los funcionarios públicos, la pluma. Sin fronteras, sin reconocimiento internacional, sin la aprobación de Viena, con poco más que una capital bajo su control, había surgido una entidad nacional checa.

El 29 de octubre, mientras las tropas austríacas se replegaban del Piave al Tagliamento, más de seiscientos aviones italianos, franceses y británicos atacaron las largas columnas de hombres, suministros y piezas de artillería que se retiraban lentamente. Fue un bombardeo despiadado, contra el cual los austríacos no tenían protección. Sólo la Fuerza Aérea británica arrojó varios miles de bombas y disparó más de cincuenta mil balas contra el ejército en retirada. Un oficial británico de diecinueve años, Bernard Garside, recordaba después su llegada al escenario del ataque aéreo: «A lo largo de toda la carretera, había vehículos destrozados con todo desparramado, caballos muertos, a veces con las extremidades arrancadas o las tripas desgarradas, cadáveres humanos en la carretera y en los campos adonde habían corrido para huir de las ametralladoras y las bombas de los aviones, todo el contenido de sus bolsillos desparramado, por alguna razón. No quiero ahondar demasiado en los detalles de lo que vi, pero fue terrible.» Fue una repetición del ataque a las fuerzas turcas cuando se retiraron al río Jordán, un mes antes.

El armisticio austríaco no entraría en vigor hasta el 4 de noviembre. Mientras tanto, continuó la retirada y, con ella, el bombardeo aliado.

En el frente occidental, el general Pershing seguía preocupado porque Ale-

mania fuera capaz de reanudar la guerra en primavera. Su opinión, expresada el 30 de octubre, era que los aliados debían seguir avanzando hasta que el ejército alemán se rindiera. «Un armisticio —advirtió— levantaría la moral del ejército alemán (que entonces estaba por los suelos) y le permitiría reorganizarse y resistir más adelante.» Pero la petición de Pershing de una rendición incondicional fue desestimada por Lloyd George y Clemenceau, que entonces confiaban en imponer a Alemania unas condiciones duras, casi agobiantes, aunque su ejército no depusiera las armas en el campo de batalla. Foch tampoco temía un renacimiento militar alemán como el que temía Pershing. «Yo no hago la guerra porque sí —dijo Foch al coronel House, el emisario de Wilson—. Si mediante el armisticio consigo las condiciones que queremos imponer a Alemania, me quedo satisfecho. Una vez alcanzado ese objetivo, nadie tiene derecho a derramar ni una gota más de sangre.»

Las conversaciones del armisticio con Alemania continuarían y los combates, también. El 30 de octubre, Tirpitz escribió al príncipe Max: «El enemigo, que bien puede calcular nuestra fuerza, no nos tratará con más clemencia si nos desarmamos de forma prematura, sino con mayor dureza y brutalidad, puesto que a la sensación de victoria se añadirá un sentimiento de desprecio hacia nosotros.» Tirpitz confiaba en que, si Alemania decidía rechazar las condiciones de los aliados, «la necesidad urgente de reanudar la lucha tendrá el máximo efecto psicológico» en beneficio de Alemania. Si Alemania rechazaba las condiciones de paz propuestas, creía que las «masas de los pueblos enemigos, cansadas de luchar», sufrirían «una terrible desilusión», que coincidiría con «la creciente fuerza de la resistencia heroica en nuestro frente». El príncipe Max rechazó ese llamamiento a continuar la confrontación y prolongar la guerra.

Continuaron los combates en el frente occidental. Uno de los soldados británicos que combatieron los últimos días de octubre fue el poeta Wilfred Owen, que atravesó con su batallón algunas aldeas francesas de las cuales los alemanes acababan de retirarse. Owen lamentaba que los dirigentes aliados hubieran rechazado los anteriores intentos de negociación de los alemanes. «Aquí los civiles son desdichados, están sucios y se arrastran, algunos nos tienen miedo a nosotros y no me extraña, después del bombardeo que les lanzamos hace tres semanas —escribió a su colega, el poeta Siegfried Sassoon, el 29 de octubre—. ¿Te he contado que cinco niñas sanas murieron de miedo una noche, en la última aldea? Eso significa que los que en Inglaterra y Francia están frustrando una retirada pacífica del enemigo de esas zonas ahora están sacrificando a nuestras armas a ancianos campesinos franceses y encantadores niños franceses. En este

preciso momento, los proyectiles fabricados por las mujeres en Birmingham están enterrando a niños pequeños que viven por aquí.» Corría el rumor de que Austria se había rendido. «Los soldados recién llegados gritan con entusiasmo cuando oyen esos rumores, pero los veteranos muerden la pipa y siguen limpiando su fusil, incrédulos.»

La guerra seguiría, aunque el ejército alemán y el austríaco se estuvieran retirando y aunque se liberaran zonas que habían estado bajo control alemán durante cuatro años. El 30 de octubre, el coronel Alan Brooke visitó el cementerio militar de Douai, mantenido por el ejército alemán desde finales de 1914, y vio «que todas las tumbas, francesas, inglesas, rusas, italianas y alemanas, están igual de bien cuidadas». En medio del cementerio, los alemanes habían levantado un gran monumento de piedra. «En las tres piedras angulares, hay tres medallones con las tres divisas, la francesa, la inglesa y la alemana, cada una mirando hacia el país respectivo.» En la parte superior de cada frente, estaba escrito *«Pro Patria»* y en la parte inferior de cada lado, grabado en piedra:

A LA MEMOIRE DES BRAVES CAMARADES
DEN GEFALLEN KAMERADEN ZUR EHRE
IN MEMORY OF BRAVE COMRADES[9]

Continuaron los combates en el frente italiano. El 30 de octubre, fueron tomados prisioneros más de treinta y tres mil soldados austríacos. En el frente occidental, una división alemana se negó a obedecer las órdenes de entrar en la batalla. En Viena, el gobierno austrohúngaro siguió tratando de conseguir un armisticio con los aliados.

El imperio de los Habsburgo se derrumbaba. Después de que, en Praga, el Consejo Nacional Checo declarara la independencia de Checoslovaquia el 28 de octubre, al día siguiente el Consejo Nacional Eslovaco se reunió en Turciansky Svaty Martin y se asoció con esa entidad que antes no existía, insistiendo, al mismo tiempo, en el derecho de «autodeterminación» de la región eslovaca.[10]

También el 29 de octubre, en Agram, el Parlamento croata declaró que Croacia y Dalmacia formaban parte, a partir de ese momento, de un «estado nacional soberano de eslovenos, croatas y serbios», un estado que, al igual que Checoslovaquia, constituía un elemento nuevo en el mapa europeo. En la ciudad eslovena de Laibach y en la capital de Bosnia, Sarajevo, unas declaraciones similares relacionaron esas regiones con el joven estado eslavo del sur: Yugoslavia. A tono con los tiempos, el nombre alemán Agram se cambió por el eslavo Zagreb y el de Laibach, por Liubliana.

El 30 de octubre, el puerto austríaco de Fiume que, dos días antes, había sido declarado (desde Agram) parte del estado eslavo del sur, declaró su propia independencia y exigió su unión con Italia. En Budapest, los húngaros aprovecharon la ocasión de conseguir su propia existencia independiente, cuando el rey-emperador invitó al conde Karolyi a formar gobierno. Así lo hizo Karolyi y después, con la aprobación de Carlos, puso fin a los vínculos que habían mantenido unidas a Austria y Hungría desde 1867 y, como muestra de la reciente independencia de Hungría, inició por su cuenta las negociaciones del armisticio con las fuerzas francesas en Serbia. Durante el 30 de octubre, cuando «Austria-Hungría» había dejado de existir, Carlos entregó la flota austríaca a los eslavos del sur y la flotilla del Danubio a Hungría. En Viena, los obreros y los estudiantes se manifestaron en contra de la monarquía. Esa noche, llegó a Italia la delegación austríaca del armisticio, a la Villa Giusti, cerca de Padua.

En el acorazado *Agamemnon*, frente a las costas de la isla de Mudros, los negociadores turcos y los británicos, encabezados por el comandante de las fuerzas navales británicas en el Mediterráneo oriental, el almirante Wemyss, elaboraban los últimos detalles del armisticio turco, que entraría en vigor el día siguiente, a mediodía. El general Townshend participó en esa derrota final para Turquía.

La firma del armisticio puso fin a la guerra en Mesopotamia, que había llevado a su antiguo ejército hasta las puertas de Mosul. Durante los cuatro años que duró la campaña británica en Mesopotamia, los muertos en acción y por enfermedades ascendieron a 1.340 oficiales y 29.769 soldados. También había acabado la guerra en Palestina y Siria; las tropas británicas ya estaban al norte de Alepo, en el límite mismo de Anatolia, en el interior de Turquía.

En virtud de las condiciones del armisticio de Mudros, Turquía tenía que permitir el acceso de los buques de guerra aliados a los Dardanelos y el Bósforo, aceptar la ocupación militar de los fuertes de los Dardanelos y el Bósforo, acceder a la desmovilización del ejército turco, liberar a todos los prisioneros de guerra y evacuar sus extensas provincias árabes que, salvo un fragmento, ya estaban en poder de los aliados. Pocos meses después, comentaba *The Times*: «Lo malo del armisticio fue que los turcos de Anatolia no cayeron en la cuenta de lo completa que había sido la derrota y de que no se había tenido en cuenta adecuadamente la seguridad de los armenios.»

El 30 de octubre, día de la capitulación de Turquía, se produjo otro acontecimiento importante: la partida del káiser de Berlín a Spa. Desde la distancia

de esa estación balnearia belga, dejó que los políticos discutieran sobre su posible abdicación en favor de su pequeño hijo y que gobernara en Alemania un Consejo de Regencia. La mayoría de los partidos políticos con representación en el Reichstag se mostraban favorables a dicha solución. Estaban de acuerdo en que el káiser tendría que sacrificarse para que su dinastía sobreviviera, pero, cuando el ministro del Interior prusiano, el doctor Drews, fue a Spa a exponérselo así al propio káiser, éste se mostró indignado: «¿Cómo es posible que un funcionario prusiano como usted concilie una misión así con el juramento que ha hecho a su rey?», preguntó.

Con el pleno apoyo de Hindenburg, el káiser se negó a abdicar. El general Groener, que también estuvo presente durante la entrevista del káiser con el doctor Drews y había hecho ruidoso hincapié (ruidoso, sí, porque Drews era duro de oído) en que su soberano no debía abdicar, tenía otra propuesta que hacer. El káiser, dijo, después de que Drews se marchara, «debería ir al frente, pero no para pasar revista a las tropas ni para condecorarlas, sino para buscar la muerte. Debía ir a alguna trinchera que recibiera todo el impacto de la guerra. Si lo mataban, sería la mejor muerte posible. Si lo herían, los sentimientos del pueblo alemán cambiarían totalmente con respecto a él». A Hindenburg la idea le pareció mala. De la opinión del káiser no se tiene constancia.

En el frente occidental, la ofensiva aliada continuó con rápidos avances en todas partes. El 31 de octubre, los británicos llegaron al río Schelde. En los demás sitios, se hacían preparativos para una ofensiva definitiva. «La vida es estupenda —escribió ese día a su familia el poeta Wilfred Owen desde su refugio subterráneo, cerca de la aldea de Ors, en el canal del Sambre, el siguiente objetivo para él y sus hombres—. Estoy más ajeno que tú, ay, madre querida, al espantoso brillo de los cañones en el exterior y al ruido hueco de los proyectiles al estrellarse. Aquí abajo no hay peligro, o, si lo hubiera, habrá acabado mucho antes de que leas estas líneas. Espero que estés tan calentita como yo. [...]»

El 31 de octubre, en el puerto de Pola, en el Adriático, los eslavos del sur tomaron posesión de los buques de guerra austrohúngaros que el emperador les había entregado. Entonces vieron con horror que un torpedero italiano, negándose a aceptar que esos buques de guerra ya no formaban parte de una flota enemiga, torpedeaba el acorazado *Viribus Unitis*, que estaba fondeado. Se ahogaron varios centenares de marinos. Ese mismo día, las tropas serbias llegaron a los altos sobre su capital, Belgrado, después de recorrer todo el camino desde el frente de Salónica en menos de seis semanas, liberando a sus pueblos y sus aldeas. Desde su posición estratégica por encima de Belgrado, podían ver una flota de barcas que transportaban a las tropas austríacas al otro lado del Danu-

bio, a la orilla húngara. Al día siguiente, abrieron fuego sobre los monitores húngaros que patrullaban el Danubio. Más de cuatro años antes, la primera guerra mundial había comenzado cuando los austríacos bombardearon las posiciones serbias en esos mismos altos.

Había prevista otra ofensiva americana para el 1 de noviembre en el Mosa. Los preparativos eran intensos, pero los hombres se mostraban indiferentes. Douglas MacArthur describió lo «sombríos que se mantenían, listos para cumplir sus obligaciones, la siguiente vez que los llamaran a la línea del frente» y que, al ver la Côte de Châtillon, que habían capturado hacía dos semanas a costa de tantas bajas, no se podían quitar de la cabeza «esos días de pesadilla». Quienes los entrenaban trataban de despertar su entusiasmo mediante consignas y exhortaciones. «¡La mejor manera de tomar las ametralladoras es ir a tomarlas! Adelante.» «No hay excusa para el fracaso.» «Nadie está nunca tan cansado como para no poder dar un paso más.»

La semana previa al ataque estadounidense, se montaron en vagones de ferrocarril tres baterías de cañones navales de 355 milímetros, el armamento habitual para un acorazado, que, desde una distancia de cuarenta kilómetros, dispararon sus proyectiles de 635 kilos sobre las defensas alemanas. Dos días antes del comienzo del ataque, los soldados de artillería estadounidenses, que utilizaban gas mostaza por primera vez en un combate, dispararon treinta y seis mil granadas de gas, cuarenta y una toneladas, contra las cuatro divisiones alemanas que tenían delante. De las doce baterías de artillería alemanas situadas en el sector más próximo a los estadounidenses, nueve quedaron destruidas. Tras una intensa barrera de artillería que duró dos horas, a primeras horas del 1 de noviembre, los estadounidenses avanzaron. Unos aviones estadounidenses volando a baja altura ametrallaron las defensas alemanas que habían sobrevivido a los bombardeos. Unos bombarderos estadounidenses volando a gran altura atacaron las líneas de comunicaciones alemanas, sus depósitos y las concentraciones de tropas detrás de las líneas.

«Por primera vez, penetramos por completo en las líneas enemigas», comentó Pershing. Los alemanes huyeron. Un soldado raso estadounidense, Rush Young, recordaba: «Por las carreteras y los campos había desparramados alemanes muertos, caballos, masas de artillería, transportes, avantrenes de cureñas para municiones, cascos, fusiles y bayonetas.» Al finalizar el día, era evidente que los alemanes no serían capaces de reagruparse ni de contraatacar. Ese mismo día, 1 de noviembre, justo al norte del Aisne, cerca de las aldeas de Banogne y Recouvrance, las tropas francesas avanzaron y entraron en

lo que había sido la primera de las tres líneas establecidas detrás de la Línea Hindenburg.

Se intensificaba la actividad política en Berlín, donde los espartaquistas demandaban con particular denuedo que se pusiera fin a la monarquía. Con respecto a esa demanda, comentó el káiser en Spa, el 1 de noviembre, a un emisario del príncipe Max: «Ni se me ocurriría abandonar el trono por unos pocos centenares de judíos y un millar de obreros —y añadió con amargura—: Dígaselo a sus amos de Berlín.» Al príncipe Max no le preocupaba la opinión del káiser. Ya había informado a Estados Unidos de que el gobierno alemán estaba esperando las condiciones del armisticio.

Como el imperio otomano, cuyo armisticio entró en vigor el 31 de octubre, los dominios de los Habsburgo también se habían desintegrado. El 1 de noviembre, la ciudad de Sarajevo, donde cuatro años y cinco meses antes había sido asesinado el heredero de los Habsburgo, se declaró parte del «Estado nacional y soberano» de los eslavos del sur. Ese mismo día, declaró su independencia el pueblo de Rutenia.[11] Estallaba la revolución en Viena y en Budapest. El ex primer ministro húngaro, el conde Tisza, había sido asesinado en Budapest por la Guardia Roja el 31 de octubre. El 2 de noviembre, los refuerzos alemanes que se enviaron desde el frente oriental al occidental se amotinaron, en lugar de entrar en acción. En Viena, un regimiento de infantería húngaro destacado en el palacio imperial de Schönbrunn desertó de su puesto y regresó a Hungría. Ese mismo día, en reconocimiento a la caída de las potencias centrales y de todo lo que representaban, el Consejo de Estado de Lituania anuló la elección del duque de Württemberg como rey.

El Consejo Supremo de la Guerra de los aliados, sospechando todavía de la voluntad alemana de llegar a un armisticio, debatió ese día y a continuación aprobó los planes para invadir Baviera en la primavera de 1919, que llevarían a cabo fundamentalmente los italianos, con algún apoyo de los franceses y los británicos. La potencia bélica de los aliados se encontraba en su apogeo: ese octubre se habían fabricado en Gran Bretaña casi cinco mil ametralladoras y, para el mes de noviembre, se habían fabricado cinco mil más.

El armisticio austríaco se firmó el 3 de noviembre y entraría en vigor al día siguiente. Continuó en Viena la revolución roja. «Está cerca el momento en que se celebre en todas partes el primer día de la revolución mundial», declaró Lenin el 3 de noviembre en Moscú, en una concentración multitudinaria en apoyo de los revolucionarios austríacos. En Kiel, tres mil marinos y obreros alemanes izaron la bandera roja. El gobernador de Kiel, el almirante Souchon, cuya artillería abrió fuego en los puertos rusos del mar Negro en 1914, con lo cual hizo entrar

a Turquía en la guerra, ordenó a los cadetes leales a su gobierno que sofocaran la revuelta. Ocho de los amotinados murieron, pero la revuelta continuó.

El 3 de noviembre, en el frente italiano, los italianos entraron en la ciudad de Trento. Uno de los trescientos mil soldados austríacos que cayeron prisioneros en Trentino fue Ludwig Wittgenstein. Ese día, los aliados aceptaron la solicitud formal alemana de un armisticio en el frente occidental, pero allí los combates continuaron, mientras que, en el frente italiano, cesaron por completo el 4 de noviembre, a las tres de la tarde. Después de cruzar el río Tagliamento justo antes de que entrara en vigor el armisticio, comentaba un capellán de la 7.ª División británica: «A la derecha se escuchaban disparos. Suponíamos que procedían del minúsculo contingente estadounidense que, a último momento, había cumplido su ambición de entrar en la línea de fuego y no estaba dispuesto a permitir que la pasividad del enemigo, impropia de unos militares, los echara de la batalla.» Esa noche, recordaba después un oficial de la artillería británica, Hugh Dalton, «el cielo estaba iluminado por hogueras y por los disparos de cohetes de colores. [...] Se oía el tañido de las campanas a lo lejos, en dirección a Treviso, y cantos y vítores por todas partes. Era una hora de perfección y de logros [...].[12]

Ese día, en el frente occidental, las tropas británicas y canadienses atacaron a lo largo de un frente de cincuenta kilómetros, entre Valenciennes y Guise. La división neozelandesa encabezó el ataque a la antigua ciudad amurallada de Le Quesnoy, situada a menos de ocho kilómetros de la frontera belga. Los alemanes defendieron la ciudad con energía y ahuyentaron a los neozelandeses, que entonces decidieron rodearla, dejarla sitiada y atacar las posiciones de la artillería alemana situadas más al este. Sin embargo, la resistencia alemana también fue intensa en las aldeas de Jolimetz y Herbignies. A continuación, los neozelandeses arrojaron panfletos en Le Quesnoy, solicitando la rendición a los soldados alemanes que había en la población, pero estos se negaron. Entonces los neozelandeses intentaron un ataque directo, utilizando en un punto una escalera de nueve metros de alto, por la cual subieron trabajosamente en fila. Al final, consiguieron entrar en la ciudad y tomaron dos mil quinientos prisioneros y un centenar de piezas de artillería.

En el ataque británico al canal del Sambre, el 4 de noviembre, los disparos de la artillería pesada y las ametralladoras alemanas impidieron que los ingenieros montaran un puente transitorio sobre el canal. Casi todos los ingenieros resultaron heridos y el canal se quedó sin puente. Se vio al poeta Wilfred Owen alentando a sus hombres para que intentaran cruzar en balsas. Un oficial de su compañía recordaba haberle oído decir: «¡Bien hecho!» y «Lo estás haciendo

muy bien, muchacho». Sin embargo, las balsas resultaron ineficaces, de modo que se montaron tablas y tablones. En el borde del agua, mientras ayudaba a sus hombres en la tarea, Owen fue alcanzado por un disparo y murió. Antes había escrito:

Voices of boys were by the river-side
Sleep mothered them; and left the twilight sad.
The shadow of the morrow weighed on men.[13]

En el lugar donde mataron a Owen, cerca de la aldea de Ors, el canal se quedó sin puente. Al final, su batallón logró cruzar por un puente que había unos cuantos kilómetros más abajo. En su tumba, en la aldea de Ors, están inscritas estas palabras, de uno de sus poemas:

Shall life renew
These bodies?
Of a truth
All death will he annul.[14]

En el poema original, la segunda frase también iba entre signos de interrogación.

Al finalizar el 4 de noviembre, las fuerzas británicas del frente occidental habían avanzado ocho kilómetros y habían capturado diez mil prisioneros y doscientas piezas de artillería. Entre los que murieron y fueron enterrados en el mismo cementerio que Owen, estaban dos de los cuatro hombres que recibieron la Cruz de la Victoria ese día: el teniente coronel James Marshall y el subteniente James Kirk. En la lápida de Marshall están escritas las palabras: «Espléndido en la muerte, cuando caíste, valiente, conduciendo el ataque.» La lápida de Kirk lleva las palabras de Jesús: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Uno de los soldados heridos el 4 de noviembre fue Carroll Carstairs, uno de los estadounidenses que se habían presentado como voluntarios para combatir con el ejército británico cuando Estados Unidos todavía era un país neutral. Este licenciado en Yale se había alistado en diciembre de 1914. Durante el ataque de noviembre, le dio en la cadera una bala de ametralladora y estuvo tendido en una trinchera poco profunda. «Gunther corrió hacia mí. Cuando me di la vuelta, cayó y vi que tenía un desgarrón en la parte trasera de la chaqueta, donde

había salido la bala. Murió casi en seguida. Un soldado raso herido de bala en los dos brazos cayó al mismo tiempo y permanecimos juntos hasta que la batalla se adelantó y aparecieron los camilleros. Como a mí me dolía mucho, no pudieron alzarme, de modo que me arrastré hasta la camilla.»

Entonces Carstairs fue transportado, escribió él después, «dos o tres kilómetros sobre terreno irregular, por dos miembros del cuerpo médico y dos prisioneros alemanes. Parecía que no íbamos a llegar nunca al final del viaje. Cada paso era una sacudida y cada sacudida, un dolor intenso. Llegamos a un lugar que parecía un campo de batalla, porque estaba lleno de heridos por todas partes, tanto británicos como alemanes. Oí que alguien decía: "Esa casa está minada", lo cual explicaba que nos dejaran al aire libre. Eran las últimas horas de la tarde. Tenía tanto frío que tenía los dedos tiesos y entumecidos y no los podía mover. Tenía chocolate con leche en el bolsillo y lo regalé. Anochecía cuando una ambulancia con caballos me recogió. Como habían volado los puentes, se utilizaban ambulancias con caballos para vadear el río».

Al llegar al dispensario, a Carstairs lo «pusieron en un patio, mientras un sacerdote decía: "¿Alguien quiere un poco de té? Si estás herido en el estómago, no bebas, porque te matará." Bebí cinco tazas y me sentí como nuevo».

El amotinamiento naval alemán se extendía detrás de las líneas. El 4 de noviembre, en Kiel, miles de marinos más, numerosos obreros de las fábricas y veinte mil tropas de la guarnición se sumaron a los tres mil amotinados del día anterior. Varios miles de marinos viajaron de Kiel a Berlín para izar allí la bandera del amotinamiento. El 5 de noviembre, los marinos de Lübeck y Travemünde se declararon partidarios de la revolución. Al día siguiente, hicieron lo mismo los marinos de Hamburgo, Bremen, Cuxhaven y Wilhelmshaven. Desde su cuartel militar en Spa, el káiser se planteó enviar tropas de combate para recuperar Kiel, pero sus allegados lo disuadieron.

El 4 de noviembre, los comandantes aliados se reunieron para planificar los siguientes ataques. Los franceses pensaban lanzar un ataque en Lorena al cabo de diez días, el 14 de noviembre. Los estadounidenses estuvieron de acuerdo en aportar seis divisiones para esa misión, siempre que constituyeran un ejército estadounidense independiente. Mientras tanto, dentro de Alemania y Austria aumentaban las llamadas a la revolución. «Alemania se ha prendido fuego y Austria arde fuera de control», comentó Lenin el 6 de noviembre, el mismo día que, en Berlín, el dirigente socialista alemán Friedrich Ebert propuso que el káiser, que todavía estaba en Spa, abdicara «hoy o, a más tardar, mañana».

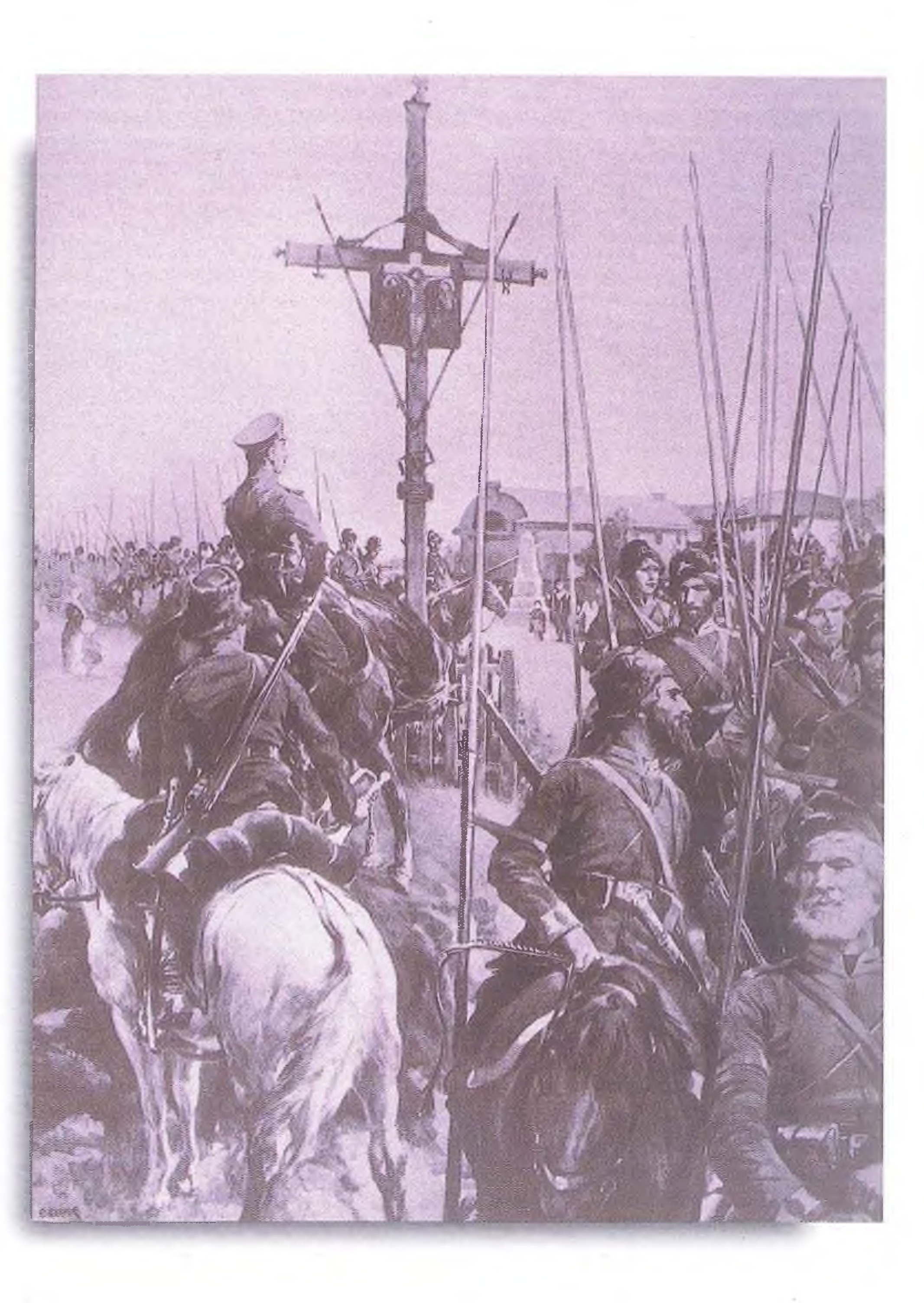
Guillermo II de Alemania no gozaba en Europa de muy buena imagen, al menos ésa es la idea que se desprende de este cartel. (Archivo Arlanza.)





Representación caricaturesca de la guerra. Los contendientes, bajo la forma de perros, se disputan el mapa de Europa tirando cada uno para un lado. (AISA.)

Cosacos en Galitzia durante la ofensiva rusa de 1914.
(Archivo Arlanza.)





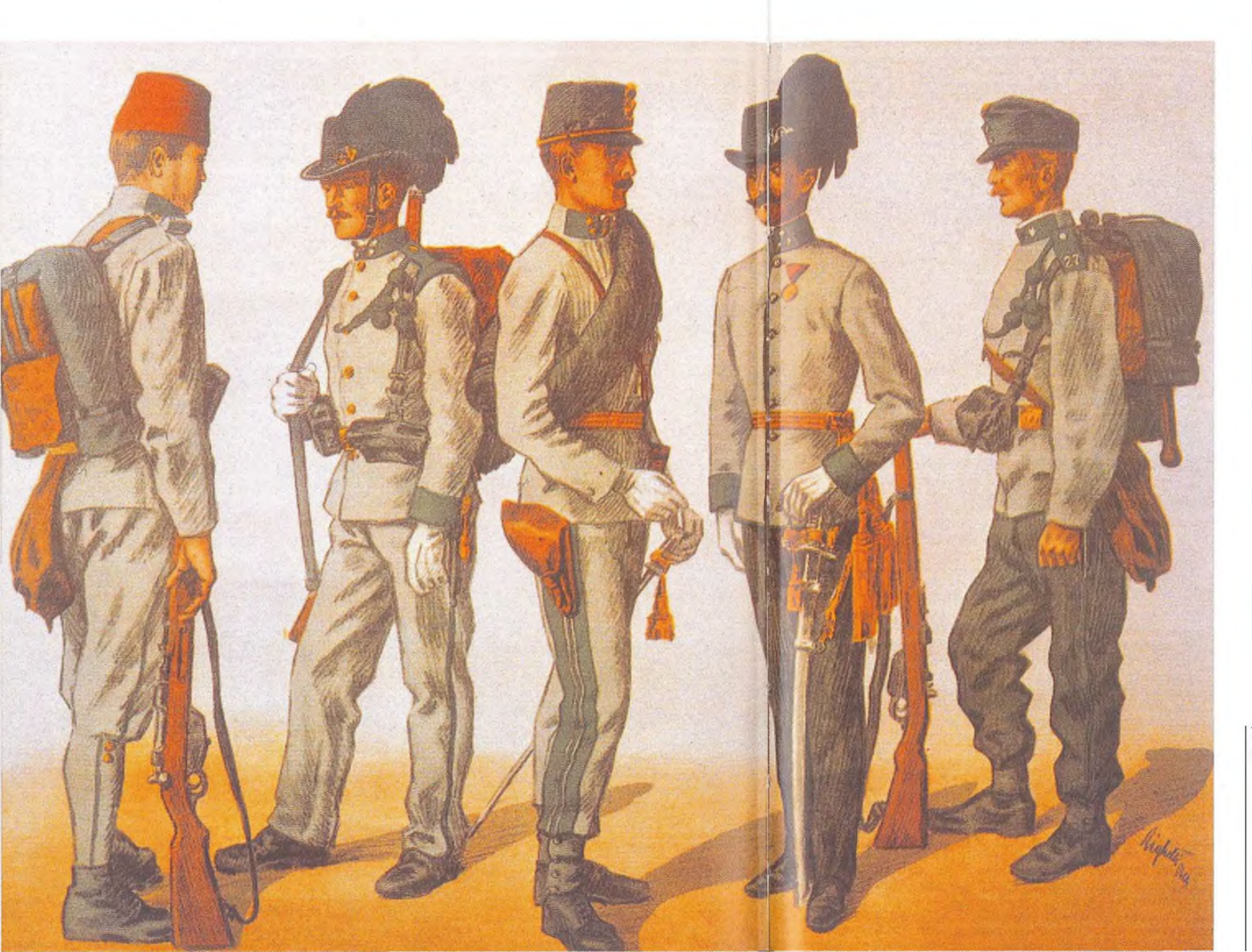
Sangriento combate entre rusos y alemanes —que resultaron victoriosos— durante la batalla de Tannenberg en 1914. (Archivo Arlanza.)

Uniformes alemanes de 1914.
(Archivo Arlanza.)



Postal conmemorativa de la alianza
austro-alemana, firmada en 1879
entre el káiser Guillermo I
y el emperador Francisco José.
(Archivo Arlanza.)





Uniformes austrohúngaros de 1914. (Archivo Arlanza.)

Diferentes buques de la Real Armada británica. 1. Crucero ligero. 2. Submarino. 3. Torpedero. 4. Destructor. 5. Monitor. 6. Crucero de batalla. 7. Minador. 8. Dragaminas. 9. Crucero pesado. 10. Acorazado. (Archivo Arlanza.)

TYPES OF VESSELS IN THE BRITISH NAVY.

1. Light Cruiser.
2. Submarine.
3. Torpedo Boat.
4. Torpedo Boat Destroyer.
5. Monitor.
6. Battle-Cruiser (Dreadnought).
7. Mine Layer.
8. Mine Sweeper.
9. Armoured Cruiser.
10. Dreadnought Battleship.

Le Petit Journal

ADMINISTRATION

5 CENT. SUPPLEMENT ILLUSTRÉ 5 CENT.

ABONNEMENTS

Année — Numéro 1.251

DIMANCHE 13 DÉCEMBRE 1914

LE ROI DES BELGES ET SON ÉTAT-MAJOR TRAVAILLENT AUX TRANCHÉES

Portada de la revista belga *Le Petit Journal*, en la que se presenta a Alberto I de Bélgica ayudando a cavar trincheras para frenar el avance de los alemanes. (AISA.)

Cartel publicitario de una canción patriótica francesa. Los soldados franceses eran cariñosamente llamados *les poilus,* «los peludos». (AISA.)

Le plus grand succès actuel

Hommage respectueux des Auteurs
à Monsieur Paul DESCHANEL



LA CHANSON DES POILUS

Marche Patriotique

Créée par M. LESTELLY
Baryton de l'Opéra de Paris

Piano et chant, net: 1. 25
Chant seul, net: 0. 25

Paroles et Musique de

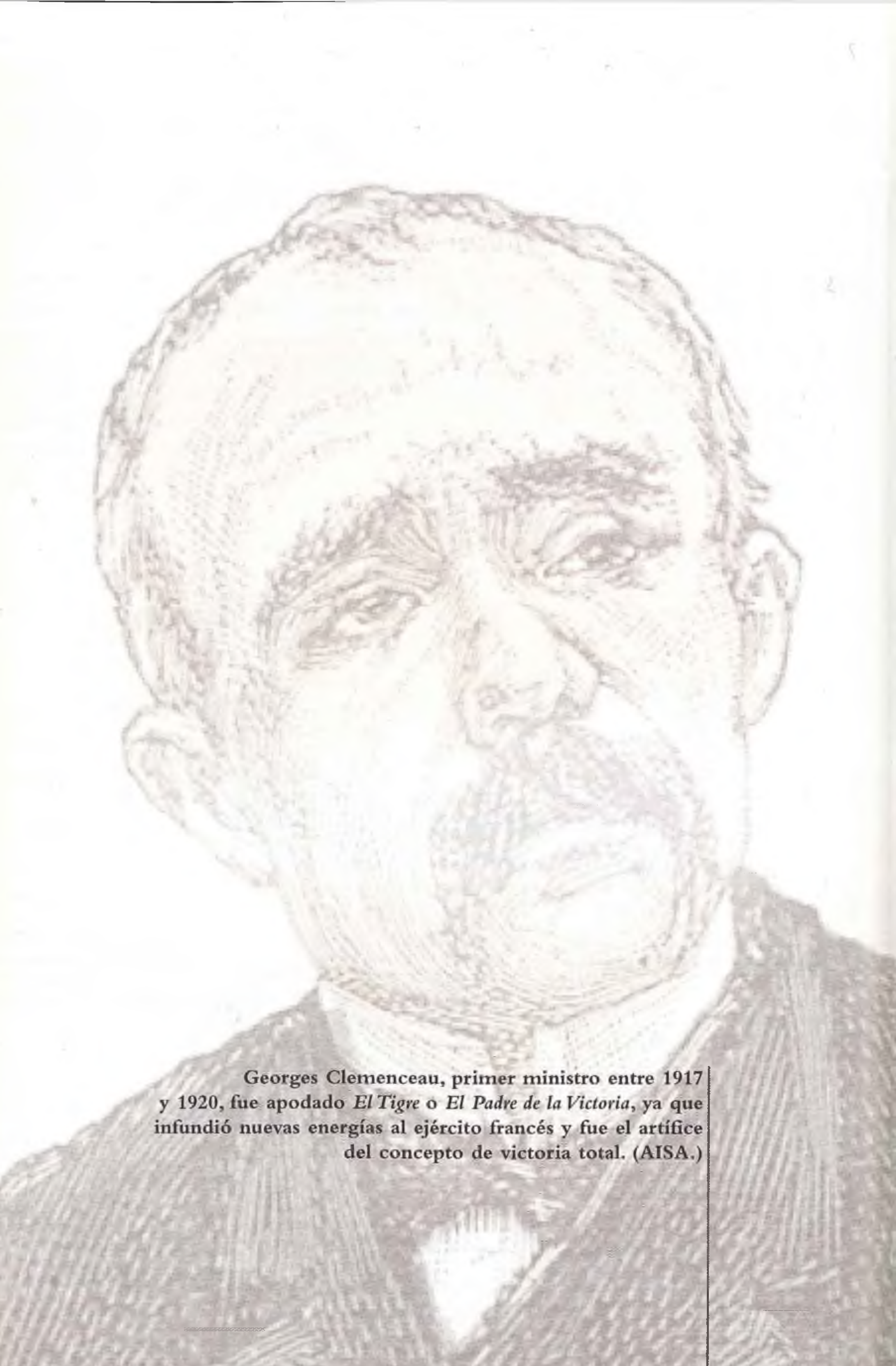
A. PUJOL et PERRON

En vente chez PERRON, 5 rue Thiers Bayonne, et chez tous les Marchands de musique

IMP. CANDOLIVES BORDEAUX

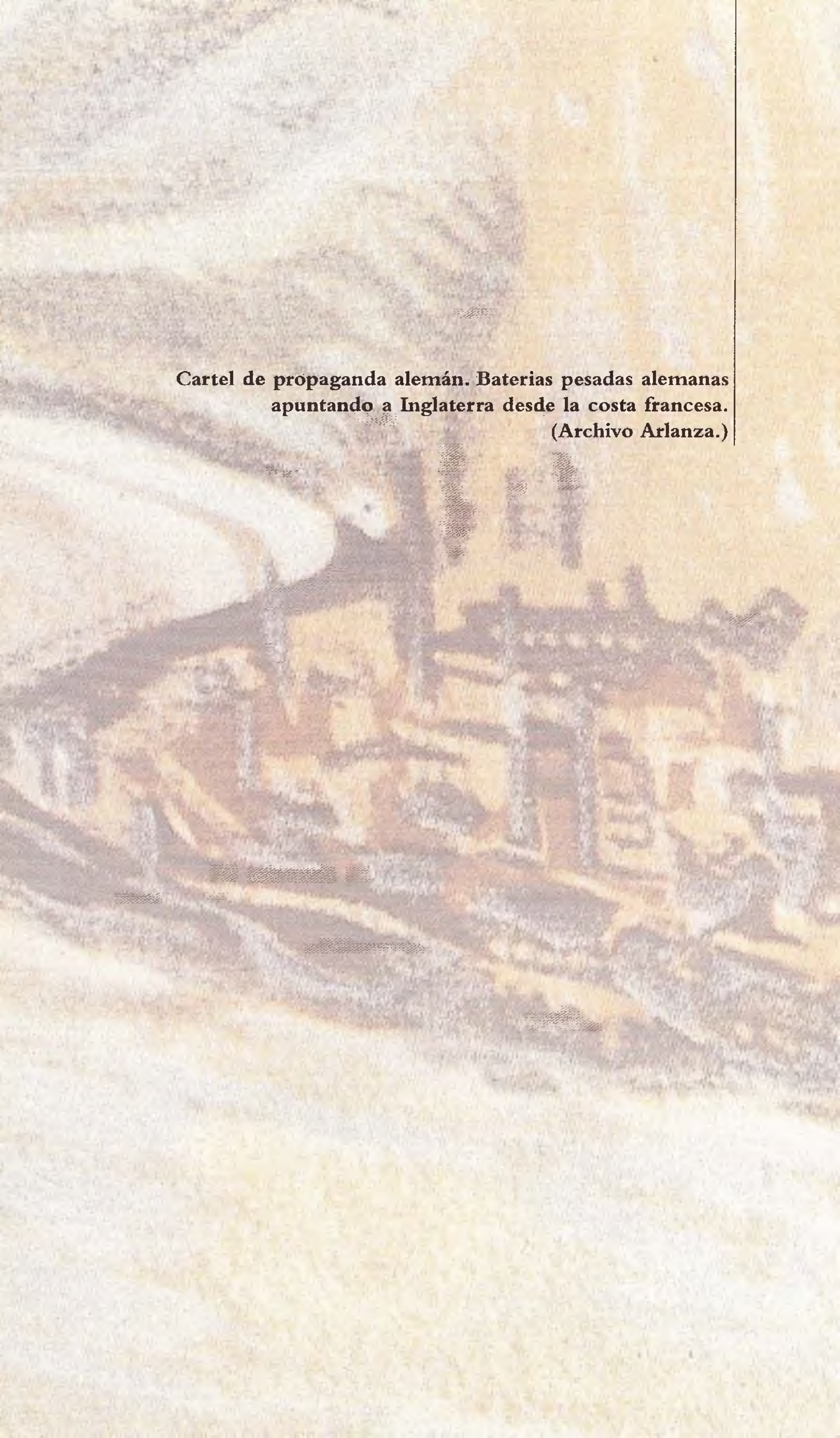


Dibujo que representa el momento en que el aparato del italiano Giovanni Ancilloto choca contra un zepelín. Milagrosamente, el piloto sobrevivió. (AISA.)

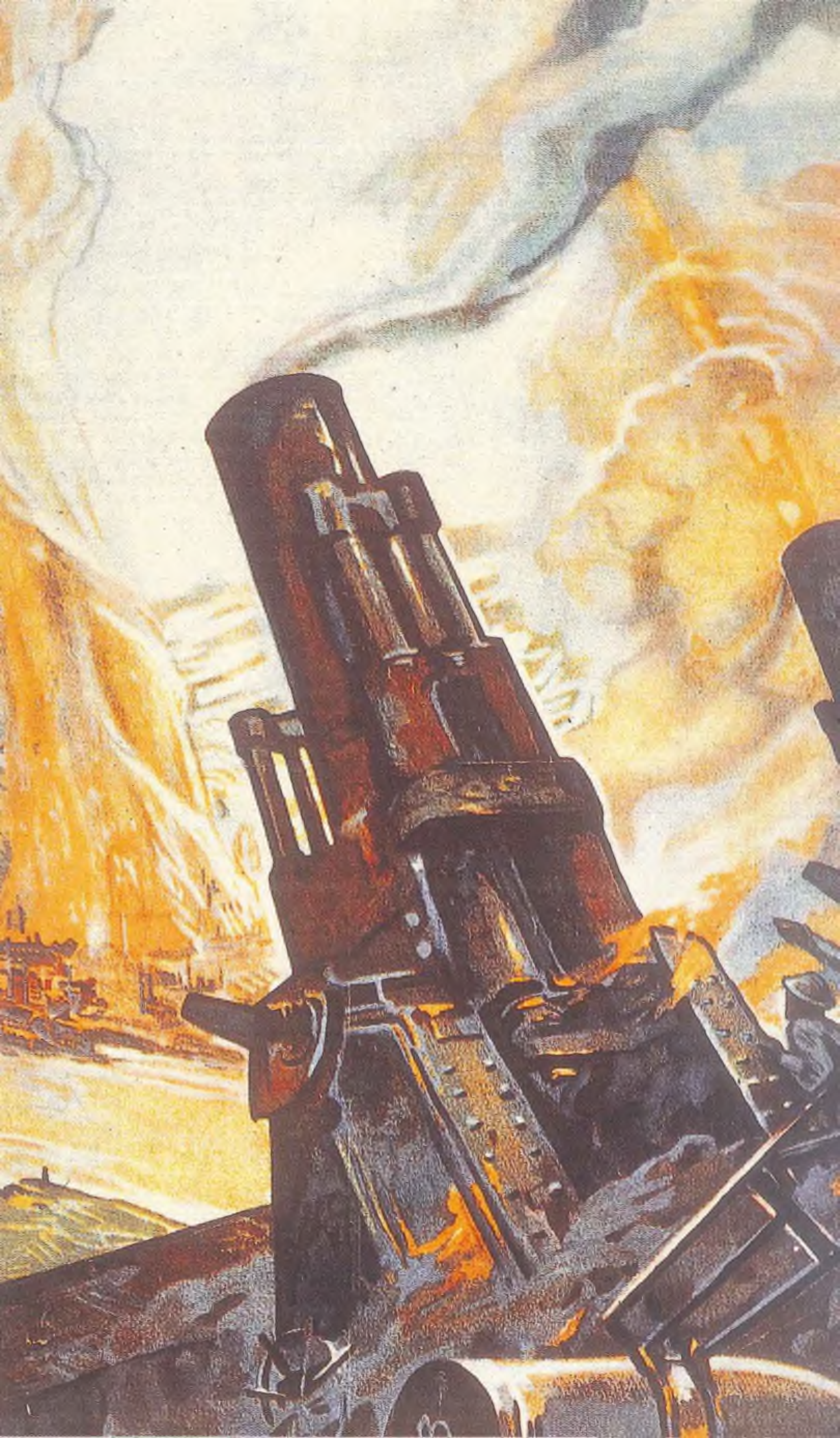


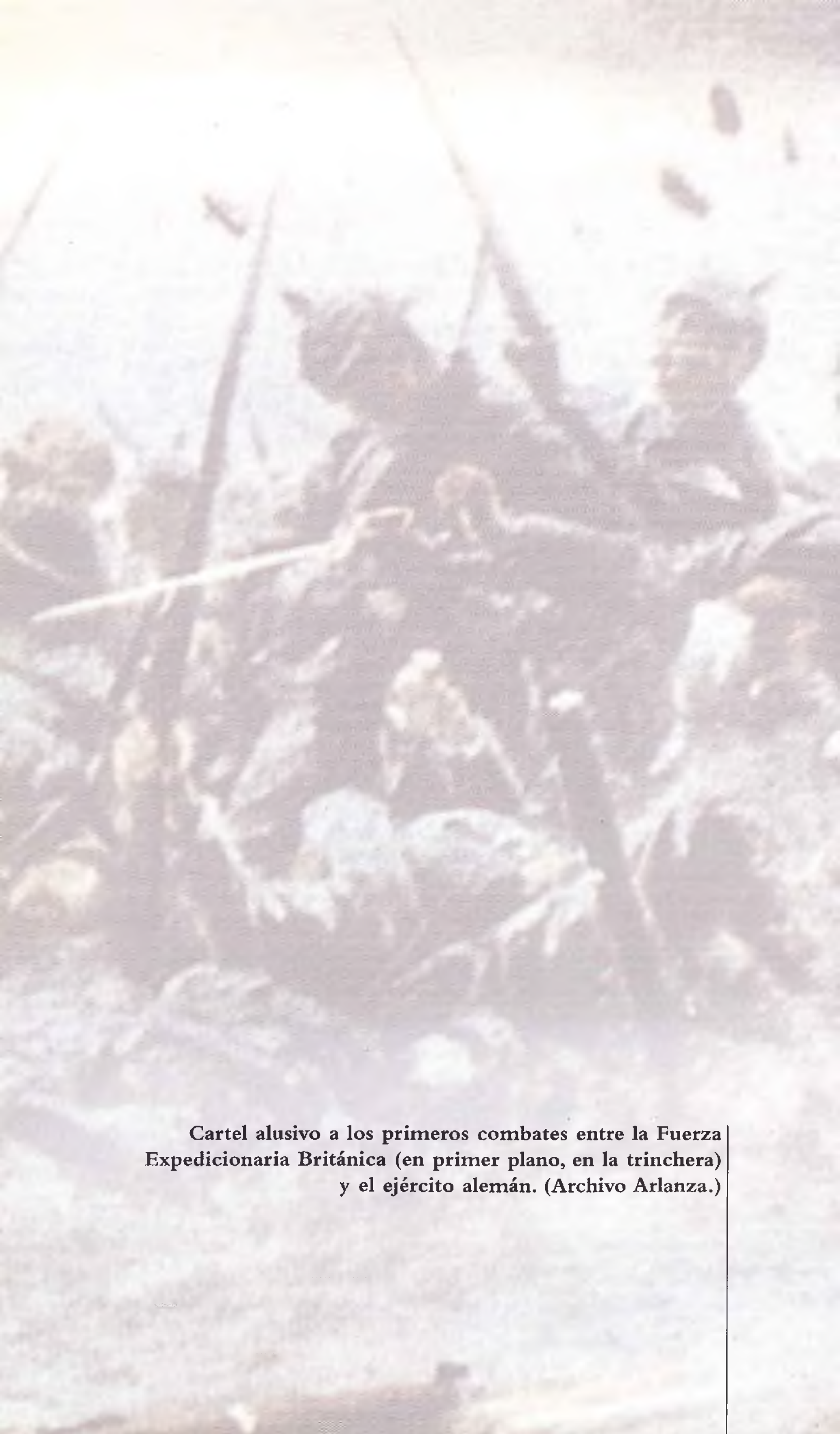
Georges Clemenceau, primer ministro entre 1917 y 1920, fue apodado *El Tigre* o *El Padre de la Victoria*, ya que infundió nuevas energías al ejército francés y fue el artífice del concepto de victoria total. (AISA.)


J. F. Raffaelli



Cartel de propaganda alemán. Baterias pesadas alemanas apuntando a Inglaterra desde la costa francesa. (Archivo Arlanza.)





Cartel alusivo a los primeros combates entre la Fuerza Expedicionaria Británica (en primer plano, en la trinchera) y el ejército alemán. (Archivo Arlanza.)




Le Petit Journal

ADMINISTRATION

10 CENT. SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ 10 CENT.

ABONNEMENTS

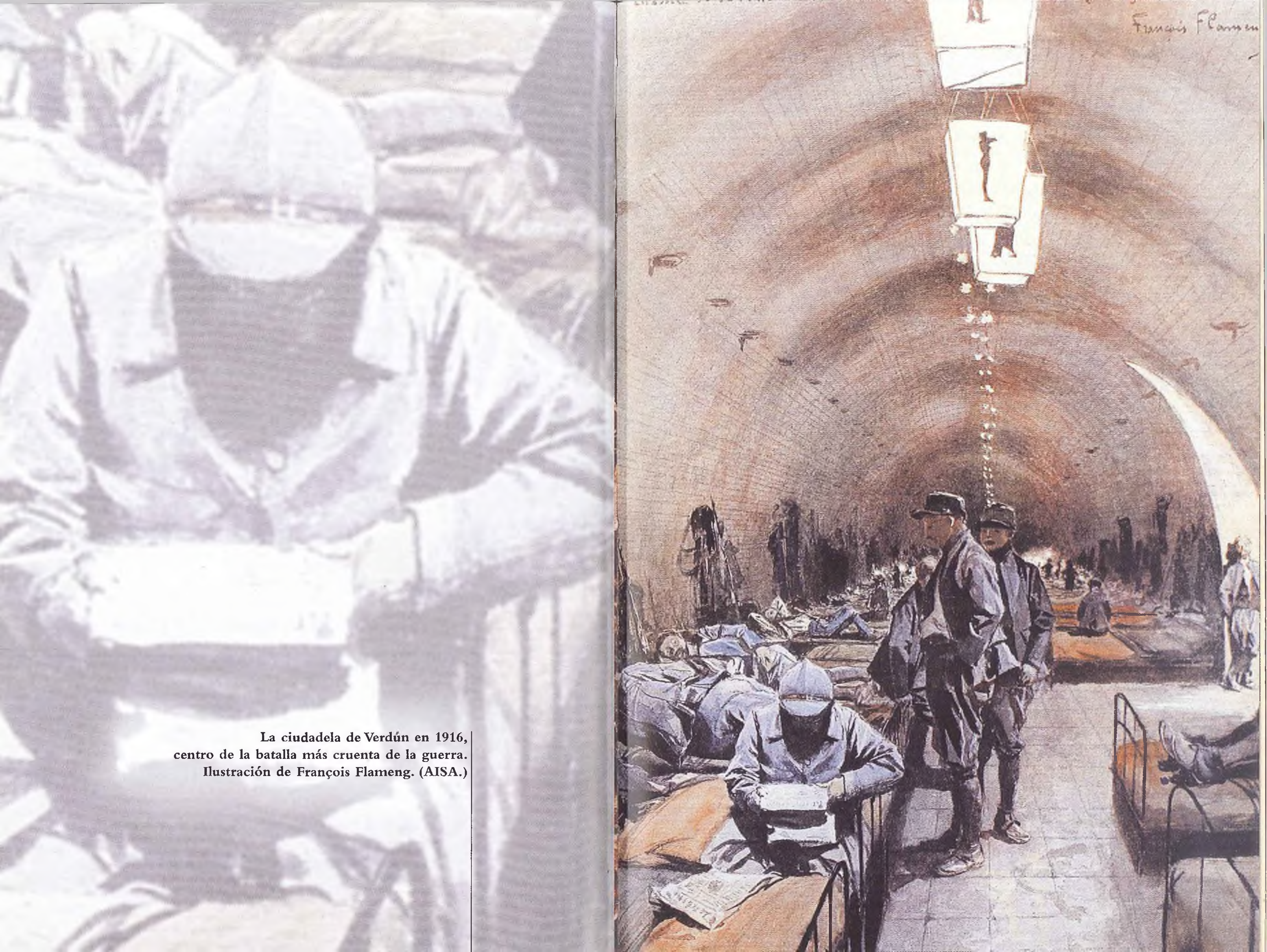
27me Année

Numéro 1.320

DIMANCHE 9 AVRIL 1916

LE GÉNÉRAL PÉTAIN

El general Pétain, héroe de Verdún, en la portada de la revista belga *Le Petit Journal*. (AISA.)



La ciudadela de Verdún en 1916, centro de la batalla más cruenta de la guerra. Ilustración de François Flameng. (AISA.)

La batalla de Jutlandia (1916), librada entre alemanes y británicos, fue la mayor batalla naval de la gran guerra. (Archivo Arlanza.)



«Visitad los campos de batalla» es el texto que puede leerse en este cartel italiano. (Archivo Arlanza.)


VISITATE I CAMPI
DI BATTAGLIA
SABOTINO E BASSO ISONZO

Cartel de propaganda del final de la guerra. Las potencias centrales son enterradas por el pueblo. (Archivo Arlanza.)



El ejército estadounidense, que continuaba su ofensiva triunfal del 1 de noviembre en el Mosa, llegó a la orilla del río frente a Sedan el 6 de noviembre. Entre la rapidez y la confusión del avance, Douglas MacArthur, que comandaba una brigada de infantería, fue tomado prisionero por su propio bando. Convencidos de que se trataba de un oficial alemán, unos centinelas estadounidenses muy vigilantes lo apresaron a punta de pistola. No tardó en descubrirse el error, en cuanto MacArthur se quitó el insólito sombrero flexible y la larga bufanda que llevaba. Fue un día de creciente confusión, órdenes contradictorias, unidades que marchaban las unas contra las otras y una escasez crónica de provisiones que empeoraba rápidamente. En una de las divisiones había tan pocos caballos, que ponían arneses a los hombres para transportar los carros hasta el frente. Sin embargo, el caos en las zonas de retaguardia, junto con las advertencias de que el personal médico había llegado «al límite de sus fuerzas», no podía enmascarar la escala de la victoria. Ese mismo día, entraron en Bélgica las tropas canadienses y tomaron 1.750 prisioneros alemanes en el mismo suelo que Alemania había ocupado durante poco más de cuatro años.

A su regreso a Spa, el 6 de noviembre, tras pasar cuatro días en el frente, el general Groener advirtió al káiser en persona y al canciller por telegrama que había que firmar un armisticio, a más tardar el domingo 9. «Incluso el lunes será demasiado tarde», avisó Groener. Su informe sobre la situación, elaborado a partir de sus propias experiencias de los últimos días, era desalentador: la flota se había amotinado, la revolución era inminente y la autoridad del gobierno había caído tan bajo que las tropas se negaban a disparar contra los revolucionarios.

El día siguiente, 7 de noviembre, por la mañana, se reunieron en Spa los delegados alemanes para el armisticio. El dirigente del Partido del Centro, Matthias Erzberger, miembro del gobierno del príncipe Max, había aceptado, aunque muy a regañadientes, encabezar la delegación, con lo cual (como sabemos ahora) firmó su propia sentencia de muerte. Tan incierto era que Erzberger realmente tuviera el valor de entrar en las líneas francesas que un oficial prácticamente desconocido, el general Von Gündell, había recibido órdenes de estar dispuesto para ocupar su lugar. Esa mañana, Foch recibió un mensaje de radio del Mando Supremo alemán en el cual le daban los nombres de los emisarios y le pedían que, «por el bien de la humanidad», su llegada a Francia «provocara una suspensión provisional de las hostilidades». Foch pasó por alto la solicitud. A mediodía, la delegación salió de Spa en dirección al frente y cruzó al territorio controlado por los franceses, donde les dijeron que las negociaciones tendrían lugar en el bosque de Compiègne.

En el campo de batalla, los soldados seguían combatiendo, como habían hecho todos los días, durante más de cuatro años, pero la noticia de la llegada a suelo francés de los delegados alemanes hizo que de pronto circulara el rumor, detrás de las líneas, de que la guerra había concluido. Esa tarde, en el puerto de Brest, los marinos franceses arrojaron las gorras al aire al grito entusiasta de «*Fini la guerre!*» y dispararon sus armas para celebrarlo. Roy Howard, un periodista estadounidense que estaba en el puerto, a punto de embarcar hacia Estados Unidos, telegrafió a la oficina de United Press en Nueva York que el armisticio se había firmado a las once de esa mañana y que a las dos de la tarde habían cesado las hostilidades. Y añadió, por si acaso, que las tropas estadounidenses habían «tomado Sedan» esa mañana.

Debido a la diferencia horaria de cinco horas, el telegrama de Howard llegó a Nueva York a tiempo para figurar en las ediciones vespertinas:

PAZ

FINAIZAN LOS COMBATES

era el titular en negrita del *San Diego Sun* de ese día; de puro entusiasmo, el cajista había escrito mal «finalizan». En cientos de poblaciones de todo Estados Unidos, comenzaron las celebraciones. En Nueva York, apareció Enrico Caruso en la ventana de su hotel y cantó el himno nacional de Estados Unidos ante una multitud eufórica. En Chicago, se interrumpió el ensayo de una ópera cuando un tenor belga irrumpió en el escenario gritando, con lágrimas de alegría en los ojos: «¡Parad! ¡Parad! Se ha declarado la paz», tras lo cual la orquesta tocó primero el himno nacional de Estados Unidos y, a continuación, el de todos los aliados beligerantes.

Durante la tarde y la noche del 7 de noviembre, la noticia de la firma del armisticio llegó a Cuba, Argentina y Australia, donde se extendieron los festejos y la alegría. Cuando la noticia llegó a Washington, convergieron en la Casa Blanca multitudes entusiasmadas, pidiendo que saliera el presidente. Su esposa lo instó a que se asomara al pórtico a saludar a las multitudes, pero, sabiendo que la noticia debía de ser falsa, él se negó a hacerlo. Mientras tanto, Howard recibió un telegrama de la oficina de United Press en París: «El informe del armisticio es falso. El Ministerio de Guerra lo desmiente y declara que los plenipotenciarios enemigos todavía están analizando el texto. No habrá reunión con Foch hasta la noche.»

En el frente occidental, el avance de los ejércitos aliados continuó durante todo el día, pero lo mismo ocurrió con la resistencia alemana. Cuando las patrullas de la 42.ª División estadounidense entraron en las aldeas de Torcy y

Wadelincourt, justo al otro lado del río Mosa, desde Sedan, el intenso fuego de la artillería y las ametralladoras alemanas las obligaron a retroceder.

En Berlín, los diputados socialistas, que tenían la mayoría en el Reichstag exigían la renuncia del káiser. Cuando les fue negada, renunciaron en bloque al Reichstag y convocaron una huelga general en toda Alemania. En Munich, Kurt Eisner, judío prusiano y seguidor de Lenin, en su vida profesional crítico teatral del *Münchener Post*, declaró la creación de una República Soviética Bávara. En Colonia, los marinos revolucionarios tomaron la ciudad e izaron la bandera roja, como había ocurrido antes en Kiel.

El káiser estaba desesperado ante el desmoronamiento de su país y del sistema imperial que habían creado su abuelo y Bismarck medio siglo antes. Cuando el príncipe Max le suplicó por teléfono que abdicase, le gritó que no estaba dispuesto a hacerlo. Más tarde, el 8 de noviembre, por la noche, llegó a Spa el almirante Von Hintze para decirle que su amada marina ya no obedecería más sus órdenes. El káiser, que durante cuatro años había sido el símbolo del celo guerrero de las potencias centrales, estaba destrozado; su orgulloso mundo imperial, en ruinas.

Capítulo XXVII

EL ARMISTICIO FINAL
Del 9 al 11 de noviembre de 1918

El 9 de noviembre de 1918, por la mañana, los negociadores alemanes del armisticio llegaron al bosque de Compiègne. El delegado militar alemán, el general de división Von Winterfeldt, era hijo del hombre que había elaborado las condiciones de la rendición de Francia en 1870; los franceses especulaban por qué lo habrían elegido a él, pero, cuando el general Weygand condujo a los alemanes al vagón de ferrocarril de Foch, era evidente que no llevaban consigo más que el aura de la derrota. «Cuando los vi delante de mí —escribió Foch posteriormente—, en fila al otro lado de la mesa, dije para mis adentros: "¡He aquí el imperio alemán!"»

En Spa, el amo de ese imperio luchaba contra su futuro. «Mi querido almirante, la marina me ha dejado en la estacada», fue su cáustico comentario, en cuanto volvió a ver esa mañana al almirante Von Hintze. El káiser reconocía por fin que había perdido el apoyo de su marina, cuyo poderío, cuidadosamente construido, debería haber sido el instrumento de la ruina de Gran Bretaña. ¿Y qué pasa —preguntó— con el ejército, cuyo comandante había sido desde 1887 y que estaba en plena derrota? ¿No podría utilizarse todavía para restaurar el orden en la propia Alemania y para mantener así la monarquía? Él dirigiría —propuso— el ejército, pero no hacia la batalla, en lo que quedaba del frente occidental, sino hacia Kiel, Munich y Berlín, para reprimir el amotinamiento y la revolución. La bandera roja ondeaba en once ciudades alemanas, incluidos cinco puertos importantes. Con Hindenburg a su lado, devolvería el orden al Reich.

Se pidió la opinión del general Groener, que respondió sin prevaricación: ninguna operación militar podía tener éxito dentro de Alemania. Los revolucionarios controlaban los principales centros ferroviarios. Muchos soldados se habían sumado a la revolución. A algo más de treinta kilómetros, Aix-la-Chapelle (Aachen), la ciudad alemana más próxima, estaba controlada por los rebeldes, lo mismo que la ciudad belga de Verviers, ocupada por los alemanes, a menos

de dieciséis kilómetros. Si lo llamaban a luchar, el ejército no lo haría; no tenía reservas.

El káiser no parecía darse cuenta de la gravedad de su situación. Al principio, se planteó emprender de inmediato una expedición militar contra los rebeldes alemanes en Verviers y en Aix-la-Chapelle. A continuación, propuso quedarse tranquilamente en Spa mientras se negociaba el armisticio, tras lo cual, todavía como káiser, regresaría a Berlín al frente de su ejército. Groener echó por tierra su fantasía con las palabras: «El ejército regresará al país en paz y orden, al mando de sus líderes y sus generales, pero no al mando de Su Majestad, porque ya no apoya a Su Majestad.» El káiser protestó y después pidió que todos sus generales veteranos pusieran la declaración por escrito, pero ellos se negaron. «¿No me han hecho el juramento militar?», preguntó el káiser, a lo cual respondió Groener: «Hoy día, los juramentos de lealtad no tienen entidad.»[1]

En ese momento de la discusión, trajeron un telegrama del Comandante de Berlín, que ponía: «Todas las tropas han desertado. Totalmente fuera de control.» Eran las once de la mañana del 9 de noviembre. Hubo más telegramas durante las primeras horas de la tarde, todos desastrosos para la autoridad del káiser y su futuro. En Berlín, el príncipe Max, para tratar de conservar la monarquía, anunció la abdicación del káiser y el establecimiento de una Regencia. A continuación, él mismo renunció y dejó la cancillería en manos del líder socialista, Friedrich Ebert. Otro telegrama reveló que los espartaquistas se habían apoderado del palacio imperial y que, desde su escalinata, Karl Liebknecht había proclamado el establecimiento de una República Soviética alemana. En respuesta, el líder socialista Scheidemann, desde las escaleras del Reichstag, había proclamado una República Socialista. El camino de regreso a Alemania estaba bloqueado por los revolucionarios. Incluso en Spa, los soldados estaban estableciendo un consejo bolchevique.

En Spa, se anunció la llegada de otra visita. Era el almirante Scheer que, para tratar de fortalecer la determinación real, dijo al káiser que, si él renunciaba, la marina imperial se quedaría sin su líder. «Ya no tengo marina», fue la amarga respuesta de Guillermo. «Sus palabras expresaban una profunda decepción», recordaría Scheer más adelante. Eran las cinco de la tarde. El káiser había tomado la decisión de partir hacia el exilio, en Holanda, a la mañana siguiente.

En el bosque de Compiègne, las negociaciones del armisticio continuaron durante todo el día. Cuando Erzberger trató de explicar el alcance del peligro revolucionario en Alemania y la amenaza de que el bolchevismo invadiera Eu-

ropa central y amenazara el oeste, utilizó ese peligro como parte de su súplica para que no fueran rigurosos con las condiciones. Foch respondió: «Sufre usted de la enfermedad del perdedor. Yo no le tengo miedo. Europa occidental encontrará la manera de defenderse del peligro.» Una vez más, Erzberger repitió la solicitud del gobierno alemán de que hubiera un alto el fuego en el frente occidental mientras tenían lugar las negociaciones y mientras los delegados alemanes trataban de obtener mejores condiciones. «No —respondió Foch—. Yo represento aquí a los gobiernos aliados, que han impuesto sus condiciones. Las hostilidades no pueden cesar hasta que no se firme el armisticio.»

Por consiguiente, continuaron los combates, aunque Alemania ya no podía influir en el resultado de las negociaciones según lo que hiciera en el campo de batalla. En el centenar de días transcurridos desde el comienzo de la ofensiva aliada, a principios de agosto, el poder alemán no se había perdido como consecuencia de la disensión o la revolución detrás de las líneas, ni de las intrigas políticas, como dirían después los políticos nacionalistas y los nazis, sino de la superioridad militar de los ejércitos aliados. En esos cien días, el ejército británico, con las fuerzas de sus dominios, había tomado 186.000 prisioneros alemanes y 2.800 piezas de artillería. Los franceses habían tomado 120.000 prisioneros y 1.700 piezas de artillería; los estadounidenses, 43.000 prisioneros y 1.400 piezas de artillería y los belgas, 14.000 prisioneros y quinientas piezas de artillería. La suma total, 363.000 prisioneros y 6.400 piezas de artillería, constituía una cuarta parte del ejército alemán en el campo y la mitad de toda su artillería. La capacidad bélica de Alemania, incluso para defender sus fronteras, estaba a punto de derrumbarse.

En el mar se estaban produciendo los últimos actos de la guerra naval. Frente a las costas de Gibraltar, los barcos británicos hundieron el submarino alemán *U-34*, que, desde 1915, había sido culpable de la destrucción de 121 buques mercantes aliados. Frente a las costas del cabo Trafalgar, un submarino alemán, el *UB-50*, hundió el acorazado británico *Britannia*; murieron cuarenta marinos.[2]

En el campo de batalla, los estadounidenses hicieron pequeños avances en Lorena el 9 de noviembre. Incluso entonces, al retirarse, los alemanes fueron dejando atrás pequeñas unidades de ametralladoras ligeras para poner obstáculos a los estadounidenses en cada colina. Hubo pocas bajas en el campo de batalla, pero, detrás de las líneas, ese día murieron de gripe miles de personas, entre ellas el poeta francés Guillaume Apollinaire.

Ese día, mientras se recuperaba en su casa de Hyde Park de una fuerte neumonía contraída en Francia, Franklin Roosevelt se planteó renunciar como sub-

secretario de la Marina y alistarse como marino. En su visita a Europa y su inspección a los buques de guerra estadounidenses y a las instalaciones navales en el mar del Norte y a lo largo de la costa atlántica francesa, se le había despertado el gusto por la acción. No estaba convencido de que los alemanes aceptaran las condiciones del armisticio que exigían los aliados. «Parece que la opinión generalizada es que el *boche* está muy mal y que aceptará cualquier cosa —escribió el 9 de noviembre a un antiguo compañero de habitación en Harvard—, pero yo no estoy tan seguro como otros. Si se rechazan las condiciones y continúa la guerra, creo que me meteré en la armada sin dudarlo.»

El 10 de noviembre, los canadienses entraron en Mons, donde, cuatro años antes, los «viejos deleznables» de la Fuerza Expedicionaria Británica habían entrado en la línea por primera vez y habían sido ahuyentados. Las tropas estadounidenses combatían, ese día, en todos los demás sitios, tanto cruzando el río Mosa, como contra las tropas alemanas que seguían luchando cerca de la cuenca del Briey. Participó en este último combate una división de negros estadounidenses que sufrió muchas bajas. Ese día, en el mar, un dragaminas británico, el *Ascot*, fue torpedeado por un submarino alemán frente a las costas del noreste de Inglaterra y se ahogaron cincuenta y tres tripulantes.

Mientras esas última muertes ponían de relieve la perpetua futilidad de la guerra, el káiser dejó su cuartel general en Spa para dirigirse al exilio en Holanda, pero sin regresar a suelo alemán. Advertido de que las unidades del ejército alemán en Lieja podían ser rebeldes, se apeó del tren que lo conducía a Holanda y continuó en coche por carreteras secundarias y caminos rurales.

El 10 de noviembre, por la noche, llegó a Compiègne, procedente de Berlín, la noticia de que el gobierno alemán había aceptado las condiciones del armisticio. Alemania evacuaría de inmediato Bélgica, Francia, Luxemburgo y Alsacia y Lorena. Todos los habitantes de esas zonas que hubieran sido deportados, encarcelados o mantenidos como rehenes serían repatriados. El ejército alemán entregaría cinco mil cañones pesados y piezas de artillería, veinticinco mil ametralladoras, tres mil morteros de trinchera y mil setecientos aeroplanos. Las tropas alemanas evacuarían y las aliadas ocuparían todo el oeste de Alemania, hasta la margen izquierda del Rin y, además, se reservarían tres cabezas de puente al otro lado del Rin, en Maguncia, Coblenza y Colonia. Los aliados recibirían cinco mil locomotoras alemanas y ciento cincuenta mil vagones de ferrocarril, así como también cinco mil camiones, «que se entregarían en buen estado, en menos de treinta y seis días». Todas las tropas alemanas que estuvieran en el este,

incluidas las que estaban en Rusia, tenían que retirarse detrás de las fronteras alemanas de 1914. Había que evacuar todos los puertos del mar Negro. Se tenían que devolver todos los buques mercantes capturados. Había que entregar todos los submarinos, además de seis cruceros de batalla, diez acorazados, ocho cruceros ligeros y cincuenta destructores. También se exigiría a Alemania una «indemnización por los daños ocasionados» en Bélgica y en el norte de Francia.

Los delegados alemanes en Compiègne trabajaron durante toda la noche en los últimos detalles de esas condiciones y después las firmaron a las cinco y diez de la mañana del 11 de noviembre de 1918. «Una nación de setenta millones sufre, pero no muere», declaró el principal delegado alemán, Matthias Erzberger, y añadió que las condiciones provocarían el hambre y la anarquía en Alemania. Era el cuarto y último armisticio de la guerra. De inmediato, Foch envió un mensaje por telegrama y por teléfono a todos los comandantes aliados: «Cesarán las hostilidades en todo el frente el 11 de noviembre a las once de la mañana, hora francesa.» Llegado ese momento (la hora undécima, del undécimo día del undécimo mes), cesarían por completo los combates en el frente occidental. El káiser, a quien muchos habían llegado a considerar el principal iniciador de la guerra, ya se encontraba en Holanda, en suelo neutral.

Los combates continuaron durante la mañana del 11 de noviembre. Al cuartel general del Primero y el Segundo Ejército estadounidenses, la noticia de la firma llegó a las 6.30. Los comandantes ordenaron que se siguiera combatiendo hasta las once. «Los hombres que murieron o quedaron mutilados en esas pocas últimas horas sufrieron sin necesidad —ha escrito un historiador estadounidense— y ese maltrato provocó una investigación del Congreso después de la guerra.»[3] Al este de Verdún, cerca de la aldea de Herméville, la batería de Harry Truman entró en acción esa mañana. «Disparé la batería, según las órdenes, hasta las 10.45 —recordaba después—, cuando disparé el último tiro.» Estaba utilizando un tipo de proyectil nuevo, con un alcance de once mil metros. El máximo alcance de los cañones normales de 75 milímetros era de ocho mil ochocientos metros. La capacidad de combate de los aliados, incluso en las últimas horas, se seguía perfeccionando y mejorando.

Uno de los objetivos británicos que tenía esa mañana una brigada que había avanzado en cinco semanas desde el Lys hasta el Schelde y casi hasta el Dendre era apoderarse de un puente sobre el Dendre en Lessines, antes de que lo volaran los alemanes. La orden se recibió a las 9.30 de esa mañana y había que cumplirla antes de las once. La llevó a cabo el tantas veces herido general Freyberg. Cuando dirigía el avance de sus hombres, le disparó una avanzada alemana y una

bala le perforó la montura. Llegaron al puente, lo pusieron a salvo y tomaron prisioneros a tres oficiales alemanes y un centenar de hombres. Por esa acción, concedieron a Freyberg un galón para su Orden al Mérito Distinguido y, en su momento, pusieron su nombre a una calle de Lessines. Era casi la hora undécima.

En la aldea de Ville-sur-Haine, justo al este de Mons, George Price, un soldado raso canadiense esperaba, al igual que millones de compañeros suyos, el final de la guerra. Faltaban dos minutos para las once. En ese momento, sonó una bala de un francotirador alemán y lo mató: Price fue una de las últimas bajas en el frente occidental y uno de los 60.661 canadienses que murieron en la guerra.

«Los oficiales tenían el reloj en la mano y las tropas esperaban con la misma gravedad y compostura con las que habían combatido —ha escrito John Buchan—. Cuando faltaban dos minutos para las once, enfrente de la brigada sudafricana, en el punto más oriental al que habían llegado los ejércitos británicos, vieron a un ametrallador alemán que, después de disparar una cinta entera sin parar, se puso de pie junto a su arma, se quitó el casco, se inclinó y se alejó lentamente hacia la retaguardia.»

Poco después, las manecillas del reloj marcaron las once. Buchan, cuyo hermano había muerto en acción dos años antes, ha escrito: «Se produjo un segundo de silencio expectante y después un curioso sonido como un susurro, que los observadores que estaban muy por detrás del frente compararon con el ruido de un viento suave. Era el sonido de los hombres que daban vítores desde los Vosgos hasta el mar.»[4] En el escuadrón aéreo estadounidense de Eddie Rickenbacker, uno de los aviadores exclamó, mientras bailaba de alegría: «¡He sobrevivido a la guerra!» Y otro le gritó al oído: «¡Ya no nos dispararán más!»

«Se acabó, se ha firmado un armisticio», anunció a sus hombres el sargento de una compañía de la 8.ª División británica (el oficial al mando había sido herido en la cabeza la noche anterior). «¿Qué es un armisticio, tío?», preguntó uno de los hombres. «La hora de enterrar a los muertos», respondió otro.

La guerra había acabado. Al entrar en Mons, el teniente J. W. Muirhead vio los cadáveres de tres soldados británicos, «cada uno de los cuales llevaba la cinta de la medalla de la Estrella de Mons de 1914. Los habían matado las ametralladoras esa mañana. Al entrar en Mons encontramos, tirados en la calle, los cuerpos de muchos enemigos que también habían muerto ese día. [...] Los niños los pateaban en las alcantarillas. [...] Las campanas del campanario tocaban *"Tipperary"*».

A bordo del *Mauritania*, que en ese momento se encontraba a doce horas de Nueva York, cuatro mil soldados estadounidenses iban a incorporarse a la batalla. Cuando el sobrecargo anunció que era inminente el armisticio, algunos de ellos expresaron su decepción por llegar demasiado tarde para intervenir. En Londres, los cañones dispararon para marcar el momento en que cesó el fuego. Centenares de miles de personas se echaron a las calles. A Vera Brittain, demasiado triste todavía por la muerte de su hermano y de su novio, la llamó una compañera del Hospital de Millbank para que se sumara a los festejos. «La seguí mecánicamente a la calle. Mientras estaba allí de pie, rígida como una estúpida, mucho después de que las explosiones triunfales de Westminster se hubiesen convertido en un lejano crescendo de gritos, vi un taxi que giraba rápidamente desde el Embankment en dirección al hospital. Un instante después, los transeúntes se pusieron a llamar a gritos a un médico o una enfermera, porque, al girar la esquina, el taxi había atropellado a una anciana menuda, que, al escuchar, como yo misma, el ruido desenfrenado de un mundo liberado de una pesadilla, no se había cuenta de que se acercaba. Corrí a su lado y vi que casi había muerto y que ya no podía hablar.»

Uno de los que se encontraban en Londres cuando llegó el armisticio era el coronel Alan Brooke. «La noche desenfrenada me enervaba —escribió después—. Sentí un alivio indecible al ver que por fin se había acabado, pero me abrumó la afluencia de recuerdos de esos años de lucha. Estaba lleno de melancolía esa noche y me fui a dormir temprano.» Su hermano Victor había muerto en combate en el frente occidental hacía más de cuatro años, el primer mes de la guerra.

En Rochester, mientras sonaban las campanas de la catedral para celebrar el fin de la guerra, Lucy Storrs estaba en su casa, dando las gracias porque cada uno de sus cuatro hijos había salido ileso de los combates. Sonó el teléfono. Era una amiga que llamaba para comunicarle que Francis, su segundo hijo, había muerto la noche anterior como consecuencia de sus heridas. En el norte de Gales, Robert Graves se acababa de enterar de la muerte de dos amigos suyos. Dos meses antes había muerto su cuñado. La noticia del armisticio, escribió después, «hizo que saliera a caminar solo por los terraplenes sobre las marismas de Rhuddlan (el antiguo campo de la batalla de Flodden, en Gales), a maldecir y sollozar, pensando en los muertos».

En Shrewsbury, cerca de la frontera con Gales, los padres de Wilfred Owen estaban escuchando las campanas de la catedral, que tañían en homenaje al armisticio, cuando llegó un telegrama que les anunciaba la muerte de su hijo.

Durante muchas horas, los recuerdos tristes quedaron atrapados en medio de una celebración ebria y exultante. Las calles estaban llenas de muchedumbres que cantaban, bailaban y se regocijaban. En Londres, una gran multitud llenó la plaza de Trafalgar, mientras que otras personas abarrotaron el Mall. A medida que la noticia del armisticio se difundía por cada uno de los pueblos y aldeas de toda Europa, los festejos se extendieron con ella. Un niño inglés de once años, Desmond Flower, recordaba que «desfilamos por el jardín con nuestra ropa de dormir, haciendo estallar todo lo que estallara y aporreando todo lo que se pudiera aporrear, como una bandeja».

La victoria produjo una explosión visible de alegría en todas las capitales aliadas. «¿Quién se burlará o se molestará por esos embelesos tan intensos? —preguntaba Churchill una década después—. Todas las naciones aliadas los compartían. Cada una de las capitales o las ciudades victoriosas de los cinco continentes repitieron a su manera las escenas y los ruidos de Londres. Esas horas fueron breves y su recuerdo, efímero; pasaron tan bruscamente como habían comenzado. Se había vertido demasiada sangre. Se había consumido demasiada esencia vital. Los huecos en cada casa eran demasiado grandes y vacíos. La impresión del despertar y la sensación de desilusión sucedió rápidamente al pobre regocijo con que centenares de millones saludaron el cumplimiento de su mayor deseo. Todavía quedaba la satisfacción de la seguridad conseguida, de la paz restaurada, del honor preservado, de las comodidades de la industria fructífera, del regreso a casa de los soldados; pero todo eso quedaba en un segundo plano y con ello se mezclaba el dolor por aquellos que no regresarían jamás.» En el número 10 de Downing Street, esa noche, Lloyd George dijo a sus invitados que era partidario de ahorcar al káiser. Churchill, que estaba presente, se opuso.

En Francia, Pershing estaba enfadado porque no hubieran seguido su consejo y la guerra no hubiese continuado hasta que los alemanes hubiesen arrojado las armas en el campo de batalla. «Supongo que nuestras campañas han terminado —comentó—, pero, qué diferencia tan grande habrían hecho unos cuantos días más. [...] Lo que lamento es que Alemania no sabe de la que se ha salvado. Si nos hubiesen dado una semana más, los habríamos escarmentado.» Los alemanes, que tenían las tropas todavía en las fuerzas armadas, las trincheras guarnecidas, las ametralladoras en su sitio, los soldados por todas partes, todavía en suelo francés y belga, se sintieron traicionados por aquellos que habían firmado el armisticio y habían entregado la victoria a los aliados en la mesa de negociación. Ese día, el general Von Einem, comandante del Tercer Ejército

alemán, dijo a sus hombres: «Han cesado los disparos. Invictos [...] estáis acabando la guerra en territorio enemigo.»

Los soldados de los ejércitos victoriosos lo festejaron con lo que tenían a mano. «A lo largo de la noche —recordaba Harry Truman—, todos los hombres de la batería francesa se emborracharon con un montón de vino que llegó en la vía estrecha de las municiones. Cada uno de ellos tenía que marchar junto a mi cama, hacer el saludo militar y gritar: *"Vive President Wilson, Vive le capitaine d'artillerie américaine!"* No pegamos ojo en toda la noche. La infantería disparó pistolas Very de señales, lanzó todas las bengalas que pudieron encontrar, dispararon fusiles, pistolas, todo lo que pudiera hacer ruido, durante toda la noche.»

En Estados Unidos, en la población de Cedar Rapids, a miles de kilómetros de Francia, un estudiante de secundaria, William L. Shirer, que ya estaba en la unidad de entrenamiento para oficiales de su instituto, observó con desilusión el desarrollo de los festejos del armisticio. «Un médico joven que se había casado con una prima nuestra —escribió después— y había estado en Francia acababa de regresar, con los pulmones quemados por el gas tóxico, y moría poco a poco. Sin embargo, me costaba creer que yo jamás combatiría en la guerra para convertir el mundo en un lugar seguro para la democracia, como decía el presidente Wilson y yo le creía.»[5]

La guerra había terminado. En un poema escrito para conmemorar la firma del armisticio, escribió Thomas Hardy:

There had been years of Passion – scorching, cold,
And much Despair, and Anger heaving high,
Care whitely watching, Sorrows manifold,
Among the young, among the weak and old,
And the pensive Spirit of Pity whispered, «Why?»

Men had not paused to answer. Foes distraught
Pierced the thinned peoples in a brute-like blindness,
Philosophies that sages long had taught,
And Selflessness, were as an unknown thought,
And «Hell!» and «Shell!» were yapped at Lovingkindness.

***

Calm fell. From heaven distilled a clemency;
There was peace on earth, and silence in the sky;

Some could, some could not, shake off misery:
The Sinister Spirit sneered: «It had to be!»
And again the Spirit of Pity whispered, «Why?»[6]

Capítulo XXVIII

LA PAZ Y EL RECUERDO

El día del armisticio, el 11 de noviembre de 1918, Austria se quedó sin imperio y Alemania, sin emperador. «Aquí se han abolido por completo el militarismo y la burocracia —Albert Einstein escribió ese día en una postal que envió a su madre desde Berlín, y añadió—: El actual liderazgo parece estar totalmente a la altura de su misión.» Pero a las naciones vencidas les esperaba un trabajo enorme: combatir contra las fuerzas de la revolución por la izquierda y contra el militarismo por la derecha, revitalizar una economía arrasada por la guerra, mantener el espíritu nacional frente al estigma de la derrota, la carga cada vez mayor de la «culpa de la guerra», el deseo de recuperar los territorios y la confianza en sí mismas que les habían arrancado en el último momento y la necesidad de encontrar cabezas de turco.

Para las potencias victoriosas, también eran grandes las cargas de la paz, que incluían la promesa de una vida mejor para los soldados, los marinos y los aviadores que regresaban del campo de batalla. Para vencedores y vencidos por igual, el dolor y las pérdidas de la guerra nunca se podrían mitigar del todo y, para muchos millones, de ninguna manera, mediante mejoras médicas o sociales. «No sé si estoy contento o triste de estar vivo —escribió el general Freyberg a un amigo en Gran Bretaña, el 18 de noviembre, mientras él y sus hombres atravesaban Bélgica en dirección a la frontera alemana—. Lo único que sé es que, si lo estoy, no ha sido por culpa mía.»

En dos regiones remotas, habían continuado los combates después del armisticio. El 21 de noviembre, en el centro de Albania, las tropas de ocupación austríacas que pasaban marchando hicieron el saludo militar imperial al comandante austríaco, el general Pflanzer-Balltin, sin saber que la guerra había acabado y que la monarquía de los Habsburgo había caído. Dos días después, en el África Oriental, los ciento cincuenta soldados alemanes y los tres mil africa-

nos que seguían a las órdenes del general Von Lettow-Vorbeck, invictos todavía tras cuatro años de combates y de desplazamientos por extensas zonas, se rindieron a los británicos en la población de Abercorn, en Rhodesia Septentrional.

Un centenar de soldados alemanes y tres mil africanos que luchaban con ellos habían muerto, en la lucha o por enfermedad, en los cuatro años que llevaban en el África Oriental, durante los cuales se habían visto obligados a recorrer muchos centenares de kilómetros de territorios remotos e inhóspitos. En las fuerzas británicas habían muerto tres mil soldados indios, así como también veinte mil trabajadores y porteadores africanos, víctimas de enfermedades durante esos cuatro años, mientras asistían a sus ejércitos respectivos.

El 1 de diciembre, por la mañana, entraron en Alemania las primeras tropas británicas. Fue una fecha, escribió en su último despacho el mariscal de campo Haig, «por siempre memorable, porque atestigua la consumación de las esperanzas y los esfuerzos de cuatro años y medio de heroicos combates». Aunque parezca irónico, también fue el día en que, como destacó Haig, la situación de los suministros llegó a ser «crítica»: los hombres habían avanzado tan rápidamente que habían llegado más lejos de lo que podían llegar los trenes con sus víveres, de modo que los vencedores tuvieron que detenerse tres días, antes de poder continuar su marcha triunfal.

Cuando las tropas estadounidenses entraron en Alemania, el 1 de diciembre, quedaron pasmadas ante el contraste entre las aldeas y las granjas en ruinas de las zonas de batalla en el norte de Francia y los «campos cuidadosamente cultivados y las aldeas prósperas» de Alemania. Las propias tropas estaban cansadas y empapadas; habían marchado durante dos semanas, casi siempre bajo la lluvia, hasta unos pueblos situados a orillas del Rin que ni se habían enterado de la guerra y a cuyos habitantes les sentaba mal la llegada de un conquistador que, cada vez estaban más convencidos, no los había derrotado en el campo de batalla, sino que había conseguido un armisticio porque sus propios líderes no habían podido evitar la revolución ni el republicanismo.

En Viena, capital de un vasto imperio que se había desintegrado, el hambre se agudizó rápidamente. Para tratar de convencer a los aliados para que les prestaran ayuda, las autoridades municipales enviaron a Berna al ex embajador austrohúngaro en Londres, el conde Mensdorff, primo del rey Jorge V, a ver a sir Horace Rumbold. «Si alguien me hubiese dicho, hace cinco años o menos —escribió Rumbold al secretario privado del rey, lord Stamfordham—, que el conde Mensdorff vendría un día a mi habitación y me imploraría que hiciera enviar comida a Viena, habría dicho que merecía estar en un manicomio.» Como

millones de padres, el secretario privado del rey había perdido a un hijo en el conflicto: su único hijo, John Bigge, había muerto en combate en el frente occidental en 1915.

Varios estados nuevos surgieron rápidamente de los restos y la fragmentación de los cuatro imperios derrotados. El 1 de diciembre de 1918, tres semanas después del armisticio, el día en que las tropas aliadas entraron en Alemania, se proclamó en Belgrado el «reino de los serbios, los croatas y los eslovenos». Las fronteras del nuevo estado incluían a numerosas minorías, entre las cuales figuraban medio millón de húngaros y medio millón de alemanes, herederos de la derrota de Austria, así como también varias decenas de miles de rumanos, albaneses, búlgaros e italianos. En teoría, según el plan de Wilson y la legislación sobre minorías de la reciente Sociedad de Naciones, cada una de esas nuevas minorías estaría mejor protegida que las minorías del imperio de preguerra.

El nuevo estado eslavo del sur sobrevivió y, hasta cierto punto, prosperó durante los años de entreguerras. Su regente, Alejandro, que había comandado los ejércitos serbios en su retirada épica de 1915 y durante todo el tiempo que estuvieron en Salónica, fue nombrado rey a la muerte de su padre, en 1921. Sus esfuerzos por crear un patriotismo común yugoslavo, simbolizado en 1929 por el cambio de nombre a Yugoslavia, finalizaron en 1934 cuando fue asesinado en Marsella por nacionalistas croatas de extrema derecha, al comienzo de una visita oficial a Francia. La unidad de Yugoslavia se mantuvo siete años más, con su hijo Pedro, hasta que, en 1941, el ejército alemán invadió Serbia como había hecho Austria en 1915 y Croacia declaró la independencia.[1]

El 4 de diciembre de 1918, las tropas británicas, después de marchar desde la frontera francobelga, llegaron por fin a Colonia y establecieron una zona de ocupación. Nueve días después, el viernes 13, cruzaron a la orilla oriental del Rin por el puente de Hohenzollern. El último de los monarcas Hohenzollern llevaba más de un mes exiliado en Holanda.

Desde los primeros días de la paz, el estigma de la derrota y la gravedad de la situación económica estimularon a las fuerzas de la revolución y el fanatismo en Alemania, Austria y Hungría. «Nunca, sin duda, en la historia mundial —escribió en su diario, el 7 de diciembre, el sionista Arthur Ruppin, nacido en Alemania—, un pueblo ha tenido que hacer frente a condiciones tan terribles en un armisticio y ha tenido que reconocer su absoluta derrota, aunque ningún enemigo hubiera puesto todavía un pie en su propio territorio, sino que, por el contrario, sus ejércitos todavía estaban en el de sus enemigos. El hombre común

de la calle no podía entender lo que había pasado tan de repente y se sentía totalmente desorientado.»

El 13 de diciembre, llegó a Europa el presidente Wilson. Suyas habían sido las condiciones que habían provocado la continuación de la guerra en sus últimas semanas y los términos del armisticio que Alemania ya estaba denunciando. Suyas habían sido las tropas, más de un millón, de cuya llegada al frente, en el verano de 1918, tanto había parecido depender. Suyos eran los tres millones de hombres que, en 1919 o 1920, habrían asegurado la victoria. Había llegado el momento de poner a prueba su visión de una nueva Europa en la mesa de conferencias y de consagrarla o empañarla en tratados de paz. Para disgusto de las tropas estadounidenses que esperaban saludarlo, no visitó los campos de las batalla en las que estas habían combatido, sufrido y, finalmente, prevalecido. No quiso pasarles revista en Montfaucon, escenario de una de sus batallas más violentas y, cuando lo hizo por fin, en Langres, encontró una excusa para no asistir a la cena de celebración que estaba prevista después. Su campo de batalla sería la conferencia de paz de París; sus adversarios, sus antiguos aliados, Francia y Gran Bretaña, Clemenceau y Lloyd George.

Los prisioneros de guerra aliados regresaban a sus casas, muchos de ellos enfadados por lo que consideraban un tratamiento cruel y negligente durante su cautividad. Uno de los que llegaron a Gran Bretaña el 14 de diciembre fue Leefe Robinson, que había obtenido la Cruz de la Victoria en 1916, al abatir sobre Gran Bretaña a un dirigible alemán, aunque él mismo había sido abatido sobre las líneas alemanas en Francia, un año después. Sus amigos se horrorizaron al verlo doblado casi por la mitad: necesitaba un bastón para desplazarse. A los pocos días de su regreso, contrajo la gripe y murió diecisiete días después de regresar a Inglaterra; fue uno de los ciento cincuenta mil británicos, tanto militares como civiles, que cayeron víctimas de una epidemia que no dejó intacto a ninguno de los recientes países beligerantes.

Adolf Hitler, que se recuperaba del ataque británico con gas que lo dejó ciego por un tiempo, regresó a su regimiento de Munich el 18 de diciembre. Su amargura por la derrota alemana se convirtió en veneno contra los supuestos enemigos de Alemania. Los nuevos dirigentes de Baviera eran socialistas y judíos, encabezados por Kurt Eisner. «Pensé que ya no reconocería la ciudad», escribió Hitler siete años después en su libro *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Descargó su ira sobre los que él llamaba los «hebreos corruptores del pueblo»; habría que exponer al «gas tóxico» a entre doce mil y quince mil de ellos, junto con todos los políticos y los periodistas que formaban parte del régimen socialista bávaro:

«charlatanes», «indeseables», «criminales perjuros de la revolución», que no merecían más que la aniquilación. «Habría que haber utilizado sin piedad todos los medios del poder militar para exterminar esa pestilencia.»

Tres días después de la llegada a Munich del desconocido Hitler, llegó a Praga el doctor Thomas Masaryk, que había pasado los años de la guerra viajando por los países aliados como defensor de una Checoslovaquia independiente. Esa noche, durmió en el castillo de Hradcany, que sería el centro del gobierno checo y el símbolo de la independencia checa hasta marzo de 1939, cuando Hitler durmió allí para celebrar su incruenta conquista.

El 6 de enero de 1919, diez mil marxistas y revolucionarios alemanes se reunieron en Berlín como anticipo de la revolución. Durante un día de fervorosas discusiones, una de sus dirigentes con más carácter, Rosa Luxemburg, instó a sus seguidores espartaquistas a no tratar de hacerse con el poder hasta que no tuvieran suficiente apoyo popular, pero fue incapaz de contenerlos. Estalló un enfrentamiento y ella y Karl Liebknecht fueron capturados y asesinados por fuerzas paramilitares de extrema derecha. El cuerpo de Rosa Luxemburg, arrojado a un canal, no se recuperó hasta cinco meses después. Se convirtió en una heroína comunista y, con la caída del comunismo, ochenta años después de su muerte, una persona cuya existencia es negada oficialmente en las tierras que en otra época la habían exaltado.[2]

La conferencia de paz se inauguró en París el 18 de enero de 1919. Para los alemanes, la fecha fue un insulto, porque coincidía con el aniversario de la proclamación, en 1870, del imperio alemán, con toda la fanfarria del renacimiento y la satisfacción nacionales. Para tratar de presionar mejor a los delegados alemanes, Francia insistió en mantener el bloqueo a Alemania. «El afán de venganza y los celos comerciales de Francia parecen no tener límites», fue el comentario del periodista británico C. P. Scott, que reflejaba el aumento de la animosidad anglofrancesa.

Un terreno conflictivo entre los aliados tenía que ver con los antiguos territorios coloniales de Alemania, todos los cuales habían sido conquistados y ninguno de los cuales se devolvería. Se decidió establecer un sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones y otorgar dichos mandatos a las potencias victoriosas. En virtud de esos mandatos, se imponían ciertas condiciones: en los mandatos africanos y los del Pacífico existía la orden estricta de combatir el tráfico de esclavos. El territorio turco también se distribuyó según el sistema de mandatos; a Francia le tocaron Siria y el Líbano y a Gran Bretaña, Mesopotamia (Irak) y Palestina, en cuya mitad occidental ya se había comprometido a esta-

blecer un Hogar Nacional Palestino. A Sudáfrica se la compensó por su contribución al esfuerzo bélico aliado otorgándole el mandato para el África Sudoccidental Alemana. Tanto Camerún como Togolandia se dividieron entre Gran Bretaña y Francia. En el Pacífico, donde las colonias alemanas habían sido conquistadas al comienzo de la guerra, en 1914, Japón adquirió el mandato sobre las islas Marianas, las Carolinas y las Marshall; Nueva Zelanda, el mandato para la Samoa alemana y Australia, el de la Nueva Guinea alemana. La isla de Nauru, rica en fosfato y codiciada por Australia, Nueva Zelanda e incluso Gran Bretaña, se convirtió, inevitablemente, en un mandato del «imperio británico».

Varios de los vencedores se llevaron una gran desilusión. A Bélgica se le negó cualquier parte del África Oriental Alemana, que había ocupado y le habría gustado tener, pero en cambio recibió el territorio sin salida al mar de Ruanda-Urundi. Portugal también tenía esperanzas de obtener el África Oriental Alemana, pero, como ésta era una de las cosas que deseaba Gran Bretaña, tuvo que conformarse con el «triángulo de Kionga», en el norte de Mozambique. Italia solicitó la plena libertad para comerciar en Abisinia, pero, como ése no había sido territorio alemán, se denegó su solicitud. También se le denegaron la mayoría de sus reclamaciones en el norte y el este de África, puesto que sólo se podían conceder a expensas de Francia y Gran Bretaña. La potencia que quedó más satisfecha fue Gran Bretaña, ya que el resultado de la distribución de las colonias alemanas y del imperio turco fue, en palabras del ministro británico de Asuntos Exteriores, A. J. Balfour, «un mapa del mundo con más rojo encima».

Uno de los que quedaron desilusionados con el resultado de la conferencia de paz fue Nguyen Ai Quoc, un vietnamita de veinticinco años que, al estallar la guerra, en 1914, era ayudante de cocina en el Hotel Carlton de Londres. Cuando la conferencia estaba reunida en Versalles, pidió ver al presidente Wilson, porque quería entregarle un informe en el cual solicitaba «el derecho de autodeterminación» para los vietnamitas, igualdad ante la ley tanto para los vietnamitas como para los franceses, libertad de organización y de reunión y la abolición de los trabajos forzados: realmente unos catorce puntos vietnamitas. «Los franceses dijeron que era una bomba —recordaba después un compatriota vietnamita—. Para nosotros, era un rayo. Estábamos rebosantes de alegría. Era imposible que alguno de nosotros no admirara al hombre que se alzaba con tanto valor para hacer reivindicaciones en nuestro nombre.»

La solicitud de Nguyen de presentar su propuesta fue rechazada. Cuarenta años después, con el nombre de Ho Chi Minh, surgió como dirigente nacionalista, decidido a expulsar a Francia de Vietnam. Cincuenta años después de la

desilusión que sufrió en París, se enfrentaría a todo el poderío militar de Estados Unidos.[3]

El 25 de enero, la conferencia de paz creó una comisión para la reparación de daños, que tenía que examinar lo que cada uno de los estados derrotados «debía pagar» a los vencedores en concepto de indemnización por los daños causados durante la guerra. Los representantes franceses, británicos e italianos opinaban que podían reclamar todo lo que les había costado la guerra. El delegado belga estaba preocupado, porque, desde ese punto de vista, su país saldría mal parado: la guerra le había costado relativamente poco, pero las ciudades y el campo habían sufrido los rigores de cuatro años de ocupación. Gran Bretaña, después de los cuatro años de campaña de los submarinos alemanes contra ella, quería que se incluyeran las pérdidas del transporte, además de los daños sufridos como consecuencia de los ataques aéreos alemanes. Mientras continuaba la discusión sobre las indemnizaciones, surgió una nota de moderación: los daños no se valorarían hasta después de dos años, lo cual, según explicó después Lloyd George, daría tiempo «a que se enfriaran las pasiones. Además, se reducían las bases para la evaluación, al dar tiempo a que se redujeran los precios exagerados de la guerra a algo más próximo a la normalidad».

No sirvieron de consuelo a los alemanes esa actitud de mayor tolerancia con respecto a las sumas reales que tendrían que pagar en concepto de indemnización ni la decisión de que el pago no se completaría hasta el 1 de mayo de 1961, aunque tendrían que pagar mil millones de libras esterlinas antes del 1 de mayo de 1921. Para ellos, el mero concepto de indemnización era mortificante, porque suponía no sólo que la mala suerte en el campo de batalla se penalizaría económicamente, sino también, como dejaba claro el preámbulo aliado a las cláusulas de las indemnizaciones, que se hacía pagar a Alemania por su responsabilidad en la propia guerra. Según la fórmula aliada (que los alemanes sintetizaron en cuatro palabras: la «culpa de la guerra»), «Alemania acepta su responsabilidad y la de sus aliados por provocar todas las pérdidas y los daños a los que han estado sometidos los gobiernos aliados y los asociados con ellos y sus ciudadanos como consecuencia de la guerra que les impuso la agresión de Alemania y sus aliados».

«... la guerra que les impuso la agresión de Alemania y sus aliados»; pocas veces, doce palabras habrán tenido repercusiones tan perturbadoras y, en su momento, tan violentas, que culminaron con la reanudación de la guerra, de modo que hubo que bautizar a la Gran Guerra de 1914-1918 con el nombre de primera guerra mundial y su sucesora se convirtió en la segunda. El vínculo

entre las dos guerras mundiales, separadas por apenas veinte años, fue la manera en que los alemanes interpretaron esa cláusula de la «culpa de la guerra», agravada por sus políticos extremistas e impuesta como un objetivo que sería abatido entre llamas y con furia por Hitler, el antiguo cabo, que se impondría la misión de vengarse de las potencias aliadas y sus asociados (tres de los cuales, Italia, Rumania y Japón, se convertirían en aliados suyos en la segunda guerra mundial).

En el discurso inaugural que pronunció en Versalles, el principal delegado alemán, el conde Brockdorff-Rantzau, declaró: «Nos piden que reconozcamos que somos los únicos culpables de la guerra; un reconocimiento así en mis labios sería una mentira.» La prensa aliada denunció ese «insulto» alemán y el *Daily Mail* dijo a sus lectores: «Después de esto, nadie tratará a los "hunos" como civilizados ni arrepentidos.» A continuación, Brockdorff-Rantzau había señalado que el bloqueo aliado a Alemania seguía en vigor. «A los cientos de miles de no combatientes que han muerto desde el 11 de noviembre como consecuencia de ese bloqueo —dijo— los han matado a sangre fría y deliberadamente, después de que nuestros adversarios hubieran vencido y se les hubiera asegurado la victoria. Piensen en ello cuando hablen de culpa y de castigo.»

El bloqueo de Alemania siguió en vigor y así seguiría, insistieron los aliados, hasta que se firmara el tratado. Si éste no se firmaba, destacaba *The Times*, se podría sumar al bloqueo la ocupación de toda Alemania como una amenaza y un arma. Norman Angell, que en 1909 había advertido que una guerra perjudicaría por igual a los vencedores y a los vencidos, denunció que la continuación del bloqueo era un arma «contra los niños, los débiles, los enfermos, los ancianos, las mujeres, las madres, los decrépitos», tan perversa como lo había sido el hundimiento del *Lusitania*.

Dentro de Alemania, las fuerzas de la derecha trataban de reafirmarse. El 21 de febrero, cuando se dirigía al Parlamento de Munich, Kurt Eisner recibió un disparo en la espalda que le provocó la muerte; su asesino era un aristócrata alemán de veintiún años, el conde Anton Arco-Valley. La violencia que se desató a continuación incluyó el asesinato de cincuenta prisioneros de guerra rusos liberados, cerca de Puchheim, el asesinato de veintiún católicos arrestados en su club de la ciudad y fusilados en la cárcel, el asesinato de tres de los dirigentes del experimento soviético y el asesinato, como represalia, de ocho derechistas encarcelados. Mientras las fuerzas de la derecha se reafirmaban, Hitler encontró empleo en Munich, trabajando para el ejército para convencer a los prisioneros de guerra alemanes que regresaban del campo de Lechfeld de que dieran la espalda al derrotismo y a la izquierda. Adoptó como tema la influencia corruptora

de una «conspiración mundial judeomarxista», con lo cual estimuló una nueva fuente de agitación nacional que no había existido entre las fuerzas que provocaron el caos en 1914.

Los ejércitos aliados de ocupación permanecieron en el Rin, pero millones de soldados se fueron desmovilizando poco a poco y se los envió a casa. Algunos no se recuperarían jamás de la angustia mental que les produjeron sus experiencias en la guerra. Algunos quedarían atrapados en un mundo trastornado, limitado por todas partes por su servicio en la guerra. Algunos se construirían una vida nueva en la cual la guerra se volvería cada vez más lejana y remota. Para algunos, la mala memoria de otros sería motivo de angustia.

Pero mientras los heridos se recuperaban (algunos muy lentamente) en los hospitales, hubo incidentes que provocaron aflicción. El 23 de febrero, desde su lecho en el hospital militar de Rouen, el voluntario estadounidense Carroll Carstairs escribió a su padre que la enfermera encargada de noche los reprendía, a él y a los demás oficiales, por querer «molestar» al médico, cuando sus heridas les provocaban un dolor insoportable. «Todos los oficiales la odian —escribió Carstairs—. Una noche, cuando ella llegó, se pusieron a silbar y a abuchearla. Ella dijo: "Pensé que eran ustedes oficiales y caballeros, pero veo que estoy en un establo." Todo el mundo rió. Era extraño ver a esas marionetas atrapadas, vendadas y postradas, con los brazos y las piernas formando ángulos agudos, estirados en tablillas levantadas con cuerdas que pasan por poleas colgadas del techo, en cuyo extremo cuelgan unos sacos de arena. Era grotesco observarlos en esa inquisición de posturas extrañas y dolorosas, crueles e imposibles, sacudiendo las camas con su risa histérica.»

A los soldados estadounidenses que regresaban les esperaba la sorpresa, al llegar a su país, de ver lo poco que sabían allí sobre sus proezas y sus logros. El 25 de abril de 1919, cuando atracó en Nueva York el *Leviathan*, un buque de pasajeros alemán convertido, el general MacArthur, que había comandado la División Arco Iris en las últimas semanas de la guerra, se sorprendió al ver que en la plancha no los recibía una multitud de dignatarios llenos de alabanzas y de ceremonial, sino un niño que le preguntó quiénes eran los hombres. «Somos la famosa 42.ª», respondió. Entonces el niño le preguntó si habían estado en Francia. «En medio de un silencio doloroso —escribió después MacArthur—, sin nadie que nos mirara, ni siquiera unos niños, salimos marchando del muelle, para dispersarnos a los cuatro vientos: fue un final triste, lamentable, para la Arco Iris.»

Siegfried Sassoon expresó con palabras la rabia que le dio que hasta los sol-

dados olvidaran. En un poema titulado «Aftermath, March 1919» («Secuelas, marzo de 1919»), escribió:

Have you forgotten yet?
Look down, and swear by the slain of the War that you'll never forget.

Do you remember the dark months you held the sector at Mametz —
The nights you watched and wired and dug and piled sandbags on parapets?
Do you remember the rats; and the stench
Of corpses rotting in front of the front-line trench —
And dawn coming, dirty-white, and chill with a hopeless rain?
Do you ever stop and ask, «Is it all going to happen again?»

Do you remember that hour of din before the attack —
And the anger, the blind compassion that seized and shook you then
As you peered at the doomed and haggard faces of your men?
Do you remember the stretcher-cases lurching back
With dying eyes and lolling heads — those ashen-grey
Masks of the lads who once were keen and kind and gay?

Have you forgotten yet? [...]
Look up, and swear by the green of the spring that you'll never forget.[4]

En la conferencia de paz de París, Lloyd George comenzaba a dudar de la prudencia de ser tan severos en las condiciones que se estaban discutiendo, severidad en la cual insistían mucho los franceses y Clemenceau en particular. El 25 de marzo, fue a pasar el día a Fontainebleau, para decidir por sí mismo la manera en que se debía tratar a Alemania. En un memorándum que escribió al final del día, declaró que lo que le interesaba era crear una paz para siempre, no para apenas treinta años. Las medidas punitivas contra Alemania podían dar lugar a una paz breve, pero, a menos que se apaciguara a los alemanes, se volverían bolcheviques y entonces el bolchevismo ruso contaría con la ventaja «del poder organizador de los mejores organizadores de los recursos nacionales de todo el mundo».

Una vez superada la primera conmoción de la guerra, Lloyd George advirtió que «mantener la paz dependerá de que no haya motivos de exasperación que remuevan constantemente el espíritu de patriotismo, ni el de justicia, ni el de jugar limpio, para obtener una compensación. [...] Nuestra paz debería de ser

dictada por hombres que actúen con el espíritu de unos jueces que intervienen en una causa que no afecta personalmente sus emociones ni sus intereses y no con un espíritu de enemistad sangrienta, que no se contenta sino con la mutilación y causando dolor y humillación».

A continuación, Lloyd George criticó aquellas cláusulas que todavía se estaban redactando y que podían resultar «una fuente constante de irritación». Sugirió que, cuanto antes desaparecieran las indemnizaciones, mejor. Desaprobó que se sometiera a Alemania a un gobierno extranjero, temiendo que, al hacerlo, «llenaremos Europa de Alsacias y Lorenas». Destacó que los alemanes eran «orgullosos, inteligentes, con grandes tradiciones», mientras que aquellos pueblos bajo cuyo dominio quedarían en virtud del tratado eran «razas que ellos consideraban inferiores y algunas de ellas, sin duda, de momento, merecen esa consideración».

En el centro del memorándum de Fontaintleau estaba la advertencia de Lloyd George sobre el peligro que suponía que al final se firmara el tratado según lo previsto. «Estoy totalmente en contra de transferir a más alemanes que los estrictamente necesarios del gobierno alemán al de alguna otra nación —escribió—. No se me ocurre mejor causa para una guerra futura que el hecho de que el pueblo alemán, que sin duda ha demostrado ser una de las naciones más enérgicas y poderosas del mundo, quede rodeado por una cantidad de pequeños estados, muchos de los cuales estarán formados por pueblos que nunca han establecido con anterioridad un gobierno estable por sí mismos, cada uno de los cuales contendrá grandes masas de alemanes que clamarán por volver a reunirse con su tierra natal [...] una nueva guerra en el este de Europa.»

Los argumentos del primer ministro británico cayeron en saco roto; el 26 de marzo, cuando se discutió el memorándum de Fontaintleau, Clemenceau comentó con mucha frialdad: «Si los británicos tienen tantas ganas de apaciguar a Alemania, deberían mirar [...] al otro lado del mar [...] y hacer concesiones coloniales, navales o comerciales.» Lloyd George se molestó sobre todo por el comentario de Clemenceau de que los británicos eran «un pueblo marítimo que no ha conocido ninguna invasión» y respondió, irritado: «Lo que realmente apetece a los franceses es entregar a los alemanes de Danzig a los polacos.»

Tan cáusticos intercambios eran sintomáticos de un creciente distanciamiento entre Gran Bretaña y Francia. Para Clemenceau, el tratado parecía la mejor oportunidad que podía tener Francia de preparar una protección efectiva contra una Alemania que ya tenía el doble de la población que ella y a la cual había que demostrar, mediante una acción dura e intencionada, que no le convenía pensar en vengarse. Lloyd George lo consideraba una manera de provocar

conflictos futuros. Cuando regresó de Fontaintleau a París, se opuso, aunque en vano, a transferir a Polonia todas las zonas con predominio alemán. Su protesta no consiguió minar la determinación francesa de reducir al máximo el territorio alemán.

Aunque prosiguió el debate sobre la manera de tratar a Alemania, una serie de conmemoraciones siguieron recordando, a vencedores y vencidos por igual, las divisiones, el dolor y los odios provocados por cuatro años de lucha. El 7 de mayo de 1919, día en que los delegados alemanes en Versalles recibieron el borrador del tratado de paz, se devolvió a Inglaterra el cuerpo de Edith Cavell, a bordo del destructor *Rowena*. Ocho días después, se celebró en la abadía de Westminster un funeral al que asistió una gran multitud. En las calles, una muchedumbre, que incluía a grandes cantidades de escolares, vieron pasar su ataúd, transportado sobre una cureña.

«Durante el recorrido de la enfermera Cavell por Londres —escribió *The Times*—, una maravillosa quietud se posó en las calles que, a mediodía, suelen ser muy ruidosas.» Canadá bautizó en su honor el monte Cavell, en las Rocallosas y Estados Unidos, el glaciar Cavell, en Colorado. En Londres, se le levantó una estatua justo al norte de la plaza de Trafalgar; durante varios meses después de que la descubrieran, siempre había alguien cerca para asegurarse de que los transeúntes se quitaran el sombrero.

El 29 de mayo, la delegación de paz alemana en Versalles presentó a la conferencia un memorándum de protesta por las condiciones propuestas. Aunque estaban dispuestos a desarmarse «antes que todos los demás pueblos», querían que los vencedores aceptaran abolir el servicio militar obligatorio y reducir su armamento «en la misma proporción». Estaban dispuestos a renunciar a los derechos de soberanía alemana en Alsacia y Lorena, pero querían que se celebrara allí un plebiscito. Se comprometían a pagar indemnizaciones hasta cierto límite, pero repudiaban en concreto el concepto de la culpa de la guerra y exigían una investigación neutral para determinar la responsabilidad de la guerra. Las propuestas fueron rechazadas. Negar la culpa de la guerra era poner el dedo en la llaga de los británicos. «No podía aceptar el punto de vista alemán —escribió posteriormente Lloyd George— sin traicionar todos nuestros motivos para entrar en la guerra.» Al revisar las consideraciones «que nos impulsaron a ponernos de parte de Bélgica, Serbia, Francia y Rusia», no tenía «ni la más mínima duda sobre la culpabilidad de las potencias centrales».

La respuesta aliada a los delegados alemanes fue rotunda: «Durante toda la

guerra, al igual que con anterioridad a ella, el pueblo alemán y sus representantes apoyaron la guerra, votaron los créditos, suscribieron préstamos de guerra y obedecieron todas las órdenes de su gobierno, por despiadadas que fueran. Compartieron la responsabilidad de la política de su gobierno, porque en cualquier momento, de haberlo querido, podrían haberla cambiado radicalmente. Si esa política hubiese triunfado, la habrían aclamado con el mismo entusiasmo con que celebraron el estallido de la guerra. Ahora no pueden pretender, después de cambiar de gobernantes, al perder la guerra, que es justo que se libren de las consecuencias de sus actos.»

Para los aliados, las heridas de la guerra estaban demasiado cerca y la victoria, también, para poder dar cualquier otra respuesta. El 30 de mayo de 1919, se dedicó el primero de los cementerios de guerra estadounidenses del frente occidental, el de Suresnes, con 1.551 tumbas y 974 nombres en el muro de los desaparecidos, a los soldados que no tenían una tumba conocida. Parecía obvio que Alemania era culpable, pero los alemanes no estaban dispuestos a aceptar que sus «actos» clamaran justicia. En junio, a su regreso a su casa de Hannover, Hindenburg se puso a escribir sus memorias, culpando del derrumbamiento de Alemania no al ejército, sino a los trastornos y las revoluciones en el frente interno. Ésa fue la leyenda de la «puñalada por la espalda» que aprovecharon tantos políticos alemanes durante la década siguiente, entre ellos Hitler, que llegaría a ser el último canciller durante la presidencia del propio Hindenburg, que se prolongó desde 1925 hasta su muerte, en 1934.

Mientras la conferencia de paz de París continuaba, durante el mes de junio, con sus intensas deliberaciones diarias, el ambiente de antigermanismo pareció intensificarse, como si los diplomáticos y los negociadores aliados fueran un jurado a punto de condenar y un juez a punto de dictar sentencia. Uno de los participantes británicos, el historiador H. A. L. Fisher, escribió en una carta privada a un amigo, el 11 de junio: «El ambiente moral que impera en París no ayuda mucho. Lo único que quieren todos los estados pequeños es más territorio y Francia, como es natural, teme a una Alemania restablecida y vengativa. Mi propia opinión es que todavía hay demasiada pasión para conseguir un acuerdo verdaderamente duradero en este momento, pero que, si se firma un tratado así, habrá un apaciguamiento y, gradualmente, podrán introducirse reajustes y modificaciones que darán a Europa una perspectiva de estabilidad.»

Las perspectivas de la estabilidad a través del apaciguamiento todavía quedaban muy lejos, tanto en Europa como en lo que había sido en otra época el frente oriental. El 17 de junio, en el exterior de la base naval rusa de Kronstadt, tres torpederos británicos de cabotaje, al mando del capitán Gordon Steele, el

teniente Dayrell-Reed y el teniente Agar, atravesaron las defensas navales. Dayrell-Reed murió al entrar en el puerto. Steele y Agar siguieron adelante y torpedearon un crucero bolchevique. A ambos les concedieron la Cruz de la Victoria.

La intervención contra Rusia fue multinacional, ya que participaron soldados británicos, franceses, italianos, checos, rumanos, serbios, japoneses, letones, alemanes del Báltico, finlandeses y estadounidenses, así como también rusos antibolcheviques y cosacos rusos. Gran Bretaña proporcionó a las fuerzas rusas antibolcheviques más de medio millón de fusiles y quinientos millones de balas. Se enviaron soldados británicos, incluido un destacamento de expertos en gas, al norte de Rusia; uno de ellos fue Donald Grantham, que aprovechó su nuevo destino para estudiar la geología local.

Una de las últimas decisiones que tomaron los aliados antes de salir de París fue no continuar ese nuevo conflicto lejano y cada vez más costoso. Antes de que los estadounidenses se retiraran de Archangelsk y Vladivostok, 174 habían muerto en combate o como consecuencia de sus heridas. El 18 de noviembre de 1919, en uno de los últimos actos de valor de la primera guerra mundial, un oficial estadounidense, el comandante Sidney Graves, rescató a varios civiles rusos que habían quedado atrapados entre los fuegos de dos facciones rivales. Le concedieron la Cruz al Mérito Distinguido.

El destino y el futuro de los alemanes que quedarían sometidos al gobierno de Checoslovaquia y al de Polonia, cuyo defensor llegaría a ser Hitler, en los veranos de 1938 y 1939, se pusieron en evidencia veinte años antes de que formaran parte del preludio público y tan promocionado a la segunda guerra mundial. El 15 de junio de 1919, los representantes de las regiones de habla alemana de Bohemia, Moravia y Silesia, en los Sudetes, las partes de Austria que se integrarían dentro de Checoslovaquia, presentaron un memorándum a la conferencia de paz de París, en el que protestaban por la concesión a los checos de sus derechos de soberanía. «La nación sometida no puede tolerar jamás una dominación así», declararon. Seis días después, el 21 de junio de 1919, haciendo referencia a los alemanes que habían quedado bajo mandato polaco, el *Vossische Zeitung* escribió: «La fuga del oeste de Prusia y de otras partes de las zonas fronterizas del este, que están a punto de ser transferidas de Prusia a Polonia, hacia las provincias del oeste y el centro de Alemania, está aumentando hasta tal punto que los alemanes que quedan allí están muy deprimidos.» Las poblaciones de lo que sería la nueva frontera oriental alemana se habían llenado «peligrosamente» de refugiados. «En Pila (Schneidemühl) hubo que apiñar a fami-

lias enteras en establos y otras construcciones totalmente inadecuadas como vivienda humana.»

Ni los tres millones y medio de alemanes de los Sudetes ni los centenares de miles que había en lo que llegaría a ser el corredor polaco tenían ninguna esperanza de invertir el tipo de decisiones que incluso entonces estaban a punto de tomarse. En la conferencia de paz de París, los alemanes siguieron tratando de introducir modificaciones al tratado, pero los aliados se negaban a someterlo a ninguna negociación. El 21 de junio, previendo que, en virtud del tratado, habría que entregar a los aliados la flota alemana que desde el armisticio había estado recluida en Scapa Flow, su comandante, el contraalmirante Von Reuter, dio órdenes de hundir los barcos.

El primero que se fue al fondo fue el acorazado *Friedrich der Grosse*, dieciséis minutos después del mediodía. Dos años antes, había sido el foco del primer amotinamiento de la flota alemana de alta mar. A las cinco de la tarde, setenta y cuatro buques de guerra alemanes, dieciséis de los cuales eran los más grandes de su tiempo, habían ido a parar al fondo del mar. Por una curiosa ironía, presenciaron la escena un grupo de escolares escoceses que iban a bordo del remolcador *Flying Kestrel*; estaban de excursión y les encantó asistir a lo que supusieron que era algún impresionante despliegue naval preparado para ellos. Alguna de las pequeñas embarcaciones británicas de las proximidades, en un vano intento por obligar a algunos tripulantes alemanes a regresar a sus barcos y evitar su hundimiento, abrieron fuego y así murieron ocho marinos alemanes. El último buque de guerra alemán, el *Hindenburg*, se fue a pique a las cinco de esa tarde. Los británicos remolcaron hasta la orilla cuatro barcos, antes de que pudieran hundirlos. Con el hundimiento de los barcos, escribió el almirante Scheer, «se ha limpiado la mancha de la rendición del blasón de la armada alemana».

El 22 de junio, en Versalles, los delegados alemanes aceptaron firmar todas las cláusulas del tratado de paz, a excepción de las que hacían referencia a la «culpa de la guerra». Cuando los dirigentes aliados se disponían a dar respuesta a ese último acto de desafío, les llegó la noticia del hundimiento de la flota en Scapa Flow. De inmediato, decidieron no sólo rechazar cualquier modificación del tratado, sino, además, conceder a Alemania apenas veinticuatro horas para firmarlo. Cuando los delegados alemanes pidieron cuarenta y ocho horas, Lloyd George dijo a sus colegas que, «después de analizar con cuidado la situación, le parecía que el hundimiento de los barcos alemanes en las Orcadas contribuía de forma decisiva a que él se opusiera a acceder a la solicitud alemana». Hundir esos barcos era «no cumplir una palabra». La solicitud alemana fue rechazada.

Surgió un obstáculo más para la firma. El gobierno alemán, que no estaba

dispuesto a aceptar el rechazo provocado por haber autorizado la firma, renunció. El presidente de la recién creada República Alemana, Friedrich Ebert, se negó a aceptar su renuncia. Entonces preguntó a Hindenburg y a Groener (el sucesor de Ludendorff como jefe del Estado Mayor) si Alemania sería capaz de defenderse en caso de que los aliados reanudaran el ataque. Hindenburg salió de la habitación para no tener que pronunciarse sobre lo impronunciable, que Alemania estaba indefensa. El general Groener permaneció en la habitación y dijo la verdad: en el este, la posición de Alemania era «razonable»; en el oeste, era «desesperada».

Cuando sólo faltaban cuatro horas para que finalizara el plazo de los aliados, el gobierno alemán aceptó firmar el tratado de Versalles, pero, al hacerlo, manifestó una última protesta: «El gobierno de la República Alemana ha visto con consternación, a raíz de la última comunicación de los gobiernos aliados y sus asociados, que éstos están decididos a arrebatar a Alemania por la fuerza incluso la aceptación de unas condiciones de paz que, a pesar de no tener demasiada importancia, tienen por objeto privar de su honor al pueblo alemán. El honor del pueblo alemán se mantendrá intacto ante cualquier acto de violencia. El pueblo alemán, después de todo el espantoso sufrimiento de los últimos años, carece totalmente de los medios para defender su honor mediante actos externos. Cediendo ante una fuerza abrumadora, aunque sin dejar de lado por eso su opinión con respecto a la injusticia sin precedentes de las condiciones de paz, el gobierno de la República Alemana, por tanto, declara que está dispuesto a aceptar y firmar las condiciones de paz impuestas por los gobiernos aliados y sus asociados.» Cuando los negociadores aliados en Versalles recibieron este mensaje inflexible y a la vez complaciente, ordenaron que se dispararan salvas para celebrarlo. Al día siguiente, en Berlín, Ludendorff acabó de escribir sus memorias de la guerra, que dedicó «a los héroes que cayeron creyendo en la grandeza de Alemania».

El 28 de junio de 1919, Alemania y las «principales potencias aliadas y asociadas» firmaron el tratado de Versalles; los representantes de veintisiete potencias victoriosas estamparon su firma en el documento, que tenía doscientas páginas.[5] En virtud del tratado, Alemania fue castigada tanto territorial como financieramente. Su territorio se redujo tanto en el este como en el oeste; licenciaron su ejército, su marina y su fuerza aérea, y su responsabilidad por la guerra se expresó en las obligaciones financieras que le impusieron de pagar indemnizaciones, sobre todo a Francia y a Bélgica. Los artículos 42 al 44 prohibían a Alemania fortificar la cuenca del Rin y no mantener allí ninguna fuerza armada. Por el artículo 80, Alemania tenía prohibido unirse a Austria, «salvo con el

consentimiento del Consejo de la Sociedad de Naciones». Los artículos 100 al 106 quitaban el puerto de Danzig de la soberanía alemana y lo convertían en una ciudad libre, bajo la protección de la recién creada Sociedad de Naciones. Los artículos 119 y 120, en cinco líneas, privaban a Alemania de todas sus posesiones coloniales. Por el artículo 170, Alemania tenía prohibido importar armas, municiones o material bélico. En el artículo 191, se le prohibía construir o comprar submarinos. El artículo 198 le prohibía tener fuerzas aéreas militares o navales.

A Alemania se le negaba la capacidad de hacer la guerra. En virtud del artículo 231 del tratado, estaba obligada a aceptar, junto con sus aliados, la «responsabilidad» por los daños y perjuicios ocasionados como consecuencia de una guerra «impuesta a» los vencedores «por la agresividad de Alemania y sus aliados». Era la cláusula de la culpa de la guerra, que servía de preámbulo a la demanda de indemnizaciones y a la cual habían objetado en particular los negociadores alemanes. Mientras algunos negociadores aliados, entre los cuales figuraba el economista británico J. M. Keynes, opinaban que las cláusulas de indemnizaciones eran demasiado estrictas, otros las elogiaban, con Rudyard Kipling a la cabeza:

These were our Children who died for our Lands.
They were dear in our sight.
We have only the Memory left of their Home,
Treasured sayings and Laughter.
The Price of our Loss shall be paid to our Hands,
Not another's hereafter.
That is our Right.[6]

Cada semana posterior a la firma del tratado de Versalles había alguna ceremonia que recordaba a los vencedores sus motivos de queja y hacía que fuera imposible hablar de modificar el tratado ni de aceptar su injusticia, como sostenían algunos, Keynes entre ellos. Diez días después de la firma del tratado, estimuló el sentimiento antialemán la celebración en Londres de un oficio fúnebre por el capitán Fryatt, el capitán del vapor que había sido fusilado por los alemanes en Bruselas en 1916, por haberse atrevido a embestir a un submarino alemán. A continuación, volvieron a enterrar a Fryatt en Dovercourt.

El 14 de julio, dos semanas y dos días después de la firma del tratado, cuando la capacidad de Alemania para perjudicar a sus vecinos parecía acabada para siempre, se celebró en París un desfile de la victoria, que asoció el día de la

caída de la aborrecida fortaleza de la Bastilla con la caída del imperio alemán. El día comenzó con una marcha en la que participaron un millar de veteranos franceses: los ciegos, los cojos y los mutilados. A continuación, desfilaron soldados, bandas, comandantes y tropas de todas las naciones aliadas, que pasaron bajo el Arco de Triunfo y siguieron por los Campos Elíseos hasta la plaza de la Concordia. Allí se descubrió la estatua de Estrasburgo por primera vez desde 1871, antes de que los participantes en la marcha se trasladaran a la plaza de la República, sede del triunfo de la Revolución Francesa, en 1789.

Encabezaban la procesión dos hombres a caballo, Foch y Joffre, los dos mariscales de campo que habían estado al mando, o casi, desde agosto de 1914. Once unidades aliadas, de unos mil quinientos hombres cada una, marchaban por orden alfabético, como en los Juegos Olímpicos. En esa ocasión triunfal iban primero los estadounidenses (americanos), encabezados por el general Pershing a caballo; a continuación, los belgas, los británicos, los checos, los griegos, los italianos, los japoneses, los portugueses, los rumanos, los serbios y los polacos, seguidos, en último lugar, por los franceses, en cuyo territorio habían tenido lugar buena parte de los combates y cuyas pérdidas eran superiores a las de todos los demás presentes. No tenía cabida la Rusia bolchevique, que había dado la espalda a la guerra en un momento crítico, con lo cual lo volvió todavía más crítico. Tampoco tenía cabida China, que había declarado la guerra a Alemania en 1917 y cuyos trabajadores seguían trabajando todavía para quitar de los campos de batalla los alambres de espinos y los proyectiles que no habían estallado. En cuanto a las naciones que habían sido derrotadas, podrían leer un informe completo del triunfo en sus periódicos del día siguiente: los austríacos, los búlgaros, los alemanes y los turcos.

Una de las personas que se encontraban en París presenciando los festejos era Winifred Holtby, que había sido testigo, cuando era niña, del bombardeo alemán a Scarborough, que tuvo lugar en diciembre de 1914. Más adelante había servido en Francia como enfermera. Su biógrafa, Vera Brittain, ha escrito que «al pasar, durante el día, a ver a la regordeta *madame* francesa que se encargaba de lavarle la ropa, Winifred encontró a la mujer, alegre y voluble, sollozando, detrás de un cerezo de su huerto, por el hijo que jamás regresaría a coger la fruta madura de las ramas cargadas. Ese repentino regreso a la realidad, ¿le trajo a la memoria a la anciana borracha que le había dicho en Rudston, el 3 de agosto de 1914, que la guerra era "un infierno asqueroso"? En cualquier caso, al regresar a Yorkshire comprobó que, para algunos (entre los cuales todavía no se incluía a sí misma), las tragedias de la guerra, lejos de haber llegado a su fin, apenas acaban de empezar».

El 1 de septiembre de 1919, zarpó de Brest la última división de combate estadounidense que partió de Francia. En los meses anteriores, trescientos mil soldados estadounidenses habían cruzado el Atlántico de este a oeste cada mes, de regreso a Estados Unidos. Cada soldado que regresaba recibía los papeles de la baja, un uniforme, un par de zapatos, un abrigo y una bonificación de sesenta dólares. Más de tres millones y medio de hombres pasaron por ese proceso. En Francia quedó un pequeño grupo de hombres que iban a trabajar en los cementerios militares, supervisando la recogida de cadáveres, su identificación, entierro y conmemoración. También se envió a Alemania una fuerza de ocupación estadounidense de dieciséis mil hombres, como parte de la presencia aliada en el Rin, con base en Coblenza.

Comenzaban a quedar en libertad los prisioneros de guerra. En los campamentos habían muerto decenas de miles de ellos por la pandemia de gripe. De los trescientos mil soldados austríacos tomados prisioneros a comienzos de noviembre de 1918, treinta mil habían muerto en cautividad antes del otoño de 1919. Uno de los que finalmente consiguió regresar a casa fue el filósofo Wittgenstein, que volvió a Viena el 25 de agosto. Allí se reunió con su hermano Paul, que había perdido el brazo derecho en el frente oriental. Era concertista de piano, estaba aprendiendo a tocar sólo con la mano izquierda y reanudó su carrera como profesor.

En Gran Bretaña, también estaban dejando en libertad a los objetores de conciencia que habían estado en la cárcel, aunque poco a poco. En marzo de 1919, todavía quedaban mil doscientos en prisión y tres mil cuatrocientos haciendo trabajos alternativos en campos especiales en Gran Bretaña. Como castigo colectivo por su punto de vista, los privaron del derecho al voto durante cinco años, después de la guerra, tanto en las elecciones parlamentarias como en las municipales.

El 10 de septiembre, Austria firmó el tratado de Saint-Germain con las potencias aliadas y las asociadas. Cedió a Italia el sur de Tirol, Istria, parte de Dalmacia y sus islas en el Adriático, y cedió Bucovina a Rumania. Las antiguas provincias eslavas del sur de Eslovenia, Croacia, gran parte de Dalmacia, Bosnia y Herzegovina pasaron a formar parte de Yugoslavia y Sarajevo, donde Gavrilo Princip asesinó a Francisco Fernando, quedó bajo dominio eslavo. Se reconoció la independencia de Hungría, al igual que la de Polonia y la de Checoslovaquia. Polonia recibió las antiguas provincias austríacas de Galitzia Occiden-

tal y Galitzia Oriental, incluidas las ciudades de Krakau (Cracovia) y Lemberg.[7] Checoslovaquia recibió las antiguas provincias austríacas de Bohemia y Moravia, incluidos los Sudetes, de habla alemana. El ejército austríaco quedaría limitado a treinta mil hombres, no podía tener fuerza aérea y se le prohibió unirse con Alemania.

El 27 de noviembre, Bulgaria firmó su tratado de paz en Neuilly. Tracia, su única salida al Egeo, fue cedida a los aliados, que después la transfirieron a Grecia. El sur de Dobrudja, una pequeña franja de tierra a orillas del mar Negro, fue devuelto a Rumania. Yugoslavia adquirió los pequeños enclaves de Strumica y Tsaribrod. Bulgaria no tendría aviones ni submarinos y su ejército se limitaría a veinte mil voluntarios. Como indemnización por los daños ocasionados, debía pagar más de dos millones de francos en oro cada seis meses, durante treinta y siete años: hasta 1957. Además, Yugoslavia tenía que recibir cincuenta mil toneladas de carbón por año durante cinco años.

En Hungría, la confusión producida por nueve meses de gobierno y terror comunista, bajo el liderazgo de Bela Kun, postergó la paz, pero, el 4 de junio de 1920, el último bloque territorial de lo que habían sido las potencias centrales aceptó los términos de la derrota y dio su conformidad a una serie de decisiones que ya se habían puesto en práctica en el terreno. Por el tratado de Trianón, Checoslovaquia obtuvo las antiguas regiones húngaras de Eslovaquia y Rutenia. Transilvania se transfirió a Rumania, lo que dio lugar a un motivo de queja que ha durado tres cuartos de siglo. Se transfirió a Yugoslavia la región de Banat. El ejército húngaro no podía superar los treinta y cinco mil hombres. Hungría ya no tendría acceso al mar, si bien sus antiguas actividades marítimas en el Adriático eran evidentes en el grado de su regente, el almirante Horthy que, durante el último año de la guerra, había sido comandante en jefe de la armada austrohúngara.

En toda Europa y en todos los países que habían enviado hombres a luchar en Europa, se estaban diseñando y colocando los monumentos a aquellos que habían muerto en la guerra. Cada ciudad, pueblo y aldea del cual habían partido hombres hacia la guerra levantó su monumento a los caídos, en el que se tallaron sus nombres en piedra. Charlotte Mew escribió en septiembre de 1919, después de que se descubriera en Gran Bretaña uno de esos monumentos:

For this will stand in our Market-place
Who'll sell, who'll buy

(Will you or I
Lie each to each with the better grace)?
While looking into every busy whore's and huckster's face
As they drive their bargains, is the Face
Of God: and some young, piteous, murdered face.[8]

El 9 de noviembre de 1919, se colgó una placa de bronce en uno de los pilares del ayuntamiento de la aldea belga de Saint-Ghislain, en memoria de una de las primeras bajas británicas de la batalla de Mons, un oficial de artillería, el comandante C. Holland, que murió en combate el 23 de agosto de 1914. Hay monumentos colectivos que registran la muerte de regimientos, unidades especiales, incluso animales. Algunos monumentos relacionaban a los muertos en la primera guerra mundial con los de guerras pasadas: en Newark, Nueva Jersey, un monumento estadounidense contiene cuarenta y dos figuras esculpidas que representan a soldados estadounidenses de cada época de la historia nacional, empezando por la guerra de la independencia contra Gran Bretaña. En Tower Hill, enfrente de la Torre de Londres, un monumento recuerda la muerte, en la primera guerra mundial, de doce mil marinos mercantes y pescadores «que no tienen más tumba que el mar». El monumento al Cuerpo Británico de Ametralladores que hay en Hyde Park Corner lleva la inscripción:

Saul hath slain his thousands
But David his tens of thousands.[9]

El 19 de noviembre de 1919, el Senado de Estados Unidos rechazó el tratado de Versalles. Fue un duro golpe para los que esperaban que los estadounidenses no sólo ayudaran a mantener el tratado, sino que hicieran una aportación importante para la recuperación política y económica de Europa. «Todo el tratado se había construido —escribió posteriormente uno de los participantes británicos— a partir de la suposición de que Estados Unidos no se limitaría a ser una de las partes sino que, además, tomaría parte activa en su ejecución. Se había convencido a Francia para que dejara de pedir un estado tapón entre ella y Alemania, a cambio de la garantía del apoyo armado de Estados Unidos. Todo el acuerdo de indemnización dependía para su ejecución de la presencia, en la Comisión de Indemnizaciones, de un representante del principal acreedor de Europa. Todo el tratado había sido elaborado, a propósito y con mucho ingenio, por el propio señor Wilson para que la cooperación estadounidense resultara esencial.»[10]

Diez años después, Clemenceau escribiría retóricamente a los estadounidenses, todavía con febril indignación: «Su intervención en la guerra, de la cual se libraron ustedes fácilmente, puesto que apenas les costó 56.000 vidas humanas, en lugar de nuestros 1.364.000 muertos, les ha parecido, sin embargo, una muestra excesiva de solidaridad. Y ya sea mediante la creación de una Sociedad de Naciones, que brindaría la solución para todos los problemas de seguridad internacional por arte de magia, o, simplemente, retirándose de los programas europeos, se vieron a sí mismos liberados de todas las dificultades mediante una "paz aparte". Pero no es todo tan fácil como parece. Las naciones del mundo, aunque estén separadas por fronteras naturales o artificiales, no tienen más que un planeta a su disposición, todos los elementos del cual se encuentran en estado de solidaridad y, lejos de ser una excepción a la regla, el hombre descubre, hasta en sus actividades más íntimas, que es el supremo testigo de la solidaridad universal. Detrás de sus barreras de mar, de hielo y de sol, puede que sean ustedes capaces de aislarse temporalmente de sus conciudadanos planetarios, aunque los encuentro en las Filipinas, a las cuales no pertenecen ustedes geográficamente. [...]» Añadió Clemenceau, a modo de despedida: «No fue el entusiasmo lo que los arrojó a nuestras líneas de fuego, sino la alarmante persistencia de las agresiones alemanas.»

El tratado de Versalles entró en vigor el 10 de enero de 1920, apenas siete semanas después de que el Senado lo rechazara. A partir de entonces, Europa tuvo que arreglárselas sola para encontrar la manera de poner en práctica las diversas cláusulas y de tomar medidas o no tomarlas si no se cumplían. Con la entrada en vigor del tratado, se estableció la Sociedad de Naciones que ya era, en cierto modo, una organización viciada, ya que Rusia no formaba parte de ella, Alemania no había sido incluida todavía y China estaba ofendida porque los japoneses, a pesar de las protestas de los aliados, se habían anexionado la provincia china de Shantung, que antes estaba en poder de los alemanes; pero la Sociedad abrigaba las esperanzas de millones de personas, que contaban con que resolviera los conflictos internacionales sin necesidad de ir a la guerra. Esas esperanzas se condensaban en los veintiséis artículos del Pacto de la Sociedad, que contemplaban la consulta colectiva y a continuación la acción colectiva en caso de una agresión no provocada.

El artículo 16, que pretendía servir como disuasorio contra la agresión, establecía que un acto bélico contra uno de los miembros de la Sociedad se consideraría un acto bélico contra todos y que se podían sumar las fuerzas militares, navales y aéreas de los miembros «para proteger los compromisos de la Sociedad». El artículo 23 pretendía poner freno al tráfico de armas, asegurar el

«trato justo» de los pueblos aborígenes, combatir el tráfico de drogas y la trata de blancas y mantener la prevención y el control internacionales de las enfermedades.

El Pacto de la Sociedad representaba las máximas aspiraciones de los vencedores para construir un nuevo mundo y para defenderlo, pero la agitación que habían producido cuatro años de guerra no se podía calmar fácilmente. Cada aspecto del trabajo de la Sociedad fue objeto de debate y discusión. Incluso en los nuevos estados nacionales, que habían nacido de las aspiraciones de las minorías de antes de la guerra, había nuevas minorías de posguerra, cuyos derechos siempre se estaban menoscabando y para las cuales la Sociedad ofrecía más la esperanza que la realidad de un apoyo. Las minorías de habla alemana de Polonia y Checoslovaquia, la minoría húngara en Rumania y Checoslovaquia y la minoría ucraniana en Polonia tenían motivos de queja como los que, antes de 1914, habían impulsado la marcha hacia la guerra. Los viejos sistemas imperiales habían desaparecido, pero algunos de los problemas que no habían conseguido resolver seguían siendo motivo de preocupación y, en ocasiones, de angustia.

Cuatro imperios se habían derrumbado en 1918 y, con ellos, sus gobernantes. Después de la firma del tratado de Versalles, los aliados publicaron una lista de «criminales de guerra» que había que entregar a los aliados, a la cabeza de los cuales estaba el káiser, entonces exiliado en Holanda. El gobierno holandés se opuso a todas las solicitudes de extraditarlo, del mismo modo que él, cuando las fuerzas de Hitler entraron en Holanda, en mayo de 1940, rechazó la oferta de asilarse en Gran Bretaña que le hizo Churchill, satisfecho de vivir bajo la ocupación alemana y de morir en el exilio.

Turquía se convirtió en una república, encabezada por su héroe de la guerra, Mustafá Kemal. Austria y Hungría dieron la espalda a los Habsburgo y convirtieron sus palacios y castillos en museos. El zar ya había sido asesinado por los bolcheviques, que, con la fuerza cada vez mayor del Ejército Rojo, reafirmaron la autoridad rusa sobre la mayor parte de los antiguos dominios imperiales, incluidas buena parte de Ucrania, el Cáucaso y el Asia central. Las guerras civiles mediante las cuales lo consiguieron fueron despiadadas y se llevaron a cabo terribles represalias.

No se aplacó la violencia dentro de Alemania, que había sido tan fuerte en 1919. La nación derrotada se convirtió en víctima de los que buscaban alguna solución militarista a sus problemas: la toma del poder, o al menos el desbara-

tamiento del poder existente, por parte de aquellos que no aceptaban las condiciones o ni siquiera la realidad de la derrota. El 15 de marzo de 1920, durante una lucha entre las fuerzas armadas de derechas e izquierdas en Dresde, una bala dañó una pintura de Rubens en la galería de arte de Zwinger. En una carta abierta a los habitantes de la ciudad, Oskar Kokoschka imploró a los ciudadanos que fueran a combatir «a algún otro sitio, como los campos de tiro de los montes, donde no se pone en peligro la civilización humana». Y añadió: «Las pinturas no pueden salir corriendo de los lugares donde les falla la protección humana y la Entente podría aprovechar el argumento de que no apreciamos la pintura como excusa para saquear nuestra galería.»

La República de Weimar sobrevivió a varios intentos de destruirla mediante la violencia. Los intentos derechistas por hacerse con el poder fueron derrotados: Kapp en Berlín, en marzo de 1920; Hitler en Munich, en 1923. Situado con cierta timidez entre los ignotos partidarios de Hitler, el día de su intento de golpe, había un conocido héroe de la guerra, el general Ludendorff, que marchó con valor junto a los líderes cuando trataron de atravesar un cordón policial para entrar en la plaza principal. Murieron dieciséis de los seguidores de Hitler y tres policías. «El *putsch* de Munich elimina definitivamente a Hitler y a sus seguidores nacionalsocialistas», comentó el *New York Times*. Weimar había reafirmado su autoridad, como seguiría haciendo durante la mayor parte de la década siguiente. Con el liderazgo de Weimar, Alemania limitó la escala de los pagos de las indemnizaciones y en Locarno, en 1925, ingresó en el sistema de seguridad europeo. Pero, en 1933, Hitler y su Partido Nazi arrasaron con la estabilidad que a la larga podría haber conseguido que Alemania regresara a la normalidad sin una nueva guerra.

Capítulo XXIX

SECUELAS: «... EN MEMORIA DE ESA GRAN COMPAÑÍA»

Por toda Europa, en cada sitio donde se habían enfrentado los ejércitos o en las ciudades, pueblos o aldeas que habían sufrido alguna pérdida, siguieron levantándose monumentos, pequeños algunos, grandes otros, unos cuantos, como en Vimy o en el Somme, inmensos. Muchos de esos monumentos se idealizaron a menudo más allá de un reconocimiento visual del conflicto. En Budapest, hasta el día de hoy, un soldado de caballería húngaro, que ha recibido un disparo en el campo de batalla, aparece de pie en el estribo, con la mano en el corazón (como Jesús al descender de la cruz señala el camino al cielo), para ayudar al difunto a salir de las nubes oscuras de la guerra hacia la luz brillante de la eternidad. La espada y el casco del soldado están en el suelo, junto a las patas de su caballo. La inscripción pone: «De la fe de Cristo, de la sangre de los héroes, nace la patria.»

En Rusia, los monumentos a los caídos sufrieron el mismo destino que tantas otras cosas en esa tierra de constante agitación y destrucción. En Moscú se creó un cementerio de hermandad poco después de que estallara la guerra y se construyó una iglesia en recuerdo de los muertos. En la época soviética, tanto la iglesia como el cementerio fueron destruidos. En la actualidad sólo queda una lápida.

Los libros también sirvieron como recuerdo. En febrero de 1920, el corresponsal de guerra británico Philip Gibbs publicó *Realities of War*, un libro en el cual se refirió a la necesidad de evitar «otra masacre de jóvenes, como ese sacrificio de muchachos que duró cinco años y del cual he sido testigo». La novela de Franz Werfel *The Forty Days* (*Los cuarenta días de Musa Dagh*) describió el tormento de los armenios, centrado en torno a la lucha por resistir contra los turcos en Musa Dagh (la montaña de Moisés), frente al Mediterráneo: «Los alaridos de estas mujeres se habían ido extinguiendo hasta convertirse en un pequeño suspiro, casi sordo, que acompañaba el lavado de cadáveres, el amortajamiento, como un viejo consuelo.»

El libro de Werfel era un grito de dolor. El de Philip Gibbs era un retrato duro de las crueldades y las barbaridades de la guerra, en el cual también hablaba del aspecto moral de la guerra: «Había que acabar con el mal en Alemania (la esclavitud de la niñez alemana). No había otra forma, más que ayudar a los alemanes a matarlo antes de que los dominara.» En Francia también se había extendido la sensación de la necesidad de la guerra, exacerbada por la amargura que sentían hacia los alemanes por «los crímenes de guerra» cometidos contra civiles franceses y por la devastación provocada por la guerra en suelo francés.

Esa amargura se revivía constantemente en ceremonias y monumentos. El 18 de marzo de 1920, el ministro francés de Guerra, André Lefèvre descubrió un monumento en una de las aldeas que había sido destruida durante la guerra: Ornes, al noreste de Verdún. Sus edificios habían quedado reducidos a escombros, declaró el ministro, pero su nombre ha pasado a formar parte de la historia. Sin embargo, ni los monumentos ni la «historia» podían expresar los tormentos internos que la guerra había producido para aquellos que sobrevivieron a los combates. Un historiador canadiense, Desmond Morton, tras destacar que en acción habían muerto 60.661 canadienses, había escrito: «Muchos más regresaron de la guerra con la mente o el cuerpo mutilados.»

Durante un debate en la Cámara de los Comunes, el 8 de julio de 1920, Churchill recordó un aspecto de los combates en el frente occidental que a menudo se pasaba por alto. «Una y otra vez —dijo—, hemos visto a oficiales y soldados británicos irrumpir en las trincheras bajo un fuego intensísimo, después de perder a la mitad de sus hombres antes de entrar en la posición del enemigo, con la certeza de un día largo y sangriento por delante, mientras por todas partes retumbaba un bombardeo tremendo; los hemos visto en esas circunstancias, sacando los mapas y los relojes y ajustando sus cálculos hasta el mínimo detalle y los hemos visto mostrar no sólo misericordia sino amabilidad hacia los prisioneros y obrar con circunspección al tratarlos, castigando a los que merecían ser castigados con las duras leyes de la guerra y perdonando a aquellos que podían pedir la clemencia del conquistador. Los hemos visto esforzándose por mostrar piedad y por ayudar a los heridos, incluso exponiéndose ellos mismos al peligro. Lo han hecho miles de veces.»

En el verano de 1920, las fuerzas del Ejército Rojo al mando del general Tukhachevsky, que en marzo habían derrotado a las fuerzas antibolcheviques del general Denikin en el sur de Rusia, se volvieron contra Polonia. Los polacos, que

ambicionaban territorios en el este, habían avanzado hasta Kiev. Cuando Tukhachevsky los obligó a ir hacia el oeste, casi hasta Varsovia, Polonia pidió ayuda a Gran Bretaña y a Francia. Uno de los asesores militares franceses que fue enviado a Polonia para ayudar a los polacos a resistir el ataque bolchevique fue el coronel De Gaulle, que había enseñado francés a Tukhachevsky cuando los dos eran prisioneros de guerra de los alemanes, en 1917.

El peligro de que el comunismo se extendiera a través de Polonia hasta llegar a Alemania era grave. Casi todo el mundo sentía simpatía hacia Polonia, uno de los últimos estados que se habían vuelto a crear, pero unos pocos deseaban volver a una guerra europea. El 28 de julio, escribió Churchill en el *Evening Standard,* refiriéndose al pueblo británico: «Están totalmente cansados de la guerra. A lo largo de cinco años amargos, han aprendido demasiado sobre su férrea esclavitud, su miseria, sus burlonas desilusiones, su permanente sensación de pérdida.»

Una semana después, el 4 de agosto, sexto aniversario del comienzo de la primera guerra mundial, Lloyd George presentó un ultimátum a los emisarios de Rusia en Londres: debían poner fin al avance hacia Varsovia o Gran Bretaña se presentaría como defensora de los polacos, del mismo modo que, en 1914, había defendido a los belgas. La buena disposición de Lloyd George para ir a la guerra resultó superflua al cabo de cuarenta y ocho horas, cuando ciento cincuenta mil soldados polacos detuvieron el avance de Tukhachevsky en Radzymin, a apenas veinticuatro kilómetros de Varsovia. Para la nueva Polonia, ése fue el milagro del Vístula. El 15 de agosto, Pilsudski había hecho retroceder hasta el río Bug a doscientos mil soldados rusos, los derrotó en Brest-Litovsk y tomó prisioneros a setenta mil. El 12 de octubre, los bolcheviques aceptaron un armisticio. Una vez más, habían sido derrotados por un vecino occidental. Con esa derrota, se ponía fin al violento choque de ejércitos al este del Vístula, que había sido casi constante desde agosto de 1914.[1]

Como consecuencia del posterior y considerable avance polaco, en 1921 se estableció, por el tratado de Riga, una frontera rusopolaca que incorporaba a las regiones orientales de Polonia bastantes zonas de Lituania, la Rusia blanca y el oeste de Ucrania. Polonia, que había obtenido territorio de Alemania en el oeste, de Austria en el sur y de Rusia en el este, fue el único estado europeo de posguerra que quedó satisfecho territorialmente, aunque Rusia, con sus líderes bolcheviques, seguía ambicionando la devolución de los territorios que había perdido ante Alemania en Brest-Litovsk y que no había recuperado.

Siguió habiendo algunos combates. En Afganistán, Gran Bretaña aplastó

una revuelta y reafirmó su influencia sobre el emir. En Anatolia, el enfrentamiento militar entre turcos y griegos culminó con la derrota de éstos y su éxodo masivo de la zona continental. En Marruecos, Francia siguió tratando de someter a las tribus marroquíes en el desierto del Sahara; la muerte de cuarenta y un legionarios en Djihani, once años después del fin de la guerra en Europa, produjo sorpresa e ira en Francia.

Un éxito efímero de posguerra, en términos de justicia y de reparación de un daño, fue el establecimiento de una Armenia independiente; ésa fue una de las principales decisiones del tratado de Sèvres, firmado el 10 de agosto de 1920. Ese pueblo tan mutilado obtendría la soberanía en todo el este del imperio otomano, que tanto había hecho por perjudicarlo. Aunque los turcos conservaban el control de la ciudad de Erzerum, el líder armenio, Boghos Nubar Pasha, aseguró a los líderes aliados que no tardaría en expulsarlos. Además, al otro lado de la antigua frontera otomana-zarista, en las zonas que habían sido conquistadas por Rusia en 1878, se había establecido una nueva Armenia, con Kars como capital, que se uniría a la zona que la Turquía otomana perdió en Sèvres. Armenia volvería a surgir y restablecería sus antiguas glorias.

Por el tratado de Sèvres, Estados Unidos sería el defensor de Armenia, ya que el tratado establecía concretamente que las fronteras del nuevo estado se «establecerían con el arbitraje del presidente Wilson». Ese triunfo sobre el papel fue efímero, a pesar de estar inscrito en un tratado formal. En septiembre de 1920, después de que Estados Unidos diera la espalda a una participación directa en los problemas de Europa y Asia Menor, las fuerzas turcas entraron en la nueva Armenia y la conquistaron en seis semanas. Al mismo tiempo, desde el este, las fuerzas bolcheviques entraron en las antiguas zonas zaristas. La Armenia independiente dejó de existir menos de un año después de haber conseguido el reconocimiento internacional. En marzo de 1921, el tratado de Moscú, negociado entre los soviéticos y los kemalistas, estableció una nueva frontera turcosoviética, a ambos lados de la cual el pueblo armenio volvió a encontrarse sometido al dominio extranjero.

Otros beneficiarios del tratado de Sèvres tampoco pudieron satisfacer sus aspiraciones nacionales en Anatolia. Los kurdos, a los que se concedió autonomía local y el derecho a separarse de Turquía al cabo de un año, no encontraron a nadie en la esfera internacional que estuviera dispuesto a seguir defendiendo su causa. Grecia, que recibió la provincia de Esmirna, en el oeste de Anatolia, fue expulsada de ella mediante una serie de sangrientas batallas y Mustafá Kemal, el vencedor de Gallípoli, estableció finalmente su derecho a que lo llamaran Atatürk, el padre de los turcos. El tratado de Sèvres se había convertido en le-

tra muerta y, apenas dos años después de acabada la Gran Guerra, las potencias aliadas volvían a comenzar las negociaciones con Turquía para firmar un tratado de paz.

Fuera de Anatolia, el tratado de Sèvres sentó las bases para el asentamiento territorial que finalmente se estableció en las antiguas tierras otomanas. La región de Hedjaz se volvió independiente. Siria, para desesperación de los árabes, que habían tenido esperanzas de alcanzar la soberanía allí, se convirtió en mandato francés. Palestina y Mesopotamia se convirtieron en mandatos británicos. En Palestina, los términos del mandato se plasmaban en la Declaración de Balfour de noviembre de 1917, que establecía un Hogar Nacional Judío e invitaba a los judíos a emigrar a él. En dos décadas, la cantidad de judíos había aumentado de los cincuenta mil que vivían allí en tiempos de los turcos a quinientos mil. Los árabes de Palestina también se multiplicaron mediante la inmigración, aunque estaban resentidos por la promesa británica a los judíos y se alzaron contra los británicos en 1936. En la zona oriental del mandato de Palestina, la Transjordania, se excluyó a los judíos y se dio considerable poder al emir Abdullah.

El 14 de octubre de 1993, un periódico londinense, el *Independent*, publicó la noticia necrológica del teniente coronel Henry Williams, que acababa de morir, a los noventa y seis años. Williams había combatido en Neuve Chapelle, en el Somme y en Ypres y había sido herido y gaseado. Tras el armisticio, como miembro de la Comisión de Tumbas de la Guerra, pusieron a su cargo, en lo que había sido el frente occidental, a cinco mil hombres cuya misión consistía en exhumar, en lo posible identificar y a continuación volver a enterrar los cuerpos que encontraban. Sus voluntarios procedían de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Polonia y Letonia.

Williams y el jefe de la Comisión, sir Fabian Ware, tuvieron la idea de elegir a uno de los soldados no identificados del frente occidental y enterrarlo en Inglaterra, donde su tumba pudiera convertirse en centro de plegaria y contemplación para los centenares de miles de padres, viudas e hijos cuyos seres queridos no tenían una tumba conocida. Al principio, el Ministerio de Guerra se mostró escéptico, pero Ware y Williams siguieron insistiendo. En el otoño de 1920, pidieron a Williams que seleccionara cinco soldados desconocidos de los principales campos de batalla británicos en Francia y Flandes, de los cuales se eligió uno que se convirtió en el «soldado desconocido». El ataúd se hizo con un roble británico del palacio real de Hampton Court y el magnífico sarcófago de plomo fue escoltado a través del norte de Francia por soldados de caballería

franceses y transportado a Gran Bretaña a bordo de un destructor francés, el *Verdun*, asociando así las bajas que sufrieron en la guerra los dos aliados.

El 11 de noviembre de 1920, exactamente dos años después del final de la guerra, y a la misma hora, se celebró en Londres el funeral y el entierro del soldado desconocido. En el exterior de la abadía de Westminster se montó una Guardia de Valientes, formada exclusivamente por hombres que habían recibido la Cruz de la Victoria. De paso hacia el lugar donde sería enterrado, el féretro se detuvo en el Cenotafio (palabra griega que significa «sepulcro vacío»), que fue descubierto por el rey, que continuó a pie detrás de la cureña hasta la abadía. El soldado desconocido se convirtió ese día en el centro de los anhelos de muchos de aquellos que nunca sabrían dónde había sido enterrado el cuerpo de su hijo, su marido o su padre. El secretario privado del rey, sir Alan Lascelles, escribió en su diario: «Delante de él marchaban los gaiteros; los almirantes de la flota y los mariscales de campo de Inglaterra, a derecha e izquierda y todo Londres lo vio pasar con la cabeza descubierta; sobre el ataúd había un casco de acero, como el que llevaba cada uno de nosotros, y la larga espada de cruzado que habían elegido del arsenal del rey, sólo para él.»

Henry Williams permaneció siete años en Francia y en Flandes, buscando cuerpos y enterrándolos otra vez. La tierra en la que estaban enterrados fue cedida por los gobiernos francés y belga a la Comisión Imperial de Tumbas de la Guerra «a perpetuidad». Antes, cuando un oficial belga preguntó a Williams quién compensaría a los terratenientes por la tierra que les arrebataban de esa manera, éste saltó: «Mire, ¡nosotros hemos pagado por esa tierra! Tienen ustedes a nuestros chavales, que murieron para que siguiera siendo suya.»

El cuerpo que había sido elegido para estar sepultado para siempre en la abadía no tenía nombre. «De todos los símbolos —escribió Lascelles—, es el más anónimo, el más simbólico; sin embargo, pocos de los que haya diseñado el hombre pueden dar una imagen tan definida de la realidad, porque cada uno de los que tenemos a nuestros propios muertos no pudimos evitar ver que también ellos lo acompañaban, que, después de esperar dos años, finalmente podíamos poner una corona en memoria de esa gran compañía.» El mismo día y a la misma hora, se trasladó al Arco de Triunfo el soldado desconocido francés, con la misma ceremonia.

En Gran Bretaña, el Cenotafio se convirtió en el centro de interés nacional del desfile anual del día del armisticio. Se calcula que cuatrocientas mil personas pasaron por allí en los tres días posteriores a su descubrimiento. En París, el Arco de Triunfo, el monumento que conmemora las victorias obtenidas por Napoleón más de un siglo antes, se convirtió en escenario de la ceremonia anual

del día del armisticio. Cuando los alemanes invadieron París, en junio de 1940, marcharon alrededor de él al bajar por los Campos Elíseos. En noviembre de 1944, Churchill y De Gaulle celebraron el primer día del armisticio en el París liberado debajo del arco, triunfal una vez más.

Cada potencia bélica al final descubrió un monumento a su soldado desconocido. El monumento polaco contiene el cuerpo de un soldado que murió en la guerra ruso-polaca de 1920. El monumento alemán, en Tannenberg, en el este de Prusia, descubierto en 1927, contenía las tumbas de veinte soldados desconocidos del frente oriental. En 1931 se descubrió una tumba al soldado desconocido en Berlín, colocada en un cuartel neoclásico, construido para la Guardia del Palacio doscientos años antes. En 1933, los nazis añadieron una cruz enorme en la parte posterior de la sala, «para destacar —ha escrito un historiador— el carácter sagrado de la nación que decían que habían salvado».[2]

En el período posterior a la guerra, los actos de violencia reflejaron en parte la amargura provocada por la guerra y por la derrota. El 26 de agosto de 1921, mientras paseaba por un bosque próximo a Baden, Mathias Erzberger, que había negociado el armisticio con Foch en 1918, fue asesinado por dos nacionalistas fanáticos. El 24 de junio de 1922, Walther Rathenau, acusado por los extremistas de haberse confabulado con la Entente para derrotar a Alemania (justo él, que había apoyado la deportación de setecientos mil trabajadores belgas para trabajar en Alemania en 1916), fue asesinado por nacionalistas antisemitas en Berlín.

Fuera de Rusia, los esfuerzos comunistas por derrocar a los gobiernos de posguerra fracasaron en todas partes. Los regímenes comunistas que se establecieron en Munich y en Budapest fueron destruidos, de forma más sangrienta el de Budapest que el de Munich. En Italia y España, llegaron al poder regímenes de derecha, encabezados por Mussolini en Italia y por Primo de Rivera en España, dedicados a evitar el comunismo, en todas sus formas.

El proceso de pacificación duró más que la propia guerra, que duró cuatro años y tres meses. Sólo en julio de 1923, cuatro años y ocho meses después del final de la contienda, se establecieron por fin las fronteras occidentales de Turquía. Después de hacer pedazos el tratado de Sèvres, en septiembre de 1920, de ocupar Armenia, restablecer el poder turco sobre el Kurdistán de Anatolia y expulsar a los griegos de la provincia de Esmirna, en el Egeo, Mustafá Kemal aceptó firmar el tratado de Lausana y acatarlo. Según ese tratado, Turquía mantendría la soberanía sobre mil seiscientos kilómetros de Anatolia, desde la orilla oriental del Egeo hasta las laderas occidentales del monte Ararat. Se dejó de

lado el plan aliado, plasmado en el tratado de Sèvres, que pretendía que los turcos no controlaran la Turquía europea, Constantinopla ni la zona del estrecho. Gallípoli, donde los turcos habían demostrado por primera vez que no se los podía atacar con facilidad ni con impunidad, permanecería bajo la soberanía turca.

La única concesión que se hizo a las sensibilidades aliadas fue que a los cementerios militares de la península de Gallípoli se les concedería un carácter especial y permanecerían abiertos a perpetuidad para aquellos que quisieran peregrinar hasta allí. En seguida llegaron las visitas: en Anzac, junto a la tumba del soldado raso George Grimwade, del Cuerpo Médico del Ejército Australiano, hay una piedra traída desde su casa de Australia «y colocada allí por sus padres, que siempre lo recuerdan con cariño, en abril de 1922». Los padres podían decidir si querían añadir alguna inscripción a las lápidas habituales. En la del soldado de caballería E. W. Lowndes, de la 3.ª Australiana de Caballería Ligera, se añadieron las palabras: «Bien hecho, Ted.» En el extremo meridional del cabo Helles, en lo alto del acantilado que domina dos de las playas de desembarco en las que se combatió más implacablemente en abril de 1915, en un obelisco alto, el Monumento a los Desaparecidos de Helles, figuran los nombres de 20.763 hombres que murieron en la península pero no tienen una tumba conocida.

El año 1918 marca el comienzo de un período de paz en medio de muchas esperanzas y de la mano protectora de la Sociedad de Naciones. Ni ejércitos, ni armadas, ni fuerzas aéreas, sino el desarme, fue el método elegido para mantener esa paz. Dentro de cada estado multinacional, los derechos de las minorías quedarían protegidos por los tratados sobre minorías de la Sociedad y por las garantías de las minorías en las constituciones modernas. La propia modernidad se basaría en conversaciones, acuerdos, modificaciones, arbitraje, sentido común, interdependencia económica y el deseo de resolver las controversias en la mesa de conferencias. Un cínico podía tener la impresión de que todos esos elementos ya existían en Europa antes de 1914.

En el período de posguerra, los tratados establecerían un marco legal de independencia y la inviolabilidad de las nuevas fronteras. (Pero, se preguntaban algunos, ¿acaso la frontera belga no estaba garantizada por un tratado antes de 1914?) En agosto de 1920, con la firma de un tratado entre Checoslovaquia y Yugoslavia, los nuevos estados de Europa central dieron el primer paso para crear una Pequeña Entente de reconocimiento y protección mutuos; en menos de un año, Rumania se había sumado a ellos. Los acuerdos de Locarno de 1925 apor-

taron garantías, con el apoyo británico e italiano, a la frontera francogermana, por la que ya habían combatido tres veces. La inviolabilidad de la frontera belga también quedó garantizada en Locarno. Al mismo tiempo, los dos nuevos estados de Polonia y Checoslovaquia firmaron alianzas militares con Francia y prestaron a sus fronteras un apoyo impresionante. Las naciones que se sintieran agraviadas, en particular Alemania y Hungría, podrían tratar de conseguir la reparación de sus agravios mediante los buenos auspicios de la Sociedad. Mediante plebiscitos, la aplicación democrática de la política de «un hombre, un voto», ya se habían ajustado las fronteras francoalemanas y polacochecas en el período inmediato de posguerra. Apoderarse de las tierras, tanto si se trataba de que Italia arrebatase el Fiume a Yugoslavia en 1919, los polacos arrebataran Vilna a Lituania en 1920 o los lituanos arrebataran Memel a la Prusia del este alemana en 1923, estaba muy mal visto; eran precedentes que había que evitar en la nueva era, a pesar que tuvieron lugar precisamente durante la nueva era.

Durante la posguerra prosperó también el pacifismo, que centró sus esfuerzos en un llamado al desarme universal. Puesto que Alemania, Austria, Hungría y Turquía habían quedado desarmadas en virtud de los tratados, los pacifistas comenzaron a presionar a las potencias victoriosas, sobre todo a Francia, para que redujeran sus armamentos al mínimo. En 1925, el año en que los acuerdos de Locarno parecían ofrecer un marco legal y diplomático dentro del cual evitar una futura guerra francogermana, con todo lo que eso suponía en términos de repercusiones, se proclamó un manifiesto contra el servicio militar obligatorio, que firmaron, entre otros Albert Einstein y Mahatma Gandhi. «Rebaja la dignidad humana —escribieron— obligar a los hombres a entregar su vida o a provocar la muerte en contra de su voluntad o sin estar convencidos de la justicia de sus actos. El Estado que piensa que tiene derecho a obligar a sus ciudadanos a ir a la guerra nunca prestará la debida consideración al valor y la felicidad de sus vidas en paz. Además, mediante el servicio militar obligatorio, se implanta en toda la población masculina, en la edad más impresionable, el espíritu militarista de la agresividad. Al entrenarse para la guerra, los hombres llegan a considerarla inevitable, incluso deseable.»

Los tratados, el comportamiento civilizado, el comercio, el desarme: esos indicadores de la paz permanente, ¿tuvieron algún eco en los aspectos idílicos de los años previos a 1914 o fueron la manifestación de un nuevo pragmatismo, nacido después de más de cuatro años de sufrimiento y destrucción? El 15 de noviembre de 1920, en la primera sesión de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, a la propuesta de no incrementar los armamentos durante dos años se opusieron seis países, que ni siquiera estuvieron dispuestos a hacer la prueba con

una moratoria tan breve; eran Francia, Polonia, Rumania, Brasil, Chile y Uruguay. Francia se convirtió en el estado más armado de Europa, mientras que Alemania quedaba desarmada en virtud del tratado de Versalles, lo cual fue motivo de queja para los alemanes y también de desigualdad. El 4 de agosto de 1928, decimocuarto aniversario de la declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania, sir Horace Rumbold, que había estado en Berlín en 1914, volvía a estar en la capital de Alemania, esta vez para presentar sus credenciales de embajador al presidente alemán, Hindenburg. Esa tarde, paseó por las calles que rodeaban la embajada. «Casi no se veía un alma. Dos soldados más pequeños de lo normal a los que encontré durante mi paseo representaban a la *Reichswehr*, que entonces se limitaba a cien mil hombres. La gran maquinaria militar alemana había sido desguazada por el momento, aunque, como resultó al final, sólo fue un momento.»

«El momento» acabó once años después, cuando un nuevo dirigente nacionalista en Alemania, el ex cabo que había quedado ciego temporalmente por culpa del gas en el frente occidental en 1918, decidió que podía cambiar de forma radical el veredicto de la derrota mediante el rearme, la movilización nacional, el terror, la tiranía, la diplomacia y la guerra. Diez años después de acabada la guerra, ya era una figura política a tener en cuenta en Alemania, que hablaba en tono estridente de la necesidad de venganza, de rearme, de recuperar el territorio perdido y de eliminar de la vida alemana la cabeza de turco que él había elegido por la derrota de su propio país y del suyo: los judíos de Alemania. Si unos cuantos miles de judíos alemanes hubiesen sido gaseados en 1918, escribió Hitler en *Mein Kampf* en 1925, Alemania podría haber evitado la derrota. A él no le interesaban el patriotismo que habían demostrado los cientos de miles de judíos que sirvieron en el ejército alemán ni el recuerdo de los doce mil soldados judíos alemanes que habían muerto en combate entre 1914 y 1918.

El período de posguerra duró dos décadas, veinte precarios años de paz, desde la Gran Guerra hasta la segunda guerra europea. Durante esas dos décadas, los escritos sobre la guerra reflejaron todas sus emociones, desde el entusiasmo patriótico y la afirmación nacional hasta los sufrimientos y las desilusiones individuales. Historias, novelas, películas, obras de teatro y poemas, composiciones musicales, pinturas e historietas, hasta los sellos de correos, mantuvieron los cuatro años de guerra ante los ojos de los millones que habían combatido en ella y los millones más que la habían seguido desde sus casas, en los periódicos o en los noticiarios, y oyeron hablar de ella a través de las cartas y durante los permisos de los participantes. Casi todos los generales trataron de des-

cribir y justificar su conducta. Miles de participantes dieron su versión de los diversos episodios de la guerra. Diez mil momentos de gloria olvidados se resucitaron, como ocurrió en 1923, cuando el general Mangin describió, en su *Des Hommes et des Faits* («Los hombres y los hechos»), cómo recuperó la aldea de Onhaye, en agosto de 1914, en un momento en que el frente francés estaba retrocediendo en casi todas partes. Había sido uno de los actos heroicos de las primeras semanas de la guerra.

Se inauguraron museos sobre la guerra en todas partes y, en la Unión Soviética, museos en contra de la guerra. Se incorporaron reliquias de la guerra a muchos monumentos. En 1924 se creó en Inglaterra un Museo del Carro de Combate en Bovingdon, en el cual se exponía el primero de ellos, que las tropas habían conocido con nombres tan diversos como el «Gran Willie», el «ciempiés blindado de Su Majestad» y «Mamá». Pero ya no está allí, porque en 1940, cuando se hizo un llamamiento para reunir trozos de metal para alimentar las fábricas de municiones, el «Gran Willie» fue enviado como chatarra para pasar a formar parte de los proyectiles y la metralla de otra guerra.

Incluso antes de que pudieran limpiarse los campos de batalla de los residuos de la guerra, éstos se convirtieron en centro de una floreciente industria turística. En el período que siguió inmediatamente a la guerra, la mayoría de los que los visitaron iban en busca de las tumbas de sus familiares o del escenario donde sus seres queridos libraron la última batalla. Vera Brittain visitó el frente occidental en 1921, buscando la tumba de su prometido. Alquiló un coche en Amiens y se dedicó «a recorrer una serie de carreteras destrozadas por los proyectiles, entre troncos grotescos de árboles esqueléticos, cuyas ramas desnudas y destrozadas seguían señalando al cielo en penosa protesta contra la inexorable crueldad del hombre hacia la naturaleza y también hacia el hombre.»

En casi todos los años de entreguerras, dignatarios y veteranos se sumaron a los viajeros en una serie de ceremonias, sobre todo para inaugurar o descubrir monumentos. El 16 de julio de 1922, en Jonchéry-sur-Vesle, el presidente Millerand descubrió un monumento al cabo André Peugeot, el primer soldado francés que murió en la guerra. El monumento, que fue destruido por las fuerzas alemanas de ocupación un mes después de la capitulación de Francia en 1940, fue reconstruido en 1959, cuarenta y cinco años después de la muerte de Peugeot.

El 24 de julio de 1927, el rey Alberto de los belgas asistió a la inauguración de la puerta de Menin, el inmenso monumento a los desaparecidos que sustituyó

a los leones gemelos que habían marcado la salida de Ypres durante los años de la guerra.[3] La ceremonia finalizó ese día al son de «The Last Post», interpretado por los cornetas de la Infantería Ligera de Somerset, y por un lamento interpretado por los gaiteros de la Guardia Escocesa. La idea de que «The Last Post» sonara todas las noches fue del comisario de policía de Ypres, P. Vandenbraambussche. La tocaban y la siguen tocando los cornetas del cuerpo de bomberos de Ypres; en Gran Bretaña se reunieron los fondos necesarios «para garantizar que "The Last Post" sonara todas las noches, para siempre».

No pasó ningún año sin que se celebrara otra ceremonia impresionante ni se descubriera otro monumento imponente. El 4 de noviembre de 1928, tanto Foch como Weygand estuvieron presentes en La Ferté-sous-Jouarre para descubrir un monumento a los 3.888 soldados británicos que murieron durante la retirada del Marne, pero que no tenían una tumba conocida, unos soldados desconocidos hasta cuyas lápidas no podían peregrinar sus familiares ni sus amigos. Entonces se inscribieron sus nombres en un muro de piedra blanca.

Encontramos un ejemplo de lo habitual que se había vuelto la inauguración de monumentos cuando, en julio de 1931, el general sir Hubert Gough, que había sido comandante del Quinto Ejército británico en 1914, encontró en Londres al rey Alberto de Bélgica y le preguntó: «Supongo, señor, que estará usted muy ocupado», a lo que respondió el rey: «Pues, sí; estoy muy ocupado haciendo lo único que puedo hacer en mi profesión.» «¿Y qué es eso, señor?», preguntó el general. «Inaugurar monumentos a los caídos», respondió el rey.

Las guías de entreguerras de Francia, Bélgica, el norte de Italia, Yugoslavia, Polonia, Ucrania, Turquía y Palestina incluían las reliquias y los monumentos de la guerra en su presentación. La guía de Findlay Muirhead del noreste de Francia, que fue un éxito de ventas, destacaba en 1930 (en la descripción de un viaje desde Saint-Pol) una aldea próxima que «cuenta con una vista espléndida del campo de batalla de Lens-Arras». En Arras, en la plaza de la Estación, se encontraba la oficina central de la Comisión Imperial de Tumbas de la Guerra para Francia y Bélgica. Alrededor de un tercio de las casas de la Grande-Place habían sido destruidas por el fuego de la artillería alemana, pero «las están reconstruyendo según su estilo anterior». En los suburbios de Lens, las casas de ladrillo que tenían los mineros antes de la guerra «apenas habían ofrecido resistencia al fuego de la artillería», en cambio las minas, «devastadas en 1914-1918 por el fuego de la artillería y por la política alemana de inundaciones sistemáticas», funcionaban otra vez perfectamente. Muirhead destacaba también, refiriéndose a la ciudad de Reims: «Destrozada por los bombardeos de 1914-1918, ocupa el lugar de honor entre las ciudades francesas que sufrieron el martirio.»

Honor era una palabra a la que se recurría mucho en los años de entreguerras y que a veces se rechazaba. «Las causas de la guerra siempre se representan falsamente, su honor es deshonesto y su gloria, engañosa —escribió Vera Brittain en sus memorias, *Testament of Youth*, en 1933—, pero el desafío a la resistencia espiritual, la conciencia tan vivificante de un peligro común para un fin común, siguen cautivando a esos chicos y chicas que acaban de llegar a la edad en la que el amor, la amistad y la aventura llaman con mayor persistencia que en ningún otro momento.» Mientras duraba esa «conciencia tan vivificante», reflexionó, «ninguna emoción que el hombre conozca parece tener la capacidad cautivadora de esa mayor vitalidad». No se podía rescatar la civilización de las «fuerzas amenazadoras de la destrucción», temía, a menos que fuera posible «impartir a los procesos racionales del pensamiento constructivo y el experimento ese elemento de belleza santificada que, como un sol magnífico se abre paso entre los nubarrones, de vez en cuando glorifica la guerra».

En la guerra, Vera Brittain había perdido a su prometido, a su único hermano y a dos grandes amigos. Durante sus dos años como enfermera, había cuidado a soldados heridos desesperados, recién llegados del campo de batalla. Comentó un ex soldado, Hugh Boustead, veterano del Somme, cuando leyó ese pasaje, después de la segunda guerra mundial: «He visto demasiado de lo que los hombres se hacen los unos a los otros, la tortura y la mutilación de los Blancos por parte del Ejército Rojo en Rusia, la violencia en África y en Arabia y, sobre todo, la carnicería en el frente occidental. Eso resulta evidente para cualquiera que piense en una guerra; lo que no resulta tan obvio es la "capacidad cautivadora de esa mayor vitalidad". En eso consiste, de hecho, el verdadero problema de cualquier Sociedad de Naciones Unidas.»

Esa «carnicería en el frente occidental» fue descrita para un amplio público, tanto dentro como fuera de Europa, en la novela de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*, perfecto retrato de la vida y la muerte de un grupo de soldados alemanes, escrita en un lenguaje directo, aunque el tono sea amargo: «Bertinck tiene una herida en el pecho. Al cabo de poco, un fragmento le destroza la barbilla y el mismo fragmento tiene la fuerza suficiente para desgarrar la cadera de Leer. Leer gime mientras se apoya en el brazo, se desangra rápidamente, nadie puede ayudarlo. Parece un tubo que se vacía y al cabo de un par de minutos se desploma. ¿Para qué le sirve ahora haber sido tan bueno en matemáticas en la escuela?»

El libro de Remarque se publicó por primera vez en Alemania en enero de 1929 y en Gran Bretaña, dos meses después. Su título deriva de la muerte del narrador, en octubre de 1918, «un día tan tranquilo y quieto en todo el frente,

que el informe del ejército se reducía a una sola frase: "Sin novedad en el frente"». En 1930, los estudios Universal de Hollywood convirtieron el libro en una película.[4] La primera vez que se proyectó, la revista *Variety* escribió: «La mejor inversión que podría hacer la Sociedad de Naciones sería comprar el original, reproducirlo en todos los idiomas y exhibirlo en todos los países, hasta que la palabra "guerra" desaparezca de los diccionarios.»

Que la primera guerra mundial trajera como consecuencia un sistema de cooperación internacional universalmente aceptado era una de las esperanzas de los que estudiaron sus orígenes y su desarrollo. El 15 de junio de 1929, el historiador alemán Emil Ludwig, biógrafo del káiser, escribió en la introducción a su libro sobre los orígenes de la guerra: «Este libro demuestra las pacíficas intenciones que tenían las masas de todos los países en julio de 1914. Espero que contribuya a reforzar la idea de un Tribunal de Arbitraje, que no es ninguna utopía, sino que cada vez está más cerca de la realidad; no es un problema que no tenga solución, sino el resultado inevitable de la experiencia reciente.» Ludwig opinaba que no había otra manera de salir adelante, salvo por medio de un tribunal así y el concepto de arbitraje: «Sólo existe esta alternativa: o lo hacemos ahora o esperamos a que haya otra guerra.»

El arbitraje y la negociación comenzaron a dejar huella en la división de la posguerra, pero sólo lentamente y al final resultó demasiado tarde. El 8 de julio de 1932, se llegó a un acuerdo en Lausana, Suiza, por el cual prácticamente se eximía a Alemania de pagar las indemnizaciones. La deuda alemana, que había sido de veinticinco mil millones de dólares, se redujo a dos mil millones de dólares y todo parecía indicar que ni siquiera habría que pagar por completo esa suma que quedaba y, sin duda, no antes de la fecha que se establecía en el tratado original: 1961, para la cual faltaban tres décadas. Pero el embajador británico en Berlín, sir Horace Rumbold, hizo un comentario ominoso: «Hay que tener en cuenta —escribió al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres— que los alemanes se caracterizan por no reconocer jamás que ningún acuerdo resulta totalmente satisfactorio desde el punto de vista alemán.» Hitler y su Partido Nazi sin duda no tenían la menor intención de reconocer que el acuerdo de Lausana hubiera ayudado a Alemania. El rechazo al tratado de Versalles fue uno de los principales puntos de su siguiente campaña electoral y un objetivo al que se dio mucha publicidad, cuando fue nombrado canciller, seis meses después.

En agosto de 1932, el presidente francés, Albert Lebrun, inauguró un monumento en Verdún: el Osario de Douaumont. Tenía una torre muy alta y tar-

daron diez años en construirlo. En él se colocaron los restos de ciento treinta mil soldados franceses y alemanes cuyos huesos fueron hallados en el campo de batalla, que se podían (y se pueden) ver a través de ventanas especiales situadas a la altura del suelo. En el cementerio que hay delante del Osario están las tumbas de quince mil soldados franceses, cada uno de los cuales ha sido identificado. Muy cerca, una entrada monumental conduce al lugar donde, en 1919, una hilera de fusiles y bayonetas que sobresalían reveló la existencia, bajo tierra, de los cuerpos de los soldados franceses que habían muerto cuando un proyectil hizo volar su trinchera encima de ellos. La «trinchera de las bayonetas» también se convirtió en un monumento, cubierto por un techo de hormigón, apoyado en columnas de hormigón.

«El Marne y Verdún siempre figurarán entre las mayores proezas de la guerra —comentaba Clemenceau en su libro *Grandeur and Misery of Victory*, publicado por primera vez en 1930—. Sin embargo, matarse los unos a los otros no puede ser la principal preocupación de la vida. Lo bueno de la civilización es que de vez en cuando nos permite llevar una vida casi normal. El armisticio es el período comprendido entre que cae y se levanta el telón.» Cuando Clemenceau escribió esas palabras, habían pasado doce años desde ese armisticio. Faltaban otros nueve para que se volviera a levantar el telón.

El armisticio era un recuerdo constante y muy poderoso para los antiguos vencedores, mortificante para los que habían sido derrotados. El 11 de noviembre de 1932, en un claro del bosque de Compiègne, tuvo lugar una ceremonia para celebrar que allí se había firmado el armisticio hacía catorce años. Se llevó al claro el vagón de ferrocarril que Foch utilizó para las negociaciones del armisticio y se descubrió un monumento que representaba el águila alemana cortada por una espada, con una inscripción que describía que, precisamente en ese lugar, se había humillado la vanagloria del imperio alemán. El vagón de ferrocarril se guardaba en un cobertizo especial, para protegerlo de los elementos. Menos de ocho años después, en junio de 1940, fue retirado de su cobertizo y Hitler lo utilizó para firmar su armisticio con Francia. Para esa ceremonia, el monumento a la humillación alemana se cubrió rápidamente con una gran bandera con la esvástica. A continuación se trasladó el vagón a Berlín, como un trofeo capturado. Desapareció en abril de 1945, en una línea férrea, ochenta kilómetros al sur de Berlín, entre Elsterwerda y Grossenhain, donde se supone que fue destruido en un bombardeo británico. El vagón que se encuentra actualmente en Compiègne es uno similar, en el cual se han vuelto a colocar la mayoría de las reliquias originales de 1918.

Con la llegada de Hitler al poder en Alemania, en 1933, los temores a una nueva guerra y los preparativos para combatir iban juntos. El rearme alemán, ilegal según el tratado de Versalles, se emprendió de forma concienzuda. Algunos aspectos de la primera guerra mundial se analizaron desde una nueva perspectiva. Se negó la «culpa» alemana, ya fuera por invadir Bélgica o por su comportamiento durante la guerra. El 7 de mayo de 1935, vigésimo aniversario del hundimiento del *Lusitania*, el periódico del partido nazi, el *Völkischer Beobachter*, entrevistó a Karl Scherb, el oficial que fue el primero en avistar el transatlántico, que defendió el hundimiento como una represalia por el «bloqueo de hambre» impuesto por los británicos. También dijo que las únicas órdenes del submarino eran «causar el mayor daño posible a los barcos sospechosos de transportar tropas británicas». El capitán Schwieger no había sido culpable de asesinato premeditado, sino que «se limitó a cumplir con su desagradable deber».

El capitán Schwieger no pudo intervenir en el debate, porque había desaparecido en alta mar cuando comandaba el *U-88* en el otoño de 1917. De haber sobrevivido, es probable que los aliados lo hubiesen juzgado, añadiendo otra causa para la ira en la Alemania de entreguerras.

Las controversias de la guerra, por las que se combatió durante cuatro años en los ministerios y en los cuarteles generales de los ejércitos, siguieron siendo motivo de debate en libros y revistas durante los cuarenta años siguientes. El paso del tiempo produjo un incremento de la amargura. En 1936, en el último volumen de sus memorias de la guerra, Lloyd George escribió acerca de los comandantes militares británicos: «Algunos de los ataques a posiciones imposibles ordenados por nuestros generales jamás se habrían mandado si ellos hubieran visto de antemano, con sus propios ojos, la inevitable masacre a la cual condenaban a sus hombres con esas órdenes.» Dos años después, en el prólogo a la edición abreviada, escribió que, como primer ministro, «vi que el increíble heroísmo del hombre común se despilfarraba para reparar la incompetencia de los inexpertos entrenados (porque en realidad los entrenaban para no ser expertos en dominar las realidades de la guerra moderna) [...] en la estrategia reducida, egoísta y poco imaginativa y en la espantosa carnicería de ofensivas inútiles e insensatas».

El 30 de mayo de 1937, se celebraron en Francia cinco ceremonias solemnes: la inauguración de cinco cementerios de guerra estadounidenses, a la que siguió, en agosto, la inauguración de un cementerio de guerra estadounidense en

Gran Bretaña.[5] Esas ceremonias provocaron emociones fuertes de confianza en la causa, así como también de tristeza personal. Incluso mientras se desarrollaba la última ceremonia, se estaba renovando la causa. El 22 de julio de 1938, mientras la guerra amenazaba otra vez Europa y Hitler exigía los Sudetes a Checoslovaquia, la Comisión Imperial de Tumbas de la Guerra finalizaba su misión de construir cementerios para la primera guerra mundial. Ese día, el rey Jorge VI descubrió el Monumento Nacional Australiano en Villers-Bretonneux, en el norte de Francia. Casi un año después, en la pascua de 1939, los miembros de la Asociación de Viejos Camaradas del Cuerpo Británico de Ametralladores se congregaron en la ciudad francesa de Albert para descubrir una placa en el ayuntamiento, en recuerdo de los 13.791 miembros de su cuerpo que habían muerto en acción. Sólo había pasado poco más de un cuarto de siglo desde la batalla del Somme, en la cual habían sufrido la mayor cantidad de bajas. Faltaba menos de medio año para que volviera a estallar la guerra y las tropas alemanas llegaran una vez más a Albert, pero ya no por cinco meses, como en 1918, sino por casi cinco años. A pocos kilómetros de Albert, uno de los cuatro modelos de carro de combate del Monumento Británico del Cuerpo de Carros de Combate muestra las marcas de las balas de las primeras batallas de la segunda guerra mundial.

Todos los políticos y los comandantes que dirigieron a sus naciones en la segunda guerra mundial habían participado de alguna manera en la primera. Tanto Hitler como Mussolini habían estado en las trincheras. Siete de los veintidós miembros que tenía el gabinete británico al estallar la guerra, en septiembre de 1939, habían obtenido la Cruz Militar en el frente occidental durante la primera guerra mundial. Uno de los ministros, el conde De la Warr, como objetor de conciencia a sus diecisiete años, había optado por servir en la marina mercante.[6] Sólo uno de ellos había sido demasiado joven para hacer el servicio militar. Casi todos habían perdido hermanos o familiares en la batalla. Norman, el sobrino de Neville Chamberlain, con quien guardaba una estrecha relación, había muerto en acción en 1917.

Los campos de batalla de la Gran Guerra en el frente oriental, el occidental y el serbio fueron invadidos por Alemania en 1939, 1940 y 1941. Las regiones donde habían tenido lugar los combates más violentos entre 1914 y 1918 pasaron a formar parte de las tierras ocupadas por los nazis. Se perpetraron nuevas crueldades que, para los civiles de las tierras ocupadas, eclipsaron por completo las de la guerra anterior. En el este de la Alta Silesia, los robustos edificios de ladrillos de los cuarteles de una guarnición austrohúngara y de la caballería,

desde los cuales partieron, en 1914, los soldados imperiales para combatir contra Rusia en el frente oriental, fueron, en la segunda guerra mundial, el centro del campo de concentración de Auschwitz, donde murieron un millón de personas: por lo menos ochocientos mil judíos, varios miles de prisioneros de guerra rusos, prisioneros políticos polacos y presos de una docena de países. Otro cuartel austrohúngaro, la plaza fuerte de Theresienstadt, del siglo XVIII, donde habían tenido prisionero a Gavrilo Princip y donde murió durante la primera guerra mundial, se convirtió, entre 1941 y 1944, en lugar de encarcelamiento y muerte para más de treinta y tres mil judíos. Otros ochenta y ocho mil más fueron deportados desde allí para ser asesinados en el este.

Mientras las tropas alemanas arrasaban el Somme, en mayo de 1940, las observaba un ex soldado británico, Ben Leech, que había combatido allí en 1916. Entre las guerras, fue uno de los jardineros que se ocupaban de los cementerios de la guerra; el suyo era un cementerio próximo a la aldea de Serre. Tras la caída de Francia, el comandante alemán del lugar le dio permiso para continuar su trabajo. Así lo hizo y además se incorporó a la resistencia francesa y ayudó a escapar a veintisiete aviadores aliados que habían sido abatidos sobre el campo de batalla de la primera guerra mundial; los ocultaba en el cobertizo donde se guardaban las herramientas del cementerio, a pocos metros de los soldados alemanes que, de vez en cuando, iban a mirar las tumbas de la primera guerra mundial.

Después de conquistar Bélgica y el norte de Francia por segunda vez en veinticinco años, los alemanes tuvieron que enfrentarse a los muchos miles de monumentos del conflicto anterior. Había uno en particular que les molestaba: el monumento a los soldados franceses que habían sido víctimas del primer ataque alemán con gas, en abril de 1915; estaba en Steenstraat, en Bélgica, y mostraba tres soldados: uno estaba de pie, apoyado en una cruz, casi en la misma posición que habitualmente tenía Jesús, pero se agarraba el cuello; los otros dos agonizaban al pie de la cruz, retorciéndose como consecuencia del gas. La inscripción los describía como las «primeras víctimas del gas asfixiante». Las autoridades de ocupación alemanas dieron órdenes a los belgas para que cubrieran con cemento tanto la inscripción como las figuras, pero poco después el cemento se resquebrajó y volvieron a quedar a la vista. El 8 de mayo de 1941, algo más de veintiséis años después de aquel ataque con gas, los alemanes obligaron a unos obreros belgas a poner explosivos, que arrancaron el monumento de su pedestal.

Inmediatamente después del final de la segunda guerra mundial, Herbert

Sulzbach, que entonces era intérprete del Ejército británico, se estaba dirigiendo a un grupo de prisioneros de guerra alemanes. En la primera guerra mundial, había prestado servicio en el Ejército alemán y obtuvo la Cruz de Hierro de Primera Clase. Como era judío, se marchó de Alemania cuando Hitler llegó al poder y en 1939 se alistó en el Ejército británico. En 1945, era sargento de primera en Comrie, en Escocia, donde había cuatro mil prisioneros de guerra alemanes. Justo antes del día del armisticio de 1945, les leyó el poema de John McCrae «In Flanders Fields» («En los campos de Flandes») y a continuación les explicó cómo debían celebrar el día del armisticio: «Si aceptan mi propuesta, desfilen el 11 de noviembre en su plaza de armas y hagan el saludo militar a los muertos de todas las naciones, sus camaradas, sus antiguos enemigos, todos los luchadores que murieron por la libertad y perdieron la vida en los campos de concentración alemanes, y hagan la siguiente promesa: "¡Nunca más volverá a ocurrir un asesinato semejante! Es la última vez que vamos a dejar que nos engañen y nos traicionen. No es verdad que los alemanes seamos una raza superior; no tenemos derecho a creernos mejores que los demás. Todos somos iguales delante de Dios, sea cual fuere nuestra raza o nuestra religión. Hemos pasado por sufrimientos interminables y nos hemos dado cuenta de adónde conduce la arrogancia. [...] En este minuto de silencio, a las once de la mañana de este 11 de noviembre de 1945, juramos regresar a Alemania como buenos europeos y participar, mientras vivamos, en la reconciliación de todos los pueblos y en el mantenimiento de la paz [...]"»

Casi todos los años, mucho después de que hubiera acabado la segunda guerra mundial, se llevaba a cabo alguna ceremonia para recuperar los pensamientos, si no los recuerdos, de la cada vez más lejana primera guerra mundial. En 1966, los restos de los tripulantes alemanes abatidos sobre Gran Bretaña cuando sus zepelines estaban bombardeando Londres y la costa oriental fueron trasladados de tres tumbas a su última morada, en Cannock Chase, Staffordshire. Se puso una placa con la inscripción en alemán y en inglés: «Al lado de sus camaradas, las tripulaciones de cuatro zepelines abatidos sobre Inglaterra durante la primera guerra mundial han encontrado aquí el descanso eterno. Los caídos se trajeron desde el lugar donde fueron enterrados en un principio, en Potters Bar, Great Burstead y Theberton. Los miembros de cada tripulación están enterrados en ataúdes en una sola tumba.» El 11 de noviembre de 1968, cincuenta años después del armisticio, se puso una placa en el muro de una casa en Ville-sur-Haine, justo a las afueras de Mons, donde al último soldado canadiense que murió en acción le disparó un francotirador dos minutos antes

de que callaran los cañones. En julio de 1994, se descubrieron en el Somme varias placas y monumentos más.

El 22 de septiembre de 1984, tuvo lugar en Verdún la reconciliación pública de Francia y Alemania. «En un gesto de avenimiento —informaba *The Times* bajo una fotografía de la escena—, el presidente Mitterrand y el canciller Helmut Kohl se estrechan la mano, mientras suenan los himnos nacionales de Francia y Alemania occidental, en Verdún, escenario de una de las batallas más amargas de la primera guerra mundial. Antes de visitar las tumbas de los soldados franceses, *M.* Mitterrand y *Herr* Kohl rindieron homenaje a los alemanes muertos en Consenvoye, uno de los numerosos cementerios alemanes de la zona.» El padre del presidente Kohl había combatido en Verdún en 1916. Cerca de allí, el presidente Mitterrand había sido tomado prisionero por los alemanes en 1940.

La destructividad de la primera guerra mundial, en términos de la cantidad de soldados muertos, superó la de todas las demás guerras conocidas de la historia. La lista que aparece a continuación indica la cifra de los que murieron en combate o que murieron como consecuencia de las heridas recibidas en combate. Inevitablemente, son aproximadas y no abarcan a todas las víctimas de la guerra. En el caso de Serbia, murieron más civiles (ochenta y dos mil) que los soldados que figuran en la lista. En el ejército de Estados Unidos, murieron más soldados por culpa de la gripe (sesenta y dos mil) que en la batalla. La cantidad de armenios masacrados entre 1914 y 1919 superó el millón. La cantidad de civiles alemanes que murieron como consecuencia del bloqueo aliado se ha calculado en más de tres cuartos de millón.

Las cifras de muertos en la guerra de los principales beligerantes fueron, según los cálculos mínimos aproximados:

Alemania: 1.800.000
Rusia: 1.700.000
Francia: 1.384.000
Austria-Hungría: 1.290.000
Gran Bretaña: 743.000
Italia: 615.000
Rumania: 335.000
Turquía: 325.000
Bulgaria: 90.000
Canadá: 60.000
Australia: 59.000

India: 49.000
Estados Unidos: 48.000
Serbia: 45.000
Bélgica: 44.000
Nueva Zelanda: 16.000
Sudáfrica: 8.000
Portugal: 7.000
Grecia: 5.000
Montenegro: 3.000

Las potencias centrales, las perdedoras de la guerra, perdieron tres millones y medio de soldados en el campo de batalla. Las potencias aliadas, las vencedoras, perdieron cinco millones cien mil hombres, lo cual da una media de más de cinco mil seiscientos soldados muertos por cada día de la guerra. El hecho de que veinte mil soldados británicos murieran el primer día de la batalla del Somme se recuerda a menudo con espanto. De media, murió una cantidad similar de soldados cada cuatro días en la primera guerra mundial.

A partir de los últimos momentos de la propia guerra, su sufrimiento humano quedó grabado en la estructura de las sociedades de las cuales había dependido su perpetuación. Los heridos de todas las naciones serían un legado de la guerra que sólo finalizó con su muerte o con la muerte de aquellos que habían convivido con ellos y habían cuidado de sus cuerpos o sus mentes destrozadas, o de ambos. Diez días antes del armisticio, el pacifista Clifford Allen escribió en su diario sobre una muchacha y un soldado que había sido dado de baja del ejército, que vivían en una casa de campo cerca de la suya, en Surrey. «Él ha perdido las dos piernas y va por todas partes alegremente en una silla mecánica. La otra noche estaba sentado, hablando con su novia, cuando el agua empezó a hervir. Se olvidó de que no tenía piernas y dio un salto para apagar el fuego, pero cayó al vacío sobre sus doloridos muñones.»

Lo que sufrieron los ex combatientes después de la guerra adoptó numerosas formas. En los países que habían sido combatientes, centenares de miles de hijos observaron cómo sus padres, con heridas físicas que no sanaban, sufrían, se consumían y morían. A principios de 1922, cincuenta mil ex soldados británicos recibían pensiones del gobierno por las consecuencias permanentes de la neurosis de guerra. Si multiplicamos esa cifra de forma proporcional en todos los ejércitos, llegamos a más de un cuarto de millón de hombres que sufrieron daños psicológicos durante la guerra.

Algunos de los que habían sufrido las heridas físicas más graves se recuperaron y llevaron una vida activa durante muchos años, como un oficial galés, el teniente Tudor Williams, al que un proyectil, al estallar, enterró vivo en septiembre de 1916, durante la batalla del Somme. Sus propios hombres lo desenterraron. Un trozo de metralla le había penetrado en el pulmón derecho y se alojó en la membrana que envuelve el corazón. A pesar de las recaídas que sufría como consecuencia de su herida, fue director de una escuela secundaria desde 1929 hasta su muerte, en 1955. Cuando lo ingresaron, un año antes de su muerte, el radiólogo que lo examinó quedó fascinado con el trozo de metralla que entraba y salía con cada latido de su corazón. Williams era uno de cuatro hermanos, cada uno de los cuales sirvió en el ejército y sobrevivió.

Los últimos combatientes en la primera guerra mundial aparecen ahora en las noticias necrológicas. Cada una de sus historias refleja aspectos diferentes de esa guerra distante. El 2 de febrero de 1991, el *Independent* publicó la noticia necrológica del coronel Monty Westropp, que había recibido una herida grave en la cabeza en el bosque de Delville, durante la batalla del Somme, regresó a las trincheras a tiempo para la batalla de Arras, donde fue herido en la pierna durante el ataque a Fresnoy y estuvo varias horas arrastrándose por el barro en la tierra de nadie, eludiendo varias patrullas alemanas, hasta llegar a las trincheras británicas. Murió un mes antes de cumplir noventa y cinco años.

El 24 de agosto de 1992 murió George Jones, el último as de la aviación australiana superviviente de la primera guerra mundial. Había combatido como soldado raso en Gallípoli, a continuación sirvió como piloto en el frente occidental, participó en ciento trece misiones y abatió siete aviones alemanes, incluso dos en un solo combate. A pesar de estar malherido en la espalda, regresó a su puesto en octubre de 1918 y abatió dos aviones más antes del armisticio. En 1942, fue jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea Australiana y acabó su carrera militar como mariscal. Tenía noventa y cinco años cuando murió.

Ésas fueron algunas de las docenas de noticias necrológicas que guardé cuando se publicaron. Incluso cuando escribía este capítulo, la lista continuaba, como un tambor enfundado. El 31 de enero de 1994, aparecieron en las necrológicas del *Daily Telegraph* Thomas Glasse, de noventa y cinco años, que había prestado servicio con el regimiento de Middlesex entre 1914 y 1917, y Albert Frank Barclay Bridges, de noventa y ocho años, que había participado en la batalla de Jutlandia en 1916. El 19 de febrero de 1994, *The Times* publicó la noticia necrológica de E. H. T. Robinson, de noventa y seis años, que había sido

subdirector de noche del periódico, al cual, en 1918, durante la revuelta árabe, un proyectil turco lo había hecho volar por los aires y había sido dado por muerto en el desierto. En el mismo periódico se publicó, el 26 de mayo de 1994, la noticia necrológica del coronel Terence Conner, que había combatido contra los turcos en Mesopotamia, en la batalla de Dujaila, en 1916, y en la recuperación de Kut, un año después, durante la cual fue herido. Casi treinta años después, durante la segunda guerra mundial, se distinguió en Birmania dirigiendo un batallón del mismo regimiento (el 26.° de Punjabis) con el que había combatido en Mesopotamia, en la lucha que tuvo lugar en marzo de 1945 para arrebatar a los japoneses el aeródromo de Meiktila. Tenía noventa y nueve años cuando murió.

La fraseología de la primera guerra mundial sigue presente en la conversación ocho décadas después de que estallara: estar sujeto a una «descarga» de quejas, ser «bombardeado» con impresos, sumarse a «la tropa», encontrarse en la «línea de fuego» y «salir de la trinchera» son algunas de las imágenes y la terminología de una guerra que todavía está presente entre nosotros. Como ocurrió con la guerra civil en Estados Unidos, que la precedió casi medio siglo, las imágenes y los ecos de la primera guerra mundial seguirán afectando la conciencia del público durante generaciones muy alejadas de sus crudas realidades.

El octogésimo aniversario del estallido de la primera guerra mundial coincidió con el quincuagésimo aniversario de uno de los momentos más decisivos de la segunda: los desembarcos en Normandía en 1944. En una visita a Normandía, durante la última semana de trabajo en este libro, me topé con una lápida de la segunda guerra mundial en un cementerio militar británico, a pocos kilómetros de las playas. Conmemoraba a un sargento de treinta años, A. Barber, de la Artillería Real, que había muerto el 2 de agosto de 1944, casi exactamente treinta años después del día en que estalló la primera guerra mundial. Tenía cuatro años cuando su padre murió en Francia en 1918. La inscripción sobre su tumba ponía:

Dear son of Ann Barber
His father killed in action
1918 is buried at Condé
remembered.[7]

Este recuerdo de los muertos, que conecta las dos guerras mundiales del siglo XX, hizo que me diera cuenta de los vínculos que existían entre los individuos que combatieron y los que quedaron para conservar su recuerdo. Todas las gue-

rras acaban reducidas a estadísticas, estrategias y debates sobre sus orígenes y sus resultados. Esos debates sobre la guerra son importantes, aunque no lo son más que la historia humana de quienes lucharon en ellas.

Notas

Capítulo I. *El preludio de la guerra*

[1] Los hunos de la antigüedad eran tribus de origen mongol que invadieron Europa procedentes de las orillas del mar Caspio en el siglo IV y el V, en los últimos tiempos a las órdenes de Atila. Éste invadió Alemania, pero un ejército formado por una mezcla de romanos y godos lo obligó a detenerse en el Marne (!), cerca de Châlons. Los godos, como tribu teutona, figuran entre los antepasados de los alemanes.

[2] *Sobre la ociosa colina estival, / somnolienta bajo el agua de los arroyos, / escucho a lo lejos el repiqueteo constante / del tambor que me llega como en sueños. / Lejos y cerca y suave y más fuerte / sobre los caminos de la tierra pasan / queridos para sus amigos, carne de cañón, / los soldados que marchan hacia la muerte. / Al este y al oeste, sobre campos olvidados / se descoloran los huesos de sus camaradas muertos, / chavales encantadores, muertos y podridos; / ninguno de los que se va regresa jamás. / A lo lejos llama el toque de los clarines, / responde, agudo, el alarido del pífano, / alegres siguen las filas escarlata: / una mujer me dio a luz, me levantaré.* [N. de la T.]

[3] Una ley del veintiséis de enero de 1907 estableció la siguiente distribución por nacionalidades de los 515 escaños del Parlamento austríaco: 241 alemanes, 97 checos, 80 polacos, 34 rutenos, 23 eslovenos, 19 italianos, 13 croatas, 5 rumanos y 3 serbios. En las elecciones siguientes, los diputados checos, polacos y rutenos solían ser izquierdistas. También había 5 diputados judíos (4 sionistas y un judío demócrata). El principal partido de izquierdas, los socialdemócratas, estaba compuesto por 50 alemanes, 23 checos, 7 polacos, 5 italianos y 2 rutenos.

[4] Imanuel Geiss, colega mío en el St. Antony's College de Oxford, en 1961, ha señalado en su edición de los documentos que condujeron hasta la guerra que la nota del almirante Müller sobre esa importante conversación «es otro de esos documentos que no se encuentran en la *Grosse Politik*, por razones obvias» (julio de 1914, página 42, nota 4). *Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette 1871-1914* era una edición en treinta y nueve volúmenes de documentos alemanes sobre los orígenes de la guerra, publicada en Berlín entre 1922 y 1927.

[5] Uno de los tutores que tuve en Oxford, Karl Leyser, me hizo notar, durante una clase individual, en 1957, que Leipzig (como Potsdam) había sido, al principio, una po-

blación eslava. Leipzig, cuyo nombre deriva de la palabra eslava *lipa*, limero, fue fundada antes del año 1000 de la era cristiana por tribus eslavas. Leyser, que había huido de Alemania después de 1933, por la persecución de Hitler a los judíos, era un experto en la lucha milenaria entre germanos y eslavos desde sus primeros años.

Capítulo II. *«Loco de alegría»*

[1] Alan Palmer, *The Twilight of the Habsburgs: The Life and Times of Emperor Francis Joseph*, Weidenfeld and Nicolson, 1994. De 1952 a 1954, Alan Palmer fue profesor mío de historia; su entusiasmo por la historia, que entonces sólo apreciábamos sus afortunados alumnos, se transmitió después a un público mucho más amplio, a través de más de quince obras publicadas.

[2] Alan Palmer, *The Kaiser, Warlord of the Second Reich*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1978, p. 172.

[3] Los bolcheviques cambiaron el nombre de Petrogrado por Leningrado, en honor del fundador de la Unión Soviética. En 1991, se le volvió a poner el nombre original: San Petersburgo.

[4] Ésos eran sus nombres rusos antes de la guerra, según la transliteración que se usaba en esa época. A partir de 1919, se conocen más por la ortografía polaca: Bedzin, Kalisz y Czestochowa. En esta última ciudad, centro de peregrinación de los católicos apostólicos romanos, mi bisabuelo, Dov (David) Fichtencwejg, fue uno de los que los vieron entrar. Veinticinco años después, cuando era un judío que vivía en la Polonia independiente, fue asesinado por los escuadrones de la muerte de una segunda invasión alemana, mucho más terrorífica. Tenía más de ochenta años.

Capítulo III. *Los primeros combates*

[1] En años venideros, se podía ver a los supervivientes de esos «viejos deleznables», como se llamaban a sí mismos con orgullo, encabezando el desfile anual del día del armisticio en muchas ciudades y pueblos británicos. La frase del káiser se suele traducir por error, de modo más ofensivo, como «mini ejército deleznable».

[2] Desde 1919, Nowy Targ (en el sur de Polonia).

[3] Raymond Laurence Rimell, *Zeppelin! A Battle for Air Supremacy in World War I*, Conway Maritime Press, Londres, 1984, p. 31.

[4] Thann siguió en poder de los franceses durante el resto de la guerra. El pintoresco camino de montaña que salía de Thann hacia el suroeste ha sido conocido desde 1918 como la Ruta Joffre, por el jefe de Estado Mayor de los Ejércitos Franceses en 1914 (después comandante en jefe).

[5] En 1944, Rastenburg era el cuartel general de Hitler y el lugar donde, en julio de ese año, le pusieron una bomba para acabar con su vida.

[6] Aunque puede parecer que induce a confusión que un general alemán se llame François, a algunos les ha resultado más confuso todavía que la medalla suprema de Ale-

mania al valor fuera la *Pour le Mérite*. Había sido creada por Federico el Grande, rey de Prusia de 1740 a 1786, que prefería con mucho el francés al alemán como lengua (y mantenía correspondencia en francés con Voltaire). Era sobrino del rey Jorge I de Inglaterra, cuya lengua materna y la que hablaba era el alemán.

[7] Después de la guerra, levantaron allí un monumento para conmemorar la victoria que obtuvieron los franceses, pero fue destruido por los alemanes tras la caída de Francia, en 1940. Los franceses lo reconstruyeron en 1950.

[8] Al comandante Crusius lo condenaron a dos años de cárcel. En virtud de lo establecido en el tratado de Versalles de 1920 (artículos 228, 229 y 230), en 1921 se celebraron en Leipzig los juicios por cuarenta y cinco crímenes de guerra, en presencia de observadores jurídicos británicos y franceses, ante el Tribunal Supremo de Leipzig.

[9] En 1956, muchas tropas soviéticas que llegaron a Budapest para sofocar el levantamiento húngaro imaginaban que el Danubio era el canal de Suez y que tenían que combatir contra las fuerzas británicas y francesas que habían desembarcado en Port Said.

Capítulo IV. *De Mons al Marne*

[1] Smith-Dorrien era experto en sufrir muchas bajas: en 1879, durante la guerra de los zulúes, fue uno de los escasos cuarenta europeos que sobrevivieron, de un total de ochocientos, a la batalla de Isandlwana, que tuvo lugar unos ciento setenta kilómetros al noroeste de Durban.

[2] Tuvieron que pasar cuatro años más, hasta el domingo diez de noviembre de 1918, para que en los suburbios de Mons volvieran a sonar el fuego de la artillería y el de los fusiles. Esa vez fueron tropas canadienses las que lucharon allí contra los alemanes durante toda la noche y entraron en Mons al amanecer de la mañana del armisticio. En el mismo cementerio comunal en el que yacen los primeros muertos británicos de la guerra, descansan cincuenta y siete canadienses, uno de los cuales murió en combate el último día de la guerra.

[3] Su nombre era sir Archibald Wolf Murray, después conocido como la «oveja» Murray. [N. de la T.: *Wolf* quiere decir «lobo»; de ahí el juego de palabras entre su apellido y su apodo.]

[4] El hermano de Carol Awdry, el reverendo Wilbert Vere Awdry, obtuvo fama y fortuna después de la segunda guerra mundial, como autor de un libro infantil titulado *Thomas the Tank Engine*.

[5] En 1940, cuando era comandante en jefe del ejército francés, Weygand apoyó el inicio de las negociaciones para el armisticio con Alemania.

[6] Bernard Ash, *The Lost Dictator, A Biography of Field-Marshal Sir Henry Wilson*, Cassell, Londres, 1968, p. 159.

[7] Por las cortesías de la guerra, en su condición de no combatiente y de periodista, Moore fue puesto en libertad pocos días después; más adelante se incorporó al ejército británico y prestó servicio tanto en Gallípoli como en Salónica. En la segunda guerra mundial, fue asesor de relaciones públicas de lord Mountbatten en el sureste asiático (1944-1945).

[8] *En lo más profundo de nuestro corazón creemos / que el justo obtendrá la victoria / y que seguro que los fanfarrones / morderán el polvo de la derrota. / Sigamos adelante sin temor, / que en lo más profundo de nuestro corazón creemos / que el justo obtendrá la victoria.* [N. de la T.]

Capítulo V. *El comienzo de la guerra de trincheras*

[1] *Nos mantiene muy alejados, hermano mío, / un destino que no podemos negar. / Desde nuestros dos refugios subterráneos opuestos / miramos a la muerte a la cara. / En las trincheras llenas de gemidos, / alertas al silbido de los bombardeos, / nos enfrentamos el uno al otro. / Yo soy tu enemigo y tú eres el mío.* [N. de la T.]

[2] *Ahora lo veo con toda claridad / y no me importa que los dos muramos, / porque lo que no haya perecido / se alzará de la sangre que hemos derramado.* [N. de la T.]

[3] Osnas había ganado su medalla el 5 de septiembre de 1914. El reportaje que aquí se cita se publicó en el *Yorkshire Herald* del 18 de octubre de 1914 y se reprodujo en el número 28 de *Gun Fire, A Journal of First World War History*, una revista publicada en York por A. J. Peacock, autor también de *York in the Great War 1914-1918*.

[4] Esa cifra era inferior en apenas dieciséis mil al total de hombres reclutados en Gran Bretaña mediante el servicio militar obligatorio durante todo 1918.

[5] Alan Palmer, *Who's Who in Modern History*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1980, p. 234.

[6] Williamson había dado clases en la Highgate School, en el norte de Londres, a la que antes había asistido como alumno. El suyo era uno de los ciento trece nombres que figuraban en el monumento a los caídos de la escuela, que fue lo primero que me hizo caer en la cuenta de la cantidad de muertos que hubo en la primera guerra mundial.

[7] Los soldados rasos Highgate y Ward fueron los dos primeros, de más de trescientos soldados británicos, fusilados por cobardía o deserción durante la primera guerra mundial. Cuando se dieron a conocer las actas de los consejos de guerra, en 1988, se organizó una campaña para conseguir un indulto póstumo para todos ellos, porque los que habían sido ejecutados sufrían de neurosis de guerra y otras tensiones provocadas por la batalla. En 1993, el gobierno británico rechazó la petición de perdón.

[8] *Ellos no envejecerán, como envejeceremos los que quedamos, / ni sufrirán la fatiga de la edad ni la condena de los años. / Cuando se ponga el sol y por la mañana / los recordaremos.* [N. de la T.]

[9] El Tommy Atkins original, por el cual se dio en llamar *«tommy»* a los soldados británicos, fue un soldado raso de los Royal Welch Fusiliers que combatió en la guerra de la independencia estadounidense. En 1829, el duque de Wellington tomó su nombre como ejemplo para el libro de cuentas de los soldados.

[10] Otro lazo dinástico previo a la guerra entre las líneas beligerantes: la reina Isabel de los belgas llevaba el nombre de la hermana favorita de su padre, Isabel, la emperatriz de Austria, que había sido asesinada por un anarquista a comienzos de siglo.

[11] *Gracias sean dadas a Dios, que nos ha hecho coincidir con su hora / y ha cogido nuestra juventud y nos ha despertado de nuestro sueño.* [N. de la T.]

[12] El primer número del *Popolo d'Italia* se publicó el quince de noviembre de 1914. Seis meses después, el gobierno ruso debatió si dar a Mussolini un apoyo financiero similar para impulsar la inmediata entrada de Italia en la guerra. En octubre de 1917, después de la derrota italiana en Caporetto, el servicio secreto británico le proporcionó fondos para luchar contra el sentimiento antibelicista en Italia.

[13] En 1916, Marix perdió una pierna en un vuelo de prueba, cerca de París. Entre 1939 y 1945, sirvió en el Mando Costero y de Transporte y se retiró en 1945, con el grado de general de división de la Fuerza Aérea.

[14] Alun Chalfont, *Montgomery of Alamein*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1976, p. 62. En la segunda guerra mundial, Montgomery estuvo al frente del 8.° Ejército en el norte de África (que derrotó a Rommel en El-Alamein) y después del 21.° Grupo de Ejército, desde Normandía hasta Lüneburg Heath, donde le presentaron la rendición todas las fuerzas alemanas en Bélgica, Holanda y el noroeste de Alemania.

[15] *Desperté entonces y hete aquí que encontré ante mí / a los que había visto en visiones, pero pálidos y temerosos; / de Brujas venían y de Amberes y Ostende, / pero no traían carillones. Unos enemigos de mala manera / los habían hecho añicos entre la parafernalia / de techos arrasados y hastiales en llamas.* [N. de la T.]

[16] Jack Johnson era un estadounidense de raza negra que fue campeón del mundo de los pesos pesados desde 1908 hasta 1915. Los dos apodos británicos derivaban del humo negro que provocaba la explosión de esos proyectiles de 15 centímetros, cuya llegada iba precedida por un fuerte estruendo. El proyectil de 77 milímetros del cañón de campaña se conocía como *whizz-bang*.

[17] Anthony Farrar-Hockley, *Death of an Army*, Arthur Baker, Londres, 1967, p. 122.

[18] La sustancia era el clorosulfonato de dianisidina.

[19] Los alemanes tardaron dos semanas más en enterarse del hundimiento del *Audacious*, cuando, el 14 de noviembre, un periódico estadounidense, el *Philadelphia Public Ledger*, publicó una fotografía del barco hundiéndose, que había sido tomada por un pasajero a bordo del transatlántico *Olympic*.

[20] Rudyard Kipling, *The Irish Guards in the Great War*, Macmillan, Londres, 1923, volumen I, p. 38.

[21] El éxito de Sorge consistió en haber advertido a Stalin de los preparativos de Alemania para atacar a la Unión Soviética en junio de 1941. Posteriormente, lo capturaron los japoneses y lo ejecutaron. El propio Stalin no participó en la primera guerra mundial porque las autoridades zaristas lo habían exiliado a una aldea distante de Siberia.

Capítulo VI. *Hacia la primera navidad: «barro, fango y bichos»*

[1] Cuando recorría Polonia, en 1980, encontré las palabras *«Deutsch Kultur»*, pintadas en grandes letras blancas sobre las ruinas de uno de los crematorios de Auschwitz.

[2] James Callaghan (nacido en marzo de 1912) fue primer ministro de 1976 a 1979, el último primer ministro británico que podía recordar la primera guerra mundial. Su

predecesor, Harold Wilson (nacido en marzo de 1916), recordaba que su madre respondía a algunas de sus constantes preguntas diciéndole que lo que él quería ocurriría «cuando acabe la guerra».

[3] En ese ataque intervinieron dos destructores británicos. Uno de sus comandantes, el capitán A. B. Cunningham, llegó a ser primer lord del Almirantazgo durante la segunda guerra mundial (1943-1946). El otro, el capitán Prentis, murió en combate en los Dardanelos el 28 de abril de 1915.

[4] John W. Wheeler-Bennett, *Hindeburg, The Wooden Titan*, Macmillan, Londres, 1936, p. 44.

[5] Una minoría racial que estaba dispersa por todas las tierras de los Habsburgo eran los judíos. Durante la primera guerra mundial, tres mariscales de campo y ocho generales austrohúngaros eran judíos. Uno de ellos, el mariscal de campo Johann Georg Hugo Friedlander, fue deportado por los alemanes en 1943 de Viena al gueto de Theresienstadt y desde allí, en 1944, a Auschwitz, donde murió.

[6] Ambos desempeñaron un papel decisivo en el establecimiento de las instituciones nacionales judías en el mandato de Palestina. En 1948, Ben Gurión se convirtió en el primer ministro del Estado de Israel; en 1952, Ben Zvi llegó a ser el segundo presidente del Estado.

[7] Reed se hizo famoso después por su libro *Diez días que estremecieron al mundo*, su relato, como testigo ocular, de la revolución bolchevique. Murió en 1920 y está enterrado en la Plaza Roja de Moscú. Su informe sobre Serbia se volvió a publicar en 1994, como un artículo en *The Times*, titulado «Bocetos de 1915 predicen los horrores de la Bosnia moderna» (*The Times*, 26 de marzo de 1994).

[8] Fleming, comandante de los Queen's Own Oxfordshire Hussars y parlamentario conservador desde 1910 (Churchill era entonces liberal), murió en combate en el frente occidental el veinte de mayo de 1917. Su hijo Peter llegó a ser un destacado viajero y escritor de libros de viajes; su hijo Ian es autor de las novelas de «James Bond»; los dos eran niños de corta edad cuando murió su padre.

[9] En 1993, se eligió una reproducción de la carta del subteniente Chater para ilustrar la tarjeta de navidad del Imperial War Museum de Londres.

[10] *Gun Fire, A Journal of First World War History*, número 28, 1994, p. 30, A. J. Peacock (editor).

[11] *Para que el cielo no se abarrote de vetustas barbas grises, / Dios, que cría a los muchachos para su deleite, / se agacha, un día de dolor y gloria, / y los hace entrar desde la noche.* [N. de la T.]

[12] John Buchan, *The King's Grace, 1910-1935*, Hodder and Stoughton, Londres, 1935, p. 130. Buchan, que escribió una historia sobre las fuerzas sudafricanas en el frente occidental, una historia de los Reales Fusileros Escoceses, una historia de la guerra para la Nelson Library en veinticuatro volúmenes a medida que iba transcurriendo y una *History of the Great War* en un volumen, es más conocido por sus novelas y sus libros de aventuras. Su hermano Alastair murió en 1917 de las heridas recibidas en combate, en la batalla de Arras.

[13] *La hermana Susie cose camisetas para los soldados, / la joven hermana Susie demuestra tanta habilidad cosiendo camisetas, / que algunos soldados envían cartas, / diciendo*

que prefieren dormir sobre cardos, / antes que sobre las camisetas descaradas, suaves, cortas que la hermana Susie cose para los soldados. [N. de la T.: el trabalenguas pierde la gracia con la traducción, porque desaparece la repetición del sonido que hay en el original en inglés.]

[14] *Vivo en un lugarcito húmedo en una trinchera, / que las lluvias empapan constantemente, / hay una vaca muerta cerca / con las patas para arriba / que huele fatal. / Debajo, en lugar del suelo, / hay una masa de barro húmedo y algo de paja, / pero como por aquí siempre caen proyectiles, / nada se puede comparar / con mi lugarcito húmedo en la trinchera.* [N. de la T.]

[15] Alistair Horne, *The Price of Glory, Verdun 1916*, Macmillan, Londres, 1962, p. 328.

Capítulo VII. *El punto muerto y la búsqueda de maneras de avanzar*

[1] La suma que pagaron a Lenin ascendía a entre 200.000 y 250.000 marcos, equivalentes en esa época a entre 50.000 y 62.000 dólares (entre 42.500 y 52.700 euros). Cuando los bolcheviques fueron a devolverla, en 1923, era tal la inflación del marco que no equivalía ni siquiera a un dólar (85 céntimos de euro.)

[2] Davies y Peirse habían sido instructores de vuelo de Churchill, en 1913 y 1914. En 1940, Peirse fue nombrado comandante en jefe del comando de bombarderos.

[3] De los ciento noventa y nueve submarinos alemanes que se hundieron entre 1914 y 1918 (de los trescientos que estuvieron en servicio activo), nunca se pudo determinar el destino de más de quince. Se suponía que, al igual que otros cuarenta, fueron destruidos por minas. No fue así, sin embargo, en el caso del *U-31*, que llegó hasta la costa oriental de Gran Bretaña flotando a la deriva, seis meses después. Toda la tripulación había muerto: seis meses antes, cuando se encontraba en el fondo del mar para pasar la noche, parece que el submarino se llenó de gases tóxicos. Cuando los depósitos del submarino fueron estallando uno por uno, alcanzó la suficiente flotabilidad para subir a la superficie.

[4] En 1942, Gandhi adoptó una postura diferente: lanzó el movimiento *«Quit India»* (Fuera de India) en un momento en que las fuerzas japonesas se acercaban a la frontera india, por lo que fue recluido de inmediato.

[5] Philipps murió en acción en el saliente de Ypres el 15 de mayo de 1915.

[6] Los Dardanelos no se forzaron ese día (ni ningún otro); Italia todavía no había entrado en la guerra del lado de los aliados.

[7] En 1945, en la conferencia de Potsdam, Stalin reclamó Alexandrópolis como puerto ruso en el Egeo.

[8] La pronunciación, al igual que la ortografía de Przemysl, serían un problema para el soldado británico, para el cual se inventó la siguiente rima explicativa: *«A damp* chemise*'ll make you sneeze»*.

[9] Jerusalén, Belén y Nazaret; en la práctica, Palestina. Churchill había sugerido que se entregara Palestina a Bélgica, para compensarla por lo que había sufrido como consecuencia de la ocupación alemana. Samuel quería que la adquiriera Gran Bretaña,

como patria judía. Kitchener quería que Haifa fuera un puerto británico y la terminal del oleoducto, que comunicara el Mediterráneo oriental con los yacimientos petrolíferos del norte de Mesopotamia (Mosul).

[10] *Las flores que abundaban al anochecer en el bosque / después de pascua recuerdan a los hombres / que ahora están lejos de casa y que, en compañía de sus enamoradas / las habrían recogido y ya no lo harán nunca más.* [N. de la T.]

[11] Después de la guerra, Scheubner-Richter llegó a ser uno de los primeros partidarios de Adolf Hitler. Participó en el *putsch* de Munich del 9 de noviembre de 1923, cuando murió, marchando al lado de Hitler.

[12] Otro nieto de Gladstone, el teniente W. H. Gladstone, murió en acción en 1918.

[13] En 1898, Kitchener había derrotado a un ejército de derviches en Omdurman, en Sudán (y adoptó como título lord Kitchener de Jartum).

Capítulo VIII. *Los desembarcos en Gallípoli*

[1] «Seis cruces de la victoria antes del desayuno» *(«Six VCs Before Breakfast»)* es también el título de uno de los capítulos del libro *Hell's Foundations*, de Geoffrey Moorhouse.

Capítulo IX. *La Entente corre peligro*

[1] En 1929, cuando era dirigente del Partido Nacionalista Alemán, Hugenberg proporcionó fondos a Hitler para emprender una campaña contra el tratado de Versalles. Después puso los votos de su partido (alrededor de tres millones) a disposición de Hitler, con lo cual le proporcionó la mayoría en el Reichstag poco después de llegar al poder. Hitler ya había dado a Hugenberg dos ministerios: Economía y Agricultura. En 1934, cuando Hitler ya no lo necesitó más, lo dejó de lado.

[2] *En los campos de Flandes se mecen las amapolas, / entre las hileras y más hileras de cruces / que marcan el lugar donde estamos, y en el cielo / las alondras siguen cantando valientemente y vuelan, / aunque apenas se las oye, con los cañones que rugen debajo.*

Estamos muertos. Hace pocos días / estábamos vivos, sentíamos el amanecer, veíamos el resplandor de la puesta del sol, / amábamos y nos amaban, y ahora yacemos / en los campos de Flandes.

Continuad nuestra pelea con el enemigo: / a vosotros, al fallarnos las manos, os arrojamos / la antorcha, para que la defendáis. / Si no cumplís la promesa con los que morimos, / no descansaremos, aunque crezcan amapolas / en los campos de Flandes. [N. de la T.]

[3] El poema de McCrae se publicó por primera vez, de forma anónima, en el *Punch*, el 8 de diciembre de 1915.

[4] *Durante las monótonas y dubitativas horas de espera, / antes de que comience el descarado frenesí, / los caballos le muestran poderes más nobles; / ¡oh, pacientes ojos, corazones valerosos!*

Y cuando estalla el momento ardiente / y ya no piensa en nada más / y sólo la alegría

de la batalla / lo coge por el cuello y lo enceguece, a través de la alegría y la ceguera sabrá, / sin preocuparse demasiado por saber, pero de todos modos, / que ni el plomo ni el acero llegarán hasta él, / que no es la Voluntad del Destino.

La atronadora línea de batalla se alza / y en el aire la muerte gime y canta, / pero el Día lo sujetará con manos fuertes / y la Noche lo envolverá en suaves alas. [N. de la T.]

[5] En la segunda guerra mundial, la propaganda nazi citaba *El Gólgota canadiense* como ejemplo de las mentiras que contaban los británicos al presentar las atrocidades alemanas.

[6] En total murieron 226 personas en el choque de trenes.

[7] Los británicos ofrecieron cien mil libras de recompensa por la captura del comandante Hersing, pero él continuó torpedeando las embarcaciones aliadas hasta 1918. Después de la guerra se dedicó a cultivar patatas en el norte de Alemania y vivió en Rastede, a veinticuatro kilómetros del mar.

[8] Alan Clark, que cuenta la historia en su libro *The Donkeys* (p. 162, nota 2) añade que el árbol volvió a florecer en 1920.

[9] Los otros seis frentes eran el frente oriental, el occidental, el meridional (austroserbio), el del Cáucaso, el de Gallípoli y el mesopotámico. También había combates, aunque más intermitentes, en el este de África, en África Central (el Camerún), el sudoeste de África y Persia.

[10] Robert Rhodes James, *Gallipoli*, B. T. Batsford, Londres, 1965, p. 214.

[11] *Hoy es cuatro de junio / No pienses que no sueño nunca / El ruido de ese mediodía infernal, / la cola interminable de camillas, / las historias de triunfos conquistados, / la noche que se descubrieron las mentiras, / los heridos gimiendo al sol, / los muertos, el polvo, las moscas.*

¡Las moscas! Dios mío, las moscas / que ensuciaban a los muertos sagrados. / ¡Verlas aglomerarse desde los ojos de los muertos / y compartir el pan del soldado! / No pienses tampoco que me olvido / de la suciedad y el hedor de la guerra, / de los cadáveres sobre el parapeto, / de los gusanos en el suelo. [N. de la T.]

[12] *Esta mañana vi a un hombre / que no quería morir; / me pregunto y no puedo contestar, / si yo deseo lo contrario.*

Hermoso comenzó el día esta mañana / contra los Dardanelos; / soplaba suave la brisa, las mejillas del alba / estaban frías como conchas.

Pero otras balas esperan / al otro lado del Egeo, / metralla y explosivos de gran potencia, / balas e infiernos para mí.

Oh, infierno de barcos y ciudades, / infierno para hombres como yo, / fatal segunda Helena, / ¿por qué debo seguirte? [N. de la T.]

[13] A. J. Baker, *The Neglected War, Mesopotamia 1914-1918*, Faber and Faber, Londres, 1967, p. 97.

[14] Sir Frank Fox, *The Royal Inniskilling Fusiliers in the World War*, Constable, Londres, 1928, p. 187.

Capítulo X. *Las potencias centrales escalan posiciones*

[1] En julio de 1941, cuando el ejército alemán volvió a entrar arrasando en Rusia, Stalin ordenó la evacuación de ochocientas fábricas en el oeste de Rusia hacia los Urales, Siberia y el Asia central soviética, para proteger la capacidad bélica industrial de la Unión Soviética.

[2] El 15 de septiembre, Kemal escapó por poco a una herida o a la muerte, cuando un avión del Servicio Aeronáutico de la Marina Real británica bombardeó el vehículo del Estado Mayor en el que viajaba. Un incidente similar se produjo en 1944, cuando el mariscal de campo Rommel, entonces comandante de las fuerzas alemanas en Normandía, resultó gravemente herido cuando el fuego de la ametralladora de un avión de combate aliado alcanzó su vehículo del Estado Mayor.

[3] Veintiséis años después, precisamente en el Noveno Fuerte de Kaunas, la Gestapo asesinó a decenas de miles de judíos procedentes de la propia Kaunas y de varias ciudades de Europa occidental.

[4] En agosto de 1915, los alemanes también tenían en su poder a 330.000 prisioneros de guerra británicos, franceses y belgas.

[5] Seis días después murió en el frente occidental, en el sector francés (Champaña), el compositor alemán Fritz Jürgens.

[6] El 22 de noviembre de 1915, el gobierno estadounidense rechazó la oferta alemana de mil libras esterlinas por cada estadounidense que hubiese muerto a bordo del *Lusitania*.

[7] El historiador oficial británico escribe: «Innumerables actos de valor, de los que nunca se informó al cuartel general, se han perdido en el olvido. Pero, como homenaje a todos los valientes, conocidos y desconocidos, que se destacaron de forma especial ese día, citaremos aquí la historia del soldado raso F. W. O. Potts. [...]» Aspinall-Oglander, *Military Operations, Gallipoli*, William Heinemann, Londres, 1932, vol. II, p. 354, nota 1.

[8] General de brigada Aspinall-Oglander, *Military Operations, Gallipoli*, William Heinemann, Londres, 1932, vol. II, p. 368.

Capítulo XI. *Continúa el fracaso de la Entente*

[1] Los padres de Farnsworth dotaron fondos a la Sala Farnsworth de la Widener Memorial Library, en Harvard, «para que allí se pudiera disfrutar de la lectura de los libros que le gustaban a Henry Farnsworth», y proporcionaron a la sala libros, cuadros y muebles.

[2] La versión de Cousins, en lugar de «le aplicamos un torniquete».

[3] Dos días después, cuando se publicó una lista de Gallípoli, que incluía las bajas australianas, la «Lista de honor» abarcaba cinco columnas.

[4] «Al cual se debe la letra de trazos inseguros que tenía de mayor y su flojo apretón de manos, del cual se burlaban a veces los críticos.» Alistair Horne, *Macmillan, 1894-1956*, Macmillan, Londres, 1988, volumen I, p. 38.

[5] Uno de los cinco hijos de Robert Graves murió en acción en Birmania en la segunda guerra mundial.

[6] Entre los miembros de la Guardia Irlandesa que murieron ese día (el 27 de septiembre de 1915) en Loos figuran el sargento interino George Lewis, los soldados de primera clase Michael Docherty, William Hutchinson, Horace Lawson y Peter O'Rourke y veintidós soldados rasos: Michael Cahill, Michael Doyle, James Green, John Guilfoyle, Thomas Jolly, John Higgins, John McIntosh, Horace Keogan, Charles Lewis, Alexander Morrow, John V. Murray, Patrick Murray, John McCallum, James McLennan, Patrick McHugh, James McMahon, Patrick Neafson, James Rogers, William H. Sherwood, Eugene Sullivan, Michael Sutton y Richard Tabsley. Se podrían elaborar listas así para cada día de la guerra y para cada frente, y multiplicarlas por doscientos por cada día.

[7] *Esa carne que hemos cuidado desde el principio con toda limpieza fue dada... / para que la blanqueen o la pinten de colores alegres los gases —para que la carbonicen los fuegos— / para que la sacudan una y otra vez, sin sentido, con inútiles mutilaciones / de un cráter a otro. Por eso haremos penitencia, / pero, ¿quién nos devolverá a nuestros hijos?* [N. de la T.]

[8] *La Tierra que ha florecido y estaba contenta / bajo la cruz de Cristo, / se regocijará y florecerá también / cuando la bala te alcance.*

Por eso, hombres que marcháis / de camino hacia la muerte, ¡cantad! / Echad alegría sobre la cabeza de la tierra, / estad contentos, aunque estéis muertos.

Seguid, hombres que marcháis, / seguid cantando hasta las puertas de la muerte. / Sembrad vuestra alegría para que la tierra coseche, / para que estéis contentos durante el sueño. / Esparcid vuestra alegría sobre el lecho de la tierra, / estad contentos, aunque estéis muertos. [N. de la T.]

[9] *... escudriñando toda la masa superpoblada, si / percibieras un rostro que has amado hasta este momento, / es un espectro. Nadie lleva la máscara que conocías. / La gran muerte se ha apoderado de todo para siempre.* [N. de la T.]

[10] El fosgeno (cloruro de carbonilo) había sido descubierto por John Davy en 1811. Es un gas pesado, incoloro y muy tóxico, que actualmente se utiliza para fabricar plásticos de poliuretano y algunos insecticidas.

[11] Los otros frentes principales de la guerra en ese momento eran el frente occidental y el oriental, el de Gallípoli, el de la Mesopotamia, el del Cáucaso, el serbio (en el que hubo intensos combates en los alrededores de Kragujevac hasta el 23 de noviembre, cuando comenzó la retirada serbia hacia Albania), el ítalo-austríaco y el de Salónica. También se libraban combates, aunque de forma intermitente, en el este de África, en el África Central (el Camerún) y en Persia. En Egipto, cien mil soldados británicos y de los dominios esperaban un posible ataque turco, encabezado por los alemanes, al canal de Suez.

[12] Esas batallas tenían lugar en la principal ruta de los Alpes Dolomitas, de Bolzano a Cortina, que actualmente es una región de estaciones de esquí. La guía Baedeker del norte de Italia de 1930 indica que el Col di Lana es «famoso por las sangrientas batallas que se libraron allí durante la guerra». Las guías modernas no dicen nada.

[13] Dieciséis kilómetros al sudeste de los campos de batalla de La Courtine y Massiges estaba la aldea de Valmy, donde, en 1792, las tropas de la República Francesa derrotaron a un ejército prusiano. El general Kellermann, vencedor de Valmy, sirvió después a las órdenes de Napoleón como comandante de las fuerzas francesas en el Rin.

[14] La conexión ferroviaria entre Alemania y Turquía (Berlín – Constantinopla) se reabrió oficialmente el 15 de enero de 1916. Tres días después, en la ciudad serbia ocupada de Nis, el káiser, que había viajado desde Berlín, nombró mariscal de campo del ejército alemán al rey Fernando de Bulgaria, que había viajado desde Sofía.

[15] Randal Gray y Christopher Argyle (editores), *Chronicle of the First World War*, volumen I, 1914-1916, Facts on File, Oxford, 1990. En Dunkerque se evacuaron 224.318 soldados británicos y 111.172 franceses, que hacen un total de 335.490.

[16] *¿Y el poder que os ha impulsado, os ha / animado y os ha dado alas? Ha sido la esperanza / dentro de la mente. Sin ella, / no habría habido huida alguna más allá de las oscuras nubes.* [N. de la T.]

[17] De 1940 a 1945, Attlee perteneció al gabinete de guerra de Churchill y fue viceprimer ministro. En 1945, fue nombrado primer ministro del tercer gobierno laborista de Gran Bretaña.

[18] Anita Engel, *The Nili Spies*, Phoenix, Jerusalén, 1989, p. 62.

[19] De los sesenta y siete jóvenes que ingresaron con Leighton en la Uppingham School en septiembre de 1909, diecisiete murieron durante la primera guerra mundial o como consecuencia de heridas recibidas en combate. Un joven, Frank Hodgkinson, fue prisionero civil en el campo de Ruhleben durante toda la guerra; otro, Brian Horrocks, llegó a ser un general distinguido durante la segunda guerra mundial, que ayudó a derrotar a Rommel en el norte de África y comandó el 30.° Cuerpo en los desembarcos de Normandía.

[20] Lyn Macdonald, *1915, The Death of Innocence*, Hodder and Stoughton, Londres, 1993, p. 592. Las fuentes que Lyn Macdonald ha reunido en sus diversos libros sobre la primera guerra mundial despiertan la envidia de muchos historiadores, incluido el propio autor de este libro.

[21] Entre ellos 4.272 soldados británicos, 254 canadienses, sesenta y cinco australianos, veintitrés neozelandeses, seis sudafricanos, cinco indios, tres terranovenses y un afroantillano. También están enterrados en el New Irish Farm Cemetery doce soldados desconocidos, seis trabajadores chinos y un soldado alemán.

[22] De los 1.233 miembros del New College que prestaron servicio durante la primera guerra mundial, 217 murieron en combate. También murieron treinta y ocho estudiantes más, que habían sido admitidos en el College, pero que se habían presentado como voluntarios para el servicio militar en cuanto acabaron los estudios secundarios.

[23] Alistair Horne, *The Price of Glory, Verdun, 1916*, Macmillan, Londres, 1962, p. 36.

[24] *No quiero morir, / quiero ir a casa. / No quiero ir más a las trincheras, / donde el silbido y el estrépito de los proyectiles silba y ruge.*

No quiero atravesar el mar, / adonde el soldado alemán me va a disparar, / quiero ir a casa / no quiero morir. [N. de la T.]

Capítulo XII. *«El final de la guerra se decidirá en Verdún»*

[1] *Sólo un muchacho, pero un muchacho británico, / hijo de un millar de años.* [N. de la T.]

[2] *El hermano Bill cayó de un disparo: / todavía lo queremos, / y siempre lo haremos.* [N. de la T.]

[3] *¿Qué mal os había hecho, oh, Señor?* [N. de la T.]

[4] *De las empapadas planicies del oeste y el este, la sangre / de hombres bondadosos mana en brumas de odio, / contaminando Vuestro aire claro y naciones de gran / reputación en las artes, que llenan / el mundo con la esperanza del cielo, se hunden hasta un estado / de bárbaros brutos, cuya mente feroz / se regodea con el caos sangriento de los suyos, / que no conoce el amor ni la misericordia.* [N. de la T.]

[5] A. J. Barker, *The Neglected War, Mesopotamia 1914-1918*, Faber and Faber, Londres, 1967, p. 218.

[6] A finales de mayo de 1916, habían muerto quinientos cincuenta civiles británicos como consecuencia de los ataques de los aviones alemanes.

[7] John Laffin, *Brassey's Battles, 3,500 Years of Conflict, Campaigns and Wars from A-Z*, Brassey's Defence Publishers, Londres, 1986.

[8] Alistair Horne, *The Price of Glory, Verdun 1916*, Macmillan, Londres, 1962, p. 158.

[9] Alistair Horne, *The Price of Glory,* p. 148. Los anamitas eran los habitantes de la región costera de Indochina (la actual Vietnam), que había sido protectorado francés desde 1884.

[10] Del 26 de mayo al 10 de junio de 1942, las tropas de la Francia libre defendieron la fortaleza de Bir Hakeim de la infantería, los carros de combate y el ataque aéreo de los alemanes. Una estación del metro de París conmemora ese hecho heroico.

[11] *A ellos me vuelvo, en ellos confío: / Hermano Plomo y Hermana Acero. / A este poder ciego apelo, / mantengo su belleza limpia de óxido.*

Él gira y quema y adora el aire / y parte un cráneo para que lo alabe, / pero, a medida que pasan los días, / ella reluce desnuda, fría y hermosa.

Dulce Hermana, concédele a tu soldado / que con rabia sienta / cómo el cuerpo en el que clava su talón / tiembla con tu beso que cae como una flecha. [N. de la T.]

[12] Casement había recibido el título de *sir* en 1911, por su labor en el Servicio Consular Británico, investigando los cargos contra una compañía británica en América del Sur. Fue condenado a muerte el 29 de junio de 1916 y al día siguiente le quitaron el título. Fue ejecutado en la prisión de Pentonville, en Londres, el 3 de agosto de 1916.

[13] Robert Kee, *The Green Flag*, Londres, 1972, volumen II, p. 253.

[14] Encarcelado en varias cárceles inglesas durante el resto de la guerra, De Valera fue primer ministro de Irlanda durante toda la segunda guerra mundial y mantuvo la posición de su país como estado neutral; incluso envió sus condolencias a la embajada alemana en Dublín a la muerte de Hitler, en abril de 1945.

Capítulo XIII. *«Europa está loca. El mundo está loco»*

[1] Se calcula que siete mil hombres, a las órdenes de Cornwallis, se rindieron ante las fuerzas revolucionarias estadounidenses de Washington en Yorktown, en 1781.

[2] Tekrit fue después el lugar de nacimiento (en 1937) de Saddam Hussein y, por consiguiente, un centro de poder, contra el cual marcharon tropas estadounidenses y británicas en 1991.

[3] *Así que usted es el padre de David / y él era su único hijo, / y que la turba recién cortada se está pudriendo, / y que el trabajo queda sin hacer, / porque un anciano llora, / simplemente un anciano que sufre, / por David, su hijo David, / que no volverá nunca más.*

Oh, las cartas que le escribió / y que todavía puedo ver, / no dicen ni una palabra de los combates, / sólo hablan de las ovejas en la colina / y de que debería recoger las cosechas / antes de que lleguen las tormentas. / Y los boches *se han quedado con su cuerpo / y yo era su oficial.*

Usted sólo era el padre de David, / pero yo tenía cincuenta hijos / cuando subíamos por la noche / bajo el arco de los cañones, / y regresábamos al amanecer — / ¡Dios mío! Oía que me llamaban / para que los ayudara y los compadeciera, / pero no podía ayudarlos en absoluto.

Oh, jamás os olvidaré, / hombres míos que confiasteis en mí, / más hijos míos que de vuestros padres, / porque ellos sólo veían / a sus indefensos bebés / y a los jóvenes orgullosos. / Pero no podían veros morir / y acompañaros mientras moríais.

Feliz y joven y valiente, / veían partir a su primogénito, / pero no las fuertes extremidades rotas / y los hombres hermosos por los suelos, / sus cuerpos lastimosos retorciéndose, / gritando: «No me deje, señor», / porque ellos sólo eran vuestro padre / pero yo era vuestro oficial. [N. de la T.]

[4] En el monumento de Arras también figuran todos los «desaparecidos» del Royal Flying Corps y la Fuerza Aérea británica que cayeron en algún lugar del frente occidental.

[5] Norman Stone, *The Eastern Front*, Hodder and Stoughton, Londres, 1975, p. 247.

[6] Poco después de la guerra, descubrieron las puntas de algunas de sus bayonetas, que sobresalían del suelo. La trinchera se convirtió en monumento nacional para los franceses.

[7] Los demás eran el frente occidental y el oriental, el del Cáucaso (también conocido como frente armenio), el persa (las tropas rusas en la frontera de la Mesopotamia central), el frente mesopotámico meridional, el de Salónica, el italiano, el del este de África (donde las tropas belgas acababan de invadir la zona de Urundi del África Oriental alemana y la policía de Rhodesia Septentrional acababa de ocupar la ciudad de Bismarckburg, en el límite del África Oriental alemana) y el frente del Sinaí, donde los turcos habían reanudado sus ataques a la península, que estaba en poder de los británicos, y habían invadido El Arish.

[8] Forster murió cerca de Verdún, hacia fines de 1916.

[9] Es decir, 241 muertes por día en 1915 y 331 muertes por día en 1916. En 1917, la cifra se elevó a 712 por día (259.000 en todo el año) y, en 1918, a 802 por día (293.760

en todo el año): una cifra total de muertos civiles de 762.106. La cifra de civiles alemanes muertos como consecuencia de los bombardeos de los aliados durante la segunda guerra mundial fue casi la misma (aproximadamente ochocientos mil).

Capítulo XIV. *La batalla del Somme: «Será un holocausto sangriento»*

[1] *Los vencimos en el Marne, / los vencimos en el Aisne, / les hicimos pasar las de Caín / en Neuve Chapelle / ¡Y aquí estamos otra vez!* [N. de la T.]

[2] *Yo, que desde la colina que conozco / observé sin comprender / cómo un centenar de Tus atardeceres derramaban / su sacrificio fresco y rubicundo, / antes de que el sol haga girar su espada del mediodía, / ¡debo despedirme de todo esto! / Por todas las delicias que ya no disfrutaré, / ayúdame a morir, Oh, Señor.* [N. de la T.]

[3] Peter H. Liddle, *The 1916 Battle of the Somme, A Reappraisal*, Leo Cooper, Londres, 1992, p. 39.

[4] *Durante las noches estériles y los días infructuosos / de espera, cuando nos falla la fe, / María, acompañad al corazón acongojado, / tenéis un hijo, pensad en él.*

Señor, Vos que habéis sido nuestro refugio seguro, / los brazos eternos todo lo abarcan, / Vuestras palabras se mantienen por los siglos de los siglos / y seguirán brindándonos Vuestro amor.

Prometednos que veremos, oh, Señor, / prometednos que veremos, / la finalidad de los días dolorosos... [N. de la T.]

[5] *No hay aquí ritos espléndidos, pero acostadlo aquí, / camaradas de su juventud, junto a los cuales ha combatido, / cerca de donde suspiran los vientos y crecen las flores silvestres, / donde el dulce arroyo murmure a su lado. / No es ninguna maravilla, pero lo acostamos con ternura / para que descanse y la artillería sea su réquiem.* [N. de la T.]

[6] *Tengo una cita con la muerte / en alguna ladera marcada o colina maltrecha, / cuando la primavera regrese este año / y aparezcan las primeras flores en los prados.*

Sabe Dios que sería mejor estar rodeado / de gruesas almohadas de seda y perfumado, / donde late el amor su gozoso sueño, / un pulso tras otro, respiración con respiración, / donde los despertares silenciosos son hermosos...

Pero tengo una cita con la muerte / a medianoche en alguna ciudad en llamas, / cuando la primavera se dirija otra vez al norte este año, / y yo cumpla la palabra empeñada, / porque no faltaré a esa cita. [N. de la T.]

[7] *Somos el ejército de Anzac, / de A.N.Z.A.C., / no sabemos disparar, no hacemos el saludo militar, / qué maravillosos somos. / Y, cuando lleguemos a Berlín, / dirá el káiser, / «Hoch, hoch! Mein Gott, ¡qué grupo tan extraño / que gana seis chelines diarios!* [N. de la T.]

[8] Reverendo E. C. Crosse, *The Defeat of Austria as seen by the 7th Division*, Londres, 1919, p. 35.

[9] George Leigh-Mallory sobrevivió a la guerra. Desapareció cuando escalaba el Everest en 1924. Su hermano Trafford, piloto en la primera guerra mundial y destacado aviador (incluso fue comandante en jefe del mando de cazas) en la segunda, murió en un choque de aviones en noviembre de 1944.

[10] Graham Maddocks, *Liverpool Pals*, Leo Cooper, Londres, 1991, p. 116.

[11] Los tártaros eran un pueblo musulmán de lengua turca que vivía en Crimea y a orillas del Volga. Habían sido anexionados a Rusia por Catalina la Grande en 1783. En la segunda guerra mundial, Stalin los deportó al Asia central.

[12] Desde 1920 hasta 1936, Von Seeckt fue el jefe del Estado Mayor del Ejército alemán y sentó las bases para la reconstrucción del ejército alemán.

[13] Los once idiomas principales que se hablaban en los dominios de los Habsburgo (y que estaban contemplados en las normas del ejército austrohúngaro) eran los siguientes: alemán, húngaro, checo, eslovaco, esloveno, croata, serbio, ruteno, italiano, polaco y rumano. Había otras lenguas, que hablaban pequeños grupos minoritarios, como el ucraniano, dos variantes del albanés, el yiddish (una lengua judeoalemana), el ladino (judeoespañol), el griego, el turco, el gitano, el vlach y el armenio. Además, había algunos soldados lituanos, letones, estonios y finlandeses que servían en el frente oriental, junto al ejército austrohúngaro, pero sin formar parte de él.

[14] Al acabar la batalla ascendieron a Badoglio a general de división, a los cuarenta y cuatro años. En 1936, dirigió las fuerzas italianas en la conquista de Abisinia. En septiembre de 1943, formó un gobierno antifascista en Italia y negoció un armisticio con los aliados. En abril de 1944, su gobierno declaró la guerra a Alemania.

[15] *Tamizamos las corrientes marinas / y buscamos a tientas detrás; / oscuros y esforzados, / somos los pescadores de la muerte.* [N. de la T.]

Capítulo XV. *Guerra en todos los frentes*

[1] *Y te darán las explicaciones / más variopintas: algunos lo considerarán sublime / y otros lo condenarán con tono de complicidad. / De modo que aquí, mientras la artillería, enloquecida, maldice sobre nuestras cabezas / y los hombres, cansados, suspiran, con el barro por lecho y por suelo, / quiero que sepas que los tontos de nosotros, que ahora estamos entre los tontos que están muertos, / no hemos muerto por una bandera, ni por un rey, ni por un emperador, / sino por un sueño que nació en la cabaña de un pastor / y por la escritura secreta de los pobres.* [N. de la T.]

[2] *Caí aquí hace tres semanas, sí; lo sé / y hace un frío horrible por la noche, desde el combate / —podría decirte, si quisiera— nadie lo sabe, / salvo yo y cuatro o cinco, lo que no está vivo, / los veo a todos dormidos, de tres en tres, / y no hay una hoguera por ninguna parte, pero nuestro alambre / los contiene todo lo posible. ¿No lo ves / cuando sube el destello? ¡Callad!, chicos, ¿qué es ese ruido? / ¿Sabéis lo que comen esas ratas? ¡Carne humana!* [N. de la T.]

[3] La nieta del soldado raso Farr, Janet Booth, confiaba en que, como consecuencia de un proyecto de ley presentado a título personal por Andrew Mackinlay en la Cámara de los Comunes el 19 de octubre de 1993, en nombre de todos aquellos que habían sido ejecutados por cobardía y por deserción en la primera guerra mundial, se les concediera un indulto póstumo, pero el proyecto de ley no prosperó.

[4] Técnicamente, lo que abatió Robinson (SL 11) no fue un zepelín sino un Schütte Lanz, un dirigible parecido, pero diseñado y construido por otro fabricante.

[5] Mi madre, que entonces tenía cinco años, recuerda que viajaba en el metro con su madre y dos hermanas para huir del bombardeo. Sin embargo, hasta 1940 las bombas alemanas no alcanzaron la casa de su madre, en Whitechapel.

[6] Karl Kraus, un vienés que se oponía a la guerra, reimprimió esa noticia en un periódico satírico de formato grande, con el titular «Con el reloj en la mano». Ese mes de septiembre, perdieron la vida veintidós británicos como consecuencia de los hundimientos de los submarinos alemanes en el mar del Norte y en el Mediterráneo.

[7] *Jugué con todos los juguetes que brindan los dioses, / canté mis canciones y salí de vacaciones contento. / Ahora he dejado a un lado mis juguetes rotos / y he tirado mi laúd.*

Fui cantante, pero ahora de buen grado lloraría. / Siento que crece en mi alma una música extraña, / grandes salmodias de una tragedia demasiado honda, demasiado honda / para que la revelen mis labios. [N. de la T.]

[8] Ball murió en combate el 7 de mayo de 1917. Le concedieron una Cruz de la Victoria póstuma por su valentía evidente durante los once días anteriores.

[9] El último día de octubre de 1916, se calculó que las bajas rusas ascendían a 4.670.000 muertos y heridos, más de un millón de desaparecidos y 2.078.000 prisioneros de guerra.

[10] Brian McGuinness, *Wittgenstein, A Life*, Duckworth, Londres, 1988, p. 248.

[11] En 1941, Zhukov llegó a ser jefe del Estado Mayor del Ejército soviético. Fue el mariscal soviético que obtuvo más éxitos durante la segunda guerra mundial, dirigió la contraofensiva en Stalingrad en 1942, la ofensiva en Kursk en 1943 y, en 1945, fue el responsable de la captura de Berlín, donde aceptó la rendición de los alemanes. De 1955 a 1957, fue el ministro de Defensa soviético.

[12] Masterman dio clases sin interrupción desde junio de 1915 hasta el 3 de agosto de 1918, cuando faltó a clase y descubrieron que había escapado. Lo volvieron a capturar dos días después.

[13] A Guy Chapman le concedieron la Cruz Militar en 1918. Posteriormente llegó a ser un distinguido historiador de Francia y, más adelante, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Leeds (1945-1953). Esta cita, el comentario del comandante Montague y los siguientes datos que constan en la historia de la división han sido tomados de *The 1916 Battle of the Somme, A Reappraisal*, escrito por otro historiador de Leeds, Peter Liddle, conservador de la Colección Liddle de la Biblioteca de la Universidad de Leeds, por cuya labor en la recogida de escritos y testimonios de los soldados estamos en deuda con él todos los historiadores de la primera guerra mundial.

[14] *Sandy, el Francotirador, mata soldados sajones / y los soldados sajones pocas veces aparecían, pero Sandy mata a unos cuantos / y todos los días los* boches *ponen crucecitas de madera / en el cementerio por los soldados sajones que ha matado Sandy, el Francotirador.* [N. de la T.]

[15] Esa cifra incluía a 125.517 soldados de Australia y Nueva Zelanda (Anzac) y 104.538 canadienses.

[16] *Pase lo que pasare, nosotros tenemos / el arma de Maxim y ellos no.* [N. de la T.]

[17] *El mundo, con mentalidad sangrienta, / la Iglesia, muerta o contaminada, / los ciegos dirigiendo a los enceguecidos / y los sordos arrastrando a los enmudecidos.* [N. de la T.]

Capítulo XVI. *La intensificación de la guerra*

[1] Hubo otra muerte destacada ese mes de noviembre, tres días después de la de Francisco José: la de sir Hiram Maxim, el inventor (en 1889) de la ametralladora, que murió en Londres a los setenta y seis años.

[2] Neville Chamberlain fue primer ministro británico desde 1937 hasta 1940.

[3] *... bajó ruidosamente los empinados escalones / chapoteando en el agua, en la porquería que todo lo inundaba / el cuerpo del centinela y después su fusil, asas / de viejas bombas* boches, *y barro, montón sobre montón. / Lo sacamos, dándolo por muerto, hasta que gimió / «Oh, señor, mis ojos; ¡estoy ciego, ciego, ciego!» / Persuasivo, le acerqué una llama a los párpados / y dije que, si podía ver al menos una luz borrosa, / no estaba ciego; que con el tiempo se pondría bien. / «No puedo», sollozó. Sus ojos, redondos como los de un calamar, / todavía velan mis sueños; pero lo olvidé allí / cuando marché a mi siguiente destino a cumplir mi deber y envié a un explorador / a suplicar por una camilla en alguna parte y avanzando con dificultad / hacia otros puestos, entre los gritos del aire.* [N. de la T.]

[4] El valor de esa suma en 1994 equivale a aproximadamente 420.000 dólares estadounidenses o 357.000 euros.

[5] A. J. Barker, *The Neglected War, Mesopotamia 1914-1918*, Faber and Faber, Londres, 1967, p. 377.

[6] Como los rusos tenían un calendario diferente en esa época, para ellos la revolución de marzo de 1917 es la revolución de febrero. He mencionado todas las fechas como se conocen fuera de Rusia (y dentro de ella, cuando se cambió el calendario, a finales de 1917).

[7] El primer zar Romanov de Rusia, Miguel, subió al trono en 1613. El primer señor de toda Rusia fue Iván el Grande (de la dinastía de los Rurik), que se proclamó zar en 1480.

[8] Dominic Hibberd, *Wilfred Owen, The Last Year,* Constable, Londres, 1992, p. 10.

[9] *Ésos son hombres cuya mente han cautivado los muertos. / Hurga en su cabello el recuerdo de asesinatos, / asesinatos multitudinarios que alguna vez han presenciado.* [N. de la T.]

[10] Se trataba de los soberanos de Bélgica, Serbia, Rumania, Montenegro y Albania, cada uno de los cuales había sido destronado como consecuencia del triunfo de las actividades militares de las potencias centrales.

[11] De 1941 a 1945, Brooke fue jefe del Estado Mayor General del Imperio, el máximo oficial del ejército británico.

[12] *Este labrador que murió en la batalla durmió al aire libre / más de una noche helada y tan contento / respondía a los bebedores formales, a los buenos dormilones y a todos los pesados: / «En el espino de la señora Greenland —decía— / dormí». Nadie sabía qué espino. / Más arriba del pueblo, / más allá de «The Drover», salpican la colina un centenar / en Wiltshire. Y donde duerme ahora por fin / suena más a Francia, aunque también eso mantiene en secreto.* [N. de la T.]

[13] *Y aquel fusilero y yo / esperamos aquí, detrás de los árboles neblinosos, / para disparar al primer hombre que pase, / con los fusiles prontos sobre nuestras rodillas.*

¿Cómo va a saber él que, si fallamos, / el mundo puede quedar encadenado durante años, / Inglaterra puede convertirse en algo del pasado / y el bien convertirse en mal y la risa en lágrimas? [N. de la T.]

[14] Las demás tumbas individuales corresponden a ciento cincuenta y dos canadienses, sesenta sudafricanos, veintiocho alemanes, veintitrés neozelandeses, nueve indios, seis antillanos, un terranovense, un francés, un ruso y un «desconocido».

[15] De 1938 a 1940, Vuillemin fue jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea. En 1943, lo nombraron jefe de las fuerzas de bombarderos de la Francia Libre en el norte de África.

[16] En los cementerios más grandes, hay 521 soldados británicos y 155 canadienses enterrados en Lieven, 129 canadienses y ocho británicos en Givenchy-en-Gohelle, 531 canadienses y 215 británicos en Neville Saint-Vaast, 590 canadienses y noventa británicos en La Chaudière, 245 canadienses y cincuenta británicos en Thélus, 504 británicos y noventa y dos canadienses en Roclincourt y noventa y siete británicos, casi todos ellos escoceses, en Saint-Laurent-Blagny, que murieron, todos ellos, el 9 de abril de 1917.

[17] *«¡Buenos días, buenos días!», dijo el general / cuando nos lo encontramos la semana pasada, al dirigirnos hacia la línea. / Los soldados a los que sonrió están casi todos muertos / y maldecimos a su estado mayor porque son unos cerdos incompetentes. / «Es un tío cómico y risueño», gruñó Harry a Jack / mientras subían trabajosamente a Arras, con el fusil y la mochila.*

Pero con su plan de ataque acabó con los dos. [N. de la T.]

[18] Randal Gray, *Chronicle of the First World War,* volumen II, 1917-1921, Oxford, 1991, p. 38. Todos los estudiosos de la primera guerra mundial estamos en deuda con Randal Gray y con su colega, Christopher Argyle, por la idea general que nos brindan de la guerra en todos sus aspectos.

Capítulo XVII. *Guerra, deserción, amotinamiento*

[1] John W. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk, The Forgotten Peace, March 1918*, Macmillan, Londres, 1938, p. 45.

[2] De hecho, esa cifra fue la máxima pérdida mensual tanto de la primera como de la segunda guerra mundial. El mes siguiente (mayo de 1917), se hundieron 285 barcos aliados y neutrales, que corresponden a un total de 589.603 toneladas, y el mes siguiente (junio de 1917) se hundieron 286 barcos aliados y neutrales, con un total de 674.458 toneladas.

[3] Seis semanas después, se ahogaron sesenta y ocho marinos japoneses cuando su destructor, el *Sakaki*, fue torpedeado por un submarino austríaco, frente a las costas de Creta.

[4] *Las ruedas daban bandazos sobre los muertos despatarrados, / pero no les hacían daño, aunque crujían sus huesos, / sus bocas cerradas no emitían ningún quejido, / allí yacen apiñados, amigos y enemigos, / hombres engendrados por hombres y por mujeres, / y los proyectiles pasan gritando sobre ellos, / noche a noche y hasta ahora.*

La tierra los ha estado esperando / todo el tiempo, desde que crecieron, / preocupados por su descomposición: / ¡y ahora por fin son suyos! [N. de la T.]

[5] Alan Palmer, *The Gardeners of Salonika*, André Deutsch, Londres, 1965, p. 125.

[6] *El general Cadorna / ha escrito a la Reina: / «Si quieres ver Trieste / compra una tarjeta postal.»* [N. de la T.]

[7] *Empujó otro saco sobre la parte superior, / estirando el cuerpo hacia fuera; entonces un destello / dio una visión blanca de la tierra de nadie y la alambrada, / y al dejar caer la cabeza el instante partió / con plomo su vida asustada y todo se apagó.* [N. de la T.]

[8] Las poblaciones eran Soissons, Villers-Cotterets, Fère-en-Tardenois y Coeuvres.

[9] Correlli Barnett, *The Swordbearers, Studies in Supreme Command in the First World War*, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1963, p. 236.

[10] John Keegan, «An army downs tools», *The Times Literary Supplement*, 13 de mayo de 1994.

[11] Göring se afilió al Partido Nazi en 1922. Desde 1935 hasta 1945, estuvo a cargo de la Fuerza Aérea Alemana. Fue condenado a muerte en los juicios de Nuremberg en 1946, pero se suicidó antes de que pudieran ejecutarlo.

[12] Alan Palmer, *The East End, Four Centuries of London Life*, J. Murray, Londres, 1989, p. 119.

[13] Que posteriormente serían lord Grade, presidente de la cadena de televisión ATV desde 1977 hasta 1982 (nacido en 1906) y lord Delfont, destacado empresario teatral y presidente del Fondo Benevolente de Artistas del Espectáculo (nacido en 1909). Un tercer hermano, Leslie, que llegó a ser jefe de la Grade Organisation, una agencia teatral, había nacido un año antes, en 1916.

[14] *Hoy andan sueltos los vientos solitarios / y llora la lluvia. / Mientras aquí recorremos el campo que ellos conocieron, / los muertos que tuvieron una muerte dolorosa. / Los campos que esperan durante las horas lentas / esos sonidos que no vendrán. / En otros campos, en otra tierra / los corazones risueños están mudos.* [N. de la T.]

[15] Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p. 30.

[16] La frase se atribuye a menudo, por error, a Pershing, que estaba presente en esa ocasión y también habló. Lafayette, uno de los autores de la Declaración de los Derechos del Hombre durante la Revolución Francesa, había combatido antes contra los británicos durante la guerra de la independencia norteamericana. Murió en 1834.

Capítulo XVIII. *Un punto muerto en el oeste, agitación en el este*

[1] En 1917, esas sumas eran el equivalente a 5 millones de libras esterlinas (6,8 millones de euros), 13 millones de libras esterlinas (18 millones de euros) y 432.000 libras esterlinas (550.800 euros).

[2] Sir Alfred Mond, posteriormente primer barón Melchett, parlamentario liberal desde 1906 hasta 1928 (y ministro de Salud de 1921 a 1922), era el segundo hijo varón de Ludwig Mond, cuyo padre, Meyer Mond, había nacido en Ziegenhain, cerca de Cassel,

en 1811. Ludwig Mond se había casado con su prima Frida, heredera de un banquero judío de Colonia.

[3] Cuando Florence Farmborough embarcó en el vapor *Sheridan* en Vladivostok, en abril de 1918, una de las primeras personas que encontró a bordo fue a Maria Bochkareva. «Ha eludido la red de espionaje de la Guardia Roja y huye a Estados Unidos.» *(Nurse at the Russian Front*, p. 408)

[4] En septiembre de 1939, cuando los alemanes conquistaron la ciudad polaca de Lodz, la rebautizaron Litzmannstadt en honor del general Litzmann. El gueto que se estableció allí en 1940 se convirtió en escenario de terribles tormentos y de la muerte, por inanición deliberada, de muchos miles de judíos (cinco mil entre enero y junio de 1941, decenas de miles más a partir de entonces).

[5] En 1994, esa suma equivalía aproximadamente a once millones de euros, o nueve millones de libras esterlinas.

[6] En la segunda guerra púnica (218-201 a.C.) contra la ciudad fenicia (púnica) de Cartago, los cartagineses, que ya habían perdido Sicilia ante Roma en la primera guerra púnica (264-241 a. C.), se vieron obligados a renunciar a todas las colonias que les quedaban y a convertirse en un aliado dependiente y tributario. La tercera guerra púnica (149-146 a.C.) finalizó con la captura y la destrucción total de la propia Cartago.

[7] En la Polonia de entreguerras, Halicz y Stanislawow. En la actualidad, pertenecen a Ucrania.

[8] Horacio, *Odas*, III, ii, 13.

[9] *Retorciéndonos, como viejos mendigos bajo unos sacos, / patizambos, tosiendo como arpías, maldijimos a través del barro, / hasta que dimos la espalda a las inquietantes llamaradas / y comenzamos a andar con dificultad hacia nuestro lejano descanso. / Los hombres marchaban dormidos. Muchos habían perdido las botas, / pero seguían rengueando, con los pies cubiertos de sangre. Todos iban cojos, todos ciegos; / borrachos de fatiga, sordos incluso al silbido / de las granadas de gas que caían suavemente a sus espaldas.*

¡Gas! ¡GAS! ¡De prisa, muchachos! Un éxtasis de buscar a tientas, / para ajustar los torpes cascos justo a tiempo, / pero alguien seguía chillando y tropezando / y resbalando, como un hombre en medio del fuego o de la cal... / Vagamente, a través de los cristales borrosos y la espesa luz verde, / como bajo un mar verde, lo veía ahogarse.

En todos mis sueños, ante mi mirada impotente, / se arroja sobre mí, chorreando.

Si en algunos sueños sofocantes, tú también pudieras caminar / detrás del carro en el que lo metimos / y observar cómo se le retorcían en el rostro los ojos blancos, / su rostro desencajado, como el de un demonio harto del pecado; / si pudieras oír, a cada sacudida, la sangre / saliendo a borbotones de los pulmones viciados de espuma, / obscena como el cáncer, amarga como el bolo alimenticio de los rumiantes / de llagas asquerosas e incurables en lenguas inocentes, / amigo mío, no repetirías con tanto entusiasmo / la vieja mentira: Dulce et decorum est / Pro patria mori. [N. de la T.]

[10] *Ahora estoy bebiendo vino en Francia, / hijo impotente de la circunstancia. / Mañana estaré rodeado por los ruidos de la guerra, / ¿cómo se explica eso?*

Es demasiado tarde para rescatar / un sueño caído, demasiado tarde para lamentar / un nombre sin hacer, pero no es demasiado tarde / para dar gracias a los dioses por lo que

es magnífico; una espada afilada, el corazón de un soldado, / es mejor que el arte del poeta. / Y mayor que la fama del poeta, / una pequeña tumba sin nombre. [N. de la T.]

[11] Sólo tres hombres han obtenido dos veces la Cruz de la Victoria (la Cruz de la Victoria con galón): el teniente coronel Arthur Martin-Leake, del Cuerpo Médico del Ejército británico (primero en la guerra de los bóers y después en 1914), el capitán Noel Chavasse (ambas en la primera guerra mundial) y el capitán Charles Upham, de la Infantería de Nueva Zelanda (ambas en la segunda guerra mundial, primero en Creta y después en el Desierto Occidental). Chavasse y Upham eran parientes políticos lejanos.

[12] El historiador naval David Woodward ha escrito que, en 1958, una reunión de oficiales y antiguos oficiales de Alemania Occidental acabó en medio del caos porque un orador, un alto oficial del ejército, «dijo que prefería a Reichpietsch y Kobis antes que a los dos grandes almirantes de la marina de Hitler, Raeder y Dönitz, ambos criminales de guerra convictos». David Woodward, *The Collapse of Power*, Arthur Barker, Londres, 1973, p. 12.

[13] Norman Stone, *The Eastern Front*, Hodder and Stoughton, Londres, 1975, p. 272.

[14] Dawes fue después el autor del Plan Dawes, que vinculó los pagos de las indemnizaciones de Alemania con préstamos extranjeros para colaborar con la recuperación de Alemania (1924), vicepresidente de Estados Unidos (1925-1929) y embajador de Estados Unidos en Londres (1929-1932).

[15] El historiador era Graham Maddocks y su libro, *Liverpool Pals*, Leo Cooper, Londres, 1991; *véanse* las pp. 166-168. El hecho de la ejecución de Smith se había publicado en 1989 en *Shot at Dawn*, de Julian Putkowski y Julian Sykes.

[16] Marshall actuó como jefe del Estado Mayor de las fuerzas estadounidenses durante toda la segunda guerra mundial y fue Secretario de Estado desde 1947 hasta 1949, cuando ideó el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa después de la guerra.

[17] El soldado de caballería era el capitán George Patton, que llegaría a ser uno de los principales promotores de la guerra con carros de combate móviles y uno de los máximos comandantes militares estadounidenses en el norte de África, Sicilia y el norte de Europa, en 1943-1945, cuando lo conocían como «*Old Blood and Guts*» (el Sanguinario).

Capítulo XIX. *La batalla de Passchendaele; la revolución en Rusia*

[1] La cifra de muertos y heridos del Somme fue de 419.654, aunque la historia oficial británica apunta que «no se disponía de la capacidad administrativa para investigar la cantidad exacta de bajas».

[2] Martin Niemöller llegó a ser vicario de Berlín-Dahlem y un valiente opositor del nazismo. En 1937, fue arrestado y enviado primero al campo de concentración de Sachsenhausen y después al de Dachau. Murió en 1984, a los noventa y dos años.

[3] Mientras estaba escribiendo este capítulo, como consecuencia de un escándalo de espionaje en Estados Unidos, un destacado periódico británico publicó una fotografía de Mata Hari, al pie de la cual ponía: «Modelo de conducta en la primera guerra mundial. [...]» (*The Times*, 24 de febrero de 1994).

[4] Correlli Barnett, *The Swordbearers*, Londres, 1964.

[5] Ismet llegó a ser el jefe del Estado Mayor de Atatürk contra los griegos (1919-1922) y recibió el sobrenombre de Inönü, después de la batalla librada cerca de la aldea anatolia de ese nombre. Posteriormente, fue primer primer ministro de la república turca (1923-1937) y presidente de Turquía a la muerte de Atatürk (1938-1950). Volvió a ser primer ministro de 1960 a 1965. Murió en 1973, a la edad de ochenta y nueve años.

[6] A. J. Peacock, *A Second Alternative Guide to the Western Front*, Gun Fire, York, p. 13.

Capítulo XX. *Las condiciones de la guerra y de la paz*

[1] En noviembre de 1963, pasé por Longarone: la aldea había quedado prácticamente arrasada un mes antes, al derrumbarse la presa de Vaiont, construida más arriba. La presa ocupaba el tercer puesto entre las estructuras de hormigón más altas del mundo. En Longarone y las cinco aldeas que había debajo de ésta, se ahogaron 1.809 personas, incluidos cuatrocientos treinta escolares.

[2] El llamamiento a filas se realizó el 13 de octubre de 1917. Las cifras de exenciones se anunciaron el 10 de noviembre. La mayoría de ellas fueron concedidas. A 1 de enero de 1918, las cifras eran: 404.395 soldados llamados a filas y 380.510 que solicitaron la exención.

[3] Por primera vez, en tres años y tres meses de guerra. En la segunda guerra mundial, las campanas de las iglesias (que al principio sólo se pensaban hacer tañer en caso de una invasión a Gran Bretaña) sonaron en noviembre de 1942, después de la batalla de El-Alamein, tres años y dos meses después del comienzo de la guerra.

[4] *Salud, muchachos, salud, / cantamos / a Byng, / el británico que ganó la carga, / sin artillería ni descarga, / sin tratar de camuflarse, / con buenas tropas y sólidos «carros», / ha obtenido el agradecimiento eterno del mundo. / Su hazaña brilla sobre el océano / mientras Hohenzollern se retuerce de dolor. / Sigue adelante en tu camino victorioso, / bebemos a tu salud, ¡bravo guerrero Byng!* [N. de la T.]

[5] George A. B. Dewar, *Sir Douglas Haig's Command*, Constable, Londres, 1922, volumen I, p. 412.

[6] La cifra de marinos británicos muertos había aumentado a 376 para el mes de noviembre.

[7] Tras la derrota de Turquía, Enver Pasha dirigió un ejército desesperado en Asia central, tratando de recuperar el sentimiento turanio. En 1922 lo mataron en Turquestán durante una escaramuza con los bolcheviques, que establecieron su propio dominio sobre toda la región (que formó parte de la Unión Soviética hasta la caída del comunismo soviético en 1991).

Capítulo XXI. *Las potencias centrales a punto de triunfar*

[1] *Estamos muertos. Hace pocos días / estábamos vivos, sentíamos el amanecer, veíamos el resplandor de la puesta del sol [...]* [N. de la T.]

[2] MacArthur fue después comandante en jefe de todas las tropas estadounidenses y filipinas en el Lejano Oriente (1941) y comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el sureste del Pacífico (1942-1945). El dos de septiembre de 1945, aceptó la rendición de Japón, del cual se convirtió entonces en comandante aliado (1945-1951). De 1950 a 1951, fue comandante de las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea.

3 «Mi compatriota Jesucristo.» En septiembre de 1917, Romain Rolland había escrito en su diario: «Cabe destacar que Einstein es judío, lo cual explica la internacionalización de su postura y la causticidad de sus críticas.»

[4] Eso se debió a la insistencia de la delegación turca en Brest-Litovsk, encabezada por Talaat Pasha, uno de los líderes del joven movimiento turco de preguerra, que después de la guerra huyó a Alemania, donde fue asesinado en Berlín por un armenio en 1921.

[5] El conde Skrynski, que había ingresado en el servicio diplomático austrohúngaro en 1906, fue tres veces ministro de Asuntos Exteriores de la Polonia de entreguerras y primer ministro de Polonia desde noviembre de 1925 hasta marzo de 1926.

[6] *[...] llegó la muerte volando por los aires / y detuvo el vuelo en la escalera del refugio subterráneo, / tocó a sus presas / y allí las dejó, / arcilla convertida en arcilla. / Ocultó a hurtadillas los cuerpos / en el suelo de la tierra que pretendían liberar / y huyó.* [N. de la T.]

Capítulo XXII. *La última gran arremetida alemana*

[1] *Las urracas de Picardía / son más de lo que puedo decir. / Descienden sobre las carreteras polvorientas / y echan un hechizo mágico / sobre los hombres que marchan por Picardía, / de Picardía al infierno.* [N. de la T.]

[2] *Fuegos opalinos en el cielo occidental / (porque lo que está escrito así ha de ser), / y llega zumbando una bala, gimiendo, / hasta el corazón de un centinela que está cerca de mí.*

Porque algunos se marchan pronto y otros, tarde / (un grito moribundo en el aire nocturno). / Y, ¿quién cree en el destino / cuando sale un alma al resplandor crepuscular? [N. de la T.]

3 *Piedras apiladas y un cartel carbonizado que indica / con la hierba entremedias y los muertos debajo / y algún pájaro canta, mientras el espíritu alza el vuelo. / Y así es la vida en Francia.* [N. de la T.]

[4] La fama del Barón Rojo no sólo entró en la historia, sino también en la lengua. Cuando, el 11 de enero de 1994, *The Times* tuvo que informar sobre una propuesta del gobierno para suprimir, por motivos económicos, un avión de la Fuerza Aérea británica destinado a la investigación meteorológica, conocido como «Snoopy», lo tituló: «Es posible que el Snoopy de la Fuerza Aérea británica se haya topado con su Barón Rojo.»

Capítulo XXIII. *«La batalla, la batalla es lo único que cuenta»*

[1] Veinticinco años después, los nazis recluyeron en Theresienstadt a ciento cuarenta mil judíos alemanes, austríacos y checos. Alrededor de treinta y tres mil murieron allí de malnutrición y enfermedades y ochenta y ocho mil fueron deportados a Auschwitz y a otros campos de la muerte, donde fueron asesinados. Uno de los que fueron recluidos en Theresienstadt en 1942 y deportados a Auschwitz en 1944, donde murió, fue el doctor Levit (que entre las guerras había sido catedrático de medicina militar). Aunque pertenecía a la segunda generación de cristianos, según la definición de raza que daban los nazis eso no pudo salvarlo.

[2] El gobierno yugoslavo posterior a 1945 colocó una placa a la entrada de la celda en la que estuvo recluido Princip, en la cual, hasta el día de hoy, el visitante puede ver sus cadenas.

[3] Groener fue después ministro del Ejército y, más adelante, ministro del Interior, con Weimar. Fue él quien, en 1919, convenció a la nueva República de Weimar para conservar el ejército de una forma que le permitiera expandirse, llegado el momento.

[4] Arquímedes, ciudadano de Siracusa, había estado dibujando círculos en la arena, a las afueras de Cartago, como parte de una lección de geometría, cuando un soldado romano del ejército conquistador se encontró con él y le ordenó que lo dejara. Él se negó y dijo: «No toques mis círculos»; entonces el soldado lo mató, desobedeciendo una orden previa del general romano de perdonarle la vida. La frase ha pasado a la historia en el sentido de «No te metas con mi trabajo».

[5] Van Zeeland fue primer ministro de Bélgica de 1935 a 1937. Pasó la segunda guerra mundial en Inglaterra. Como ministro belga de Asuntos Exteriores, de 1949 a 1954, fue una figura fundamental en los movimientos hacia la unidad europea.

[6] Fue una contribución por la cual Gran Bretaña había presentado factura: 757 millones de libras esterlinas en total; pero, cuando llegaron al poder, Lenin y los bolcheviques habían repudiado todas las deudas zaristas y las del gobierno provisional.

[7] Dos hijos del comandante Cartland (uno de ellos parlamentario) murieron combatiendo en el frente occidental, con un día de diferencia, durante la retirada a Dunkerque. Su hija, Barbara Cartland, llegó a ser una novelista prolífica.

[8] Huebner subió en el escalafón hasta llegar a general de división y fue comandante de la 1.ª División de Infantería estadounidense en Sicilia, Normandía y el norte de Europa. «No tengo un grato recuerdo de él», comentó mi corrector de pruebas en Estados Unidos, al llegar a este punto del manuscrito.

[9] Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p. 127. Los soldados alemanes solían gritar *«Kamerad»* cuando querían rendirse. No quería decir otra cosa que «camarada», pero muchos soldados británicos y estadounidenses creían que así se decía en alemán «me rindo».

[10] General Hunter Liggett, *AEF: Ten Years Ago in France*, Nueva York, 1928.

Capítulo XXIV. *El contraataque aliado*

[1] *Ponlo al sol, / con suavidad su contacto lo despertó una vez, / en casa, con el rumor de los campos sin sembrar. / Siempre lo despertaba, incluso en Francia, / hasta esta mañana y esta nieve. / Si algo pudiera despertarlo ahora / el viejo sol lo sabría.*

Piensa que despierta las semillas, / despertó, una vez, las arcillas de una estrella fría. / ¿Cuesta tanto despertar las extremidades, que tanto cuesta conseguir, a los costados, / con todos sus nervios, tibios aún? / ¿Para esto se levantó la arcilla? / Oh, ¿qué hizo trabajar a los fatuos rayos de sol / para interrumpir el sueño de la tierra? [N. de la T.]

[2] Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p. 141. El titular del artículo del periódico ponía: «Enfermera de guerra narra el encuentro entre un infante de marina mutilado y "Black Jack".»

[3] Hamilton Fish desempeñó más adelante un papel destacado en la fundación de la Legión Estadounidense y en el establecimiento de la tumba estadounidense al soldado desconocido. En el período de entreguerras, fue defensor de grupos minoritarios. Detestaba el comunismo y, en vísperas de la guerra de 1939, insistió en que se podía confiar en Hitler. En 1941, se opuso con energía a que Estados Unidos interviniera en la segunda guerra mundial. Murió en 1991, a la edad de ciento dos años.

[4] La cifra total de soldados estadounidenses que murieron en acción en 1917 y 1918 asciende a 48.909, mientras que más de sesenta y dos mil murieron de gripe.

[5] Hemingway escribió después su propia versión del episodio en su novela *Adiós a las armas.*

[6] Por una explosión accidental que tuvo lugar ese mes, el doce de julio, en la bahía de Tokuyama, estalló el acorazado japonés *Kawachi*, de 21.900 toneladas. Murieron setecientos de los que estaban a bordo. Dos días después, el 14 de julio (el día de la toma de la Bastilla), se ahogaron 442 marinos y soldados franceses en el Mediterráneo, frente a las costas de Cirenaica, cuando un submarino alemán torpedeó el transporte de tropas *Djemnah.*

[7] *Ciencia de los siglos, las sumas artes de la humanidad, / degradada y prostituida, que el Poder tenga que ponerse a la vanguardia, / mientras el Imperio, la Justicia y la Libertad duermen. / Entonces, químicos, estudiantes y artesanos respondieron a la llamada del Deber; / nuestras armas, nuestras artes, nuestros gases tóxicos / consiguieron la Libertad para todos.* [N. de la T.]

[8] Como consecuencia de una información previa similar, proporcionada por el Servicio Secreto de Transmisiones británico (Ultra) en 1943, los rusos pudieron bombardear las posiciones alemanas próximas a Kursk varias horas antes del comienzo de la tercera gran ofensiva alemana de la segunda guerra mundial.

[9] Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, p. 156.

[10] En realidad, Sargent había nacido en Florencia, de padres estadounidenses. En enero de 1915, había devuelto a Alemania una de las condecoraciones que hasta ese momento más había apreciado, la orden prusiana *Pour le Mérite.*

[11] La Cruz de la Victoria casi siempre se obtiene por un acto de valor concreto. En la segunda guerra mundial, otro aviador, Leonard Cheshire, obtuvo la Cruz de la Victoria, como Mannock, por una serie de acciones durante un período. En el caso de Cheshire, se la concedieron por su liderazgo.

[12] Además de MacArthur, otros estadounidenses que participaron en esa contraofensiva fueron William J. Donovan (que en la segunda guerra mundial fue jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, la OSS) y otro de los hijos de Theodore Roosevelt, Theodore Roosevelt hijo (que en 1944, en Normandía, sería el único general que desembarcó con la primera oleada de tropas estadounidenses, el día D). También estuvo presente en el sector estadounidense Pierre Teilhard de Chardin, nacido en Francia, que llegó a ser un distinguido antropólogo y filósofo jesuita; prestaba servicio como camillero y obtuvo la *Legión d'Honneur* por su valor en el frente.

[13] Parece que Guttman emigró a Canadá cuando Hitler llegó al poder.

[14] Ted Morgan, *FDR, A Biography*, Simon and Schuster, Nueva York, 1985, p. 197.

[15] En 1921, Roosevelt sufrió un ataque de poliomielitis. Desde 1929 hasta 1933, fue gobernador del estado de Nueva York y, desde 1933 hasta su muerte, en 1945, presidente de Estados Unidos.

[16] En 1944, Leckie, que entonces era mariscal de la Fuerza Aérea, sirvió como jefe del Estado Mayor de la Aviación de la Fuerza Aérea canadiense.

[17] Estados Unidos no reconoció al Consejo Nacional Checoslovaco hasta septiembre. Aunque el Consejo tenía su base en París, el reconocimiento francés de Checoslovaquia se retrasó hasta octubre.

[18] West hablaba con William Newton Dunn, un miembro conservador del Parlamento Europeo, y con el biógrafo del teniente general sir Trafford Leigh-Mallory, que había sido jefe del Escuadrón de Cooperación del Ejército en 1918. West, que después fue agregado de la Fuerza Aérea británica en Finlandia, me escribió en 1963 acerca de la determinación de los finlandeses, antes de la segunda guerra mundial, de defenderse contra Rusia: «Los finlandeses estaban dispuestos a luchar y morir detrás de cada árbol.» West había obtenido su Cruz de la Victoria un año después de que Finlandia obtuviera la independencia de Rusia.

Capítulo XXV. *Cambia la situación*

[1] Duff Cooper tenía entonces dieciocho años. En 1938, siendo Primer Lord del Almirantazgo en el gabinete de Neville Chamberlain, presentó la renuncia en señal de protesta contra el Acuerdo de Munich. Durante los primeros años de la administración de guerra de Churchill, fue ministro de Información. En 1944, después de actuar como representante británico ante el Comité Francés de Liberación Nacional, fue embajador británico en Francia.

[2] *Cuando haya acabado la última gran caminata / y se haya llenado la última gran trinchera, / cogeré una barca que me lleve a Dover, / lejos de tanto barullo; / haré un viaje a Mendip, / para ver las colinas de Wiltshire, / y entonces sumergiré toda mi alma / en una paz que ningún problema ahoga. / Lejos del fragor de la batalla, / lejos de bombas y proyectiles, / yaceré donde el ganado pace / o arranca las campanillas púrpuras; / me tumbaré en medio del brezo / y contemplaré la llanura distante / durante todo el clima estival / y no volveré a combatir nunca más.* [N. de la T.]

[3] Como comandante de un carro de combate en la segunda guerra mundial, Patton

consiguió altos honores en la batalla en Túnez y en Sicilia. En 1944, fue comandante del Tercer Ejército de Estados Unidos, que avanzó desde Bretaña, rodeó París, siguió a lo largo del Marne, atravesó la región en la que había combatido en 1918, cruzó el Rin, el norte de Baviera y entró en Checoslovaquia. De mayo a octubre de 1945, fue gobernador militar de Baviera. Murió cuando su limusina Cadillac de 1938 chocó contra un camión militar, en diciembre de 1945.

4 H. S. Gullett y Chas Barrett, *Australia in Palestine*, Angus y Robertson, Sydney, 1919, p. 36.

5 Ese mismo día, en el frente de Salónica, más de setecientas tropas búlgaras murieron al ser atacadas, también, por la Fuerza Aérea británica, cuando trataban de huir otra vez a Bulgaria, a través del desfiladero de Kosturino.

6 Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p. 195.

7 En 1948, Truman fue elegido presidente de Estados Unidos, cargo al que había accedido (como vicepresidente) a la muerte de Roosevelt, en 1945.

8 H. S. Gullett y Chas Barrett, *Australia in Palestine*, Angus and Robertson, Sydney, 1919, p. 47.

9 John W. Wheeler-Bennett, *Hindeburg, The Wooden Titan*, Macmillan, Londres, 1936, p. 168.

Capítulo XXVI. *La caída de las potencias centrales*

1 Stanley Olson, *John Singer Sargent*, Macmillan, Londres, 1986, p. 261. Tonks pintó dos cuadros en esa ocasión: «Un dispensario subterráneo en Arras» y «Un dispensario de avanzada en Francia» (que incluye una fila de hombres que han quedado ciegos por los efectos del gas mostaza, posiblemente una de las filas que aparecen en la pintura de Sargent). Las dos pinturas de Tonks están en el Imperial War Museum, al igual que la de Sargent.

2 En Lublin, la Unión Soviética estableció, en junio de 1944, el Comité Polaco de Liberación Nacional, dominado por los comunistas (conocido como los «polacos de Lublin»), que los aliados occidentales rechazaron como futuro gobierno de Polonia, pero que, al final de la guerra, se vieron obligados a aceptar.

3 Veintidós años después, Brooke, que entonces comandaba un ejército, estuvo en el mismo lugar, durante el rápido avance alemán hacia Dunkerque. Al releer su comentario de 1918, escribió: «Las piedras no habían hablado. Estábamos al comienzo de la segunda guerra mundial.»

4 *Maldigo al destino que nos ha enviado / una especie torturada, bajando por el torrente de la vida, / con el alma expuesta a las orillas insensatas / y a la oscura caída de la muerte.*

Todo el mundo está húmedo de lágrimas / y deja caer su vida lánguida / por compasión. / Pero la muerte es hermosa en el orgullo: los árboles / son lanzas doradas cuyo valiente balanceo / asedia la tristeza del día. [N. de la T.]

5 Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, p. 214.

[6] El equivalente en 1994 superaría los diez mil millones de libras esterlinas (alrededor de trece mil millones de euros).

[7] Reverendo E. C. Crosse, *The Defeat of Austria as seen by the 7th Division*, pp. 25-26.

[8] Como Kemal, Nuri era egresado de la Escuela de Estado Mayor de Constantinopla. En 1922, fue ministro de Defensa del gobierno de Irak y, después de 1930, fue primer ministro de Irak varias veces. Probritánico y anticomunista, fue asesinado por el populacho en 1958.

[9] EN RECUERDO DE LOS VALIENTES CAMARADAS. [N. de la T.]

[10] Eslovaquia conseguiría su propia condición de estado soberano en dos ocasiones, en el siglo XX: de 1939 a 1945, como sátrapa de la Alemania nazi, y el 1 de enero de 1993, cuando se separó del estado checoslovaco posterior a 1945, después de la caída del comunismo.

[11] En 1919, Rutenia se incorporó a Checoslovaquia; en 1939, la anexionó Hungría; en 1944, la anexionó la Unión Soviética; en 1991, llegó a ser el extremo más occidental de la Ucrania independiente. Todavía no ha conseguido su propia independencia (en mayo de 1994).

[12] Dalton, que entonces era teniente de artillería, llegó a ser un destacado político laborista, miembro del gabinete de guerra de Churchill durante la segunda guerra mundial y ministro de Economía en el gobierno laborista posterior a 1945.

[13] *Las voces de los muchachos estaban junto al río, / el sueño los mimaba y dejaba el crepúsculo entristecido. / La sombra del mañana pesaba sobre los hombres.* [N. de la T.]

[14] *¿La vida renovará / estos cuerpos? / De una verdad / anulará toda la muerte.* [N. de la T.]

Capítulo XXVII. *El armisticio final*

[1] *«Der Fahneneid ist jetz nur eine Idee.»*

[2] El comandante del *UB-50*, el capitán Kukat, era famoso por haber aceptado dos jóvenes camellos como regalo de la tribu de los senussi, en Libia, en 1916, y por transportarlos en la sala de minas de su submarino a través del Mediterráneo, hasta el puerto austríaco de Pola, de cuyo zoo llegaron a ser los animales que más llamaban la atención.

[3] Donald Smythe, *Pershing, General of the Armies*, p. 232.

[4] John Buchan, *The King's Grace*, Hodder and Stoughton, Londres, 1935, p. 203.

[5] Shirer llegaría a ser, como periodista, testigo presencial del triunfo del nazismo en Alemania y posteriormente escribiría una historia al respecto: *The Rise and Fall of the Third Reich*. Murió en 1993, a los ochenta y nueve años.

[6] *Ha habido años de Pasión —abrasadores, fríos, / y mucha Desesperación, y la Ira subiendo a lo alto, / el Cuidado vigilando blancamente, los Pesares diversos, / entre los jóvenes, entre los débiles y los ancianos, / y el pensativo Espíritu de la Piedad susurraba: «¿Por qué?»*

Los hombres no se habían detenido a responder. Los enemigos consternados / perfo-

raron a los pueblos disminuidos en una ceguera casi animal, / las filosofías que los sabios habían enseñado hacía tiempo, / y el Desinterés, eran como un pensamiento desconocido, / y «¡Mierda!» y «¡Proyectil!» se ladraban con Tierno Afecto.

***

Se hizo la calma. Destiló del cielo una clemencia; / hubo paz en la tierra y silencio en el cielo; / algunos pudieron, otros no, sacudirse la miseria: / el Espíritu Siniestro dijo con sorna: «¡Tenía que ser!» / y una vez más el Espíritu de la Piedad susurró: «¿Por qué?» [N. de la T.]

Capítulo XXVIII. *La paz y el recuerdo*

[1] Unida otra vez bajo el gobierno comunista en 1945, Yugoslavia se dividió en 1991 en las partes que la componían, cuando Croacia volvió a declarar la independencia, seguida de Eslovenia, Bosnia y Macedonia.

[2] Estuve en Lvov en octubre de 1991, el día en que se cambiaron los nombres de las calles en esa ciudad, que entonces formaba parte de Ucrania, y vi cómo quitaban las placas de la «Calle Rosa Luxemburg» y las sustituían por las de la «Calle de la Catedral».

[3] Una de las placas murales más insólitas de Londres es una que está puesta en el edificio que ocupa el lugar donde estaba el Hotel Carlton (en la parte baja del Haymarket), que recuerda que allí trabajó Ho Chi Minh. En sus tiempos, el hotel era uno de los lugares favoritos para comer de David Lloyd George y Winston Churchill. Fue destruido por una bomba alemana durante la segunda guerra mundial.

[4] *¿Ya lo has olvidado? / Baja la cabeza y jura por los caídos en la guerra que no te olvidarás jamás.*

¿Te acuerdas de los meses oscuros en que defendiste el sector en Mametz, / las noches en que vigilaste y alambraste y cavaste y apilaste sacos sobre los parapetos? / ¿Te acuerdas de las ratas y del hedor / de los cadáveres pudriéndose delante de la trinchera de la línea del frente / y la llegada del amanecer, blanco sucio, y el frío de la lluvia desesperada? / ¿Alguna vez te paras a pensar si todo eso volverá a ocurrir otra vez?

¿Te acuerdas de la hora de estruendo antes del ataque / y de la rabia, la ciega compasión que se apoderaba de ti entonces y te sacudía, / al mirar los rostros condenados y demacrados de tus hombres? / ¿Te acuerdas de cómo se tambaleaban los heridos que hay que transportar en camillas, / con los ojos moribundos y la cabeza colgando, esas máscaras gris ceniza / de los chavales que en otro tiempo eran entusiastas y amables y alegres?

¿Ya lo has olvidado? [...] / Levanta la cabeza y jura por el verde de la primavera que no olvidarás jamás. [N. de la T.]

[5] Las «principales potencias aliadas» eran Estados Unidos, el imperio británico, Francia, Italia y Japón. Las «potencias asociadas» estaban encabezadas por Bélgica, Portugal y Rumania. El resto, cada una de las cuales había declarado la guerra a Alemania, eran: Bolivia, Brasil, China, Cuba, Ecuador, Grecia, Guatemala, Haití, Hedjaz, Honduras, Liberia, Nicaragua, Panamá, Perú, Polonia, el estado serbio-croata-esloveno (Yugoslavia), Siam, Checoslovaquia y Uruguay.

[6] *Fueron nuestros hijos los que murieron por nuestras tierras. / Eran caros a nuestros*

ojos. / Sólo nos queda el recuerdo de su hogar, / dichos y risas que atesoramos. / El precio de nuestra pérdida se nos pagará en mano, / no más adelante. / Es nuestro derecho. [N. de la T.]

[7] En su forma polaca, Kraków y Lwów.

[8] *Porque esto se alzará en nuestro mercado, / ¿quién venderá, quién comprará / (Tú o yo / nos mentiremos mutuamente con más gracia)? / Mirando a la cara de cada puta y cada charlatán atareados / mientras negocian está el rostro / de Dios: y algún rostro joven, lastimero, asesinado.* [N. de la T.]

[9] *Saúl ha matado a miles / pero David, a decenas de miles.* [N. de la T.]

[10] Harold Nicolson, *Peacemaking*, Constable, Londres, 1933, p. 207.

Capítulo XXIX. *Secuelas: «... en memoria de esa gran compañía»*

[1] Aunque no al sufrimiento humano: después del hambre, en Ucrania vinieron las purgas de Stalin y el asesinato y la deportación a Siberia de millones de rusos.

[2] George L. Mosse, *Fallen Soldiers*, Oxford University Press, Oxford, 1990, p. 97.

[3] Esos leones se encuentran ahora en Canberra, Australia.

[4] *Sin novedad en el frente* fue una de las primeras películas sonoras y, según el historiador cinematográfico Barry Norman, la primera gran película antibélica. Fue dirigida por Lewis Milestone y «no hace ninguna concesión a las exigencias del público de que tuviese un final feliz; ni falta que hacía, porque en definitiva la guerra no tiene un final feliz. [...] La última toma, en la que se ve a un soldado que estira el brazo para tocar una mariposa tan sólo un segundo antes de ser herido mortalmente por una bala enemiga, sigue siendo uno de los momentos más impresionantes e inolvidables de la historia del cine». La película obtuvo dos Oscar: a la mejor película y al mejor director. Su protagonista, Lew Ayres, fue objetor de conciencia en la segunda guerra mundial.

[5] Los cementerios en Francia son los de Aisne-Marne (en Belleau), los campos de Flandes (Waregem), Mosa-Argonne (Romagne), Oise-Aisne (Fère-en-Tardenois), Somme (Bony) y Saint-Mihiel (Thiaucourt). El de Gran Bretaña se encuentra en Brookwood, donde están enterrados 468 militares estadounidenses que murieron en Gran Bretaña; la mayoría de ellos habían sido heridos de gravedad y los habían trasladado a Gran Bretaña, donde murieron como consecuencia de sus heridas, algunos de ellos en 1919 y 1920.

[6] A uno de los dos hijos del conde De La Warr, Thomas Sackville, lo dieron por desaparecido, se supone que muerto, en las operaciones aéreas que tuvieron lugar en 1943, a los veinte años.

[7] *El querido hijo de Ann Barber / Su padre murió en combate / 1918 está enterrado en Condé / te recordamos* [N. de la T.]

Bibliografía

La inmensa cantidad de los libros publicados sobre la primera guerra mundial constituye un desafío para la capacidad lectora de cualquier individuo. En su breve estudio sobre Gran Bretaña y los orígenes de la primera guerra mundial, publicado por primera vez en 1977, Zara Steiner enumeraba 335 libros sólo sobre la política británica. Se podría compaginar una lista similar para cada uno de los países beligerantes. Inmediatamente después de 1918, las diversas potencias que intervinieron en la guerra publicaron varios centenares de volúmenes de documentos diplomáticos, también restringidos a los orígenes de la guerra. Otros volúmenes han complementado esos trabajos oficiales con más material todavía, que en algunos casos los autores oficiales habían suprimido, a veces lo habían pasado por alto o incluso les era desconocido.

Decenas de miles de volúmenes abarcan las campañas, las batallas, las políticas bélicas, las estrategias y las acciones individuales de los combatientes, en tierra, en el mar o en el aire y detrás de las líneas. En un artículo de Martin van Creveld, de treinta y dos páginas, sobre los problemas ferroviarios que tuvieron que enfrentar los alemanes en el frente occidental en los dos primeros meses de la guerra, se mencionan cincuenta y ocho trabajos especializados. El estudio de Alan Palmer sobre el frente de Salónica, de 243 páginas, contiene ciento cuarenta libros en su bibliografía. La biografía del general Pershing escrita por Donald Smythe, de 399 páginas, con sus referencias detalladas al ejército estadounidense en Francia en 1917 y 1918, menciona más de quinientas publicaciones sobre el tema. Cada uno de los seis libros de Lyn Macdonald sobre testigos presenciales, incluido el que trata de las bajas en la línea del frente y de los que se esforzaban por salvarlos, contiene varios centenares de entrevistas y de testi-

monios contemporáneos. Desde el punto de vista bibliográfico, intentar escribir la historia de la guerra en un solo volumen supone no sólo tratar de escalar el Everest sino también el Pelión y el Osa.*

En esta bibliografía, sólo he incluido aquellos libros cuyo material objetivo y documental ha tenido importancia durante la preparación de este libro. Representa, como no puede ser de otra manera en una bibliografía así, una elección personal y a menudo aleatoria. Por cada página que he escrito, debo de haber leído y haberme aprovechado de varios cientos, tal vez incluso de miles de páginas escritas por otros. Agradezco a sus autores por el conocimiento y el estímulo que me han brindado, por sus propios recuerdos de la guerra y por el material de archivo que han reunido en el trascurso de sus propias investigaciones.

ANDREW, CHRISTOPHER, *Her Majesty's Secret Service, The Making of the British Intelligence Community*, Viking, Nueva York, 1986.

ANDREWS, C. F. (editor), *Mahatma Gandhi: His Own Story*, Allen and Unwin, Londres, 1930.

ANGELL, NORMAN, *The Great Illusion*, Heinemann, Londres, 1909.

——, *Human Nature and the Peace Problem*, W. Collins, Londres, 1925.

ARMSTRONG, H. C., *Grey Wolf, Mustafa Kemal, An Intimate Study of a Dictator*, Penguin, Londres, 1937.

ASH, BERNARD, *The Lost Dictator, A Biography of Field Marshal Sir Henry Wilson*, Cassell, Londres, 1968.

ASPINALL-OGLANDER, general de brigada, *Military Operations, Gallipoli*, dos volúmenes, William Heinemann, Londres, 1932.

ASPREY, ROBERT B., *The German High Command at War, Hindenburg and Ludendorff and the First World War*, William Morrow, Nueva York, 1991.

ASTON, general de división sir George, *The Biography of the Late Marshall Foch*, Hutchinson, Londres, 1929.

ATTLEE, C. R., *As It Happened*, William Heinemann, Londres, 1954.

AUDOUIN-ROUZEAU, STÉPHANIE, *National Sentiment and Trench Journalism in France during the First World War*, Berg, Oxford, 1992.

* El Pelión es un macizo montañoso situado en el este de Tesalia. Según la mitología griega, los titanes elevaron el monte Osa y lo colocaron encima del Pelión para poder escalar hasta el Olimpo y destronar a Zeus: «una empresa agotadora —según *The Nutall Encyclopaedia*— que no tuvo éxito».

BABINGTON, ANTHONY, *For the Sake of Example, Capital Courts-Martial 1914-1920,* Leo Cooper, Londres, 1983.

BAEDEKER, KARL, *Paris, Handbook for Travellers,* T. Fisher Unwin, Londres, 1900.

——, *Berlin and its Environs, Handbook for Travellers,* T. Fisher Unwin, Londres, 1912.

BAKER, CARLOS, *Ernest Hemingway Selected Letters 1917-1961,* Scribners, Nueva York, 1981.

BAILEY, THOMAS A. y PAUL B. RYAN, *The Lusitania Disaster, An Episode in Modern Warfare and Diplomacy,* Collier Macmillan, Londres, 1975.

BAIRNSFATHER, BRUCE, *Bullets & Billets,* Grant Richards, Londres, 1916.

BARKER, A. J., *The Neglected War, Mesopotamia 1914-1918,* Faber and Faber, Londres, 1967.

BARNES, B. S., *This Righteous War,* Richard Netherwood, Huddersfield, 1990.

BARNETT, CORRELLI, *The Swordbearers: Supreme Command in the First World War*, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1964.

BARRIE, ALEXANDER, *War Underground,* Frederick Muller, Londres, 1962.

BEIN, ALEX (editor), *Arthur Ruppin: Memoirs, Diaries, Letters,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971.

BERGHAHN, V. R., *Germany and the Approach of War in 1914,* Macmillan, Londres, 1973.

BERNSTORFF, Conde, *The Memoirs of Count Bernstorff*, William Heinemann, Londres, 1936.

BORASTON, Teniente coronel J. H. (editor), *Sir Douglas Haig's Despatches (diciembre 1915-abril 1919),* J. M. Dent, Londres, 1919.

BORDEAUX, VAHDAH JEANNE, *Benito Mussolini, The Man,* Hutchinson, Londres, 1927.

BORDEN, HENRY (editor), *Robert Laird Borden: His Memoirs*, dos volúmenes, Macmillan, Toronto, 1938.

BORENIUS, TANCRED, *Field-Marshal Mannerheim,* Hutchinson, Londres, 1940.

BORG, ALAN, *War Memorials from Antiquity to the Present*, Leo Cooper, Londres, 1991.

BOUSTEAD, HUGH, *The Wind of Morning,* Chatto and Windus, Londres, 1971.

BRITTAIN, VERA, *Testament of Youth, An Autobiographical Study of the Years 1900-1925,* Victor Gollancz, Londres, 1933.

——, *Testament of Friendship, The Story of Winifred Holtby,* Macmillan, Londres, 1940.

BROWNE, Capitán D. G., *The Tank in Action,* William Blackwood, Londres, 1920.

BRYANT, JULIUS, *The Iveagh Bequest, Kenwood,* English Historic House Museums Trust, Londres, 1990.

BUCHAN, JOHN, *The King's Grace, 1910-1935,* Hodder and Stoughton, Londres, 1935.

BUCHANAN, MERIEL, *Petrograd, The City of Trouble, 1914-1918,* W. Collins, Londres, 1918.

CALLAGHAN, JAMES, *Time and Chance,* Collins, Londres, 1987.

CARPENTER, Capitán A. F. B., (Cruz de la Victoria), *The Blocking of Zeebrugge,* Herbert Jenkins, Londres, 1923.

CARSTAIRS, CARROLL, *A Generation Missing,* William Heinemann, Londres, 1930.

CARSTEN, F. L., *War Against War, British and German Radical Movements in the First World War,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1982.

CEADEL, MARTIN, *Pacifism in Britain 1914-1945, The Defining of a Faith,* Clarendon Press, Oxford, 1980.

CHAMBERLAIN, NEVILLE, *Norman Chamberlain: A Memoir,* John Murray, Londres, 1923.

CHAMBERLIN, WILLIAM HENRY, *The Russian Revolution 1917-1921,* dos volúmenes, Macmillan, Nueva York, 1935.

CHARLTON, PETER, *Australians on the Somme, Pozières 1916,* Leo Cooper, Londres, 1986.

CHURCHILL, WINSTON S., *The World Crisis,* 5 volúmenes, Thornton Butterworth, Londres, 1923-1931.

CLARK, ALAN, *The Donkeys,* Hutchinson, Londres, 1961.

CLAYTON, ANN, *Chavasse, Double VC,* Leo Cooper, Londres 1992.

CLEMENCEAU, GEORGES, *Grandeur and Misery of Victory,* George G. Harrap, Londres, 1930.

COCKER, MARK, *Richard Meinertzhagen, Soldier, Scientist and Spy,* Secker and Warburg, Londres, 1989.

COCKS, F. SEYMOUR, *The Secret Treaties and Understandings, Text of the Available Documents,* Union of Democratic Control, Londres, 1918.

CODEVILLE, Coronel, *Armistice 1918, The Signing of the Armistice in the Forest Glade of Compiègne*, Friends of the Armistice of Compiègne, sin fecha.

COFFMAN, EDWARD M., *The War To End All Wars, The American Military Experience in World War I,* Oxford University Press, Nueva York, 1968.

COHEN, ISRAEL, *The Ruhleben Prison Camp, a record of nineteen months' internment,* Methuen, Londres, 1917.

COOLIDGE, JOHN GARDNER, *A War Diary in Paris, 1914-1917,* The Riverside Press, Cambridge Massachusetts, 1931.

COOMBS, ROSE E. B., *Before Endeavours Fade, A Guide to the Battlefields of the First World War,* Battle of Britain Prints International, Londres, 1986.

COOPER, BRYAN, *The Ironclads of Cambrai,* Souvenir Press, Londres, 1967.

CRAIG, GORDON A., *The Politics of the Prussian Army 1640-1945,* Clarendon Press, Oxford, 1955.

CREFELD, MARTIN VAN, *Supplying War, Logistics from Wallenstein to Patton,* Cambridge Universisty Press, Cambridge, 1977.

CROSSE, Reverendo E. C., *The Defeat of Austria as seen by the 7th Division*, H. F. W. Deane, Londres, 1919.

CUNLIFFE-OWEN, BETTY, *Thro' Gates of Memory, From the Bosphorus to Baghdad,* Hutchinson, Londres, 1924.

D'ABERNON, Vizcondesa, *Red Cross and Berlin Embassy 1915-1926,* John Murray, Londres, 1946.

DALTON, HUGH, *With British Guns in Italy, A Tribute to Italian Achievement,* Methuen, Londres, 1919.

DAVIES, NORMAN, *God's Playground, A History of Poland,* 2 volúmenes, Clarendon Press, Oxford, 1981.

DAY LEWIS, C. (editor), *The Collected Poems of Wilfred Owen,* Chatto and Windus, Londres, 1963.

DEAKIN, F. W. y G. R. STORRY, *The case of Richard Sorge,* Chatto and Windus, Londres, 1966.

DEUTSCHER, I., *Stalin, A Political Biography,* Oxford University Press, Londres, 1949.

DEWAR, GEORGE A. B., *The Great Munition Feat 1914-1918,* Constable, Londres, 1921.

—, con la colaboración del Teniente Coronel J. H. Boraston, C.B., *Sir Douglas Haig's Command, December 19, 1915, To November 11, 1918,* 2 volúmenes, Constable, Londres, 1922.

DUNN, BILL NEWTON, *Big Wing, The biography of Air Chief Marshal Sir Trafford Leigh-Mallory, KCB, DSO and Bar,* Airlife Publishing, Shewsbury, 1992.

EDEN, ANTHONY, Conde de Avon, *Another World, 1897-1917,* Allen Lane, Londres, 1976.

EDMONDS, General de brigada J. E., *Military Operations, France and Belgium,* 11 volúmenes, con portamapas, Macmillan, Londres, 1926-1947.

ELCOCK, HOWARD, *Portrait of a Decision, The Council of Four and the Treaty of Versailles,* Eyre Methuen, Londres, 1972.

ELLIOT, VIVIAN (editora), *Dear Mr Shaw, Selections from Bernard Shaw's Postbag,* Bloomsbury, Londres, 1987.

ENGEL, ANITA, *The Nili Spies,* Hogarth Press, Londres, 1959.

FALLS, CYRIL, *Was Germany Defeated in 1918?,* Oxford Univerty Press, Londres, 1940.

FARMBOROUGH, FLORENCE, *Nurses at the Russian Front, A Diary 1914-1918,* Constable, Londres, 1974.

FARRAR-HOCKLEY, ANTHONY, *Death of an Army*, Arthur Baker, Londres, 1967.

FENN, CHARLES, *Ho Chi Minh, a biographical introduction,* Studio Vista, Londres, 1973.

FERRELL, ROBERT H. (editor), *The Autobiography of Harry S. Truman,* Colorado Associated University Press, Boulder, 1980.

FEST, JOACHIM C., *Hitler,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1974.

FIELD, LESLIE, *Bendor, The Golden Duke of Westminster,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1983

FISH, HAMILTON, *Memoir of an American Patriot,* Regnery Gateway, Washington D.C., 1991.

FISHER, LOUIS, *The Life of Lenin,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1965.

FLOWER, DESMOND, *Fellows in Foolscap, Memoirs of a Publisher,* Robert Hale, Londres, 1991.

FRANKS, NORMAN y H. H. HAUPRICH (editores), *The Red Air Fighter by Manfred von Richthofen,* Greenhill Books, Londres, 1990.

FOX, SIR FRANK, *The Royal Inniskilling Fusiliers in the World War, A Record of the War as seen by The Royal Inniskilling Regiment of Fusiliers, thirteen Battalions of which served*, Constable, Londres, 1928.

FRANCISCO JOSÉ, Príncipe de Hohenzollern, *Emden, My experiences in SMS Emden,* Herbert Jenkins, Londres, 1928.

FRASER, DAVID, *Alanbrooke,* Collins, Londres, 1982.

——, *Knight's Cross, A Life of Field Marshal Erwin Rommel,* HarperCollins, Londres, 1993.

FUSSELL, PAUL, *The Great War and Modern Memory,* Oxford University Press, Londres, 1975.

—— (editor), *The Bloody Game, An Anthology of Modern War,* Scribners, Londres, 1991.

GARDNER, BRIAN (editor), *Up the Line to Death, The War Poets 1914-1918,* Methuen, Londres, 1964.

GATZKE, HANS W., *Germany's Drive to the West (Drang nach Westen), A Study of Germany's Western War Aims during the First World War,* The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1950.

GEISS, IMANUEL (editor), *July 1914, The Outbreak of the First World War: Selected Documents,* B. T. Batsford, Londres, 1967.

GERAGHTY, TONY, *March or Die, France and the Foreign Legion,* Grafton, Londres, 1986.

GERARD, JAMES W., *My Four Years in Germany,* Hodder and Stoughton, Londres, 1917.

—, *Face to Face with Kaiserism,* Hodder and Stoughton, Londres, 1918.

GIBBS, PHILIP, *Realities of War,* William Heinemann, Londres, 1920.

GIBSON, HUGH, *A Journal from our Legation in Belgium,* Doubleday, Page, Nueva York, 1918.

GIBSON, MARY, *Warneford, VC,* The Fleet Air Arm Museum, Yeovilton, 1979.

GILES, JOHN, *Flanders Then and Now, The Ypres Salient and Passchendaele,* Picardy Publishing, Londres, 1979.

GILLON, Capitán STAIR (editor), *The Story of the 29th Division,* Nelson, Londres, 1925.

GOUGH, General sir HUBERT, *Soldiering On,* Arthur Barker, Londres, 1954.

GRANT, ROBERT M., *U-Boat Intelligence 1914-1918,* Putnam, Londres, 1969.

GRAVES, ROBERT, *Goodbye to All That*, Cassell, Londres, 1929 [Ed. cast.: *Adiós a todo eso*, El Aleph, Barcelona, 2002].

GRAY, RANDAL y Christopher Argyle (editores), *Chronicle of the First World War*, volumen I, 1914-1916, Facts on File, Oxford, 1990.

——, *Chronicle of the First World War,* volumen II, 1917-1921, Facts on File, Oxford, 1991.

GREACEN, LAVINIA, *Chink, A Biography* (of Major-General Eric Dorman-Smith), Macmillan, Londres, 1989.

GREY DE FALLODON, Vizconde, *Twenty-Five Years, 1892-1916,* 2 volúmenes, Hodder and Stoughton, Londres, 1926.

GULLETT, H. S., y CHAS BARRETT (editores), *Australia in Palestine*, Angus y Robertson, Sydney, 1919.

HALLIWELL, LESLIE, *Halliwell's Film Guide,* 7ª edición, Grafton Books, Londres, 1989.

HAMMERSON, MICHAEL (editor), *No Easy Hope or Lies, The World War I Letters of Lt Arthur Preston White,* The London Stamp Exchange, Londres, 1991.

HANAK, HARRY, *Great Britain and Austria-Hungary during the First World War,* Oxford University Press, Londres, 1962.

HARDINGE OF PENSHURST, Lord, *Old Diplomacy,* John Murray, Londres, 1947.

HARGRAVE, John, *The Suvla Blay Landing,* Macdonald, Londres, 1964.

HAY, IAN, *Carrying On – After the First Hundred Thousand,* William Blackwood, Londres, 1917.

HERBERT, A. P., *The Secret Battle* (con una introducción de Winston Churchill), Methuen, Londres, 1928.

HIBBERD, DOMINIC, *Wilfred Owen, The Last Year 1917-1918,* Constable, Londres, 1992.

HOEHLING, A. A., *Edith Cavell,* Cassell, Londres, 1958.

HOFFMANN, General de división Max, *War Diaries and other papers,* 2 volúmenes, Martin Secker, Londres, 1929.

HOPKIRK, PETER, *On Secret Service East of Constantinople, The Plot to Bring Down the British Empire,* John Murray, Londres, 1994.

HORNE, ALISTAIR, *The Price of Glory, Verdun 1916*, Macmillan, Londres, 1962.

——, *Macmillan, 1894-1956,* volumen I de la Biografía Oficial, Macmillan, Londres, 1988.

HORNE, CHARLES, F. (redactor jefe), *Source Records of the Great War,* 7 volúmenes, The American Legion, Indianápolis, 1931.

HUDSON, JAMES J., *In Clouds of Glory, American Airmen Who Flew With the British During the Great War,* University of Arkansas Press, Fayetteville, 1990.

HURST, SIDNEY C., *The Silent Cities, an Illustrated Guide to the War Cemeteries and Memorials to the «Missing» in France and Flanders, 1914-1918,* Methuen, Londres, 1929.

IGDEMIR, ULUG (y otros), *Atatürk,* Ankara University Press, Ankara, 1963.

IRONSIDE, General de división sir Edmund, *Tannenberg,* William Blackwood, Londres, 1925.

JABOTINSKY, VLADIMIR, *Turkey and the War,* T. Fisher Unwin, Londres, 1917.

JACKSON, ROBERT, *The Prisoners, 1914-1918,* Routledge, Londres, 1989.

JAMES, D. CLAYTON, *The Years of MacArthur,* volumen I, 1880-1941, Leo Cooper, Londres, 1970.

JAMES, LAWRENCE, *Imperial Warrior, The Life and Times of Field-Marshal Viscount Allenby, 1861-1936,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1993.

JENKINS, ROY, *Mr Attlee, An Interim Biography,* William Heinemann, Londres, 1948.

JONES, NIGEL H., *The War Walk, A Journey along the Western Front,* Robert Hale, Londres, 1983.

JUKES, GEOFFREY, *Carpathian Disaster, Death of an Army,* Pan / Ballantine, Londres, 1973.

KANNENGIESSER PASHA, HANS, *The Campaign in Gallipoli,* Hutchinson, Londres, 1931.

KEE, ROBERT, *The Green Flag,* Londres, volumen II, *The Bold Fenian Men,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1972.

KESSLER, CONDE HARRY, *Walther Rathenau, His Life and Work,* Gerald Howe, Londres, 1929.

KETCHUM, J. DAVIDSON, *Ruhleben, a prison camp society,* Oxford University Press, Londres, 1965.

KETTLE, PROFESOR T. M., *The Ways of War* (con una memoria de su esposa, Mary S. Kettle), Constable, Londres, 1917.

KIPLING, RUDYARD, *The Irish Guards in the Great War,* 2 volúmenes, Macmillan, Londres, 1923.

KIRKPATRICK, SIR IVONE, *Mussolini, Study of a Demagogue,* Odhams, Londres, 1964.

KLUCK, ALEXANDER VON, *The March on Paris and the Battle of the Marne, 1914,* Edward Arnold, Londres, 1920.

KNOX, General de división sir Alfred, *With the Russian Army 1914-1917, being chiefly extracts from the diary of a Military Attaché,* 2 volúmenes, Hutchinson, Londres, 1921.

KOKOSCHKA, OLDA y ALFRED MARNAU (editores), *Oskar Kokoschka Letters 1905-1976,* Thames and Hudson, Londres, 1992.

KOKOSCHKA, OSKAR, *My Life,* Thames and Hudson, Londres, 1974.

LAFFIN, JOHN, *Battlefield Archaeology,* Ian Allan, Londres, 1987.

——, *Brassey's Battles, 3,500 Years of Conflict, Campaigns and Wars from A-Z,* Brassey's Defence Publishers, Londres, 1986.

——, *World War I in Post-cards,* Alan Sutton, Gloucester, 1988.

LEAN, Teniente coronel Francis (fundador), *The Royal Navy List, Special War Supplement,* Witherby, Londres, 1917.

LICHNOWSKY, Príncipe, *Heading for the Abyss, Reminiscences,* Constable, Londres, 1928.

LIDDELL, HART, *Foch, The Man of Orleans,* Eyre and Spottiswoode, Londres, 1931.

LIDDLE, PETER H., *The Soldier's War 1914-1918,* Blandford Press, Londres, 1988.

——, *The 1916 Battle of the Somme, A Reappraisal,* Leo Cooper, Londres, 1992.

LLOYD GEORGE, DAVID, *War Memoirs,* 6 volúmenes, Odhams, Londres, 1933-1936

——, *The Truth About the Peace Treaties,* 2 volúmenes, Victor Gollancz, Londres, 1938.

LOUIS, WM ROGER, *Great Britain and Germany's Lost Colonies 1914-1919,* Clarendon Press, Oxford, 1967.

LUDENDORFF, General, *My War Memories 1914-1918,* 2 volúmenes, Hutchinson, Londres, 1929.

LUDWIG, EMIL, *July 1914,* G. P. Putnam, Londres, 1929.

LYNN, KENNETH S., *Hemingway,* Simon and Schuster, Londres, 1987.
MACARTNEY, C. A., *The Habsburg Empire, 1790-1918,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1968.
MACDONALD, LYN, *The Roses of No Man's Land,* Michael Joseph, Londres, 1980.
——, *1915, The Death of Innocence,* Headline, Londres, 1993.
MACFARLANE, DAVID, *The Danger Tree, Memory, War, and the Search for a Family's Past,* Macfarlane Walter and Ross, Toronto, 1992.
MCGUINNESS, BRIAN, *Wittgenstein, A Life, Young Ludwig, 1889-1921*, Duckworth, Londres, 1988.
MACHRAY, ROBERT, *The Polish-German Problem,* George Allen and Unwin, Londres, 1941.
MACK, LOUISE (Sra. Creed), *A Woman's Experience in the Great War,* T. Fisher Unwin, Londres, 1915.
MACPHERSON, General de división sir W. G. (editor, con otros), *Medical Services, Diseases of the War,* volumen II, *Including the Medical Aspects of Aviation and Gas Warfare, and Gas Poisoning in Tanks and Mines,* His Majesty's Stationery Office, Londres, 1923.
MADDOCKS, GRAHAM, *Liverpool Pals, A History of the 17th, 18th, 19th and 20th (Service) Battalions The King's (Liverpool Regiment) 1914-1919*, Leo Cooper, Londres, 1991.
MARWICK, ARTHUR, *Women at War 1914-1918,* Fontana, Londres, 1977.
MASARYK, Doctor THOMAS GARRIGUE, *The Making of a State, Memories and Observations,* George Allen and Unwin, Londres, 1927.
MASER, WERNER, *Hitler's Letters and Notes,* Heinemann, Londres, 1974.
MAURICE, General de división sir Frederick, *The Life of General Lord Rawlinson of Trent From His Journals and Letters,* Cassell, Londres, 1928.
MAZE, PAUL, *A Frenchman in Khaki,* William Heinemann, Londres, 1934.
MEREWETHER, Teniente coronel J. W. B. y el Honorable sir Frederick Smith, *The Indian Corps in France,* John Murray, Londres, 1917.
Michelin Illustrated Guides to the Battlefields (1914-1918), *The Marne Battlefields (1914),* Michelin, París, 1917.
MIDDLEBROOK, MARTIN, *The First Day on the Somme, 1 July 1916,* Allen Lane, Londres, 1971.

MILL, HUGH ROBERT, *The Life of Sir Ernest Shackleton,* William Heinemann, Londres, 1923.

MILLARD, OSCAR E., *Uncensored: The True Story of the Clandestine Newspaper «La Libre Belgique» Published in Brussels During the German Occupation,* Robert Hale, Londres, 1937.

MILLET, Capitán Philippe, *Comrades in Arms,* Hodder and Stoughton, Londres, 1916.

Ministerio de Información, *Chronology of the War,* 3 volúmenes, Constable, Londres, 1918-1920.

MONTGOMERY OF ALAMEIN, Mariscal de campo Vizconde, *A History of Warfare,* Collins, Londres, 1968.

MOORHOUSE, GEOFFREY, *Hell's Foundations, A Social History of the Town of Bury in the Aftermath of the Gallipoli Campaign,* Hodder and Stoughton, Londres, 1992.

MORGAN, J. H., *German Atrocities, An Official Investigation,* T. Fisher Unwin, Londres, 1916.

MORGAN, TED, *FDR, A Biography*, Simon and Schuster, Nueva York, 1985.

MORRIS, Capitán Joseph, *The German Air Raids on Great Britain 1914-1918,* Sampson Low, Marston, Londres, sin fecha.

MORSE, EDWIN W., *The Vanguard of American Volunteers in the Fighting Lines and in Humanitarian Service, August 1914 – April 1917,* Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1919.

MORTON, DESMOND, *Silent Battle, Canadian Prisoners of War in Germany 1914-1919,* Lester Publishing, Toronto, 1992.

MOSSE, GEORGE L., *Fallen Soldiers, Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Oxford, 1990.

MOUSLEY, Capitán E. O., *The Secrets of a Kuttite, an authentic story of Kut, Adventures in Captivity and Stamboul Intrigue,* John Lane, Londres, 1921.

MUIRHEAD, FINDLAY y MARCEL MONMARCHÉ (editores), *North-Eastern Front,* The Blue Guides, 2ª edición, Macmillan, Londres, 1930.

MULLINS, CLAUD, *The Leipzig Trials,* H. F. & G. Witherby, Londres, 1921.

NATHAN, OTTO y HEINZ NORDEN (editores), *Einstein on Peace,* Shocken Books, Nueva York, 1968.

NEWTON, Lord, *Lord Lansdowne, A Biography,* Macmillan, Londres, 1929.

NICOLSON, HAROLD, *Peacemaking 1919*, Constable, Londres, 1933.

NIEMOLLER, MARTIN, *From U-Boat to Pulpit,* William Hodge, Londres, 1937.

NORMAN, BARRY, *100 Best Films of the Century,* Chapman, Londres, 1992.

NORWICH, Vizconde, *Old Men Forget, the Autobiography of Duff Cooper,* Rupert Hart-Davis, Londres, 1953.

OLSON, STANLEY, *John Singer Sargent, His Portrait,* Macmillan, Londres, 1986.

PADFIELD, PETER, *Himmler, Reichsführer-SS*, Macmillan, Londres, 1990.

——, *Hess, Flight for the Führer*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1991.

PALMER, ALAN, *The Gardeners of Salonika*, Andre Deutsch, Londres, 1965.

——, *The Lands Between, A History of East-Central Europe since the Congress of Vienna,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1970.

——, *The Kaiser, Warlord of the Second Reich*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1978.

——, *Who's Who in Modern History, 1860-1960*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1980.

——, *The East End, Four Centuries of London Life*, John Murray, Londres, 1989.

Parsons, Ian (editor), *The Collected Works of Isaac Rosenberg,* Chatto and Windus, Londres, 1984.

PEACOCK, A. J., *A Second Alternative Guide to the Western Front (From Nieuport to Pfetterhouse)*, Gun Fire, York, sin fecha.

PERSHING, JOHN J., *My Experiences in the World War,* 2 volúmenes, Frederick A. Stokes, Nueva York, 1931.

POWELL, E. ALEXANDER, *Fighting in Flanders,* William Heinemann, Londres, 1914.

POWELL, ANNE (editora), *A Deep Cry, A Literary Pilgrimage to the Battlefields and Cemeteries of First World War British Soldier-Poets Killed in Northern France and Flanders,* Palladour Books, Aberporth, 1993.

PUTKOWSKI, JULIAN y JULIAN SYKES, *Shot at Dawn,* Wharncliffed, Barnsley, 1989.

QUIGLEY, HUGH, *Passchendaele and the Somme, A Diary of 1917,* Methuen, Londres, 1928.

RALEIGH, SIR WALTER y H. A. JONES, *The War in the Air, Being the Story of the Part Played in the Great War by the Royal Air Force,* 6 volúmenes, Oxford University Press, Oxford, 1922-1927.

RANSFORD, OLIVER, *Livingstone's Lake, the Drama of Lake Nyasa,* John Murray, Londres, 1966.

RAWLINSON, A., *The Defence of London 1915-1918,* Andrew Melrose, Londres, 1923.

READ, HERBERT, *Collected Poems,* Faber and Faber, Londres, 1966.

READING, Marqués de, *Rufus Isaacs, First Marquess of Reading,* Hutchinson, 2 volúmenes, Londres, 1945.

REED, JOHN, *The War in Eastern Europe,* Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1916.

REED, SIR STANLEY, *The India I Knew 1897-1947,* Odhams Press, Londres, 1952.

REINHARZ, JEHUDA, *Chaim Weizmann, The Making of a Statesman,* Oxford University Press, Oxford, 1993.

REMARQUE, ERICH MARIA, *All Quiet on the Western Front,* G. P. Putnam's, Londres, 1929. [Ed. cast.: *Sin novedad en el frente,* Edhasa, Barcelona, 1997].

RHEES, RUSH (editor), *Ludwig Wittgenstein, Personal Recollections,* Basil Blackwell, Oxford, 1981.

RHODES JAMES, ROBERT, *Gallipoli,* B. T. Batsford, Londres, 1965.

RICE, K. A. (editor), *Garside's Wars, Memoirs of Bernard Garside,* Hampton School, Hampton Middlesex, 1993.

RICHTER, DONALD, *Chemical Soldiers, British Gas Warfare in World War One,* University Press of Kansas, Lawrence Kansas, 1992.

RIMELL, RAYMOND LAURENCE, *Zeppelin! A Battle for Air Supremacy in World War I,* Conway Maritime Press, Londres, 1984.

ROBBINS, KEITH, *Sir Edward Grey, A Biography of Lord Grey of Fallodon,* Cassell, Londres, 1971.

ROEDER, GEORGE H., hijo, *The Censored War, American Visual Experience During World War Two,* Yale University Press, New Haven, 1993.

ROOSEVELT, THEODORE, *America and the World War,* John Murray, Londres, 1915.

RUBIN, E., *140 Jewish Marshals, Generals & Admirals,* De Vero Books, Londres, 1952.

RUMBOLD, SIR HORACE, *The War Crisis in Berlin, July – August 1914,* Constable, Londres, 1940.

RUTHERFORD, WARD, *The Russian Army in World War I,* Gordon Cremonesi, Londres, 1975.

SASSOON, SIEGFRIED, *Memoirs of an Infantry Officer,* Faber and Faber, Londres, 1930.

SAVAGE, RAYMOND, *Allenby of Armageddon, A Record of the Career and Campaigns of Field-Marshal Viscount Allenby,* Hodder and Stoughton, Londres, 1925.

SCHEER, Almirante, *Germany's High Sea Fleet in the World War,* Cassell, Londres, 1920.

SCOTT, J. D., *Vickers, A History,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1962.

SETON-WATSON, HUGH, *Eastern Europe Between the Wars, 1918-1941*, Cambridge University Press, Cambridge, 1946.

SETON-WATSON, R. W. y otros, *The War and Democracy,* Macmillan, Londres, 1914.

SHACKLETON, SIR ERNEST, *South, The Story of Shackleton's Last Expedition, 1914-1917,* William Heinemann, Londres, 1919.

SCHNEIDER, DOROTHY y CARL J., *Into the Breach: American women overseas in World War I,* Viking, Nueva York, 1991.

SHUKMAN, HAROLD, *Lenin and the Russian Revolution,* B. T. Batsford, Londres, 1966.

——, (editor), *The Blackwell Enciclopedia of the Russian Revolution,* Basil Blackwell, Oxford, 1988.

SIMKINS, PETER, *Kitchener's army, The raising of the New Armies, 1914-1916,* Manchester University Press, Manchester, 1988.

SMITH-DORRIEN, General sir Horace, *Memories of Forty-Eight Years' Service,* John Murray, Londres, 1925.

SMYTHE, DONALD, *Pershing, General of the Armies*, Indiana University Press, Bloomington, 1986.

SOMMER, DUDLEY, *Haldane of Cloan, His Life and Times,* George Allen and Unwin, Londres, 1960.

SPEARS, General de división sir Edward, *Liaison 1914, A Narrative of the Great Retreat,* Eyre and Spottiswoode, Londres, 1930 (reimpreso en 1968).

—, *The Picnic Basket,* Secker and Warburg, Londres, 1967.

STEIN, GERTRUDE, *Wars I Have Seen,* Batsford, Londres, 1945.

STEIN, LEONARD, *The Balfour Declaration,* Vallentine Mitchell, Londres, 1961.

STEINER, ZARA S., *Britain and the Origins of the First World War,* Macmillan, Londres, 1977.

STEVENS, G. R., *A City Goes to War,* Edmonton Regiment Associates, Brampton, Ontario, 1964.

STONE, NORMAN, *The Eastern Front, 1914-1917*; Hodder and Stoughton, Londres, 1975.

——, *Europe Transformed, 1878-1919,* Fontana, Londres, 1983.

STORRS, RONALD, *Orientations,* Nicholson and Watson, Londres, 1937.

SULZBACH, HERBERT, *With the German Guns, Four Years on the Western Front 1914-1918,* Leo Cooper, Londres, 1973.

SUMMERSKILL, MICHAEL, *China on the Western Front, Britain's Chinese Work Force in the First World War,* Michael Summerskill, Londres, 1982.

TAUBER, ELIEZER, *The Arab Movements in World War I,* Frank Cass, Londres, 1993.

TAYLOR, A. J. P., *War By Time-Table, How the First World War began,* Macdonald, Londres, 1969.

TERRAINE, JOHN, *The Smoke and the Fire, Myths & Anti-Myths of War, 1861-1945,* Leo Cooper, Londres, 1980.

The Times History of the War, 20 volúmenes, The Times, Londres, 1914-1919.

THOMAS, LOWELL, *Raiders of the Deep,* William Heinemann, Londres, 1929.

TIRPITZ, Gran almirante Von, *My Memoirs,* 2 volúmenes, Hurst and Blackett, Londres, 1920.

TOLAND, JOHN, *Adolf Hitler,* Doubleday, Garden City, Nueva York, 1976.

TRUMPENER, ULRICH, *Germany and the Ottoman Empire 1914-1918,* Princeton University Press, Princeton New Jersey, 1968.

TUCHMAN, BARBARA W., *August 1914,* Constable, Londres, 1962.

TURNER, JOHN, *British Politics and the Great War, Coalition and Conflict, 1915-1918,* Yale University Press, Londres, 1992.

VINEY, NIGEL, *Images of War, British Art and Artists of World War I,* David and Charles, Newton Abbot, 1991.

WARD PRICE, G., *The Story of the Salonica Army,* Hodder and Stoughton, Londres, 1917.

WARING, L. F., *Serbia,* Williams and Norgate, Londres, 1917.

WASHBURN, STANLEY, *Field Notes from the Russian Front,* Andrew Melrose, Londres, 1915.

WEEKS, V. A., *London County Council Record of Service,* P. S. King, Londres, 1922.

WEINTRAUB, STANLEY, *A Stillness Heard Around the World, The End of the Great War: November 1918,* Allen and Unwin, Londres, 1985.

WERFEL, FRANZ, *The Forty Days,* Hutchinson International Authors, Londres, 1945. [Ed. Cast. *Los cuarenta días de Musa Dagh*, Losada, Barcelona, 2003].

WHEELER-BENNETT, JOHN W., *Hindeburg, The Wooden Titan*, Macmillan, Londres, 1936.

——, *Brest-Litovsk, The Forgotten Peace, March 1918*, Macmillan, Londres, 1938.

WHITLOCK, BRAND, *Belgium under the German Occupation, a Personal Narrative,* 2 volúmenes, William Heinemann, Londres, 1919.

WILCOCK, EVELYN, *Pacifism and the Jews,* Hawthorn Press, Stroud, Gloucestershire, 1994.

WILLIAMS, CHARLES, *The Last Great Frenchman, A Life of General de Gaulle,* Little, Brown, Londres, 1993.

WILLIAMS, JEFFREY, *Byng of Vimy, General and Governor General,* Leo Cooper, Londres, 1983.

WILLIAMSON, SAMUEL R., hijo, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*, Macmillan, Londres, 1991.

WILSON, H. W., *The War Guilt,* Samson Low, Londres, 1928.

WILSON, TREVOR (editor), *The Political Diaries of C. P Scott, 1911-1928,* Collins, Londres, 1970.

WISKEMANN, ELIZABETH, *Czechs and Germans,* Oxford University Press, Londres, 1938.

WOODWARD, DAVID, *The Collapse of Power, Mutiny in the High Seas Fleet,* Arthur Barker, Londres, 1973.

WOOWARD, SIR LLEWELLYN, *Great Britain and the War of 1914-1918,* Methuen, Londres, 1967.

ZEMAN, Z. A. B., *The Break-Up of the Habsburg Empire 1914-1918,* Oxford University Press, Londres, 1961.

—— y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution, The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus) 1867-1924,* Oxford University Press, Londres, 1965.

ZHUKOV, Mariscal de la Unión Soviética G., *Reminiscences and Reflections,* volumen I, Moscú, 1985.

ZIMMERN, ALFRED, *The League of Nations and the Rule of Law 1918-1935,* Macmillan, Londres, 1936.

También he consultado el material documental extraído de varias de mis propias obras publicadas:

Britain and Germany Between the Wars, Longmans, Londres, 1964.

Plough My Own Furrow: the Story of Lord Allen of Hurtwood, Longmans, Londres, 1965.

The Roots of Appeasement, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1966.

First World War Atlas, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1970 (que incluye una bibliografía pormenorizada).

Winston S. Churchill, The Challenge of War, 1914-1916, William Heinemann, Londres, 1971.

Sir Horace Rumbold, Portrait of a Diplomat, William Heinemann, Londres, 1973.

Winston S. Churchill, World in Torment, 1917-1922, William Heinemann, Londres, 1975.

Churchill, A Life, William Heinemann, Londres, 1991.

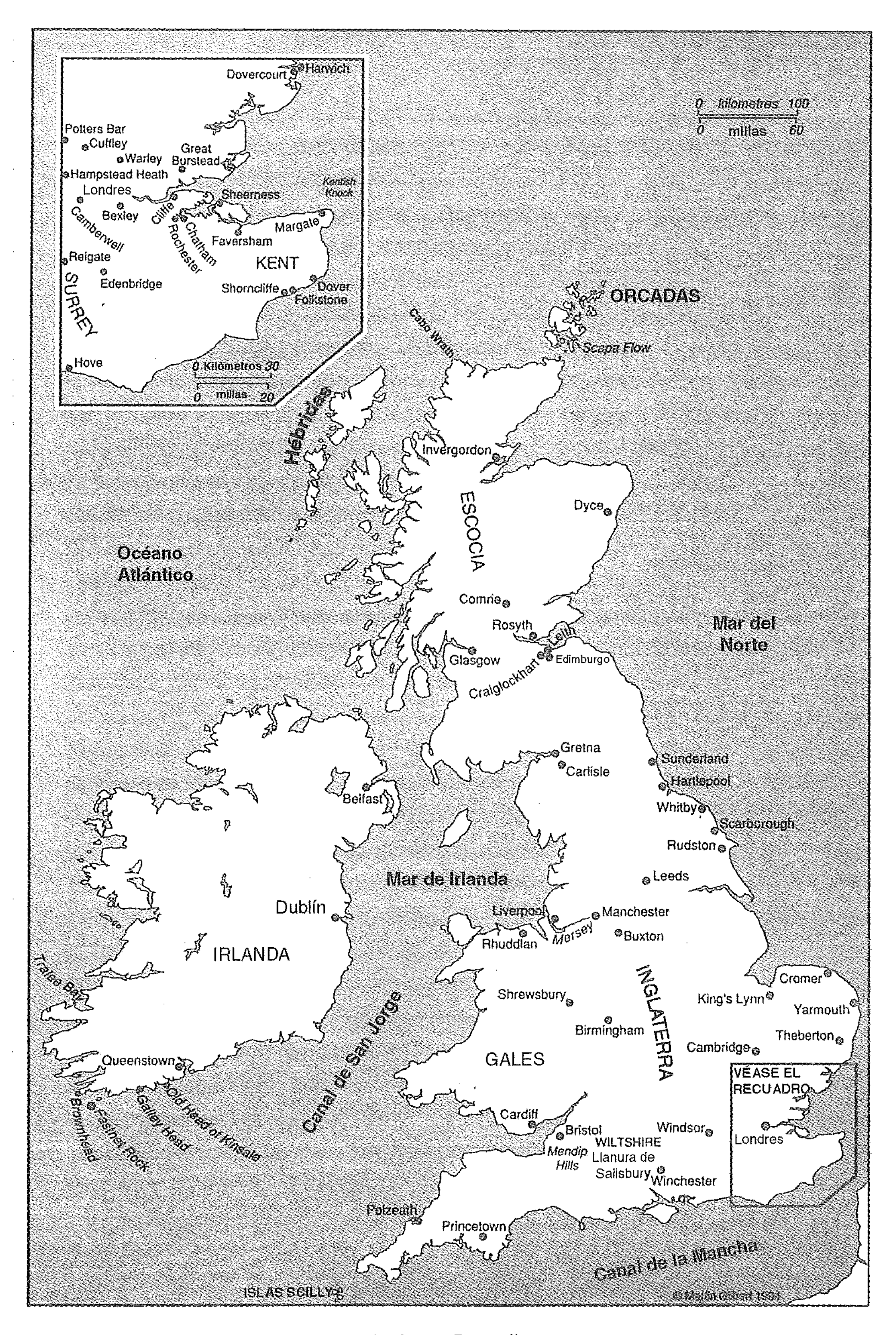
Mapas



1. Europa en 1914

2. El Mediterráneo

3. Estados Unidos y Canadá



4. Gran Bretaña

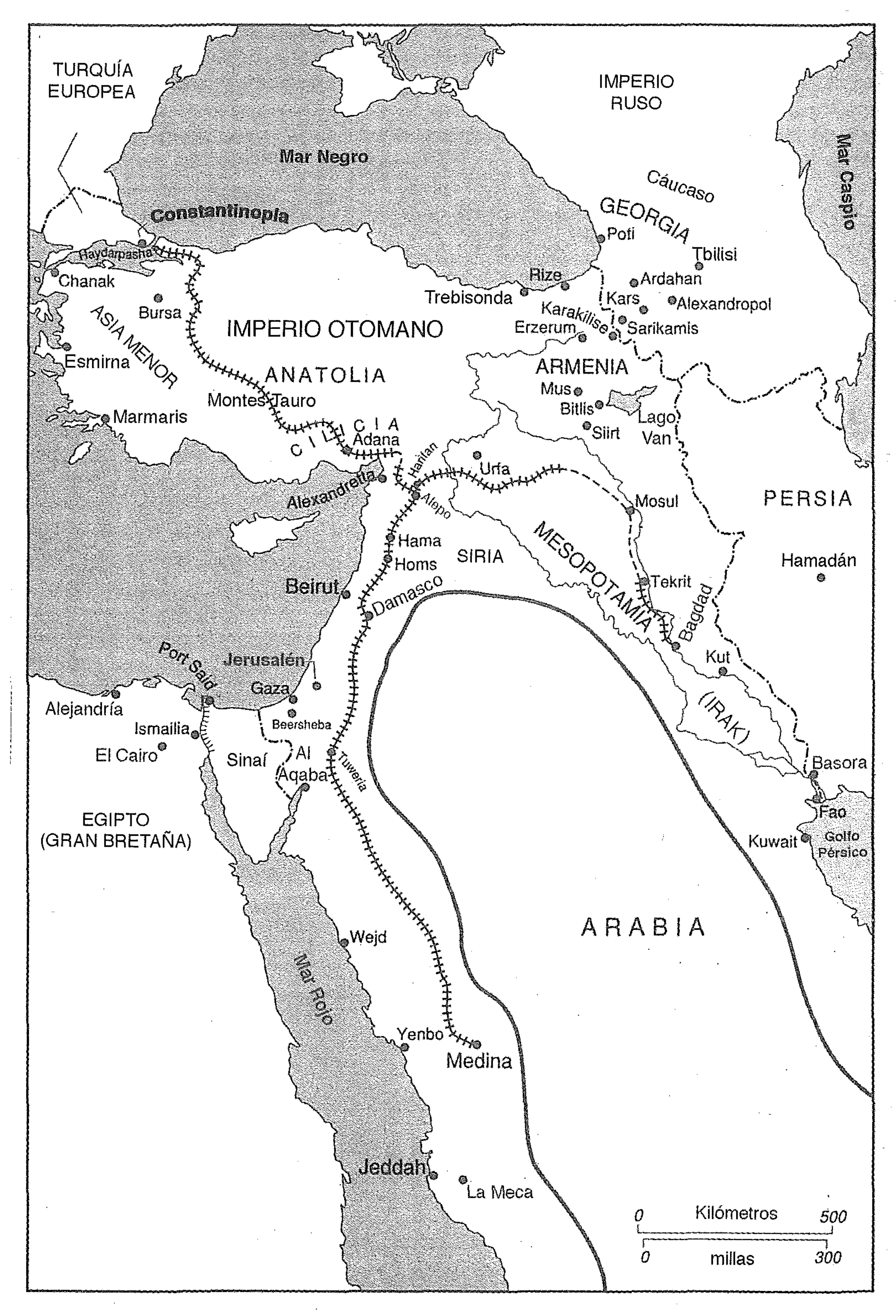


Mar del Norte
Mar Báltico
Canal de Kiel
Kiel
Travemünde
Lübeck
Cuxhaven
Hamburgo
Pasewalk
Wilhelmshaven
Parnewinkel
Rastede
Río Elba
Bremen
Soltau
HOLANDA
Sachsenhausen
Döberitz
Ruhleben
Gardelegen
Berlín
Potsdam
Hannover
Burg
Zossen
Karthaus
Wittenberg
Esterwerda
Grossenhain
ALEMANIA
Essen
Halle
Torgau
Düsseldorf
Leipzig
Colonia
Aix-la-Chapelle
(Aquisgrán)
Ziegenhain
Gotha
Dresde
SAJONIA
Río Rin
Limburg
Bad Homburg
Frankfut del Main
Maguncia
Río Main
Trier
Würzburg
Oppau
Mannheim
Ludwigshafen
LORENA
Metz
Karlsruhe
BAVIERA
Estrasburgo
Landshut
Dachau
FRANCIA
ALSACIA
Lechfeld
Puchheim
Munich
Lago
Constanza
Friedrichshafen
Constanza
SUIZA
AUSTRIA
0 millas 50
0 Kilómetros 75
© Martin Gilbert 1994

5. Alemania



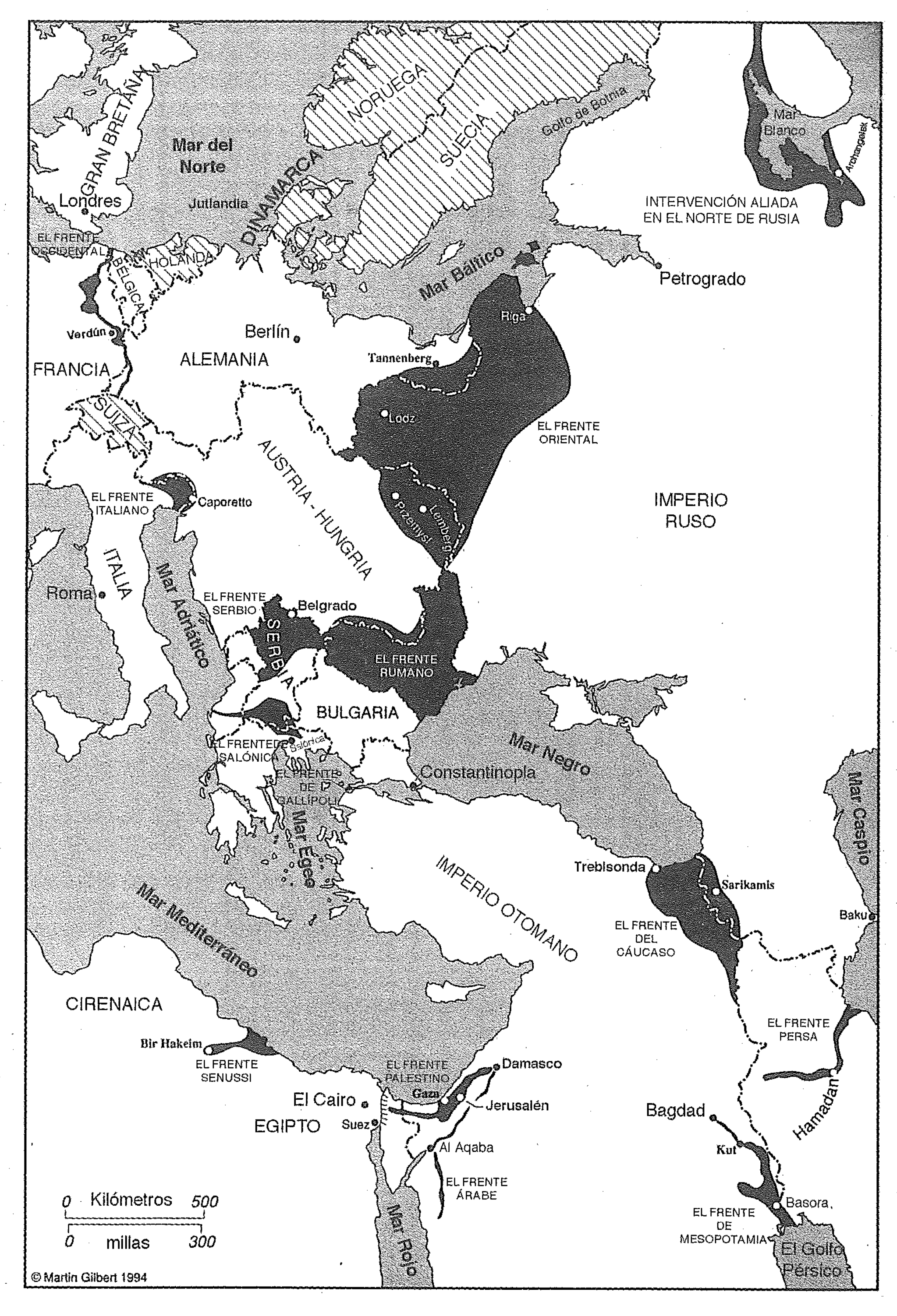
6. Austria-Hungría



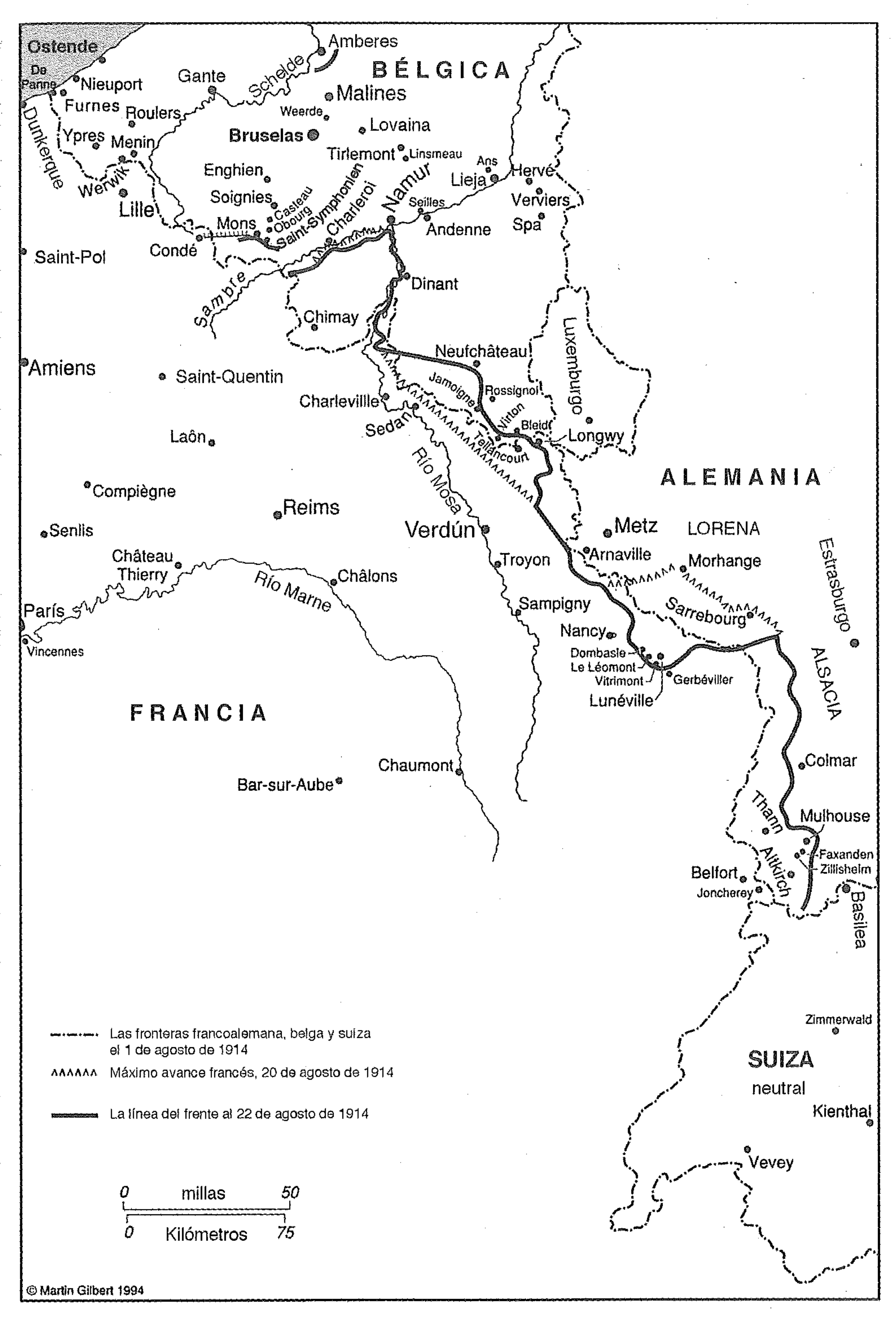
7. El imperio otomano



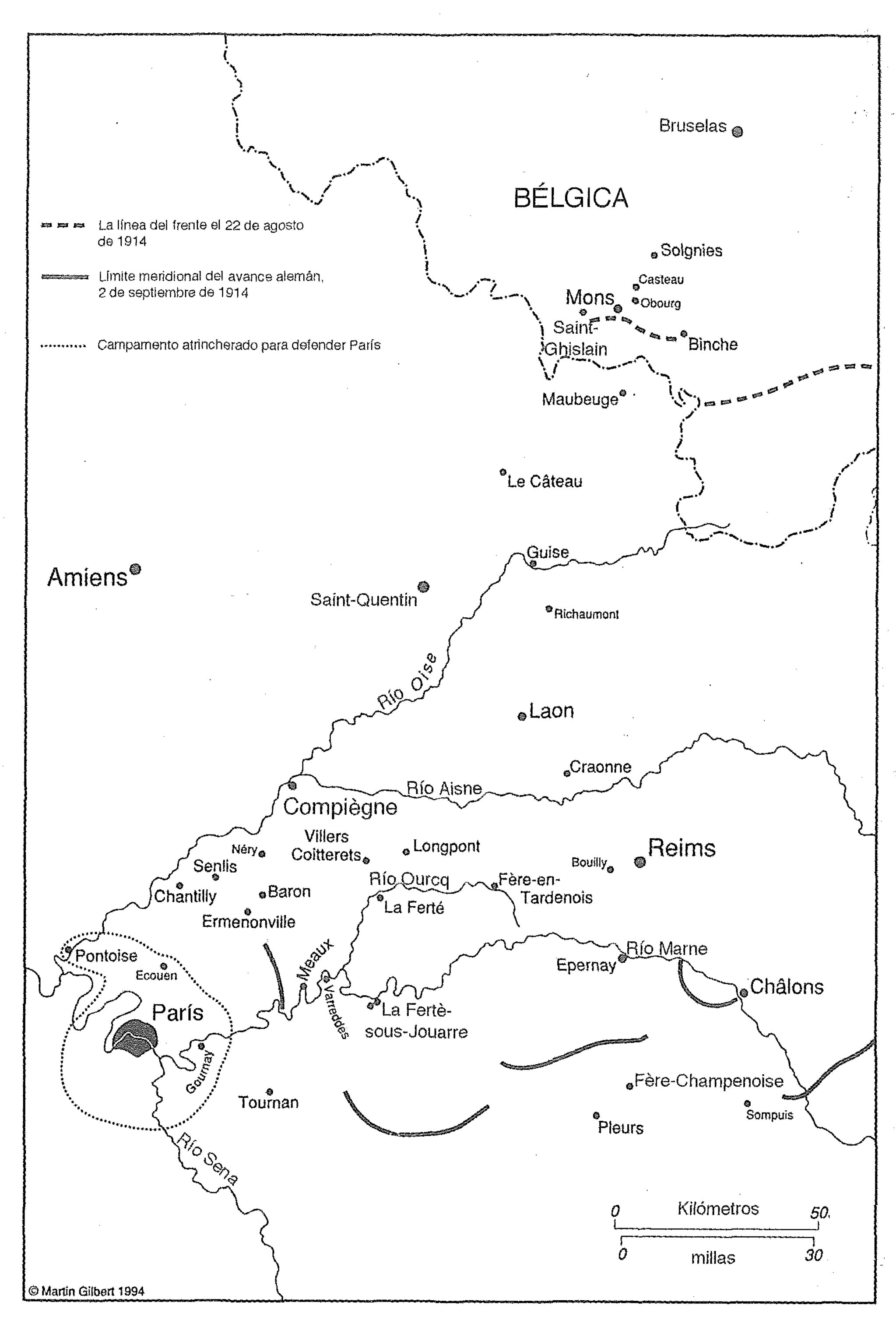
8. Bulgaria, el mar Negro y el Egeo



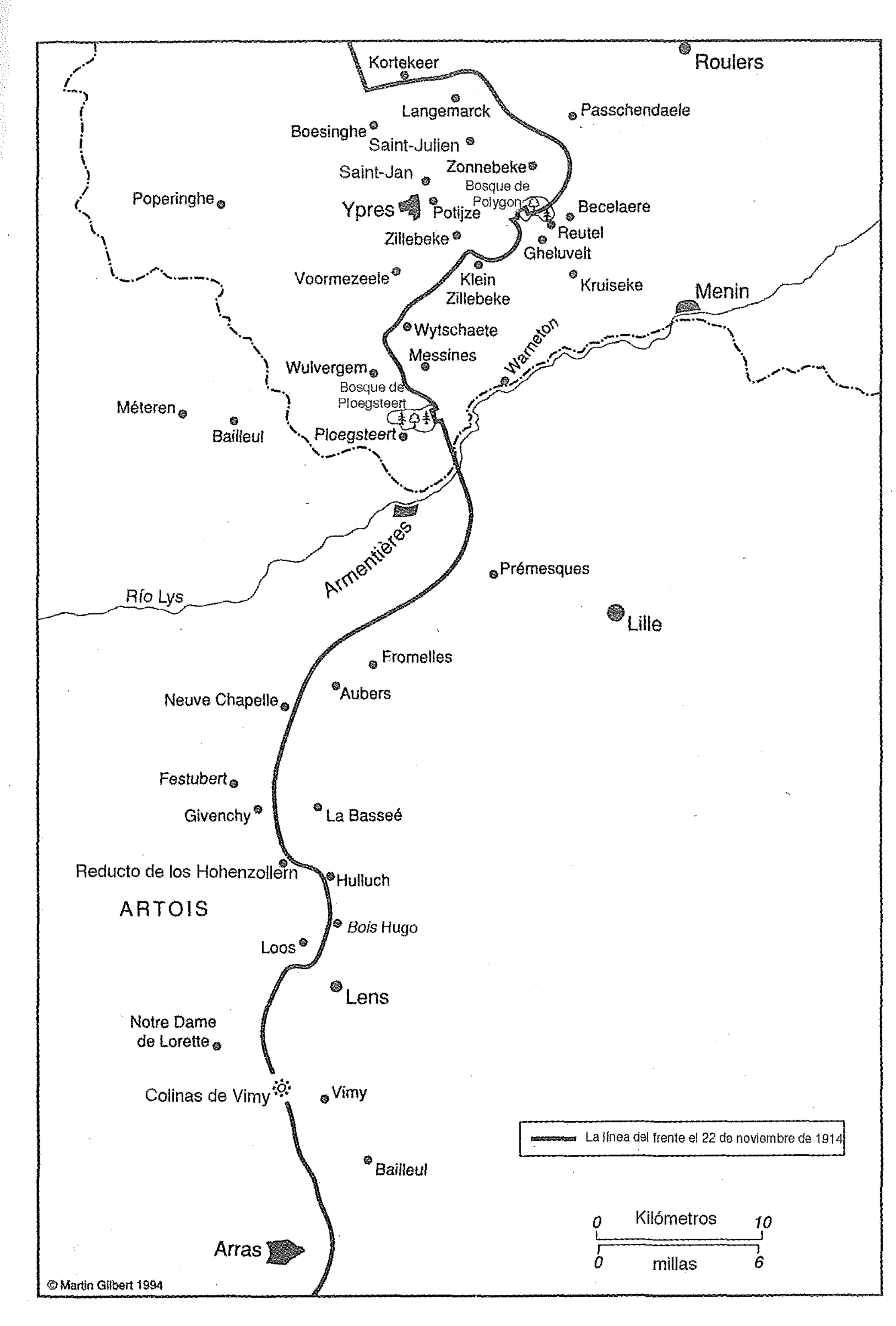
9. Los frentes de la guerra



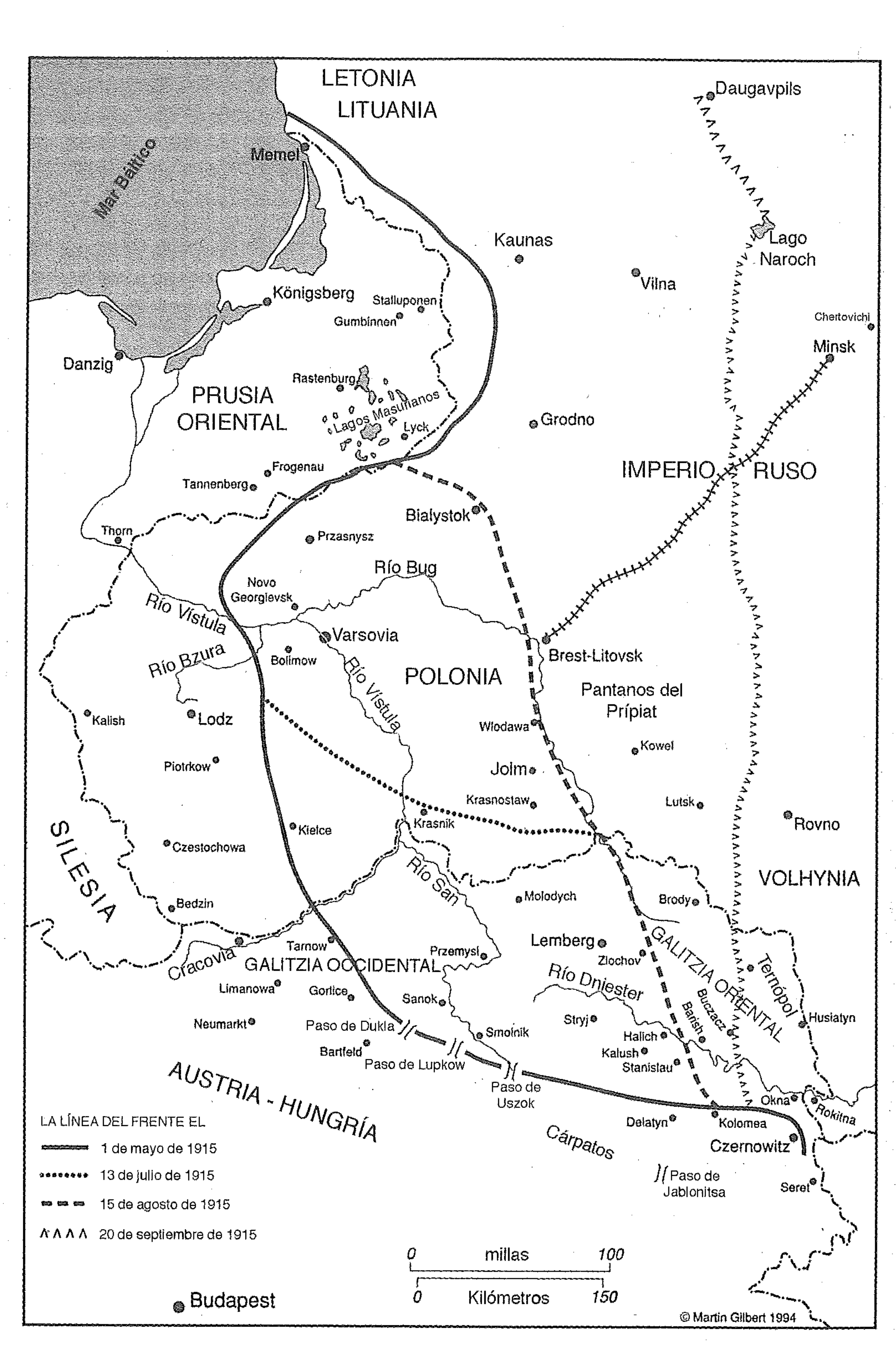
10. El frente occidental, 1-22 de agosto de 1914



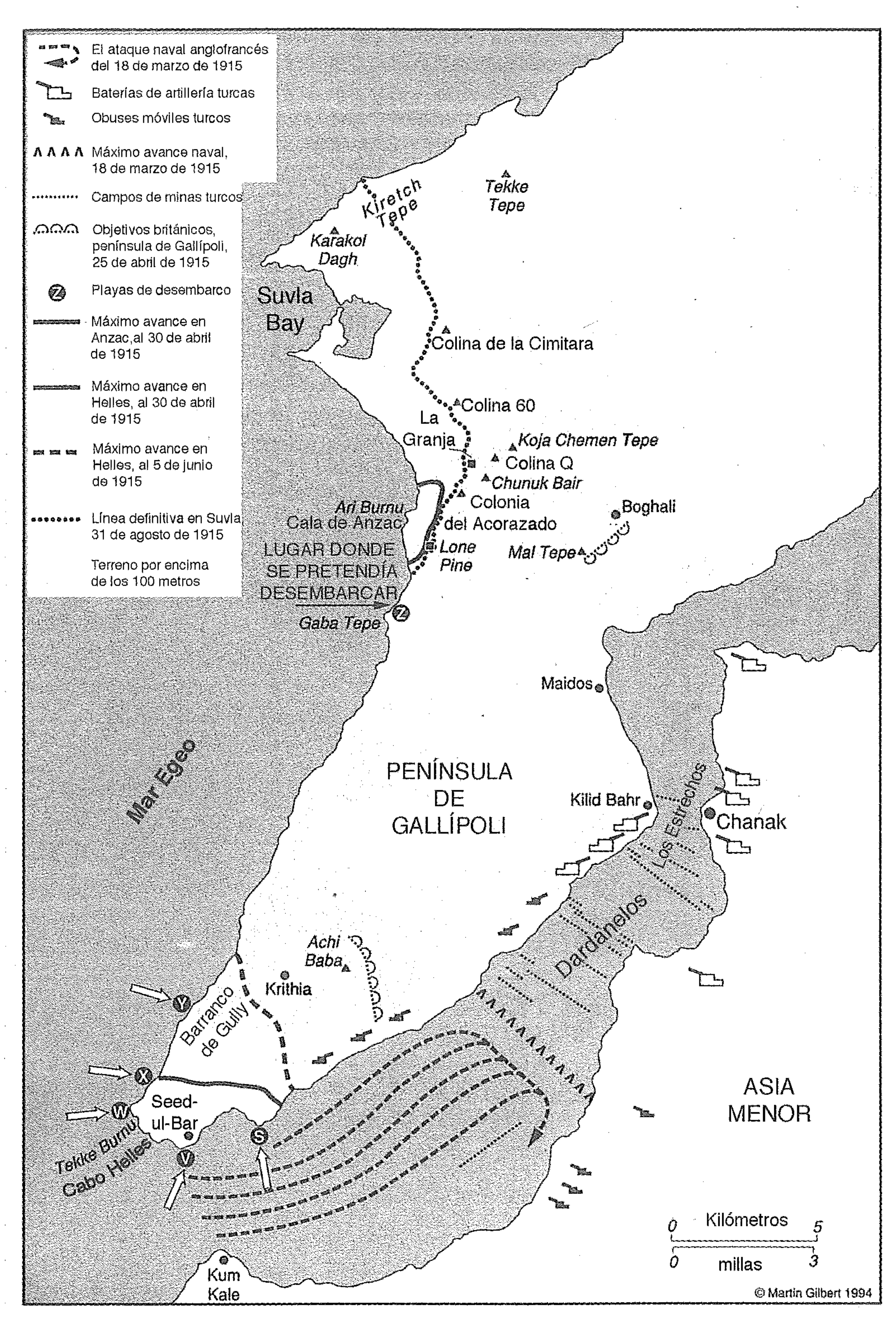
11. El frente occidental, 1914, de Mons al Marne



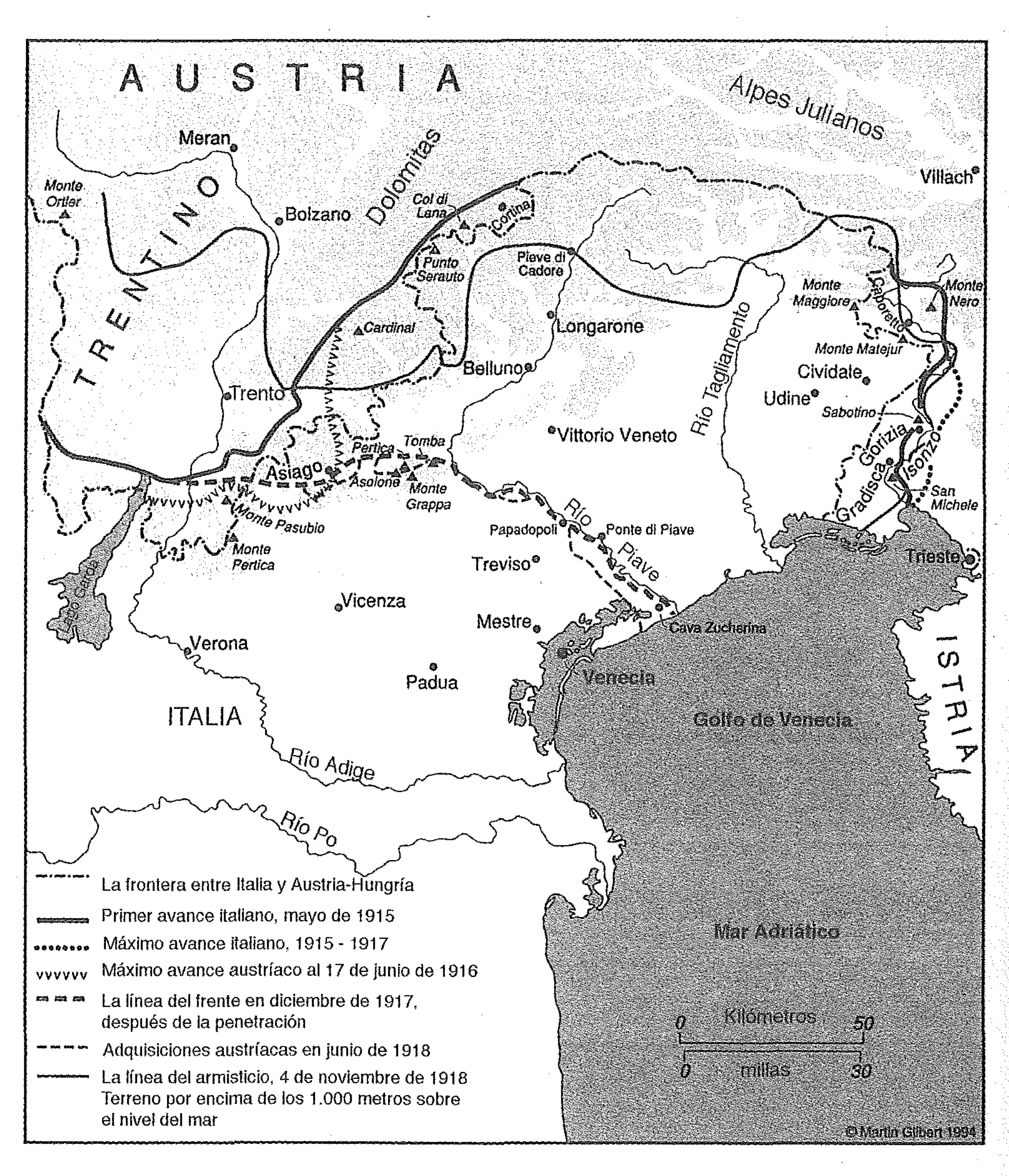
12. El frente occidental, 1914-1915



13. El frente oriental, 1914-1916



14. Los Dardanelos y Gallípoli



15. El frente italiano


Línea de defensa serbia el 7 de octubre de 1915
Línea del frente serbio al 1 de noviembre de 1915
Línea de defensa serbia definitiva, 23 de noviembre de 1915
Retirada serbia hacia el mar
AUSTRIA - HUNGRÍA
Río Danubio
HUNGRÍA
RUMANIA
Sabac
Belgrado
Lesnica
Río Jadar
Río Danubio
BOSNIA
Sarajevo
Kragujevac
Paracin
Río Drina
HERZEGOVINA
SERBIA
Knjazevac
Río Morava
Nis
Novi Pazar
Tsaribrod
Sofía
MONTENEGRO
Pristina
Kosovo
Radomir
Cattaro
Cetinje
Monte Lovcen
BULGARIA
Prizren
Río Drin
Skopje
San Giovanni di Medua
Río Vadar
Mar Adriático
ALBANIA
MACEDONIA
Strumica
Durrës
Prilep
Monastir
Salónica
GRECIA
Valona
0 millas 50
0 Kilómetros 75
ITALIA
Otranto
Mar Egeo
© Martin Gilbert 1994

16. Serbia

Río Mosa
Consenvoye
Brabante
Samogneux
Ornes
Boix des Corbeaux
Malancourt
Champneuville
Mort-Homme
Douaumont
Chattancourt
Fuerte Douaumont
Vaux
Fuerte Vacherauville
Fuerte Vaux
Avocourt
Fuerte Thiaumont
Fleury
Fuerte Souville
Túnel
Fuerte Tavannes
Mosa
Verdún
La Voise Sacreé
hacia Bar-le-Duc

La línea del frente alemán el 21 de febrero de 1916
Límite del avance alemán al 8 de agosto de 1916
Fuertes bombardeados
Otros fuertes

0 millas 2
0 Kilómetros 3

© Martin Gilbert 1994

17. Verdún

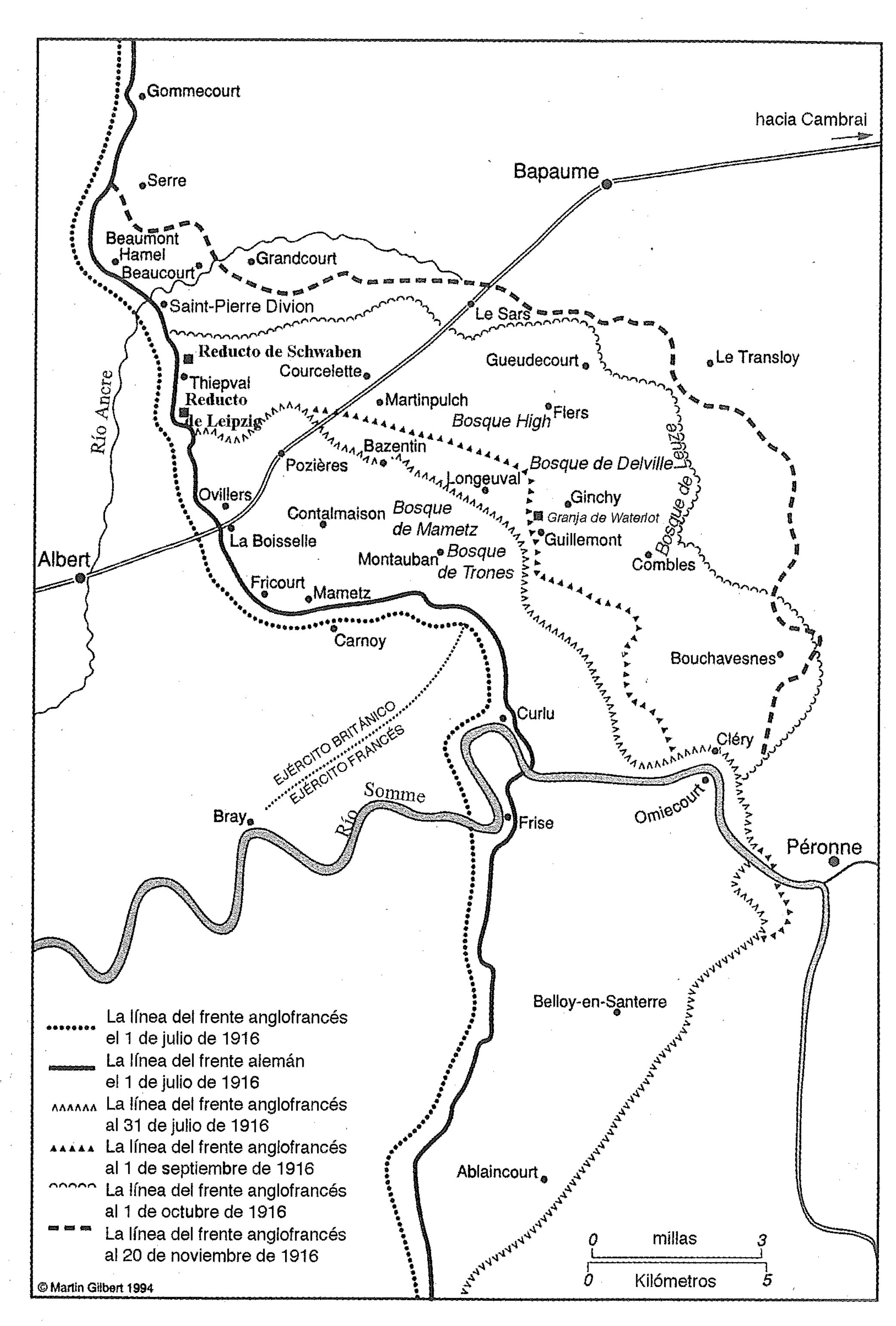
SERBIA
ALBANIA
BULGARIA
GRECIA
Tsaribrod
Sofía
Vladaya
Radomir
Río Struma
Prizren
Skopje
Río Vardar
Veles
Strumitsa
Kosturino
Prilep
Negotin
Estación de Strumitsa
Dolran
Fuerte Rupel
Vetrenik
Drama
Monastir
Kajmackalan
Kavála
Flórina
Salónica
Golfo de Salónica
Mar Egeo

El frente de Salónica en septiembre de 1916
El frente de Salónica, de noviembre de 1916 al 14 de septiembre de 1918
El frente de Salónica el 29 de septiembre de 1918

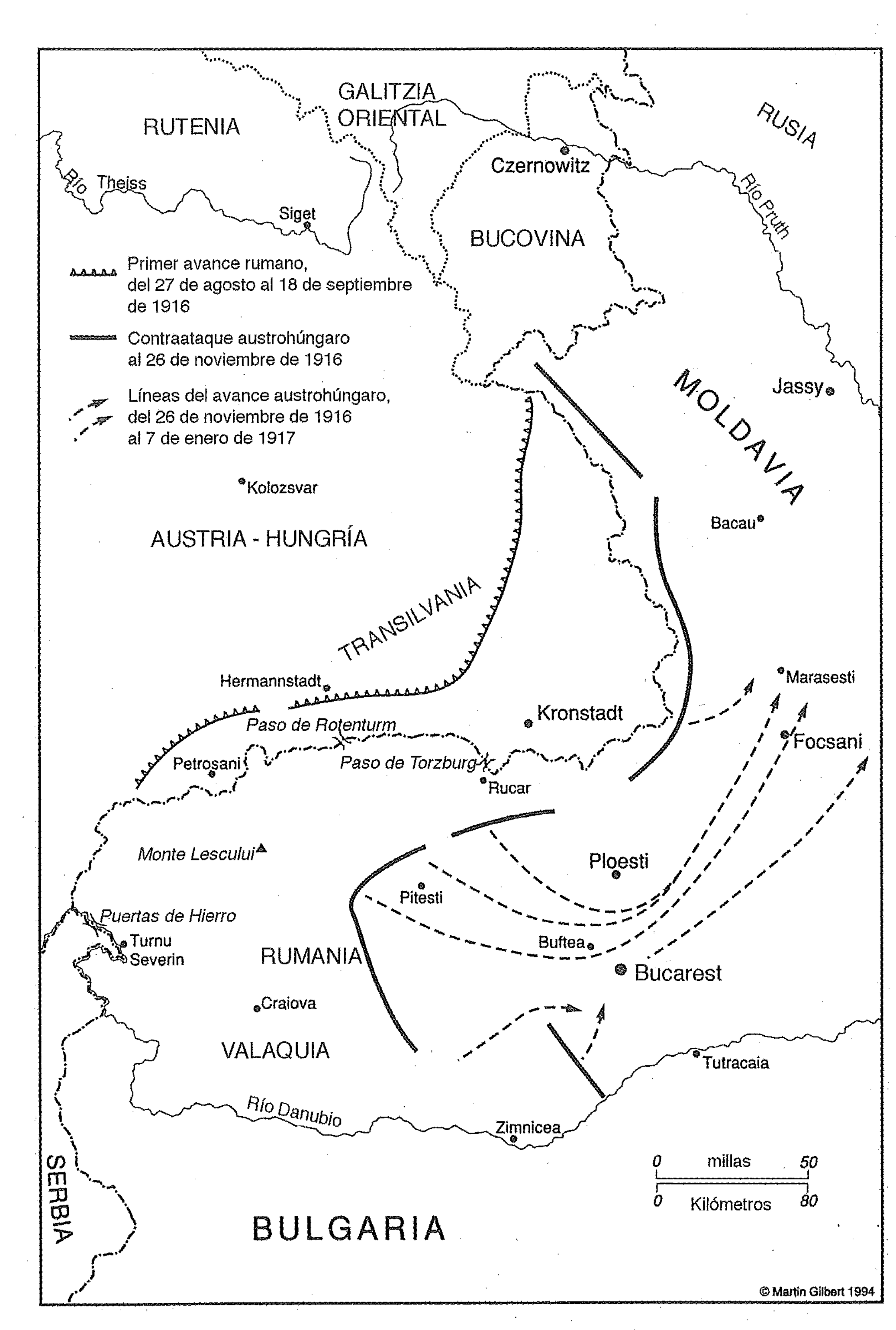
0 millas 50
0 Kilómetros 75

© Martin Gilbert 1994

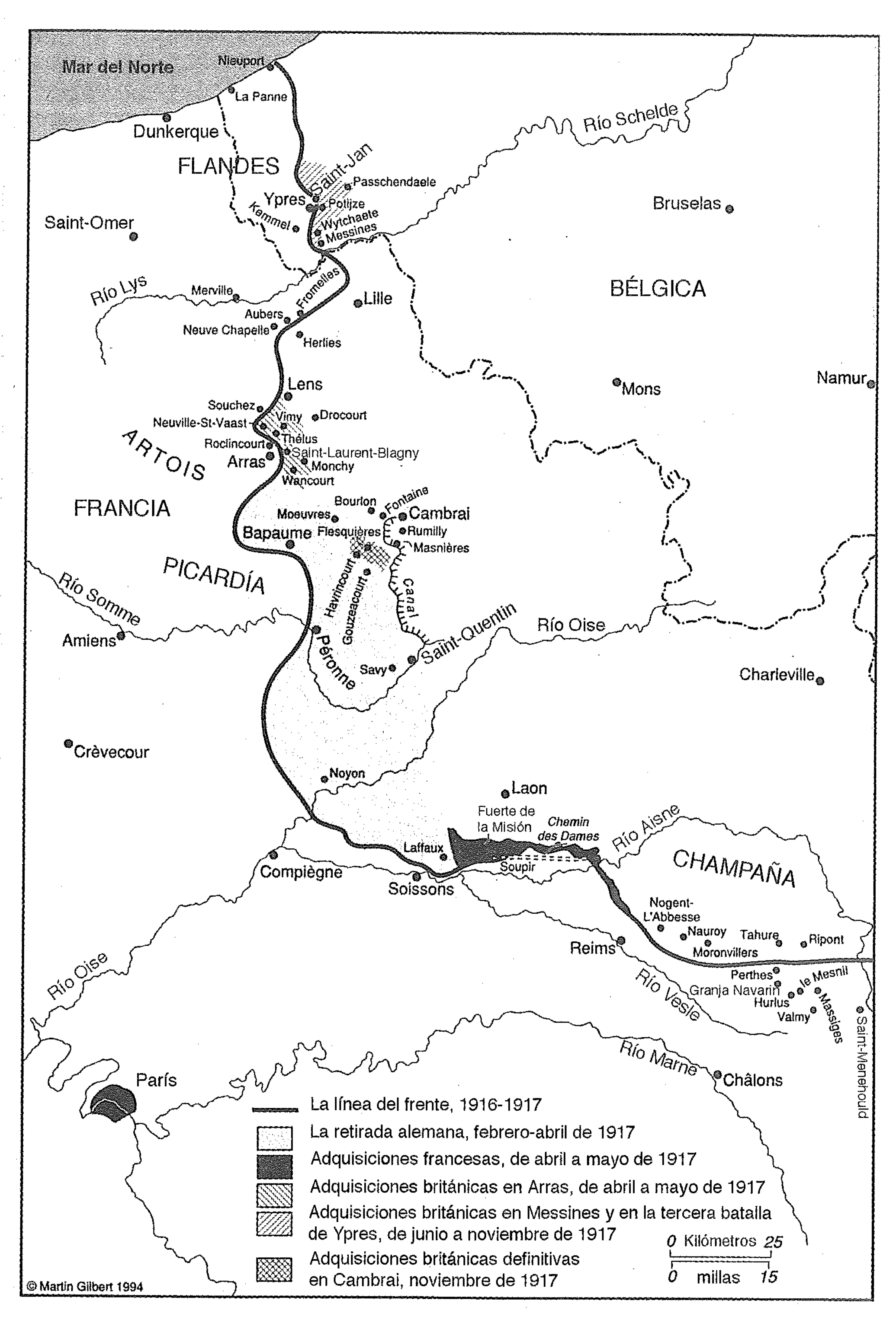
18. El frente de Salónica


Gommecourt
hacia Cambrai
Bapaume
Serre
Beaumont Hamel
Beaucourt
Grandcourt
Saint-Pierre Divion
Le Sars
Reducto de Schwaben
Courcelette
Gueudecourt
Le Transloy
Thiepval
Reducto de Leipzig
Martinpulch
Flers
Bosque High
Río Ancre
Bazentin
Pozières
Bosque de Delville
Longeuval
Bosque de Leuze
Ovillers
Ginchy
Contalmaison
Bosque de Mametz
Granja de Waterlot
La Boisselle
Guillemont
Albert
Montauban
Bosque de Trones
Combles
Fricourt
Mametz
Carnoy
Bouchavesnes
Curlu
Cléry
EJÉRCITO BRITÁNICO
EJÉRCITO FRANCÉS
Río Somme
Bray
Frise
Omiecourt
Péronne
Belloy-en-Santerre
La línea del frente anglofrancés el 1 de julio de 1916
La línea del frente alemán el 1 de julio de 1916
La línea del frente anglofrancés al 31 de julio de 1916
La línea del frente anglofrancés al 1 de septiembre de 1916
La línea del frente anglofrancés al 1 de octubre de 1916
La línea del frente anglofrancés al 20 de noviembre de 1916
Ablaincourt
0 millas 3
0 Kilómetros 5
© Martin Gilbert 1994

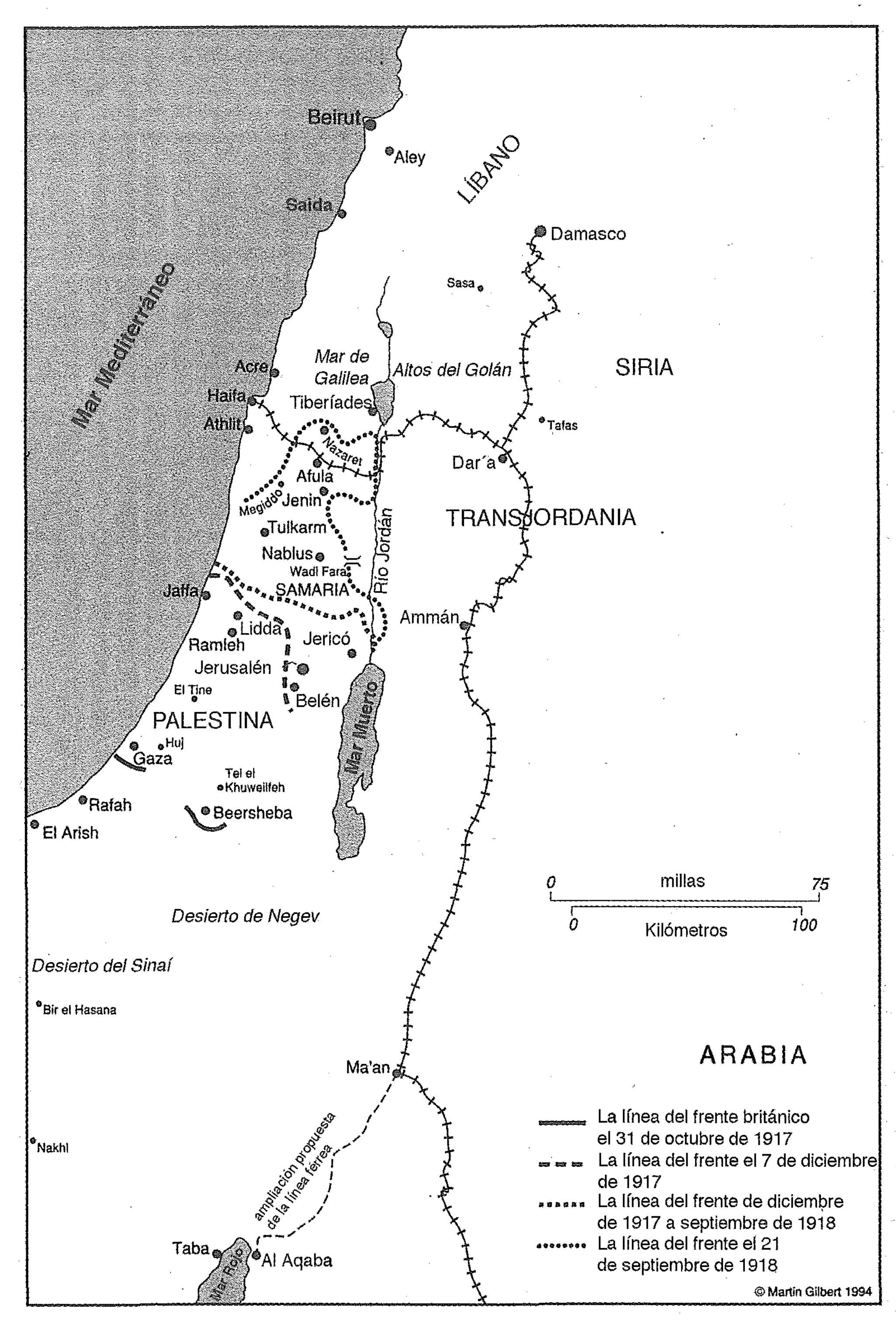
19. El Somme



20. Bucovina, Transilvania, Rumania



21. El frente occidental, 1916-1917



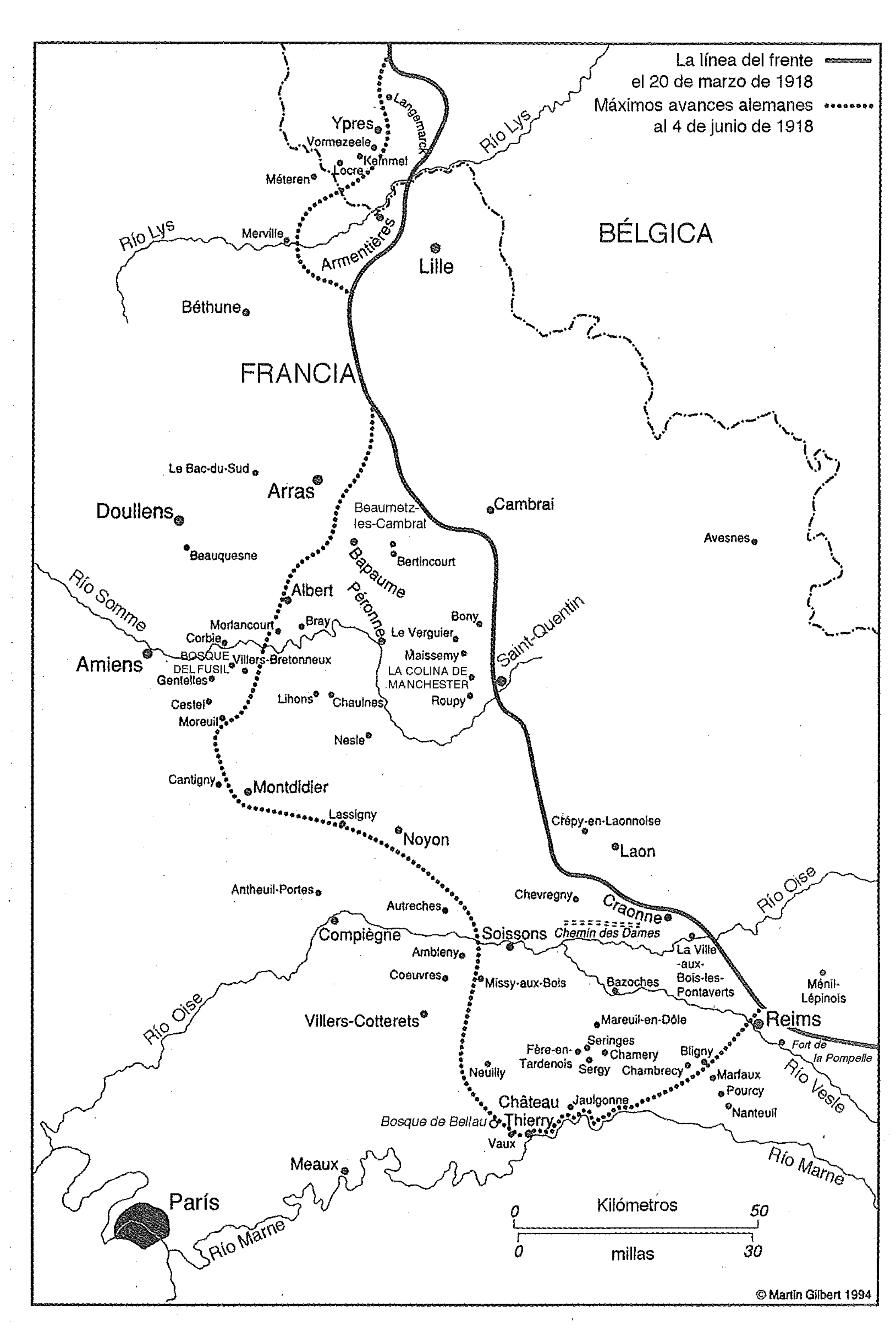
22. Palestina y Siria



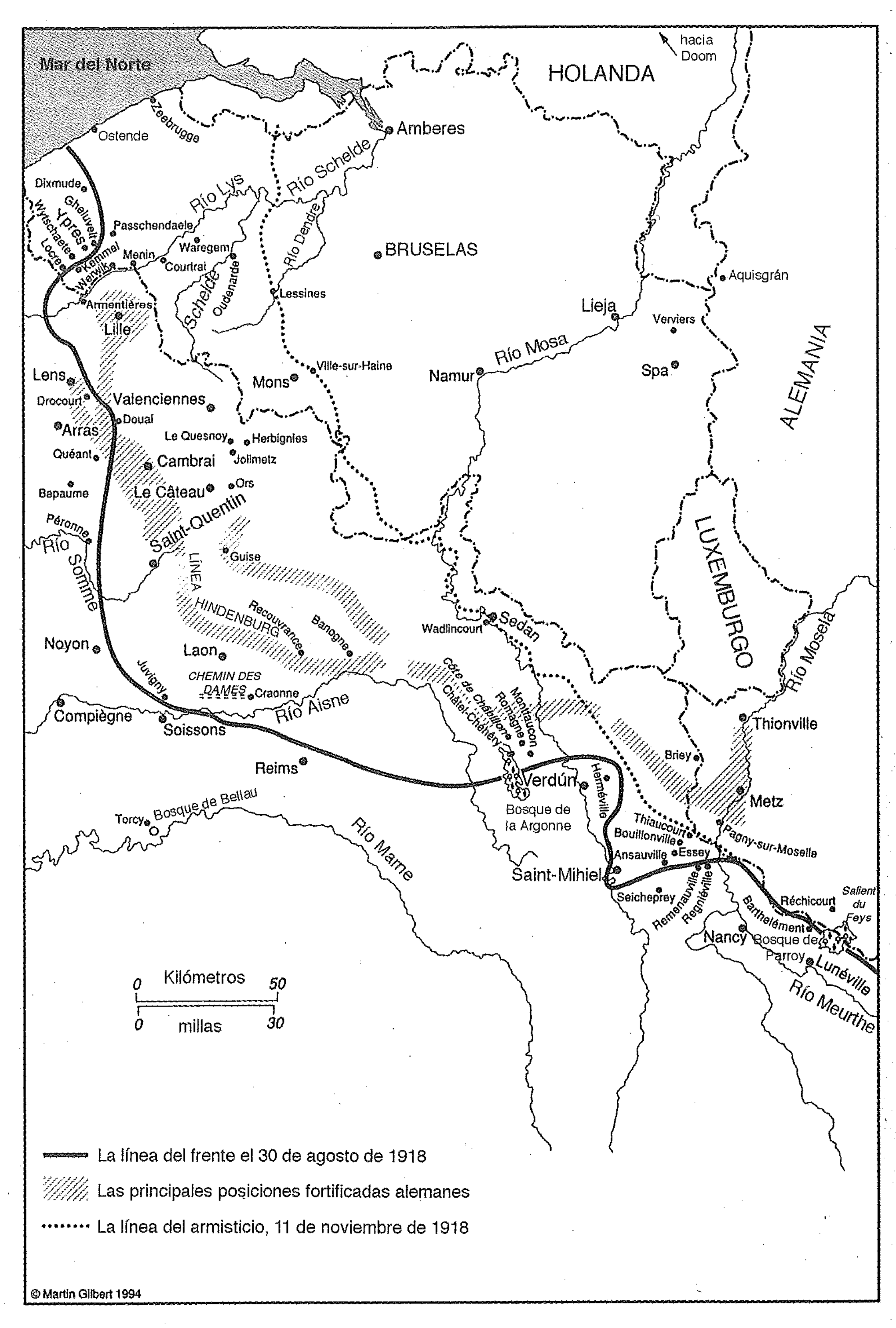
23. Mesopotamia



24. El frente oriental, 1917-1918



25. El frente occidental, 1918



26. El frente occidental, los tres últimos meses

27. Siberia

28. Las pérdidas territoriales alemanas en Europa

Territorio alemán transferido a los aliados después de 1919

JIAOZHOU
Transferido a Japón

JAPÓN

Océano Pacífico

Nuevo mandato japonés

ISLAS CAROLINAS

ISLAS MARSHALL

NAURU
Nuevo mandato del imperio británico

NUEVA GUINEA ALEMANA

Nuevo mandato australiano

AUSTRALIA

SAMOA ALEMANA
Nuevo mandato de Nueva Zelanda

NUEVA ZELANDA

Mandato dividido entre Gran Bretaña y Francia

CAMERÚN
Mandato dividido entre Gran Bretaña y Francia

TOGOLANDIA

Océano Atlántico

ÁFRICA ORIENTAL ALEMANA (Tanganika)
Nuevo mandato británico

ÁFRICA SUROCCIDENTAL ALEMANA
Nuevo mandato sudafricano

Océano Índico

0 millas 1500
0 Kilómetros 2500

© Martin Gilbert 1994

29. Las pérdidas de Alemania en las colonias

POLONIA

Cracovia

GALITZIA OCCIDENTAL

Przemysl

GALITZIA ORIENTAL

Lemberg (Lvov)

ALEMANIA

Praga

CHECOSLOVAQUIA

Viena

BUCOVINA

Budapest

AUSTRIA

HUNGRÍA

TIROL MERIDIONAL

hacia ITALIA

Danubio

Tisza

Arad

ESLOVENIA

Liubliana

ISTRIA

Trieste

Zagreb

Subotica

TRANSILVANIA

ITALIA

Fiume

BACKA

BANAT

CROACIA

Pola

ESLAVONIA

hacia RUMANIA

RUMANIA

BOSNIA

YUGOSLAVIA

HERZEGOVINA

Danubio

Sarajevo

DALMACIA

Mar Adriático

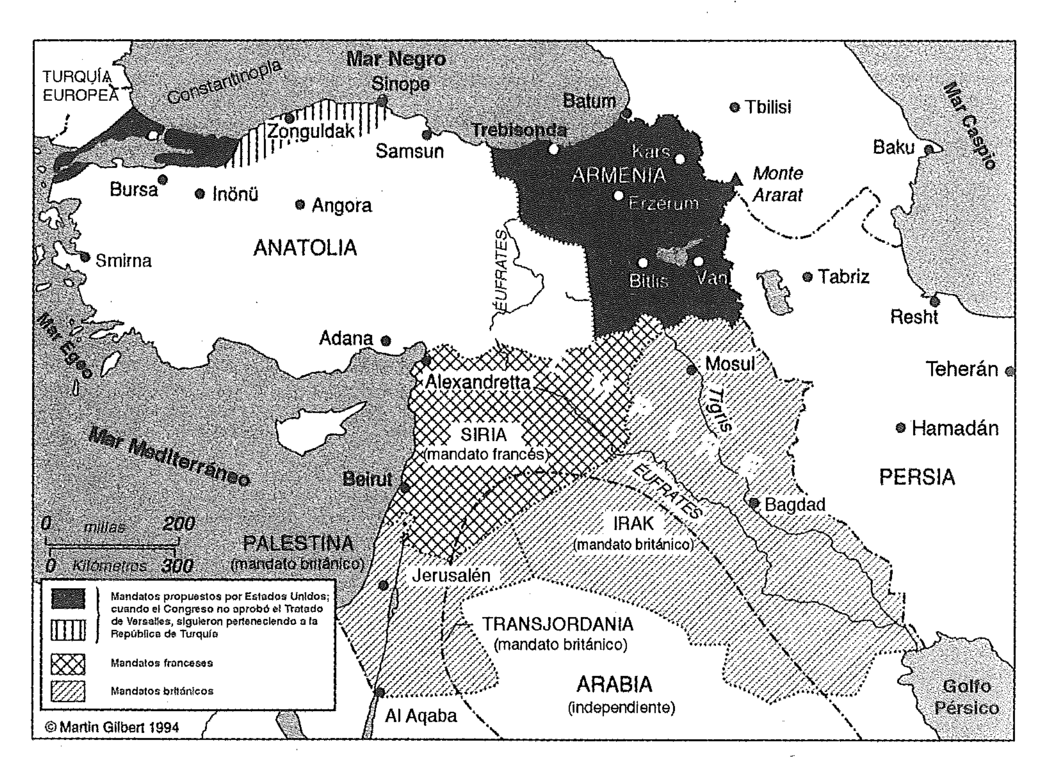
Estados nuevos, creados a partir del antiguo imperio austrohúngaro. Por tratado, Austria tenía prohibido unirse con Alemania

Territorio separado de Austria-Hungría para formar parte de otros estados, incluso como parte de los estados nuevos: Polonia y Yugoslavia

0 millas 100
0 Kilómetros 150

© Martin Gilbert 1994

30. La fragmentación de Austria-Hungría



31. La desintegración del imperio otomano

Índice compilado por el autor